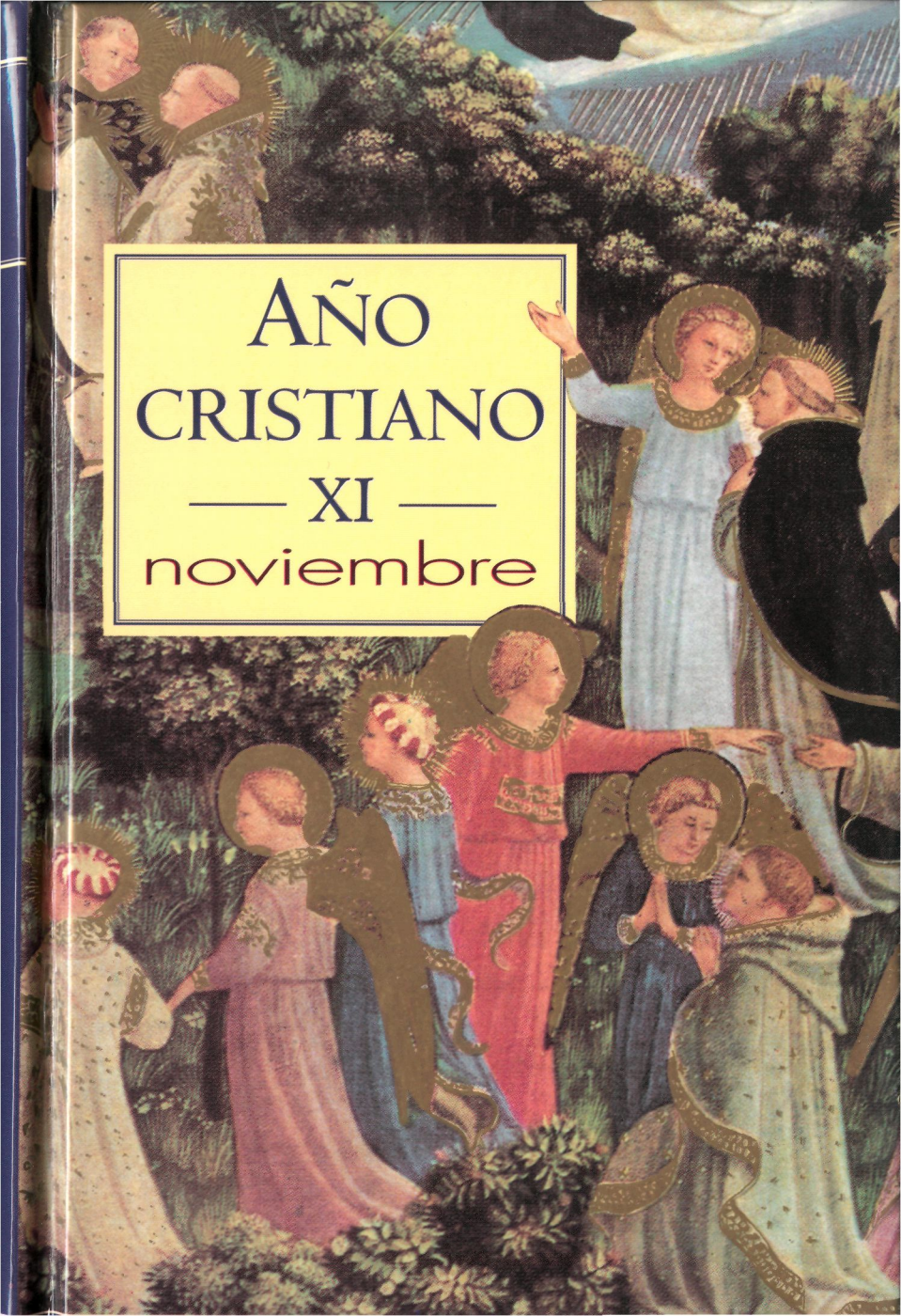


AÑO CRISTIANO

— XI —

noviembre

AÑO CRISTIANO

XI

Noviembre



COORDINADORES
Lamberto de Echeverría (†)
Bernardino Llorca (†)
José Luis Repetto Betes

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • 2006

Ilustración de portada: *Juicio final* (detalle), Fra Angelico.

Guardas: *El juicio universal* (detalle), Giovanni di Paolo.

Diseño: BAC

© Biblioteca de Autores Cristianos
Don Ramón de la Cruz, 57, Madrid 2006
Depósito legal: M. 51.998-2002
ISBN: 84-7914-629-X (Obra completa)
ISBN: 84-7914-845-4 (Tomo XI)
Impreso en España. Printed in Spain.

ÍNDICE GENERAL

	Págs.
COLABORADORES	IX
PRESENTACIÓN	XI
NOTA INTRODUCTORIA	XV
Santoral de noviembre (martirologio, biografías extensas y biografías breves)	3
FIESTAS MOVIBLES	743
APÉNDICE	749
DEL SANTORAL DE LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS	779
CALENDARIO ESPAÑOL: MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS	795
ÍNDICE ONOMÁSTICO	797

COLABORADORES

A) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

AISA, María Ángeles
ALCORTA MAIZ, Pedro
ANASÁTEGUI URRUTIA, Pedro de, OFM
ARNALDICH, Luis, OFM
ARTERO, José
BATLLORI, Miguel, SI
CARRO CELADA, José Antonio
CHICO GONZÁLEZ, Pedro, FSC
COLOMBÁS, García M., OSB
DÍAZ FERNÁNDEZ, José María
DUMAS, Antoine, OSB
ECHEVERRÍA, Lamberto de
ESTEBAN ROMERO, Andrés-Avelino
FERRANDO ROIG, Juan
FERRI CHULIO, Andrés de Sales
FRANQUESA, Adalberto M., OSB
FUENTES, Andrés
FURLONG, Guillermo, SI
GARCÍA FIGAR, Antonio, OP
GONZÁLEZ CHAVES, Alberto José
GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M.ª Encarnación
GONZÁLEZ RUIZ, Nicolás
GONZÁLEZ VILLANUEVA, Joaquín
GREENSTOCK, David Lionel
LANGA, Pedro, OSA
LLABRÉS Y MARTORELL, Pere-Joan
LLORCA, Bernardino, SI
LÓPEZ MELÚS, Rafael María, OCarm.
MARTÍN ABAD, Joaquín
MARTÍN ARTAJO, Javier
MORILLO, Santiago, SI
MUNERA, José, SI
NAVARRO DE LA PEÑA, María Paz, OSB
NÚÑEZ URIBE, Félix
PASTOR MATEOS, Enrique
PERAIRE FERRER, Jacinto
PÉREZ SUÁREZ, Luis M., OSB (Leyre)
REPETTO BETES, José Luis

RIBER, Lorenzo
RIVERA RECIO, Juan Francisco
RODRÍGUEZ, José Vicente, OCD
SALAS, Mary
SÁNCHEZ ALISEDA, Casimiro
SÁNCHEZ GÓMEZ, Juan Manuel
SAURAS, Emilio, OP
SENDÍN BLÁZQUEZ, José
SERDÁ, Luis
VELADO GRAÑA, Bernardo
VILLAPADIERNA, Isidoro de, OFMCap.
YZURDIAGA LORCA, Fermín

B) BIOGRAFÍAS BREVES

REPETTO BETES, José Luis

PRESENTACIÓN

Tras largos años de total *agotamiento editorial* vuelve ahora felizmente al catálogo de la BAC una obra que ocupaba en él un puesto relevante y que fue, durante décadas, alimento espiritual seguro y sabroso para infinidad de lectores: el AÑO CRISTIANO.

Quede, ante todo, constancia de la satisfacción con que la BAC devuelve al público lector —y en cierto modo a toda la Iglesia de habla española— esta obra preciada que tanto se echaba de menos y que nos era requerida con insistencia por muchos lectores y amigos. Larga ha sido la espera. Pero la BAC se complace ahora en relanzar un AÑO CRISTIANO compuesto y acicalado como lo piden las circunstancias eclesiales y articulado en doce volúmenes que irán apareciendo sucesivamente y que ofrecerán al lector la variedad y la riqueza del entero santoral de la Iglesia católica.

Las razones del dilatado eclipse que ha sufrido el AÑO CRISTIANO a pesar de su notorio éxito editorial de antaño son pocas y escuetas. Y muy fáciles tanto de explicar cuanto de entender.

El proceso de aceleración en canonizaciones y beatificaciones que ha experimentado la Iglesia después del Vaticano II —y muy singularmente en el pontificado del Papa Wojtyla— obligaba obviamente a complementar, corregir y ajustar el venturoso descalabro que el tiempo iba originando en los bosques y jardines de la hagiografía cristiana del pasado. Se imponían una poda y una plantación de renuevos cuya envergadura queda ahora patente en el estirón —de cuatro a doce— que ha experimentado este AÑO CRISTIANO.

Semejante tarea de revisión y actualización la hubiera emprendido la BAC. Era su obligación y su deseo. Pero su efecto habría sido precario. El pontificado de Juan Pablo II estaba ya demostrando con creciente evidencia que la santidad cristiana es una realidad de cada día y de cada latitud; que, por consiguiente, el martirologio o santoral, lejos de ser memoria fosili-

zada, es un caudal fresco y abundante que riega generosamente el hoy de la Iglesia. ¿Cómo intentar la actualización de algo que cambia y crece sin cesar?

Por otra parte, es sabido que el Concilio Vaticano II, en su constitución *Sacrosanctum Concilium,* ordenó la revisión y adaptación de todos los libros litúrgicos. El mandato alcanzaba también al Martirologio o Santoral, libro litúrgico de pleno derecho y de peculiar significación y complejidad dadas sus implicaciones históricas que requerían estudios críticos minuciosos y especializados. La tarea de su revisión podía resultar dilatada. ¿Cómo arriesgarse como editorial responsable a componer un AÑO CRISTIANO sin contar con la referencia obligada del Martirologio romano ya autorizadamente puesto al día? ¿No había que sacrificar las prisas editoriales o comerciales a la firmeza histórica y a la seguridad doctrinal que ofreciera la edición posconciliar? ¿No era ésa la mejor forma de servir a los intereses de los lectores?

El proceso de reforma y adaptación del martirologio romano ha durado desde 1966 hasta 2001, año en que apareció finalmente la llamada «edición típica». Una espera que ha otorgado al Martirologio romano una mayor credibilidad histórica, un orden hagiográfico más acorde con la doctrina y las reformas derivadas del Vaticano II y, en consecuencia, mayor fiabilidad para la vida litúrgica y la piedad cristiana.

Contando ya con la pauta insoslayable del martirologio reformado y renovado, se imponía ponerlo cuanto antes al servicio de los lectores y usuarios de habla castellana, tanto en España como en Hispanoamérica. Es un reto que la BAC ha asumido con responsabilidad editorial y que trata ya de cumplir con prontitud y rigor.

Estoy seguro de que nuestros lectores compartirán con la BAC la impresión de que la larga y obligada espera que ha tenido que observar nuestro AÑO CRISTIANO no le priva de sentido ni de oportunidad. Todo lo contrario. El momento presente, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sombras en la parcela de lo religioso, hace especialmente atinada la publicación de un santoral serio y documentado de la Iglesia católica.

Son tiempos, los nuestros, de secularización que quiere decir, lisa y llanamente, de descristianización. A su sombra, las verdades de la fe y los juicios de la moral cristiana pierden vigencia y hasta significado. Algo que ocurre también en el terreno de la hagiografía. No es que haya desaparecido el culto a los santos, pero sí se ha nublado en buena parte su relevancia para la vida cristiana. Con la ignorancia ha sobrevenido la confusión. La cantera del santoral para dar nombres de pila a las personas está en declive. El conocimiento de las vidas de los santos se ha reducido hasta confundirlos con héroes o dioses de los martirologios paganos. Se ha acentuado, aun entre los que se profesan devotos de advocaciones concretas, la brumosidad de los contornos y de los conceptos.

En paralelo con el desconocimiento correcto de las hagiografías, han proliferado las supersticiones y las desviaciones de lo que debería ser una auténtica veneración de los santos. Se observa una notoria reducción de la piedad al utilitarismo. A los santos se los mete cada vez más en la zambra de los videntes, los adivinos, las cartas, la superchería y las voces de ultratumba. Ahora hay santorales para agnósticos y santorales de puro humor a costa de los santos que pueden alcanzar cotas notables de acidez o de impiedad. ¿No es el caso, nada infrecuente, de anuncios y montajes publicitarios a cargo del santoral y al servicio de cualquier producto en el mercado?

El servicio que la BAC pretende prestar con este renovado AÑO CRISTIANO a sus lectores y a la Iglesia tiene perfiles muy precisos.

Principalmente, la mejora de los recursos didácticos para una sabia y atinada catequesis. Los santos, sus vidas y ejemplos, son fuente inagotable para la educación cristiana. No es su utilidad terapéutica o milagrera lo que de ellos nos interesa, sino la enseñanza cristiana que se deriva de sus virtudes y conductas como testigos de Jesucristo, como reflejos de su vida y como *caminos* que nos llevan al *Camino* por excelencia, que es Él.

Este AÑO CRISTIANO no pretende, por tanto, fomentar la *santería* en detrimento de la *cristería,* dicho en términos populares. Muy al contrario, es una contribución a la *Cristología* a través de la *hagiografía.*

Algunos pastores y pastoralistas han alertado sobre el peligro de que el culto a tantos santos y beatos, la proliferación de tantas devociones particulares, pudiera difuminar, como *efecto colateral,* el aprecio central e irremplazable de Jesucristo. Sería aquello de que los árboles no dejaran ver el bosque.

Ni el peligro ni la advertencia son sólo de hoy. Léanse si no las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Sacrosanctum Concilium.* También la introducción que figura en la edición típica del Martirologio romano.

En cualquier caso, la BAC pone ahora en circulación esta nueva edición de su AÑO CRISTIANO como homenaje a Jesucristo, cumbre de la santidad y modelo de todos los santos y beatos que la Iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos como seguidores e imitadores del Maestro. «Por la hagiografía al Cristocentrismo» podría ser el lema de ese propósito editorial.

Perfiladas las circunstancias y las intenciones de esta obra, nada he de decir sobre su articulación, ni sobre los criterios metodológicos o redaccionales que se han seguido en su elaboración. Tanto estos como otros particulares técnicos que ayudarán en su utilización figuran en la *nota introductoria* preparada por el coordinador de la edición.

Con laudes o elevaciones solían cerrar sus páginas los santorales antiguos. La BAC se suma al amén, así sea, que venía después. Y se permitirá a la vez (no podía ser de otra manera) confiar el buen fruto de esta obra a la intercesión de todos los santos y beatos que —sin distinción de grado, sexo o condición— poblarán las páginas de este AÑO CRISTIANO renacido en los umbrales todavía del tercer milenio.

JOAQUÍN L. ORTEGA

NOTA INTRODUCTORIA

Definido el propósito de reeditar el AÑO CRISTIANO, empezamos por fijar criterios que sirvieran de guía para la nueva edición, y que ahora exponemos para información del lector y facilidad de su uso.

En primer lugar se fijó el criterio de que, con muy escasas excepciones, se reeditaría todo el conjunto de artículos que componía la segunda edición, la de 1966. Su texto no ha sufrido revisión ni variación. Va tal cual lo escribieron en su tiempo los diferentes y acreditados autores que lo firman. En el fondo no han tenido más añadidura que la referencia a la canonización de aquellos santos que entonces eran solamente beatos. Y esas excepciones son sobre todo las debidas a las variaciones introducidas por el nuevo Misal de Pablo VI, de 1969, que tiene algunos cambios en la denominación de fiestas, como la del 1 de enero, o en el santoral.

Pero no se quería simplemente reeditar, sino que se quería también completar y poner al día. Para completar, hemos añadido santos o beatos importantes anteriores a las últimas canonizaciones y beatificaciones y que en su día no se biografiaron en las primeras ediciones. Para poner al día, hemos añadido los nombres de muchos santos y beatos que en estos últimos tiempos han sido declarados tales por la Iglesia, y cuyo número, como es bien sabido, es grande.

Nos pareció que saldría una obra demasiado abultada si a cada uno de todos estos santos o beatos les señalábamos una nota biográfica de la misma extensión que las de las ediciones anteriores. Y para evitar ese tamaño demasiado crecido pero para no pasarlos tampoco en silencio hemos dividido las biografías en *extensas* y en *breves*. El criterio seguido para asignar a un santo o beato una biografía extensa o breve ha sido el de su importancia en el santoral: por ser más o menos conocido, por ser significativo de un tiempo o una situación, o por ser intere-

sante al público de habla hispana, o por ser fundador o fundadora de una comunidad religiosa, a todos los cuales fundadores o fundadoras hemos tomado el criterio de dedicar una biografía extensa. Y naturalmente hemos tenido en cuenta el cada día mayor santoral de las Iglesias iberoamericanas.

Hemos añadido también artículos referentes a los tiempos litúrgicos, por ejemplo *Cuaresma,* ya que son parte importante y vital de lo que se llama el año cristiano.

Y hemos añadido a cada día su martirologio o lista de los santos y beatos que para esa fecha señala el Martirologio romano. De esta forma, cada día puede saber el lector cuáles son los santos que la Iglesia conmemora, y de la mayoría de ellos tiene una nota biográfica, extensa o breve.

Esta obra sigue el nuevo *Martirologio romano* que, como edición típica, ha sido publicado el año 2001. Este seguimiento ha hecho que no demos entrada en el *Año cristiano* sino a los santos y beatos que en dicho Martirologio se recogen, enviando al Apéndice las notas biográficas de otros que no están incluidos en él pero que pueden resultar interesantes, por ejemplo, por celebrarlos, en su propio de los santos, alguna diócesis española. De todos modos son muy pocos. Igualmente ha obligado el seguimiento del nuevo Martirologio romano a resituar no pocas biografías que en las ediciones anteriores se encontraban en otras fechas y que han sido pasadas al día que ahora se les asigna.

Nos parece que este criterio de seguir el nuevo Martirologio no necesita defensa. Pues aunque se le hayan encontrado al texto del mismo algunos fallos de detalle, sustancialmente es un texto definitivo. No olvidemos que el Martirologio es un libro litúrgico, editado por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos, promulgado por la autoridad del Romano Pontífice, cumpliendo una determinación del Concilio Vaticano II. Se trata del registro oficial de santos y beatos que hace para su uso la Iglesia Romana y que tiene vigencia en todo el ámbito, tan mayoritario dentro de la Iglesia, del rito romano. Hay que decir que en su actual edición se ha hecho una grande e inmensa labor, verdaderamente meritoria, y que con ella se ha cumplido el objetivo conciliar de máxima historicidad, y el de

poner al día esta lista oficial con la añadidura no solamente de los nuevos santos sino también de los beatos, ya que, aunque en distintos niveles, unos y otros reciben legítimamente culto público en la Iglesia.

Con respecto a la bibliografía digamos que hemos seguido el criterio que se usó en las ediciones anteriores. Se ofrece en el primer volumen una bibliografía general actualizada. En ella se indican las obras que se refieren a todo el calendario o a una parte de él, por ejemplo, el santoral de una nación, el de una congregación u orden religiosa, el de los mártires de una persecución, etc. La bibliografía específica de cada santo o beato de las biografías extensas va al final de cada una de ellas.

Hemos pensado que con estos criterios volvemos a darle al lector el ya clásico AÑO CRISTIANO de la BAC pero con ampliaciones y mejoras que esperamos merezcan su atención.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES
Coordinador

AÑO CRISTIANO

XI

Noviembre

1 de noviembre

A) MARTIROLOGIO [1]

1. Solemnidad de Todos los Santos **.
2. En Tarracina (Lacio), San Cesáreo (fecha desconocida), mártir.
3. En Dijon (Galia Lugdunense), San Benigno (fecha desconocida), venerado como presbítero y mártir *.
4. En Auvergne (Aquitania), San Austremonio († s. III), obispo.
5. En París (Galia Lugdunense), San Marcelo († s. IV), obispo.
6. En Bourges (Aquitania), San Rómulo († s. V), presbítero y abad.
7. En Tívoli (Lacio), San Severino († s. VI), monje.
8. En Milán (Lombardía), San Magno († s. VI), obispo.
9. En Bayeux (Galia Lugdunense), San Vigor († 538), obispo.
10. En Angers (Neustria), San Licinio († 606), obispo.
11. En Larchant (Aquitania), San Maturino († s. VII), presbítero.
12. En Pas-de-Calais (Flandes), San Audomaro u Omer († 670), monje de Luxeuil y luego obispo de Therouane.
13. En Borgo San Sepolcro (Umbría), Beato Rainiero de Arezzo († 1304), religioso franciscano *.
14. En Lisboa (Portugal), Beato Nuño Alvares Pereira († 1431), religioso carmelita *.
15. En Ximabara (Japón), beatos Pedro Pablo Navarro, presbítero, Dionisio Fujishima y Pedro Onizuka Sandayu, religiosos jesuitas, y Clemente Kiuyemon († 1622), mártires *.
16. En Hai Duong (Tonkín), santos Jerónimo Hermosilla y Valentín Berriochoa, obispos, y Pedro Almató, presbítero († 1861), religiosos dominicos, mártires **.
17. En Múnich (Baviera), Beato Ruperto Mayer († 1945), presbítero, de la Compañía de Jesús **.
18. En Mukacevo (Ucrania), Beato Teodoro Jorge Romzsa († 1947), obispo y mártir *.

[1] Los asteriscos que aparecen en el martirologio hacen referencia a las biografías que siguen a continuación, que serán extensas (**) o breves (*).

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS

El otoño litúrgico avanza, tiernamente ungido de melancolía, por el paisaje desolado de noviembre. Ya no hay verdor, ni golondrinas, ni rosas. Bajo un cielo absoluto, la tierra levanta los árboles desnudos, como a esqueletos descarnados, para una danza con la muerte; y gime, cuando el labrador le hunde, sin piedad, el arado, en una maravillosa geometría de sementeras y de surcos. Yo no sé cómo los vendimiadores tienen alientos para cantar al amor pagano un madrigal de racimos, ahora que la naturaleza pena, ante la venida de las nieves, que han de sepultarla, como en el mármol frío de una tumba.

Caminamos por este otoño espiritual con miedo, con fatiga, con nostalgia. El ciclo de Pentecostés, en su largura, nos alejó de los gozos pascuales del Resucitado, cuando prometían al alma las eternas primaveras de Cristo. Y ahora todo se hace incierto, breve como el día, penitencial, sin luz. Los evangelios de estos domingos escriben sobre nuestro corazón, con aquella misma misteriosa mano que helaba la risa sacrílega, en la cena de Baltasar. Es tiempo de rendir cuentas, porque el reino de Dios es semejante a aquel rey que puso en juicio las contabilidades de sus siervos. No se puede servir a Dios y al César sino dando a cada uno lo que le corresponde, porque al entrar en ese festín de las bodas celestes, que es el reino, nuestras vestiduras deben resplandecer de virtudes y de merecimientos: estremece pensar cómo al invitado que se presenta con su túnica mal cosida y sucia, se le arroja a las tinieblas, donde hay llanto y rechinar de dientes. Invitan a pensar estas domínicas de noviembre que cierran el ciclo litúrgico en el drama del apocalipsis de todas las cosas.

Pero aún tiene un respiro de gozo nuestro corazón con esta fiesta de Todos los Santos. Mirad al cielo, extremadamente limpio, en el punto de la amanecida de otoño. Aún arden las estrellas, innumerables como los descendientes prometidos al padre Abraham. ¿No serán esos pequeños mundos de luz los tronos de gloria para cada uno de todos los santos? Pues os diría que, en la hora del alba, palpitan tan vertiginosamente todas las es-

trellas, que parecen campanas de luz repicando su gloria, en homenaje del sol, que se alza sobre el horizonte jubiloso para engalanar de aureolas a todos los santos. Sí. En la liturgia, el sol es imagen augusta y reverberante de Jesucristo. La luna silenciosa, blanca y humilde, es la Virgen María, espejo claro donde se mira Dios complacido. Y las constelaciones de luceros, como infinitas, todos los santos de la celeste corte.

Vamos a gozar espiritualmente de este día entrañable... que ya descenderá el crepúsculo con la incertidumbre de sus tinieblas..., porque este Sol, Jesucristo, ha de volver al mundo, sobre un escabel de nubes, a juzgar a los vivos y a los muertos, cuando las aguas embravecidas de los mares caigan, como las del Diluvio, para anegar la tierra, y se bamboleen las constelaciones, y los hombres, secos de angustia, sin lágrimas en sus ojos dilatados, le vean llegar en vestiduras de juez. Aún es tiempo de poner un orden sacro en nuestras vidas y de ajustarlas al patrón de los santos.

La investigación especializada de la historia encuentra muy inciertos los orígenes de esta conmemoración litúrgica de la Iglesia. Hay que descender a ese «laberinto de Dios» que son las catacumbas de Roma, para encontrar, en sus minúsculos oratorios, la presencia de un culto tributado a los apóstoles y a los mártires por las primitivas comunidades. Aquellos cristianos puros vivieron todas las dimensiones de la resurrección de Jesucristo, como un esquema luminoso de esperanza en la propia resurrección. Habían oído a San Pablo. Y sabían que el Cristo total del cielo se completaría con el número desconocido de todos los hombres que conquistaran la corona. Los mártires habían triunfado ya, rotos en las bocas de los leones, o iluminando, con las llamas de su carne encendida, las orgías de los césares. Eran ya un ejemplo, muy exigente, de vida, y una intercesión poderosa delante del Altísimo. Al concepto pagano de vida y muerte, opuso el cristianismo un sentido de trascendencia, que hacía estimar la misma carne como sacra envoltura del alma y templo del espíritu, según lo predicaba el Apóstol. Era nuestro cuerpo un hermano menor —consentido, rebelde, tenebroso—, pero que nos acompañaba, como contraste de prueba y santificación, por las andaduras del destierro. De ahí

que la Iglesia prohibiese incinerar los cadáveres o arrojarlos sin honra ni oraciones en los «puticuli» funerales, edificando en las catacumbas los cementerios.

En el principio, se trató sólo de una liturgia funeral sin rango de culto verdadero. Pero muy pronto, los grandes nombres de los «atletas de Cristo» aparecieron en los lóculos mortuorios, orlados de emocionadas grafías. Inés, con sangre en sus vellones de dulce cordera, apacentada por el Pastor bueno; Cecilia, al brazo del ángel de su virginidad, que le cubre de azucenas y de rosas; Lucía recogiendo en un cáliz de oro los borbotones de la sangre de su garganta; Sebastián, traspasado de saetas, como en una crucifixión olímpica, y Lorenzo, ardiente de amor y de perdones, entre las brasas que le tuestan, para el banquete de su propia inmortalidad. Así, el sentido militante de la vida cristiana cobra un realismo de ejemplaridad que arrastra, con la luz de estos valientes triunfadores.

Entonces nace, primero, el culto martirial. Cada aniversario del natalicio para la patria del cielo se celebraba, según atestigua el *Liber pontificalis,* una misa sobre sus mismos sepulcros, orlados de flores y de perfumes, que iba, con frecuencia, acompañada por una «vigilia» nocturna de cánticos y de rezos, clausurando la ceremonia las «libaciones» o «comidas funerales» como un signo de fraternidad con los fieles necesitados. La adhesión fervorosa a determinados mártires, y la certeza de su poder celeste, introdujo la costumbre, entre los fieles, de preparar sus enterramientos junto a esos santos sepulcros, con lápidas donde se pide al mártir la intercesión para el tremendo juicio.

Pero hasta el siglo IV no aparece una liturgia colectiva consagrada a «todos los mártires». Por los *Carmina* de San Efrén y las *Epistulae syriacae* de San Atanasio sabemos que las Iglesias orientales celebraban esta festividad el día 13 de mayo. San Juan Crisóstomo asigna para la Iglesia antioquense la octava de Pentecostés, fecha que aún respetan las comunidades de rito bizantino.

Esta liturgia martirial pasa de Oriente a Roma con el papa San Bonifacio IV (608-615). Quiso el pontífice conservar y desenvolver la obra reformadora litúrgica de San Gregorio el Grande. El *Liber pontificalis* escribe en su elogio que «alcanzó,

del emperador Focas, el templo que lleva por nombre Panteón», e hizo de él la iglesia de «Santa María y de Todos los Mártires». El suceso es trascendente porque se trata del primer templo pagano consagrado al culto de la comunidad cristiana. Fue construido el «Panteón» en honra de Júpiter, por Marco Vespasiano Agripa, el 25 a.C., como una dependencia más de las termas imperiales. Después se entronizaron a Marte y Venus, con un sinfín de otras deidades menores, que le definieron como «Templo de las estatuas». Es de una suntuosa arquitectura circular, rica en granito, mármoles y oros, con un atrio impresionante por su grandeza y sencillez. El papa Bonifacio recogió de las catacumbas las sagradas reliquias de los mártires, que en veinticuatro carrozas fueron portadas procesionalmente con himnos triunfales, y expuestas, en fervor de multitud, a la veneración pública. Pero aún no puede hablarse de una fiesta de Todos los Santos. Se atribuyó a este Pontífice la instauración de la misma, incluso con la fecha del 1 de noviembre, como ahora la celebramos, pero don Quentin demostró, a principios de nuestro siglo, que se habían interpretado erróneamente algunos escritos de Beda el Venerable y de Rabano Mauro. Esta fiesta de Todos los Mártires quedó fijada por San Bonifacio para el día 13 de mayo, ya que las témporas de Pentecostés —fecha heredada de Oriente— impedían, con su ayuno y vigilias penitenciales en San Pedro, el gozo y los esplendores del triunfo de los mártires.

Pero cada vez se imponía más el anhelo de festejar a todos los santos: no sólo a los que dieron testimonio con su sangre, sino también a los confesores y doctores, a las vírgenes y a los anacoretas, que ya iban mencionados en el canon de la santa misa, con la fórmula: «los que duermen en el signo de la fe». El vandalismo de los iconoclastas precipitó el augusto acontecimiento. Gregorio III (731-741) convoca un concilio el día 1 de noviembre del 731, y sobre la confesión de San Pedro Vaticano excomulga «a todos los que, despreciando el uso fiel de la Iglesia, retiren, destruyan o profanen las imágenes de Nuestro Señor Jesucristo, de su gloriosa madre María, siempre Virgen inmaculada; de los apóstoles y de los santos». Y, como una reparación de aquellas bárbaras mutilaciones de las santas esculturas, erige, en San Pedro, un oratorio a la memoria y culto de

todos los santos, muertos por todo el orbe. Una comunidad benedictina celebraba diariamente la liturgia coral, con especiales conmemoraciones de todos los santos, cuyo natalicio honraban las iglesias particulares. Pero aún corren cerca de cien años más hasta Gregorio IV (827-844) que la fija el día primero de noviembre, a instancias del emperador Ludovico Pío y de los obispos de las Galias. Finalmente, Sixto IV enriquecía la festividad con una octava solemne y muy amplias indulgencias.

Penetremos ahora en la teología litúrgica de la fiesta. Desde luego, se apoya en la revelación de las Sagradas Escrituras. San Juan, en sus visiones de Patmos, nos dice:

> «Vi una muchedumbre grande, que nadie podría contar, de toda nación, tribu, pueblo y lengua, que estaban delante del trono y del Cordero, revestidos con túnicas blancas y con palmas en las manos. Clamaban, con grandes voces, diciendo: Salud a nuestro Dios, al que está sentado sobre el trono y al Cordero. Y todos los ángeles estaban, en pie, alrededor del trono, de los ancianos y de los cuatro videntes. Y cayeron sobre sus rostros y adoraron al Señor, clamando: Amén. Bendición, gloria, sabiduría, acciones de gracias, honor y poder a nuestro Dios por los siglos de los siglos, Amén».

En esa muchedumbre sanjuanista están todos los santos. No sólo los que la Iglesia canonizó, al catalogarles en su martirologio con un doble signo comunitario de intercesión y ejemplaridad, sino todos los justos, que mueren en gracia y, después de bruñidos en el crisol del purgatorio, acceden a la eterna beatitud de Dios: los santos anónimos, sin aureola, también.

San Pablo concibe el reino de Cristo en un horizonte escatológico: está en el mundo, pero no es de este mundo, según la respuesta misteriosa que Jesús diera a Pilato, en aquel acoso incierto de preguntas, la mañana del viernes, en el Pretorio. Dice a sus corresponsales de Corinto, en la primera carta: «Entonces será el fin, cuando Jesucristo entregue a su Dios y a su Padre el reino. Pero es necesario que él impere en este mundo, hasta poner a todos sus adversarios como escabel de sus plantas». Para el Apóstol, el reino no es otra cosa que el «pleroma de Cristo»: Jesús, como cabeza de todo el cuerpo místico, completado en ese número desconocido de miembros santos, que coincide con la gloriosa turba vista por San Juan en su Apocalipsis.

Pues aquí lo entrañable de la fiesta. Pensar, con toda ortodoxia, que asisten a esas adoraciones del Cordero gentes de nuestra sangre y apellidos, nuestros familiares, los que vivieron cerca de nosotros la misma problemática de los pequeños gozos, las mismas horas grises de ceniza y miserias que tejen el misterio de cada vida. ¡Cuántos afectuosos cuidados nos dispensará, desde su gloria, la que fue nuestra madre, la hermana, el esposo, o el hijo que consagramos al Señor, muerto en la primera trinchera de la conquista de las almas!

Y después un espoleo agudo, penetrante, a nuestra condición de viadores —¡tantas veces lacios y vencidos!— para injertarnos una decisión, una temperatura de santidad. Nos agobia la «santidad extraordinaria», el ejercicio de virtudes, en ese grado heroico que la Iglesia exige de sus santos canonizados para levantarles a la *Gloria* de Bernini. Leemos sus vidas maravillosas y sencillas. Nos arrebatan y nos asombran. Pero a la hora de imitarles, su psicología personal no casa con nuestro temperamento y nuestros contornos sociales de incertidumbre y angustia tampoco nos ayudan.

No fue así a los principios de la cristiandad. Pablo consagra en sus epístolas una manera de saludo para dirigirse a todos y cada uno de los fieles de las comunidades. Y les llama «santos»: «A los santos de Corinto, de Éfeso, de Roma». Se vivía, entonces, el gran mandamiento de la caridad, en una tensión entera y fragante. Eran un corazón, un alma sólo, con todos los bienes materiales y espirituales comunes, unidos por el sacramento de la fracción del pan. Podemos estimarles como santos de cuerpo entero. Y aunque la Iglesia no haya recogido sus nombres en el martirologio, les honra en este día, porque supieron moldear su existencia según la imagen de Jesucristo, en el cumplimiento exacto de los deberes de su profesión, en las humildes faenas diarias sin brillo, pero ungidas de la caridad y del amor.

¿Ha cambiado, con los tiempos, el módulo de la santidad cristiana? Romano Guardini tiene una respuesta admirable y aguda. La paz de Constantino abrió, para la Iglesia, todas las calzadas imperiales de Roma. Una expansión como de milagro. Pero un grave peligro también. El cristianismo se hace religión oficial. Y aquellas células puras de las catacumbas se ven como

asaltadas por una muchedumbre que sólo busca patentes para el forcejeo burocrático, o un camino seguro para el logro de dignidades de gobierno. ¡Y cómo se repite la historia impura en nuestro tiempo! Semejantes cristianos no viven, en su profundidad santificadora, el código del reino de Dios, predicado por Jesús sobre la Montaña de las Bienaventuranzas, ni se sienten capaces de cargar con las pequeñas cruces domésticas para seguir a Jesucristo, porque su corazón está en la avaricia del oro, en las locuras de la carne, en el orgullo de la vida. Un gran viento helado apaga las lámparas de la fe, mientras la vida cristiana discurre sin gloria y sin pena. Pues, muy lógico que, en estas condiciones, la Iglesia exija de sus santos un comportamiento fuera de serie, virtudes extraordinarias, que les distinga de la plebe civil y espesa.

Entonces el santo busca la soledad para una más sosegada conversación con su Dios, adelgazando la carne con flagelaciones y ayunos. Y se abren los desiertos, como palestras candentes, para los atletas del silencio. Semejante evasión del mundo puede considerarse egoísta. Pablo de Tebas huye de las persecuciones porque le falta la fortaleza del mártir para dar testimonio entre las bocas de los leones, en los circos. Pero Pablo y Antón, con todos los millares de solitarios que les siguen, se topan en la soledad con el demonio. Y éste es el bárbaro contraste de su santidad. ¡Qué diabluras tan estremecedoras! Pelean a brazo partido con la fiebre de la propia carne, con el zarandeo del demonio, que les turba toda oración, que les veja y les acogota, subiéndose sin respeto a las barbas venerables, mientras sus risas conmueven los infinitos arenales y soplan un siroco abrasador de infierno. Pues cuando triunfan de tan terrible adversario, bien merecen que la aureola de la santidad engalane sus ancianas frentes, amigadas y angélicas.

Otros combaten al demonio de la herejía, cuando la Iglesia desenvuelve los dogmas nuevos, contenidos en la revelación de las Escrituras; y se santifican, quemando la propia existencia en la contemplación y en el estudio: Agustín, Alberto Magno, Tomás de Aquino. Y las vírgenes abren el nardo de su alma para que embalsame de celestes perfumes la cloaca de nuestro mundo: Clara, la pobre de Asís; Matilde la Grande; Gertrudis de

Helfta; y nuestra Teresa de Ávila, peregrinando para edificarle al Esposo palomares de monjas, entre éxtasis y transverberaciones, trampas del maligno y febriles baldaduras de su pobre cuerpo. La Iglesia exige de sus santos un resplandor en vida, que destaque e ilumine el chato discurrir espiritual de los fieles cristianos. Naturalmente. A las dictaduras del feudalismo, las fraternidades mendicantes de Guzmán y Asís oponen el amor del Evangelio, hasta romper una lanza en defensa del hermano lobo. Y Loyola funde en el horno de sus «Ejercicios» un hombre verdadero, y distinto de aquel rebelde, carnal, orgulloso, que había engendrado la falsa reforma luterana. Así, las miserias espirituales y materiales de cada siglo encuentran en los santos de Dios medicina, y un ejemplo de acicate para elevar las vidas vulgares de los fieles cristianos.

Pero ved. Las convulsiones guerreras y revolucionarias de nuestro tiempo han metido a todo el hombre en un trance de crisis profunda. Lo comunitario prima sobre la individualidad, en el ámbito de la vida religiosa y civil. Apunto el hecho solamente, sin ánimo de especulaciones sobre una filosofía de la historia. Entonces ¿tienen que proyectarse los cánones de la santificación sobre este hombre-masa? Se nos ha propuesto un esquema a nuestro alcance, con Teresa de Lisieux: una santidad pequeña, doméstica, asequible. Pero resulta que el corazón de la joven y humilde carmelita se dilata tanto, en profundidad y anchura, que cabe en él todo el Evangelio vivo, y la teología de San Pablo, la fortaleza de los mártires, el ansia misionera de Javier y una gran pasión por la cruz. ¿Quién posee un corazón de tan enormes latidos? Pero hay un instante clave en su vida, que se nos acerca tan graciosamente, que la podemos erigir como ejemplo de santificación para todos los individuos, estados, profesiones. Cuando, a los filos de su agonía, unas hermanitas comentan junto a su ventana los apuros de la superiora para redactar la carta de elogio fúnebre de Teresa. Nada extraordinario y visible hay en su existencia breve. Pero Teresa de Lisieux obra sencillamente todas las realidades de su vida por amor a Dios y al prójimo. Y así es el toque y la aureola de su santidad que ha conmovido al mundo: y muy acorde con nuestra psicología moderna. En los campos, en el taller y en la fábrica —que también

tramita la Iglesia procesos de canonización de «cargadores de puerto»—; en el mundo trepidante y anónimo de las oficinas mecanizadas; en el ejercicio de las profesiones libres; en la espiritualidad de los esposos, debe resplandecer este amor a Jesucristo, hecha práctica diaria, que ajuste nuestra vida entera de relación, y refleje un contorno suave de luz que guíe y consuele a nuestros hermanos. Así alcanzaremos ciertamente la corona para el gozo infinito del cielo. En el ofertorio de esta fiesta, el sacerdote implora, con la Sabiduría: «Señor: las almas de los santos están ya en tu mano, y no las salpica el fermento de la muerte eterna. A los ojos del mundo, pareció que morían, pero ahora viven en tu paz». Aunque parezca increíble, este vivir y obrar por el amor de Dios suena, en nuestro tiempo, a locura, porque se sirve idolátricamente a la fuerza del odio, del rencor y de la envidia; y se adoran, con estudio refinado, los placeres de la venganza. Pues la paz del mundo no puede amanecer si estos santos anónimos, sin aureolas, no cambian con su ejemplo los rumbos satánicos de la sociedad.

Fiesta de Todos los Santos. Otoño. Recogimiento del alma, trascendida a dulces conversaciones con el cielo. Celebradla en lo íntimo de vuestro hogar, pensando en los santos familiares, junto a la misma mesa donde el padre y la madre nos partían el pan, la doctrina cristiana y el consejo; las flores, los cuadros, las costumbres que amaron; este lecho donde el dolor largo iba calladamente haciéndoles imagen viva de Jesucristo en su cruz... y ellos sonreían para no turbar nuestro gozo. Asomaos a la ventana, a los mismos paisajes que hicieron descanso, contemplación del Señor y alegría de sus almas. Y si las lágrimas os ciegan, ya vendrá desde lo alto una música callada, nunca oída, el salmo que todos los santos —nuestro padre, nuestra madre, la hermana, el esposo, el hijo— cantan al Cordero. Y entonces tendréis la gloria celeste dentro del corazón.

FERMÍN YZURDIAGA LORCA

Bibliografía

Acta sanctorum. Propylaeum decembris p.488-489.
Breviarium romanum. Pars autumnalis, 1 nov.
GREGORIO DE NISA (SAN), PG 46,953.

LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI, *Historia de la Iglesia católica,* II (Madrid ^{3}1963).

MOURRET, F., *Histoire générale de l'Église,* 3 (París 1921).

QUENTIN, H., OSB, *Les martyrologes historiques du Moyen Âge. Étude sur la formation du martyrologe romain* (París ^{2}1908).

SCHUSTER, A. I., *Liber sacramentorum,* VI y IX (Turín 1941).

SANTOS JERÓNIMO HERMOSILLA, VALENTÍN BERRIOCHOA, PEDRO ALMATÓ

Mártires († 1861)

JERÓNIMO HERMOSILLA ARANSÁEZ nació en la sede episcopal riojana de Santo Domingo de la Calzada el 30 de septiembre de 1800, el más pequeño de nueve hermanos. Cuando su padre murió, y él tenía tan sólo nueve años, su hermana María Petra que le sacaba catorce de diferencia, se lo llevó con ella a un pueblo cercano, Cordovín, donde ella atendía a un padre benedictino perteneciente al famoso Monasterio de San Millán de la Cogolla, quien servía en aquella parroquia. A los quince años, con su hermano Millán, dieciséis años mayor que él, se trasladó a Valencia, pues este hermano era administrador del obispo Veremundo Arias que acababa de ser trasladado desde la diócesis de Pamplona a la levantina. Jerónimo comenzó sus estudios eclesiásticos en uno de los seminarios diocesanos valencianos, dirigido entonces por los padres dominicos y, seguramente debido a esa mediación, ingresó en el convento de Santo Domingo de Valencia, de la Orden de Predicadores, donde tomó el hábito en 1819. Al año siguiente tuvo que interrumpir su vida comunitaria por la revolución de Riego, al ser reclutado por el ejército real, en el que alcanzó el grado de sargento. Poco después, y reintegrado a la vida comunitaria, emitió sus votos religiosos el 29 de octubre de 1823. Al recibir el subdiaconado pidió pertenecer a la provincia dominicana «del Santísimo Rosario», llamada «de Filipinas» porque ésta formaba en España a jóvenes dominicos españoles para ser misioneros en el extremo oriente. El 2 de enero de 1825 llegó a Manila desde Cádiz, terminó allí sus estudios de teología y fue ordenado presbítero. En Manila y en su Universidad de «Santo Tomás» los dominicos experimentados enseñaban las distintas lenguas orientales a sus hermanos

más jóvenes. Jerónimo permaneció algunos meses más en Manila estudiando la lengua annamita, monosilábica, con distintos tonos y por eso difícil, pues había sido destinado a la región de Tonkín (Vietnam). El 2 de mayo de 1829 llegó a la isla de Macao y, en una nave de carga, prosiguió hacia su destino desembarcando en Tai-Binh el 15 del mismo mes.

VALENTÍN BERRIOCHOA ARISTI nació en el vizcaíno Elorrio el 14 de febrero de 1827, el mayor de tres hermanos, que se quedaría como único al morir más adelante su hermano y su hermana. En su pueblo había un convento de Dominicas y, ya desde niño, las oía hablar sobre los dominicos misioneros, pues era monaguillo. Quiso completar los estudios que había iniciado en la escuela para llegar al sacerdocio y hasta participó en un concurso para un beneficio eclesiástico, pero, habiéndolo ganado, fue concedido a otro. Se tuvo que poner entonces a trabajar, ayudando a su padre en la carpintería hasta que, gracias a la colaboración de un sacerdote, en 1845 pudo entrar en el seminario de Logroño, donde obtuvo buenos resultados en sus estudios. Por su profunda piedad, el obispo Irigoyen lo nombró, siendo solamente un tonsurado de veinticuatro años, director espiritual de los clérigos, confiriéndole en el transcurso del año 1851 las tres órdenes mayores. Seguidamente trabajó en el mismo seminario diocesano y en distintas parroquias de Logroño pero, deseando ser dominico y misionero, a sus veintiséis años, el 6 de octubre de 1853, pudo ingresar por fin en la Orden dominicana en el convento de Ocaña (Toledo), donde profesó como religioso con el nombre de Valentín de la Encarnación. Por su celo misionero, a final de 1856 se embarcó en Cádiz con destino a Filipinas y, con otros ocho compañeros, llegó a Manila a mitad de 1857 donde estudió también el annamita para ir a Tonkín.

PEDRO ALMATÓ RIBERA nació en Sant Feliu Sasserra (Barcelona) el 1 de noviembre de 1830. Vistió el hábito dominicano el 25 de septiembre de 1847, también en el convento de Ocaña, donde profesó y cursó la filosofía. En septiembre de 1852, apenas iniciados los estudios de teología y ordenado ya de subdiácono, fue enviado a Manila, donde sería ordenado sacerdote en 1853. Dos años más tarde obtenía el permiso para partir a las

misiones dominicanas de Tonkín, aunque bien sabía que allí la fe cristiana era perseguida y los misioneros exterminados.

Hay que notar que la evangelización en Vietnam, llevada a cabo desde el inicio del siglo XVI, fue consolidada con los primeros vicariatos apostólicos del Norte (Dáng-Ngoái) y del Sur (Dáng-Trong) en 1659 y, en el transcurso de los siglos, tuvo un admirable desarrollo gracias al testimonio de tantos mártires, misioneros llegados desde Europa, y nativos: sacerdotes, catequistas y fieles laicos. Desde 1625 a 1885 se dieron más de 53 edictos de persecución contra los cristianos y hubo unos 130.000 exterminados.

Los tres dominicos, Hermosilla desde 1829, durante treinta y dos años, Berriochoa desde 1857 y Almató desde 1855, fueron misioneros en Tonkín, en el norte de Vietnam, que anteriormente llamábamos Indochina.

Jerónimo Hermosilla comenzó su apostolado ya en medio de persecuciones de todo género, viviendo en la clandestinidad, cambiando frecuentemente de residencia y hasta de nombre, adoptando sucesivamente éstos: Da, Trum, Vaong, Liêm. En 1832 la persecución ordenada por el rey Minh-Manh (1820-1840) devastó la provincia de Nam-Dinh. Las iglesias quedaron destruidas, pero además el 6 de enero de 1833 dio otro decreto para suprimir cuanto quedara de cristiano y, por tanto, recrudeció la persecución a todas las personas bautizadas y mucho más a los misioneros. Del tiempo de su reinado han sido canonizados 58 mártires. Por la fortaleza y ánimo de Jerónimo Hermosilla, fue elegido en 1836 Vicario provincial y en 1838, una vez martirizados los santos obispos Domingo Henares, el 25 de junio, y Clemente Ignacio Delgado, el 12 de julio, fue nombrado Vicario apostólico de Tonkín oriental —a la vez que Romualdo Jimeno como su obispo coadjutor—, y por tanto, debía ser consagrado obispo. Acosado entonces por los mandarines, pues el emperador había dado un decreto el 8 de enero de 1839 estableciendo pena para quien ocultara a Jerónimo Hermosilla y premio para quien lo delatara, describiéndolo como «europeo de nariz larga, barba espesa, ojos castaños y rostro abultado», logró llegar —agarrándose a la cola de un caballo sobre el que había hecho subir a un cristiano— a Tonkín

occidental, donde el francés mons. Retort lo consagró obispo, titular de Miletopoli, el 25 de abril de 1841. Escogió como lema para su ministerio «O Crux, Ave». Vuelto a su Vicariato, con más de cien mil kilómetros cuadrados de extensión y la capital en Hanoi, tenía casi cincuenta distritos y cada uno de ellos una veintena de iglesias o capillas. Al cuidado de las iglesias había escuelas para catequistas y las llamadas «Casas de Dios», algo así como unos seminarios menores. Había también una treintena de conventos de religiosas. En 1848 eran casi doscientos mil católicos en ese Vicariato, con 60 sacerdotes, sólo ocho de ellos extranjeros y el resto nativos, la mitad dominicos y la otra mitad del clero secular. Después de unos años de experiencia pastoral, con un total de mil iglesias y capillas, Jerónimo Hermosilla solicitó a Pío IX en ese año que su Vicariato se dividiese en dos, central y oriental; así, tanto él como sus diocesanos podrían tener mayor contacto con los no cristianos.

A comienzos de 1841 había muerto Minh-Manh y las misiones tuvieron un poco de tregua durante el reinado de su hijo, Thieu-Tri (1840-1847), aunque después reemprendió también la persecución (de este tiempo de su reinado han sido canonizados tres mártires). Thieu-Tri murió el 2 de noviembre de 1847 y le sucedió Tu-Duc (1847-1883), quien no sólo confirmó los decretos precedentes sino que acrecentó la persecución contra los cristianos. Del tiempo de este reinado han sido canonizados ya cincuenta mártires, entre ellos Jerónimo Hermosilla, con Valentín Berriochoa, también obispo, y José Almató, presbítero, pero en esa época murieron millares de cristianos.

Y es que el edicto regio de Tu-Duc, del 16 de septiembre de 1855, mandaba exterminar tanto a los misioneros como al clero nativo, a los catequistas y a los cristianos. Fueron entonces martirizados los dominicos obispos: el 20 de julio de 1857 San José María Díaz Sanjurjo y el 28 de julio del año siguiente San Melchor García Sampedro Suárez.

Valentín Berriochoa, que había tomado el nombre de Vihn, ayudó tanto a Jerónimo Hermosilla como al Vicario apostólico de Tonkín central, Melchor García Sampedro, quien lo eligió y lo consagró obispo auxiliar suyo —cuando tenía sólo treinta y un años—, de noche, tan sólo doce días antes de su martirio,

como si hubiera presagiado su muerte inminente. Valentín se entregó a su ministerio episcopal y a su apostolado en medio de traiciones y denuncias, apostasías, prisiones y muertes de sus diocesanos. Recrudecida la persecución, tuvo que refugiarse en el Vicariato oriental, viviendo en escondites ocasionales que abandonaba uno tras otro cuando llegaban noticias de peligro. Incluso tuvo que vivir en las barcas de los pescadores, pero un médico lo denunció al prefecto.

Mientras tanto Jerónimo Hermosilla, para sustraer del peligro de la persecución a Pedro José Almató, le había ordenado partir para las misiones de China, pero no pudo llegar a tiempo de alcanzar a sus compañeros de viaje y tuvo que detenerse en Nê durante los años 1859-1861.

Los tres habían sido instados frecuentemente para que abandonaran Tonkín, al menos durante el tiempo de la persecución, pero quisieron permanecer junto a sus cristianos y padecer con ellos las dificultades, ofreciéndoles el cuidado espiritual y pastoral y dándoles siempre ánimo.

El 20 de octubre de 1861 Jerónimo Hermosilla, denunciado por un soldado, fue capturado junto a un joven catequista y empleado doméstico, José Nguyen Duy Khang, en una de las barcas donde estaban viviendo escondidos. Inútilmente se intentó hacerle pisar el crucifijo puesto en tierra a la entrada de la ciudad. Fue recluido en una pequeña jaula en la que se veía obligado a estar sentado o inclinado. Su testimonio de fe en la cárcel hizo que se convirtiera un preso político que allí había también condenado a muerte.

Valentín Berriochoa y Pedro José Almató, a quien había reclamado para que se uniese a él, fueron arrestados el día 25 de octubre de 1861, y encadenados y uncidos por un collar, los condujeron a Hâi-Duong. A la puerta de la ciudad también rehusaron pisar el crucifijo y, puestos de rodillas, lo veneraron con fervor. Encerrados en prisión, interrogados y torturados, pasaron aquellos días preparándose para el martirio.

Siete días después, el 1 de noviembre de 1861, los dos con Jerónimo Hermosilla padecieron el martirio y, con el preso convertido por él, fueron decapitados. Almató, mientras, rezaba el Rosario, Berriochoa sumido en oración contemplativa y Her-

mosilla bendiciendo a toda la multitud allí congregada. Hermosilla había pedido que primero fuera ejecutado aquel preso político para poderlo atender sacramentalmente y acompañarlo en sus últimos momentos. Después, sus cabezas fueron expuestas impicadas sobre cañas y sus cuerpos fueron recuperados por algunos fieles que los enterraron en lugar seguro, donde estuvieron sepultados durante tres meses, en un campo llamado de las «cinco yugadas» cerca de donde habían sido martirizados.

Los restos de Jerónimo Hermosilla fueron llevados a Santo Domingo de la Calzada. El cuerpo de Valentín de Berriochoa, el primer santo vizcaíno, fue llevado en 1886 a Elorrio. El cuerpo de Pedro José Almató fue llevado en 1887 a Manila y desde allí a la Iglesia de la Anunciata de Vic.

San Pío X los beatificó, en un grupo de ocho, el 15 de abril de 1906 (decreto promulgado el 20 de mayo siguiente), entre ellos también el catequista compañero de Jerónimo Hermosilla, José Nguyen Duy Khang, terciario de la orden dominicana, preso con ellos y que padeció el martirio en el mismo lugar el 6 de noviembre de 1861.

Al celebrarse el 1 de noviembre la solemnidad de Todos los Santos, su memoria litúrgica suele conmemorarse —en distintas diócesis y en la familia dominicana— el 6 de noviembre o en otros días primeros del mismo mes.

Juan Pablo II, después de haber sometido la consulta al Consistorio del 22 de junio de 1987, los canonizó el 19 de junio de 1988 en la Plaza de San Pedro de Roma entre un numeroso grupo de 117 mártires en Vietnam del período que va desde 1745 a 1862, entre ellos once dominicos españoles encabezados todos por el sacerdote nativo Andrés Dung-Lac y cuya memoria litúrgica, de forma colectiva como mártires de Vietnam, se celebra el 24 de noviembre.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

BERTUCCI, S. M., «Hermosilla, Girolamo, vescovo missionario del Tonchino Orientale, beato, martire», en *Bibliotheca sanctorum.* VI: *Galena-Giustiniani* (Roma 1966) cols.588-590.

JUAN PABLO II, «Litterae Decretales, Andreae Dung-Lac, Thomas Thiên et Emmanueli Phung laicis, Hyeronimo Hermosilla, O.P., Valentino Berrio-Ochoa, O.P.,

et aliis sex episcopis, Theophani Vénard presbitero M.E.P. et CV sociis martyribus sanctorum honores decernuntur»: *AAS* 73 (1991) 377-381.
REDIGONDA, L. A., «Almató, Pietro Giuseppe, beato, martire»: *Bibliotheca sanctorum.* I: *A-Ans* (Roma 1961) col.879.
RÍO, C. DEL, *Berrio-Otxoa* (Elorrio, Vizcaya 1988).
SAINZ RIPA, P., *Jerónimo Hermosilla, misionero y mártir riojano* (Logroño 1988).
TESTORE, C., «Berrio-Ochoa, Valentino, beato, martire nel Tonchino»: *Bibliotheca sanctorum.* III: *Bern-Ciro* (Roma 1962) col.86.

BEATO RUPERTO MAYER

Presbítero († 1945)

Dicen que Hitler pensó alguna vez nombrarle asistente espiritual de los nazis, a la vista de la hoja de servicios que presentaba después de la I Guerra Mundial, pero estaba muy lejos de aceptar tal pretensión el padre Ruperto Mayer. Tenía muy claro este «apóstol de Múnich», y así lo dijo en 1923 ante un auditorio que no le perdía sílaba, que «un católico alemán no podrá ser jamás un nacionalsocialista». Esta rotunda determinación no constituyó un hecho aislado en su biografía, sino que era su personal forma de anunciar el evangelio y la causa de que los últimos años de su vida los pasara recluido en varias prisiones y en un campo de concentración, alejado de los púlpitos y del contacto con su feligresía. Ya se lo advirtió en una ocasión a los dirigentes de la Gestapo cuando iban a ponerlo en libertad: «Declaro que, en el caso de que fuera liberado, continuaré predicando en las iglesias de Múnich y en toda Baviera por razones de principio, a pesar de la prohibición que me ha sido impuesta». Éste era su temple.

Juan Pablo II, tan amigo de dar a los acontecimientos nuevas lecturas históricas, quiso beatificar al padre Ruperto Mayer en su propio país, en la ciudad donde había ejercido su ministerio. Y eligió para ello su segunda visita a tierras alemanas, dos días después de haber canonizado a Edith Stein en Colonia. La ceremonia de beatificación de este jesuita se celebró en el Estadio Olímpico de Múnich el 3 de mayo de 1987 y, en su homilía, el Papa entretejió la biografía del nuevo beato con la denuncia tajante de quienes le niegan a Dios su lugar: «También hoy se trata de dar a Dios lo que es de Dios. Sólo entonces será dado al hombre lo que es del hombre». Y añadió: «Allí donde

Dios y sus leyes no son respetados, el hombre mismo no será respetado».

El beato Ruperto Mayer había nacido el 23 de enero de 1876 en Stoccarda, en el seno de una familia acomodada de comerciantes y de profunda y probada fe religiosa. Fue el segundo de seis hermanos, entre chicos y chicas, y todos ellos aprendieron en casa a inmunizarse contra los habituales insultos y ataques que recibían por ser católicos, ya que en la región de Stoccarda, principalmente habitada por protestantes, no pasaban de ser una extraña minoría. En aquel mismo lugar hizo Ruperto sus estudios primarios y cursó la primera etapa del bachillerato, que luego continuaría en 1892 y concluiría en 1894, en el colegio de los jesuitas de Ravensburg. Esta permanencia en el colegio de la Compañía de Jesús y la familiaridad con el espíritu ignaciano contribuyeron a ir aclarando y perfilando su vocación religiosa, de tal manera que durante unas vacaciones en casa ya les confió a sus padres el deseo que le rondaba por la cabeza y le tenía ganado el corazón. «Me voy a hacer jesuita», les dijo.

Al padre no le pareció mal esta decisión de hacerse sacerdote, pero le aconsejó que demorara su ingreso en la Compañía hasta no haber recibido la ordenación. Y así lo hizo, cursó los estudios universitarios de filosofía y teología recorriendo las facultades de Friburgo, Múnich y Tubinga. Después ingresó en el seminario diocesano de Rottenburg, fue ordenado sacerdote el 2 de mayo de 1899 y a continuación le encargaron la parroquia de Spaichingen, en Württemberg. Tras esta experiencia pastoral que se prolongó durante un año, el joven sacerdote Ruperto Mayer pidió ser admitido en la Compañía de Jesús, tal y como le había aconsejado su padre.

El 1 de octubre de 1900 ya está Ruperto en el noviciado de los jesuitas de Feldkirch, en el Tirol. Había dejado en la casa de sus padres su inseparable violín, que tantas horas estudiantiles había entretenido y dulcificado, y se trasladó a un noviciado fuera de las fronteras de su país, pues los jesuitas, por entonces, estaban oficialmente considerados enemigos del Imperio, no tenían derecho de ciudadanía en la Alemania post-bismarckiana, eran unos «proscritos, exiliados y sin patria», y en consecuencia no se les permitía mantener casas propias. Nada más llegar, le

dijo al maestro de novicios: «Soy una hoja completamente blanca, escriba en ella lo que usted quiera». Pasado este tiempo de formación, le encomiendan predicar misiones populares y dirigir ejercicios espirituales en diversos pueblos y ciudades de Alemania, Holanda y Suiza.

No era el padre Mayer un gran orador, pero arrastraba a la gente con su claridad, sencillez y persuasión. De 1905 a 1911 fue un misionero trabajador, un predicador infatigable. Se ha dicho que llegó a predicar hasta setenta veces en el mismo mes. Pero el momento crucial de su vida le llega cuando, en enero de 1912, el entonces arzobispo de Múnich, Franz von Bettinger, le pide que se dedique a evangelizar la región bávara, que entonces contaba con medio millón de personas. Y allá se fue y allí se quedó durante treinta años a desempeñar una labor apostólica muy intensa. Se ocupa de la asistencia moral y material de los inmigrantes y especialmente de los más pobres, se encarga de dirigir una asociación estudiantil, predica ejercicios, pronuncia conferencias, lleva la dirección espiritual de miles de personas y funda, con otros dos sacerdotes, las Hermanas de la Sagrada Familia.

Cuando estalla en 1914 la I Guerra Mundial, Ruperto Mayer se ofrece como voluntario, en calidad de capellán militar, para ejercer su ministerio sacerdotal entre los soldados. Primero estuvo trabajando en un hospital de la retaguardia, y a partir de enero de 1915 fue enviado al frente, con la Octava División bávara de reserva, donde dio muestras de un gran valor desafiando el peligro y asistiendo a los soldados heridos o moribundos en las trincheras, siempre en primera línea. Y tampoco se salvó él de la metralla. Un día, estando en el valle rumano de la Sulta, fue herido gravemente en la pierna izquierda, que acabaron amputándosela para que la gangrena no amenazara su vida. El «apóstol cojo», como le llamarían más tarde en Múnich, vio recompensado oficialmente su heroísmo como capellán en el campo de batalla con la Gran Cruz de Hierro de primera clase.

Al cabo de un año pudo abandonar el hospital donde convalecía y, terminada la guerra, reanudar en Múnich sus actividades apostólicas. Volvió a entregarse a las obras de misericordia, tanto espirituales como corporales, en aquel ambiente social

ruinoso de postguerra que no sólo había diezmado la población, sino que la había sumido en la mayor miseria. Se le podía ver al padre Mayer en la calle, con un sombrero negro, en su silla de inválido, sosteniendo en sus manos el bote con el que pedía limosna para los pobres; se le podía oír predicar en la misa dominical en la iglesia de San Miguel e intervenir públicamente en otros muchos lugares respondiendo a los problemas del momento y dando orientaciones religiosas; se le encontraba en la iglesia confesando durante largas horas, ofreciendo consuelo espiritual; se sabía que su casa era un consultorio para los heridos morales y sociales que había ocasionado la guerra; y que la puerta de su vivienda parecía una ventanilla de socorro para cualquier necesidad en la que siempre había una interminable cola de necesitados.

Esta actividad caritativa del padre Ruperto Mayer se traducía en buscar puestos de trabajo para los parados, distribuir miles de marcos entre los empobrecidos, acogerlos con amor. No era la suya pura filantropía ni sólo compasión, sino expresión profundamente cristiana en la que trataba de implicar a cuantos podía, sobre todo a los pertenecientes a las Congregaciones Marianas de Bürgersaal, que dirigió desde 1921 hasta su muerte. A veces, cuando alguien le susurraba que muchos podían engañarle y abusar de su generosidad, respondía: «Quien jamás ha sido engañado, jamás ha hecho el bien». La verdadera fuente de su comportamiento generoso y acogedor la declaró más de una vez escribiendo: «Debemos dar calor a los demás, los hombres deben sentirse a sus anchas con nosotros y deben percibir que el motivo de esto está en nuestra íntima unión con Dios».

La personalidad del padre Mayer y su comprometida dedicación pastoral hicieron que este hombre valiente y entregado no fuese nunca un desconocido y que, una vez llegado al poder el nacionalsocialismo en Alemania, se fijaran en él los nuevos mandatarios. Le siguieron la pista a todas sus actuaciones y movimientos, lo observaban sin perder ojo, iban a escuchar lo que decía y transcribían sus predicaciones. Lo perseguían claramente, de tal modo que más de una vez le obligaron a permanecer recluido en su propia celda de San Miguel. En 1935 la policía lo echó por la fuerza de una reunión, en 1937 le prohibieron pre-

dicar no sólo en Baviera sino en todo el territorio del Reich. En junio de este mismo año lo arrestaron por primera vez y un tribunal especial de Múnich lo condenó a seis meses de cárcel. Meses después, a comienzos de 1938, cuando incumplió la prohibición de predicar, fue de nuevo recluido durante tres meses y medio en la prisión de Landsberg.

¿Qué decía, pues, el padre Mayer en sus predicaciones? ¿Por qué le querían tapar la boca? La respuesta no encierra ningún secreto: ponía al descubierto los peligros de la despiadada propaganda atea que invadía a toda Alemania, prevenía contra las corrientes antirreligiosas que difundían odio contra la Iglesia, desenmascaraba a los profetas de mentiras de aquellos años, se manifestaba como un decidido defensor de la fe cristiana y de los derechos de la Iglesia, era un crítico severo de la ideología nazi.

Fue excarcelado de la prisión de Landsberg a mediados de 1938, pero en 1939 vuelve a ser detenido y esta vez encerrado en Briener Strasse de Múnich con una orden que decía: «Detención por todo el tiempo que dure la guerra». Se había desencadenado la II Guerra Mundial, sobre cuyas angustias Mayer escribiría: «Nuestro tiempo representa una advertencia extraordinariamente seria a los pueblos de la tierra, con el fin de que vuelvan a Dios. ¡No se puede vivir sin Dios!». Esta reclusión fue el paso previo para su internamiento en el campo de concentración de Oranlemburg-Sachsenhausen, donde se deterioró visiblemente su salud. Fue entonces cuando, para evitar lo que parecía inevitable, y por miedo a su popularidad, acordaron confinarlo en la Abadía de Ettal. Allí estuvo desde el 1 de agosto de 1940 hasta que cinco años después terminó la guerra.

Durante todo este tiempo de prisión y de soledad, Mayer fue escribiendo reflexiones breves, cartas de familia, en las que confiesa el argumento central de su espiritualidad y de sus convicciones: «Cuando se cerró la puerta de la prisión y me encontré solitario en la celda en la que había pasado ya tanto tiempo se me saltaron las lágrimas, pero eran lágrimas de alegría, por haber sido, por amor de mi vocación, digno de ser encarcelado, y de marchar al encuentro de un futuro incierto», escribió antes de ser trasladado al campo de concentración. En una carta a su

madre, le decía: «Ahora verdaderamente no tengo a nadie, sólo al buen Dios. Y esto es bastante, mejor dicho, más que suficiente. Si los hombres fueran capaces de comprenderlo, habría muchas más personas felices en el mundo».

Aquel Mayer que había entrado como un «muerto viviente» en la Abadía de Ettal, fue liberado en mayo de 1945 por los americanos. Le faltó tiempo para presentarse en Múnich como un «resucitado» dispuesto a reemprender sus actividades apostólicas. Mermado de fuerzas, pero no de energía interior, con sus 69 años tan trabajados, quería vaciarse, exigirse al máximo, dándolo todo por los demás. No había de ser por mucho tiempo. El 1 de noviembre de 1945, día de Todos los Santos, mientras predicaba la homilía en la capilla de la Cruz de San Miguel de Múnich sufrió repentinamente un derrame cerebral. Se dio cuenta de que le había llegado la hora, y aún tuvo tiempo de decir —como una oración, como una aceptación, como un esperado encuentro— estas palabras: «Es el Señor..., el Señor..., el Señor...».

Todo Múnich le rindió honores de santo. Han pasado los años, y en la cripta del Bürgersaal donde descansan sus restos desde 1948, abundan los exvotos, las flores, y entran a diario los muniqueses, que todavía recuerdan aquel consejo para una vida santa que él repetía: «Ningún trabajo extraordinario, ninguna experiencia religiosa particular, ningún milagro. Solamente virtud heroica». Y, sobre todo, su regla de oro: «Cristo, centro de nuestra vida. No existen soluciones intermedias». Este «testigo valiente de la verdad y apóstol del amor de Dios y del prójimo», como lo definió Juan Pablo II en la homilía de su beatificación, se expresaba con la voz de un cristiano «que se considera orgulloso de compartir la cruz de Cristo».

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

ACQUAVIVA, G., *Rupert Mayer, un gesuita contro il nazismo* (Roma 1987).
«Homilía en la beatificación»: *Ecclesia* (23-5-1987) 24-27.
KOERBLING, A., *Padre Rupert Mayer, SJ. Testimone di Cristo* (Milán 1960).
L'Osservatore Romano (4-5-1987) 5.
RATZINGER, J., *De la mano de Cristo. Homilías sobre la Virgen y algunos santos* (Pamplona 1998).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN BENIGNO DE DIJON

Presbítero y mártir (fecha desconocida)

En su libro *De gloria martyrum* habla San Gregorio de Tours de un santo de Dijon, llamado Benigno. Existía allí el sepulcro del santo y era venerado por los fieles, los cuales afirmaban recibir favores divinos mediante sus plegarias en el sepulcro del santo. Éste era un bello y antiguo sepulcro, tanto, que le dio sospechas al obispo Gregorio de Tongres († 539) de que se tratase de una tumba pagana y lo puso en contra del culto que allí se tributaba, pero una revelación vino a certificarle de la autenticidad cristiana de la tumba, y entonces se tomó la decisión de erigir sobre la cripta una basílica, junto a la cual se construye además una abadía que con el tiempo se haría famosa. Y parece que es de ese tiempo la *Passio S. Benigni,* tenida hoy por puramente imaginativa, y sin que los datos que contiene merezcan fe histórica. Según esta *passio* Benigno era un sacerdote enviado por San Policarpo de Esmirna y que luego de predicar el evangelio y por haberlo hecho fue arrestado, amenazado, atormentado y maltratado de varios modos para que apostatara, pero, no lográndose este objetivo, fue aherrojado primero en un calabozo y finalmente sacrificado. El nuevo *Martirologio* retiene la memoria del santo limitándose a decir que «es venerado como presbítero y mártir», pero sin afirmar que sepamos con certeza que lo fuera. Ya el *Martirologio jeronimiano* señalaba su memoria el 1 de noviembre.

BEATO RAINIERO DE AREZZO

Religioso († 1304)

Nace en la ciudad de Arezzo en la primera mitad del siglo XIII en el seno de la noble familia Mariani. Educado cristianamente, en su juventud orienta su vida hacia la vocación religiosa e ingresa en el convento de franciscanos de su población natal. Elige ser hermano lego y se propone, una vez profeso, vivir en la mayor humildad, pobreza y obediencia, procurando ser

un verdadero hijo de San Francisco en todos los aspectos. Pasado el tiempo, el ejemplo de sus virtudes trasciende fuera del convento y los fieles acuden a él a encomendarse a sus oraciones, resultando que muchos empezaron a atribuirle favores verdaderamente milagrosos, especialmente en la curación de enfermos. Él, por su parte, aprovechaba el trato con los que venían a visitarle para imbuirles criterios cristianos, impulsarlos a la práctica de las virtudes evangélicas y exhortarlos a la devoción filial a la Virgen María. Llegó a conocer y a tratar a fray Maseo, uno de los compañeros de San Francisco y buen conocedor de lo relativo a la indulgencia de la Porciúncula. Rainiero anotó lo relativo a la misma y sus apuntes sirvieron luego para refutar a quienes la negaban. Murió en el convento franciscano de Borgo San Sepolcro el 1 de noviembre de 1304, y su cuerpo se conserva incorrupto. Su culto fue confirmado por el papa Pío VII el 18 de diciembre de 1802.

BEATO NUÑO ALVARES PEREIRA

Religioso († 1431)

En su vida hay dos grandes etapas: la primera como seglar cristiano verdaderamente ejemplar, la segunda como religioso carmelita con fama de santo. Nacido en Sernache do Bomjardin (Portugal) el 24 de julio de 1360 en el seno de una familia noble, se cría en la corte del rey Fernando I; en la que se acredita por su honestidad, probidad, lealtad y demás virtudes del verdadero caballero cristiano, siendo designado escudero de la reina, y posteriormente y por sus muchos méritos gran condestable de Portugal. Oportunamente contrae matrimonio con doña Leonor de Alvim, con la que tiene varias hijas, siendo una de ellas Beatriz, la futura esposa de Alfonso, primer duque de Braganza. A la muerte del rey Fernando I él se pone de parte de don Juan de Aviz como aspirante al trono y se señala en la batalla de Aljubarrota, cuya victoria se le debe en no poca medida y por la que es considerado héroe nacional de su país (14 de agosto de 1385). En cumplimiento de una promesa, levanta una iglesia a Nuestra Señora en Lisboa y elige para su servicio a la Orden del Carmen, por ser una orden de advocación mariana, la cual se

instala en el nuevo templo en 1397. Pide ser admitido en el convento como hermano oblato (1423). Deja sus bienes a los suyos, una parte importante de los mismos se la da a los pobres, y con ellos dota también el convento, llevando desde entonces la vida humilde y sencilla de un religioso, manifestando una gran piedad y una gran devoción a la Virgen María. Murió el 1 de diciembre de 1431. Su culto inmemorial fue confirmado el 23 de enero de 1918.

BEATOS PEDRO PABLO NAVARRO, DIONISIO FUJISHIMA, PEDRO ONIZUKA SANDAYU Y CLEMENTE KIUYEMON

Mártires († 1622)

El 1 de noviembre de 1622 fueron quemados vivos en Ximabara (Japón) el sacerdote jesuita P. Pedro Pablo Navarro y con él los jesuitas japoneses Dionisio Fujishima y Pedro Onizuka Sandayu, y el catequista Clemente Kiuyemon. Habían llegado al lugar del suplicio cantando las letanías de la Virgen. Muchos espectadores, entre ellos los cristianos, admiraban la fortaleza y serenidad de los testigos de Cristo. El rey Bungodono, contrario a la sentencia imperial de muerte, pero que no podía impedir, ordenó que fueran muchos los haces de leña para que los mártires, muriendo pronto, padeciesen menos, y que estuviesen muy cercanos a los postes en donde eran atados. Quiso hablar el sacerdote, pero no se le dejó, sino prontamente se dio fuego a la leña y se consumó el sacrificio de los mártires. Los cuerpos carbonizados fueron expuestos tres días, luego reducidos a cenizas y aventados en alta mar.

Éstos son los datos personales de los mártires:

PEDRO PABLO NAVARRO había nacido en el sur de Italia, en la pequeña población de Laino, en diciembre de 1560. En 1575 decide su vocación religiosa e ingresa en la Compañía de Jesús. Una vez profeso es destinado a las Misiones de Oriente y pasa a Goa, donde cursa los estudios teológicos y se ordena sacerdote. Seguidamente, en 1585, zarpa para Japón, pero la nave que lo lleva, en vez de dejarlo en Nagasaki, lo deja en Firando donde es recibido con gran alborozo por los fieles. Se dedica al apren-

dizaje del idioma que llega a dominar y desde 1590 hasta 1622, en que es martirizado, ejercita por diversos sitios de Japón un fecundo apostolado, lo mismo en las temporadas de paz que en las de persecución. Afrontó con gran valor y entrega todas las dificultades y penalidades que hubo de pasar con tal de anunciar el evangelio y apacentar a los fieles cristianos que cada día abundaban más en las islas japonesas. Hombre dulce y amable, se atrajo el amor de todos los que le trataron. Desatada la persecución de 1614 se acogió al reino de Arima, cuyo rey Bungodono no era partidario de la persecución y hacía vista gorda a la discreta y cautelosa presencia cristiana en su país. Denunciado el rey ante el emperador, el rey pudo asegurarle que no había sacerdotes cristianos en su país, ya que éstos no se dejaban ver ni se conocía públicamente su presencia. Pero el 25 de diciembre de 1521, cuando ya había dicho las tres misas de Navidad, el P. Navarro fue denunciado y arrestado y con él los que serán sus compañeros de martirio. Compareció ante un juez y luego fue encomendado a la custodia de varios cristianos de Ximabara. Denunciada su presencia a la corte imperial, se esperó a ver qué sentencia venía de allí. Y llegó el 27 de octubre de 1622 sentencia de muerte: debía ser quemado vivo con otros cristianos. Escribió cartas a sus superiores y a los cristianos, dijo la última misa con especial devoción y se dispuso con gran serenidad a dar la vida por Cristo.

DINIOSIO FUJISHIMA AICON había nacido en 1584 y fue bautizado de pequeño, pero cuando quedó huérfano, siendo aún niño, lo recogieron unos parientes paganos los cuales quisieron a todo trance que el niño abandonara el cristianismo. Por ello en cuanto llegó a joven marchó a Nagasaki donde lo acogió la comunidad cristiana, siendo amigo del joven Luis Cavara, que sería martirizado con el P. Carlos Spínola, y ambos serían beatificados con nuestro mártir. Catequista y compañero del P. Navarro, corrió su misma suerte, siendo admitido por él en la Compañía de Jesús, lo que tanto deseaba.

PEDRO ONIZUKA SANDAYU era un joven que había nacido en 1604 en Faciran y que acompañaba al P. Navarro y colaboraba con él, hospedándolo y sirviéndole. Del trato con el misionero le vino la voluntad de ser él también jesuita y, estando ya

preso con el sacerdote, le pidió ser admitido en la Compañía, lo que el misionero le concedió, y ya jesuita recibió el martirio en la misma ocasión.

CLEMENTE KIUYEMON había nacido en Ximabara en 1574. Estaba casado y tenía varios hijos. Cristiano fervoroso, se unió al P. Navarro para ser su guía y acompañante en los viajes apostólicos. Detenido con el P. Navarro, compartió su martirio.

Fueron beatificados por el papa Pío IX el 7 de julio de 1867 en la ceremonia de beatificación de 205 mártires de Japón.

BEATO TEODORO JORGE ROMZSA

Obispo y mártir († 1947)

Nace el 14 de abril de 1911 en Velykyj Bychkiv, en la región subcarpática perteneciente entonces al Imperio austro-húngaro, en el seno de una familia modesta, numerosa y profundamente cristiana. Habiendo decidido su vocación sacerdotal, el obispo lo envió a Roma para que hiciera allí los estudios eclesiásticos, llegando a la Ciudad Eterna el 30 de octubre de 1930. Vive en el Colegio germánico-húngaro y hace los estudios en la Universidad Gregoriana. Pero, como decide ejercer su apostolado en Rusia, en 1934 se traslada al Colegio ruso. El 25 de diciembre de 1936 se ordena sacerdote. En julio de 1937 vuelve a su país para hacer el servicio militar. En 1938 es nombrado administrador de las parroquias de Bereszova y Alsóbisztra. Al año siguiente es destinado al seminario de Ungvar como director espiritual y profesor de filosofía. En 1944, en plena guerra, es nombrado obispo auxiliar del administrador apostólico de Mukacevo, recibiendo la ordenación episcopal el 24 de septiembre de ese mismo año. En 1946 se le hizo administrador apostólico de esta circunscripción eclesiástica. Eran tiempos muy difíciles. Terminada la Guerra Mundial el comunismo se sentía muy fuerte y se decidía a acabar con las comunidades uniatas, propugnando que pasasen a la ortodoxia. El obispo Romzsa se negó a abandonar la comunión católica y por ello sufrió muchas vejaciones físicas y morales, incluyendo un grave atentado automovilístico el 27 de octubre de 1947. Fue internado en el hospi-

tal de Mukacevo y aquí envenenado, entregando su alma a Dios el 1 de noviembre de 1947.

Fue beatificado el 27 de junio de 2001 por el papa Juan Pablo II.

2 de noviembre

A) Martirologio

1. Conmemoración de todos los fieles difuntos **.
2. La conmemoración de San Victorino († 304), obispo de Pettau en Panonia, mártir.
3. En Trieste, San Justo († 303), mártir.
4. En Sebaste (Armenia), santos Carterio, Estiríaco, Tobías, Eudixio, Agapio († 320) y compañeros, mártires.
5. En Persia, santos Acíndino, Pegasio, Aftonio, Elpidíforo, Anempodisto y muchos compañeros († s. IV), mártires.
6. En Vienne (Galia), San Domnino († 307), obispo.
7. La conmemoración de San Marciano († s. IV), ermitaño en el desierto de Calcedonia.
8. En el monasterio de Agaune (Suiza), San Ambrosio († 582), abad.
9. En Holywell (Gales), Santa Winefrida († s. VII), virgen.
10. En Vienne (Borgoña), San Jorge († 670), obispo.
11. En el monasterio de Claraval (Borgoña), San Malaquías († 1148), arzobispo de Armagh **.
12. En Argentan (Normandía), Beata Margarita de Lorena († 1521), duquesa de Alençon, viuda y luego monja clarisa *.
13. En Andover (Inglaterra), Beato Juan Bodey († 1583), mártir bajo el reinado de Isabel I *.
14. En Casale (Italia), Beato Pío de San Luis Campidelli († 1889), religioso pasionista **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS

Después de la fiesta de Todos los Santos, la conmemoración de los fieles difuntos. Después de alegrarnos con los «que siguen al Cordero», nuestro pensamiento acompaña a «los que nos precedieron en la señal de la fe y duermen el sueño de la paz». Pensamiento melancólico, no tanto por la muerte cuanto por la inseguridad: ¿Están ya en la patria, han de purificarse todavía?

De esta forma el mes de noviembre es un mes eclesial. Las tres iglesias, la del cielo, la del purgatorio y la de la tierra, se unen y compenetran. Esta compenetración la tenemos cada día en la santa misa. Al llegar el canon, la Iglesia terrestre se apiña alrededor del celebrante: el Papa, el obispo, todos los fieles, después todos los circunstantes, cuya devoción y fe conoce el Señor... Pero, además, convocamos y entramos en comunicación con la Iglesia del cielo: la gloriosa Virgen María, los santos apóstoles y todos los santos. Y no falta el recuerdo piadoso de los fieles difuntos, «para que a ellos y a todos los que descansan en Cristo les conceda el Señor por nuestros ruegos el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz» (Canon romano). Sí, cada misa es una inmensa asamblea, de proporciones tales que trasciende el tiempo y el espacio.

Esa verdad nos la hace más viva la liturgia, recalcando un aspecto eclesial bien interesante, que es su finalidad escatológica. La Iglesia de la tierra se compone de caminantes, de «viatores». Somos un pueblo en marcha, como los israelitas en el desierto. Toda la tipología del Éxodo: sacrificio del cordero pascual y liberación de Egipto, tránsito del Mar Rojo, columna de fuego, maná, etc., tiene su realización en los sacramentos, signos sensibles que producen la gracia que representan, sobre todo los dos grandes sacramentos pascuales: Bautismo y Eucaristía. Pero como la peregrinación del desierto, aunque duró cuarenta años, al fin terminó con el ingreso de los hebreos en la tierra prometida, dando paso lo transitorio a lo estable, así los sacramentos, que son también «signos del futuro», desaparecerán cuando

lleguemos a la patria, que es el cielo, porque los pétalos de la flor caen cuando ya ha madurado el fruto.

El 1 y el 2 de noviembre nuestro pensamiento se remonta hacia la eternidad, al recuerdo de los santos y de los difuntos; y todavía el 9 y el 18 del mismo mes la liturgia vuelve a insistir en tales ideas con motivo de la dedicación de las iglesias principales de Roma (basílicas de Letrán y de los santos Pedro y Pablo, respectivamente). El mismo templo material es un símbolo de la Iglesia eterna, y los cristianos nos sentimos transportados a la «ciudad santa de Jerusalén», donde no hay llanto, ni clamor, ni gemido, porque todo eso son cosas ya pasadas.

Noviembre, mes de los difuntos, de las hojas caídas, de los días cortos y del invierno en puertas, tiene para alguna gente un carácter funerario. Para nosotros debe tener un aspecto pascual y luminoso, el mismo que llena de resplandores a la muerte cristiana.

Sin querer se nos ha metido una mentalidad pagana al hablar de la muerte, mirando sólo su aspecto terrorífico y macabro, la corrupción del sepulcro, el abandono de todos, la soledad de la tumba. Resaltan algunos la parte negativa, el «somos polvo y ceniza» del pagano Horacio, hasta el punto de que el propio cardenal Portocarrero pensase que el mejor epitafio para su lápida fuese esta frase, que, bien medida, no sería del todo ortodoxa: *Hic iacet, pulvis, cinis et nihil:* «Aquí yace polvo, ceniza y nada». A las concepciones paganas del Renacimiento se unió el espíritu morboso del Romanticismo y se llenaron los cementerios, cuando no algunas iglesias, de calaveras y tibias entrelazadas, esqueletos con guadañas, cítaras y columnas rotas... Esa iconografía era ridícula y tenía muy poco de cristiana; podrá admitirse para los animales, cuya alma es caduca y sus cuerpos no esperan la resurrección, pero nunca para los fieles que viven anclados en el artículo del credo que dice: «Espero la resurrección de los muertos». El cristiano «no se muere», en sentido pasivo, y con su muerte, acaba todo, sino que «muere», es decir, «entrega su alma al Creador». Morir es para el fiel un acto humano, el más sublime y trascendental de todos, que a ser posible debe hacerse en plena conciencia.

La Iglesia tiene un rito para que mueran los cristianos, como tiene un rito para el bautismo, para la celebración de la misa,

para la ordenación de los sacerdotes y para que contraigan matrimonio los esposos. El rito de la muerte cristiana es de los más bellos y consoladores. Renovado, como el Ritual, tras el Concilio Vaticano II, responde a los criterios expresados por el Episcopado Español en sus *Orientaciones doctrinales y pastorales,* contenidas en el *Ritual de la unción y de la pastoral de enfermos.* En ellas se subraya cómo la Iglesia ha estado presente a lo largo de toda la enfermedad, y al llegar el momento de la muerte, no abandona al cristiano, sino que le ayuda a hacer su tránsito a la vida eterna en unión con Cristo, y lo entrega a la Iglesia celeste por medio de la oración. Su presencia allí, en estos momentos, es ciertamente compañía, consuelo y plegaria. Pero sobre todo es un signo: si el cristiano se salva formando parte del pueblo de Dios, a la hora de alcanzar la salvación también lo hace dentro del Pueblo de Dios peregrinante, que lo entrega a su porción gloriosa ya en el cielo. Por eso es más significativa la presencia del sacerdote a su lado. Mientras el moribundo está consciente, la Iglesia ora por él y con él, para ayudarle a vencer la angustia natural de la muerte, uniendo su muerte a la de Cristo que por su muerte venció la nuestra. Cuando el enfermo ya no puede rezar, la Iglesia ora por él y lo entrega a la Iglesia celeste, al mismo tiempo que ella se consuela con el sentido pascual de la muerte. El rito de acompañar con la oración al moribundo cristiano es muy antiguo, y se desarrolla en el clima de plena confianza en la voluntad misericordiosa de Dios.

El rito de la llamada «recomendación o entrega de los moribundos a Dios» lo pueden hacer los sacerdotes y diáconos, pero si no les fuera posible, pueden hacerlo los fieles seglares. Lo primero de todo es sugerir al moribundo pensamientos de consuelo, leyéndole frases de la Sagrada Escritura, que invitan a la confianza y la serenidad y que están tomadas de diversos libros bíblicos. A estas frases bíblicas reseñadas en el Ritual se pueden añadir jaculatorias, dirigidas a la Virgen María, nuestra madre espiritual, a San José, patrono de los moribundos, y a la Sagrada Familia de Nazaret («Jesús, José y María, asistidme en mi agonía»). En siendo posible se le puede leer al moribundo y a quienes lo rodean alguno de los textos bíblicos que en el Ritual se señalan y que subrayan la fe cristiana en Cristo Redentor. Y

cuando parezca que se acerca el momento de la muerte, es provechoso leerle al moribundo alguna de las oraciones señaladas en el *Ritual* y que recogen los sentimientos de la Iglesia en la despedida de sus hijos, y a estas oraciones piadosas que el *Ritual* recoge se añade la Salve a la Virgen María. Y cuando ya el moribundo haya expirado, se recita la oración preciosa de «Venid en su ayuda, santos de Dios; salid a su encuentro, ángeles del Señor...», etc. De esta forma la muerte está rodeada por la piedad de la Iglesia y por su firme esperanza en la resurrección y en la vida eterna. Esta costumbre de rodear de oración la muerte es antiquísima, y no se puede menos que recomendar se haga siempre que las circunstancias lo permitan.

Toda la liturgia de la defunción tiene un color bautismal, que quiere decir tanto como pascual. La profesión de fe, que entre nosotros suele renovarse al tiempo del viático, recuerda las interrogaciones que preceden al bautismo. Según San Pablo en su carta a los Romanos, el bautismo es un morir con Cristo para resucitar con Cristo. Por eso el bautismo es el gran sacramento pascual, que primitivamente sólo se administraba en la noche de Pascua. Consepultados con Cristo (anegados en el agua bautismal, muertos al pecado), conresucitados con él (naciendo por el bautismo a la vida de la gracia, como Cristo salió triunfante del sepulcro). Ahora bien, la muerte, que es sólo un símbolo en el bautismo, se hace realidad en el lecho mortuorio. Entonces morimos de verdad para resucitar de verdad a la vida del cielo, de la que la gracia santificante, que se nos dio en las aguas bautismales, era como una semilla. Por eso la Iglesia llama *dies natalis,* día del nacimiento, a aquel en que sus santos murieron. Auténticamente la muerte es una vivificación, en modo alguno un esqueleto con guadaña. De ahí el carácter de «celebración pascual» que le da la liturgia. En las letanías de la recomendación del alma, se evocan las grandes figuras del Antiguo Testamento que son figuras de Cristo resucitado, tales como Noé, liberado del diluvio; Moisés, libertado de Faraón; Isaac, de las manos de su padre Abrahán; David, de Goliat; Daniel, de los leones; los tres niños, del horno de Babilonia. El fiel ve entonces que su alma, sometida a las tentaciones y vaivenes de este mundo, va a pasar, ya libertada, a colocarse bajo la tutela del Buen Pastor.

Otro dato consolador que nos revela la liturgia de los agonizantes es que el cristiano no muere solo, sino que muere con Cristo. El acto por el cual se acaba su vida terrena coincide con el momento en que entra en la vida definitiva con Cristo, como oveja que es llevada al redil de la gloria. Así representaron con frecuencia los primitivos cristianos a las almas de sus difuntos, sobre los hombros del Buen Pastor.

Cuando el moribundo, ayudado de sus familiares que se lo presentan, besa repetidamente el crucifijo, pronunciando si puede el nombre de Jesús o haciéndolo por él los asistentes, no sólo se encomienda a los méritos de su Redentor sino que se configura con su Salvador que murió por él, rescatándole del pecado y de la muerte eterna. Ahora, besando el crucifijo, la muerte del cristiano se anega en la de Cristo y el Padre celestial acogerá con piedad aquella alma, que en el bautismo recibió el sello de cristiana y definitivamente, por la muerte, quedará agregada a su Señor.

Prosiguiendo, todavía diremos que el cristiano no muere solo porque muere con Cristo, sino que además muere acompañado, asistido y conducido por su madre la santa Iglesia. Ésta le ha dado todos los sacramentos, le ha fortalecido con el «socorro del viaje» que es el viático; le ha restaurado con la santa unción, borrando de su alma las reliquias del pecado, le ha perdonado todas las culpas y reatos con la indulgencia plenaria otorgada en nombre del Sumo Pontífice y además, en aquel instante supremo, le encomienda y entrega oficialmente a la otra Iglesia, a la del cielo. Es fuertemente impresionante el acto de la entrega de la Iglesia militante a la triunfante, que se formula en los textos de la «recomendación del alma». Entonces la Iglesia de la tierra ordena al alma que abandone este mundo: «Sal, alma cristiana, de este mundo en nombre de Dios, Padre omnipotente, que te crió; en nombre de Jesucristo, que te redimió, etc.».

Después se realiza solemnemente la entrega:

> «Te encomiendo (o entrego), hermano carísimo, a Dios omnipotente [...] Cuando tu alma se separe del cuerpo, sálganle al encuentro las espléndidas jerarquías de los ángeles, venga a encontrarte el senado de los apóstoles. Benigno y placentero se te manifieste el rostro de Jesucristo...».

dulces de San Juan: «Allí siempre estaremos con el Señor». En los formularios antiguos hay una paz que no se turba por nada. Los que han muerto en el seno de la Iglesia católica «están en el Señor».

Pero la Edad Media comenzó a pensar en el riesgo del juicio, en el instante en que el alma comparece ante el tribunal divino para ser juzgada. Y esta patética situación se reflejó en muchos textos litúrgicos. El concilio Tridentino, en la sesión XXV (Dz 983), definió la existencia del purgatorio «y que las almas allí detenidas podían ser auxiliadas con los sufragios de los fieles, en especial con el aceptable sacrificio del altar». El santo sínodo quería que se predicase a los fieles la auténtica doctrina sobre el purgatorio, pero sin descender a cuestiones difíciles, que no favorecen a la piedad popular. Precisamente lo contrario que han hecho muchos «meses de ánimas» y libros equivalentes. ¡Cuánto mejor alimentarnos de la Escritura y de la liturgia!

Cuando la muerte de Santa Mónica, una vez que pudieron hacer acallar en su llanto al niño Adeodato, Evodio tomó el libro de los Salmos y comenzó a recitar el salmo 100, al que todos los de la casa coreaban respondiendo: «Tu misericordia y tu juicio cantaré».

En la Sagrada Escritura, en los Salmos, base de todo rezo, hemos de encontrar los cristianos actuales las fórmulas para orar por nuestros difuntos, y en los textos bíblico-litúrgicos las bellas metáforas que nos hagan presentir el premio que Dios reserva a sus fieles. Una como cadena de bellísimas imágenes nos describen las antífonas y oraciones. Hoy, día de los difuntos, deben ayudarnos a presentir la felicidad de que gozan los que nos precedieron en el signo de la fe.

Se habla del paraíso. La imagen del «paraíso» aparece en el Génesis y en el Apocalipsis, en el primero y en el último de los libros de la Biblia. El paraíso es un jardín oriental, un edén, un huerto de delicias, regado con aguas abundantes, lleno de vegetación y frutos, en contraste con el desierto de los alrededores. El paraíso, en una posterior concepción bíblica, es la morada de Dios, el asiento de la sabiduría. Adán hablaba con Yahvé a la brisa del atardecer, como un amigo habla con un amigo. Así el paraíso es un concepto rico de felicidad, con todo lo que el

hombre puede apetecer junto con la posesión de Dios. Cuando el buen ladrón pide a Cristo que se acuerde de él, Jesús le dice: «Hoy estarás conmigo en el paraíso», como resumiendo la dicha suma. En el primitivo paraíso, perdido por el pecado de los primeros padres, un ángel con espada de fuego impedía al hombre la vuelta a él: mas los ángeles conducen al alma del difunto al nuevo paraíso, según la liturgia.

Se habla también de la llegada a Jerusalén. «Jerusalén» es la ciudad santa, llena de la presencia de Dios, en cuyo templo se complace en recibir culto; la ciudad que encendía de gozo a los israelitas, como canta el salmo 121. Mejor todavía que aquella Jerusalén, tan capaz de hacer la felicidad del piadoso israelita, es la nueva Jerusalén que San Juan vio ataviada como novia, la ciudad que ya no necesita de templo, porque será iluminada con la gloria de Dios. Esta Jerusalén es la «patria del paraíso», como se dice en una oración funeraria, hacia la que todos caminamos, dado que somos peregrinos y forasteros, según explica San Pablo. La liturgia menciona el «cortejo de los ángeles y los santos». La felicidad propia se acrece con la grata compañía de tan altos personajes que hacen cortejo honroso al alma que se salva.

En la parábola del rico epulón encontramos a Lázaro en el seno de Abrahán. Esto nos hace ver otro aspecto de la felicidad eterna, la intimidad afectuosa con el más grande de los patriarcas y padre de los creyentes. Intimidad que podemos transportarla al mismo Dios, a la manera como San Juan en la última cena se recostó en el seno de Cristo.

Después de un trabajo fatigante el simple descanso es una gran dicha. A nuestros difuntos les deseamos el «descanso eterno», sin la vuelta a los trabajos de la tierra. Descanso que no debe concebirse como un aburrimiento, sino como el ocio fecundo en la gloria del Padre. Bien pudo decir San Juan: «Bienaventurados los que mueren en el Señor, pues descansarán de todos sus afanes y trabajos» (Ap 14,13).

«Dios es luz, y en él no existen tinieblas», dice San Juan; por eso deseamos a nuestros difuntos «la luz eterna», la claridad inextinguible en el foco divino, para «ver la luz en su luz», como dice el salmo. Porque los cristianos hemos sido transportados de las tinieblas (pecados) a la luz (región de la gloria).

«Lucha es la vida del hombre sobre la tierra», decía Job. Milicia, intranquilidad, desasosiego. La bienaventuranza será la «paz», el reino de la paz, el sueño de la paz. Metáforas todas para expresar el sosiego bonancible del paraíso.

Por último, los textos litúrgicos hablan del «refrigerio», tan apetecido de quienes viven en países abrasados, como era la región donde se difundió el primitivo cristianismo. El lugar del «refrigerio, de la luz y de la paz» se dice, resumiendo los gozos inefables del cielo, en el memento de los difuntos.

Para acelerar tales bienes a los que pudieran estar detenidos en el purgatorio nació la piadosa idea de la «conmemoración de los fieles difuntos». San Odilón, abad de Cluny, determinó, hacia el año 1000, que en todos sus monasterios, dado que el día 1 de noviembre se celebraba la fiesta de Todos los Santos, el día 2 se tuviera un recuerdo de todos los difuntos. De los monasterios cluniacenses la idea se fue extendiendo poco a poco a la Iglesia universal.

Las tres misas nacieron en España. En el convento de los dominicos de Valencia, los religiosos no podían satisfacer todos los encargos de misas que recibían para el 2 de noviembre. Entonces tomaron la costumbre de que cada religioso celebrase dos o tres. El ordinario toleró dicha práctica, que posteriormente extendió a España y Portugal, y en 1748 fue sancionada por Benedicto XIV. La costumbre española pasó a la Iglesia universal por concesión de Benedicto XV en 1915, quien ya venía preparado para la misma desde su estancia en la Nunciatura de Madrid. Teniendo en cuenta los muertos de la gran guerra y las desamortizaciones del siglo XIX, que habían aventado los fondos de las fundaciones de misas por los difuntos, con lo cual no se levantaban las cargas de tan piadosos legados, el Papa concedió que cada sacerdote pudiera celebrar tres misas, la primera a su particular intención, la segunda según la mente del Papa, y la tercera por las ánimas benditas. De esta manera el 2 de noviembre se equipara a la santa Natividad del Señor, siendo como la fiesta natalicia de las almas del purgatorio.

Si al rico tesoro de las tres misas se añade la indulgencia plenaria, verdaderamente que se hace patente la generosidad de la santa Madre Iglesia para con aquellos hijos suyos que,

habiendo dejado la fase terrena, no alcanzaron todavía la gloria del cielo y ella hace cuanto puede para abreviarles el tiempo de la purificación.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

AGUSTÍN DE HIPONA (SAN), *De cura pro mortuis gerenda,* c.4., en *Obras completas de San Agustín,* XL: *Escritos varios* (Madrid 1995).

COMISIÓN EPISCOPAL ESPAÑOLA DE LITURGIA, *Ritual de exequias* (Madrid ^{3}1990).

COMISIÓN EPISCOPAL ESPAÑOLA DE LITURGIA, *Ritual de la unción y de la pastoral de enfermos* (Madrid ^{3}1982).

MAERTENS, T. - HEUSCHEN, L., «Doctrine et pastoral de la liturgie de la mort»: *Paroisse et Liturgie* 38 (1956) 427-448.

RIGHETTI, M., *Historia de la liturgia,* I (Madrid 1945) 969-1008.

SCHUSTER, A. I., *Liber sacramentorum,* IX (Turín 1932) 80-111.

SAN MALAQUÍAS

Obispo († 1148)

San Malaquías fue irlandés de origen, hijo de padres nobles y cristianos. Sabiendo muy bien lo mucho que prenden en el alma las primeras impresiones, su madre aplicó el mayor cuidado en inspirar en la de su hijo las de una sólida vivencia cristiana; y dejando a cargo de los maestros cultivar su entendimiento con las letras humanas, ella tomó como suyo el amoldarle el corazón a los principios de la vida cristiana de manera que desde muy tierna edad empezó a amar la oración y el recogimiento. Y concurriendo algunas veces con su maestro a una casa de campo, la vista de la naturaleza le elevaba hasta poner los ojos en su Creador. Aquellos grandes principios prometían grandes fines, y los fines correspondieron a aquellos grandes principios.

Había en Hardink un hombre cuya penitente vida se hacía admirar de cuantos tenían noticia de su virtud. Malaquías lo buscó con el fin de que le enseñase alguna regla para su vida espiritual. Admiró a todos la resolución del joven, que, sentado a los pies de Imacio (así se llamaba su maestro), aprendía y le imitaba. Su conducta hizo conquistas, pues así como hasta entonces muchos se contentaban con admirar a Imacio, cuando

vieron que aquel muchacho podía también rivalizarlo, se esforzaron otros por seguirle.

Pasados unos años, movido el obispo por este ejemplo le ordenó de diácono a pesar de su modestia. Aceptó Malaquías esta llamada al ministerio y lo desempeñó con la gracia de Dios. Se propuso por modelo a San Esteban para las funciones del mismo ministerio, y copió perfectamente su inocencia, su celo y su caridad. Empezó por preocuparse de los pobres abandonados, y con sus propias manos los socorría en todo. La dignidad con que Malaquías desempeñaba su ministerio era su mayor panegírico, por lo que otros pidieron que se le ordenara sacerdote; sólo Malaquías se consideraba indigno, y fue menester la autoridad de su obispo, y la veneración que profesaba a los dictámenes de su director Imar o Imacio, para aceptar el orden sacerdotal. Fue presbítero a los veinticinco años de edad, dispensándose con él, en atención a su virtud, la costumbre de aquel tiempo de no conferir el sacerdocio hasta haber entrado en los treinta.

Recibida la imposición de las manos, el obispo le encargó el cuidado de repartir al pueblo la palabra de Dios; y el nuevo predicador hizo en poco tiempo tanto fruto, que mudó el semblante de toda la diócesis. Desarraigó del pueblo muchos vicios que parecía aspiraban a la prescripción; corrigió abusos que presumían ya de legítima costumbre; restituyó la disciplina, y con las buenas costumbres restauró una prometedora vida cristiana en toda la diócesis. Era elocuente, y predicaba con celo y entusiasmo; pero lo que más contribuía a las conversiones era su ejemplo. Veían todos en el altar a un santo, en la conversación a un sabio, y en el púlpito a un apóstol. Sólo por motivo de caridad se dejaba ver en público; por lo demás, toda su ocupación particular era el estudio de la Escritura y de los Padres. Acompañaban a todas sus obras y palabras la dulzura, la mansedumbre y la humildad. Consiguió que en todas las iglesias de la ciudad y de la diócesis se cantase el oficio, ejemplo que imitaron pronto todas las ciudades de Irlanda. Y no sólo restituyó en ellas el canto del coro, sino también la práctica de los sacramentos y otras devociones olvidadas.

A pesar de todos estos trabajos, desconfiando Malaquías de sus propias obras, determinó hacer un viaje a Lesmor, para vivir

algún tiempo bajo la dirección de Maiech, obispo de la misma ciudad, reputado por uno de los más sabios y prudentes obispos de su tiempo. Con ocasión de su estancia en Lesmor conoció a Cormach, rey de Malmonia, que habiendo sido despojado de la corona por una tropa de sediciosos, vivía allí recogidamente. Formó desde entonces el rey tan elevado concepto de la virtud de Malaquías, que no sólo le admiró toda la vida, sino que le profesó tierna y estrecha amistad.

Estando en Lesmor tuvo noticia de la muerte de su hermana, mujer no muy religiosa; pero que al fin, antes de morir, Dios le había otorgado la gracia de la verdadera conversión. Pero lo que más le colmó de gozo fue la conversión de su tío materno, abad comendatario de Benchot, en cuyo monasterio no habían quedado otras señales de su antiguo esplendor que la multitud de sus ricas posesiones. Movido el tío por la santidad del sobrino, renunció a la abadía. Aceptó Malaquías el monasterio por consejo de Imar y puso en ella monjes, cuyo gobierno tomó a su cuidado, volviendo a ser el monasterio más ejemplar y floreciente de toda Irlanda.

El ejemplo de Malaquías fue como el alma de aquella comunidad. Aprendían con sola su presencia y sus obras eran la regla viva. Nunca se dispensó en el menor de los ejercicios; la única singularidad fue que era mucho más austero consigo mismo de lo que prescribía la regla.

Habiendo muerto por este tiempo el obispo de Connerth, se unieron todos los votos de los mejores cristianos para colocar en su lugar a Malaquías. Su resistencia sólo sirvió para encenderles más los deseos. Se acudió a la autoridad del Imar, y a la de su metropolitano el arzobispo de Armagh, para vencer su repugnancia y su humildad. No le hicieron fuerza las súplicas y fue menester echar mano del precepto. Se le mandó por obediencia, y el humilde presbítero obedeció. Fue consagrado a los treinta años de su edad, y aunque sintió todo el peso de la carga episcopal, cuyas obligaciones conocía, no se desalentó; antes se esforzó a desempeñar dignamente tan trabajoso ministerio.

Luego que tomó posesión de su sede, reconoció en sus ovejas más señales de gentilidad que de cristianos, advirtiendo, como dice en su biografía San Bernardo, que más parecía venía

a ser pastor de fieras que de hombres. En efecto, los moradores de Connerth y de toda su diócesis eran una gente muy ruda que de tiempo inmemorial vivía casi sin religión. Su indocilidad y brutalidad habían desterrado del país toda asistencia espiritual. El obispo no lo era más que de nombre. Ni las ovejas conocían al pastor, ni el pastor a las ovejas; y habiendo visto sus predecesores que no les hacían caso, vivían siempre distantes del rebaño. La mayor parte de las iglesias estaban demolidas o profanadas; los sacramentos como abolidos por el desuso; de confesores y de penitencias no había que hablar; si se hallaban algunos sacerdotes, estaban tan confundidos con los laicos por las costumbres y por el traje, que se podía pensar que no los había. Reinaban en todas partes las supersticiones, y al lado de ellas todos los vicios. Era universal la ignorancia, pudiéndose decir que en Connerth sólo había quedado una sombra del cristianismo. Éste fue el campo que tuvo que desbrozar el nuevo obispo. Animado de un celo verdaderamente apostólico, no le acobardó el trabajo, aunque era ciertamente pesado, duro e ingrato. Hicieron cuanto pudieron para intimidarlo, para disgustarle, y aun para cansar su celo; pero todo inútilmente. El primer cuidado del Pastor fue ganar al rebaño, o al menos domesticarle con su mansedumbre y con su paciencia. Muchas veces fue despreciado, maltratado, y aun corrió riesgo su vida; pero nada entibiaba su ardiente caridad. Se mantenía intrépido en medio de los lobos, sin dársele nada de su fiereza ni de su rusticidad. Cuando veía frustradas todas sus industrias, acudía a las plegarias que derramaba por ellos en la presencia de Dios, pasando muchas noches enteras en oración para ablandar su piedad en favor de su pueblo. Iba por las calles y por las plazas públicas en busca de los que huían de oír su voz en la iglesia, expuesto a la gritería y a los escarnios de un pueblo despiadado. Andaba de aldea en aldea y de choza en choza con tremendos trabajos para distribuir a ingratos, y no pocas veces a sordos, el pan de la divina palabra, y hacía todos estos viajes a pie, a imitación de los antiguos apóstoles. Salieron en fin victoriosas su paciencia y su constancia. Suavizó la ferocidad de aquellas gentes que se conmovieron a la vista de su perseverancia y de su celo. Fueron poco a poco acostumbrándose a oír la voz de su Pastor; le amaron y le siguieron. Restableció el orden: se reedificaron iglesias y

se empezó a celebrar en ellas la Eucaristía, los sacramentos y el oficio divino. El amancebamiento cedió a la santidad del matrimonio, recobraron su vigor las sagradas leyes, y de todas partes se desterraron los abusos. Restituido el clero secular y regular a su primitivo fervor, revivió la piedad de todo el pueblo en menos de dos años; de manera que se podía decir de aquel pueblo lo que dijo Dios por el profeta Oseas: «El que antes no me conocía, se hizo ya pueblo mío».

Tardó poco el Señor en acrisolar aquella nueva iglesia con una dura prueba. Irlanda, a la sazón, se dividía en cuatro reinos. Y el rey que mandaba en la parte sur de la isla entró en la diócesis de San Malaquías, se apoderó de la ciudad episcopal y arruinó y asoló todas las tierras de labor. Viose precisado Malaquías a refugiarse con ciento veinte de sus monjes en los Estados de Cormach, rey de Malmonia, a quien había tratado en Lesmor, que le recibió con los brazos abiertos; le consignó cierta posesión, con una considerable suma de dinero, para que fundase el monasterio, que se llamó de Brachi, y al que el mismo rey empezó a retirarse de vez en cuando.

Enfermó gravemente, entonces, Celso, arzobispo de Armagh y primado de Inglaterra, y hallándose cercano a la muerte, declaró a todos los que le rodeaban que no conocía otro sujeto más digno de sucederle que el obispo Malaquías. Ajustándose al parecer de Celso, los electores, a pesar de la resistencia de Malaquías, lo colocaron al frente de toda la jerarquía de Irlanda. Por cierta especie de abuso de aquella difícil época se hallaba invadida la sede metropolitana por algunos intrusos que no eran siquiera sacerdotes, pues cierta familia principal de la isla había hecho como hereditaria en su casa aquella dignidad, tanto que sucesivamente la habían ocupado varias generaciones de la misma familia; desorden que por espacio de casi dos siglos había causado la ruina de la disciplina eclesiástica, y punto menos que el exterminio del cristianismo en toda Irlanda. Lo sabía así el arzobispo Celso, y por eso, como hombre bueno, puso los ojos en Malaquías, pareciéndole que sólo él era capaz de resucitar la doctrina evangélica que San Patricio, apóstol de toda la isla, había introducido en ella. Aunque era tan difícil aquella primera dignidad, el título solo de «primado» sobresaltó la humildad de Malaquías; y fueron menester todas las instancias del Beato

Malch, obispo de Lesmor e íntimo amigo suyo, y toda la autoridad de Gilberto, legado de la Santa Sede, para reducirle a que aceptase, y aun así no cedió hasta que se le amenazó con excomunión. Pero antes, habiendo oído decir que cierto Mauricio, de la familia de aquellos que se soñaban arzobispos hereditarios, se portaba como tal, añadió a su aceptación dos condiciones: la primera, que no había de entrar en la ciudad metropolitana hasta que muriese o se retirase el usurpador, no fuese que por entrar en su nueva sede se pudiese ocasionar algún alboroto o acaso la muerte de alguna oveja suya, cuando lo que él sólo quería era dar a todas la salvación y la vida; la segunda, que si, con el tiempo, se lograba restituir la paz y la tranquilidad en el arzobispado, se había de colocar en él a otro, permitiéndole a él retirarse a cuidar y a vivir con su primera iglesia, la de Connerth.

Ni que decir tiene que hecho Malaquías primado de toda Irlanda, muy en breve cambió en cristiano todo el panorama del país. Pero no consiguió esto sin padecer mucho, aunque es verdad que Dios se declaró visiblemente por él con no pocos milagros. Se cuenta que cierto señor, de la familia de los usurpadores, le convidó a su casa con intento de matarle; pero luego que el obispo se puso en su presencia, lleno de confusión y de respeto se arrojó a sus pies, le declaró su mal intento, le pidió perdón, e imploró sus oraciones. Otro que no perdía ocasión ni concurrencia en que no despedazase el crédito de Malaquías con todo género de calumnias, fue horriblemente castigado con una enfermedad en su lengua de la que murió presto. En fin, otra señora de la misma familia que estando el nuevo primado predicando tuvo el atrevimiento de interrumpirle, tratándole de hipócrita y de usurpador, al instante fue asaltada de tan grave ataque que murió enseguida, no sin haber declarado antes su culpa. A vista de todos estos casos cesó el cisma, y vino la paz y la tranquilidad.

Viendo Malaquías que todo estaba tranquilo y las cosas en su lugar, sólo pensó en poner en ejecución la segunda condición con que había aceptado el arzobispado de Armagh; y convocando a los electores canónicos, hizo formal dimisión de él disponiendo que fuese elegido un sujeto muy digno, llamado

Gelasio. No es fácil explicar los lamentos de todo el rebaño, pero obedecieron. Consagrado Gelasio, volvió Malaquías a Connerth, su primera iglesia. Entonces por enésima vez dio nueva prueba de su humildad y de su desinterés, porque informado por algún historiador de que, por la ambición de alguno de sus predecesores, se habían unido dos obispados en uno, quiso absolutamente que se tornase a la división primitiva; y dejando al futuro obispo la ciudad y territorio de Connerth, él fue a residir a Downe, diócesis mucho más pobre y mucho menos considerable, donde levantó una catedral y estableció un monasterio de canónigos regulares, cuyo superior quiso ser él mismo.

Para proceder en todo con mayor seguridad en esta nueva restauración de las diócesis, le pareció a Malaquías que debía solicitar la aprobación de la Sede Apostólica, y resolvió ir a Roma personalmente para ver si se aprobaba todo lo que había hecho, así en la metrópoli de Armagh, como en la división de los dos obispados de Connerth y de Downe. Partió, pues, a pie, acompañado de algunos discípulos. Al pasar por Francia quiso tener el consuelo de conocer de vista a San Bernardo, cuya fama había penetrado hasta Irlanda; y dirigiéndose a Claraval, fue recíproca su admiración. Malaquías encontró en el santo Abad muchos más talentos y muchas más virtudes que las que publicaba la fama, y Bernardo descubrió en el obispo una santidad más eminente, y muy superior a lo mucho que había oído decir de ella. Se unieron desde entonces los dos en una estrechísima amistad, quedando Malaquías tan edificado de lo que estaba viendo en Claraval, que desde aquel momento sólo pensó en renunciar a su obispado, y retirarse a pasar allí el resto de sus días. Arrancóse con gran dolor de aquel monasterio, y habiendo pasado los Alpes, entró en Roma, donde fue recibido con veneración y gran afecto por el papa Inocencio II que le confirmó en todo lo que había hecho; pero cuando le presentó su renuncia al obispado, lejos de consentir en ella, le nombró Legado de la Santa Sede en toda la isla de Irlanda. Como signo de comunión el Papa le puso su misma mitra en la cabeza y le regaló la estola y manípulo que usaba cuando oficiaba en los días solemnes; y colmándole de honores, le volvió a enviar a su Sede. Pasó se-

gunda vez Malaquías por Claraval y, ya que no le fue posible quedarse allí, se consoló con dejar cuatro discípulos suyos, los que más amaba, para que se formasen en la escuela de Bernardo, no sin tener el oculto presentimiento de que había de venir a morir en aquel monasterio.

Arribó por mar Malaquías a Escocia, y pasando luego a saludar al rey, le halló muy afligido con el temor de perder al príncipe su hijo, que estaba peligrosamente enfermo. Le pidió el rey que hiciese oración por él y el príncipe quedó sano. Se embarcó de Escocia para Irlanda, y fue a tomar tierra en el monasterio de Bencor para que sus hijos espirituales conociesen y gozasen con su llegada y nuevas. Desde el monasterio se comunicó la alegría a todas las regiones; pero el legado apostólico estaba tan muerto a sí mismo que ni siquiera advertía los honores que le tributaban; sólo tomaba el gusto a una cosa, que era el que en todo se cumpliese la divina voluntad.

En todas partes sembraba y no hubo rincón a donde no se extendiese su vigilancia pastoral. Era tan abundante en él la gracia, que resaltaba a lo exterior. La modestia parecía como retratada en su venerable rostro; no le cogerían en una palabra ociosa sus mayores enemigos; nunca perdía la paz en medio de los más graves asuntos; a todo atendía, pero a sólo Dios se entregaba. Por este medio se conservaba siempre tranquilo. Era tan de su gusto la pobreza, que ni siquiera tenía casa propia; predicaba gratuitamente y, a ejemplo del Apóstol, con el trabajo de sus manos ganaba el pan para sí y para sus acompañantes en el sagrado ministerio. Recorría su diócesis ordinariamente a pie, sin miedo de que se desluciese por eso la dignidad de legado apostólico, pues así lo había aprendido de los discípulos de Jesucristo.

A vida tan ejemplar sólo faltaba una piadosa muerte; y lo logró pronto. Dos cosas había deseado: morir en Claraval, y morir el día de difuntos; ambas las consiguió. Le obligaron los negocios de su cargo apostólico a emprender segundo viaje a Roma, y después de haber celebrado un concilio con los obispos de Irlanda, se puso en camino. Llegando a Claraval, aunque San Bernardo se hallaba a la sazón sumamente débil por una grave enfermedad que había padecido, le salió a recibir con

gran alegría. Pasaron todos cuatro o cinco días llenos de gozo. Cantó misa Malaquías el día de San Lucas; pero acabada la misa, cayó enfermo, y todos los monjes con él, como cuenta San Bernardo. Todos a porfía acudieron a asistirle y a aliviarle; tomaba cuanto le daban; pero estaba muy seguro de que no había de sanar de aquella enfermedad. Pidió los últimos sacramentos, y recibidos, subió a la celda, y se puso en cama, porque había bajado a la iglesia a recibirlos en presencia de toda la comunidad. Agravóse el mal hacia la noche, y mandó llamar a San Bernardo, y vuelto a los circunstantes dijo:

> «Con deseo, he querido celebrar esta Pascua con vosotros. Rindo mil gracias a la bondad de mi Dios porque se dignó cumplirme estos deseos».

Vieron todos retratada en el semblante del moribundo toda aquella alegría que causa la esperanza de una vida eterna. Consolaba a su querido amigo, y a todos los demás:

> «Cuidad vosotros de mí —les decía—, que si Dios me hace misericordia, yo cuidaré de vosotros. Él me la hará sin duda, porque he creído en él, en aquel a quien todas las cosas son posibles. Amé a mi Señor, y os amé a vosotros: la caridad no se acaba».

Y levantando después los ojos al cielo, dijo:

> «Dios mío, guárdalos en tu nombre, y no sólo a los presentes, sino a todos los que has llamado a tu servicio por mi ministerio».

Entretúvose después un poco con su Dios, y envió a descansar a sus hermanos. Hacia la media noche la comunidad con otros muchos abades que habían concurrido a Claraval noticiosos de su enfermedad volvieron a colocarse alrededor de su lecho, y todos rezaban con el santo obispo, que exultaba de gozo porque iba a salir al encuentro de su Salvador. Así murió Malaquías, Legado de la Sede Apostólica, a los cincuenta y cuatro años de edad, en el lugar y en el día que había deseado, espirando en brazos de San Bernardo y de sus hijos. Todos tenían clavados los ojos en él, y ninguno pudo advertir cuando espiró; tan parecida fue su muerte a un dulce sueño. El rostro quedó con tan hermoso color, la huella de su alma en el cuerpo, a cuyo espectáculo cesaron las lágrimas, y se apoderó el gozo y el consuelo de todos los corazones. Se celebraron los funerales y

demás oficios con fervorosa devoción. Entre los que concurrieron a su entierro había un mozo paralítico de un brazo, y el mismo San Bernardo le mandó que se acercara, y tomándole la mano, se la acercó para que tocase la del santo obispo difunto, y, cosa admirable, al punto se le restituyó a su estado natural, y era que, como dice el apóstol, todavía vivía en el muerto la gracia de la salvación y la vida.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* XI: *Novembre* (París 1940).
CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año. Noviembre* (Barcelona 1862).
O'CARROL, M., *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* X: *Mabille-Mythe* (París 1980) col.137.

BEATO PÍO DE SAN LUIS CAMPIDELLI

Religioso († 1889)

El 29 de abril de 1868 Trebbio di Poggio Berni (Romagna), pueblo de la diócesis de Rímini, vivió una jornada de las que, andando el tiempo, quedan para siempre en los anales del vecindario: un hogar sencillo de la localidad se había visto agraciado con la llegada de un nuevo vástago, Pío de San Luis Campidelli (1868-1889). Cuarto de seis hijos, el mismo día natalicio renació a la vida espiritual al serle administrado el sacramento del bautismo, durante cuya ceremonia se le impuso el bello nombre de Luis —en italiano Luigi, para sus íntimos Gigino—. Giuseppe Campidelli y Filomena Belpani, sus padres, eran labradores.

Tranquila familia la suya, dedicada de lleno al trabajo del campo, temerosa de Dios. Va saliendo adelante como puede entre una fe ciega en la Providencia y un medido reparto de los escasos haberes. Vive también con ellos en casa el tío Miguel, para todos conocido como el tío «Bertoldo», a quien de vez en cuando se le escapa una blasfemia. Gigino se estremece entonces y ora por él. Cruzada de oraciones que proseguirá en

el convento, reza que te reza por su «tío Bertoldo», hasta que un buen día viene a saber que el Señor ha escuchado sus plegarias: el tío ya no blasfema. A golpe de oración, pues, y de perseverancia en ella consigue triunfos espectaculares en la vida del espíritu.

Se distingue por su tierna devoción a María Santísima y a la Eucaristía y, aunque nunca va a destacar en los estudios, siendo de constitución más bien enfermiza, la verdad es que sabe manejarse jovial y cordial y cariñoso por doquier. Percibe desde chaval el irresistible atractivo de la oración, la fuerza estética de la liturgia, el contagioso empuje de la instrucción religiosa. Sostenido por el buen ejemplo familiar, se adhiere a todo ello con entusiasmo desbordante, casi frenesí, manifestándolo una y otra vez a base de las típicas expresiones de la infancia inocente, como la devoción a la Virgen, al Santísimo Sacramento y al Crucifijo. Alcanza la santidad en su entrega incondicional al divino querer, con su fidelidad a la Gracia hasta en las pequeñas cosas y con su mantenido cumplimiento de metas y propósitos muy concretos en lo vulgar y cotidiano.

Entregado, como digo, de buen grado y desde pequeño a la oración, no cesa un solo día de rezar por todos —lo hace mucho y bien—, con especial insistencia, si se quiere, por su queridísimo papá, muerto cuando él tenía sólo cinco años. En evitación de blasfemias y palabrotas de los caminantes, se le ve a menudo retirar los cantos del camino. Participa contento en las fiestas de la recolección y va los domingos a misa con la familia y habla luego con la mamá de la homilía del cura. A los cinco años, la misma edad en que se queda huérfano de padre, recibe el Santo Crisma. Hace la primera comunión, en cambio, a los diez. Es un chaval como los otros, ciertamente, pero noble, abierto, dócil, bueno él. Fervoroso de la Eucaristía, oye a diario misa, a pesar del esfuerzo que ello le supone, pues tiene que hacerse cinco kilómetros a pie. De vuelta en casa, explica el catecismo a los compañeros. Algunos critican esa conducta juzgándola propia de un santurrón —es la consabida prueba de quienes pretenden recorrer el camino espiritual de la sencillez—; los más, sin embargo, aprecian su modo de ser y tienen a Pío en gran estima.

De fortalecer estas buenas inclinaciones se ocupa sobre todo la mamá; ella lo sostiene y llega incluso a pedir consejo al hermano don Filippo sobre qué hacer con el pequeño. Los dos muestran su contento por la buena marcha del niño, pronto a los requerimientos maternales, y acuerdan esperar a ver qué depara la suerte. Llegan entre tanto al país para las misiones populares del pueblo dos pasionistas desde el vecino Santuario della Madonna di Casale junto al Santo Arcángel. Gigino es un chavalejo de 10 o 12 años, y va con gusto a escucharlos junto a la mamá: la verdad es que queda fascinado del entusiasmo y serenidad de los religiosos. Una voz interior le dice que debe hacerse pasionista y él la escucha, la secunda, la acaricia y acaba adhiriéndose con gozo a lo que dicha voz le dicta. Ni corto ni perezoso, pues, se arranca, va y confía tan íntimo deseo al superior. Desdichadamente, su gozo en un pozo: esos buenos deseos son inviables antes de los 14 años; no habrá más remedio que esperar y rezar y confiar, dando tiempo al tiempo.

Y así es como el 2 de mayo de 1882, por fin, con los 14 bien cumplidos, puede irse al convento para hacer realidad el viejo sueño de entrar en religión. Al cabo del mes, 27 de mayo del mismo año para ser preciso, viste el santo hábito de la Congregación de la Pasión. Pío y los pasionistas, de este modo, pueden darse el abrazo fraterno de la estupenda obra emprendida con ayuda de Dios, que nunca desoye ni abandona a quienes con humilde insistencia se lo piden. Sólo estará seis meses lejos de su tierra como novicio en San Eutizio di Soriano al Cimino. Los pasionistas no tardan en comprender que tienen con Pío una joya: Dios ha estado grande con ellos y están alegres de tener consigo a un novicio y estudiante modelo. Fervoroso de la vida pasionista, se distingue por su devoción eucarística y mariana, por una auténtica caridad fraterna y un decidido empeño en el estudio. Su profundo recogimiento, su innata modestia, su incondicional obediencia, su compostura exterior e interior, en suma, le ganan el unánime aprecio de todos, empezando por sus hermanos en religión. Es muy devoto de la Virgen y procura imitar a San Luis Gonzaga y a San Gabriel de la Dolorosa.

El 30 de abril de 1884 emite la profesión religiosa en el noviciado de Santa María de Casale. Vive la jornada ejem-

plarmente, dando ejemplo de gran fervor y de extraordinaria devoción a la Eucaristía, al Crucifijo y a la Virgen María. Los testimonios durante el proceso de beatificación coinciden en señalar que durante sus siete años de vida religiosa fue para todos, dentro y fuera del convento, acabado modelo de observancia regular y de alegre fidelidad en la práctica heroica de las virtudes. Firme empeño el suyo por sacar adelante los estudios, piensa en su futuro ministerio sacerdotal, incluso llega a recibir las cuatro órdenes menores. Pero al sacerdocio no llegará. Cuando ya casi acaricia con las manos el subdiaconado, he aquí que aparecen de pronto unos raros síntomas en el organismo: enferma de tuberculosis, el terrible mal que acabará pronto con su vida. Muere, efectivamente, en el retiro de Casale, en un éxtasis de amor durante la última hora de vida, el 2 de noviembre de 1889, como él mismo había predicho. Muere ofreciendo su tierna existencia en sacrificio por la Iglesia, el Papa, los pecadores y su queridísima Romagna. Termina víctima de la enfermedad que ha segado y segará la vida de tantos jóvenes santos de su tiempo. Tiene apenas 21 años y medio.

Las actas del proceso informan de cómo supo sobrellevar la enfermedad en todo momento, y de qué manera tan dulce saludó y consoló a su madre cuando vino al convento para estar a su lado por última vez, diciéndole: «¡Ánimo, mamá: volveremos a vernos en el paraíso!». Mamá Filomena, no obstante, sintió más abundantes, si cabe, las lágrimas ante aquella emocionante despedida. Al llanto de dolor se añadía el del consuelo. Aquel hijo había aprendido lo que ella le había transmitido con la leche materna, a saber: que el paraíso es la única realidad por la que vale la pena vivir y morir. Y así, de esta forma tan sencilla, hijo y madre se fundieron en íntimo y prolongado abrazo para despedirse hasta la cita de la eternidad. Él, ayudado por algunos bondadosos hermanos, probó a subir de nuevo las escaleras del convento para consumar su holocausto. Ella, acompañada de las hijas Adela y Teresa que terminaban de presenciar la entrañable escena tan conmovidas como la madre y el hermanito, reemprendió el camino de vuelta a casa llevándose dentro, muy dentro de sí, la imagen del hijo de sus entrañas marcado ya por la muerte, pero con los ojos todavía dulces como cuando los contemplaba siendo todavía un bebé en sus brazos.

Pío encontró el valor fundamental de la vida religiosa justamente en el don de sí mismo. Este rasgo esencial de su fisionomía interior apareció a los testigos de modo particular en el momento de la muerte, cuando «con pleno conocimiento de su próxima consumación anduvo ofreciéndose siempre a cumplir perfectamente su sacrificio para uniformarse a la voluntad de su Dios; se ofreció a Dios por la Iglesia y en especial por el bien de su dilecta Romagna» [del *Proceso canónico*]. Afloró entonces en su totalidad el peculiar estilo de su virtud, repitiendo:

> «Ofrezco la vida por la Iglesia, por el Sumo Pontífice, por la Congregación, por la conversión de los pecadores y especialmente por el bien de mi dilecta Romagna».

Fue sepultado en el cementerio de San Vito ante la presencia de una muchedumbre conmovida que allí se había concitado para darle presurosa su adiós, pues inmediatamente corrió la voz de que había muerto el «santino» de Casale. Si de los santos suele decirse que son como las flores, que las hay de diversos tamaños, colores y olores, pero todas despiden agradable perfume, habrá que reconocer en nuestro caso que una de esas bellas flores fue, sin duda, el Beato Pío Campidelli, en quien más de un paisano ha querido reconocer a la más hermosa flor de su adorada Romagna.

Exhumados los restos y trasladados al santuario de Casale en el año 1923, Juan Pablo II proclamó «venerable» a Pío el 23 de marzo de 1983 y el 6 de diciembre de 1984 aprobó el milagro del que, por intercesión del siervo de Dios, había sido agraciada Sor María Foschi. El mismo Juan Pablo II, por fin, se dignó elevarlo a los altares el 17 de noviembre de 1985, en el majestuoso marco de la basílica vaticana. Era el año internacional de la juventud. Ante la muchachada de jóvenes allí reunidos, el Papa propuso a nuestro simpático pasionista Pío como dechado de santidad, de amor a las cosas sencillas y a la propia tierra. Todo el mundo pudo seguir la ceremonia en directo por mundovisión, admirando así la exaltación de que era objeto aquel humilde romagnolo, joven pasionista que, como «sal sabrosa», dio la vida por la Iglesia, por el Papa, por su tierra, por su amado pueblo Trebbio di Poggio Berni. Había encontrado

justamente en la donación de sí el valor fundamental de la vida religiosa, y ahora, ya desde el cielo, sabría acoger a sus devotos. A él acuden, día tras día, llenos de esperanza y postrados ante la urna que guarda sus restos para pedirle gracias y encontrar paz y sosiego en sus corazones.

Y es que, desde 1985, una urna diseñada por el arquitecto Ravagli contiene sus preciosos restos mortales en la capilla de la izquierda de la iglesia. Al fondo de la capilla lucen ocho grandes cuadros de cerámica de la escuela Gatti de Faenza, sobre boceto de la pintora Clara Zoani. Representan otras tantas escenas de su vida. Los cuadros están sobrepujados por el blasón pasionista. También hay en la espaciosa cripta un salón y acogedores locales para encuentros de oración y estudio. En la sacristía se conserva una tela representando el Crucifijo que G. B. Galliadi, renombrado pintor de Santarcangelo, pintó para el santuario en el año 1780. Y en la capilla ferial, un frontis de altar en escayola perteneciente a la antigua iglesia. Como recuerdo del I centenario de la muerte de nuestro Beato, el santuario fue embellecido en 1989 por un airoso campanario con ocho campanas que hoy repican y tocan a fiesta para regocijo espiritual de los lugareños. Por último, en fin, 1995 fue el año de la inauguración del monumento en bronce erigido al Beato Pío y colocado en el ábside de la antigua iglesia, obra del escultor Leonardo Lucchi.

La del Beato Pío de San Luis Campidelli es, en definitiva, una espiritualidad de finura, de sencillez, casi de infancia espiritual; la verdadera santidad de lo cotidiano; es, diríase, la santidad extraordinaria de una vida ordinaria. Rasgo esencial de su fisionomía interior, éste, por cierto, que apareció a los circunstantes especialmente en el momento de la muerte, cuando, con pleno conocimiento de su próxima consumación, supo abrazarse y ofrecerse hasta el perfecto cumplimiento de su sacrificio para identificarse del todo a la voluntad de Dios. Había percibido desde niño el deleite de la oración y el atractivo de la liturgia y de la instrucción religiosa y, sostenido por el buen ejemplo familiar, a ella se había adherido con singular afán. Los pasionistas le proporcionaron el clima favorable para desarrollar el deseo de unirse a Dios en lo más íntimo de sí mismo y prepararse

a implicar a los otros en tan apasionante experiencia, puestos los ojos en el futuro ejercicio del sacerdocio. En el voto particular de los pasionistas de hacer continua memoria de la pasión, muerte y resurrección de Jesús, supo comprometer por completo la propia vida, realizando así la vocación específica de su familia religiosa. Provenía de gente pobre, tenía salud frágil, inteligencia normal, mas nunca consideró infortunio alguno ni sintió como frustración su pobreza y limitaciones; realizó y dio, en cambio, el máximo de sí, porque «me di a buscar abiertamente la sabiduría en la oración. A la puerta delante del templo la pedí, y hasta mi último día la andaré buscando. En su flor, como en racimo que madura, se recreó mi corazón... Incliné un poco mi oído y la recibí, y me encontré una gran enseñanza» (Eclo 51,13-16). Así es como vino a resultar verdadera «sal de la tierra» para cuantos lo conocieron vivo, y «sal» continúa siendo, ahora, para cuantos se acercan al luminoso testimonio de su ejemplo.

Fue su vida diaria vivo reflejo de adhesión a Cristo. De ahí su mensaje para los jóvenes que han perdido el rumbo, para que jóvenes y adultos, todos, aprendan con su ayuda a ser testigos creíbles del amor de Dios Padre. Sus hermanos pasionistas en período de formación, pueden también encontrar en esta luminosa biografía un estupendo paradigma de seguimiento a Cristo crucificado. Dios, en su infinita bondad, quiso destruir en el Beato Pío Campidelli al hombre viejo y crear en él un hombre nuevo, a su imagen. El Papa dejó en la homilía de beatificación unas palabras que pueden ser el mejor resumen y la mejor consigna de nuestro beato:

> «*Vosotros sois la sal de la tierra* (Mt 5,13). Vosotros debéis ser sal. Vosotros debéis dar sabor —el sabor evangélico— a la vida de la humanidad. ¡Sed sal! En el año internacional de la juventud es elevado a la gloria de los altares Pío Campidelli, el hermano Pío de San Luis, un joven que, como sal sabrosa, dio la vida por su tierra, por su pueblo: ofreció su vida por la Iglesia, el Papa, la conversión de los pecadores, por su Romagna».

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

DI EUGENIO, P., *Sotto la Croce appassionatamente, la santità nella famiglia passionista* (San Gabriele, TE 1997).

JUAN PABLO II, «Homilia. In basilica Petriana habita, ob decretos Servis Dei Pio a S. Aloisio, Mariae Teresiae a Iesu et Rebeccae Ar-Rayes Beatorum caelitum honores [17.XI.1985]»: *AAS* 78 (1986) 302-307.

Martyrologium romanum, o.c., 570, n.13*; 751.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATA MARGARITA DE LORENA

Religiosa († 1521)

Nace en 1463 en Vaudemont, hija de Federico II, duque de Lorena y conde de Vaudemont, y de Yolanda de Anjou, nieta del rey Renato de Anjou, monarca de Sicilia. Educada esmeradamente en casa de su tío el duque de Provenza, que se hace cargo de ella cuando queda huérfana, en 1488 es desposada con Renato de Valois, duque de Alençon. Fue el suyo un matrimonio feliz, y ella siguió siendo la joven piadosa y caritativa que había sido de soltera. El matrimonio tiene tres hijos: Carlos, Francisca y Ana. Pero la felicidad se quiebra cuando en 1492 fallece el duque en plena juventud. Se dedica ella a ser la educadora de sus hijos, a los que quiere infundir, ante todo, el santo temor de Dios, velando con mucha prudencia por los intereses temporales de los mismos y adquiriendo pronto fama de ser sumamente caritativa y volcada en la atención a los pobres.

Como gobernante, da ejemplo de justicia y mansedumbre, exhortando a todos al cumplimiento de la ley y al respeto del derecho de los débiles. Logra sanear la hacienda y entonces dedica el superávit a obras sociales, como hospitales, asilos y escuelas, ayudando igualmente a la construcción de parroquias y monasterios. Se inscribe en la Orden Tercera de San Francisco y vive en la secreta esperanza de poder algún día profesar como religiosa. Por fin sus hijos son acomodados en convenientes matrimonios. Cumplida por su hijo la mayoría suficiente de edad para gobernar por sí mismo, ella deja la gobernación del ducado y se retira al castillo de Ecssai, donde en el silencio comenzó a llevar una vida de intensa austeridad y piedad. El obis-

po de Séez la aconseja que ingrese mejor en algún convento de monjas y así lo hace en el monasterio de clarisas de Argentan, que ella misma había fundado años antes, donde viste el santo hábito y pronuncia los votos religiosos en 1520. Pero sólo un año más tarde el Señor la llama a su reino, entregando a Dios su hermosa alma en Mortagne el 2 de noviembre de 1521, empezando enseguida el culto que le tributaron los fieles y que le fue confirmado por el papa Benedicto XV el 20 de marzo de 1921. Sus reliquias fueron dispersadas durante la Revolución Francesa.

BEATO JUAN BODEY

Mártir († 1583)

Era natural de Wells, donde nace en 1549, siendo católica su familia. Estudia en el New College de Oxford, del que llega a ser miembro perpetuo, pero teniendo muchas dificultades a causa de su religión. Se decide a estudiar en el continente y estudia derecho en Douai, vuelve a Inglaterra en 1578 y abre una escuela de niños. En 1580 es acusado de ser católico y ante el tribunal niega enérgicamente la supremacía religiosa de la Reina, y aunque condenado a muerte, se le hace un segundo proceso, en el cual discute bravamente con el deán de Winchester acerca de la potestad de los reyes en materia espiritual. Entonces es condenado nuevamente a muerte pero se le deja en la cárcel durante tres años sin ejecutar, hasta que por fin se fijó día para su ejecución. Ésta tuvo lugar en Andover el 2 de noviembre de 1583. Invocó piadosamente el nombre de Jesús y se entregó mansamente a los verdugos.

Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

3 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Lima (Perú), San Martín de Porres († 1639), religioso dominico **.
2. En Cesarea de Capadocia, santos Germán, Teófilo y Cirilo (fecha desconocida), mártires.
3. En Agrigento (Sicilia), San Libertino († s. III/IV), obispo y mártir.
4. En Lauraguais (Galia Narbonense), San Pápulo († s. III/IV), venerado como mártir.
5. En Viterbo (Toscana), santos Valentín, presbítero, e Hilario, diácono (fecha desconocida), mártires.
6. En Bretaña Menor, San Guenael († 550), abad de Landevenec.
7. En Roma, la conmemoración de Santa Silvia († s. VII), madre del papa San Gregorio Magno *.
8. En el monasterio de Hornbach, junto a Estrasburgo, la deposición de San Pirmino († 753), obispo y abad de Reichnau o Augia Dives.
9. En el cenobio de Antidio (Bitinia), San Joanicio († 846), monje *.
10. En Alem (Flandes), la conmemoración de Santa Odrada († s. XI), virgen.
11. En Urgel (Cataluña), San Armengol o Ermengaudio († 1035), obispo **.
12. En los Marsos (Abruzo), San Berardo († 1130), obispo *.
13. En Cudot, junto a Sens (Galia), Beata Alpais († 1211), virgen.
14. Junto al monasterio de Fichingen (Suiza), Santa Ida († 1226), reclusa.
15. En Rímini (Flaminia), Beato Simón Balacchi († 1319), religioso dominico *.
16. En Milán (Lombardía), el tránsito de San Carlos Borromeo († 1584), cuya memoria se celebra mañana.
17. En Xa Doain (Tonkín), San Pedro Francisco Néron († 1860), presbítero, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN MARTÍN DE PORRES
Religioso († 1639)

Entre los caballeros llegados a Lima por los años de 1579, fue uno de ellos don Juan de Porres, hijodalgo de ilustre familia, sangre limpia, blasones antiguos, hábito de Alcántara, despierto y listo para los negocios de gobierno, apuesto en su porte y

buen cristiano. El señor don Juan venía de España a América nombrado gobernador de Panamá. Su estancia en Lima fue corta y de trámite. Durante el tiempo que permaneció en la Ciudad de los reyes hubo de tropezar con una joven agraciada, mulata de color, venida a Lima desde Panamá, y que vivía honradamente de su trabajo. Tenía su casita en las afueras de Lima. El hidalgo español frecuentaba aquella casita con grave daño de su honor y del honor de aquella joven. Dos hijos nacieron de aquellos amores clandestinos. Los dos niños se llamaron Martín y Juana. La madre, ayudada del caballero, los crió lo mejor que pudo, educándolos cristianamente, pues era ella fervorosa creyente.

Fue el 9 de diciembre de 1579 cuando vio Martín la luz. No nació negro, sino oscuro de rostro; ni tampoco con rasgos africanos; antes bien, las líneas de su cara se alargaban y henchían con toques de estirpe y ascendencia extremeña o andaluza. Sus hombros eran anchos; sus brazos, fuertes; su frente, levantada; sus ojos, negros; su nariz, más pequeña que grande; sus labios, gruesos en proporciones correctas; su costillar, espeso y membrudo. Fue bautizado Martín en la iglesia de San Sebastián. En dicha iglesia se conserva la gran pila bautismal donde fue regenerado y recibido en la comunión de los santos. En aquella misma pila se bautizó también Santa Rosa de Lima, la flor y rosa dominicana, patrona de todas las Américas. Se conserva igualmente la partida de bautismo de nuestro bienaventurado. Don Juan de Porres venía alguna que otra vez a Lima. No dejó nunca de visitar a Ana Velázquez y a sus propios hijos. Los niños crecían bellos y su madre cuidaba de su salud y de su educación. En Martín se pudo apreciar, desde sus primeros años, un sentido cristiano de amor a sus semejantes. Se cuenta que amaba singularmente a los pobres y los socorría de sus ahorros. Estos ahorros debían de ser los dineros que su padre le daba cuando los visitaba en Lima. Crecía su caridad con los años y nunca estaba más contento que cuando podía socorrer a alguno de los que llamaban a su puerta. Su madre veía en esto la hermosura de un corazón castellano y el rescoldo del espíritu de la gran nación a la que ella había unido su sangre. Cuenta su historia que, haciendo de recadero de su madre en compras que eran preci-

sas para la sustentación de su casa, distraía algunas cantidades dándoselas al primer menesteroso que encontraba. Fue el amor a los necesitados la virtud primera que prendió en el corazón de Martín, como un don del cielo; pues todos conocen la ambición que se alberga en el pecho de los niños, que ha de ser sofocada en los comienzos de su aparición si se quiere fomentar la generosidad, que es su contrapeso. Los templos de Lima eran buenos refugios a la piedad devota de sus habitantes, y en el de Santo Domingo se veía diariamente a Ana Velázquez con sus dos hijos asistiendo al culto y empapándose en las ceremonias sagradas. La vista de las imágenes era para los niños un gran placer. Por ellas iban subiendo a la concepción de sus vidas, contemplando los misterios encerrados en ellas. Más que todas, eran los crucifijos y los iconos de la Virgen los que más llamaban su atención. El crucifijo sería el libro de meditación de Martín a lo largo de todos sus años y donde encontró la senda segura de su caminar a la santidad. Por Cristo al Padre, y por María a Cristo. Es doctrina tomista. Es el secreto de la mística dominicana.

Martín comenzó a ser conocido pronto. Su compostura, su humildad y su amor a los pobres le hicieron célebre, no tanto por lo que daba cuanto por los pocos años que contaba al dar. Hubo día en que se privó de su alimento para dárselo a un hombre de color que lo demandaba. En ocasiones burló la vigilancia de su madre para substraer algo en la despensa con que llenar el estómago de algún vagabundo. En las escuelas era de los más aprovechados, a la vez que sentía sobre sí devotamente la autoridad de los maestros, a los que profesaba gran admiración y gran respeto. Las muchas horas que pasaba orando le dieron ya el calificativo de «santo». Martín era un «santo». No sabemos si llegó el nombre a sus oídos; pero de llegar, hubo de satisfacerle divinamente poniendo espuelas en su corazón para hacerse digno de tal calificativo. Renovó sus preces y sus penitencias, no alcanzando en aquellos días sino la edad de siete años.

Juana crecía a su lado, si no con virtudes tan distinguidas, con otras que adornaban su condición de mujer. La maestra de los dos hermanos era Ana Velázquez. Las genialidades de su hijo

Martín habían desplazado al padre; y fue ahora cuando el hijodalgo creyó que la ocasión le brindaba la oportunidad de reconocer públicamente a sus hijos y ocuparse directamente de ellos. Así lo hizo. Los tomó consigo llevándolos a Guayaquil. Ana Velázquez quedó bien acomodada en casa de una familia española de Lima. Martín y Juana fueron instalados en el domicilio de su padre. Éste hizo gala de su alcurnia y de su honor lavando una mancha que había echado sobre su prestigio y conciencia.

La primera preocupación de don Juan fue el que sus hijos prosiguieran su instrucción. Por si eran molestados en las escuelas públicas de la ciudad marítima de Guayaquil, les contrató un maestro y preceptor que les diera lecciones en casa. Aprovecharon mucho. Martín aprendió perfectamente el castellano, la aritmética, la caligrafía y otras disciplinas a las que le veremos después inclinado y en las que sobresalió mucho. Dos años duró la escolanía de los hermanos. Don Juan recibió un despacho del virrey de Lima en el que se le nombraba gobernador en Panamá. Como la vida en aquellas ciudades del Pacífico corría peligro por la aparición de los piratas ingleses y holandeses, no quiso llevar allá los hijos, y hubo de situarlos de modo que quedaran bien protegidos. A la pequeña Juana la dejó en Guayaquil en casa de su tío Santiago, y a Martín lo llevó a Lima para que continuara sus estudios y se abriera camino.

Uno de los oficios mejor retribuidos en Lima en aquel tiempo era el de «barbero». Por ser en sí mismo humilde no era profesión de hidalgo ni de guerreros. Quedaba para los artesanos. No significaba el oficio lo que hoy significa rapar barbas. Tenía más alta categoría. El «barbero» extraía dientes y muelas, abría las venas a la sangría, recetaba hierbas y emplastos, aliviaba dolores y neuralgias, rasgaba con el bisturí tumores e hinchazones. Necesitaba el «barbero» conocer medicamentos y tener en su casa y a su disposición flores y extractos de plantas para sus curaciones. En realidad, el «barbero» era un médico «de medicina general». Martín demostró, desde las primeras lecciones que le diera un viejo albéitar, rara disposición para el oficio. Adelantó en poco tiempo y pudo entendérselas con los clientes muy a su gusto. El «barbero» podía ser al mismo tiempo un buen apóstol, y lo era Martín. Mientras derribaba los grandes y largos

cabellos de los soldados que venían de sus guerras y echaba abajo las nutridas barbas de los campesinos enseñaba corrección a los díscolos, buen hablar a los soldados, prudencia a los jóvenes y religiosidad a todos. La barbería de Martín era frecuentada por lo más distinguido de la ciudad de Lima, pues la elegancia y buen tono que allí se respiraba atraía a ella a los caballeros y regidores. No trabajaba el esclavo, sino el ciudadano; no era el mulato el que servía, sino el compadre y el amigo. La barbería no llenaba las ambiciones caritativas de Martín. Atendía a los clientes, hacía apostolado, pero los enfermos no recibían sus cuidados.

Con los conocimientos adquiridos anteriormente tenía Martín una buena base para ampliar sus estudios y prácticas y subir un punto en su profesión. Así lo hizo. Se constituyó ayudante de un buen médico español, y cirujano a la vez, el cual le impuso en el manejo del bisturí y de cuantos instrumentos eran precisos para intervenciones corrientes. El joven salió tan buen «practicante», que acaparó la mayor clientela de Lima. Esta clientela la formaban principalmente los pobres y los de pocos dineros. Era lo que el santo joven apetecía, pues los ricos podían pagarse un buen médico y cirujano a la vez o en partes. El gozo de Martín al trabajar en su nueva profesión no tuvo límites. Dejó la barbería o la regentó en días determinados, llamándole más la cirugía. La casa de Martín se vio inundada de clientes menesterosos que buscaban en él al hermano y al profesional. Martín, «practicante», es el patrono de los de su oficio.

La leyenda de Martín nos dice que estudiaba de noche, consumiendo largas horas en el aprendizaje de sus lecciones. Tampoco descuidaba sus ejercicios espirituales. Más de la mitad de la noche la empleaba en oración, haciéndola con tanto dolor, ante un santo Cristo, que sus gemidos se oían en la calle. En la casa donde ahora vivía a pupilo, pues podía muy bien pagar la pensión con lo que ganaba, pudo observar la buena mujer que le atendía que, en las altas horas de la noche, permanecía encendida una vela en el cuarto de Martín. La curiosidad femenina quiso saber la causa y, observando por el agujero de la cerradura, vio a Martín en oración, y en oración tan subida, que su cuerpo se alzaba del suelo algunas cuartas. No lo quería creer la

mujer, pero lo tenía tan a la vista, que tuvo que darse por vencida. Corrió la noticia por la ciudad; se admiraron los moradores y Martín entró en el reino del milagro.

El templo de los dominicos de Lima, llamado del Rosario, era el lugar preferido de Martín para sus oraciones y visitas al Santísimo Sacramento. A primera hora de la mañana, rayando el alba, allí estaba oyendo la primera misa. Comulgaba en ella, y después se absorbía en la contemplación de la sagrada Hostia, y del regalo con que Jesucristo había querido dejar a los suyos hasta el fin de los siglos. Esta oración matutina se prolongaba horas enteras, hasta que el deber que se había impuesto de curar a los enfermos pobres lo llevaba a sus casas o al hospital del Espíritu Santo. Su devoción a la Eucaristía fue creciendo en él de modo que aprovechaba cuantas oportunidades tenía para visitar los templos donde se guardaba. La penitencia era estarse de rodillas sin dejarse vencer del cansancio ni del sueño. No parecía hombre, según eran los trabajos que soportaba, sino un ser de un mundo espiritual. La lucha mayor que sostuvo en sus penitencias fue el sueño. Se le cerraban los ojos y la cabeza se le venía al suelo. Para vencerlo tomaba las posturas más incómodas y variadas a fin de mantenerse despierto. La afición que Martín tomó a los dominicos fue mucha. Aquellos religiosos desplegaron tan profundo y extenso apostolado que eran la admiración de Lima.

Mientras unos regentaban las clases de la universidad, otros recorrían los suburbios de Lima llevando el apostolado a los trabajadores del campo y a los pobres de las barriadas extremas; muchos salían hacia la montaña a predicar el Evangelio a los remontados y salvajes, y algunos se dedicaban a decorar templos y altares o a escribir obras de teología y filosofía. En aquella iglesia dominicana tenía Martín su director espiritual, al que se confiaba y pedía orientaciones en su vida espiritual. Bien maduro el juicio y sabiendo toda la libertad que la Orden dispensaba a los hacedores de la caridad, un día llamó al prior de la casa y le confió su secreto. Se alegró el prior de la demanda y le abrió las puertas del convento. Martín ingresó en el convento del Rosario como en casa propia. Conocía todos sus rincones y podía allí ejercer su profesión, lo mismo con los religiosos que con los

seglares. La regla de los dominicos se abre a toda actividad donde tenga el primer puesto el amor de Dios y el amor al prójimo. Martín tenía sólo quince años. El terciario dominico Martín, por sus conocimientos, por sus aptitudes, fue nombrado barbero de la casa, mostrando una solicitud y un esmero grande por que los religiosos anduvieran limpios de barba y pulcros de cerquillo.

El convento dominicano del Rosario de Lima era así como un mesón por donde pasaban y descansaban los que habían de ir a otros puntos, como a Méjico, Guatemala, Ecuador, Costa Rica, Chile, Buenos Aires... La pobreza del convento de fray Martín llegó a tal punto, que el prior, teniendo algunas deudas contraídas en la fábrica del mismo, se vio atropellado por los acreedores que le exigieron la cuantía del dinero. No tenía él en casa con qué satisfacerlos, por lo cual tomó uno de los mejores cuadros que los religiosos habían traído de España y fue a venderlo. Por aquel tiempo había judíos en Lima. Otros objetos de valor acompañaban al cuadro. Fray Martín supo el apuro del prior y supo la determinación del mismo de vender todo aquello. Voló al sitio donde se hacía la venta y tomando al prior aparte, le dijo así:

> «Ya sé, padre, que tenemos que pagar esa deuda; pero le ruego que no venda el cuadro. Tengo yo otro medio para el pago; quizá lo acepten mejor; me daré en esclavo del acreedor, y con mi trabajo satisfaré la deuda».

Un día se le vio arrebolado el rostro de modo que no pudo disimular la fiebre. Sentía que la fatiga le rendía y, no obstante, no abandonaba su trabajo. Un religioso le denunció al prior y éste le envió inmediatamente a la cama. Fray Martín pidió al prior la bendición, como es costumbre entre los dominicos, y se retiró a su celda. Fueron a visitarlo algunos religiosos y vieron que no se había desnudado. Estaba en la cama con los zapatos puestos; claro es que no había tocado las sábanas. Nueva denuncia al padre prior. Éste, que conocía los quilates de la virtud de fray Martín, dijo a los acusadores: «Hermanos: fray Martín es un gran teólogo y un místico; su teología mística le ha hecho conocer el secreto de unir la mortificación a la obediencia». De todos modos, tomó el parecer del superior y curó su dolencia.

¿Cómo consideraba fray Martín la pobreza? Como una amiga inseparable y divina que le llevaba a usar vestidos usados, zapatos burdos, sombrero raído, capa con ventanillas abiertas al espacio. En su celda había unas tablas sobre dos hierros que sostenían un jergón de hoja de maíz, dos sábanas toscas, dos mantas no muy buenas, un taburete, una mesa de madera sin adornos y un armario del mismo estilo. Curiosidades, ninguna. Sobre la mesa y en el armario, instrumentos clínicos, almireces para triturar plantas y batir líquidos, gasas de hilo sacadas de algún retazo inservible, bien hervidas; frascos con medicamentos. El armario contenía cuantas plantas podía recoger para sus emplastos y sus bebidas aromáticas y curativas. Para él, nada; para los enfermos, todo. De objetos religiosos, tenía en el testero de su cama una cruz de madera; y en los lienzos laterales, dos estampas: una de la Virgen del Rosario y otra de Santo Domingo. Usaba un rosario al cuello como todos los dominicos de América, y llevaba otro suspendido de la correa. El rosario para él era el arma sagrada a la que se acogía y en la que confiaba en sus tentaciones y en sus trabajos.

En la curación de las enfermedades, fray Martín disponía de varios recursos, todos ellos eficaces. Era el primero el de la oración. A sus enfermos graves los encomendaba a Dios y a su Santísima Madre, y las curaciones no tardaban en realizarse. El segundo procedimiento era la aplicación de las medicinas usadas ya para las diferentes dolencias. El tercer medio que usaba fray Martín, a petición de los enfermos, era aplicarles su propia mano al sitio del dolor. Las curaciones eran repentinas. El contacto de su mano era eficacísimo y la curación instantánea.

El convento de dominicos del Rosario de Lima se había convertido en un hospital; fray Martín iba recogiendo los enfermos callejeros, llevándolos a él. Algunos religiosos mostraban su disgusto por ello, ya que los ayes, los cuidados, la asistencia a los enfermos no solamente ocupaban a fray Martín, sino también a otros religiosos, con daño para la disciplina regular, el buen orden y los deberes de la comunidad. Un día se presentó en el claustro con un enfermo al que llevaba a cuestas. Le entró en su propia celda y le acostó en su misma cama. El enfermo iba hecho una lástima. Lo había encontrado caído en la calle.

Vestía andrajos y ardía en una fiebre altísima. Uno de los hermanos de obediencia le reprendió por aquella caridad, no por ir contra dicha virtud, sino por el trastorno que causaba en el convento. «¿Cómo, hermano Martín, traéis a la clausura enfermos?». «Los enfermos no tienen jamás clausura», contestó fray Martín. «¿Queréis decir que traeréis al convento a cuantos enfermos encontréis en las calles?». La caridad ha roto con todo lo que no sea amor de Dios. Y el amor de Dios tiene paso franco por todos los claustros. Fray Martín regresaba al convento de noche. En una callejuela encontró un hombre herido de gravedad. Lo tomó a cuestas y entró en el convento con él. Le curó la herida, que era de puñal y muy honda, y le acostó en su cama, con la intención de trasladarlo a casa de su hermana tan pronto como mejorase. El provincial, por el momento, impuso una penitencia a fray Martín por haber faltado a la obediencia. Fray Martín probó su humildad aceptándola y cumpliéndola al pie de la letra. Ahora fue el padre provincial el que solicitó su ciencia:

> — Hermano fray Martín, no tuve otro remedio que imponeros una penitencia por no haber cumplido mis órdenes.
>
> — Perdone S. P. mi desatino —contestó fray Martín—. Pensaba yo que la santa caridad debía tener todas las puertas abiertas.
>
> — Bien está lo que habéis hecho —dijo el padre provincial—, y desde este momento el convento del Rosario será vuestro segundo hospital. Podéis traer cuantos enfermos queráis a él.

A dos millas de la ciudad y en un lugar llamado Limatambo, tenía el convento unas tierras que los hermanos trabajaban. Ayudábanlos algunos indios y negros. Convivían todos en una santa hermandad. Estos «encomenderos» conventuales, a la vez que enseñaban a los indios el cultivo de la tierra, les enseñaban los elementos más sencillos de la religión. En Limatambo, fray Martín, con los otros religiosos, abrían surcos para el trigo castellano, y abrían las almas al trigo de la fe y del amor de Dios. Fue idea feliz la del padre provincial el enviar a fray Martín a aquellas tierras, porque no faltaban allí enfermos y necesitados de sus cuidados y arte de curar. El «encomendero» dominico era el hermano del indio; y mantenía la significación primera de la palabra. «Encomendero» era el español o la familia española a la que se asignaban algunos indios para que les instruyeran en todo cuanto un hombre culto, en menesteres de artesanía, debía

saber. En Lima existían «golfos», no diremos en gran número, pero bastante numerosos. Eran indios en su mayor parte. La vida vagabunda que llevaban le dolía a fray Martín. Pero ¿cómo remediarlos y dónde?

Él con sus enfermos y sus pobres tenía bastante para llenar todas las horas del día, amén de sus deberes conventuales. Tenía los hospitales llenos: el convento del Rosario y la casa de su hermana. De todos modos, no podía sufrir su corazón que aquellos harapientos continuaran merodeando por la ciudad y ofendiendo a los transeúntes y a los que algo poseían. Pensó y repensó el medio de acometer la empresa. En principio lo sabía ya: acondicionar un buen local, que fuera escuela y albergue. Divulgó el proyecto después de haberlo madurado; habló de él a muchas personas medianamente pudientes. El señor arzobispo, así como el virrey, se mostraron generosos con él enviándole de antemano algunos dineros. Un comerciante rico y su esposa, llamados don Mateo Pastor y Francisca Vélez, le ofrecieron una gran cantidad. Otras personas de viso no se quedaron cortas en los donativos. Fray Martín tenía ya asegurado el éxito en la obra proyectada. Compró unas casas, las adecentó cuanto pudo, distribuyó los departamentos, organizó los trabajos y quedó fundado el «Asilo y escuelas de huérfanos de Santa Cruz», primer establecimiento de ese género en Lima.

Primeramente, se recogieron en él niñas solamente. Puso al frente del nuevo asilo a señoras de buena reputación e instruidas en labores femeninas que mantuvieran el espíritu católico entre las recogidas, a la vez que se educaran convenientemente para ganarse honradamente el pan. Si los resultados prácticos del Asilo fueron tan visibles que toda la ciudad de Lima los podía apreciar directamente, fray Martín pensó en extender su obra a los niños, y así lo hizo. Un nuevo albergue había de levantarse o adecentarse para los niños. Se hizo el milagro como siempre.

¿Por qué a fray Martín no se le ha declarado patrón de los animales todos? Iba un día camino del convento. En la calle distinguió un perro sangrando por el cuello y a punto de caer. Se dirigió a él, le reprendió dulcemente y le dijo estas palabras: «Pobre viejo; quisiste ser demasiado listo y provocaste la pelea.

Te salió mal el caso. Mira ahora el espectáculo que ofreces. Ven conmigo al convento a ver si puedo remendarte». Fue con él al convento. Nueva admiración para los religiosos. Acostó al perro en una alfombrita de paja, le registró la herida y le aplicó sus medicinas, sus ungüentos. Una semana entera permaneció el animal en la casa. Al cabo de ella, le despidió con unas palmaditas en el lomo, que él agradeció meneando la cola, y unos buenos consejos para el futuro. «No vuelvas a las andadas —le dijo—, que ya estás viejo para la lucha».

En los cuadros de fray Martín aparece éste conversando con ratones, gatos, perros y alimañas. Todos le escuchan y todos comen en el mismo plato. Todos eran criaturas de Dios. Pero estas criaturas no siempre obran en armonía con el hombre: se interponen en su camino y destruyen algunas de sus obras más útiles para él. Esto sucedía en el convento de dominicos del Rosario de Lima. Todos los hermanos de obediencia estaban quejosos de los ratones. De cuando en cuando aparecían grandes ratas, blancas de pelo y voraces como el cáncer. El hermano sacristán se aprestó al exterminio porque era en la sacristía donde causaban más daño. Telas antiguas venidas de España, terciopelos, estameñas, tejidos de hilo y algodón eran pasto de los ratones. Delante de fray Martín manifestó su propósito, y preparaba algunos venenos para darles muerte.

— No haréis eso, hermano, que son criaturas de Dios y ellos, como los demás seres, tienen derecho a vivir. Dios no hizo nada sin un fin determinado. En la creación nada estorba, todo demuestra alguna perfección del Creador.

— ¿Pero es que nos vamos a quedar sin ropas en la iglesia? Venga, hermano Martín, y vea por sus ojos los destrozos que han hecho ya.

— La verdad es que no han estado correctos. No es ése su alimento; pero hermano, la necesidad les ha precipitado y llevado a lo que nunca debieran tocar.

— ¿Y quiere su caridad que no nos armemos contra ellos?

— Hay una solución; llevarlos a otra parte.

— ¿Adónde, fray Martín?

— Hay unos terrenos más allá de la casa de mi sobrina, donde se les puede acomodar muy bien.

— ¿Os atreveríais a conducirlos allí como si fueran mansos corderos?

— Con la ayuda de Dios lo intentaré.

En aquel momento, por debajo de la tarima sobre la que se abría el cajón de las ropas mejores, apareció un ratoncito embigotado, alargando el hocico y moviendo a uno y otro lado los ojos. Fray Martín le llamó amorosamente.

> «Un momento, hermano ratón, y acércate un poco más sin miedo. No sé si tú serás culpable o no de los desperfectos que habéis ocasionado en las ropas de la sacristía. De todos modos, hoy mismo tenéis que salir del convento todos. De manera que llevas el recado a los demás para que sin falta, inmediatamente, os reunáis aquí».

El hermano sacristán quedó atónito. El ratoncito dio una vuelta en redondo con mucha gracia y salió corriendo hacia el interior de la tarima. La orden corrió por todos los rincones del convento. Unos tras otros fueron llegando a la sacristía docenas y docenas de ratones. Fray Martín les echó en cara su mal comportamiento. El hecho es que nunca volvió a verse un ratón en el convento de dominicos del Rosario. Todos los días, a cualquier hora, fray Martín pasaba por aquel lugar y dejaba grano y pan para sus amiguitos los ratones. Ellos lo celebraban con saltos, rozándole con sus hociquitos los pies.

No fue fray Martín muy aficionado a muchas devociones, pero tenía algunas que no dejaba jamás. Hemos hablado ya de las horas que pasaba ante el Santísimo Sacramento, la devoción con que recibía la sagrada comunión y los éxtasis que padecía en el templo de Santo Domingo. Por derecho propio, después del culto al Sacramento, venía la devoción a la Santísima Virgen del Rosario. En el vestíbulo del refectorio había una imagen de la Santísima Virgen muy devota y de algún mérito artístico. Fray Martín alzaba los ojos a aquella imagen cuantas veces entraba en el refectorio a tomar el alimento. Recabó para sí el cuidado de la misma, y desde muy temprano, la adornaba con ramos de flores recién cortadas en el huerto conventual. Con las flores encendía algunas velitas que los devotos le donaban. Dícese que la Virgen se le aparecía con frecuencia y conversaba con ella amorosamente. Fue un gran contemplativo. El ángel de la guarda tuvo en su corazón y en sus plegarias un lugar muy distinguido.

En aquellas largas y nocturnas excursiones por la ciudad de Lima, sin luz en las calles, el ángel de la guarda guiaba sus pasos,

barría ante sus pies los obstáculos que se atravesaban y le conducía por entre las tinieblas al convento. De Santo Domingo de Guzmán tomó fray Martín la costumbre de darse tres disciplinas diarias: la una, por la conversión de los pecadores; la otra, por los agonizantes, y la tercera, por las almas del purgatorio. Puntualmente fray Martín hizo lo mismo. Si sangrientas eran las disciplinas de Santo Domingo, no lo eran menos las de fray Martín. La tercera que había de tomar fray Martín no era por mano propia, sino por mano ajena. Un indio, un inca de los convertidos por fray Martín y admirador de su virtud, se había prestado a ser el verdugo del bienaventurado.

> «Todo este rigor es por mis muchos pecados. La penitencia, decía, es el precio del amor. ¿Cómo podré salvarme sin penitencia? ¿Cómo podré expiar mis culpas sin martirizar mi cuerpo?».

Muchos religiosos del convento del Rosario están en cama atacados de viruela. Padecen todos fiebres altísimas y algunos creen llegado el último momento de su vida. En la ciudad los muertos son incontables. El contagio va de casa en casa, en todos los hogares deja un crespón de luto. Entre todos los hermanos figura a la cabeza fray Martín. Lo reclaman los enfermos en la esperanza de que allí donde los remedios no alcancen, ha de alcanzar su virtud milagrosa. Mas el hecho inaudito que pone espanto a todos los religiosos es que fray Martín está a la cabecera de los enfermos a toda hora. ¿Cuándo duerme? ¿Cuándo descansa? ¿Y dónde? Nada se sabe. Pero se conocen dos cosas que la razón no alcanza: que entra en el noviciado estando cerradas las puertas, que se coloca a la cabecera del enfermo, que ruega por él a los pocos instantes de haberlo invocado. Los jóvenes novicios se sorprenden viéndole entrar a deshora en el cuarto.

> — ¿De dónde venís, hermano Martín? ¿Quién os ha llamado?
> — Tu necesidad, hijo mío. Te oí llamarme y vine a verte: necesitabas de mí. Vas a tomar esta medicina.

Tiénese por cierto que se le vio a la vez en distintos lugares ejerciendo su caridad; ayudando a bien morir a un atacado de tifus y curando en el hospital a sus enfermos. Aún más; algunos hombres favorecidos por él en lugares muy distantes lo reconocieron al verlo. Fray Martín poseía otra gracia no menos singular: la invisibilidad. En ocasiones se hacía invisible, sobre todo

en los éxtasis. Los que conocían los lugares de sus arrebatos místicos iban a veces a espiarlo por ver el prodigio de levantarse del suelo. Los muchos trabajos, vigilias, ayunos y quehaceres fueron minando poco a poco la salud de fray Martín. Parecía un espíritu más que un hombre. La fama que de santo tenía corría por todos los hogares. Apenas había uno solo en Lima adonde él no llevara el regalo de sus medicinas o de sus consuelos. Avenía matrimonios, concertaba enemistades, fallaba pleitos, reconciliaba a hermanos, fomentaba la religión, dirimía contiendas teológicas y daba su parecer acertado en los más difíciles negocios. Era el ángel de Lima.

Corría el año 1639. Fray Martín llevaba días de decaimiento y flojedad. Las fuerzas le abandonaban y una fiebrecilla le encendía un tanto la sangre. Como en la atmósfera, que una nubecilla se crece y se convierte en nube parda y la nube parda se rasga y sobreviene la tormenta y el aguacero torrencial, la fiebrecilla de fray Martín se transformó en una fiebre alta que le obligó a meterse en la cama. Sabía él ya de antemano lo que había de suceder. Tenía la revelación de su muerte. Los padres y hermanos acudieron a su habitación y él les dijo: «He aquí el fin de mi peregrinación sobre la tierra. Moriré de esta enfermedad. Ninguna medicina será de provecho». A los dolores físicos sobrevinieron los ataques del diablo. El enemigo, que durante la vida le había combatido sin cesar, redobló en aquella hora sus ataques y sus tiros. El diablo llegó a aparecérsele entre resplandores siniestros de llamas devoradoras. La lucha debió de ser brava, pues fray Martín sudaba hasta empapar toda la ropa de la cama, y en alguna ocasión se le oyó rechinar los dientes, en señal de lo rudo de la acometida diabólica y de la valentía con que él la rechazaba. Declaró él que no se encontraba solo en aquella su última hora: que estaban a su lado, con la Virgen Santísima, San José, Santo Domingo, San Vicente Ferrer y Santa Catalina de Alejandría. Fray Martín abrazaba un crucifijo y lo llenaba de besos.

Pidió y recibió el viático y la extremaunción derramando lágrimas. Como el Señor en la cruz, encomendaba al Padre su espíritu. Mientras tanto, y según es costumbre y regla, un hermano tomó unas tablas, herradas con argollas en ambas caras,

y recorrió todo el convento agitándolas fuertemente. Cuando muere un dominico no se doblan las campanas hasta después de morir. La señal de agonía de un religioso es el sonar de aquellas argollas que levantan de sus asientos a todos los religiosos, y del lecho, si están acostados, comenzando todos a rezar el Credo. Fray Martín, viendo a los religiosos arrodillados ante su cama, les pidió perdón a todos por «los malos ejemplos que les había dado». En todos los ojos reventaron el llanto las palabras humildes y sinceras del bendito hermano. Entonces, y viendo que el momento feliz se acercaba de ir a ver y a gozar de Dios, pidió fray Martín al prior que entonasen el Credo en alta voz. Así se hizo. Los religiosos, con singular unción y lentamente, pronunciaron el *Et homo factus est.* Fray Martín cerró los ojos y se durmió en el Señor. Eran las nueve de la noche del día 3 de noviembre de 1639.

Las campanas de la torre del Rosario doblaron a muerto. Un escalofrío corrió por toda la ciudad de Lima. Toda la ciudad sabía que fray Martín estaba gravemente enfermo. El doblar de las campanas anunciaba su fallecimiento. Fueron los primeros en llegar al convento el virrey, conde de Chinchón; el arzobispo de Méjico, don Feliciano de la Vega; el obispo preconizado de Cuzco, don Pedro Ortega; don Juan de Peñaflor, miembro de la Cámara Real, etc. Religiosos de todas las Órdenes se mezclaron con los dominicos para las exequias. Mientras tanto, los fieles, furtivamente, iban cortando trozos al hábito del bienaventurado, hasta el punto que el padre prior se vio en la necesidad de cambiárselo varias veces. El cadáver de fray Martín fue llevado a hombros desde la iglesia al cementerio conventual, que estaba dentro del mismo convento, siendo sus portadores los señores ilustres de referencia anterior.

En vista de los milagros y concesión de gracias de fray Martín, se instruyó el proceso de beatificación. El 29 de abril de 1763, el papa Clemente XIV dio un decreto proclamando las virtudes heroicas de fray Martín. El 31 de julio de 1836, el papa Gregorio XVI publicó el decreto de aprobación, y el 8 de agosto de 1837, el mismo Pontífice firmó las cartas de beatificación. Hoy ya está canonizado. El culto a nuestro santo se ha extendido enormemente por toda la América, Estados Uni-

dos, Irlanda, Inglaterra, Filipinas, España, Indias orientales, México, África, etc.

ANTONIO GARCÍA FIGAR, OP

Bibliografía

Acta Gregorii Papae XVI, II (Roma 1903) n.150.
Acta sanctorum. Novembris, t.3 p.108-125.
GANAY, M. C. DE, «Les Bx. Frères convers de l'ordre de S. Dominique»: *Vie Spirituelle* 9 (1923-1924) 54-61.
GEORGES, N., OP, *The Blessed Martín Güel* (New York).
MEDINA, B. DE, OP, *Vita prodigiosa...* (Lima 1673).
• Actualización:
FORCADA COMÍNS, V., *San Martín de Porres* (Valencia 1992).
— *San Martín de Porres, «mártir de la caridad»* (Burgos 2002).
FRANCISCO, R., *San Martín de Porres* (Roma 1977).
GALDUF BLASCO, V., *San Martín de Porres: estampas biográficas* (Valencia 1974).
VELASCO, S., *San Martín de Porres* (Madrid ^{6}1992).

SAN ARMENGOL DE URGEL

Obispo († 1035)

Tres santos para la silla prelaticia de Seo de Urgel, diócesis regida por obispos príncipes, a lo largo de la Edad Media. Cronológicamente: Justo, Armengol y Odón.

Justo, entre 631 y 646. Armengol, entre 1010 y 1035. Odón, entre 1095 y 1122.

Merecerá nuestra atención el pontificado de Armengol, patrono de la ciudad pirenaica. Eclesiástico, conquistador y repoblador cristiano. Una figura prestigiosa. Un hombre de su tiempo, protagonista singular en la apertura de Cataluña a la realidad feudal del siglo once. Y modelo de vivencia religiosa y episcopal.

La literatura hagiográfica medieval armengoliana comprende el texto *Vita sancti Ermengaudi,* perdido, aunque recuperado fragmentariamente por tres manuscritos litúrgicos y un incunable, llegados a nuestros días.

La biografía —en realidad más semblanza que narración histórica—, anónima, contemporánea, fue escrita entre 1042 y 1044, con motivo de la exhumación y traslado de los restos del santo a la catedral nueva. Los dos escritos sacros disponibles

—desaparecido el breviario de Sant Miquel de Cuixà— integran leccionarios custodiados, respectivamente, en Barcelona y Solsona. El incunable es también un libro de oración, patrimonio del cabildo de Seo de Urgel.

Adelante...

Armengol estalló a la vida en el hogar de Bernardo y de Guilla, vizcondes de Conflent, ya apurado el siglo décimo; más o menos hacia el año 979. Históricamente más precisión no cabe.

Nacido presuntamente en Aiguatebia, en la Cerdaña francesa, donde tenía residencia el noble matrimonio. Compartiendo atenciones y cariño familiar con un hermano varón y tres hermanas, todos mayores que él; pero individual en el moldeado intelectual y eclesiástico. Una formación con escenificación pirenaica; en la Seo de Urgel, bajo la sombra protectora y tutelar de su tío paterno, el obispo local Sala, que le marcaría profundamente y con quien estrechamente colaboraría en calidad de arcediano catedralicio; y a quien, en el otoño de 1010, sucedería en el gobierno de la diócesis. Y cuyas huellas procuraría fielmente seguir.

Personalmente explícito:

> «Movido [...] por las palabras del apóstol que afirma que nadie recibirá la corona sin haber luchado lealmente, y especialmente de la recomendación del Señor instándonos a entrar por la puerta estrecha, me dedicaré [...] con todas mis fuerzas a completar cuanto mi difunto tío de venerable memoria, el obispo Sala, comenzó pero no pudo llevar a cabo, porque le sobrevino la muerte, y dejó inacabado precisamente para que yo lo llevara a término con la ayuda del Señor».

Hechos cantan.

Elocuente el inicio de la andadura episcopal de Armengol, enmarcada en el ambiente eclesiástico reformista de la época, más o menos influenciado por los aires nuevos que soplaban de Cluny. Andadura nacida con la restauración, poco menos que pionera en Cataluña —en fecha 8 de noviembre de 1010—, de la comunidad canonical de la iglesia de Santa María, sueño, e iniciativa del mentado obispo Sala.

Unos primeros pasos, por otra parte, solemnísimos a la vista de los condes de Urgel, de Barcelona, de Cerdaña y de Pallars.

Esplendorosa la representación política. Pero sin robar brillantez a la presencia eclesiástica, nutrida por la docena de prelados sufragáneos, allende y aquende los Pirineos, de la archidiócesis de Narbona, cuya sede metropolitana desbordaba fiebre reformista y vitalidad religiosa. Unos iniciales pasos por supuesto cautelosos. Sin improvisaciones ni precipitación alguna. Muy ponderada la reforma.

Pues justificaría el obispo: habiendo meditado de noche en mi corazón, como dicen las Escrituras, no dispuesto a dejar pasar un día más, juzgué útil, si las fuerzas me asistían, recuperar la infancia —al menos en mi Iglesia— de las costumbres envejecidas.

En clara alusión al decidido remozamiento de la creación de Ludovico Pío, desvirtuada por «hombres diabólicos —son palabras de Armengol—, especialmente algunos príncipes, que, como lobos rapaces y hambrientos, habían mordisqueado gravemente, sin temor alguno, esta santa institución».

La recuperación eclesiástica suponía la vida comunitaria clerical, centrada en la oración y en el culto divino, y la atención pastoral a la feligresía. Por supuesto materialmente amparada con una generosa dotación patrimonial, fruto de cláusulas testamentarias del obispo Sala y de aportaciones diocesanas y personales del mitrado reformista.

En labios de éste:

> «A más de la mentada donación [...], yo, Armengol, obispo de Urgel, hago una nueva donación personal de parte de la herencia recibida de mi padre».

La reforma del cabildo catedralicio de Santa María de Urgel, inspirada en modelos centroeuropeos, coronó andadura con el visto bueno y la bendición personal del papa Sergio IV; oficialmente con la bula pontificia de Benedicto VIII, fechada meses más tarde.

Una ilusión episcopal cumplida. Un valioso logro diocesano cuya conservación el celoso prelado quiere asegurar. Y, al efecto, reclama respeto y fidelidad.

Seriamente. En cláusula testamentaria:

> «Yo Armengol, aunque indigno, por la gracia de Dios obispo, a vosotros canónigos, hijitos míos, os ruego y amonesto, bajo pena

de excomunión, por Dios Padre Omnipotente y Jesucristo, Hijo suyo y Señor nuestro, por su bienaventurada Madre y por todos los santos, que después de mi muerte no elijáis ni aclaméis obispo, ni os reunáis con él en las puertas de Santa María de la Seo hasta que, con las manos sobre el altar, haya jurado que conservará fielmente la implantada observancia canonical...».

Pastoralmente, también, empujando aires reformistas, despertando afanes de remozamiento espiritual en los claustros monásticos de San Lorenzo de Morunys, que en 1019 oficialmente estrenaron vida nueva. Y socialmente aún más.

En primera línea, secundando las iniciativas pacificadoras del carismático abad de Ripoll y obispo de Vich, Oliva. Quien, impulsor de la bautizada «Paz y tregua de Dios», perseguía la limitación, en el tiempo y en el espacio, de la violencia generalizada y de los abusos de los poderosos durante el proceso feudal. En esencia: una especie de alto el fuego semanal y respeto a la territorialidad sagrada de las iglesias y su inmediato entorno. Y con participación activa en el concilio de Cardona (1031-1032), que oficializó las teorías de la nueva institución.

Ciertamente pacificador. Una postura, por supuesto, no reñida con la legítima defensa de los derechos y de los bienes materiales canonicales y diocesanos. Administrador fiel y solícito. Firme, constante, infatigable, frente a los afanes usurpadores de la época, lamentablemente frecuentes, con protagonismo clerical o encarnados por la alta nobleza.

En definitiva, paladín en la lucha contra la injerencia política en los asuntos eclesiásticos, incluso de procedencia familiar, y contra la simonía o compra-venta de cargos y prebendas. Igualmente abanderado de la vida celibataria del clero parroquial.

Y, como hombre de su tiempo, mordido el obispo Armengol por la típica fiebre constructora de mediados del siglo once, que tendría una centuria de duración. Una fiebre que fue fruto tanto del desarrollo económico y demográfico de la época como del progreso en el arte de la edificación y de la expansión de la corriente estética que definiría el nacimiento del arte románico.

Obispo constructor, implicado directa o indirectamente en la aparición o remozamiento de no pocas realidades arquitectó-

nicas religiosas. Con un haber personal que sumó la puesta en marcha de las obras de una catedral nueva —que no vería coronadas— y la aparición de templos parroquiales y edificios monásticos a lo largo y a lo ancho del territorio diocesano.

Dinamizador espiritual y social de Urgel. Amante de su pueblo, que deseaba santo y, lógicamente, le procuraba clérigos ejemplares y ofrecía lugares de culto. Quería libres a los hermanos de fe y, en consecuencia, luchaba por arrancarles de las garras musulmanas. Perseguía el progreso del país y, al efecto, abría vías de comunicación y levantaba puentes...

Y abierto al mundo. Presente en Roma, por dos veces, en años consecutivos. En pleno 1011 y en las postrimerías del 1012, respectivamente, para presentar la reforma diocesana al papa Sergio IV y, en la segunda ocasión, llamado por el pontífice Benedicto VIII, que le premiaría confirmando la propiedad patrimonial, los límites territoriales y no pocos privilegios del obispado pirenaico, cuyo titular aún hoy día comparte autoridad principesca sobre el minúsculo valle de Andorra.

Y, probablemente, peregrino a Santiago de Compostela. No hay constancia documental del viaje, avalado por una vieja y comentada tradición, pero sí de su proyecto, decidido el 14 de diciembre del 1033 cuando, en previsión de posibles contingencias, firma testamento. Un texto que es un canto de admiración al obispo Sala, cuyas huellas había seguido, y de encendido amor a la Iglesia; con particular y preferente atención a la continuidad de la reforma diocesana.

Abierto al mundo. Ejerciendo poder temporal. Incluso, en momentos de debilidad política condal, enarbolando banderas de reconquista en la geografía catalana invadida por los sarracenos. Como cuando, en el primer cuarto del siglo once, capitaneó la expedición armada sobre Guissona, en la moderna comarca de la Segarra, que recuperó y repobló de cristianos pirenaicos. Y más, insistiendo en las actividades sociales del titular de la sede pirenaica catalana.

A propósito la narración, arrancada de las páginas de un antiguo breviario de Urgel, que le atribuye la paternidad del puente de Bar. Una construcción que, ocasionándole la muerte, dejaría inacabada. Recortamos:

«Acercándose el primero de noviembre, festividad de Todos Santos, el venerable obispo Armengol quiso, con gran fervor, celebrar misa solemne. Y, dado que el día tercero había de ocurrir su desaparición de la vida terrena, Dios le concedió la gracia de aceptar su sacrificio en la festividad de aquellos con quienes iba a ser coronado [...] En la línea divisoria entre Urgel y la Cerdaña hay un paraje conocido como Bar; es decir, un paso estrechísimo entre dos montañas por donde, en aquel tiempo, sólo se podía transitar a través de un boquete rocoso, totalmente inaccesible al ganado. En este lugar, pues, en pos de unos operarios, llegó personalmente el obispo y puso manos a la construcción de un puente, dirigiendo y dando instrucciones a los demás. Y contemplando el Creador del universo cómo su pastor obraba bien, pues al tiempo que dirigía un puente entre la tierra y el cielo y con sus manos preparaba otro para las ovejas a él confiadas; no consintiendo que por más tiempo el trabajo mundano le ocupara y mortificara, sino más bien queriéndolo galardonar con una corona inmarcesible, y a fin de que en el cielo tuviera la compañía de los que testimoniaron con su sangre, le quiso honrar con el martirio. Y de la viga travesera donde trabajaba se despeñó al suelo. Desparramado su cerebro entre las piedras, entregó su alma pura a Dios».

Impactante, conmovedora, la muerte del querido obispo. A nivel eclesial y popular. Su cabeza abierta como una granada. Cadáver en el lecho del alto Segre, en Pont de Bar, donde había soñado, decidido y emprendido la necesaria comunicación vial entre las tierras de Urgel y de la Cerdaña.

Muerto, en accidente laboral, el emprendedor, dinámico y santo obispo Armengol. Cuando el sol perdía luz y calor sobre los picachos pirenaicos, posiblemente ya nevados; los solitarios prados esperaban resurrección; las primeras lluvias otoñales habían engordado el río. Dolor y luto en la diócesis de Urgel en la fecha 3 de noviembre de 1035.

Los destrozados restos mortales de Armengol recibieron sepultura provisional en la iglesia catedral en construcción. Y estalló, impaciente, la veneración. De la estima con que le habían honrado sus contemporáneos da fe la elogiosa referencia de su anónimo biógrafo medieval. Copiamos:

«Joya preciosa del episcopado, padre y protector de la patria [...] Bienaventurada su patria de Urgel que, más puro que el ámbar y que el oro, tan gran tesoro merecía. Salte de gozo, diré aún, la sede de Urgel, ennoblecida por el patrocinio de tal confesor y por las virtudes del obispo [...] Tanto el obispo Armengol amaba la

> sede que le había sido confiada que, para defenderla, para honrarla, ofreció la propia vida mereciendo recuperarla más gloriosa en el cielo [...] Hacia él, como hacia un manantial, todo el pueblo de Urgel corría, sediento de saludables consejos».

En 1042 los venerados despojos pasaron al definitivo sepulcro. Una ubicación más honrosa en el recinto catedralicio que el extinto había promovido e impulsado, abierto al culto dos años antes.

Fue un traslado en el marco de una liturgia de rogativas. Que eran momentos de apuro en la montaña. Pues los prados estaban sedientos. Una oportunidad de oro para recurrir a la intercesión del pastor bueno y querido, que tanto se había desvivido por su pueblo, suplicándole el beneficio de la lluvia.

Recuperamos la anónima crónica biográfica:

> «A puerta cerrada, en una jornada de rogativas, cuando los fieles habían abandonado la catedral y ya estaban apagados los cirios de la celebración, el sacristán de la basílica, tres miembros distinguidos del clero y un maestro de obras se acercaron al túmulo del glorioso patrón [...] y lo incensaron. Y, como del frasco roto de la Magdalena emanó fragancia de nardo, aromatizando toda la casa de Simón, igualmente la sepultura abierta de Armengol exhaló un perfume milagroso que se extendió a todo el recinto e incluso se propagó por la ciudad. ¿De dónde vendría aquel exquisito olor sino de la tumba de Armengol? Los fieles corrieron en tropel al templo cuyas puertas fueron abiertas de par en par para que todos pudieran contemplar y admirar. Al mover el cadáver para enseñarlo, la cabeza destrozada manó sangre fresca [...] El cielo, que era como el acero, brillante y árido, poco a poco misteriosamente empezó a oscurecerse, a anublarse y a descargar aguas sobre la cresta de las montañas».

Honrado, pues, Armengol con honores de santo ya a los pocos años de su muerte. Y distinguido como celestial patrono canónicamente desde 1876.

Muy extendido, sobre la geografía diocesana de Seo de Urgel, el culto del que fuera su obispo y figura señera de la jerarquía eclesiástica medieval.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

Arts. en *Urgellia* 4 (1981); 14 (1998-2001).
BERTRÁN, P., «Ermengol d'Urgell. L'obra d'un bisbe del segle XI», en *La transformació de la frontera al segle XI*... (Lleida 2000).
Bibliotheca sanctorum (Roma 1967).
DELCOR, M., «Ermengol évêque d'Urgell et son oeuvre, de l'histoire à l'hagiographie»: *Les Cahiers de Saint-Michel de Cuxa* (1989).
Diccionari d'història eclesiàstica de Catalunya, II (Barcelona 2000).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA SILVIA

Madre de San Gregorio Magno († s. VI)

Silvia fue la madre de San Gregorio Magno, al que tuvo de su esposo Gordiano, constando que tuvo también otro hijo del que no se conserva el nombre. Se cree que fuera de Sicilia, ya que su hijo con los bienes que tenía en dicha isla fundó un monasterio y se cree fueran heredados de la madre, y por tanto que ella fuera de allí. Educó a sus hijos en la piedad, y cuando falleció su marido, seguramente en 573, ella se retiró a vida solitaria en una casa junto a la iglesia de Santa Sabina en el Aventino. Mandaba en un plato de plata verduras frescas a su hijo, y un día Gregorio no teniendo qué darle a un pobre le dio el plato. En esta vida retirada y piadosa perseveró hasta su muerte, sucedida con posterioridad al 592. Muerta Silvia, su hijo hizo pintar las imágenes de sus padres en la iglesia de San Andrés del Monte Celio, y consta que en el siglo IX había en Roma una capilla dedicada a Silvia en la iglesia de San Sabas. La inscripción de su nombre en el *Martirologio romano* se debe al papa Clemente VIII.

SAN JOANICIO

Monje († 846)

Nace en 754 en la población de Maricata en Bitinia. Adolescente, es encargado de guardar ovejas, y ya de joven se enroló en el ejército imperial y combatió en la campaña contra los búlgaros. Surge por entonces la herejía iconoclasta y Joanicio se adhiere de momento a ella, pero luego recapacita y se decide

por la licitud del culto a los sagrados iconos. Tenía ya cuarenta años cuando ingresa en el monasterio de Agaures, en el Monte Olimpo, y luego pasa al monasterio de Antidium, viviendo también un tiempo como ermitaño. Vuelve por fin al Monte Olimpo y en el monasterio de Eriste recibe la tonsura y el hábito monacales. Era el año 806. Reemprende su vida de peregrino, pasa una temporada larga en una celda, y realiza diferentes imágenes en honor de la Virgen María. Finalmente (830) retorna al monasterio de Antidium, que será su usual residencia en adelante. Defiende el culto a las sagradas imágenes, tiene fama como taumaturgo y predice la elección de Metodio († 847) como patriarca de Constantinopla. Éste lo visita dos días antes de su muerte, que tiene lugar el 3 de noviembre de 846.

SAN BERARDO

Obispo († 1130)

Berardo nace en Colli, junto a Áquila, el año 1079, hijo de los condes de los Marsos. Se educó con los canónigos de Santa Sabina, entonces catedral de los Marsos, los cuales vivían en comunidad. Recibe las primeras órdenes hasta el acolitado y entonces pasó al monasterio de Montecasino para completar allí su formación, permaneciendo en el monasterio durante seis años. Entonces (1102) el papa Pascual II lo llamó a Roma. Ya ordenado de subdiácono y luego de haber servido al Papa en varios encargos, fue enviado como delegado pontificio a Campania. Pero el conde Pietro Colonna lo hizo prisionero y lo tuvo en un pozo seco. Volvió luego a la Curia y fue nombrado cardenal, primero diácono con el título de Sant Angelo in Peschiera y luego presbítero con el título de Sant Crisógono. En 1109 fue consagrado obispo de los Marsos. Su programa pastoral fue claramente reformista e inspirado por los ideales del papa San Gregorio VII: combatió sin tregua la simonía y asimismo el concubinato de los clérigos. Dio un gran ejemplo de vida pura y austera, de celo apostólico y de gran caridad con los pobres, y su defensa de la libertad de la Iglesia le trajo algunos destierros, que no disminuyeron su fortaleza espiritual. Murió el 3 de noviembre de 1130, teniendo culto popular enseguida, pues ya en

vida se le habían atribuido milagros y lo mismo después de su muerte, y el papa Pío VII concedió a su diócesis la celebración de su misa y oficio.

BEATO SIMÓN BALACCHI

Religioso († 1319)

Nació en Santarcangelo, junto a Rímini, a mediados del siglo XIII en la noble familia de los condes de Balacchi. Destinado a la milicia, como la mayoría de los jóvenes de su familia, intervino en las muchas batallas y escaramuzas de su tiempo, pero a los 27 años sintió hastío de un mundo corrompido y violento y se decidió por la vida religiosa. Ingresó en el convento de los dominicos de Rímini, y pese a la oposición de un tío suyo, religioso de la misma Orden, eligió la calidad de hermano lego, negándose a hacer los estudios sacerdotales y afirmando que quería dedicarse a las más humildes tareas. Una vez profeso, se le destinó a la huerta y aquí halló su alma paz y alegría, distinguiéndose muy pronto por el exacto cumplimiento de sus deberes como religioso y por su austerísima penitencia. Ayudaba a los otros legos en sus ocupaciones y todas las semanas barría el convento con gran celo, siendo de edificación a todos su humildad y laboriosidad. Eran tantas sus penitencias que hubieron los superiores de poner freno a ellas con la obediencia. Tenía una gran vida interior y el Señor le recreó repetidamente con éxtasis y apariciones. En esta vida modesta y santa perseveró hasta su muerte, preciosa a los ojos del Señor, el 3 de noviembre de 1319. Su culto fue confirmado por el papa Pío VII el 14 de marzo de 1820.

SAN PEDRO FRANCISCO NÉRON

Presbítero y mártir († 1860)

Nació el futuro «mártir del silencio y del ayuno» en Bornay, junto a Lons-le-Saunier, en la diócesis de St. Claude, en el Jura, el 21 de septiembre de 1820, quinto en una familia de nueve hijos. Educado cristianamente, a los 19 años se decidió por la

vocación sacerdotal e hizo los estudios en los seminarios de Nozeroy y Vaux-sur-Poligny (1839-1845), pasando entonces al seminario mayor de Lons-le-Saunier. Aquí maduró su verdadera vocación y se decidió por las misiones, y por ello solicitó y obtuvo ingreso en el Seminario de Misiones Extranjeras de París, donde entra el 1 de agosto de 1846. El 17 de junio de 1848 recibía la ordenación sacerdotal y era destinado a las misiones del Tonkín. Cuando lo supo fue a visitar a Nuestra Señora de las Victorias para pedirle la gracia del martirio.

Llegado a Tonkín se le asigna el distrito misional de Kim-son, donde trabajó con entera dedicación y gravísimas dificultades y en continuo peligro. En 1854 el vicario apostólico, mons. Retord, le encomendó la dirección del seminario, a cuyos 150 alumnos debía además enseñar filosofía. Tradujo para ellos libros de texto traídos de Francia. En todo este tiempo de su ministerio dio un gran ejemplo de piedad y de todas las virtudes, llevando una vida de austeridad notable, ayunando muchos días y viviendo con suma devoción su viacrucis diario. Habiendo arreciado la persecución hubo de acudir a una vida errática, yendo de un sitio a otro hasta que una persona que él creía amiga lo traicionó y fue arrestado la madrugada del 6 de agosto de 1860. Encerrado en una jaula, no salía de ella sino para los interrogatorios, pero él se encerró en un completo mutismo y no respondía nada a nadie ni contestaba las cartas de los superiores y amigos, y además hizo un largo ayuno que llenó de admiración a los propios paganos.

Condenado a muerte, la sentencia se cumplió enseguida, y así fue decapitado el 3 de noviembre de 1860 en Son-Tay. Su cabeza fue tirada al Río Rojo y su cuerpo enterrado en el propio lugar del suplicio. Exhumado en 1880, fue llevado a la iglesia del pueblo.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

4 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Carlos Borromeo, cardenal arzobispo de Milán, cuyo tránsito fue ayer **.
2. En Bolonia (Emilia), santos Vidal y Agrícola († 304), mártires *.
3. En Mira (Licia), santos Nicandro, obispo, y Hermes, presbítero († s. IV), mártires.
4. La conmemoración de San Pierio († s. IV), presbítero de Alejandría, cuyo tránsito fue en Roma *.
5. En Rodez (Aquitania), San Amancio († s. V), primer obispo de la ciudad.
6. En Mästricht (Brabante), San Perpetuo († 620), obispo.
7. En Trier (Austrasia), Santa Modesta († s. VII), abadesa.
8. En Alba Real (Hungría), San Emerico o Enrique († 1031), hijo del rey San Esteban *.
9. En Padua (Véneto), Beata Elena Enselmini († 1242), virgen, monja clarisa *.
10. En Cerf-Froid (Meaux), San Félix de Valois († 1212), al que se tiene por compañero de San Juan de Mata en la fundación de la Orden de la Santísima Trinidad **.
11. En el convento de Couets, junto a Nantes (Francia), Beata Francisca de Amboise († 1485), duquesa de Bretaña, monja carmelita **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN CARLOS BORROMEO

Cardenal arzobispo († 1584)

La Iglesia se encontraba en una de sus coyunturas más decisivas. Se había consumado desgraciadamente la ruptura religiosa con todo el norte de Europa. Sin embargo, después de mil dificultades, el concilio de Trento iba trazando un programa de auténtica reforma realmente maravilloso, que había de bastar para llenar durante siglos las actividades de los más celosos pastores.

Por aquellos días acude a Roma, llamado por su tío, el nuevo papa Pío IV, un joven de veintidós años. Es cierto que había estudiado en la Universidad de Pavía, y que durante esos estudios se había mostrado serio, formal, buen amigo de los libros y de

las prácticas de piedad. Es cierto que un año antes, en 1559, él había obtenido su doctorado en Derecho canónico y en Derecho civil. Pero de eso a hacer de aquel joven, nada brillante por otra parte, cardenal de la Iglesia romana, administrador de la diócesis de Milán, de las legaciones de Bolonia y de la Romaña... iba una gran distancia. Distancia que una vez más llenaba el nepotismo de la época. El papa Pío IV iba a hacer de Carlos Borromeo como un anticipo de lo que habría de ser después el cardenal secretario. Al configurar el cargo y las atribuciones, el nepotismo que le movía iba ordenado por la divina Providencia, porque su sobrino habría de ser una de las figuras más extraordinarias de la moderna historia eclesiástica.

Carlos, con sus veintidós años, llega a Roma contento al ver la suerte que se le viene a las manos. Es necesario decir con verdad que trabaja como bueno, que es activo, incansable, lealísimo a su tío el Papa. Hay que decir también que no le falta trabajo, porque a la tarea normal se le añaden las fatigas no pequeñas que lleva consigo el concilio de Trento. Una correspondencia delicadísima con los legados del concilio y con los padres más destacados, se entreteje con la que hay que mantener con los nuncios, los agentes pontificios en las diferentes cortes, etc.

Aunque el ejemplo que daba era bueno, reconozcamos, sin embargo, que el santo estaba aún lejos. El arranque hacia la santidad tiene en la vida de San Carlos una fecha determinada: la de su ordenación sacerdotal. Desde entonces pudieron observar los romanos que el cardenal Borromeo era otro. Meses después recibía la consagración episcopal, en diciembre de 1563. Y terminado felizmente el concilio de Trento, quería dar por sí mismo el mejor ejemplo de observante a sus decretos abandonando Roma para residir en Milán, porque si es cierto que desde Roma atendía, con minuciosidad que hoy nos admira, la marcha de la diócesis milanesa, no es menos cierto que los decretos del concilio de Trento eran terminantes por lo que a la residencia de los obispos se refería.

Y a Milán marcha. Entra solemnemente el 23 de septiembre de 1565, pero vuelve a Roma para el conclave en que sería elegido San Pío V. En abril de 1566 está de nuevo en Milán, donde

desarrolla durante unos veinte años una labor colosal. San Carlos Borromeo, que muere joven, de cuarenta y seis años, atiende no sólo a las necesidades de la diócesis de Milán, que aún hoy, después de haber sido muy recortada, continúa siendo inmensa, sino también a las de las quince diócesis sufragáneas. Es más, designado primero protector de los cantones católicos y después visitador de toda Suiza, realiza allí varias veces minuciosas visitas, en las que consigue contener el avance del protestantismo, y toma medidas eficacísimas para lograr la sólida implantación de la reforma católica.

Notemos que todo esto se alcanza a fuerza de laboriosidad y de entrega. Dotado de una salud de hierro, que le permite pasar días enteros sin comer y durmiendo unas pocas horas; resistir largas horas de viaje, a un ritmo extraordinario con los medios de que entonces se disponía; sacar tiempo para hacer larga oración sin desatender los cuidados de su diócesis, San Carlos logra superar todo. De una parte su falta de simpatía natural. Con tendencia a la rigidez, tímido por naturaleza, escasamente conversador, le faltaba además una de las condiciones más preciadas para un hombre hábil: la rapidez en las decisiones. Y sin embargo, este hombre excepcional consiguió a fuerza de santidad cambiar la fisonomía de su clero, hacerse amar por su pueblo, superar los continuos conflictos con las autoridades y los representantes de los intereses creados y dejar en pos de sí una huella imborrable.

Su santidad es, en su suprema sencillez, una gran lección para todos. Se hizo santo por un método viejo y poco complicado: cumpliendo su obligación. Se hace santo por la observancia rigurosa y plenísima de sus deberes, quemando toda su existencia, poco a poco, entre los mil negocios de cada día. Sus mismos defectos, al contacto con la santidad, quedan trocados «a lo divino»: su orgullo y desprecio a lo bajo, se transforman en horror al pecado; su mala administración y excesiva liberalidad de los tiempos de estudiante, se truecan en caridad hacia los pobres; su terquedad se hace tenacidad; su falta de brillantez, le da ocasión de ejercitarse en la laboriosidad y en la humildad. Pero si quisiéramos resumir su vida espiritual en una virtud más característica diríamos que fue la constancia. Pese a todo y a to-

dos, mantuvo en alto la bandera de la reforma. Es cierto que la visita a los «humillados» termina a tiros; los canónigos de la Colegiata de Santa María le cierran las puertas a la faz de todos sus acompañantes; los asuntos temporales le traen disgusto sobre disgusto y denuncia sobre denuncia; si consigue ir a su diócesis y permanecer en ella es con la oposición de los Papas que le querían junto a sí. Y contra todo esto, él realiza impávido su obra.

Mols ha hecho el balance de lo que hoy debemos a San Carlos Borromeo en la vida de la Iglesia:

> «En materia administrativa: la residencia de los pastores, la celebración de concilios provinciales, de sínodos diocesanos, de reuniones y conferencias arciprestales, el desenvolvimiento de la estadística eclesiástica y de los datos numéricos parroquiales, al llevar libros, expedientes y registros sobre los aspectos más variados de la administración diocesana y parroquial, el cuidado de una adaptación geográfica de las diócesis a las exigencias pastorales, la preocupación por asegurar un mayor cuidado material de las iglesias, la tendencia a acentuar el aspecto defensivo del catolicismo y su organización. En materia escolar: la fundación de seminarios e instituciones especializadas de enseñanza y ayuda mutua, el desenvolvimiento de la formación catequística y religiosa de los cristianos. En materia directamente apostólica: la fundación de los Oblatos de San Ambrosio comprendiendo miembros laicos, el impulso dado a las misiones parroquiales, al apostolado de la Prensa, a una predicación dominical regular de inspiración bíblica y litúrgica, a ciertas devociones populares eucarísticas, la organización regular de visitas diocesanas y de recorridos de confirmación, el recurso a equipos apostólicos especializados, la preocupación por un apostolado comunitario».

Salta a la vista que no todas estas cosas pueden atribuírsele a él exclusivamente. Pero lo que no se le puede negar es haber sido el genial ordenador de materiales legislativos y pastorales tomados de sus predecesores, que, sistematizados, ofreció a toda la Iglesia. Porque durante toda la época de la reforma católica puede decirse que en la Iglesia entera los ojos están fijos en Milán, y ya nos encontremos en la Francia del siglo XVII, de tan magnífica orientación pastoral; ya en la España de Felipe II, y en Valencia con el Beato Ribera; ya en Italia, que en gran parte visitó él mismo; ya en Indias con Santo Toribio... en todas partes veremos cómo San Carlos es el auténtico ideal del obispo

reformador y sus medidas legislativas son copiadas, adaptadas, implantadas y urgidas.

En muchos aspectos es decidido antecesor de iniciativas que estimamos modernísimas. Recordemos el «Asceterium», al que el papa Pío XI llamó en la encíclica *Menti nostrae* la primera casa de ejercicios del mundo; recordemos su preocupación por el seminario, y su clara visión de la necesidad de adaptar la formación de los seminaristas a la vida real; recordemos su empeño por la santificación de los seglares y la organización apostólica de los mismos; recordemos la amplitud de espíritu con que concibió las relaciones del clero secular con los religiosos.

Todavía más que en sus obras puede encontrarse la medida de sus preocupaciones apostólicas en las actas de las visitas apostólicas. Porque, como ha escrito el papa Juan XXIII, incansable editor de las que corresponden a Bérgamo,

> «La historia escrita por otros tiene un poco siempre del pensamiento y de las impresiones de quien escribe. En cambio, en las actas de la visita es San Carlos mismo vivo, operante, el que a distancia de más de tres siglos aparece tal cual le veneraron sus contemporáneos; alta inteligencia de hombre de gobierno que todo lo ve y a todo llega, espíritu noble y excelso, corazón de obispo y de santo. De aquellos papeles brota su figura entera, y juntamente con ella todo un mundo que resucita en torno a él... Más aún que en las disposiciones conciliares y sinodales, las actas de las visitas dan el tono más justo y auténtico de esta sabiduría apostólica y pastoral que tan admirablemente supo unirse en Borromeo con su íntimo fervor religioso, de aquella arte exquisita que él poseía de proveer a todo con medios aptos, de conseguir con orden, con organización perfecta, con calma, lograr un fruto, no sin dificultades a veces, pero siempre con gran dignidad y con bondad inmensa en los mismos choques».

Muchísimas veces había desafiado la muerte: viajes de noche por los Alpes, entrevistas con sus más mortales enemigos sin defensa alguna, y, sobre todo, contactos durante largas temporadas con los apestados, en especial en la terrible peste de 1576-1577. Sin embargo, la muerte le había respetado hasta entonces.

Pero hubo un momento en que llegó ya. Tenía el cardenal cuarenta y seis años. Aunque devorado por la fiebre, continuaba haciendo su visita pastoral. El 30 de octubre inauguró un semi-

nario. Después consoló a los habitantes de Locarno, que de cuatro mil ochocientos habían quedado reducidos a setecientos a causa de la peste. La fiebre le devoraba. Fue necesario rendirse por fin. Y en Milán, rodeado del amor de todo su pueblo, expiró dulcemente el sábado 3 de noviembre de 1584.

Desde el primer momento fue venerado. Ya el día 4 hubo una grandiosa manifestación de veneración pública. Pocos años después, en 1610, era canonizado. Su culto se extendió rapidísimamente por todo el mundo. Símbolo de la reforma católica, imagen del buen pastor, fue desde el primer momento su devoción un estímulo para continuar trabajando en las mismas tareas que él había emprendido. San Francisco de Sales le tuvo una gran devoción y visitó su sepulcro. El papa Juan XXIII, eligió para su coronación, aun sabiendo que esto suponía un gran esfuerzo, el día de su fiesta, queriendo colocar su pontificado bajo el patronato de este gran santo.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

ECHEVERRÍA, L. DE, «Figuras apostólicas: San Carlos Borromeo»: *Surge* 2 (1943-1944) 540-550.

ORSENIGO, G., *Vita di San Carlo Borromeo* (Milán ^{3}1929).

PASTOR, L., *Historia de los Papas* (Barcelona 1947), volúmenes de los pontificados de Pío IV y San Pío V.

RATTI, A. (ed.), *Acta ecclesiae mediolanensis* (Mediolani 1890-1892).

RONCALLI, A. G., *Gli atti della visita apostolica di S. Carlo Borromeo a Bergamo,* 5 vols. (Florencia-Roma 1939-1959).

SAN FÉLIX DE VALOIS

Religioso († 1212)

El 17 de diciembre de 1198, San Juan de Mata, natural de Provenza, presbítero y antiguo profesor de teología, obtuvo en Roma del papa Inocencio III una bula con la aprobación de la Orden de la Santísima Trinidad, fundada por este santo provenzal, para la redención de cautivos cristianos. ¿Le acompañó alguien, un ermitaño de nombre Félix, en su viaje desde la soledad de Cerfroid a Roma? La tradición de la Orden así lo afirma; la leyenda adornó la vida del santo cofundador de una aureola

de gracias celestiales. ¿Existió este Félix de Valois, ermitaño primero y luego compañero de una gran empresa de liberación cristiana? Algunos han dudado de la existencia de Félix. La negaron los benedictinos de París que en 1954 editaron en París unas *Vies de saints.* Pero biografías más recientes de San Juan de Mata, publicadas en 1959, 1960 y 1961, reivindican la antigua tradición de la Orden trinitaria que al santo fundador principal, quien, en su primera misa en 1193, sintió la llamada de Dios, le asocian a Félix en su empresa de caridad para liberar a los prisioneros y cautivos cristianos en poder de infieles.

El inspirado sacerdote Juan se retiró a Cerfroid, en la diócesis de Meaux, después de su visión, donde compartió la vida con cuatro ermitaños durante tres años. Luego marchó a Roma para consultar con el Papa e implorar su bendición para dedicarse, con sus compañeros, a la redención de cristianos cautivos de los musulmanes. El general e historiador de la Orden, Robert Gaguin, es el primero que en 1492 menciona al ermitaño Félix como asociado a Juan de Mata en la fundación de la Orden de la Santísima Trinidad.

Pero unos antiguos versos de Pedro Muguet (de 1444) afirmaban: *Ecce ordo approbatus, non a sanctis fabricatus solum sed a summo Deo* («Ésta es la Orden aprobada, no construida por santos, sino solamente por Dios supremo»). El origen divino de la Orden, con el nombre de la Trinidad suprema y con el hábito simbólico de los tres colores: blanco (Padre), rojo (Cristo) y azul (Espíritu Santo), estaba muy metido en la mentalidad de aquellos hombres redentores y hospitalarios a la vez, que acercaban la caridad más heroica a quienes sufrían cautividad o suma pobreza. Si Dios era el constructor de la Orden, ¿para qué necesitaban a santos fundadores? Si Dios era su autor, ¿para qué buscar la gloria y la canonización de quienes humanamente habían dado origen a su fraternidad liberadora?

Otro factor histórico influyó en que los trinitarios no se dedicaran a redactar los orígenes fundacionales de la Orden. Su preocupación era la redención de cautivos, no el estudio ni la redacción de tratados; no eran maestros ni intelectuales, eran apóstoles de la caridad. Sus archivos recogían más bien documentos económicos: ¡era tanto el dinero, el soporte eco-

nómico, tierras, legados y fundaciones, que necesitaban para sus obras de misericordia! Escribir, guardar, catalogar las memorias de la Orden no les motivaba tanto como ejercer su misión en tierras de cristianos y de infieles con riesgo y con entrega total. Por eso la historia de la Orden comenzó a ser escrita tardíamente. Los trinitarios empiezan a dedicarse a la teología, a la historia, a la biografía, a los estudios, en el siglo XVII, cuando disminuyen los asaltos de corsarios y piratas en el Mediterráneo, cuando las redenciones de cautivos cristianos se hacen cada vez menos numerosas y frecuentes. Hacia 1630 aparecen las primeras biografías de San Félix. Los orígenes de la Orden ya quedaban muy lejos. Donde faltaban documentos, historia verídica y auténtica, creció la leyenda y la fábula. Pero, en la constelación de prodigios y hechos extraordinarios, se puede descubrir y reconstruir, al menos con plausible aproximación histórica, una biografía que de algún modo nos revele el perfil del segundo fundador, contemplativo y formador, de la Orden de redención de cautivos.

Con toda probabilidad Félix no era de la noble y real familia de los Vermandois y Valois. Parece más bien que Valois es el nombre del país originario de Félix, o en el que fijó su residencia. Es probable que naciera en el norte de Francia, en la comarca de Valois (hoy Aisne-Oise), en la primera mitad del siglo XII. Sería uno de los anacoretas que, con otros compañeros (cuatro?), se había retirado en los bosques de Cerfroid. Florecía entonces en la cristiandad medieval el espíritu eremítico que en el siglo IV había llenado de solitarios el desierto de la Tebaida. Algunos de los ermitaños medievales eran veteranos de las Cruzadas; habían sido testigos del grave problema, material y moral, de los cautivos cristianos capturados por los musulmanes. En la soledad, Félix dirigiría un grupo de anacoretas después de haber militado en el ejército cruzado y de haber escapado sano y salvo de Aleppo; algunos lo identifican con cierto Roger que cedió a Juan de Mata la finca de Cerfroid. Por aquí pasó efectivamente Juan, que, después de recibir la ordenación presbiteral y la llamada a fundar una nueva Orden para redimir cautivos cristianos, había dejado París, donde era profesor de teología. Los ermitaños de Cerfroid acogieron entusiásticamente al futu-

ro fundador y, con gran alegría, ofrecieron sus personas y bienes a Dios y a la Orden que aquél proyectaba fundar.

Félix daría, pues, un nuevo rumbo a su vida. Entre 1194 y 1197, Juan de Mata y Félix, con sus compañeros de soledad, a los que pronto se agregaron nuevos aspirantes, procedentes de los alrededores de París, compusieron y experimentaron la regla que armonizaba la vida religiosa tradicional con la dedicación a la acción caritativa, a la que se orientaba la nueva Orden. En su búsqueda y discernimiento, reclamaron los consejos del obispo de París y del abad de San Víctor, que presidía una comunidad de canónigos regulares de San Agustín. Juan aportó sus conocimientos canónico-teológicos y Félix la experiencia ascética y contemplativa. A fines de 1197 la regla estaba redactada sustancialmente e inicialmente experimentada.

La antigua tradición de la Orden afirma que Félix acompañó a Juan en su viaje a Roma para recabar la aprobación pontificia. El gran Inocencio III ratificó solemnemente la fundación de la Orden y aprobó la regla el 17 de diciembre de 1198. El nuevo y arriesgado apostolado ya tenía las bendiciones de Dios y de la Iglesia. Había sonado la hora de llevar a término esta gran empresa de caridad.

En los quince primeros años, Juan y Félix se repartieron las tareas al frente de la nueva Orden. Juan de Mata se dedicó a la difusión de la Orden recorriendo Francia, España e Italia. Félix regresó a Cerfroid, donde dirigió la formación espiritual de quienes se agregaban al Instituto. Cerfroid será por siempre la casa madre de la Orden, donde se formó la primera generación de trinitarios. Todos los años, en Pentecostés, los religiosos de las casas de la Orden celebraban allí su capítulo general.

La tradición señala como día del natalicio de Félix el 4 de noviembre de 1212, cuando contaba más de ochenta años.

La biografía de Félix, tan sencilla como la hemos descrito y con escasas y tardías referencias en la tradición de la Orden, fue adornada por ésta con algunas leyendas que inspiraron su iconografía, que empieza a florecer en el siglo XVII. La visión del ciervo blanco que porta sobre su frente una cruz roja y azul, que contemplaron Félix y Juan en Cerfroid antes de su viaje a Roma, es deudora de la que Juan tuvo en su primera misa, cuando vio a un ángel vestido de blanco que llevaba so-

bre su pecho también una cruz roja y azul. Igual visión tuvo Inocencio III cuando celebraba misa. La visión del ciervo parece que tiene su origen en la interpretación misma del nombre de Cerfroid *(Cervus frigidus,* «ciervo frío»), y que se plasma en el ciervo que va a beber agua fresca en una corriente cercana al eremitorio de Félix. Antiguos sellos de la Orden incorporan la imagen del ciervo, en Cerfroid y Fontainebleau (siglos XIII y XIV). El sello de Cerfroid (de 1305) coloca la cruz sobre la testa del ciervo. Tal figura procede de la leyenda de San Eustaquio y San Humberto.

Por primera vez en 1660 se describe la aparición de la Virgen María a San Félix para cantar maitines con él. Tal acontecimiento se sitúa en la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, del 8 de septiembre, y pasó a la lectura hagiográfica del santo en el breviario romano.

Hasta el siglo XVII el cofundador de los trinitarios no recibió culto litúrgico. Es más, no consta que la Orden promoviese su canonización antes de esta época. Ni su tumba ni sus reliquias están localizadas. La canonización de los dos fundadores, atribuida al papa Urbano IV en 1263, a instancias del octavo general de la Orden, no tiene verosimilitud alguna y es afirmada sólo en 1615 por el historiador trinitario Juan de Figuera. Otros historiadores hablan del oficio y misa de los dos santos, aprobados antiguamente. Pero tales textos litúrgicos y las memorias en los calendarios y obituarios de la Orden no aparecen documentados. Sólo en 1545 se da el nombre de santo a Juan.

Tras los decretos rigurosos de Urbano VIII, en 1628, los trinitarios se movieron para que la Santa Sede reconociera la santidad y el culto de sus dos santos fundadores. El mismo Urbano VIII da el título de «santos» a los dos fundadores de los trinitarios en una bula de 1632, pero sin intención alguna de declararlos tales oficialmente. Inocencio X en 1645 concede una indulgencia plenaria para sus fiestas; en 1646 fija el 17 de diciembre para que los trinitarios de España celebren la fiesta de ambos. A partir de entonces, los historiadores de la Orden se esfuerzan para hacer acopio de documentos con el fin de obtener la confirmación del culto inmemorial de Juan y Félix por la Santa Sede. El cardenal vicario reconoció este culto inmemorial

en 1665; al año siguiente la Congregación de Ritos y el papa Alejandro VII ratificaron este reconocimiento. Clemente IX en 1669 concedió a la Orden misa y oficio propios de los dos santos, cuyo nombre fue introducido en 1671 en el *Martirologio romano.* La fiesta de San Félix fue fijada el 20 de noviembre por Inocencio XI, en 1679, mientras que la de San Juan de Mata era trasladada al 8 de febrero. Inocencio XII las incluyó en el calendario general romano en 1694. Se mantuvieron las dos fiestas en el misal y breviario romanos hasta la promulgación del nuevo calendario general del misal romano por Pablo VI en 1969, cuando quedaron circunscritas a los calendarios particulares. La Orden trinitaria celebra actualmente la fiesta de San Juan de Mata el 17 de diciembre, aniversario de la bula fundacional de Inocencio III, y la del cofundador San Félix de Valois el 4 de noviembre. En el actual *Martirologio romano,* la memoria de San Félix está inscrita el 4 de noviembre.

Los propios de la Orden subrayan «la caridad y la humildad» de Félix (colecta de la misa), y el himno español de laudes lo proclama «segundo padre de la Orden», asociado a Juan de Mata.

La memoria de Félix de Valois y de Juan de Mata, o de Provenza, es testimonio de una de las más grandes obras de caridad, promovidas por hombres de Iglesia, que supieron armonizar en la vida religiosa la consagración a Dios en la plegaria y en el recogimiento, y la entrega heroica a la liberación del prójimo y a la salvaguarda de su fe cristiana.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

ANGELO (ROMANO) DI SANTA TERESA, *S. Giovanni di Matha Fondatore dell'Ordine della SS. Trinità* (Vicenza 1961) 100-106; apéndices I y II.

ANTONIN DE L'ASSOMPTION, *Les origines de l'ordre de la Ste-Trinité d'après les documents...* (Roma 1925).

Bibliotheca sanctorum. V: *Erizzo-Galdino* (Roma 1964) cols.566-574.

BORRELL, M., *Reformatorium fratrum Ordinis SS. Trinitatis* (Barcelona 1563) f.8-11.

BOURGEOIS, G., *Regula et Statuta Ordinis SS. Trinitatis* (Douai 1586) 1-4.

Breviarium Ordinis SS. Trinitatis (Valencia 1519; Salamanca 1537; Sevilla 1545).

Canonizationis Servorum Dei Joannis de Matha et Felicis de Valois Fundatorum Ordinis SS. Trinitatis, Summarium (Roma 1666).

DESLANDRES, P., *L'ordre des trinitaires pour le rachat des captifs,* 2 vols. (París 1903).

Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques. XVI: *Eusice-Fille-Dieu* (París 1967) cols.916-927.
FRANÇOIS DE S. PAUL... et al., *Jean de Matha, un fondateur d'avant-garde* (París 1960).
GAGUIN, R., *De origine et gestis francorum* (París 1497) f.45.
MARTÍNEZ, G., *Institutio... Ordinis SS. Trinitatis* (Zaragoza 1584).
SABELLICO, M. A. C., *Breviarium fratrum Ordinis SS. Trinitatis* (1514).

BEATA FRANCISCA DE AMBOISE

Duquesa y monja († 1485)

Duquesa de Bretaña, luego monja carmelita. Nacida, lo más probable, en Rhouars el 28 de septiembre de 1427, tiene una vida llena de aventuras y peripecias. Su padre, Luis, vizconde de Thouars, la promete «en matrimonio apenas cumplidos los cuatro años a Pedro, hijo segundo del Duque de Bretaña. Pasó toda su juventud junto a su futura suegra Juana, hermana de Carlos VII rey de Francia, la cual imprimió en ella un espíritu profundamente cristiano recibido de las enseñanzas de San Vicente Ferrer. Pedro, por haber muerto su padre y su hermano mayor, ascendió al trono ducal de Bretaña y, junto con Francisca, fue coronado en la catedral de Rennes en 1450».

Los siete años de su gobierno se recordaban como «los tiempos de la santa duquesa». Enviudó en 1457 y, desoyendo otras voces, la de su padre y del propio rey de Francia que la querían casar otra vez, comenzó a pensar en la vida religiosa para abrazarla. En este itinerario hacia la consagración al Señor, tuvo la suerte de encontrarse con el Beato Juan Soreth que después de haber sido provincial de la provincia carmelitana de Francia, fue elegido superior general del Carmen en 1431, perseverando en este cargo hasta su muerte el 25 de julio de 1471. Durante los años de su generalato se desvivió por el bien espiritual de la Orden. También se afanó por el bien de las monjas carmelitas, que hizo resurgir en Italia, Bélgica y otras partes. Llevó monjas de Lieja a Francia; y la duquesa d'Amboise ofreció y empleó su patrimonio en la fundación del primer convento de carmelitas en Francia, en Bondon, cerca de Vannes, en 1463. Al grupo se unió Francisca y queriendo salvar la distancia social que la separaba de sus hermanas en religión, pidió que le sustituyesen el título de duquesa por el de «esclava de Cristo».

Así, como una más en el seguimiento del mismo Cristo pobre y humilde, fundó otro monasterio en Nantes y a éste se acogieron más tarde las de Bondon.

Los historiadores juzgan con buen criterio que «por estas fundaciones y por su influencia sobre la legislación adoptada en su monasterio y en otros carmelos franceses, a Francisca se le reconoce el título de fundadora de las Carmelitas en Francia».

Se han publicado algunas exhortaciones o instrucciones claustrales y algunas meditaciones atribuidas a la Beata Francisca. También se considera un precioso tesoro las Constituciones de las Carmelitas de Vannes, elaboradas por el Beato Juan Soreth y por la Beata Francisca d'Amboise.

Francisca murió en Nantes el 4 de noviembre. Su culto inmemorial fue confirmado por el papa Pío IX el 16 de julio de 1863. Su fiesta la celebran los carmelitas el 5 de noviembre. Los entendidos en iconografía recuerdan que «se la suele representar mirando al crucifijo que sostiene en las manos. Sobre su hábito carmelita lleva una capa de armiño (en lugar de lana) que recuerda su rango de duquesa».

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

BARRIN, J., *La vie de la bienheureuse Françoise d'Amboise, duchesse de Bretagne, fondatrice des Carmélites* (Rennes 1704).

CATENA, C., «Francesca d'Amboise», en L. SAGGI, *Santos del Carmelo* (Madrid 1982) 297-299.

— *Le carmelitane. Storia e spiritualità* (Roma 1969).

LE ROY, C., *Les saintes ardeurs de la mère Françoise d'Amboise fondatrice des Carmélites en Bretagne sur les sept paroles de Nostre Seigneur en la Croix* (París 1621).

LÉON DE SAINT JEAN, *La vie de la très-illustre et vertueuse Françoise d'Amboise, jadis duchesse de Bretagne* (París 1634).

WILDERINK, V. (ed.), «Les "Exhortations" de la bienheureuse Françoise d'Amboise»: *Carmelus* 11 (1964) 221-266.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS VIDAL Y AGRÍCOLA

Mártires († 304)

Estos dos confesores de la fe de Jesucristo padecieron martirio en Bolonia, donde sus sagradas reliquias fueron encontradas el año 392, según narra San Ambrosio de Milán. Pasando este santo por Bolonia en dicho año y siendo obispo San Eusebio tuvo lugar el hallazgo de sus reliquias, que estaban escondidas en el cementerio judío. Vidal era esclavo de Agrícola y fue el primero en ser procesado por su condición de cristiano, de la que no quiso apostatar pese a los muchos tormentos con que fue maltratado, al punto de no quedar parte de su cuerpo que no estuviera herida. Al fin murió, invocando a Cristo el Salvador. Agrícola, persona de buena reputación social, hubo de ser testigo de los tormentos de Vidal y a su vez fue torturado a ver si así renegaba del cristianismo, pero no lo hizo. Entonces, para humillarlo del todo, fue crucificado, y así consumó su testimonio cristiano. Por la crucifixión se supone que no era ciudadano romano, y su sepultura en el cementerio judío ha hecho pensar si sería de esta raza. El hallazgo de sus cuerpos fue en presencia de muchos fieles, también de judíos, y pudieron verse las heridas infligidas a los mártires y los leños en que Agrícola fue crucificado. Algunas reliquias suyas fueron llevadas a Milán y también a Nola por obra de San Paulino y asimismo a Florencia. Su culto se extendió mucho a raíz de su hallazgo. En Bolonia se construyó una basílica en su honor donde fueron colocados los santos cuerpos. Ya desde antiguo la fiesta de estos santos en Bolonia es el 4 de noviembre.

SAN PIERIO

Presbítero († s. IV)

Pierio fue un sacerdote de Alejandría, que edificó a la comunidad cristiana con sus virtudes, entre ellas la pobreza evangélica, y también con su sabiduría. Estuvo al frente de la escuela alejandrina y escribió varios tratados de los que no quedan sino

fragmentos, y la comunidad cristiana oía con gusto sus comentarios bíblicos y sus explicaciones catequéticas, que a todos resultaban admirables. La época de su vida fue la del episcopado de Teonás (282-300) y sobrevivió a este obispo, pareciéndoles a algunos que el título de mártir que se le ha dado no responde exactamente a que muriera por la fe sino a que la confesó en la persecución de Diocleciano. Según San Jerónimo, después de la persecución, se fue a vivir a Roma. Todas las fuentes (Eusebio, Jerónimo, Epifanio) lo elogian grandemente. Edificó una iglesia en Alejandría que dejó a la comunidad y que llevó su nombre. Debió morir en los primeros años del siglo IV.

SAN EMERICO

Príncipe de Hungría († 1031)

Emerico o Imre era hijo del rey San Esteban, el primero que ostentó la corona húngara y que llevó a su pueblo a la aceptación del cristianismo como religión nacional. Su madre era Gisela, hermana del emperador San Enrique II. Quisieron los padres educarlo en todos los valores cristianos en la esperanza de que fuera un digno y bien preparado sucesor en el trono, y confiaron esta educación al obispo San Gerardo Sagredo, el cual puso todo empeño en cumplir su tarea. El joven Imre se mostró receptivo a la educación que se le inculcaba y creció como un joven puro, piadoso y de excelentes cualidades físicas y morales. Pero se dejó la vida en un accidente durante una cacería el 4 de noviembre de 1031, quedando sus padres y todo el reino llenos de tristeza y, además, con el gran problema de la sucesión en el trono. Rodeado de fama de santo, se consiguió en 1083 que el papa San Gregorio VII autorizara su culto y sus reliquias fueran colocadas en los altares, lo mismo que a los demás introductores del cristianismo en Hungría.

BEATA ELENA ENSELMINI
Virgen († 1242)

Nace en Padua el año 1208 en el seno de la noble familia Enselmini. Su encuentro con el propio San Francisco de Asís cuando contaba doce años de edad decidió su vocación religiosa, recibiendo de manos del santo el hábito de clarisa y siendo de las primeras jóvenes que se consagraron a Dios en el monasterio de Arcella, fundado por San Francisco en las cercanías de Padua. Estando en este monasterio llega a tener por director espiritual a San Antonio de Padua, caminando con pasos de gigante por la senda de la santidad bajo tan admirable mentor de su espíritu. Su camino espiritual fue el del dolor unido al de Cristo crucificado, pues a los seis años de estar en el monasterio le vino una enfermedad que le hacía padecer agudísimos dolores y que le duraría dieciséis años, en los que dio prueba de una heroica paciencia y de una plena aceptación de la voluntad divina. Alma de altísima oración, el Señor la recreó en medio de sus dolores con éxtasis y visiones celestiales, viendo en una de ellas la gloria con que Dios había recompensado a su padre San Francisco. Convertida en dechado de todas las virtudes rindió su alma a Dios el 4 de noviembre de 1242. Su culto popular fue confirmado por el papa Inocencio XII el 20 de octubre de 1695.

5 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Cesarea de Palestina, San Domnino († 307), mártir *.
2. En la misma ciudad, santos Teótimo, Filoteo y Timoteo († 307), mártires, y el anciano Auxencio, echado a las fieras por su fe *.
3. En Apulia, San Marcos († s. IV), obispo ecanense.
4. En Tréveris (Renania), San Fibicio († 450), obispo.
5. En la Bretaña Menor, San Guetnoco († s. VI), hermano de santos Winwaloeo y Jacuto.
6. En el monasterio de Chelles, junto a Meaux (Galia Lugdunense), Santa Bertila († 705), su primera abadesa.

7. En Beziers (Galia Narbonense), San Geraldo († 927), obispo.
8. En Constantinopla, Beato Gomidas Keumurgian o Cosme de Carboniano († 1707), presbítero y mártir **.
9. Junto al río Hung-Yen (Tonkín), Santo Domingo Mau († 1858), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.
10. En Parma (Italia), Beato Guido María Conforti († 1931), obispo, fundador de la Pía Sociedad de San Francisco Javier **.
11. En Madrid, Beato Juan Antonio Burró Mas († 1936), religioso de la Orden de San Juan de Dios, mártir *.
12. En El Saler (Valencia), Beata María del Carmen Viel Ferrando († 1936), virgen y mártir *.
13. En Hof (Alemania), Beato Bernardo Lichtenberg († 1943), presbítero y mártir **.
14. En el campo de concentración de Abez, en la Siberia rusa, Beato Gregorio Lakota († 1950), obispo de Przemysl y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO GOMIDAS KEUMURGIAN
Presbítero y mártir († 1707)

El 23 de junio de 1929 el papa Pío XI beatificaba solemnemente en la Basílica Vaticana a un sacerdote de rito armenio, casado y con hijos, que a comienzos del siglo XVIII había preferido padecer la muerte antes que separarse de la comunión de la fe católica para volver al monofisismo o abjurar de la fe cristiana para hacerse musulmán, lo que le hubiera salvado la vida. Su vida tiene no poco de curiosa y mucho más aún de gloriosa, con la gloria que proporciona la heroica fidelidad a la propia conciencia.

Un hijo suyo que posteriormente entró al servicio del reino de Nápoles y que igualmente se llamaba Gomidas Keumurgian (o Keumurdjan) latinizó su nombre como Cosme de Carboniano, y fue con este nombre, aplicado también a su homónimo padre, como fue beatificado y como figura en el *Index de las causas de los santos,* mientras que el nuevo *Martirologio* lo llama Gomidas Keumurgian y entre paréntesis Cosme de Carboniano.

Gomidas había nacido en la ciudad de Constantinopla, capital entonces del Imperio Otomano, aproximadamente el año

1656. Su familia pertenecía al rito armenio y no estaba en comunión con Roma. Su padre se llamaba Mardiros, y era igualmente sacerdote armenio, teniendo a su cargo la iglesia de San Jorge de Psamathia, al sur de la citada ciudad de Constantinopla. Era una familia con bienes de fortuna y muchos de sus antepasados habían ocupado cargos importantes en la comunidad armenia. Educado cristianamente por su padre, el joven Gomidas fue confiado a los cuidados del obispo Menas de Autep, que lo instruyó en la lengua armenia, en las letras humanas, en la filosofía y en la teología, y es que desde joven Gomidas también pensó en hacerse sacerdote. Según la costumbre de su rito, su matrimonio, contraído con la joven Ninfa o Huri, natural de Constantinopla e hija de una familia de Cesarea, cuando tenía unos veinte años, no le era obstáculo para la ordenación. Fue ordenado sacerdote por Guiragos, arzobispo de Tokat, siendo asignado a la misma parroquia de San Jorge donde había ejercido su ministerio su padre. Vivía en armonía con su esposa y tuvo con ella varios hijos, de entre los cuales conocemos al ya citado Gomidas, a Tartipsciá, la hija mayor, cuya hija Petronila Miran intervino en la causa de beatificación, a Sima, la segunda de los hijos, cuyas hijas Duhuri y Huri atestiguaron en la causa de beatificación, a Salomé, la hija tercera, cuyas hijas Iacut y Rosa también atestiguaron en la causa de beatificación.

Gomidas fue un excelente sacerdote. En primer lugar era un hombre de extraordinaria espiritualidad: su vida de oración, su conducta intachable, su óptimo ejemplo de virtudes cristianas y singularmente su penitencia y austeridad de vida le atrajeron el amor de su feligresía. Desprendido y dadivoso, se cuidaba de los pobres con amor, y además era un hombre elocuente que sabía exponer con claridad y atractivo los principios dogmáticos y morales del cristianismo. Era además un magnífico liturgo. Celebraba con gran parsimonia y solemnidad las sagradas ceremonias del culto y en ellas recreaba a los fieles con el canto litúrgico, tan querido a su congregación.

Gomidas era también un hombre estudioso y preocupado por la verdad del cristianismo, y a la vista de las divisiones en el seno de esta religión se preguntaba cuál de las distintas comunidades surgidas en la historia conservaba el verdadero entronque

original con Cristo. Un amigo suyo, Kaciadur Arakelian, que había estudiado en Roma en el colegio «De Propaganda Fide», no dejó de exponerle los motivos que alegaba en tal sentido la Iglesia Romana. Gomidas pensó y repensó el asunto y en 1695 dio el paso de hacerse católico, reconociendo al Papa como primado de la Iglesia y entrando en comunión de fe con él. Gomidas en adelante se autocalificó como católico.

No por hacerse católico hubo de dejar su iglesia de San Jorge, puesto que disimuló su conversión, pero cuando el clero armenio repetía su anatema acostumbrado contra el papa San León Magno y contra el Concilio de Calcedonia, él adrede se ausentaba, lo que serviría para levantar las sospechas de que era católico; y él en adelante se volcó en convencer a otros muchos armenios para que se hicieran católicos, empezando por su propia familia, de modo que el movimiento de acercamiento a Roma que se sentía por entonces en numerosos grupos de cristianos orientales tuvo en él un claro exponente. En 1662 el católicos Jacobo abrazó la fe católica, en 1695 el católicos Nahabied entró en comunión con Roma y su sucesor, Alejandro, en 1701. Este movimiento —se ha dicho— contó con el apoyo del embajador de Francia, cuyo celo por esta causa les pareció a algunos excesivo y que no tenía más remedio que provocar una reacción anticatólica. Gomidas nunca utilizó otro método que no fuera la exposición leal de los argumentos católicos y no había en su actividad otra actitud que no fuera la leal propaganda que cada cual tiene derecho a hacer de sus convicciones religiosas. Consiguió que cinco de los doce sacerdotes de su parroquia se hicieran católicos también. Por otro lado él era de los que no tenían inconveniente en acercar el evangelio a los musulmanes, consiguiendo la vuelta al cristianismo de algunos que se habían hecho musulmanes, hecho que es mirado por la ley islámica como delito gravísimo que se castiga con la muerte, y por ello Gomidas favorecía que estos cristianos emigraran a Occidente. Uno de estos devueltos al cristianismo fue Isaías de Hagibarnak, tío de las monjas María e Irene Zemberckgi, que declararían en la causa de beatificación y que se decidieron por la vida religiosa cuando un Viernes Santo oyeron a Gomidas predicar sobre la pasión del Señor.

Acerca de sus cualidades como persona y como sacerdote tenemos el testimonio de Sima Ugler, que tenía 83 años cuando lo prestó en la causa de beatificación y que era la esposa de un gran amigo de Gomidas:

> «Entre otras virtudes suyas [...] tenía la de ser diligente en todas sus cosas, de forma que no se daba el caso de que perdiera un minuto de tiempo, aplicándose siempre alternativamente al estudio o a la oración: tenía en efecto por asiduo compañero en la oración a Abraham Orefice, marido de la declarante. Por su gran humildad no desdeñaba hablar con la gente más pobre, transmitiéndoles siempre piadosas y santas máximas. En casa de la declarante instruyó y trajo a la fe católica a un mozo de carga hereje. Sus conversaciones no trataban de otra cosa que de Dios y sus santos. Con sus consejos la declarante fue sacada de las oscuras tinieblas de la herejía y traída al seno de la Fe Católica. Estuvo dotado de la ciencia de las cosas ocultas: cuando veía a una persona manchada de pecado mortal, la amonestaba a que se purificase cuanto antes con el sacramento de la confesión, como muchas veces experimentó la declarante. Les decía a sus compañeros sacerdotes: Amad al prójimo y dad limosna a los pobres, pero veo que vuestro corazón está duro como una piedra. No contento con vestir a los pobres desnudos, recibía en su casa y daba ropa incluso a los hijos de sus más jurados enemigos. En su comida era muy parco e incluso cuando se le invitaba a un buen convite se contentaba con comer muy poco».

Unos años después de su conversión empezaron las dificultades para él. Según cuentan sus dos citadas nietas Iacut y Rosa predicaba un viernes santo con gran fervor sobre la Pasión del Señor y, al terminar su predicación, dijo que otro tanto le pasaría a él mismo. Pese a su prudencia, muchos armenios se dieron cuenta que Gomidas se había hecho católico y un día expresó, por lo visto, con tal claridad sus sentimientos que los sacerdotes de su iglesia le preguntaron si quería que todos los armenios se hiciesen católicos. Se espesó la hostilidad en torno a él y hubo un intento de acabar con su vida. Gomidas hubo de irse de Constantinopla al monasterio armenio de Santiago en Jerusalén. En él encontró que había división entre los monjes: unos querían entrar en comunión con Roma y otros se resistían. Gomidas se puso resueltamente de parte de los partidarios de la unión con Roma, consiguiendo que empezase a odiarle de corazón Juan de Esmirna, resueltamente opuesto a la unión. Gomi-

das estuvo en Palestina no mucho tiempo y volvió finalmente a Constantinopla pero ya no volvió a su iglesia. En el mes de abril de 1707 fue encarcelado en la prisión del patriarcado y para obtener la libertad interpuso a sus compañeros sacerdotes, pero éstos condicionaron su intercesión a que anatematizara al Concilio de Calcedonia y al papa San León Magno, y tuvo que ser a base de dinero como consiguió la libertad. Sabiendo que iba a ser nuevamente arrestado, se marchó de su casa a casa de un amigo, Exir de Alan, donde estuvo oculto. Bastantes días más tarde salió a la calle y fue a casa del fiel católico José Sandalgi, y le dijo: «¿Hasta cuándo deberé estar oculto y para qué sirve este ocultamiento? He soñado que me coronaban de rosas y que derramaba la sangre por el bien de nuestra nación». Y entonces se marchó a su casa.

Y es que debió ver con claridad que sus dificultades se iban a hacer muy fuertes cuando llegó a la ciudad Juan de Esmirna, primero como vicario patriarcal y a quien luego el católicos Alejandro de Chicca había nombrado patriarca armenio de Constantinopla. Gomidas le había dicho a su mujer: «Va llegando la hora en que deberé morir por la religión; vosotros no os aflijáis sino manteneos conformes con los mandamientos del Señor y él luego os consolará». Así lo decía seguramente porque supo la llegada a Constantinopla de Juan de Esmirna. Éste llegó a la ciudad el 5 de septiembre de 1707 y con dinero —se dice— logró expulsar al patriarca anterior, Isaac de Abucc, que hubo de marcharse. El 10 de octubre tomó posesión del trono patriarcal. Se presentó en público como quien busca la reconciliación, pero sus propósitos eran bien distintos pues pensaba dar un castigo ejemplar a quienes no comulgasen con su manera de ver las cosas. Juan de Esmirna consiguió convencer a las autoridades turcas de que era absolutamente necesario acabar con los católicos armenios, y que a éstos no les quedara otra salida que la de hacerse musulmanes para seguir con vida. De esta forma —parece ser el pensamiento de Juan de Esmirna— los católicos abandonarían la comunidad armenia. El día 1 de noviembre de 1707 se dio el decreto pedido por Juan de Esmirna y éste pudo mandar satélites, vestidos a la manera turca, por la noche que apresaran a los armenios conocidos como católicos, captu-

rándose aquella noche hasta cuarenta personas de significación social, que fueron llevadas a la cárcel y encadenadas.

Gomidas llevaba ya tres días en su casa cuando fueron a buscarlo algunos católicos y le dijeron que aquella noche algunos armenios iban a asaltar su casa y que se diera prisa en huir. Gomisdas dijo: «Si ellos quieren capturarme, que lo hagan; yo ya tengo resuelto morir por la religión». Su esposa cuando lo oyó hablar así, le pidió también que huyera a la casa de algún amigo. Él le dijo que ya no tenía más fuerza para huir ni para estar oculto ni para comprar con dinero su libertad, y que estaba dispuesto al derramamiento de su sangre, pues él no tenía miedo. Y se quedó en su casa. Allí fue a buscarlo el propio Juan de Esmirna con gente proporcionada por las autoridades turcas. Llamaron a la puerta, dijo el futuro mártir por la ventana que iba a abrirles, pero ellos la derribaron y entraron, apoderándose del sacerdote que solamente pedía permiso para ponerse sus vestidos, que finalmente le trajeron. Mostró Gomidas una gran paciencia y mansedumbre mientras lo apresaban y consoló a un hijo suyo de 7 años que, llorando, acudió a él, diciéndole que no llorara pues él volvería. Y al oír esto, Juan de Esmirna le dio a Gomidas una gran bofetada. El mártir le presentó la otra mejilla y su enemigo le dio entonces otra bofetada, tan fuerte que echó dos dientes de la boca. Y a ese punto todos los demás, viendo lo que hacía el patriarca, se fueron para el preso y le dieron cuantas bofetadas y golpes quisieron. El mártir calló, bajó la cabeza y, arrastrado por sus verdugos, salió a la calle y empezó a caminar. Lo llevaron a la casa del sacerdote Marcos Ciamice-Jindik, vicario patriarcal, que odiaba igualmente a Gomidas, y allí pasaron varias horas de la noche. Trajeron vino para celebrar su triunfo y cuando estaban medio borrachos empezaron a insultar a Gomidas y a escupirle en la cara. En cuanto empezó a amanecer, y sin dejar de insultarle, lo llevaron al palacio del Visir y lo dejaron en el calabozo con cadenas en los pies. El mártir pasó la noche en oración repitiendo las palabras bíblicas de que el Señor no les tomase en cuenta aquel pecado y defendiéndolos porque no sabían lo que hacían.

Al día siguiente el sacerdote fue sacado de la cárcel y llevado a la presencia del Visir. Estaban allí presentes el patriarca Juan

de Esmirna, junto con sacerdotes de San Jorge y trescientos laicos armenios. Juan de Esmirna entregó al Visir un documento con las acusaciones, documento que fue leído por Bujuk Teskieregi, el canciller. Las acusaciones eran que Gomidas había convencido a algunos armenios para que salieran del Imperio turco al haber abandonado la religión armenia y que esto lo había conseguido de mucha gente ingenua, y que, si no se ponía límite a su actividad, todos los armenios terminarían por irse de Turquía o por convertirse en enemigos dentro del Imperio otomano. Al oír todo esto el Visir insistió en preguntar si todo ello era cierto, y tanto el patriarca como los demás armenios allí presentes le aseguraron que sí y le pidieron que por este motivo quitara de en medio a Gomidas. El Visir no quería dar crédito a lo que oía, y entonces exigió a Gomidas que hablara. El mártir dijo:

> «A menos que quisieras hacerte partícipe de la injusticia de estos hombres, ten por seguro que yo jamás he admitido nada culpable ni contra el Imperio ni contra nuestros ritos y leyes, sino que me acusan por envidia y por odio; pues yo, que soy armenio, soy también cristiano y súbdito fiel del Sultán, como se muestra por haber pagado cada año puntualmente mis tributos».

Y añadió que él era cristiano pero católico, mientras que a sus oponentes los tenía por herejes. Dijo el Visir que él como musulmán no entraba en las disputas religiosas entre cristianos, y añadió si sabía que él podía condenarlo a muerte. A lo que el mártir contestó:

> «Si lo haces yo lo aceptaré y me complaceré de ello, pero no deberías olvidar que si bien tienes la potestad de matarme, esa potestad se refiere sólo al cuerpo pero no al alma. Pero aún más: si lo haces, tendrás que darle cuenta a Dios, el justo juez. Por eso, juzga con justicia y no hagas caso de las calumnias de mis adversarios».

Al oír esto, todos los armenios levantaron la voz insistiendo en que lo quitara de en medio al mártir y no le permitiera seguir hablando, y no olvidara que estaba sustrayendo a los armenios de la obediencia al Sultán. El Visir había llegado ya a la conclusión de que no tenía verdaderos motivos para mandar a Gomidas a la muerte, pero por otro lado no quería rechazar de plano las exigencias de los armenios, y se puso a pensar en la forma de poder atribuir a otros la condena a muerte que se le pedía.

Mandó entonces que el preso fuera nuevamente llevado a la cárcel. Y al día siguiente mandó a preguntar al Muftí si estaba conforme con la ley coránica condenar a muerte a Gomidas. El Muftí examinó el asunto y respondió que no. Y lo mismo le respondieron otros peritos en la ley musulmana a quienes hizo la consulta. Pero se la hizo también a un juez de Galata que, aunque en un primer momento dijo igual que los demás, luego, tras aceptar dinero de los armenios, dio un dictamen en el que decía que eran verdaderas las acusaciones contra Gomidas. Este dictamen llenó de alegría a los armenios. Cuando el mártir lo supo, se puso de rodillas en la cárcel y oró diciendo:

> «Señor mío Jesucristo, tú eres en verdad para mí Dios y Redentor, tú eres mi esperanza, mi fortaleza y mi sostén: tú que en la noche de un jueves espontáneamente te entregaste a los tormentos, y crucificado luego por mí sufriste la muerte, dame ánimo y hazme digno de beber el cáliz de tu pasión. Así te lo ruego».

Seguidamente llamó al sacerdote Gerahed Giamgi-Oghli, que era también católico, y estaba también por ello encarcelado con él, y que era su confesor ordinario, y llevándolo a un rincón de la cárcel se puso de rodillas delante de él y le hizo una confesión general de su vida, en la que no quiso omitir nada de aquello en cuanto hubiera faltado en toda su vida desde la juventud. Al término de esta confesión, pudo recibir la sagrada comunión. Luego se dirigió a los cristianos Jorge y Cristóbal que con él habían sido llevados al juez de Galata y estaban igualmente a la espera de una sentencia de muerte, y los animó a que permanecieran fieles hasta la muerte. Aquella noche fue a verlo su esposa Ninfa, acompañada de sus hijos, y él le preguntó qué le parecía mejor, si renegar del catolicismo para salvar la vida o darla por la fe. Heroicamente la mujer y los hijos lo animaron a ser fiel hasta el final.

El viernes siguiente fue llamado por el Visir, el cual tenía ante sí el dictamen del juez de Galata, y le preguntó que por qué había dejado su religión nativa y se había adherido a la católica, la religión de los franceses. Gomidas le respondió que él se había dedicado al estudio de los Evangelios y otros libros y había llegado a la conclusión de que en la religión de los armenios se habían introducido numerosos errores, y que por ello se había hecho católico, y que si había invitado a otros a seguirlo, ello se

debía a que era sacerdote y debía no sólo seguir el camino de la verdad sino enseñárselo también a otros. Entonces el Visir pronunció sentencia de muerte contra él y contra otros tres armenios que lo habían acompañado al citado juez. Mandó que el lugar de la ejecución fuera Parmak-Kapi. Cuando oyó la sentencia, Gomidas dijo mansamente:

> «Siendo esta causa un asunto de religión, no tienes autoridad para condenarme a muerte, pero como has decidido enviarme a la muerte, que sepas que en el tribunal de Dios te pediré cuenta de mi vida. Pues, aunque aquí seas Visir, allí esta cualidad no te servirá de nada».

El Visir se sintió muy turbado con estas palabras y, dirigiéndose al patriarca, le dijo: «Esta sangre caerá sobre ti, no sobre mí». El patriarca le dijo: «Esta sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos». Se calmó con esto un poco y le dijo al mártir: «Esta muchedumbre de personas te acusa de haber abandonado su religión y haber abrazado otra». Y el mártir dijo: «Te ruego me digas cuál de las dos crees tú que es preferible». Y dijo el Visir: «Para mí las dos son falsas». El mártir añadió: «Entonces ¿por qué no te da igual que yo profese una u otra?». El Visir no supo qué contestar a esto.

En este punto llegó el verdugo, que había sido llamado, se dirigió a Gomidas y le ató las manos a la espalda. Y cuando ya salía y bajaba las escaleras, llamó el Visir al jefe de la patrulla y le dijo que hiciera cuantos esfuerzos pudiera por conseguir que Gomidas se hiciera musulmán, prometiéndole en ese caso no sólo salvar la vida sino recibir ventajas y honores. De esta forma el Visir quería encontrar un camino para que no se cumpliera aquella injusta sentencia de muerte.

Emprendido el camino hacia el lugar del suplicio, cuando alcanzaron Alay-Kioskin, el verdugo y el jefe de la patrulla decidieron poner allí por obra la orden del Visir. Para ello primero decidieron simular que iban a decapitar a Gomidas, a ver si se aterrorizaba. Pusieron al mártir de rodillas, sacó el verdugo la cimitarra y se la puso al mártir al cuello. Entonces el jefe de la patrulla se le acerca, le acaricia la barba, le da un beso y le propone que escape de la muerte haciéndose musulmán. El mártir de momento nada respondió porque estaba recitando un salmo,

pero cuando terminó, respondió: «Yo soy cristiano y siervo de Jesucristo. No cambiaré la espada por el oro nunca». Llenó de rabia esto a la patrulla que golpearon en la cabeza al mártir, y, vista su actitud, prosiguieron la marcha. El siervo de Dios comenzó a recitar el primer capítulo del evangelio de San Juan. Y entonces unos sacerdotes ortodoxos que lo vieron pasar, cuando supieron la causa, teniéndolo por mártir se acercaron a él y le pidieron los bendijera.

Llegaron al lugar del suplicio justo cuando el mártir acababa el citado capítulo del evangelio, y entonces se dirigió a sus compañeros de condena y les pidió que se animaran con la perspectiva de la próxima entrada en la gloria. Pero temió que si era él el primero en morir, sus compañeros se aterrorizaran y apostataran para salvar la vida. Y entonces le pidió al verdugo que primero ejecutase a sus compañeros para estar él exhortándolos. El verdugo contestó que primero lo mataría a él. Él se volvió a sus compañeros y les dijo: «Iré delante de vosotros con el ejemplo; os ruego encarecidamente que me sigáis». El jefe de la patrulla volvió a insistir en que mirara que era una pena morir siendo aún joven, dejando familia y pudiendo salvar la vida con sólo adherirse al Islam. Pero el mártir respondió que nunca abandonaría a Cristo. Entonces empezó a rezar el padrenuestro, el avemaría y el credo, y apenas lo terminó, el verdugo sacó su cimitarra y de un solo tajo le cortó la cabeza. Sus compañeros, aterrados, se volvieron atrás de la confesión de la fe.

Si se hubiera cumplido la ley turca, el decapitado debería haber quedado tres días en el mismo sitio de su ejecución. Pero su hija mayor acompañada de su hermano más pequeño consiguieron de la autoridad que les dieran el cadáver del querido padre, a lo que no fue obstáculo la firme oposición de los armenios que habían tramado su muerte. Cuando se supo que se había concedido licencia para retirar el cadáver muchas personas se congregaron en Parmak-Kapi. Se lavó el cuerpo y con gran honor fue llevado, acompañándolo también ortodoxos, al templo patriarcal armenio. Pero el patriarca Juan de Esmirna se negó a proporcionar un féretro donde colocar el cuerpo y entonces fue llevado a una iglesia ortodoxa, la de Santa María. Por orden del patriarca ortodoxo lo acompañó el clero ortodoxo,

con cruz e incensarios, cantando salmos e himnos, siendo mucha la gente acompañante. Llegados al cementerio armenio, allí fue enterrado en el panteón familiar. Muy pronto comenzó a hablarse de milagros realizados por Dios mediante la intercesión del mártir, al que todos tenían por tal.

En la vida del mártir escrita por el P. Mateo Tocat, y citada en la *positio* de la causa de beatificación, se describe así al mártir:

> «Respecto a sus cualidades corporales era un hombre de presencia y estatura perfecta, de cabellos medio canos y de rostro venerable [...] Tenía una voz clara y llena, y una facundia admirable. Cuando predicaba en la iglesia sobre las cosas divinas, atrayendo con su bien decir la mente de los oyentes y excitándolos a la admiración, los obligaba a atender».

La fama de su martirio no se extinguió y, seguidos los pasos de un proceso en toda regla, se pudo llegar a su beatificación.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 21 (1929) 482-485.

AGAGIANIAN, F. L., *Un martire dell'unitá della Chiesa di Dio (il b. Gomidas Keumurgian)* (Roma 1929).

Bibliotheca sanctorum. VII: *Guistiniani-Lhuilier* (Roma 1966) cols.1042-1043.

SACRA RITUUM CONGREGATIONE, *Constantinopolitana Beatificationis seu Declarationis Martyrii servi Dei Gomidas Keumurgian seu Cosmae de Carboniano, sacerdotis et parochi armeni, in odium fidei, uti fertur, necati. Positio super martyrio, causa martyrii, signis seu miraculis* (Roma s.a.).

BEATO GUIDO MARÍA CONFORTI

Obispo († 1931)

Al comenzar el curso 1919-1920 en el seminario de Vitoria, un ilustre profesor de este centro, D. Ángel Sagarmínaga, pronunciaba un discurso apabullante que dejó a todos los oyentes con la boca abierta y el corazón encogido. En aquel discurso se explicaban las razones por las cuales muchos sacerdotes, como Guido María Conforti, se habían decidido a fundar una congregación a favor de las misiones. El discurso, al empezar, decía así:

«Entre los escombros amontonados por la Revolución Francesa, con su sangriento séquito de guerras y desequilibrios sociales, de latrocinios sacrílegos y persecuciones religiosas, de revueltas escandalosas con que la plebe ejecutaba los programas enciclopedistas y del ridículo prurito de los gobiernos en reformar las órdenes regulares, levantábanse éstas tan trabajadas y perseguidas, que hubieron de suprimirse los recursos que Europa enviaba a las misiones católicas.

Y las misiones, heridas ya hondamente con la extinción de la Compañía de Jesús, caminaban a una inevitable ruina entre dos hogueras, entre dos lagunas de sangre: Europa exhausta, y América, víctima también de guerras y trastornos sin cuento. Negra, como noche tempestuosa de invierno, aparecía a las misiones la entrada del siglo XIX. Los poquísimos misioneros antiguos que lograron permanecer en sus misiones, morían: Europa y América no las podían socorrer. Las misiones agonizaban con la agonía horrorosa del abandono, de una lenta consunción.

Triste situación la de las misiones católicas que con tan mermadas fuerzas se ven obligadas a luchar esa lucha espiritual gigantesca, de trascendencia suma, entre los mil millones de infieles, contra los ataques del Racionalismo y los raudales de oro y cultura de los protestantes. Triste cuadro que merece seria reflexión por parte de los sacerdotes católicos».

El primer gran impulso misionero lo dio Gregorio XVI (1831-1846); a la muerte de éste aún faltaban 19 años para que naciera Guido.

«Si alguno de los sucesores de Pedro merece distinguirse con el honroso título de *Papa de las misiones,* ciertamente ése es el camaldulense Mauro Capellari, por haber prestado al apostolado católico de infieles su especial apoyo y amor» (Schmidlin).

El 2 de febrero de 1831 fue elevado a cabeza de la Iglesia universal desde la prefectura de Propaganda. Todos los historiadores están de acuerdo en dos puntos de la vida de Gregorio XVI. Que el mayor error de su pontificado fue haber aniquilado a los revolucionarios olvidándose de las reformas, tan necesarias en los Estados Pontificios. Y que uno de los méritos más imperecederos de este Papa fue apoyar la obra de las misiones en Asia y África y luchar contra la esclavitud que todavía encadenaba a millones de seres humanos. Los museos etrusco y egipcio fueron creados bajo su pontificado en el marco grandioso de los museos vaticanos.

Los sucesores de Gregorio XVI, durante la vida de Guido, siguieron sus huellas luminosas.

— Pío IX (1846-1878) creó en países de misiones 33 vicariatos apostólicos y 10 prefecturas.

— León XIII (1878-1903) erigió 134 instituciones entre vicariatos apostólicos y prefecturas o misiones. Este Papa dio el visto bueno al proyecto misionero de Guido.

— Pío X (1903-1914) creó fuera de Europa innumerables vicariatos y prefecturas.

— Benedicto XV (1914-1922) hizo una delegación en Japón. Además, su carta magna *Maximum illud* (1920) fue la gran impulsora del movimiento misionero después de la primera guerra mundial.

— Pío XI (1922-1939) al morir dejaba 480 vicariatos y prefecturas en países de misiones. Hizo la exposición misionera vaticana de 1925 y escribió su encíclica *Rerum Ecclesiae,* resumen de su pensamiento misionero. Todo esto, en vida de Guido (1865-1931).

Gracias a la actividad de estos Papas, en 1900 había diez institutos misioneros en China.

Guido María Conforti nació en la localidad italiana de Ravadase el día 30 de marzo de 1865. Su familia gozaba de una situación acomodada, religiosa y unida. Enseguida fue alumno de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, con los cuales nació en él muy pronto el deseo de una vida cristiana fecunda y fuerte. Allí se le ocurrió la idea de ir al seminario, donde entró en 1876, a los 11 años.

Cuando estaba estudiando sus lecciones de filosofía, sufrió una crisis nerviosa; pareció que iba a verse obligado a dejar su carrera eclesiástica. Pero cesaron sus problemas de salud y pudo ser ordenado sacerdote el 22 de septiembre de 1888, cuando tenía 23 años.

Era un joven sacerdote lleno de sensatez y ganas de entregar su vida por Cristo y por la Iglesia. Estaba bien capacitado para ejercer la dirección de los seminaristas. Y así, su primer destino fue el de vicerrector y profesor del seminario.

Pero salía también a las parroquias para ejercer el apostolado parroquial, especialmente en el confesonario, dentro de la

ciudad de Parma. A los cinco años fue nombrado canónigo de la catedral; llegó a la dignidad de arcediano y, cuando aún tenía 30 años, el obispo le nombró vicario general.

Estos cargos le vinieron encima porque era grande su fama de piedad, su amor al sacerdocio y su clara ejemplaridad para todos sus hermanos en el sacerdocio.

Todo su afán era trabajar por la Iglesia, pero su máxima aspiración era ser misionero. Lo intentó varias veces pero su salud le impedía realizarlo. Y para llevar a cabo sus aspiraciones de evangelización misionera fundó una congregación, la Pía Sociedad de San Francisco Javier. Esto ocurrió el 3 de diciembre de 1895, fiesta del insigne misionero navarro. En 1898 hicieron con él sus votos los primeros misioneros javerianos.

Ya estaban realizándose sus aspiraciones misioneras, cuando en 1902, el papa León XIII le nombra arzobispo de Rávena. Y allí fue a ejercer su labor pastoral, en las orillas del mar Adriático. Pero a los dos años tuvo que renunciar por causa de su poca salud. La renuncia se la aceptó el papa Pío X.

Pero en 1907 es nombrado obispo coadjutor de Parma, su ciudad, con derecho a sucesión. Siendo, al poco tiempo, obispo titular de Parma, gobernó su diócesis durante 25 años, como un pastor ejemplar. Ese trabajo de obispo entregado a su labor y la dedicación a su congregación misionera fueron los dos raíles que llevaron a la gloria la vida de este entregado sacerdote.

Murió el día 5 de noviembre de 1931 en Parma. Y fue beatificado por Juan Pablo II el 17 de marzo de 1996.

Dicen de él que sabía juntar armónicamente las virtudes más diversas. Se unían en él la dulzura y la fortaleza, el respeto a la persona y la exhortación más sincera. Era elegante siendo pobre y ejercitaba una paciencia inusitada cuando su corazón estaba ardiendo de ansias apostólicas misioneras. Servía a la diócesis con entrega absoluta cuando su corazón estaba pensando en su querida institución. Vivía una fuerte vida interior y llevaba a cabo una actividad frenética. Es la señal que siempre han tenido los grandes santos: vida interior y actividad agotadora.

Su lema episcopal era *In omnibus, Christus* («Cristo en todas las cosas»). Y el programa del Instituto se centraba en *Caritas Christi urget nos* («Nos apremia el amor de Cristo»).

Guido predicó entre sus sacerdotes la doctrina, nada corriente en su tiempo, de que un sacerdote, por el hecho de ser sacerdote, es misionero. De la raíz de su sacerdocio nace el ser misionero. No necesita ningún título especial para ser misionero; si es sacerdote, su vida está proyectada hacia todos los hombres de toda la tierra. «Id al mundo entero y predicad a todas las gentes». Él lo decía con toda claridad. Por otra parte, recordaba que la animación misionera del pueblo de Dios corresponde principalmente al sacerdote.

No fue misionero en el sentido estricto de la palabra, porque tuvo que quedarse en su diócesis. Solamente una vez pudo ir a China, en plan de visita apostólica. Hombre de sentido común, no se atrevió nunca a dar grandes consejos sobre misiones a sus hijos de la congregación. Se daba cuenta de que otros tienen también mucho que decir en sus trabajos apostólicos. Sin embargo, sus escritos están llenos de ese espíritu de entrega misionera que todo sacerdote debe tener.

> «¿Cómo debe ser el misionero? Debe ser el agente de una fraternidad universal, la cual no se construye con armas, sino con la palabra luminosa del evangelio, con el ejemplo de una vida santa y con el ejercicio de una caridad constante».

Se daba cuenta de que el mejor medio de evangelizar su propia diócesis consistía en abrir en ella el ansia misionera universal. Si queremos una diócesis entregada a Cristo, lo mejor es hacerla misionera en todos sus miembros.

Años más tarde (1919) lo diría muchas veces el apóstol de las misiones en España, don Ángel Sagarmínaga. Su discurso, al terminar, decía así:

> «Si queréis atender a esta súplica de Benedicto XV; si queréis que broten de nuestra tierra plantas de bendición, vocaciones eclesiásticas para la diócesis y para las misiones de infieles; si queréis que el nivel religioso suba más y más, aun en medio del egoísmo frío que caracteriza a nuestro siglo; si queréis conjurar la negra nube que se avecina, y que lejos de tomarnos estrecha cuenta de los talentos recibidos durante la catástrofe europea, nos mire Dios con ojos de misericordia, olvidando nuestros pecados y negligencias [...] no os engriáis con las gracias recibidas; que las nubes de la alegría no anublen vuestra inteligencia para entregaros a los favores recibidos olvidándoos de Dios que os da todo.

Suaves brisas de primavera mecían las flores de los jardines europeos; echóse encima el invierno preñado de tempestades, y agostados los dejó, reducidos a miseria, como la mies madura después de horrorosa pedrisca. *Rogate Dominum messis ut mittat operarios in messem suam.* Fomentad, fomentad el interés por las misiones, que Dios sabrá pagar con creces las almas de infieles ganadas por nuestros trabajos».

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

AAS 87 (1995) 1134s.
ANZANELLO, J. C., SX, *Nuevo año cristiano. Noviembre* (Madrid 2001) 109-111.
Atti, discorsi, lettere del beato Guido Maria Conforti, arcivescovo-vescovo di Parma (Ciudad del Vaticano 1998).
MISIONEROS JAVERIANOS, *Guido Maria Conforti* (Madrid 1996).
NÚÑEZ URIBE, F., *Ángel Sagarmínaga* (Madrid 2004) 235-256.
REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular. Del siglo XIII al siglo XX* (Madrid 2000) 519-520.
http://www.christusrex.org

BEATO BERNARDO LICHTENBERG

Presbítero y mártir († 1943)

Se ha dicho repetidas veces que el Holocausto fue un horrendo crimen contra los judíos. Es una verdad. Pero no es una verdad completa. Es justo que los judíos, víctimas principales de aquella masacre, quieran apropiarse del protagonismo de aquellos días.

Pero la verdad es que otros muchos mártires inocentes cayeron en aquella barbarie nazi. Murieron millones de gitanos, subnormales, homosexuales y disidentes de cualquier especie. Y cayeron también miles de sacerdotes católicos, por el simple hecho de no estar de acuerdo con las masacres de aquel régimen bárbaro.

Y uno de esos mártires, sacerdote católico, fue Bernardo Lichtenberg, muerto, camino de Dachau, en Hof, el 5 de noviembre de 1943.

Era alemán, nacido en Ohlau, el 3 de diciembre de 1875. Sus padres se llamaban Augusto Lichtenberg y Emilia Haubrich. Lo educaron exquisitamente, buscando para él la mejor

instrucción que pudieron. Era una familia muy religiosa. De tal forma que no fue nada extraño que Bernardo quisiera entrar al seminario. Estudió en Innsbruck y Breslau y fue ordenado sacerdote el 21 de junio de 1899 con casi 24 años de edad.

Fue destinado a Neisse (Polonia). Allí no estuvo mucho tiempo, porque pronto fue destinado al mismo Berlín como coadjutor de la parroquia de San Miguel. En 1903 era párroco de esta misma parroquia. En esta época se miraba desdeñosamente a los pocos católicos que por allí había. El ambiente era del todo protestante. Y Bernardo se esforzó en sostener el ánimo de los católicos que se veían desamparados del todo. Con su labor intensa se hizo defensor de los derechos de la Iglesia.

En 1913 es nombrado párroco del Sagrado Corazón de Berlín-Charlottemburg. Al año siguiente (1914) comenzó la primera guerra mundial. En esta nueva parroquia, Bernardo se mostró como un sacerdote ejemplar, preocupado del bienestar espiritual de sus feligreses. Al mismo tiempo promovió dos obras de mucho mérito: se preocupó de los sectores más empobrecidos de su feligresía y edificó nuevas iglesias católicas. Gracias a la buena fama que Bernardo iba adquiriendo, fue nombrado también capellán militar y presidente de la Asociación de la Cruz.

Llegó el año 1930 y, en esta fecha, se constituyó la diócesis de Berlín. El primer obispo que llegó a la diócesis nombró a Bernardo, en 1931, canónigo de la catedral, párroco de la misma y juez prosinodal de la diócesis. Es decir, a los ojos del obispo, Bernardo se merecía la mayor confianza porque sabía que era muy responsable de todo lo que se ponía en sus manos.

En 1935 el vicario capitular de la diócesis se puso enfermo y Bernardo tuvo que sustituirle en la organización de la diócesis. Ser vicario supone ser obispo cuando éste falta, ayudar al prelado en los asuntos más delicados, ser el brazo derecho del pastor de la diócesis. Así era considerado Bernardo en todas partes.

En 1938 fue nombrado deán de la catedral y en 1939 recibió el cargo de protonotario apostólico. Es decir, un sacerdote, simple sacerdote, pero con cargos importantes dentro de la administración diocesana.

En esta situación de sacerdote privilegiado estuvo trabajando toda su vida. Era muy estimado por sus superiores y admirado por todos los fieles que veían en él un ejemplo maravilloso de la presencia de Jesús entre los hombres. Por otra parte, su predicación era ardorosa, cuando escribía en la prensa era arrebatador y todo lo que hacía tenía resonancia a su alrededor. Mala condición la de ser famoso cuando un tirano se hace con el poder.

Hitler había nacido el día 20 de abril de 1889 en Braunau (Austria); era 14 años más joven que Bernardo. Quiso ser pintor, pero no le salió bien su pretensión. Por algún tiempo anduvo errante, viviendo en guarderías de marginados, hecho un personaje tirado en lo más bajo de la sociedad. En 1914, a los 25 años, se apunta voluntario en el ejército alemán, llegando a ser, por su bravura, cabo de infantería. Por aquel tiempo (1914-1918) Bernardo es párroco del Sagrado Corazón de Berlín. En 1919 se firma el tratado de paz, vergonzoso para Alemania, un tratado que se clava en las entrañas del futuro dictador. En 1920 Hitler se da cuenta de que es un orador ardiente y arrebatador. Va a empezar su carrera política. En 1924, por unas revueltas en que se halla metido, entra en la cárcel de Landsberg. Le condenan a cinco años de cárcel pero sólo está encerrado durante un año. En 1925 crea las SS. En 1932 se presenta para presidente de la república. En 1933 gana las elecciones con 17 millones de votos y un 43,9 por 100 de votantes. Al año siguiente se nombra Führer (jefe) y nace así el III Reich. En 1938 declara oficialmente la persecución de los judíos. Poco a poco las antiguas cárceles, como Dachau, se van convirtiendo en campos de exterminio; al principio eran simples cárceles de prisioneros; con el tiempo se impondría allí la «solución final». Diariamente salían por las chimeneas miles de muertos.

De todo esto se fue enterando, poco a poco, Bernardo. Y lo fue denunciando valientemente desde el púlpito de la catedral de Berlín.

Luego llegaron años aún peores. En 1938 Hitler se anexiona Austria y busca el apoyo de Mussolini. El 23 de agosto de 1939 Hitler firma un tratado con Stalin para adjudicarse, a medias, la

nación de Polonia. A los 8 días, el 1 de septiembre, invadía este país y empezaba la Segunda Guerra Mundial. En 1940 Alemania invade Dinamarca, Noruega, Países Bajos, Luxemburgo y Francia. El 16 de julio Hitler da orden de invadir Gran Bretaña por el Paso de Calais.

Y no hace falta seguir con este relato, porque dos años más tarde (1943) muere Bernardo Lichtenberg cuando iba camino de Dachau. Se le acusaba de atacar este sistema tan inhumano. Así mueren los mártires.

Bernardo veía claro que el naciente nazismo no tenía nada de cristiano; observaba las nuevas leyes que se iban creando y predicaba contra ellas porque las consideraba inhumanas y absurdas. Así, la esterilización de enfermos, el maltrato a los presos en los campos de concentración, los procesos contra sacerdotes y religiosos católicos, la eutanasia de los enfermos y sobre todo el odio a los judíos. No podía pasar tranquilo por encima de tanta injusticia y la denunció en plena catedral repetidas veces. Así, durante diez años.

Naturalmente, llegó la Gestapo a la puerta de su casa. Él había denunciado muchas veces la persecución a los judíos. Nadie puede decir que la Iglesia católica alemana abandonó a los judíos frente a la insidia de Hitler. Hubo muchos sacerdotes católicos que los defendieron con uñas y dientes de la barbarie nazi. Uno de esos sacerdotes católicos fue Bernardo Lichtenberg. La policía nazi no podía aguantar que este sacerdote pidiera en plena catedral por los judíos y por los cristianos no arios; no lo podía aguantar.

Como siempre, la persecución a Bernardo empezó por serias amenazas si no cambiaba de actitud frente a los asuntos políticos del país. Pero Bernardo tenía un corazón de león y no se asustaba por tales amenazas. Es más: tenía tal fuerza interior, que los avisos le sirvieron de acicate para defender aún más a los pobres perseguidos.

Después de tantos avisos, la Gestapo le apresó el día 23 de octubre de 1941 con la acusación de que sus actividades eran un peligro público. Es curioso constatar que los tiranos siempre han actuado de la misma forma. Todo lo que se oponga a sus criminales objetivos es un peligro público. Todos son peligro público, menos ellos que para entonces ya habían iniciado la se-

gunda y más trágica guerra mundial que pudieran imaginarse los siglos. He aquí cómo Bernardo era una amenaza para la seguridad del país. Era un peligro público.

Y así pasó por dos cárceles de Berlín: la de Ploetzensee y Alt Moabit. De ésta sale para caer en las garras de un tribunal que lo acusa de usar mal su sacerdocio. Por lo visto los nazis sabían bien cómo debía un sacerdote usar bien su ministerio. Eran muy listos; sabían de todo, menos de lo que debían saber. Y con este juicio fue condenado a dos años de cárcel que pasó en Tagel.

Allí cumplió puntualmente sus dos años de cárcel, porque exactamente a los dos años de haber sido detenido lo dejaron salir. Pero los tiranos te dejan salir para volverte a meter. Lo detuvieron de nuevo y lo destinaron a Dachau.

Dachau es una pequeña ciudad que está al norte de Múnich. Era un precioso poblado en torno a un castillo rústico, con espaciosas casas antiguas. Allí, pintores y escritores tenían el gusto de acudir en temporadas de buen clima para descansar, crear y disfrutar. En aquella preciosa localidad los nazis colocaron uno de los campos de exterminio que más vergüenza han dado al mundo en todo el siglo XX.

En la primavera de 1933 los nazis eligieron este lugar para llevar a cabo ejecuciones en masa. Allí entraban todos los enemigos del régimen: socialistas, comunistas, monárquicos judíos y nazis disidentes. Estaba organizado por las SS y era un modelo de campo de concentración.

El campo tenía 34 bloques. En medio, una amplia plaza para realizar las revistas. Tenía una doble red de alambradas electrificadas. No faltaban grandes pabellones para la administración y los tejados estaban repletos de frases moralizantes, todas engañosas, para tener pacífica a la gente deportada.

Esta barbaridad de cárcel mortífera estaba encuadrada en un conjunto mucho más extenso, con fábricas, cuarteles, armerías y el cuartel general de las SS. Todo está rodeado de altas murallas de varios kilómetros de longitud. Se dice que todo este complejo estaba construido mezclando a veces la sangre de los mártires con el mortero de los albañiles. Cualquier cosa se puede creer de aquellos desalmados nazis.

El campo albergaba a 35.000 prisioneros, pero cualquier día llegaban unos cuantos miles más que al poco tiempo desaparecían por las chimeneas del horno crematorio. En el museo de Dachau constan las entradas de cada año. En 1943, año en que murió Bernardo camino de este campo, entraron 19.000 prisioneros.

Himmler y su séquito estuvieron visitando el campo y dando el visto bueno a todo aquel complejo infernal.

Era famoso el tren de la muerte. Porque los prisioneros, para llegar hasta allí, no aguantaban muchas veces el horrible viaje y morían en los vagones como ratas. Por otra parte, el tifus apareció en 1945 e hizo miles de víctimas en el campo. Llegó un momento en que era imposible incinerar tanto cadáver, por lo cual cavaron inmensas fosas para enterrarlos a todos.

En otoño de 1944, todos los curas católicos, alemanes y extranjeros, detenidos en diversos campos de concentración fueron llevados a Dachau. Allí tenían reservados dos bloques enteros, el 26 y el 28. Este último, ese mismo año, albergaba a 800 curas polacos. Al principio había dos mil. Los sacerdotes de otras nacionalidades, entre los que había 300 alemanes, estaban metidos en tres salas del bloque 26; una de estas salas fue convertida en capilla. El hecho de que Dachau tuviera tanto sacerdote católico convertía a este centro en un campo singular.

El campo fue liberado el 29 de abril de 1945. A las 5 de la tarde alguien gritó: «¡Llegan los americanos!». La batalla se estaba librando a tres kilómetros del centro de la muerte. Al día siguiente de la liberación, se celebró una misa al aire libre. Hoy, delante del horno crematorio hay un monumento que recuerda los horrores de aquellos espacios.

Sin duda, estaba previsto que Bernardo no saldría de allí más que por la chimenea. Se preparó el viaje para llevarlo hasta Dachau, pero estaba tan enfermo que se moría por el camino. Cuando el convoy llegó a Hof, lo metieron en el hospital de esta capital, y tan enfermo estaba que allí murió. Recibió los últimos sacramentos y entregó, como un santo, su alma a Dios.

Más tarde fue llevado a la catedral de Berlín y allí está enterrado. Y allí le beatificó Juan Pablo II el día 23 de junio de 1966.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

AAS 86 (1994) 990-992.
JUAN PABLO II, «Homilía en la misa de beatificación de Carlos Leisner y Bernhard Lichtenberg (Berlín, 23-6-96)»: *Ecclesia* (1996) n.2798, p.22-25.
REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular. Del siglo XIII al siglo XX* (Madrid 2000) 596-597.
http://www.schoenstatt.org.ar

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS DOMNINO, TEÓTIMO, FILOTEO, TIMOTEO, AUXENCIO

Mártires († 307)

El antiguo *Martirologio romano* englobaba en una misma conmemoración a los santos Domnino, Teótimo, Filoteo, Timoteo y compañeros y la colocaba el día 5 de noviembre. El *Martirologio* actual distingue entre la conmemoración de San Domnino y la de los santos Teótimo, Filoteo y Timoteo, a los que añade el nombre de Auxencio, aunque sitúa ambas conmemoraciones en el mismo día 5 de noviembre y señala como lugar del martirio para todos la ciudad de Cesarea de Palestina. De los mártires de Palestina nos habla el historiador Eusebio.

DOMNINO era un joven médico cristiano notable por su cultura y que al comienzo de la persecución de Diocleciano y Maximiano fue castigado con la condena a las minas por su cualidad de cristiano, a la que no quiso renunciar y que por el contrario profesaba con entera libertad. Pero en el año quinto de la persecución la condena a las minas fue cambiada por la condena a muerte y fue quemado vivo, siendo prefecto Urbano.

TEÓTIMO, FILOTEO y TIMOTEO parecen ser los nombres de tres jóvenes cristianos que llenos de valor confesaron la fe y fueron destinados a los juegos del circo para recreo del populacho. Y a ellos se añade un venerable anciano, AUXENCIO, que fue por su fe cristiana echado a las fieras.

SANTO DOMINGO MAU

Presbítero y mártir († 1858)

Este mártir de Tonkín nació en Phu-Nhai, provincia de Nam-Dinh, hacia 1775, y fue admitido en su adolescencia en el colegio de la misión católica donde hizo los estudios primarios y luego, aspirando al sacerdocio, realizó los de teología, ordenándose sacerdote cuando tuvo la edad canónica. Ya sacerdote, sintió la vocación religiosa y solicitó, y obtuvo, el ingreso en la Orden de Predicadores. Hecha la profesión, ejerció su ministerio en diferentes poblaciones, mostrando mucho celo y dedicación y logrando sortear una temporada las pesquisas cuando dio el rey Tu-Duc su decreto persecutorio. Era ya de edad avanzada cuando, por fin, fue localizado y arrestado, siendo internado en la cárcel de Hung-Yen. Para los católicos allí detenidos con él fue un ángel de consuelo, dándoles valor y manteniendo en ellos la voluntad de no abandonar jamás la fe en Cristo. Lo mismo hacía con los numerosos cristianos que lograron visitarlo. Dado igualmente a la oración, se preparaba con todo fervor al martirio. Condenado a la decapitación, fue llevado junto al río Hung-Yen y, teniendo atadas las manos, él mismo ofreció su cuello al verdugo. Era el 5 de noviembre de 1858.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATO JUAN ANTONIO BURRÓ

Religioso y mártir († 1936)

Este religioso hospitalario había nacido en Barcelona el 28 de junio de 1914, hijo de familia aragonesa. Muy niño quedó huérfano de madre y entonces fue acogido con un hermano suyo en el Asilo San Juan de Dios de Barcelona, donde se crió y recibió la pertinente instrucción. Tenía muy buena conducta, y por ello cuando solicitó ingresar en la escuela apostólica de la Orden Hospitalaria fue aceptado, ingresando en Ciempozuelos. Hizo la profesión religiosa el 3 de junio de 1933. Cuando le lle-

gó la hora de hacer el servicio militar, pudo ser destinado a sanidad militar, teniendo como sucesivos destinos la Clínica psiquiátrica militar de Ciempozuelos, luego el Hospital militar de Carabanchel y por fin el Hospital n.° 1 de Madrid. Sus jefes lo apreciaban por su laboriosidad y buenas cualidades y por su excelente conducta con todos. Pero algunos compañeros de ideas extremistas descubrieron que era religioso y decidieron ver la forma de acabar con él tras el comienzo de la guerra española. Él, al saberlo, manifestó no tener miedo y estar dispuesto a dar la vida por la causa de la religión. Aunque solía decir que no a la invitación de salir del hospital para tomar café con los compañeros, el 5 de noviembre de 1936 aceptó por fin. Una vez fuera del hospital fue arrestado y fusilado. Murió dando vivas a Cristo Rey y a España.

Fue beatificado el 25 de octubre de 1992 por el papa Juan Pablo II en el grupo de 71 Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios muertos durante los días de la revolución española.

BEATA MARÍA DEL CARMEN VIEL FERRANDO

Virgen y mártir († 1936)

Nace en Sueca el 27 de noviembre de 1893. Se educa en el colegio de las Hijas de la Caridad y se muestra muy receptiva de la educación religiosa que allí recibe. Pensó en hacerse religiosa pero decidió finalmente que su vocación era santificarse en medio del mundo. Miembro fundador de la Acción Católica en su parroquia de San Pedro, colaboraba intensamente en la catequesis, y prestó su mejor colaboración a la creación de un colegio católico destinado expresamente a la educación de niñas pobres. Intervino también en la creación de un Sindicato laboral de corte y confección, siendo muy intenso su sentido social y su preocupación por la juventud obrera. Promovió la fundación en Sueca del colegio de las salesianas. Cuando llegó la revolución pensó prudente trasladarse a Valencia, pero una mujer que ella había favorecido mucho la denunció, siendo detenida el 2 de noviembre de 1936. Llevada a El Saler, en la noche del 4 al 5 de noviembre fue fusilada por su condición de cristiana practicante.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO GREGORIO LAKOTA
Obispo y mártir († 1950)

Nace en Holodivka, actualmente Zadnistriany, distrito de Lvov en Ucrania, el 31 de enero de 1883. Habiendo sentido la vocación sacerdotal, ingresó en el seminario de Lvov y se ordenó sacerdote en Przemysl el 30 de junio de 1908, pasando seguidamente a Viena donde hizo los estudios superiores de teología y consiguiendo en 1911 el doctorado en dicha materia. Seguidamente fue designado profesor en el seminario ucraniano de Przemysl (1913-1918) y en este último año fue nombrado rector de la institución. Acreditado por sus dotes y santidad, fue hecho obispo auxiliar de Przemysl en 1926 y consagrado el 6 de mayo de dicho año. Arrestado por motivos religiosos el 9 de junio de 1946, fue sentenciado a diez años de cárcel, que comenzó a cumplir en el campo de concentración de Arbez, en las cercanías de Vorkuta, Siberia. Su salud no soportó los malos tratos y privaciones de la prisión, muriendo en noviembre de 1950.

Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 27 de junio de 2001 en el curso de su visita pastoral a Ucrania.

6 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Thynissa (Numidia), San Félix († s. III), mártir.
2. La conmemoración de San Pablo I († 351), obispo de Constantinopla, martirizado en Cúcuso, Capadocia **.
3. En Rennes (Bretaña Menor), San Melanio († 535), obispo.
4. En el monasterio Llanilltud Fair (Gales), San Iltuto († 540), abad.

5. En Noblac, Limoges (Aquitania), San Leonardo († s. VI), ermitaño *.

6. En Jerusalén, santos Calínico, Himerio, Teodoro, Esteban, Pedro, Pablo, otro Teodoro, Juan, otro Juan († 638), y otro de nombre desconocido, mártires.

7. En Barcelona, San Severo († s. IV), obispo, que se cree fue mártir **.

8. En Suiza, San Protasio († s. VII), primer obispo de Lausana.

9. En el monasterio de Wormhoudt (Austrasia), San Winoco († 716), abad *.

10. En Apt (Provenza), San Esteban († 1046), obispo.

11. En Dorat, Limoges (Aquitania), San Teobaldo († 1070), presbítero *.

12. Junto a Colonia (Alemania), Beata Cristina de Stommeln († 1312), virgen *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN PABLO I DE CONSTANTINOPLA

Obispo y mártir († 351)

La fe ortodoxa que profesaba con vigor y energía fue la causa de los muchos problemas que hubo de superar en su vida este animoso obispo de Constantinopla. Había nacido en Tesalónica en los primeros años del siglo IV, y de su juventud se cuenta una tradición hermosa. Aún adolescente era ya lector y notario de la Iglesia bizantina y acompañó al presbítero Alejandro al Concilio ecuménico I de Nicea donde se definió la consustancialidad del Hijo con el Padre, con la fórmula *homousion* que será santo y seña de la ortodoxia nicena, la que tanto defenderá Pablo. Terminado el concilio, Pablo acompañaría a Alejandro en sus viajes de propaganda nicena, lo que le hará bienquisto del obispo bizantino San Metrófanes († 325). Este santo prelado, que murió a poco del dicho concilio ecuménico, recomendó al morir que sus sucesores fueran primero Alejandro y luego Pablo. No parece esta tradición estar bien fundamentada pero se encuentra admitida en numerosos escritores bizantinos.

De todos modos es un hecho que Alejandro sucedió a Metrófanes, y que dejó una estela de santidad que le ha merecido

ser venerado en la Iglesia como santo el 28 de agosto. También es un hecho que a la muerte de Alejandro, seguramente en 335, fue elegido para sucederle nuestro San Pablo. Se cuenta que San Alejandro, moribundo, dijo que para sucesor suyo podrían elegir a Pablo, que era joven, piadoso y maestro de la fe, o al viejo diácono Macedonio, que era sabio sólo en apariencia, hábil en los asuntos temporales y ducho en las relaciones con el gobierno. Fue elegido Pablo y los obispos que estaban en Constantinopla procedieron a consagrarlo. Se ha discutido sobre la fecha de la muerte de Alejandro, pero parece que si no fue en 335, su fecha es el año siguiente. Y desde luego es un dato histórico que Pablo era entonces un hombre joven.

Se estaba en plena polémica contra Atanasio, al que por entonces condenaban los obispos arrianos reunidos en Tiro. Pero además celebraron otra reunión en Constantinopla, y Pablo, que había ordenado sacerdote al diácono Macedonio, fue en ella, estando presente San Atanasio, acusado por el propio Macedonio de no haber querido romper la comunión con el obispo alejandrino. Macedonio se había alzado como rival de Pablo en vista de que éste no se adscribía al partido arriano. Macedonio acusó a Pablo de haberse autoelegido, ya que no contó con la aprobación ni del consejero imperial Eusebio de Nicomedia ni del metropolitano Teodoro de Heraclea, del que dependía la sede de Bizancio. No hay que decir que ambos militaban en las filas del arrianismo. Parece, sin que sea seguro, que Pablo se avino a condenar a Atanasio en aquel sínodo. Pero ni aun así pudo conservar su sede episcopal.

En efecto, habiéndose desatado en la capital una fuerte manifestación antiarriana, Eusebio de Nicomedia y su partido acusaron a Pablo de ser su inductor, y esto llevó al emperador Constantino a privar a Pablo de su sede y a enviarlo al destierro en el Ponto. Quizás esta medida ya le fue sugerida al emperador por el sínodo de que antes hemos hablado. Hubo, pues, de dejar Bizancio y marchar Pablo al exilio donde estuvo quince meses antes de que pudiera regresar, lo que advino a la muerte de Constantino el 22 de mayo de 337. Bizancio quedó de momento bajo el mando de Constantino II y esto hizo posible la vuelta de Pablo.

Pero la normalidad duraría poco, pues a mediados del año siguiente la ciudad pasó al dominio de Constancio. Éste, fervoroso arriano, cuando acudió en otoño a la capital para tomar posesión del palacio imperial reunió a los obispos arrianos y aceptó su exigencia de que Pablo fuese nuevamente desterrado y en su lugar —¡por fin!— se sentase el propio Eusebio de Nicomedia, dispuesto a arrianizar desde Constantinopla todo el Imperio. Con buen criterio, Pablo viajó a Occidente y buscó al emperador en Tréveris. Aquí lo acogió con honor y fraternidad el obispo San Máximo, que se propuso trabajar por la vuelta de Pablo a su sede. Éste se entrevistó con otros obispos occidentales y trató de persuadirlos de su legitimidad como obispo de Bizancio y de que la causa por la que era perseguido era la ortodoxia nicena. Por ello acudió también a Roma, donde fue acogido por el papa San Julio I. Éste había recibido la apelación de los obispos católicos expulsados en Oriente de sus sedes por los arrianos y, en actitud conciliadora, invitó a los obispos de la facción eusebiana a venir a Roma y discutir el tema serenamente en un sínodo. Los eusebianos se reunieron en un sínodo en Antioquía (enero de 341) y rechazaron la invitación del Papa. Entonces éste reunió su sínodo en marzo y en él se declararon infundadas las acusaciones contra los obispos católicos y nulas sus deposiciones. Pero no fue sólo la sentencia romana lo que contribuyó a la nueva vuelta de Pablo a su sede sino la muerte de Eusebio a finales del 341. El pueblo recibió bien a Pablo y éste, cuando un grupo de obispos arrianos le propusieron entrar en comunión con ellos, se negó firmemente mientras siguieran siendo arrianos. Pero quedaban por suceder las cosas más graves. Los arrianos se reunieron en una iglesia y contrapusieron a Macedonio como obispo de la ciudad, y lo consagraron. Esto provocó una verdadera batalla campal en la capital con ataques mutuos de ambos partidos. El emperador Constancio ordenó al general Hermógenes poner orden y los católicos, cuando supieron que el general traía orden de expulsar a Pablo, prendieron fuego al palacio donde el militar se hospedaba, lograron hacerse con el general, lo mataron y pasearon su cadáver por las calles. Era el otoño de 342. El emperador montó en cólera, acudió personalmente a Constantinopla y dictó nueva sentencia de destierro contra Pablo, no dejando de enfadarse

también con Macedonio, ya que los motines tuvieron como protagonistas a ambos partidos. Pablo, arrestado y cargado de cadenas, fue conducido a Singara, en Mesopotamia. Posteriormente pasó a Emesa en Siria, y de aquí fue extrañamente autorizado a volver de nuevo a Constantinopla, donde todas las iglesias, salvo la de Macedonio, le eran adictas. Pero el emperador no estaba por dejar a Pablo en la capital. Mandó prenderlo con astucia y llevarlo otra vez al exilio. El prefecto del pretorio invitó al obispo a una entrevista y éste, sin sospechar, acudió y entonces se le intimó a darse preso. Pablo se comportó mansamente y fue enviado a Tesalónica, su tierra, con orden severísima de no volver. Pero como el prefecto intentó además que Macedonio fuera reconocido obispo de la ciudad por todos, hubo un enorme alboroto y sedición en el curso de la cual murieron más de mil personas.

A Pablo se le prohibió marchar a Oriente pero no a Occidente, y por ello se fue a Italia. Aquí se entrevistó con San Atanasio y con él fue a ver al emperador Constante. Tiene el consuelo de que un sínodo de obispos declare a Macedonio usurpador. Y por su parte Constante insiste ante su hermano en que reponga a Pablo en su sede. De esta forma, por cuarta vez volvió a Constantinopla en 346. Aquí estuvo pacíficamente hasta que el 18 de enero de 350 muere Constante y queda Constancio como dueño único del imperio. Esta vez las cosas ya fueron definitivamente mal para Pablo. Se le acusó de estar en inteligencia con el usurpador Magnencio, se le condenó a ergástulo perpetuo y se le envió a Cúcuso, en Capadocia. Fue abandonado en una horrenda cárcel y se esperó a que muriera de inanición, pero como a los seis días no había muerto fue estrangulado. Así consumó su carrera dando la vida por la fe.

Sus restos fueron llevados a Constantinopla tras la celebración del II Concilio Ecuménico del año 381 por orden de Teodosio. Su memoria se celebra el 5 de noviembre.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Junii, t.2 p.13-24.
Bibliotheca sanctorum. X: *Pabai-Rafols* (Roma 1968) cols.285-293.

SAN SEVERO
(† s. IV)

De San Severo, obispo de Barcelona conforme a la tradición, y mártir durante la persecución de Diocleciano, apenas existe ninguna noticia segura. El eminente publicista Lorenzo Riber afirma que «no hay modo de determinar la fecha de su gobierno en aquella diócesis». Más aún: algunos historiadores han llegado a dudar de la misma existencia del santo. En realidad, no poseemos documentos convincentes ni sobre su vida y su gobierno de la diócesis de Barcelona ni sobre su martirio. Las actas que de éste se conservan pertenecen a un período muy posterior, seguramente el siglo VI, en que tantas leyendas se consignaron en este género de literatura.

Indicaremos, pues, brevemente lo que nos transmite la tradición como más verosímil, a lo que añadiremos los hechos fundamentales que contienen estas actas posteriores.

Según se refiere, Severo nació en Barcelona de familia distinguida y recibió una esmerada educación, como a su rango correspondía. En el himno de su oficio se expresa claramente su condición de ciudadano de Barcelona. La tradición no nos comunica datos especiales sobre su vida anterior a su episcopado; pero da por supuesto que recibió una educación cristiana y que se dedicó al estado eclesiástico. En cambio, claramente consigna la noticia de que fue elevado al obispado de Barcelona, donde se distinguió por su celo por las almas que Dios le había confiado.

Así, pues, Severo sería obispo de Barcelona en torno al año 300. La Iglesia de España había llegado, ya entonces, a un estado de relativa prosperidad, como lo demostró el concilio de Elvira, celebrado entre los años 300 y 305, al que asistieron representantes de toda la Península, y el gran número de mártires que en todas las regiones de España hubo durante la persecución de Diocleciano de 303 a 305. Particularmente la región Tarraconense, a la que pertenecía Barcelona, había dado ya muestras del arraigo del cristianismo en la persecución de Valeriano del año 256 con sus célebres mártires, el obispo San Fructuoso de Tarragona y sus dos diáconos Eulogio y Augurio. Así, pues, podemos fácilmente imaginarnos la nutrida y fervoro-

sa cristiandad de Barcelona, y particularmente a su digno obispo Severo, que trataba de prepararla para las luchas que se avecinaban.

De hecho, aunque desde hacía largo tiempo disfrutaban los cristianos de relativa paz, que tanto les había servido para su reorganización y crecimiento, y el mismo Diocleciano (284-305) durante los doce primeros años de su gobierno usó con ellos una amplia tolerancia, ya a fines del siglo III, hacia el año 297, el césar Galerio había inducido al emperador a realizar una especie de depuración del ejército, por lo cual hubo por este tiempo algunos martirios. En España precisamente se inició con particular virulencia esta persecución, de la que fueron víctimas los santos Emeterio y Celedonio en Calahorra, San Marcelo en León, las santas Justa y Rufina en Sevilla, y otros semejantes. Así, pues, ante el peligro que se cernía sobre los cristianos y que bien pronto estallaría en la más sangrienta de las persecuciones, el obispo Severo desarrollaría una intensa actividad apostólica, preparando a los fieles para los más difíciles combates por la fe e incluso para derramar la sangre por Cristo, si era necesario.

Bien pronto llegó la ocasión para muchos de probar con las obras lo que tal vez en su interior habían deseado y ofrecido a Dios. En efecto, la persecución de Diocleciano, debida en gran parte a la malevolencia de Galerio, del filósofo Hierocles y algunos cortesanos, estalló durante el invierno del año 302 al 303, y, en una serie de cinco edictos, fue agravando hasta lo sumo la situación de los cristianos. Por lo que a España se refiere, la tradición presenta al presidente Daciano, sobre el cual recientemente se han planteado diversos problemas, como enviado especial del emperador, que con inusitada crueldad aplicó en las diversas regiones de la Península las disposiciones imperiales, dando ocasión al heroísmo de insignes mártires.

Las actas posteriores, mezclando, como es costumbre de este género de literatura, los datos históricos con multitud de adiciones inciertas y legendarias, nos presentan a Daciano entrando en la provincia romana de Hispania por Gerona y Barcelona. Efectivamente, ya en su primer choque con la población cristiana, ocasionó los ilustres martirios de San Félix, en Gero-

na, y San Cucufate, en el Castro Octaviano, próximo a Barcelona, lugar ocupado hoy día por San Cugat del Vallés. Pero, apenas llegado a Barcelona, siguiendo Daciano la consigna de las últimas persecuciones, de procurar eliminar cuanto antes a los dirigentes cristianos, ordenó prender al obispo Severo, de cuya rectitud y ardiente celo estaba bien informado. Pues, si conseguía, a fuerza de tormentos, obligarlo a renegar públicamente de su fe, esto sería sumamente eficaz para obtener la apostasía de gran parte de las masas cristianas.

Al tener, pues, noticias el santo obispo Severo sobre las intenciones y órdenes del presidente, según refieren las actas y lo juzgamos sumamente verosímil, juzgó que era conveniente ocultarse, como habían hecho en otro tiempo San Cipriano y otros mártires, pues de este modo podía continuar alentando y sosteniendo a los fieles. Así, pues, retiróse al otro lado de la montaña, a cuyas faldas se recuesta la ciudad, y llegó al Castro Octaviano, que, según lo anteriormente indicado, era el actual San Cugat. Y por cierto la leyenda ha tejido aquí uno de aquellos inventos tan frecuentes y característicos en las persecuciones de los cristianos, cuya finalidad no es otra que hacer ver la providencia de Dios sobre los suyos. En efecto, nos refiere que, al llegar San Severo a la entrada del lugar, vio a un hortelano que estaba sembrando habas en su campo, y, reconociéndolo como cristiano, después de haberlo alentado a la constancia en la fe en medio de la persecución, le advirtió que, si venían los esbirros del presidente en busca del obispo, les dijera claramente que había pasado por allí.

Entretanto, sabiendo Daciano que el obispo Severo se había escapado y trataba de esconderse, envió un pelotón de soldados en su busca, con la orden expresa y terminante de terminar con él o traérselo preso ante su tribunal. Llegaron, pues, a la entrada del Castro Octaviano, y se encontraron con el hortelano Emeterio poco después de la conversación que con él había tenido Severo. Pero en ese breve intervalo, Dios había obrado un gran prodigio, pues las habas sembradas por el hortelano habían crecido rápidamente y estaban ya en flor. Al preguntarle, pues, los emisarios de Daciano si había visto al obispo Severo, respondióles que, en efecto, había pasado por allí. Pero, al insistir ellos sobre el tiempo en que esto había sucedido, repuso que cuando

estaba sembrando las habas. Esta respuesta excitó la furia de los soldados, pues viendo las habas ya en flor, juzgaron que aquel hombre se burlaba de ellos. Así, pues, lo prendieron y se lo llevaron consigo al Castro Octaviano.

Pero, entretanto, Severo había tomado su decisión. Sabiendo que habían llegado los emisarios del presidente, se presentó espontáneamente ante ellos, e inmediatamente fue apresado juntamente con otros cuatro sacerdotes de Barcelona que con él se hallaban. Y allí mismo, en el Castro Octaviano, se desarrolló rápidamente el sacrificio de aquellas víctimas. Los cuatro sacerdotes compañeros del obispo Severo fueron azotados bárbaramente, según la costumbre romana, y finalmente pasados por la espada. Lo mismo hicieron a continuación con el hortelano Emeterio, que se mantenía firme en su profesión de cristiano. Con todo esto pensaron que el obispo se atemorizaría y al fin ofrecería sacrificio a los dioses; pero, lejos de eso, persistía con más entusiasmo que nunca en su confesión. Azotáronlo entonces con cuerdas armadas de pedazos de plomo. Mas, como vieran que todo era inútil, tomó uno de ellos un clavo de hierro y se lo fijó sobre la cabeza, mientras otro le daba con una maza hasta clavárselo por completo.

En esta forma, el santo obispo Severo cayó al suelo exánime. Evidentemente bastaba este tormento para darle la muerte, y algunos suponen que murió inmediatamente. Pero las actas añaden que, de hecho, no había muerto, si bien los soldados lo dejaron abandonado en Castro Octaviano o San Cugat y volvieron a Barcelona; pero, acudiendo entonces los cristianos y viendo que su amado obispo estaba todavía vivo, intentaron socorrerlo; pero, de hecho, murió poco después en sus brazos mientras les daba su paternal bendición.

Otras noticias posteriores, más o menos fidedignas, nos aseguran que los restos del glorioso mártir San Severo fueron sepultados allí mismo en San Cugat, donde no mucho después se levantó una iglesia con el título de San Severo. A su lado se construyó más tarde el célebre monasterio benedictino, bien conocido todavía en nuestros días, y al derruirse aquella iglesia, las reliquias de San Severo fueron trasladadas a la del nuevo monasterio. Más tarde, a principios del siglo XV, fueron llevadas

algunas de ellas a Barcelona, y con esta ocasión se refieren algunos milagros, sobre todo el que obró con el rey don Martín de Aragón, a quien curó repentinamente una pierna que iban a cortarle. Su culto es antiquísimo en España, particularmente en Barcelona. San Severo es el modelo del obispo cristiano, con su entrañable amor hacia sus ovejas y los desvelos que por su bien material y espiritual se toma, y con el espíritu de magnanimidad y fortaleza en sobrellevar toda clase de sacrificios, tormentos y aun la misma muerte en defensa de su fe.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

CARESMAR, J., *Sanctus Severus, episcopus, et martyr, sedi, et civitati barcinonensi, noviter assertus, ac vindicatus: dissertatio historica...* (Vich 1764).
MAS, J., *Les reliques del monastir de Sant Cugat del Vallès* (Barcelona 1908).
PUIG, S., *El episcopologio de Barcelona* (Barcelona 1916).
RIBER, L., *Els sants de Catalunya,* I (Barcelona 1919).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN LEONARDO
Ermitaño († s. VI)

Una biografía del siglo XI, históricamente poco acreditada, es la que nos da datos acerca de este santo, que tuvo enorme devoción en la Edad Media en toda Francia, Alemania e Inglaterra y todo el centro de Europa. Sin duda su popularidad se debió a la multitud de milagros que se le atribuían y al entusiasmo con que hablaban de él los cruzados que lo llamaban el verdadero patrono y protector de los prisioneros. La anónima biografía citada lo hace natural de la Galia, nacido a comienzos del siglo VI e hijo de padres nobles. Rechazando seguir la carrera militar, se hizo discípulo de San Remigio y cuando éste obtuvo del rey la gracia de poder liberar prisioneros, Leonardo solicitó y obtuvo esa misma gracia, sobresaliendo por el celo que ponía en cumplir esta obra de caridad, de donde vendría que los prisioneros de las cruzadas lo invocasen como su protector. Se dice que se negó a ser obispo y en su lugar se dedicó a la vida

eremítica, y construyó una ermita dando al lugar el nombre de Nobiliacum o Noblac. Aquí perseveró en su vida santa hasta la muerte, habiendo liberado milagrosamente a numerosos prisioneros que acudían luego a darle las gracias personalmente. Su ermita evolucionó a un monasterio con el nombre de Saint-Leonard-de-Noblac, cerca de Limoges.

SAN WINOCO
Abad († 716)

San Bertino († 700) dirigió en el siglo VII el monasterio de la isla de Sithien, hoy St. Omer, que era filial del monasterio de Luxeuil, fundado por San Columbano († 615). La casa se acreditó por su observancia regular, su admirable trabajo en la transformación del lugar en una fértil llanura y por la santidad de sus monjes. Se dice que veinte de ellos figuran en los martirologios. A los cuatro años de la fundación de su abadía ya tenía Bertino 150 monjes, entre los que se encontraba Winoco, bretón o británico, no es segura la adscripción de su naturaleza, y que con otros tres compañeros había ingresado en el monasterio. Y fue entonces cuando el noble Heremar donó a San Bertino una gran extensión de terreno con una villa llamada Wormhoudt, a 18 kilómetros de Dunkerke, para que allí se estableciera una comunidad de monjes. Y efectivamente San Bertino envió un grupo de monjes a que habitara la nueva casa filial, y entre ellos estaba Winoco. A su lado se edificó un hospital que era atendido por beatas. La comunidad enseguida se vio aumentada con nuevas vocaciones y San Bertino pensó que necesitaba un abad que la rigiera y designó para ello a Winoco. Con fortaleza de alma y notable sabiduría espiritual Winoco dirigió la vida de la comunidad muchos años, logrando que la abadía prosperara así en lo espiritual como en lo temporal y consolidándose plenamente. Llegado a la ancianidad hizo dimisión de su puesto de dirigente y pidió ser empleado en humildes trabajos manuales, siéndole asignado el de molinero. Siguió dando un notable ejemplo de fe viva, de piedad intensa y observancia regular perfecta hasta su muerte, el 6 de noviembre de 716 o

quizás esa misma fecha del año siguiente, recibiendo muy pronto culto como santo.

SAN TEOBALDO DE DORAT

Presbítero († 1070)

Nacido en Chaix, junto a Limoges, estudió en Périgueux, y acabados los estudios volvió a su patria y se sintió atraído por la vida religiosa, ingresando en el monasterio de canónigos regulares de San Agustín de Dorat. Aquí tuvo por maestro a San Israel († 1014) y aprovechó en ciencia y en virtud. Por ello la comunidad quiso que se ordenara sacerdote, y como tal lo muestra el *Martirologio,* aunque algunos hayan puesto en duda que efectivamente recibiera las órdenes mayores. Su amor era el decoro de la iglesia, y por ello se le confió el cargo de custodio de la misma y sacristán, y se dice que no salía de ella sino para visitar a los enfermos. Obtuvo licencia para pasarse casi toda la noche en la iglesia haciendo penitencia y oración. Murió santamente el 6 de noviembre de 1070.

BEATA CRISTINA DE STOMMELN

Virgen († 1312)

Cristina Bruzo, nacida en Stommeln, junto a Colonia, en 1242, sintiendo el deseo de consagrarse a Dios entró a los doce años en una casa de beguinas de Colonia. Pero su poca salud la hacía imposible seguir la vida de comunidad y se vio obligada a dejarla. En el mundo siguió su vida austera y piadosa, recreándola el Señor con éxtasis y comunicaciones espirituales. El 20 de diciembre de 1267 conoció al joven dominico Pedro de Gotland, bajo cuya dirección espiritual se puso, manteniendo con él un frecuente contacto epistolar. El año 1269 recibió la gracia de la estigmatización, haciéndosele visibles las llagas en las manos y los pies en determinadas épocas del año. Entregada a la oración y practicando todas las virtudes daba un alto ejemplo de santidad a todos, sufriendo no pocas pruebas. Murió en su ciudad natal el 6 de noviembre de 1312. Se le dio desde entonces

culto como santa, constando muchos de sus hechos por la *Vida* que escribió su propio director espiritual. Su culto fue confirmado el 12 de agosto de 1908 por San Pío X. Sus reliquias se veneran en la iglesia de Jülich.

7 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Padua (Véneto), San Prosdócimo († s. III), primer obispo de la ciudad.
2. En Cesarea del Ponto, San Atenodoro († 304), obispo, hermano de San Gregorio el Taumaturgo *.
3. En Albi (Aquitania), San Amaranto († s. III), mártir.
4. En Mitilene (Armenia), San Hierón y muchos compañeros († 300), mártires.
5. En Perugia (Umbría), San Herculano († 548), obispo y mártir.
6. En Tours (Neustria), San Baldo († 552), obispo.
7. En Congresbury (Inglaterra), San Cunear († s. VI), abad.
8. En Estrasburgo (Borgoña), la conmemoración de San Florencio († 614), obispo.
9. En Echternach (Austrasia), San Wilibrordo († 739), monje y obispo de Utrecht **.
10. En el monte Galesio, junto a Éfeso (Asia), San Lázaro († 1054), estilita *.
11. En Colonia (Alemania), San Engelberto († 1225), obispo y mártir **.
12. En Pofi (Lacio), Beato Antonio Baldinucci († 1717), presbítero, de la Compañía de Jesús **.
13. En Ket Chong (Tonkín), santos Jacinto Castañeda y Vicente Le Quang Lien († 1773), presbíteros, de la Orden de Predicadores, mártires *.
14. En Zunyi (China), San Pedro Wu Guosheng († 1814), catequista y mártir *.
15. Junto a Cremona (Italia), Beato Vicente Grossi († 1917), presbítero, fundador del Instituto de Hijas del Oratorio **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN WILIBRORDO

Monje y obispo († 739)

Wilgils, el noble anglosajón, había quedado viudo. Cristiano ferviente, perteneciente a la primera generación de convertidos del paganismo, resolvió abrazar la vida solitaria. Todo lo abandonó, hasta la más dulce prenda que le quedaba: un día llamó Wilgils a la puerta del monasterio de Ripon y ofreció a Dios y al abad Wilfrido su hijito Wilibrordo.

Ripon era una abadía fervorosa; Wilfrido, un padre austero y a la vez cariñoso para sus religiosos. El hijo de Wilgils fue educado con esmero en la escuela abacial. Fue su preceptor San Ceolfrido, el mismo que años adelante debía ser, en Wearmouth, abad de San Beda el Venerable. El pequeño oblato creció en un ambiente de santidad y cultura. A los quince años ratificó libremente, con su profesión monástica, la propia donación a Dios hecha por su padre.

La vida del joven monje transcurría plácida y fervorosa al amparo de los muros claustrales cuando una fuerte conmoción vino a turbar la paz del monasterio. Había estallado un grave conflicto entre el rey Egfrido y Wilfrido, el cual, sin dejar de ser abad de sus nueve monasterios, ocupaba entonces la sede de York, la segunda de Inglaterra. Teodoro, arzobispo de Canterbury, aprovechó esta ocasión para dividir en varias diócesis el reino de Nortumbria, el gran territorio hasta entonces sometido a la sola jurisdicción espiritual del arzobispo de York, y Wilfrido, sintiéndose perjudicado en sus derechos, emprendió el camino de Roma para protestar ante el Papa. Fue entonces también cuando Wilibrordo abandonó Ripon. Tal vez fuera su propósito vivir en el destierro como su abad San Wilfrido; acaso le atrajera irresistiblemente la fama de santidad y ciencia de la vecina Irlanda. Lo cierto es que el joven monje se dirigió a la Isla de los Santos. En ella halló una nueva patria. San Egberto, noble nortumbriano que había hecho voto de vivir en tierra extraña, le acogió paternalmente en su monasterio de Rathmelsigi. San Egberto y el cenobio de Rathmelsigi debieron de imprimir

en el alma de Wilibrordo una huella duradera durante los doce años que permaneció allí.

Porque tampoco fue la abadía de Rathmelsigi el término de la peregrinación de nuestro monje. San Egberto, como tantos otros compatriotas suyos, sentía en su corazón ansias misioneras; su pensamiento atravesaba a menudo el mar y se trasladaba a las regiones del continente donde sus hermanos de raza vivían aún en las tinieblas del paganismo; Frisia atraía con preferencia su atención. Impedido por las circunstancias, no había podido llevar personalmente la luz del Evangelio a aquellas costas, pero había mandado allá a uno de sus monjes, Wigberto, el cual, tras dos años de inútiles esfuerzos, se vio obligado a regresar. Radbod, rey de los frisones, se mostraba adversario irreductible a toda predicación cristiana. Pero Egberto, sin desanimarse, aguardaba la ocasión propicia. Ésta se presentó en 689, cuando el rey Radbod fue vencido por Pipino II, duque de Austrasia, y toda la Frisia meridional cayó en poder de los francos. Egberto designó entonces un grupo de doce monjes que debía dirigirse a Frisia. Al frente de los misioneros puso a Wilibrordo. Era el año 690.

No era fácil la tarea confiada a Wilibrordo y a su pequeña hueste monástica. El pueblo germánico de los frisones, que entonces ocupaba la desembocadura de los grandes ríos que mueren en las costas de los Países Bajos, constituía un campo rebelde a todo cultivo. Aquellos bárbaros de estatura imponente, barba rubia y largas melenas eran guerreros feroces, testarudos, apegados a sus viejas tradiciones y extremadamente amantes de su libertad e independencia. El poder romano nunca había sido estable en Frisia, y el cristianismo, que por vez primera había penetrado en la región con los funcionarios merovingios como religión de los invasores, no parece que alcanzara ninguna o muy pocas simpatías. Bien es verdad que en 678 San Wilfrido de York, camino de Roma, había penetrado hasta el corazón del país y conseguido algunos éxitos, mas también entonces la evangelización había chocado contra la resistencia del rey Radbod. Wilibrordo y sus compañeros, pues, debían trabajar en terreno prácticamente virgen. Pero aquellos monjes eran valientes y emprendedores. Les impulsaba el amor de Cristo, confiaban

plenamente en Dios, pero no despreciaban la ayuda de los hombres. Experiencias ajenas habían probado que nada duradero podía llevarse a cabo sin el apoyo de los francos, y Wilibrordo buscó la protección de Pipino II. Su acción, para ser eficaz y legítima, debía tener la aprobación del Sumo Pontífice, y Wilibrordo corrió a Roma para conseguirla. Pipino II otorga su protección a los misioneros venidos de Irlanda, y el papa Sergio I colma a Wilibrordo de bendiciones, reliquias, objetos de culto y libros. La espada de los francos y los alientos de la Sede romana sostendrán la misión monástica de Frisia. La parte meridional de la vasta región, que se encontraba en poder de los francos, será el teatro de los afanes apostólicos de Wilibrordo y los suyos. Su predicación constante, inflamada por la caridad, no tarda en verse premiada con numerosas conversiones. La misión, conducida con habilidad y celo, progresa rápidamente. Y como las relaciones entre Pipino II y Radbod se hacen más amistosas y la paz parece asegurada por largos años, si no para siempre, parece llegado el momento de consolidar la naciente cristiandad frisona con la erección de una diócesis. Wilibrordo emprende nuevamente el largo camino de Roma (695), donde es recibido paternalmente por Sergio I. Al regresar poco después al campo de sus afanes, Wilibrordo posee ya la consagración episcopal, recibida de manos del Papa, quien le había otorgado también el palio, señal del favor apostólico. Frisia había sido constituida en iglesia sujeta inmediatamente a la Sede romana.

Pipino II regaló al arzobispo de los frisones el ruinoso *castrum* romano de Utrecht, donde surgió muy pronto la basílica del Salvador, la escuela y la residencia del arzobispo y sus clérigos. Utrecht, fue, pues, el centro de la nueva diócesis. Pero quiso, además, Wilibrordo, conforme al método benedictino que le trajo al continente europeo, fundar un monasterio destinado a servir de base a la acción misionera. La abadía se presentaba como el tipo concreto de la vida religiosa y social, y los monjes la señalaban como ejemplo a los que pretendían convertir al cristianismo. El monasterio de San Wilibrordo y de la misión de Frisia fue Echternach, situado prudentemente en Luxemburgo, es decir, en territorio franco, lejos de los riesgos de la vanguar-

día misionera. Cada dos años iba regularmente Wilibrordo a pasar unos meses de reposo y recogimiento en su querida abadía, su residencia favorita.

Entretanto se revelaban las bellas cualidades del arzobispo de los frisones. Era, según testimonio de San Bonifacio, varón «de gran santidad y de austeridad maravillosa», pero bueno y paternal para los otros. Típico anglosajón paciente y tenaz, humilde y hábil, celoso y realista, dotado de voluntad inquebrantable y prudencia nunca desmentida, Wilibrordo tenía temple de gran conductor de hombres, de gran organizador. La única preocupación que le guiaba en todas sus acciones era la salvaguarda y consolidación de su obra. Sus ansias apostólicas no desbordan los límites de lo que le parecía seguro. Verdad es que intentó evangelizar la Frisia del Norte y hasta estuvo en Dinamarca movido por el mismo impulso misionero; pero pronto comprendió que era empresa prematura y regresó a su campo de acción, el territorio dominado por la espada de Pipino II. No es que fuera un cobarde, un pusilánime: en cierta ocasión destruyó un ídolo con peligro de su vida y en momentos difíciles se mantuvo firme ante la ira del rey Radbod. Pero Wilibrordo nada tenía de aventurero. Iba siempre a lo seguro y positivo. Sus catecúmenos no fueron jamás bautizados rápidamente ni en masa; cada uno de ellos debía someterse a una seria preparación individual. Y así su obra no tuvo dimensiones enormes y espectaculares, pero fue segura y durable.

Esta obra, sin embargo, sufrió un rudo golpe a la muerte de Pipino II (714), cuando los frisones intentaron rechazar el yugo de los francos. Wilibrordo se retiró precipitadamente a Echternach, y los monjes pudieron entonces apreciar la prudencia de su abad y arzobispo que les había preparado aquel refugio seguro. Cuando Carlos Martel restableció la paz (718), Wilibrordo había alcanzado ya los sesenta años de edad. Pero no soñaba todavía en descansar; ni siquiera se lamentó ante los estragos causados por aquellos años destructores. La obra de su vida estaba casi totalmente arruinada. Él y sus monjes empezaron animosamente a rehacerla. En este tiempo difícil tuvo Wilibrordo un precioso ayudante en un monje compatriota suyo, Winfrido, el

futuro San Bonifacio, apóstol de Alemania. Y la cristiandad de Frisia fue restaurada.

San Wilibrordo murió muy probablemente en Echternach el 7 de noviembre del año 739. Las últimas noticias que de él poseemos nos las proporciona San Beda el Venerable en 734. Wilibrordo —dice— «inflige todos los días derrotas al diablo; a pesar de su ancianidad combate todavía, pero el viejo luchador suspira por la recompensa eterna».

GARCÍA M. COLOMBÁS, OSB

Bibliografía

Acta sanctorum. Novembris, t.3 p.435-451.
Analecta bollandiana 3 (1934) 436-437.
ERENS, M. A., *Saint Willibreond* (Tongerloo 1939).
GÖTZINGER, N. (ed.), *Willibrordus: Willibrond* (Luxemburgo 1940).
MABILLON, J. - D'ACHERY, L., *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti,* III/1 (París) 603-618.
VERBIST, G. H., *Saint Willibreond* (Lovaina 1939).
— *Saint Willibreond, apôtre des Pays-Bas* (París-Lovaina 1939).

SAN ENGELBERTO DE COLONIA

Obispo († 1225)

Pocos casos habrá en el santoral cristiano en los que tanto concurran con la santidad la nobleza de linaje, el poder temporal, la riqueza familiar, las actuaciones políticas, la potestad eclesiástica y el despliegue de las más diversas incumbencias pastorales... Pese a todo ello, quizás el nombre de San Engelberto, arzobispo de Colonia, habría quedado registrado poco más que en el episcopologio coloniense del siglo XIII de no haber sucumbido trágicamente, el 7 de noviembre de 1225, a manos del vengativo Federico de Isemburg en territorio de Westfalia. Al instante esta muerte trajo el recuerdo de la de Thomas Becket, el santo arzobispo de Canterbury, asesinado sólo medio siglo antes (1170), y así se hizo patente en las palabras entonces pronunciadas por el cardenal legado Conrado di Porto: «Estamos ante un mártir, un segundo Tomás Becket».

Nació a finales del siglo XII, en torno al 1185, y fue el segundo vástago del matrimonio formado por el conde Engelberto de Berg y Margarita de Gueldra, que, como sucedía con tantos otros segundones, lo destinaron desde el principio a la carrera eclesiástica. Todavía adolescente, fue nombrado en 1199 preboste de San Jorge y San Severino de Colonia y canónigo de Santa María de Aquisgrán. Las prebendas se le siguieron acumulando: en el 1203 fue designado preboste de la catedral de Colonia.

Eran años de fuertes contiendas entre los partidarios del Papa, güelfos, y los del emperador, gibelinos. En este momento contendían por el imperio el partido gibelino, representado por Felipe de Suabia, y el güelfo, por Otón de Brunswick, favorecido del papa Inocencio II. Triunfó Otón, con el consiguiente quebranto de los gibelinos a los que se había adherido Engelberto y el mismo arzobispo de Colonia, Adolfo I, su primo. Ambos fueron depuestos y excomulgados por el Papa en 1206. La cosa tuvo remedio dos años después, tras el sometimiento de Engelberto. El Papa lo repuso en sus pingües cargos eclesiásticos, imponiéndole como penitencia la incorporación a la cruzada contra los albigenses que estaba en marcha desde hacía algunos años... La fortuna le sonrió de lleno en 1216, al ser elegido arzobispo de Colonia el 29 de febrero por el Cabildo de esta Catedral. Inocencio III seguramente mantenía sus reservas: la consagración episcopal se retrasó más de un año (24 de septiembre de 1217) y el palio arzobispal no llegó hasta pasado un año más.

Engelberto apenas rebasaba los treinta años. Y ahora comienza a desenvolverse su ministerio episcopal, acreditándose como gran pastor. De entrada tuvo que emplearse a fondo en la tarea pacificadora: su diócesis se hallaba sumamente desunida, después de prolongadas luchas políticas. Era grande, además, la descomposición moral. A todo hizo frente, contando con la savia nueva de dominicos, franciscanos y cartujos establecidos en Colonia ya en 1220 bajo su mano protectora. ¿Cabe atribuir a estas órdenes algún influjo decisivo en la misma espiritualidad de Engelberto? Sus biógrafos recalcan su interés por un culto esplendoroso, su tierna devoción a la Santísima Virgen y su

amor a los pobres, combinando la magnanimidad con la humildad y la dulzura con la fortaleza. Con razón es considerado como uno de los más grandes arzobispos que rigieron la diócesis de Colonia.

Por las circunstancias del momento, el gran arzobispo vino a ser, al mismo tiempo, un gran príncipe secular, defendiendo los derechos de la Iglesia frente a las abusivas pretensiones de la nobleza, en beneficio del pueblo humilde. Sus poderes se vieron acrecentados, a la muerte de su hermano Adolfo, al asumir la sucesión en el condado de Berg. Gracias a sus inteligentes alianzas y a su fuerte poder defensivo, Colonia se convirtió en un estado firme, resultando Engelberto uno de los más poderosos príncipes de Alemania. Así las cosas, a nadie pudo extrañar que en 1220 Federico II lo eligiera regente de Alemania y tutor de su primogénito Enrique. Dos años después el mismo Engelberto coronaba a Enrique en la Catedral de Aquisgrán.

Como no podía ser menos, las actuaciones valientes del gran príncipe y pastor suscitaron la enemistad de algunos nobles, especialmente los condes de Clèves y Limburg. Con Federico de Insemburg, se produjo un gran conflicto. Gozaba éste de la protectoría hereditaria del poderoso monasterio de Essen, y lejos de proteger, se conducía despóticamente en los dominios de dicho monasterio. Engelberto se vio obligado a intervenir, exacerbando el odio del «protector». Iba el santo arzobispo camino de Schwelm para consagrar allí una iglesia, cuando Federico de Insemburg le salió al paso acuchillándolo sin piedad el 7 de noviembre de 1225. Sólo tenía cuarenta años. Como apuntábamos al comienzo, fue considerado mártir desde el primer momento. Un año después, el 24 de febrero de 1226, su cuerpo era trasladado solemnemente a la iglesia-catedral de Colonia. Su veneración como santo arranca, sobre todo, del año 1583, en el que aparece inscrito su nombre en el *Martirologio romano,* fijando su fiesta el 7 de noviembre, día de su martirio.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

FASTENRATH, J., «Engelberto I conde de Berg y arzobispo de Colonia»: *Revista Europea* 153 (1877) 105-109.

LOTHMANN, J., *Erzbischof Engelbert I. von Köln (1216-1225). Graf von Berg, Erzbischof und Herzog, Reichsverweser* (Colonia 1993).

SOLLBACH, G. E., «Der gewaltsame Tod des Erzbischofs Engelbert I. von Köln am 7. November 1225. Ein mittelalterlicher Kriminalfall»: *Jahrbuch des Vereins für Ort- und Heimatkunde in der Grafschaft Mark* 93-94 (1995) 7-49.

BEATO ANTONIO BALDINUCCI

Presbítero († 1717)

Piadoso y celoso predicador jesuita que recorrió ciudades y aldeas proclamando el Evangelio de la conversión y del amor, de la paz y del servicio a la Iglesia, de la esperanza en la misericordia del Señor. Participó con ilusión en aquella oleada de misioneros ambulantes que iban anunciando el Evangelio el siglo XVI y XVII a las gentes sencillas, las cuales acudían sin cansancio a los templos y con frecuencia a las plazas, para escuchar a predicadores de paso y para instruirse en las verdades cristianas. El P. Antonio fue uno de los más afortunados de la Italia central, pues las gentes llegaban en tropel para escucharle. También se acercaban a él para recibir la absolución, una vez que sus corazones se sentían transformados en lo humano por su palabra sencilla y persuasiva y en lo divino por la acción misteriosa de la gracia.

Había nacido en 1655 y su ideal se orientó al apostolado de las misiones populares, sobre todo en las regiones campesinas. Habría querido marchar a China o al Japón. Pero Dios tenía otros designios para él. La gente que le escuchaba con admiración y fe pronto le fue considerando un santo religioso, pues él mismo daba ejemplo de lo que decía y nunca predicaba nada que él no cumpliera. Los milagros también brotaban con naturalidad de sus manos y como respuesta a sus plegarias. Ellos fueron diciendo a su paso que sus anuncios venían de Dios.

Su padre, Felipe Baldinucci (1624-1696), fue un inspirado escritor de temas artísticos y de sabrosos comentarios sobre música, artes y costumbres religiosas. Pasaría a la Historia por hermosas y ambiciosas obras sobre arte en una Florencia que

chorreaba creatividad por todos sus poros en aquellos años del renacimiento tardío italiano. Se suelen estudiar todavía algunas de sus producciones, como la titulada «Noticias de un profesor de dibujo», el «Vocabulario toscano del arte del dibujo» o la «Vida del Caballero Lorenzo Bernini», que le había encargado la reina Cristina de Suecia para su Corte refinada y admirada ante el arte italiano.

Quiere ello decir que la infancia del niño Antonio se desarrolló en ambiente culto y desahogado, en el seno de una familia sensible a la belleza, abierta al progreso y sobre todo llena de piedad, de elevado nivel espiritual y de buenas relaciones sociales. En ella los cinco hijos que habían nacido fueron especialmente sensibles a las llamadas de Dios: uno se hizo dominico, otro fue sacerdote secular, y él se sintió reclamado por la Compañía de Jesús.

Antonio, que había recibido este nombre por la devoción de su padre a San Antonio de Padua, conoció a los jesuitas por las hermosas labores que realizaban en Florencia, la Ciudad señorial de los duques más poderosos de Italia. El ambiente se hallaba todavía impregnado por el aroma estético y espiritual de los mayores genios del arte italiano: Bocaccio, Dante Alighieri, Bruneleschi, Cenni di Pepo y Mantegna. Figuras de esta talla habían hecho del entorno florentino un emporio de artistas dignos y audaces rivales de Roma, aunque muchos de ellos fueron reclamados por la atractiva sede de los Papas. Antonio respiró aires de grandeza, de espiritualidad y de conquista, aunque su espíritu se mantuvo alejado de esos derroteros, a pesar de que el ambiente familiar se movía con toda seguridad y apertura en las referencias al arte, a la nobleza y a las cuestiones mundanas, dada la profesión paterna.

Decidió hacerse jesuita. Llevaba al entrar en la Compañía de Jesús en 1681, a sus 17 años, una vocación decidida, nacida en la piedad del hogar y desarrollada en los ejercicios devotos que abundaban en la ciudad de Florencia en sus años juveniles. El motor vocacional de su primer compromiso fue su afán misionero. Se hablaba tanto de las misiones del Oriente, que él soñó desde adolescente con marchar para China o Japón, en donde trabajaban tantos jesuitas.

Sin embargo, pronto se dio cuenta de que no podría realizar sus deseos. En la Compañía elegida se hacía lo que mandaba la obediencia al superior. Además él era limitado de estatura y frágil de salud. Sus compañeros de estudio le llamaron pronto el «pequeño angelito», pues era bajo y flaco, frágil y sonriente, candoroso y piadoso. Se ganaba con facilidad el afecto de cuantos le conocían. Pero no podía resistir muchas fatigas. Comprendió que China o Japón quedaban muy lejos de sus posibilidades. Se tuvo que contentar con escuchar y admirar las hazañas que tantas veces referían los muchos misioneros que viajaban y regresaban de aquellas tierras.

Fue ordenado sacerdote en 1695, después de haber emitido los votos religiosos en la Compañía y de haber superado las diversas pruebas y estadios de formación que pronto comenzó a poner la Compañía de Jesús para todos los que aspiraban a ingresar en sus filas. Sus estudios de Teología y su formación en el arte de predicar se desarrollaron en la misma casa de Florencia en la que había sido admitido. En ella quedó al terminarlos y desde ella organizó sus cada vez más frecuentes correrías apostólicas.

Su sencilla y humilde figura, de apariencia endeble y enfermiza, le había puesto, en los primeros años, en la frontera del rechazo por parte de los superiores. Pero su piedad y su sentido de la oración, junto al ardiente deseo de hacer el bien, le sirvieron de escudo protector. Fueron los rasgos que le permitieron superar las pruebas que se le presentaron con frecuencia y que superó con su gran confianza en la Providencia.

Su primer apostolado fue la enseñanza en Florencia. Pero no fue capaz de soportar las fatigas de las explicaciones. Era claro de mente y fácil de palabra. Tenía ideas propias y se hacía entender, sin elevar con gritos de predicador de aldea sus exposiciones de cátedra. Pero su responsabilidad y las largas vigilias con las que preparaba sus lecciones de cátedra le resultaron fatigas excesivas y agotadoras. Por eso recibió con alegría otra misión que a simple vista parecía más llevadera: la de predicar en los entornos de Roma. Siguió algún tiempo como docente en los colegios jesuitas de Terni y de Roma.

Estando en la Ciudad Eterna cayó gravemente enfermo en 1692. Pero a duras penas pudo reponerse con algunas medicinas

que le hicieron posible la curación cuando estaba prácticamente desahuciado y se esperaba su muerte. Los sahumerios e infusiones, entre los que la hierba del tabaco parece que jugó un papel importante, le mantuvieron en este mundo, pero sin saber ya a qué podía ser destinado un hombre tan débil y tan inservible ya.

Sin embargo Dios no tiene con frecuencia los mismos cálculos de los hombres, o acaso sea mejor decir que los hombres no son capaces siempre de ver las cosas al estilo de Dios. El P. Antonio se dedicó poco a poco a predicar por los pueblos y las aldeas, sobre todo de las regiones de Frascati y Viterbo. Él que no pudo entregar su vida en las lejanas misiones del Asia ni resistir explicaciones de cátedra, quemó con admirable ardor y con fama creciente de eficaz predicador e infatigable confesor los años que iba a durar su vida religiosa. Los pueblos italianos conocieron con frecuencia su palabra desde 1693 hasta su muerte en 1717, es decir durante casi un cuarto de siglo. No descansó un solo día en una tarea agotadora. Recorría todos los lugares, iglesias y plazas de la región italiana central. Se centraba en el texto del Evangelio y decía en cada lugar lo que Dios le inspiraba, que era mucho y siempre adaptado a las circunstancias de los tiempos y a las necesidades de las personas.

Hablaba durante horas y hasta cantaba como un juglar que anuncia la esperanza y la paz. Recordaba las bellas canciones que había aprendido con su padre cuando era niño y tenía selectas melodías que atraían a la gente a sus sermones. Él mismo componía las letras piadosas y algún hermano o amigo, que le acompañaban a veces, le ponían las músicas o reforzaban su voz con el sonido de instrumentos. Eran los lenguajes del tiempo que en los oídos de los campesinos italianos, musicales y sencillos, mejor podían ser entendidos.

Las gentes le esperaban ansiosas por su palabra candorosa, piadosa, creativa. Organizaba procesiones para que los diversos grupos confluyeran a los lugares de predicación rezando y cantando. Sus reflexiones resultaban cautivadoras y su empeño incansable. Corría y recorría todos los sitios en que pudieran escuchar sus reflexiones. Hubo días en que hizo cincuenta millas con tal de poder anunciar el nombre y los hechos del Señor Jesús al que tanto amaba y hacía amar.

Se decía de él que hablaba con unción y que siempre reservaba alguna sorpresa para sus oyentes. También tenía sus trucos y recursos para que la gente sencilla le escuchara mejor. Llevaba a veces una calavera en la mano y decía a los oyentes que la miraban con natural respeto:

> «Amigos, ¿qué veis aquí? ¿Dónde están tus ojos que gustan tanto de ver cosas curiosas por el mundo? ¿Dónde están tus orejas que tenían tanto interés en escuchar cosas hermosas? ¿Dónde está tu lengua tan deseosa de saborear manjares y de hablar?».

La gente seguía en silencio y se aprovechaba de aquellas reflexiones y de aquellos gestos que a todos hacían pensar en la brevedad de la vida y en la necesidad de mejorar la conducta propia. Luego terminaba su predicación con palabras de consuelo, con invitaciones a la virtud y con algún cántico piadoso, entre los cuales siempre entonaba algunos conocidos como el que empezaba: «Jesús, Jesús, yo quiero morirme de amor».

A sus tareas apostólicas añadía una vida intensa de oración y de penitencia que rayaba en la exageración. Cada predicación iba precedida de larga plegaria, de manera que su jornada agotadora resultaba ya de por sí un desafío para los que conocían su fragilidad y su poco robusta constitución. Escribía sus sermones con profunda inquietud por el bien de las almas. Y a veces los comentaba con sus más cercanos seguidores.

En una de sus correrías pasó por el santuario que había en la colina llamada Cerro Prado. Allí se veneraba la imagen de la Virgen de la Encina desde 1690. Obtuvo una copia de la Virgen y la llamó «Santa María, Madre del Refugio». La encuadró en un precioso marco y la mostraba a todos los oyentes en sus correrías apostólicas. Decía de ella que era la Patrona de las Misiones populares y la proclamaba como «Refugio de los pecadores». La advocación fue teniendo fortuna y se comenzó a decir con frecuencia en público y en privado «Refugio de los pecadores, ten piedad de nosotros», invocación que pronto quedó incluida en las letanías marianas. Esa imagen y lo que representaba multiplicó de tal forma las conversiones que el piadoso Baldinucci se sintió movido a solicitar su coronación al Papa. Clemente XI accedió de buen grado y delegó al cardenal Aníbal Albani para que coronara solemnemente la imagen del santuario de Cerro Prado el 4 de julio de 1717 en Frascati.

El santo misionero escribió entonces: «Cuánto se enfureció el demonio por esta coronación...». Fue uno de los últimos actos apostólicos que realizó en su vida, pues cuatro meses después le sobrevino su fallecimiento. Éste se produjo durante la última de sus misiones en Forlì, cerca de Veroli, después de dirigir una procesión por él organizada el 16 de octubre de 1717 en la localidad. Una turba de más de cuatro mil personas se dirigió desde Castro de Volschi al santuario mariano. El predicador ya no pudo terminar la procesión. Se había albergado en el palacio de la familia De Carolis y durante seis días había estado continuamente predicando y confesando. Una fiebre intensa le invadió y, en la mañana del 7 de noviembre de 1717, Antonio Baldinucci entregó su alma a Dios teniendo entre sus manos el Crucifijo y dirigiendo los ojos al cuadro de la «Madre refugio de los pecadores».

Sólo tenía 52 años de edad y pensaba recorrer muchos lugares más, a pesar de que se sentía debilitado en sus fuerzas corporales. Le acompañaba en la última correría el también jesuita Giuseppe Mossi, llegado desde Frascati para colaborar en la misión tan fecunda espiritualmente. Revestido de los sagrados ornamentos sacerdotales fue sepultado en el sepulcro de la misma familia De Carolis, en las cercanías del convento de los franciscanos.

Los hechos prodigiosos que acompañaron a sus funerales y los que siguieron dándole fama de santo en labios de sus devotos que le siguieron invocando como intercesor celeste, mantuvieron vivo su recuerdo y fueron motor de la devoción que se le tuvo. Ello dio motivo para que el papa León XIII le beatificara el 16 de abril de 1893.

Una frase que había repetido muchas veces quedó flotando en su camino, que había terminado tan rápidamente. Decía:

> «De todo lo que oigas quédate con lo bueno y deja que se olvide lo malo. Vive siempre con tu corazón libre y aspira a las cosas grandes. No temas los males ni trates de curarlos todos. Sólo pon tu empeño en aquellos que tienen remedio».

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

BARGELLINI, P., *Mille santi del giorno* (Florencia 1977).
GALLUCCI, F. M.ª, *Vita del p. Antonio Baldinucci della Compagnia di Gesù* (Roma 1729).

BEATO VICENTE GROSSI

Presbítero († 1917)

El siglo XIX fue, para la Iglesia católica en Europa, una centuria de graves perturbaciones y, para la sociedad en general, una época de revoluciones sociales y políticas y de profundas transformaciones; pero fue también campo abonado que dio cosechas espléndidas en frutos de santidad, en fundaciones de nuevas congregaciones religiosas, en renovaciones fructíferas y en la profundización del espíritu cristiano en amplias zonas de la vida eclesial y social. El balance tiene que ser objetivamente positivo, prueba de que el Espíritu de Dios, que constantemente renueva la faz de la tierra, en medio y a pesar de las tensiones y de los contratiempos, pasó también por aquel siglo atormentado y siguió su avance hacia el siglo que poco ha hemos clausurado y que, en buena parte, fue heredero de la buena semilla que dio su fruto, a pesar de los espinos y de las malas hierbas que trataron de ahogarla.

Hoy —un 7 de noviembre de principios del siglo XX— aconteció el nacimiento para el cielo de un celoso párroco que gastó su vida repartiendo evangelio en su propia parroquia y entregando con él su vida entera. El Beato Vicente Grossi forma parte de la legión de estupendos párrocos que, en el seno de sus feligresías, con una labor callada y humilde, fueron guías de los fieles en la adhesión y en el testimonio de Cristo y en la comunión con la Iglesia, por la tarea de la formación permanente de cuantos cristianos y cristianas, desde el propio hogar y ejerciendo su profesión o tarea en la sociedad, avanzaron en el camino de la santificación extendiendo el reinado de Cristo en el mundo.

Vicente Grossi nació el 9 de marzo de 1845, último de los siete hijos de Baltasar y de Magdalena Capellini. El pequeño pueblo de Pizzighettone, en la diócesis italiana de Cremona, acogió su cuna. Renació para el Reino de los cielos el mismo día

de su nacimiento terrenal. El 23 de marzo de 1854 recibió el sello del don del Espíritu Santo y dos años después comulgó por primera vez del pan de la vida, completando así su iniciación cristiana, que daría un espléndido fruto de santidad.

La educación cristiana que recibió en su hogar inclinó al pequeño Vicente hacia el sacerdocio. Pero las difíciles circunstancias de la época retrasaron el progreso de su vocación. Sólo a los 19 años, en 1864, pudo entrar en el seminario diocesano de Cremona. Después de cuatro años de internado y de estudios, recibió la ordenación sacerdotal el 22 de mayo de 1869.

Don Vincenzo acogió el don del sacerdocio como una consagración total al servicio íntegro de su vida y persona a Dios y al bien de los fieles. Primero sirvió como coadjutor en varias parroquias: en la de San Rocco, Sesto Cremonese, Ca' de' Soresini; fue luego nombrado párroco de Regona. En 1883 fue enviado a Vicobellignano, al frente de cuya parroquia permaneció hasta el fin de sus días.

«Maestro y padre» son las dos palabras bíblicas que mejor definen la obra apostólica de este santo párroco. Maestro, como predicador de la Palabra divina, repartida con generosidad y abundantemente a los hijos de Dios que le habían sido encomendados. Padre, por engendrar y dar crecimiento en todos ellos y llevar a perfección la vida divina que, por los sacramentos, les administraba.

Puso especial empeño en apartar a su pueblo de los halagos del pecado. Promovió la participación en los sacramentos para que todos llevaran una vida de acuerdo con su vocación cristiana. De una forma muy intensa, se dedicó a la formación religiosa de los niños y de los jóvenes, pues veía en ellos la esperanza de la familia, de la sociedad civil y de la Iglesia cada vez mejores. Su caridad le movía a visitar y a asistir a los enfermos y a socorrer a los necesitados.

Con prudencia y caridad admirables, esquivó el proselitismo de los metodistas que, en aquellos tiempos en que la sociedad civil se abría a la libertad de cultos, se habían hecho presentes y activos en su parroquia.

El bienaventurado párroco tuvo el ideal de formar en su parroquia un grupo de jóvenes bien dispuestas, que fueran sus co-

laboradoras en la formación moral y religiosa de la juventud femenina. De esta iniciativa pastoral surgió el Instituto que luego fundaría. Ya en Regona había preparado para la vida religiosa a un grupo de hijas espirituales suyas. En Vicobellignano dio forma definitivamente al «Instituto de las Hijas del Oratorio», a las cuales dio las reglas y constituciones que él mismo había redactado. El nombre de la congregación se inspira en la labor apostólica de San Felipe Neri, declarado patrono de la congregación, fundador de los *Oratorios* en la Roma del siglo XVI para formación y esparcimiento de la juventud. Los años 1885-1895 constituyeron un tiempo de experiencia para la pequeña comunidad que don Grossi había reunido. El obispo de Lodi, mons. Giovanni Battista Rota, acogió las primeras religiosas del Oratorio en Maleo, cerca de Milán, donde ejercía su ministerio el arcipreste don Pietro Trabattoni, que era muy amigo de don Grossi. En 1894 cuatro jóvenes hijas del Oratorio, entre las cuales estaba la que ha sido considerada fundadora del Instituto, Ledovina María Scaglioni, empezaron a cursar estudios de magisterio. En Lodi se estableció en 1901 la casa generalicia. El 1895 fue elegida la primera superiora general del Instituto, sor Maria Caccialanza, a la que sucedió en 1900 sor Ledovina.

Después de una visita pastoral a Vicobellignano en diciembre de 1900, el obispo de Cremona, mons. Jeremías Bonomelli, aprobó las constituciones del Instituto, el 20 de junio de 1901, tras superar no pocas vacilaciones. Entonces recomendó las «Hijas del Oratorio» a los párrocos.

Con tales auxiliares, el celoso párroco pudo ver incrementado y extendido su radio de acción y aumentada su eficacia.

El párroco de Vicobellignano no se limitó a la atención espiritual de su feligresía, sino que, fuera de la misma, fue de gran provecho su predicación en parroquias vecinas adonde era invitado por sus compañeros sacerdotes.

> «Si grande fue su solicitud pastoral hacia los otros, mayor aún fue su afán para conseguir ser él mismo ejemplo de virtud para todos —escribe Pablo VI en la bula de beatificación—. Movido por este propósito se entregaba a la oración de día y de noche, bebiendo del augusto sacramento de la Eucaristía abundante luz y fuerza; reverenciaba y obedecía a su obispo; su fe fue como la de Abrahán, creyó contra toda esperanza (Rom 4,18); fiel al precepto

evangélico de la caridad, con amor paterno abrazaba hasta a los enemigos; acogía a todos con la sonrisa en el rostro y con palabras amables; varón de suma integridad y de inocencia moral, no cesaba en su empeño de afligir su cuerpo con vigilias, ayunos y mortificaciones; llevado de una natural inclinación de desprecio a las dignidades humanas, las rehusó siempre; confortado sobrenaturalmente por la fe y la esperanza, soportó siempre lo más adverso en silencio. Solía describir sus aflicciones espirituales con estas palabras: "¡Cruz en la tierra, gozo en el cielo, siempre y en todas partes el amor!".

A los 72 años de su vida, el 7 de noviembre de 1917, emigró de esta tierra a los gozos del cielo, confortado con los últimos sacramentos, que recibió con gran devoción y edificación de cuantos lo rodeaban, entre los cuales dejó una gran fama de santidad.

La Congregación de las Hijas del Oratorio, fundada por el Beato Grossi, fue creciendo y superando algunas crisis que sobrevinieron en 1912 porque algunas hermanas creían que el fundador con sus nuevas reglas había desdibujado el rostro primitivo del Instituto. Unas aclaraciones de don Grossi pusieron fin a tales críticas. Las Hijas del Oratorio recibieron el *decretum laudis* de la Santa Sede el 20 de mayo de 1915. Entonces las hermanas eran 90 en 24 casas. La aprobación definitiva fue firmada el 29 de abril de 1926. En 1940 las hijas de don Grossi abrieron casa en Santa Pudenciana de Roma y en 1952 fundaron una más en la ciudad eterna, por invitación expresa de Pío XII. En 1966 el Instituto se estableció en Argentina. En 1975 la congregación contaba con 67 casas, 444 profesas y 7 novicias.

La causa de canonización del siervo de Dios Vicente Grossi siguió estos pasos hasta su beatificación: en 1947 se realizaron en Lodi los procesos informativos; la Congregación de Ritos aceptó la causa el 2 de abril de 1954; entre 1955 y 1958 fueron instruidos y llevados a cabo los procesos apostólicos sobre sus virtudes en las diócesis de Lodi y de Cremona. El 10 de mayo de 1973 Pablo VI promulgó la heroicidad de sus virtudes teologales y cardinales, declarándolo venerable. El 3 de octubre fueron aprobados dos de los milagros, obrados por su intercesión.

En la fiesta de Todos los Santos, en el Año Santo universal de 1975, Pablo VI lo beatificó en la Plaza de San Pedro del

Vaticano ante una multitud de fieles, que aclamaron a otros cuatro nuevos beatos, entre ellos el español, canonizado luego en 1992, P. Ezequiel Moreno Díez, obispo de Pasto en Colombia. Aquel primero de noviembre, 25 aniversario de la proclamación por Pío XII del dogma de la Asunción de Nuestra Señora, el Papa del Concilio Vaticano II predicó en la homilía:

> «Vicente Grossi, sacerdote cremonés, fundador de las Hijas del Oratorio: he aquí otro apóstol de la juventud y un ejemplo sereno y convincente para los sacerdotes dedicados directamente a la cura de almas, nuestros estupendos párrocos de todo el mundo, que encuentran en él un nuevo modelo de santificación y de celo. Fue párroco durante 44 años, cumpliendo todos los quehaceres que tal vida lleva consigo, desde la predicación puesta al día y viva, hasta el delicado desvelo por los enfermos, desde las tareas espirituales hasta las administrativas. La entrega, que en él estaba inflamada por una fe profunda, lo impulsa sobre todo a pensar en la niñez y en la adolescencia, a quienes dedica sus cuidados, y para ellas funda el Instituto de las Hijas del Oratorio, que se ocupa especialmente del catecismo en las parroquias: sencillo, grande, insustituible apostolado, sin el cual no se pone fundamento alguno en la vida cristiana. Don Grossi fue así: con la solidez de sus generosas virtudes, escondidas en el silencio, purificadas por el sacrificio y la mortificación, refinadas por la obediencia, ha dejado un surco profundo en la Iglesia que hoy lo propone como modelo y le reza como intercesor».

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 67 (1976) 660-665, 742-744; 68 (1977) 168-170.
Bibliotheca sanctorum. VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma 1965) cols.409-410.
L'Osservatore Romano (2-11-1975).
L'Osservatore Romano (ed. en español) (9-11-1975).
PELLICCIA, G. - ROCCA, G. (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione,* III (Roma 1976) cols.1662-1663.
SACRA RITUUM CONGREGATIONE, *Positio super introductione causae* (Roma 1954).
SALVADERI, C., *Il servo di Dio D. Vincenzo Grossi, fondatore dell'Istituto Figlie dell'Oratorio* (Lodi 1955).

C) Biografías breves

SAN ATENODORO
Obispo († 304)

Atenodoro fue hermano menor del gran obispo San Gregorio el Taumaturgo y él mismo considerado una lumbrera de la fe en su tiempo. Era natural de Neocesarea del Ponto, donde debió nacer en los primeros años del siglo III en el seno de una acomodada familia que aún no había llegado a la fe cristiana. Fue a raíz de la muerte del padre, sucedida hacia el 227, cuando su hermano y él entraron en contacto con el cristianismo. Ambos estudiaron en Beyrut, de donde pasaron a Cesarea de Palestina y durante cinco años ambos hermanos fueron discípulos del gran maestro alejandrino Orígenes. Pasada ya la persecución de Maximino, hacia 238 ambos hermanos regresaron al Ponto con su madre. Y entonces la comunidad cristiana, teniendo en cuenta la excelente preparación de ambos, pese a ser jóvenes, decidió su ordenación episcopal. Aunque se ha dicho que Atenodoro fue obispo de Amasea, esta noticia no se avala con los escritores más antiguos, y por ello hay que decir que no se sabe de qué sede fue obispo. Estuvo presente en el primer sínodo de Antioquía en que se condenó la enseñanza de Pablo de Samosata el año 264, pero no estuvo en el tenido cuatro años más tarde cuando se llegó a la deposición del citado hereje. Su muerte se suele situar con posterioridad al año 270. El anterior *Martirologio romano* colocaba su memoria el 18 de octubre y le daba el título de mártir en la persecución de Aureliano. Pero el nuevo *Martirologio,* conformándose con los calendarios orientales, lo celebra el 7 de noviembre y no le da el título de mártir.

SAN LÁZARO
Estilita († 1054)

Nació en Magnesia del Meandro el año 968 y recibió en el bautismo el nombre de León. Educado por un sacerdote, a los doce años es encomendado a su tío, el monje Elías, para que lo

encamine a la vida religiosa, pero como él deseaba peregrinar a Tierra Santa antes de hacerse monje se escapó. Localizado por su tío y devuelto al monasterio, hubo un nuevo y fracasado intento de fuga a los 15 años, hasta que por fin con 18 logra definitivamente escaparse. Ingresa en un monasterio de Atalía y le permiten vivir en una cueva. Al cabo de siete años realiza su sueño dorado de visitar la tierra de Jesús. Ingresa en la laura de San Sabas y aquí recibe la ordenación sacerdotal. Posteriormente vuelve a su país y se decide por la vida de estilita en la región de Éfeso, encadenándose en una columna en las cercanías de la ermita de Santa Marina. Muchos discípulos vinieron a ponerse bajo su dirección, hablando él de las cosas espirituales a cuantos acudían a visitarlo y encomendándoles mucho la caridad con los pobres. Surgió junto a su columna un monasterio y poco a poco su soledad había desaparecido del todo, y por ello se fue a una cueva. Se le alzó una columna junto a la iglesia del Salvador y desde ella guió a los monjes que se reunieron junto a dicha iglesia. Posteriormente pasó a una nueva columna en una montaña y junto a ella se construyó una iglesia dedicada a la Madre de Dios. Pasó luego a otra columna y se hizo un tercer monasterio, dedicado a la Resurrección, cuya regla él redactó. Continuó predicando desde la columna, dando saludables consejos a todos, y administrando el sacramento de la penitencia, cuidándose mucho de los pobres. Murió el 7 de noviembre de 1054.

SANTOS JACINTO CASTAÑEDA Y VICENTE LE QUANG LIEN

Presbíteros y mártires († 1773)

Luego de que los padres dominicos Jacinto Castañeda y Vicente Le Quang Lien fueran juntados en el patio de la cárcel, donde el primero estaba destinado, y metidos ambos en sendas jaulas, fueron conducidos a Hie-Nam para ser entregados al mandarín superior. Éste mandó que los sacasen de las jaulas, que no les pusiesen grillos y que los alojasen en una casa particular. Y como el subprefecto que los llevó allí vio que no recompensaban su acción de presentar a dos misioneros y que encima éstos eran bien tratados, decidió llevárselos

de allí a la capital Hanoi y presentarlos personalmente al rey, haciendo una entrada solemne con un buen número de soldados y las jaulas pintadas en rojo, llevando cada preso la inscripción de «maestro de la religión cristiana». Cuando el rey Trim Sam los recibió, le preguntó por su patria y sus reyes al P. Castañeda y le pidió que orara en su presencia, lo que hizo el misionero. Al P. Vicente le preguntó que por qué propagaba el cristianismo sabiendo que estaba prohibido, y él dijo que era cristiano desde la infancia. Pero el subprefecto no encontró en el rey la fiereza que esperaba y entonces consiguió que algunos funcionarios reales presentasen a los misioneros como enemigos del rey, decidiéndose éste entonces a organizar su condena a muerte. Fueron encarcelados e incomunicados. El P. Vicente no quiso invocar su condición de nativo para librarse de la pena de decapitación, porque —decía— el delito de ambos es el mismo.

El día 7 de noviembre de 1773 por la tarde, una vez leída la sentencia de muerte, fueron sacados camino del lugar del suplicio los dos intrépidos atletas de Cristo. Iban encerrados en jaulas y rodeados de soldados. Acudió una multitud de personas a verlos, entre ellos numerosos cristianos que lloraban la muerte de los queridos sacerdotes y les daban pañuelos a los soldados con el ruego de que, cuando los hubiesen degollado, los empapasen en la sangre martirial y se los devolviesen. Llegaron al campo de Don-Mo, lugar santificado ya por el martirio de otros santos, y allí sacaron a los condenados de sus jaulas. Les quitaron los grilletes y les mandaron sentarse en el suelo. Ellos mismos hubieron de despojarse del vestido exterior y en señal de gratitud se lo regalaron a los verdugos. Éstos les ataron los pies a una estaca clavada en el suelo. Por detrás les sujetaron las manos a otra estaca. Hizo el juez la señal abriendo y cerrando su abanico. La cabeza del P. Vicente fue segada de un tajo. El verdugo del P. Castañeda erró el primer tajo y quiso huir pero le obligaron a intentarlo de nuevo. Sólo al tercer tajo cayó separada la cabeza del mártir. El verdugo, temiendo la venganza del mártir, lamió el filo ensangrentado de la espada. Cuando la noticia llegó a Játiva, la tierra natal del P. Castañeda, su madre quiso dar gracias a Dios por el martirio y, acompañada del clero y de

los fieles, acudieron todos a la iglesia y entonaron un *Te Deum*. Éstos son los datos de los mártires:

JACINTO CASTAÑEDA nació en Játiva el 13 de enero de 1743 y fue bautizado con el nombre de Félix, siendo hijo de un escribano real. Educado cristianamente e inclinado desde niño a la vida religiosa, vistió el santo hábito en el convento de dominicos de Játiva el 3 de diciembre de 1756, profesando con el nombre de fray Jacinto el 11 de enero de 1759, preparándose luego para el sacerdocio con los estudios en el Colegio Imperial de su Orden en Orihuela. Estando allí se leyó en mayo de 1761 una carta del procurador de la provincia de Filipinas solicitando misioneros. Fray Jacinto se sintió llamado a ofrecerse y así lo hizo, partiendo en septiembre para Puerto Real, donde debería esperar a embarcarse para México. Desde Puerto Real escribió a su madre diciéndole que ojalá lo hiciera el Señor digno de la corona del martirio. Embarcado en Cádiz el 26 de noviembre de 1761, llegaba a México el 23 de febrero siguiente y tras descansar un tiempo, partió del puerto de Acapulco el 11 de abril de 1762, no llegando a Filipinas hasta el 20 de agosto. Aquí concluye sus estudios y se ordena sacerdote el 2 de junio de 1765. Destinado a las misiones de China, llegó a Macao el 7 de octubre, donde pasó unos meses estudiando la lengua china. Por fin, acompañado de cristianos nativos, entra en el imperio chino y se dirige a la ciudad de Fogán, donde se pone a disposición del vicario apostólico. Pero la persecución arreciaba y el 17 de julio de 1769, cuando iba a dar los auxilios espirituales a un cristiano enfermo, cayó en manos de los mandarines, siendo encadenado y llevado a la cárcel. Se le condenó a la pena de destierro perpetuo y hubo de volver a Macao a comienzos de diciembre, luego de pasar por las cárceles de Moyan, Fogán y Foocheu. El procurador de las misiones no consideró conveniente devolverlo a China y por ello decidió que pasase a Tonkín. Llegó a su destino el 22 de febrero de 1770 y le fue asignado el distrito misional de Fu-tay. Tenía a su cargo unos catorce mil cristianos, con unas sesenta iglesias, situadas en otros tantos pueblos. De noche oía las confesiones, celebraba la misa al amanecer y predicaba, y durante el día guardaba la mayor discreción. Se resquebrajó su salud tras padecer una pulmonía y, aun estando enfermo, el 11 de

junio de 1773, acudió a la llamada para asistir a un enfermo cristiano y fue en barca a visitarlo. A la vuelta fue perseguido por un pirata. Saltó a tierra y huyó a refugiarse en un pueblo, donde una mujer gentil lo ocultó, pero el marido de la mujer lo entregó a sus perseguidores que lo tuvieron encerrado y medio muerto de hambre hasta que fue entregado a las autoridades. Encerrado en una jaula y colocada ésta en un patio, padeció en ella muchísimo, pero no dejó de predicarles el evangelio a los curiosos que acudían a verle. Y estando allí tuvo lugar la llegada del P. Vicente Le Quang Lien, llamado de la Paz. La historia de ambos comenzó a ser la misma.

VICENTE LE QUANG LIEN nació en Tra-Lu, Tonkín, el año 1731 en el seno de una familia cristiana, que lo educó en la fe con gran esmero. A los 13 años de edad presenció el martirio de los santos Francisco Gil de Federich y Alonso de Leciniana, y esto le movió a elegir la vida religiosa. Enviado a Manila, hizo los estudios en el colegio de San Juan de Letrán, profesó en la Orden de Predicadores y se ordenó sacerdote, volviendo a Tonkín en 1759. Aquí se dedicó al ejercicio de su ministerio con gran entrega y eficacia, sorteando los peligros y sin amilanarse por ellos. El 2 de octubre de 1773, estando en el pueblo de Cu Duong, fue arrestado y lo molieron a palos. De allí fue enviado a donde estaba ya preso el P. Castañeda, metido él también en una jaula y escoltado por doscientos soldados. Desde entonces compartió suerte con el misionero español.

Fueron canonizados el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

SAN PEDRO WU GUOSHENG

Mártir († 1814)

El primer mártir chino seglar de la persecución imperial contra los cristianos de los hasta ahora canonizados del siglo XIX fue este valiente confesor de la fe. Era posadero y a esa finalidad se dedicaba y con ella se ganaba la vida. Entrado en contacto con la misión católica, se interesó por el cristianismo y

se inscribió en el catecumenado. Recibió oportunamente el bautismo y siguió instruyéndose en la religión, por la que sentía un interés total y un amor enorme. Entonces los misioneros, viéndolo tan fervoroso, le propusieron que se hiciera catequista. Así lo aceptó él y para mejor dedicarse a la enseñanza del catecismo abandonó su oficio de posadero. Desde entonces todo su trabajo fue evangelizar. Su fecundo apostolado consiguió atraer a la fe y preparar para el bautismo a unas seiscientas personas. Acusado de cristianismo, confesó la fe, se negó a apostatar pese a las amenazas de muerte que se le hicieron, y fue condenado a ser estrangulado en su pueblo, Zunyi, en la provincia de Guizhou.

Fue canonizado el 1 de octubre de 2000 por el papa Juan Pablo II junto con otras víctimas de varias persecuciones en China entre los años 1648 y 1930. La memoria litúrgica de todos ellos se celebra el 9 de julio.

8 de noviembre

A) Martirologio

1. La conmemoración de santos Simproniano, Claudio, Nicóstrato, Castorio y Simplicio († 306), mártires, venerados en Roma en la basílica de los Cuatro Santos Coronados.
2. Junto a Tours (Galia Lugdunense), San Claro († 396), presbítero *.
3. En Roma, San Diosdado I († 618), papa *.
4. En Bremen (Sajonia), San Wilehado († 789), obispo *.
5. En Soissons (Galia), la deposición de San Godofredo († 1115), obispo de Amiens *.
6. En Colonia (Alemania), Beato Juan Duns Escoto († 1308), presbítero, de la Orden de Menores **.
7. En Ostra Vetere (Italia), Beata María Crucificada (Isabel María) Satellico († 1745), abadesa clarisa **.
8. En Nam-Dinh (Tonkín), santos José Nguyen Dinh Nghi, Pablo Nguyen Ngan, Martín Ta Duc, presbíteros, Martín Tho y Juan Bautista Con († 1840), mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO JUAN DUNS ESCOTO

Presbítero († 1308)

Juan nació, probablemente hacia finales del año 1265, en Duns (Escocia), y por eso llevaría junto al nombre de su bautismo, como primer apellido Duns, el nombre de su pueblo, y, como segundo, el de su nación, Scotia, siendo conocido para siempre como Juan Duns Scoto. Realizó sus primeros estudios con los franciscanos de Haddington e ingresó en la misma Orden de los Hermanos Menores hacia 1280, recibido por el padre Elías Duns, que era vicario de la vicaría franciscana de Escocia. Fue ordenado sacerdote —después de haber cursado los estudios prescritos en la Orden para recibir el presbiterado— el 17 de marzo de 1291 por el obispo de Lincoln, Oliver Sutton.

Después de su ordenación sacerdotal fue a París para continuar estudiando en su universidad hasta 1296. Empezó a enseñar como bachiller en Cambridge desde 1297, y en Oxford desde 1300, explicando los *Cuatro libros de las Sentencias* de Pedro Lombardo y, mientras tanto, pudo escribir su obra *Ordinatio* conocida por *Opus Oxoniense.* Fue, pues, profesor tanto de Cambridge como de Oxford. La misma asignatura explicaba en la Universidad de París en 1303 pero, en julio de ese año, tuvo que abandonar su cátedra porque no quiso suscribir una apelación promovida por el rey Felipe de Francia contra Bonifacio VIII para que se convocara un concilio en el que el Papa fuera depuesto. No le importó renunciar a su cátedra, en la que se estaba estrenando, y a la famosa Universidad de París, por ser fiel defensor del Papa.

Se mantuvo siempre lejos del mundo y de sí mismo poniendo en el primer lugar de su pensamiento y de su amor a Cristo Jesús y a su Iglesia. La teología alimentaba su vida espiritual y recíprocamente su vida espiritual impregnaba su modo de hacer teológico. Su unión con Dios y su amor a Dios se dirigía de modo singular al misterio de la encarnación del Verbo, Jesucristo crucificado. Como verdadero teólogo mariano fue un defensor primigenio e insigne de la Inmaculada Concepción de la Virgen

María. Y sintió siempre con la Iglesia en su defensa del sucesor de Pedro. Fueron sus tres amores: a Cristo, a la Virgen, y al Papa como vicario de Cristo y suprema autoridad de la Iglesia.

Volvió a París al año siguiente, para conseguir el doctorado en la misma universidad, con una carta de presentación del general de la Orden, Gonzalo de España —quien había sido su maestro— en la que certificaba que Juan estaba plenamente preparado «por su larga experiencia y porque su fama de vida ejemplar, ciencia excelente e ingenio *sutilísimo* se había extendido por todas partes». Antes, pues, de conseguir su doctorado, y reconocido en la historia de la teología y de la Iglesia después como «doctor», ya se le empezó a llamar *sutilísimo.* Fue dedicado al ministerio de oír confesiones, que entonces revelaba una gran estima sobre la persona designada. Después de tres años, en 1307 fue invitado a explicar en el Estudio de Colonia, recién inaugurado, donde enseñó hasta su imprevisible muerte, al ser tan joven, apenas de cuarenta y tres años, el 8 de noviembre de 1308.

Su fama pervivió a su muerte, y no sólo por su ciencia filosófica y teológica sino también por sus virtudes no comunes, pues, como escribía el papa Pablo VI a los obispos de Inglaterra, Gales y Escocia en su carta apostólica *Alma parens* del 14 de julio de 1966: «En sus escritos aparecen y ciertamente bullen las formas hermosísimas de perfección de San Francisco de Asís y los ardores del espíritu seráfico», definiéndolo como el «perfeccionador» de San Buenaventura, «representante más cualificado de la escuela franciscana». Juan Pablo II lo llamó «Torre de la fe», por haber enseñado al pueblo la doctrina cristiana, como teólogo y predicador, por haber vivido la regla franciscana hasta el final y por haber defendido la fe contra los errores de su tiempo —y aún anteriores— con tanta claridad como caridad. Su fama de santidad se extendió por muchas partes y destaca singularmente, dentro de Italia, la Campania y, particularmente, dentro de la Campania, Nola. En España el conocimiento mayor de Juan Duns Scoto se debe al cardenal Cisneros, también franciscano.

Heredero de la escuela de Oxford, siguió el método estrictamente científico de la demostración matemática. Llevado a va-

lorar atentamente las opiniones de sus maestros, antecesores y contemporáneos, lo hizo solamente movido por el deseo de buscar y encontrar la verdad. Los autores con los que frecuentemente se contrastó fueron Enrique de Gante, Egidio Romano y Godofredo de la Fontaine, impulsado —como dice Gerson— «no por la singularidad contenciosa de vencer, sino con la humildad de concordar». Raramente y sólo indirectamente cita —pero se atreve a discutir— algunas de las sentencias de Santo Tomás de Aquino. Alcanzando la cátedra universitaria, después de la condena de algunas tesis averroístas y tomistas por parte de las autoridades eclesiásticas de París y de Oxford, se encontró poco a poco en la misma situación en la que se encontraban —según Gilson— los teólogos de tiempos recientes después de la condena del modernismo.

Para Duns Scoto la primacía del ente en el campo gnoseológico y metafísico constituye la base de su sistema filosófico, defendiendo la univocidad del ser frente a la analogía del ser tomística, en relación con su concepción nueva sobre el principio de individuación; distinguía dos tipos de conocimiento humano, el instintivo y el abstractivo; la primacía de la voluntad sobre el entendimiento es característica de su ética; y la primacía del amor y la caridad es el principio de su teología. Reducía a tres las pruebas sobre la existencia de Dios: como causa, como perfección y como fin. Junto a ello, el fundamento último de la moralidad, lo coloca en Dios. Sin embargo, para él la filosofía y la teología, que son distintas aunque se puedan ayudar, no deben fundirse ni confundirse, haciendo la distinción correspondiente entre fe y razón delimitando cada frontera para conjugar la mutua comprensión.

La predestinación divina de los seres, según él, está toda centrada sobre el amor. «Dios en primer lugar se ama a sí mismo». El fin supremo de la creación es, por tanto, su glorificación. «En segundo lugar ama a sí mismo en los otros: la creación es, pues, reflejo de su amor». «En tercer lugar quiso ser amado por Aquel que pudo amarlo en grado sumo»: y éste es Cristo Jesús. Por tanto, la encarnación, que llama «la obra suma de Dios», no podía ser condicionada por la caída del hombre y tener un puesto secundario en el designio divino. Así, pues, a

«la» pregunta fundamental cristológica y soteriológica sobre la encarnación: *Cur Deus homo?* (¿Por qué Dios hombre?), si Santo Tomás en esa «cuestión» de la *Suma* (3 q.1.a.3) y San Buenaventura habían sostenido que sin el previo pecado original el Verbo no se habría encarnado, Duns Scoto presentaba una sugestiva respuesta: en cualquier caso se habría encarnado la segunda Persona desde el amor de la Trinidad —aunque no hubiera el pecado de origen—, para llevar al hombre a la plenitud de su ser. Como en la Encarnación, también en la Redención brilla sobre todo el amor. De hecho, el Verbo encarnado, habiendo podido redimirnos de manera diversa, ha querido padecer y morir en la cruz «para atraernos a su amor».

Con Cristo fue predestinada también su Madre la bendita entre todas las mujeres, y, en previsión de los méritos de Jesús, único redentor, fue preservada del pecado original. El ser denominado también «Doctor mariano» no restaba, pues, nada a la centralidad de Cristo en toda su reflexión, precisamente porque unía inseparablemente a María con el cristocentrismo de su cosmovisión teológica.

Los frutos de la redención provienen a los hombres por medio de los sacramentos, entre los cuales sobresale el sacramento del amor, la Eucaristía, centro de la vida de la Iglesia y esencial al culto latréutico, pues en ella Cristo es la víctima del sacrificio del Nuevo Testamento.

El amor es el quicio de la perfección sobrenatural del hombre, teniendo por objeto primario a Dios, como bien supremo en sí, y secundariamente a sí mismo en el prójimo. La felicidad eterna consiste en el amor beatífico hacia Dios; y este amor, permaneciendo libre, es sin embargo estable e indefectible por una positiva predeterminación de la voluntad divina. Así solucionaba el libre albedrío del hombre y la libertad de Dios en su acción.

Puso un acento singular sobre el magisterio de la Iglesia, acogiéndolo como norma próxima de la verdad: «Si no está en contra de la autoridad de la Iglesia o de la autoridad de la Escritura...», solía decir. Con transparente claridad había sentenciado un día: «No hay que sentir otra cosa que lo que siente la Iglesia romana».

Además de la *Ordinatio (Opus Oxinonense)* o *Comentarios a los IV Libros de las sentencias de Pedro Lombardo,* escribió en su juventud *Quaestiones subtilissimae super libros metaphysicorum Aristotelis,* y después, entre sus principales obras: «Reportata parisiensia» (reconstrucción de su pensamiento hecha por sus discípulos sobre los apuntes de su enseñanza en París, impresa ya en 1478), «Quaestiones quodlibetales», «Tractatus de primo principio», «Quaestiones super libros Aristotelis de Anima» y «Theoremata».

Andrés de Aragón, hacia 1320, atestiguaba, poco después de la muerte de su maestro Juan Duns Scoto, que su fama y su memoria era como para bendecir a Dios. Con la fama de su doctrina se divulgó simultáneamente la fama de su santidad, empezando a recibir espontáneamente veneración y culto. Señal de esa veneración fueron siempre el aprecio por sus reliquias, los distintos traslados y los repetidos reconocimientos de sus restos. Sepultado primeramente en la iglesia franciscana de Colonia, junto al altar de los Reyes Magos, hacia fines del siglo XIV fue exhumado y trasladado al medio del coro, a los pies del altar mayor.

En siglos sucesivos fueron muchos los reconocimientos sobre sus restos: el del siglo XVI (1509-1513), del que se tienen las actas de la descripción de la situación en que se encontraban; el del siglo XVII (1619) realizado en presencia del nuncio apostólico, legado *ad latere,* del que queda una documentación iconográfica en un cuadro del célebre pintor Hock; en el mismo siglo tuvo lugar otra exhumación (1642-1643) en presencia del nuncio apostólico Fabio Chigi, quien sería después papa Alejandro VII. El último reconocimiento fue realizado en 1954.

Otro testimonio del culto que se le ha atribuido a través de los siglos es la incontable iconografía sobre él. Muchas son las imágenes del *Doctor Sutil,* solo o con otros santos, que se encuentran en diversos lugares, también en iglesias y catedrales, entre los cuales se presenta al doctor de la Inmaculada con «rayos» o «aureola» como se usa con las imágenes de santos y beatos. Frecuente y popularmente se le atribuía el título de santo o de beato.

En consideración a todo ello los franciscanos menores promovieron el proceso requerido para solicitar la confirmación

del culto inmemorial atribuido a Juan Duns Scoto. Se abrieron procesos ordinarios en Colonia en 1706-1707 y en Nola entre 1709 y 1711, en Génova 1904-1905 y otra vez en Nola 1905-1906, donde su Ordinario reconoció que se había venido dando culto público y eclesiástico al venerable siervo de Dios fray Juan Duns Scoto, de la Orden de Hermanos Menores, llamado beato o santo desde tiempo inmemorial, que nunca fue interrumpido y que todavía perdura, por tanto que consta en este caso, y mucho antes, lo que se considera en los decretos del papa Urbano VIII sobre el culto inmemorial. También se instruyó otro proceso en Roma en 1918.

De todos estos procesos emergió tal documentación sobre el culto inmemorial atribuido a Juan Duns Scoto que no cabe duda sobre él. Después de la renovada sentencia afirmativa del Ordinario de Nola, la postulación general de los Hermanos Menores presentó a la Congregación de Ritos la petición de que esa sentencia fuera confirmada, acompañando la petición de 535 cartas postulatorias de las cuales eran: 20 de cardenales, 7 de patriarcas, 96 de arzobispos, 354 de obispos, 21 de abades y superiores generales.

En diversos congresos, como uno Mariano internacional celebrado en Roma así como en otro Congreso internacional eucarístico celebrado en Río de Janeiro en 1955, fue solicitada la confirmación del culto atribuido a Juan Duns Scoto.

El 22 de mayo de 1972 se dio el decreto sobre los escritos de este siervo de Dios, y después, una comisión de peritos formada por miembros de las cuatro familias franciscanas, instaba a la Congregación para que se preparara la requerida *positio,* pues la Orden de los Hermanos Menores a lo largo de los siglos ha mantenido que la obra de Duns Scoto está toda impregnada de la espiritualidad del fundador San Francisco de Asís, con un extraordinario amor hacia la persona y la humanidad del Verbo encarnado, la tierna y filial devoción a la Virgen, y la sincera y absoluta sumisión al vicario de Cristo en la tierra.

La *positio* fue llevada a la sesión de los Consultores históricos el 11 de abril de 1989. El Congreso peculiar de Consultores teólogos la estudió el 23 de noviembre de 1990. Los Padres cardenales y obispos, en Congregación ordinaria del 21 de mayo de

1991, aseguraron que constaba de la fama de santidad y de las virtudes heroicas del siervo de Dios Juan Duns Scoto, así como del culto a él atribuido desde tiempo inmemorial. Presentado el resultado de todos los procesos al Papa, el culto a Juan Duns Scoto fue confirmado por Juan Pablo II con fecha de 6 de julio de 1991.

Fue beatificado por el mismo papa Juan Pablo II el 20 de marzo de 1993.

Juan Pablo II en un discurso dirigido el 16 de febrero de 2002 a la comisión scotista encargada de una revisión de las obras de Duns Scoto liberándolas de errores de amanuenses o de interpolaciones de discípulos, para tener una edición crítica —de más de veinte volúmenes— de sus obras, dijo:

> «Duns Scoto, con su espléndida doctrina sobre la primacía de Cristo, sobre la Inmaculada Concepción, sobre el valor primario de la Revelación y del Magisterio de la Iglesia, sobre la autoridad del Papa, sobre la posibilidad de la razón humana de llegar a acceder, al menos en parte, a las grandes verdades de la fe, y de demostrar su no contradictoriedad, permanece todavía hoy como un pilar de la teología católica, un Maestro original y rico en sugerencias y cuidados en orden a un conocimiento siempre más completo de las verdades de la fe».

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

BALIC, C., «Duns Scoto, Giovanni, venerabile», en *Bibliotheca sanctorum.* IV: *Ciro-Erifrido* (Roma 1964) 861-868.

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, «Decretum Canonizationis servi Dei Ioannis Duns Scoti, sacerdotis professi Ordinis Fratrum Minorum S. Francisci "Beati" seu "Sancti" nuncupati (1265c.-1308)»: *AAS* 84 (1992) 396-399.

BEATA MARÍA CRUCIFICADA (ISABEL MARÍA) SATELLICO

Abadesa († 1745)

María Crocifissa, en el mundo Elisabetta María, nació en Venecia (Italia) el 31 de diciembre de 1706. Su padre, Pietro Satellico, era un trabajador de pequeños transportes. Su madre, Lucía Mander, era alabada de todos por su gran piedad y virtud.

Vivieron en la casa de un tío materno, don Francesco Mander, estimado sacerdote diocesano, que procuró a Elisabetta una formación íntegra: humana, religiosa, moral y cultural.

Era de débil complexión física, pero de inteligencia precoz: al año hablaba con toda soltura, y a los cuatro, ya leía perfectamente los buenos libros que le daba su tío. Pronto mostró una disposición particular para la oración, la música y el canto. Caracterizaron su niñez un ardiente amor a Jesús crucificado y una sincera devoción a la Virgen dedicada a la oración. Sobre todo, progresaba en la piedad y en el culto aprendiendo de su buenísima madre plegarias y devociones y participando con ella de los sagrados ritos en las diversas iglesias de Venecia. Rezaba a diario el Rosario y el Oficio Parvo. Alma privilegiada, dócil a la gracia divina, aspiraba a la perfección de la vida cristiana, por lo que el maligno empezó a acometerla con sus asechanzas ya en aquellos tiernos años.

A los nueve, antes de la edad que establecían las normas, Elisabetta obtuvo el permiso para hacer la primera comunión, tras un mes de preparación con don Giovanni Verai, su confesor habitual. La mañana de Pascua del 1715, el 21 de abril, después de haber recibido la Eucaristía, se sintió tan saciada que rehusó tomar el desayuno y el almuerzo, como contaría años después a sus hermanas. Pocos meses más tarde, el 19 de agosto, recibió el sacramento de la confirmación de manos del patriarca de Venecia, en la iglesia del monasterio de San Luis.

Así, iba creciendo en ella, poco a poco, la aspiración al estado religioso, que intuía, cada vez con mayor certeza, como su propia vocación. Atraída por la espiritualidad de San Francisco y Santa Clara, se había propuesto, cuando fuera mayor, llegar a ser monja clarisa. Decía: «Me quiero hacer monja y, si lo logro, quiero llegar a ser santa».

Pero en Venecia no era fácil ser monja. La ocasión propicia se presentó en 1719, cuando su familia supo que las clarisas de Ostra Vetere (antes Montenovo, Ancona, en Las Marcas), dedicadas entonces a la formación de jóvenes provenientes de otras regiones de Italia, deseaban recibir en su comunidad una joven aspirante capaz de enseñar y dirigir los cantos de las monjas y de acompañarlos al órgano. No obstante la distancia, que crea-

ba dificultades para los familiares, Elisabetta partió por Senigallia a Ostra Vetere en el mes de agosto.

El día 29, la madre abadesa, sor Metilde Arcangeli, junto con la comunidad la recibió en el locutorio del convento. La primera impresión de las monjas fue de cierta decepción, al verse ante una niña de doce años, que no les parecía fuese a adaptarse a las duras exigencias de la vida claustral. Pero algunas, cuando la vieron tocar el clavicémbalo con una maestría y un gusto superiores, empezaron a mudar de parecer...

Radiante de alegría, Elisabetta entró en la casa externa del monasterio para esperar allí la notificación de su ingreso. Pero... ¡ah!, las monjas habían olvidado comunicar la entrada de la joven al obispo de Senigallia, cardenal Pico della Mirandola. No le hizo ninguna gracia aquel descuido al prelado, que amenazó con negar su licencia para la entrada de la aspirante. Pero ésta no perdió la esperanza, orando entretanto con ilimitada confianza a la *Madonna.* Además, confió su caso al confesor, P. Angelo Antonio Sandreani, OFMConv., presente entonces en Ostra Vetere para preparar la visita canónica, y éste la tranquilizó y dijo a la abadesa: «Cuando oigáis decir que esta joven puede entrar, no dudéis en abrirle las puertas de par en par».

En efecto, de par en par se le abrieron las puertas del monasterio porque finalmente el 4 de septiembre de 1720 el cardenal concedió a la abadesa recibir a la aspirante como educanda. Elisabetta, cumplido al fin su ardoroso y sufriente deseo, no haría gran diferencia entre la cualidad de monja o de educanda, porque se sentía ya consagrada al Señor y quería vivir en todo la vida monacal, con la perfecta observancia de la Regla y de las rigurosas y santificadoras costumbres monásticas; de la clausura, el silencio, el recogimiento, la liturgia, la oración y la penitencia comunitarias, a las que ella añadía abundante oración personal ante el Sagrario, el Crucifijo o la imagen de la Virgen.

Elisabetta María daba un maravilloso ejemplo de fervor espiritual, participando en la vida de la comunidad. En este primer período, todas las monjas, admiradas de sus dotes humanas y espirituales, la rodeaban de cariñosas muestras de afecto, que hubieran podido dividir su corazón; pero ella buscaba evitar toda singularidad, diciendo: «Yo no merezco especial estima o amor; sólo Dios merece ser amado. Amemos, sí, amemos a

Dios». La base de su edificio espiritual no podía ser otra que la humildad: «Cuando sopla el viento de la soberbia, de la propia estima, he de reconocerme una auténtica nada. ¿Quién me ha sacado de la nada sino la mano omnipotente de Dios?».

Esperando otra vez del cardenal el permiso para tomar el hábito, tuvo una extraña tentación que le sugería profesar en otro monasterio, pero una visión intelectual del Señor, que se repitió por tres días, hizo desvanecerse la tentación. Pero... debía seguir esperando. El cardenal dejó la diócesis a primeros de septiembre de 1724 y le sucedió monseñor Bartolomeo Castelli, el cual, en mayo de 1725, después de haber examinado el caso de Elisabetta, concedió por fin la suspirada licencia episcopal. Ante la comunidad exultante de júbilo, Elisabetta, confundida en su humildad y pletórica de gozo, decía: «Con la ayuda de Dios, se vence todo». El obispo en persona quiso presidir la ceremonia de la vestición. A los 19 años, pues, Elisabetta recibió el hábito de las clarisas y cambió su nombre por el de María Crocifissa: Crucificada con Cristo.

La novicia pasó su año de probación reflexionando en su corazón que deseaba consagrarse totalmente a Dios, en Jesucristo crucificado, enderezando todas las acciones de su jornada a los misterios de la cruz y de la Eucaristía, y confiándose en todo a la Santísima Virgen.

Vencida la tentación —como en todos los momentos importantes de su vida— de desistir de sus votos, al fin, emitida la profesión religiosa el 19 de mayo de 1726, sor María Crocifissa concentró todos sus esfuerzos en la realización de su constante deseo: hacerse cada vez más conforme a Jesús crucificado, con la práctica de los consejos evangélicos y la devoción filial a la Virgen Inmaculada, según el espíritu de Santa Clara de Asís. Llenaba y daba valor a sus días con la oración comunitaria y personal prolongada. Profesaba una gran devoción hacia las Tres Divinas Personas y al misterio de la Eucaristía, de la cual se alimentaba a diario su esperanza y su caridad, que en ella se manifestaba en un ardor seráfico por Dios —como en San Francisco y en Santa Clara— y en un amor fraterno y universal hacia todos los redimidos por la cruz del Señor. En su vida, de sublime contemplación, se enlazaban austeridad y penitencia, que la

hacían cada vez más partícipe del misterio de la cruz y victoriosa en las tentaciones e insidias del enemigo. Gozó de extraordinarios dones sobrenaturales y auténticos fenómenos místicos, que eran particulares signos de predilección divina.

Vivía la mortificación de la propia voluntad por medio de la virtud de la obediencia a los superiores y la obediencia a Cristo, su Esposo: «Jesús mío, quiero ser toda vuestra, absolutamente. Vos solo en mi corazón. No quiero consolaciones espirituales, ni satisfacciones: ¡sólo Vos!».

Huía con espanto de toda manifestación de pecado, incluso venial: «No hay diferencia entre una tempestad o una ráfaga de viento: el pecado venial, si se hace hábito, expone al mortal».

Para proceder con seguridad en su vida espiritual surcada de fenómenos extraordinarios de consolaciones celestes y de tentaciones y vejaciones diabólicas, sor María Crocifissa se encomendó con humildad y obediencia a la dirección espiritual de los confesores enviados al monasterio, entre ellos, el P. Angelo Antonio Sandreani, su primer y principal director; y desde 1728, el célebre padre jesuita Giambattista Scaramelli, y don Domenico Torsiani, que le ordenó redactar su diario espiritual, para mejor comprenderla y dirigirla.

Impulsada por la caridad, se ofreció víctima por los pecadores: «para sufrir, como Jesús, amarguísimas penas durante toda mi vida». A ello siguió un período que ella llamó «diez años de infierno», de 1730 a 1740, con terribles tentaciones y asaltos del maligno. El secreto de su victoria era triple: el Crucifijo, con la constante meditación de la Pasión; la Eucaristía, con frecuentes visitas al Santísimo Sacramento durante el día; y la Santísima Virgen, con la contemplación de los pasajes evangélicos en que ella aparece.

En 1734, un extraño conjunto de enfermedades la postró en cama durante cuatro meses. Reducida casi a un cadáver, no se la oyó proferir una sola queja, sino decir con frecuencia: «En este mundo es necesario padecer con paz, padecer y callar, padecer y callar...». A la enfermedad se unieron nuevos asaltos diabólicos, que cesaban, al menos momentáneamente, con preces y súplicas a los santos. El 25 de enero de 1735, mientras la comunidad se hallaba en el coro para la toma de hábito de una novicia, Ma-

ría Crocifissa, encontrándose sola y afligida por no poder participar, invocó el auxilio de la Virgen del Rosario: «Madre Santísima, no permitáis que yo falte hoy a mi obligación y, ya que no puedo ser llevada allí, hacedme la gracia de que pueda ir por mí misma». Enseguida se levantó, y ella sola comenzó a dirigirse al coro, cuando una educanda del convento, viendo caminar a la que estaba medio muerta, gritó admirada: «¡Milagro!». La comunidad se reunió a su alrededor para cantar el *Te Deum.*

Sor María Crocifissa reemprendió sus actividades anteriores, a las cuales añadió los oficios de enfermera, sacristana y portera, que desempeñó con gran espíritu de sacrificio y caridad. Además, enseñaba a las hermanas música y canto, traducía para ellas los salmos del latín, destinaba a los pobres cada día parte de su comida...

En 1736 fue nombrada maestra de novicias, delicada misión en la que se ocupó hasta 1742. El 2 de junio de ese año, a sus treinta y seis, era elegida abadesa, pero fue necesaria la obediencia impuesta por los superiores para obligarla a aceptar la elección. Sólo aceptó convencida de que por amor a Dios debía sacrificar su propia voluntad y dedicarse generosamente a promover el desarrollo de la vida y de la misión espiritual del monasterio. Ella, que era ciertamente la más instruida del convento en el conocimiento de la lengua italiana y del latín, en las matemáticas y en la formación teológica aprendida en los libros de la biblioteca de su tío sacerdote, consideraba la autoridad como servicio de amor a la comunidad y la ejercitaba con bondad y firmeza, convenciendo con el ejemplo y con el ejercicio de la caridad hacia el prójimo, especialmente hacia los pobres. Por ello, fue una inmejorable formadora de almas.

Superando pareceres contrarios y otras muchas dificultades, y confiando en la ayuda de la Divina Providencia, emprendió la restauración de la iglesia del convento, dañada por un terremoto. Cuidó de que la observancia de la clausura fuese tan fiel, que fomentara realmente el espíritu de recogimiento contemplativo. Atendió a la participación consciente y fervorosa de su comunidad en la santa misa y la liturgia de las horas, según su carisma propio.

Las monjas atribuían a la oración de su virtuosísima superiora algunas intervenciones milagrosas de la Providencia, como

la multiplicación del trigo en una época de gran carestía, por lo cual habían oído a madre Crocifissa interceder ante la Santísima Virgen: «Haced que aumente el grano, querida Madre, haced que aumente...».

Al terminar el primer trienio de su gobierno, las monjas no dudaban en volver a elegirla para el cargo, ignorantes de la enfermedad que minaba la aún joven existencia de su abadesa. Ella misma puso al corriente al obispo de la tisis que la afectaba, y por lo que no podía ser reelegida. Hubo de aceptar, sin embargo, el cargo de vicaria de la nueva abadesa.

El ritmo de su vida espiritual continuó como siempre. En agosto tuvo el consuelo de mantener numerosas conferencias espirituales con el P. Scaramelli, que predicaba por entonces una misión popular en Ostra Vetere. El 12 de agosto aún animó la liturgia de la fiesta de Santa Clara, tocando y cantando; pero el 29 del mismo mes cayó definitivamente en el lecho. No quiso visitas médicas o tratamientos especiales con los que pudiera singularizarse.

El primero de noviembre, día de Todos los Santos, llegó el P. Bianchi enviado por el obispo y por el P. Scaramelli para asistir a sor María Crocifissa en sus últimos instantes. Estaba cuidada con verdadero mimo por sus hermanas de comunidad. La noche del 6 al 7 de noviembre experimentó un furioso asalto del enemigo, que la dejó agotada. La noche siguiente recibió la extremaunción, y en un cierto momento, con el rostro fulgurante y los ojos fijos en lo alto, comenzó a cantar con clara y hermosa voz. Después, volvió a aparecer pálida y moribunda. Aún le esperaba un asalto del demonio, que se puso en fuga cuando el P. Bianchi imploró a la Virgen: *Sancta Maria, succurre miseris!* La agonizante recobró la serenidad y, toda engolfada en Dios, le entregó su preciosa alma a las once de la noche del 8 de noviembre de 1745. Había muerto santamente a la edad de 39 años, y fue sepultada en la iglesia de su Monasterio de Santa Lucía en Ostra Vetere.

A su muerte siguió una extraordinaria fama de santidad, avalorada con numerosas gracias y favores atribuidos a su intercesión. Ya a los dos meses de su muerte, monseñor Manciforte encargó al P. Bianchi que recogiese de modo informal los

primeros testimonios. Pero el itinerario de su proceso de canonización, incoado en 1752, sólo siete años después de su muerte, fue particularmente largo porque muchas vicisitudes interrumpieron su curso normal.

Al Papa que había de regalar a la Iglesia miles de nuevos santos y beatos estaba reservada la glorificación en la tierra de María Crocifissa. Juan Pablo II promulgó la heroicidad de sus virtudes el 14 de mayo de 1991. El mismo Sumo Pontífice, que también la beatificó, el 10 de octubre de 1993, oró así a la nueva Beata en la homilía de la misa de beatificación:

> «La Iglesia te saluda, María Crocifissa, hija fiel de Clara, humilde plantita de Francisco. Tú conformaste tu vida a Aquel que por amor al hombre se dejó clavar en la cruz. Tú plantaste tu existencia en la casa del Señor, a fin de habitar para siempre en los atrios del amor, fiel a la Santísima Trinidad (cf. Sal 23,6). En una existencia breve buscaste constantemente el rostro del Amado, en quien esperaste (cf. Is 25,9). Lo encontraste en el rostro de los pobres que tocaban a la puerta de tu caridad, lo viste en las hermanas confiadas a tus cuidados y a tu autoridad, lo escuchaste entre las paredes del convento de Ostra Vetere, que guardó tu consagración. Pero mucho más intensamente lo sentiste cerca en el encuentro diario del banquete eucarístico, consciente de que quien come su carne y bebe su sangre será verdadera morada del Altísimo y vivirá para siempre.
>
> Así, siguiendo la regla de oro de los consejos evangélicos, te encontraste en adoración a los pies de la cruz del Redentor, María Crocifissa, discípula de la Virgen Inmaculada, hacia quien alimentabas una filial devoción. Pobreza, castidad y obediencia, vividas con sencillez y alegría franciscanas, fueron el instrumento que te dio la seguridad de poder realizarlo todo en Aquel que nos conforta (cf. Flp 4,13) y a quien ahora contemplas en la gloria de tu Señor».

Y en el discurso a los peregrinos que acudieron a la beatificación, Juan Pablo II les dijo:

> «María Crocifissa Satellico, que vivió en la primera mitad del siglo XVIII, nos ofrece un mensaje que no ha perdido nada de su actualidad: nos habla de la necesidad del recogimiento, de la oración y de la penitencia para una vida cristiana enraizada en los auténticos valores del Evangelio.
>
> La beata María Crocifissa, ya como simple religiosa, ya como abadesa de su monasterio, supo vivir siempre en plena sintonía con los pastores de la comunidad cristiana, dejando que Dios mis-

mo, mediante la voz de la Iglesia, le señalara el camino de la perfección. El silencio y la paz de la clausura no limitaron su amor hacia los hombres, sino que sirvieron para proteger la intensidad de su experiencia espiritual.

Su ejemplo vuelve a proponer con eficacia el valor de la vocación a la vida contemplativa y, en particular, el valor de la tradición franciscana de las clarisas, que precisamente este año celebran el VIII centenario del nacimiento de santa Clara».

El mensaje de la Beata María Crocifissa es el del testimonio de la caridad que se traduce en el acoger con alegre disponibilidad, en el servir con generosidad, en el vivir cotidiano con personas de diversa índole, en el espíritu de fraternidad y amor que Jesús nos ha enseñado. Su ofrecimiento por la conversión de los pecadores nos recuerda la prioridad de la oración y el sacrificio para anunciar con credibilidad y con fruto, con auténtico espíritu misionero, la Palabra de Dios, que permanece cuando todo lo demás ha pasado.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

BUSSOLETTI, P., OFM, *Maria Crocifissa Satellico* (Ostra Vetere 1981).
CUCCHI, T. M., *Commemorazione* (Roma 1919).
LANER, F., OFMConv. (Roma 1918).
L'Osservatore Romano (ed. en español) (8 y 15-10-1993).
MANONI, A., *La venerabile serva di Dio Maria Crocifissa Satellico* (Senigallia 1919).
NATALINI, V., OFM, *Una nuova lettera della beata M. Crocifissa Satellico - Tentativo di lettura teologica* (2002), manuscrito.
PARISCIANI, G., OFMConv., *La Beata Maria Crocifissa Satellico, Postulazione Generale dei Frati Minori Conventuali* (Roma 1992).
ROSSETTI, R., *La Beata Maria Crocifissa Satellico* (Urbino 2000).
SCARAMELLI, G. B., SJ, *Vita della serva di Dio suor Maria Crocifissa Satellico monaca francescana nel monastero di Montenovo* (Venecia 1748).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CLARO
Presbítero († 396)

Nace en Tours de familia acomodada. Se siente atraído por la figura de San Martín e ingresa en la comunidad de Marmoutier, donde es ordenado sacerdote y vive bajo la obediencia del

santo obispo. Encargado de la formación de los jóvenes monjes, lo dota el Señor del don de discernimiento de espíritus, seleccionando con mucha sabiduría a los candidatos a la vida religiosa. Practicó la vida eremítica y se elevó a un alto grado de oración. Murió poco antes del propio San Martín, el 8 de noviembre del 397 o 396. Sulpicio Severo lo enterró en la iglesia de Primuliacum y Paulino de Nola redactó su epitafio, diciendo de él que era claro por su nombre y sus méritos.

SAN DIOSDADO I

Papa († 618)

Diosdado o Deusdedit o Adeodato era hijo del subdiácono Esteban y había nacido en Roma, a cuyo clero diocesano pertenecía, no pareciendo verdadera la noticia que lo hace monje. Había muerto el papa Bonifacio IV el 8 de mayo de 615 y hubieron de pasar aún cinco meses hasta que el 19 de octubre de ese año se produjo la elección de Diosdado. Era el año quinto del imperio de Heraclio y estaba de rey en Lombardía Adaloaldo, que acababa de suceder a Agilufo. Los lombardos no perturbaban la paz pero en Rávena sí hubo una fuerte perturbación, pues una revuelta había significado la muerte del exarca Juan y se había tomado venganza de ello por parte del enviado imperial, el patricio y cubiculario Eleuterio, que, llegado a Rávena, ordenó la muerte de todos los conspiradores. Luego de esto pasó a Roma y el papa Diosdado lo recibió benévolamente, sin duda porque aquella venganza tenía visos de justicia y contribuía a la pacificación del exarcado. Luego Eleuterio se dirigió a Nápoles, donde venció al tirano Juan Compsino, y volvió a Roma como pacificador, siendo nuevamente acogido por el pontífice. La acogida papal estaba sin duda basada en el amor de Diosdado a la paz, de la que por un tiempo pudo disfrutar Italia. El santo pontífice no siguió la política de total protección a los monasterios practicada por su antecesor en la línea de lo hecho por San Gregorio Magno († 607). Diosdado mostró muy claramente su amor al clero diocesano y restituyó a los sacerdotes seculares muchos puestos antes ocupados por ellos y perdidos en los pontificados anteriores. En agosto del 616 una

oleada de peste se abatió sobre Roma, muriendo muchísimas personas. La caridad del Papa se volcó sobre los apestados, acercándose a ellos con gran amor y manifestándoles de muchos modos su cercanía y su ayuda. No llevaba más que tres años en la sede de Pedro cuando vino a morir santamente el 8 de noviembre de 618, ordenando en su testamento que fuese repartida una gratificación a todos los clérigos que asistiesen a sus exequias y rogasen piadosamente por él. Se conserva un sello pontifical —el más antiguo de la historia— de este Papa, donde se ve al Buen Pastor y lleva como inscripción *Deusdedit papa.*

SAN WILEHADO

Obispo († 789)

Nace en Gran Bretaña alrededor del año 740, desde joven manifestó su vocación clerical, pero no llegó al sacerdocio hasta los 30 años, siendo amigo de Alcuino. Sintió entonces la vocación misionera y obtuvo licencia del rey de Nortumbria, Alacrat, y de la autoridad religiosa para ir al continente a evangelizar a frisones y sajones. Llegado al continente hacia el 770, se dirigió a Dokkum, donde San Bonifacio había sido martirizado, y luego se fue a Frisia y se dedicó a la predicación, al parecer no con mucho éxito y sí con dificultades y peligros. Pero en Drenthe tuvo más éxito, estando, sin embargo, a punto de padecer el martirio cuando un grupo de paganos encolerizados porque habían sido destruidos sus ídolos lo apalearon salvajemente. Enterado Carlomagno de sus actividades misioneras, lo invitó a pasar a la Baja Sajonia donde quedaban restos paganos, que no se querían convertir, ni aceptaron bien los nuevos intentos evangelizadores, lo que provocó la intervención militar del rey.

El misionero viajó entonces a Roma, donde contó sus trabajos al papa Adriano I, el cual escuchó sus noticias y lo confortó y animó a seguir en el trabajo misionero. Terminó mientras tanto la guerra sajona y Wilehado recomenzó su labor, teniendo esta vez el fruto deseado y decidiéndose Carlomagno a organizar eclesiásticamente la zona. Entonces fue elegido

obispo y consagrado el 13 de julio de 787, estableciendo la sede episcopal en Bremen. Se dedicó por entero a la labor pastoral y puso manos a la construcción de la catedral, la cual tuvo el consuelo de consagrar el 1 de noviembre de 789. Salió a continuación a visitar los pueblos de su diócesis pero una fiebre repentina acabó con su vida una semana más tarde en Pleccatesheim en la mañana del 8 de noviembre. Su cadáver fue llevado a Bremen y sepultado en la nueva catedral.

SAN GODOFREDO
Obispo († 1115)

Godofredo o Godefrido o Godfrey o Geoffrey nació cerca de Soissons hacia 1065, y fue desde niño criado en la abadía de St. Quentin-le-Perone, de donde era abad su padrino de bautismo. Ordenado sacerdote a los 25 años, se le encomendó restaurar la disciplina monástica en la abadía de Notre Dame de Nogent-sous-Coucy, en lo que obtuvo notable éxito. No admitió el nombramiento de abad de San Remigio de Reims. En 1104, contando ya con gran crédito, fue elegido obispo de Amiens. Se mostró enseguida un celoso reformador, combatiendo con energía las lacras de su tiempo, como la simonía y el concubinato de los clérigos, y apoyando la organización municipal para la defensa y buen orden de los ciudadanos. Pero su celo pastoral les pareció a algunos excesivo y hubo numerosas quejas contra él, hasta el punto de llegar Godofredo a pensar que su labor ya no era conveniente y por ello se marchó al monasterio de la Gran Cartuja en 1114 renunciando a la vida pastoral. Sus diocesanos acudieron al sínodo de Beauvais pidiendo se hiciera una nueva elección de obispo, pero el sínodo despidió a los delegados de Amiens reconviniéndoles por haber ahuyentado a su pastor con su falta de correspondencia, al tiempo que le recordaba a Godofredo su deber de acudir personalmente a Amiens a apacentar sus ovejas. Volvió, en efecto, Godofredo, pero para morir en el monasterio de San Crispín de Soissons, en el curso de un viaje, el 8 de noviembre de 1115. Allí recibió honorable sepultura.

SANTOS JOSÉ NGUYEN DINH NGHI, PABLO NGUYEN NGAN, MARTÍN TA DUC, MARTÍN THO, JUAN BAUTISTA CON

Mártires († 1840)

En las inmediaciones de la ciudad tonkinesa de Nam-Dinh, en el llamado *Campo de las Siete Yugadas* fueron decapitados el 8 de noviembre de 1840 cinco fieles de Cristo que derramaron su sangre por la fe. Tres de ellos eran sacerdotes y dos eran seglares. Eran sacerdotes José Nguyen Dinh Nghi, Pablo Nguyen Ngan y Martín Ta Duc, y eran seglares Martín Tho y Juan Bautista Con.

Los tres sacerdotes estaban hospedados por los seglares en el poblado de Ke-Bang, pero un espía dio aviso al gobernador de Nam-Dinh, el cual mandó tropas que de forma inesperada cayeron sobre el poblado el 30 de mayo de 1840 y registraron y maltrataron a los pobres habitantes hasta que los sacerdotes y sus hospedadores fueron encontrados. Llevados a la capital hubo agotadores interrogatorios y tremendos tormentos para que apostataran, pero no se consiguió de ninguno que abandonara la fe cristiana. Cargados con la canga, fueron expuestos horas y horas al sol y luego relegados a una horrible cárcel. Nada minó su heroica resistencia, y por ello fueron finalmente decapitados. Éstos son sus datos:

JOSÉ NGHI adoptó este apellido cuando se hizo sacerdote. El suyo era Kim y era hijo de una rica familia de Ke-Noi. Colaboró como catequista con el padre dominico Vicente Liem, futuro mártir y santo, y luego decidió él mismo ser sacerdote. Ordenado, se le envió a Bac y a Phu-Nac, acreditándose por su celo apostólico y vida ejemplar. Fue párroco en Da-Phan durante diez años y finalmente fue destinado a Ke-Bang.

PABLO NGAN era del poblado de Cu-Khan, en el Tonkín occidental. Una vez ordenado sacerdote fue asignado como coadjutor al párroco de Ke-Bang. Trabajaba con mucho celo en su floreciente comunidad cristiana.

MARTÍN TA DUC había nacido en Ke-Set hacia 1760 y era, por tanto, ya octogenario cuando le llegó la hora del martirio. Su destino era la parroquia de Ke-Trinh, pero le había salido un fuerte absceso en el labio inferior y había ido a Ke-Bang para

curarse. Aquí se hospedaba en casa del agricultor Juan Bautista Con. Los soldados al verlo tan mayor quisieron que renegara de la fe en el mismo sitio de la captura, pero como él se negó lo llevaron preso con los otros.

MARTÍN THO era natural de Ke-Bang, donde nació en 1787, y era exactor de impuestos al tiempo que cultivaba sus propias tierras. Cuando destinaron al pueblo al coadjutor Pablo Ngan, Martín le ofreció su casa y allí le hospedaba, y allí encontraron al sacerdote, motivo por el que fue arrestado con él.

JUAN BAUTISTA CON había sido recolector de impuestos pero luego dejó el cargo para dedicarse al cuidado de sus fincas. Al llegar enfermo el anciano sacerdote Martín Ta Duc, lo hospedó caritativamente, y por esa causa fue arrestado.

Los cinco fueron canonizados el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

9 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. Fiesta de la Dedicación de la Basílica de Letrán en honor de Cristo Salvador **.
2. En Bourges (Galia), San Ursino († s. III), primer obispo de la sede.
3. En Nápoles (Campania), San Agripino († s. III), obispo.
4. En Verdún (Galia), San Vitón o Vaune († 530), obispo.
5. En Constantinopla, santas Eustolia y Sópatra († s. VI), vírgenes y monjas.
6. En Lodève (Galia Narbonense), San Jorge († 870), obispo.
7. En Signa (Toscana), Beata Juana († 1307), reclusa *.
8. En Ancona del Piceno (Italia), Beato Gabriel Ferretti († 1456), presbítero, de la Orden de Menores *.
9. En Bolonia (Emilia), Beato Luis Morbioli († 1485), penitente *.
10. En Murano (Véneto), Beato Gracia de Cátaro († 1508), religioso agustino *.
11. En Oxford (Inglaterra), Beato Jorge Napper († 1610), presbítero y mártir bajo el reinado de Jacobo I *.

12. En Dijon (Francia), Beata Isabel de la Santísima Trinidad Catez († 1906), virgen, carmelita descalza **.

13. En Borysow (Polonia), Beato Enrique Hlebowicz († 1941), presbítero y mártir *.

14. En Roma, Beato Luis Beltrame Quatrocchi († 1951), esposo y padre de familia **.

B) Biografías extensas

DEDICACIÓN DE LA BASÍLICA DE LETRÁN EN HONOR DE CRISTO SALVADOR

Noviembre es un mes proyectado hacia la eternidad. No sólo porque el otoño, con la caída de las hojas, nos hace pensar en la muerte, y porque tradicionalmente está dedicado a los difuntos, sino porque la liturgia agrupa una serie de fiestas que tienen un hondo sentido escatológico.

El día 1 es la solemnidad de *Todos los Santos,* y parécenos asistir, con esa dramatización que la liturgia pone en sus celebraciones, al inmenso cortejo de los «señalados», que con palmas y blancas vestiduras aclaman al que se sienta sobre el trono y al Cordero.

La *Conmemoración de los fieles difuntos* nos recuerda el sentido pascual de la muerte, que es tránsito de los que descansan en Cristo y esperan el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz.

Por último, las dedicaciones de las basílicas del Salvador, el día 9, y de las de San Pedro y San Pablo, el 18, nos hacen pensar, a través de la iglesia material, tabernáculo de Dios entre los hombres, en la Iglesia del cielo, «adornada como una novia que sale a recibir al esposo».

Cada día en la santa misa anunciamos la muerte del Señor «hasta que él venga». Y estas fiestas avivan en nosotros su recuerdo y acucian el deseo de su venida. Para que nos encuentre preparados, con los lomos ceñidos y las velas encendidas, nos hablan estas fiestas de noviembre de la muerte y la eternidad.

Asentada en el monte Celio, «madre y cabeza de todas las iglesias de la urbe y del orbe», la sacrosanta iglesia lateranense «refulge —según frase de Juan XXIII— como rodeada de dignidad por la memoria de preclaros acontecimientos y por los

monumentos de la antigüedad». Catedral del Papa, su toma de posesión significa la suprema investidura del poder en el gobierno eclesiástico de Roma y del mundo.

Del palacio que los «Laterani» poseían desde el siglo I en el Celio viene el nombre de Letrán. Más tarde, bajo Constantino y aconsejados por Osio de Córdoba, Fausta, su esposa, hizo donación de su palacio a los Papas para su residencia habitual, y el emperador —según cuenta una legendaria tradición—, en agradecimiento a San Silvestre por el hecho de haberle curado milagrosamente de la lepra, le hizo entrega de los territorios donde el Pontífice, apoyado por el favor imperial, hizo construir la basílica de San Juan de Letrán, denominada también «Constantiniana». ¿Hubo donación jurídica? Nada se sabe. Sin embargo, Melciano, valiéndose del derecho que le daba el edicto de Milán, celebró en 313 un sínodo romano en la *domus Faustae in Laterano;* el papa Dámaso fue ordenado en la basílica, y de la fecundidad de su baptisterio canta Prudencio sus glorias.

La dedicación del templo —primera conocida en la Iglesia— tuvo lugar el 9 de noviembre de 324, dándole Silvestre el título del Salvador. En el siglo XIII se le añadieron los de San Juan Bautista y San Juan Evangelista.

Iglesia estacional en los días más grandes del año, reunió el Letrán de los siglos IV al XVI más de 25 concilios, cinco de ellos ecuménicos. Pío XI, el 11 de febrero de 1929, la honró al firmarse aquí el felicísimo «Tratado de Letrán».

Mas las invasiones, los saqueos, los incendios y, sobre todo, el abandono en el cual la dejaron los Papas de Aviñón, se conjuraron en torno de la archibasílica como para borrarla de la historia.

Sin embargo, el Renacimiento la hizo resurgir y el barroco la convirtió en antesala de la gloria. Los papas, de Sixto V a León XIII, la restauraron suntuosamente. Fulgurante por la belleza de sus mosaicos (siglo XIII), rica con su Sancta sanctorum, donde se conservan —según una venerable tradición— trozos de la «mensa» de la Cena, recibió su nueva consagración de manos de Benedicto XIII en 1726. La liturgia ha retenido la primitiva fecha del 9 de noviembre. La misa es la del común de todas las dedicaciones de iglesias, riquísima de doctrina.

«El templo ha sido solemnemente consagrado, Dios ha tomado posesión y se halla asistido por el coro de ángeles» (Gradual). Desde la entrada el pensamiento de la majestad divina se impone y provoca una exclamación de temor que la liturgia toma de Jacob despertándose del sueño en Betel: «terrible es este lugar». El temor, sin embargo, se halla moderado por una explosión de amor y de deseos: el salmo del *Introito* es el canto de un levita que proclama su alegría y su fervor en el servicio del templo. En efecto, el Dios Trino ha querido atraer a los hombres hacia Él y comunicarse con ellos.

Este misterio de amor en Dios es un misterio de salvación. Jesús llama a Zaqueo el publicano, subido en el sicómoro, y se hospeda en su casa. El encuentro no es solamente exterior, pues va seguido de la conversión: «Desde ahora doy la mitad de mis bienes a los pobres, y si a alguien he defraudado en algo, le devuelvo el cuádruplo». Al arrepentimiento, el perdón: «Hoy ha venido la salud a tu casa, el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido» (Evangelio).

Este misterio de amor es un misterio de alianza. Dios, por la encarnación del Verbo, ha erigido su tabernáculo entre los hombres y ellos serán su pueblo y el mismo Dios será con ellos. La iglesia es el lugar de su morada, donde los hombres se reúnen en Cristo y tienen acceso junto al Padre. Más aún: la iglesia no es solamente el lugar, es también el signo de la alianza. Por su dedicación se ha trocado en «impenetrable misterio», canta el Gradual, la figura de la nueva Jerusalén en la cual se obra la unión de Dios y de los hombres. La epístola hace aquí alusión al tema bíblico de las nupcias. El Apocalipsis lo ha tomado de los profetas, que se habían servido de esta comparación para dar a entender con qué vínculo tan estrecho la alianza había unido Israel a su Dios.

La Iglesia, esposa del Cordero, celebra cada día sus místicas nupcias en el edificio material que ha consagrado. En él y en la misa se hace presente el sacrificio de la cruz, en el cual Cristo se ha entregado para santificarla... a fin de presentársela a sí gloriosa, sin mancha o arruga, sino santa e intachable para unírsela en calidad de esposa. Es ahí donde sin cesar da a luz nuevos hijos a Dios, como lo declara la antigua inscripción del baptisterio de Letrán:

«Virgineo fetu genitrix Ecclesia natos quos spirante Deo concepit amne parit... Fons hic es vitae qui totum diluit orbem sumens de Christi vulnere principium».

«La Madre Iglesia da a luz con virginal parto a los que concibió bajo la inspiración de Dios en las aguas. Ésta es la fuente de la vida, que riega todo el orbe y de las heridas de Cristo tomó su origen».

Es ahí donde, por los sacramentos, prepara las piedras vivas escogidas que construyen poco a poco el templo de Dios (postcomunión), porque la alianza no está solamente sellada con la Iglesia en su totalidad, sino que cada alma está invitada a unirse a Dios en Cristo.

Las nupcias suponen amor recíproco; esto también se cumple en la Iglesia. La parte de Dios es la gracia que da en los sacramentos, la promesa de la vida eterna, en la cual ya no habrá ni lágrimas, ni muerte (epístola), como también su benevolencia para con los hombres en el detalle de cada día. Tan persuadida está la liturgia, que pide con seguridad en la colecta que toda gracia que aquí se implore será alcanzada: tiene hasta la osadía de obligar a Dios a declarar en el versículo de la comunión, al comparar un texto de San Mateo con otro de San Lucas, que todo aquel que entrare en ese templo de oración será atendido. A su vez, el hombre se ofrecerá plena y alegremente con Cristo. Por eso esta ofrenda encuentra su expresión en el canto del *Ofertorio* y de la *Secreta,* acompañándola de adoración y de acción de gracias *(Aleluya).*

Así, a través de los textos de esta misa de la dedicación, hallamos lo que nos enseña la teología sobre los fines del sacrificio eucarístico. Maternalmente, la Iglesia nos sugiere los sentimientos que deben animar nuestra participación y nos hace pensar también en la Iglesia del cielo.

MARÍA PAZ NAVARRO DE LA PEÑA, OSB

Bibliografía

Art. «Latran», en F. CABROL - H. LECLERQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* VIII/2: *Latran-Lexique* (París) cols.1531-1558.

HUELSEN, C., *Le chiese di Roma nel Medio Evo* (Florencia 1927).

LANER, P., *Le palais du Latran. Étude historique et archéologique* (París 1911).

LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI, *Historia de la Iglesia católica,* I (Madrid 1964) 388-390; 474.

BEATA ISABEL DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD CATEZ

Virgen († 1906)

Isabel Catez nació el 18 de julio de 1880, domingo, en el campo militar de Avor, municipio de Forges-en-Septaine (Cher), cerca de Bourges, en Francia. Su madre, que tuvo grandes dificultades en el parto, se complacía en recordar que la nacida era una «nena muy bella, muy viva». La bautizaron el 22 de julio en la capilla del campamento donde su padre era capitán de intendencia, y será nombrado caballero de la Legión de Honor. Desde mayo de 1881 se establecen en Auxonne (Côte-d'Or). La madre, María Rolland, cuenta de Isabel de veintiún meses: «Es un verdadero demonio, se arrastra, se necesita cada día un par de pantalones blancos». Es, además, «¡una charlatana!». Reza por su abuela enferma y enseña a rezar a su muñeca. En noviembre de 1882 se instalan en Dijon. Isabel sigue siendo «muy viva, incluso colérica: berrinches, verdaderos berrinches los suyos. Es un diablo». A la muerte del abuelo en enero de 1887 sigue ocho meses más tarde la del padre de Isabel. Desde la ventana de la casa a la que se ha trasladado con su madre y su hermana Margarita, nacida en 1883, y una criada ve el convento de las carmelitas descalzas. A los siete años hace su primera confesión y promete luchar contra sus caprichos y contra su mal genio. Cuando tiene ocho años su madre la matricula en el Conservatorio de Dijon. A los nueve años y medio escribe: «Como espero que pronto tendré la dicha de hacer mi primera comunión, seré todavía más buena, porque pediré a Dios que me haga mejor». El 19 de abril de 1891 hace la primera comunión. Con su vestido blanco va esa tarde a visitar a la priora del Carmelo. La priora, María de Jesús, le explica el significado de su nombre. Isabel significa, en hebreo, la «casa de Dios». No se le olvidará nunca. En junio de ese mismo año de 1891 recibe la confirmación en la Iglesia de Nuestra Señora. En 1893 obtiene el primer premio de solfeo y el primer premio de piano en el Conservatorio. Todos se admiran y la aplauden al verla al piano tocando el *Capriccio brillant* de Mendelssohn. En 1894 la privan injustamente del premio de excelencia, como ella lo cuenta con todo detalle en una carta. Se alegró de que su hermana Margari-

ta obtuviese el segundo premio. Estudia otras materias, pero es en la música en la que se empeña más a fondo. En 1896 hace una visita a Lourdes; otra en 1898.

> «Al menos desde que tenía ocho años, Isabel emprende con su madre y con su hermana largos viajes durante las vacaciones. Regularmente van al Sur, donde la señora Catez ha pasado su juventud. Hace paradas prolongadas en Saint-Hilaire, donde el abate Angles fue párroco durante unos quince años, y en Carlipa, donde viven las tías Rolland. Cuatro veces al menos, las Catez pasan sus vacaciones en Lorena, en el Jura y en Los Vosgos».

De todos estos desplazamientos deja constancia Isabel en sus cartas, manifestando «su entusiasmo ante las bellezas de la naturaleza, las montañas y el mar; expresa la alegría de encontrarse con sus amigas, de jugar al tenis y al croquet, de participar en sesiones musicales».

En abril de 1899 su madre le da el consentimiento para que entre en el Carmelo cuando tenga veintiún años. En junio ya hace su primera visita al locutorio de las carmelitas de Dijon. Durante el curso de ese mismo año lee la *Historia de un alma* de Teresa de Lisieux. El 2 de agosto de 1901 entra en el Carmelo. A los ocho días de su entrada rellena un cuestionario, cuya lectura nos acerca ya al temple espiritual de su alma.

Se le preguntó y respondió así:

> P. ¿Cuál es, a su parecer, el ideal de la santidad? R. Vivir de amor.
>
> P. ¿Cuál es el medio más corto para alcanzarla? R. Hacerse pequeñita, entregarse sin reserva.
>
> P. ¿Qué santo es el que más amáis? R. El discípulo amado, que descansó sobre el pecho de su Maestro.
>
> P. ¿Cuál es su santa preferida y por qué? R. Nuestra Madre Santa Teresa, porque murió de amor.
>
> P. ¿Qué punto de la Regla preferís? R. El silencio.
>
> P. ¿Cuál es el rasgo dominante de su carácter? R. La sensibilidad.
>
> P. ¿Vuestra virtud predilecta? R. La pureza: "bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios".
>
> P. ¿El defecto que os inspira mayor aversión? R. El egoísmo bajo todas sus formas.
>
> P. Dadnos una definición de la oración. R. La unión de la que no es con Aquel que es.
>
> P. ¿Qué libro preferís? R. El alma de Cristo. Ella manifiesta todos los secretos del Padre que está en el cielo.

P. ¿Tenéis grandes deseos del cielo? R. A veces sufro nostalgia, pero, excluida la visión, ya lo tengo en lo más íntimo de mi alma.

P. ¿En qué disposiciones quisierais encontraros en la hora de la muerte? R. Quisiera morir amando y yacer así en los brazos de Aquel a quien amo.

P. ¿Hay algún género de martirio que os gustaría más que otro? R. Los amo todos, sobre todo el del amor.

P. ¿Qué nombre quisierais tener en el cielo? R. Voluntad de Dios.

P. ¿Cuál es vuestro lema? R. Dios en mí, yo en él.

El 8 de diciembre de 1901 toma el hábito, después de tres días de retiro de preparación. La ceremonia la preside monseñor Le Nordez, predicando el P. Vallée, dominico, con quien Isabel ha comenzado a tratar un año antes y que ejercerá una gran influencia espiritual y doctrinal en ella.

El 22 de diciembre de 1902 pasa unas horas fuera de la clausura con su madre y hermana conforme a la costumbre para llevar a cabo lo que se llamaba el examen canónico. Retiro personal para prepararse a la profesión religiosa que tendrá lugar el 11 de enero de 1903. Entregada a su vida carmelitana de oración, silencio y soledad, en mayo de 1904 vive lo que se llama días de silencio en el cenáculo, en septiembre sus ejercicios personales, todavía en noviembre los ejercicios espirituales comunitarios, y el 21 de noviembre de ese mismo año de 1904 compone su famosa elevación: «¡Oh, Dios mío, Trinidad a quien adoro!». En la Cuaresma de 1905 se detectan los primeros síntomas de la enfermedad que la llevará a la tumba: úlcera de estómago. A mediados de agosto se siente muy debilitada; no obstante hace sus ejercicios personales en octubre y en enero de 1906 los ejercicios comunitarios. En marzo pasa a la enfermería del monasterio. En abril se le administra la unción de enfermos. Después de una mejoría repentina vuelve a recaer y de nuevo mejora un poco. En la primera mitad de agosto compone *El cielo en la fe.* En la segunda mitad del mismo mes hace su retiro personal y escribe *Últimos ejercicios.* El 31 de octubre de 1906 recibe otra vez la unción de enfermos; el 1 de noviembre, la última comunión. Muere el 9 de noviembre diciendo: «Voy a la luz, al amor, a la vida». La inhumación tiene lugar el día 12.

Durante su vida ha adoptado como nombre «espiritual» *Laudem gloriae,* tomado de San Pablo Ef 1,12. Con esta frase

emblemática firma cartas, poesías, ejercicios..., asegurando que «éste será mi nombre en el cielo». Alabanza de gloria ya aquí abajo, que se perpetuará sin fin en el cielo. Ella misma explica abundantemente qué es y cómo es un alma «alabanza de gloria»: alma que mora en Dios, alma de silencio, que mira fijamente a Dios, un ser que siempre permanece en actitud de acción de gracias, etc. Y dirá: «En el cielo de su alma la alabanza de gloria comienza ya el oficio que tendrá en la eternidad».

Isabel de la Trinidad se ha convertido en «una de las figuras más destacadas de la espiritualidad contemporánea. Con su ejemplo y con su doctrina, ejerce desde hace años un influjo siempre creciente, debido, sobre todo, a su experiencia Trinitaria y a sus breves escritos (notas espirituales y correspondencia, unas 350 cartas), muy densos en doctrina y eco de su comunión con las tres divinas personas».

Refiriéndose a la Santísima Trinidad le gusta decir «los tres», «mis tres». En la edición de sus *Obras completas* se pueden ver sus escritos: *El cielo en la fe* (1906), para su hermana Margarita, Guita; *La grandeza de nuestra vocación* (1906), tratado espiritual dedicado a la joven de Dijon Francisca de Sourdon; *Últimos ejercicios* (16-31 de agosto de 1906), entregados a la priora madre Germana con esta nota: «Los últimos ejercicios de *Laudem gloriae»; Déjate amar,* misiva especial escrita los últimos días de octubre de 1906 para la priora madre Germana. Este escrito lo llama Isabel «secretos para nuestra reverenda madre». Otro grupo de escritos se compone de *Diario 1899-1900; Notas íntimas* y *Poesías.* Y un tercero y último grupo se refiere al epistolario de Isabel con *Cartas de juventud* y *Cartas desde el Carmelo.*

Entre las *Notas íntimas* se encuentra la pieza más conocida y famosa: «¡Oh, Dios mío, Trinidad a quien adoro!», que ha sido comentada por teólogos y escritores de espiritualidad.

Los escritos de Isabel están rezumando, como doctrina vivida y asimilada por ella, el mensaje de las cartas de San Pablo, que conoce y maneja a la perfección. También es deudora de los demás escritos bíblicos, especialmente, por lo que se refiere al Antiguo Testamento, de los Salmos. El evangelio que menos cita es el de Marcos y el que más el de Juan. De las cartas de San Pablo las cita todas, menos las dos a los Tesalonicenses. De las

que más se sirve es de Efesios y Romanos. Viene a ser la lectura bíblica de una gran mística.

El influjo de los padres del Carmelo, Teresa y Juan de la Cruz, es también muy notable, especialmente el del santo. También es deudora a Teresa de Lisieux y a otros autores no carmelitas. Las alusiones o los textos de que se sirve no son como un centón en su caso, sino como materia viva que ella asimila y hace propia y de la que se sirve para expresar sus vivencias y reflexiones mentales.

Isabel es una persona de alta espiritualidad, de singular vida trinitaria, a la que invita a quienes la quieran seguir. Conrad de Meester, el mejor editor de sus obras, sitúa a Isabel en el nivel «de la santidad, de la experiencia de la vida en Dios, de lo vivido. Ella no es un profesor de teología, incluso de teología mística, ¡ella es un testigo de la gracia en acción!».

No deja de ser significativo lo que escribía el gran teólogo K. Rahner alertando sobre la vida espiritual de tantos creyentes:

> «Los cristianos, a pesar de que hacen profesión de fe ortodoxa en la Trinidad, en la realización religiosa de su existencia son casi exclusivamente "monoteístas". Podemos, por tanto, aventurar la conjetura de que si tuviéramos que eliminar un día la doctrina de la Trinidad por haber descubierto que era falsa, la mayor parte de la literatura religiosa quedaría casi inalterada».

Hecha esta denuncia, entre las excepciones que pone el mismo Rahner aparecen Juan de la Cruz, Isabel de la Trinidad, y otros pocos. Vivió en intimidad con la Trinidad de un modo singular y profundo y anunció proféticamente su misión póstuma que en una ocasión la subrayó así: «¡Ah!, yo quisiera decir a todas las almas qué fuentes de fortaleza, de paz y también de felicidad encontrarían si consintiesen en vivir en esta intimidad».

Por lo que se refiere a su camino hacia los altares hay que señalar que el proceso ordinario se hizo de 1931 a 1941. Aprobados sus escritos en 1944, años después, en 1961, Juan XXIII designó la Comisión para la introducción de la causa. De 1963 a 1965 se lleva a cabo el proceso apostólico. En julio de 1982 Juan Pablo II proclama la heroicidad de sus virtudes, y la beatifica el 25 de noviembre de 1984.

En la homilía de la beatificación traza Juan Pablo II un perfil muy claro y definido de Isabel. La presenta al mundo como:

> «Un testigo brillante de la alegría de estar enraizados y fundados en el amor. Ella celebra el esplendor de Dios, porque se sabe habitada en lo más íntimo de sí misma por la presencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en quien reconoce la realidad del amor infinitamente viviente».

Echando una mirada sobre el mundo prosigue el Papa:

> «A nuestra humanidad desorientada que no sabe ya encontrar a Dios o que le desfigura, que busca sobre qué palabra pueda fundar su esperanza, la beata Isabel le da el testimonio de una apertura perfecta a la Palabra de Dios que ella ha asimilado hasta el punto de nutrir de ella verdaderamente su reflexión y su oración, hasta el punto de encontrar en esa Palabra todas sus razones de vivir y de consagrarse a la alabanza de su gloria».

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

APARICIO, A. - BRÄNDLE, F. - ARÓSTEGUI, L. - DOMINGO FERNÁNDEZ, A., *Isabel de la Trinidad. Figura y mensaje hoy* (Madrid 1984).

BALTHASAR, H. U. VON, *Elisabeth von Dijon und ihre geistliche Sendung* (Köln 1952). Obra refundida por el autor y publicada con el título siguiente: *Schwestern in Geist: Therese von Lisieux und Elisabeth von Dijon* (Einsiedeln 1970).

BURGO, L. DEL, «Beata Isabel de la Trinidad», en A. MARTÍNEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Noviembre* (Madrid 2002) 159-166.

CAORIOLI, M., «Bibliografia in linga italiana della Beata Elisabetta della Trinità», en *Quaderni Carmelitani* 21(2004) 117-132.

DE MEESTER, C., *Tu presencia es mi alegría. (Vida y mensaje de Isabel de la Trinidad)* (Madrid 1986).

— «Teresa de Lisieux ed Elisabetta di Digione»: *Quaderni Carmelitani* 21 (2004) 31-64.

GERMANA DE JESÚS (priora), *Recuerdos* (Dijon 1915). Reeditada y traducida a cantidad de lenguas europeas y orientales, también al español: Gráficas Fides San Sebastián, 3.ª ed., 1944. Versión de «Homilía en la beatificación (25-11-1984)»: *AAS* 77 (1985) 289-294.

«Introducción de la causa de beatificación»: *AAS* 56 (1964) 535; 537.

ISABEL DE LA TRINIDAD, *Obras completas.* Introducción, traducción y notas por A. Aparicio (Burgos ^{5}1985).

— *Obras completas.* Edición crítica preparada por Conrad de Meester, OCD (Madrid 1986).

LAFRANCE, J., *Aprender a orar con sor Isabel de la Trinidad* (Madrid ^{3}2004).

LLAMAS, E., OCD, *Dios en nosotros: doctrina espiritual de Sor Isabel de la Trinidad* (Madrid 1969).

MACCA, V., «Isabel de la Trinidad (Isabel Catez), venerable», en L. SAGGI (ed.), *Santos del Carmelo* (Madrid 1982) 306-310, con amplia bibliografía a tener en cuenta.

— *Elisabetta della Trinità. Un'esperienza di grazia nel cuore della Chiesa* (Roma 1976).

Monte Carmelo 92 (1984), número monográfico dedicado a sor Isabel de la Santísima Trinidad con ocasión de su beatificación.

PHILIPPON, M.-M., OP, *La doctrina espiritual de sor Isabel de la Trinidad* (Pamplona 1958).

POZZOBON, G., «Isabel de la Trinidad», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los santos,* I (Madrid 2000) 1108-1110.

«Proclamación de la heroicidad de las virtudes»: *AAS* 74 (1982) 1085-1089.

SICARI, A., OCD, *Elisabetta della Trinità* (Madrid ^{4}1954).

SIMEÓN DE LA SAGRADA FAMILIA, *Bibliografia di suor Elisabetta della Trinità* (Roma 1974).

«Suor Elisabetta della Trinità» (En el 50.º aniversario de su muerte): *Rivista di Vita Spirituale* 10 (1956) fasc.3.

BEATOS LUIS Y MARÍA CORSINI BELTRAME QUATROCCHI

Esposos († 1951 y 1965)

Este matrimonio italiano, padres de cuatro hijos, es un modelo de familia cristiana en el convulsionado mundo de la primera mitad del siglo XX. Fieles cumplidores de sus deberes profesionales, él ejerciendo altos cargos al servicio del Estado y ella como escritora, supieron implicarse también en numerosas actividades de carácter apostólico, en particular con la Acción Católica, y dedicar su tiempo al servicio de los más necesitados, además de cumplir exquisitamente su primordial deber de atender el ambiente familiar. Con una vida espiritual intensa, muy cuidada personalmente por cada uno, en la que no faltaba la participación diaria en la santa misa y la ayuda de encuentros y distintos recursos formativos, supieron educar cristianamente a sus hijos y ser un verdadero testimonio en el amplio ámbito al que se extendió su influencia.

Luis Beltrame nació en Catania (Sicilia, Italia) el 12 de enero de 1880 y fue bautizado un mes después. Acababa de tener lugar el proceso de unificación de Italia, y su padre, Carlos, originario de Tarcento (Udine), dado su cargo de Consejero de la Prefectura, se vio obligado a vivir en distintas ciudades italianas por necesidades administrativas del nuevo Reino, hasta que él y su esposa Francisca Vita, hija de un noble palermitano, fijaron su residencia en Roma.

Luis, que era el tercero de los cuatro hijos del matrimonio, vivió la primera infancia con sus padres, sus dos hermanos mayores, Gregorio y Mariana, y con el más pequeño, Héctor. Pero a los 8 años, solicitado por ellos, lo llevaron con unos tíos que no tenían hijos: Luis Quatrocchi, que había sido su padrino de bautismo, y Estefanía Vita, hermana de la madre. Al comienzo vivieron en Ancona, donde el tío era cajero principal de la Aduana Regia, pero poco después, en 1891, se trasladaron a Roma, ciudad en la que ya vivieron siempre y donde Luis Quatrocchi continuó desempeñando el mismo trabajo.

En Roma, los tíos lo llevaron al Liceo «Humberto I» y en julio de 1898 concluía allí con éxito sus estudios. Pasó luego a la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad *La Sapienza* de esa misma ciudad, obteniendo la licenciatura en julio de 1902. Su tesis trató sobre «El error de hecho en el derecho penal». Luis era serio y estudioso, y a lo largo de su juventud se fueron consolidando en él profundos principios éticos. Llegó a ser un concienzudo y apreciadísimo abogado.

Siendo todavía estudiante universitario, en mayo de 1902 falleció el tío Luis y, en 1903, unos meses después de obtenido su título académico, su madre. Al año siguiente, 1904, falleció también la tía Estefanía, quedando solo y muy abatido por el profundo dolor. Agradecido a los tíos, que desde hacía quince años para él habían hecho de padres, el joven abogado solicitó añadir a su propio apellido, Beltrame, el de ellos, Quatrocchi, recibiendo este mismo año 1904 la oportuna autorización en la Prefectura de Catania, donde había nacido. En adelante tuvo, por tanto, dos apellidos paternos: Beltrame Quatrocchi.

Antes de estos tristes acontecimientos familiares, en 1901, cuando cursaba el tercer año de su carrera de Derecho, Luis había comenzado la relación con la que había de ser su esposa, María Corsini, quien le ayudó mucho a superar el sufrimiento de dichas ausencias.

La familia Corsini y la familia Quatrocchi se habían conocido en Roma en 1899, pero a raíz de una carta de María a la tía Estefanía pidiéndole una consulta con su sobrino sobre un trámite legal, había empezado la correspondencia y la amistad entre ambos jóvenes, quienes, después de tres años de noviazgo,

contrajeron matrimonio el 25 de noviembre de 1905 en la Capilla de Santa Catalina de Alejandría de la Basílica de Santa María la Mayor de Roma.

Terminados brillantemente sus estudios, Luis había iniciado el trabajo profesional haciendo prácticas en el despacho del abogado Lupacchioli, asumiendo pronto el cargo de procurador, y muy poco antes de la boda, en agosto de 1905, fue nombrado vice-pretor honorario de la I Prefectura urbana de Roma.

María era cuatro años menor que él. Había nacido en Florencia el 24 de junio de 1884 del matrimonio formado por Angiolo Corsini, capitán de los artilleros del Ejército Real, y por su segunda esposa Julia Salvi. En el bautismo, a los cuatro días de nacer, le impusieron los nombres de María Luisa Cesarina Enriqueta Ester Serafina Juana.

A causa del trabajo del padre al servicio del Estado, en 1888 la familia se trasladó a Pistoia. En 1890 volvieron a Florencia, en 1892 fueron a Arezzo, donde María recibió el sacramento de la confirmación, y en 1893 se establecieron definitivamente en Roma. Aquí la llevaron primero a la escuela elemental de las Hermanas de San José de Cluny y desde 1894 a una escuela pública.

Después de un curso de catecismo ofrecido por las Hermanas del Niño Jesús, el 30 de septiembre de 1897 recibió la primera comunión en la Iglesia del Niño Jesús de la Vía Urbana, acontecimiento para el que se preparó con un retiro organizado por las religiosas. Fue una experiencia espiritual fuerte, que dejó gran impronta en su adolescencia.

Durante su niñez y juventud María recibió buena educación humana y cristiana por parte de los padres, principalmente con el ejemplo. Era despierta, juiciosa e inclinada a la piedad.

Realizó sus estudios superiores en el Instituto Femenino de Comercio para Directoras y Contables, donde la inscribieron sus padres porque estaba cerca de la casa donde vivían. Los números y la actividad mercantil no ejercían atractivo especial para ella, pero tuvo la suerte de encontrar en esta Escuela profesores de gran talla cultural, de los que recibió una formación humanista muy rica y polifacética. Esto, junto al clima exquisitamente

florentino que se respiraba en su familia, constituyó una base sólida para la perfección lingüística y estilística de la futura escritora. Aficionada a la música y a las letras, no contaba aún 18 años cuando debutó con dos publicaciones de naturaleza literaria: un estudio sobre *Las abejas* de Rucelai y otro sobre *Gabriel Rossetti y los Prerafaelistas.*

En 1901, año en que María terminó sus estudios, comenzó su relación con el estudiante de Derecho Luis Beltrame, con quien, como hemos indicado, contrajo matrimonio en 1905, cuando contaba ella 21 años de edad y él 25. Se establecieron en una casa de la Via Agostino de Pretis, en la que vivieron con ellos los abuelos y los padres de ella. Un año después, en 1906, nacía el primer hijo, Felipe; en 1908, Estefanía (Fany) y en 1909, César.

En el otoño de 1913 la alegría por el anuncio del cuarto hijo se vio ofuscada por un diagnóstico médico que advertía el riesgo mortal para la madre y para el feto. Invitada categóricamente a interrumpir el embarazo, su rotundo «no», apoyada por el marido, se vio premiado por Dios, en quien había puesto toda su confianza, ya que el 6 de abril de 1914 nacía Enriqueta, la hija menor que les acompañó durante toda su vida. Sus tres hermanos mayores se hicieron religiosos, abandonando pronto, por este motivo, el domicilio familiar. También ella quiso seguir el mismo camino, pero su frágil salud se lo impidió, aunque se consagró a Dios en la vida laical, permaneciendo junto a sus padres y llenando el hueco dejado por sus hermanos. Si Enriqueta se hubiera ido a un convento, al quedar solos, sus padres estaban dispuestos a retirarse del mundo y abrazar también ellos la vida de consagración al Señor.

El matrimonio, los cuatro hijos y los abuelos maternos integraron durante algunos años el ambiente familiar. Cuando se casaron, María tenía bien asimilada la religiosidad de su abuela y de su madre. Sin embargo, Luis, aunque fundamentalmente era creyente, muy honesto y persona de gran rectitud, no estaba acostumbrado a la práctica religiosa. Por ello María no perdía ocasión de enviarle continuos y discretos mensajes de fe y de oración, que él siempre recibía con gusto y humilde y admirable docilidad.

Mientras tanto, la preparación académica y el buen hacer profesional de Luis le iban procurando cargos y honores cada vez más elevados: en 1909 ganó con el número 1 el concurso-oposición a abogado suplente del Tesoro Público. Más tarde, en 1919 fue abogado titular y secretario general en 1921. En 1914 había recibido el título honorífico de Caballero de la Corona de Italia.

Desde 1910 Luis había comenzado a ocuparse seriamente de su vida espiritual, acogiéndose a la dirección del P. Paoli. Fruto de su evidente progreso en la vida de fe fue la fiel participación diaria en la santa misa desde 1916 y el entusiasmo y la dedicación con que desarrolló varias actividades apostólicas.

Cuando por esas fechas comenzó a ponerse de moda el *scoutismo* en el mundo católico italiano, captó su gran importancia formadora para los jóvenes y llegó a ser uno de sus principales promotores junto al primer jefe scout, el conde Mario de Carpegna, y al jesuita P. Gianfranceschi. Después de cooperar activamente con la ASCI —Asociación de la Escuela Católica Italiana—, en 1917 fue nombrado Presidente de la Zona V de Roma, en 1918 miembro del Comité Central y desde 1921 a 1927 Consejero general. Además, en 1919 fundó con un amigo suyo, Cayetano Pulvirenti, un centro recreativo para jóvenes en la basílica de Santa Pudenciana, dirigido por Luis hasta 1923, que pronto se convirtió en la Zona Scout Roma XX.

Como esposa y madre, María se ocupaba con abnegación y alegría de atender la casa familiar, pero procurando encontrar tiempo para seguir escribiendo: en 1912 llevó a la imprenta *La madre nel problema educativo moderno* (Libreria Editrice Fiorentina), primer y apasionado ensayo sobre la temática cristiana de la familia y de la educación de los hijos. Además, en 1914, a raíz de un terremoto en Avezzano, se interesó vivamente por la atención a los heridos; el mismo año comenzó la catequesis para las mujeres en la parroquia de San Vital, y desde 1915 se dedicó a ayudar moral y espiritualmente a los soldados de la I Guerra Mundial internados en los distintos hospitales de Roma. Para mejor cuidar su vida espiritual, en 1917 se hizo Terciaria Franciscana, y en 1919, de la Congregación de Damas de la Inmaculada.

Precisamente este año 1919, un gran agotamiento físico la postró en cama y la hizo creer que difícilmente volvería a recuperar su salud, pensando incluso en la posibilidad de una muerte temprana. Fue un tiempo en el que se puso de manifiesto su gran hondura espiritual y en el que renovó, junto con su esposo, su firme compromiso apostólico.

Tanto María como Luis se comprometieron muy activamente con la Acción Católica italiana. En 1920 ella comenzó a formar parte del Consejo Central de la Acción Católica Femenina, siendo enseguida miembro efectivo del Secretariado Central de Estudio, y él colaboró con el profesor Luis Gedda en la Acción Católica Masculina y en los Comités cívicos.

Sus capacidades profesionales no comunes y el prestigio que fue adquiriendo en las esferas más altas del país, junto con su integridad moral universalmente reconocida y la transparente rectitud de su testimonio cristiano, fueron puestos al servicio de muchas personas de todas las categorías sociales que se dirigían a él en busca de consejo, consuelo y ayuda. Como base de todo estaba un cuidado ambiente familiar en el que la oración cotidiana, la participación en la santa misa y la práctica asidua de los sacramentos unía a padres e hijos en un deseo compartido de auténtica vida cristiana.

Activo y discreto en el apostolado del ambiente, Luis impulsó a muchos compañeros y amigos a encuentros y reuniones de cultura religiosa y les puso en contacto con los grandes maestros del espíritu de entonces, recobrando varios de ellos la fe y la vida de la gracia. Y todo ello al lado de su esposa María Corsini, con la cual se había comprometido en un camino de vida espiritual, volcado después en la formación humana y sobrenatural de los hijos.

Profesionalmente, recibió distintos encargos oficiales de gran prestigio y responsabilidad a nivel nacional en algunos Ministerios u organismos del Estado. Entre ellos, desde 1926 el de primer Consultor legal del IRI —Instituto para la Reconstrucción Industrial de Italia—, y en 1943 fue nombrado Comisario extraordinario del ENPAS —Ente Nacional de Previsión y Asistencia para los Funcionarios del Estado—. Fue también Consultor legal del Banco de Italia, del Banco Comercial Italia-

no, del Banco Nacional del Trabajo, del Consorcio para las Obras Públicas y de la STET —Asociación financiera de la Telefónica—. Desempeñó también el cargo de Presidente del Consejo de Administración del Fondo para el Culto durante el primer gobierno de De Gasperi.

Además, en 1944, recibió el encargo de Consejero de la Administración de la Agencia cinematográfica ORBIS, promovida por la Presidencia Nacional de la Acción Católica. Trabajó también en el Centro de Estudios Políticos, con la GIAC —Juventud Italiana de la Acción Católica— y, a partir de 1945, durante la inmediata postguerra, se dedicó junto con su esposa al movimiento de «Renacimiento cristiano» y al «Frente de la familia», todo ello sin menoscabar él su actividad profesional y ella su tarea de escritora.

Mientras Luis ocupaba tan relevantes cargos en la administración pública, María publicó numerosos artículos en periódicos y revistas católicos. Así, desde 1920 en *Fiamma viva, Il solco, In Alto,* en *Boletín de la FUCI* —Federación de Universitarios Católicos— y otros.

En 1922 los tres hijos mayores del matrimonio expresaron su vocación religiosa, abandonando en poco tiempo el domicilio familiar para seguirla. En 1924, el mayor, Felipe —mons. Tarsicio—, ingresó en el seminario Capranica de Roma, y César —fr. Paulino— en la abadía benedictina de San Pablo, también en Roma. Y en 1925 Luis y María acompañaban a su hija Estefanía —sor Cecilia— al monasterio de las Benedictinas del Santísimo Sacramento de Milán. Esto dio lugar a un nutrido epistolario con los hijos, que vio la luz en 1924 con el título *Voce di madre.*

En 1936 María dio a la imprenta *Il libro della giovane,* manual de oraciones y meditaciones, y en 1937 compuso un opúsculo sobre los enfermos titulado *I nostri ammalati.* En 1940 vieron la luz *Il fuoco è da ardere,* libro destinado a combatir la tibieza espiritual, y *Mamma vera,* sobre la misión materna en la vida cristiana. En 1943 compuso con su hijo Paulino, a quien fue a visitar a Croacia donde se hallaba por motivos apostólicos, *Fiore che sboccia,* un librito dedicado a las jóvenes que se abren a la vida.

María, muy pronto comprometida, como hemos dicho, en los cuadros directivos de la Acción Católica italiana, en la catequesis de la parroquia, en las visitas domiciliarias a los enfermos y en la organización de la asistencia a los necesitados, continuó cuidando con esmero su vida espiritual, desde 1936 bajo la dirección del P. Garrigou Lagrange. Defendió muy celosamente los espacios cotidianos reservados a la Eucaristía, a la oración y al impecable gobierno de su casa, y continuó siempre dispuesta a emprender nuevas y no menos comprometidas actividades apostólicas.

Enfermera voluntaria de la Cruz Roja desde la guerra con Etiopía (1935-1936), en 1936 acompañó peregrinaciones de enfermos en los trenes de la UNITALSI —Unión Nacional Italiana para el transporte de enfermos a Lourdes y Santuarios de Italia— que los llevaban a Lourdes y a Loreto. Un año después realizó un curso para enfermera de la Cruz Roja italiana y se especializó en enfermedades tropicales.

Durante la II Guerra Mundial participó en turnos extenuantes en los hospitales militares, incluso fuera de Roma, para la asistencia diurna y nocturna a los heridos y a los operados, y para la acogida y atención de los prófugos. Con esta finalidad consiguió la especialización en cirugía y el carné de conducir de las ambulancias militares. En 1945 colaboró en la *Opera del Ristoro* de la estación Termini y en 1946-1947 se adhirió a la iniciativa del P. Lombardi por «Un mundo mejor». En estos mismos años fue vicepresidenta del Comité romano del «Frente de la familia» y organizó cursillos para novios.

En 1945, después de la liberación de Italia por los aliados, De Gasperi, Presidente del Consejo de Ministros, quiso nombrar a Luis Abogado General del Estado, proyecto que fue impedido por algunos y no secundado por él, que se jubiló en 1946 con el título de Vice-abogado General Honorario del Estado. Asimismo, en 1948 rechazó la candidatura al Senado por el partido de la Democracia Cristiana de Roma, que le había sido propuesta por Gedda.

Humilde y eficaz servidor de los otros en las estructuras de oficiales, supo, sin embargo, mantenerse ajeno a cualquier militancia política, aunque simpatizaba con el incipiente movimien-

to de don Sturzo. Y su sentido religioso se manifestó siempre sin exhibicionismos ni protagonismos.

Ávido de mayores conocimientos religiosos, cuando el cese de su actividad laboral le permitió contar con más tiempo, frecuentó asiduamente los cursos vespertinos de teología para laicos en la Universidad Gregoriana, y los encuentros de cultura religiosa organizados por la profesora Cappelli y por el abad Schuster de San Pablo.

La salud de Luis había comenzado a quebrantarse en 1941. En esta fecha superó sin graves consecuencias una crisis de corazón, que se repitió, más aguda, en febrero de 1944. Un nuevo ataque cardiaco al mes siguiente no le costó la vida gracias a la rapidísima actuación de su esposa, que le prestó los primeros auxilios, pasando después unos años de relativa mejoría. Pero un fatal infarto en la noche del 7 al 8 de noviembre de 1951 le produjo la muerte el día 9 en su domicilio de Via de Pretis. Su primogénito, don Tarsicio, celebró los solemnes funerales en la Iglesia de San Vital, siendo después sepultado en el cementerio de «Campo Verano» de Roma.

Según los que le conocieron, Luis fue una persona afable, verdadera, esencial, docta, convencida. Humanamente estaba dotado de un atractivo especial que la gracia de Dios hacía cada día más visible. Extraordinario ejemplo de dedicación familiar y profesional, correspondió fielmente al proyecto de Dios sobre él, fundando su vida sobre los valores de la fe cristiana.

Ya viuda, en los últimos años de vida, María se dedicó de modo más intenso a las publicaciones, sobre todo a las de carácter formativo y ascético, algunas de las cuales obtuvieron varias ediciones. Así, en 1952 publicó *Lux vera,* libro que había compuesto junto con su esposo Luis, y *Vita coi figli.* Pero su obra maestra, verdadero testimonio de la vida en común con su esposo, publicada en 1953, es *L'ordito e la trama,* reeditado después con el título *Radiografia di un matrimonio.* Su último libro, de 1955, *Rivalutiamo la vita,* es un resumen de su experiencia de madre y de cristiana.

Después de una vida extraordinariamente fecunda, afectada por un mal de estómago, María falleció el 26 de agosto de 1965, a los 81 años de edad, mientras disfrutaba de unos días de vaca-

ción en la villa «La Madonnina» construida por el matrimonio en Serravalle di Bibbiena, cerca de Camaldoli. Después de los solemnes funerales celebrados en la iglesia de Serravalle el día 27, el 28 se trasladaron sus restos a Roma, para ser enterrada junto a su esposo en el cementerio de «Campo Verano». Numerosísimas personas acudieron a despedirla. Después, sus restos, junto con los de Luis, fueron trasladados a la capilla de la Unidad de la Trapa de Vittorchiano, un precioso pueblo no lejano de Roma, donde desde 1962 residía su hijo fr. Paulino.

El 18 de octubre de 1994 la Santa Sede concedió el *nihil obstat* para instruir la causa de canonización de ambos esposos, aunque los procesos se han realizado separadamente para cada uno.

La beatificación conjunta de Luis y María Beltrame Quatrocchi ha tenido lugar el 21 de octubre de 2001. Estuvieron presentes en la ceremonia de la Plaza de San Pedro tres de los cuatro hijos del matrimonio y la prensa recogía sus palabras. Enriqueta, la menor, que vivió siempre con ellos, de 87 años entonces, decía: «Mis padres eran necesarios el uno para el otro». Y también: «En nuestra casa se respiraba un clima de serenidad y de amor, lo cual nos condujo a los cuatro hijos a entregar la vida al Señor». El mayor, don Tarsicio, sacerdote, de 95 años, recordaba: «Hablaban entre ellos y con nosotros de Dios. Nuestra familia sentía su presencia en el transcurso cotidiano de los días. Era como si Dios formara parte de nuestros juegos, nuestras discusiones, nuestros actos. Mamá y papá, con un lenguaje sencillo y simpático, nos transmitían la alegría de vivir y de tener fe en Dios». Es el testimonio de santidad de quienes personalmente, y en el matrimonio, vivieron hasta sus últimas consecuencias como fieles laicos del pueblo de Dios el compromiso cristiano que adquirieron en el bautismo.

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

BELTRAME QUATROCCHI, M., *Radiografía di un matrimonio* (Roma ^{3}1996).

DANESE, A. - DE NICOLA, G. P., *Un'aureola per due: Maria Corsini e Luigi Beltrame Quatrocchi* (Roma 2001).

MOIA, L., *Beati Genitori. Luigi e Maria Beltrame Quatrocchi nel racconto dei figli* (Milán 2001).

MONDRONE, D., *I santi ci sono ancora. Un dono di luce e di speranza per chi crede e per chi non crede,* II (Roma 1977).
PAPÀSOGLI, G., *Questi Borghesi... I beati Luigi e Maria Beltrame Quatrocchi* (Cantagalli 2001).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATA JUANA DE SIGNA
Viuda († 1307)

Juana nace en 1244 en el pueblecito de Signa, junto a Florencia, en el seno de una humilde familia. Desde la adolescencia cuida de las ovejas del rebaño familiar en los campos, y contrae matrimonio con un pastor, de cuyas ovejas igualmente ella tiene cuidado. Llevaba una vida de limpia orientación cristiana y era muy cumplidora de sus deberes cristianos. Muy joven queda viuda, y entonces se siente inclinada a renunciar al mundo por completo para vestir un austero sayal de penitencia. Se hace construir una celdita en la orilla del río Arno y allí, con la solemnidad acostumbrada en la Edad Media, se hace reclusa, viviendo en adelante consagrada a la contemplación de las cosas divinas y a la penitencia, intercediendo por los pecadores y dando saludables consejos a cuantos se llegaban hasta la celda. Se cuentan de ella numerosas curaciones de enfermos. Se ha dicho de ella que era terciaria franciscana como asimismo oblata benedictina, pero no consta su pertenencia a ninguna de estas órdenes. Murió el 9 de noviembre de 1307. Su culto inmemorial fue confirmado el 21 de septiembre de 1798. La Congregación de Ritos la califica de viuda, pero el *Martirologio* la califica de virgen. Parece que el error está en el *Martirologio romano.*

BEATO GABRIEL FERRETTI
Presbítero († 1456)

Hijo de los condes de Ferretti, nace en Ancona en 1385. Con 18 años decide su vocación religiosa e ingresa en los franciscanos observantes luego de haber hecho, con aprovechamiento, algunos estudios. Se distingue muy pronto por su

fervor religioso, y ordenado sacerdote es destinado a la predicación popular. Recorre los pueblos de la Marca de Ancona sembrando la palabra evangélica y consiguiendo atraer a numerosas almas al seguimiento fiel de Cristo. Pasados unos años, la obediencia decide que sirva a sus hermanos religiosos como guardián en el convento de Ancona. Se consagra por completo a este ministerio, procurando el mayor bien espiritual y temporal de sus religiosos, siendo para ellos modelo y ejemplo de perfección evangélica y franciscana. Puso mucho empeño en que los jóvenes que entraban en el convento para hacer en él su noviciado fueran de manera firme y segura dirigidos a una vivencia profunda de la vocación religiosa, abrazándose a la pobreza y a la más perfecta obediencia a la Regla. Inculcaba la más fervorosa devoción a la Virgen María, devoción que él vivía con extraordinaria intensidad.

Deseaba terminar el tiempo de su prelacía para dedicarse nuevamente a la predicación popular, pero fue elegido provincial y debió dedicarse al mayor bien de todos los conventos de la provincia franciscana observante de Ancona, los cuales visitó y edificó con sus admirables virtudes. Hizo la peregrinación a Asís para ganar allí el jubileo de la Porciúncula. En el camino entró en la iglesia del convento de Foligno y se puso a orar. El hermano sacristán se creyó que era un hermano lego y le pidió que ayudara a misa, lo que hizo con toda modestia. Cuando se descubrió que era el provincial de Ancona, no dejó que regañasen al sacristán, pues «ni siquiera —dijo— son dignos los ángeles de ayudar a misa». Murió en Ancona el 9 de noviembre de 1456 asistido en sus últimos instantes por San Jaime de la Marca. Su culto fue confirmado el 19 de septiembre de 1753 por el papa Benedicto XIV.

BEATO LUIS MORBIOLI

Penitente († 1485)

Hubo en la vida de este bienaventurado dos etapas bien distintas: la primera de disipación, la segunda de penitencia. Nació en Bolonia en 1433, y en su juventud se apartó de la vida religiosa y moral, cayendo en un verdadero libertinaje. Contrajo

matrimonio, pero ello no significó un cambio en su conducta. Olvidando sus deberes matrimoniales, abandonó a su esposa y se fue a vivir a Venecia, donde le aguardaba la misericordia de Dios. Allí contrajo una muy seria enfermedad que le hizo ir a parar a un hospital. La enfermedad le hizo reflexionar acerca de su vida y conducta. Tuvo una fuerte crisis espiritual y se arrepintió de su conducta, decidiendo hacer penitencia por sus pecados. Vuelve a Bolonia, obtiene el perdón de su esposa y la licencia de ella para llevar vida de continencia y penitencia. Se viste un tosco sayal y da testimonio de su conversión hablando a la gente por la calle de la misericordia de Dios y de la necesidad de vivir en conformidad con su voluntad. Este mismo mensaje lo esparció por otras poblaciones a las que iba en burro. Acompañaba a los condenados a muerte hasta el patíbulo y los confortaba en los últimos momentos. Enfermó y se negó a que se gastara dinero en cuidados médicos, muriendo entregado a la misericordia divina el 9 de noviembre de 1485 tal como él mismo había anunciado. Los carmelitas lo tienen por terciario suyo, lo que otros no dejan de poner en duda. Y fue ciertamente el Carmelo el que promovió la confirmación de su culto, obtenida el 24 de octubre de 1882.

BEATO GRACIA DE CÁTARO

Religioso († 1508)

Gracia nace en Mulla, pequeña aldea de la bahía de Cátaro, a muy poca distancia de la capital, llamada hoy Kotor, en las costas dálmatas el 27 de octubre del año 1438. Cátaro estaba vinculada por entonces a la República de Venecia. En su juventud fue marinero, y como tal, surcó los mares y visitó diferentes ciudades. Estaba en Venecia cuando entró en una iglesia y escuchó predicar a un religioso agustino que le conmovió tan profundamente que decidió dejar el mundo y entrar en la vida religiosa. Pidió ser admitido en la Orden agustina y lo aceptó el convento de Monte Ortone, junto a Padua. Gracia tenía 30 años. Fue aceptado e hizo la profesión religiosa como hermano lego. Era el suyo un convento reformado donde se vivía con intensidad la santa regla de la Orden. Gracia fue destinado a cuidar el jardín y

aquí trabajó con gran celo y entrega, ganándose muy pronto la estima de toda la comunidad. Su pobreza evangélica, su caridad fervorosa, su pureza, humildad y obediencia hacían de él un religioso ejemplar que daba estímulo a todos para vivir con perfección la vocación religiosa. Unos años más tarde fue destinado al convento de San Cristóbal de Venecia, en la isla de Murano, y estando aquí le llegó la muerte el 9 de noviembre de 1508. Su culto ininterrumpido fue confirmado por el papa León XIII el 6 de junio de 1889.

BEATO JORGE NAPPER

Presbítero y mártir († 1610)

Nace en Holywell el año 1550 en el seno de una familia católica. Estudia en el colegio Corpus Christi de Oxford y, cuando se ve en la necesidad de jurar la supremacía religiosa de la Corona para poder continuar, lo abandona. Conocida su no asistencia a los servicios religiosos protestantes es acusado de recusante y arrestado en 1580. Durante nueve años se mantuvo firme y se negó a prestar el antedicho juramento; pero luego, agobiado por tantos años de detención, se avino a prestar el juramento y pudo quedar libre. Pero se arrepintió muy pronto y quiso lavar su falta dedicándose al ministerio sacerdotal. Marchó a Douai en cuyo colegio inglés hizo los estudios, siendo un alumno ejemplar y dando muchas pruebas de caridad y otras virtudes. En 1596 se ordena sacerdote y ejerce su ministerio en la colonia inglesa de Amberes. En 1603 es enviado a Inglaterra y se establece en su propio pueblo, Oxford. Durante siete años pudo trabajar apostólicamente y con relativa tranquilidad, hasta que el 19 de julio de 1610 es arrestado en Kirklington y llevado a la cárcel de Oxford. En el juicio se le acusa de ser sacerdote ordenado en el extranjero contra las leyes inglesas y se le califica de traidor, por lo que es condenado a muerte. Su familia logró aplazar la ejecución y trabajaba por lograr su libertad, pero un compañero de prisión confesó antes de ser ajusticiado que él moría católico y que ello era debido a la acción de Napper. Esto motivó que se decretara la inmediata ejecución de la sentencia de muerte, que tuvo lugar en Oxford el 9 de noviembre de

1610, siendo ahorcado, destripado y descuartizado. Antes de morir se negó firmemente a prestar el juramento citado. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BEATO ENRIQUE HLEBOWICZ
Presbítero y mártir († 1941)

Nace en Grodno el 1 de junio de 1904. Siendo muy niño estuvo muy enfermo y su familia pensó que su curación había sido milagrosa. Luego de haber padecido su familia un tiempo de deportación a Orenburg en Rusia, volvió a su patria. En 1921 entró en el seminario de Vilna, ordenándose sacerdote en 1927, tras haberse graduado en teología por la Universidad Católica de Lublín. Se marcha a estudiar a Roma y se gradúa en filosofía por el *Angelicum;* a su regreso a Vilna se convierte en profesor del Seminario y la Universidad, de la que es profesor titular en 1930. Ejerce una buena labor en los ambientes académicos, pero en 1935 opta por la vida parroquial luego de pasar algunas dificultades. Destinado a Troki, comenzó a padecer de tuberculosis, lo que limitó su capacidad de trabajo. Vuelve a Vilna en 1939 y hace lo que puede por contrarrestar entre los jóvenes la propaganda atea. Cuando, al estallar en 1941 la guerra con Rusia, su zona queda bajo ocupación alemana, trabaja apostólicamente en Okolowo, Korzen y Chotajewize. Pero es arrestado por la policía bielorrusa debido a su obra apostólica y fusilado por la Gestapo en un bosque cercano a Borysow el 9 de noviembre de 1941, siendo enterrado en sitio desconocido. Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

10 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San León I Magno († 461), papa y doctor de la Iglesia **.

2. En Persia, San Demetriano († 260), obispo de Antioquía, muerto en el destierro.

3. En Tiana (Capadocia), San Orestes († s. III/IV), mártir.

4. En Rávena (Flaminia), San Probo († s. III/IV), obispo.

5. En Persia, santos Narsés, obispo, y José, su joven discípulo († 343), mártires *.

6. En Canterbury (Inglaterra), San Justo († 627), monje y luego obispo *.

7. En Villa del Foro, junto a Alejandría (Italia), San Baudolino († 740), ermitaño.

8. En Nápoles (Campania), San Andrés Avelino († 1608), presbítero, de la Congregación de los Clérigos Regulares Teatinos **.

9. En Barcelona, Beato Acisclo Piña Piazuelo († 1936), religioso de la Orden de San Juan de Dios, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN LEÓN I MAGNO

Papa y doctor de la Iglesia († 461)

La soberana personalidad de San León Magno es, en realidad, tan grandiosa, que apenas sabemos de él más datos —olvidados los de su infancia, educación y juventud— que los gigantes de su pontificado.

Debió nacer en los primeros años del siglo V o finales del anterior, época crucial y erizada de problemas, donde habían de brillar sus dotes excepcionales.

Parece que fue romano *(tusco* le llama el *Liber pontificalis),* y bien lo manifiesta el fervor con el que habla en sus discursos de aquella Roma imperial, sublimada por el cristianismo, a la que llama su patria:

> «La que era maestra del error se hizo discípula de la verdad [...] Y aunque, acumulando victorias, extendió por mar y tierra los derechos de su imperio, menos es lo que las bélicas empresas le conquistaron que cuanto la paz cristiana le sometió. Y cuanto más tenazmente el demonio la tenía esclavizada, tanto es más admirable la libertad que le donó Jesucristo».

En el año 430 era ya arcediano de la iglesia papal, cargo que solía llevar la sucesión en el Pontificado. Y ya para entonces

eran admiradas su sabiduría teológica, su elocuencia magnificente y su diplomacia habilísima.

En una legación a las Galias, donde se preparaba la infecunda victoria de los Campos Cataláunicos sobre las hordas de Atila, le sorprendió la muerte del papa San Sixto III y su elevación al trono pontificio, acogida con grandes aclamaciones por el pueblo romano. Era el 29 de septiembre del 440.

Puso mano inmediatamente a la restauración de la disciplina eclesiástica, al fomento del culto católico y la liturgia, y a la enseñanza de los dogmas y su defensa, con tanta elocuencia y sabiduría como nos lo demuestran los discursos y cartas que de él conservamos.

La carta XV fue escrita a Santo Toribio de Astorga, que le consultó el modo de obrar con los herejes priscilianistas.

Aquellos días de San León Magno eran tan agitados y trágicos en la cristiandad, con violentas polémicas y herejías internas, como en el exterior, combatidos ambos imperios de Oriente y Occidente por las terribles invasiones de los bárbaros del Norte. En ambas situaciones la figura del pontífice es soberana, grandiosa y eficaz.

Ecos de las herejías que desembocaron en Nestorio y fueron condenadas en Éfeso, eran las de Eutiques, que sucumbían al error contrario. Si Nestorio afirmaba que en Cristo había dos personas distintas, la humana y la del Verbo divino, que habitaba en el hombre como en un templo, y la unidad divina y humana no era mayor, según él, que la del esposo y la esposa unidos en una carne, Eutiques ponía en Jesucristo tal unidad que la persona humana estaba absorbida, fundida, convertida en la divina, quedando después de la unión solamente *una naturaleza:* es lo que se llamaba el *monofisitismo.*

Agriando polémicas y rivalidades de Alejandría y Constantinopla, la disputa se envenenó, y por añadidura se hizo intervenir en ella a las potestades civiles de los emperadores, entonces ya no poco entremetidos en los asuntos eclesiásticos.

Estalló violenta la cuestión en un sínodo celebrado en Éfeso el año 449. Ya el año anterior, en un sínodo regional convocado por Dióscoro, patriarca de Alejandría, hizo una razonada acusación contra Eutiques el docto y bravo obispo Eusebio de

Dorilea. Un poco rezagado se presentó al fin Eutiques. Era archimandrita o superior de un gran monasterio cercano a la metrópoli: vino rodeado de muchos de sus 300 monjes y de soldados de la corte imperial.

Fue condenado, pero no se sometió: promovieron algaradas, llenaron la ciudad de pasquines y apelaron al Papa, primero Eutiques con Dióscoro, sucesor de San Cirilo de Alejandría, que con su ciencia y prestigio podría haber zanjado la cuestión. Luego se les une el eunuco Crisafio, favorito del emperador, y destierran al patriarca Flaviano, que a duras penas logró enviar también su informe al Papa, que hábilmente demoraba la respuesta para ganar tiempo e informarse. Escribió muy hábiles cartas a Eutiques, al mismo emperador, prometiendo un dictamen, que al fin fue la famosa *Carta dogmática a Flaviano,* de 13 de junio de 449, magnífico y definitivo estudio teológico, que dejaba definida la cuestión y condenado el monofisitismo y afirmada la unión hipostática de las dos naturalezas en una sola persona humano-divina.

No se aquietan los herejes ni los políticos. Convocan un nuevo sínodo en Éfeso a los dos meses. El emperador impone la presidencia de Dióscoro y tiene como guardias armados a los monjes que acaudilla el fanático Bársumas. No se les deja intervenir a los legados pontificios ni se lee la *Epístola dogmática;* son excluidos Flaviano y Eusebio, y, aterrados, votan la absolución de Eutiques 135 Padres conciliares.

Y aún no les basta: convocan nuevo Sínodo con mayores violencias: deponen al patriarca Flaviano y a Teodoreto de Ciro y Eusebio de Dorilea, defensores de la ortodoxia. Los ánimos se exaltan: alborotan los monjes, dan alaridos los herejes, arrastran los soldados al patriarca, llévanlo al destierro: a duras penas pueden huir los legados pontificios. Uno de ellos corre a San León Magno y le informa. También, antes de morir, Flaviano protesta ante el pontífice.

León Magno escribe su epístola 93, en la que condena lo ocurrido y califica al sínodo de *latrocinio efesiano,* frase enérgica con la que pasó a la historia el inválido conciliábulo.

Intenta el Papa sosegar los ánimos; escribe a Teodosio II y a Pulqueria, emperadores de Oriente; procura la intervención de Valentiniano III, emperador de Occidente.

Pero, con valor, declara nulo cuanto se hiciera en los pasados sínodos, defiende a Flaviano y condena nuevamente las violencias de Dióscoro, que se apoyaba en Crisafio, favorito dominante del emperador.

La Providencia quiso remediar la situación y se vio clara la tragedia de los perseguidores de la recta doctrina. Crisafio, el eunuco, cayó en desgracia y fue ajusticiado, el emperador tuvo una caída mortal de su caballo. La emperatriz se casó con Marciano, hombre de paz que reprimió la audacia y violencias de los heresiarcas y llamó del destierro a los obispos perseguidos.

Inmediatamente escriben a San León Magno, haciéndole homenaje de admiración y obediencia, y le piden la convocación de un concilio ecuménico.

Realmente no hacía falta, respondió el Papa, puesto que ya la fe estaba definida en su *Epístola dogmática.* Pero accedió para mayor esplendor de la fe y solemne ratificación de sus definiciones: designó a sus legados, dos obispos y dos presbíteros, Lucencio, Pascasio, Basilio y Bonifacio. No admitió la legitimidad del patriarca Anatolio, entronizado en Constantinopla a la muerte de Flaviano, si antes no firmaba la sumisión a las decisiones papales; y dejó una presidencia subsidiaria a los emperadores para mantener el orden y prevenir los alborotos de los herejes. Se sometió el patriarca nuevo y asistió en la presidencia a los legados pontificios.

El concilio, IV de los ecuménicos, se congregó en Calcedonia en octubre del 451. Asistieron 630 padres conciliares, de ellos cinco occidentales, dos africanos y los demás orientales. Más los representantes del Pontífice.

Ya en la primera sesión se presentó altanero Dióscoro con quince egipcios de su herejía, y tuvo la audacia de acusar al Papa: *latravit,* dicen expresivamente las actas, ladró contra San León Magno, pidiendo su excomunión. Se levanta Eusebio de Dorilea y con enérgica y documentada elocuencia venera al Papa, acusa a Dióscoro, que, viéndose en evidencia y rechazado por la inmensa mayoría, prorrumpe con los suyos en denuestos e injurias y acusa de nestorianos a los mejores paladines de la fe. Y al momento la asamblea propone el enjuiciamiento de Dióscoro y sus adeptos.

Magnífica la segunda sesión, confesó la fe de Nicea, ratificó los doce anatemas de San Cirilo y, al terminar la lectura aclamada de la *Epístola dogmática* de San León Magno, prorrumpió en la famosa profesión de fe todo el Concilio: «Ésta es la fe católica. Pedro habló por boca de León: *Petrus per Leonem locutus est*».

Frase lapidaria que ha quedado como aclamación de la infalibilidad pontificia y acatamiento a su autoridad apostólica.

En las siguientes sesiones se condenó la herejía y la violencia de Dióscoro: el emperador le condenó al destierro, lo mismo que a Eutiques y los suyos.

Solemnísima fue la sesión sexta, con la presencia de los emperadores Marciano y Pulqueria. Se hizo solemne profesión de fe y de acatamiento al Papa. Marciano pronunció un discurso que había de emular al del emperador Constantino en el primer concilio universal, que fue el de Nicea: con elocuencia habló de la paz y de poner término a las discusiones y polémicas doctrinales. Con ello se daba por terminado el concilio y los legados papales se retiraban. Pero quiso Marciano que se aclararan algunos puntos personales y de disciplina. En mal hora, pues subrepticiamente se incluyó entre los 28 cánones uno que, indudablemente, parecía igualar las sedes de Roma y de Constantinopla. Llegadas las actas a Roma, protestaron los legados, y San León Magno solamente aprobó las decisiones dogmáticas y doctrinales.

Había salvado la fe ortodoxa con su autoridad, ciencia y prestigio San León Magno. Ahora le tocaba salvar a Roma.

Mientras acaba con sus aclamaciones el concilio de Calcedonia, ya por el norte de Italia avanzaban, entre incendios, matanzas y desolación, los bárbaros hunos acaudillados por el feroz Atila; las frases consabidas de que «donde pisaba su caballo no renacía la hierba» y de que era «el azote de Dios» vengador de la disolución y pecados del imperio lascivo y decadente, encierran una realidad absoluta.

Vencida la barrera del Rhin, atravesados los Alpes, cruzando el Po, ya acampaban junto a Mantua las hordas bárbaras. En Roma todo era confusión, terrores y gritos de pánico. Sólo había una esperanza: la elocuencia y valor del Papa.

Se puso en camino hacia el norte: algún senador y cónsul le acompañaban, tímidos, a retaguardia.

Y el pontífice intrépido, revestido de pontifical y llevando el cruzado báculo en sus manos, se presenta en el campamento mismo de Atila: le pide piedad y, más, le intima la paz. Estupefacto, el bárbaro caudillo le escucha y le atiende, y hasta ordena la retirada, ante el pasmo de bárbaros y romanos.

Apoteósico fue el recibimiento del liberador en Roma. Grandes solemnidades y pompas triunfales lo celebraron.

Y para memoria perenne hizo San León fundir la broncínea estatua de Júpiter que señoreaba el Capitolio y labrar con sus metales una estatua de San Pedro, que es la que hoy se venera con ósculos en su pie a la entrada de la basílica principal del Vaticano.

Pero Roma no había escarmentado: seguía la corrupción, los juegos lúbricos, los espectáculos indecorosos, los desmanes de lujo y de procacidad hasta en las mismas aulas imperiales.

San León se quejaba y auguraba nuevos castigos vindicadores de la divinal justicia.

En un sermón del día de San Pedro, que siempre lo predicaba con un imponente estilo, noble y elegante, se quejaba de que, aun en aquella romana solemnidad, asistían más gentes a las termas y anfiteatros que a la basílica pontifical. Y les aplicaba la execración amenazadora del profeta: «Señor, le habéis herido y no quiso enterarse; le habéis triturado a tribulaciones, y no entiende la advertencia del castigo».

Y no se hizo esperar la nueva y más tremenda catástrofe.

Ahora venía del sur: eran los vándalos terribles, cuyo nombre aún se repite como expresión de bárbaras mortandades y humeantes ruinas. Devastada el África de San Agustín, ocupadas las islas periféricas, desembarcados en la misma Italia, avanzaban sembrando la desolación y la muerte.

Pánico en Roma: desbandadas fugitivas encabezadas por el emperador Petronio Máximo, que asesinó a Valentiniano III y forzó a su viuda Eudoxia a unirse con él en apresurado matrimonio. Nada extraño que ella, desesperada, llamara al vándalo Genserico, ofreciéndole a Roma con sus puertas desguarnecidas.

No dio tiempo al pontífice a salirle al encuentro como a Atila; pero aún pudo presentarse al invasor y rogarle que, al menos,

respetara las vidas y no incendiara la urbe. Así lo concedió; pero en quince días que duró la invasión es incalculable el número de atropellos, saqueos, depredaciones y desmanes que saciaron la voracidad y fiereza de aquellos vándalos. Era la primavera del 455: en su retirada se llevó cautivas a la emperatriz y sus hijas.

Los seis años que aún le quedaban de vida y pontificado los empleó el gran Papa en restaurar las ruinas y continuar su obra de disciplina y apostolado. Primeramente aún tuvo el rasgo de enviar sus presbíteros y limosnas al África desolada. Y en Roma predicó la caridad, más aún con sus crecidas limosnas que con sus sermones apremiantes.

Luego su labor de restauración de las tres grandes basílicas romanas y la erección de nuevos templos, dotándolos de vasos y ornamentos sagrados, y puso guardas fijos en los sepulcros de San Pedro y de San Pablo, que la ferocidad de los tiempos profanaba y saqueaba.

Celebraba con mayestática devoción las funciones litúrgicas y dejó su impronta en la misa, según recuerda el *Liber pontificalis,* añadiendo palabras venerandas, como el *Hostiam sanctam... rationabile sacrificium,* y, sobre todo, no pocas oraciones, que, aun hoy, revelan en grandes festividades su intervención, estilo y sapiencia teológica.

Predicaba en las solemnes festividades, y aún se recuerdan, intercalados en el Breviario que diariamente rezan los sacerdotes, fragmentos de sus homilías y panegíricos, que admiran por el *cursus* o ritmo cadencioso y sonoro de su retórica prosa, siempre densa de majestad y doctrina. Sus 96 sermones y 143 cartas que nos han quedado son el broncíneo monumento que se erigió como pontífice máximo.

El 10 de noviembre del 461 murió santamente. Había amplificado el culto, definido la fe, exaltado el primado pontificio en la universal Iglesia, hasta reconocido en las más famosas del Oriente, salvado a Roma incólume una vez, sin sangre y llamas otra. Subía el gran doctor a la Iglesia celestial, mientras la terrena iba a sufrir los desgarramientos e incursiones que abrían los tiempos de la más fervorosa cristiandad del Medievo.

JOSÉ ARTERO

Bibliografía

BERTRANI, G., *Vita di S. Leone Magno* (Monza 1880).
BREZZI, P., *S. Leone Magno* (Roma 1947).
JALLAND, T., *The life and times of St. Leo the Great* (Londres 1941).
LEÓN I MAGNO (SAN), *Obras:* PL 54-56.
QUESNEL, P., «Disertación»: PL 55,153s.
REGNIER, A. S., *Saint Léon le Grand* (Les Saints; París 1910).
RUIZ-GOYO, J., «Carta dogmática de San León Magno a Santo Toribio, obispo de Astorga»: *Estudios Eclesiásticos* 15 (1936) 367s.
TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...*, XV (Venecia) 414s.
• Actualización:
LEÓN I MAGNO (SAN), *Cartas cristológicas* (Madrid 1999).
MARTORELL, J., *Mysterium Christi (León Magno)* (Valencia 1983).
SÁNCHEZ ALISEDA, C., *Sermones escogidos* (Sevilla 1990).
STUDER, B., «León Magno», en A. di Berardino (dir.), *Patrología,* III (Madrid 1981) 719-747.

SAN ANDRÉS AVELINO

Presbítero († 1608)

Los santos, como todos, son hijos de su tiempo.

La divina Providencia cuida del mundo mejor que la gallina de sus polluelos. Consta por la historia eclesiástica que siempre que el mundo ha atravesado por circunstancias difíciles ha enviado Dios a algún hombre extraordinario que ha hecho de dique, conteniendo la corriente impetuosa de la plebe descaminada.

La Europa del siglo XVI —nuestro Siglo de Oro— recogió lo que había sembrado el Humanismo y el Renacimiento del siglo anterior: ignorancia y relajación dentro y fuera del santuario. Para poner remedio a toda esta hecatombe, en 1517 Lutero da comienzo a su contradictoria Reforma. Lo que no pudo hacer él lo harían el concilio de Trento (1545-1563) y un puñado de hombres elegidos por Dios para ello.

No bastaba esto. Era necesario poner la segur en la raíz. Comenzar una reforma en toda forma, es decir, completa y duradera. El clero, el real y divino sacerdocio, no era lo que debía ser. Luego a él había que subsanar en primer lugar. Después ya vendría lo demás. Para llevar a cabo empresa de tanta envergadura nacieron en este tiempo los clérigos regulares, o congregaciones de clérigos.

A una de ellas, a los teatinos, fundada en el 1524 por San Cayetano de Thiene y Juan Pedro Caraffa, futuro papa Pablo IV, pertenecerá San Andrés Avelino.

Vio la luz primera en Castro-Nuevo (Nápoles, Italia) en 1521. Año éste fecundo en sucesos de trascendental importancia.

El papa León X y Carlos V conquistan Milán del poder de los franceses. El día 3 de enero Su Santidad León X lanza la excomunión contra el heresiarca Martín Lutero. En Worms se reúne la Dieta, formada por cuatrocientos príncipes de toda Alemania, y deciden encarcelar a Lutero. Enrique VIII, delante de la iglesia de San Pablo de Londres, quema los escritos del heresiarca de Witemberg. La Universidad de la Sorbona, después de tanto tiempo de silencio, declara por fin oficialmente hereje a Lutero. El 2 de diciembre, a los cuarenta y seis años, expira aquel célebre papa humanista León X. En Nimega nace San Pedro Canisio, que ingresará más tarde en la Compañía de Jesús y será el mayor adalid contra el protestantismo de la nación que le vio nacer. El 20 de mayo, luchando contra los franceses en el sitio de Pamplona, cae herido San Ignacio de Loyola, comenzando así su admirable conversión...

Aunque el grito de reforma se había dejado oír en el Norte de Europa, sería del Sur de donde brotaría la verdadera reforma y sus verdaderos reformadores: Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, Pedro de Alcántara y Felipe Neri, Ignacio de Loyola y Carlos Borromeo, Cayetano de Thiene y Vicente de Paúl...

Se hallaban abandonados los sacerdotes y los niños, los encarcelados y los enfermos, la liturgia y los mandamientos; la herejía se extendía, la ignorancia religiosa lo llenaba todo... Era necesario poner remedio.

El pequeño Lanceloto, como llamaron al bautizar al futuro San Andrés Avelino, llegaría a ser uno de estos instrumentos de los que se serviría la divina Providencia para obrar tanta maravilla. Sus padres, Juan Avelino y Margarita Apella, no escatimaron sacrificios dentro de su mediana posición para educarle dignamente.

Éste era, ni más ni menos, como los demás niños de su edad. Con virtudes y defectos no diferentes a los de sus compa-

ñeros. Eso sí, se le notaba una inclinación a hacer el bien y a comunicar a sus compañeros lo que él hondamente sentía. A los dieciséis años, en 1537, creyéndole con prudencia superior a su edad, ya le encarga su padre de la administración de la casa.

De aspecto elegante y gallarda figura. A pesar de lo alocada que en general suele ser la juventud, Lanceloto supo siempre mantenerse en el recto camino. Se fijó siempre mucho en las compañías que le rodeaban, y aunque, al igual que a Tomás de Aquino o Juan de la Cruz, no le faltaron asechanzas contra la virtud angélica, supo salir siempre victorioso.

El Señor, en un acto de locura de amor, nos regaló el sacerdocio. Lanceloto sabía que debía ser desempeñado por hombres y que el Señor llamaba a tan alta dignidad a quien quería y como quería. Un día notó en su interior el suave mordisqueo de la gracia que le invitaba al santuario. Se preparó lo mejor que pudo, y en 1545, el mismo año que daba comienzo el concilio Tridentino, a sus veinticuatro años, era transformado en otro Cristo. Su transformación fue total, pero quizá no del todo efectiva. El clero en aquel entonces necesitaba una profunda reforma en todas sus direcciones. Ésta se la proporcionaría la magna asamblea que se celebraría a lo largo de sus catorce primeros años de sacerdocio.

Una vez sacerdote, siempre con hambre de más completa formación, con la única mira de ser de mayor utilidad para sus hermanos los hombres, en 1547 llegaba a Nápoles —la ciudad del sol— para dedicarse de lleno al estudio de ambos Derechos. En este mismo año volaba al cielo San Cayetano de Thiene, ilustre fundador de los clérigos teatinos, a quienes ahora Lanceloto sólo conoce de nombre y después será su hijo más ilustre.

Al año siguiente, un gran cambio se obra en su vida. La gracia corre por cauces muy diversos hasta llegar a su sitio. Para unos fue un contratiempo, para otros leer o escuchar unas palabras, para éste una enfermedad, para aquél la consideración de la vanidad de las cosas... Aunque Lanceloto conserva a raya sus pasiones y cumple bien su oficio, no está entregado al Señor por completo.

Cosa parecida sucede por este mismo tiempo a una monja carmelita de la Encarnación de Ávila. Para Teresa de Jesús

será la vista de un crucifijo lo que herirá su corazón. Una mentira y unos ejercicios espirituales se encargarán de dar el último empujón para la entrega total de Andrés Avelino a Dios y a las almas.

Así deponía el padre Polliciano el 23 de diciembre de 1615 en el proceso informativo:

> «El año 1602, en tiempo de calor, nos encontrábamos un grupo de abogados en animada tertulia a la sombra. Acertó a pasar por allí el padre Andrés, y al enterarse éramos hombres de leyes, dijo a uno de nosotros —Paulo Staivano—: "¡Ah!, los doctores de la ley dicen la mentira". A lo que yo respondí: "Padre, luego nosotros, que somos doctores, ¿no nos salvaremos?". Y me dijo: "La boca que miente mata al alma". Y añadió: "Os voy a contar una cosa que me sucedió cuando yo era cura secular: Defendía una causa de un amigo mío sacerdote en el arzobispado de Nápoles, y para vencerla dije una mentira. Por la noche, antes de acostarme, abrí la Sagrada Escritura y leí aquello de la Sabiduría que dice: *Os quod mentitur occidit animam* (La boca que miente mata el alma) (Sab 1,11), por lo que reflexioné sobre mí mismo diciendo: ¿Por ayudar a otros he amenazado a mi alma? Y llorando la falta cometida, resolví dejar mi oficio y hacerme religioso"».

Quizá su cambio a vida más perfecta se debe más bien a los santos ejercicios que practicó a fines de 1547 bajo la dirección del ilustre jesuita padre Santiago Laínez. Aún de edad madura recordará con alegría aquellos ejercicios que cambiaron totalmente el rumbo de su vida.

El 4 de enero de 1595 escribía San Andrés Avelino a Hipólita Caracciola:

> «Compadezco a todos y quiero que nadie se desespere, porque yo he estado engañado por el demonio hasta la edad de veintisiete años, hinchado de soberbia y ambición, deseando ser superior a todos y a nadie sujeto, lleno de presunción y de vana gloria, porque no conocía la verdadera, no habiendo encontrado nunca confesor que me reprendiese y me encaminase por el seguro camino de la humildad. Pero Dios, rico en misericordia, a la edad de veintisiete años me hizo encontrar un padre que me hizo ejercitarme en leer y meditar la vida, pasión y muerte del Hijo de Dios ocho años antes de entrar en esta religión. Y aunque hace cuarenta y seis años que hice estos ejercicios, aún no he llegado a aquel verdadero desprecio de mí mismo que yo deseo».

Y dos años después, en carta del 13 de marzo de 1597 a Dorotea Spinela, condesa de Altavilla, remachaba el clavo de su

desvariada juventud y de los maravillosos efectos que obraron en su alma los Santos Ejercicios, descubriéndonos nuevos y preciosos pormenores:

> «Yo compadezco a todos —escribía—, porque hasta la edad de veintisiete años he estado sumergido en este error común, deseando y buscando estas vanas grandezas, riquezas, honores y dignidades. Yo creía obrar bien viendo a los demás, tanto eclesiásticos como seglares, buscar estas cosas. Pero cuando agradó a la divina Bondad por medio de un santo hombre hacerme conocer el engaño del demonio, el cual, para hacer perder las verdaderas grandezas del cielo (de donde el miserable ha sido arrojado), hace desear estas grandezas vanas, viles y transitorias, deliberé dejar el mundo traidor, que a una con el demonio me tentaba. Determiné asimismo despreciar sus vanas grandezas, riquezas y dignidades, como lo hicieron Cristo, los apóstoles y sus demás amigos, para mejor poder conocer la grandeza de las cosas celestiales, ya que para ellas hemos sido creadas y no para engrandecernos en este destierro».

Además de su fogoso apostolado de la palabra y el más elocuente del buen ejemplo, San Andrés ejercitó también el de la pluma. Hermosos y prácticos son sus tratados espirituales *Directorio del maestro de novicios* y *Tratado de la obligación de servir a Dios,* que fueron publicados en 1617, cuando ya hacía nueve años que había volado al cielo su autor.

Él, como todos los santos, aumentando siempre el color de las tintas de los desvaríos de sus primeros años. Conocía muy bien las flaquezas del corazón humano y sobre todo su egoísmo y refinada soberbia, origen de todo mal. Explicaba por qué y cómo debemos luchar:

> «Hará la oración preparatoria —decía— rogando a Dios que le traiga a la memoria todos los actos de soberbia que cometió desde el tiempo que comenzó a pecar hasta el presente. Hecha la oración comenzará a examinar y a meditar toda su vida. Después que claramente haya conocido tantos y tantos actos de soberbia como ha cometido, se maravillará de la bondad del Señor, que por tan largo tiempo le ha esperado sin vengarse y que no le ha castigado como lo ha hecho a tantos soberbios. Y mucho más se maravillará que muchos por un acto solo de soberbia han sido castigados tan terriblemente. Y si el primer ángel por un solo acto de soberbia ha sido castigado eternamente, y Adán y Eva por tan largo tiempo, ¡cuánto más ha merecido para él por tantos y tantos actos de soberbia cometidos con los pensamientos, palabras y obras!».

Quizá en este tiempo de su total entrega al Señor haya que colocar los dos votos heroicos que hizo según la bula de canonización y la quinta lección del Breviario: primero, nunca hacer su propia voluntad; segundo, no pasar ni un solo día sin adelantar en la perfección.

Graduado en ambos Derechos y con fuego en el corazón da comienzo a su enorme apostolado, entregándose del todo a las almas para atraer a los descarriados y empujar a los que se hallan en camino. Predica, confiesa, instruye, nunca se cansa y siempre está dispuesto a que, como del pan blando, todos muerdan de él.

Le encargan la delicada misión de reformar algunos monasterios tanto masculinos como femeninos, ya que sus moradores tienen más de seglares que de religiosos. Corta abusos e impone leyes. Como era de esperar, no todos reciben bien estas reformas y hasta hay quien llega a intentar quitarle la vida a don Lanceloto, pero el Señor le protege y puede salir ileso del atentado.

La persecución no cesa. En 1556 un desnaturalizado facineroso le da tres cuchilladas en la cara y garganta, dejándole casi muerto. Le llevan a la residencia de San Pablo que los teatinos tienen en Nápoles, y allí cura milagrosamente. A pesar de las repetidas instancias de los jueces no quiso nunca revelar el nombre de quien le hirió.

Obtenida la curación, don Lanceloto pidió a aquellos buenos clérigos le admitieran en su congregación. Conociendo sus muchas virtudes y cualidades nada comunes que le adornaban, vieron como gracia muy señalada del Señor esta que ahora les concedía.

El 30 de noviembre de 1556, festividad del apóstol San Andrés, vistió el santo hábito de religioso teatino. Como su amor a la cruz era tan intenso, quiso llamarse igual que el santo del día. Él, igual que San Andrés, fuera de sí, exclamaba con frecuencia:

> «¡Oh cruz admirable, oh cruz ardientemente deseada y al fin tan dichosamente hallada! ¡Oh cruz, que serviste de lecho a mi Señor y Maestro!, recíbeme en tus brazos y llévame de en medio de los hombres para que por fin me reciba quien me redimió por ti y su amor me posea eternamente».

Bajo la sabia dirección del experimentado padre Juan Marinonio hace el año de noviciado, pasando un año de cielo. Cuando el 25 de enero de 1558, Conversión del apóstol Pablo, se ofrece al Señor con los votos de la profesión religiosa, es destinado por los superiores a oír confesiones y otros ministerios pastorales. Lo abarca todo. Basta vaya sellado con el cuño de la obediencia para poner toda su alma en cuantas empresas le encomiendan.

Es repetidas veces elegido superior de diferentes casas de la congregación: maestro de novicios, visitador de las casas religiosas de la Lombardía, director espiritual del seminario placentino, urgiendo las normas que el Tridentino acababa de dictar; profesor de filosofía y teología, socio para la Congregación de los Clérigos Regulares con voz activa y pasiva, privilegio que sólo gozan los sacerdotes que «poseen erudición, prudencia e integridad de vida y que sean ejemplo para los demás fomentando la observancia de la religión», según ordenaban sus constituciones.

Las virtudes no las poseía, pero con su esfuerzo y decidida voluntad llegó a alcanzarlas en sumo grado. Se levantaba dos horas antes de maitines para dedicarlas a la oración. Era parquísimo en la comida y en el sueño. Nunca comía carne y hacía una sola comida al día. Varias veces los Sumos Pontífices le ofrecieron la mitra, que su extraordinaria humildad siempre supo rechazar. El celo por las almas le devoraba. Su caridad para con toda clase de necesitados no tenía límites. La ejercitó sobre todo en la peste de Milán de 1576, entregándose a sí mismo, ya que dinero no poseía. En la comunidad donde moraba reinaba la más perfecta observancia.

Los años iban viniendo. Los achaques corporales se multiplicaban y las maceraciones con que martirizaba su cuerpo se aumentaban cada día. Estaba para llegar el desenlace. Pero aun así no quería quedarse sin celebrar el santo sacrificio. ¿Cómo iba a permitirlo, si era la fuente de donde bebía a grandes sorbos el agua fresca y cristalina que le fortalecía contra tanto enemigo?

Era el 10 de noviembre de 1608. Se levantó como de costumbre, y hecha la oración, acompañado de un hermano, se dirigía a la sacristía para revestirse y celebrar.

— Padre, usted no puede ya caminar —le dijo el hermano, compadeciéndose.

— No se preocupe, hermano, Dios nos ayudará —se apresuró a contestarle el padre Andrés.

Ya en el altar, el hermano no apartaba su vista del rostro lívido del padre Andrés. Éste comenzó: *Introibo ad altare Dei.*

El hermano no contestó. Volvió a repetir la misma frase el santo religioso a la vez que comenzó a inclinarse hacia la derecha. Corrió el hermano y lo recibió en sus brazos impidiendo un golpe mortal. Pidió auxilio y lo llevaron a su aposento. No habló más. Oía, pero no hablaba. Sus últimas palabras, las iniciales de la misa. Quería a toda costa ir a la iglesia para recibir el santo viático, hasta que el superior hubo de decirle: «Padre, vos siempre habéis obedecido. Obedeced ahora, que aquí os traeremos la comunión».

Con fervor seráfico recibió los últimos sacramentos y escuchó la recomendación de su alma. Media hora antes de expirar se puso blanco como la nieve y más hermoso que en sus años primaverales. Y plácidamente, como profundamente dormido, abandonó este destierro. Era lunes.

Al día siguiente, San Martín, un inmenso gentío pasó ante su cuerpo para venerarle, tocarle y pedirle. Le llegaron a cortar cabellos, trozos de ropa y hasta trozos de carne. Dos días después y durante varios años en el aniversario de su muerte, de estas heridas que la devoción de los fieles le ocasionó, chorreaba sangre roja y fresca como de persona viva.

A raíz de su muerte comenzó el Señor a obrar prodigios por medio de su fiel siervo.

El príncipe Stigliano, que había sido su confidente durante mucho tiempo, ante tanta devoción y concurso de gentes, dijo a los padres teatinos:

> «Ahora recuerdo que cuando vivía el padre Andrés, si queríamos hacerle algún homenaje, nos lo prohibía diciendo: No, no me honréis ahora que vivo. Ya me honraréis después de muerto».

La profecía no tardó en cumplirse. El 15 de diciembre de 1609 se incoa el proceso canónico. El 4 de septiembre de 1624 es beatificado y el 22 del mismo mes varias ciudades de Italia lo

eligen como especial patrono. El 1712 era inscrito en el catálogo de los santos por Su Santidad Clemente XI.

RAFAEL MARÍA LÓPEZ MELÚS, O.Carm.

Bibliografía

Acta sanctorum. Novembris, t.4 p.609-623.
Analecta Bollandiana 41 (1923) 139-148.
Cartas (Nápoles 1732).
LUCA, G. DE, Art. en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* I: *AA-Byzance* (París 1937) cols.551-554.
VIAN, N., Art. en *Enciclopedia cattolica.* I: *A-Arm* (Ciudad del Vaticano 1948) cols.1189-1190.
Vita e miracoli, a base de los Procesos del nuevo Beato (1624).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS NARSÉS Y JOSÉ
Mártires († 343)

Los mazdeanos aprovecharon la presencia del rey Sapor II en Sapta, provincia de Beth Garmay, en Persia, para denunciar al obispo católico Narsés de Sahquart. Él y su joven discípulo José fueron arrestados y llevados ante la presencia del monarca. Éste se empeñó en lograr que ambos apostataran del cristianismo y se pasaran a la religión persa y adorasen al sol. Ambos mártires se niegan, y el rey, que primeramente había usado lisonjas, cambia de táctica y comienza a proferir amenazas, sin pararse ante las amenazas de muerte. Y entonces Narsés respondió: «Oh rey, aunque tú pudieras matarnos una y otra vez hasta siete veces, no abandonaremos a nuestro Dios para obedecerte». El rey entonces pronunció contra ellos sentencia de muerte. Primero el discípulo y luego el maestro fueron decapitados en presencia de una gran muchedumbre. Era el cuarto año de la persecución de Sapor II, el día décimo de la luna de tisrin. El año es ciertamente el 343, el día 10 de noviembre. Su memoria fue introducida en el *Martirologio romano* por Baronio el 20 de noviembre.

SAN JUSTO DE CANTERBURY
Obispo († 627)

En 601 San Gregorio Magno envió a Inglaterra un segundo grupo de monjes para ayudar a San Agustín en su tarea misional. El grupo iba bajo la guía de San Melitón y uno de sus componentes era el monje Justo. Se sabe de él que era romano y parece que era monje en el monasterio de San Andrés en el Monte Celio, no constando actividades suyas previas a su envío a Inglaterra. Debió verle buenas cualidades San Agustín cuando lo designa en 604 primer obispo de Rochester, cuya catedral de San Andrés había sido ricamente dotada por el rey San Etelberto.

Consagrado por el propio San Agustín, comenzó su labor pastoral y la llevó adelante con ánimo y eficacia hasta que llegaron las dificultades surgidas a la muerte del citado rey, pues su hijo y sucesor no tenía idéntica afición al cristianismo que su padre. Entonces hubo de marchar en 618 a Francia con San Melitón y permanecer allí hasta que el propio rey, convertido al cristianismo, lo llamó al año siguiente.

Muerto San Melitón en 624, fue llamado a sucederle en la sede de Canterbury. Favoreció la evangelización de Nortumbria y consagró obispo de York a San Paulino, recibiendo del Papa el palio y una carta congratulatoria. Persona de admirable piedad y bellas cualidades morales, murió con fama de santo el 10 de noviembre de 627, siendo enterrado en la abadía de los SS. Pedro y Pablo y teniendo enseguida culto como santo.

BEATO ACISCLO PIÑA PIAZUELO
Religioso y mártir († 1936)

Joaquín Piña Piazuelo nace en Caspe (Zaragoza) el 26 de julio de 1878 en el seno de una familia de campesinos labradores, honrados y muy cristianos, que proporcionan al muchacho una buena formación religiosa, pero, como era habitual entonces en su clase social, con poca formación cultural. Vive y trabaja con su familia, siendo un muchacho honesto y piadoso que se decidió por fin por la vida religiosa y pidió ingreso en la Orden

Hospitalaria de San Juan de Dios. Ingresó el 15 de septiembre de 1915, con 37 años, en el postulantado de Ciempozuelos, y el maestro de novicios comprobó que tenía buena voluntad y disponibilidad pero carecía de la formación humana deseable para hacer la profesión religiosa y le propuso quedarse como oblato, lo que él aceptó con mucha humildad y modestia. Se le dio, pues, el hábito de devoción y tomó el nombre de hermano Acisclo el 20 de marzo de 1916. Prestó sus servicios con mucha diligencia, primero en el sanatorio psiquiátrico de Ciempozuelos, pasando luego a la casa de San Baudilio de Llobregat y posteriormente a la de Pamplona, de donde fue enviado al asilo-hospital de Barcelona. En varios de estos hospitales se encargó de la vela nocturna de los enfermos y, en Barcelona, del cuidado de los niños escrofulosos.

Llegada la revolución de julio de 1936 hubo de abandonar la casa religiosa, siendo acogido en varias casas sucesivamente hasta que lo acogió doña Sebastiana Escribano en la calle Ríos Rosas, del Barrio de San Gervasio. El 5 de noviembre, al mediodía, registraron los milicianos la casa y se llevaron a la señora y al religioso a la checa de San Elías, donde fueron registrados y separados. Según declaró la señora, fue sacado en la noche del 10 de noviembre junto con muchos otros sacerdotes, religiosos y seglares y fusilados en las afueras de la ciudad.

Fue beatificado el 25 de octubre de 1992 por el papa Juan Pablo II en el grupo de 71 Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios muertos durante los días de la revolución española.

11 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Martín († 397), obispo de Tours **.
2. En Karm-Aba-Mina (Egipto), San Menas († 295), mártir *.
3. En Vence (Provenza), San Verano († s. V), obispo y, anteriormente, monje *.
4. En la provincia de Samnio, la conmemoración de San Menas († 580), solitario.

5. En Amatonte (Chipre), San Juan el Limosnero († 620), obispo de Alejandría **.

6. En la abadía de Malonne (Brabante), San Bertuino († 698), obispo y abad.

7. En Constantinopla, San Teodoro Estudita († 826), abad **.

8. En el monasterio de Grottaferrata, junto a Roma, Beato Bartolomé († 1065), abad *.

9. En Nagasaki (Japón), Santa Marina de Omura († 1634), virgen y mártir **.

10. En Laski Piasnica (Polonia), Beata Alicia Kotowska († 1939), de la Congregación de Hermanas de la Resurrección, mártir *.

11. En Sofía (Bulgaria), Beato Vicente Eugenio Bossilkov († 1952), obispo de Nicópolis, religioso pasionista, mártir **.

B) Biografías extensas

SAN MARTÍN DE TOURS

Obispo († 397)

«Pocos libros habrán sido tan leídos como la *Vida de San Martín* de Sulpicio Severo, completada por tres cartas sobre su muerte y por dos diálogos (tres, más bien, porque el primero se divide en dos) sobre las maravillas que el taumaturgo de Tours había realizado. Sulpicio Severo, al que *su Crónica* nos muestra como acostumbrado a trabajos de historia, había emprendido con entusiasmo, viviendo aún el gran hombre († 397), su tarea de biógrafo; es este entusiasmo y el talento literario del que da pruebas lo que hace tan atrayente su trabajo, a pesar de una complacencia en lo maravilloso que los mismos monjes de Marmoutier no dejaron de juzgar excesiva. Que haya en sus narraciones "una parte de literatura" es cosa en que todo el mundo está de acuerdo, y las imprecisiones de su cronología son verdaderamente embarazosas para el historiador; pero él se había tomado el trabajo de beber en buenas fuentes, sobre todo para el período de la vida en Tours, del que él mismo conoció testigos, y no hubiera tenido inconveniente en afinar más las notas cronológicas si la retórica de entonces no hubiera profesado tanta aversión hacia las precisiones muy netas» (Aigrain).

Esta *Vida* de Sulpicio Severo había de ser puesta por dos veces en verso: en el año 470 por Paulino de Périgueux y poco después por Venancio Fortunato. De esta manera, en su versión original o en las versiones versificadas recorrería toda Europa. Las leyendas y la lírica de la Edad Media, los oficios litúrgicos, los sermones, los cantares y los poemas, los «misterios» repre-

sentables en el teatro naciente, las vidas devotas, la escultura y la pintura llevarían por todas partes la imagen de este santo, el más popular y conocido de toda Europa. Un fervoroso historiador suyo, Leçoy de la Marche, ha llegado a contar 3.667 parroquias francesas colocadas bajo su patronato, y su nombre sirve para distinguir 487 pueblos. Lo mismo ocurre fuera de Francia. En Alemania es sumamente conocido, acaso por sus actividades en Tréveris y, sobre todo, por la propaganda de los clérigos austrasianos y de los misioneros de San Columbano. Lo mismo ocurre en Italia y en España. San Martín sirve de titular a innumerables iglesias y ha sido objeto de una particular devoción y entusiasmo por parte de los artistas.

En especial la escena de Amiens ha tenido la fortuna de un episodio evangélico. Sabido es que San Martín, todavía catecúmeno, partió la capa con un pobre. Y aquel pobre se le apareció en sueños, en figura de Jesucristo, cubierto de la media capa. El contraste entre el joven oficial del ejército romano y el pobre mendigo, el gesto magnífico del caballero cortando de un golpe de espada su espléndida capa, todo esto atrajo la imaginación del pueblo y de los artistas. Así este tema se encontraría en las marcas de las librerías, en los hierros que servían para hacer hostias, en los peones esculpidos para el juego de damas, en los muebles y hasta en las mismas cubas que se utilizaban para la sidra.

Conocido es el episodio del *Quijote* en que nuestro ingenioso caballero se encuentra con una docena de hombres vestidos de labradores que llevaban unas cuantas imágenes cubiertas. Pide don Quijote que se las descubran, y la segunda resulta ser «la de San Martín puesto a caballo, que partía la capa con el pobre; y apenas la hubo visto don Quijote cuando dijo: "Este caballero también fue de los aventureros cristianos, y creo que fue más liberal que valiente (es decir, que fue más valiente, y más que valiente liberal), como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre, y le da la mitad; y sin duda debía de ser entonces invierno; que, si no, él se la diera toda, según era de caritativo"».

No han faltado, sin embargo, intentos de deshacer esta inmensa fama obtenida por San Martín. Un libro resonante, pu-

blicado en París en 1912 por E. Ch. Babut, trataba de demostrar, con un gran despliegue de erudición, viciado, sin embargo, por el abuso de la hipótesis, que San Martín y su biógrafo eran unos obscuros representantes de un clan sospechoso de priscilianismo, de tal manera que San Martín hubiese sido en su vida un personaje sin relieve, que debía todo su renombre posterior al éxito literario que obtuvo su vida una vez olvidada la realidad de los hechos. Tal hipótesis fue refutada de manera que no dejaba lugar a dudas por el insigne padre Delehaye, «mayor» durante mucho tiempo de los Bolandistas.

Podríamos sintetizar el estado de la cuestión al día de hoy haciendo nuestras las palabras de Aigrain:

> «Si el biógrafo que ha servido de apoyo a todos los demás, Sulpicio Severo, ha hecho evidentemente una obra de literato al servicio del éxito, tanto en su *Vida* propiamente dicha como en los *Diálogos* o las *Cartas* que la completan, los censores que han creído poder vaciar casi por completo estos escritos de sustancia histórica, es decir, reducir el papel de Martín al de un personaje de segundo plano más o menos comprometido en los círculos de ortodoxia dudosa, no han hecho mejor tarea de críticos ponderados que los panegiristas imprudentes que aceptaron con los ojos cerrados todos los arreglos hechos por el excesivamente hábil narrador: la sustancia de esta narración pertenece a la historia, y la acción profunda ejercida por San Martín no se explicaría si el prestigio de éste se debiera únicamente a la circulación de una carta escrita».

La influencia de Sulpicio Severo sobre la hagiografía latina fue inmensa, y no solamente sobre los poetas, sino también sobre todos los narradores de vidas de santos. Algunos de los episodios recogidos, ya por él, ya por San Gregorio de Tours, en los cuatro libros que dedicó a coleccionar milagros de San Martín, han pasado a la literatura hagiográfica universal; por ejemplo, el del ahorcado a quien el santo salva la vida.

San Martín había nacido en Panonia (Szombathely), en Hungría, según parece, por encontrarse allí de guarnición su padre, tribuno militar. La educación la recibió, sin embargo, en Pavía. Cuando soñaba con la vida anacorética, se vio obligado a enrolarse en el ejército, y sirvió en la guardia imperial a caballo. Durante este tiempo ocurrió en Amiens el conocido episodio de la limosna de la mitad de su capa entregada a un pobre. Tam-

bién se nos cuenta, para ponderar su cualidad, el hecho de que limpiara el calzado al esclavo que le servía de ordenanza. Por fin, preparado con estas prácticas de caridad, recibe el bautismo y se ve libre de sus obligaciones militares.

Resuena entonces en Francia un nombre insigne: el de San Hilario de Poitiers. Atraído por esta noble e insigne figura, Martín acude a Poitiers y se une a los discípulos del santo. Pese a las invitaciones de éste, rehúsa el diaconado, aunque acepta ser ordenado de exorcista.

El año 356 San Hilario se ve obligado a exiliarse al Oriente, como consecuencia de las querellas político-teológicas suscitadas por los arrianos. San Martín aprovecha este paréntesis para volver a visitar su Panonia natal, donde logra convertir a su madre. También allí ardían las controversias teológicas, y en alguna ocasión es azotado públicamente para castigar las actividades emprendidas por él contra el clero arriano. Con aquella maravillosa facilidad con que, pese a los toscos medios de comunicación entonces existentes, se desplazan los hombres en aquellos tiempos, le encontramos poco después en Milán, donde hace un ensayo de vida monástica cerca de la ciudad, hasta que el obispo arriano le expulsa. Durante algún tiempo se refugia en un islote de la costa ligur con un sacerdote. Y allí le llega la noticia de que San Hilario ha vuelto a Poitiers. Inmediatamente vuela a su lado.

Pero, en Milán y en la isla, ha tomado el gusto a la vida monástica. Por eso, apoyado por San Hilario, funda un monasterio en Ligugé. Se ha dicho con mucha razón que San Martín fue «soldado por fuerza, obispo por obligación, monje por gusto». Porque en Ligugé realiza Martín su más hondo deseo.

Sin embargo, aquella vida tranquila, al margen de los afanes del cuidado pastoral y de las querellas teológicas, iba a durar bien poco tiempo. Pronto los milagros vienen a señalar, junto con la ejemplaridad de vida del abad y de los monjes, su figura a los pueblos de alrededor. La sede de Tours estaba vacante. Con el pretexto de curar a un enfermo, se le hizo venir a la ciudad. Y una vez allí, el 4 de julio del año 370 (o acaso del 71) era consagrado obispo.

Falta hacía. Desgraciadamente el episcopado galo-romano había cedido en aquellos tiempos al espíritu del mundo, y resul-

taba necesario el contraste con la figura penitente del nuevo obispo de Tours. Para acentuar más la concepción que él tenía del episcopado, uno de sus primeros actos fue fundar, en cuanto pudo, un monasterio, el de Marmoutier, junto a su ciudad episcopal, monasterio que pasaría a constituir un auténtico semillero de obispos y sacerdotes reformadores en medio del relajado clero de las Galias de entonces.

Se ha hecho notar que en San Martín vienen a concurrir las características de los tres tipos de santidad entonces conocidos: el de los ascetas, pues personalmente el santo aparece revestido de austeridad y penitencia; el de los pontífices, como obispo de Tours; y el de los misioneros, que entonces empezaba a agregarse a los otros dos, por la extraordinaria actividad que como tal desarrolla. Le encontramos en lucha con el paganismo no sólo en su diócesis, sino incluso bien lejos de ella. Así, por ejemplo, una inscripción nos muestra al santo bautizando a una cierta Foedula en Viena de Francia.

Su método misionero estaba basado en la decisión y la valentía. Rodeado por sus discípulos se llegaba al pueblo, convocaba la multitud, y uniendo la autoridad a la persuasión, conseguía la demolición del templo pagano y el derribo de los árboles sagrados. Hay que decir que, en especial bajo el emperador Graciano, sincero amigo del cristianismo, San Martín pudo contar en estas empresas con el apoyo de las autoridades civiles. Pero la verdad es que, independientemente de esto, su ascendiente personal debía de ser extraordinario. Prueba de ello está en el atractivo que ejerció sobre personajes de la talla de un San Paulino de Nola, un Sulpicio Severo y tantos otros que fueron saliendo de su abadía de Marmoutier.

Si frente al paganismo su labor fue espléndida y puede decirse que prácticamente triunfante en todas las ocasiones, no le faltaron, en cambio, sinsabores en lo que se refiere a su actividad dentro de la Iglesia. Dos obispos españoles intrigantes y crueles habían llevado el caso de Prisciliano al emperador, quien decidió, impulsado por ellos, dar muerte al heresiarca y a todos sus adeptos. San Martín se conmovió ante la noticia y se dirigió a Tréveris, donde se encontraba la corte imperial, a fin de salvar la vida de los que aún sobrevivían, pues entendía que no es la violencia el mejor medio de combatir a los herejes. Lo

consiguió, pero teniendo que pagar un precio que toda la vida le amargará el haber pagado: comulgar con los obispos perseguidores en el momento en que ellos consagraban al nuevo obispo de Tréveris, Félix. Este compromiso con obispos indignos, despreciados a la vez por San Ambrosio y por el obispo de Roma, le dolió profundamente. Sólo la caridad hacia los condenados a muerte pudo servir a sus ojos de disculpa para un paso como éste.

Hay un aspecto de la vida de San Martín digno de ser subrayado: sus relaciones con los funcionarios importantes y con el mismo emperador. Condescendiente en lo que podía, supo mantenerse, sin embargo, enteramente firme cuando debía. Si un día llama a las puertas de Marmoutier un importantísimo personaje con la pretensión de sentarse a la mesa de los monjes, tendrá ocasión de ver que se le niega ese gusto, porque sus costumbres le hacían indigno de aquella compañía. Es más, el mismo emperador Máximo, en Tréveris, verá cómo el santo da preferencia a un sacerdote, a la hora de sentarse a la mesa, sobre el mismo emperador. Juntamente con San Ambrosio contribuyó San Martín a establecer la libertad de la Iglesia para oponerse, en nombre del Evangelio, a los abusos de la autoridad civil.

Esta firmeza le atrajo enemigos. Aquellos prelados aristócratas, amigos del lujo, tibios en su fe y aseglarados en sus costumbres, no podían sufrir los ejemplos que del santo les venían. Por todas partes ve el santo cómo su obra es discutida y atacada. Se le reprochan sus orígenes, se le acusa de haber estado contagiado por el priscilianismo, se le trata de hipócrita. Pronto ve con pena cómo los obispos reformadores formados en su escuela son relegados a un rincón, mientras los demás se entregan a inútiles y dañosas querellas de precedencia. Luchas mezquinas, triste herencia de antiguas rivalidades entre las ciudades, prefiguración de los conflictos feudales. Los concilios de las Galias se hacen tumultuosos y vanos. Al igual que San Ambrosio, San Martín se mantiene al margen de ellos, y ya octogenario, se dedica a prepararse para su muerte.

Ésta le llegó en uno de los sitios más bellos de Francia, en Candes. Se trata de un pueblecito en la confluencia de los ríos Viena y Loira. Edificado sobre una colina, el paisaje que desde

allí se divisa es realmente maravilloso. La iglesia está en lo alto, y aún hoy, al entrar en ella, se ve, a la izquierda, una capilla que señala el lugar exacto en que ocurrió la muerte del santo. Había acudido allí para apaciguar ciertas diferencias que habían surgido entre los clérigos. Se sintió desfallecer y se acostó.

Tuvo entonces lugar la escena que todo el mundo conoce, y que recoge y subraya con tanta fuerza el oficio divino en la fiesta del santo. Sus discípulos, que le rodeaban, le pedían que continuara viviendo, porque si no su rebaño quedaría expuesto a grandes peligros. Él, entonces, contestó: «Señor, si aún soy necesario, no rehúso continuar viviendo. Que tu voluntad se realice plenamente». ¡Oh feliz varón —exclama la liturgia—, que ni temió morir ni recusó la vida!

Sus discípulos le ofrecían una cama un poco mejor preparada, pero él prefería continuar acostado sobre la ceniza y recubierto de su cilicio. «No conviene a un cristiano morir de otra suerte», respondía. Fija su vista en el cielo, levantadas sus manos para la oración, querían los que le rodeaban aliviar su dolor poniéndole en otra postura: «Dejadme, hermanos, les decía, mirar al cielo más que a la tierra para dirigir desde ahora mi alma por el camino que debe conducirla hacia el Señor».

Llegó el momento culminante. Aquel grupito de hombres fieles que le rodeaba no podía ocultar sus sollozos. Él continuaba imperturbable, fijos sus ojos en el cielo, cuando se apercibió de que el demonio llegaba tratando de arrebatar su alma: «¿Qué haces tú aquí —gritó con energía sobrehumana—, bestia sanguinaria? No encontrarás más en mí que te pertenezca, maldito. El seno de Abrahán me va a recoger». Y al decir esto expiró santamente.

Como una compensación a tantos ataques que había tenido que sufrir en los últimos años de su vida, de todas partes se alzó a su muerte un elocuente plebiscito de amor y veneración. La masa del pueblo le aclamó como santo. Una muchedumbre de monjes y de vírgenes concurrió a sus funerales, señalando la prodigiosa vitalidad de la institución nacida en Ligugé. Pronto se elevó una modesta capilla sobre su tumba, que San Perpet († 490), sucesor suyo en Tours, transformó en una importante basílica, cuyo calendario, importantísimo en la historia de la ha-

giografía, conocemos por San Gregorio de Tours, y que nos proporciona uno de los primeros testimonios del tiempo de Adviento.

Recientemente, en el invierno de 1952 a 1953, se han hecho excavaciones en Ligugé, con resultados sumamente interesantes. En el terreno próximo a la iglesia renacentista, han aparecido restos de dos edificios que existieron antes en aquel lugar: una pequeña villa galo-romana de los siglos II o III, desaparecida, por lo que puede conjeturarse, el año 275, cuando la primera invasión. El segundo monumento, que parece datar de fines del siglo IV y devastado a mediados del siglo V, es único en Francia, totalmente diferente de lo que hasta ahora se conocía en tipos de *villae*. Presenta cierta analogía a los mausoleos antiguos: un inmenso ábside casi semicircular, de 32 metros de diámetro, cerrado por un muro frontal en el que se abren varias puertas. Un pasillo interior contornea la construcción, en torno a un área central más elevada. Exteriormente aparece una línea de columnas. ¿Se trata del mausoleo de una gran familia, único en Francia? Los técnicos se inclinan a ver una iglesia votiva dedicada a San Martín, ya que los mausoleos han sido con frecuencia el modelo de los edificios votivos paleocristianos. El recuerdo de San Martín habría sido tan excepcional que daría ocasión para un monumento único en toda Francia construido en su honor en Ligugé.

Lo cierto es que desde el principio su tumba constituyó un lugar de peregrinación. Sobre todo en la época merovingia su culto alcanza un prestigio inmenso. No falta quien ve en la palabra «capeto», con que se designaba a los reyes de Francia por entonces, una alusión a «cappatus», es decir, puesto bajo la capa del santo, ya que los reyes Capetos se honraron siempre con el título de abades de San Martín de Tours.

A su popularidad contribuyó también la fama de los milagros. Su sucesor San Gregorio († 594) se dedicó incansablemente a reunir cuantos pudo. Nada menos que cuatro libros, escritos a lo largo de su vida, dejando amplios márgenes de tiempo entre uno y otro, dedicó a contarlos. Es cierto que San Gregorio tiene por milagro muchos hechos que podríamos considerar como puramente naturales, simple recompensa he-

cha por Dios a una oración llena de espíritu de fe, pero sin alterar las leyes de la naturaleza: preservación de peligros, castigos a los robos o a los perjurios, liberación de prisioneros, etc. De todas formas, estas narraciones de San Gregorio reflejan una sinceridad total. El santo marca con precisión cuál ha sido su fuente de información, si ha recibido directamente o no la noticia del caso, quiénes fueron los testigos, etc. Y de esta manera contribuye, con la narración de todos aquellos milagros, a difundir y a arraigar más y más la devoción que toda Europa sentía por el santo. Si muchos de estos milagros no resisten la crítica moderna, no por eso dejó San Gregorio de hacernos un magnífico servicio al contárnoslos, reflejando en ellos interesantes costumbres de su época y proporcionando un precioso material a quienes más adelante tendrían que trabajar sobre estos temas.

La fisonomía de San Martín se nos ofrece firme y bien definida, pese al transcurso de tantos siglos. Fue un asceta y un apóstol, pero fue sobre todo hombre de oración. Ni aun entre las tareas, ciertamente agobiadoras, de su episcopado, dejó de estar en continua comunicación con Dios. «Como el herrero, en el curso de su trabajo, encuentra un cierto descanso en golpear de vez en cuando el yunque —nos dice uno de sus biógrafos—, así Martín, cuando parecía hacer otra cosa, estaba siempre en oración».

Mortificado y penitente, sereno entre las adversidades y los triunfos, pobre y humilde, apartado por completo de las vanidades de este mundo, verdadero discípulo de Jesucristo, San Martín tuvo una gran influencia en toda la espiritualidad medieval. La misma historia del Derecho canónico reconoce, en el desarrollo del instituto de los obispos religiosos, una influencia decisiva de su ejemplo y su actividad a la hora de construir la figura jurídica de esta clase de obispos.

Pero su gran lección ha sido siempre la de la caridad. Su gesto en Amiens dando la mitad de la capa fue superado más tarde, siendo ya obispo. A punto de celebrar la misa, dio su túnica entera a un mendigo. Anécdotas éstas que nos reflejan una bondad profunda, un amor ardiente al prójimo. Sus mismos milagros, como los de Cristo, son milagros de cari-

dad. Pasó haciendo el bien, entregado, en cuerpo y alma, a su pueblo.

Aunque consta ciertamente que murió el 8 de noviembre, su fiesta se celebró, desde el comienzo, el día 11, no sólo en Tours, sino en toda la Iglesia, a la que había llegado el conocimiento del resplandor de sus virtudes.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

AIGRAIN, R., *L'hagiographie: ses sources, ses méthodes, son histoire* (París 1953) p.19; 159-166; 182; 232; 237; 271; 298-303; 349-358; 375.
Bibliotheca hagiographica latina: antiquae et mediae aetatis, ediderunt Socii Bollandini (BHL) (Bruselas) n.5617-5666, p.825-830.
DELEHAYE, H., *Saint Martin et Sulpice Sévère* (Bruselas 1920).
MENARD, M., «Saint Martín de Tours»: *Revue de l'Université Laval* 8 (1953) 3-19; 115-138.
MONCEAUX, P., *Saint Martin. Récits de Sulpice Sévère mis en français avec une introduction* (París 1926).
RESSE, J.-M., *Le tombeau de Saint Martin à Tours* (París 1922).
• Actualización:
PERNOUD, R., *San Martín de Tours* (Madrid 1998).
SULPICIO SEVERO, *Vida de San Martín de Tours* (El Escorial 1961).

SAN JUAN EL LIMOSNERO
Obispo († 620)

El título con que la posteridad lo conoce ya demuestra que la vida ejemplar de este Patriarca alejandrino se conoce mucho más por la etapa culmen de su ministerio apostólico que por los pocos datos anteriores de su vida que las antiguas tradiciones y piadosas biografías han hecho llegar hasta nosotros. Las vidas del santo que escribieron en el siglo VII Juan Mosco y Sofronio el Sofista se han perdido. En la *Patrología griega* y las *Acta sanctorum* encontramos una de Leoncio, obispo de Chipre, escrita a petición de un sínodo y ayudado por los datos aportados por el clero alejandrino.

Nació Juan en Chipre en la segunda mitad del siglo VI, con toda probabilidad en Amathonte (Amathous?), en la costa meridional de la isla. Según algunos, su padre, Epifanio —Esteban según otros— era gobernador de la ciudad. Educado conforme

a su rango familiar se casó joven. Fue su matrimonio un drama familiar, ya que no tuvo descendencia —dos hijos que nacieron, según tradición, fallecieron prematuramente— y la muerte le arrebató muy pronto a su esposa. Viéndose viudo y sin hijos, la gracia le impulsó a desprenderse de sus bienes repartiéndolos entre los necesitados para así cumplir al dictado el consejo evangélico.

Si apenas nos quedan datos de esa primera época de su vida, los hechos contemporáneos nos ofrecen una escena inquietante que dan paso a la entrada en escena del viudo y ya limosnero Juan.

Hacia finales del año 608, Heraclio, que era entonces exarca o gobernador de África, comenzó a dar muestras de rebeldía contra el emperador Focas. Heraclio empezó a mover sus piezas enviando al general Bonakis para que se hiciese cargo del ejército de Tripolitania en compañía de un sobrino suyo llamado Nicetas; este último recibió la misión de dirigirse al norte de Egipto. Advertido el emperador por el prefecto imperial y el patriarca Teodoro de estos movimientos destinados a un levantamiento militar, mandó a Egipto a Bonoso para contrarrestar la insurrección. Nicetas, sin embargo, tuvo tiempo de llegar a Alejandría siendo saludado por el pueblo como libertador; derribó la estatua del emperador y ejecutó al prefecto y al patriarca Teodoro amparado por la irritación que hacia él sentían los monofisitas. Tras diversos episodios de derrotas y victorias, al año siguiente, vencido Bonoso y asesinado a su vez el propio emperador Focas, Heraclio fue coronado emperador por el patriarca de Constantinopla en 610.

Entre otras competencias, el nuevo emperador tenía que nombrar al nuevo patriarca de Alejandría. Y fue su sobrino Nicetas, convertido en nuevo prefecto de Alejandría, el que le convenció para que nombrase a Juan cuya fama de honradez y desprendimiento había llegado hasta el emperador.

Se desconoce el día de su ordenación pero se sabe bien que, desde el primer momento de su ministerio patriarcal, se mostró un celoso defensor de la fe católica proclamada en el Concilio de Calcedonia contra el monofisismo, es decir contra los que interpretaban que en Jesucristo no había las dos naturalezas, la

humana y la divina, confundiendo naturaleza con persona. Hizo suprimir en la liturgia, en el canto del *Trisagion,* un añadido monofisita. Combatió la simonía y trató de buscar y ordenar como ministros de la palabra y de los sacramentos a todos aquellos que estaban firmes y claros en la ortodoxia católica.

Entregado totalmente a su ministerio apostólico, sobresalió de un modo notabilísimo en la dedicación preferencial por los pobres y necesitados, siempre numerosísimos, especialmente en las grandes ciudades como Alejandría. Y eran muchas las miserias de la época y del pueblo alejandrino. Y todo lo que llegaba a sus manos era repartido ordenada e inmediatamente a la lista de pobres que había mandado confeccionar. Mandó construir iglesias pero más fueron los edificios que levantó para socorrer a los necesitados, como asilos, casas de acogida para huérfanos, hospitales para enfermos y hasta casas de maternidad. Sus hagiógrafos describen amplia y detenidamente su inmensa y generosa caridad, que en ocasiones rozaba lo milagroso y por la que la posteridad lo reconoce con el apellido glorioso de *el Limosnero.*

No parece conveniente dejar de narrar algunos pasos de su vida, incluso a sabiendas de que no pueden ser corroborados según la crítica histórica de nuestros días. Cuenta Leoncio que Juan puso todo su empeño en que los pobres fueran socorridos, y al mandar confeccionar la lista a que hemos aludido, dijo: «Háganme la lista de mis dueños señores»; y no entendiendo los curiales a quiénes se refería les explicó: «Llamo mis dueños y señores a los que vosotros llamáis pobres mendicantes, porque ellos son los que me van a regalar el reino de los cielos». El número de pobres era tan grande que fácilmente los listos y menos necesitados se presentaban solicitando ayuda. Advertido Juan de esa posibilidad, aconsejó a sus clérigos: «Nuestro Señor y su siervo Juan no desean tener servidores curiosos sino domésticos inteligentes».

No se dejaba coaccionar Juan en materia de disciplina ni siquiera con quien le ofrecía pan para los pobres. En un momento de calamidad y hambruna, un hombre rico le ofreció una gruesa suma de dinero para comprar grano para los pobres a cambio de que le perdonara una irregularidad y le permitiera

subsanarla entrando en la clericatura. Se negó el santo en redondo y poco después la Providencia recompensaba su valor y fidelidad haciéndole llegar desde Sicilia dos barcos llenos de grano.

Se dice que para animar a sus fieles a la limosna el patriarca Juan les contaba estos ejemplos: el primero se refería a un banquero llamado Pedro que fue gobernador de África bajo el mandato del emperador Justiniano. Tenía tan duro corazón que nadie era capaz de sonsacarle una limosna. Pero en una ocasión un pobre se le mostró tan obstinado que para quitárselo de encima le arrojó un pedazo de pan duro. Estando enfermo poco después, tuvo un sueño en el que se vio ante el juicio de Dios. Y para contrapesar sus muchas injusticias e inmisericordias no pudo ver en el otro plato de la balanza sino un mendrugo de pan duro. El aviso no cayó en saco roto y recobrada la salud supo repartir sus bienes entre los más necesitados. Un segundo ejemplo contaba: Hubo un ermitaño llamado Serapión el Sindonita que sólo era dueño de un libro de los evangelios, y que, no sabiendo leer, les pedía a las personas instruidas con las que se encontraba, que tuviesen la caridad de leerle un poco. Siguiendo el ejemplo del desprendimiento y la caridad de Cristo estaba dispuesto a entregarlo todo por su Señor. Al fin tuvo que desprenderse de su ropa, de su calzado y hasta del libro de los evangelios para dárselo a los necesitados. Llegó por último una viuda pobre y al no tener nada que darle le pidió que le llevase a la plaza y que lo vendiese como esclavo para así subvenir a su necesidad. El santo patriarca recordaba a sus fieles que a ellos el Señor no les pedía tanto, sólo que diesen algo de lo que tenían. Y ante las acciones de gracias que recibía y las alabanzas por su generosidad solía responder: «Hermano, todavía no he derramado mi sangre por ti como lo hizo Jesucristo mi Dios y Señor por mí. Tengo mucho que aprender».

Los acontecimientos de la época le dieron repetidas ocasiones de mostrar su carisma de noble e inextinguible caridad. La invasión persa del 611 produjo una riada de inmigrantes y prófugos de Siria a los que acogió con la ayuda de los notables de la ciudad. Posteriormente tuvieron que hacer lo mismo con los prófugos de Palestina por la invasión y captura de Jerusalén

en 614; allí acudió con sus socorros para rescatar a las monjas capturadas y reconstruir las iglesias derruidas y profanadas. Puso su colaboración a disposición del Patriarca de la ciudad santa, Modesto, para reorganizar todo lo que la cruel invasión había trastornado.

La invasión persa también amenazó finalmente a Egipto. Y Juan fue aconsejado por el prefecto que partiese hacia Constantinopla, la capital del imperio. Mas al pasar por Chipre, su patria, decidió quedarse en su ciudad natal de Amatonte donde murió al poco tiempo, el día 11 de noviembre de 620, a los 62 años de edad, según Leoncio. Su cuerpo fue sepultado junto a la tumba de San Ticón, uno de los antiguos obispos de su ciudad. Existe una tradición en la que se le atribuye que, antes de morir, tuvo tiempo de escribir la vida del mismo San Ticón, junto al cual fue a reposar tras su muerte.

Como es de suponer de un santo patriarca tan celoso y caritativo, su culto se extendió rápidamente por todo el oriente, desde Egipto a Constantinopla. Los diversos calendarios y martirologios ortodoxos de la época inmediatamente posterior mencionan su memoria, unos el mismo día de su muerte, el 11 de noviembre, y otros al día siguiente, el 12, pues el 11 en algunas iglesias orientales se celebraba la fiesta de San Menas.

En occidente su culto es bastante tardío pues no hay que olvidar que ya estaba resquebrajada la unidad moral del Imperio. Y aunque los martirologios medievales lo ignoran, ya encontramos una *Vita* en los inicios del siglo XIII, al mismo tiempo que en Venecia se da a conocer la existencia en la ciudad de algunas reliquias de San Juan. Contribuyó mucho a la difusión de su culto el capítulo 27 de la *Legenda Aurea* de Giacomo da Varezze.

Como en muchos santos orientales la historia de sus reliquias está envuelta en traslaciones a occidente no del todo fáciles de rastrear de forma fidedigna. En 1632 el cardenal húngaro Pázmány, embajador en Roma del emperador de Austria, escribió una historia de los diversos traslados de las reliquias del patriarca San Juan el Limosnero. Unos peregrinos rusos del año 1200 aseguran que en una iglesia de Constantinopla se encontraban las reliquias del santo. Pero nadie ha explicado ni hay

dato alguno que narre la traslación desde Amatonte (Chipre) a Constantinopla. La presencia de sus reliquias quizá podría dar la razón a otros biógrafos antiguos que contaban que el santo no se quedó en su ciudad natal sino que verdaderamente llegó al lugar de su destino cuando salió de Alejandría. El cardenal, después de narrar la presencia en 1420 de reliquias del cuerpo de San Juan en el monasterio de monjas orientales de Santa Marta junto a otros santos, señala que estas reliquias fueron entregadas al rey de Hungría Matías Corvino (1458-1490) y colocadas en la capilla real del palacio de Buda. Trasladadas a Tell (Tall), cerca de Presburgo, fueron finalmente depositadas en 1632 (el 23 de enero, día de su fiesta según el martirologio de Baronio) en la catedral del mismo Presburgo y encerradas en un suntuoso monumento que el propio cardenal Pázmány había mandado levantar.

Baronio, probablemente, no tuvo las mejores fuentes acerca de San Juan el Limosnero e introdujo su nombre en el Martirologio Romano, como acabamos de recordar, adjudicándole el día 23 de enero que, según señala de modo sorprendente, es el día de su ordenación como patriarca de Alejandría. Pero lo que más sorprende es que dice que su *dies natalis* es el 3 de febrero y que así lo celebra la Iglesia bizantina, cosas que repitieron posteriormente otros sin revisión ni crítica. El nuevo *Martirologio romano* (2001) lo inscribe en el día que la tradición más antigua ha conservado como el de su muerte, el 11 de noviembre.

La iconografía de San Juan que ha llegado hasta nosotros lo representa no tanto como un patriarca revestido con los paramentos de su ministerio episcopal (miniatura en un códice del siglo XI en la Biblioteca Vaticana) cuanto como un venerable personaje de luenga barba que reparte limosna a los pobres (Cracovia, tríptico del siglo XVI en la Iglesia de Santa Catalina). Diversas iglesias de occidente, a las que de algún modo llegó alguna parte de las reliquias del santo, le levantaron altares y capillas, especialmente en la ciudad de Venecia donde se encuentra una iglesia levantada en su honor; en ella, una obra maestra de Tiziano lo representa en un gran lienzo revestido con traje de coro episcopal a la manera occidental, entregando limosna a un necesitado.

Como algún autor ha escrito, desde un punto de vista hagiográfico, la figura de San Juan el Limosnero está en consonancia con la de los demás obispos de época tardo-antigua. Las peculiaridades de su santidad son las propias del pastor dedicado al bien de la comunidad, en la que se mueve y actúa con amplios poderes. También la caridad, característica principal del personaje, debe ser valorada en sentido del deber episcopal: de ella ha de subrayarse tanto el aspecto de virtud heroica como el de su valor institucional, derivado de la aplicación por parte del pastor de los principios de igualdad y justicia, y estrechamente unido a la eficaz administración de los bienes eclesiásticos. Y, al fondo, aparecen otros elementos característicos del modelo antiguo de santidad episcopal, como son la oposición profética al poder político, la admiración por el mundo monástico, el buen gobierno del clero, la lucha contra la herejía y la imparcialidad en la administración de la justicia.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

Art. en A. DI BERARDINO (dir.), *Diccionario patrístico y de la antigüedad cristiana,* II (Salamanca 1991).

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...,* I (París 1935).

CELLETI, M.ª C., Art. en *Bibliotheca sanctorum,* V: *Erizzo-Galdino* (Roma 1964) cols.756-757.

CHIESA, P., Art. en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000).

SAUGET, J.-M.ª, Art. en *Bibliotheca sanctorum,* V: *Erizzo-Galdino* (Roma 1964) cols.750-756.

SAN TEODORO ESTUDITA

Abad († 826)

Hay santos bastante desconocidos en la Iglesia occidental, hasta el punto de que apenas se recuerda su vida en los martirologios populares de esa Iglesia. Sin embargo, cuando se estudia el devenir histórico de la misma Iglesia esos mismos santos aparecen hasta en los manuales de escuela más sencillos. Es el caso de San Teodoro Estudita, monje bizantino, que merece parcelas muy favorecedoras como escritor, reformador de la vida mo-

nástica, autor de discursos, atrevido defensor de la ortodoxia en las luchas iconoclastas.

Teodoro nació en Bizancio o Constantinopla el año 759 y murió en Büyük Ada, isla de los Príncipes, en 826. Su padre, Fotino, era funcionario del fisco imperial. La madre, Teoctistes, fue una comprometida y ejemplar creyente que supo educar a sus hijos por los caminos del mejor compromiso eclesial de la época. No en vano Platón, hermano de Teoctistes, había fundado por el año 759 en Bitinia el monasterio de Saccoudion donde ocupó el cargo de hegúmeno del mismo. Por el ejemplo y la influencia de Platón toda la familia, el padre, Fotino, Teodoro y sus hermanos José y Eutimio, en 781, ingresaron en ese monasterio.

La pacífica convivencia y entrega a Dios del monasterio no fueron obstáculo para que los monjes se comprometieran seriamente en unos tiempos que fueron muy difíciles para su Iglesia.

Cuando en el año 795 Constantino VI repudia a su legítima mujer María de Amnia, impuesta por su madre Irene cuando solamente tenía siete años de edad, para casarse con su amante Teodora, los monjes de Saccoudion no pudieron callar, denunciaron el hecho y se convirtieron en los más tenaces opositores del atropello. Un compromiso por el que una gran parte de los monjes fueron deportados al monasterio de los Cátaros y posteriormente a los dos hermanos Teodoro y José los mandaron un año después al destierro en Tesalónica.

Desaparecido Constantino por el destronamiento de su propia madre Irene en el 797, los condenados todos pudieron volver de su destierro pero ahora lo hacen eligiendo el monasterio de Stoudion o Studa en Constantinopla, donde Teodoro fue nombrado su abad. De aquí precisamente le viene el nombre de Estudita como se le conoce ahora.

En los reinados siguientes de Nicéforo (806) y León V el Armenio su intransigencia en materia de religión le valió grandes persecuciones y destierros, llegando el segundo de dichos emperadores a condenarlo a ser azotado, suplicio que Teodoro sufrió con noble entereza y ejemplaridad.

En el fondo de todas estas cuestiones estaban las luchas iconoclastas. León V el Armenio, con la idea de convocar un sínodo iconoclasta, encargó en 814 al hegúmeno Juan el Gramático

que reuniera toda la documentación teológica favorable a sus intereses. Y para favorecer sus planes dio órdenes de que fueran alejados los oponentes de elevada categoría: Teodoro fue desterrado y Nicéforo el patriarca de Constantinopla destituido.

Definitivamente entonces tuvo que abandonar Constantinopla y buscar refugio en las islas de los Príncipes, donde murió el 11 de noviembre de 826. Sus restos serían posteriormente trasladados al monasterio de Studa.

Al abad Teodoro hay que considerarlo como uno de los campeones del monaquismo de Oriente y de la lucha contra los iconoclastas.

> «El monacato cenobítico había sido reformado, robustecido y minuciosamente reglamentado por San Teodoro, abad del monasterio de Studion en Constantinopla, centro que desempeñó en esa época —siglo VIII y IX— un papel fundamental en el movimiento monástico de la cristiandad oriental. Las disposiciones adoptadas por Teodoro se basaban en las reglas de San Basilio; inspiraron numerosas constituciones monásticas en el Imperio de Oriente y en los países eslavos ortodoxos» *(Nueva historia de la Iglesia).*

Para esta reforma monástica se compromete San Teodoro con varios escritos, algunos de los cuales han llegado hasta nosotros, principalmente con las llamadas catequesis: *Gran catequesis* y *Pequeña catequesis.* Aunque la metodología elegida no sea la que utilizamos en nuestro tiempo, sino que se hace en forma oratorial a modo de sermones, el autor se siente urgido por la disciplina monástica, la oración y el trabajo comunitario.

En el aspecto de trabajo manual la abadía de Studion se convirtió en uno de los centros más importantes de copistas de Bizancio. Aquí la grafía minúscula toma definitivo cuerpo, algo que será norma general a partir del siglo siguiente.

Las *Disertaciones espirituales* y las *Disertaciones contra los iconoclastas,* están en la mejor línea de los predicadores de su tiempo con una gran amplitud de temas. Luego copiamos un párrafo final.

Otro importante grupo de escritos conservados es su *Epistolario.* Aparece aquí el dinamismo de un monje que se siente urgido por las necesidades de su tiempo y comprometido con los personajes, adversarios o no, con los que mantiene y expone sus convencimientos de fe y, más aún, el fervor de la vida monástica, con la que está seriamente comprometido.

De mayor delicadeza literaria son sus composiciones poéticas de índole muy diversa: himnos litúrgicos, oraciones y poesías variadas, muchas veces dedicadas a sus familiares, como su madre, sus hermanos e incluso su tío Platón. Son clara muestra de la hondura espiritual y la brillantez de su pensamiento.

Para muestra del haber literario nos basta un párrafo de sus discursos o disertaciones:

> «¡Oh don valiosísimo de la cruz! ¡Cuán grande es su magnificencia! La cruz no encierra en sí mezcla de bien y de mal, como el árbol del Edén, sino que toda ella es hermosa y agradable, tanto para la vista como para el gusto. Se trata, en efecto, del leño que engendra la vida, no la muerte; que da luz, no tinieblas; que introduce en el Edén, no que hace salir de él. La cruz es el madero al cual subió Cristo, como un rey a su carro de combate, para, desde él, vencer al demonio, que detentaba el poder de la muerte, y liberar al género humano de la esclavitud del tirano».

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

Diccionario Espasa. Tomo letra T, p.1023.
Nueva historia de la Iglesia, II (Madrid 1982) 106.

SANTA MARINA DE OMURA

Virgen y mártir († 1634)

Marina de Omura, hermana dominica terciaria japonesa del pueblo que en su apellido figura, ingresó en la Tercera Orden Dominicana corriendo el año 1626, se reveló diligente y eficaz colaboradora en el apostolado catequístico y resultó de providencial ayuda para los misioneros. Diríase que en ella se cumplió al pie de la letra lo que el Concilio Vaticano II dispone en el Decreto *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia, y muy concretamente acerca del deber misionero de los seglares:

> «En los países de misiones, los seglares, sean extranjeros o nativos, enseñen en las escuelas, administren bienes temporales, colaboren en la actividad parroquial y diocesana, establezcan y promuevan las diversas formas del apostolado seglar, para que los fieles de las Iglesias jóvenes puedan cuanto antes asumir su propio papel en la vida de la Iglesia» (AG 41).

Ella fue muchas veces el próvido y alargado brazo de los misioneros, que de ese modo llegaban casi siempre adonde de suyo el suyo no podía llegar.

Arrestada en 1634, Marina fue sometida a vergonzosas humillaciones y conducida, por último, a la hoguera, dando en toda circunstancia claras muestras de acatamiento a la voluntad divina y revelándose ante las pruebas límpido y claro espejo de la «mujer fuerte» (Prov 31,10). Martirizada con el cruel suplicio de la hoguera, murió a fuego lento el 11 de noviembre de 1634 en Nishizaka, Juan Pablo II la beatificó el 18 de febrero de 1981 y el 18 de octubre de 1987 la canonizó con los otros 15 compañeros cuyos nombres, inscritos «en el libro de la vida» (Ap 3,5; 20,12.15), merecen también ser registrados aquí para perpetua memoria de los lectores del *Año cristiano.* El listado arroja el siguiente balance de nombres y nacionalidades: Domingo Ibáñez de Erquicia (cf. 14 de agosto), sacerdote dominico español; Francisco Shoyemon (cf. 14 de agosto), hermano dominico japonés; Santiago Kyuhei Gorobioye Tomonaga (cf. 17 de agosto), sacerdote dominico japonés de Omura; Miguel Kurobioye (cf. 17 de agosto), laico japonés; Lucas del Espíritu Santo Alonso Gorda (cf. 19 de octubre), sacerdote dominico español; Mateo Kohyoe (cf. 19 de octubre), hermano dominico japonés; Magdalena de Nagasaki (cf. 15 de octubre), terciaria agustina recoleta de Nagasaki; nuestra Marina de Omura, hermana dominica japonesa de Omura; Tomás Hioji Rokuzayemon Nishi (cf. 28 de septiembre), sacerdote dominico japonés de Ikitsuki; Jordán de San Esteban Jacinto Ansalone (cf. 28 de septiembre), sacerdote dominico italiano; Antonio González (cf. 24 de septiembre), sacerdote dominico español; Guillermo Courtet (cf. 29 de septiembre), sacerdote dominico francés; Miguel de Aozaraza (cf. 29 de septiembre), sacerdote dominico español; Vicente Shiwozuka (cf. 29 de septiembre), sacerdote dominico japonés; Lorenzo Ruiz (cf. 29 de septiembre), laico filipino; y Lázaro de Kyoto (cf. 29 de septiembre), laico japonés. Todos murieron mártires en Nishizaka, la mayoría suspendidos en la fosa; alguno, es el caso de nuestra santa, en la hoguera; y alguno, Antonio González por ejemplo, torturado. La memoria litúrgica de todos ellos está fijada para el 28 de septiembre.

La historia de la Provincia Dominicana de Nuestra Señora del Rosario, con sus cuatrocientos años a las espaldas, ofrece numerosos testimonios de fidelidad a la fe hasta el martirio: miles en los diversos campos de misión, de muchas nacionalidades y de todas las clases sociales. De muchos ni se conservan registros, sólo conocemos sus nombres, pero constituyen una oportuna fuente de inspiración para quienes hoy comparten su carisma misionero, y también, desde luego, para el pueblo cristiano de los países en los que ellos evangelizaron.

El crecimiento y final dramático del cristianismo en Japón durante el período que va de 1549 a 1640, denominado entre los especialistas como el «siglo cristiano», representan, sin duda, uno de los más fascinantes episodios en la historia de la evangelización cristiana. Dentro de tan espléndido cuadro, las Misiones Dominicanas de Japón durante la primera mitad del siglo XVII constituyen un significativo capítulo de la historia misional de la Provincia del Rosario; capítulo, por otra parte, escrito con intrepidez y sangre, rubricado por el martirio de numerosos sacerdotes, profesos, terciarios y laicos. La estructura político-geográfica de Japón en los siglos XVI y XVII era casi idéntica a la actual. El Imperio del Sol Naciente, al este de China y Corea, constaba de un gran archipiélago de más de 3.000 islas, agrupadas en torno a las cuatro mayores: Hokkaido, Honshu, Kyushu y Shikoku. La extensión geográfica de todo el archipiélago japonés asciende a 377.484 kilómetros cuadrados, y su población en el siglo XVII era de unos 20 millones. Hoy asciende a más de 120.

El cristianismo llegó al Japón en 1549 de la mano de San Francisco Javier. La situación religiosa del país entonces era una especie de mezcla sincrética de sintoísmo, budismo y confucianismo. El sintoísmo, religión nativa del país, es una mezcolanza de animismo, culto a la naturaleza y a los antepasados. El budismo en el siglo XVI presentaba una gran variedad de sectas que luchaban también por conservar su preeminencia en la nueva situación política y social de aquel mundo en vías de unificación.

El régimen político nipón en la época de nuestros mártires, y concretamente a principios del XVII, lo componía un gobier-

no militar presidido por un «Shogun», que de hecho controlaba y dirigía los destinos del país a espaldas del emperador, recluido en su palacio de Kyoto como figura decorativa. Cinco ciudades del Imperio eran «shogunales», bajo el control directo del «generalísimo»: Kyoto, Tokyo, Osaka, Sakai y Nagasaki, las cuales eran regidas por un «bugyo» (gobernador) nombrado por el Shogun. A raíz de 1616 empezó a gobernar Nagasaki un representante personal del Shogun, llamado «daikan», que tramitaba los negocios con las naves de los países extranjeros. Dependiendo de su poder económico y del número de sus guerreros o «samurai», los «daimyo», o señores feudales, dirigían con más o menos autonomía los restantes «reinos» del país.

Los tres grandes Shogun que lograron la unificación del país fueron Oda Nobunaga (gobernó entre 1573-1582), Toyotomi Hideyoshi (1582-1598) y Tokugawa Ieyasu (1603-1616). Oda Nobunaga fue el gran Shogun que abrió el comercio con las potencias extranjeras; de ahí que favoreciese el crecimiento del cristianismo. Toyotomi Hideyoshi cambió de actitud, y en 1587 publicó el «Edicto de expulsión de los misioneros», a resultas de lo cual 1597 registra ya la crucifixión de los primeros mártires nagasakienses. Tokugawa Ieyasu, ferviente budista y receloso de las potencias extranjeras, promulgó en 1614 el «Edicto de persecución total» contra el cristianismo, aplicado con increíble rigor durante 20 años y que prácticamente acabó con la religión cristiana en Japón. Los siguientes Shogun, Tokagawa Hidetada (1616-1623) y Tokugawa Iemitsu (1623-1651), intensificaron las persecuciones contra los cristianos, que en este período perecieron a millares. El catálogo de nuestros mártires aquí citados corresponde, pues, a este último Shogun.

Las causas de tan terrible persecución son múltiples y complejas, y han sido analizadas in extenso por los historiadores. Resumidas, sobresalen la actitud anticristiana de los budistas; las intrigas y rencillas de los países dominadores extranjeros; una solapada campaña anticatólica de los protestantes; ciertas imprudencias de los capitanes de navíos extranjeros; la «razón de Estado», en fin, es decir, el temor de los Shogun a ser dominados por las potencias extranjeras a través de la religión en un momento en que la unidad del país se estaba consolidando.

Naturalmente que todo esto no quita mérito alguno ni motivación religiosa de ningún género a los mártires, muertos todos por defender la fe. En 1617 tocó el turno a los cuatro primeros religiosos europeos. A partir de ahí la persecución se extendió por todo el país, aunque concentrada sobremanera en la isla de Kyushu, y de modo más cruel aún en Nagasaki, ciudad en la que durante los meses de agosto y septiembre de 1622 tuvieron lugar dos espectaculares martirios; el segundo de ellos (10 de septiembre) conocido como el «Gran martirio». Desde entonces hasta 1637 la persecución alcanzó inusitada virulencia: la ejecución, que hasta entonces se había materializado por crucifixión, decapitación o mediante fuego lento, fue sustituida por otras torturas más refinadas: agua ingurgitada, agujas y cañas clavadas entre las uñas de los dedos y otras partes del cuerpo, y, rizando ya el rizo de la crueldad, el horrible tormento de «horca y hoya», cuyo mecanismo consistía en colgar a la víctima por los pies pendiente de una horca y con la cabeza y medio cuerpo sobre una fosa hedionda, permaneciendo así hasta que expiraba. De esa manera perecieron bastantes de nuestros mártires, y en concreto la mayoría de los que arriba cito.

En 1637, con el martirio del último grupo de misioneros, termina de hecho la presencia dominicana en Japón en el siglo XVII. En 1640 el país se cerró a cal y canto al exterior hasta 1854. Los dominicos de la Provincia del Rosario volvieron a Japón en 1904, abriendo así la segunda etapa dominicana en dichas islas, donde afortunadamente permanecen hasta hoy. El milagro propuesto para la canonización del grupo elevado a la gloria de los altares por Juan Pablo II ocurrió en Manila el año 1983 por la invocación al colectivo en cuanto grupo a favor de Cecilia Alegría Policarpio, niña de dos años, curada por completo de una parálisis cerebral anatómica y funcional, sin terapia eficaz alguna interpuesta. El milagro fue reconocido por Juan Pablo II el 1 de junio de 1987.

Las razones esgrimidas por los perseguidores, según consta en el *Edicto* de 1614, cuya doctrina retoman sustancialmente los de 1633 y 1636, no son otras que éstas:

> «Los seguidores de Cristo, llegados de forma imprevista a Japón, no solamente vienen trayendo mercancía en sus naves, sino que, sin permiso alguno, han extendido y propagado también su

> malvada ley, destruyendo aquella buena y legítima y conspirando para derrocar el poder en nuestro país. Esto es el inicio de una gran calamidad, que con todo medio es necesario evitar. El Japón es un país sintoísta y budista, que venera a los dioses, honra a Buda y tiene en gran estima el camino de la benevolencia *(confucionismo).* Los seguidores de los Padres *(los cristianos)* han desobedecido todos las órdenes dadas por el gobierno, despreciando la religión y destruyendo el bien. Viendo a quienes deben ser ajusticiados *(los mártires),* los nativos se alegran y corren espontáneamente detrás de ellos, los adoran y los saludan. Tal es el supremo ideal de esta religión. Si no es prohibida inmediatamente, vendrán calamidades sin fin sobre el Estado. Que estos cristianos, pues, sean exterminados sin demora en todas las regiones del Japón, de forma que no tengan lugar donde poner sus pies o sus manos. Si alguno se atreviere a contravenir esta orden, sea castigado con la muerte».

El marco de la canonización era especialmente solemne por cuanto ese día estaban presentes en la Plaza de San Pedro los obispos reunidos en el Sínodo. Juan Pablo II eligió como lema las palabras del mandato misionero de Jesús en Galilea, que San Mateo recoge al final de su Evangelio: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes» (Mt 28,18-19). Los mártires esa mañana canonizados, explicó más adelante el Papa, supieron hacer propias estas palabras del divino Maestro. Fueron palabras medidas, muy bien glosadas por el Papa, de acento paulino y engarzadas para los misioneros y misioneras, los religiosos y religiosas, los laicos y laicas catequistas.

> «Ellos, con su mensaje y su martirio —siguió diciendo el Papa cuando tocó en español (lo hizo en otras lenguas, hasta con unas palabras en japonés)—, hablan a los catequistas, a los agentes de pastoral, a los laicos, a quienes la Iglesia está dedicando particular atención y solicitud en el presente Sínodo de los Obispos. Ellos nos recuerdan que "morir por la fe es un don que se concede a algunos; pero vivir la fe es una llamada dirigida a todos"» (Discurso en el Luneta Park, Manila, 18-2-1981, n.5).

El mensaje que la terciaria dominica Santa Marina de Omura deja, pues, para el mundo de hoy no puede ser más actual, ni más exigente, ni más apasionante. Constituye una sublime forma de ser y estar en la vida, como cristianos, como especialmente consagrados al Reino, como catequistas, es decir, evangelizadores, como misioneros y como mártires. Dice el Concilio

Vaticano II que los cristianos todos están obligados a manifestar con el ejemplo de su vida y el testimonio de la palabra el hombre nuevo del que se revistieron en el bautismo. Encendido cántico, el de nuestra santa, sobre cuanto implica y supone la vocación bautismal. Santa Marina de Omura hizo todo esto con tal finura, tal paciente dedicación, de manera tan evangélica y martirial, que hoy la Iglesia tiene en ella un espejo que ofrecer a la sociedad contemporánea y, en medio de ella, a sus evangelizadores. No nos han llegado palabras suyas, ni muchas ni pocas, pero sí el ejemplo de su vida toda, hecha servicio *ad gentes;* y concretamente de su donación hasta el martirio a fuego lento, imagen del fuego interior del Espíritu que a diario la consumía.

La homilía de la canonización, las palabras de la Sagrada Escritura elegidas por Juan Pablo II para ensamblarla, su evidente recurso al Decreto *Ad gentes,* es decir, al espíritu misionero del Concilio Vaticano II, hacen de nuestra santa, por otra parte, una vibrante requisitoria al ensanchamiento del Reino de Dios; un claro indicio de que la Iglesia es sacramento universal de salvación, ya que, «movida por la gracia y caridad del Espíritu Santo, se hace presente en acto pleno a todos los hombres o pueblos, para llevarlos, con el ejemplo de su vida y la predicación, con los sacramentos y los demás medios de gracia, a la fe, la libertad y la paz de Cristo» (AG 5). A impulsos del Espíritu Santo, «debe caminar por el mismo sendero que Cristo; es decir, por el sendero de la pobreza, la obediencia, el servicio y la inmolación propia hasta la muerte, de la que surgió victorioso por su resurrección» (ibíd.). Y es que la identificación del mártir con Cristo exige tener presente esta dimensión pascual del martirio. Ya San Agustín dejó escrito comentando bellamente *Sobre el Evangelio de San Juan* que «en cuanto los mártires derraman su sangre por los hermanos, no hicieron más que dar lo que recibieron de la mesa del Señor» *(In Io. eu. Tract.,* 84,2). Santa Marina de Omura, al morir mártir, sí dio lo que de Cristo había recibido.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *[Decretum* II, Nagasakien seu Manilen]. «Canonizationis Beatorum Laurentii Ruiz de Manila, Dominici Ibáñez de Erquicia, O. P., Iacobi Kyuhei Tomonaga, O. P. et XIII sociorum martyrum. *Super dubio* [Calendis Iuniis. a. D. 1987: P. Card. PALAZZINI, *Praefectus*]»: *AAS* 79 (1987) 1242-1244.

JUAN PABLO II, *[Littera Apostolica* III]. «Dominico Ibáñez de Erquicia, Jacobo Kyuhei Tomonaga, Sacerdotibus Ordinis Fratrum Praedicatorum, Laurentio Ruiz, Laico, atque XIII Sociis honores Beatorum decernuntur [18.II.1995. A. Card. CASAROLI, *a publicis Ecclesiae negotiis*]»: *AAS* 73 (1981) 535-538: esp. 536.

JUAN PABLO II, *[Homilia* I]. «In foro Sancti Petri habita, ob decretos ven. Servo Dei Laurentio Ruiz et Sociis eius Beatorum Caelitum honores [18.X.1987]»: *AAS* 80 (1988) 586-591.

Martyrologium romanum, o.c., 583, n.9; 734.

BEATO VICENTE EUGENIO BOSSILKOV

Obispo y mártir († 1952)

Eugenio nació en un pueblecito de Bulgaria, llamado Belene. Hoy tiene unos 6.500 habitantes, distribuidos en dos parroquias. Fueron cinco hermanos, todos ellos varones. Nuestro beato era el cuarto de la lista. En el bautismo le pusieron por nombre Vicente. Fue el día 16 de noviembre de 1900. El nombre de Eugenio le vino después, cuando hizo la profesión religiosa en la comunidad pasionista. A los once años empezó su sueño vocacional. Esta comunidad pasionista llevaba en Bulgaria más de cien años de labor apostólica. Se dedicaban a misionar los pueblos con su fervorosa predicación.

Vicente empieza a estudiar en Oresc y después en el seminario de Russe. Cuando tiene 14 años, la comunidad decide que el chico vaya a estudiar al seminario pasionista de Kortrijk, en Bélgica, y años más tarde (1919) a Mook, Holanda. Son los años de la primera guerra mundial.

El 28 de abril de 1919, Vicente entra en el noviciado de Ere en Bélgica. Y a partir de ahora es cuando se llamará Eugenio del Sagrado Corazón de Jesús. En 1920 hace su profesión religiosa y pronuncia sus primeros votos.

Después de diez años de haber salido de su tierra, en 1924 regresa a Bulgaria, y se integra en la comunidad de Russe, donde estudia teología. Se ordena sacerdote el 25 de julio de 1925 en la catedral de Russe. Al día siguiente de su ordenación sacer-

dotal, sus superiores deciden que Eugenio vaya a estudiar a Roma, al Pontificio Instituto Oriental. Está en Roma hasta 1929, cuatro años, durante los cuales escribe la tesis doctoral. El tema es «La unión de los búlgaros con la Iglesia de Roma en la primera mitad del siglo XIII».

Vuelto a Bulgaria, el obispo le nombra su secretario, a la vez que párroco de la catedral de Russe. Más tarde le hace párroco de la parroquia de Bardaski-Gheran al noroeste de Bulgaria, en la llanura del Danubio.

Apóstol joven, se dedica por entero a los jóvenes. Para encontrarse asiduamente con ellos organiza un equipo de fútbol. Para las chicas funda las «Hijas de María». Con los hombres organiza «el club de cazadores». Es decir, que llegaba a las personas a través de sus aficiones. Y a ellas se entregaba del todo, acompañando a la gente en todas sus correrías. Además, se dedicó a la música y formó el coro de cantores con los cuales se reunía todos los días a las nueve de la noche para darles lecciones de canto. En 1939 llega a la parroquia el Obispo para hacer la visita pastoral. El informe de dicha visita dice así:

«El padre Eugenio Bossilkov trabaja mucho y lo hace muy bien, pero un poco a la manera de los empleados. El obispo se queja de que "gasta demasiado". Tiene un magnífico vicario en el P. Fabián Knoben que trabaja demasiado, sin tener en cuenta sus propias fuerzas, que no son muchas. Entre los dos se percibe una gran caridad».

Estamos ya en 1944. Se estaba gestionando cómo iba a ser el fin de la segunda guerra mundial. Ya estaba a las puertas la libertad, cuando Rusia declara la guerra a Bulgaria el día 9 de septiembre de 1944. Bulgaria no tenía medios para defenderse. En tres días, el ejército rojo se hizo dueño de la situación. Además, fuerzas socialistas y comunistas búlgaras, apoyadas por el ejército rojo, sembraron el terror en todo el país. Se instalaron tribunales populares y los fusilamientos quedaron a la orden del día. El 8 de septiembre de 1945 se hizo un referéndum y, como era previsible, votó que sí el 93 por 100 de la población. Antes de hacerse la votación ya se sabía cuál iba a ser el resultado. Y quedó proclamada la nueva República Democrática. Dimitrof proyectó todo un plan de exterminio de la Iglesia católica en Bulgaria.

El 6 de agosto de 1946 muere el obispo de Nicópolis, monseñor Damián Theelen. Entonces, Eugenio Bossilkov es nombrado Administrador Apostólico de la Misión Pasionista en Bulgaria. Y empezó a llevar a cabo misiones populares al pueblo. Esto produjo verdaderas luchas con infiltrados comunistas que tenían como lema «Abajo Dios».

Había que buscar sustituto al obispo muerto. Y el 27 de julio de 1947, Pío XII elegía a Eugenio como nuevo obispo de Nicópolis. Era un puesto de mucho sufrimiento. En una carta secreta, entregada por medio de un mensajero particular, Eugenio escribía estas palabras:

> «Cuando te decía que las cosas van mejor, significaba todo lo contrario. Las dificultades se hacen cada vez mayores. Un sacerdote ha sido encarcelado. Ya lo han dejado libre. Pero ahora se han llevado a otro. La comida escasea, no tenemos casi nada. Faltan los vestidos y las cosas de primera necesidad, en tanto que, en el plano espiritual, crece cada día el terror. Se nos priva de tratar con la juventud. Nada con el catecismo y cosas parecidas. Estamos vigilados por todas partes y nuestras predicaciones están controladas. Y éstas no son sino algunas de tantas cosas que pasan entre nosotros. Pero nos acostumbramos también a este lenguaje y no tenemos miedo, incluso, hasta nos permitimos el lujo de estar alegres».

A comienzos de 1949 los obispos reciben del Estado la nueva ley «sobre el culto y las varias denominaciones religiosas en Bulgaria». Eugenio comenta a un amigo:

> «Según la ley, yo debo hacer el juramento aceptando el texto que se nos ha enviado. Yo ya he dado mi respuesta. Categóricamente he dicho que no lo haré jamás. Se me dijo: ¿Sabéis lo que os espera? Naturalmente, la fosa».

La nueva ley, entre otras cosas, decía:

> Art. 3. La Iglesia ortodoxa búlgara es la confesión tradicional del pueblo búlgaro y está ligada a su historia. Como tal, por su forma, por su contenido y por su espíritu ella puede ser considerada como una «iglesia popular».
>
> Art. 9. Un eclesiástico que pertenezca a una confesión ligada jurídicamente con confesiones de otros países, no puede asumir cargo alguno sin previo consentimiento del gobierno.
>
> Art. 10. Todo el clero búlgaro debe ser de nacionalidad búlgara.

Art. 21. La educación y las organizaciones de los jóvenes es de competencia exclusiva del Estado. Igualmente a la Iglesia se le prohíbe cualquier obra de caridad como, por ejemplo, cursillos para niños, orfanatos, hospitales, etc.

Art. 16 y 31. Las cartas pastorales, notificaciones, etc., no pueden ser publicadas sin censura del Estado que incluso puede ponerles veto. Esto vale incluso para los estatutos de cada confesión.

Estaba claro: la primera intención de esta ley era separar a Bulgaria de la Iglesia católica y de Roma. Ante esto, el obispo Eugenio escribe:

«El gobierno hace grandes esfuerzos por separar al clero y a los fieles del Santo Padre; sin embargo, nosotros seguimos firmes y estamos prontos a sacrificar nuestra vida. Expreso al Santo Padre mi filial afecto y mi fraternal adhesión».

El 16 de julio de 1952, seis soldados policías, a las cinco de la mañana, empiezan a golpear la puerta de Eugenio. El obispo abre la puerta. Los policías se meten en casa sin más. Y se lo llevan arrestado. Desde ese día hasta el 21 de septiembre, nadie sabrá nada de él. Igual que al obispo, también apresaron a otros sacerdotes y religiosos.

El 20 de septiembre se les entrega a los presos el acta de acusación que dice así: «Acta de acusación contra la organización católica subversiva y de espionaje». Al día siguiente, todos los periódicos hacen pública la noticia. El proceso comenzó el día 29 de septiembre de 1952 en el aula magna del Palacio de Justicia de Sofía. En el grupo de Eugenio estaban, además, 27 sacerdotes, dos seglares y una religiosa. Todos ellos eran «miembros activos de la organización».

La sentencia decía así: «En los Institutos Superiores de teología del Papa, los estudiantes se preparaban para la lucha contra las concepciones progresistas del mundo, y, en particular, contra la ideología comunista. Han sido acusados de actividad criminal, como representantes de las potencias extranjeras en nuestro país». No se trata de otra cosa.

Luego viene la condena: «La Corte suprema de la República Popular de Bulgaria, a tenor del art. 70,1.° del Código penal, condena al Dr. Eugenio Lividgiov Bossilkov a la pena de muerte y confiscación de todos sus bienes». También había otras sentencias de muerte.

Los familiares elevaron un recurso a la sentencia. La respuesta fue: «Los búlgaros han luchado para que los presos no fuesen condenados a muerte, pero desde Moscú, Stalin ha impartido órdenes precisas y no se ha podido hacer nada». Y lo fusilaron.

Así desapareció su figura para siempre. Hubo que esperar al año 1975 para que se aclarase el paradero de Eugenio. Pablo VI recibió en audiencia a Tudor Zivkov, presidente de Bulgaria, el cual, oficialmente, confirmó al Papa «la muerte por fusilamiento de Monseñor Eugenio Bossilkov, la noche del 11 al 12 de noviembre de 1952».

El 15 de marzo de 1998, Juan Pablo II beatificaba a este obispo mártir, poniéndolo como ejemplo de fortaleza ante la muerte, por causa de Jesús. Los periódicos lo anunciaban en primera página.

La Stampa: «Es la primera vez. Beatificado un mártir de Stalin».

«Ayer Juan Pablo II beatificó, por primera vez en la historia de la Iglesia, a un mártir del estalinismo. Se trata del obispo búlgaro Eugenio Bossilkov, fusilado en Sofía en 1952, después de una farsa de proceso, en el cual se le acusaba de negarse a renegar de su vinculación religiosa con Roma.

Juan Pablo II, en una solemne ceremonia, llevada a cabo ayer por la mañana en la basílica vaticana, lo ha presentado como "ejemplo luminoso" y "de gran aliento" "para cuantos sufren todavía las injusticias y vejámenes a causa de su fe".

En la misa de beatificación, estaba en primera fila una sobrina del mártir búlgaro, sor Gabriela, próxima a los ochenta años. Ella fue testigo y valiente acusadora de las persecuciones de las que fue víctima su tío. Junto a ella, una nutrida delegación venida de Bulgaria, presidida oficialmente por el primer viceministro Vesselin Metodies.

El obispo Bossilkov —ha reiterado el Papa— es una de tantas víctimas sacrificadas por el comunismo ateo en Bulgaria y en otros lugares, en su programa de aniquilamiento de la Iglesia.

En aquellos días de tan dura persecución, son muchos los que han contemplado en él un ejemplo de coraje, y han encontrado fuerzas para mantenerse fieles al Evangelio hasta las últimas consecuencias» (16 de marzo de 1998).

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M., CP, «Beato Eugenio Bossilkov», en J. A. MARTÍNEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Noviembre* (Madrid 2001) 241-249.

— *Mons. Eugenio Bossilkov mártir en Bulgaria. Nuevo beato pasionista* (Folletos "Con él", n.º 171).

SOBRADO, C., *Beato Eugenio Bossilkov, pasionista. Una fidelidad escrita con sangre* (Lima 1998).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN MENAS

Mártir († 295)

Menas fue un santo martirizado en la persecución de Diocleciano el año 295 y cuyo culto se hizo muy popular. En Roma introdujeron el culto los numerosos fieles de Alejandría que llegaron a establecerse en la Ciudad Eterna y tuvo entrada en el *Misal romano,* rezándose de él una segunda oración-colecta en las misas rezadas del día de San Martín de Tours, 11 de noviembre. Respecto a su personalidad verdadera han surgido varias tradiciones. El representarle con dos camellos hizo pensar que fuera un conductor de estos animales. Pero la tradición quiere también que fuera un oficial del ejército romano que fue mártir cuando al ejército se le depuró de cristianos en el imperio de Diocleciano. Este martirio no habría tenido lugar en Egipto sino en Frigia y de allí su cuerpo habría sido llevado a Egipto, estando su sepulcro en el sudeste de Alejandría y del lago Mareotis.

SAN VERANO DE VENCE

Obispo († s. V)

No todo está claro en la biografía de este santo. Partimos de la identificación del obispo Verano de Vence con aquel Verano que era hijo de San Euquerio de Lyón, y que acompañó y ayudó a su padre cuando ocupó éste la sede lionesa. Él y su hermano mayor Salonio no habían dejado de ser objeto de la preocupación educadora de su padre cuando éste se hizo monje en Lerins, donde también estuvo Verano, no se sabe si en calidad de

simple alumno o de verdadero monje. Su rastro se pierde en 442 y se supone que el obispo Verano de Vence que aparece en la historia en 451 es él mismo. El obispo de Vence se opuso firmemente a los monofisitas, apoyó decididamente la *Epístola dogmática* de San León Magno y manifestó tener muy claro el papel de la sede romana en el concierto de la Iglesia universal. Pero todo indica que estaba contagiado de un cierto semipelagianismo, como en general todo el movimiento religioso de Lerins. Intervino en la polémica acerca de las diócesis de Niza y Cimiez. No se sabe exactamente la fecha de su muerte, que fue a mediados del siglo V.

BEATO BARTOLOMÉ DE GROTTAFERRATA

Abad († 1065)

Bartolomé era un calabrés, natural de Rosano, donde nace el año 981. Sus padres lo consagran a la Madre de Dios y a los siete años es entregado al monasterio de San Juan Calibita para que lo formaran los monjes griegos del mismo. Pero a los 12 años decide marcharse al monasterio de Vallelucio, atraído por la fama de San Nilo, al cual siguió al monasterio de Serperi, junto a Gaeta, y recibió de él la formación religiosa en los años siguientes. El año 998 acompaña a San Nilo a Roma para interceder ante el papa alemán Gregorio V por el antipapa Juan Filagato, griego calabrés que había sido maestro de Otón III y al que Crescencio II había opuesto al propio Gregorio V con el nombre de Juan XVI. Al regresar Otón a Roma mandó decapitar a Crescencio y destinó a prisión perpetua a Filagato, a quien los soldados habían mutilado cortándole la nariz y la lengua y sacándole los ojos. En 1004 ambos santos marcharon a Roma para la fundación del monasterio de Grottaferrata en el que se observaría la regla de San Basilio. Muere Nilo aquel mismo año el 26 de septiembre y es elegido hegúmeno en su lugar Bartolomé, que fue así el segundo y más verdadero fundador del monasterio. Las obras estuvieron concluidas en 1024, y ese año el 17 de diciembre el papa Juan XIX en persona consagró la iglesia del mismo a la Virgen María. Durante cincuenta años él sería el alma del monasterio, al que impulsó en todos los aspectos

con su enorme personalidad religiosa, llena de todas las virtudes. Fue un gran compositor de himnos. Escribió la *Vida de San Nilo,* y en su actividad fue padre de los pobres, amparo de los desvalidos, defensor de los oprimidos, consejero de príncipes y siempre querido por los sucesivos ocupantes de la Sede Romana. Benedicto IX, papa de tan mala fama, se consideraba hijo espiritual del santo, y fue él quien lo indujo a abdicar y a retirarse a la vida monástica. Tomaba parte en los sínodos romanos y fue amigo de los futuros papas Graciano (Gregorio VI) e Hildebrando (Gregorio VII). Murió el 11 de noviembre de 1065.

BEATA ALICIA KOTOWSKA

Virgen y mártir († 1939)

Se llamaba originalmente María Jadwiga Kotowska. Su nacimiento tuvo lugar en la ciudad de Varsovia el 20 de noviembre de 1899 en una cristiana familia de siete hijos. Se decidió primero por los estudios de medicina pero mientras los hacía maduró su vocación religiosa e ingresó en la Congregación de Hermanas de la Resurrección, en la que hizo el noviciado y profesó el año 1924 tomando el nombre de Hermana Alicia. Por indicación de la superioridad estudió primero la carrera de ciencias y luego fue enviada como profesora al Instituto de Wejherovo (1934), del que llega a ser directora al tiempo que superiora de la comunidad. Tras la ocupación alemana al comienzo de la II Guerra Mundial, es arrestada el 24 de octubre de 1939. Junto con otros presos fue llevada al bosque de Laski Planiska y allí fue fusilada el 11 de noviembre de 1939. Ha sido beatificada con otros mártires polacos el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

12 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria del martirio de San Josafat (Juan) Kuncewicz († 1623), obispo de Poloc de los Rutenos y mártir **.
2. En Ancira (Galacia), San Nilo († 430), abad.
3. En la isla de Mull (Escocia), San Macario, Machar o Mochumma († s. VI), obispo fundador de esta sede.
4. En Vienne (Borgoña), San Hesiquio († 490), obispo *.
5. En La Cogolla (La Rioja), San Millán o Emiliano († 574), presbítero y ermitaño **.
6. En Colonia (Alemania), San Cuniberto († 663), obispo *.
7. En Deventer (Frisia), San Lebuino († 773), presbítero y monje.
8. En Casimierz (Polonia), santos Benito, Juan, Mateo e Isaac, monjes, y su criado Cristián († 1003), mártires *.
9. En Pisa (Toscana), Beato Juan Cini de la Paz († 1335), terciario franciscano *.
10. En Alcalá de Henares (Madrid), San Diego († 1463), religioso franciscano **.
11. En Tulimán (México), San Margarito Flores († 1927), presbítero y mártir *.
12. En Alcudia de Carlet (Valencia), Beato José Medes Ferri († 1936), mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JOSAFAT (JUAN) KUNCEWICZ
Obispo y mártir († 1623)

El cisma de Oriente de julio de 1054, por el que se desgajó de la catolicidad uno de los florones más hermosos de la Iglesia cristiana, es una llaga constantemente abierta en el Cuerpo místico.

Josafat de Polotsk, mártir de la restauración de la unión, que luchó y murió en su afán de conseguir la reconciliación de los rutenos separados de Roma, supo ser, al par que patriota, católico oriental de espíritu romano, sellando palmariamente con su sangre la catolicidad vertical de la Iglesia dentro de la unidad.

Juan Kuncewicz nació en Vlodimir (Volinia) el año 1580. Su padre, Gabriel, era cónsul de la ciudad, y su madre, Marina, hija

de un ilustre ciudadano de Vlodimir. Recibió el santo bautismo en el día de la mártir Santa Parasceves. Como en el decurso del siglo XV Rusia y las regiones a ella sometidas fueron gradualmente adhiriéndose al cisma bizantino, nada tiene de extraño que la familia de Juan, aunque muy piadosa y cristiana, perteneciese jurídicamente a la ortodoxia separada de Roma. De Vlodimir pasó Juan a Vilna, donde debía aprender la profesión comercial.

La unión de los rutenos con Roma fue firmada a fines del siglo XVI (1595-1596), cuando Juan contaba unos quince años de edad. Aficionado a la lectura, se interesó preferentemente por los libros religiosos; vino así en conocimiento de la verdad católica, y valientemente se adhirió a ella, aunque en Vilna eran aún pocos los unidos a Roma. Su alma juvenil vislumbró la necesidad de que su pueblo abrazase la unión con Roma, heredera de la fe y la autoridad de Pedro, sobre la que Cristo asentó su Iglesia. En esta época frecuentaba ya la iglesia de la Santísima Trinidad de Vilna, donde asistía píamente a los divinos oficios.

Juan recordará siempre la veneración que entonces concibiera por los padres basilianos de la Santísima Trinidad y por aquellos padres jesuitas que en Polonia y Rusia blanca sostenían la fe del pueblo contra los disidentes y defendían acérrimamente el papado.

En esta atmósfera unionista, Juan, por inspiración del cielo, renunció al porvenir que la carrera comercial pudiera crearle, y, retirándose del mundo, vistió el hábito monacal en el pobre monasterio basiliano de Vilna. Siguiendo la tradición monacal del Oriente cristiano, Juan cambió su nombre de bautismo por el de Josafat, que comenzaba con la misma letra, y conservó en el ingreso a la Orden basiliana su rito eslavo. Tenía por entonces unos veinte años. Terminado el período del noviciado, hizo su profesión en manos del arzobispo metropolitano Pociej.

Un compañero de Josafat, más tarde su superior en el mismo convento, José Velamín Rutsky, escribiendo sobre la vida y la muerte del santo, elogia las magníficas cualidades de inteligencia, memoria y voluntad de Josafat lo mismo para las ciencias que para la virtud. Su progreso en ciencias y virtud iba armónicamente sincronizado, creando en él cada día más arrai-

gado el ideal apostólico de consagrarse por completo a trabajar por la unión con los disidentes. Sus ayunos, cilicios, disciplinas y mortificaciones, sustentados por la vida de oración, eran ya notables durante el tiempo de sus estudios; y de éstos fue libando con preferencia lo que pudiera servirle para confutar los errores de herejes y cismáticos; en esto adquirió tanta pericia, que ni los teólogos más doctos podían compararse con él.

Ordenado diácono y sacerdote, comenzó a desplegar su celo apostólico. Tal fue la eficacia de la labor inicial en el terreno de la unión, que los católicos le llamaban «azote de herejes y cismáticos», y éstos «raptor de almas». Su actividad era incesante. Se levantaba sobre las dos de la madrugada, comenzaba el día con una disciplina sangrienta, despertaba luego a sus hermanos para el oficio divino y después trabajaba todo el día sin descanso hasta la noche. El celo devoraba su corazón y aprovechaba toda ocasión para hacer bien al prójimo, lo mismo dentro del monasterio que en la calle y en los viajes.

Estos triunfos suscitaron, como era de suponer, el odio de los disidentes fanáticos, que comenzaron a urdir conjura tras conjura, capitaneados por el clero disidente de Vilna. En cierta ocasión, rabiosos de que no cayera en sus redes, le abofetearon, cosa que Josafat sufrió tan humilde y calladamente, que sólo tres años después se tuvo noticia de ello. En medio de la tormenta practicaba el santo la caridad más exquisita con sus mismos enemigos, consciente de que ella es el arma más eficaz en el apostolado de la unión.

Dios lo confortaba en sus penitencias y trabajos con consuelos y favores espirituales. Los buenos le profesaban inmenso amor, y sus superiores, con gran confianza en él, lo destinaron sucesivamente a diversas poblaciones, como Zyrowiecz, Byten y Pinsk, donde en íntima colaboración con sus monjes reanimó las casas de la Orden y dejó sólidamente establecidos los conventos de los padres y los monasterios de las religiosas basilianas.

Cuando en 1614 fue nombrado metropolita de Kiev el archimandrita de la Santísima Trinidad de Vilna, Velamín Rutsky, Josafat pasó a ocupar el puesto vacante. El nuevo archimandrita encarnaba en sí, a imitación de su padre San Basilio, toda la tra-

dición monástica de la ascesis oriental. Pletórico de vida espiritual y dinámico en sus actividades, dicen sus biógrafos que no se limitaba al buen gobierno del monasterio, sino que desempeñaba a la vez, ante la escasez de vocaciones religiosas, el cargo de predicador, confesor, salmista en los divinos oficios, ecónomo y visitador de religiosas.

Josafat conservó inviolable la flor de su castidad, arremetiendo enérgicamente en cierta ocasión contra una joven lasciva que se acercó a tentarle al monasterio. Desde su más tierna edad ofrendó su pureza a la Santísima Virgen.

Celoso de su Orden y de su regla basiliana, fomentaba entre los jóvenes el ideal de la vida monacal. Logró conquistar vocaciones, levantando así moral y espiritualmente el humilde monasterio vilnense. A los monjes jóvenes les inculcaba el ideal unionista, preparando así una falange de monjes santos y batalladores con la mira puesta en conquistar para la Iglesia católica las regiones cismáticas de Rusia.

En el oír confesiones era incansable. Había días en que confesaba, sin levantarse, seis horas seguidas, y su predilección la constituían las confesiones de los hombres. Era dadivoso con los indigentes, dando cuanto le permitían sus módicas disponibilidades monacales. Afabilísimo con los de dentro y con los de fuera del monasterio, era, sin embargo, intransigente con el error y con el cisma.

Durante un viaje a Kiev acompañando a su metropolita Rutsky, supo que había allí un monasterio cismático muy mal dispuesto hacia Roma. Josafat no duda en presentarse en él; fue hostilmente recibido por superiores y súbditos: pero Josafat, suplicando le escuchasen, habló con tanto fervor y ciencia a los monjes rebeldes sobre la unión con Roma, que el adversario, deponiendo su terquedad antirromana, se trocó en amigo. Lo que más admiró a los monjes disidentes era la maestría con que manejaba la patrística, la liturgia oriental, los libros paleoeslavos y los anales rutenos.

Dios bendecía copiosamente sus campañas unionistas, y pudo así incorporar a la Iglesia católica multitud de cismáticos de toda condición, contando entre ellos monjes, sacerdotes, nobles y plebeyos.

Cargado de méritos ante Dios y ante la Iglesia, la santidad de Pablo V le obligó, contra su voluntad, a través de su metropolita Rutsky, a aceptar el nombramiento de coadjutor con derecho de sucesión del arzobispo de Polotsk, Gedeón Brolnycky; murió éste un año más tarde y Josafat quedó constituido en arzobispo de Polotsk. El arzobispado de Polotsk forma parte de Rusia Blanca, en los confines de Moscú; arzobispado y no metrópoli, ya que no contaba diócesis sufragáneas, pero ostentaba ese rango por ser el primero después del metropolitano de Kiev. Polotsk era una vasta archidiócesis, que contaba con importantes ciudades, entre las que sobresalían la capital Polotsk, Vitebsk y Mstislavia.

Josafat encontró la archidiócesis infestada por el cisma. Su ánimo apostólico se crece ante la necesidad; insiste en prolongada oración, en pureza de vida, en abstinencias y mortificaciones; a pesar de ser la primera autoridad religiosa, sobresale en la pobreza monacal, y se cuenta que en cierta ocasión, no teniendo cómo socorrer a una viuda necesitada, llegó hasta hipotecar su manto episcopal. El efecto de esta vida austera fue admirable; al poco tiempo habían casi desaparecido los cismáticos de la ciudad de Polotsk.

Ocupado en su oficio pastoral, rehúye el inmiscuirse en política, a pesar de haber sido incitado varias veces a ello. Reformó el clero, restauró la iglesia catedral, edificó iglesias, erigió monasterios, defendió el patrimonio de la Iglesia. Publicó abundantes escritos acomodados al genio popular para ilustrar sobre todo el primado de Pedro y de los romanos pontífices, el bautismo de San Vladimiro de Kiev y temas similares, negados o discutidos por los disidentes separados de Roma.

Durante todo el tiempo que fue arzobispo de Polotsk, arreciaron contra él las calumnias de los cismáticos, con amenazas de muerte. No podían tolerar el exterminio del cisma y el rejuvenecimiento de la Iglesia católica en Rusia Blanca. Pero de todo salía siempre airoso con la ayuda de Dios. En su odio contra él, llegaron los disidentes hasta nombrar un obispo cismático en Polotsk frente al prelado católico. Teófanes, patriarca disidente de Jerusalén, de vuelta de Moscú, se detuvo en Kiev y consagró clandestinamente obispos cismáticos para ocupar las

sillas rutenas unidas ya a Roma; a Polotsk le tocó un tal Melecio Smotricio, expresamente encargado de liquidar la obra unionista de Josafat. Éste no se arredra, antes, por el contrario, presenta batalla al intruso arzobispo con las armas de su humildad, de su caridad sin límites y de renovado celo. Recorre las ciudades, alienta a los pusilánimes, deshace con su elocuencia los argumentos de Melecio, frena los ímpetus de sus adversarios y limita el mal a la ciudad de Polotsk. En el fragor de esta lucha a vida o muerte por la Iglesia católica, el santo arzobispo intensifica sus visitas pastorales, y marcha primeramente a la ciudad de Vitebsk.

Aquí se dan cita grupos de eclesiásticos vendidos al cisma de Melecio, que tienen por misión amotinar a la plebe contra Josafat. Presintiendo su martirio, predica así valientemente a sus enemigos:

> «Me buscáis para matarme; en los ríos, en los puentes, en los caminos, en las ciudades, me ponéis asechanzas. He venido espontáneamente a vosotros para que sepáis que soy vuestro pastor, y ojalá el Señor me conceda el poder entregar mi alma por la santa unión, por la Sede de Pedro y sus sucesores los pontífices de Roma».

Un tal Elías, sacerdote cismático, fue elegido para tramar y poner en ejecución la conjura contra el arzobispo católico. El plan consistiría primeramente en vejar a los servidores de Josafat, en la creencia de que éstos se vengarían en la persona de Elías y darían aparente motivo para asaltar el palacio episcopal. Hicieron vela, en espera de poder perpetrar su crimen, toda la noche del sábado al domingo 12 de noviembre, en que Josafat debía celebrar de pontifical. Por la mañana temprano, cuando ya el prelado marchaba a la iglesia para el oficio de maitines, Elías se acerca a la casa del arzobispo y comienza a gritar escandalosamente contra él y la servidumbre; éstos callaron momentáneamente, pero, no pudiendo tolerar más las injurias contra el santo prelado, terminaron por capturar a Elías y encerrarlo en la cocina de la casa. Era el momento buscado por los cismáticos. Echan a vuelo las campanas, como señal de sedición y tumulto popular; los forajidos irrumpen en la residencia de Josafat, hieren y asesinan a parte de la servidumbre. Sabedor el arzobispo, que oraba en la iglesia, de la captura del sacerdote di-

sidente Elías, ordena su inmediata liberación, pasa sin que lo toquen por medio de sus enemigos y dentro ya de la casa abre libremente sus habitaciones e increpa sereno a los sicarios: «Hijitos, ¿por qué matáis a la servidumbre inocente? Si queréis mi vida, aquí me tenéis». Impresionados por la entereza del santo pastor, permanecieron inmóviles; pero dos de ellos, abriéndose camino por entre la turba, a los gritos de «¡Muera el papista, muera el latino!», se abalanzan sobre él, lo hieren primeramente con un látigo debajo del ojo hasta dejarlo sin sentido, y luego lo derriban en tierra de un hachazo; ya en el suelo, de tal forma lo destrozaron con palos y puñales, que apenas se podía reconocer su figura humana, y para ensañarse aún más en el santo arzobispo, descuartizaron al perro de la casa y mezclaron sus pedazos con la carne maltrecha del cuerpo episcopal. Agonizante ya, levanta su mano el mártir Josafat para bendecir a los parricidas, pronunciando la jaculatoria: «¡Oh Dios mío!», con la que selló, inmerso en sangre, su vida terrenal.

No terminó aquí la saña de los verdugos. Sacando el sagrado cuerpo a la calle, le asestaron aún dos tiros de bombarda en la cabeza y lo dejaron expuesto al ludibrio de la plebe. Los hombres, ebrios de vino y de furor; las mujerzuelas y niños impíos, tras despojar el cadáver de sus vestiduras episcopales, lo escupieron, lo pisotearon, le arrancaron los cabellos, le mesaron la barba y organizaron en su derredor danzas macabras. Se dice que una nube negra, subiendo del pequeño río Vidbla, cubrió el cuerpo del santo mártir, y que en medio de ella, por donde estaba el cadáver, surgió un rayo luminoso; fue ésta la primera señal maravillosa en torno al cuerpo de San Josafat. Mientras unos se arrepentían y estremecidos confesaban su pecado, otros arrastraron los despojos del santo arzobispo por las calles y plazas de la ciudad hasta el punto más alto de ella; desde allí, después de insultos y de befas, lo bajaron al río Duina, que es una de las mayores arterias fluviales de Rusia Blanca, y, atándole piedras a los pies y a la cabeza, lo arrojaron a la corriente.

Dios veló por su sepultura. Los magistrados y las personas buenas de la ciudad buscaron afanosos el santo cuerpo durante cinco días enteros. En lo humano el hallazgo era imposible, pues se ignoraba dónde lo habían arrojado los verdugos. Pero al

sexto día una luz y en forma de rayo descubrió el sitio; los cismáticos quedaron confusos; los católicos exultaron de alegría, y, sacando las reliquias del santo mártir, las colocaron en la iglesia de la fortaleza de la ciudad. Ocho días más tarde, el clero catedralicio de la archidiócesis de Polotsk y la nobleza, acompañados de ingente multitud de hombres, entre los que iban algunos de los mismos sicarios, condujeron el sagrado cadáver a la capital de la archidiócesis. Cortejo fúnebre y procesión de triunfo, ya que lo que el santo arzobispo no consiguió en vida, lo recababa ahora con la efusión de su sangre por sus hermanos. Los primeros en reconocer su error fueron los ministros calvinistas, que acompañaron el cadáver desde la iglesia hasta el navío fúnebre; los judíos manifestaron juntamente su condolencia y condenaban el crimen de los cristianos; los cismáticos empezaron a sentir honda compunción. Los contemporáneos se hacen eco de innumerables sucesos sobrenaturales ocurridos con ocasión del martirio; milagros físicos y de orden moral.

Entre los milagros morales está la conversión de sus verdugos; algunos escribieron más tarde a la Congregación de Propaganda confesando su participación en el martirio de su pastor y declarándose dispuestos a dar su sangre y su vida por la confesión de la fe romana. El mismo Melecio, arzobispo rival de Josafat en Polotsk, tras buscar refugio en las sedes patriarcales disidentes de Jerusalén y Constantinopla, viajó a Roma, donde a los pies del romano pontífice hizo profesión de fe católica el día 23 de febrero de 1627, convirtiéndose desde entonces, como otro Saulo, de enemigo, en fervoroso propulsor de la unión y ganando para la causa católica a muchos cismáticos.

Subieron en número los milagros físicos que obraba el santo mártir Josafat a raíz de su muerte. En las actas del proceso de beatificación y canonización y en las deposiciones de los testigos se halla una sucinta enumeración de muchos de ellos. El procónsul de la ciudad de Polotsk, que de resultas de una enfermedad había perdido la vista, se aplicó a los ojos las reliquias del mártir y paulatinamente fue curando hasta ver completamente como antes; de la misma forma sanó de la ceguera una señora de la ciudad. Una mujer que yacía catorce años paralítica en un hospital regentado por los jesuitas en Polotsk, encomen-

dándose a San Josafat recobró el movimiento de las piernas, y una monja del convento de San Basilio imposibilitada hacía años comenzó a caminar por intervención del mártir. El superior del monasterio basiliano, paralítico durante tres años, hizo voto de hacer una visita a la sepultura de San Josafat si el santo le devolvía la salud; así fue, y el religioso pudo celebrar una misa de acción de gracias en el altar de las reliquias del santo. Por esos días el fuego comenzó a devorar el colegio de la Compañía de Jesús de Polotsk, amenazando arrasar no solamente el colegio, sino toda la ciudad; congregado el pueblo en la iglesia, y entre clamores al santo y promesa de exvotos de plata, cesó repentinamente el fuego, como si una mano misteriosa lo hubiera sofocado. Uno de los testigos del proceso cuenta cómo el santo mártir sanó a muchos de hemorragias, de calenturas, de heridas mortales, de diversas enfermedades y hasta salvó de la muerte a varios desahuciados y agonizantes. En el mismo año 1627 los suecos amenazaron, después de apoderarse de las provincias de Livonia y Curlandia, asediar y exterminar la ciudad de Polotsk; pero los habitantes de ésta corrieron a la sepultura del siervo de Dios Josafat a implorar la derrota de los suecos; intimidados éstos sobrenaturalmente, abandonaron el asedio y se retiraron.

Los funerales por la muerte del arzobispo mártir no se celebraron hasta un año después. Durante todo ese tiempo, su sepulcro fue cátedra de unión con Roma. El santo seguía predicando muerto la austeridad de vida, el fervor de la religión y, sobre todo, la reconciliación de los disidentes con la Iglesia católica. Terminados los funerales, las sagradas reliquias de San Josafat continuaban obrando innumerables milagros físicos y morales. Ello movió a las autoridades eclesiásticas a introducir en Roma el proceso de sus virtudes heroicas, de su beatificación y canonización. Urbano VIII lo beatificó, Pío IX lo elevó al honor de los santos. El 27 de junio de 1867 León XIII extendió su culto a la Iglesia universal. Pío XI, con motivo del tercer centenario de su muerte, publicó en 1923 una encíclica ponderando la heroicidad de sus virtudes y la trascendencia de su intercesión, a la vez que lo brindaba como ejemplo a las Iglesias orientales y como modelo a cuantos se esfuerzan por conseguir la unión a Roma de las iglesias separadas.

Cerrado el proceso canónico, el santo mártir Josafat no cesa de obrar innumerables milagros, que los biógrafos recogen en su vida.

En las circunstancias actuales, cuando el furor comunista arrecia en la persecución contra la Iglesia católica y contra Roma en las regiones de Rusia y Rusia Blanca, los rutenos y los ucranianos, dentro y fuera del país, son el puntal más firme de la Iglesia católica oriental unida a Roma y la mejor esperanza del retorno a la santa unión.

SANTIAGO MORILLO, SI

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, t.11, p.277-279.
HOFFMANN, G., SI, «Der hl. Josaphat Erzbischof von Polozk und Blutzeuge»: *Orientalia Christiana* 1 (1923) n.6, p.24s.
PÍO XI, «*Ecclesiam Dei.* Encíclica en el tercer centenario del nacimiento de S. Josafat, mártir arzobispo del Rito Oriental de Polonia (12-11-1923)»: *AAS* 15 (1923) 573-582.
SUSZA, J., *Cursus vitae B. Iosaphat Kuncevicii* (París 1865).
WELYKYJ, A. G., *S. Josaphat hieromartyr. Documenta romana beatificationis et canonizationis,* 2 vols. (Roma 1952-1955).
• Actualización:
LODI, E., *Los santos del calendario romano* (Madrid 1999).

SAN MILLÁN DE LA COGOLLA

Presbítero († 574)

Para contar sencillamente la vida de San Millán disponemos de un testimonio fidedigno, sin que esto quiera decir que no deba sometérsele por ello al análisis de la crítica histórica. San Braulio, obispo de Zaragoza, nos legó un opúsculo latino en el que relata la vida de San Millán. No sólo el prestigio del propio narrador ha de imponérsenos en este caso. Escribe a poca distancia de los hechos, «porque los venerables sacerdotes de las iglesias de Cristo, Citonato, Sofronio y Geroncio, presbíteros de santa y purísima vida, a quienes no da la Iglesia poco crédito, nos contaron fielmente lo que vieron». A estos tres hay que agregar el testimonio «de la muy religiosa Potamia, de santa memoria». En la declaración de cuatro testigos respetables funda San Braulio la biografía de San Millán. De su narración difiere

muy poco, siglos adelante, Gonzalo de Berceo, que en realidad traduce libremente al obispo de Zaragoza, dando una versión de nombres de lugares terminante y clara, por simple incorporación de lo que se admitía sin vacilar en su momento.

Como en esta localización residen algunos de los problemas históricos que se han discutido en torno de la vida de San Millán, optamos por narrar ésta primero, siguiendo a San Braulio y respetando la nomenclatura que él emplea. Y una vez recogido este fundamental testimonio, del que arranca todo lo que se ha escrito sobre San Millán, trataremos de esclarecer aquellos puntos históricos aludidos. Parece esto más hacedero y fácil de seguir por el lector que plantear a cada cita del nombre de un pueblo, de un castillo o de una montaña en el texto de San Braulio el problema de interpretación correspondiente.

Estamos en el siglo VI de la era cristiana y, con toda seguridad, en el primitivo territorio de la diócesis de Tarazona. España está dominada por los visigodos, es católica, y al final de la centuria lo será solemnemente en la persona de Recaredo. El rincón de la Rioja por donde el Ebro penetra desde Cantabria es el escenario de la vida de San Millán. Las discusiones, que veremos después, acerca del lugar del nacimiento del santo no afectan al seguro hecho histórico de su larguísima permanencia en la Rioja.

Había «en aquel tiempo», pues no puede fijarse más que la época y no el año del nacimiento de San Millán, un pastor de ovejas como de veinte años, mancebo ejemplar y temeroso de Dios, que, entretenido en la guarda de su ganado en el mismo corazón de los montes, se acompañaba, como era costumbre pastoril, con una cítara, tratando de evitar así el mortal decaimiento del ánimo, fruto de una prolongada y honda soledad. Un día, a este pastor, llamado Millán (esto es, Emiliano; *Aemiliani,* dice el texto latino de San Braulio), «le vino un sueño del cielo», y se le despertó el alma con tanto ímpetu y con tan viva luz que determinó consagrarse, de todo en todo, a la vida sobrenatural, y partió en busca de las soledades del yermo, donde hacer vida de contemplación y santificación.

El lugar donde nació Millán, el pastor, se llamaba Vergegio, y cercanos a él se hallaban los montes y prados donde apacenta-

ba el ganado. Al adoptar la determinación de consagrarse a la vida religiosa, Millán comprendió que no podía hacerlo sin someterse a la debida instrucción y guía, y para ello se dirigió a Bilibio, donde, en un famoso castillo que guardaba una garganta del Ebro con tal fortaleza y eficacia que jamás los sarracenos se atrevieron con él, habitaba un monje llamado Felices, que gozaba fama de varón santísimo. A él se dirigió Millán, imploró y obtuvo su magisterio, y sujetándose a la severa disciplina que Felices le impuso, se abrió las puertas de la vida que deseaba emprender.

Fortalecido con esta enseñanza, provisto a la vez de reglas y de doctrina, Millán escogió un lugar próximo a Vergegio para vivir en soledad y oración, pero no le fue posible permanecer en él largo tiempo, porque entre sus convecinos y otros comarcanos corrió la fama de su santidad y confluían en masa a pedirle consejo y remedio. Deseoso entonces de asegurar la soledad que buscaba para su perfección, adentróse por la montaña, caminando hacia lo más elevado, intrincado y boscoso de ella, hasta llegar a lo más escondido del Distercio, que tal era el monte en el cual se encontraba. Allí, privado de toda compañía humana, expuesto a la dura inclemencia de nieves y huracanes, permaneció por espacio de cuarenta años, sostenido su cuerpo por las hierbas y frutos silvestres y el agua de los arroyos, y más que nada, por el temple del alma, entregada a Dios.

De este larguísimo plazo de vida en el yermo, que dan como cierto los testimonios recogidos por San Braulio, tal vez no deba dudarse si se piensa que cupo ampliamente en la existencia de San Millán, el cual permaneció en este mundo por espacio de ciento un años. En cuanto a que lograse subsistir en las condiciones que implica un clima despiadado, hemos de pensar en el favor de Dios y en que, si sometido a tales condiciones logra alguien vivir cuatro años, puede, sin duda alguna, vivir los cuarenta. De las luchas y sacrificios de esta época, de las tentaciones que sufrió, de las asechanzas a las que el demonio le sometiese, dice con gran acierto San Braulio que «sólo pueden conocerlo bien aquellos que, consagrándose a la virtud, lo experimentan en sí mismos».

El selvático aislamiento en el que Millán permanecía no fue obstáculo para que hasta él llegase algún peregrino y para que

por el contorno se difundiese la fama de una santidad en la que creían todos. Esta fama, corriendo de boca en boca, fue a parar hasta los oídos de Dídimo, por aquel entonces obispo de Tarazona. Teniendo jurisdicción sobre el áspero eremita por hallarse el lugar que había elegido para la oración en territorio de su diócesis, el obispo le envió mensaje para que se presentara a recibir las sagradas órdenes, pues deseaba que como sacerdote, y no como monje del yermo, diese pruebas de su activa virtud.

No se creía Millán apto para el desempeño de las tareas sacerdotales, al punto que dicen que al recibir el primer mensaje del obispo abrigó la idea de huirse más allá de los límites de la diócesis de Tarazona. Pero al fin pensó que debía obedecer y, una vez ordenado, se le confirió la parroquia de Vergegio, su pueblo natal. Allí prosiguió su ejemplar vida de privaciones y sacrificios, entregándose a dilatados ayunos y severas mortificaciones. Se afirma que siendo escasísimas sus letras, como era natural, pues no tuvo otra instrucción que la que le comunicara el monje Felices, los años de vida eremítica le habían proporcionado una sabiduría profunda, fruto de las meditaciones en la montaña, a solas con Dios.

Con todo, la etapa de San Millán como párroco de Vergegio había de terminar mal. Se propuso el santo desterrar todo hábito de codicia en la casa del Señor y proclamó que la mejor administración posible de los bienes eclesiásticos era repartirlos entre los pobres. Así se lo propuso y así lo realizó en Vergegio, con gran escándalo de los otros clérigos, que, hechos al disfrute de diezmos y primicias, acabaron por querellarse ante el obispo Dídimo, acusando a San Millán de malversación por el grave perjuicio que infería a los bienes de la Iglesia. Afirma San Braulio que el prelado se sentía envidioso del gran predicamento alcanzado por las excelsas virtudes que todos reconocían en San Millán, y dio oídos a la denuncia, ardió en cólera, increpó al santo y le privó del curato que él mismo se había obstinado en concederle. San Millán sufrió los reproches con tranquila y humilde paciencia y se retiró al lugar que se conoce como su oratorio para continuar su vida de oración y penitencia.

A continuación veremos lo que la investigación histórica ha podido agregar al sencillo relato de San Braulio. Después de

aludir a su retiro al oratorio, siendo ya hombre de más de ochenta años y hallándose enfermo de hidropesía, se nos da a entender que vivió asistido por algún presbítero; que dispuso de un caballejo, que en una ocasión le robaron, y que se rodeó de santas mujeres, vírgenes del Señor, que le cuidaban en los últimos tiempos de su extrema ancianidad. Parece que al cumplir los cien años tuvo aviso de su próxima muerte y que al llegar la hora llamó junto a sí al presbítero Aselo, que con él vivía, y, confesándose con él, entregó el alma a Dios.

Se atribuyen a San Millán gran número de milagros, que San Braulio refiere por lo menudo y Berceo reproduce, apoyándose en la tradición oral que transmitió hasta los nombres de las personas favorecidas. En realidad parece que la virtud milagrosa del santo ejercióse principalmente en las curaciones de ciegos, tullidos y paralíticos, que a él acudían de todas partes, y en la expulsión de los demonios. A título de curiosidad, y por ser, indudablemente, el más legendario de todos los milagros de San Millán, la mayoría de los cuales entran en el orden de los que Dios ha obrado muchas veces por el intermedio de los santos, referiremos que en cierta ocasión el demonio le salió al camino y le retó a medir sus fuerzas con él, para lo cual tomaría el espíritu del mal forma y cuerpo tangibles. Hízolo así, pero salió malparado de la lucha, porque San Millán imploró el socorro de los ángeles, que le ayudaron a vencer. La leyenda medieval concreta en esta forma su admiración por el poderío que el santo tuvo sobre el demonio.

La devoción a San Millán fue, evidentemente, muy viva en la alta Edad Media. Venerado entrañablemente en la manera que descubre el propio estilo del texto de San Braulio, fue, a partir del siglo XVI, después de la unidad española y de la existencia de una gramática castellana, objeto de ardientes controversias, nacidas de la interpretación de los viejos códices latinos y atizadas por el afán comarcal de apropiarse la pertenencia de un varón tan ilustre. Así se consiguió enturbiar el limpio arroyo de la tradición que Berceo había recogido y popularizado. Y eso que la autoridad de Gonzalo de Berceo en este caso debe valorarse en mucho por hallarse el poeta en el mismo punto de conjunción del latín vulgar con el castellano recién nacido y ofrecer por eso

la mayor garantía de autenticidad en su nomenclatura, que él, por otra parte, no supone que pueda ponerse en tela de juicio.

Una breve síntesis de las polémicas servirá para aclararle al lector esa geografía de San Braulio, que ha de resultarle forzosamente obscura, con su Vergegio, con su Bilibio, con su monte Distercio... Recordemos que el santo vive en el siglo VI y aun por una referencia de San Braulio puede colegirse que su muerte acaeció a no excesiva distancia del final del reinado de Leovigildo, lo cual, dada la longevidad del santo, situaría su nacimiento en el último cuarto del siglo V. Las precisiones documentales que se poseen hoy sobre aquella época no son para darle alientos a ningún investigador.

En primer lugar ¿a qué pueblo de hoy corresponde el Vergegio en que el santo nació? Lo único que sabemos seguro es que pertenecía a la diócesis de Tarazona. Para Gonzalo de Berceo no hay duda posible:

> Cerca es de Cogolla de parte de Orient
> dos leguas sobre Nagera al pie de Sant Lorent
> el barrio de Berceo, Madriz la iaz present.
> I nació Sant Millán, esto sin falliment.

Allí, en Berceo, nació San Millán, y sin duda alguna, lo que se corrobora más adelante en el poema, poniéndolo en boca del mismo santo:

> En Berceo fui nado, cerca es de Madriz,
> Millán me puso nomne la mi buena nodriz.

Madriz, ya se ha entendido, es un lugar inmediato a Berceo. Pero quieren algunos aragoneses recabar para su tierra el nacimiento de San Millán, para lo cual reciben muy buena ayuda en el tomo 50 de la *España Sagrada,* donde el historiador don Vicente de la Fuente arguye que Vergegio es Verdejo, lugar de Aragón ya mencionado en el *Fuero de Calatayud.* Los argumentos de tipo lingüístico que parecían deponer en este caso a favor de Verdejo deponen, en realidad, a favor de Berceo, cuya afinidad con Vergegio es mucho más efectiva que la de Verdejo, tanto más cuanto que, remontándonos al mencionado *Fuero de Calatayud,* donde consta el nombre de Verdejo, lo vemos aparecer como Berdello, forma ya inadmisible como intermedia entre

Vergegio y Verdejo. No olvidemos, por otra parte, que el padre Manuel Risco, en el tomo 33 de la *España Sagrada,* al tratar de los santos del obispado de Calahorra, deja de lado a San Millán, pues aunque nacido en Vereco, de la diócesis calagurritana «desde que los reyes de Navarra echaron los moros de toda esta provincia», perteneció en los siglos anteriores a la diócesis de Tarazona, como hallándose en territorio de la Celtiberia, «la cual se extendía por los montes Idubedas, que en aquella parte se dijeron Distercios».

No pudo el padre Risco, porque se lo impidió la muerte, ocuparse de San Millán, pero la nota a la que nos hemos referido es muy importante y no alcanzó don Vicente de la Fuente a refutarla. Puede darse por averiguado que Berceo perteneció a la diócesis de Tarazona antes de pasar a depender de Calahorra. Por otra parte, los primeros pasos de San Millán tienen una lógica mucho mayor si se considera que el santo parte de Berceo y no de Verdejo. Se dirige, como nos ha dicho San Braulio, al castillo de Bilibio. ¿Dónde está Bilibio? Atrevidamente se quiso en el siglo XVI suponer que Bilibio pudiera ser Bilbilio, con lo cual se le asimilaba a Bílbilis (Calatayud). Pero esta forzadísima interpretación ha sido desechada unánimemente y se conviene por todos en que Bilibio estaba en las proximidades de la actual ciudad de Haro, en la Rioja. *Bilibium,* según el padre Risco, es probable corrupción de *Bilabium,* dos labios o escarpaduras entre las cuales irrumpía el Ebro en tierra riojana, lugar estratégico para emplazar un fuerte castillo. Que el joven pastor, tocado por la gracia, se dirigiese de Berceo a Haro es mucho más lógico que lo hiciese desde Verdejo, y a esto sólo se replica que a veces los anacoretas marchaban a países muy lejanos. Pero San Millán no iba, como si dijéramos, a instalarse, sino a instruirse, atraído por la fama de un monje, que había llegado a sus oídos por morar en paraje no lejano del suyo más de unas cuatro leguas.

No tendríamos, pues, discusión sino en cuanto al lugar de nacimiento; pero no en cuanto al verdadero escenario de la vida de San Millán. Sin embargo, aún queda sobre esto algo que decir. Los partidarios de Verdejo pierden mucho cuando resulta forzoso convenir que el monte Distercio —y en esto todos

están conformes—, donde San Millán pasó los cuarenta años de su vida de anacoreta, no es otro que el monte, o sierra más bien, de la Cogolla, de donde le viene a San Millán su usual apellido. Como San Millán volvió a las cercanías de su pueblo, según indica San Braulio, después del tiempo que permaneció con el monje Felices, y al verse allí acosado de la gente se retiró a lo más elevado e intrincado del Distercio (la Cogolla), este proceso de traslación resulta fácil y lógico teniendo a Berceo como centro y no es igualmente explicable partiendo de Verdejo. Lo que verdaderamente otorga a Berceo sus mayores probabilidades, aparte de múltiples testimonios de la tradición, es el haberse identificado a Bilibio en las cercanías de Haro y al Distercio en la Cogolla. También partiendo de Verdejo resulta inexplicable el último retiro de San Millán, depuesto del curato, pues lo más seguro parece que el que San Braulio llama «oratorio» del santo estuviese en el emplazamiento del monasterio de Suso.

Se admite corrientemente que San Millán murió en el año 574. Pónese muy en duda, sin embargo, la fuente principal de donde pudiera deducirse aquella fecha, y sólo queda en pie la referencia de San Braulio en la relación de milagros, cuando dice que profetizó la destrucción de Cantabria, o sea la acción punitiva de Leovigildo en esta región, un año antes de que acaeciese, con lo cual, computando fechas, viene a darse en la de 574 como probable data de la muerte. Esta misma fecha, cifrada a lo gótico, consta en cierto epitafio descubierto en 1601, cuando el abad de San Millán ascendió al monasterio de Suso para reconocer la tumba del santo, y al no poder levantar el cantero la piedra que cubría el sepulcro, abrió uno de los costados y quedó de manifiesto una lápida que sería un tesoro si su autenticidad no se hubiera puesto tan en duda. Porque allí no sólo consta la referida fecha, sino que San Millán fue monje de la Orden de San Benito y era abad cuando descansó en el Señor.

Que se trate de una piadosa, aunque reprobable, superchería de los monjes, que de este modo recaban a San Millán entero para sí, o que, sin mediar superchería alguna, sea un epitafio en extremo posterior —como ha de serlo— a la fecha de la muerte y se haya recogido allí lo que tradicionalmente se afirmaba, es cuestión que no importa demasiado. La teoría de la falsificación

pura y simple tiene sus partidarios, que argumentan con el traslado de los restos, realizado por Sancho el Mayor de Navarra en 1030, el cual habría tenido que dejar el epitafio allí. Esto, según otros, pudo ser intencionado, ya que en el sepulcro quedaban cenizas, reliquias también, que le conferían al sepulcro venerable carácter. En todo caso, se discute asimismo la calidad apócrifa de la inscripción, que se considera de un gótico extremadamente dudoso.

Queda en pie de toda esta polémica la cuestión de si efectivamente San Millán fue abad de la Orden benedictina. Seguir la discusión entablada desde el siglo XVI sobre este punto resultaría harto prolijo. Aun el mismo hecho de las santas mujeres que atendían y cuidaban a San Millán en lo más desvalido de su ancianidad extrema, que algunos estiman de todo punto incompatible con el monacato, tiene su explicación plausible para quienes lo defienden. Hemos de tener presentes las condiciones excepcionales en las que se desenvolvía la vida religiosa y monástica en el siglo VI, aunque también debe tenerse en cuenta que la única fuente biográfica de autoridad que poseemos, que es el relato de San Braulio, no hace la menor alusión a que San Millán fuese abad, y aún es dudoso que le considere monje, si bien el no designarle así concretamente se ha de entender ocioso, pues monje fue no sólo en el sentido etimológico de la palabra, sino en el de la obediencia (a más de pobreza y castidad), que se probó cuando el obispo de Tarazona le reclamó para que recibiese las sagradas órdenes, lo que no hubiera podido obligar a un simple diocesano.

Basta con dejar apuntada esta cuestión. Sobre la trayectoria seguida por los restos del santo, una bella leyenda les señala el emplazamiento de la morada final. Ya hemos dicho que en 1030, Sancho el Mayor los trasladó desde el «oratorio», monasterio de Suso, al altar mayor, donde permanecieron hasta el 1053, en el que don García, hijo de don Sancho, los quiso trasladar al monasterio de Nájera. Pero colocado el ataúd en un carro de bueyes, no hubo medio humano de que el carro se moviese de determinado lugar, donde quedó como clavado a la tierra, dando indicio cierto de que una voluntad superior se oponía a que pasase de allí. Y allí fue donde el rey dispuso que

se levantara un nuevo monasterio con el nombre del santo, en el que sus restos descansaran en espléndida sepultura, en la que, para la urna sepulcral, se derrochó el marfil, el oro y la pedrería. Tres razones más que suficientes para que los restos del santo fueran inquietados en 1809, cuando la francesada desplegó por allí su espíritu rapaz.

NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ

Bibliografía

Analecta Bollandiana 51 (1933) 293-317; 53 (1935) 90-100.
FLÓREZ, E., *España Sagrada,* t.50, p.2-35; t.33, p.414-415.
GONZALO DE BERCEO, «Estoria de Señor Sant Millán, tornada de latín en romance», en *Biblioteca de Autores Españoles,* LVII, 65.

SAN DIEGO DE SAN NICOLÁS

Religioso († 1463)

Empezamos esta breve silueta hagiográfica reparando una, no por lo generalizada menos digna de ser reparada, injusticia en la denominación del santoral español al designar a San Diego con el toponímico de Alcalá de Henares, en lugar del nombre de la villa de San Nicolás del Puerto, en la provincia de Sevilla.

Insignificante por su demografía, es la villa de San Nicolás del Puerto uno de los lugares más típicos y pintorescos de la provincia andaluza. Se halla situado al norte de la misma, en pleno complejo montañoso, con gran riqueza hidráulica, que dan a sus alrededores extensas zonas cultivadas y amplias alamedas. Su altitud y arboledas hacen del lugar un oasis en la canícula sevillana.

San Nicolás, en su insignificancia demográfica y urbanística, tiene un lugar en la historia por el mejor de los títulos que dan entrada en ella, por haber sido cuna de uno de los hombres que figuran en el santoral de la Iglesia católica. Hacia fines del siglo XIV, sin que sea posible concretar más la fecha, nació de humilde familia pueblerina el niño que había de llevar junto a su nombre en documentos reales y bulas pontificias el nombre del lugar que le vio nacer: San Diego de San Nicolás. El hecho al que hemos aludido al comienzo de estas líneas de que se le de-

signe como San Diego de Alcalá no tiene más explicación que el haber sido la ciudad complutense su última residencia terrenal, lugar de su sepulcro hasta el presente, y que sus numerosos milagros hicieron bien pronto célebre en toda España. Pero tanto las historias primitivas del santo como la bula de canonización expedida por Sixto V, no conocen otro lugar de referencia que San Nicolás. La tradición lugareña ha conservado ininterrumpidamente hasta el día de hoy la casa de su nacimiento. La devoción de sus paisanos, cobijados bajo su celestial patronato, respalda la designación del lugar de su nacimiento. El *Santoral hispalense,* de Alonso Morgado, el más documentado elenco hagiográfico de santos sevillanos, así lo reconoce. Es, pues, de justicia devolver al humilde pueblo sevillano el mejor título de su historia, máxime cuando la ciudad complutense tiene tantos otros de rango universitario y literario que la encumbran en España.

Muy poco se sabe de sus primeros años.

La más segura de sus biografías, debida a la pluma de don Francisco Peña, abogado y promotor en Roma de la causa de canonización del santo, y que debió, por lo mismo, poseer los mejores datos en torno a la vida de Diego, así lo reconoce. Don Cristóbal Moreno, traductor en el siglo XVI al castellano de la obra latina de Peña, también hace constar esta insuficiencia de datos sobre la niñez y primeros años de San Diego. Y hasta la *Historia del glorioso San Diego de San Nicolás,* escrita por el que fue guardián del convento de Santa María de Jesús, de Alcalá de Henares, donde vivió y murió el santo, se concreta para esta época de la vida de Diego a las anteriores biografías de Peña y Moreno. La *Historia* de Rojo, el guardián complutense, aparecida en 1663, sesenta años después de la muerte de Moreno y a un siglo de distancia de la obra latina de Peña, no pudo ampliar con nuevos datos, como parecería lógico por haber vivido en el mismo convento de San Diego, lo que la bula y anteriores hagiógrafos nos comunican. Alonso Morgado tampoco nos enriquece el conocimiento de la niñez de Diego con aportaciones que llenen el vacío de sus primeros años.

Deseosos de que esta silueta hagiográfica responda a la más estricta seriedad documental, tanto más exigida cuanto San

Diego llegó a ser un taumaturgo popular en sus tiempos y en la España de los siglos de oro, nos vamos a dedicar tan sólo a destacar dos aspectos de su vida: sus itinerarios y las características de su santidad, tal como aparecen aquéllas en la bula de canonización.

San Diego, nacido en el más pequeño lugar de la provincia de Sevilla, fue sin duda uno de los hombres de su tiempo y condición que más viajó. Podríamos trazar la línea de su constante andar con un gráfico que va de San Nicolás al cielo, pasando por Sevilla, Córdoba, las Islas Canarias, Roma y Castilla, rindiendo viaje en Alcalá de Henares, para saltar desde la gloria del sepulcro a los altares. En el polvo de sus sandalias quedaron adheridas y mezcladas tierras de innumerables caminos de España y Francia e Italia.

De San Nicolás pasa a un lugar cercano a la villa para ponerse bajo la dirección espiritual de un santo sacerdote ermitaño, el primero que cultiva sus ansias generosas de total entrega de servicio a Dios. De allí, confirmada su voluntad de consagración al Señor, se traslada a Arruzafa, cerca de Córdoba, en cuyo convento profesa como fraile lego en los Menores de la observancia franciscana. Desde este lugar comienza su itinerario limosnero y misional por incontables pueblos de Córdoba, Sevilla y Cádiz, dejando detrás de su paso una estela de caridad y milagros que aún pervive en las tradiciones lugareñas de no pocos de esos pueblos.

Pero el humilde fraile de «tierra adentro» había de enfrentarse, en su constante caminar, con las rutas del «mar océano», empresa en aquellos tiempos ni corta ni común. Las Islas Canarias, especialmente Fuerteventura, son ahora la meta de su itinerario misionero en calidad de guardián, para lo que fue designado hacia el año 1449. Su paso por las Islas Afortunadas quedó también marcado por obras maravillosas de apostolado y de caridad. Vuelto a la Península hacia el año 1450, en ocasión del jubileo universal proclamado por la santidad de Nicolás V, su piedad mueve sus pies camino de Roma para lucrar las gracias de aquel jubileo. Después de varios meses de peregrinar llega a la Ciudad Eterna al tiempo de la canonización de San Bernardino de Sena, cuyo acontecimiento, al congregar en Roma varios

miles de religiosos franciscanos, había de ofrecer otra oportunidad a su celo y caridad ardiente con motivo de una epidemia habida entre los peregrinos llegados de varias partes. Fue el convento de Santa María de Araceli el lugar de su residencia durante tres meses.

Vuelve a España. Y después de un tiempo en el convento castellano de Nuestra Señora de Salceda, llega en su última etapa terrenal a Alcalá de Henares, en cuyo convento de Santa María de Jesús había de vivir los últimos años de su vida mortal para nacer a la gloria y a la santidad de los altares.

Esta breve consignación geográfica de sus itinerarios en aquellos tiempos, y en un humilde hijo pueblerino y religioso lego, es más que suficiente para poner de relieve su destacada personalidad, cuya base estribaba tan sólo en su santidad misionera y caritativa.

Si hubiésemos de sintetizar la fisonomía de su espiritualidad, dentro siempre del estilo franciscano de su vida, no dudaríamos en destacar la obediencia hasta el milagro, la sencillez y servicialidad sin límites, la caridad heroica para con todos, como las virtudes que le encumbraron a la santidad y que le hicieron famoso y hasta popular en vida y después de su muerte. El humilde lego que hacía salir a su paso a todos para verle y acogerse a su valimiento delante de Dios mientras vivía, había de congregar junto a su sepulcro a los grandes de la tierra después de muerto. Cardenales y prelados de la Iglesia, reyes y príncipes, hombres y mujeres del pueblo habían de ir, sin distinción de clases, al humilde religioso franciscano. Enrique IV de Castilla, primero; cardenales de Toledo, príncipes de España, el mismo Felipe II después, acudieron junto a su tumba, llevados por el mismo sentimiento de confianza en su santidad milagrosa, o hicieron llevar sus restos sagrados hasta las cámaras regias, como en el caso del príncipe Carlos, hijo del Rey Prudente, a fin de impetrar de Dios, por su mediación, la curación y el milagro. Nada menos que el propio Lope de Vega había de inmortalizar en una de sus comedias en verso el milagro del príncipe Carlos, que había de cantar, en la poesía del Fénix de nuestros Ingenios, el pueblo todo de España.

Nadie con más autoridad que Sixto V puede resumirnos las características de la santidad de Diego.

> «El Todopoderoso Dios —dice en la bula de canonización—, en el siglo pasado, muy vecino y cercano a la memoria de los nuestros, de la humilde familia de los frailes menores, eligió al humilde y bienaventurado Diego, nacido en España, no excelente en doctrina, sino "idiota" y en la santa religión por su profesión lego..., mostrándole claramente que lo que es menos sabio de Dios, es más sabio que todos los hombres, y lo más enfermo y flaco, más fuerte que todos los hombres [...] Dios, que hace sólo grandes maravillas, a este su siervo pequeñito y abandonado, con sus celestiales dones de tal manera adornó y con tanto fuego del Espíritu Santo le encendió, dándole su mano para hacer tales y tantas señales y prodigios así en vida como después de muerto, que no sólo esclareció con ellos los reinos de España, sino aun los extraños, por donde su nombre es divulgado con grande honra y gloria suya [...] Determinamos y decretamos —continúa la bula— que el bienaventurado fray Diego de San Nicolás, de la provincia de la Andalucía española, debe ser inscrito en el número y catálogo de los santos confesores, como por la presente declaramos y escribimos; y mandamos que de todos sea honrado, venerado y tenido por santo...».

Lo humilde y pobre del mundo fue escogido por Dios para maravilla de los grandes y poderosos de la tierra. En Diego se cumplió una vez más de modo esplendente el milagro de la gracia.

Así se consumaron las etapas del itinerario de San Diego de San Nicolás, quien entró en la inmortalidad bienaventurada el 13 de noviembre de 1463 en Alcalá, y en la gloria de los altares en julio de 1588, bajo el pontificado de Sixto V, culminando el proceso introducido por Pío IV en tiempos de Felipe II.

No queremos cerrar esta silueta sin consignar aquí un deseo y una aspiración de todos sus paisanos, y que será la última etapa de sus itinerarios y hasta una solución a la soledad en que hoy se halla su sepulcro. La etapa, triunfal y definitiva, de Alcalá, donde hoy reposa, a San Nicolás, la villa que le vio nacer, y en la que la devoción popular al santo patrono y paisano espera tenerle lo más cerca posible, no sólo para honrarle como su santidad y gloria merecen, sino incluso para conseguir por su mediación valiosa la completa y plena restauración de la vida cristiana de un pueblo pequeño y humilde, pero que conserva la fe en su Santo, al que lleva siglos esperando.

ANDRÉS-AVELINO ESTEBAN ROMERO

Bibliografía

ARRIGONI, G., *Oratio in canonizatione Sancti Didaci* (Roma 1588).
GUÉRIN, P., *Les petits Bollandistes: vies des Saints de l'Ancien et du Nouveau Testament* (París ⁷1883).
MORENO DE LA REA, *La vida del santo fray Diego* (Cuenca 1602).
PEGNA, F., *De vita, miraculis et actis canonizationis Sancti Didaci libri tres* (Roma 1589).
SÁNCHEZ DE FERIA, B., *Palestra sagrada o Memorial de santos de Córdoba,* III (Córdoba 1772).
WADDING, L., OFM, *Annales Minorum,* XIII (Roma 1732) 281-321.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN HESIQUIO DE VIENNE
Obispo († 490)

Aparece como obispo de Vienne a lo largo de una década (480-490) a finales del siglo V. Había estado casado anteriormente y de su matrimonio tuvo dos hijos que llegaron a obispos y figuran en el santoral: son San Apolinar, obispo de Valence, y San Avito, obispo de Vienne, sucesor de su padre en esta sede. Pertenecía a una familia senatorial de la Galia. Su memoria se celebra el 12 de noviembre.

SAN CUNIBERTO DE COLONIA
Obispo († 663)

Cuniberto nace hacia el año 595 en el seno de una noble familia franca. Se educa en Metz en la corte de Clotario II y, siendo todavía joven, obtiene el puesto de arcediano en la catedral de Tréveris en cuya escuela catedralicia había hecho los estudios. No parece hubiera cumplido los treinta años cuando es designado obispo de Colonia. Fue consagrado obispo el 25 de septiembre de 623. Persona inteligente y de óptimas costumbres, se acredita muy pronto por su ciencia y su celo pastoral, y ejerce un gran influjo sobre el episcopado de su tiempo. El rey Dagoberto II le encomienda la educación de su hijo Sigeberto, y cuando el monarca muere prematuramente, comparte con la reina Adalgisa la tutoría sobre el nuevo rey, menor de edad. Él sostuvo a Grimoaldo en el puesto de mayordomo de palacio. El

rey Dagoberto tuvo la intención de que Cuniberto liderara la evangelización de los frisones, haciendo de Utrecht el centro de esta obra, pero en realidad la pretendida obra no se llevó a cabo y por ello hubo de hacerse más tarde y desde otras instancias. Cuniberto asistió al sínodo de Clichy en 626 y al concilio nacional franco que se tuvo en Reims entre 627 y 630. Construyó iglesias y monasterios y dejó la estela de un buen pastor. Su muerte se sitúa en el año 663 y fue sepultado en la iglesia de San Clemente, de Colonia, una de las que él mismo había hecho construir y que tomó su nombre. Es tradición que mientras celebraba la santa misa en la basílica de las Once Mil Vírgenes se le posó una paloma sobre la mitra, lo que ha entrado en la iconografía del santo, significando la paloma al Espíritu Santo.

SANTOS BENITO, JUAN, MATEO, ISAAC Y CRISTIÁN

Mártires († 1003)

El 12 de noviembre de 1003 unos forajidos asaltaron el pequeño monasterio de los camaldulenses en Casimierz, Polonia, situado junto al río Warta, seguramente porque había corrido la noticia de que el príncipe Boleslao les había entregado pingües dones con destino al Papa. Los ladrones asesinaron a los monjes Benito, Juan, Isaac y Mateo, y también al cocinero Cristián. Se les tuvo por mártires y floreció su culto.

Benito era natural de Benevento y antes de ingresar en la vida monástica era ya sacerdote. Pero como no le gustaba la poca observancia que hallaba en el monasterio del Salvador, decidió llevar vida eremítica, primero en el Monte Sorate y luego en las cercanías de Montecasino. Cuando el año 999 San Romualdo visita Montecasino, Benito se le une y se va con él, feliz de participar en el género de vida del fundador de la Camáldula. Marchó con él a Pereo en las cercanías de Rávena. Aquí se acreditó a los ojos del santo, y por ello, cuando el príncipe Boleslao de Polonia le pidió que le enviara un grupo de monjes para establecer un monasterio que afianzara la fe de los polacos recién convertidos, San Romualdo mandó a Benito junto con Juan, monje ejemplar procedente del cenobio de Classe. Partieron ambos y llegaron a Polonia en el verano de 1001. Acogidos por

Boleslao, se establecieron junto a la ermita de San Martín en Casimierz, y muy pronto se les unieron dos vocaciones nativas: Isaac y Mateo, que se pusieron a enseñar a los recién llegados la lengua polaca. Ellos esperaban al capellán imperial San Bruno de Querfurt, que debía traer consigo la licencia papal para la misión entre los paganos. Pero como no llegaba, Benito se puso en camino hacia Roma, y se hizo encontradizo con él el propio Boleslao que le dio dinero para el monasterio y obsequios para el Papa, encargándole que pidiera al Papa para él la corona real. No aceptó Benito el encargo y se volvió a su convento habiendo devuelto los regalos. Y entonces se produjo el asesinato. Enterrados en la ermita, se les dio culto como santos, que se dice confirmó el papa Julio II.

BEATO JUAN CINI DE LA PAZ

Penitente († 1453)

A Juan Cini se le dio el apelativo «de la Paz» por vivir en la Porta della Pace, de Pisa. Aquí había nacido en 1353, y en su juventud fue muy poco edificante. Casado y soldado en la guerra entre Pisa y Florencia, intervino luego en el asesinato del arzobispo Mateo. Cuando se sustanciaron las responsabilidades, cayó sobre él la pena de la excomunión. La muerte de tantos compañeros y amigos en la guerra y el horror de verse separado de la comunión de la Iglesia le impactaron fuertemente y se decidió a cambiar de vida. Entonces ingresó en la Orden Tercera de Penitencia de San Francisco. Se volcó en obras de caridad y se dedicó a llevar un género de vida austero y penitente. Funda la «Cofradía de los Flagelantes». Organiza el socorro a los pobres vergonzantes, a los que ayuda con toda discreción una vez llegada la noche, y se empeña en muchas obras de misericordia. Murió su esposa y entonces se va a vivir en la Porta della Pace en una pequeña celda. Su vida ejemplar estimuló a muchos a la vida cristiana. Murió el 12 de noviembre de 1453, ya centenario. Su culto ininterrumpido fue confirmado el 10 de septiembre de 1857.

SAN MARGARITO FLORES GARCÍA

Presbítero y mártir († 1927)

Nace en Tasco de Alarcón, México, el 22 de febrero de 1899 en el seno de una familia pobre y cristiana. Tras varias graves enfermedades en su niñez ingresa con 14 años en el seminario de Chilapa. Se ayudaba siendo el peluquero de los seminaristas. Luego de una conducta ejemplar y unos estudios aprovechados, se ordena sacerdote el 5 de abril de 1924. Sus destinos fueron: profesor del seminario, coadjutor de Chilpancingo, y párroco de Tecapulco. En estos cargos mostró su mejor voluntad, su atención a la escuela católica y fomentó la frecuencia de sacramentos. Cuando las tropas federales llegan a la zona, intenta refugiarse con sus familiares pero éstos no lo admitieron, salvo uno con el que estuvo un tiempo. Pasa luego a la capital de la nación y ejerce ocultamente su ministerio. Descubierto y arrestado, va a parar a la cárcel, donde sigue confesando y animando a los demás presos. Libre en julio de 1927, es destinado a Atenango del Río. Con un salvoconducto y un guía marcha allá, pero nada más llegar es arrestado y en ropa interior, descalzo y a pie es llevado a Tulimán, donde llega en la mañana del 12 de noviembre. Le dan a elegir el sitio donde ser fusilado. Elige la pared de la iglesia y pide unos momentos para rezar. Uno de los soldados que iban a fusilarlo se le acercó y le pidió perdón. El mártir se lo dio. Se puso de cara a sus verdugos y recibió la muerte. Lo arrastraron hasta el cementerio y lo enterraron sin ataúd, echándole encima la sotana.

Fue canonizado el 21 de mayo de 2000 por el papa Juan Pablo II.

BEATO JOSÉ MEDES FERRI

Mártir († 1936)

Nace en Algemesí el 13 de enero de 1885 en un hogar profundamente cristiano, que lo educó en la piedad y los valores cristianos. Llegado a la juventud mostró sus buenas cualidades. Antes de ir cada día al trabajo del campo, oía la santa misa.

Contrajo matrimonio con Purificación Esteve Martínez, con la que tuvo una unión magnífica de corazones y sentimientos. La pareja no tuvo hijos. José rezaba cada tarde con su esposa el santo rosario y participaba en las asociaciones católicas: Acción Católica, Orden Tercera del Carmen, Adoración Nocturna, y colaboraba con el Sindicato Católico Agrícola.

Llegado el 18 de julio, sus hermanos, religiosos carmelitas, y su hermana, religiosa cisterciense, se vinieron a su casa. Perseveraron en la oración, a la espera de la voluntad de Dios. El 10 de noviembre de 1936 sus tres hermanos fueron arrestados, y él lo fue al día siguiente, siendo llevado al monasterio de Fons Salutis, convertido en cárcel. Estaban allí sus hermanos pero José no pudo hablar con ellos. Con las manos atadas a la espalda todos ellos fueron sacados en la noche del 12 de noviembre y llevados a la carretera de Alcudia. Cuando vieron que los iban a matar, prorrumpieron en vivas a Cristo Rey. Los mataron a tiros en la nuca.

José es hasta ahora el único beatificado y lo fue el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

13 de noviembre

A) Martirologio

1. En Cesarea de Palestina, santos Antonino, Nicéforo, Zebina, Germán y Mánata, virgen († 308), mártires.
2. En Aix-en-Provence (Galia Narbonense), San Mitria († 314), esclavo, mártir.
3. En Tours (Galia Lugdunense), San Bricio († 444), obispo *.
4. En África, la conmemoración de santos Arcadio, Pascasio, Probo y Eutiquiano († 473), españoles mártires. Se les unió el pequeño Paulillo o Pablitos, hermano de Pascasio y Eutiquiano *.
5. En Vienne (Galia Lugdunense), San Leoniano († 518), abad.
6. En Auvergne (Aquitania), San Quintiano († 525), obispo.
7. En Tiferno (Umbría), santos Florencio, obispo, y Amancio, presbítero († s. VI).

8. En Rodez (Aquitania), San Dalmacio († 580), obispo.
9. En Val-Saint-Imier (Suiza), San Himerio († 612), ermitaño.
10. En Toledo, San Eugenio († 657), obispo **.
11. En territorio de Cambrai, Santa Maxelenda († 670), virgen y mártir.
12. En Roma, San Nicolás I († 867), papa **.
13. En el monasterio de La Réole (Gascuña), San Abón († 1004), abad de Fleury y mártir *.
14. En Ivrea (Italia), San Varmundo o Veremundo († 1010), obispo *.
15. En Cremona (Lombardía), San Homobono († 1097), seglar **.
16. En Roma, Santa Agustina (Livia) Pietrantoni († 1894), virgen, de la Congregación de Hermanas de la Caridad **.
17. En Simat de Valldigna (Valencia), Beato Juan Gonga Martínez († 1936), mártir *.
18. En Portichol de Tavernes, junto a Carcagente (Valencia), Beata María Patrocinio de San Juan Giner Gomis († 1936), virgen, del Instituto de Hermanas de María Inmaculada Misioneras Claretianas, mártir **.
19. En Sofía, Bulgaria, beatos Pedro Vicev, Pablo (José) Dzidzov y Josafat (Roberto Mateo) Siskov († 1952), presbíteros, religiosos agustinos de la Asunción, mártires **.
20. La Iglesia de España celebra hoy la memoria de San Leandro de Sevilla, obispo, que el *Martirologio romano* conmemora el 13 de marzo **.

B) Biografías extensas

SAN LEANDRO DE SEVILLA
Arzobispo († 600)

Leandro vio la luz en una familia de abolengo grecorromano. En Cartagena de la Andalucía española. Y por los años de 535 a 540. Hermano de tres santos —San Isidoro, su sucesor en la silla hispalense; San Fulgencio, obispo de Écija, y Santa Florentina, virgen—, santo también fue él.

La carrera de su santidad se reduce a los siguientes tramos: abrazó en buena hora la vida monástica. Y su condición de monje le abrió las puertas para ejercer una preponderante influencia en la Península, sobre todo por lo que respecta al porvenir religioso de España.

La Providencia enredó así las cosas: sus padres emigraron de Cartagena a Sevilla. Nombrado obispo metropolitano de

aquella ciudad, creó una escuela —ya se había dedicado a la enseñanza cuando monje— destinada a propagar la fe ortodoxa y que sirviera, a la vez, de estímulo para el estudio de todas las artes y de todas las ciencias conocidas. Él mismo llevó muy entre manos los quehaceres escolares. Entre los alumnos de esta escuela se contaron los dos hijos del rey Leovigildo, Hermenegildo y Recaredo. El ascendiente de todo buen maestro sobre el discípulo supo aprovecharlo San Leandro para mantener en la fe católica al primogénito del rey, con magnífico ejemplo y harto provecho para los católicos españoles. Hermenegildo, atraído a las lides de la fe nicena por el trato de San Leandro y los consejos de su buena esposa Ingunda, supo eludir la herejía arriana. Leovigildo asentó la capital del reino visigodo en Toledo y asoció a su hijo en el reino, asignándole la Bética, con residencia en Sevilla. La persecución arriana —y con ella la guerra civil— estalló bien pronto contra el catolicismo. Leovigildo, en sus aires de grandeza y unificador, estimó la herejía arriana como vínculo de unión y grandeza. Todo fue llevado a sangre y fuego; la violencia de la prisión o del exilio se servirá en bandeja a los recalcitrantes. A Leandro se le obligará a abandonar su iglesia metropolitana y la patria madre.

Pero antes del destierro, cuando Leovigildo, desnaturalizado padre, asediaba al joven rey su hijo Hermenegildo, que resistía en Sevilla la impugnación de la herejía arriana, Leandro marchó a Constantinopla a implorar socorro del emperador bizantino. En Bizancio conoció el monje obispo a otro monje —a la sazón apocrisario del papa Pelagio II en aquellas tierras— destinado a la suprema magistratura de la Iglesia: Gregorio, el magistrado romano y monje, con el que trabó una íntima amistad que unirá sus vidas en criterio y afecto hasta el fin y que Leandro sabrá explotar para el bien de España. Gregorio el Grande escribirá los *Morales* (exposición del libro de Job), que tanta repercusión tendrán en la ascética moral del Medievo, animado por Leandro. La correspondencia gregoriana que se nos ha conservado demuestra la fuerte y perenne amistad de estos dos santos (cf. *Epist.,* 1,41; 5,49; 9,121). Elevado a la Cátedra de Pedro, Gregorio se apresura a enviar a su amigo Leandro el palio arzobispal, con unas letras que revelan la alta estima que tenía de su virtud:

«Os envío el palio que debe servir para las misas solemnes. Al mismo tiempo debería prescribiros las normas de vivir santamente; pero mis palabras se ven reducidas al silencio por vuestras virtuosas acciones».

Es tradición que el Papa donó al arzobispo de Sevilla una venerada imagen de Nuestra Señora de Guadalupe.

Leandro regresó de Constantinopla cuando amainaba la persecución suscitada por Leovigildo. Vio el final de este rey y los buenos consejos que dio a su hijo Recaredo, sin duda influenciado por el príncipe mártir.

Una nueva era amaneció para España cuando Recaredo se sentó en el trono. Leandro pudo volver a su diócesis sevillana y el nuevo rey, vencidos los francos, convocó el histórico III Concilio de Toledo, en el año de gracia de 589. Recaredo abjura la herejía arriana; hace profesión de fe, enteramente conforme con el símbolo niceno; declara que el pueblo visigodo —unido de godos y suevos— se unifique en la fe verdadera y manda que todos sus súbditos sean instruidos en la ortodoxia de la fe católica. El alma de aquel concilio era Leandro. Y ésta es su mayor gloria. En medio de aquellas intrigas visigóticas supo intrigar santamente en la corte real, con el exuberante fruto de la conversión de su rey. Al santo obispo de Sevilla se le debe, como causa oculta, pero eficiente, la conversión en masa del reino visigodo y la iniciación del desarrollo en España de una vida religiosa muy activa que se traslucirá en la institución de parroquias rurales y en la fundación de no pocos monasterios. La Iglesia española alcanzó en los celebérrimos concilios de Toledo —iniciados prácticamente en este tercero— una importancia de primerísimo orden. La legislación visigótica, desde entonces, fue totalmente impregnada de cristianismo. Ésta es la obra de San Leandro. Con razón podía gloriarse y exteriorizar su gozo en la clausura del concilio con estas palabras:

«La novedad misma de la presente fiesta indica que es la más solemne de todas [...] Nueva es la conversión de tantas gentes, y si en las demás festividades que la Iglesia celebra nos regocijamos por los bienes ya adquiridos, aquí, por el tesoro inestimable que acabamos de recoger. Nuevos pueblos han nacido de repente para la Iglesia: los que antes nos atribulaban con su rudeza, ahora nos consuelan con su fe. Ocasión de nuestro gozo actual fue la calami-

> dad pasada. Gemíamos cuando nos oprimían y afrentaban; pero aquellos gemidos lograron que los que antes eran peso para nuestros hombros se hayan trocado por su conversión en corona nuestra [...] Alégrate y regocíjate, Iglesia de Dios; alégrate y levántate formando un solo cuerpo con Cristo; vístete de fortaleza, llénate de júbilo, porque tus tristezas se han convertido en gozo, y en paños de alegría tus hábitos de dolor. He aquí que, olvidada de tu esterilidad y pobreza, en un solo parto engendraste pueblos innumerables para tu Cristo. Tú no predicas sino la unión de las naciones, no aspiras sino a la unidad de los pueblos y no siembras más que los bienes de la paz y de la caridad. Alégrate, pues, en el Señor, porque no has sido defraudada en tus deseos, puesto que aquellos que concebiste, después de tanto tiempo de gemidos y oración continua, ahora, pasado el hielo del invierno y la dureza del frío y la austeridad de la nieve, repentinamente los has dado a luz en gozo, como fruto delicioso de los campos, como flores alegres de primavera y risueños sarmientos de vides».

Poco después de este acontecimiento, de los más grandes en la historia del cristianismo español —la conversión de los visigodos fue real y sincera—, fue elevado al pontificado, en 590, Gregorio el Magno. El Papa y amigo felicitó efusivamente a Leandro.

El metropolitano de Sevilla consagró el resto de su vida a edificar a su pueblo con la práctica de la virtud —luz que ilumina— y el trabajo de sus escritos —sal que condimenta—. Entre sus obras escritas —todas perdidas, a excepción de algunos fragmentos de su discurso en el III Concilio de Toledo y la que ahora indicamos— se destaca por el encanto y doctrina evangélica que contiene la *carta* que dirigió a su hermana Florentina.

Es un bello tratadito sobre el desprecio del mundo y la entrega a Dios de las vírgenes consagradas. Influyó sobremanera en la posteridad para el género de vida monástico femenino. Comúnmente se llama a esta carta la regla de San Leandro.

Los últimos años de su vida, retirado de la política, fueron fecundos en obras santas, dignas del mejor obispo: penitencias, ayunos, estudio de las Sagradas Escrituras, obligaciones pastorales. Afligido por la enfermedad de la gota —la misma enfermedad que sufría por entonces su amigo Gregorio el Magno— supo recibirla como un favor del cielo y como una gracia muy grande para expiar sus faltas.

Moría probablemente el mismo año que Recaredo, en 601, dejando fama de verdadero hombre de estado y de obispo digno del apelativo de su amigo, grande.

JUAN MANUEL SÁNCHEZ GÓMEZ

Bibliografía

Act. SS. Boll., 27 de febrero.
Actas del Concilio III de Toledo, en J. VIVES (ed.), *Concilios visigóticos e hispano-romanos* (Madrid 1963).
BOURRET, J. C. E., *L'école chrétienne de Séville sous la monarchie des Visigoths* (París 1855).
GÖRRES, FR., «Leander Bischof von Sevilla und Metropolit der Kirchenprovinz Baetica»: *Zeitschrift für wissenschaftliche Theologie* 29 (1886) 26s.
LEANDRO DE SEVILLA (SAN), *Obras:* PL 72,21s.
— *Obras,* en E. FLÓREZ, *España Sagrada,* XV, p.383s.
MONTALEMBERT, C. F., CONDE DE, *Les moines d'Occident depuis saint Benoît jusqu'à saint Bernard,* II (París 1862) 217s.
VEGA, A. C., «De institutione Virginum et contemptu mundi»: *La Ciudad de Dios* 159 (1947) 277s.
• Actualización:
DOMÍNGUEZ DEL VAL, U., *Leandro de Sevilla y la lucha contra el arrianismo* (Madrid 1981).
GARCÍA MORENO, L. A., *Historia de España visigoda* (²1998).
NAVARRA, L., «Leandro de Sevilla», en A. DI BERARDINO (dir.), *Diccionario patrístico y de la antigüedad cristiana* (Salamanca 1998) 901s.

SAN EUGENIO DE TOLEDO

Obispo († 657)

La Iglesia en la Hispania visigótica, desde la conversión de Recaredo y su abjuración solemne del arrianismo en el Concilio III de Toledo (a. 589) hasta la caída del reino visigodo (a. 711), se dedicó con todo entusiasmo a asegurar y perfeccionar la unidad de la fe católica en íntima alianza con el poder del trono.

La evangelización no era nada fácil en aquel complejo aglomerado social donde la mayoría católica de los hispanorromanos y bizantinos había sido sojuzgada; los godos triunfadores pasaban de la herejía arriana al catolicismo; y no faltaban otras poderosas minorías como los judíos, y enclaves del viejo paganismo.

La recuperación de la unidad hispanorromana se logró en la España visigótica sólo cuando hispanorromanos, godos y suevos convivieron bajo el cetro de Toledo, convertida en capital

del reino visigodo, en difícil equilibrio inestable. La derogación de las severas leyes que prohibían los matrimonios mixtos, facilitó la integración.

Pero la verdadera unidad y articulación social del reino la habría de lograr, más que las estrategias políticas, la coherencia interna que sólo el mismo credo religioso pudo dar.

La Iglesia se preocupó de la corrección y formación del clero y del laicado, empeñada también en la conversión de los judíos. Cooperó eficazmente con el poder civil para mantener la unidad política y fortalecer la monarquía visigoda. La íntima alianza entre el trono y el altar se hacía visible en los célebres concilios de Toledo.

A pesar de todas sus innegables deficiencias y abusos, podemos comprobar que con esa unidad se abrió una época de esplendor cultural y religioso.

A este período tan difícil y tan glorioso pertenece San Eugenio de Toledo que brilla con luz propia en la constelación de personajes ilustres que le precedieron o sucedieron en la sede toledana y en otras de la Hispania visigótica. Tenía ante los ojos la admirable labor apostólica de San Leandro, metropolitano de Sevilla, en la conversión de los visigodos con su rey a la cabeza.

San Isidoro de Sevilla (562-636), con saber enciclopédico, ilumina y guía el paso de la cultura antigua a la de toda la Edad Media, sintetizando en la enseñanza cristiana el saber de Grecia y de Roma, con la nueva savia y el vigor juvenil de los invasores.

Por otra parte, sigue viva y ejemplar la estampa heroica de Masona, el metropolita de Mérida, un santo varón, gran pastor de almas y caritativo con todos, fundador de monasterios y hospitales, que resistió con fortaleza martirial el acoso y persecución del arriano rey Leovigildo (571-586).

El primer biógrafo de San Eugenio fue su inmediato sucesor, San Ildefonso (608-687), el defensor de la perpetua virginidad de María y autor del libro *De viris illustribus,* entre los cuales lo cuenta con grandes elogios.

En este ambiente, lleno de esperanza, aunque erizado de problemas, nació en Toledo, al parecer, de una familia noble y cristiana, a finales del siglo VI, San Eugenio. Dotado de excelentes cualidades humanas, en busca de la perfección y atraído por la vida monástica, floreciente en la Iglesia visigótica, no se que-

dó en el célebre de Agali, en las afueras de Toledo sino que eligió el lejano monasterio de Santa Engracia en Zaragoza para darse de lleno al estudio y a la práctica de la virtud.

Se habían desarrollado por muchas partes del reino, paralelamente a las escuelas episcopales de formación clerical, las monacales, que eran también centros de amplia formación científica y espiritual. Incluso existían modestas escuelas parroquiales. Fueron sin duda el fermento y la causa del gran esplendor que alcanzó la Iglesia visigótica del siglo VII.

De esas escuelas salieron hombres eminentes en ciencia y virtud que, a su vez, se convertían en maestros y guías de las nuevas generaciones. Ése fue el caso de Eugenio. En Zaragoza existía una escuela de música litúrgica, fundada por el maestro Ioannes, hermano del obispo metropolitano, San Braulio. Eugenio tenía especiales aptitudes para la música y la poesía, en las que fue después aventajado discípulo y maestro.

San Braulio, admirado de sus raras prendas y fama de virtud, nombró a Eugenio su archidiácono para retenerlo a su lado; y en los últimos años de vida le confió toda la cura pastoral cesaraugustana, descansando en su prudencia y en su celo. Sin duda, de San Braulio aprendió la moderación y la suavidad que le distinguían. Porque éste había aplicado con una pastoral inteligente, suavizándolas, aquellas disposiciones extremosas que dio el papa Honorio I en relación con judíos y judaizantes, disposiciones que fueron reguladas por el Concilio IV de Toledo.

La fama del archidiácono Eugenio se difundió por Hispania entera. Y cuando falleció en Toledo su metropolitano, llamado también Eugenio, el rey Chindasvinto (642-649) escribió una epístola a San Braulio en la que le manifestaba el deseo unánime de los toledanos de tener a Eugenio por obispo y aludía a sus cualidades y a la fe cristiana de los padres. (Puede leerse la carta en *La España Sagrada,* XXX, carta 32).

Braulio se resistió cuanto pudo, alegando su avanzada edad y la valiosa ayuda que de él recibía así como el daño que para Zaragoza supondría la partida de Eugenio. Pero el rey insistió hasta que logró su retorno a Toledo. Aquí fue consagrado (año 646) por los obispos coprovinciales que estaban reunidos en la ciudad imperial para el VII concilio convocado por su antece-

sor poco antes. Él mismo suscribió las actas y más tarde presidió el VIII, IX y X concilios, por él ya convocados.

Sabido es que esos célebres concilios toledanos, tan numerosos, eran unas asambleas mixtas en las que se dilucidaban muchos asuntos políticos y eclesiales de gran trascendencia para la historia de España pero también significativos en la historia de los dogmas, de la moral y de la Liturgia cristiana general. En una preciosa carta al obispo Braulio le muestra su vivo interés por la reforma del clero.

Por San Ildefonso sabemos que desempeñó con celo apostólico su cargo pastoral y que trabajó incansable en mejorar las costumbres. Por la misma fuente sabemos que escribió un tratado sobre la Trinidad. San Ildefonso afirma que merecería ser leído entre las obras de los Santos Padres.

Por encargo de Chindasvinto emprendió la corrección del *Exameron* de Draconcio rescatando lo perdido y completándolo.

Las obras que de él poseemos están todas en verso, excepto la carta aludida a San Braulio y otra a Protasio de Tarazona.

Ciertamente, lo más característico y distintivo de Eugenio de Toledo fue su obra poética, tanto la litúrgica como la de temas varios de la naturaleza.

La liturgia visigótica, unificada principalmente a partir del Concilio IV de Toledo (633), se vio enriquecida incesantemente con la creación de nuevas piezas: misas, himnos, oraciones. San Eugenio fue uno de los grandes creadores junto a Pedro de Lérida, San Leandro y San Isidoro de Sevilla, Juan de Zaragoza, Conancio de Palencia, San Ildefonso y San Julián en Toledo.

¡Admirable la dedicación de esos obispos, teólogos y pastores a crear textos litúrgicos, eucológicos e hímnicos, no sólo homilías!

San Eugenio fue reconocido ya por sus contemporáneos como el mejor poeta de la España visigótica. Ardiente y amable, dotado de vena y sentimiento poético y musical, demasiado lejos de los autores clásicos antiguos para poder imitarlos, aunque todavía los conoce.

De fray Justo Pérez de Urbel son estos párrafos que se refieren a la obra poética de San Eugenio:

«Hay entre sus poesías algunas destinadas a expresar de una manera gráfica las enseñanzas isidorianas para mayor facilidad de los discípulos. Su valor poético es muy escaso. Tiene un poema didáctico dirigido al monarca en el cual tampoco brilla muy alto la inspiración. Donde realmente se eleva a gran altura, es en sus poesías íntimas; cuando canta la paz, el amor, la fragilidad de la vida, su terror delante de la muerte, las angustias de su alma, y el heroísmo de los santos. Brotan de su pluma acentos conmovedores, llenos de sinceridad. No es extraño a las dulzuras legítimas de la tierra; todo lo contrario, las ama, las recoge con avidez. Las bellezas de la creación hacían vibrar su alma. Gustaba el placer de recitar versos entre las frondas del Ebro y el Tajo; miraba con ternura a la golondrina "huésped del verano", y consideraba como un crimen tocar sus nidos; como los monjes de las viejas leyendas, se extasiaba escuchando el ruiseñor, "compañero de la noche y amigo del canto", según una expresión suya, en que traduce los nombres que le daban los griegos y godos. Ese canto le hacía olvidar sus dolores y le obligaba a exclamar: "¡Oh Cristo!, bendito seas y glorificado por este deleite con que regalas a tus servidores". Es la emoción humana delante de la naturaleza; una emoción fresca, nueva, juvenil, llena de candor y de sinceridad; una emoción distinta de la que nos producen los poetas de la decadencia romana. Con Sedulio, Draconcio, Merobaudes y Sidonio Apolinar, había llegado, insensiblemente, el crepúsculo de la Edad Antigua. En Eugenio encontramos el primer representante de un orden nuevo, de una emoción más religiosa, más sensible y, si se quiere, más mística» (cf. *Bibliografía).*

Murió San Eugenio, el 13 de noviembre de 657, en Toledo y fue sepultado en la basílica de Santa Engracia. No se conservan reliquias. En el Concilio XI de Toledo se añadió al calendario hispánico su fiesta. El *Martirologio de Usuardo* celebra su memoria el 13 de noviembre. El *Romano* actual hace este elogio en el n.10 de este mismo día: «En Toledo de Hispania, San Eugenio, Obispo, que trabajó en la ordenación de la Sagrada Liturgia, a.657».

Nadie pone en duda que fue muy notable su aportación a la liturgia en los textos y en los cantos, aunque son necesarias investigaciones y estudios monográficos para poder concretar más este juicio compartido por muchos.

Incluso algunos códices españoles contienen músicas profanas de la época visigótica. Así los de Azagra y Rodas y tres de la Biblioteca Nacional de París con textos de Eugenio de Toledo. Entre estas canciones está la famosa del ruiseñor *(Disticon*

filomelaicum), cuyos neumas indescifrables nos ocultan la melodía. También puede ser suyo el epitafio a Chindasvinto († 652) y el Planto para su esposa Reciberga.

Se le representa a San Eugenio con palio arzobispal y báculo. Los molineros le tienen por patrono.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

DÍAZ Y DÍAZ, M. C., «Introducción general», en ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías* (Madrid 2004) 1-255.

GONZÁLEZ, I., «La Iglesia desde la conversión de Recaredo hasta la invasión árabe», en B. LLORCA, SI - R. GARCÍA VILLOSLADA, SI, *Historia de la Iglesia católica,* I (Madrid 1979) 401-749.

ILDEFONSO DE TOLEDO (SAN), *De viris illustribus:* PL 96,204.

Liturgia de las Horas. Propio de la archidiócesis de Toledo (Toledo 2002).

LORIENZANA, F. DE, *Patrum toletanorum quotquot exstant opera,* I (Madrid 1795).

PÉREZ DE URBEL, J., «Las letras en la época visigótica», en R. MENÉNDEZ PIDAL (dir.), *Historia de España,* III (Madrid 1963) 478-479.

RIVERA RECIO, J. F., «Eugenio II», en *Bibliotheca sanctorum.* V: *Erizzo-Galdino* (Roma 1964) 196.

SAN NICOLÁS I EL GRANDE

Papa († 867)

Es uno de los Papas que por su singular importancia en la historia de la Iglesia llevan el calificativo de «Magno», «El Grande» como San León I (440-471) y San Gregorio I (590-604) que marcaron su época. De San Nicolás se ha dicho que es «el arquitecto del papado».

Las circunstancias de su pontificado (858-867) fueron verdaderamente cruciales. Las tensiones entre Oriente y Occidente llegaron al extremo. Entre los dos imperios, San Nicolás no se resignó a que el pontificado de Roma quedara reducido a una capellanía del Sacro Romano Imperio.

Conocía a la perfección los escritos de sus insignes predecesores León, Gelasio y Gregorio. Y era consciente de las auténticas dimensiones del ministerio pontificio y su jurisdicción sobre todas las Iglesias particulares. Si el poder temporal obligaba al Emperador a proteger a la Iglesia en aquel régimen de cristian-

dad, sin embargo esta responsabilidad no le otorgaba derechos ni jurisdicción alguna sobre la Iglesia.

Su pensamiento queda reflejado con fidelidad en sus cartas, por ejemplo en la dirigida al emperador bizantino Miguel III el 28 de diciembre del 865:

> «Cristo mismo instituyó la Iglesia y el papado. El Papa recibe todos sus derechos directamente de Cristo y no de los concilios; es ministro de Dios sobre la tierra y su autoridad es la de Dios. Por eso, al Papa le corresponde el deber de velar por la vida de la Iglesia entera. Él es el custodio de la verdadera fe y el maestro universal. Él tiene el supremo poder judicial y legislativo. Las leyes de él emanadas obligan a todos los fieles, y sus decisiones son definitivas e inapelables. El Papa no puede ser juzgado por nadie, ni por el Emperador. Estos privilegios de la Sede Romana son los pilares que sostienen todo el orden en la sociedad humana. Nadie puede mermar esos privilegios de la Iglesia Romana que deben ser respetados tal y como le fueron dados. Por eso el Papa debe dar cuenta a Dios».

Esta visión monolítica, teocrática y exaltada de la jurisdicción papal coincide con y se apoya en las *Falsas decretales seudo-isidorianas* compiladas en Francia entre los años 847-852. Nicolás I, elegido con sólo cuarenta y pocos años, se consagró plenamente a traducir esa teoría escrita y asimilada, en medidas concretas que le llevaron a tomar decisiones heroicas.

Su nacimiento se sitúa entre los años 819-822, de una importante familia romana, pues el padre, Teodoro, era «regionarius», un alto funcionario de Roma. Muy amante de las letras, se preocupó de que su hijo tuviera la mejor educación de aquel tiempo. Fue la preparación para la función futura. Pronto entró en la corte pontificia, orientado hacia la carrera eclesiástica. Sergio I (844-847) le hizo subdiácono. León IV (847-855) le ordenó diácono. Fue su hombre de confianza.

En el sínodo del 8 de diciembre de 853 fue quien leyó la primera admonición papal. Durante los tres últimos pontificados ocupó una posición muy influyente. Pero fue Benedicto III (855-858) el que en realidad lo asoció al gobierno de la Iglesia. Lo quería como a un hijo y le consultaba en todos los asuntos de importancia, según dice el *Liber pontificalis,* II, p.151.

Por eso, a la muerte del Papa (7-4-858), después que el cardenal Adriano rechazó por segunda vez el nombramiento, con

toda naturalidad fue elegido Nicolás por el clero, los nobles y el pueblo, con la aprobación del emperador Ludovico II que había venido a Roma al conocer la muerte de Benedicto. Fue consagrado enseguida, el 24 del mismo mes de abril, en presencia del Emperador.

Su personalidad, de gran energía, profunda fe y generosa entrega al servicio de la Iglesia universal, por encima de todos los partidos y disensiones, le ganó el respeto y el amor de los romanos y del mismo Emperador.

Cuando el Papa le devolvió la visita en el campamento imperial, al despedirse, Ludovico hizo de palafrenero llevando las bridas del caballo en que Nicolás iba montado, por espacio de un tiro de arco. Gesto clásico y estampa llena de simbolismo realizado ya por Pipino con el papa Esteban II.

Con gran habilidad diplomática, una de sus primeras disposiciones sorprendentes fue la de llamar a la corte a Anastasio «el Bibliotecario» que durante un breve tiempo había jugado el papel de antipapa. Anastasio poseía extraordinarias cualidades y por sus relaciones con la colonia helénica de Roma conocía perfectamente el griego. Fue consejero de Nicolás en las cuestiones bizantinas y más tarde bibliotecario con Adriano II.

Es probable que Nicolás en sus exageraciones de pensamiento y de expresión, cuando hablaba del papado, con fuerza y énfasis no igualados ni siquiera por Gregorio VII y Bonifacio VIII, estuviera influido por Anastasio, su «alter ego», persona equívoca. Algún tiempo estuvo excomulgado y reducido al estado seglar. Su violencia de palabra y de obra envenenó innecesariamente las negociaciones con Bizancio y con Hincmaro de Reims.

En Nicolás se hermanaban su carácter enérgico y su gran altura moral. Defensor intrépido de la dignidad humana, consideraba ilícito aplicar la tortura ni siquiera a ladrones o bandidos. En sus cartas a los reyes exhortaba a unir el recto ejercicio de la justicia a la legitimidad de origen. Y se enfrentó valiente con cuantos se oponían a la justicia y a la moral, sin preocuparse por las consecuencias ni acobardarse ante los poderosos.

Dentro de la Iglesia, desde el principio de su pontificado hubo de luchar con el arzobispo Juan de Ravena que, abusando

de su poder, atropellaba al clero y al pueblo de su jurisdicción, llegando al extremo de encarcelar a los legados pontificios. El Papa lo excomulgó el 861 y restableció allí el derecho y la justicia. Juan se retractó de su proceder solemnemente en un sínodo.

Hincmaro, el célebre y sabio obispo metropolitano de Reims, gozaba de merecido prestigio y aspiraba a ejercer un dominio completo sobre todas las sedes e iglesias de Francia. San Nicolás mostró de nuevo su rectitud y su energía saliendo en defensa del obispo Rotado de Soisson destituido en un sínodo del año 861 a instancias de Hincmaro. El Papa, a cuyo tribunal apeló Rotado, dio sentencia favorable al obispo y el 24 de diciembre de 864 le fueron devueltas las insignias episcopales. Hincmaro hubo de acatar las sentencias del Papa.

Por defender la santidad del matrimonio, se enfrentó con el emperador Lotario II en el primero y más famoso conflicto matrimonial de Europa. Un sínodo de Aquisgrán (862) había autorizado al emperador para repudiar a su mujer Teutberga, de la que no tenía descendencia, y casarse con su amante Valdrada, con la que ya tenía dos hijos. Se basaba en una falsa acusación de incesto, aunque el motivo verdadero era asegurar la sucesión dinástica. Teutberga acudió a Hincmaro que condenó la decisión tomada por los obispos en Aquisgrán.

Otro sínodo celebrado en Metz el año siguiente (863), ya con la presencia de los legados pontificios, reconoció el matrimonio contraído con Valdrada, pero Nicolás sospechó el engaño sufrido por sus legados que se dejaron embaucar. Y cuando Gunther de Colonia y Etgardo de Tréveris se encargaron de llevar las actas a Roma, Nicolás con serena lucidez reunió una asamblea de clérigos y obispos haciendo comparecer en ella a sus dos legados, Roblaldo de Porto y Juan de Cervia. Las actas del sínodo quedaron anuladas y los dos obispos legados fueron depuestos. Lotario se sometió y recibió a Teutberga como su esposa.

Carlos el Calvo y Luis el Germánico se repartieron los dominios de Lotaringia. Lotario quiso peregrinar a Roma buscando la reconciliación con el Papa; pero Nicolás ya había muerto sin ánimo de hacer concesiones en materias tan sagradas como es el sacramento del matrimonio.

El episodio de mayor trascendencia para el futuro y cuyas dolorosas consecuencias han llegado hasta nuestros días con el drama de la separación entre los cristianos de Oriente y Occidente, fue el que oscureció la gestión meritísima de Nicolás el Grande.

Su política con relación a Bizancio partía del principio de que la Sede Apostólica es la primera y suprema autoridad. Mientras que el punto de vista de Oriente respecto a la naturaleza de la autoridad y del gobierno eclesiástico era diferente en no pocos matices. Reconocían, sí, que la Sede romana tenía la primacía sobre todas las otras Iglesias y que el Papa era el primer obispo de la cristiandad con testimonios desde el siglo IV. Pero los bizantinos nunca definieron con precisión la naturaleza de tal primacía. Y no la atribuían tanto al origen apostólico de la Sede romana como al hecho de que estaba situada en la capital del imperio romano y había conservado intacta la ortodoxia doctrinal.

Estaba en juego algo más que la primacía de honor. Aunque admitían el derecho de apelar a Roma no aceptaban que el Papa, como decía Nicolás, pudiera convocar a cualquier clérigo a la Sede Apostólica y volver a juzgar en instancia superior asuntos concernientes a Iglesias particulares.

Por ello se consideran agraviados en el intento de Nicolás cuando intervino por el conflicto de los patriarcas Ignacio y Focio. Las relaciones de Nicolás con el patriarca Ignacio (797-877), consejero de la emperatriz regente Teodosia, eran buenas aunque en Bizancio se oponían dos facciones, una clerical, dirigida por Sergio Asbesta, metropolitano de Siracusa, y otra palatina, dirigida por Bardas, tío del Emperador. Ignacio negaba a éste la comunión por la relación incestuosa con su nuera Eudoxia. Cuando Miguel III (842-867) alcanzó la mayoría de edad, ambos partidos se confabularon para deponer a Ignacio (858) acusándolo de alta traición, y además recluir a la Regente Teodosia en un monasterio.

Para sustituir al patriarca Ignacio, designaron a Focio (820-895), un laico brillante, maestro, de buena familia, jefe de la casa imperial. Asbesta inmediatamente le confirió todas las órdenes.

Cuando Nicolás recibió las cartas sinodales de Focio, que buscaba su confirmación, comprobó que, aunque muy correctamente redactadas, daban a entender que Ignacio había renunciado a su cargo para retirarse a la vida monástica. En septiembre del 860 envió a Constantinopla dos legados para que le informaran, después de examinar de cerca la cuestión. Les tributaron allí grandes honores y presidieron el sínodo convocado en abril de 861 por el emperador en que se confirmó a Focio.

Entre tanto, Nicolás había recibido informaciones de los partidarios de Ignacio con una versión más verídica de todo lo ocurrido. A la vez se enteró de la penetración misionera de los bizantinos en Bulgaria y Moravia, al margen de la autoridad pontificia a cuya jurisdicción pertenecían.

Un sínodo celebrado en Letrán, junio del 863, anuló las actuaciones de los legados pontificios, reconoció a Ignacio como legítimo patriarca y rechazó a Focio con la excomunión, no por ser laico sino por haber usurpado y ocupado una sede que no estaba vacante.

Las relaciones se fueron endureciendo más y más. Sin embargo, Nicolás no quería una ruptura. Escribió de nuevo, el 28 de septiembre del 865, a Miguel III y a Focio proponiéndoles negociar sobre los asuntos del Sínodo de Letrán. Pero Focio reaccionó con dureza acumulando graves acusaciones a la Iglesia de Occidente por su desprecio a las costumbres litúrgicas orientales, por la desviación de las conductas, por la imposición del celibato a los clérigos y por la introducción en el credo de la doble procedencia del Espíritu Santo. Subyacían siempre las grandes diferencias y disensiones de carácter político.

En el verano de 867 preside Focio, en Constantinopla, el concilio que declaró depuesto y excomulgado a Nicolás I acusándolo de herejía. El emperador Miguel llegó a intentar expulsarlo de Roma.

El Papa se dirigió a Hincmaro de Reims buscando la movilización de los obispos occidentales en su defensa. Entonces, en el calor de la refriega se redactaron la carta de Odón de Beauvais y el Tratado *Adversus graecos* de Eneas de París, que abordaban los supuestos errores doctrinales de los griegos.

En su actividad misionera es notable la relación mantenida con el rey de Bulgaria, Boris (852), convertido por los bizanti-

nos enviados por Focio y bautizado con el nombre de Miguel. No habiendo obtenido de Bizancio el establecimiento de la Jerarquía acudió a Nicolás con la petición. Éste acogió fraternalmente a sus mensajeros y le envió dos obispos y más misioneros, prometiéndole un arzobispo metropolitano dependiente directamente de Roma.

Le envió también las célebres *Responsiones* o respuestas a las consultas de los búlgaros formuladas en más de cien preguntas inteligentes de Boris sobre las cuestiones y diferencias existentes entre las dos Iglesias, de Bizancio y de Roma.

Un príncipe célebre, Rostislav, de Moravia se dirigió a Bizancio solicitando misioneros. Le fueron enviados los dos santos hermanos Cirilo y Metodio que conocían la lengua. Los evangelizaron con la primera versión de la Biblia en caracteres «cirílicos». El año 867 Nicolás los llamó a Roma para que le dieran cuenta de su labor y para recibir nuevas orientaciones. Ellos obedecieron. Pero Nicolás no los pudo conocer porque había fallecido antes de que llegaran a la Ciudad Eterna.

Tanto en la relación con Boris como con Cirilo y Metodio, quedó afirmada con claridad la comunión eclesial con la Sede Apostólica.

Como romano y obispo de Roma no olvidó las necesidades de su ciudad. Fuera de un rápido viaje a Ravena (861), fue fidelísimo observante de la residencia y no abandonó nunca la Urbe. Durante su pontificado se construyó el pórtico de Santa María «in Cosmedin»; adornó con mosaicos la basílica de Santa María la Nueva, hoy Santa Francisca Romana; reparó los acueductos y restauró las murallas de Ostia. Fue admirable en la organización de la asistencia a los pobres. Con su presencia y autoridad sabía infundir a todos respeto y orden.

Murió el 23 de noviembre de 867 y fue sepultado en el atrio de la Basílica de San Pedro. Se conserva parte de su epitafio.

Los elogios de Adriano II pidiendo se incluyera su nombre en las oraciones litúrgicas y en los dísticos, equivalen a una verdadera canonización. Benedicto XIV en *De servorum Dei beatificatione et beatorum canonizatione* (I, p.45, n.XIV) recoge esos textos.

En el VIII concilio ecuménico (869-870) se mencionaba su nombre junto al de la Santísima Virgen y los apóstoles (cf. Mansi XVI, col.40).

Por razones desconocidas su nombre no se inscribió en el *Martirologio romano* hasta 1630: «En la basílica de San Pedro de Roma, San Nicolás I, Papa, que sobresalió por su energía apostólica al reafirmar la autoridad del Romano Pontífice en toda la Iglesia».

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

DUFFI, E., *Santos y pecadores. Una historia de los Papas* (Madrid 1998) 73-82.
Nueva historia de la Iglesia, II (Madrid 1982).
PIAZZONI, A. M., «Nicolás I», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los santos,* I (Madrid 2000) 1752-1757.
RABIKAUSKAS, P., «Niccolo I», en *Bibliotheca sanctorum.* IX: *Masabki-Ozanam* (Roma 1967) cols.799-808.
SUÁREZ, L., «Los papas de la Edad Antigua y Medieval», en PAREDES, J. (dir.), *Diccionario de los Papas y los concilios* (Barcelona 1998) 116-120.

SAN HOMOBONO DE CREMONA

Seglar († 1097)

Existen santos cuya vida se puede resumir en muy pocas palabras, porque no hicieron muchas cosas sino que las que hicieron, las hicieron intensamente. En eso consiste la santidad.

Es el caso de San Homobono, del que no tenemos muchas noticias y probablemente no las hubo. Nos hallamos ante un personaje humilde, sencillo, en unos siglos como los de la Edad Media donde los hombres de Dios fueron muy numerosos y realizaron innumerables hazañas, llevados del impresionante dinamismo que les exigía la vida en todos los órdenes, incluido también el religioso. Pero la crecida presencia de los varones religiosos hay que buscarla en los conventos, iglesias y monasterios, mientras el pueblo sencillo, el mundo de los seglares, aparecía pasivo, quizás eclipsado a excepción de los altos dignatarios.

Posiblemente nos hallemos ante un espejismo debido a que nos fijamos en los santos canonizados, que son los que dominan el cielo medieval, pero eso no significa que en ese mismo cielo no brillen astros con intensa luz propia dentro del pueblo normal ante un Dios que no utiliza los parámetros que utiliza-

mos los humanos para medir a aquellos que le son afectos. Se dice precisamente que San Homobono es de los pocos santos seglares de la Edad Media canonizados.

El nombre de Homobono encierra ya la síntesis de una vida con breves palabras como se dijo de algún otro en el Evangelio: «He aquí un hombre bueno en el que no hay engaño».

Homobono nació en Cremona, ciudad de Lombardía de Italia, de padres mercaderes, que gozaban de una mediana fortuna fruto de honradas economías familiares. Recibió de pequeño una esmerada educación cristiana, mas al llegar a la pronta edad de trabajar sus padres no pudieron darle otra educación que la de adiestrarlo en su propio oficio de mercader.

Creció el joven aprendiz rodeado de las normales circunstancias de un trabajo bastante común en aquel siglo XII. Pero aun así, sin salirse de ellas, «la pureza de sus costumbres y la amabilidad de sus modales le llevaron a conquistar el aprecio de todos los ciudadanos; quienes hablando del joven Homobono le prodigaban los mayores elogios».

Con la bendición de su padre contrajo matrimonio con una joven muy hermosa, de una posición quizás mejor que la suya. Pero duró poco esta felicidad porque el padre murió y el impacto de ese hecho produjo un cambio definitivo en sus costumbres:

> «Consolaba a los afligidos, amonestaba a los que erraban, instruía a los ignorantes, perdonaba a los enemigos, daba buen consejo a los que se lo pedían: en suma, era refugio, alivio, y amparo de todos los necesitados y menesterosos, de manera que a una voz era llamado por la ciudad padre de los pobres».

Mas esta actitud no era un fácil camino de rosas, antes al contrario, tuvo la oposición en su misma esposa, que no compartía los sermones que le dirigía Homobono cuando afirmaba que Dios no desampara a los que confían en él. Parecía incluso que algunas de sus acciones eran milagrosas, o tal vez lo eran, porque parecía imposible entregarse y atender a tantas obras de caridad. Obras de caridad que se alimentaban con la oración diaria e incluso con el rezo de los oficios de maitines, devoción en aquellos momentos bastante extendida entre el mismo pueblo cristiano.

Así de normal y de heroica al mismo tiempo pasó su vida, que se vio coronada al final con una muerte de indicios claros con huellas incuestionables del que moría en los brazos del mismo Dios.

> «Vino el día en que Dios quiso premiar tantas virtudes con la aureola de los santos. Continuaba Homobono el curso de sus ordinarias devociones, cuando la noche del 13 de noviembre de 1097, saliendo de su casa para ir a maitines, como tenía de costumbre, entró en la iglesia de S. Gil y poniéndose de rodillas delante de la cruz, le sorprendió el día en su postura y con él la muerte, entregando su espíritu al Criador en el momento en que el sacerdote celebrante decía el Gloria.
>
> La noticia de su fallecimiento voló por toda la ciudad; innumerable multitud de gente corrió a verle y a reverenciar sus preciosas reliquias. Enterráronle en la misma iglesia y sobre su tumba el Señor se ha servido dar vista a los ciegos, movimiento a los paralíticos, lengua a los mudos, oído a los sordos y salud a los enfermos».

Aunque el párrafo que copiamos relatando su vida tenga el recreo narrativo de las frases del Evangelio, no cabe duda de que es una hermosa forma de expresar el fervor del pueblo a uno de los suyos. En aquella época de profundas creencias cristianas era frecuente encontrar hechos que se pueden llamar milagrosos o que en verdad eran milagros.

Algunos de estos hechos están «autentificados en debida forma» y junto al testimonio ejemplar y heroico de su vida han valido para que el papa Inocencio III lo pusiera en el catálogo de los santos el 22 de diciembre del año 1198, en el primer año de su pontificado. En 1356 se abrió la sepultura y al día siguiente, 25 de junio, fue trasladado a la iglesia mayor de Cremona, donde fueron depositados en una urna de mármol, y donde siguen acudiendo numerosos creyentes.

Ahora, en nuestro tiempo, es patrono de los sastres.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

Biografía eclesiástica, X (Madrid 1856) 1107-1108.

SANTA AGUSTINA (LIVIA) PIETRANTONI
Virgen († 1894)

A Santa Agustina Pietrantoni la comparó Pablo VI con Santa Inés, la mártir que siempre ha contado con la fervorosa admiración de los romanos. Joven, atractiva, humilde y ejemplo de caridad entregada, sor Agustina murió al mediodía del 13 de noviembre de 1894, víctima de las siete cuchilladas que le asestó José Romanelli, un enfermo del hospital romano del Espíritu Santo, donde ella trabajaba como Hermana de la Caridad. La semblanza que de ella hizo el papa Montini en su homilía de beatificación, el 12 de noviembre de 1972, fue un hermoso canto, una expresiva y dulce loa, que se recreaba describiendo las etapas de su biografía. Como si fuera una historia fantástica o poética, empezaba diciendo que «había una vez» un pueblo llamado Pozzaglia, acostado en las colinas de la Sabina, y «una casa bendecida, nido de voces infantiles, entre las cuales estaba la de Oliva», conocida también por Livia, que acabaría siendo con los años la hermana Agustina. Una historia, en cambio, real, ejemplar y creíble.

Conviene seguirle los pasos al relato biográfico del Papa, que pinta el pueblo natal de Santa Agustina con delicadas pinceladas, rodeado de campos pobres y de olivos de plata. En efecto, allí, en Pozzaglia Sabina, en aquel paisaje y en aquel hogar cristiano, nació el 27 de marzo de 1864 Livia Pietrantoni Constantini, la segunda de una larga colección de once hermanos, y aquel mismo día fue bautizada. Sus padres, Francisco y Catalina, eran unos humildes agricultores que labraban su propia hacienda y algunas otras tierras arrendadas a los vecinos, con las que hacían frente a las necesidades de la familia, en cuyo seno vivía e influía la figura venerable de Domingo, el abuelo materno. Ciertamente allí se trabajaba sin descanso, pero también allí «todos se preocupaban de hacer el bien, y se rezaba con frecuencia».

En ese ambiente familiar recibió la pequeña Livia una educación religiosa patriarcal, sencilla, pero al mismo tiempo cálida y fervorosa. Fue confirmada a los cuatro años y se acercó a la comunión por vez primera a los doce. Pero a esas alturas de su vida ya había conocido por experiencia lo que suponía trabajar

en el campo, llevar una vida llena de ocupaciones y responsabilidades que hiciera más llevadera la carga de una familia tan numerosa. Pastora y labradora, aprendió a remendar zapatos e incluso se colocó alguna vez detrás de una mancera, al mismo tiempo que recibía de su madre las primeras lecciones de trato cuidadoso a sus hermanos pequeños. Y aunque no tuvo oportunidad de asistir regularmente a la escuela, sin embargo, gracias a su precoz disposición, en el poco tiempo que la frecuentó logró aprender a leer y a escribir.

Todas las manos parecían pocas en la casa para compartir el trabajo agrícola, pero tampoco sobraba un salario, aunque fuera infantil, que contribuyese a remediar la escasez. Así que, dicho y hecho, con siete años de edad tenemos a Livia ganándose un jornal de media lira, expuesta a la intemperie de un trabajo duro donde los haya. Una niña como ella, con otras de su misma edad, trabajaron durante cuatro años transportando espuertas de arena y grava para la construcción de la carretera provincial que uniría Orvinio con Poggio Moiano. Lo decidido de su carácter y su sobresaliente responsabilidad le dio ante sus compañeras un ascendiente que no era liderazgo sino admiración y amistad. Este prestigio se demostró de manera particular años después, en plena adolescencia, cuando marchó de temporera con otras chicas de su edad a la recolección de la aceituna. Mantuvo Livia en estas circunstancias un gran sentido del deber, una resuelta defensa de la justicia social y de la dignidad femenina ante capataces sin escrúpulos que trampeaban con el sueldo y se dirigían a ellas con frases maliciosas.

Livia era una chica guapa, hacendosa, trabajadora, con iniciativa, se hacía respetar, era cumplidora, obediente y le adornaba el encanto de una cierta timidez. Parecía un buen partido. Tan buen partido que no le faltaban pretendientes. Uno de ellos dejó un testimonio escrito explicando cómo estuvo a punto de enviarle una declaración de amor, pues no se atrevía a manifestarle de palabra sus sentimientos, pero ella se anticipó a la respuesta. Lo cuenta así:

> «Una tarde la alcancé en una calle por casualidad. Leía no sé qué libro. Se paró, me miró un poco confusa. Luego sacó del libro una estampa, un *Ecce Homo,* y me la enseñó diciendo: Con éste es con quien yo me casaré».

Para entonces ya tenía decidido un sí que nada tenía que ver con los novios que imaginaba su madre. Livia estaba sintiendo interiormente la voz de su vocación. Cristo sería su amor, sería su esposo. Se lo fue comunicando a sus amigas, que hicieron todo lo posible por quitarle la idea de la cabeza. Se lo confió a su madre. Y recibió el empujón más entusiasta de su tío materno fray Mateo Constantini. «Seré religiosa —decía— en el convento más humilde».

Tenía Livia Pietrantoni casi veintidós años, cuando le llegó una carta de su tío para que viajara a Roma a entrevistarse con la superiora de las Hermanas de la Caridad. El aviso lo recibió en las vísperas de la Navidad de 1885 y pocos días después, pasadas las fiestas, se marchó a la Ciudad Eterna con la mayor ilusión, dispuesta a quedarse. Le faltaba un requisito, no aportaba la dote necesaria para su admisión, motivo por el que tuvo que regresar a casa contrariada y decepcionada. Pero no habían pasado tres meses cuando le comunicaron por carta la buena noticia de que había sido admitida. Era el 23 de marzo de 1886 cuando Livia se puso de nuevo en camino hacia Roma. La despedida de su familia fue una mezcla de sonrisas y lágrimas: besó a sus padres y hermanos y se llevó la bendición de su abuelo Domingo; y una vez en la calle, trazó sobre la puerta de casa una gran cruz como el mejor de los adioses.

Llegó al pie del Aventino, a la casa generalicia de las Hermanas de la Caridad, la congregación fundada por Santa Juana Antida Thouret en Besançon en 1799. Una de las primeras cosas que aprendió a poco de entrar como postulanta fue aquella regla de oro de sus Constituciones que proponía amar y servir a Cristo en los pobres, a quienes las hermanas se consagran con un voto especial. Siete meses estuvo Livia de postulanta y otros diez de novicia, al término de los cuales, el 13 de agosto de 1887, recibió el hábito religioso en una ceremonia presidida por el cardenal Lucido María Parocchi, vicario de León XIII. En el momento de cambiar el nombre y manifestar que deseaba llamarse Agustina, el cardenal le hizo esta breve recomendación: «No existe una santa Agustina en el santoral, así que hágase vos esa santa». Una premonición que se cumpliría canónicamente ciento doce años después, el 18 de abril de 1999, cuando Juan

Pablo II la reconoció como santa en la Plaza de San Pedro de Roma.

Al terminar el rito de la toma de hábito, la maestra de novicias se reunió con las nuevas hermanas para despedirlas del noviciado. «Sois cuarenta —les dijo— como los cuarenta mártires de Sebaste. Sed fieles como lo fueron aquellos bravos soldados de Cristo. ¿Hay alguna entre vosotras que esté dispuesta a imitarlos en el martirio?». Y tras un breve silencio, una de ellas respondió: «Yo». Era la voz de sor Agustina, la más decidida, la más sencilla y humilde de todas.

Empezaba ahora su compromiso directo con los pobres, con los enfermos, su misión como hermana de la caridad. La enviaron de enfermera al Hospital del Espíritu Santo de Roma, una escuela de caridad cristiana con más de setecientos años de gloriosa historia, una institución muy frecuentada por grandes santos —Felipe Neri, Carlos Borromeo, José de Calasanz, Camilo de Lelis o Don Bosco— que pronto, dos años después, viviría las consecuencias de la llamada «cuestión romana», un galopante proceso de laicización. La hostilidad hacia la religión era más que evidente. Los religiosos que lo dirigían hasta entonces fueron expulsados y sustituidos por una administración civil, presidida por el profesor Aquiles Ballori. Se hicieron desaparecer de las salas todos los signos cristianos que había y quedaron prohibidos los actos públicos religiosos. Si permanecieron en el hospital las hermanas sólo fue por el temor de sus responsables a una protesta popular, pero con todo no discurría la vida sanitaria en un ambiente favorable a la presencia de las monjas: tenían que afrontar grandes dificultades, recibían de los enfermos frecuentes insultos y desprecios. Conociendo el temple de la hermana Agustina y sobre todo su capacidad de entrega, allí se fue acrisolando el tesoro de su compromiso evangélico con los más pobres y enfermos.

Primero estuvo destinada en el pabellón de niños, tarea que para sor Agustina, cuidadora durante años de sus hermanos pequeños en Pozzaglia Sabina, no suponía mayores complicaciones. Las habilidades demostradas en este sector hospitalario la llevaron en seguida al pabellón Lancisi y Baglivi, destinado a los adultos, y a la galería conocida como *La Sixtina*. Al

cabo de dos años contrajo una grave enfermedad infecciosa que la llevó al borde de la muerte y de la que pudo salir adelante. En una carta a sus padres, escrita meses después, les explicaba su restablecimiento:

> «Hace algunos meses estuve muy enferma, a punto de morir y de ser arrancada a vuestro cariño y ternura. ¡Qué sufrimientos estaríais pasando si hubiese ocurrido! Pero no, no os aflijáis y alabad conmigo a Dios porque ahora, por gracia especial de María Santísima, no solamente me he restablecido, sino que tengo más salud que antes. Dad gracias al buen Dios y uníos a mí para agradecerle el favor que me ha concedido sin merecerlo».

Una vez curada, la encargaron del pabellón de tuberculosos. Sor Agustina hizo su profesión religiosa el 29 de septiembre de 1893 y en mayo de 1894 se contagió de tuberculosis, enfermedad entonces incurable. La superiora de la comunidad quiso sustituirla de inmediato por otra enfermera, pero ella se opuso con este razonamiento tan caritativo: «Madre, si envía a otra hermana entre aquellos enfermos, se contagiará también ella, vale más que me quede yo que estoy ya enferma». «Bien, hija mía —le respondió la superiora—, vuelva a su servicio». Su trato con los enfermos fue de una exquisita paciencia, de una dedicación ejemplar y de una caridad a toda prueba, a pesar de que no siempre era tratada con respeto y consideración, como atestigua una persona que conoció de primera mano su forma de actuar:

> «Antes de acostarse por la noche, hacía un recorrido para visitar a los enfermos más graves y más peligrosos; les colocaba la almohada y los consolaba. A veces los enfermos perturbados o descontentos le hacían desaires. Incluso en estos casos nunca perdía la paciencia ni los trataba con severidad».

Uno de esos enfermos más levantiscos, José Romanelli, con antecedentes penales, se comportó una tarde, el 23 de octubre de 1894, de un modo insultante y provocador. El director del hospital, puesto en antecedentes por un enfermero, tomó la decisión de expulsarlo al cabo de dos días. Romanelli sospechó equivocadamente que había sido por influencia de sor Agustina y empezó a enviarle mensajes de amenaza. «Te mataré con mis propias manos», decía uno de ellos. El propio director, que había denunciado esta actitud en la jefatura de policía, aunque se

la tomaron como una bravata, le dio a la hermana este consejo: «Cuidado, sor Agustina, guárdese de José Romanelli, podría hacerle daño». «Pero, señor director —le respondió—, no puedo vivir con miedo, porque el miedo hace perder el tiempo y yo tengo tan poco...». Eso le contestó al director, pero en el interior de sor Agustina se encendía la auténtica respuesta, la que más de una vez había salido de su boca: «Me siento inflamada de caridad por todos, dispuesta a afrontar cualquier sacrificio, incluso a derramar la sangre por la caridad».

El 13 de noviembre de 1894, por la mañana, se cumplieron las amenazas de Romanelli. Después de la misa, cuando sor Agustina, vestida con el hábito blanco de enfermera, se dirigía a su pabellón, entró un instante en la cocina a coger un vaso para un enfermo. En el momento de salir al pasillo, se encuentra de improviso con Romanelli que venía amenazante con un cuchillo en la mano. Se abalanza sobre ella y se ensaña dándole siete cuchilladas. Sor Agustina cae de rodillas sobre su propio charco de sangre, sin un lamento. Logra levantarse a duras penas y dar unos pocos pasos, mientras dice: «Virgen María, ayúdame». Alguien que vio la escena desde el fondo del pasillo, gritó el nombre del asesino. Acudió rápidamente al reclamo de los gritos la superiora, que aún pudo preguntarle a sor Agustina si perdonaba a su asesino. La hermana sólo pudo esbozar una dulce sonrisa antes de expirar.

La noticia de la muerte de sor Agustina estremeció a toda Roma. Al paso del cortejo fúnebre, el pueblo, conmovido y lloroso, se echó a la calle para rendir homenaje a Agustina Pietrantoni, hermana de la Caridad, víctima de la caridad. Muchos asistentes llevaban pancartas con esta frase escrita: «Mártir de la caridad». Los diarios *Il Messaggero* e *Il Tempo* del 16 de noviembre de 1894 calcularon que más de doscientas mil personas, «un espectáculo imponente», dieron el emocionado adiós a la que habría de ser Santa Agustina. Una santa que respondió, como dijo Juan Pablo II en la ceremonia de canonización, «al amor de Dios con un amor igualmente generoso e incondicional, manifestado mediante el servicio humilde y fiel a los queridos pobres».

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

Ecclesia (2-12-1972) 7-9; (8-5-1999) 35-36.
L'Osservatore Romano (13/14-11-1972) 1-2; (19/20-4-1999) 6-7.
RONDINA, F. S., *Vita e morte di suor Maria Agostina (Livia Pietrantoni), religiosa del V. Istituto delle Suore della Carità de S. Vincenzo de Paoli, martire della carità e del dovere* (Roma 1895).

BEATA MARÍA PATROCINIO DE SAN JUAN GINER GOMIS

Virgen y mártir († 1936)

Fue una religiosa claretiana que murió por el odio enloquecido a la fe cristiana que se desencadenó con motivo de la guerra civil española de 1936 a 1939. Su nombre era María Cinta Asunción Giner Gomis. En religión recibió el de María Patrocinio de San Juan.

Nació en Tortosa, Tarragona, el 4 de mayo de 1874. La familia de la futura mártir estaba compuesta por Joaquín Giner Talens y Salvadora Gomis Vila. El padre, que había sido labrador, trabajaba entonces como modesto operario de los ferrocarriles del Norte. Y fue pronto designado como jefe de varias estaciones en la línea de Cataluña, entre Barcelona y Valencia. Por su oficio tuvo que cambiar varias veces de residencia y llevó consigo a su esposa y los hijos, que fueron numerosos y todos piadosos. Ese año de 1874 estaba destinado en Tortosa.

La madre tenía un hermano sacerdote, D. Salvador, que ejercía su responsabilidad parroquial en Carcagente. También era hermana de la madre Vicenta Asunción de San Simón, que se había hecho claretiana y residía en el colegio de su congregación en Carcagente. El matrimonio de Joaquín y Salvadora, contraído en 1859 también en la localidad, fue fecundo. Nacieron en su seno 14 hijos, de los cuales 7 llegaron a la adultez. El quinto nacimiento correspondió a María Cinta Asunción. Recibió el bautismo en la parroquia del Cristo del Sagrario, en la catedral.

Entre los hijos de tan cristiano hogar Dios repartió a manos llenas los dones vocacionales. La mayor de las hijas, Salvadora, fue religiosa agustina del Convento de San Cristóbal de Valencia. La tercera, Carlota, fue agustina ermitaña en Valencia y se

llamó sor María Bautista. La siguiente, María Josefa, ingresó en las clarisas de Játiva y se llamó sor Trinidad. Tuvo que salir por su frágil salud y permaneció en casa de su hermana mayor y luego como acogida en el convento claretiano. El hermano pequeño, Salvador, fue franciscano misionero en Perú y luego en Argentina, donde murió víctima de la lepra contraída en el ejercicio heroico de su labor de caridad.

Era normal que en ese contexto ella sintiera también la llamada a la vida religiosa. La ocasión fue su ingreso en el colegio de María Inmaculada de Carcagente, donde vivía también la tía claretiana. La niña Asunción fue educada con especial delicadeza en el ambiente piadoso del colegio, que había abierto la misma fundadora del Instituto, María Antonia París, en el año 1875. La vida en un colegio como aquél se orientaba por los trabajos y los estudios. La futura mártir se educó en el espíritu claretiano expresado hermosamente por el fundador San Antonio María Claret en libros tan hermosos como *La colegiala instruida, El tesoro cristiano* y *Las máximas espirituales o reglas para vivir los jóvenes.* Inspiraban la educación de las alumnas de los colegios de aquel tiempo entre las claretianas y daban sentido a las gentes de buen corazón.

En esa misma casa sintió la llamada vocacional al terminar su estancia en él, cuando tenía 16 años. Inició su camino en la vida religiosa al ingresar como postulante el 3 de marzo de 1892 y al entrar luego el 5 de mayo en el noviciado. Recibió el nombre de María Patrocinio de San Juan, con el que se la llamaría en adelante. Conoció los avatares de la congregación a lo largo de su dilatada existencia y desde su cargo de consejera primero, de maestra de novicias durante más de 20 años y de superiora o priora en varios períodos.

Después de profesar en el Instituto el 16 de septiembre de 1893, en presencia del párroco de San Bartolomé que actuó como delegado del arzobispo de Valencia, se incorporó a las tareas docentes del Centro. Se entregó en cuerpo y alma a la obra que más la gustaba, que era educar a las alumnas. Y tuvo muchos aciertos en las tareas por las que sentía singular predilección y para las que contaba con excelentes dotes: la catequesis, la música, sobre todo las labores de bordado, en las que sobre-

salía con habilidad admirable. Su trabajo silencioso y amable le ganó pronto el corazón de las alumnas, que imitaban su vida piadosa. Por sus manos pasaron muchos grupos de alumnas que la recordarían siempre con inmenso afecto.

En 1904 el capítulo de la comunidad, en donde había entonces cuarenta hermanas, la designó como maestra de novicias para sorpresa propia y regocijo de las que la apreciaban por su amable disponibilidad y generosas actitudes. Las jóvenes religiosas que pasaron por sus manos de formadora durante años la retratarían luego en todos sus testimonios como persona seria, enamorada de Cristo y de su Madre, religiosa claretiana íntegra y profunda, abierta a la vida, amable en el trato humano y sincera y noble en las relaciones.

Especial recuerdo guardarían de su piedad y de su serenidad. La primera la manifestaba alentando a las alumnas y a las novicias a dedicar algunos ratos libres para confeccionar ornamentos litúrgicos y poder enviarlos a diversos sacerdotes. Envió en nombre de las hermanas y alumnas unos ornamentos bellamente bordados al papa Pío X en 1908 con motivo de sus bodas de oro sacerdotales. Y la serenidad se manifestaba en todas las ocasiones, incluso en las difíciles, como en septiembre de 1911 cuando apedrearon el convento las hordas exaltadas en una manifestación revolucionaria que transcurría por la calle adyacente.

Su lema siempre era el mismo: «Guardar la paz pase lo que pase, que Dios está con nosotros». Su ilusión era hablar de Dios a las niñas y a las jóvenes y hacerlas vivir conforme al Evangelio. Fue una de las religiosas que más simpatizó con la idea de la orientación educativa del Instituto fundado por San Antonio María Claret y la piadosa fundadora Antonia París en Cuba en 1855. La obra nacida en La Habana comenzó llamándose de «Enseñantes de María Inmaculada». Pero fue encorsetada en la Regla benedictina por el rescripto aprobatorio emitido desde Roma por Pío IX el 27 de abril de 1855, en el que se marginó en parte la petición hecha por el mismo Claret, arzobispo de la Isla e inspirador del proyecto.

En 1895, siendo ella joven, la segunda sucesora de la fundadora reclamó a los conventos autónomos una mayor dependen-

cia de un gobierno central. Los fundadores habían diseñado un Instituto unificado, pero las normas de Roma habían moderado tal proyecto y habían impuesto cierta autonomía para cada casa. El germen de la unificación más centralizada latía en muchas hermanas desde que la misma fundadora había tenido que separarse de su orientador espiritual, el P. Carrius.

Las demandas apostólicas que al Instituto llegaban volvieron las aguas a sus cauces primitivos y la mayor parte de las casas entraron en 1914 en una forma más centralizada del Instituto. Gracias a los trabajos del canonista claretiano P. Felipe Maroto, se logró encauzar los deseos de las hermanas y resucitar el espíritu fundacional. Se preparó y recibió un decreto de la Congregación romana de religiosos del 24 de agosto de 1920 haciendo del Instituto una Congregación de votos simples dedicada a la educación cristiana.

La M. Patrocinio se alegró mucho por ello, pues estaba en la línea de la educación como tarea preferente y así había ido formando a las novicias que estuvieron bajo su dirección durante 21 años. Porque ella, mujer serena, piadosa y de profundo sentido práctico, estuvo al frente del noviciado en Carcagente. Pero tuvo que vivir la transformación de forma peculiar, ya que la orientación de la comunidad de Carcagente se mantuvo reticente a los cambios, siendo la única casa que se mantuvo autónoma y original.

La virtud de la madre María Patrocinio fue lo suficientemente fuerte para aceptar la voluntad mayoritaria de las 37 religiosas que conformaban el grupo entonces. Decidió permanecer con la interpretación de los votos, de la vida religiosa y de la acción educativa como había surgido al principio, mientras revisaban más a fondo el espíritu eclesial recibido de San Antonio María Claret y de la espiritual María Antonia París. Ella fue consciente de que lo importante no estaba en las formas canónicas, sino en el espíritu eclesial y en la tarea educadora que se mantenía en la casa en la que estaba y trabajaba.

El 22 de enero de 1922 fue elegida por el Capítulo de la casa como priora, cargo que ejerció a pesar de su primera actitud humilde de resistencia a semejante nombramiento. Y lo hizo con la dulzura que siempre la caracterizó y en íntima colaboración

con su predecesora, la madre Concepción Espí. Mantuvo al mismo tiempo la dirección y la animación del noviciado y ejerció un eficaz apostolado, no sólo en los aspectos culturales de un buen centro docente, sino en el trato con las Hermanas, con las alumnas y con las familias. A todos ganaba con su amabilidad y su generosa disponibilidad.

El 10 de julio de 1925 de nuevo fue elegida como priora la M. Concepción Espí y, al abrirse una nueva casa en Puerto Sagunto, consideró la superiora conveniente que la madre Patrocinio fuera al frente de las cinco hermanas que iniciaron la obra. Disponible y generosa, desprendida y alegre, se dispuso a cumplir la misión y aceptó ser designada para abrir la casa y dirigir la comunidad y el nuevo centro. El proyecto pedagógico que redactó para la obra reflejaba una fina sensibilidad pedagógica y gran elevación humana, al mismo tiempo que ofrecía un excelente cauce a la educación de las niñas con ideales femeninos y con profundo amor al Evangelio y a la Iglesia.

Las dificultades que fueron surgiendo, imprevistas unas y claramente previsibles otras, fueron grandes, pero todas se fueron venciendo con su natural optimismo y serenidad. Se abrieron clases normales y las alumnas afluyeron con abundancia. Ella cuidó que el nivel docente fuera elevado y la orientación de la piedad sana. También se esmeró en mantener relaciones cordiales con la población. Se iniciaron clases nocturnas para las jóvenes trabajadoras y para personas adultas. Su labor estaba en pleno auge, cuando la muerte de la superiora de Carcagente la obligó a regresar a su anterior oficio de superiora de la casa, pues la comunidad en pleno reclamó su presencia para que asumiera la dirección.

En el ambiente se respiraba la tensión social y política de forma creciente. Al caer la Dictadura de Primo de Rivera, los desórdenes se incrementaron. La región de Valencia resultó de las más ajetreadas de España, sobre todo en las cercanías de zonas industriales y portuarias. Las olas llegaron hasta Carcagente y no menos a la comunidad de Puerto Sagunto, en donde las tensiones entre grupos políticos encontrados hacían imprevisible lo que podría acontecer. Eran días en los que ya se respiraban los nubarrones y las tensiones de la inmediata revolución que se acercaba como tormenta devastadora.

La proclamación de la República el 14 de abril fue el motivo que acrecentó las tensiones y exacerbó los ánimos. El 12 de mayo de 1931, estando allí, las sorprendieron los revolucionarios, que se hicieron dueños de la situación y originaron continuas algaradas deteniendo y matando a diversas personas. Después de incendiar todo y arrasar la casa, obligaron a las hermanas a dejar el edificio y a huir de la localidad. La madre Patrocinio regresó con las hermanas a Carcagente, sintiendo en el alma dejar una localidad obrera, en la que tantas jóvenes precisaban la ayuda de guías serenas y firmes como eran ellas. Pero las circunstancias se impusieron a los sentimientos y fue imposible continuar la labor en aquella hermosa obra en donde habían sembrado tantas esperanzas.

En el momento de salir, después de haber logrado que todas las niñas y las hermanas estuvieran seguras en las familias o en manos de personas amigas, tuvo el último gesto de valentía y arrojo. Se había quedado la última y, al ponerse ante los forajidos que apedreaban la casa, observaron ellos que algo oculto llevaba bajo la esclavina. Había tomado el Santísimo de la capilla y lo llevaba junto al pecho. Al intentar registrarla, se opuso enérgicamente diciendo: «Llevo a Nuestro Señor Jesucristo y moriré mil veces antes que entregároslo a vosotros». Su voz fue tan decisiva que todos se echaron atrás y salió sin más incidentes.

Fue su sobrino Pascual el que la trasladó a Carcagente. Desde julio de 1932 cesó de ser superiora en la casa. La comunidad eligió para sucederla a una de las primeras novicias formadas por ella, la madre Encarnación Armiñana. Su labor en adelante fue el trabajo en la medida de lo posible y en medio de las dificultades que el Gobierno ponía a los centros escolares católicos, prohibidos ignominiosamente nada menos que por la misma Constitución republicana en su artículo 33. Pero las Hermanas se hicieron las desentendidas y, como otras muchas religiosas, continuaron su labor so pretexto de que no era de educación sino de beneficencia.

La situación política y social de España se siguió deteriorando y agravando. Las religiosas sufrían las persecuciones y luchaban denodadamente por seguir educando a las niñas. Algún

consuelo encontraron las Hermanas al celebrar la beatificación del P. Claret el 25 de febrero de 1934. Aunque la comunidad y el colegio de Carcagente se mantenían en régimen de autonomía respecto del resto del Instituto, hasta que en 1945 se reintegrara a la estructura general, la vinculación espiritual era estrecha. En la capilla pusieron una imagen del nuevo beato.

Los sobresaltos se incrementaron a medida que la situación se deterioraba en la nación. La Ley de congregaciones religiosas del 3 de junio de 1933 estimuló el poder confiscador e intervencionista de un Gobierno cada vez más sectario. En octubre de 1934 fue la revolución de Asturias lo que atrajo la atención de todos. Con el triunfo del Frente Popular, así llamado el conglomerado de todos los partidos de izquierdas, en las elecciones del 16 de febrero de 1936 los desórdenes se incrementaron: se quemaban iglesias, se destruían edificios, se detenía a las personas al margen de toda ley y de todo sentido común. En los pueblos del entorno de Carcagente, como eran Alcira, Játiva, Benifairó, también hubo saqueos, incendios y expolios. El 13 de mayo algunos concejales de Gentora avisaron a las hermanas de que en Alcira, en las cercanías, comisiones de revolucionarios incontrolables hablaban de asaltos. Era conveniente que salieran del convento y buscaran otro refugio. Las alumnas fueron enviadas a sus casas y las Hermanas se acogieron a hogares amigos, a la espera de lo que pudiera acontecer.

La madre Patrocinio y su hermana Trinidad, que vivía en el convento como pensionista de las claretianas desde hacía tiempo, se trasladaron a la casa de su hermana Asunción, en la masía o hacienda llamada Huerto del Mirador, en los alrededores del pueblo. A la casa llegó pronto también la otra hermana, Carlota, la religiosa agustina de Valencia. Allí vivieron las cuatro hermanas juntas sólo unas semanas. El 18 de julio de 1936 estalló la reacción militar y España quedó dividida en dos bandos irreconciliables. Las fuerzas revolucionarias comenzaron a destruir todo lo que era religioso en las zonas que dominaron, como fue el caso de la región valenciana.

El trabajo en el huerto y en las faenas de la casa fue su ocupación habitual en aquellos días. Pero los milicianos, que sabían que allí había religiosas, venían al hogar con el pretexto de hacer

inspecciones en busca de armas escondidas. Los ornamentos que había traído Patrocinio del colegio podían comprometer a su familia. Ante el consejo de amigos, los quemó con dolor de su corazón, pues ella misma los había bordado y preparado. Las inspecciones se hicieron cada vez más frecuentes. En los comienzos de septiembre la familia dejó la casa para evitar tanta vigilancia y desconfianza y buscaron otros refugios más discretos.

Al abandonar las hermanas la casa familiar, se refugiaron en casas de otras familias amigas. Resultaba muy difícil la situación para ellas y para quienes les daban protección. La madre Patrocinio ayudó a las hermanas para que encontraran familias acogedoras, pues ella tenía excelentes relaciones. Esperaba que pasara la tormenta, que creyó iba a ser breve. Ella se albergó en casa de dos hermanas llamadas Camarena, antiguas alumnas suyas. Con ella fue otra claretiana, la hermana Enriqueta, ya de edad. Este hogar fue su última morada terrena. Estaba en la calle General Prim, en el número 7.

Un mes largo duró su residencia allí. El 13 de noviembre se hallaban rezando el rosario al atardecer cuando llegó un coche con milicianos, preguntando por la superiora del convento que se escondía allí. Ella se adelantó y dijo: «Yo no soy ya la superiora, soy una hermana». Decidieron llevarla para un interrogatorio. Sus compañeras se opusieron a que fuera sola y pretendieron acompañarla, pues intuyeron que era una trampa. No lo consintió y subió al coche, que tal vez fue por alguno de los comités a recoger más detenidos o tal vez se dirigió directamente al lugar elegido por los asesinos.

Lo que pasó en verdad se pierde en el silencio de los atropellos revolucionarios. De hecho fue llevada a las afueras del pueblo para asesinarla. Entre las personas con las que se encontró en el mismo camino o ya en el lugar estaba su hermana Carlota. No se sabe el número exacto de los allí conducidos. Se acercaron a la docena. El lugar estaba en el camino de Tavernes, a 8 kms. de Carcagente. Se denominaba por unos «Pinar de los Frailes» y por otros «Portichil de Valldigna». Allí fueron asesinados a sangre fría todos los miembros del grupo.

Rumores posteriores con visos de probabilidad parece que apuntan a que ella habló a los milicianos intentando que no cometieran tales crímenes:

> — «Matadlas enseguida, porque si no nos va a cambiar a todos», parece que sentenció el que hacía de jefe.
>
> — Ya frente a los fusiles de los asesinos, ella dijo con serenidad: «Vosotros no sabéis lo que hacéis. Algún día os pesará. Yo acepto con gozo lo que Dios permite, porque me vais a abrir las puertas del cielo. Desde el cielo rogaré por vosotros».
>
> — «¡Vaya monjita ésta! ¡Qué temple tiene!», dijo otro.
>
> — Sus últimas palabras parece que fueron: «Yo os perdono de todo corazón. No sabéis lo que hacéis».

Alguien mandó luego enterrar los cuerpos en una fosa preparada a toda prisa. La fosa anónima común fue frecuente en la comarca en aquellos fatídicos días de sangre y orgía anticristiana. No había autoridad ni ley. Por eso no quedó documentación sobre el asesinato. Fue un crimen incomprensible, obra de un loco, pues no era norma ni costumbre entre los milicianos asesinar a las mujeres, fueran religiosas o no. A ella la condenaron a muerte sólo por ser la superiora de las hermanas. Tenía 62 años y llevaba 42 de vida religiosa.

Los restos mortales de la religiosa durante mucho tiempo fueron dados por desaparecidos. Pero más tarde se localizaron y merecieron un digno enterramiento al llegar la beatificación. Ésta tuvo lugar el 11 de marzo del 2001 en el Vaticano, cuando el papa Juan Pablo II, en una de las ceremonias más numerosas de beatificación que ha conocido la Iglesia, elevó a la dignidad de los altares a 233 mártires de la diócesis de Valencia.

Fue una más de las flores martiriales que llenó de admiración al mundo y de consuelo a sus paisanos y hermanas en religión. Fue un símbolo y modelo de valor y serenidad en aquella fiesta martirial en la que subieron al cielo en el plazo de pocos meses, sólo de la archidiócesis de Valencia, 361 sacerdotes, 373 hombres y jóvenes de Acción Católica, 93 Mujeres de Acción Católica y varios centenares de religiosos de diversos institutos masculinos y femeninos.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

MISIONERAS CLARETIANAS, *Amar es darse: María Patrocinio Giner Gomis, mártir claretiana* (Roma 2001).

BEATOS PEDRO VICEV, PABLO (JOSÉ) DZIDZOV, JOSAFAT (ROBERTO MATEO) SISKOV

Presbíteros y mártires († 1952)

En su viaje apostólico a Bulgaria, en el año 2002, el papa Juan Pablo II proclamó estos tres nuevos beatos, mártires durante la persecución comunista en Bulgaria.

PEDRO VICEV nació en la aldea de Strem, diócesis de Tracia, en la región de Burgas (Bulgaria), el 23 de mayo de 1893, en el seno de una familia de campesinos muy cristiana: dos de sus seis hijos se hicieron religiosos asuncionistas. El 8 de septiembre de 1910 ingresó en la congregación de los Agustinos de la Asunción en Gemp (Bélgica). En 1912, al final de la etapa de noviciado, sus superiores, que lo consideraban piadoso, serio y muy capaz, lo enviaron a estudiar filosofía y teología a la Universidad de Lovaina, donde estuvo hasta el verano de 1918. A continuación, interrumpiendo sus estudios, desempeñó un período de magisterio en el colegio de San Agustín de Plovdiv y más tarde en el seminario menor de Kum-Kapu, en Estambul. En esta ciudad fue ordenado sacerdote, según el rito bizantino-eslavo, el 22 de diciembre de 1921.

Al volver a Europa, prosiguió sus estudios de Teología en la Universidad de Estrasburgo, en la que obtuvo el doctorado en 1929. Fue nombrado profesor de Filosofía y prefecto de estudios en el colegio de San Agustín de Plovdiv, donde permaneció hasta que el centro fue cerrado por orden de las autoridades comunistas. Colaboraba en el periódico *Veritas* y en la revista *Las investigaciones bizantinas.*

Desempeñó un papel importante en el ámbito ecuménico. A menudo recibía en el convento asuncionista a miembros del clero ortodoxo de la ciudad. Escribía regularmente artículos para la revista asuncionista de estudios bizantinos *Échos d'Orient.* Abordaba temas de Derecho Canónico oriental, pero también comentaba acontecimientos de la Iglesia católica y ortodoxa,

explicando cómo debía comportarse un cristiano en esas circunstancias. Su pensamiento sobre la visión cristiana del mundo frente a las doctrinas materialistas y ateas le creó muchos enemigos entre los miembros del Gobierno. Era «culpable» de ser un científico muy competente, un educador apreciado y un celoso promotor de la causa de la unidad entre las Iglesias de Oriente y Occidente.

Una vez cerrado el colegio de San Agustín, fue nombrado superior del Seminario Asuncionista de Plovdiv, donde vivían quince religiosos, cinco estudiantes de Teología y catorce seminaristas. En 1948 todos los religiosos extranjeros fueron expulsados de Bulgaria y el padre Pedro fue nombrado vicario provincial de su congregación en Bulgaria. Eran veinte religiosos y se ocupaban de cinco parroquias de rito oriental y cuatro de rito latino.

Las dificultades aumentaban. Todos eran estrechamente vigilados por la policía. En una carta al padre Gervais Quenard, superior general, el 24 de noviembre de 1949, el padre Pedro ya vislumbraba el futuro que les esperaba:

> «El telón de acero se hace cada vez más impenetrable. Sin duda se están preparando expedientes para procesar a los párrocos católicos, que correrán la misma suerte que los pastores protestantes cuando llegue el momento oportuno».

La noche del 4 de julio de 1952 fue arrestado por las milicias comunistas, juntamente con el padre Pablo Djidjov. No se tuvieron noticias de él hasta el 20 de septiembre de ese mismo año, cuando los periódicos publicaron el acta del proceso contra cuarenta personas acusadas de espionaje contra el poder público, en favor de los servicios secretos franceses y del Vaticano. Al padre Pedro se le consideraba el jefe del espionaje católico.

PABLO (JOSÉ) DZIDZOV nació en Bulgaria, en la ciudad y diócesis de Plovdiv, el 19 de julio de 1919, en una fervorosa familia católica de rito latino. Fue bautizado el 2 de agosto. En 1926 ingresó en la escuela de San Andrés de los padres asuncionistas, en su ciudad natal. De 1931 a 1938 estudió en el colegio de San Agustín de Plovdiv. Se distinguió como un buen alumno, vivaz y buen deportista. El 2 de octubre de 1938 entró en el noviciado de los padres asuncionistas de Nozeroy (Francia),

tomando el nombre de Pablo (Pavel). Fue enviado a realizar sus estudios de Filosofía y Teología al Centro Teológico de Lormoy, cerca de París, donde estuvo hasta 1942. Ese mismo año emitió los votos perpetuos.

Por motivos de salud se vio obligado a volver a Bulgaria, donde terminó sus estudios de Teología. El 26 de enero de 1945, en Plovdiv, recibió la ordenación sacerdotal, según el rito latino.

Seguidamente fue enviado a la ciudad de Varna, donde estudió Economía y Ciencias Sociales para ocuparse más tarde de la gestión económica de la misión. Fue un estudiante muy aplicado y activo, y ejerció un gran influjo sobre sus compañeros. Sus superiores le encomendaron el cargo de ecónomo del colegio de San Agustín de Plovdiv y más tarde lo nombraron ecónomo del vicariato oriental. Todos los que lo conocieron ponderan su bondad, su fe profunda, su espíritu ecuménico y su sentido del humor. Nunca ocultó sus ideas y convicciones anticomunistas; precisamente por eso los servicios secretos del régimen lo vigilaban continuamente. No vaciló en acudir a las autoridades para defender los bienes de la Iglesia y visitó a su hermano asuncionista Assen Tchonkov, encarcelado en Sofía, atreviéndose a pedir a los guardianes que aliviaran su situación. Algunas semanas antes de su arresto, el padre Pablo escribió:

> «Un sacerdote del clero secular ha sido condenado a muerte; otro, a veinte años de cárcel, otros dos pronto serán juzgados. Nosotros esperamos nuestro turno [...] ¡Hágase la voluntad de Dios!».

Durante la noche del 4 de julio de 1952 fue arrestado en el seminario de los padres asuncionistas de Plovdiv, juntamente con el padre Pedro Vicev. Era el segundo en la lista de los acusados. Murió a los 33 años.

JOSAFAT (ROBERTO MATEO) SISKOV nació el 9 de febrero de 1884 en Plovdiv (entonces Filipópolis) en el seno de una familia católica numerosa. En septiembre de 1893, a la edad de nueve años, entró en el seminario menor asuncionista de Karagatch (Andrinople), poco distante de Odrin. El 24 de abril de 1900, a los dieciséis años, ingresó en el noviciado asuncionista en Phanaraki (Turquía), tomando el nombre de Josafat. En 1904 fue

enviado a Bélgica, para continuar sus estudios de Filosofía y Teología en la Universidad de Lovaina.

En la ciudad de Malinas fue ordenado sacerdote, según el rito latino, el 11 de julio de 1909. De 1914 a 1919, durante la primera guerra mundial, fue profesor en el colegio de San Agustín de Plovdiv. En el mes de julio de 1929 fue nombrado director del colegio de San Miguel, de Varna. Luego desempeñó los cargos de superior del seminario menor San Cirilo y San Metodio, en la ciudad de Yambol, donde estudiaban alumnos de los ritos oriental y latino, y párroco de la iglesia latina en esa ciudad.

Era un religioso muy sencillo y eficiente, de notable erudición, músico, gran predicador y buen educador, dotado de un temperamento jovial; destacó por su entrega y acierto en la asistencia a los jóvenes que atravesaban dificultades.

Abierto a las novedades técnicas, fue la primera persona que utilizó una máquina de escribir con los caracteres del alfabeto cirílico; incluyó el cine en la formación de los alumnos y organizó veladas para los jóvenes. Para contribuir al mantenimiento de la casa organizaba colectas y daba cursos de francés para profesores, funcionarios y oficiales de las fuerzas armadas búlgaras.

En su seminario se hospedó muchas veces monseñor Angelo Roncalli, el hoy Beato Juan XXIII, por entonces visitador apostólico en Bulgaria, al que le gustaba visitar el centro.

En 1937 fue nombrado superior provincial de Varna, cargo que ocupó hasta el final de la segunda guerra mundial. En 1948, cuando los sacerdotes extranjeros se vieron obligados a abandonar Bulgaria, monseñor Eugenio Bossilkov, obispo de Nicópolis, nombró al padre Josafat párroco en Varna. Allí fue arrestado por las milicias comunistas en diciembre de 1951. Casi durante un año entero los asuncionistas no tuvieron noticias sobre el destino de su hermano, hasta que en los periódicos apareció su nombre en la lista de cuarenta personas acusadas de espionaje y conspiración contra «el poder del pueblo».

Todos fueron sentenciados a muerte el 3 de octubre de 1952, y fusilados en la noche entre el 11 y el 12 de noviembre, en Sofía, juntamente con el obispo, monseñor Eugenio Bossil-

kov, beatificado por Juan Pablo II el 15 de marzo de 1998. No se conoce en qué cementerio fueron sepultados sus restos.

Con su talento de educadores y formadores suscitaron muchísimas vocaciones y lograron formar a numerosos seminaristas y religiosos. Todos sus alumnos, tanto católicos como ortodoxos, armenios, judíos y musulmanes, así como sus compañeros de cárcel, han reconocido su fe y su constancia en la persecución. Su único delito consistió precisamente en ser sacerdotes y religiosos católicos.

En su homilía durante la misa de beatificación en la ciudad de Plovdiv, situada a 150 kilómetros de Sofía, el domingo 26 de mayo de 2002, el Papa habló sobre el ecumenismo de los mártires, y dijo:

> «De la correspondencia fiel al amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo depende el éxito de nuestro camino en la tierra. Tenían muy presente esta verdad los tres sacerdotes asuncionistas, que hoy he tenido la alegría de inscribir en el catálogo de los beatos: la causa por la que los padres Pedro Vicev, Pablo Dzidzov y Josafat Siskov no dudaron en dar su vida fue la fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, fue su amor a Cristo, Hijo de Dios encarnado, al que se entregaron sin reservas sirviendo a su Iglesia.
>
> El padre Josafat Siskov afirmaba: "Tratemos de hacer del mejor modo posible todo cuanto esperan de nosotros, para poder santificarnos", y añadía: "Lo principal es llegar a Dios viviendo para Él; todo lo demás es accesorio". Algunos meses antes del infame proceso que los condenó a muerte juntamente con el obispo Bossilkov, previendo lo que les esperaba, el padre Pedro Vicev escribió a su superior provincial: "Obténganos con la oración la gracia de ser fieles a Cristo y a la Iglesia en nuestra vida diaria, para ser dignos de testimoniarlo cuando llegue el momento". Y el padre Pablo Djidjov decía: "Esperamos nuestro turno: que se haga la voluntad de Dios".
>
> Pensando en los tres nuevos beatos, siento el deber de rendir homenaje a la memoria de los demás confesores de la fe, hijos de la Iglesia ortodoxa que, bajo el mismo régimen comunista, sufrieron el martirio. Este tributo de fidelidad a Cristo unió a las dos comunidades eclesiales en Bulgaria hasta el testimonio supremo. Esto ha de tener un sentido y una elocuencia ecuménicos. "El ecumenismo de los santos, de los mártires, es tal vez el más convincente. La *communio sanctorum* habla con una voz más fuerte que los elementos de división" *(Tertio millennio adveniente,* 37).
>
> En efecto, no puede por menos de ser ya perfecta la comunión que se realiza "en lo que todos consideramos el vértice de la vida

de gracia, la martyría hasta la muerte" *(Ut unum sint,* 84). Ésta es "la comunión más auténtica que existe con Cristo, que derrama su sangre y, en este sacrificio, acerca a quienes un tiempo estaban lejanos (cf. Ef 2,13)" *(ibíd.).*

La valiente coherencia ante el sufrimiento y el encarcelamiento de los padres Josafat, Pedro y Pablo fue reconocida por sus ex alumnos católicos, ortodoxos, judíos y musulmanes, por sus feligreses, por sus hermanos religiosos y por sus compañeros de sufrimiento. Con su dinamismo, su fidelidad al Evangelio y su servicio desinteresado a la nación, se presentan como modelos para los cristianos de hoy, especialmente para los jóvenes de Bulgaria que buscan dar un sentido a su vida y quieren seguir a Cristo en el laicado, en la vida religiosa o en el sacerdocio».

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

L'Osservatore Romano (ed. en español) (7-6-2002).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN BRICIO
Obispo († 444)

Bricio (Britius, Brice) era natural de Tours, entró al servicio de la Iglesia siendo obispo de aquella iglesia el gran San Martín, y el mal carácter, la insubordinación y la conducta desarreglada del joven clérigo pusieron a prueba la paciencia del santo. No obstante lo cual, a la muerte del famoso obispo en 397 fue elegido para sucederle. No fue un obispo ejemplar, dejando mucho que desear y terminando el pueblo por hartarse de él, de modo que al cabo de treinta años el sentimiento popular estaba tan en contra suya que tuvo que alejarse de su sede. El exilio fue verdaderamente providencial. Se arrepintió sinceramente de su manera habitual hasta entonces y en Roma, donde se había refugiado, tomó la decisión de cambiar hacia una vida ejemplar y un carácter dulce y amable con todos. Vuelve a su sede y todos comprueban la verdad de su cambio, de manera que recibe la aprobación de su rebaño. Construyó iglesias y monasterios y dio en todo un ejemplo magnífico a los fieles, que enseguida de

su muerte, el 13 de noviembre de 444, lo tuvieron por santo y le dieron culto público. Su culto se extendió por toda Europa, y conserva su nombre el *Book of common prayer* de los anglicanos.

SANTOS ARCADIO, PASCASIO, PROBO, EUTIQUIANO

Mártires († 473)

Cuatro oficiales del ejército, españoles de nacimiento, y el pequeño hermano de dos de ellos confesaron intrépidamente la fe católica y se negaron a renegar de la divinidad de Cristo y a abrazar el arrianismo, pese a las amenazas, tormentos y malos tratos que recibieron por orden de Genserico, rey de los vándalos. El *Martirologio* sitúa este martirio, que por otra parte está bien atestiguado, simplemente en África, sin especificar más el sitio, y señala que los nombres de los mártires eran Arcadio, Pascasio, Probo y Eutiquiano, y el niño se llamaba Paulillo o Pablitos, como se traducía antiguamente al español. Arcadio era un hombre casado y tenía una considerable fortuna. Pascasio y Eutiquiano eran hermanos, y con Probo y Arcadio servían en el ejército de Genserico. Paulillo era hermano de Pascasio y Eutiquiano. Genserico ordenó a estos cuatro oficiales que dejasen la religión católica y se hiciesen arrianos. Los cuatro se negaron y entonces fueron desterrados. Pero luego el rey los mandó volver y los sometió a arresto y torturas. Los confesores de la fe perseveraron firmes en confesar a Cristo como consustancial al Padre, y Genserico dio orden de que fueran pasados por las armas, como así se hizo. Paulillo gozaba hacía tiempo de la simpatía del rey pues era un chico amable y simpático. Con lisonjas intentó Genserico atraerlo al arrianismo pero el jovencito se resistió eficazmente. No queriendo el rey mancharse las manos con la sangre de un niño, lo condenó a ser reducido a esclavitud. La fecha del 13 de noviembre con que se inscriben en el *Martirologio* no tiene fundamento histórico.

SAN ABÓN DE FLEURY
Abad († 1004)

Abón nace en las cercanías de Orleáns alrededor del año 948. Todavía niño fue encomendado para su educación a la abadía benedictina de Fleury, en la que en su adolescencia profesaría como monje. Aquí hizo los estudios en la escuela monacal y fue el suyo un provecho tan notable que al término de los estudios y pese a su juventud, se le encargó diera clases en la propia escuela. Prosiguió luego sus estudios en París, en Reims y en Orleáns, adquiriendo una vasta cultura en todas las ciencias y regresando a su escuela para proseguir las clases, empezando ya entonces a publicar algunas obras. Puesto al frente de la escuela, ésta adquirió un estado verdaderamente floreciente. Llamado por el arzobispo San Oswaldo de York pasó durante dos años a dirigir la escuela de la abadía de Ramsey en Inglaterra, país en el que adquirió notable crédito y se relacionó con los personajes más relevantes. Vuelto a su monasterio, fue nombrado abad de Fleury el año 988. Se dedicó a la mejora material y espiritual de su monasterio, que él quería funcionase en la línea reformista de Cluny, y también a defender sus derechos, y no pudo menos que verse envuelto en los conflictos políticos y eclesiásticos de su tiempo. Frente a Hugo Capeto sostuvo los derechos de la Iglesia y de los pobres y con este fin le dirigió su libro *Apologeticus*. En Tours llegó a ser herido en un atentado. Hugo Capeto le pidió que fuera a Roma para que el papa Gregorio V levantara el interdicto contra el matrimonio de Roberto II con Berta, pero Abón volvió de Roma convencido de la razón del Papa y logró que se acatara la autoridad papal por parte de la corte. En 1004 hizo un viaje al monasterio de La Réole, en la Gascuña, cuya reforma apoyaba. Una reyerta entre francos y gascones alcanzó a Abón, que a consecuencia de las heridas murió el 13 de noviembre de 1004. Dejó numerosas obras históricas y científicas.

SAN VARMUNDO DE ARBOREIS
Obispo († 1010)

Varmundo o Veremundo de Arboreis fue abogado en Pavía en su juventud. Por voluntad del emperador Otón I se le nombra obispo de Ivrea. Choca enseguida con el marqués Arduino de Ivrea porque desea mantener la libertad de la Iglesia y quiere permanecer fiel a la Casa Imperial. Estas dificultades llegarían con el tiempo a ponerle en la necesidad de excomulgar al marqués, excomunión que fue confirmada por el papa Gregorio V. Apoyó la erección de la abadía de Fruttuaria y su exención, apoyando la labor de su abad San Guillermo de Volpiano. Los privilegios reconocidos por Varmundo serían confirmados, ya muerto el beato, el año 1015 por el papa Benedicto VIII. Se ocupó de la construcción de la catedral de Ivrea y del buen funcionamiento de su escuela, junto a la cual funcionaba un magnífico *scriptorium*. No se sabe la fecha exacta de la muerte de Varmundo, que se estima fue entre 1010 y 1014. Su culto ininterrumpido fue confirmado por el papa Pío IX el 17 de septiembre de 1857.

BEATO JUAN GONGA MARTÍNEZ
Mártir († 1936)

Nace en Carcagente el 25 de marzo de 1912. Se educa en el colegio de PP. franciscanos y encamina su natural rebelde y ardiente a la prosecución de nobles causas. Una enfermedad le impide seguir su tendencia al sacerdocio y se decide entonces a ser un militante cristiano con todas sus consecuencias. Trabaja como oficinista y hace de su trabajo el primer marco de su fecundo apostolado. Se inscribe en la Acción Católica y trabaja activamente en los Círculos de Estudio y en las catequesis. Asiduo a los sacramentos, volcaba también su religiosidad en la atención a los pobres. Con vistas al matrimonio entabló relaciones con la joven Josefina Millet, pero le llegó el martirio antes de poder casarse. Cerradas las iglesias el 18 de julio de 1936, asistía a las misas clandestinas del consiliario de la Acción Católica, y salía de una de ellas el 25 de julio cuando fue arrestado.

Al ser dejado libre, pensó lo más prudente dejar el pueblo. Pero volvió el 13 de noviembre a ver a su familia, y al ser reconocido fue otra vez arrestado. Llevado aquella noche a la carretera de Tavernes de Valldigna, comprendió que lo iban a fusilar. Sacó su crucifijo, lo presentó a sus verdugos y dijo que les perdonaba como Jesús perdonó a los que le mataban. Por ello luego le llamaban «el muchacho de la cruz». Seguidamente fue fusilado.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

14 de noviembre

A) Martirologio

1. En Heraclea de Tracia, San Teodoto († s. III), mártir.
2. En Gangres (Paflagonia), San Hipacio († s. IV), mártir.
3. En Aviñón (Provenza), San Rufo († s. IV).
4. En Bardsey (Gales), San Dubricio († s. VI), obispo y abad.
5. En Tragurio (Dalmacia), San Juan († 1111), obispo, antes monje camaldulense.
6. En Eu (Normandía), San Lorenzo O'Toole (Lorcan Ua Tuathail) (1180), obispo de Dublín **.
7. En el cenobio de Santa María de Gualdo Mazzocca, junto a Campobasso (Italia), San Juan de Tufara († 1170), ermitaño.
8. En Mariëngarde (Frisia), San Siardo († 1230), abad, de la Orden Premonstratense *.
9. En Argel (África), San Serapio († 1240), religioso mercedario, mártir **.
10. En Jerusalén, santos Nicolás Tavelic, Deodato Aribert, Esteban de Cúneo y Pedro de Narbona († 1391), presbíteros, de la Orden de Menores, mártires **.
11. En Caccamo (Sicilia), Beato Juan Liccio († 1511), presbítero, de la Orden de Predicadores *.
12. En Binh-Dinh (Cochinchina), San Esteban Teodoro Cuenot († 1861), obispo, de la Sociedad de Misiones de París, mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN LORENZO O'TOOLE

Arzobispo († 1180)

San Lorenzo O'Toole (1128-1180), arzobispo de Dublín, debe ser contado entre los grandes aplicadores de la reforma gregoriana, en medio de las implicaciones político-religiosas que vivió la Iglesia en el siglo XII. Como tantos otros reformadores de la época, comenzando por el mismo S. Gregorio VII, hizo frente a los grandes problemas con autoridad y temple heroico, manteniéndose monje hasta el fin.

Nació en Castledermot, del condado irlandés de Kildare, el año 1128, de distinguida familia: su padre Mauricio era el gobernador de la región de Leinster, en abierta contienda con el príncipe Dermith. La paz entre ambos sólo fue posible entregando Mauricio en rehén a su hijo Lorenzo, que apenas contaba los diez años. Cumplidos los doce, recobró la libertad, haciendo de mediador el obispo de Glendalough, que lo incorporó a su comunidad monástica.

Sólo tenía 26 años cuando en 1154 fue elegido abad del monasterio. Muy pronto se dejó sentir su espíritu reformador, extendiéndose a otros monasterios, y contribuyendo a la fundación de la abadía cisterciense de Baltinglass y a la de los canónigos regulares de San Agustín de Ferns.

Elegido arzobispo de Dublín en 1162, aplicó su programa reformador, en primer lugar, a los canónigos de su propia catedral. Dato relevante de su pontificado es el hecho de que cada año practicaba cuarenta días de retiro penitencial en la gruta de S. Kevin de Glendalough. Su biógrafo —probablemente Juan Halgrin, canónigo regular y más tarde arzobispo de Besançon— nos dice que diariamente sentaba a varios pobres a su mesa y que su casa estaba abierta a pobres y peregrinos.

Las cosas se le complicaron gravemente cuando en 1169 Irlanda fue invadida por los normandos al mando del caudillo Strongbow. Se daba el agravante de haber sido llamado por un cuñado del santo, el rey de Leinster, Dermot Mac Murrough, que no dudó en darle al invasor por esposa a su propia hija Eva, sobrina carnal de Lorenzo. Una nueva invasión de normandos

se produjo el año siguiente, 1170. Dublín fue asediada de nuevo. ¿Supo mostrarse entonces verdadero *defensor civitatis,* como tantos otros obispos ante similares invasiones? Lorenzo, habida cuenta de su posición eclesiástica y de sus relaciones familiares, fue requerido para negociar con los normandos. Sus tentativas resultaron inútiles: la ciudad asediada cayó en manos de los normandos, y ya entonces surgió la duda sobre el verdadero empeño puesto por Lorenzo en este difícil cometido. Las implicaciones familiares pudieron suponer más obstáculos que ventajas en esta trama poco esclarecida históricamente.

Al fin, el papa Adriano II otorgaba a Enrique II de Inglaterra la bula *Laudabiliter,* autorizándolo para actuar en Irlanda. Lorenzo, naturalmente, acató la decisión papal, prestándose a mediar entre dicho rey, llegado de Inglaterra, y los príncipes irlandeses, llegándose a un tratado de concordia, que consolidó la autoridad del arzobispo.

En 1173 tuvo lugar el Concilio Lateranense III convocado por el papa Alejandro III. A él acudió San Lorenzo junto con otros cuatro obispos irlandeses. No hay noticia de alguna especial actuación de nuestro santo. Como muchos otros de los obispos participantes interesados por sus respectivas diócesis, allí negoció importantes privilegios para la de Dublín y para su antigua abadía de Glendalough. Más trascendental resultó el nombramiento de legado papal en Irlanda, lo que le confirió especiales poderes ante las autoridades públicas, cobrando sus actuaciones nueva fuerza. Así, en 1179 convocó un sínodo para las regiones septentrionales de Irlanda que comprendían las archidiócesis de Tuam y Armagh, para hacer frente a las abusivas intromisiones de los laicos en los bienes de la Iglesia. En este sínodo fueron depuestos siete obispos *hereditarios,* penoso exponente de la supeditación de la Iglesia a la nobleza local.

Un año después viajaba a Inglaterra para encontrarse con Enrique II, confiado en su condición de legado papal para el arreglo de problemas pendientes. El encuentro parece que se produjo en Oxford, y con fatal resultado. Lorenzo se vio impedido de retornar a Irlanda, sometido, en exilio, a las largas itinerancias del rey. Así vino a pasar a Normandía. Obtenido el permiso para retornar a Irlanda, se puso en camino inmediatamente. Enfermo y extenuado llegó a la casa de los canónigos

regulares de San Víctor de Eu, aún en Normandía. Allí falleció santamente el 14 de noviembre de 1180, y allí fue sepultado. Pronto se multiplicaron los milagros, y la devoción fue en aumento. Fue canonizado por el papa Honorio III en 1225. Muy poco después, uno de los canónigos de Eu compuso su biografía, compilando los recuerdos de su comunidad, todavía muy vivos.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

CARPENTIER, P., *Saint-Laurent O'Toole (Saint Laurent d'Eu), archevêque de Dublin (1128-1180). La conquête anglaise en Irlande* (París 1953).

FORRISTAL, D., *The man in the Middle. St. Laurence O'Toole, patron saint of Dublin* (Dublín 1988).

LEGRIS, A., *Saint Laurent O'Toole (saint Laurent d'Eu), archevêque de Dublin: 1128-1180* (Rouen 1914).

O'HANLON, J., *The life of St. Laurence O'Toole, archbishop of Dublin* (Dublín 1877).

SAN SERAPIO

Religioso y mártir († 1240)

Su padre, Rolando de Escocia, se crió en Inglaterra, muy estimado por el rey Enrique II, aunque el asesinato de Santo Tomás de Canterbury y el enfrentamiento que el monarca tenía con la Iglesia motivó que se refugiara en Escocia, donde reinaba su pariente Guillermo. No iba a permanecer inactivo por mucho tiempo, pues Enrique II declara la guerra a Escocia y les apresa llevándolos a Londres. Alcanzado un pacto de cese de hostilidades, Guillermo regresa a su país, pero Rolando se queda al servicio del rey inglés. En este tiempo contrae matrimonio, ignorándose el nombre de la mujer con quien se desposa, en torno a 1174. Ambos formarán una familia piadosa y de profundas convicciones religiosas. Probablemente en 1179 les nace un hijo, a quien cristianan con el nombre de Serapio.

El muchacho crece bajo la recta formación de sus progenitores, que le instruyen en los misterios de la fe, y le asignan un tutor que le enseña diversas lenguas, y a dominar su propio carácter. En los actos religiosos se manifiesta devoto y en su casa

reservado; en la calle, modesto, y con todos afable. En sus largas reflexiones se lamenta de la pérdida de los Santos Lugares de Jerusalén, y está dispuesto a ir a recobrarlos, aunque le cueste la vida. Experimentado en la oración, se va ganando el aprecio como hombre virtuoso. En ocasiones se retira a una capilla para encontrarse a solas con Dios, y practicar mortificaciones y penitencias, que debe atemperar pues pone en peligro su salud. Caritativo en extremo, entrega a los necesitados y pobres el fruto de sus sacrificios, favoreciéndoles con su propia ropa.

Muerto Enrique II de Inglaterra alcanza el trono Ricardo Corazón de León, que organiza la Tercera Cruzada para recuperar los Santos Lugares con la colaboración del rey de Francia, encargando del ejército cristiano a Rolando. Su hijo quiere acompañarle pero el padre se resiste, aunque finalmente consigue ir con él. El ejército que pretende reconquistar Tierra Santa parte en 1190, pero van a presentarse ciertos inconvenientes por pretendidos derechos entre franceses e ingleses que ocasionan graves conflictos, pues en lo que menos pensaban era en la conquista de los Santos Lugares. El año 1191 llegan a las costas de Palestina. Superadas por el momento las desavenencias, se organiza la reconquista. El joven Serapio participa con decidida voluntad en los combates deseoso de recuperar aquella tierra. Lograda la victoria de Tolemaida (San Juan de Acre), se procede a reparar las iglesias y a atender a los cautivos cristianos. De pronto conoce el desamparo de estas pobres gentes y siente el ánimo abatido. ¿Cómo resolver esta injusticia? Mientras la enemistad entre ingleses y franceses aumenta, llegando a decidir el monarca galo que sus tropas regresen a Francia, Ricardo de Inglaterra y los demás monarcas europeos se enfrentan con el ejército de Saladino, en las proximidades de Asur, alcanzando una gran victoria. Serapio combate con brioso ánimo, y anima y conforta a los suyos. Pero, sin alcanzar a conquistar Jerusalén, los ingleses regresan a su país, por el mes de octubre de 1191. Rolando y su hijo van en la misma galera.

En las proximidades de Sicilia la flota inglesa tiene que soportar una terrible tempestad, y las naves de dispersan. El navío de Ronaldo y su hijo recala en la costa de Istria, donde encalla y se producen numerosas desgracias. Están decididos a regresar

por tierra a Inglaterra, y emprenden el retorno, pero son apresados por el duque de Austria que encarcela a todos en la prisión. Tenía alguna cuenta pendiente con el rey inglés, y éste es buen momento para saldarla. Informado el rey Enrique VI exige que el rey inglés sea llevado a Alemania, pues desea obtener un buen rescate por él. Serapio, mientras, queda bajo el dominio de Leopoldo VI de Austria. Durante este tiempo fallecen sus padres, y esta noticia le produce vivos sentimientos filiales, aceptando con santa conformidad y fortaleza de espíritu esta dolorosa circunstancia. El hijo del duque de Austria, futuro Leopoldo VII, obtiene de su padre la custodia y tenerlo bajo autoridad, logrando así verse libre de la cárcel.

Leopoldo quiere que sea su consejero, distinguiéndole con su estimación por su probada virtud y nobleza de ingenio, sintiéndose totalmente ajeno a la vida palaciega. Ante el silencio de Ricardo de Inglaterra y no mandar el importe del rescate por los prisioneros ingleses que aún retiene, Leopoldo de Austria ordena renovar la prisión para todos, desoyendo las peticiones y censuras apostólicas del papa Celestino III. Muerto el duque, su hijo, Leopoldo VII, concede la libertad a los rehenes de su padre, excepto Serapio, a quien retiene como consejero, por su prudencia y sabiduría. Consigue el aprecio de todos, resplandeciendo más su bondad en la vida ejemplar que manifiesta.

De este modo pasa algunos años al servicio del duque de Austria. Mientras, en España, el año 1209 Alfonso VIII de Castilla convoca una cruzada, contra los almohades que están formando un gran ejército. Obtenido el reconocimiento del papa Inocencio III, el rey castellano solicita ayuda a los monarcas europeos contra los moros. Uno de los que contesta afirmativamente es el duque de Austria y, a principios de 1212, el ejército que ha reunido parte para España. En cuanto llegan a la región francesa de Tolosa se enfrenta con los albigenses y les vence. Por su parte, el rey castellano adelanta unos días la batalla contra los árabes, y cuando los austriacos llegan, ha concluido felizmente para las tropas cristianas. Regresan de inmediato a Austria, todos menos Serapio, quien pasa al servicio de Alfonso VIII en el mes de agosto de 1212. Con genero-

so ofrecimiento personal participa en sus empresas y asiste a la conquista de Baeza y Úbeda, convirtiéndose en imagen del valor y en ejemplo admirable de virtud. La visión de los pobres cautivos cristianos en las tierras conquistadas a los moros renueva lo que conoció en Tierra Santa, se le abre el corazón a la misericordia, y a ellos dedica sus piadosos afectos y caritativo corazón.

Retirado el ejército del monarca castellano, le acompaña a León y Burgos, en donde traba relación con el obispo, inglés de nacimiento. Muerto el 6 de octubre de 1214 el rey Alfonso VIII, regresa a Austria, y participa en la Quinta Cruzada, primero en Palestina y después en Egipto. A principios de 1217 se encuentra, de nuevo, en tierras austriacas, de donde partirá en 1220 de regreso a España. Llega a Burgos, y al año siguiente pasa al servicio de doña Leonor, esposa de Fernando III el Santo. En 1222 les acompaña en su visita a Daroca, la ciudad de los Santos Corporales, y tiene ocasión de conocer a San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced Redención de Cautivos, empeñado en la caridad heroica con los apresados por los moros, quien reconociendo las santas y nobles cualidades de Serapio le invita a profesar en la Orden mercedaria. Aceptado el ofrecimiento, el mismo San Pedro Nolasco le impone el hábito mercedario en 1222. Se aplica con tal doctrina y virtud que se convierte en un ejemplar religioso. Con santa obediencia se le destina al socorro de los cautivos de Cataluña, primero, y después en Aragón y parte de la Galia Narbonense. Pasa más tarde a Castilla, donde goza de gran predicamento en el ámbito de los monarcas castellanos, y obtiene el favor real. En el Capítulo general del año 1225 se le encarga, como maestro de novicios, de la formación de los aspirantes, cargo que por humildad rehúsa y por obediencia acepta. Entre sus educandos se cuenta San Ramón Nonato.

El año 1229 marcha a la conquista de Mallorca con el ejército del rey Jaime I de Aragón y participa en la fundación de los primeros conventos mercedarios en las Islas Baleares. Por encargo personal de San Pedro Nolasco se va a Inglaterra para defender a la Orden mercedaria, pero en el trayecto son asaltados por corsarios que le abandonan creyóndolo muerto. Atendido y

curado por unos pescadores logra llegar a Londres, aunque tiene que marchar pronto al enfrentarse con valiente decisión a los que organizan el expolio de los bienes de la Iglesia. Llega a Escocia y luego a Irlanda. El año 1240 está de nuevo en España y organiza dos redenciones de cautivos, una en Murcia, donde obtienen la libertad noventa y ocho cautivos, y otra en Argel, con ochenta y siete cautivos. En esta segunda ocasión debe quedarse como rehén mientras su compañero fray Berenguer acude a Barcelona para buscar dinero. Informado San Pedro Nolasco —que se hallaba en Montpellier— escribe en demanda de ayuda a todos los conventos, pidiendo limosnas para enviarlas a Argel, pero el dinero no llegó a tiempo que permitía la paciencia de los árabes y, defraudados por la demora, el 14 de noviembre de 1240 le clavan en una cruz en forma de aspa y desmembran su cuerpo, alcanzando de este modo la gloria celestial.

En 1718 se abrieron procesos en Barcelona y Gerona, reconociendo el culto inmemorial que recibía este mártir mercedario, intercediendo Felipe V ante Benedicto XIII para que la Santa Sede reconociera la veneración pública de San Serapio, lo cual se consiguió el 14 de abril de 1728.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

ANTONIO AMBROSIO, OM, *El nuevo machabeo del evangelio y cavallero de Christo S. Serapio martyr, de la Real y Militar Orden de Nuestra Señora de la Merced* (Madrid 1727).
Bibliotheca sanctorum. XI: *Ragenfreda-Stefano* (Roma 1968).

SANTOS NICOLÁS TAVELIC, DEODATO ARIBERT, ESTEBAN DE CÚNEO, PEDRO DE NARBONA

Mártires († 1391)

Pablo VI abrió la homilía:

«He aquí reconocida la gloria de la santidad en Nicolás Tavelic de Sebenica, Croacia, y en sus compañeros Diosdado de "Ruticinio", de la provincia de Aquitania, Pedro de Narbona, de la pro-

vincia de Provenza, y Esteban de Cúneo, de la provincia de Génova; todos de la familia religiosa de los Hermanos Menores de San Francisco».

En la liturgia de la canonización, escenificada en el marco solemne de la basílica vaticana. Una festiva mañana. Justamente cuando el verano estallaba sobre Roma, el domingo 21 de junio de 1970.

Y casi a renglón seguido, aún flotante, con las volutas aromáticas del incienso, el eco de las iniciales palabras en el ambiente denso de emoción y de plegaria, insistía el distinguido celebrante:

«Vienen a nuestros labios las palabras de San Cipriano a los mártires: "Exulto de alegría y de complacencia, oh fortísimos y beatísimos hermanos, al reconocer vuestra fe y vuestra valentía. La madre Iglesia está orgullosa de vosotros"».

Gozoso también el Pontífice:

«Nos sentimos particularmente felices por haber podido proclamar la santidad de estos mártires de la fe, habiendo ratificado así ante toda la Iglesia el culto que desde el tiempo de su trágica y feliz muerte se les había atribuido, a Nicolás Tavelic de modo especial, por parte de sus paisanos de Sebenica y de sus compatriotas, entre los cuales se ha conservado fielmente su recuerdo rodeado de honor y devoción».

Nicolás Tavelic, primer santo croata y pionera inscripción —compartida con Diosdado, Pedro y Esteban— de los custodios de Tierra Santa en la lista eclesial de nombres expuestos a la veneración universal.

Los turcos borraron la historia de Nicolás Tavelic.

Los turcos, cuya invasión de Croacia siguió a la muerte del mártir, presentes durante siglos en el país, que asaltaron conventos, arrasando archivos y bibliotecas, y destrozaron poblaciones enteras.

Y, de resultas, son parcas las referencias documentales que nos interesan. Bien es verdad que modernamente los historiadores han logrado recuperar el lugar y año de nacimiento de nuestro protagonista, su vida religiosa, su actuación evangelizadora en Bosnia y no pocos detalles martiriales y pormenores cultuales.

Total, que corría 1350 cuando Nicolás Tavelic hizo su aparición en el mundo. En el seno de una noble familia numerosa eslava afincada en Sibenik, la conocida población, en la costa adriática de la Dalmacia septentrional, que los italianos apellidan Sebenica.

Quinceañero, busca retiro y separación del mundanal ruido en el claustro franciscano de Brihr, donde cursará Filosofía y Teología; estrenando sacerdocio en 1375.

Con fundadas razones para suponer un complemento a su formación intelectual, estirado durante cuatro años, en las aulas universitarias de París, de Oxford o de Florencia. Pues era norma de la época que los religiosos misioneros, al igual que el personal destinado a la docencia, siguieran estudios superiores.

¡Que misionero fue Nicolás Tavelic! Pues, en 1379, le sorprendemos compartiendo con su hermano Diosdado la evangelización de Bosnia. Una predicación que tendrá mucho de apologética; consumiendo una docena de años en el frenado, con la exposición del credo cristiano, a la propagación doctrinal herética de los cátaros.

Después, en tiempos de la ocupación musulmana, pasará a Palestina. Campo abierto al afán evangelizador del franciscano croata...

En Jerusalén, integrados en la comunidad conventual de San Salvador, Nicolás y compañeros —Diosdado, Pedro y Esteban— encarnarán y predicarán un cristianismo nada fácil ni cómodo. Un cristianismo radical que anteponía la fe a cualquier otro valor, incluso a la vida. Los cuatro en los Santos Lugares verán cumplidas sus ansias martiriales.

A propósito, la puntualización de Pablo VI en la mentada homilía:

> «Narra la historia que Nicolás Tavelic y sus compañeros fueron mártires voluntarios, los cuales más que sufrir el horrendo suplicio que se les infligió, se expusieron a él...».

Más explícito:

> «Los cuatro hermanos, protagonistas de la trágica aventura misionera, se sintieron movidos por una doble intención: la de predi-

car la fe cristiana refutando valientemente —no tal vez con la debida cautela y prudencia— la religión de Mahoma; y la de desafiar y provocar el riesgo del sacrificio de sus vidas».

A tenor de la recia espiritualidad franciscana, que reglamenta:

«Los hermanos que, por amor a Cristo, van a misiones entre los infieles, pueden comportarse de dos modos distintos. Uno de éstos consiste en no ponerse nunca a discutir con los infieles y en estar humildemente sometidos a todas las criaturas por amor de Dios, demostrando así que son cristianos. El otro modo es éste: cuando los hermanos conozcan que es voluntad de Dios anunciar a los infieles la palabra divina, háganlo, invitándoles a creer en la Santísima Trinidad, a bautizarse y a convertirse en cristianos. Pero es necesario que los hermanos se acuerden siempre de que se han consagrado a sí mismos y han abandonado sus cuerpos a nuestro Señor Jesucristo y por ello deben, por amor suyo, exponerse a los enemigos visibles e invisibles, porque dice el Señor: "quien pierde su vida por mí, la salvará para la eternidad"».

Vuelve el Pontífice, precisando:

«El segundo modo fue el de su audaz discípulo San Nicolás Tavelic y sus compañeros. Los hermanos franciscanos —observa el relator general de la sección histórica de nuestra sagrada Congregación para las causas de los Santos— que se iban a Palestina en los siglos XIII-XIV, llegaban allí [...] con una preparación psicológica orientada hacia el martirio, es decir, hacia la perfecta imitación de Cristo. El beato Nicolás y sus tres compañeros, cuando tomaron la heroica decisión, estaban animados por el mismo entusiasmo religioso de su fundador».

La aludida parquedad documental biográfica contrasta con la copiosa referencia de primera mano —deudora de gratitud al guardián del convento de Monte Sión, padre Gerardo Calvet— sobre la muerte del coprotomártir custodio. Pocos testimonios cruentos medievales gozan de tanta pormenorización histórica. Detalles que fijan fecha, señalan horas, describen el desarrollo de la acción martirial, recuperan intervenciones orales... Todo recogido en las lecturas del breviario franciscano.

Abiertas con la inquietud apostólica de los religiosos Nicolás, Diosdado, Pedro y Esteban, que estudian, se aconsejan y programan cómo cosechar para Cristo en el campo musulmán. Cómo poner manos a la obra.

Total que, a las nueve de la mañana de una jornada otoñal, el 11 de noviembre de 1391, enarbolando pancartas con inscripciones italianas y árabes —una predicación muda— inician una minimanifestación que estirarán hasta las puertas del templo de Salomón, cuyo acceso les fue vetado. Entonces los manifestantes mudan de destino. Irán al encuentro del cadí.

Y a él se presentan, leyendo y explicando los textos «pancarteros». Comentarios que no fueron del agrado del musulmán. Quien verbalmente reaccionó:

> «Las palabras que acabáis de pronunciar ¿las habéis dicho como sabios, y en pleno uso de razón, o en calidad de necios y locos? ¿Habéis sido enviados por el Papa o por algún monarca cristiano?».

Decididamente ellos correspondieron:

> «No hemos sido enviados por ningún hombre, sino por Dios que se ha dignado inspirarnos que os enseñáramos la verdad y el camino de la salvación. Cristo ha dicho: "Quienes crean y se hagan bautizar se salvarán y quienes no crean serán condenados"».

Invitación del cadí:

> «¿Queréis retirar vuestras palabras y, abrazando la fe sarracena, evitar la muerte? Pues, de no ser así, moriréis».

Ellos, acentuando la decisión:

> «En absoluto queremos retractarnos de cuanto hemos afirmado; más bien estamos dispuestos a defender la fe católica, prefiriendo cualquier tormento e incluso la muerte, pues la doctrina que os hemos explicado es santa, católica y verdadera».

Es el momento en que el cadí dictó la pena capital. Sentencia que fue avalada por el público, coreando a rabiar: «Sí, sí. ¡Que mueran!, ¡que mueran!».

Y se desató la barbarie...

Maltratados salvajemente los hijos de San Francisco hasta que las sacudidas, los golpes, las heridas les derrumbaron, inconscientes. Cuando esto ocurría eran las tres de la tarde.

Y en el suelo quedaron, desamparados y en estado lastimoso, hasta muy entrada la noche. Horas y horas a merced del escarnio y de la ira populares. Recogidos entonces para ser de

inmediato desnudados y atados a sendos postes. Listos para la inmediata ración de azotes. Sesión cruel, alargada hasta dejar los castigados cuerpos hechos una ensangrentada piltrafa humana que no se tenía en pie. Pero no fue todo...

El calvario sólo había iniciado andadura. Faltaba más. Faltaba que los torturados, amarrados con cadenas, sufrieran las tinieblas, el frío y la soledad doliente de la mazmorra. Donde fue la segunda parte martirial, que no conoció tregua ni descanso.

Y aún pendiente la escenificación de la plaza pública, que sería tres días más tarde. En presencia del emir, del cadí y de la soldadesca empuñando amenazantes sables y espadas. Y las temibles enormes llamaradas de la hoguera centrando la asamblea. Con la conocida invitación a la apostasía. Y, en correspondencia, idéntica decisión, idéntica bravura, idéntica confesión de fidelidad cristiana en labios de Nicolás y compañeros mártires:

> «Lo que nosotros deseamos y os predicamos es que os convirtáis a la fe de Cristo, recibiendo el bautismo. Sabed que, por causa de Cristo y de su fe, no tememos ni al fuego ni a la muerte».

Tanto heroísmo despertó las iras musulmanas...

Ya fue el linchamiento. Monstruoso. Auténtico salvajismo que descuartizó a las víctimas, privándolas de toda apariencia humana, entregadas a la inmensa pira, por cierto sumamente respetuosa con el pábulo recibido. Pues el fuego se resistía a prender en las destrozadas carnes... Hubo que estar toda la tarde alimentando las llamas para lograr la incineración de los cuerpos. Y aún parcial... Los huesos de los mártires fueron escondidos y las cenizas desparramadas. El 14 de noviembre de 1391.

Pero inútil el empeño. Que igualmente se dio el estallido de la veneración cristiana... Y siguió la expansión del culto, confirmado por León XIII en fecha 6 de junio de 1889. Y eclesiásticamente universalizado por Pablo VI en la conocida celebración del 21 de junio de 1970. Una veneración singularísima en Croacia, donde titula o tiene altar en centenares de iglesias y capillas.

Oportuna la reflexión del papa Pablo VI:

> «La historia se convierte en maestra. Pone en confrontación estas lejanas figuras de hermanos idealistas, imprudentes, pero exaltados por un amor positivo y arrebatado hacia Cristo y persuadidos de la necesidad misionera propia de la fe —es decir, mártires—, con nuestra mentalidad moderna, que esconde bajo un manto de escepticismo progresista una cómoda y transigente vileza, y que, privada de principios superiores e interiores, encuentra lógico el conformismo con las ideas corrientes, con la psicología resultante de una alienación colectiva en la búsqueda y al servicio de sólo los bienes temporales [...] No son figuras anacrónicas y para nosotros irreales; antes bien, ellos nos dicen demasiado y casi nos reprochan nuestra incertidumbre, nuestra fácil volubilidad, nuestro relativismo que a veces prefiere la moda a la fe».

Actualizada, pues, en labios pontificios la figura medieval de Nicolás Tavelic, protomártir croata. Ejemplo aún válido.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

AAS 62 (1980).
CRNICA, A., OFM, *Historico-iuridica dilucidatio vitae et gloriae B. Nicolai Tavelic incliti martyris ordinis minorum splendoris et protectoris gentis croatorum canonizationi eius aequipollenti dicata recurrente triplici anniversario a diffusione cultus eius et gloriae* (Roma 1958).
FERRINI, J., *Un santo al giorno sul nostro cammino* (Rávena 1979).
MANDIC, D., *Documenta martyrii beati Nicolai Tavelic et sociorum eius* (Roma 1958).
www.studiacroatica.com

SAN ESTEBAN TEODORO CUENOT

Obispo y mártir († 1861)

¿Hasta qué punto puede resistirse la sed? El obispo misionero Esteban Teodoro Cuenot resistió cuanto pudo. Se había refugiado en casa de un amigo pagano, por parecer que la casa de un pagano era más segura que la casa de cualquier cristiano. Pero el mandarín logró saber, quizás por una denuncia, quizás de otro modo, que el santo obispo estaba refugiado allí, y el 27 de octubre de 1861 mandó rodear la casa, impidiendo que ésta pudiera ser evacuada. El amigo pagano del obispo había fabricado un excelente escondite, consistente en un espacio libre y estrecho en una doble pared. La policía entró en la casa y en-

contró a un diácono, a un joven escolar y a un notable cristiano que estaban allí acompañando al prelado, pero éste, retirado en su escondite, no fue hallado. Pero hallaron algunos libros y otros objetos de uso del obispo, lo que le dio a la policía la seguridad de que el obispo estaba en la casa. Por mucho que buscaron, los policías no hallaron el escondite. Cavaron en el suelo en busca de un escondite subterráneo y por todo el rededor de la casa, pero fue en vano. Llegó así el día 29, y el obispo, acuciado por la sed tras tres días de escondite, salió del mismo y se entregó a los que le buscaban.

Inmediatamente fue atado de pies y de manos e introducido —ésa parece ser la orden que llevaban— en una jaula de horrible incomodidad y fue llevado a la capital del distrito, Binh Dinh. Aquí comparece ante el gran mandarín, que de momento lo deja en la jaula, donde pasa algunos días. Luego lo dejó salir y circular libremente por el interior de la fortaleza donde se hallaba preso. Mientras tanto había escrito el mandarín a la corte real proponiendo que el preso fuera llevado a la corte y allí fuera juzgado a tenor de las leyes. No había llegado la respuesta cuando el santo obispo fue atacado de violenta disentería, de resultas de la cual murió en la madrugada del 14 de noviembre.

Amanecía el 15 de noviembre en la fortaleza de Binh Dinh. Esteban Teodoro Cuenot, el obispo misionero, era ya cadáver. Y llegó una carta de la corte real. La abrió el mandarín y se quedó muy sorprendido: nada de juicio al misionero preso. Debería serle infligido el suplicio de las cien llagas y luego debía ser inmediatamente decapitado. El mandarín que abrió la carta llamó a los otros dos mandarines y consultó con ellos el caso, resultando que dos de ellos querían decapitar el cadáver para que así se cumpliera materialmente la orden del rey, pero el tercero se negó diciendo que la orden era contra un hombre vivo, no contra un cadáver. Por su parte los carceleros decían: «Este sacerdote europeo era tan perfecto que no ha permitido el cielo se le aplicase el suplicio decretado». Y así consumó su espléndida carrera misional este santo prelado.

Había nacido en Le Bélieu, en el departamento francés de Doubts, en la frontera suiza, el 2 de febrero de 1802. Educado

cristianamente e inclinado al sacerdocio, hizo los primeros estudios sacerdotales en el seminario diocesano de Besançon, pasando luego al llamado «Retiro cristiano» que fundara el P. Antonio Silvestre Receveur († 1804). En este colegio recibió el 24 de septiembre de 1825 la ordenación sacerdotal. Ya sacerdote, maduró un proyecto que se apoderaba cada vez más de su corazón: las misiones entre infieles. Se sentía llamado a dilatar las fronteras del evangelio y a ir a los países no cristianos para anunciar allí, sin importar trabajos ni dificultades, el mensaje redentor de Jesucristo. Y por ello el año 1828 pidió y obtuvo ingreso en el Seminario de Misiones Extranjeras de París.

En enero de 1829 dejaba París y marchaba a Saigón, donde residía el entonces vicario apostólico de Cochinchina, monseñor Taberd, a cuyas órdenes se puso. Encontró allí también al futuro mártir San José Marchand († 1875), y ambos guiaron los primeros pasos del novel misionero, cuya primera tarea fue naturalmente la de aprender la lengua del país. Se apreciaban en Esteban cualidades más sólidas que brillantes, como una energía siempre serena, una resolución inquebrantable, una perseverancia invariable, un tacto y habilidad admirables en el manejo de las almas y para atraerse los corazones. Se le destina al seminario de Lai-Thiem para que, al tiempo que perfeccionaba la lengua, pudiera enseñar a los seminaristas. Aquí perseveró hasta el año 1833 en que se promulgan los decretos persecutorios contra el cristianismo del rey Minh-Mang. Su vicario apostólico le manda seguirle para refugiarse con los jóvenes seminaristas en el vecino reino de Siam, con la intención de llegar al seminario de Pinang para acabar allí en paz su educación clerical. El rey de este país había decretado se diera acogida a los misioneros que llegaran huyendo de Cochinchina. Pero una vez en Siam, se dieron cuenta de que la protección real se extendía sólo a los misioneros y no a los seminaristas, por lo que se decide la huida clandestina. Fue una huida heroica, y por fin pudieron conseguir él y los quince seminaristas que lo acompañaban una barca y se lanzaron al mar sin brújula logrando llegar a Singapur. Aquí mons. Taberd valoró con toda prudencia la situación real del cristianismo en Cochinchina, y se dio cuenta de

que él era ya tan conocido que había que descartar una posible vuelta suya al país. Pensó entonces, y así lo expuso a la Santa Sede, que lo mejor sería designar un obispo coadjutor que, no siendo muy conocido, pudiera entrar y trabajar de incógnito para que las ovejas de Cristo no estuvieran sin pastor. Y proponía el nombre de Esteban Teodoro. Éste, joven de treinta y un años, quedó sumamente sorprendido cuando llegaron las bulas romanas que lo nombraban obispo titular de Metellópolis y coadjutor con derecho a sucesión del vicariato apostólico de Cochinchina. Se consideraba indigno del honor del episcopado, pero vio con claridad que no le llegaba como un honor sino como una invitación a una entrega total al sacrificio de su persona y quién sabía si también hasta el martirio. Y por ello en la primavera de 1835 fue consagrado obispo en Singapur. Se propuso ser fiel al Señor y estudiar y llevar a cabo lo mejor posible los planes más eficaces para la consolidación y expansión de la Iglesia entre los naturales del vicariato. Y se dispuso a volver de forma clandestina al país.

Hallaron el modo de llegar hasta el país gracias a los servicios de un buque francés de Batavia, cuyo capitán, Sr. Borel, tenía licencia de los mandarines para comerciar con la Cochinchina. El capitán aceptó al obispo en su tripulación y lo presentó como el médico de la misma. Con él fueron otros dos sacerdotes, éstos nativos, los cuales desembarcaron en el distrito de Phu-Yen. En la rada de Tourana un intrépido catequista con una barca esperaba al nuevo obispo y lo recibió en ella de noche, dirigiéndose el prelado a Go-Thi donde había una sólida cristiandad, tenían convento las monjas nativas llamadas Amantes de la Cruz y donde el obispo puso el centro de su actividad.

Fue admirable el modo con que Esteban Teodoro trabajó durante los casi 30 años de su ministerio episcopal, hasta su martirio. Cayó muy pronto en la cuenta de que aquella Iglesia local tenía necesidad de sabias medidas para que se reanimase el espíritu de los fieles, de los catequistas y de los pocos sacerdotes nativos que quedaban, ancianos casi todos ellos, y que estaban a punto de pensar que, desde la marcha del vicario apostólico, la cristiandad annamita estaba llamada a la desaparición. Por

otro lado vio muy claro que si bien su mano tenía necesidad de tocarlo todo, en realidad no debía ser visible en ninguna parte, debiendo precaverse de la indiscreción de los fieles y del espionaje de los paganos, y estando por ello llamado a vivir en un impenetrable secreto, confinado por prudencia en el más recatado recinto de la casa de un catequista. Pero él empezó desde el fondo de su desconocido retiro a prodigar los consejos de la caridad y los estímulos de la fe, no haciendo caso de las tristes noticias que le llegaban. Apeló a las cartas circulares, que se prodigaban por todo el territorio de su vicariato. Los catequistas las leían a los cristianos en las reuniones nocturnas; los sacerdotes las comentaban; todos empezaron a tener la seguridad de que no sólo no estaban abandonados sino que eran objeto de la solicitud de un pastor muy bien informado de las necesidades de cada comunidad.

Cuando vio que sacerdotes y cristianos cobraban nuevos ánimos, decidió que era la hora de reanimar el espíritu misionero de los cristianos y comenzó a animar a todos a poner todo el celo posible en la propagación de la fe. Sirviéndose de mensajeros extendió por todo el territorio un afán de santo pugilato en la obtención de nuevas conversiones. Publicaba el estado comparativo de las conversiones anuales de cada parroquia, señalando con elogio las que habían merecido una mención honorífica. Pese a la persecución, el número de convertidos comenzó a aumentar de año en año y todos los nuevos cristianos consideraron ya lo más normal el tener el mismo espíritu misionero con el que ellos habían sido ganados para Cristo.

Con meridiana claridad vio que la Iglesia local no podía terminar estando sino en manos de un clero autóctono, y que por ello una de sus grandes tareas tenía que ser la formación de nuevos sacerdotes. Dispuso que cada sacerdote tuviera en torno a sí un grupo de jóvenes que debía ser formado en orden al sacerdocio. De estos jóvenes los mejores eran llevados al seminario de Pinang, pero los demás eran formados por cada uno de los sacerdotes que, debiendo estar retirados a causa de la persecución, convertían su retiro en plantel de nuevos sacerdotes. En el seminario estaban unos siete u ocho años, y al recibir la ordenación sacerdotal, el obispo se encargaba muy personal-

mente de dirigir sus primeros pasos. Todos los años dirigía un programa de cuestiones religiosas, de las que cada uno debía enviar la resolución por escrito, y el obispo personalmente valoraba cada respuesta, la corregía y cuando llegaba la tanda anual de ejercicios espirituales les pedía que se la trajeran debidamente modificada.

En 1840 murió el rey perseguidor, y ese mismo año murió el vicario apostólico, monseñor Taberd. Le sucedió en el cargo Esteban Teodoro, y pensó que su primer deber era convocar un sínodo diocesano en el que se hiciese ley lo que había sugerido y avalado la experiencia y se diesen normas seguras de conducta religiosa, moral y pastoral. Aprovechando un cierto respiro en la persecución logró reunir muchos sacerdotes en Go-Thi y celebró con ellos el sínodo que concluyó en mayo de 1841. Se les dio una dirección más uniforme y un impulso más marcado a todas las cosas del vicariato.

Habiendo habido tantos martirios, le pareció al obispo que era deber suyo recoger las noticias oportunas sobre ellos y formar las actas martiriales correspondientes. Procedió con enorme severidad, exigiendo que todas las noticias estuviesen convenientemente avaladas y contrastadas, rechazando todas las que no tenían tales condiciones. Enviadas a Roma, las admiró el papa Gregorio XVI que habló del carácter venerable de estos mártires.

Supo que a la Santa Sede le parecía oportuno dividir los vicariatos misioneros excesivamente extensos y que el suyo era uno de los considerados así. En efecto, los tres reinos de Tonkín, Camboya y Laos se comprendían en su jurisdicción. Esteban Teodoro propuso que se fueran constituyendo nuevos vicariatos. Y así primero se dividió en dos su vicariato: la Alta y la Baja Cochinchina, nombrándose a mons. Lefebvre como vicario de esta última. Esto fue en 1845. Luego, en 1850, se formó el Vicariato de Camboya y Laos, al frente del cual se puso a monseñor Miche, y en 1851 se hizo un nuevo Vicariato de la Cochinchina Oriental y se colocó al frente del mismo a mons. Pellerin. A cada uno de estos tres vicariatos el obispo Cuenot pudo asignarle una veintena de sacerdotes indígenas, mientras que cuando él entró, para todo el territorio no quedaban más

que doce y de edad avanzada. Y el número de fieles había crecido en gran proporción, no obstante una persecución de quince años seguidos.

Obra suya fue también el intento de extensión del evangelio a doce tribus salvajes de las fronteras occidentales de la Cochinchina. Así lo contaba el P. Herrengt, pro-vicario apostólico, tras la muerte del santo obispo:

> «Un postrer éxito que coronó dignamente este fructífero episcopado fue el establecimiento de una misión entre los salvajes que viven, en número de doce tribus, fuera de las fronteras occidentales de la Cochinchina. Aun antes de ser consagrado, el Ilmo. Sr. Cuenot había concebido el proyecto de establecer la fe aquí; pero continuas dificultades retrasaron su ejecución. Quizás nunca su perseverancia se mostró mejor que en esta arriesgada empresa. Los obstáculos eran numerosos: era preciso sustraerse de la vigilancia de las aduanas annamitas, de las envidias de los pocos mercaderes que trafican con los salvajes, y de los recelos de los salvajes mismos que miran en todo extranjero un enemigo de su independencia. Se hizo la primera tentativa en 1842 por MM. Miche y Duelos, la que abortó, y los dos misioneros fueron puestos en la cárcel. Un joven diácono fue más dichoso: disfrazado de mercader reconoció el terreno, se hizo amigos, y volvió para ofrecerse por guía a los apóstoles que Su Ilustrísima se sirviese designar. MM. Combe y Dourisboure le siguieron en el mes de mayo de 1850 y se introdujeron con él en el interior de las tribus. Júzguese de las dificultades que debieron encontrar por este solo detalle: les fue preciso seis meses para ir de un lugar a otro, separados entre sí por unas cuatro jornadas de camino; tan suspicaces son estos salvajes, tantas visitas que hacer, coloquios y regalos, hasta poder ser admitidos a gozar de su hospitalidad. No obstante no podían quejarse de sus fatigas, pues cuando Mr. Combe murió en 1857, ya había convertido la mitad de la aldea que habitaba. Mr. Dourisboure bautizó también a casi todo el lugar en que residía, y dos sacerdotes annamitas, de los que uno es el diácono mencionado arriba, tienen numerosos neófitos en los puestos que ocupan. Se esperaba la noticia de otros muchos progresos cuando los últimos furores del rey Tu-Duc han venido a interceptar toda comunicación».

Esta carta estaba fechada el 31 de enero de 1862.

Tuvo también un acertado pensamiento el santo obispo y fue el de buscar la autofinanciación de las misiones, no queriendo depender, al menos de forma exclusiva, de las limosnas europeas. Sabiendo las agitaciones padecidas por Europa en 1848 y que trajeron consigo tantos cambios políticos, temió

que faltasen las limosnas que sostenían las misiones e ideó un medio de poder sostenerse éstas por sí mismas. Compró vastos terrenos incultos, y sobre cada uno de ellos aglomeró cierto número de familias cristianas para desmontarlos. Resultó de ello la formación de nuevas parroquias, un cierto bienestar para los piadosos trabajadores, al mismo tiempo que la perspectiva de una renta suficiente para hacer frente a las necesidades de la misión.

Pero llegó la persecución de Tu Duc. Esteban Teodoro siguió viviendo en Go-Thi, su lugar habitual de residencia ya mencionado, situado al sur de la provincia de Binh-Dinh en el centro del país. Había allí numerosos cristianos, muchos de ellos de buena posición social. Había habido en la zona una cierta tolerancia en los primeros tres años de la persecución, y por ello se había convertido en refugio de misioneros y de cristianos perseguidos.

A fines de julio de 1861, sin embargo, salieron los edictos que confiscaban las casas y campos pertenecientes a los cristianos y que debían ser dados a familias paganas. Se ordenaba diseminar a los cristianos por pueblos paganos, para que dejaran de apoyarse unos a otros, y se ordenaba igualmente que a cada cristiano se le grabara en la cara las palabras Tao-dao, es decir falsa religión. Muy pronto de los veinte sacerdotes de la misión de Go-Thi trece habían caído en manos de los perseguidores, dos desaparecieron sin saberse de ellos, seis anduvieron errantes por las montañas y uno solo pudo llegar a Saigón. La mitad de los clérigos del seminario, todos los alumnos del colegio menor, las doscientas cincuenta religiosas y los trece mil cristianos de la provincia de Binh-Dinh cayeron en poder de los perseguidores que les grabaron el rostro, les quitaron sus posesiones y cumplieron con ellos lo previsto en los decretos señalados. El obispo Cuenot en cuanto conoció los nuevos decretos dio orden a sus misioneros de que se pusieran a salvo junto con dos sacerdotes septuagenarios y varios alumnos del colegio menor. A pesar de enormes dificultades todos ellos pudieron embarcarse en la noche del 21 de agosto y después de treinta y un días de navegación llegaron a Saigón, en poder de los franceses. Los que embarcaron esperaron también al obispo y para ello man-

daron un junco a recogerlo junto a su residencia, pero el obispo envió una carta diciendo que decidía no ir y prefería quedarse a ver si era posible eludir el nuevo edicto como se habían eludido los anteriores, y que en todo caso se refugiaría en la citada misión entre los salvajes. En cuanto salieron estos primeros fugitivos se puso en ejecución el decreto citado, aunque se les dio a los cristianos cinco días para que preparasen su salida y los desterraron por familias, dándoles licencia para construirse cabañas y trabajar en el lugar en que iban relegados. Cuando vio la ejecución de todas estas medidas fue cuando se refugió el obispo en la casa de un pagano, y allí tendría lugar su arresto. Este arresto fue al punto una señal de avivarse la persecución. A los cristianos presos no los dejaron ya reunidos en familia; todos, hasta los niños, tuvieron la canga al cuello, los cepos a los pies y fueron encerrados en estrechos cercados formados por gruesas estacas. De momento el arresto había ido con los cristianos ya censados como tales, y por ello no se comprendió a los neófitos, pero luego se buscó a éstos y se les prendió, y ocurrió que igualmente prendieron a los que para escapar de la persecución habían apostatado. Todas las casas de los cristianos fueron arrasadas, sus plantíos de cocoteros, moreras, etc., fueron cortados e igualmente los setos de bambúes. En todos los caminos se detenía a los caminantes para ver si eran cristianos fugitivos, y a fin de quitar a los paganos la posibilidad de amparar a sus parientes cristianos se hizo un empadronamiento minucioso y se hacían continuas visitas domiciliarias. Los sacerdotes indígenas, los seminaristas, las religiosas, se vieron obligados a esconderse entre los matorrales y vivir errantes en barquitas sobre el río. Los martirios se produjeron en gran cantidad. La Iglesia local se volvió a vestir con la púrpura de la sangre martirial.

Los mandarines no dejaron que el obispo Cuenot tuviera un entierro cristiano. Lo envolvieron en una estera y lo enterraron en lugar desconocido de la propia fortaleza. Además de sus cartas e instrucciones pastorales dejaba una obra muy útil: «La verdad del cristianismo demostrada a los paganos», en cuatro tomos, que él había traducido e impreso y de la que se dijo que respiraba tan perfectamente el genio de la lengua annamita que no se la creería producida por pluma extranjera.

La fama del martirio siguió acompañando la memoria del insigne misionero. En 1907 se le erigió una estatua en Le Bélieu, y proseguida su causa de beatificación que englobaba mártires de Cochinchina, Tonkín y China, se produjo la solemne beatificación en la basílica de San Pedro de Roma el 2 de mayo de 1909. Posteriormente se reunieron todos los mártires vietnamitas en una causa de canonización, la cual tuvo lugar el 19 de junio de 1988.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 1 (1909) 173-174; 452-458; 83 (1991) 377-381.
CHEVROTON, M., *Vie de Mgr. Cuenot* (París 1870).
La Revista Católica (Barcelona) 49 (1862) 433-437; 499-507.
REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular* (Madrid 2000) 183-186.
SALOTTI, C., *I nuovi martiri annamiti e cinesi, Mons. Cuenot e Compagni (1815-1862), solennemente beatificati dalla Santità di Papa Pio X il 2 maggio 1909* (Roma 1909).
TISSOT, C., *Vie du bienheureux Étienne Théodore Cuenot* (París 1950).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SIARDO DE MARIËNGARDE
Abad († 1230)

Este santo frisón nació en la actual diócesis de Breda en Holanda. Se educa en la escuela de la abadía de Mariëngarde (Santa María del Huerto) y allí se despierta su vocación religiosa, ingresando en la misma y profesando en la Orden Premonstratense. Vive como religioso ejemplar y en 1194 es elegido abad de su monasterio. Sencillo, humilde y caritativo, se distinguió por el cumplimiento exacto y ejemplar de la Regla así como por su insigne generosidad con los pobres que acudían a la abadía. Se vio rodeado muy pronto de fama de santidad. Los fieles decían que tenía el don de profecía y alababan su tierna devoción hacia la Virgen María así como la emoción religiosa con que participaba en los divinos misterios. Fue sepultado en la misma abadía y tenido como santo. Sus reliquias fueron salvadas cuando con motivo de la Reforma se cerró su abadía y hoy se hallan en varias iglesias. Benedicto XIII concedió a

la Orden Premonstratense (22 de enero de 1728) celebrar su memoria.

BEATO JUAN LICCIO

Presbítero († 1511)

Nace en Caccamo, junto a Palermo, hacia 1430. Sus padres eran unos modestos labradores. A los seis meses muere su madre y se encarga de él una tía suya. A los 15 años, sintiendo la vocación religiosa, le pide el hábito dominico al Beato Pedro Geremia que lo admite en el convento de Santa Zita de Palermo. Hace la profesión religiosa y los estudios oportunos y se ordena sacerdote. Durante una temporada, su ministerio será la enseñanza, pero luego pasa al apostolado directo de la predicación evangélica, sembrando con la palabra de Dios las tierras de Sicilia, Lombardía, el Véneto, la Romaña, el Lazio, y Nápoles, a cuyo convento de Santo Domingo fue asignado el año 1479 con la expresa dedicación a la predicación popular. En 1481 es requerida su vuelta a Sicilia y así lo ordena el general de la Orden. Aquí le esperaba una intensa labor apostólica, esmerándose en la visita a los presos y la atención a los enfermos. En 1487 comienza la fundación de un convento dominico en su propio pueblo natal, que llamaría Santa María de los Ángeles, y del que sería prior una larga temporada. En 1488 fue nombrado vicario general de los dominicos observantes de Sicilia, y al unificarse las dos provincias —conventuales y reformados— igualmente el cargo de vicario recayó sobre él en 1497.

Se le encomendó la visita y reforma de numerosos conventos. Destinado por fin a Caccamo, aquí entregó su alma al Señor el 14 de noviembre de 1511, dejando una larga estela de santidad por su celo apostólico y claras virtudes como religioso y como sacerdote. Benedicto XIV confirmó su culto inmemorial el 25 de abril de 1753.

15 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Colonia, San Alberto Magno († 1280), obispo de Ratisbona y doctor de la Iglesia, religioso dominico **.
2. En Hipona (Numidia), santos Fidenciano, obispo, Valeriana, Victoria y otros diecisiete mártires († s. III/IV).
3. En Edesa (Osroene), santos Guria, asceta, y Samona († 306), mártires.
4. En Nola (Campania), San Félix († s. IV/V), presbítero *.
5. En Bretaña Menor, San Maclovio o Macuto o Malo († 640), obispo de Aleth y evangelizador de la región.
6. En Cahors (Aquitania), San Desiderio o Didier († 655), obispo.
7. En Irchenberg (Baviera), santos Marino, obispo, y Aniano († s. VII/VIII), mártires.
8. En Ruán (Neustria), San Sidonio († d. 684), abad *.
9. En Rheinau (Suiza), San Fintano († 879), monje y recluso.
10. En Klosterneuburg (Austria), San Leopoldo († 1136), margrave *.
11. En Reading (Inglaterra), beatos Hugo Faringdon o Cook, abad benedictino, Juan Eynon y Juan Rugg, presbíteros († 1539), mártires bajo Enrique VIII **.
12. En Glaston (Inglaterra), beatos Ricardo Whiting, abad, Rogerio James y Juan Thorne († 1539), presbíteros, de la Orden de San Benito, mártires bajo Enrique VIII **.
13. En Ferrara (Emilia), Beata Lucía Broccadelli († 1544), religiosa de la Tercera Orden de Santo Domingo *.
14. En Nagasaki (Japón), Beato Cayo Coreano († 1627), catequista y mártir *.
15. En Caaró (Paraguay), santos Roque González y Alonso Rodríguez († 1628), presbíteros, de la Compañía de Jesús, mártires **.
16. En Roma, San José Pignatelli († 1811), presbítero, de la Compañía de Jesús **.
17. En Mengo (Uganda), San José Mkasa Balikuddembé († 1885), mártir *.
18. En San Remo, Beata María de la Pasión (Elena) de Chappotin de Neuville († 1904), fundadora del Instituto de Franciscanas Misioneras de María **.
19. En Wadowice (Polonia), San Rafael de San José Kalinowski († 1907), presbítero, religioso carmelita descalzo **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ALBERTO MAGNO

Obispo y doctor de la Iglesia († 1280)

La historia le llama *Magno* y *Mago.* Con ello justiprecia sus méritos y hace a la vez un juego malabar. Es preciso distinguir el ocultismo y el conocimiento de lo oculto. Alberto fue muy grande en muchas cosas, entre ellas en el espíritu de observación. Por él llegó a saber mucho que en su tiempo se desconocía. Conoció las propiedades de los cuerpos y las fuerzas de la naturaleza, fue físico, químico, geógrafo, astrónomo, naturalista. Y teólogo, naturalmente. No supo nada de esto por malas artes. Lo aprendió noblemente. Leyó libros de magia, pero no para aprender sus artes, sino, como él mismo dice, «para no ser tentado por sus procedimientos, que juzgo inválidos e inadmisibles». Los sensatos y los sabios le llaman *Magno.* Los insensatos y los ignorantes siguen llamándole todavía *Mago.* Con este nombre le dedicaron una plaza en París, en el lugar mismo que llenaban sus alumnos cuando no cabían para oírle en las aulas de la Universidad.

Nació el año 1206 en Lauingen, ciudad de la Suevia bávara, asentada a las orillas del Danubio. Su familia era militar; tenía una historia gastada al servicio del emperador y un castillo a dos millas de la ciudad. En él pasó Alberto los primeros años de la infancia. Luego, en la escuela de la catedral, empezó a aprender las letras y afianzó su corazón en la piedad.

Pero la vida del joven necesitaba más horizonte. No le llamaba la milicia. Le atraía la observación de la naturaleza, y por eso se dirigió a Padua, en cuya Universidad a la sazón se aprendían especialmente las artes liberales del *Trivium* y del *Quadrivium.* Sin embargo, la ciencia sola no le convenció nunca. Tampoco quería ser sólo santo. Le atraían las dos cosas. Por eso frecuentaba la iglesia de unos frailes de reciente fundación. Se decía que habían roto los moldes del monaquismo tradicional y que acompasaban la institución monástica con las necesidades culturales y apostólicas de la época. El fundador era un español, Domingo de Guzmán, quien quiso que sus religiosos fueran predicadores y doctores. Acababa de morir, dejando la institu-

ción en manos de un compatriota de Alberto, Jordán de Sajonia. Dios había dado a Jordán un tacto especial para tratar y convencer a gentes de universidad. Más de mil vistieron el hábito durante su gobierno, salidos de los claustros universitarios de Nápoles, de Bolonia, de Padua, de París, de Oxford y de Colonia. Y no era infrecuente el caso en que, al frente de los estudiantes y capitaneando el grupo, lo vistiera también algún renombrado profesor.

Alberto cayó en sus redes. Un sueño en el que la Virgen le invitaba a hacerse religioso y el hecho de que Jordán le adivinara las indecisiones que le atormentaban, le indujeron a dar el paso. Con ello no abandonó los estudios de la Universidad. Domingo quería sabios a sus frailes; sólo que a la sabiduría clásica debían añadir el conocimiento profundo de las verdades reveladas. El joven novicio dedicó cinco años a la formación que le daban los nuevos maestros, y el *Chronicon de Helsford* resume su vida de estos años diciendo que era «humilde, puro, afable, estudioso y muy entregado a Dios». La *Leyenda* de Rodolfo lo describe como «un alumno piadoso, que en breve tiempo llegó a superar de tal modo a sus compañeros y alcanzó con tal facilidad la meta de todos los conocimientos, que sus condiscípulos y sus maestros le llamaban *el filósofo*».

Terminados los estudios empiezan la docencia y la carrera de escritor, menesteres en que consumiría su vida, salvo dos paréntesis administrativos, uno al frente de la provincia dominicana de Germania, y otro, ya obispo, al frente de la diócesis de Ratisbona. Su vida docente empezó en Colonia. Después pasó a regentar cátedra en Hildesheim, en Friburgo, en Estrasburgo, de nuevo en Colonia y en París. Simultaneó la labor de cátedra con la de escritor y comentó los libros de Aristóteles, los del Maestro de las Sentencias y la Sagrada Escritura. Pedro de Prusia escribió este elogio de la obra de Alberto: *Cunctis luxisti, / scriptis praeclarus fuisti, / mundo luxisti, / quia totum scibile scisti:* «Ilustraste a todos; fuiste preclaro por tus escritos; iluminaste al mundo al escribir de todo cuanto se podía saber».

Para desarrollar su labor docente y escrita le había dotado Dios de un fino espíritu de observación. Estudió las propiedades de los minerales y de las hierbas, montando en su convento

lo que hoy llamaríamos un laboratorio de química. Estudió también las costumbres de los animales y las leyes de la naturaleza y del universo. Movilizó un equipo de ayudantes, hizo con ellos excursiones audaces y peligrosas a lugares difíciles, viajó mucho, gastando lo que pudo y más de lo que pudo, todo con el fin de robar sus secretos a la obra de la creación.

A la observación añadió la habilidad, y al laboratorio conventual de química sumó lo que llamaríamos gabinete de física y taller mecánico. Dice la leyenda que construyó una cabeza parlante, destruida a golpes por su discípulo Tomás de Aquino al creerla obra del demonio. La anécdota, que no es histórica, ilustra el espíritu positivo y práctico del santo, que sí lo es. Por todo ello, entre los elementos formadores del carácter alemán, sentimental, artista, práctico y exacto, cuenta Ozanam los *Nibelungos,* el *Parsifal,* la obra poética de Gualter de Vogelweide y las obras de San Alberto Magno.

Su labor no terminó con el estudio de las criaturas. Además de naturalista era teólogo y santo. Precisamente para serlo se decidió en Padua a simultanear la Escritura con el *Trivium* y el *Quadrivium* y a frecuentar a la vez la Universidad y el convento de dominicos. No es extraño, pues, que, cuando se puso a escribir sus veinte volúmenes en folio, lo hiciera señalándose a sí mismo una meta clara: *Et intentionem nostram in scientiis divinis finiemus:* «Terminaremos todos hablando de las cosas de Dios». Y así, a la *Summa de creaturis* siguieron los *Comentarios a las Sentencias,* los *Comentarios a la Biblia* y una serie de opúsculos de muy subida espiritualidad. Nada tenía interés para él si no terminaba en Dios. De estudiante lo vimos ya piadoso y sobrenaturalizador de su vida estudiantil. Tomás de Cantimprano describe así su vida de maestro: «Lo vi con mis ojos durante mucho tiempo, y observé cómo diariamente, terminada la cátedra, decía el Salterio de David y se entregaba con mucha dedicación a contemplar lo divino y a meditar».

Se dijo más arriba que su paso por la vida no fue sólo el de un maestro y un escritor, fue también el de un gobernante. Metido en la barahúnda de la administración, se distinguió como árbitro, como pacificador, como reformador. Acaeció su muerte el 15 de noviembre de 1280, cuando tenía setenta y cuatro

años. La precedieron unos meses de obnubilación, como si esto fuera privilegio de los genios. También la sufrieron Tomás de Aquino, Newton y Galileo. En realidad la ciencia de aquí era nada para el conocimiento que con la muerte le iba a sobrevenir en la contemplación de Dios.

Quedan aquí señalados algunos de sus muchos merecimientos. Recordaremos otro singular. Alberto descubrió a Tomás de Aquino entre sus muchos alumnos de Colonia. Lo formó con mimo y con amor, porque adivinó las inmensas posibilidades de este napolitano. Luego influyó para que, joven aún, ocupara en París la cátedra más alta de la cristiandad. El Doctor Angélico murió antes que él. Algunos doctores parisinos quisieron proscribir sus doctrinas, y era preciso defenderlas. El santo, ya viejo, cubre a pie las largas etapas que separan Colonia de París para defender a su discípulo. Su intervención fue eficaz y decisiva. La Iglesia y el mundo, que le deben mucho por lo que fue y por lo que hizo, le son deudores también en gran parte de lo que fue y de lo que hizo Santo Tomás.

EMILIO SAURAS, OP

Bibliografía

CALLAEY, F., Art. en *Analecta Sacri Ordinis Fratrum Praedicatorum* 20 (1932) 473-531.
FRACHET, G. DE, *Vitae Fratrum Ordinis Praedicatorum...* (Lovaina 1865).
MANDONNET, P., «Albert le Grand: les XXXII sermons de "Eucharistia qui lui sont attribués"», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* I: *Aaron-Angelus* (París ³1930) cols.669s.
— «Albert le Grand», en *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques.* I: *Aach-Albus* (París 1912) col.1518.
PRUSIA, P. DE, *Vita B. Alberti Magni* (Amberes 1621).
SCHEEBEN, H. CH., *Albert der Grosse. Zur Chronologie seines Lebens* (Leipzig 1931).
SIGHART, J., *Albertus Magnus. Sein Leben und seine Wissenschaft* (Ratisbona 1857).
WILMS, H., *Albert der Grosse* (Múnich 1930).
• Actualización:
CRÄMER-RÜGENBERG, I., *Alberto Magno* (Barcelona 1985).
FORCADA COMÍNS, V., *San Alberto Magno: biografía* (Valencia 1996).

BEATOS HUGO FARINGDON, JUAN EYNON, JUAN RUGG, RICARDO WHITING, ROGERIO JAMES, JUAN THORNE

Mártires († 1539)

Los abades benedictinos de Reading, en la llanura sur de la isla, y de Glastonbury, en el suroeste de Inglaterra, tuvieron un fin envidiable si los comparamos con la mayoría de los superiores religiosos sometidos cobardemente a la voluntad anticatólica de Enrique VIII.

El 15 de noviembre de 1539 moría martirizado en Reading el abad de aquel monasterio, Hugo Cook, apellidado Faringdon. Éste, obtenido el título abacial en 1520, poseía el derecho de sentarse en la cámara de los Lores. Sus enemigos murmuraban de él que no tenía apenas instrucción; en cambio se sabe que el director del colegio de Reading le dedicó un libro sobre retórica. Nadie duda que Hugo, como abad, supo mantener a su comunidad en la observancia regular y que consideraba a los protestantes como herejes y «tunantes».

Hugo se mantuvo en el favor real al menos hasta 1537, pues en los funerales de la reina Juana Seymur, en Windsor asistió todavía de manera destacada. Mas, poco después, tuvo la mala suerte de comentar el rumor de que el rey se iba a morir. Tuvo que presentarse ante una comisión que no le retuvo ni dio importancia al asunto.

En 1539, cuando todas las grandes abadías habían sido suprimidas, Reading se mantenía entera y con su comunidad, pero al poco tiempo su abad fue apresado y conducido a la Torre de Londres acusado de traición, según se hizo costumbre en aquella época malhadada. Hugo fue juzgado junto con Juan Eynon, sacerdote de su jurisdicción, y Juan Rugg, antiguo beneficiado de Chichester que se encontraba retirado en la abadía.

Condenados a muerte, Faringdon tuvo la fortaleza de declarar sobre el cadalso, colocado frente a las puertas de su monasterio, que «el Primado de Pedro era la fe común de todos aquellos pastores ingleses que por su conducta y ejemplaridad siempre la habían así predicado y enseñado».

Ricardo Whiting murió el mismo día que Hugo. Nacido en Somerset hacia 1460, sabemos que frecuentó la Universidad de

Cambridge siendo ya monje. Sacerdote en 1501, fue elegido como abad de Glastonbury en 1525. Nueve años más tarde pensó que podía prestar el juramento exigido por el rey acerca de su matrimonio y de su separación de Roma, siendo así que la mayoría pensaban que podían hacerlo. Los comisionados del rey visitaron su monasterio y sólo tuvieron palabras de alabanza para su buen gobierno. Pero cuatro años después, en 1539, todos los monasterios fueron suprimidos. El monasterio había logrado mantenerse a flote a pesar de que todos los demás de la región ya hacía tiempo que habían sucumbido a las ambiciones políticas y cismáticas del rey. En septiembre de aquel año volvieron a presentarse tres comisionados reales y encontraron entre los papeles del abad un libro contra el divorcio del rey, copias de bulas papales y una biografía de Santo Tomás Becket, el héroe inglés de la libertad e independencia de la Iglesia. Los comisionados en su informe dijeron que el abad se había negado a abandonar su cargo y que habían hallado «un desafecto contrario a la corona». Se le condujo a la Torre de Londres. Se le envió un dossier al canciller Cromwell en el que se intentaba probar las «múltiples y diversas traiciones» del abad; este dossier lamentablemente ha desaparecido. Pero por una nota del mismo Cromwell enviada al tribunal sabemos que indicó: *«Ítem: enviamos al abad de Glaston para que sea juzgado y ejecutado allí mismo, en Glaston»*. Fue en efecto condenado a muerte y ejecutado en Glastonbury el 15 de noviembre de 1539. No llegó a entrar en su abadía. Según las bárbaras costumbres ya relatadas en las biografías de otros mártires ingleses, se le colocó en un entramado de troncos a modo de parihuelas y fue arrastrado por un caballo hasta el lugar del cadalso u horca que estaba situado en una colina cercana a la villa abacial, a los pies de una capilla dedicada a San Miguel. El pobre y débil anciano, alzado con la cuerda al cuello, fue inmediatamente dejado caer vivo para ser abierto en canal a fin de arrancarle el corazón. Antes de caer la tarde, su cabeza fue expuesta a las puertas de su abadía, de cuyas dependencias habían tenido que huir rápidamente sus monjes.

El tesorero o guardián de las reliquias del monasterio, Juan Thorne, y el sacristán, Rogerio James, murieron poco después del abad. Se les acusó de sacrilegio, es decir, de haber simulado

acerca de las riquezas del monasterio al ser preguntados sobre ellas por los comisionados reales.

El papa Gregorio XVI autorizó que la representación de estos mártires figurase en los muros del colegio inglés de Roma. Su culto fue confirmado en 1895.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* XI (París) t.XI, p.402-403; t.VII, p.569-577.

GODET, P., Art. en *Dictionnaire de théologie catholique.* II/2: *Cabados-Cisterciens* (París 1905) cols.1823-1829.

OLPHE-GALIARD, M., Art. en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* II: *Cabasilas-Cyrille de Scythopolis* (París 1953) cols.214-276.

SANTOS ROQUE GONZÁLEZ Y ALONSO RODRÍGUEZ

Presbíteros y mártires († 1628)

La Asunción del Paraguay, ciudad fundada en 1537, era un villorrio cuando nació en su seno Roque González de Santa Cruz, hijo de Bartolomé González de Villaverde y de María de Santa Cruz. La Asunción estaba entonces gobernada por un personaje caprichoso y atrabiliario como Juan Ortiz de Zárate. Su muerte coincidió, en lo que respecta al año, con el nacimiento de Roque González: 1576. Cuando niño, conoció éste a Juan de Garay (1578-1583) y fue durante el primer gobierno de Hernandarias (1597-1599) cuando hizo los estudios de Teología y recibió las órdenes sagradas, en el postrero de esos años. Fue durante su segundo gobierno (1602-1609) cuando el gran Hernandarias contrajo nupcias con una hermana del presbítero González de Santa Cruz. Tal vez por sus solos méritos, tal vez por sus vinculaciones con tan gran mandatario, apenas ordenado se le nombró cura de la catedral de la Asunción, y ejerció este cargo durante los obispados de Martín Ignacio de Loyola y Reginaldo de Lizárraga, pero tenía sus complacencias en tratar con los indígenas vecinos de la ciudad. Su conocimiento cabal del idioma guaraní le permitía hablarles y platicarles sin intér-

prete y sin las dificultades que impiden a tantos el expresarse en idioma que no sea el suyo. Monseñor Lizárraga pensaba hacerle vicario general de la diócesis, cuando el presbítero González de Santa Cruz le comunicó su determinación de ingresar en la Compañía de Jesús, como en efecto hizo en 1609.

El hecho de que los jesuitas establecidos en la Asunción, lejos de morar sosegadamente en esa ciudad, emprendieran constantes giras a las zonas ocupadas por los indígenas infieles, y el saber que Hernandarias planeaba con ellos un avance misionero de grandes proporciones y un nuevo método de formar pueblos o reducciones estables, fue, según parece, lo que le movió a dar este paso. Es posible que hiciera algunos meses de noviciado en la Asunción, pero no consta; sólo sabemos que cuando, a fines de ese año de 1609, se formaron los tres grupos de misioneros que debían emprender la nueva conquista, el padre Roque González con el padre Vicente Griffi fue enviado a los guaycurúes, indios que tenían su hábitat frente a la Asunción, río por medio. Los misioneros que fueron destinados al Gairá y los que partieron al Paraná, tuvieron éxito, pero González fracasó. Nada pudo hacer con los rebeldes y nómadas guaycurúes. En parte, tal vez, el fracaso se debió a haberse inundado con las crecidas del Paraná las tierras que ocupaban aquellos indígenas y haberse visto así aminorada la acción de los misioneros.

Fue entonces destinado al Paraná, donde el padre Marcial de Lorenzana había comenzado la labor espiritual con gran aceptación de los guaraníes que moraban, sobre las márgenes de ese río y al poniente del mismo, entre los 27° y los 28° de latitud sur. Entre 1611 y 1615 trabajó en San Ignacio Guazú, población al sudeste del actual Paraguay, y con tal aceptación por parte de los indígenas, que llegaron a tenerle tanta admiración como afecto y cariño. Fundó después las dos reducciones de Santa Ana y de Itapúa (1615), pero cedió la primera de ellas, que estaba frente a Itatí, aunque en el Paraguay, a los padres franciscanos, quienes consideraban esa zona como perteneciente a sus misiones. Durante tres años trabajó infatigablemente en la segunda de esas localidades, y fue párroco y catequista, maestro de escuela y enfermero, arquitecto y albañil. Gracias a una robusta salud y a un ardoroso celo de la salvación de las almas,

no bien Itapúa estaba constituida y en marcha, pasó a fundar Yaquapoá (1618), después Concepción (1620), San Nicolás (1626), San Javier (1626), Yapeyú (1627), Candelaria (1628), Caazapaminí (1628), la Asunción de Ijuí y Caaró (1628). Ningún misionero en las regiones del Río de la Plata desplegó una actividad tan extraordinaria en la fundación de reducciones. Once fueron las que fundó, desbrozando el campo, cociendo ladrillos, abriendo zanjas para la higiene pública, torciendo cursos de agua para tener la necesaria cerca de la población, haciendo cortes de madera, y con ellos puertas y ventanas; sembrando cereales y formando vaquerías con que alimentar a los neófitos y, sobre todo, enseñando la doctrina cristiana a los infieles y promoviendo el culto y la frecuencia de los sacramentos entre los ya bautizados.

Nada le fue imposible a este misionero, así por su intensa vida interior como por el ascendiente que ejercía sobre los indios guaraníes. No era hombre blando, antes tenía no poco de esquivo y de misántropo en su trato con los blancos o moradores de las ciudades, ya fueran españoles o criollos, pero con los indios era todo afecto y cariño. Si el óleo con el retrato del Beato Roque González hallado en Córdoba en 1942 responde a la realidad, era varón de nobles facciones, de mirada viva, de sugestiva expresión. Debió de ser más bien alto y bien proporcionado. Por su correspondencia se colige que era de ideas claras, de espíritu práctico, enemigo de las improvisaciones y de la mediocridad. El *omnia bene fecit,* «todo lo hizo bien», es aplicable a todas sus fundaciones. Aunque nunca estuvo en lo que es hoy la República del Uruguay, toda la región que cae al este del río de este mismo nombre hasta el océano, llamada otrora, y en especial por el mismo Roque González, «el Uruguay», contó con sus mayores simpatías y fue él el primero que evangelizó a los tapes de esas inmensas tierras, ocupadas hoy día en su mayor parte por el Brasil.

Se hallaba el Beato Roque González en el Caaró cuando, el 17 de noviembre de 1628, fue martirizado. Un indio apóstata llamado Potirabá indujo a un cacique por nombre Nezú a que acabara con todos los misioneros, y éste así lo hizo. Estando el Beato Roque atando una soga a una campana para elevarla

a un punto alto, cayó Nezú sobre la reducción y ordenó que un esclavo suyo, llamado Maragoá, rompiera la cabeza del misionero, lo que hizo a golpes de macana. Al mismo tiempo otros secuaces de Nezú hacían otro tanto con el padre Alonso Rodríguez, natural de Zamora, en España (1598-1628), quien también se hallaba en Caaró, y dos días después dieron igual muerte al padre Juan del Castillo, natural de Belmonte (1596-1628). Nezú y los suyos, no contentos con acabar con los misioneros, quisieron también acabar con las dos reducciones, la de Caaró e Ijuí o Pirapó, y así destrozaron cuanto pudieron y prendieron fuego a todo.

Tiraron a las llamas los cuerpos de los mártires; pero, hallando al día siguiente que las llamas no los habían reducido a cenizas, arrancaron el corazón del pecho del Beato Roque, lo atravesaron con una saeta y lo arrojaron nuevamente al fuego. Por milagro o por otra causa, el corazón quedó intacto, y en 1633, por voluntad del entonces general de la Compañía de Jesús, padre Mucio Vitelleschi, fue llevado a Roma y colocado en un precioso relicario. Llevólo a la Ciudad Eterna en 1633 el padre Juan Bautista Ferrusino, y lo paseó triunfante por no pocas ciudades y poblaciones de España. En Madrid lo veneró, entre otros, el gran polígrafo padre Eusebio Nieremberg. En septiembre de 1928, tres siglos después del traslado de tan insigne reliquia a Roma, el corazón del Beato Roque González de Santa Cruz fue traído a Buenos Aires y desde entonces es venerado en la iglesia del Colegio del Salvador.

Con grandes demostraciones de piedad, tan insigne reliquia ha recorrido las ciudades y la campiña del Paraguay y del estado brasileño de Río Grande do Sul, y hasta alguna aceptación ha tenido en los centros argentinos, menos vinculados a la acción evangélica del gran misionero. La beatificación de éste y de sus dos compañeros tuvo lugar el 28 de enero de 1934. Al autor de esta nota le cabe la satisfacción de haber hallado el retrato auténtico del Beato Roque González de Santa Cruz. Los grandes biógrafos del mismo, como los padres José María Blanco, Carlos Teschauer, Carlos Leonhardt y Luis Gonzaga Jaeger, están contestes en que, por lo que nos dice la historia, «jamás hubo en este nuestro continente hombre alguno en cuyo pecho

ardiera un corazón tan lleno del amor de Dios y tan dado por entero a la conquista de las almas de los indígenas».

Los historiadores llaman a estos tres mártires «Mártires de Caaró e Ijuí o Pirapó», pero vulgarmente los escritores brasileños los llaman «Mártires de Río Grande do Sul»; los uruguayos, como Rafael Algorta Camasso, los denominan «Mártires del Uruguay»; los paraguayos, «Mártires del Paraguay», y los de la Argentina, «Mártires argentinos». Cierto es que la acción de los mismos se ejercitó en lo que hoy constituye tres de esos países y todos ellos tienen justos títulos para considerarlos suyos.

Estos tres mártires fueron canonizados por el papa Juan Pablo II el 16 de mayo de 1988 en la ciudad de Asunción (Paraguay).

GUILLERMO FURLONG, SI

Bibliografía

BLANCO, J. M. - BEGUIRISTAIN, J. - LEONHARDT, C. - FURLONG, G., *Historia documentada de la vida y gloriosa muerte de los PP. Roque González de Santa Cruz, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo, de la Compañía de Jesús, mártires del Caaró e Ijuhí* (Buenos Aires 1929).

GONZAGA JAEGER, L., *Os Bem-aventurados Roque González, Alonso Rodríguez e João del Castillo* (Porto Alegre 1952).

LEONHARDT, C., *Documentos para la historia argentina. Cartas anuas* (Buenos Aires 1927-1928).

PORTO, A., *Historia das Missões Orientais do Uruguai* (Río de Janeiro 1943).

TESCHAUER, C., *Vida e obras do Padre Roque González de Santa Cruz, S.I., primeiro apostolo e civilizador do Rio Grande do Sul* (Porto Alegre 1928).

• Actualización:

IBÁÑEZ PADILLA, A., SI, «Beato Roque González de Santa Cruz y compañeros mártires», en *Semblanzas espirituales de los santos y beatos de la Compañía de Jesús* (Madrid 1974) 177-180.

KOHLER, L., SI, *Los tres mártires de Caaró y Pirapó* (Posadas 1978).

SAN JOSÉ PIGNATELLI

Presbítero († 1811)

Los Pignatelli estaban tan enraizados en el reino de Nápoles, que sus raigones atravesaban el subsuelo de la historia para penetrar en las profundidades de la leyenda. En tiempos más recientes, con Inocencio XII, se habían encumbrado hasta el solio pontificio. El padre del santo, don Antonio, de la familia

de los duques de Monteleón, y su madre, doña María Francisca Moncayo Fernández de Heredia y Blanes, marquesa de Mora y condesa de Fuentes, con grandeza, habitaban en Zaragoza, junto al solar de los Lunas, en el palacio que había sido de los Villasimpliz y de los Camarasa.

José fue el séptimo de ocho hermanos, nacido el 27 de diciembre de 1737. A los cuatro años perdió a su madre, pero en Nápoles, adonde trasladó su familia don Antonio, creció bajo los cuidados de su hermana María Francisca, condesa de la Acerra, para quien conservará toda su vida un afecto más filial que fraterno. Vuelto a Zaragoza con su hermano mayor, cursó los primeros estudios en el colegio de los jesuitas, y allí determinó en 1753 entrar en la Compañía de Jesús, en la que tan tristes y tan graves destinos le aguardaban.

En un ambiente de primado consciente de lo sobrenatural, de reciedumbre ascética y de vibración cultural —características de su provincia jesuítica de Aragón— fue educado Pignatelli como religioso. Entre sus dos años de noviciado en Tarragona (1753-1755) y su trienio de filosofía en Calatayud (1756-1759) se interpuso un curso de humanidades en Manresa. Providencia de Dios para que quien tan importante papel había de jugar en la restauración de la Compañía después de la borrasca pudiese seguir las primeras pisadas de San Ignacio en las vías del espíritu y del apostolado en la ciudad ignaciana de Cataluña.

Desde que en 1759 terminó Pignatelli sus estudios de filosofía en Calatayud hasta que el 3 de abril de 1767 se puso en ejecución el decreto de arresto y extrañamiento de los jesuitas, firmado por Carlos III el 27 de febrero, residió siempre en Zaragoza: primero, como estudiante de teología, y luego, ordenado sacerdote en las témporas de diciembre de 1762, como profesor de gramática en el colegio y como operario apostólico, dedicado con preferencia —mientras su hermano mayor, don Joaquín, conde de Fuentes, era nombrado embajador del Rey Católico en la corte de Francia— a la enseñanza del catecismo y a la visita de los enfermos y de los encarcelados, a pesar de sus continuas hemoptisis. Precioso ejemplo de confianza en Dios, de caridad y de humildad, que serán las virtudes características de toda su vida.

Poco después de su muerte, Juan Andrés, el historiador de la literatura universal, connovicio del santo en Tarragona y compañero suyo de destierro, podrá escribir también: «Humildad y caridad son sus distintivos, pero mucho habrá que decir de su confianza en Dios». Sólo me atrevería a añadir que fue también distintivo suyo el saber realzar esa humildad, esa caridad y esa confianza con una tan innata y connatural distinción, que no se sabe dónde acaba la modesta elegancia de su gesto y comienza la humildad como virtud; dónde se deslindan la cortesía y la caridad; dónde la confianza en Dios y la fibra acerada de su temple. Y todo con una tan perfecta acomodación a la época y al ambiente, tan refinados, que le tocó vivir, que ha de quedar como uno de los santos más típicos y representativos del siglo XVIII, a quien no faltaban doblones para socorrer a los prófugos franceses que se refugiaban en Italia huyendo de la gran revolución, ni bayocos para formarse una rica biblioteca y una selecta colección de obras de arte.

Todas esas cualidades son como constantes de su carácter, de su temperamento, de su vida. Por eso se reflejan en todas las circunstancias: en sus años de estudio y de sus primeros anhelos apostólicos, aún en España; en la triste navegación desde el puerto de Salou a Civitavecchia, a Córcega, a la república de Génova; y en los años congojosos de Ferrara, temiendo de un día a otro la disolución de la Compañía de Jesús por el nuevo sumo pontífice Clemente XIV; en el cuarto de siglo que transcurre en Bolonia (1773-1797), hasta que consagra los últimos años de su vida a reunir los viejos miembros dispersos de la Compañía y a infundirles nueva sangre generosa, aportada por jóvenes —algunos de la categoría del futuro cardenal Angelo Mai— que ven en la renaciente Compañía de Jesús un ideal tanto más atrayente cuanto más envuelto en temerosas esperanzas (1798-1811).

José Pignatelli se vuelca a la obra de restaurar la suprimida Compañía de Jesús el año 1797, cuando tal empresa estaba ya en marcha.

Abolida la Orden de San Ignacio en 1773, no quedó extinguida realmente. Mientras el último general, Lorenzo Ricci, consumía sus últimos años en las prisiones del castillo de

Sant'Angelo, ni Federico II de Prusia ni Catalina II de Rusia permitieron la promulgación del breve de supresión en sus Estados, en los cuales, sobre todo tras los dos primeros descuartizamientos de Polonia (1772 y 1773), vivía un buen número de católicos, habituados a recibir su educación en los colegios de la Compañía.

Federico resistió sólo hasta 1776. Pero la imperiosa Catalina no quiso ceder, y aquella forma de vida religiosa que seguían los jesuitas en su Imperio fue aprobada verbalmente por Pío VI en la audiencia que el 12 de marzo de 1783 otorgó al antiguo jesuita monseñor Benislawski, agente de la zarina en Roma.

En tal estado de cosas, toda restauración legal y normal de la Compañía de Jesús había de hacerse por agregación a ese núcleo de Rusia y por expansión del mismo fuera del Imperio de los zares, activando así la sístole y la diástole de aquel corazón, al que sólo había quedado un tenue latido y un exiguo calor vital bajo las nieves de la estepa. José Pignatelli se percató muy pronto de ello, y a esa línea de conducta ajustó toda su vida, con una percepción finísima de la desviación que supondría cualquier otro camino. Le pareció, pues, que lo más prudente y oportuno era comenzar por agregarse a la Compañía de Rusia desde Italia, y el 6 de julio de 1797, en su capilla privada de Bolonia, renovó su profesión religiosa.

San José Pignatelli no habrá de ver en la tierra el día tan anhelado en que el papa Pío VII restaure la antigua Compañía de Jesús en toda la Iglesia (7 de agosto de 1814), pero él le preparará en Italia un terreno firme y seguro. Primero en Colorno, como maestro de los nuevos candidatos a la Compañía y consejero del duque de Parma, don Fernando de Borbón, nieto de Felipe V (1799-1802); luego, tras la ocupación francesa de los ducados y la nueva expulsión de los jesuitas, como provincial de Italia, por designación del vicario general de Rusia Blanca (1803). Como provincial —cargo que habrá de desempeñar hasta su muerte— reorganiza la Compañía en los reinos de Nápoles y Sicilia con antiguos jesuitas italianos y españoles, incorporados, como él mismo, a la Compañía de Rusia, y con las nuevas vocaciones que han ido naciendo en toda Italia. Poco tiempo pudo permanecer en Nápoles: no creyó que fuese lícito

prestar el juramento que exigía José Bonaparte, y ello ocasionó un nuevo destierro de todos los jesuitas del reino, que hallaron refugio en Roma.

Todos esos acontecimientos no se realizan ya con permisos personales o reservados o aun aparentemente contradictorios, como en tiempos de Pío VI. Su sucesor, séptimo del mismo nombre (1800-1823), no sólo solicita de Carlos IV de España que consienta el restablecimiento de la Compañía, y aun se comunica con el vicario general de Rusia cordial y frecuentemente, sino que reconoce y confirma la existencia canónica de los jesuitas: primero en el Imperio de los zares, luego en los reinos de Nápoles y Sicilia (1801, 1804). El padre Pignatelli trató repetidas veces esos asuntos en Roma con el papa Chiaramonti en los tristes años de la ocupación napoleónica, le consiguió copiosas limosnas con las que hacer frente a su dolorosa situación, hasta que, el 6 de julio de 1809, Pío VII hubo de recorrer, prisionero, la vía Flaminia camino del destierro.

El santo aragonés sabía bien que, si la restauración de su Orden era una obra de Dios, no se podía alcanzar sino con tribulaciones y trabajos, por los caminos de la humildad, de la caridad, de la confianza, de la vida interior. Su fama de hombre de oración y de inexhausto limosnero fue común en Roma, y no sólo en el restringido círculo de los suyos. Por eso, cuando la tarde del 15 de noviembre de 1811 moría en la pequeña casa de San Pantaleón, en el barrio popular del Coliseo, se tuvo buen cuidado de que el pueblo no se enterase, para evitar manifestaciones que pudiesen alarmar a las tropas francesas de ocupación. Con esa humildad tan suya rubricó su tumba en la iglesia dedicada a aquel santo mártir y a Nuestra Señora del Buen Consejo.

Inmediatamente se recogieron sus memorias, y uno de sus compañeros de destierro, el padre Agustín Monzón, aragonés como él, redactó una primera biografía. Traducida al italiano y publicada en 1833, a la fama de santidad ya existente se sumaron las gracias extraordinarias a él atribuidas. El proceso romano informativo comenzó en 1836. Seis años más tarde, por decreto de Gregorio XVI, la Congregación de Ritos introdujo su causa y comenzaron los procesos apostólicos en Roma, Bolo-

nia, Nápoles y Parma sobre sus virtudes y milagros. Benedicto XV promulgó en 1917 la heroicidad de sus virtudes; Pío XI lo declaró beato el 25 de febrero de 1933, y el 12 de junio de 1954 Pío XII lo elevó a la más alta gloria de la Iglesia.

MIGUEL BATLLORI, SI

Bibliografía

BATLLORI, M., SI, Art. en *Razón y Fe* 149 (1954) 512-530 y en *La Civiltá Cattolica* (1954) 102-615.

MARCH, J., *El restaurador de la Compañía de Jesús, Beato José Pignatelli, y su tiempo,* 2 vols. (Barcelona 1935-1944).

NONELL, J., *El venerable P. José de Pignatelli y la Compañía de Jesús en su extinción y restablecimiento,* 3 vols. (Manresa 1893-1894).

BEATA MARÍA DE LA PASIÓN (ELENA) DE CHAPPOTIN DE NEUVILLE

Religiosa († 1904)

Elena María Filipina, hija de Carlos de Chappotin y Sofía Galbaud de Fort, la menor de cinco hermanos, nace el día 21 de mayo de 1839 en Nantes (Bretaña francesa) —«tierra de cristiandad»— próspera e industriosa ciudad, con un gran puerto comercial. Sus padres, una familia de antiguos terratenientes, profundamente creyentes, educan con esmero a los cinco vástagos, pero siempre destaca, con luz propia, esta niña. Vive una gran parte del año en el castillo de Le Fort, propiedad familiar donde se participa de una vida muy feliz. Reflexiva y voluntariosa, muestra su carácter apasionado, idealista, activo y desbordante. Con sus dones de improvisación, de innata creatividad, se convierte en líder de los numerosos primos que la rodean.

En marzo de 1847 su familia se traslada a Vannes, donde su padre ha sido nombrado Ingeniero jefe de Canales y Puertos. En una ocasión les visita la Beata Juana Jugan, fundadora de las Hermanitas de los Pobres, solicitando ayuda para sus acogidos, y la joven quiere entregarle todos sus ahorros. Se da cuenta de la inutilidad de las ficciones, y de la triste realidad de que siempre sufren los pobres. El 30 de mayo de 1850 recibe la primera comunión, y pide a Dios que se la lleve antes de ser mala. Des-

pués de esta alegría, el año se presenta duro. La enfermedad y la muerte van a golpear a su familia y la harán madurar con la paciencia y el dominio de sí. En octubre de ese año muere su adorada prima Aurelia, su mejor amiga, y con el corazón aún dolorido un nuevo sufrimiento se le une. Su hermana Martina muere antes de que el año termine, víctimas ambas de tuberculosis: «¿Hay algo que valga la pena ser amado?», se pregunta entristecida. La familia, se traslada a Normandía, donde vive Luisa, otra hermana casada, madre de dos niñas. Fallecerá en 1854. Sigue el dolor.

Su madre, siempre vigilante, la anima a ingresar este año en la congregación de Hijas de María de las Damas del Sagrado Corazón de Nantes, donde, finalmente, participa en uno de los retiros que celebran. En esta oportunidad, y durante la bendición del Santísimo, la sobrecoge un pensamiento: «Siempre te amaré más de lo que tú puedas amarme [...] Yo no oí nada, pero hizo de mí otra criatura». La gracia divina la está trabajando. Otro día, después de comulgar, una luz la ilumina interiormente: «¿Qué me das por haberme apoderado así de ti? El don total de mí, respondí». El Señor está consiguiendo que su amor se afiance. Mientras, ella trata de encontrar una razón para su vida. Dirigida por el padre Lavigne, SJ, a finales del año 1858 celebra unos ejercicios espirituales en París, en las Religiosas del Cenáculo, y empieza a encontrar alguna luz. Decidida a poner en práctica los consejos del director espiritual, elige la vida consagrada, pero de nuevo la sorprende la desgracia. Su madre, como consecuencia de una caída, muere en 1859. Debe hacer frente a los problemas familiares, atender a su padre y a sus dos sobrinas huérfanas y llevar los asuntos de la familia.

Sigue creyendo que Dios la quiere para sí, pero su cuñado, recién enviudado, la pide en matrimonio y, naturalmente, ella rehúsa. Será sólo para Dios. Oportunamente las clarisas se establecen en Nantes, y un día entra en la iglesia conventual a rezar. Esta primera experiencia franciscana marca para siempre su espíritu. Ingresa en este convento, donde el 23 de enero de 1861, aún postulante, tiene una profunda vivencia: Dios la invita a ofrecerse como víctima por la Iglesia y el Papa. Así será, pero no en esta congregación. Dios escribe recto siempre. Y no tiene

prisa. Quebrantada su salud, debe abandonar el convento, con la natural satisfacción de sus familiares, opuestos a que siga con su vocación religiosa.

Vive tres años de desorientación, pero en estos momentos difíciles conoce al padre Jorge Petit, SJ, quien había ayudado a la baronesa Emilia d'Oultremont a fundar en París el año 1855 la Sociedad de María Reparadora, y la orienta hacia este instituto donde la Beata María de Jesús d'Oultremont pretende construir la civilización del amor mediante la unión personal a Cristo presente en la Eucaristía, y darlo a conocer y amar. En el mes de mayo de 1864 ingresa en las Reparadoras. El 15 de agosto de ese año recibe en Toulouse el hábito, y toma el nombre de María de la Pasión. Al año siguiente, aún novicia, es enviada a la India, vicariato apostólico de Madurai, donde las Reparadoras tienen como tarea principal la formación de las religiosas de una congregación autóctona. Antes de partir desde el puerto de Marsella, emite los votos privados en el Santuario de Nuestra Señora de la Guardia: «Realicé este acto de donación a la vida misionera tan perfectamente como supe hacerlo».

Y llega a la India, impulsada por su afán misionero, y se dedica a la enseñanza. El 3 de mayo de 1866 pronuncia sus votos temporales. Por sus condiciones la nombran superiora de la casa de Tuticorin y, un año más tarde, provincial de las tres casas de la India: «No puedo decir cuánto me sentía en la cruz. ¡Ay! Iba a un abismo de dolor». En 1874 funda una nueva casa en Ootacamund, en el vicariato apostólico de Coimbatore, asignado a las Misiones Extranjeras de París, y despliega una intensa actividad apostólica, que se convierte en un duro aprendizaje. «Obrar amando y amar obrando». Pero se acercan tiempos recios. Surgen tensiones entre el Instituto y la provincia de India. Mientras las críticas llueven sobre la provincial, a París llegan opiniones enfrentadas sobre una recia personalidad que en unos suscita el entusiasmo, y en otros, la oposición y el juicio más crítico. Se la presenta como intransigente y autoritaria. A principios del año 1876 la superiora general de las Reparadoras ordena su cese como provincial en India, y en el mes de mayo llega una visitadora con plenos poderes y órdenes tajantes: obedecer o dejar la Sociedad de María Reparadora. Es la hora

de la prueba. Un grupo de religiosas no pueden aceptar condiciones contrarias a su conciencia. Ella, tampoco. En junio, unas diez hermanas abandonan la Sociedad, pero al poco tiempo son ya veinte. No hay tiempo que perder. Acudirá a Roma porque prefiere sufrir que acusar, y se debe precisar el papel femenino en la misión, donde se adoptan decisiones sobre la marcha, y no se puede informar y obtener respuesta con el debido tiempo desde Europa. No guarda rencor a nadie: «Yo perdono con gran facilidad a todos los que me han ofendido». Y se dirige a la Congregación de Propaganda Fide para ver claro su futuro. Este acontecimiento va a cambiar su vida, lo sabe, pero ofrece el silencio a los ataques que señalan directamente. En la misión se ha enriquecido su espiritualidad, y Dios la está encaminando a su propio carisma en los más pobres, fortalecida con la adoración de la Eucaristía, con la ayuda de María en su vida escondida en Nazaret, y un especialísimo conocimiento del corazón humano.

Su oración es una vida, y su acción misionera la ha unido íntimamente con Dios, sobre todo con el sufrimiento. Aún más con la calumnia, que ha sido creída por la autoridad de la Iglesia, a quien ha entregado su vida. La difamación ha consumado su sacrificio, pero la conduce en medio de su «vacío espiritual» a fundar un nuevo Instituto religioso, gloria de la Iglesia: «Si Dios no me hubiera guiado como un asno al que se le golpea para que camine adelante, sin saber adónde va, esta familia religiosa no hubiera nacido nunca». Sale de la India «con el alma asfixiada» pero en Roma respira aliviada y gozosa. Mujer de acción, realista y audaz, no pierde el tiempo en lamentos. Con gran decisión y aun estando enferma, abandona la India, y en noviembre de 1876 se dirige a Roma, donde el Beato Pío IX la escucha bondadoso y alienta a seguir una hermosa nueva aventura. Debe fundar un instituto misionero con el nombre de Misioneras de María. Tiene treinta y siete años, y toda una vida por delante. Fiel a las indicaciones recibidas abre en Saint-Brieuc (Francia) un noviciado, donde rápidamente acoge numerosas vocaciones. Vuelve a Roma en 1880 y 1882, para resolver distintos problemas que siguen amenazando al joven Instituto. En el último viaje recibe permiso para

abrir una casa en Roma y, llevada por circunstancias especiales, reencuentra su vocación franciscana, iniciada en las clarisas de Nantes. El 4 de octubre de 1882 pide ser admitida en la Tercera Orden de San Francisco, con la eficaz intervención del padre Rafael Delarbre, un franciscano a quien la Providencia pone en su camino, ayudándola a situar la nueva obra en el amor de San Francisco de Asís.

La nueva casa abierta en Roma despierta nuevas sospechas y difamaciones sobre su persona, pero las desgracias nunca vienen solas. En febrero de 1883 muere Carlos, el último de sus hermanos, y al mes siguiente la Iglesia la depone de superiora del Instituto, prohibiéndole escribir a ninguna religiosa. En nombre del Papa, por quien ella está dispuesta a entregar la vida, debe retirarse de la obra que está creciendo en servicio de Dios y de la Iglesia. La condenan sin escucharla, ni averiguar la verdad. El Papa es inducido al error, pero aun así y todo, lo más doloroso para ella, por ingrato, no es eso: «Me duele más el que me desconozcan, que me hagan sufrir, yo que los amo tanto. Nadie sabe hasta dónde llega mi amor por la Iglesia y las almas». Siente en su corazón que el amor de Dios la devora, y desea llevarlo a todos, pero lo tiene... prohibido: «Se hace necesaria la obediencia en todo. Mi resolución es aceptar mi dolorosa cruz por las almas y por el Papa, mi pastor». Sobre todo, fidelidad a la Iglesia. Ora ardientemente, y Dios es su fortaleza. Y el amor vence. Un consultor del Santo Oficio examina el caso y queda todo aclarado. Dios, mientras, la ha hecho crecer a través de la purificación. Ha vivido lo que su nombre significa. Padecer, sufrir, por amor a Dios y a la Iglesia. Se ha fiado de Dios, y él nunca abandona a los suyos: «Si Dios desea respirar a través de nosotros. ¡Si le dejáramos hacer!».

Su visión cristiana la ayuda a abrir nuevos caminos en la Iglesia y en la sociedad para la mujer. Convencida de que el amor es siempre verdad y la verdad es siempre amor, se entrega con renovada energía a fundar un nuevo estilo de vida, prosiguiendo en la misión universal de la evangelización de los pueblos. Demostrada claramente su inocencia, es reelegida en el capítulo del mes de junio de 1884. El celo misionero de la fundadora no va a conocer límites a partir de ahora. Quiere llegar a

los pobres y abandonados, desea promover a la mujer y mejorar sus condiciones de vida, y toda esa intensa actividad y dinamismo brota de la contemplación de los misterios de la fe. Jesús Eucaristía es «el gran misionero del Instituto», y le pide para ella y para su obra ser «una llama de fuego que abrase el mundo». El amor no tiene límites. Y María Santísima le indica la verdadera donación sin reserva a la voluntad de Dios. Así abre a su instituto los horizontes de la misión universal y con la ayuda de la gracia las fundaciones se multiplican. Y las novicias, también. En 1885 les pide ayuda desde Túnez el cardenal Lavigerie, fundador de los Padres Blancos. Al año siguiente, sus religiosas llegan a Sri Lanka (Ceylán) y a China. Son las primeras europeas que entran en ese inmenso país como misioneras, sin haber aprendido aún la lengua nativa. El Instituto sólo cuenta con nueve años de vida, pero está dispuesto a acudir siempre a la llamada del apostolado. El grupo escogido llega a Taiyuan (Shanxi) el 29 de abril de 1886. En 1898 llegan a Mongolia. El amor no tiene límites, y su corazón, tampoco.

En mayo de 1896 recibe con gran consuelo la definitiva aprobación del Instituto y sus constituciones. ¡La obra bien hecha! Y todo por amor. Son más de mil las religiosas, repartidas en unas 32 casas diseminadas por todo el mundo. Un prodigioso crecimiento, con viajes continuos, problemas financieros y un esfuerzo personal que va marcando el tiempo. Funda imprentas, abre talleres de bordados y pintura, y con una actividad tan intensa jamás deja de vivir en plenitud en la presencia de Dios, a quien se entrega totalmente en oración: «He orado tanto que mi alma permanece en oración a pesar mío. La gracia lo ha hecho todo en mí».

El 20 de junio de 1900 funda en Pamplona: «Una de las grandes alegrías de mi vida». Regresará dos años más tarde, para la inauguración del noviciado, y en 1904, para visitar la nueva fundación en Burgos. «Si lo hubiese escogido yo, España hubiera pasado a ocupar el primer lugar, pero es Dios quien hace las cosas». El buen Dios que permite nuevas penas para el maternal corazón de la fundadora.

El 1 de julio de 1900 una insurrección promovida por los boxers en contra de los cristianos, y muy particularmente hacia

los católicos, sacude distintas provincias de China. Se proclama un edicto con infames acusaciones contra los cristianos, sobre todo contra los misioneros europeos, que deben ser repatriados inmediatamente. Los fieles deben apostatar de su fe, bajo pena de muerte, pues «la muerte de los misioneros y de sus secuaces es menor delito que matar a un perro». En esta persecución se producen numerosas víctimas entre los naturales convertidos, católicos y protestantes, obispos y sacerdotes. El 9 de julio sufren el martirio las siete Franciscanas Misioneras de María, de la misión de Taiyuan. Cuando se conoce este asesinato la fundadora lo siente íntimamente: «Mis siete dolores y mis siete alegrías». Pero su corazón está en paz, porque todas ellas supieron vivir el ideal de su vocación, hasta llegar al derramamiento de su sangre. El papa Pío XII las proclama beatas en 1946, y Juan Pablo II las canoniza el 1 de octubre de 2000, en el transcurso del Gran Jubileo.

Con inteligencia y probada discreción escribe meditaciones para todos los días del año, y una vasta correspondencia destinada a mantener entre las hermanas vínculos verdaderamente familiares. Se siente llena del gozo de su Señor: «El Instituto, más vigoroso, comienza a echar raíces más profundas. Es extraño, los años pasan y no me siento envejecer. El trabajo me resulta cada día más fácil, corre en mis manos [...] ¿Qué querrá Dios de mí?». Ha entregado toda su vida por Cristo y por la Iglesia, y el buen Dios la espera, pero aún florece un consuelo más antes de partir. María Assunta Pallota, hija de un pobre matrimonio de la provincia de las Marcas (Italia), llena del gran entusiasmo que el martirio de las siete hermanas provoca en el Instituto, desea ir a China. Y allá acude, con el deseo de dar a conocer «el valor de la pureza de intención, que consiste en hacerlo por amor de Dios, aun en las acciones más ordinarias». Se aplica con verdadero entusiasmo en los oficios más ordinarios, y durante una epidemia de tifus muere, a los veintiséis años. Otro triunfo del amor. Pío X promueve la introducción de la causa de beatificación. En 1932 Pío XI proclama la heroicidad de sus virtudes y, en 1954, Pío XII la incluye entre los beatos.

Y llega su fin. El día 15 de noviembre de 1904, encontrándose en San Remo (Italia), el Señor la recibe piadoso en su seno.

En mayo de 1905 su cuerpo se lleva a la Casa General de Roma. El proceso ordinario para su beatificación se abre en 1923, y el decreto de introducción es promulgado en 1979. El 20 de octubre de 2002, Juan Pablo II la beatifica, pronunciando esta alabanza:

> «María de la Pasión se dejó conquistar por Dios, capaz de calmar la sed de verdad que sentía [...] Alimentada con la Eucaristía y con los Padres de la Iglesia [...] se entregó, apasionada e intrépida, con una disponibilidad intuitiva y audaz a la misión universal de la Iglesia».

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

FANEGO, J., FMM, *Dar vida. ¡Una comunidad que se entrega a la muerte para dar vida...!* (Roma 2000).

LAUNAY, M., *Elena de Chappotin (1839-1904) y las Franciscanas Misioneras de María: la osadía de ser uno mismo* (Barcelona 2004).

L'Osservatore Romano (ed. en español) (25-10-2002).

URBANO DELGADO, M.ª DEL C., *La misión fascinante de una mujer audaz* (Roma 1998).

SAN RAFAEL DE SAN JOSÉ KALINOWSKI

Presbítero († 1907)

Es el primer carmelita descalzo canonizado, después de San Juan de la Cruz.

Su nombre de pila era José. Nació en Vilna el 1 de septiembre de 1835. Su madre Josefina Polonska murió a los pocos días de nacer el niño. Andrés, su padre, contrajo matrimonio otras dos veces. Así, de los tres matrimonios tuvo José ocho hermanos. Poco antes de cumplir ocho años entró con su hermano Víctor en el Instituto de Nobles de Vilna, donde su padre era profesor de matemáticas e inspector y más tarde director.

Terminados sus estudios en el Instituto en 1850 «cum laude», comienza los estudios superiores en el Instituto de Agronomía de Hory-Horki. Sólo dos años después pide ser admitido en el Instituto de Ingeniería, Comunicaciones y Puentes de San Petersburgo.

En 1855 recibe el título y grado de cadete del Cuerpo Militar de Ingenieros; continúa las clases para oficiales, recibiendo en 1856 el grado de alférez. Un año más tarde es nombrado profesor adjunto de matemáticas en la Academia y ascendido a teniente. Entre 1858-1860 trabaja en el proyecto del ferrocarril Odessa-Kiev-Kursk. Desde la guarnición de la fortaleza de Brest-Litowski viaja a Varsovia en 1861 por motivos de salud. En 1863 estalla la rebelión polaca contra Rusia en busca de la independencia. Kalinowski pide la baja en el ejército del zar y se le concede. En junio de ese mismo año de 1863 «el Gobierno nacional polaco le nombra Ministro de la Guerra para toda la comarca de Lituania». Aceptó el cargo con la condición expresa de no tener que condenar a nadie a muerte... La represión por parte de Rusia fue atroz, distinguiéndose por su crueldad Miguel Murawiew, apodado «el ahorcador». Cuando uno de los cabecillas de la insurrección fue ahorcado por las fuerzas rusas, Kalinowski, que estaba presente, cayó de rodillas y prometió en su corazón entregar su vida al servicio de Dios.

En marzo de 1864 le detienen y le encarcelan en el ex-convento de los dominicos. Durante este su cautiverio se entrega ardorosamente a la vida interior de oración y práctica de la vida cristiana y de los sacramentos. Llevado, al año siguiente, ante los tribunales, cansado ya de tanto interrogatorio confiesa abiertamente su participación en el levantamiento. Se le condena a muerte por fusilamiento. Temiendo Murawiew que iba a ser más temible muerto que vivo, porque harían de él un mártir, le conmuta la pena de muerte por diez años de destierro en la «Katorga»: trabajos forzados en Siberia. Se le degrada como militar, se le priva de todo título, se le confiscan todos sus bienes y se le priva de todos sus derechos. El 11 de junio de 1864 tuvo que partir desde Vilna para su destino en Siberia con un gran número de presos. Cuenta él mismo:

> «A mediodía hicimos nuestro solemne desfile por las calles de la ciudad hasta la estación del ferrocarril. Una multitud de gente se echó a la calle. Los cosacos sobre sus caballos repelían a cuantos querían acercarse a nosotros. Aquello era un verdadero convoy fúnebre. El número de los condenados era muy grande. Todos los estados y todas las edades tenían en él su representación: propietarios, médicos, empresarios, obreros, campesinos, señoras,

> muchachas [...] Era como un río que se dirigía al oriente. No nos acompañaba ningún sacerdote. Subimos a los vagones, donde nos amontonamos unos sobre otros. Cuando partió el tren, la gente que estaba sobre la altura que dominaba las vías comenzó a arrojar flores sobre él como se arrojan en el cementerio sobre las tumbas de los muertos».

Viaje larguísimo y lleno de penalidades: parte de Vilna en tren, vía San Petersburgo y Moscú, hasta Nizni-Novgorod en el Volga. Desde aquí en nave hasta Kazan y Perm. En adelante, la travesía de la Siberia, a veces en «kibitka» (carro de caballos), a veces a pie. Viaje transiberiano de casi 8.000 kilómetros, que duró cerca de 10 meses —desde el 29 de junio de 1864 al 15 de abril de 1865—. Viaje tan penoso que uno de los médicos y compañero de destierro de Kalinowski lo comparaba con el infierno de Dante. Llegaron a Usole-Sibirskoje, a trabajar en las minas de sal, después de haber pasado el invierno siberiano a cuarenta bajo cero. Todo el tiempo de la deportación fue para José una escuela de virtudes y una inundación de gracias extraordinarias del Señor, viviendo al servicio de todos con gran caridad y disponibilidad. Uno que después fue capuchino, deportado con José, cuenta que era tal la veneración que todos le tenían que en las letanías de los santos añadían la invocación: «¡Por las oraciones de Kalinowski, líbranos, Señor!».

En 1868 una amnistía redujo su pena a simple exilio. Entonces se pudo establecer en Irkutsk, dedicándose allí a la enseñanza y educación de los hijos de los «expatriados». En 1871 se le permite formar parte de una expedición científica a orillas del lago Baikal, pudiendo hacer también varios estudios meteorológicos.

Se le autoriza para pasar unos meses en Lituania con sus familiares. En Smolensko le alcanza la libertad y deja de ser «un expatriado». En 1874 llega a Varsovia y, arreglado su pasaporte, llega a Sieniava, en Austria, donde conoce al que será su alumno el príncipe Augusto Czartoryski, cuyas virtudes heroicas ya han sido reconocidas por la Iglesia. Augusto era hijo del príncipe Ladislao.

> «Kalinowski se encarga de la formación del joven príncipe, en el que muchos ven con esperanza no sólo al sucesor nato de los príncipes Adán y Ladislao al frente de la causa independentista

polaca, sino al posible ocupante del trono en el caso de una restauración de la monarquía en Polonia».

Maestro y discípulo se trasladan a París, al hotel-palacio Lambert. Allí conocerá Kalinowski al célebre judío convertido Hermann Cohen, carmelita descalzo con el nombre de Agustín del Santísimo Sacramento.

Síntomas de tuberculosis en el príncipe aconsejan mejores condiciones climáticas, y allá va con su maestro a Suiza, Italia, Polonia, haciendo hacia Augusto, «Gucio», como él mismo dirá en una carta, «de padre, madre, hermano, compañero y enfermero su preceptor que es un santo»...

Estando en Davos (Suiza) en 1876 con el príncipe tomó la determinación definitiva de hacerse carmelita descalzo.

A primeros de julio de 1877 se separaba del príncipe, que diez años más tarde se haría salesiano, y el 14 del mismo mes se entrevistaba con el P. provincial de los carmelitas descalzos de Austria del que dependía en aquel momento Polonia. El 15 de julio de 1877 llegaba al noviciado en Graz; allí tomó el hábito el 26 de noviembre, llamándose desde entonces Rafael de San José. Profesó en 1878 y, terminados sus estudios eclesiásticos en Györ (Hungría), hizo su profesión solemne en 1881 allí mismo, de manos del que sería más tarde cardenal Gotti, entonces General de la Orden.

Enviado a continuación a Czerna, al único convento que tenía la Orden en Polonia, fue ordenado sacerdote en enero de 1882. Tenía cuarenta y siete años. Honorat Czeslaw Gil, su biógrafo, compendia así lo que fueron los diversos puestos de responsabilidad, tanto de carácter conventual como provincial, que tuvo que desempeñar:

> «Con excepción de uno, tomó parte en todos los capítulos provinciales celebrados desde 1885 a 1907. Fue tres veces definidor provincial (1885-1888, 1897-1900, 1903-1905); tres veces prior del convento de Czerna (1882-1885, 1888-1891, 1894-1897) y tres veces superior del convento de Wadowice (1892-1894, 1897-1898, 1906 hasta su muerte). Durante los años de 1892 a 1894 organizó la vida carmelitana en la recién inaugurada casa de Wadowice, seminario para la preparación de los aspirantes al hábito de la Orden; a él le fueron confiadas las tareas de la compra de los terrenos para el convento y la dirección de su construcción en su fase inicial, más difícil».

Se desvivió también por el bien espiritual de las carmelitas descalzas y se puede decir, con toda verdad, que fue el gran formador de carmelitas descalzos y descalzas de varias generaciones en su Polonia natal. Su atención al confesonario durante horas y horas es comparable a la del santo cura de Ars. Sus contemporáneos llamaban a Kalinowski «el mártir del confesonario».

Quienes le conocieron le describían como «oración viviente». Su gran consejo era: «Nuestro principal quehacer en el Carmelo es el de conversar con Dios en todas nuestras acciones». Gran enamorado de la Virgen María, exhortaba a todos, diciendo: «Nuestra mirada debe estar constantemente fija en ella, y a ella deben orientarse todos nuestros afectos, conservando siempre el recuerdo de sus beneficios y esforzándonos en serle siempre fieles». Tiene un par de libritos marianos: *María siempre y en todo* (Cracovia 1901) y *El culto a la Madre de Dios en el Carmelo polaco* (Lwów, Varsovia 1905). Con la colaboración de las carmelitas descalzas escribió y publicó la historia de los primeros monasterios teresianos de Polonia: *Monasterios de carmelitas descalzas en Polonia, Lituania y Rusia,* cuatro volúmenes (Cracovia 1900-1904).

Rafael de San José tenía una salud delicada; en Siberia contrajo un catarro crónico. Su fuerza de voluntad le hacía superar la debilidad de su cuerpo y se fue prodigando durante toda su vida al servicio de los demás y como oblación agradable al Señor.

La enfermedad que le llevó al sepulcro le duró casi un año. Murió en Wadowice, el 15 de noviembre de 1907. Está enterrado en el convento del Carmen descalzo en Czerna.

Creciendo su fama de santidad, se hicieron sus procesos ordinarios de 1934 a 1938. Aprobados sus escritos [Memorias, cartas, instrucciones espirituales...] en 1943, en marzo de 1952 Pío XII firmaba la comisión para la introducción de su causa de beatificación. El proceso apostólico se hizo de 1953 a 1956. En octubre de 1980 Juan Pablo II proclamaba la heroicidad de las virtudes del P. Rafael Kalinowski y le beatificaba el 22 de junio de 1983.

Antes de ser papa, Juan Pablo II había honrado la memoria de Kalinowski de un modo oficial y público en dos ocasiones.

Siendo obispo auxiliar y vicario capitular de Cracovia, el 12 de mayo de 1963 tuvo un discurso memorable al descubrirse en la fachada de la iglesia de los Carmelitas Descalzos de la ciudad la siguiente lápida: «En el centenario de la insurrección de enero, a sus gloriosos participantes, Siervos de Dios padre Rafael, carmelita descalzo (José Kalinowski), y hermano Alberto, padre de los pobres (Adán Chmielowski), unidos con el vínculo de la amistad en la lucha por la libertad de la patria, por su heroico servicio a Dios y al prójimo, el clero y los fieles de la archidiócesis de Cracovia». Recuerda la participación de ambos héroes en la insurrección; ambos candidatos al honor de los altares, y «estamos profundamente convencidos de que su participación en aquel levantamiento estuvo íntimamente unida con su marcha hacia Dios». Kalinowski «ya entonces gozaba de fama de santidad».

La segunda vez que K. Wojtyla se ocupaba ampliamente de Kalinowski fue el 15 de noviembre de 1966, cuando, en Czerna, ante la tumba del P. Rafael pronunció un sermón lleno de elogios. Se celebraba ese año el milenio del «Bautismo de Polonia». La vida de Kalinowski, decía el orador, «es para nosotros un símbolo. Su vida estuvo llena de un amor tal que no le consintió vacilación ninguna cuando por su causa tuvo que quedarse cara a cara frente a la muerte. Lo fue así antes de entrar en el Carmelo, con una vida de amor heroico a su patria». Más adelante, por amor a Dios, por ser él quien es, «escogió el Carmelo, lo dejó todo, se dedicó de por vida a buscar y amar con todo el ardor de su alma a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo».

Karol Wojtyla pedía en 1963 al Señor «que se digne conceder a estos sus siervos [Kalinowski y Adán Chmielowski] la gloria de los altares, y nos permita darles primero el título de "beatos" y luego el de "santos"». Volvió a repetir esa misma petición en 1966 y, providencialmente, este deseo lo haría realidad él mismo al beatificar juntos a los dos siervos de Dios en su primer viaje como Papa a Polonia. Fue algo impresionante aquella beatificación el 22 de junio de 1983 en las praderas del parque Blonia ante dos millones de personas. En la homilía, hablando de la «kénosis», del despojo que abrió para Alberto y Rafael la puerta a la plenitud del amor, cita las palabras siguientes de una

carta de Kalinowski a su familia: «Dios se ha entregado totalmente por nosotros, así nosotros tenemos que sacrificarnos a Dios».

Confiesa el Papa su alegría particular por poder beatificar a estas dos grandes figuras maravillosas que le han estado siempre muy cercanas espiritualmente y «me han siempre indicado el camino a la santidad que es la vocación de cada uno de nosotros en Cristo Jesús».

El mismo Juan Pablo II tuvo la dicha de canonizar a Kalinowski en Roma el 17 de noviembre de 1991. En la homilía pondera el Papa cómo San Rafael Kalinowski dio su vida:

> «Da su vida por sus connacionales, por una gran causa común; la da por amor a la patria eterna, mediante su profesión en el Carmelo; la da por los demás en el desempeño de su ministerio sacerdotal empujando a todos a la perfección, a la santidad; la da por la causa de la unidad de la Iglesia. Se quema por el deseo de ver unidos en el mismo redil a los hermanos ortodoxos, lleno de confianza en la intercesión de la Virgen Santísima, tan venerada por él».

Y termina su alocución con este grito:

> «Alégrate ciudad natal del santo, con tu santuario de "ostra Brama". Alégrate Vilnius. Alégrate patria terrena del P. Rafael Kalinowski».

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

ANGELO, A. D', «Rafael de San José Kalinowski», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los santos,* II (Madrid 2000) 1953-1954.

«Decreto sobre la canonización»: *AAS* 85 (1993) 221-224.

«Decreto sobre la heroicidad de las virtudes»: *AAS* 72 (1980) 1062-1066.

GALOFARO, J., *Al Carmelo attraverso la Siberia* (Roma 1960).

GIL, H. C., *Vida y semblanza de Rafael Kalinowski* (Madrid 1981).

«Introducción de la causa»: *AAS* 44 (1952) 750-752.

JUAN BOSCO DE JESÚS SACRAMENTADO (SANROMÁN), «Rafael Kalinowski y el Carmelo de Polonia»: *Monte Carmelo* 88 (1980) 220-230.

MACCA, V., «Rafael de San José», en L. SAGGI (ed.), *Santos del Carmelo* (Madrid 1982) 440-447.

PRASKIEWICZ, S. T., *San Raffaele di San Giuseppe. G. Kalinowski, un messaggero di Dio per il nostro tempo* (Roma 1991).

RAFAEL DE SAN JOSÉ KALINOWSKI, *Wspomnienia 1835-1877 (memorias)* (Lublín 1965).

RETZ, «Rafael Kalinowski, el carmelita polaco deportado a la Siberia»: *Monte Carmelo* 86 (1978) 395-400, con itinerario en mapas de los viajes en Europa y mapa del viaje a la Siberia.

C) Biografías breves

SAN FÉLIX DE NOLA
Obispo († s. IV/V)

No debe confundirse a este San Félix de Nola con el homónimo presbítero (cf. 14 de enero). Este Félix pasa por ser el primer obispo de la ciudad y de él dice el actual *Martirologio* que «con su cuidado pastoral y su culto esta ciudad se honra». A lo que parece, puede darse por seguro que hubo un obispo Félix en Nola cuyo episcopado empieza en 473 y su muerte fue el 9 de febrero de 484, pero Nola lo celebra como obispo y mártir el 15 de noviembre y en esta fecha lo ha dejado el *Martirologio.* Las noticias tomadas de su *passio* parecen legendarias, pareciéndoles a algunos que se situó su existencia en el siglo III y se le hizo mártir por referencia al otro San Félix, en realidad tampoco mártir sino sólo confesor.

SAN SIDONIO
Abad († d. 684)

Sidonio era natural de Irlanda, país al que el abad Filiberto de Jumièges envió algunos monjes a fin de rescatar esclavos anglosajones. Sidonio quiso conocer a este abad y marchó a Jumièges, donde pidió el hábito monástico, hacia el año 664. El propio Filiberto había fundado un monasterio en Herio, en la isla de Noirmoutier, y allí envió en 674 a Sidonio. Hizo por entonces la peregrinación a Roma acompañando a San Audoeno, obispo de Ruán. Pasados unos años fue enviado al monasterio de Quincay cuyo abad quería poner su comunidad bajo la jurisdicción de Jumièges. A este monasterio volvió dejando el de Herio cuando murió Filiberto en 685. Y habiéndole pedido San Audoeno fundase un monasterio en los bosques de Ruán, así lo hizo en la ribera del Varenne, poniéndole el nombre de Saint-Saens. Regía como abad este monasterio santamente y con gran crédito en toda la región cuando murió en fecha no determinada, pero ciertamente posterior al 684. Su memoria la celebra la iglesia de Ruán el día 15 de noviembre.

SAN LEOPOLDO
Margrave de Austria († 1136)

Leopoldo nace en Gars (Austria) hacia 1075 en el seno de la noble familia Babenberger. Es confiada su educación al obispo San Altmán de Passau († 1090). Con sólo veinte años es puesto al frente de sus estados como margrave de Austria y se distinguió enseguida por su honestidad, amor a la justicia, celo por el bien público y sincera piedad. Ferviente devoto de la Iglesia, fundó numerosas iglesias y conventos, entre ellos el monasterio de Melk, donde le gustaba residir para poder participar de la solemne liturgia de los monjes. Funda luego el colegio de Klosterneuburg, que se transforma de monasterio en convento de canónigos regulares agustinos, y cuyo preboste fue el Beato Hartmano, más tarde obispo de Bresanone. A esta casa traslada él su propia residencia y por los mismos motivos. Favorece las primeras cruzadas y muestra en todo una gran sintonía con la Iglesia. En la lucha de las investiduras estuvo de parte de la reforma y cuando las promesas de Enrique IV resultaron vanas, Leopoldo apoya a Enrique V y contrae matrimonio con su hermana Inés, la viuda de Federico Hohenstauffen. Fue el suyo un matrimonio feliz y tuvo con ella dieciocho hijos, siendo uno de ellos el Beato Otón de Frisinga, obispo. Muerto Enrique V en 1125, algunos pensaron en elegirlo emperador, pero Leopoldo pidió que no lo eligieran y se respetó su deseo. Continuó rigiendo con gran sabiduría y justicia sus estados hasta que murió en un accidente de caza el 15 de noviembre de 1136. Fue sepultado en Klosterneuburg y enseguida el pueblo lo tuvo por santo. Lo canonizó el papa Inocencio VIII en 1485. Es el patrono de Austria.

BEATA LUCÍA BROCCADELLI
Religiosa († 1544)

Nace en Narni el 13 de diciembre de 1476 y por la santa del día le pusieron Lucía. Educada cristianamente, a los 16 años contrae matrimonio con Pedro di Alessio, con quien vive tres años guardando castidad. El 8 de mayo de 1494 recibe el hábito

de terciaria dominica, y es enviada a Roma a la casa de Santa Catalina de Siena. En enero de 1496 la obediencia la manda a Viterbo y allí recibe, la noche del 25 de febrero, el carisma de la estigmatización. Pedida al papa Alejandro VI como consejera por Hércules I de Este, duque de Ferrara, marcha a esta ciudad y allí el duque construye el monasterio de terciarias donde ella vivirá hasta su muerte. Su altísima oración y grandes virtudes le granjearon fama de santa y a su muerte —15 de noviembre de 1544— fue objeto de culto, confirmado el 1 de marzo de 1710.

BEATO CAYO COREANO

Mártir († 1627)

Nació en Corea, y por ello se le llama «Coreano», estuvo desde su juventud altamente preocupado por el sentido de la vida, lo que le llevó a vivir siete años vida solitaria en una cueva, en ascesis y meditación. Luego tuvo una visión en la que un anciano le decía que lo que buscaba lo hallaría al otro lado del mar. Invadida Corea por los japoneses y hecho prisionero es llevado a Meaco. Aquí enferma y luego, cuando se recupera, ingresa en un monasterio budista, donde es muy apreciado por su conducta arreglada, pero donde él no encuentra la paz interior. Entonces, una cristiana lo invita a que asista a una explicación del cristianismo dada por los jesuitas. Esto le impactó hasta el extremo de dejar el monasterio, inscribirse en el catecumenado y progresar hasta el bautismo. Una vez bautizado se quedó a vivir con los jesuitas, los cuales le encomendaron que diera catequesis, lo que hacía con gran celo y competencia al tiempo que atendía con mucha caridad a los enfermos de lepra. Llegada la persecución de 1614 marcha a Filipinas, pero en 1616 vuelve, pasa a la clandestinidad y reemprende su tarea de catequista. Visitaba a unos cristianos en la cárcel cuando es arrestado en 1626 y conminado a dejar de difundir el evangelio. Pero él se negó, y siguió en la cárcel hasta que fue condenado a muerte y quemado vivo en Nagasaki el 15 de noviembre de 1627. Fue beatificado el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX.

SAN JOSÉ MKASA BALIKUDDEMBÉ
Mártir († 1885)

José Mkasa o Mukasa es el protomártir de Uganda. Había nacido en Kampala hacia 1860 y se llamaba Mkasa Balikuddembé. A los 16 años entró a servir en la corte real, donde conoció a San Andrés Kaggwa y por su influencia llegó a la fe cristiana. El 30 de abril de 1882 se bautizó con el nombre de José. Al subir al trono el rey Mwanga lo hizo su mayordomo y él lo sirvió lealmente al tiempo que profesaba con fervor su fe cristiana y tenía una conducta piadosa y caritativa. Su lealtad le llevó a denunciar ante el rey la traición de su primer ministro o katikkiro, lo que le atrajo el odio de éste, pero, por otro lado, recriminó al rey el que hubiese mandado asesinar al obispo anglicano Hannington. Además, el rey sabía que José no aprobaba su conducta sexual. El katikkiro convenció al rey de que era necesario matar a José y el rey asintió. José, cuando fueron a prenderlo, pidió que no lo ataran, pues no pensaba huir, y marchó con paso firme y gran dignidad hasta el sitio de la ejecución. Rogó al verdugo le dijera al rey que le perdonaba y que cambiara de conducta teniendo en cuenta el juicio de Dios. Fue decapitado y sus restos echados en una hoguera. Era el 15 de noviembre de 1885 y con él se inauguraba la persecución anticatólica de Uganda.

Fue canonizado el 18 de octubre de 1964 por el papa Pablo VI.

16 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. Santa Margarita († 1093), reina de Escocia **.

2. Santa Gertrudis la Magna († 1302), virgen, monja cisterciense, cuya biografía veremos con la de Santa Matilde el día 19 de este mes.

3. En Capua (Campania), santos Agustín y Felicidad († ca. 250), mártires.

4. En Dol, territorio de Bourges (Galia), la conmemoración de santos Leocadio y Lusor († s. IV) *.
5. En Lyón (Galia), San Euquerio († 449), obispo.
6. En Suiza, San Otmaro († 759), abad *.
7. En el monasterio de Cava (Campania), Beato Simeón († 1141), abad.
8. En Pontigny (Francia), San Edmundo Rich († 1240), obispo de Canterbury **.
9. En Asís (Umbría), Santa Inés († 1253), virgen, monja clarisa, hermana de Santa Clara **.
10. En York (Inglaterra), Beato Eduardo Osbaldeston († 1594), presbítero y mártir bajo Isabel I *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA MARGARITA
Reina de Escocia († 1093)

A principios del segundo milenario cristiano, cuando la razón de Estado unía en enlace matrimonial a los vástagos de las familias regias de los países más distantes, una joven doncella, hermosa de cuerpo y más aún de alma, nacida en Hungría, fue llevada a Inglaterra, donde la Providencia le preparaba el camino de la santidad mediante su enlace con el rey de Escocia, uniendo santamente durante treinta años lo espiritual con lo temporal, como esposa, como madre y como reina.

Consideraremos los elementos históricos que de su vida poseemos: su estirpe y nacimiento; su educación y carácter; su piedad; circunstancias que la llevaron a abrazar el estado del matrimonio; su perfección en ese estado: su actuación como reina; sus virtudes heroicas y su culto, canonización y reliquias.

Fue Santa Margarita nacida de regia estirpe, y, aunque esto no supone nada respecto de su santidad, sí aumenta el mérito de su humillación, cuanto de más alto se baja a lo más desvalido y abyecto de la sociedad. Bisnieta del rey San Eduardo, conocido en la historia por «el Confesor». Nieta de Edmundo, el llamado por su valor *Iron-side* («Costado de hierro»). Hija de Eduardo, llamado *Outremer* («el desterrado»), que por intrigas del intruso rey Canuto de Inglaterra no llegó a reinar. Y hermana del rey Edgaro, que llegó a ocupar el trono por la ayuda que

le prestó el rey de Escocia, Malcolm, consorte de Santa Margarita.

Por parte de madre fue igualmente regia su estirpe, ya que lo fue Ágata, hija de Enrique, emperador del Sacro Romano Imperio, y, según algunos, hermana de Gisela, esposa de San Esteban, rey de Hungría.

La fecha del nacimiento es difícil de precisar: pero tenemos dos fechas topes entre las cuales debió acaecer: la de la muerte de San Esteban (a. 1038) y el regreso de Eduardo, su padre (a. 1057), cuando, muerto el conspirador, fue llamado por la nobleza para sentarle en el trono de San Eduardo, su abuelo.

Margarita recibió, pues, el influjo de Hungría, su patria, vigorosamente cristianizada por su rey San Esteban, y, consiguientemente, la piedad de la familia de su madre. No desdecía tampoco Inglaterra, donde alentaba el fervor de los dos santos reyes de nombre Eduardo: el primero, mártir; el segundo, llamado «Confesor», ambos progenitores de Santa Margarita.

Al hablar de la santidad heroica, de la que aquí tratamos, hay que tener en cuenta el tiempo en que tuvo lugar; porque, así como los santos del principio del cristianismo tenían que desprenderse del medio ambiente espiritual en que vivían (lo cual pasa también ahora bastante, por desgracia, por el laicismo de los modernos Estados), en cambio en los tiempos medievales, por el contrario, ese medio ambiente favorecía y facilitaba la santidad. Puede decirse que, en el primer caso, actuaba el individuo con su iniciativa propia, a despecho del común sentir de las demás gentes. En el segundo, estaba de acuerdo con la manera de sentir general y se diferenciaba de ellos en llegar hasta las últimas consecuencias de lo que su fe le enseñaba. Claro está que todo esto supone la gracia preveniente y la concomitante, pero nos referimos a la correspondencia a esa gracia que ayuda y no impide la libre actividad humana.

Tenemos, pues, en el caso de Santa Margarita, un alma que, como dice la Escritura: *Sortita est animam bonam* (Sab 8,10), o, como diríamos en nuestro lenguaje: «A quien la virtud parecía connatural». Así la describen los autores más antiguos, casi contemporáneos, reproducidos por los jesuitas bolandistas: inteligente, prudente, inclinada a la piedad y a la misericordia con los

desvalidos. Fácilmente se comprende lo que de hecho sucedió; que se asimiló cuanto en punto a piedad y virtud vio en torno suyo y lo que, además, la instruyeron en particular, viniendo a dar, al tiempo de su completo desarrollo físico y moral, frutos de virtud no vulgares.

Hay que apuntar aquí algo de historia para darse bien cuenta de cómo aquella planta en el jardín de la Iglesia crecía y respondía a los cuidados del divino Jardinero. Según dijimos al tratar de su regia estirpe, su padre, llamado Eduardo como su abuelo San Eduardo, había sido enviado con un hermano suyo llamado Edmundo a Salomón, rey de Hungría, a fin de librarlos del intento de asesinato que contra ellos se tramaba en Inglaterra. El rey húngaro recibióles benignamente; se encargó de su educación e instrucción, conforme a su regia estirpe, y, llegados a la edad viril, dio a Edmundo su propia hija, y a Eduardo, la hija de su hermano, llamada Ágata. De este matrimonio nacieron tres hijos: Edgaro, Margarita y Cristina.

Cuando, cambiadas las circunstancias y por muerte de su hermano Edmundo, fue Eduardo, padre de Santa Margarita, llamado a ocupar el trono de Inglaterra, tuvo lugar la subitánea invasión del normando Guillermo el Conquistador, que se ciñó la corona real inglesa, exigiendo de los ingleses juramento de fidelidad. Murió en esto de muerte natural el padre de Santa Margarita, y la viuda, su madre, pensó en irse con sus tres hijos al continente; pero, o porque una tempestad la hiciera arribar a las costas escocesas, o porque la aconsejaran que hallaría asilo seguro en la corte de Malcolm III, rey de Escocia, de hecho, se realizó así providencialmente.

Y ésta fue la ocasión de que Margarita abrazara el estado del matrimonio. El *Breviario Romano* hace constar que «el rey Malcolm quedó cautivado por las egregias dotes de Margarita» y que, para ésta, el motivo determinante fue «el habérselo mandado así su madre».

Esas bodas, humanamente consideradas, llenaban cuantas aspiraciones puede alentar el corazón de una joven. Verse hecha reina de un reino floreciente, esposa de un varón prudente, piadoso y recto, que la amaba de veras y la asociaba a su regia dignidad, de modo que tomaba ella parte en las más importantes deliberaciones del gobierno del Estado.

Pero la prosperidad no es en sí obstáculo para la santidad; lo es, por desgracia, en muchas ocasiones, por el mal uso de esa prosperidad, dejándose esclavizar por el demasiado amor a las cosas temporales. *Divitiae si affluant, nolite cor apponere:* «Si vienen riquezas, no queráis que se os pegue el corazón» (Sal 60,11).

Es, creemos, Santa Margarita, reina de Escocia, un ejemplar insigne en muchos respectos: como esposa que supo ganarse el corazón de su marido; como madre, que atendió a la crianza y educación cristiana de sus hijos, de los cuales, dice el *Breviario,* la mayor parte abrazaron el estado de perfección, así como su propia madre y su hermana Cristina; como reina, que procuró ahincadamente el bien y la felicidad de sus súbditos; como santa, que amaba de corazón a Dios y, por Dios, a los pobrecitos de su reino, de los que alimentaba a un centenar diariamente en su palacio, lavándoles los pies y hallando satisfacción en aplicar sus labios a las úlceras que les afligían, proveyendo, además, al sostenimiento de varios centenares de familias necesitadas. Para ello, en alguna ocasión, vendió sus joyas y sus ropas más preciosas, y, a veces, llegó a agotar el tesoro regio.

Edificó varias iglesias, entre ellas la abadía de Dunferline, dedicada a la Santísima Trinidad, para custodiar la más preciosa reliquia: la de la Vera Cruz. Su libro de rezos, primorosamente decorado, se conserva al presente en la Biblioteca Boldleiana, de Oxford (Inglaterra).

Sobrevivió sólo algunos días a su marido, el rey Malcolm, que pereció en el asedio del castillo de Aluwick, en el Northumberland, del cual se había apoderado Guillermo el Conquistador. Malcolm emprendió la campaña para reconquistarlo, ya que pertenecía al hermano de su esposa, Edgaro, tomando parte en el asalto los dos hijos de Santa Margarita: Eduardo y Edgaro, de los cuales murió el primero. La reina, que había mirado siempre aquella expedición como fatídica, al llegar su hijo Edgaro, estando ya ella para expirar, hizo que le relatara todo lo sucedido, y, al oírlo, «Gracias, Dios mío —exclamó—, porque me dais paciencia para soportar tantas desgracias juntas».

Al morir, en Edimburgo, el 16 de noviembre de 1093, quedó su rostro sonrosado, después de la lívida palidez que se le vio durante los últimos seis meses, en los que padeció acerbos

dolores. Su cuerpo fue enterrado en una urna que quedaba frente al altar mayor de la iglesia de Dunferline. Fue canonizada por Inocencio IV en 1250, y en 1259 se trasladó su cuerpo a un nuevo y rico altar en Dunferline. Su cráneo pasó a ser propiedad de la reina de Escocia, María Estuardo, y más tarde a los jesuitas de Douai, perdiéndose su noticia durante las turbulencias de la Revolución Francesa. Su cuerpo, por empeño de Felipe II, fue trasladado a España y consta que este rey mandó tallar para colocar los restos de Santa Margarita y su esposo, el rey Malcolm, un sepulcro en una capilla de El Escorial; pero, según G. Roger Hudleston, OSB, cuando Gelliers, arzobispo de Edimburgo, pidió al papa Pío XI que fuesen trasladadas a Edimburgo las reliquias, por ser dicha santa la patrona de Escocia, no pudieron ser halladas.

Nos hemos valido para esta biografía, principalmente, de la valiosa exposición del padre Daniel Papebroch, SI, en *AA. SS. Iunius* (t.2, p.320s), y la de G. Roger Hudleston, OSB, abad de Downside Abbey, en Bath (Inglaterra), en su artículo de *The Catholic Enciclopedia* (t.9, p.665s), y de *Encyclopaedia Britannica* (t.14, p.875), dando una relación histórica, sí, pero tendenciosa, al afirmar que Santa Margarita fue canonizada por Inocencio IV en 1250, o sea ciento cincuenta y siete años después de su muerte, por sus donaciones a la Iglesia. Donde se echa de ver: 1.°, la inconsistencia de ese motivo, que, mirado positivamente, poco podía halagar ya a la donante; 2.°, que muestra desconocer, como lo hacen, por desgracia, los acatólicos, lo que significa la canonización, a saber: la declaración solemne de las virtudes heroicas del canonizado, que son, por cierto, abundantes en Santa Margarita de Escocia, y la definición de que aquella alma es del número de los bienaventurados y goza de la visión beatífica.

En la vida de Santa Margarita de Escocia falta la narración de hechos milagrosos. Teodorico, monje de San Cuberto, su confesor, en la relación de la vida de la santa, dedicada a la hija de la misma, Matilde, reina de Inglaterra, cuya relación reproduce el padre Papebroch en el lugar ya citado, dice así:

> «Son más dignos de admiración los hechos que la hacían santa que los que solamente la declaraban santa ante los hombres.

Narraré, con todo, algo que juzgo pertinente, como indicio de su religiosa vida».

Y después de reseñar todos los abusos que desterró en punto a las observancias religiosas en aquel país, reuniendo concilios en los que, con su autorizada palabra, hizo ver la obligación de seguir todo, y sólo, lo aprobado por la Santa Iglesia, en las disposiciones de los papas y los Santos Padres, dice así:

«Tenía un libro de los cuatro Evangelios, decorado con oro y joyas, cuyas mayúsculas brillaban con el oro. Este códice, que, más que los otros, acostumbraba a leer y meditar, lo estimaba ella mucho. El cual libro, trasladándoselo uno cierto día, al atravesar el vado de un río, el libro, que había sido envuelto menos cuidadosamente, vino a caer en medio de las aguas; ignorando lo cual el portador prosiguió con resolución el viaje emprendido; mas cuando luego quiso entregar el libro echó de ver, por vez primera, que lo había perdido. Lo buscó mucho, pero inútilmente. Por fin lo descubrieron abierto en el mismo lecho del río, de tal manera que sus hojas se agitaban con el incesante ímpetu de las aguas, y los paños de seda que llevaba para evitar que las letras de oro se oscureciesen con el roce, ahora, con la violencia del río, se desprendieron. ¿Quién diría que aquel libro podría ya servir? ¿Quién creería que pudiera ya leerse una sola letra? Pues, ciertamente, íntegro, incorrupto, es extraído de en medio del río, de tal modo que parecía no haber tenido contacto alguno con el agua. La limpieza de las hojas y la íntegra configuración de todas las letras permaneció tal cual estaban antes de que cayesen en el río; sólo en las últimas hojas podía percibirse la señal del líquido. El libro, y con él el milagro, se transmitió a la reina, la cual, rendidas las gracias a Cristo, tuvo mucho más estima que antes del códice. Con esto, otros vean qué sienten del caso; yo opino, por el venerable aprecio de la reina, que fue un milagro del Señor».

JOSÉ MUNERA, SI

Bibliografía

Acta SS. Boll., 10 de junio: *Vita,* por TURGOT, col.1100.
BARNETT, J. R., *Margaret of Scotland, queen and saint* (Londres 1926).
COWAN, S., *Life of the princess Margaret, queen of Scotland (1070-1093)* (Newcastle 1911).
LEE, S., Art. en *Dictionary of national biography* (Londres 1888).
MENZIES, L., *St. Margaret, queen of Scotland* (Londres 1925).
• Actualización:
WILSON, A. J., *St. Margaret, Queen of Scotland* (Edinburgh 1993).

SAN EDMUNDO (RICH) DE CANTERBURY
Obispo († 1240)

La vida de San Edmundo demuestra no solamente su santidad personal, sino al mismo tiempo el verdadero espíritu religioso del pueblo inglés, que dio lugar al nombre de Isla de los Santos que se dio a aquel país.

El hijo mayor de Reynold y Mabel Rich nació alrededor de 1180, siendo bautizado con el nombre de Edmundo. La familia no gozaba de muchos bienes temporales, pero sí de un gran espíritu religioso. Nos basta indicar que sus dos hermanas llegaron a hacer la profesión religiosa, un hermano suyo fue sacerdote, mientras su padre, con el consentimiento de su mujer, se hizo monje unos años antes de su muerte, en el monasterio de Eynsham.

De los primeros años de su vida sabemos muy poco, pero a los doce años Edmundo hizo sus estudios en un colegio de Oxford, y entonces, por primera vez, vemos las señales de aquella austeridad de vida que practicó con creciente intensidad más tarde. Siguiendo los consejos de su madre, ayunó todos los sábados, tomando solamente pan y agua, y llevó un cilicio. Tenía la costumbre de hacer la señal de la cruz en la frente todas las noches antes de acostarse, y más tarde indicó a sus amigos que Jesús le había prometido en una visión que todos los que practicaran esta piadosa costumbre al acostarse se salvarían de una muerte repentina durante la noche.

Tres años más tarde se marchó con su hermano Roberto a París, donde cursó sus estudios en la universidad. Durante este período de su vida hizo voto de castidad y, al regresar a Oxford, puso un anillo en el dedo de la estatua de la Virgen venerada en la iglesia de Santa María en aquella ciudad. Su vida de estudiante era ejemplar, pero se dedicó más a los estudios seglares que a la teología hasta el día en que su madre, al encontrarle estudiando matemáticas (su estudio predilecto), le preguntó: «¿Y qué son todos estos números?». Al recibir la contestación, le dijo: «¿Y no sería mejor saber algo acerca de la adorable Trinidad?». Desde aquel momento se dedicó a los estudios teológicos, recibiendo el grado de doctor en teología juntamente con la sagrada ordenación.

Durante ocho años continuó como profesor de teología en la Universidad de Oxford, siendo el primero en enseñar la *Lógica* de Aristóteles en aquel centro de estudios. Durante esta época gozaba de mucha fama como profesor y predicador, tanto que en el año 1222 recibió una canonjía en la iglesia catedral de Salisbury. Es de notar que dedicó una cuarta parte de sus honorarios del beneficio a la restauración de la catedral, y gran parte del resto a los pobres, de tal manera que el abad de Stanley tuvo que reñirle más de una vez por quedarse sin lo necesario para vivir.

Tal era su fama como predicador, que en el año 1227 el papa Gregorio IX le mandó predicar la cruzada contra los moros, y entonces se notó por primera vez su santidad mediante los milagros que acompañaban a su predicación. Muchos de ellos eran de orden puramente material, pero los había también de tipo espiritual: el conde de Salisbury, por ejemplo, que había vivido muchos años fuera de la Iglesia y sin recibir los sacramentos, recibió la gracia de la conversión después de oírle predicar.

Edmundo era, sin duda, uno de los doctores más destacados de su época en la vida ascética, especialmente en lo que toca a la oración. Se puede decir que era una de sus preocupaciones enseñar a todos a rezar con verdadera devoción. «Miles de personas, solía decir, estropean sus oraciones multiplicándolas; prefiero rezar cinco palabras con verdadera devoción de corazón en vez de cinco mil que mi alma no saborea con afecto y comprensión». Estas palabras salen de su profundo conocimiento teológico y místico, puesto que Edmundo reunió en su persona las dos ramas de la ciencia sagrada, llegando a ser, según sus contemporáneos, un contemplativo perfecto y un maravilloso director de almas.

La sede de Canterbury, ocupada siempre por el primado del reino, llevaba muchos años vacante. Después de tres elecciones nulas, Edmundo fue designado para ocuparla. Cuando le fue comunicada esta noticia, rehusó aceptar la dignidad de una manera tan rotunda, que el obispo de Salisbury, de donde era canónigo, tuvo que usar su autoridad para hacerle ceder, diciéndole que, aunque fuese indigno de tal cargo, sería fatal para la

Iglesia en Inglaterra dejar la sede vacante otra vez después de tanto tiempo sin primado. Fue consagrado obispo el 2 de abril de 1234 y se puede decir que desde aquella fecha empezó su vía crucis, una lucha feroz que iba a durar hasta su muerte en el destierro.

Para explicar lo que acabamos de decir vamos a echar un vistazo a la situación político-religiosa de Inglaterra en aquellos tiempos. Podemos decir que estamos en una época de abusos en todo lo que toca a la presentación de beneficios vacantes. Este terreno tan difícil fue la «tierra de nadie» de la lucha que había empezado muchos años antes, llegando a su máxima dureza con la muerte de otro arzobispo de Canterbury, Santo Tomás, mártir. Aun este supremo sacrificio fue en vano, y la lucha continuó sin tregua. En Inglaterra tanto el rey como el Papa tenían el derecho y la costumbre de presentar a ciertos beneficios eclesiásticos. El rey, para aumentar sus ingresos, solía dejar muchos beneficios vacantes, porque mientras tanto los estipendios aumentaban el caudal de su tesoro real; mientras el Papa en muchas ocasiones nombró para los suyos a extranjeros residentes en otros países. Éstos muy pocas veces aparecieron por sus diócesis, dando lugar así a una serie de complicaciones y de daños para el pueblo fiel. Tal era la situación del país cuando Edmundo fue nombrado primado de Canterbury.

Amante de la paz, trabajó sin cesar para conseguirla. Otro de igual temperamento, pero de menos santidad y más débil, habría cedido o, por lo menos, habría tratado de encontrar una convivencia pacífica con las fuerzas enemigas. El nuevo arzobispo, al contrario, prefería verse calumniado y perseguido, ver a todos sus antiguos amigos alejarse de él sin piedad, en vez de aprobar o tolerar cualquier desviación del camino de la verdadera justicia y derechos de la Iglesia. Pronto se mostró inalterable ante los ataques de sus perseguidores, pero al mismo tiempo —y aquí se demuestra la santidad— nunca dejó de tratarlos con verdadero cariño y caridad. Como él mismo dijo en una ocasión:

> «¿Por qué voy a dejar a otros hacerme ofender a mi Dios o perder aquella caridad que les debo y siento dentro de mí? Me pueden cortar los brazos o sacar los ojos, pero yo entonces les amaría aún

más, porque entonces merecerían aún más que ahora mi compasión y mi cuidado pastoral».

En estas palabras, y aún más mediante sus obras, vemos que Edmundo había aprendido de una manera perfecta la lección que Cristo dio a sus apóstoles en el famoso discurso de la última cena. Toda su vida no se apartó ni por un solo momento de esta actitud, como veremos más adelante.

Poco a poco iba empeorándose la situación entre el rey y el arzobispo, y se puede decir que se hizo imposible cuando los monjes encargados de atender a la catedral de Canterbury se opusieron al arzobispo con tanta violencia que llegó a ser un acto de rebeldía contra su suprema autoridad. Como siempre en estos casos, lo hicieron bajo el pretexto de proteger sus derechos y su libertad, pero todo el mundo sabía que eran instigados a ello por los enemigos del primado. No hubo más remedio que acudir personalmente a Roma, y esto lo hizo Edmundo en el año 1237. Como se podía esperar, sus calumniadores no tardaron en acudir también a la suprema autoridad de la Iglesia para exponer sus quejas y continuar su persecución. El papa Gregorio IX no sabía qué hacer; por una parte, las denuncias claras y concisas de Edmundo le habían convencido de la justicia de su causa; pero, por otra parte, no quiso ofender al rey Enrique III ni provocar una lucha abierta entre Inglaterra y la Santa Sede, lucha que podía terminar en la separación de aquel país del mundo católico.

La solución más conveniente en estos casos, pero no siempre la más justa, es la de esperar con paciencia a ver lo que pasa. Por tanto, Edmundo tuvo que volver a su país sin una solución clara y bien definida a su problema, pero al mismo tiempo volvió decidido a continuar la lucha con todas sus fuerzas. Viendo que los monjes seguían en su actitud, lanzó contra ellos la sentencia de la excomunión.

Unos años antes el rey, contra los consejos de Edmundo, había pedido de Roma le enviase un legado *a latere,* un tal cardenal Otto. Edmundo vio claramente que esta misión, en vez de ayudar a solucionar los problemas entre la Iglesia y el Estado, los haría más difíciles, porque la astucia de Enrique III engañaría a cualquiera que no le conociera bien. En efecto, la misión

parecía empezar bien, con ligeras reformas en materia de disciplina, como también en lo que tocaba a los beneficios vacantes, pero en el caso de éstos el legado se había dejado engañar por el rey. Ahora, al enterarse de lo que había hecho el primado en el caso de los monjes, tanto el rey como el cardenal Otto quisieron intervenir, el primero en oposición abierta contra la decisión del primado, y el segundo de una manera mucho más grave, puesto que dio la absolución a los monjes, haciendo uso de poderes que en realidad pertenecían a la persona del primado del reino. La situación iba haciéndose cada día más difícil para Edmundo y los otros obispos.

En un concilio celebrado en Reading, el legado pidió una tasa de la quinta parte de todos los bienes de los obispos y del clero para ayudar al Papa en su lucha contra el emperador Federico II. Los obispos, como era natural, acudieron a su primado pidiendo sus consejos. Un amigo suyo, el obispo de Lincoln, nos ha dejado la contestación del arzobispo:

> «Hermanos —les dijo—, sabéis que vivimos en tiempos tan difíciles que, según mi juicio, todos quisiéramos morir y no vivir. Tenemos que hacer de la necesidad una virtud, y mientras el rey nos lleva en una dirección y el Papa en otra, no sé cómo podremos resistir».

La persecución continuó sin cesar. Años antes Edmundo había conseguido del Papa autoridad para nombrar los beneficiarios reales en casos especiales, es decir, cuando el rey no había nombrado a nadie después de seis meses de sede vacante. El rey se había opuesto de una manera violenta contra esta autorización, puesto que a él —a su tesorero— le venía muy bien tardar mucho más en hacer la presentación. Ahora, mediante la intervención del cardenal Otto, consiguió que el Papa retirase dicha autorización.

No es de extrañar que en esta situación tan delicada el primado se sintiera en peligro de muerte, como había pasado en el caso de Santo Tomás de Canterbury. Casi sin amigos y sin poder obrar libremente, como exigía su dignidad de primado, se vio obligado a protestar mediante destierro libremente elegido. Quizá entonces el rey se vería obligado a ceder. Tuvo una entrevista con su monarca, durante la cual el rey trató de persuadirle

que debía quedarse en su arzobispado, pero Edmundo se mostró decidido: o libertad de acción o destierro voluntario. Se despidió del rey, y desde una colina cerca de Londres bendijo al país y sus habitantes con lágrimas en los ojos. Se marchó a Francia, al monasterio de Pontigny, donde había estado esperando dos años el mártir Tomás de Canterbury y donde, en palabras de Edmundo, «habían encontrado un refugio todos los prelados exiliados de Inglaterra por la justicia y la paz».

Unos años antes, durante su estancia en Roma, en una entrevista con el papa Gregorio IX, éste le había dicho que habría sido un monje excelente. A esto le contestó el arzobispo: «¡Ojalá pudiese ser monje ahora y así escapar de todas estas molestias y preocupaciones!». ¡Qué feliz y pacífica le pareció aquella vida de oración de los monjes! Pues ahora tendría la oportunidad de gozar de esa vida de contemplación que tanto deseaba. Sin embargo, sería por poco tiempo, pues pronto le iba a llegar otra vida, la del cielo, donde podría descansar con el premio de todos sus trabajos y sufrimientos.

Durante los pocos meses que estuvo con los monjes de la cartuja de Pontigny vivía como uno más de la comunidad, escribiendo en el *scriptorium* y predicando en los pueblos cercanos. Su estado de salud le obligó a irse al convento de Soissy, en el verano del año 1240, y allí permaneció hasta su muerte en noviembre del mismo año. Su cuerpo fue trasladado otra vez a Pontigny, donde le enterraron en la iglesia, en la que todavía se veneran sus reliquias. El papa Inocencio IV le canonizó seis años después de su muerte, y su fiesta se celebra en todas las diócesis de Inglaterra, como también en los monasterios trapenses.

Unos días antes de morir mostró otra vez más aquella caridad hacia el prójimo que había demostrado toda la vida, aun en medio de la persecución. Levantó la excomunión que había lanzado contra los monjes de Canterbury y les mandó una carta para comunicárselo, en la cual les perdonó todas las calumnias e injurias que habían pronunciado contra él. A su hermano, Roberto, mandó su cilicio, y a sus dos hermanas, monjas de Catesby, les mandó una pequeña imagen de la Virgen, a la cual tuvo siempre tanta devoción. Dijo a su confesor que no legaba

nada a los pobres después de su muerte por la sencilla razón de que ya les había dado todo lo que tenía. Murió con aquella paz interior con la cual había vivido siempre.

De la vida de San Edmundo podemos deducir ciertas conclusiones de mucho provecho para la vida espiritual. En primer lugar vemos en él la perfecta unión entre la vida activa y la contemplativa, lo que dio lugar a una paz y tranquilidad de alma que ningún enemigo o persecución llegó a perturbar. Ésta iba unida con una rectitud de conciencia que le animó a luchar siempre que veía violada la justicia y los derechos de la Iglesia. Mantuvo su posición a pesar de los ataques del rey y las maniobras del cardenal Otto. En una ocasión, uno de sus sufragáneos le propuso una solución al problema de los beneficios que, a primera vista, pareció conciliadora. Edmundo le contestó: «Tú quieres que me dejen en paz aquí, en esta vida; pero yo prefiero descansar en la otra, cosa que no podría hacer si adoptase esta solución».

Vemos en él también una caridad excelente, tanto interior como exterior. Nunca, ni en los momentos de la más dura lucha contra sus enemigos, llegó a enfadarse ni a culpar a nadie. Todo lo contrario; vio en sus penas la mano de la divina Providencia, diciendo que las tribulaciones constituyen un manjar que Dios había preparado para su alma y que su amargura iba siempre templada con una dulzura inefable, como la miel que comió San Juan en el desierto. Confesó a su canciller, San Ricardo, que logró defenderse contra todos los ataques de sus perseguidores solamente mediante la oración. Cuanto más duros los ataques, tanto más humilde y fervorosas sus oraciones.

Al mismo tiempo vemos en San Edmundo un temperamento sencillo y cariñoso a pesar de todas sus mortificaciones. Era un hombre que tuvo el don de gentes, lo que demuestra la sinceridad de sus amistades. En una ocasión, cuando fue a verle a Canterbury una señora muy amiga de él, le dijo: «¡Bienvenida seas siempre! Si los juicios del mundo no fuesen tan mal pensados, no dejaría a nadie separarnos hasta el fin de la vida». Al despedirse de su íntimo amigo San Ricardo de Chichester le dijo: «Te llevo en mi corazón de tal manera que ni la muerte logrará borrar ese cariño. El amor es más fuerte que la muerte».

Los pobres siempre encontraron en él una persona que estaba dispuesta en todo momento a atenderles en sus necesidades. Lo mismo dijeron sus estudiantes cuando estaba enseñando en Oxford. Según el testimonio de una pobre mujer que había ido a visitarle para que la aconsejara: «Es imposible hablar con él sin sentir un consuelo que no puede ser de este mundo». El abad de Pontigny solía decir que Edmundo reunió en su persona la dignidad de un obispo, la humildad de un niño y el corazón de un santo.

El mero hecho de ser canonizado tan pronto después de su muerte demuestra la fama que tuvo su santidad en aquellos tiempos, santidad que fue probada con milagros, que empezaron en seguida después de morirse. Se dice que, al presenciar el traslado de su cuerpo de Soissy a Pontigny, un ciego recobró la vista, mientras un monje de Pontigny que llevaba muchos años en la cama se curó en seguida al invocarle y pudo presenciar su entierro.

Afortunadamente, tenemos por lo menos cuatro biografías de él de gran valor histórico: una de la pluma de su hermano, otra de su íntimo amigo San Ricardo, una anónima y otra de la pluma famosa de Mateo de París. Existen también unos manuscritos de sus obras teológicas, según el testimonio de Mons. Lacombe en *Mélanges Mandonnet.* San Edmundo gozaba de una fama extraordinaria como director espiritual y predicador, pero el verdadero encanto de su vida está en su sencillez humana, unida con el más perfecto amor de Dios.

DAVID LIONEL GREENSTOCK

Bibliografía

LACOMBE, M., «Cuestiones aberdonenses», en P. F. MANDONNET, *Mélanges Mandonnet. Études d'histoire littéraire et doctrinale du Moyen Âge,* II (París 1930) 163-191.
MARTÈNE, E. - DURAND, U., *Thesaurus novus anecdotorum,* III (Nueva York 1968) 1175-1826.
WALLACE, W., *Life of St. Edmund of Canterbury* (Londres 1893).
WARD, B., *St. Edmund, archbishop of Canterbury* (Londres 1903).

SANTA INÉS DE ASÍS
Religiosa († 1253)

¿Cuántos conocen el dato de que Santa Clara, cofundadora de la Segunda Orden (clarisas) con San Francisco, cuenta con una hermana incluida en el catálogo de los santos, Santa Inés de Asís? A la sombra de Santa Clara, se diluye su existencia, sin apenas fijarse datos precisos con que dibujar una silueta diferenciada.

Nace en Asís, cuando el siglo XII termina (1197?), y muere en 1253, a los 56 años, muy poco después de Clara, su hermana mayor. No faltan elocuentes referencias mutuas, de incuestionable peso histórico. Así, la carta escrita por Santa Clara, ya al final de sus días, a la Beata Inés de Praga, fundadora de un convento de clarisas en esta ciudad, en la que se refiere a su hermana como a «virgen prudente, en opinión de santa, que sabe medir a las personas y a las cosas con la medida de Dios». Que Santa Clara estaba convencida de la santidad de Inés, ya durante la primera permanencia de ésta en el convento de Asís, es cosa que se comprueba también con un dato maravilloso, registrado en la vida de la santa inserta en la *Crónica de los generales de la Orden de los Hermanos Menores.* Fue el caso que estando ambas hermanas orando a altas horas de la noche, no lejos la una de la otra, Clara vio cómo Inés se elevaba del suelo y un ángel acudía a ceñirle tres coronas. En acto de obediencia, Inés tuvo que manifestar el significado de las tres coronas: la infinita paciencia de Dios ofendido por los pecadores; el amor de Cristo que dio su vida para redimirlos; la compasión por las almas del purgatorio que esperan el alivio de nuestras oraciones... Clara tuvo así muy pronto la plena convicción de la santidad de Inés.

Por su parte, Inés sintió hacia su hermana un inmenso amor, manteniéndose, al mismo tiempo, en los sentimientos de un profundo respeto y obediencia. Basta con leer el inicio de una carta que le escribe hallándose en Florencia:

> «A su venerable madre y señora en Cristo, distinguida y amadísima señora madonna Clara: Inés, humilde y mínima sierva en Cristo postrada a sus pies en total entrega, desea cuanto se puede desear de más dulce y precioso en el sumo altísimo Rey».

Para Clara, según la primitiva *Crónica,* no hubo otro deseo en su vida que el de abrazar los consejos evangélicos. Inés, en cambio, parece haberse sentido orientada inicialmente a la vida matrimonial. Su decisión de seguir las huellas de Francisco se debió a las oraciones de Clara:

«Rezaba para que el mundo se le convirtiera en amargura y Dios en dulzura; y que así, traspasando el deseo de unas nupcias, se elevara al deseo del divino amor...».

Ya muy madura en su disposición a seguir las huellas de su maestro seráfico, Clara huye de la casa paterna, refugiándose en el monasterio benedictino del Santo Ángel de Panzo. Para Inés se disiparon todas las dudas: la ausencia de Clara se le hizo insufrible y muy pocas semanas después, tal vez el 14 de mayo de 1211, ella misma huía del hogar y se refugiaba con su hermana, manifestándole el firme propósito de consagrarse definitivamente a Dios. La *Crónica* se explana con ponderaciones de la alegría de Clara que así comprueba el fruto de sus oraciones. Inés se convirtió desde este momento en su primera novicia.

Quiere la *Crónica* que se repita con Inés la misma búsqueda violenta de Clara por su familia, valiéndose de un grupo de doce caballeros armados. Como desenlace feliz, llega el mismo San Francisco, que con sus propias manos le ciñe el cordón y le sustituye su nombre de bautismo, Catalina, por el de Inés, «en memoria del Cordero inocente, que resistió con fortaleza varonil». Las dos hermanas continuaron bajo la dirección del santo, alcanzando muy pronto las cimas de la santidad.

Penitencia y mortificación marcaron indeficientemente su vida. Y como resultado visible, un carácter dulcísimo, una inefable cercanía, transida de amabilidad para todos, especialmente los más desheredados: ¡el espíritu de San Francisco!

Sabida es la rapidísima proliferación de comunidades franciscanas ya en vida del santo, tanto de varones como de mujeres. Florencia fue madrugadora. Allí la sombra del Serafín de Asís obró irresistibles contagios entre los jóvenes y hasta entre las señoras de las más notables familias. Un grupo de éstas comenzaron a vivir en comunidad. Allí la señora Avegnente de Albizzo hizo donación a la Santa Sede de un lugar en la comarca de Santa María de Monticelli, poniéndose a disposición del

Papa con unas compañeras, al mismo tiempo que establecía contactos con las clarisas de Asís... La comunidad iba en aumento. ¿Cómo asegurar el seguimiento fiel de las huellas de San Francisco? Santa Clara, obedeciendo al santo, hubo de tomar una de las decisiones que más le traspasaron el alma: enviarlas como guía segura a su hermana Inés. Fue una separación dolorosísima, como bien se atestigua en la carta de Inés cuyo inicio transcribimos más arriba:

> «Has de saber, madre, que mi carne y mi espíritu sufren tribulación e inmensa tristeza; que me siento sobremanera agobiada y afligida [...] porque estoy separada de vos y de las otras hermanas [...]».

Pero también hay muchísimos motivos de alegría, porque todas las nuevas hermanas «me han recibido con gran gozo y me han prometido obediencia con grandísima reverencia. Quiero que sepáis seguiremos inviolablemente vuestros consejos y preceptos durante toda nuestra vida».

¿Cuándo se produjo la incorporación de Inés a la comunidad de Florencia? Su salida de Asís fue querida por San Francisco, y la carta citada, tan dolorida, parece argüir una separación reciente. Tradicionalmente ha venido repitiéndose que fue en el año 1221.

Bajo el mandato de Inés, el convento de Monticelli floreció pujantemente, convirtiéndose en faro irradiador de la Segunda Orden para otras ciudades de Italia, como Mantua, Venecia, Padua... ¿Murió la santa en este convento, próximo a Florencia?

Algunos historiadores nos hablan de su retorno a Asís y la sitúan asistiendo a su hermana Clara en su prolongada agonía. No pocos conventos de clarisas presumen de haberla acogido en este viaje. La permanencia en Monticelli debió de durar bastantes años. Narraciones posteriores, como la de Mariano de Florencia en el siglo XVI, nos cuentan que dejó Florencia al conocer la extrema gravedad de Santa Clara. Llegó, nos dice, acompañada de algunas hermanas externas para recoger las últimas palabras de la santa fundadora. Santa Clara, añade, les donó su velo. De hecho hasta hoy las clarisas de Florencia-Castello lo muestran como reliquia preciosa. Para Inés, tuvo Santa

Clara consoladoras palabras antes de morir: «Hermana carísima, cesa de llorar, porque llegarás muy pronto ante el Señor».

El anuncio de la hermana tardó muy poco en cumplirse. En pleno fervor popular a la muerte de su hermana Clara, invocada como santa, fallece Inés el mismo año de 1253, con signos elocuentes de santidad. Los ciudadanos de Asís acudieron en masa a venerar su cuerpo, registrándose un hecho llamativo, al derrumbarse sobre la multitud la escalera de madera que daba acceso al convento. A gritos invocaban todos a Inés, considerando milagroso el hecho de que no se produjera ni un herido. Se repitieron milagrosas curaciones durante todo el siglo XIII, y pronto fue autorizado el culto local. El *Martirologio romano* incluye su nombre entre los santos. Su cuerpo reposa en la basílica de Asís, muy cerca del de Santa Clara.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

GARZONIO, C. L., *Senza voltarsi indietro. Vita di S. Agnese d'Assisi* (Florencia 1991).
LAINATI, C. A., *Santa Clara de Asís. Apuntes biográficos de Santa Inés de Asís* (Oñate 1983).
Vita di santa Agnese di Assisi compilata da una suora clarissa (Lecce 1913).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS LEOCADIO Y LUSOR

Seglares († s. IV)

Las noticias más seguras y antiguas que se tienen de estos santos son las que proporciona San Gregorio de Tours. Nos dice que Leocadio era un noble senador de la provincia romana de Lyón, el cual siendo todavía gentil ayudó a la evangelización de Bourges dándole a San Ursino, el primer obispo de esta sede, parte de los bienes que poseía en aquella zona, y recompensando el Señor su generosidad con su llegada a la fe. Hijo suyo era Lusor, el cual fue llamado a la presencia de Dios cuando todavía llevaba las blancas vestiduras de los recién bautizados y así, con el alma inmaculada por el bautismo, pasó de este destierro a la patria. Ambos tuvieron su sepultura en Déols, junto a Chateau-

roux, siendo la tumba de Lusor al menos desde la época merovingia meta de peregrinaciones, y siendo ambos santos conmemorados en el calendario de la iglesia de Bourges.

SAN OTMARO
Abad († 759)

Otmaro nace en la región alemana del Lago de Constanza hacia el año 689 y recibe su educación en la corte del gobernador Víctor en Coira. Se decide por la vocación sacerdotal y se ordena presbítero, siéndole asignada la cura pastoral de la iglesia de San Florino. El año 719 es llamado por el conde Watram para que se haga cargo del monasterio del eremitorio de San Galo, construido allí hacía un siglo por este santo irlandés. Otmaro convirtió el eremitorio en un verdadero monasterio de vida cenobítica, monasterio que floreció enseguida y se vio favorecido por las donaciones de los fieles. Al frente del mismo quedó Otmaro como abad, y aunque primero observó con su comunidad la antigua regla irlandesa, en 747 se decidió por introducir la Regla de San Benito.

Además de sobresalir por la prudencia y santidad con que dirigía su monasterio, Otmaro dio un alto ejemplo de caridad con los pobres y menesterosos que acudían a sus puertas y, llevado de este espíritu de caridad, erigió un albergue para enfermos incurables y un lazareto, donde acogía y cuidaba con amor a los leprosos, sirviéndoles personalmente. Pero permitió el Señor que Otmaro pasase por una durísima prueba. Mal mirado por la envidia del rey franco Pipino y de sus comisarios, así como del propio obispo de Constanza, Sidonio, se dio oídos a la calumniosa acusación de adulterio que lanzó contra él un monje de su monasterio. Llevado a juicio, fue condenado a morir de hambre y se determinó por fin relegarlo a la isla de Werd, donde murió el 16 de noviembre de 759 en la más completa soledad. Pero el Señor reivindicó su memoria pues cinco años después de su muerte, el obispo Salomón de Constanza lo declaró oficialmente santo y en 769 sus restos fueron llevados a la iglesia del monasterio, siéndole dedicadas después numerosas iglesias.

BEATO EDUARDO OSBALDESTON
Presbítero y mártir († 1594)

Hijo de una antigua y conocida familia, nace en Osbaldeston, en Lancashire, hacia 1560. Optó por el sacerdocio y, hechos los estudios, se ordenó sacerdote en la catedral de Reims el 21 de septiembre de 1585, permaneciendo allí otros tres años. El 29 de abril de 1589 partió para Inglaterra. Trabajó apostólicamente en Yorkshire, y su nombre figuraba en una lista de sacerdotes católicos activos en Inglaterra que un espía proporcionó al gobierno inglés. Pudo trabajar hasta el 30 de septiembre de 1594 en que fue arrestado debido a la delación del sacerdote apóstata Thomas Clarke. Se conserva una carta suya desde la cárcel en la que el mártir expresa su gozo de que la detención fuera el día de San Jerónimo, aniversario de su primera misa. La mañana anterior, y como era su costumbre, al salir de casa hizo su oración a San Jerónimo y volvió a ofrecerse al Señor en sacrificio, encomendándole su viaje y poniéndose en sus manos, rogando al Señor caminar siempre en la línea recta en su vocación y seguir a San Jerónimo tanto tiempo como el Señor le concediera. Una vez arrestado, fue llevado al castillo de York y fue interrogado por dos veces. No se conservan detalles de su proceso pero consta que su condena se debió a su cualidad de sacerdote ordenado en el extranjero y vuelto a Inglaterra para el ejercicio de su ministerio. Fue ahorcado, destripado y descuartizado en York el 16 de noviembre de 1594. El 22 de noviembre de 1987 fue beatificado por el papa Juan Pablo II.

17 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de Santa Isabel de Hungría († 1231), viuda, terciaria franciscana **.

2. En Neocesarea del Ponto, San Gregorio el Taumaturgo († 270), obispo **.

3. En Cesarea de Palestina, santos Alfeo y Zaqueo († 303), mártires.
4. En Córdoba, San Acisclo († s. IV), mártir *.
5. En Orleáns (Galia Lugdunense), San Aniano o Aignan († 453), obispo.
6. En Vienne (Borgoña), San Namacio († 559), obispo.
7. En Tours (Neustria), San Gregorio († 594), obispo e historiador **.
8. En Whitby (Northumbria), Santa Hilda († 680), abadesa *.
9. En Remüs (Suiza), San Florino († 850), párroco.
10. En Constantinopla, San Lázaro († 867), monje, defensor de las sagradas imágenes **.
11. En Novara (Sicilia), San Hugo († 1180), abad cisterciense *.
12. En Lincoln (Inglaterra), San Hugo († 1200), obispo, monje cartujo **.
13. En Cracovia (Polonia), Beata Salomé († 1268), reina de Galizia o Halicz, monja clarisa *.
14. En Helfta (Sajonia), el tránsito de Santa Gertrudis, cuya memoria fue ayer.
15. En Asunción (Paraguay), San Juan del Castillo († 1628), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir *.
16. En Nagasaki (Japón), santos Jordán de San Esteban (Jacinto) Ansalone y Tomás Hioji Rokuzayemon Nishi († 1634), presbíteros, de la Orden de Predicadores, mártires *.
17. En Rochefort (Francia), Beato Lope Sebastián Hunot († 1794), presbítero y mártir *.
18. En Capaivca (Ucrania), Beato Josafat Kocylovsky († 1947), obispo de Przemysl, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA ISABEL DE HUNGRÍA
Viuda († 1231)

Sobre la dura corteza espiritual de la Edad Media, hendida por la gracia de Dios, brotó una de las flores más delicadas de la cristiandad: Santa Isabel de Hungría. Nació en el año 1207 en uno de los castillos —Saróspatak o Posonio— de su padre, Andrés II, rey de Hungría, que la hubo de su primera mujer, Gertrudis, hija de Bertoldo IV, el cual llevaba en sus venas sangre de Bela I, también rey de Hungría, por lo que la princesita Isabel vino a ser el más preciado florón de la estirpe real húngara.

Abrió la princesita sus ojos a la luz en un ambiente de lujo y abundancia que, por divino contraste, fue despertando en su sensible corazón ansias de evangélica pobreza. Desde su privilegiado puesto en la corte descendía, desde muy niña, para buscar a los menesterosos, y los regalos que recibía de sus padres pasaban muy pronto a manos de los pobres. En balde la vestían conforme a su rango principesco, porque aprovechaba el menor descuido para quitarse las sedas y brocados, dárselos a los pobres y volver a palacio con los harapos de la más miserable de sus amiguitas.

Conforme a las costumbres de la época, fue prometida en su más tierna edad a Luis, hijo de Herman I, margrave de Turingia. Este compromiso matrimonial tenía, sin duda, la finalidad política de afianzar la alianza de ambos países contra el rey Felipe de Suabia. Un buen día de primavera —1213—, cuando los campos se desperezaban del gélido sueño invernal, se presentó en el castillo de Posonio una embajada turingia para recoger a la prometida de su príncipe heredero. El rey de Hungría, entonces en la cumbre del poder y riqueza de la dinastía, dotó generosamente a su hija diciendo a los emisarios: «Saludo a vuestro señor y ruego se contente de momento con estas pobres prendas, que, si Dios me da vida, completaré con mayores riquezas». Y revistiendo con palabras tan modestas su jactanciosa exhibición, hizo sacar un cúmulo de tesoros que dejaron admirados a los compromisarios, poco acostumbrados a tales galas en la abrupta y dura comarca de Turingia. El matrimonio tuvo lugar en el año 1221, es decir, al cumplir Isabel sus catorce años, en Wartburg de Turingia. Y de esta manera la princesa, nacida en un país lleno de sol y de abundancia como era Hungría, vino a parar a la dura y pobre tierra germánica.

La pobreza del pueblo estimuló más aún la caridad de la princesa Isabel. Todo le parecía poco para remediar a los necesitados: la plata de sus arcas, las alhajas que trajo como dote y hasta sus propios alimentos y vestidos. En cuanto podía, aprovechando las sombras de la noche, dejaba el palacio y visitaba una a una las chozas de los vasallos más pobres para llevar a los enfermos y a los niños, bajo su manto, un cántaro de leche o una hogaza de pan. Y hasta el propio manto lo entregó un día

crudísimo de invierno a una pobre mendiga que temblaba de frío a la vera del camino, y cuál no sería su asombro que, al tender el armiño sobre la chepa de la anciana, vio transfigurarse aquélla en la adorable imagen de Jesucristo.

Por mucho que escondiera sus mercedes no es raro que éstas llegasen a herir a los espíritus envidiosos y mezquinos. No faltó quien acusó a la princesa ante el propio duque de estar dilapidando los caudales públicos y dejar exhaustos los graneros y almacenes. El margrave Luis quería a su esposa con delirio, pero no pudo resistir, sin duda, el acoso de sus intendentes y les pidió una prueba de su acusación.

—Espera un poco —le dijeron— y verás salir a la señora con la faltriquera llena.

Efectivamente, poco tuvo que esperar el duque para ver a su mujer que salía, como a hurtadillas, de palacio cerrando cautelosamente la puerta. Violentamente la detuvo y la preguntó con dureza:

—¿Qué llevas en la falda?

—Nada..., son rosas —contestó Isabel tratando de disculparse, sin recordar que estaba en pleno invierno.

Y, al extender el delantal, rosas eran y no mendrugos de pan lo que Isabel llevaba, porque el Señor quiso salir fiador de la palabra de su sierva.

Parece que su suegra, la duquesa viuda Sofía, no miraba a Isabel con buenos ojos, tal vez porque las mercedes que ésta hacía eran una acusación a su egoísmo o, simplemente, porque creyera que el cariño de Isabel, en el corazón de Luis, había desplazado al suyo. Con más o menos pasión aprovechaba cualquier oportunidad para desvirtuar a Isabel ante los ojos de su marido. Según cuenta la leyenda, volvió en cierta ocasión el margrave Luis de un largo viaje y, ansioso de abrazar a su esposa, fue a buscarla a la alcoba conyugal. Salió a su encuentro la duquesa Sofía, que había escuchado tras de la puerta voces extrañas en la alcoba, y le previno diciendo: «Ahora verás, hijo mío, hasta dónde llega la fidelidad de tu esposa».

Forzó la puerta el celoso marido y, al tirar de la cobertura del lecho, vio en él tendida la imagen de Cristo crucificado, en

la que se había transfigurado un pobre leproso que Isabel había acostado en su lecho para curarle las llagas.

El celo de los pobres, en los que ella veía siempre la imagen trasunta de Cristo, fue espiritualizando cada vez más su vida. Su alma generosa se asomaba a sus ojos negros y profundos, que brillaban como candelas de amor en las sombrías casuchas de los pobres de Wartburgo. Por muy severas que fuesen sus penitencias, Isabel las recubría con cariño y donaire para no perder el encanto natural ante los ojos de su enamorado esposo. Pero no pudo, en cambio, conciliar su espíritu franciscano con la frivolidad de la vida cortesana.

Bajo la influencia de su confesor, extremadamente severo, Conrado de Marburgo, que la prohibió incluso probar ciertos manjares, Isabel vino a ser una viviente acusación contra una corte un tanto licenciosa, que empezó a conspirar contra la princesa extranjera.

Mientras su marido fue su amparo, nada tuvo que temer la princesa Isabel, pero llegó un día en que en los oídos del príncipe Luis sonó, como llamada irresistible, el clarín convocando a cruzada en nombre de Federico II. Isabel no quiso ser un obstáculo en el camino del príncipe cristiano que ofrecía su lanza para rescatar el Santo Sepulcro. Ya su padre, el rey Andrés II, había regresado sobreviviente de la quinta cruzada, y cada vez era más difícil vencer la desilusión y la indiferencia de los reyes y de los pueblos cristianos por coronar tan caballerosa empresa. El noble corazón de Luis se creyó, sin duda, más obligado a dar ejemplo y, dejando sola a su esposa, partió con sus caballeros, con propósito de embarcarse en Otranto para unirse a la cruzada. Pocos meses después, Isabel recibía, de manos de un emisario turingio, la cruz de su marido, que había muerto víctima de una epidemia.

Así, pues, a los veinte años —1227— la princesa Isabel quedó viuda y desamparada en una corte extranjera y hostil, y fue entonces cuando realmente empezó su calvario. Su cuñado Herman, queriendo desplazar a los hijos de Luis de la herencia del Ducado, acusó a Isabel de prodigalidad, y en verdad que ella había volcado hasta el fondo de su arca para remediar la miseria del pueblo en el temible «año del hambre» que Europa entera

atravesaba. Las acusaciones de Herman encontraron eco en la corte, y la princesa Isabel, expulsada de palacio, tuvo que buscar refugio con sus tres hijos y la compañía de dos sirvientas en Marburgo, la patria de su madre. En tan difícil situación la socorrieron sus tíos, la abadesa Mectildis de Kitzingen y el obispo de Bamberg, que ya había abandonado el proyecto que tuvo de casarla de nuevo.

El pontífice Gregorio IX nombró a Conrado de Marburgo su «defensor». Los buenos oficios que éste desplegó consiguieron, por fin, que la princesa fuese indemnizada con una importante suma y se le asignasen unas posesiones en la villa de Marburgo. Pero Isabel ya nada tenía que la ligase al mundo, y solemnemente, en la iglesia de los Frailes Menores de Eisenach, renunció a sus bienes, vistió el hábito gris de la Tercera Orden y se consagró enteramente y de por vida a practicar heroicamente la caridad. Poco después —1228-1229— emprendió la construcción del hospital de Marburgo, cuya capilla puso bajo la advocación del Padre Seráfico, San Francisco de Asís, recientemente canonizado.

Por aquel entonces regresaban los cruzados de los Santos Lugares ardiendo en fiebres y con sus carnes maceradas por la lepra, y a ellos dedicaba Isabel sus más amorosos cuidados, en recuerdo, sin duda, de su marido, muerto muy lejos del alcance de sus manos.

Isabel, firme en su propósito de dedicar su vida a los pobres y enfermos, buscando en ellos al propio Jesucristo, rechazó una y otra vez la llamada de su padre, el rey de Hungría, que, valiéndose de nobles emisarios y hasta de la autoridad episcopal, trataba de convencerla de que regresase a su país. En cambio, acudió solícita a la llamada de su Señor, y a los veinticuatro años —1231— subió al cielo a recibir el premio merecido por haber aplicado el agua a tantos labios sedientos, curado tantas heridas ulceradas y consolado tantos corazones oprimidos.

La fama de su santidad quedó bien patente en el entierro, que conmovió toda la comarca. Poco después de su muerte, las jerarquías religiosas de tres países y Conrado de Turingia, gran maestre que fue de la Orden Teutónica, promovieron en la Santa Sede la declaración de sus heroicas virtudes, y el proceso

terminó con la solemne ceremonia de la canonización el 27 de mayo de 1235 en Perusa, todavía en vida de su padre, Andrés II de Hungría. Su festividad fue fijada para el 19 de noviembre, pero, en la actualidad, se celebra el 17 de este mismo mes. Unos meses más tarde fue colocada la primera piedra de la catedral gótica de Marburgo y en ella se rindió el primer testimonio de veneración a la santa princesa por el emperador Federico II al frente de su pueblo.

Santa Isabel de Hungría ha sido erigida como patrona de la Tercera Orden Franciscana y son numerosas las congregaciones religiosas dedicadas a la caridad que llevan su nombre, y muchos los templos que la tienen por patrona.

JAVIER MARTÍN ARTAJO

Bibliografía

ADAM-KAPPERT, K., *Elisabeth von Thüringen: das Leben der frommen deutschen Landgräfin* (Viena 1929).
CESÁREO DE HEISTERBACH, OCist., *Vita S. Elisabethae* (1237).
CONRADO DE MARBURGO, *Epistola de vita ad papam* (1231).
Dicta IV Ancillarum sanctae Elisabeth Thuringiae lantgraviae (1325); versión posterior: *Libellus de dictis IV Ancillarum* (Colonia 1605).
DIETRICH DE APOLDA, *Vita S. Elisabeth,* en CANISIUS, *Antiquae lectionis,* V (Ingolstadt 1605) parte II, 147-217.
DÖRFLER, P., *Die heilige Elisabeth* (Múnich 1930).
FORT, F., *Isabel de Hungría* (Barcelona 1952).
HENNIGES, D., Art. en *Archivum Franciscanum Historicum* 2 (1909) 240-268.
HORN, E., *Sainte Élisabeth de Hongrie* (París 1902).
HUYSKENS, A. (ed.), *Quellenstudien zur Geschichte der heiligen Elisabeth Landgräfin von Thüringen* (Marburgo 1908).
MONTALEMBERT, CONDE DE (CH.-R. FORBES), *Histoire de Sainte Élisabeth de Hongrie, duchesse de Thuringe (1207-1231)* (París 1839).
• Actualización:
PIEPER, L., «A new life of St. Elizabeth of Hungary: the anonymous Franciscan»: *Archivum Franciscanum Historicum* 93 (2000) n.1-4, p.29-78.

SAN GREGORIO EL TAUMATURGO

Obispo († 270)

Entre los innumerables santos de la Iglesia, a este San Gregorio se le distingue con el apellido de Taumaturgo, palabra equivalente a obrador de prodigios o milagros. Quizás el sobrenombre se deba en parte a situaciones creadas por la leyenda y

haya sido la popularidad siguiente a su muerte la que lo ha coronado con una serie de tantas aureolas, que hoy nos imposibilitan el poder discernir los verdaderos datos de su excepcional vida.

En cualquier caso debemos aceptar que nos hallamos ante un personaje relevante, porque sus biografías se pueden leer en lenguas latina, georgiana y siríaca. De él nos hablan San Jerónimo en su famosa obra *De viris illustribus,* San Basilio en sus *Cartas* y Rufino en su *Historia eclesiástica.*

Como datos sobresalientes de su vida sabemos que nació en Neocesarea del Ponto, cerca del Mar Negro, hijo de una distinguida familia pagana. Su nombre inicial sería el de Teodoro, pero al convertirse al cristianismo lo cambió por el de Gregorio.

En su ciudad estudió Derecho y Retórica y buscando afianzar esos conocimientos pensaba trasladarse a Beritos de Fenicia en compañía de su hermano Atenodoro, para asistir a la escuela de Derecho de esta ciudad entonces famosa en Oriente. Pero una hermana suya, casada con el recién nombrado gobernador de Palestina, les hizo modificar sus planes trasladándose a Cesarea de Palestina. Cambio trascendental que iba a orientar sus vidas por otros impensables caminos providenciales. Durante cinco años, entre el 233 y 238, asistieron a las clases que en aquella ciudad impartía Orígenes, que acababa de establecer su célebre escuela, y cuyas enseñanzas les hicieron cambiar la jurisprudencia por la filosofía. Más aún. Contagiados de las creencias de su maestro, ambos hermanos abrazaron el cristianismo hacia el año 237. Un favor que marcaría su vida y que el antes Teodoro y ahora Gregorio dejó reflejado en un famoso discurso de despedida agradecida hacia su profesor Orígenes. Una de las muestras de agradecimiento más sentidas dirigidas a un maestro, en el que no solamente se agradecen las enseñanzas sino también la exquisita pedagogía seguida por su educador en la fe, calculada dentro de los mejores caminos de la enseñanza filosófica. No lo olvidaría nunca:

> «Era para nosotros como un ángel de la guarda. Siempre cuidaba de nuestra alma con un interés increíble. Parecía que cuando íbamos a sus clases el ángel guardián no tenía nada que hacer porque el maestro Orígenes lo reemplazaba cuidando amorosamente el alma de cada uno de nosotros» (Discurso dedicado a Orígenes).

De vuelta a Neocesarea, su ciudad, los valores del nuevo convertido fueron muy pronto descubiertos por Fedimo, obispo de Amasea, quien lo consagró primer obispo de la misma Neocesarea lugar de su nacimiento. A su lado trabajó, también como obispo, su hermano Atenodoro.

Entre los actos realizados en su vida Gregorio asiste al concilio de Antioquía del año 265, concilio convocado para refutar las doctrinas de Pablo de Samosata, que negaba la divinidad de Jesucristo.

Pero la orientación del obispo y pastor Gregorio hay que buscarla en la amplia actividad pastoral dentro de sus tierras del Ponto. Durante la persecución de Decio (250-251), unió su suerte a la de sus fieles de tal manera que todos, siguiendo su consejo, tuvieron que huir y esconderse. La tradición dice que en aquellos momentos de la llegada a su tierra eran muy pocos los creyentes, y aun así, desde su escondite tuvo que contemplar el martirio de no pocos de sus hijos, muchos de ellos todavía neófitos. Él mismo salvó la vida milagrosamente, porque a pesar de que lo buscaran no consiguieron encontrarlo.

Decio fue vencido y terminó la persecución, pero los godos y otros bárbaros invadieron el Ponto y volvieron a causar daños indecibles, creando un clima permanente de heroísmo entre los creyentes. A la muerte de su obispo se dice que solamente quedaban 17 paganos. Número que, para magnificar los hechos, quieren que sea el mismo que contó como creyentes cuando llegaba San Gregorio.

Él fue ese tipo de hombre de actividad múltiple, muy frecuente en la época.

> «Es el tipo del apóstol, del prelado, del hombre de ciencia. El método de su apostolado era intenso. Trabajo ímprobo, instrucción minuciosa, doctrina sólida, celo y caridad infatigables. Las almas se le rendían» (B. Llorca).

Su intensa actividad y los frutos de su entrega hacen que los Padres Capadocios del siglo IV le consideraran a San Gregorio fundador de su Iglesia.

Murió el 17 de noviembre del año 270, suplicando a los suyos que le dieran sepultura al lado de los más pobres. Lo enterraron en la iglesia que él mismo había construido.

A pesar de que nos hallamos ante un obispo eminentemente activo, también se conservan de él algunas obras escritas. Aunque pocas, nos bastan para conocer las dimensiones de su profunda formación religiosa.

Como suele suceder en estos casos de la antigüedad, se le han atribuido diversas obras, que han sido objeto de profundos estudios y controversias. Con bastante seguridad se le pueden asignar al menos: *In Origenem prosphonetica ac panegyrica oratio, Expositio fidei, Epistola canonica, Metaphrasis in Ecclesiastem Salomonis, Sobre la pasibilidad e impasibilidad de Dios.*

In Origenem prosphonetica ac panegyrica oratio. Es el discurso de agradecimiento y recuerdo de las enseñanzas de su maestro Orígenes al despedirse de su docencia el año 238. Además de datos importantes sobre la vida de Orígenes, resultan muy interesantes las noticias sobre el método de enseñanza de su maestro, hasta el punto de que nos hallamos ante un documento primordial sobre la pedagogía cristiana. Contiene además un valioso testimonio sobre los ángeles custodios.

Expositio fidei. Texto breve pero profundamente teológico sobre la trinidad de las personas, su igualdad y eternidad.

Epistola canonica. Sumamente famosa porque ha sido incluida entre las cartas canónicas de la Iglesia Griega. Uno de los escritos de casuística más antiguo que poseemos y un valioso ejemplar sobre la penitencia canónica. En él se distinguen, ya en aquellos momentos, cuatro clases de penitentes o estadíos que debe recorrer un penitente: 1) El pecador que fuera de la iglesia pide oraciones a los de dentro al modo de los catecúmenos. 2) El que escucha en el vestíbulo pero que aún no tiene entrada a los actos de la Iglesia y que por eso debe retirarse al modo de como lo hacían los catecúmenos. 3) El que se humilla penitencialmente como esos mismos catecúmenos. 4) El que contempla los oficios divinos, pero que no puede participar en ellos hasta que no esté plenamente purificado.

Metaphrasis in Ecclesiastem Salomonis. Es una traducción del libro del Eclesiástico, con ampliaciones breves a modo de parafrasis. Sigue las interpretaciones de San Gregorio Nacianceno.

Tratado sobre la pasibilidad e impasibilidad de Dios. Obra de carácter apologético, donde se nos muestra el mejor discípulo de

Orígenes. Se da cabida meritoria y valor al sufrimiento de los hombres en su relación con el sufrimiento voluntario de Cristo.

Además también se conservaban una serie de cartas de las que habla San Jerónimo, pero que hoy se han perdido.

Hemos dejado para el final el señalar los hechos portentosos que le valieron a San Gregorio el calificativo de taumaturgo. Resulta muy difícil señalarlos y distinguirlos. Como sucede siempre, también la leyenda ha acrecido ingenuamente el número de portentos realizados por el santo. En la antigüedad por todo el oriente corrían los hechos maravillosos hasta el punto de que no se le resistieron ni los mismos montes, conforme a lo que nos asegura el Evangelio.

San Basilio y San Gregorio de Nisa en su oración fúnebre nos recuerdan cómo mudó el curso de los ríos para impedir las inundaciones de su tierra y cómo secó una laguna en un litigio entre varios hermanos. En otra ocasión, necesitando construir un nuevo templo porque el número de convertidos aumentaba mucho, tomó el evangelio en sus manos y leyó la frase de Jesús: «Si tenéis fe, podréis decir a un monte: ¡quítate de ahí! y éste os obedecerá». Se arrodilló y rezó con tanta fe que al instante vino un terremoto y el montecillo se derrumbó hasta convertirse en una explanada apta para construir el templo. Por todo esto, el pueblo de Dios, sobre todo en oriente, lo invoca cuando hay terremotos e inundaciones.

> «El mejor recuerdo que nos dejó al morir San Gregorio es, sin duda, el bello símbolo de la fe que, según la leyenda, le reveló el mismo San Juan Evangelista. Revelado o no, es, sin duda, un documento venerable que durante mucho tiempo fijó la fe de los orientales, defendiéndoles contra las sutilezas arrianas y mereciendo de los grandes Padres antiarrianos la más cálida acogida y defensa. Formaría parte de la obra que antes hemos señalado. Es el verdadero credo de las iglesias orientales durante mucho tiempo» (J. M.ª Llanos).

El mejor elogio que podemos hacer de él lo encontramos en San Basilio el Grande:

> «Resplandeció en la Iglesia como una bandera grande y esclarecida y fue, por virtud del Espíritu Santo, terror y espanto de los demonios y con diecisiete cristianos solos que había en su ciudad cuando comenzó a ser obispo, les hizo la guerra y convirtió a la fe de Cristo todo el pueblo gentil, así de los ciudadanos como de los

labradores... Las cosas que anunció y dijo antes que acaeciesen son tales y tan grandes, que se pueden igualar con los demás profetas. Pero sería cosa larga referir los milagros de Gregorio; baste decir que por la excelencia de los divinos dones y de los milagros y prodigios que obró, los mismos enemigos de la verdad le llamaron otro Moisés» (J. M.ª Llanos).

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

CROISSET, J., SI, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año...,* XI (Madrid 1868) 343.
Enciclopedia Espasa. Tomo letra G, p.1264.
Gran Enciclopedia Rialp. Tomo letra G, p.338s.
LLANOS, J. M.ª, SI, *Desfile de santos* (Madrid 1956).
LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI, *Historia de la Iglesia católica,* I (Madrid 1976) 343.

SAN GREGORIO DE TOURS

Obispo († 594)

Nos hallamos ante una de las figuras más preclaras en la antigüedad de la hoy vecina Francia: santo, obispo, historiador y, si queremos, político.

Nació probablemente el 30 de noviembre de 538, dentro de una rica familia senatorial de ascendencia romana en la antigua Auvernia, hoy Clermont-Ferrand. El nombre de su padre era Florencio y el de su madre Armentaria, por lo que el hijo llevó el nombre de Jorge Florencio, nombre que luego cambió por el de Gregorio, en recuerdo de uno de sus antepasados, San Gregorio, obispo de Langres.

Muerto muy pronto su padre, se encargó de su educación su tío paterno San Galo, obispo de Clermont, quien supo despertar en él la vocación religiosa comenzando a instruirlo en la enseñanza de la Sagrada Escritura, instrucción luego completada, al morir San Galo, por San Avito, sacerdote y más tarde también obispo de Clermont.

Una grave dolencia lo llevó por el año 563, cuando ya era diácono, a peregrinar a Tours para impetrar de San Martín la salud que tanto ansiaba. Desahuciado de la ciencia, dicen que llegó vivo pero casi exánime. Recobrada esa salud permaneció al

lado de su obispo Eufronio, primo de su madre, el tiempo suficiente para que todos admiraran su piedad y sabiduría excepcionales. Tours era entonces uno de los centros espirituales y bonancibles más sobresaliente de toda la Galia. Conectó así el joven Gregorio con lo más florido de su episcopado. La Providencia quiso que diez años más tarde y tras la muerte del obispo titular Eufronio, Gregorio fuera elevado a la silla episcopal de Tours, elegido por su clero y aclamado por el pueblo, cuando solamente tenía alrededor de treinta y cinco años. Elección que fue aprobada por Sigisberto I, rey de Austrasia, donde estaba enclavada Auvernia. Fue consagrado el 22 de agosto del año 572 por Gil, obispo de Reims.

Al frente de su grey el pastor realizó una obra meritísima, entregado en cuerpo y alma a los suyos, restaurando y construyendo iglesias, velando por sus costumbres, atendiendo a su clero. Participó en numerosos sínodos o concilios de la muy activa iglesia de las Galias: Poitiers, Nantes, Burdeos, Lyón, Chalón, Autún, Reims, Soissons, Metz, Coblenza, Orleáns, París, etc.

En el de París del año 577, celebrado contra el obispo Pretextato a instancias de Chilperico, destacó defendiendo los derechos de la Iglesia atropellados precisamente por el mismo Chilperico, que incluso quería entrometerse en asuntos de fe. El carácter de este rey lo haría pronto víctima de un asesinato el año 584, sucediéndolo Gontrán y luego Childeberto II, quien convirtió a Gregorio en uno de sus hombres de confianza y brillante consejero, tomándolo en ocasiones como embajador personal. En uno de esos viajes (año 593 o 594) marchó a Roma, donde fue recibido con exquisitas muestras de afabilidad por parte del papa San Gregorio Magno, quien le hizo el regalo de una cadena de oro. Pero al regreso murió en ese mismo año, el 17 de noviembre.

Antes de morir ordenó que le dieran sepultura en paraje donde fuesen hollados sus restos; tanto era el desprecio que tenía de sí mismo y la gran humildad que quiso se prolongara después de su muerte. Fue enterrado, sin embargo, en la basílica de San Martín de Tours, a la izquierda de este santo, donde en el siglo VII el obispo San Audoeno le levantó un mausoleo, destruido por los normandos en el siglo IX y reconstruido en el XI

por Erveo. El siglo X conoció el máximo apogeo de su fama de santo, convirtiéndolo en uno de los santos más populares de toda Francia, colocado al lado de San Martín.

Aparte de su santidad, San Gregorio ha pasado a la posteridad por sus escritos históricos, hasta el punto de que es considerado como «Padre de la historia de Francia», gracias sobre todo a su *Historia de los francos,* una obra en diez partes, donde se recoge toda la historia de los francos, que podemos estructurar así:

— Un primer libro, a modo de fundamento, recoge como base cronológica la historia de Francia desde Adán hasta la muerte de San Martín, acaecida el año 397.

— El segundo libro habla de Clodoveo, fundador de los reinos francos, y su conversión al cristianismo.

— El tercero continúa la historia hasta la muerte de Teodoberto I, el año 548.

— El cuarto sigue al anterior hasta el año 575, cuando muere Sigisberto.

— Los otros seis libros nos narran minuciosamente la historia de su tiempo con todo tipo de detalles. Son éstos los que forman el centro de interés del autor. En ellos destacan los crímenes horrorosos de las familias reales, las sanguinarias figuras de dos reinas rivales como Fredegunda, esposa de Chilperico de Neustria, y su cuñada Brunequilda, a la que el hijo de la primera hará perecer un día, en un suplicio ignominioso, como «asesina de diez reyes».

En la obra no se puede encontrar una metodología moderna, ni siquiera el orden cronológico, sino que se trata de todo tipo de historias expuestas sin orden alguno pero contadas con sencillez e imparcialidad asombrosas. Hoy nos sirven de base para conocer la verdad de su tiempo, un tiempo muy falto de noticias y que por eso resultan de valor incalculable. Se capta el cuadro impresionante sobre la brutalidad del salvajismo de unas costumbres en las que sólo vemos violencias, crímenes, explosión incontrolada de pasiones elementales.

En esa misma obra, al final de su último libro, ofrece el elenco de todas sus obras. De su pluma salieron otras obras importantes y ambiciosas, como las que se añadieron a los libros

de historia: el *Liber miraculorum* y el *Vitae Patrum,* un total de ocho libros.

El *Libro de los milagros —Liber miraculorum—* narra en su primera parte los milagros del Señor y de los apóstoles y en especial los mártires de las Galias. El libro segundo cuenta los milagros acaecidos en la tumba del mártir San Julián, muerto el año 304, cerca de Clermont-Ferrand. Los libros tres a seis nos relatan los milagros obrados en la tumba de San Martín. El séptimo cuenta la vida de 23 santos mártires galos. Y el octavo recoge la vida de los santos galos confesores no mártires.

Como se puede apreciar, una obra ambiciosa y meritoria, de intenciones completamente distintas a las de historia, cuya pretensión es encuadrar la historia ejemplar de su pueblo en la historia religiosa del mundo cristiano. Aquí, sin desdeñar la historia propiamente dicha, lo que prevalece es la santidad, la edificación de su pueblo.

Tiene otras obras, como «El curso de las estrellas» para determinar la hora de los oficios divinos nocturnos, conservándose además fragmentos de otros escritos hoy perdidos.

El gran haber de San Gregorio de Tours, además de su santidad, es que nos hallamos ante una de las figuras esenciales para el conocimiento de la sociedad merovingia hasta la muerte del rey Sigisberto. Sintetiza y valora su vida el P. García Llorca con estas palabras:

> «Con su actividad eclesiástica fue en cierto modo el continuador de los anteriores —grandes padres y escritores de su tiempo—, por lo cual contrajo un mérito incomparable en la defensa de los intereses eclesiásticos, en la protección de los humildes frente a los abusos de los grandes y en el mantenimiento del espíritu cristiano en las Galias [...] Su gloria literaria está basada en sus escritos de carácter histórico».

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

Biografía eclesiástica, X (Madrid 1856) 437s.
Enciclopedia Espasa. Tomo letra G, p.1264.
Gran Enciclopedia Rialp. Tomo letra G, p.339.
LLORCA, B., SJ, *Manual de historia eclesiástica* (Barcelona 1942) 243.
Nueva Historia de la Iglesia, I (Madrid 1982).

SAN LÁZARO DE CONSTANTINOPLA
Monje († 867)

Aunque nació en Armenia, fue en Constantinopla donde se hizo monje desde muy joven. Habilísimo, inspirado y fecundo pintor de iconos y esforzado campeón del culto a las imágenes sagradas, y apóstol de la unidad de la Iglesia en un tiempo en que estaba amenazada.

Éstos son los dos rasgos que pone de relieve el espléndido elogio que le dedica el *Martirologio romano* actual, el 17 de noviembre:

«En Constantinopla, San Lázaro, monje, nacido en Armenia, que, insigne en la pintura artística de imágenes sagradas, al negarse a destruir sus obras, por orden del Emperador iconoclasta Teófilo, fue atormentado con crueles suplicios, pero después, apaciguadas las tormentas sobre el debido culto a las imágenes, el emperador Miguel III le envió a Roma para afianzar la concordia y unidad de toda la Iglesia».

Tanto el culto a las imágenes como la unidad de la Iglesia, eran temas candentes en la vida eclesial del tiempo en que vivió San Lázaro.

La historia y la evolución del culto a las imágenes había atravesado el período más oscuro y dramático de la iconografía bajo el emperador León IV, el Isáurico. Hubo verdaderos mártires. Se destruyeron artísticos tesoros de la iconografía cristiana con pérdidas irreparables, hasta que se hizo la luz en el II Concilio de Nicea, el año 787.

Allí se calmó de momento aquella apasionada querella en la que se acusaba de idólatras a los que veneraban las imágenes sagradas.

San Juan Damasceno acuñó la doctrina tradicional de la Iglesia con meridiana claridad:

«La materia es obra de Dios, por eso yo —decía— la declaro hermosa. Quien no está contaminado de maniqueísmo ha de admitir esta vía de las imágenes hacia la trascendencia. El arte es como un lazarillo, que nos lleva de la mano hacia Dios».

Por otra parte, el culto a las imágenes sagradas surge en la Iglesia por la fuerza misma del dogma cristiano fundamental, el de la Encarnación. El Verbo de Dios encarnado es icono del

Dios invisible. El rostro humano-divino de Cristo es transparencia de la belleza divina y transfigura desde dentro el rostro de los santos, recuperando y recreando la belleza divina originaria, en el hombre nuevo.

El hombre, carne y espíritu, necesita el lenguaje sensible de los signos y símbolos, de las imágenes, para introducirse en el misterio, pues por esas señales, parpadeos y guiños se atestigua la presencia de lo divino.

Los cristianos, en las imágenes, no veneran ídolos sino los misterios y las personas que en ellas están representadas.

La iconoclastia rebrotó en los días de San Lázaro con nueva y feroz virulencia. El emperador Teófilo (829-843), tan pronto como accedió al trono, publicó un edicto en el que conminaba con la pena de muerte a todos aquellos pintores que se negaran a destruir los iconos de los santos.

Lázaro fue llamado personalmente, tal vez por su fama y popularidad, a la presencia del Emperador. En vano trató éste de convencerle para que se sometiera obedeciendo sus órdenes.

Emplearon con él la tortura más inaudita: lo arrojaron a una cloaca donde estuvo a punto de morir asfixiado. Pero con la ayuda de lo alto superó el tormento. Pudo recuperar sus fuerzas y volvió a pintar sus iconos con renovada ilusión y entusiasmo.

Fue entonces cuando Teófilo, enfurecido, mandó que le aplicaran a las palmas de las manos barras de hierro incandescentes; y quemaron su carne hasta llegar a los huesos. Intercedió la emperatriz Teodora, que logró sacarle de la prisión, hizo cuanto pudo por su curación y le envió al monasterio de San Juan Bautista de Phoberon en la costa asiática del Bósforo.

Lázaro, en agradecimiento, pudo todavía pintar un cuadro del santo precursor Juan Bautista por el que se obtuvieron muchos milagros. Y, después de la muerte de Teófilo (843), llegó a pintar la gigantesca imagen de Cristo que estaba sobre la puerta de la *Calcide,* en el palacio imperial.

A partir del 843 quedó firmemente establecido el culto relativo a las imágenes sagradas como algo perteneciente a la tradición divina de la Iglesia: para los santos, la veneración o dulía; la hiperdulía o singular veneración, para las imágenes de Nues-

tra Señora; reservando siempre el culto de latría o adoración exclusivamente para Dios.

Lázaro, siempre entregado a sus deberes monacales, recibió las órdenes sagradas. La emperatriz Teodora encomendó a sus oraciones el alma de su difunto marido, Teófilo, rogando que le perdonara. Lázaro, al parecer, le contestó que ya no era tiempo para implorar la justicia divina.

El año 856 el emperador Miguel III le envió a Roma para ofrecer regalos al papa Benedicto III, recientemente elegido. En esta honorífica misión pudo tratar con el Papa y tal vez con el futuro San Nicolás I, el Grande, que era brazo derecho del pontífice, sobre los medios de consolidar la paz y la armonía en la Iglesia y la unidad entre Oriente y Occidente, cuando ya se fraguaban las tensiones que dieron lugar al cisma.

Algunos afirman que Lázaro fue de nuevo enviado a Roma hacia el 867 y que falleció a medio camino; pero esto no se ha comprobado.

Según los sinasarios bizantinos, fue sepultado en el monasterio de Evandro, en Galacia. Su fiesta se celebra el 17 de noviembre, aunque en el antiguo Martirologio Romano figuraba el 23 de febrero.

La fuente fidedigna que nos ofrece los datos de la vida sorprendente de San Lázaro, es continuación de la Crónica de Teófanes sobre Teófilo.

Sus textos, referentes a San Lázaro, están recogidos en el sinasario bizantino. La memoria de este santo nos estimula a favorecer el arte religioso de nuestro tiempo, medio de insospechada eficacia para evangelizar al hombre de hoy; a tributar el culto debido y equilibrado a las imágenes sagradas como quiere la Iglesia; y a trabajar con todo ahínco por la unidad de todos los cristianos.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

FRANQUESA, A., «El Concilio de Nicea y el icono»: *Phase* 143 (1984) 417-435.
GRABAR, A., *El primer arte cristiano* (Madrid 1967).
JANIN, R., «Lazaro», en *Bibliotheca sanctorum.* VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma 1966) cols.1152-1153.
PLAZAOLA, J., *La Iglesia y el arte* (Madrid 2001) 31-34; 69-110.

SAN HUGO DE LINCOLN
Obispo († 1200)

Situado a 40 kilómetros al norte de Grenoble, Avalon tenía un priorato de Cluny y un castillo de cierta importancia donde nació Hugo en 1130. Guillermo, su padre, señor de Avalon, fue un buen militar y un buen cristiano. Su madre, Ana, murió cuando Hugo apenas tenía ocho años. Le ofreció entonces al Señor su padre en el priorato cercano y le dieron por preceptor a un buen monje que solía decirle: «Hugo, hijo, yo te educo para Cristo»; y Hugo era de tan buen carácter que parecía no le daba trabajo el camino de la virtud, de modo que a los quince años ya fue admitido a la profesión. No se contentó su padre con haber entregado su hijo a aquel monasterio, sino que él también, tocado de la mano del Señor, ingresó en él para hacerse monje.

Siendo ya Hugo de diecinueve años, fue ordenado diácono y le encomendaron cargos de responsabilidad, convirtiéndose incluso en un excelente predicador. Un buen día, yendo con el prior al monasterio de San Máximo, tuvieron que pasar por la Gran Cartuja, y viendo a aquellos santos monjes, su fervor y disciplina, quedó inmediatamente tan prendado de todo ello que pidió el hábito, no sin gran sentimiento de los monjes de su antigua comunidad. Entrando en la Cartuja, fue maravilloso su adelanto y adaptación; al principio tuvo fuertes tentaciones, mas con la oración, el ayuno y las penitencias domó su carne, sujetándola al espíritu con ahínco y perseverancia. No se contentaba Hugo con cumplir perfectamente con las obligaciones de la Regla, con ser tan austera, sino que añadía nuevas asperezas, ayunando en la Cuaresma tres días a pan y agua cada semana, y cargando con otros rigores.

Fue ordenado sacerdote y años más tarde, en 1175, lo nombraron procurador de su monasterio, cumpliendo aquel oficio tan eficazmente, que contentó a todos y admiró a los mismos seglares que venían a tratar con él. Su fama se extendió por muchas partes, y llegó hasta el reino de Inglaterra, donde habiendo muerto el prior de la Cartuja de Vitham, en el Somerset, monasterio fundado por el rey de Inglaterra Enrique II, éste envió mensajeros suyos a la Cartuja donde moraba Hugo, para que se lo enviasen como prior a la cartuja inglesa. Y puesto caso que

los cartujos se lo negaron una vez, no pudieron resistir a la voluntad del rey la segunda, porque se lo pedía con grande instancia; y así tuvo que partir para Inglaterra. Fue muy bien recibido del rey y de su corte y tomó posesión de su convento, que, por estar todavía en los primeros años de fundación y no haber sido organizado aceptablemente, estaba constituido sólo por unas pobres chozas de madera y sin apenas terreno que lo separara de las casas vecinas. Hugo supo animar a sus hermanos y los exhortó a ser fuertes y animosos y a llevar con alegría las incomodidades de los inicios.

Para salir de estas dificultades le ayudó mucho el afecto que le cobró el rey Enrique, movido de su trato y culta conversación; y así, admirado de las grandes cualidades de Hugo y de sus prudentes consejos, le comenzó a venerar y favorecer en gran manera y quiso que se le concediese todo lo que había menester para edificar un sólido monasterio y tener campos y amplios terrenos que los aislasen de los pueblos vecinos; y el Señor le envió una buena ocasión para que el rey le estimase y favoreciese más, ya que, volviendo el rey por mar a Inglaterra, tuvo tan espantosa tempestad, que todos los que venían en la nave con él pensaron que había llegado el fin de sus días; y el mismo rey conociendo su peligro, se encomendó a las oraciones de Hugo, y suplicó a Dios que por intercesión del santo prior le librase de tan evidente peligro. De repente se serenó el cielo y se sosegó el mar, y el rey y toda su gente arribaron salvos a puerto. Se difundió esta gracia por todo el reino, y se acrecentó la buena opinión que de Hugo todos tenían; y con la buena fama creció también el número de vocaciones para la vida cartujana. Él los recibía y mientras se amoldaban a las austeras reglas ponía mucho empeño en darles ejemplo más con sus obras que con exhortaciones de palabra, porque como cuentan sus antiguos biógrafos, vivía como hombre que moraba más en el cielo que en la tierra. Eran muy frecuentes y entrañables sus invocaciones al Señor, y de noche, en aquel poco sueño que se permitía, repetía muchas veces esta palabra: *Amén, amén.* Tenía gran cuidado de que sus hijos tuviesen libros sagrados en que leer, pues a su parecer éstos son muy necesarios para todos los monjes, y más para los que viven en soledad; porque en tiempos de dificultad

son las mejores armas, y en tiempos de paz son descanso y solaz del espíritu.

Creciendo, pues, cada día más el resplandor de las virtudes de Hugo y vacando el obispado de Lincoln, en el reino de Inglaterra, se juntó el Cabildo de aquella catedral y lo nombró obispo a petición del rey, con gran contento del reino y pueblo y aprobación del metropolitano. Pero cuando le enviaron el nombramiento, no quiso San Hugo consentir en su elección, teniéndose por indigno de aquel oficio, y temiendo sus peligros y sobre todo alegando que no podía aceptarla sin licencia del prior de la Gran Cartuja de Grenoble; rogó, pues, con gran instancia y amabilidad a los canónigos que le habían elegido que hicieran oración y eligiesen otra persona. Mas como la honra es como sombra que sigue a los que huyen de ella, quiso el Señor servirse de tan alto y apostólico ministerio para bien de su pueblo; así pues, aunque el cabildo se reunió de nuevo, lo volvió a elegir y para que no se excusase, alcanzaron del prior de la Gran Cartuja licencia y mandato para que lo aceptase. Con esto bajó el santo la cabeza, entendiendo que era la voluntad de Dios, a la que ninguno puede ni debe resistir.

Fue consagrado el 21 de septiembre de 1186, y lo primero que hizo Hugo al tomar posesión de su sede fue rodearse de buenos auxiliares y ministros temerosos de Dios. Fundó un colegio para sus clérigos que, con el tiempo, gracias a sus afamados profesores fue considerado que estaba a la par con la célebre Universidad de París. Con esto, sólo ordenaba para el ministerio sacerdotal a personas de conocida capacidad y cualidades y estuvo tan fuerte en esto, que pidiéndole el mismo rey que proveyese de un beneficio a un empleado suyo, a quien el rey quería gratificar sus buenos servicios, se opuso Hugo rotundamente, diciendo que el rey tenía muchas maneras para gratificar a sus criados y pagarles sus servicios, sin privar a los ministros de la Iglesia del sustento beneficial que para ellos Dios tenía señalado. También fue muy severo en castigar a algunos servidores y ministros del rey que en su nombre y autoridad atropellaban la justicia y la libertad de la Iglesia. Y puesto caso que en lo uno y en lo otro mostrase el rey resentimiento, San Hugo le habló y le manifestó las razones por las que así obraba

y el rey quedó muy satisfecho, entendiendo los motivos que San Hugo tenía, y que no le movía cosa alguna sino sólo cumplir la voluntad de Dios y cumplir con las obligaciones pastorales de su oficio. De él nos han llegado más de doscientos documentos que dan testimonio de su gestión pastoral.

Fue Hugo dechado de obispos que trataba de imitar la vida de los santos. En la mesa era alegre, pero con gravedad y modestia; y si alguna vez se ofrecía alguna ocasión de fiesta y regocijo, entonces se mostraba más grave y severo, para dar ejemplo a los que con él estaban. Nunca comía carne, guardando siempre esa regla de cartujo, y sólo bebía vino aguado; sin embargo, viendo por experiencia que el cargo y la manera en que él lo ejercitaba era muy trabajoso, se moderó en sus ayunos y penitencias. Padeció graves dolores con su dentadura, mas era tan grande su deseo de cumplir con sus obligaciones de obispo, y su fortaleza y ánimo, que muchas veces, cuando ejercía su ministerio, como dar órdenes o consagrar iglesias, cansaba a todos los ministros que le asistían. Era muy compasivo con los pobres enfermos y especialmente con los presos, a los cuales socorría y consolaba con entrañable afecto. Y diciéndole una persona que San Martín besando a un leproso le había sanado, él respondió con mucho acierto: «El beso de San Martín sanó la carne del leproso; pero el beso del leproso sana mi alma». Y sucedió una vez que, enterrando el cuerpo de un borracho tan maloliente que los circunstantes no podían soportarlo, Hugo cumplió con su ministerio con gran paz y serenidad porque con la caridad todo se le hacía suave y bienoliente. No consentía que sus ministros cargasen a los fieles con nuevas exacciones, ni que el principal castigo del que echasen mano fuese la pena pecuniaria, como era costumbre entonces; y recordándole algunos que Santo Tomás de Canterbury lo hacía, por ser cosa que duele a los que no cumplen sus obligaciones, respondió Hugo: «Creedme: Santo Tomás no fue santo por hacer eso, sino por otras muchas virtudes que tuvo, por las cuales el Señor le hizo santo y le dio la palma del martirio». Y no solamente quería que sus ministros tuviesen limpias las manos de toda codicia, sino que también se opuso a los otros obispos, trabajando para que se quitase la mala costumbre que se había introducido de que los

mismos obispos impusiesen tributos a su pueblo en ciertas circunstancias políticas. Su piedad y entrañas, más que de padre, para los pecadores que solicitaban penitencia, fue admirable. Finalmente, en todas las cosas se mostró eximio pastor, y refugio seguro de todos los afligidos y atribulados.

Cuando el rey Ricardo I (Corazón de León) sucedió a su padre Enrique II, Hugo tuvo con él varios encontronazos, dada la mala condición del rey enfrentada con la entereza del obispo. Cuando Ricardo guerreaba en Francia y, gastado su patrimonio real en pagar a su ejército, quiso que los obispos le socorriesen en aquella necesidad, y envió a Inglaterra un arzobispo para que reuniéndoles así se lo propusiese; y aunque los más condescendieron con la voluntad del rey, Hugo, considerando que dichos impuestos eran muy onerosos para el pueblo, se negó en redondo; el enfado del rey se confirmó exiliando a Hugo y confiscándole los bienes. Aunque también es cierto que, poco después, el rey se arrepintió y le pidió perdón.

El santo obispo, animado y confortado con la protección del Señor, a quien tan fielmente servía, nunca hizo caso de las amenazas ni de los espantos de los hombres, ni de otros peligros de muerte, que aun los varones valientes y esforzados suelen temer. Por esto, habiendo avisado y reprendido gravemente Hugo al rey de Inglaterra, éste comentó con sus privados: «Si todos los obispos fuesen como Hugo, no podrían nada contra ellos todos los reyes y príncipes de la tierra». Y ésta fue la causa por la que Hugo fue llamado «Martillo de los reyes».

Era muy puntual en rezar el oficio divino, sin anticiparlo ni posponerlo, por grave que fuese la ocupación que se le ofrecía. Una vez, haciendo Hugo camino con unos obispos y habiendo de pasar por algunos desfiladeros llenos de salteadores, casi todos salieron de la posada muy de madrugada, para no caer en sus manos, mas él se quedó rezando Vigilias, para cumplir primero con aquella obligación; los obispos madrugadores cayeron en manos de los bandidos y fueron maltratados y robados, mientras que Hugo, que salió después de ellos, pasando por los mismos caminos los halló libres y desiertos. Celebraba misa todos los días muy fervorosamente, y algunos dicen que extáticamente, y estaba tan firme en la fe en creer que debajo de las

especies sacramentales está el verdadero Cuerpo y verdadera Sangre de Cristo, que habiéndole contado que diciendo misa un sacerdote, al frangir la hostia salía sangre de ella, nunca quiso ir a verlo, sino que respondió que «él no tenía necesidad de aquellas señales para creer lo que creía». Cada año, al menos una vez, iba a su antiguo monasterio del que siempre quiso ser responsable, para recogerse como a puerto sagrado y vivía entre los monjes con tanta modestia, que en ninguna cosa se distinguía de ellos sino en el anillo que en el dedo traía. Esto no es de extrañar porque ninguna cosa deseaba más que vivir como monje en su cartuja; y para esto suplicó muchas veces a los romanos pontífices que le librasen de su pesada carga, mas nunca lo pudo alcanzar; antes, los Papas le encargaban las cosas más importantes que acontecían en el reino de Inglaterra, confiados en su valor y prudencia.

Juan sin Tierra, habiendo sucedido a su hermano Ricardo en el reino de Inglaterra, lo envió como embajador ante el rey de Francia para procurar la paz, que se consolidó con el tratado de Goulet. Aprovechó su viaje para visitar Fontevrault, donde estaba enterrado Ricardo, y más tarde Saint Denis. Bajó luego a Grenoble para pasar por su monasterio de la Gran Cartuja, tan amada y tan añorada, donde pasó tres semanas. Tampoco quiso dejar de ver y visitar los grandes monasterios luz y vigías de la cristiandad en aquellos momentos, como Cîteaux, Clervaux y sobre todo Cluny. A su regreso, en el verano de 1200, se detuvo en Canterbury para orar ante la tumba de Thomas Becket a quien debía el monasterio de Witham, ya que ése fue el monasterio que sirvió a Enrique para expiar su delito de asesinato de Thomas.

Pero al llegar a Londres sus fuerzas empezaron a fallarle y tuvo que ponerse en cama. Y al decirle que era necesario que hiciese testamento, contestó, no sin algún desdén: «No estoy de acuerdo con esa costumbre, porque yo ninguna cosa he tenido, ni tengo, que no sea de la iglesia que he gobernado; pero para que el fisco no entre en lo que no es suyo, estos bienes que parece que tengo, dense a los pobres». Le visitaron el rey y el arzobispo de Canterbury y se preocupó de dar sus últimas normas para su diócesis, así como de agenciar los dineros necesarios

para que se concluyese la catedral de Lincoln que él había mandado levantar con planos del arquitecto francés Geoffroy de Noyers.

Finalmente recibió todos los sacramentos con extrema devoción el mismo día aniversario de su consagración episcopal, consolando a sus hijos y servidores que lloraban su partida; y echado en el suelo sobre el cilicio y la ceniza, cantando los clérigos y monjes Completas, al tiempo que decían: *Nunc dimittis servum tuum, Domine,* entregó su espíritu a su Criador, el 17 de noviembre de 1200, a los setenta años de edad y quince de episcopado. Llevaron su cuerpo desde Londres, donde murió, a su catedral de Lincoln, con gran solemnidad, concurriendo de todas partes innumerable gente para ver, tocar y reverenciar el cuerpo de tan santo pastor. Asistieron a su entierro el rey de Inglaterra, Juan, y el rey de Escocia, con sus cortes, tres arzobispos, catorce obispos, más de cien abades y una infinita muchedumbre del pueblo.

Se cuentan muchas gracias y milagros obrados por Dios y atribuidos a la intercesión de San Hugo. Por ellos, y mucho más por la información de su santa vida, le canonizó y puso en el catálogo de los santos el papa Honorio III. El 6 de octubre de 1280, fueron trasladados sus restos con gran reverencia y fiesta, estando presentes el rey y la reina de Inglaterra, el rey de Navarra, dos arzobispos, muchos obispos y abades, caballeros, señores y grandes del reino. Hallaron el cuerpo, cuando le descubrieron, muy bien conservado, y con el hábito de monje que solía llevar y con el que había sido sepultado; el santo cuerpo fue colocado en un arca adornada de oro y plata y pedrería que se conservó en la catedral de Lincoln, hasta la reforma anglicana.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux*... XI: *Novembre* (París 1940) 479-587.

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año. Noviembre* (Barcelona 1862) 312-321.

Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques. XXV: *Hubert-Iriarte Estañán* (París 1995) cols.241-243).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ACISCLO DE CÓRDOBA

Mártir († s. IV)

El nuevo *Martirologio romano* ha dejado de conmemorar junto con San Acisclo a Santa Victoria, a la que el martirologio anterior presentaba como hermana de Acisclo, a tono con la tradición vigente en la iglesia cordobesa. Y la razón de esta omisión es que en las fuentes primitivas y en todo el período mozárabe San Acisclo aparece solo, siendo únicamente a partir del siglo VIII cuando se empezó a hablar de ella, sin que por eso se la conociera en Córdoba en los siglos IX-X. Es probable que en realidad se trate de aquella Santa Victoria que el *Martirologio jeronimiano* conmemora el 17 de noviembre como mártir en Hierápolis. Acisclo es celebrado como mártir en la obra de Prudencio *(Peristephanon,* IV,19-20), y por las obras de San Eulogio y Racemundo conocemos que tenía dedicada una basílica en Córdoba, basílica en la que San Eulogio recibió su educación y en la que se enterraron algunos mártires mozárabes, como Perfecto, Anastasio, Argimiro, Sisenando, y las cabezas de las santas Flora y María. En esa basílica estaba la tumba del santo y fue objeto durante muchos siglos de la veneración de los fieles. Lo probable es que este martirio fuera en la persecución de Diocleciano, a comienzos del siglo IV.

SANTA HILDA

Abadesa († 680)

Hilda nace el año 614 en Nortumbria, de cuyo rey San Eduino era pariente. Sus padres eran paganos. Envenenado su padre por el regente Cedric, Hilda entró a formar parte del séquito del rey Eduino en York, y cuando el rey se bautizó, se bautizó también ella en 627, administrándole el bautismo San Paulino. Deseaba ser monja pero no realizó su deseo hasta los 33 años, cuando ingresó en el monasterio de Hartlepool, junto al río Wear, del que muy pronto es hecha abadesa. San Aidano la llevó en 657 al monasterio de Whitby como abadesa del doble monasterio. Ella dio mucha importancia a la formación

intelectual de los monjes, de entre los que salieron obispos y santos, entre ellos San Juan de Beverley, y asimismo cuidó mucho la formación religiosa de sus monjas, estando entre ellas Santa Elfleda, que fue su sucesora en el cargo de abadesa. Era partidaria de la observancia céltica, pero desde que el sínodo de Whitby, secundado por ella misma en 664, se decidiera por la observancia romana y el paso a la Regla de San Benito, ella se adaptó a lo acordado. Aparece como una de las grandes figuras del monacato británico. Nobles y gobernantes la tenían por inspirada consejera. Padeció con gran coraje una larga enfermedad que ella no consideró suficiente motivo para dejar sus trabajos y actividades. Murió el 17 de noviembre de 680. Muy pronto fue venerada como santa.

SAN HUGO DE NOVARA

Abad († 1180)

Era un monje de Claraval, discípulo y compañero de San Bernardo, a quien el santo doctor envió a Italia, estableciéndose primero en Casamari, donde funda un monasterio cisterciense. Luego de unos años pasa al monasterio de Sambucina, y en 1172 es, a su vez, encargado por este monasterio de fundar uno nuevo en Novara, al frente del cual quedó. De esta forma él inició el primer monasterio cisterciense en Sicilia, en la diócesis de Messina. El abad Hugo se acreditó por su santidad, y cuando murió, en fecha no determinada, pero ciertamente posterior a 1172, fue enseguida tenido como santo y comenzó a recibir culto popular. Este culto ha seguido y Novara lo tiene como su patrono. La Orden Cisterciense solicitó y alcanzó de la Congregación de Ritos en 1928 la concesión de su oficio y misa en la Congregación italiana de la Orden.

BEATA SALOMÉ DE CRACOVIA

Abadesa († 1268)

Nace en Cracovia el año 1211 en el seno de la familia real, hija del príncipe Leszec el Rubio, príncipe de Cracovia. Con

sólo tres años es desposada con Colomán, hijo del rey Andrés II de Hungría y hermano de Santa Isabel, que tenía entonces 6 años. En 1214 Colomán y Salomé son coronados reyes de Galizia (Halicz) por concesión de Inocencio III. Pero tres años más tarde Halicz fue ocupada por el príncipe ruteno Mstislaw que los hace prisioneros, y estando presos deciden ambos hacer voto de virginidad. Llevan un género de vida austera y llena de obras de piedad y caridad. Colomán, encargado de gobernar Dalmacia y Eslavonia, muere en batalla contra los tártaros en 1241. Salomé vuelve a Polonia y decide abandonar las glorias del mundo para ingresar en un monasterio de clarisas. Toma el santo hábito en el monasterio de Sandomierz en 1245 y luego funda el de Zavischost, a donde se traslada y que en 1259 hubo de abandonar para trasladarse a Skala a causa de las incursiones de los tártaros. Veintitrés años vivió en el claustro, queriendo para sí la vida más humilde y prohibiendo que nadie le recordara su antigua condición de reina. Elegida abadesa por sus hermanas de comunidad, procuró regirla con verdadero espíritu franciscano. Murió con gran fama de santidad el 17 de noviembre de 1268 y su cuerpo fue llevado al monasterio de los franciscanos de Cracovia, donde estaba el de su esposo. El papa Clemente X confirmó su culto el 17 de mayo de 1672.

SAN JUAN DEL CASTILLO

Presbítero y mártir († 1628)

Dos días después del martirio de los santos Roque González y Alonso Rodríguez, misioneros jesuitas en el Paraguay, fue martirizado el también jesuita y misionero Juan del Castillo. Añadimos aquí algunos datos suyos a lo ya dicho en la biografía de San Roque González de Santa Cruz (cf. 15 de noviembre).

Juan del Castillo, hijo de Alonso del Castillo y María Rodríguez, nació en Belmonte (Cuenca) el 14 de septiembre de 1596. Sus padres, personas devotas y de posición acomodada, quisieron darle a su hijo una esmerada educación y formación literaria, y lo enviaron a la Universidad de Alcalá donde empezó el estudio de Leyes. Pero al concluir el primer año de estudios sintió la vocación religiosa e ingresó en la Compañía de Jesús el 22

de marzo de 1614 en el noviciado de Madrid. Pasa seguidamente al colegio de Huete y se siente inclinado a ofrecerse para la labor misionera de la Compañía en las Indias. Partió el 2 de noviembre de 1616 y llegó a Buenos Aires unos meses más tarde, siendo enviado al Colegio Máximo de Córdoba, en Argentina, para los estudios de filosofía y teología. Terminados éstos, se ordenó sacerdote en 1625, y fue seguidamente enviado a las famosas Reducciones del Paraguay, siendo destinado a la reducción de San Nicolás, en la que empezó su trabajo, poniendo toda su voluntad y amor en el servicio de civilización y cristianización que las reducciones se proponían. Al tiempo de su martirio estaba destinado en la reducción de la Asunción de Yjuí, y fue una víctima más de la instigación del hechicero Nezú contra la obra evangelizadora de los jesuitas. El día 17 de noviembre de 1628 estaba el P. Castillo matriculando a un cacique con su gente cuando otro cacique hechicero, entrado en la conspiración antimisionera, mandó a otro indio que sujetase al misionero. Éste preguntó qué pasaba, pero asido entre varios fue llevado al monte donde le despojaron de la ropa, le ataron por las muñecas y lo arrastraron, desencajándole un brazo, mientras le daban golpes en el vientre. El misionero decía que por el amor de Dios moría con gusto. Llegados a un lodazal, le dieron con una gran piedra en la cabeza y lo tiraron al lodazal donde expiró. Luego lo dejaron en pleno monte para que fuera pasto de las fieras. Juan del Castillo y sus compañeros fueron canonizados en Asunción (Paraguay) el 16 de mayo de 1988.

SANTOS JORDÁN DE SAN ESTEBAN (JACINTO) ANSALONE Y TOMÁS HIOJI ROKUZAYEMON NISHI

Religiosos y mártires († 1634)

JACINTO ANSALONE había nacido el año 1598 en S. Stefano Quisquina, en la provincia de Agrigento, en Sicilia. Sintió la vocación religiosa e ingresó en la Orden de Predicadores el año 1615 y profesó con el nombre de fray Jordán de San Esteban. Cuando supo la necesidad de misioneros que tenía Japón, envuelto en una fuerte persecución religiosa, pidió permiso para pasar de la Provincia dominicana de Sicilia a la del Santo

Rosario, que era la de los misioneros de Oriente. Vino a España, al convento de Trujillo, aquí se ordenó sacerdote y a pie y mendigando su sustento, marchó a Sevilla, donde embarcó en 1625. Cruzado el Atlántico, se hallaba en tierras americanas cuando se le preguntó si deseaba volver a su tierra natal, contestando que estaba firme en su vocación misionera. Llegó a Manila en julio de 1626 y fue destinado a la misión del valle de Cagayán, pasando en 1627 al hospital de Gabriel de Binondo, dedicado al cuidado material y espiritual de los chinos. Aprendió el idioma chino y se dedicó a la labor misionera entre ellos con plena entrega. Cuando llegó en 1632 la oportunidad de viajar a Japón, se ofreció a hacerlo disfrazado de comerciante chino. Desembarcó en Nagasaki el 12 de agosto de 1632. Luego de encontrar a Santo Domingo Ibáñez de Erquicia en circunstancias dramáticas, marchó a su destino, que fue una aldea, a fin de aprender el japonés. Lo aprendió pronto. Vio cómo los otros misioneros eran martirizados, y él, convertido en vicario, se multiplicó cuanto pudo por atender pastoralmente a tantos cristianos. Cayó enfermo, pero se curó y reemprendió su tarea. Y entonces lo visitó su compañero de hábito fray Tomás de San Jacinto (Tomás Hioki). Con él sería cogido preso el 4 de agosto, fiesta entonces de Santo Domingo de Guzmán.

TOMÁS HIOJI ROKUZAYEMON NISHI había nacido en 1590 en Hirado, capital de la isla de Kyosho, de padres cristianos, que al poco tiempo recibieron la palma del martirio. Ingresó en el colegio de los jesuitas de Nagasaki para ser catequista, tarea que ejerció con mucho celo. Luego decidió ser sacerdote y se embarcó para Manila donde estudió Teología. El 15 de agosto de 1625 comenzó el noviciado en la Orden de Predicadores. En el momento oportuno se ordenó sacerdote. Pudo, después de un viaje providencial a Formosa, entrar camuflado en Japón: era el mes de noviembre de 1629. Se sabe que se encontró con el P. Erquicia y posteriormente con San Lucas del Espíritu Santo, pero no se tienen noticias muy pormenorizadas de su apostolado. Como queda dicho, estando con fray Jordán de San Esteban fue cogido prisionero.

Una vez arrestados, dejaron sus disfraces y vistieron ya de dominicos, declarando así quiénes eran y a qué habían ido al

Japón. Encarcelados, mal alimentados, padecieron diferentes interrogatorios y les dieron el tormento del agua ingurgitada en busca de su apostasía, y también quisieron atraerlos con halagos y promesas. Les aplicaron el tormento de las cañas incrustadas en las uñas. Por fin fueron condenados a la muerte en el tormento llamado de la horca y la hoya. Con ellos fueron condenados sesenta y nueve cristianos.

Fueron beatificados el 18 de febrero de 1981 por el papa Juan Pablo II en Manila y canonizados el 18 de octubre de 1987, Jornada Mundial de las Misiones (DOMUND). Forman parte del grupo de dieciséis mártires cuya memoria litúrgica está fijada el 28 de septiembre.

BEATO LOPE SEBASTIÁN HUNOT

Presbítero y mártir († 1794)

Lope Sebastián Hunot nació el 7 de agosto de 1745 en Brienon-l'Archevêque, Yonne, Francia, hijo de Juan Hunot, labrador, y de su esposa Juana Gibault. Habiéndose decidido por la vocación eclesiástica, recibió la tonsura el 18 de abril de 1767, las órdenes menores el 22 de septiembre de 1770, el subdiaconado el 30 de marzo de 1771, el diaconado el 21 de diciembre del mismo año y el sacerdocio el 18 de abril de 1772. Para entonces, y desde el 14 de noviembre de 1770, había recibido un canonic .to en la colegiata de su pueblo natal, del que había tomado posesión el 15 de febrero siguiente. Su hermano Juan era también canónigo y tesorero de la misma iglesia y tenía a su cargo la parroquia, de la que Lope Sebastián fue nombrado vicario. Morirá mártir como él en Rochefort e igualmente su primo Francisco, también canónigo, siendo los tres Hunot beatificados juntamente. Llegada la Revolución prestó el juramento constitucional el 30 de enero de 1791, pero cuando el Papa condenó la constitución civil del clero, retractó su juramento (15 de julio de 1792), por lo que fue denunciado y obligado a devolver sus pagas. El 16 de abril de 1793 un juez del tribunal criminal mandó detener a los tres Hunot, y quedaron retenidos en la casa de Juan. Lope fue transferido a la casa de reclusión de Auxerre el 30 de octubre de 1793 por orden del Comité central

de Saint-Florentin. El 27 de abril de 1794 es enviado a la deportación bajo la acusación de no juramentado. Muy enfermo, resistió hasta el 17 de noviembre de 1794, habiendo pedido a sus compañeros sacerdotes le diesen la absolución y la recomendación del alma y mostrando una gran entrega a la voluntad de Dios y confianza en su misericordia. Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO JOSAFAT KOCYLOVSKY

Obispo y mártir († 1947)

Nació el día 3 de marzo de 1876 en la población de Pakosivka, región de Sianok, en Polonia. Decidida su vocación sacerdotal, marcha a estudiar a Roma, y recibe la ordenación el 9 de octubre de 1907. Es nombrado vicerrector del seminario de Stanislasviv (hoy Ivano-Frankivsk) y profesor en el mismo centro. Y estando aquí maduró su propia vocación personal y decidió hacerse monje, ingresando en la Orden Basiliana de San Josafat, empezando el noviciado el 2 de octubre de 1911. Fue un excelente religioso y ejemplar sacerdote, mostrando una gran fortaleza espiritual y firme decisión cristiana, por lo que fue elegido para obispo de Przemysl de los ucranios, es decir de la Iglesia uniata, el 23 de septiembre de 1917. Poco después tenía lugar en Rusia la revolución comunista. Él, superando dificultades, se entregó por completo a su ministerio y dio gran prueba de fe y de valor en los años difíciles que siguieron a la I Guerra Mundial e igualmente en los años de la II Guerra. Recién acabada ésta, las autoridades comunistas polacas procedieron a arrestarle (17 de septiembre de 1945), permaneciendo en la cárcel hasta febrero del año siguiente en que fue puesto en libertad. Pero el 11 de febrero de 1946 volvieron a arrestarlo, como a tantos otros ucranianos de Polonia, y fue llevado a Kiev y encerrado en un calabozo, en el que su salud se resquebrajó notablemente a causa de una fuerte pulmonía. De ahí lo pasaron al campo de concentración de Capaivca (Kiev), y se le propuso pasarse a la ortodoxia, lo que rechazó con toda energía, manteniendo firme su comunión con Roma. En ese campo murió el 17 de noviembre de 1947 a causa de una hemorragia

cerebral. Fue beatificado el 27 de junio de 2001 por el papa Juan Pablo II.

18 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. La dedicación de las basílicas romanas de los santos Pedro y Pablo, en el Vaticano y en la Via Ostiense respectivamente **.
2. En Antioquía de Siria, San Román († 303), diácono y mártir *.
3. En Colombier (Aquitania), San Patroclo († 576), presbítero y ermitaño.
4. En la Bretaña Menor, San Maudeto o Mawes († s. V), abad.
5. En Coutances (Neustria), San Romacario († s. VI), obispo.
6. En territorio de Velay (Aquitania), San Teofredo o Teofrido († 752), abad y mártir.
7. En Tours (Neustria), el tránsito de San Odón († 942), abad de Cluny **.
8. En Nagasaki (Japón), beatos Leonardo Kimura, religioso jesuita, Andrés Murayama Tokuan, Cosme Takeya, Juan Yoshida Shoun y Domingo Jorge († 1619), mártires *.
9. En St. Charles (Missouri), Santa Filipina Rosa Duchesne († 1852), virgen, de la Sociedad del Sagrado Corazón **.
10. En Ceccano (Italia), Beato Grimoaldo de la Purificación (Fernando) Santamaría († 1902), religioso pasionista *.
11. En Wal-Ruda (Polonia), Beata Carolina Kózka († 1914), virgen y mártir *.
12. En Madrid, beatas María Gabriela Hinojosa Naveros, Teresa María Cavestany Anduaga, Josefa María Barrera Izaguirre, María Inés Zudaire Galdeano, María Cecilia Cendoya Araquistain, María Ángela Olaizola Garazarga, y María Engracia Lecuona Aramburu († 1936), vírgenes, religiosas de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora, mártires **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

DEDICACIÓN DE LAS BASÍLICAS DE SAN PEDRO Y DE SAN PABLO EN ROMA

Durante el siglo III los cristianos comienzan a dar culto litúrgico a los mártires, sus hermanos en la fe, que amaron a

Dios más que a su propia vida. El culto empieza en las mismas tumbas. La comunidad cristiana se reúne lo más cerca posible del sepulcro para conmemorar el aniversario del martirio. En estas reuniones se celebraba la santa misa y un testigo presencial relataba las vicisitudes del martirio o bien se leían las actas. No era raro ver en primera fila al hijo, al padre o a la esposa del glorioso mártir. La tumba de un mártir constituye una gloria local, y, visitada en un principio por parientes y amigos, acaba por convertirse en centro de peregrinación. En el siglo IV, cuando la Iglesia goza de paz después del azaroso período de persecuciones, se levantan bellas basílicas en honor de los mártires, procurando siempre que el altar central (el único que había entonces en las iglesias) se asiente encima del sepulcro, aunque para ello tengan que nivelar el terreno o inutilizar otras sepulturas. Desde la iglesia se podía descender por escaleras laterales hasta la cámara sepulcral o cripta, situada debajo del presbiterio, en donde estaba el cuerpo del mártir.

No se conservan las tumbas de los mártires de los dos primeros siglos, por la sencilla razón de que aún no se les daba culto. Hay, empero, dos excepciones, y son la tumba de San Pedro, primer Papa, y la de San Pablo, Apóstol de los gentiles. Ambos fueron martirizados en Roma hacia el año 67, en distinta fecha, aunque la liturgia celebre su fiesta el mismo día. San Pedro fue crucificado, según tradición, y los cristianos le dieron sepultura en un cementerio público de la colina Vaticana, junto a la Via Aurelia, mientras que San Pablo murió decapitado (tuvieron con él esta deferencia por tratarse de un ciudadano romano), siendo enterrado en la Via Ostiense, muy cerca del Tíber. Tenían los dos mucha importancia en la fundación de la Iglesia romana para que los cristianos perdieran el recuerdo de sus tumbas. Efectivamente, hacia el año 200, el sacerdote romano Gayo, en una discusión con Próculo, representante de la secta montanista, le decía a éste:

> «Yo te puedo mostrar los restos de los apóstoles; pues, ya te dirijas al Vaticano, ya a la Via Ostiense, hallarás los trofeos de quienes fundaron aquella Iglesia» (EUSEBIO, *Historia eclesiástica,* II,25,7).

Cesaron las persecuciones y Constantino subió al trono imperial. Por aquellos días gobernaba la Iglesia el papa San Silves-

tre. Su biógrafo, en el *Liber pontificalis,* dice que el emperador construyó, a ruegos del Papa, la basílica sobre la tumba de San Pedro. La empresa no fue fácil, pues el sepulcro estaba en una pendiente bastante pronunciada de la colina. Tuvieron que levantar altos muros a un lado, ahondar el terreno en otro y nivelar el conjunto hasta obtener una gran plataforma. El Papa la dedicó en el año 326 y, según se lee en el *Breviario romano,* erigió en ella un altar de piedra, al que ungió con el sagrado crisma, disponiendo además que, en adelante, tan sólo se consagraran altares de piedra. Era una basílica grandiosa, a cinco naves, con un pórtico en la entrada, y que perduró por toda la Edad Media. Debajo del altar, a unos metros de profundidad había la cripta con la tumba del apóstol, la cual fue recubierta con una masa de bronce y una cruz horizontal encima, toda ella de oro, de 150 libras de peso, debido a la munificencia de Constantino. La cripta era inaccesible, pero los peregrinos para confiarse al Santo se acercaban a la ventanilla de la confesión (una abertura que había en la parte delantera del altar), y desde allí, por un conducto interior, hacían descender lienzos y otros objetos que tocaran el sepulcro. Dichos objetos eran conservados como recuerdo y venerados a modo de reliquias. Así como la basílica de Letrán, edificada también por Constantino y dedicada en un principio al Salvador, era considerada como la catedral de Roma y fue residencia de los Papas por toda la Edad Media, la de San Pedro venía a ser la catedral del mundo. En ella se reunían los fieles en las principales festividades del año litúrgico: Navidad, Epifanía, Pasión, Pascua, Ascensión y Pentecostés. El nuevo Papa recibía la consagración en San Pedro y allí era sepultado al morir. En ella eran ordenados los presbíteros y diáconos romanos.

Constantino cuidó también de la edificación de la basílica de San Pablo sobre la tumba de este apóstol en la Via Ostiense. Era un edificio más bien pequeño; por eso algunos años después, en tiempo del emperador Valentiniano, construyeron otra mucho mayor a cinco naves, de orientación contraria a la anterior, sin tocar, no obstante, el altar primitivo. Todavía se conservan hoy, en la mesa del altar, los agujeros por los que en otros tiempos se hacían descender los lienzos y los incensarios para perfumar el sepulcro.

Desde un principio, ambas basílicas ofrecen una historia parecida. Son los dos templos más visitados de Roma y se convierten en centros mundiales de peregrinación. Desde todas partes del orbe cristiano se iba a rendir homenaje a los «Príncipes de los apóstoles» *(ad limina apostolorum)*. Era tal la concurrencia de peregrinos que el papa San Simplicio, en el siglo V, estableció en ambas basílicas un servicio permanente de sacerdotes para administrar el bautismo y la penitencia. Cuando Alarico sitió la ciudad de Roma en el año 410, prometió a los romanos que las tropas respetarían a quienes se refugiasen en las basílicas apostólicas. A propósito de esto nos cuenta San Jerónimo que la noble dama Marcela huyó de su palacio del Aventino y corrió a la basílica de San Pablo «para hallar allí su refugio o su sepultura». En invasiones posteriores, los romanos no tuvieron tanta suerte, y las basílicas apostólicas fueron saqueadas más de una vez. A fin de evitar tantos desastres, León IV, en el siglo IX, hizo amurallar la basílica vaticana y los edificios contiguos, creando la que en adelante se llamó Ciudad Leonina. Lo propio hizo luego el papa Juan VIII con la basílica de San Pablo. El nuevo recinto tomó el nombre de Joanópolis.

La confesión y el altar de San Pedro sufrieron diversas restauraciones en el decurso de los siglos. Al final de la Edad Media, la basílica vaticana, además de resultar pequeña, amenazaba ruina; por lo cual el papa Nicolás V determinó la construcción de la actual. Tomaron parte en los trabajos los arquitectos más destacados de la época y los mejores artistas. La obra duró varios pontificados, hasta que fue consagrada por el papa Urbano VIII en 18 de noviembre de 1626, exactamente a los trece siglos de haber sido erigida la anterior. La actual basílica tiene la forma de cruz latina con el altar en el centro de los brazos y en el mismo sitio que ocupaba el anterior, pero en un plano más elevado. Ocupa un espacio que rebasa los quince mil metros cuadrados. La longitud total, comprendiendo el pórtico, es de doscientos once metros y medio. La nave transversal tiene ciento cuarenta metros. La cúpula se eleva a ciento treinta y tres metros del suelo, con un diámetro de cuarenta y dos metros. No hace falta decir que es la mayor iglesia del mundo. En las recientes excavaciones llevadas a cabo por indicación del papa

Pío XII, se hallaron las capas superpuestas de las distintas restauraciones; de modo que las noticias que se tenían sobre la historia de la tumba han sido admirablemente confirmadas por los vestigios monumentales que han ido apareciendo en el decurso de las excavaciones. Debajo del altar actual apareció la confesión y el altar construido por Calixto II en el siglo XII. Debajo de éste había otro altar, el que edificó el papa San Gregorio el Magno hacia el año 600. Más abajo estaba la construcción sepulcral del tiempo de Constantino. Y, ahondando más, dieron con el primer revestimiento de la tumba, que, según la tradición, había sido hecha en tiempo del papa Anacleto, pero que el estudio atento de los materiales empleados ha puesto en claro que fue en tiempos del papa Aniceto, hacia el año 160. La equivocación de estos dos nombres en documentos posteriores es por demás comprensible. Finalmente, debajo de la memoria del papa Aniceto se halló una humilde fosa excavada en la tierra y recubierta con tejas (según costumbre) con los restos del apóstol.

La basílica de San Pablo, también a cinco naves separadas por veinticuatro columnas de mármol, enriquecida con mosaicos y por los famosos medallones de todos los Papas, era considerada en la Edad Media como la basílica más bella de Roma. Pero, en 1823, un incendio la destruyó casi por completo. León XII ordenó la reconstrucción siguiendo el mismo plano y aprovechando lo que se había salvado de la antigua, entre otras cosas, el famoso mosaico del arco triunfal del tiempo de Gala Placidia. La consagró Pío IX el 10 de diciembre de 1854, con asistencia de muchos cardenales y obispos de todo el orbe que habían acudido a Roma para la proclamación del dogma de la Inmaculada, que tuvo lugar dos días antes. Se estableció, sin embargo, que el aniversario de la consagración continuase celebrándose el 18 de noviembre. De esta forma se ha respetado una vez más el interés de la sagrada liturgia en unir en un mismo día (29 de junio) la fiesta y la dedicación (18 de noviembre) de los dos apóstoles columnas de la Iglesia, tan dispares en su origen (el uno apóstol y el otro perseguidor), tan diversos en su apostolado (el uno representa la tradición y el otro la renovación), pero unidos ambos por el martirio bajo una misma

persecución, y unidos, sobre todo, por el mismo amor ardiente y sincero a Jesús.

JUAN FERRANDO ROIG

Bibliografía

HÜLSEN, CH. C. F., *Le chiese di Roma nel medioevo* (Florencia 1927).
KIRSCHBAUM, E. - JUNYENT, E. - VIVES, J., *La tumba de San Pedro y las catacumbas romanas* (Madrid 1954).
MARUCCHI, H., *Basiliques et églises de Rome* (París 1902).
SCHUSTER, A. I., *Liber sacramentorum,* I (Turín 1941).

SAN ODÓN DE CLUNY
Abad († 942)

Era a principios del siglo IX cuando la vida monacal tomaba singular esplendor e incremento gracias a la protección de Carlomagno y Ludovico Pío. Un visigodo, Witiza, en religión Benito de Aniano, había obrado una profunda reforma que abarcó desde las riberas del Rhin hasta nuestro Llobregat, pero su obra adolecía de un defecto básico: la excesiva intromisión del poder imperial. Es por esta y otras causas por lo que paulatinamente se relajó la disciplina y prevaleció el desorden, mientras quedaba latente el espíritu de superación monástica iniciado por nuestro consanguíneo Witiza. Así nacía en 910, espontánea y libremente, un movimiento mucho más eficaz, Cluny, que, independiente de toda influencia seglar, utilizó, en cambio, el instrumento más poderoso de aquellos tiempos: la estructura feudal. Movimiento de reforma originariamente enraizado en San Benito de Aniano, sabe prescindir de uno de sus defectos básicos y utilizar, en cambio, los sistemas característicos de la época. No es Cluny una congregación monástica en el sentido moderno de la palabra; Cluny es un típico producto medieval. La analogía entre el feudalismo medieval y la organización monástica cluniacense es notable. Abades y priores de una gran multitud de monasterios se unieron al abad de Cluny de manera análoga a como lo hacían los vasallos para con sus señores feudales.

Con nuestra mentalidad moderna nos es difícil a veces comprender la adaptación de ciertos movimientos religiosos a su época. Cluny tuvo en seguida el afecto popular. Las abadías eran consideradas *arces Dei* (fortalezas de Dios): las almas de los difuntos encontraban, gracias a las oraciones de los monjes, pronto refrigerio; su esplendoroso culto y su espíritu, saturado de simbolismo, era centro para muchísimas almas; su riguroso silencio y vida profundamente ascética eran la base de una gran fortaleza espiritual; su caridad, ejercitada sobre todo en una admirable hospitalidad, daba al movimiento un simpático carácter humano-divino, y su cultivo de las ciencias era relativamente notable, si tenemos presente que no habían nacido en aquella época los grandes sistemas escolásticos.

Su primer abad, Bernón (910-926), deriva, en cuanto a su espíritu, de la regla de San Benito de Nursia, interpretada por San Benito de Aniano. El movimiento monástico se centraba entonces en Cluny de la Borgoña y cuatro monasterios más, teniendo ya en germen los factores espirituales y humanos que tanto atractivo ejercerían paulatina y eficazmente en muchísimas almas. Y es en esta época inicial cuando Bernón podrá contar ya con uno de sus mejores discípulos, Odón, cautivado por la inicial grandeza de la vida monástica cluniacense.

Nacido en Tours, era hijo de Abbón, señor de la Tureña. Clérigo en su ciudad natal, en la basílica de San Martín, centro espiritual de Francia, se dedica a resumir los *Morales* de San Gregorio, ya que para los eclesiásticos de aquel tiempo la obra era demasiado extensa. Lee con avidez los clásicos, entreteniéndose singularmente en Virgilio; pero, aumentando en anhelos de perfección, cierra definitivamente los libros profanos para concretar únicamente su estudio en los Santos Padres y en la regla de San Benito, base de su definitiva orientación espiritual.

En 909 daba su aldabonazo al monasterio de Balme, en la Borgoña, en lugar solitario y salvaje. La meditación sobre la regla de San Benito de Nursia había dado sus frutos, y a medida que, a partir del año 910, iban clara y paulatinamente perfilándose las primorosas notas distintivas del movimiento cluniacense, su corazón se enardecía en la observancia de la regla de San

Benito de Nursia interpretada por San Benito de Aniano y nuevamente vigorizada por su maestro Bernón.

Meditando con frecuencia sobre el deplorable estado de la Iglesia, saturado de la grandeza de la vida monacal y contemplativa, vio claramente que la salvación de la sociedad estaba en el monacato, pero como condición previa era necesario reformar antes a los propios monjes. Lógicamente, pues, Odón sucedió a su maestro en el gobierno monárquico-abacial del monasterio borgoñón de Cluny. Su jurisdicción va desde 926 a 942.

Continuó y desenvolvió esplendorosamente la inicial obra de Bernón, troquelándola delicadamente con el sello característico de su personalidad y de su obra fundamental: las Colaciones. Centró la vida monacal en el *opus Dei,* es decir, en los oficios litúrgicos, aumentando las horas de rezo, fomentando el canto sagrado, el esplendor y la magnificencia en las ceremonias litúrgicas, y reduciendo, en cambio, el trabajo manual. A este fin se hace un mayor hincapié sobre la distinción entre sacerdotes y clérigos, que asisten al coro, y los legos o *fratres laici conversi.* Para una más íntima unión con Dios y desprecio del mundo, se insiste en una mayor observancia de la clausura y del silencio. Su proyección hacia el mundo seglar se manifiesta, entre otros hechos, en la devoción a San Gerardo, ejemplo típico de santificación en medio de un ambiente nobiliario saturado de espíritu benedictino.

Odón asceta, muerto al mundo, vive familiarmente la vida de unión con Dios por medio de la plegaria litúrgica; pero hombre de acción a la vez, enardecido en el deseo de salvar almas, va peregrinando, montado en un humilde asno, de un monasterio a otro, constituyéndose en mentor de numerosas almas y restaurando en todas partes la primitiva pureza de la regla benedictina. O como abad general o enviando colonias de monjes para reformar los monasterios, Odón amplió la irradiación cluniacense, saliendo de los iniciales límites de Aquitania y Borgoña. En esta región reforma el monasterio de Romainmoutier. En Aquitania su obra fue mucho más notable, reformando, entre otras, las abadías de Aurillac y San Marcial de Limoges. En Sens, el gran cenobio de San Benito en Fleury-sur-Loire.

Sea para pagar el censo a San Pedro, sea para ser mensajero de paz en las discordias entre Hugo de Italia y Alberico, *princeps omnium romanorum,* tuvo que ir varias veces a Roma. Alberico, tirano del Papado, comprendió por otra parte la fuerza regeneradora del movimiento cluniacense, de la cual Odón era el símbolo y realidad concreta. Éste fue nombrado, a raíz de sus viajes, archimandrita de todos los cenobios romanos, y recibiendo la casa del Aventino, la transformó en el monasterio de Nuestra Señora, centro de formación de numerosos monjes, donde se educará posteriormente el intrépido Hildebrando. San Pablo Extramuros, San Lorenzo y Santa Inés recibieron la observancia cluniacense, mientras fuera de Roma, Subiaco, San Agustín de Pavía y otros monasterios recibían también la irradiación cluniacense.

No obstante la intervención de Alberico, Odón defendió siempre la exención jurídica de toda autoridad que no fuera la papal. Ésta fue la causa predominante de la gran fortaleza cluniacense, de la simpatía popular, de sus éxitos y de su positiva contribución a la reforma de la sociedad con una mayor distinción del elemento espiritual y material, de la potestad eclesiástica y civil, manifestando patentemente la preeminencia de lo espiritual y eclesiástico sobre lo material y civil. Movimiento monástico saturado de espiritualidad y al servicio del Papa, preparó Cluny, al menos indirectamente, la ascensión del Papado con la vital y posterior victoria pontificia en la cuestión de las investiduras.

En 931 Juan XI confirmó la carta fundacional de 910, concediendo a Cluny plena inmunidad y libertad de elección abacial, quedando el monasterio bajo patronato papal. Estos privilegios, la constitución federal, que unía infinidad de cenobios en torno de Cluny, y el latente espíritu de reforma provocaron numerosos conflictos. Exponente de estas luchas y resistencias fue la abadía de Farfa en Italia. Odón no pudo triunfar allí. Cuando la reforma entraba en Farfa, Odón ya había muerto.

Cluny, sin embargo, no tenía una primaria necesidad de imponerse por complicadas instituciones jurídicas. Le bastaba su independencia de todo elemento que no fuera el papal. Odón moría de fiebres violentas en Tours, en el año 942. Lo esencial

de su obra fue, sobre todo, la autoridad y ascendiente moral adquiridos por Cluny durante su período abacial. Quedaba, en el momento de su muerte, un ejército de discípulos saturados del espíritu benedictino. Odón había establecido, para un largo período de la historia de la Iglesia, una manera de vivir y santificarse adaptada a la época. Los largos períodos abaciales que ocurrirán a la muerte de su inmediato sucesor, Aymaro (942-954), perpetuarán, desarrollarán y ampliarán la obra iniciada por Bernón y maravillosamente plasmada por San Odón.

LUIS SERDÁ

Bibliografía

BAUDOT, J., *Dictionnaire d'hagiographie* (París 1925) 495.
DU BOURG, A., *Saint Odon* (París 1905).
FERRON, J., Art. «Cluny», en *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques,* XIII: *Clinge-Czorna* (París 1956) cols.41-42.
FLICHE, A. - MARTIN, V., *Histoire de l'Église,* VII: *L'Église au pouvoir des laïques* (París 1948) p.322-324.
GARCÍA VILLOSLADA, R., SI, *Historia de la Iglesia Católica,* II (Madrid ^{3}1963) 288-290.
HOEFER, F. (dir.), *Nouvelle biographie universelle,* 38 (París 1853) 487.
KOLMER, L., *Odo der erste Cluniacenser Magister* (Deggendorf 1913).
MABILLON, J. - D'ACHERY, L., *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti,* V (París) 158s.
MIGNE, J.-P., *Encyclopédie théologique* 41 (París 1850) 592: PL t.133 c.10-858.

SANTA FILIPINA ROSA DUCHESNE
Virgen († 1852)

Santa Filipina Rosa Duchesne es una valiente y audaz religiosa francesa, de la época de la Revolución, con gran inquietud misionera desde muy joven, que formada con las visitandinas, se integró en la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús que acababa de fundar la M. Sofía Barat, y dedicó gran parte de su vida a propagar el mensaje cristiano y atender a los más necesitados en América del Norte. Su canonización en 1988 ha hecho brillar la luz de una destacada figura del cristianismo de finales del siglo XVIII y mediados del XIX que, en contextos de persecución, violencias o racismos, se lanzó a la aventura de hacerse toda para todos, con la caridad más heroica y abnegada, a fin de ganarlos a todos para Cristo. La pobreza, la humildad y el amor sin límites, generoso y sacrificado, caracterizaron a esta decidida

y valerosa misionera, que cruzó los mares y superó todo género de fronteras con el único deseo de abrir caminos al Evangelio.

Filipina Rosa nació en la ciudad de Grenoble (Francia) el 29 de agosto de 1769 en el acomodado ambiente de una familia burguesa. Su padre, Pedro Francisco, tenía carácter muy fuerte y, aunque respetaba la religión, no era practicante. Su conversión fue literalmente arrancada por las oraciones de su hija Filipina. Era abogado y ocupaba el primer puesto en el Tribunal local, pero, en plena Revolución Francesa, se dedicó también a la política. La madre, Rosa Eufrosina Périer, era una mujer de fe arraigada, muy piadosa y de gran caridad con los pobres.

Filipina Rosa, que era inteligente y vivaz, recibió su primera educación en el ambiente familiar, pero pronto la llevaron al colegio anexo al Monasterio de la Orden de la Visitación en Santa María d'en Haut, fundado por San Francisco de Sales.

Desde muy joven, y a lo largo de su vida, tuvo como referencia espiritual a los padres de la Compañía de Jesús, que continuaban ejerciendo sus actividades como podían incluso después de haber sido suprimida la Orden en Francia por los revolucionarios. De pequeña había oído hablar a uno de ellos de sus fundaciones y trabajos apostólicos en Louisiana (América del Norte), sintiéndose atraída por el apostolado en países lejanos y por el martirio. Ése fue el origen del celo misionero que siempre la animó.

A los 12 años recibió la primera comunión y desde entonces se sintió llamada a vivir en intimidad con Dios en la vida religiosa, pensando hacerse visitandina. Al sospechar este deseo, para evitarlo, el padre la llevó nuevamente a casa, donde recibió clases junto con sus primas. Su intención no era contradecirla, pero pensaba que alejándola de aquel ambiente pronto cambiaría de idea. Ella, sin embargo, firme en su propósito, lo manifestó abiertamente cuando sus padres le propusieron el matrimonio. No tenía ninguna objeción personal contra el joven que le presentaban; lo que quería era hacerse religiosa y, para demostrarlo, dejó de frecuentar desde aquel momento los ambientes mundanos.

Como pasaba el tiempo sin obtener el permiso paterno, en 1787, a los 18 años de edad, acompañada de una tía se dirigió al

Monasterio de la Visitación de María y hablaron con la superiora. Una vez allí, manifestó su decisión de quedarse, a pesar de la insistencia de su tía para que volviera a casa. También lo intentó su madre, pero ella, firmemente decidida, permaneció en el monasterio agradeciendo al Señor que la hubiera dado fuerza para superar ese difícil momento, ya que amaba mucho a sus padres. Inició, pues, la etapa feliz del noviciado, interrumpido por la Revolución Francesa: en 1791 las Hermanas de la Orden de la Visitación de María fueron expulsadas del monasterio.

El padre, influido por las ideas filosóficas del siglo XVIII y viendo que el ambiente revolucionario no favorecía la vida religiosa, se opuso a que hiciese los votos antes de los 25 años, por lo que no permitió a su hija seguir a las religiosas a otro lugar fuera de Francia y la obligó a volver a casa. Nuevamente no pretendía contradecir a Filipina, sino esperar prudentemente el desarrollo de los acontecimientos y que, mayor de edad, su decisión fuera más responsable.

Por entonces, en 1795, fue elegido diputado, distinguiéndose por su enérgica oposición al golpe de estado del 18 brumario (9 de noviembre de 1799) y al consulado vitalicio. Derrotado, se retiró a su granja de Grane, en el departamento de Drôme, a una pequeña villa situada en un lugar envidiable, rodeada de jardines y bosques, que permanecerá en la memoria de la futura santa sobre todo por la pequeña y recogida iglesia parroquial, casi una cripta que conservaba la memoria de sus santos jesuitas preferidos: Francisco Javier y Francisco Regis.

Para Filipina Rosa fueron años difíciles, políticamente marcados por el Régimen del Terror, años en los que también murió su madre, a quien amaba de todo corazón. Por su parte, a la vez que se dedicaba a ayudar a los sacerdotes perseguidos procurándoles alimentos y refugio, buscaba una orden o instituto religioso que le permitiera seguir su vocación de entrega al Señor.

Mientras tanto, estuvo un tiempo con su abuela y alquiló luego un pequeño apartamento en Grenoble, llamando consigo a una anciana religiosa que carecía de recursos económicos y viviendo ambas, en gran pobreza y sencillez, con las rentas de la herencia materna y de la venta de libros piadosos. Allí reunía a

niños para enseñarles el catecismo y atendía a los necesitados. Con frecuencia salía a visitar a los enfermos, a veces con peligro de la propia vida; se informaba de dónde había sacerdotes escondidos y se los llevaba para que les administrasen los últimos sacramentos. También acudió a socorrer a los encarcelados, especialmente a los religiosos, llevándoles, entre mil dificultades, su consuelo y alguna ayuda material.

Su antiguo Monasterio de la Visitación de María había sido transformado en una tétrica prisión. Cuando iba allí para interesarse por los sacerdotes detenidos, recordaba los momentos felices de su noviciado en ese lugar, esperando que días mejores la recondujeran a su querida Sión, como solía llamar a su monasterio.

Llevada por su celo apostólico, para poder seguir ayudando a los perseguidos fundó una asociación, «Las damas de la misericordia», que alcanzó cierta notoriedad en aquellos años de la Revolución Francesa. Sin tener en cuenta los numerosos peligros, se esforzó por ayudar espiritual y materialmente a todos, en especial a los prisioneros que poco después acabarían en el patíbulo. Cuando se aplacó la persecución, se ocupó de los niños pobres y abandonados, sacando fuerza para ello de sus peregrinaciones al sepulcro de S. Francisco Regis.

Rescatado el Monasterio de Santa María d'en Haut, se unieron a la M. Duchesne algunas religiosas visitandinas y de otros Institutos. Pero encontró muchas dificultades para restablecer la vida comunitaria, como hubiera sido su deseo. La Superiora, anciana y enferma, no se consideraba con fuerzas suficientes para ello, y las demás, muchas de ellas en las mismas condiciones, también desistieron, por lo que, al final, Filipina se encontró sola. En esa situación, cuando todo parecía fracasar, tuvo noticia de la congregación fundada en Amiens por la M. Magdalena Sofía Barat para difundir la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y restaurar la religión en Francia mediante la educación cristiana de las jóvenes, que entonces se llamaba de las «Hijas de la Fe», y la atrajo mucho. Pero mientras tanto comenzaron a surgir vocaciones en el monasterio de la Visitación de María de Grenoble, reanudándose la vida comunitaria y la tarea de educación de las jóvenes.

Después de haberlo considerado con el P. Varin, consejero espiritual de la Sociedad del Sagrado Corazón fundada por la madre Barat, ésta tomó posesión de ese incipiente Monasterio de Santa María, y así, en 1805, Filipina Rosa comenzaba su noviciado en esta nueva Congregación.

Éste fue el comienzo de una profunda y prolongada amistad entre Filipina Duchesne y la M. Magdalena Sofía Barat. Filipina se dejó formar muy gustosa por la fundadora de la Sociedad del Sagrado Corazón y en 1808 realizó su profesión perpetua, pero insistiendo siempre en su vocación misionera. Continuamente suplicaba a la M. Barat que la dejara marchar al Nuevo Continente.

En enero de 1806 había pasado por el Monasterio de Santa María Don Lestranghe, trapense misionero en América, que despertó vivamente el inicial deseo de la M. Duchesne de dedicarse a las misiones. Se lo comunicó a la M. Barat, quien, dándose por informada de sus disposiciones, le respondió que de momento convenía esperar. Pretendía asegurarse de esta particular vocación.

La espera se prolongó catorce años, durante los cuales, en 1815, la M. Filipina había llegado a ser secretaria general del Instituto. Residía en París, pero pensando solamente en las misiones de África o América.

La ocasión propicia se presentó en 1818, cuando mons. Du Bourg, obispo de Louisiana, pidió religiosas para su diócesis. La M. Sofía Barat aceptó la súplica y finalmente la M. Filipina tuvo la alegría de embarcar en la primavera de ese mismo año con cuatro hermanas del Instituto en Burdeos, camino de San Luis, adonde llegaron tras cuatro meses de un viaje muy penoso.

Pasaron primero por La Habana. Un pasajero cubano, al saber que las religiosas se dirigían a América del Norte para difundir la educación cristiana, les entregó un fuerte donativo, invitándolas a establecerse en Cuba si no encontraban posibilidades en Louisiana. Este deseo del donante se cumplió cuatro años después.

Por fin desembarcaron en Nueva Orleáns. Allí les acogió muy cordialmente mons. Du Bourg, pero como no tenía un convento para ellas, las envió a San Carlos, donde les ofrecieron

una pequeña casa de dos habitaciones hecha con troncos de árboles unidos con barro. Una vez allí, la extrema pobreza y la falta de personal obligaron a las religiosas a trasladarse a Florisant, en Missouri, donde comenzaron a tener algunas alumnas e iniciaron un noviciado para las vocaciones americanas. Fueron años de vida heroica, en los que, a la vez que se acrisolaba su espíritu, dieron vida a nuevas fundaciones. Así, en 1821 comenzaron una casa en Grand Coteau (Louisiana), en 1825 en San Luis y en 1828 reiniciaron la de San Carlos. Aquella fundación inicial de San Carlos en 1818 había sido la primera escuela libre al oeste del Mississipi, y a ella se atribuye el origen del sistema escolar de la diócesis de Missouri.

Con todo ello, la M. Filipina Duchesne demostró tener una gran capacidad organizativa, como bien lo puso de manifiesto la fundación en pocos años de un noviciado y cinco casas con 64 religiosas y más de 350 alumnos. Sin embargo no conseguía aprender bien el inglés, por lo que cedía gustosa a otras los puestos directivos, dedicándose ella a sencillas tareas de administración. Finalmente, en 1840 dejó todos los cargos y vivió como una religiosa más en San Luis, ocupándose preferentemente de los más débiles y necesitados: negros, blancos pobres y los numerosos esclavos existentes entre los 15.000 habitantes de la ciudad. Intentaba así difundir el Evangelio en toda una generación de hombres y mujeres entre los que sólo había encontrado dos sacerdotes para atenderlos. En 1841 se fue con los indios.

Desde su situación discreta y abnegada, la vida de la M. Duchesne fue extraordinariamente fecunda en reciedumbre de espíritu, en caridad generosa y abnegada, en amor a los más necesitados, en testimonio evangélico y en fundaciones. En su tiempo, la Sociedad del Sagrado Corazón se estableció en Nueva Orleáns, La Fourche, Planquemine, Grand Coteau, Baton Rouge, San Miguel, New Madrid, San Luis, San Carlos, Chicago, Detroit, Nueva York y Montreal, poniendo así las bases para una sólida presencia en América del Norte.

La joven valerosa que había ayudado a los perseguidos durante la época del Terror de la Revolución Francesa, arriesgando nuevamente su vida se había convertido en la intrépida mi-

sionera fundadora de nuevos puestos de misión y capaz de soportar el peso de la extrema pobreza, de las contradicciones y de las epidemias. Resultaba así evidente la profunda coherencia entre la novicia de 35 años en Santa María d'en Haut y la anciana religiosa que se marcha con los indios sin comprender su lengua.

En su austera y sacrificada vida no gozó de grandes consolaciones espirituales; más bien lo contrario. Sin embargo la caracterizó siempre la dulzura, la afabilidad, la alegría. Después de una vida larga y fecunda, murió en San Carlos de Missouri el 18 de noviembre de 1852, a los 84 años de edad.

Con gran fama de santidad ya en vida, pronto se convirtieron en focos de veneración de su memoria los lugares donde había transcurrido su existencia y especialmente su tumba, en San Carlos de Missouri. Además, esta primera misionera de la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús, comenzó enseguida a animar el espíritu misionero de las otras religiosas, que se lanzaron a evangelizar distintas partes del mundo.

Filipina Rosa Duchesne fue beatificada por el papa Pío XII el 12 de mayo de 1940, apenas comenzada la II Guerra Mundial, y canonizada el 3 de julio de 1988 por Juan Pablo II. Su elevación a los altares comporta un mensaje de oración, de pobreza y de abnegado servicio misionero. Forma parte, sin duda, de ese conjunto de hombres y mujeres que durante el siglo XIX contribuyeron a extender de manera decisiva el Evangelio fuera de las fronteras europeas, reforzando la imagen de un cristianismo fuerte y difusivo, luchador contra todo género de racismos y discriminaciones y abierto siempre al amor y a la concordia.

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

BAUNARD, L., *La Beata Filippina Duchesne* (Roma ²1940).
SYMON, M., *La vénérable mère Philippine et les misions des religieuses du Sacré Coeur* (Lovaina 1926).

BEATAS MARÍA GABRIELA HINOJOSA NAVEROS, TERESA MARÍA CAVESTANY ANDUAGA, JOSEFA MARÍA BARRERA IZAGUIRRE, MARÍA INÉS ZUDAIRE GALDEANO, MARÍA CECILIA CENDOYA ARAQUISTAIN, MARÍA ÁNGELES OLAIZOLA GARAZARGA, MARÍA ENGRACIA LECUONA ARAMBURU

Vírgenes y mártires († 1936)

La hermana María Gabriela Hinojosa Naveros y sus seis compañeras: hermanas Teresa María Cavestany Anduaga, Josefa María Barrera Izaguirre, María Inés Zudaire Galdeano, María Cecilia Cendoya Araquistain, María Ángeles Olaizola Garazarga y María Engracia Lecuona Aramburu, religiosas del Primer Monasterio de la Orden de la Visitación de Santa María en Madrid, más conocido por el nombre de Salesas Reales de la calle Santa Engracia, entregaron su vida en martirio a causa de la fe, seis de ellas el día 18 de noviembre de 1936 y una el 23. María Gabriela, la mayor, que en ese momento hacía las veces de superiora de la pequeña comunidad, contaba 64 años de edad y la más joven, María Cecilia, 26. Las demás oscilaban entre los 36 y los 55 años.

Ya en 1931, cuando recién instaurada en España la II República se incendiaron algunos edificios religiosos, al conocer la noticia de que el Monasterio de la Visitación estaba en la lista de los que pensaban prender fuego, por motivos de prudencia la mayor parte de la comunidad se trasladó a Oronoz, un precioso pueblo navarro en el Valle de Baztán, quedando un pequeño grupo en Madrid. Se libraron del incendio y retornaron al año siguiente, pero se vieron obligadas a proceder del mismo modo en 1936, cuando los extremismos comenzaron a hacer insostenible la situación.

En esta ocasión, de las 83 hermanas que constituían la comunidad, la mayor parte volvió a Oronoz, cuatro fueron al Monasterio de la Visitación de San Sebastián y otras cuatro al de Pamplona. Visto el buen resultado que dio en 1931, quedaron siete en Madrid, cinco de clausura y dos externas, es decir, de las que, perteneciendo a la misma Orden contemplativa y recibiendo la misma formación espiritual, atendían los encargos re-

lacionados con el exterior. Pero esta segunda vez se alquiló un semisótano en la calle Manuel González Longoria, n.º 4, por si se agravaba la situación, como en efecto ocurrió. Al desencadenarse la dura persecución religiosa que siguió al 18 de julio, era sumamente peligroso permanecer en el monasterio y esta pequeña y valerosa comunidad hubo de refugiarse en el lugar previsto donde, despojadas del hábito y escondidas, continuaron en lo posible su vida monástica habitual.

Según afirma una de las visitandinas, el espíritu que reinaba en el monasterio —tanto en las que se fueron como en las que hubieron de permanecer en Madrid— era óptimo:

> «En aquellos momentos difíciles de persecución religiosa, toda la comunidad de religiosas Salesas tenía una gran confianza en Dios, sintiéndose peregrinas hacia el Cielo [...] El comportamiento para con el prójimo entre las hermanas de la comunidad era de una caridad total [...] Como tónica general de todas las religiosas que residían en la comunidad del Primer Monasterio se vivía el perdón a los enemigos, el pedir a Dios por sus almas y sentir una predilección por los pobres y los marginados; hacían penitencia por los pecadores».

El pequeño grupo escondido en el semisótano era bien consciente del peligro que corrían, asumiendo incluso la posibilidad del martirio cuando arreció la persecución religiosa a partir de finales de julio. A algunas de ellas sus familiares las apremiaban a ir a sus casas o a refugiarse en lugares más seguros, como consulados o embajadas, pero decidieron con firmeza permanecer juntas ayudándose recíprocamente a aceptar el martirio si la ocasión se les presentaba. Estaban convencidas de que su sangre, entregada por amor a Jesucristo, podía contribuir a redimir los males presentes y, de algún modo, salvar a España.

Los porteros y habitantes del inmueble las protegían, pero las religiosas fueron delatadas por la empleada de una familia vecina, con lo que comenzaron a verse sometidas a varias inspecciones y registros. Finalmente, después de cuatro meses de penalidades en los que se acrisoló su espíritu y su voluntad de ofrecer a Dios el sacrificio de su vida, hacia las 7 de la tarde del día 18 de noviembre de 1936 fueron detenidas por un grupo de «milicianos» que las condujeron en un camión a los Altos del Hipódromo, casi en plena ciudad. Las bajaron y fueron inme-

diatamente fusiladas, muriendo en el acto sor María Gabriela Hinojosa Naveros y cinco de sus compañeras. La más joven, sor María Cecilia Cendoya Araquistain, al ver que caía sin vida la hermana que la llevaba de la mano, se echó a correr muy nerviosa y, por la oscuridad de la noche, pudo escapar de la masacre hasta que, al darse cuenta de lo sucedido, se entregó a unos guardias diciendo: «Soy religiosa». Estuvo detenida casi tres días en la checa de Buenavista, desde donde la llevaron a una cárcel, probablemente la de Porlier. Permaneció allí poco tiempo: en la madrugada del 23 de noviembre se encontró su cuerpo acribillado por balas junto a las tapias del cementerio de Vallecas. Había entregado su vida en martirio a causa de la fe igual que las otras seis monjas de su pequeña comunidad.

Acontecimientos como éste se repitieron en número muy elevado durante los días aciagos de tan cruel persecución a las personas y cosas de la Iglesia. Sacerdotes, religiosos y laicos comprometidos con su fe sucumbieron a los disparos o soportaron las torturas más horribles solamente por el hecho de serlo. Fue el caso de estas siete monjas salesas de Madrid, personas alegres, humildes, bondadosas y pacíficas, entregadas plenamente a Dios en la vida contemplativa de su monasterio. La mayoría de las iglesias, conventos o edificios religiosos fueron destruidos o confiscados, como este de las salesas, que utilizaron primero como checa y, después de profanarlo y saquearlo, lo incendiaron.

La Orden contemplativa de la Visitación de María había sido fundada en Annecy (Alta Saboya, Francia), el día de la Santísima Trinidad, 6 de julio de 1610, por San Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, uno de los principales humanistas del siglo XVII y Doctor de la Iglesia, y Santa Juana Francisca Frémyot de Chantal, esposa, madre, viuda, religiosa y santa, «para dar a Dios Hijas de oración, tan interiores que sean dignas de alabarle en espíritu y en verdad». Conocido como el santo de la mansedumbre y la humildad, San Francisco de Sales infundió este espíritu en la Orden, que se caracteriza también por la pobreza y la sencillez.

El Primer Monasterio de la Visitación en Madrid —el actual Palacio de Justicia y Parroquia de Santa Bárbara— se estableció

en 1749, patrocinado por los reyes Fernando VI y su esposa Bárbara de Braganza. Eran los años en que Saboya, cuna de la Orden, estaba vinculada a la Corona de España. Algo más de un siglo después, en 1870, fue afectado por la conocida desamortización de Mendizábal y la comunidad hubo de abandonarlo. Las visitandinas quedaron en la calle, siendo caritativamente hospedadas en otras casas religiosas hasta que en 1881 D.ª María del Rosario Wall, viuda de Fernández de Córdoba, compró un terreno sobre el que se edificó el actual monasterio de la calle Santa Engracia, donde se instalaron en 1883 y al que pertenecían las siete monjas martirizadas en 1936.

Sor MARÍA GABRIELA HINOJOSA NAVEROS había nacido en Alhama (Granada) el 24 de julio de 1872, en una familia acomodada y profundamente cristiana, la última de siete hermanos y con 18 años de diferencia respecto al anterior. La bautizaron con el nombre de Amparo, que cambió por el de María Gabriela en la vida religiosa.

Perdió a sus padres siendo muy niña, a los ocho años de edad, y se hizo cargo de ella su hermano Eduardo, que vivía en Madrid. Realizó sus estudios interna en el Segundo Monasterio de la Visitación, que entonces tenía pensionado, y se encariñó pronto con la vida religiosa. Con sólo 15 años, en una de las peregrinaciones anuales a Lourdes con su familia, pensó que debía consagrarse al Señor. Lo comunicó al hermano poco después, pero a éste le pareció prematura la decisión, por lo que la hizo esperar hasta los 20 años, entrando a esa edad en el Primer Monasterio de la Visitación de Santa María de Madrid.

A lo largo de su vida ejerció diferentes cargos. En los difíciles años de 1929 a 1935 fue superiora de la comunidad, manifestando gran fortaleza de ánimo y decisión, a pesar de su natural timidez.

En 1936, como hemos dicho, por disposición de los superiores, la mayor parte de la comunidad se alejó de Madrid, quedando en la capital solamente un pequeño grupo de siete hermanas, entre ellas María Gabriela, con el encargo de superiora.

Ante los incendios de iglesias y conventos que siguieron al 18 de julio, las hermanas decidieron refugiarse en el semisótano próximo al monasterio que habían preparado con anterio-

ridad. «Estamos muy tranquilas en manos de Dios, seguras de él». «Él hará de nosotras lo que más nos convenga», escribía sor María Gabriela a la comunidad de Oronoz. Pero tras cuatro meses de verdadero sufrimiento por las noticias que les iban llegando, la denuncia por ser religiosas alteró la vida del refugio. Comenzaron las visitas de inspección, los registros por parte de los «milicianos», la confiscación de algunos objetos de culto que habían sacado del monasterio, los interrogatorios... Sor María Gabriela, ante el peligro que estaban corriendo, como responsable del grupo insitió una y otra vez a sus compañeras que con toda libertad podían marcharse a los refugios que les ofrecían familiares y conocidos. Pero respondieron que preferían seguir unidas y que estaban dispuestas a ofrecer su vida por la fe en Jesucristo.

«¡Hasta mañana!», les dijeron los «milicianos» el 17 de noviembre de 1936. Convencidas de que la visita anunciada podía costarles la vida, pasaron la noche en oración preparándose para el martirio. Cuando, efectivamente, al atardecer del día 18 las sacaron de la casa ante la expectación de los curiosos, hicieron con gran valentía la señal de la cruz, lo cual les valió algunos insultos y amenazas. Fueron conducidas en un camión hasta la confluencia de las calles López de Hoyos y Velázquez, donde las hicieron bajar acribillándolas inmediatamente con una ráfaga de proyectiles. Sucumbieron en el acto, como hemos dicho, todas menos una.

La hermana TERESA MARÍA CAVESTANY ANDUAGA, Laura como nombre de bautismo, había nacido el 30 de julio de 1888 en Puerto Real (Cádiz), aunque vivió casi toda su vida en Madrid. Su padre, Juan Antonio, era un gran literato, y su madre, Margarita, una mujer valerosa que supo educar muy cristianamente a sus 16 hijos. De gran bondad y transparencia, convencida de que el Señor la quería para sí, entró en el Primer Monasterio de la Visitación de Madrid en 1914, a los 26 años de edad, proponiéndose seriamente trabajar con firmeza en el camino de la perfección. Más tarde, en 1931, se expresaba de este modo:

> «... Hay que santificarse a toda prisa y en toda verdad, santificarse a base de despojo absoluto, de inmolación total, de aceptación suave y amorosa de todos los divinos quereres o permisiones, y esto cueste lo que cueste y suceda lo que suceda [...] Es duro para

la pobre naturaleza, es hacedero y fácil para la gracia. Para mí, tan ruin y miserable, más difícil que para los que sois *buenecitos* ya por don de Dios; yo tengo que hacerme santa en la brecha, contra viento y marea, ayudada sólo por este vientecillo favorable de un deseo inmenso de dárselo todo, todo, a ese Dios tan bueno que *todo* me lo ha dado a mí y con la seguridad de que su gracia no me faltará nunca».

En otra ocasión, escribía también en una carta:

«Cuando las penas y los trabajillos de la vida nos hacen sufrir y se siente el peso del destierro, no hay más que correr al fondo del alma, donde el dulce Huésped nos espera siempre con un amor infinito y a su lado todo se transforma, cambia de aspecto... ¡Pobrecitos los que ni aún saben que existe!... Pidamos para que lleguen a gustar de la misma felicidad que tan sin merecerlo gustamos nosotras».

Muy bien dotada para distintas habilidades e incluso para la poesía, contribuyó activamente a la vida comunitaria, a pesar de su carácter fuerte, que siempre trató de dominar. Durante los meses en que la pequeña comunidad permaneció en el refugio sor Teresa María se ocupaba de la administración. Narran los testigos que al atardecer del día 18 de noviembre, cuando llamó la portera al semisótano para entregarles la leche que habían encargado, la hermana Teresa María le dijo:

> «Aprovechen ustedes esa leche. Nosotras ya no necesitamos de nada. Y quédese con las vueltas del dinero. Son las últimas 100 pesetas que tenemos y nuestras cuentas ya están cerradas. ¡Nos vamos con nuestro Señor! ¡Qué gracia alcanzar la palma del martirio!».

Poco después derramaban su sangre a causa de la fe.

La hermana JOSEFA MARÍA BARRERA IZAGUIRRE, Carmiña, había nacido en El Ferrol (La Coruña), el 23 de mayo de 1881, hija de un comandante de Marina muy encariñado con su primogénita y de una madre que supo educarla con amabilidad, firmeza y rectitud. Era la mayor de cinco hermanos varones. Siendo todavía pequeña, la familia se trasladó a Cádiz y poco después a Málaga, ambientes que influyeron en su carácter y formación.

Desde niña quería irse al Carmelo, soñando ser otra Santa Teresa de Jesús, y le gustaba más rezar que ayudar en las tareas

de la casa, hecho que solía comentar con ironía y gracia después. Aunque despuntó pronto su vocación, entró en las salesas de Madrid el 15 de octubre de 1918, a los 37 años de edad, consagrándose decididamente al Señor en la vida religiosa. Su profesión estuvo presidida por D. Manuel González, obispo de Málaga, a quien había ayudado en la construcción del seminario. En el monasterio se ocupó de la enfermería, prestando este servicio con abnegación, cariño y servicialidad.

Durante los penosos meses del refugio en el semisótano de la calle Manuel González Longoria, dio cumplida prueba de su caridad, valentía y decisión. En una ocasión, por ejemplo, se ofreció voluntariamente a acompañar a la hermana Teresa María Cavestany a quien sacaron para llevarla a declarar. Fueron 24 horas de angustia para unas y para otras, ante el temor de que pudieran no volver. Su familia insistía en llevársela a su casa, pero rehusó con firmeza.

> «Hemos prometido a Jesús las siete unidas no separarnos —les dijo—. Si por derramar nuestra sangre se ha de salvar España, pedimos al Señor que sea cuanto antes».

Al comienzo de su vida religiosa sor Josefa María había afirmado: «Yo no tengo madera de mártir». Y, sin embargo, fue éste el género de muerte que decidida y valientemente afrontó.

La hermana MARÍA INÉS ZUDAIRE GALDEANO era natural de Echávarri (Navarra), donde nació el 28 de enero de 1900. Eran seis hermanos en una familia de modestos labradores que supo educarles en los valores de la fe. Uno de ellos, Florencio, se hizo hermano marista.

Inés ingresó a los 19 años en el Monasterio de las salesas de Madrid, donde, junto a sus dotes humanas, percibieron pronto su belleza interior. Al vestir el hábito el 16 de noviembre de 1919 no le cambiaron su nombre, como era costumbre, porque el suyo de bautismo, Inés, era el más adecuado a su candor y bondad. En el silencio del claustro, vivió con exigencia y fidelidad la vida contemplativa propia de las visitandinas.

En 1931, ante la alarma por la posible quema del monasterio, fue una de las que se trasladaron durante unos meses a Navarra, lo cual le proporcionó la alegría de regresar a su tierra y ver a los suyos. Sin embargo en 1936, cuando la comunidad se

vio nuevamente forzada a regresar a la casa de Oronoz para protegerse, la hermana María Inés formó parte del pequeño grupo destinado a permanecer en Madrid. Fue un gran sacrificio para ella, porque la atraía volver a su ambiente de origen y porque era muy miedosa. Bien consciente de la situación real, al despedirse de las hermanas que se marchaban les dijo: «Pidan mucho por nosotras, puede ser que nos maten». Sin embargo, aceptó gustosa la decisión de los superiores, viendo en ella la voluntad del Señor.

Estando en el refugio de Manuel González Longoria, sor María Inés enfermó. Para atenderla mejor y ponerla a salvo, sus hermanas visitandinas quisieron llevarla a un hospital, pero rechazó enérgicamente la propuesta para no separarse de ellas. Continuaba en cama y con fiebre cuando el 18 de noviembre los milicianos fueron a buscarlas. Con malos modos la ordenaron levantarse, ante lo cual sus compañeras intentaron abrigarla con una manta. «No hace falta —dijeron ellos—; esa fiebre se acabará enseguida». Tambaleándose, apoyada en otra hermana, concluyó su vida con la corona del martirio.

La hermana MARÍA CECILIA CENDOYA ARAQUISTAIN, Felícitas —Mary Feli—, nació en Azpeitia (Guipúzcoa) el 10 de enero de 1910 en una familia sencilla. Siendo ella muy pequeña se trasladaron a Azcoitia, localidad a la que tenía gran cariño. Con sólo 26 años, fue la más jóven del pequeño grupo de mártires Salesas.

Desde niña, igual que sus tres hermanas, fue educada por sus padres en la práctica cristiana, descubriendo pronto su vocación a la vida religiosa. Desde los 14 años trabajó en una fábrica textil, pero, después de haberse preparado personalmente para ello, ingresaba a los 20, el 9 de octubre de 1930, en el Primer Monasterio de la Visitación de Madrid.

De temperamento vivaz, alegre y entusiasta, supo integrarse bien en la comunidad, mostrándose siempre muy sencilla, humilde y amable, y llevar una profunda vida interior. Al poco de entrar en el monasterio tuvo que padecer los desmanes de 1931 —tumultos callejeros, quema de conventos, traslado de la comunidad...—, por lo que, viéndola algo asustada, le propusieron las hermanas volver a su casa y regresar al monasterio cuando la

situación hubiese mejorado. Pero respondió con gracia y prontitud en su poco practicado castellano: «No, no, hermana mía, ¡antes cortar la "cabesa"!». Nuevas propuestas por parte de su familia fueron rechazadas por ella con la misma decisión y sinceridad.

Con evidente alegría y convencimiento, hizo su profesión solemne el 27 de septiembre de 1935, acompañada por todos los suyos. Pero pocos meses después, y sobre todo a partir del 18 de julio de 1936, tuvo que padecer la triste situación ambiental, vivida por ella en el aludido semisótano con la pequeña comunidad de otras seis hermanas visitandinas.

Igual que ellas, después de haber ofrecido su vida al Señor, fue conducida al martirio hacia las 7 de la tarde del 18 de noviembre, aceptando como las demás lo que evidentemente iba a suceder. Pero la ráfaga de disparos que segó la vida de sus Hermanas, a ella no la alcanzó. Aturdida y nerviosa, su primera reacción fue escapar corriendo, pero al darse cuenta de lo ocurrido y encontrarse con unos guardias, se entregó diciendo: «Soy religiosa». Éste era el delito que había pagado con el martirio la pequeña Comunidad. Confesarlo suponía aceptar el mismo final.

Fue conducida a una de las «checas» de la ciudad, en la que estaban detenidas unas doce mujeres. Al ser preguntada, no dudó en repetir la misma afirmación: «Soy religiosa». Y les narró lo sucedido, según ha testificado alguna de ellas:

> «Estábamos siete religiosas en un piso aquí en Madrid, somos salesas, vinieron a por nosotras, nos metieron en un coche y nos llevaron a un sitio oscuro donde había barrotes, era como un solar, pero no sé dónde es porque no conozco Madrid. Yo me bajé del coche de la mano de otra Hermana, éramos las dos últimas y, al notar que se caía muerta, no sé lo que me pasó, eché a correr y no sabía lo que hacía».

Fueron dos días de intensa oración y de alentar valientemente a sus compañeras de prisión. Después de los consabidos interrogatorios a ella y a las demás, parece que fue trasladada a la cárcel de Porlier, donde estuvo muy poco tiempo. En la madrugada del 23 de noviembre se encontró su cadáver, atravesado por disparos de bala, en las tapias del cementerio de Vallecas. Había sido mártir como sus hermanas de comunidad. El

crucifijo que llevaba, al que también alcanzaron los disparos, sirvió después para su identificación.

La hermana MARÍA ÁNGELES OLAIZOLA GARAZARGA, Martina, había nacido en Garín (Guipúzcoa) el 12 de noviembre de 1893, en una familia pobre, muy unida, religiosa y austera. Era la menor de ocho hermanos. De niña asistió a una escuela rural en el valle de Oñate y después se puso a servir en la casa de una familia buena y cristiana. Era seria de carácter, pero siempre dipuesta a hacer felices a los demás. Convencida de su vocación religiosa, llegó al Monasterio de las salesas en 1918, a los 25 años de edad, en calidad de «hermana externa» o encargada, aun dentro de la vida contemplativa, de las relaciones con el exterior.

Inteligente y humilde, las superioras confiaban mucho en su prudencia y discreción, y tanto en 1931 como en 1936, cuando la comunidad hubo de trasladarse a Oronoz, fue designada para formar parte del pequeño grupo que permanecía en Madrid custodiando el monasterio. Muy lúcida ante la situación, escribía el 17 de mayo de 1936 a sus hermanas visitandinas de Oronoz:

> «Todo está muy mal; en buena hora se fueron. No crean que estamos desanimadas por ello, al contrario, muy contentas, y comprendemos cada día mejor que esto es lo que Dios quiere de nosotras, porque yo creo que nos pide todos estos sacrificios y sufrimientos para remedio de tantos males».

También sor María Ángeles fue invitada por su familia a dejar el semisótano y refugiarse mejor, dado que al tener que salir a la calle a hacer los necesarios encargos, podía estar fichada y correr un riesgo mayor. «Mi puesto está aquí, después, que se cumpla la voluntad de Dios», fue su decidida respuesta. No aceptó tampoco la invitación del portero, el mismo 18 de noviembre, que deseaba ponerlas a salvo. Como sus hermanas, no vaciló en responder: «Nosotras estamos contentísimas de irnos al cielo». «¡Ay! ¡Si por nuestra sangre, Señor, se salva España...!».

Su final fue el mismo de todas ellas: derramar su sangre a causa de la fe en Jesucristo.

Hermana MARÍA ENGRACIA LECUONA ARAMBURU. Josefa Joaquina, la mayor de una familia cristiana de 14 hijos, nació el

2 de julio de 1897 en un caserío de Oyarzun (Guipúzcoa), distinguiéndose desde pequeña por su viveza, inteligencia y sentido de la responsabilidad. A los 13 años tuvo que salir de su casa para ayudar económicamente a los suyos, siendo muy querida en las familias donde sirvió y asumiendo algunas veces trabajos superiores a sus fuerzas, hasta el punto de debilitar su salud. Como era muy piadosa y tenía gran celo apostólico, durante las temporadas que pasaba en casa organizó una escuela donde explicaba la doctrina cristiana a los niños del entorno.

Descubrió pronto su vocación religiosa, que, al fin, pudo seguir, con complacencia de todos, ingresando en 1924 como hermana externa en el Primer Monasterio de la Visitación de Santa María de Madrid, después de haberse informado sobre el espíritu de la Orden en el monasterio de San Sebastián.

> «Yo sigo contentísima, gracias a Dios —escribía a sus padres—. Cada vez estoy más encantada. Aún en las cosas que me cuestan trabajo, siento un gozo tan grande que no encuentro palabras para manifestarlo. Me parece que toda mi felicidad consiste en tener mi voluntad enteramente unida a la de Dios, pues no quiero ninguna cosa sino solamente lo que él quiere y lo que él me envía...».

En 1934 ingresó también en el mismo monasterio de visitandinas una de sus hermanas, María. Cuando en 1931 la comunidad se refugió en Oronoz, les prestó un servicio importante en relación con el nuevo contexto, haciéndose muy popular por su bondad y simpatía en el pueblo y sus contornos. Era conocida y querida de todos.

En 1936, sin embargo, tuvo que quedarse en Madrid, despidiéndose con sacrificio de las religiosas que partían hacia Navarra, entre ellas su hermana María. El 1 de junio les escribía así:

> «Los pobres corazones están cada vez más apretados y sin saber hasta cuándo va a durar este pequeño martirio de vivir separadas las unas de las otras, cuando nuestra felicidad consiste en vivir unidas en un mismo lugar [...] Entre tanto, sigamos pidiendo al cielo el remedio de tantos males; en verdad se cometen muchas ofensas y sacrilegios, que horroriza sólo oírlos».

La alegría y el sentido del humor que manifestó siempre, junto a su abnegación y exquisita caridad, hicieron más llevade-

ro a las hermanas el tiempo en que, esperando de un día a otro el martirio, estuvieron refugiadas en el semisótano de Madrid. La portera de la calle Manuel González Longoria, que las apreciaba mucho y las defendió siempre, afirmaba después que la hermana María Engracia le había dicho en varias ocasiones: «Ya está cerca el martirio, ¡qué alegría! ¡Ay! ¡Aún no llegan los milicianos por nosotras! ¡Qué larga se hace la espera!». El día llegó, como sabemos, para ella y para cinco de sus compañeras, el 18 de noviembre de 1936. Concluía así una vida de entrega total a Dios, coronada por la gracia del martirio.

Cuando se reanudaron en Roma las causas de martirio de la persecución religiosa en España, las monjas de la Orden de la Visitación de Madrid incoaron la de sus siete mártires. Los procesos diocesanos tuvieron lugar en Madrid entre 1985 y 1989, y, publicado el decreto sobre el martirio el día 7 de julio de 1997, fueron beatificadas en Roma por el papa Juan Pablo II el 10 de mayo de 1998. Dice así el breve de su beatificación:

> «Estas mujeres dieron claros y visibles testimonios de piedad religiosa y de fe, de que toda su vida la dedicaron por completo a Dios, y que por amor a Cristo y a su Iglesia lucharon esforzadamente. Deseamos, por tanto, que su fecundo ejemplo sea de gran ayuda a los hombres de hoy, para que, dejando aparte las diferencias y reconciliados los espíritus, logren una vida más feliz».

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

GUTIÉRREZ GARCÍA, J. L., *Unidas hasta la muerte* (Madrid 1998).
LÓPEZ PÉREZ, M., *Y dieron sus vidas* (Madrid 1984).
PRIMER MONASTERIO DE LA VISITACIÓN DE SANTA MARÍA, MADRID (ed.), *Tras las huellas de Cristo* (Madrid 1998).
— *Las siete mártires del Primer Monasterio de la Visitación de Santa María de Madrid y su beatificación* (Madrid 2000).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ROMÁN
Diácono y mártir († 303)

El martirio de este santo diácono fue, como dice el *Martirologio,* un martirio célebre. Se ocuparon de él Eusebio de Cesarea, Severo de Antioquía, San Juan Crisóstomo, etc. Román era diácono y exorcista de una iglesia en las cercanías de Cesarea de Palestina, y por tanto estamos ante un santo que era palestinense, aunque su martirio tenga lugar en Antioquía. Por alguna causa desconocida el diácono Román va a Antioquía cuando ha salido el decreto imperial que manda a todos sacrificar a los dioses bajo severísimas penas. Román contempla con horror cómo numerosos cristianos de todas las edades, para escapar de los castigos amenazados, acuden a sacrificar a los dioses, pisoteando así la ley de Dios. Y entonces, movido por el celo de la gloria de Dios y la defensa de su santo nombre, apostrofa en público a los apóstatas y les invita a no adorar a los ídolos sino permanecer firmes en el culto del Señor. Por este motivo es arrestado y conducido delante del juez, el cual lo conmina a que obedezca la orden imperial y dé culto a los dioses. Ante la firme negativa del mártir, es condenado a ser quemado vivo.

No pierde la serenidad Román, sino que, lleno de santa alegría, se deja conducir al poste donde, rodeado de leña, va a ser quemado. Pero entonces se recibe la orden de que el mártir sea nuevamente interrogado y conminado a la apostasía, y así fue. Pero el mártir insistió en su testimonio del verdadero Dios frente a la falsedad de los ídolos y fue condenado a que le arrancaran la lengua, como así se hizo. Seguidamente es enviado a la cárcel y allí se le deja, soportando las privaciones, las cadenas, el cepo, hasta que llega la hora de celebrar el vigésimo aniversario del imperio de Diocleciano, que iba a ser el 20 de noviembre de 303. Se decide entonces una amnistía por la que se libera a todos los presos menos a Román, que es estrangulado, consumando así su glorioso martirio y entrando en la casa del Padre. Aunque se han dado más detalles de su martirio, éstos son sin duda los auténticos. Su martirio fue el 18 de noviembre de 303.

BEATOS LEONARDO KIMURA, ANDRÉS MURAYAMA TOKUAN, COSME TAKEYA, JUAN YOSHIDA SHOUN, DOMINGO JORGE

Mártires († 1619)

En la mañana del 18 de noviembre de 1619 unas veinte mil personas entre cristianos y paganos llenaban el trayecto entre la cárcel de Nagasaki y el alto de la llamada «Colina de los mártires», donde debía tener lugar aquel día el martirio de cinco fieles hijos de la Iglesia, que preferían perder la vida antes que renunciar a Cristo el Redentor. Eran Leonardo Kimura, hermano coadjutor jesuita, y los seglares Andrés Murayama Tokuan, Cosme Takeya, Juan Yoshida Shoun y Domingo Jorge. Muchos desde barquitas situadas en la bahía se aprestaban a contemplar el espectáculo y un barco portugués se situó igualmente de modo que desde lejos pudiera contemplarlo, ya que era portugués uno de los mártires. Los confesores de la fe salieron de la cárcel con semblante alegre y pacífico y marcharon con firmeza hasta el lugar del suplicio. Los cristianos los saludaban y animaban, y ellos respondían que se acordarían de todos en la gloria. Leonardo Kimura no dejaba de decir a todos que era una gran dicha dar la vida por Cristo. Llegados a la colina, se situó cada mártir enfrente del poste al que iba a ser atado y se arrodillaron todos en oración; luego se saludaron mutuamente en la caridad de Cristo y dejaron mansamente que los verdugos les ataran a los postes. Levantaron todos los ojos al cielo y así estaban cuando prendieron fuego a la leña y el humo comenzó a envolverlos. Leonardo no dejó de proclamar la fe hasta que el fuego acabó con él y con todos. Consumaron así su martirio dando muestras de la mayor fortaleza espiritual. Éstos son sus datos:

LEONARDO KIMURA era miembro de una familia cuyos primeros miembros cristianos recibieron el bautismo de manos del propio San Francisco Javier. Había nacido en Nagasaki el año 1565. Consagrado por sus padres a Dios y alumno del colegio jesuita, a los 17 años ingresó en la Compañía de Jesús, en la que quedó como hermano coadjutor, haciendo los votos religiosos. Trabajó en la tarea misional con gran denuedo y eficacia, llevando muchas almas a la fe, sosteniendo a otras muchas y estando siempre disponible para toda obra buena. Cuando al ter-

minar la guerra civil de 1616 se echó sobre los jesuitas la acusación de haber apoyado a uno de los bandos, el perdedor, él mismo declaró su condición de jesuita, lo que le valió ser apresado y encarcelado. En la cárcel llevó una vida de admirable penitencia, que atrajo a muchos presos comunes a la fe. Se alegró mucho cuando supo que iba a terminar su vida con el martirio.

DOMINGO JORGE era portugués, natural de la ciudad de Braga. Fue al Japón y allí contrajo matrimonio con Isabel Fernández, japonesa, por lo que se quedó a vivir en el país y con la que tuvo un hijo, llamado Ignacio. Su mujer y su hijo serían martirizados posteriormente. Era de oficio marinero y cofrade del Santo Rosario. Fue cogido preso por haber dado asilo al Beato Carlos Spínola, SI. Saludado con lágrimas por los marineros del citado barco portugués, el mártir les dijo que le despidieran con alegría y no con lágrimas. Mientras subía a la colina saludaba a los marineros portugueses agitando su pañuelo.

ANDRÉS MURAYAMA TOKUAN pertenecía a la administración municipal de Nagasaki. Estaba casado y tenía dos hijos, Pedro y Pablo, que también morirían mártires. Cofrade del Santo Rosario, había hospedado a los misioneros con gran valor y entrega.

COSME TAKEYA era coreano, y había venido a Japón como prisionero de guerra. Aquí su desgracia se convirtió en suerte al llegarle el don de la fe que abrazó con alegría, profesaba con constancia y defendió con su vida. Tras obtener la libertad, no volvió a su país, y, una vez convertido al cristianismo, contrajo matrimonio con Inés que también moriría mártir y sería beatificada con él. Era cofrade del Santo Rosario.

JUAN YOSHIDA SHOUN había nacido en Meaco y llegó al cristianismo cuando conoció a los jesuitas en Nagasaki, por lo que tenía una firme adhesión a la Compañía de Jesús. Era cofrade del Santo Rosario y hospedaba con gran arrojo a los misioneros, sin importarle el peligro que corría.

Fueron beatificados por Pío IX el 7 de julio de 1867 en la ceremonia de beatificación de 205 mártires de Japón.

BEATO GRIMOALDO DE LA PURIFICACIÓN (FERNANDO) SANTAMARÍA

Religioso († 1902)

Fernando Santamaría nació el 4 de mayo de 1883 en Pontecorvo, Italia, en el seno de una familia que llegaría a tener cinco hijos y de los cuales Fernando fue el primero. Su padre se llamaba Pietro Paolo y su madre Cecilia Ruscio. Se le brindó en la casa una sólida formación religiosa, completada con la catequesis parroquial a la que el niño Fernando asistía asiduamente. En mayo de 1891 recibió la primera comunión y desde entonces frecuentó este sacramento del que fue muy devoto. A los siete años, además, se ofrece como monaguillo en su parroquia; y a los nueve ingresa en la Congregación de la Inmaculada, siendo muy fiel a sus prácticas de piedad. Igualmente se hizo miembro del coro parroquial. A los doce años ya daba catecismo a los niños más pequeños y mostraba sus habilidades como posible futuro predicador.

Su vocación religiosa surgió cuando a los trece años comenzó a frecuentar los retiros que daban los padres pasionistas en el Santuario de la Virgen de las Gracias, en el propio Pontecorvo. Cuando le manifestó a su padre su deseo de ser pasionista, su padre le mostró su contrariedad porque él tenía otros planes para su hijo, trató de disuadirlo con halagos y también con castigos, pero, viendo la constancia de su hijo, se avino a la voluntad del muchacho y le dio su licencia. Pudo así ingresar el día 15 de febrero de 1899 en la congregación pasionista en Santa María de Pugliano, junto a Paliano, y empezar su noviciado el 5 de marzo siguiente, tomando el nombre de Grimoaldo de la Purificación. Este nombre de Grimoaldo lo tomaba del santo patrono de su pueblo.

El 6 de marzo de 1900 hizo la profesión religiosa. Marchó entonces al estudiantado de Santa María de Corniano, cerca de Ceccano, para hacer allí los estudios eclesiásticos. Fue un religioso modelo: vivía con gran intensidad los votos religiosos, singularmente el cuarto: vivir y propagar la devoción a la pasión del Señor. Era sumamente devoto de la Virgen María. Llevaba una vida sencilla y sin hechos extraordinarios pero totalmente entregada a Dios, siendo sus compañeros testigos de la pureza,

humildad, piedad y espíritu de mortificación y exquisita caridad fraterna con que Grimoaldo vivía la vida religiosa. Tenía sólo 19 años cuando le sobrevino una meningitis aguda y se vio que su vida corría muy serio peligro. Él aceptó con serenidad y alegría la voluntad de Dios, y se dispuso al encuentro con el Señor con una ejemplar confianza y entrega en su divina providencia. Y así le llegó la muerte el 18 de noviembre de 1902.

Su causa de beatificación comenzó el año 1957 en varias curias episcopales, pasando a Roma el año 1964. Aprobadas sus virtudes heroicas y un milagro obrado por su intercesión, Su Santidad el papa Juan Pablo II beatificó a este angelical joven, decoro de su congregación —que ya había dado a la Iglesia a San Gabriel de la Dolorosa— y gloria de la vida religiosa, el 29 de enero de 1995.

BEATA CAROLINA KÓZKA

Virgen y mártir († 1914)

Nace en Wal-Ruda, diócesis de Tarnów, Polonia, el 2 de agosto de 1898 en el seno de una modesta familia campesina, que era, además, numerosa pues ella era la cuarta de once hijos. Se crió en el ambiente de sencillez y bondad de su familia, modesta en bienes materiales, aunque dueña de un campo, pero rica en valores espirituales. Sus padres estaban inscritos en el Apostolado de la Oración y en el Rosario Viviente, y ella recitaba con sus padres las oraciones todos los días al caer la tarde. Su tío, Francisco Borzecki, hermano de madre, colaboró no poco en la educación cristiana de la niña. A los 6 años fue inscrita en la escuela elemental de su pueblo y allí estuvo hasta los doce años. Para los cultos religiosos tenían que ir a la parroquia de Radlow, distante siete kilómetros. Aquí recibió la primera comunión. Pero en 1912 se abrió una iglesia parroquial en Zabawa, a sólo cuatro kilómetros de Wal-Ruda, y al frente de la misma se puso al activo y celoso sacerdote don Ladislao Mendrala, el cual dio un gran impulso de vida espiritual a toda la parroquia.

Carolina comenzó a colaborar estrechamente con el sacerdote en todas las actividades parroquiales. El 18 de mayo de

1914 recibió el sacramento de la confirmación que produjo en ella gran efecto espiritual y la hizo firme y fuerte en la fe. Devota de la eucaristía, de la pasión del Señor y del Sagrado Corazón, comulgaba todos los primeros viernes, y su devoción a la Virgen María la llevaba al rezo diario del rosario. Dentro de su familia se hizo catequista de sus hermanos menores y reunía también a los niños de las casas vecinas para enseñarles el catecismo. Llena de caridad cristiana, visitaba a los ancianos y enfermos y prestaba cuantos servicios podía. Era aficionada a la lectura de la Sagrada Escritura y de las vidas de santos.

Como si el Señor quisiera prepararla para el combate que le esperaba, el día 13 de noviembre de 1914 recibió el sacramento de la penitencia y el día 15 se acercó a la sagrada comunión. Se estaba en el curso de la I Guerra Mundial y el día 18 de ese mes a las 9 de la mañana un soldado ruso penetró en su casa con un arma en la mano. Ante el padre aterrorizado tomó a Carolina por la mano y la arrastró fuera con evidentes intenciones. La llevó consigo por la fuerza hasta el cercano bosque. Viendo el peligro, Carolina se soltó de la mano del soldado y corrió unos 800 metros, pero el soldado la alcanzó. Ella siguió resistiéndose. El soldado la empujaba y empujaba un trecho de unos ochenta metros. Colgando del brazo izquierdo llevaba una carabina mientras que con la mano derecha empujaba a la muchacha. Por fin el soldado sacó el sable y mató a la muchacha. Dos chicos que estaban escondidos en el bosque vieron la escena pero no reconocieron quién era la víctima. El cuerpo no fue encontrado hasta el 4 de diciembre. Llevado a su casa, el cuerpo fue examinado por personas competentes que pudieron ver la gravísima herida que le había causado la muerte en pocos momentos. La joven no había perdido su virginidad física. Tenía varias otras heridas que le fueron causadas en su forcejeo. El 6 de diciembre fue el entierro al que asistieron tres mil personas. El 18 de junio de 1916 se le levantó un monumento en el pueblo al tiempo que se colocaba una cruz en el sitio del martirio; y el 18 de noviembre de 1917 sus restos mortales fueron llevados del cementerio a la parroquia de Zabawa, y comenzó la fama del martirio. El papa Juan Pablo II beatificó como mártir a Carolina el 10 de junio de 1987.

19 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Abdías, profeta **.
2. En Cesarea de Capadocia, San Máximo († s. III), corepíscopo y mártir.
3. En Brennier, junto a Vienne (Galia Lugdunense), santos Severino, Exuperio y Feliciano († s. III), mártires.
4. En Antioquía de Síria, San Barlaam († 303), mártir *.
5. En Heraclea de Tracia, cuarenta mujeres mártires, algunas de ellas vírgenes y viudas († s. IV).
6. En territorio de Velay (Aquitania), San Eudón o Eudes († 760), abad.
7. En el monte Mercurio (Calabria), San Simón († s. X), ermitaño.
8. En el monasterio de Helfta (Sajonia), Santa Matilde († 1298), virgen **.
9. En Mantua (Lombardía), Beato Santiago Benfatti († 1332), obispo, de la Orden de Predicadores *.
10. En Garraf (Barcelona), beatos Eliseo García García, religioso salesiano, y Alejandro Planas Saurí († 1936), mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ABDÍAS
Profeta

El mensaje de este santo profeta, uno de los doce llamados «menores», cobra en nuestros días palpitante actualidad. Hoy como entonces, una espiral de violencia se alza por doquier enturbiando el horizonte, y se propaga como fuego en cañaveral, con sangrientas luchas fratricidas.

«Abdías» significa «siervo o adorador de Yahvé». En la Biblia hebrea y en la Vulgata latina, ocupa el cuarto lugar, pero en los LXX está en el quinto. Los exegetas modernos lo colocan el antepenúltimo; sólo le siguen Joel y Jonás.

Su escrito es el más breve del Antiguo Testamento. Le llama «visión». Y tiene solamente 21 versículos. De él dice San Jerónimo que «cuanto más breve, resulta más difícil». Y añade que es

«parco en número de versículos pero no en su significado, de largo alcance» (PL 25,1.100).

El *Martirologio romano* actual hace su mención en el primer lugar del 19 de noviembre con este lacónico pero certero elogio: «Conmemoración de Abdías, el profeta anunciador de la ira de Dios contra los pueblos enemigos, que llevaron al destierro el pueblo de Israel».

Precisar en lo posible el contexto histórico y geográfico del profeta, nos ayudará a comprender mejor su predicación y sus oráculos. Aunque se sigue investigando sobre la época concreta de su vida, con muy diversas opiniones. Lo más probable y común es situarlo en los lustros que precedieron al 586 a.C. Ésta es la fecha luctuosa e inolvidable en que Nabucodonosor, rey de Babilonia, tomó y arrasó Jerusalén con atroces crueldades.

El rey de Judea, Sedecías (597-586 a.C.), trató de huir, pero fue capturado y conducido a Ribla, a orillas del Orontes, ante Nabucodonosor, quien degolló a los hijos en su presencia y a él le sacó los ojos. La ciudad fue devastada y el templo destruido. En Ribla, fueron asesinados sacerdotes, oficiales y nobles. Entonces se perpetró la última de las deportaciones al destierro.

Abdías vivió los dramáticos tiempos en que se fue fraguando la catástrofe y vio cómo se desmoronaba su patria. Vio venir su ruina.

En su profecía adquiere particular protagonismo Edom, llamada después Idumea. La región edomita, geográficamente está situada al sur de la zona montañosa, relativamente fértil, de Judea. El salmo 59,10 lo dice con una bella imagen: «Sobre Idumea echo mis sandalias».

Edom ocupaba una roca esteparia al sur del Mar Muerto, a uno y otro lado del Arabá, que prolonga la enorme depresión del Jordán. Sus pobladores se hicieron sedentarios desde el siglo XIII a.C. La relación siempre tirante y belicosa de Edom con Judá se remonta a los dos hijos gemelos de Isaac, Esaú y Jacob, antecesores respectivos de edomitas e israelitas. Jacob, el más pequeño, usurpó la primogenitura de Esaú, comprándosela por un plato de lentejas; y con la astucia de su madre Rebeca, disfrazado de Esaú, consiguió la bendición de Isaac, su padre, que le otorgaba las promesas y el dominio sobre su hermano:

«Es el aroma de mi hijo como el aroma de un campo
que ha bendecido Yahvé.
¡Pues que Dios te dé el rocío del cielo y la grosura de la tierra,
cantidad de trigo y mosto!
Sírvante los pueblos, adórente naciones,
sé señor de tus hermanos y adórente los hijos de tu madre.
¡Quien te maldijere, maldito sea,
y quien te bendijere, sea bendito!» (Gén 27,27-29).

Las tradiciones patriarcales nos informan de los reiterados conflictos que surgieron entre los dos hermanos.

Tampoco fueron nunca de buena vecindad las relaciones entre ambos pueblos. Judá necesitaba la ruta del Sur con salida al golfo de Aqaba y codiciaba las ricas minas de Edom. Nada extraño que David conquistase el territorio, como relata el segundo libro de Samuel 8,13s, arrasándolo con suma crueldad y exterminando a todos los varones (cf. 1 Re 14,15). Sólo consiguieron la ansiada independencia en el siglo IX, reinando Jorán. Nunca cicatrizaron las heridas. Ezequiel 35,5 habla de un «rencor antiguo» y Amós 1,11 añade que «ahogando la compasión conservó siempre la cólera».

Por eso los edomitas van a ser los primeros en colaborar con los babilonios cuando las tropas de Nabucodonosor asedian y arrasan la ciudad santa de Jerusalén. Y se aprovechan de las circunstancias para invadir las regiones limítrofes. Estas venganzas, motivadas por odios enconados, causaron honda impresión entre los judíos y dejaron amargas huellas en el salmo 137,7: «Acuérdate, Yahvé, contra la gente de Edom, del día de Jerusalén, cuando decían: "¡Arrasad, arrasadla hasta sus cimientos!"».

Llegan los ecos a Lamentaciones y a los libros proféticos, en cuya serie se inserta el opúsculo de Abdías. En él, Edom es llamado varias veces Esaú; y Judá, Jacob.

El escrito de Abdías consta de varios oráculos que aparecen con evidencia señalados con sus marcas divisorias: «Oráculo de Yahvé», «Lo ha dicho Yahvé». Tal vez fueron pronunciados en distintos momentos de su vida y predicación, pero se pueden englobar engranándolos en dos unidades superiores que se distinguen y completan entre sí.

En la primera (1-14.15b), las naciones son instrumentos del castigo divino y sólo se amenaza a Edom, que es castigado por medio de ellas.

En la segunda (15a.16-18), las naciones son el objeto del castigo divino, se amenaza a todos los pueblos y es Israel quien los castiga.

En la primera, Dios habla sólo a Edom; en la segunda, Dios se dirige a los israelitas.

El primer oráculo anuncia el castigo de Edom, justificándolo por su arrogancia y su violencia criminal contra los judíos:

«Esto dice el Señor Yahvé a Edom:
Hemos oído un mensaje de parte de Yahvé,
un embajador ha sido enviado a las naciones:
"¡Arriba, desencadenemos la guerra contra él!".
Mira, te he hecho el más insignificante de los pueblos,
el más despreciable.
La soberbia de tu corazón te ha engañado,
a ti que habitas en las grietas de la roca,
que pones tu morada en las alturas, y dices para ti:
"¿Quién me hará caer por tierra?".
Aunque te remontes como el águila, y anides entre las estrellas,
de allí te abatiré yo —oráculo de Yahvé—» (1-4).

Los versículos 2-9 aparecen casi a la letra, con variantes, en Jeremías 49,7-22. Pueden ser un añadido posterior al gran profeta.

«¡Cómo has sido arrasado! ¡Cómo has sido registrado, Esaú,
y saqueados tus tesoros!
Te han reducido a tus confines todos tus aliados,
te han traicionado tus amigos.
Los que compartían tu pan te han tendido una trampa:
"¡Ha perdido el juicio!".
Pero aquel día —oráculo de Yahvé— exterminaré los sabios de Edom,
y la sensatez de la montaña de Esaú.
Y se acobardarán tus guerreros, Temán,
y no quedará un solo hombre en la montaña de Esaú.
Por la violencia criminal contra tu hermano Jacob,
te cubrirá la vergüenza y serás aniquilado para siempre.
El día en que le diste de lado,
cuando los extranjeros apresaban su ejército,
cuando los extraños allanaban sus puertas

y se repartían a suertes Jerusalén, también tú eras uno de ellos.
¡No te recrees en el día de tu hermano, en el día de su desastre;
no te alegres por los hijos de Judá en el día de su ruina;
no te burles de él en el día del aprieto!
¡No entres por la puerta de mi pueblo en el día de su desastre,
no te recrees también tú en su desgracia, en el día de su desastre,
no saquees sus riquezas en el día de su desastre!
¡No te apuestes en las encrucijadas para exterminar a sus fugitivos,
no entregues a los supervivientes en el día del aprieto!
Lo mismo que tú has hecho se te hará:
sobre ti caerá tu merecido» (5-14.15b).

El segundo y más importante oráculo del profeta, se despega de los acontecimientos históricos concretos y alza el vuelo hacia el «Día del Señor» situado en un plano y horizonte trascendente y universal:

«Porque se acerca el Día de Yahvé para todas las naciones.
¡Sí, como bebisteis vosotros sobre mi santo monte,
beberán sin cesar todas las naciones, beberán relamiéndose
y desaparecerán sin dejar huella!
Pero en el monte de Sión sobrevivirá un resto que será santo
y la casa de Jacob recobrará sus posesiones.
La casa de Jacob será el fuego; la casa de Jacob, la llama,
y la casa de Esaú, la estopa: lo abrasarán hasta consumirlo,
y no le quedará un superviviente a la casa de Esaú.
¡Lo ha dicho Yahvé!» (15b.16-18).

Los dos únicos versículos en prosa desarrollan la promesa del verso 17, «La casa de Jacob recobrará sus posesiones»:

> «Ocuparán el Negueb, la montaña de Esaú, y la llanura de los filisteos, la campiña de Efraín y la campiña de Samaría, Benjamín y Galaad. La multitud de deportados de Israel ocupará Canaán hasta Sarepta, y los deportados de Jerusalén que están en Sefarad, ocuparán las ciudades del Negueb» (19-20).

El opúsculo se cierra con una marcha triunfal que inaugura el reino de Dios:

«Subirán victoriosos al monte Sión
para juzgar a la montaña de Esaú.
¡Y Yahvé reinará!» (v.21).

Es el grito del triunfo escatológico de Israel, repetido mil veces en los salmos. El reino de Israel es el reino de Yahvé culminación de la historia.

El mensaje de Abdías es de suma trascendencia. Poco importa la corta extensión de su profecía, cuando el hombre tiene algo que decir en nombre de Dios. Aunque por la brevedad se podría llamar «profeta, más que menor, mínimo», por la panorámica universal a la que se asoman y se elevan sus oráculos, cobra singular relieve con perenne validez.

Si la dureza de sus expresiones hiere a veces la sensibilidad cristiana, no se ha de olvidar el progreso de la revelación que sólo alcanza su plenitud en Cristo. A través de la amargura que rezuman sus oráculos, nos quiere transmitir algo más profundo: la denuncia valiente contra la espiral de la violencia, contra la incapacidad de olvidar y perdonar las ofensas y errores antiguos, contra la alegría salvaje por la caída y ruina de los rivales.

Resulta casi inhumano e injusto aplicar, como hace Abdías, la ley del Talión: «Lo que hiciste te haré». La historia contemporánea nos ofrece ejemplos y actitudes semejantes. Pero el profeta no se contenta con la denuncia ni se queda en los castigos; transmite también una promesa esperanzada a su pueblo: la futura restauración asegura que Dios no lo abandona en su desgracia, y esta confianza inquebrantable y esta fe lo sostiene a pesar del castigo.

El Nuevo Testamento nos obliga a matizar y completar el mensaje profético de Abdías, pues no se trata de que los enemigos nos perdonen; hemos de ser los primeros en perdonar a los enemigos y vencer el mal a fuerza de bien. En el Apocalipsis 1,15 se puede ver implícitamente referencia a Abdías cuando alude a la llegada del Reino; pero ya no se trata sólo de un grupo que asciende al Monte santo, sino que ya es la multitud de todos los pueblos reconciliados.

Esta visión optimista del final de la historia nos invita a volver los ojos hacia el futuro restaurador del pueblo, el Mesías.

El culto al santo profeta Abdías es testificado por los sinaxarios y el antiguo *Martirologio romano,* pero éste lo asignaba a Samaría en Palestina, confundiéndolo con un personaje histórico

de la Biblia: el superintendente regio que protegió a los profetas perseguidos en tiempos del impío Acaz, el de Jezabel.

En la iconografía se le representa con aspecto solemne: figura imponente, muchas veces con rostro juvenil; la cabeza, cubierta al modo de los judíos. La imagen suele llevar una cartela con su nombre o algún texto de su profecía. Entre los atributos distintivos aparece a veces con un pan y un vaso de agua, por el socorro que dio a los profetas perseguidos el superintendente con el que algún tiempo se le confundió. En ocasiones lleva un rollo en la mano. Aparece con frecuencia en las miniaturas de las biblias, en frescos, mosaicos y esmaltes, con una espada en la mano. Es muy famosa la escultura de Nanni di Bartolo (siglo XVI) en el campanario de la catedral de Florencia.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO SCHÖKEL, L. - SICRE DÍAZ, J. L., *Los profetas,* II (Madrid 1980) 995-1006. *Biblia de Jerusalén* (Bilbao 1998) 1093; 1361-1362.
CELLETTI, M. CH., «Abdia. Iconografia», en *Bibliotheca sanctorum,* I: *A-Ans* (Roma 1961) cols.47-48.
GARCIA DE ORBISO, T., «Abdia», en *Bibliotheca sanctorum,* I: *A-Ans* (Roma 1961) cols.44-47.
OLAVARRI, E., «Cronología y estructura literaria del oráculo escatológico del profeta Abdías»: *Estudios bíblicos* 22 (1963) 303-313.

SANTA MATILDE DE HELFTA Y SANTA GERTRUDIS LA MAGNA

Vírgenes († 1298; † 1302)

El siglo XIII dio a la Iglesia dos figuras femeninas cuya santidad fue en parte el resultado de una amistad profunda. Éste es el motivo que las une aquí. Son Matilde de Hackeborn y Gertrudis, llamada «la Magna», cuya ascendencia nos es desconocida. Las dos pertenecen al monasterio de Helfta, en el norte de Alemania. Las dos ingresaron niñas en el convento.

En aquella centuria en que el problema del saber iba ocupando un primer plano cada vez más definido en la tabla de los valores humanos, las hijas de las familias nobles, dirigentes de entonces, eran enviadas a monasterios femeninos para ser edu-

cadas en las artes liberales y en las reglas de la cortesía francesa, que la moda de entonces imponía.

Ya durante el siglo anterior se había ido extendiendo la idea del monasterio-asilo. Todavía muy jóvenes, las niñas eran entregadas por sus padres al monasterio, al cual se consideraban obligados a corresponder con una dote en nombre de la hija. En cierto sentido ellos creían haber asegurado así para ella una mansión temporal y eterna. Estas ideas obscurecían el verdadero sentido de la vocación.

Fue así como entró la relajación en los monasterios femeninos. Puede ser considerado producto natural de una nobleza que, al mismo tiempo que defendía una posición en la vida, buscaba asegurarse el favor de Dios.

El monacato atravesaba una crisis grave. Y el pueblo se hacía eco de ella. Escandalizado por las costumbres mundanas de los que no debían ser del mundo, por el ansia desmedida de riquezas que contemplaban en los monjes y en el clero, sufría ante este espectáculo.

Pero, una vez más, la Iglesia, contra la que no prevalecen las puertas del infierno, sacó de entre sus cenizas nueva vida espiritual para sus hijos.

Muy a principios de siglo, Santo Domingo, español, de los Guzmanes, y San Francisco, «el enamorado de la dama pobreza», se levantaron en nombre de Dios «por una Iglesia mejor». Y con su vida austera dieron el gran ejemplo que el clero y la vida monacal de entonces necesitaban. Intelectualmente bien preparados, los dominicos se entregaron de lleno a la guía de almas.

Llegaron a Helfta, marcando con su espíritu nuevo una nueva etapa de espiritualidad en aquel monasterio, que, por lo demás, ya atraía la atención de los que lo rodeaban por la santidad poco común de sus monjas.

Por una especial providencia de Dios, gobernó el monasterio durante cuarenta años la abadesa Gertrudis de Hackeborn, de espíritu recio y grandes cualidades de educadora, con una decidida aspiración a la santidad, que intentó imprimir en sus súbditas. Allí llegaron nuestras dos santas: una, Matilde, hermana de la abadesa, y la otra, Gertrudis, de familia desconoci-

da y probablemente humilde. Encontraron un ambiente propicio para la perfección, a la que se entregaron con sinceridad total.

Matilde fue maestra de la escuela monacal; Gertrudis fue algo más sencillo: fue una monja sin más título que su espléndida santidad y entrega total a Cristo. El Maestro correspondió por su parte a esta exquisita generosidad mostrándosele en visiones místicas y revelaciones. Pero no hay que olvidar que a estas gracias del Señor precedió con seguridad una época de gran purificación en estas dos mujeres, de esfuerzo personal constante, de fidelidad exquisita a Jesucristo. De un seguir adelante «a pesar de». El que esas luchas no hayan llegado descritas hasta nosotros es en cierto aspecto natural en la mentalidad de la Edad Media, más dispuesta a dejarse deslumbrar por lo portentoso que por lo sencillo y oscuro. Hay que considerar, además, que los testimonios que de estas dos santas han llegado hasta nosotros son noticias dadas por ellas mismas. Es lógico concluir que consideraron más interesante dar testimonio de Cristo y sus revelaciones que de su lucha ascética.

Tampoco de sus vidas sabemos mucho. Matilde nació en 1242 y murió en 1298. Tenía veinte años cuando llegó Gertrudis al monasterio, quien, quince años más joven, murió en 1302.

Matilde fue directora de estudios de la niña. Tanto Matilde como la abadesa percibieron rápidamente las cualidades intelectuales extraordinarias de la pequeña discípula. Y ambas se esmeraron en cultivar su inteligencia con el estudio de las artes liberales y divinas. Así preparada, Gertrudis llegó a ser la amanuense de su propia maestra. Durante la larga enfermedad que el Señor envió a Matilde, ella fue escribiendo en secreto las confidencias de la monja sobre su extraordinaria intimidad con Jesucristo. A través y con motivo del año litúrgico, el Señor se iba entregando a aquella alma, dándole a conocer la intensidad del amor de su corazón. Los favores y revelaciones recibidos por Matilde quedaron así expresados por Santa Gertrudis en un libro deliciosamente ingenuo llamado *Libro de la gracia especial.* También Gertrudis fue favorecida a los veinticinco años con la gracia de las revelaciones de Cristo. Por deseo expreso de Jesús nos las legó en su libro *El embajador de la divina piedad.*

Es un mensaje común el que Cristo dio a estas dos monjas benedictinas. Las dos penetraron finamente el misterio de Dios hecho hombre. A través de sus revelaciones, el amor de Dios llega palpitante y vivo hasta nosotros. Ellas recibieron la gracia de comprender mejor cuál es «la anchura y longitud, la altura y profundidad de este misterio» (Ef 3,18).

Su papel ha sido hermoso. En aquellos momentos de debilidad espiritual y tibieza en el monacato, ellas acercaron el corazón del hombre al corazón de Dios. Y dieron a conocer el poder casi infinito que el amor da al alma sobre ese corazón:

> «Discurría (Matilde) en una ocasión sobre el poder del amor divino, que, arrancando a Cristo del seno del Padre, le abajó al seno de su Madre, y el Señor le dice: "Heme aquí a discreción de tu alma como cautivo tuyo para que hagas de mí cuanto te plazca, y yo, como cautivo que nada puede más que lo preceptuado por su dueño, estaré a merced de tu querer"» *(Libro de la gracia especial,* c.31).

De esta nueva categoría de valores en la vida espiritual surgió el principio de la devoción al Corazón de Cristo, símbolo definitivo del amor.

Una corriente de vitalidad se extendió por el monasterio y sus alrededores, pues la santidad de estas dos mujeres llamó pronto la atención de los que visitaban el convento. Los dominicos, los sabios de entonces, con su prestigio, defendieron las teorías místicas que sobre el Corazón de Jesús sostenían aquellas benedictinas.

Hoy, refrendadas sus revelaciones por las que Cristo hizo a Santa Margarita María, corresponde a estas dos mujeres un puesto importante en la espiritualidad de la Iglesia, que desea, por su intercesión, que sus hijos lleguemos también «a conocer aquel amor de Cristo que sobrepuja a todo conocimiento, para que seamos llenos de toda la plenitud de Dios» (Ef 3,19).

MARÍA ÁNGELES AISA

Bibliografía

BERLIÈRE, U., OSB, Art. en *Revue Bénédictine* 16 (1899) 457-461.
DOLAN, J. G., OSB, *St. Gertrude the Great* (Londres 1912).
HAMON, A., *Histoire de dévotion au Sacré Coeur de Jésus,* II (París 1924).

MICHAEL, E., *Geschichte des deutschen Volkes vom dreizehnten Jahrhundert,* III (Friburgo 1900) 174-221.
Revelationes Gertrudianae et Mechtildianae opus ad codicum fidem nunc primum integre editum solesmensium o.s.b. monachorum cura et opera (Pictavii 1875).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN BARLAAM
Mártir († 303)

Barlaam era un cristiano fervoroso de Antioquía, perteneciente a la clase trabajadora del campo, y por ello mismo persona ruda y sin cultura. Llegada la persecución y acusado como cristiano, se le quiso obligar a dar culto a los dioses, a lo que Barlaam se negaba tenazmente. Querían salvarlo y para ello idearon ponerle por la fuerza carbones encendidos con incienso en la mano, de forma que si los soltaba tendría la apariencia de estar ofreciendo el incienso a los dioses. Barlaam aguantó con heroica fortaleza y prefirió se le quemase la mano, con lo que salió fallida la estratagema de los perseguidores. Seguidamente fue sacrificado. Sus alabanzas las cantan en sus homilías los santos Basilio el Grande y Juan Crisóstomo.

BEATO SANTIAGO BENFATTI
Obispo († 1332)

Nace en Mantua de noble familia en la segunda mitad del siglo XIII. En su juventud decide su vocación religiosa e ingresa en la Orden de Predicadores, teniendo como maestro de novicios al futuro papa Beato Benedicto XI. Fue enviado a París a estudiar y allí fue ordenado sacerdote, y enseñó durante unos años en la misma ciudad. El 10 de enero de 1304 su antiguo maestro, llegado a Papa, lo nombraba obispo de Mantua. Estuvo presente en Milán en la coronación del emperador Enrique VII en 1310, igualmente participó en el Concilio Ecuménico de Vienne en mayo de 1312, y vivió dedicado al cuidado pastoral de su diócesis, evitando con expresa voluntad entrar en los problemas y enfrentamientos políticos de su tiempo. Celoso

predicador de la palabra divina y administrador de los sacramentos, de vida austera y purísima, dio un ejemplo luminoso a su grey en un tiempo nada propicio a las virtudes pastorales. Murió en Mantua el 19 de noviembre de 1332. Su cuerpo, que fue hallado incorrupto años más tarde, fue finalmente depositado en la catedral donde todavía reposa. El papa Pío IX confirmó su culto el 22 de septiembre de 1859.

BEATOS ELISEO GARCÍA GARCÍA Y ALEJANDRO PLANAS SAURÍ

Mártires († 1936)

El 19 o el 20 de noviembre de 1936 el comité revolucionario de San Viçens dels Horts, junto a Barcelona, mandó detener al salesiano coadjutor don Eliseo García y al colaborador seglar del seminario salesiano don Alejandro Planas. Se supone que ambos fueron llevados primero a la sede del Comité y posteriormente a las costas del Garraf, no muy lejos de Barcelona, donde fueron fusilados. Sus cadáveres nunca fueron encontrados. Sus datos personales son éstos:

ELISEO GARCÍA GARCÍA nació en El Manzano (Salamanca) el 19 de agosto de 1907 en una familia de agricultores. Movido por el ejemplo de su hermano Esteban que se había hecho salesiano, él optó por esta misma vocación. Emitió los votos religiosos en 1932. En 1935 prestaba sus servicios como salesiano coadjutor en el seminario de su Congregación en San Viçens dels Horts, y hubo de hacer frente a las difíciles circunstancias sobrevenidas con el estallido de la guerra española el 18 de julio de 1936. Los salesianos de San Viçens supieron lo sucedido en la casa de Barcelona, que había sido incendiada, pero no fue hasta el día 21 cuando el Ayuntamiento mandó poner un aviso en la puerta del colegio diciendo que aquel edificio quedaba intervenido por el gobierno de la Generalitat. El día 25 los milicianos mandaron desmontar la capilla y eliminar cualquier signo religioso. Los salesianos y los niños que quedaron en el seminario fueron pasando el tiempo sin grandes sobresaltos hasta que el día 12 de noviembre llegó orden de expulsión. Como don Alejandro Planas, que era seglar, se quedó en el seminario como

si fuera el colono de la finca, don Eliseo iba a visitarlo con cierta frecuencia y le llevaba alguna ayuda. Y en una de estas visitas fue arrestado y posteriormente fusilado.

ALEJANDRO PLANAS SAURÍ era natural de Mataró y había nacido el 31 de octubre de 1878. Era sordo de nacimiento y hablaba pero muy bajo, sin embargo, era capaz de entender a sus interlocutores por los labios. Desde 1905 era empleado del seminario salesiano de San Viçens dels Horts. Llevaba una vida de profunda piedad y estaba siempre disponible y atento a todos. No pudo ser admitido a la profesión religiosa pero hizo los votos privadamente. Se quedó en el seminario haciéndose pasar por el colono de la finca, y recibía la comunión que le llevaba don Eliseo García hasta que fue arrestado con él y martirizado.

Fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

20 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Antioquía de Siria, San Basilio († s. III), mártir.
2. En Écija (Andalucía), San Crispín († s. III), obispo y mártir *.
3. En Doróstoro (Mesia), San Dasio († s. IV), mártir.
4. En Turín (Liguria), santos Octavio, Solutor y Adventor († s. IV), mártires.
5. En Vercelis (Liguria), San Teonesto († 313), mártir.
6. En Benevento (Campania), San Doro († s. V), obispo.
7. En Chalon-sur-Saône (Borgoña), San Silvestre († ca. 530), obispo.
8. En el monte Jura, territorio de Lyón, San Hipólito († 770), abad y obispo.
9. En Constantinopla, San Gregorio Decapolitano († 842), monje, defensor de las sagradas imágenes.
10. En Inglaterra, San Edmundo († 869), rey y mártir *.
11. En Hildesheim (Sajonia), San Bernardo († 1022), obispo **.
12. En Calabria, San Cipriano († 1190), abad de Calamizzi *.
13. En Hanoi (Tonquín), San Francisco Javier Can († 1837), catequista y mártir *.

14. En Veroli, Lazio (Italia), Beata María Fortunata (Ana Felisa) Viti († 1922), religiosa de la Orden de San Benito **.

15. Cerca de Valencia, beatas Ángeles de San José (Francisca) Lloret Martí, María del Sufragio (Antonia María) Orts Baldó, María de Montserrat (Dolores) Llimona Planas, Teresa de San José (Ascensión) Duart Roig, Isabel Ferrer Sabriá, María de la Asunción (Josefa) Mongoche Homs, María de la Concepción (Emilia) Martí Lacal, María de la Gracia (Paula) de San Antonio, Corazón de Jesús (María de la Purificación) Gómez Vives, María del Socorro (Teresa) Jiménez Baldoví, María de los Dolores (Gertrudis) Surís Brusola, Ignacia del Santísimo Sacramento (Josefa) Pascual Pallardó, María del Rosario (Catalina) Calpe Ibáñez, María de la Paz (María Isabel) López García, y Marcela de Santo Tomás (Áurea) Navarro, vírgenes, religiosas de la Congregación de la Doctrina Cristiana, mártires en 1936 **.

16. En El Picadero de Paterna (Valencia), Beata María de los Milagros Ortells Gimeno († 1936), virgen, de la Orden de las Clarisas Capuchinas, mártir *.

B) Biografías extensas

SAN BERNARDO
Obispo († 1022)

En puertas el último tercio del siglo décimo, en pleno ambiente medieval, estalló una vida que haría historia, acunada en el castillo de Sommerschenburg, geografía sajona. En torno al año 960.

Padres —Teodorico y Frideruna— nobles y cuna noble para el recién nacido. Nieto de Adalberón, conde del Palatinado; sobrino de Folcmaro, que ocupará la silla episcopal de Utrecht desde el 976 al 991, y de Rotgarda, abadesa del monasterio imperial de Hilwartshausen.

Y esmerada educación. Quinceañero, frecuenta la escuela catedralicia de Hildesheim, una de las más prestigiosas y con mayor oferta académica de la época. Alumno aventajado del rígido maestro Tangmaro —decano, bibliotecario y notario diocesano— que historiará la aplicación, los ensayos literarios y artísticos, la vida del joven discípulo.

Radiografía biográfica del momento:

> «Vi que en todas las cosas mostraba una inteligencia diez veces mayor que sus compañeros. Pasmábame del ardor que ponía en

> penetrar los más sutiles problemas de la divina filosofía. Terminadas las lecciones, buscaba a aquellos que veía más asiduos en la santa meditación y les interrogaba sobre las cuestiones que le habían parecido algo oscuras, o bien se le veía rodeado de otros compañeros que, conocedores de su penetración, venían a proponerle sus dificultades. En las aulas estaba casi siempre solo, lejos del maestro, pero escuchando sin pestañear sus explicaciones. Yo, convencido de su extraña capacidad, trataba de alimentarle con la leche más exquisita de las Sagradas escrituras».

Para mayor abundancia:

> «Cuando, por atender a algún servicio de la mitra, tenía que salir del monasterio, llevábale conmigo de viaje a fin de discutir con él más profundamente aquellas verdades que en la clase era imposible profundizar. Con frecuencia cabalgábamos todo el día sin dejar de estudiar, ahora leyendo con larga porfía, ahora aguzando el espíritu con el juego de las composiciones poéticas; después ocupándonos en los ejercicios de la oración en prosa o bien enriqueciendo la inteligencia con las disputas silogísticas. Aún en casa, muchas veces se me presentaba el muchacho, siempre algo turbado, pidiendo que le resolviese las más altas cuestiones de la ciencia».

Alimentaba el mozo sajón un insaciable afán de saber.

Remata Tangmaro: «Bien puedo decir que nunca descansaba, ni siquiera durmiendo».

Apasionadamente aplicado él en el conocimiento tanto de las artes bautizadas liberales como de las llamadas mecánicas. Para éstas tenía manos de plata. Particularmente diestro en el manejo de la gubia y del cincel e ingeniosamente hábil para la forja, el repujado y el esmaltado.

Al silencio claustral de Hildesheim siguió Maguncia. Donde quedaría completa la formación del hombre llamado a brillar con luz propia en la realidad histórica medieval. En Maguncia, ciudad importante desde su elevación, en el 747, a la categoría arzobispal, Bernardo recibió el presbiterado. Ungido por Willigis, titular de la sede, con quien el neo sacerdote compartió amor a la cultura y aficiones artísticas.

Ya presbítero, su tío Folcmaro le brindó la silla abacial de Deventer. Pero la rehusó, prefiriendo la compañía del abuelo, conde Adalberón, tras cuyo fallecimiento —año 987— sí aceptaría una invitación. Una llamada imperial. Y, de resultas, capellán de la corte, encargado de la educación del hijo de la

regente Teofanía, futuro Otón III, ahora un chaval de siete primaveras. Una misión, estirada a lo largo de media docena de años, que le facilitará contactos y amistad con importantes personalidades eclesiásticas y civiles. Al tiempo que, dada la profunda penetración cultural bizantina e italiana en el ambiente palaciego, abrirá campo al marcado espíritu artístico del reverendo preceptor imperial. Quien, inevitablemente, acabará enredado en la lucha de intereses que cuidadosamente historia la *Vita,* el manuscrito supuestamente del maestro Tangmaro, del que ya hemos copiado.

Todos afanosos de mando y de influencia sobre el menor de edad camino del trono. Pretendientes: la madre; Enrique, duque de Baviera; el ya conocido arzobispo Willigis; Gerberto, maestro de palacio.

En liza, repetidamente, el sistema educativo cortesano. A favor y en contra de la permisividad en los caprichos del discípulo imperial. Frente a la adulación y a la excesiva tolerancia, la rigidez del docente, que el capellán avalaba y la regente consentía.

Intrigante también Sofía, hermana del emperador, que había abandonado el monasterio de Gandersheim. Nuevamente en palacio. Satisfecha la familia. De acuerdo Willigis. Gerberto, atento a la filosofía, a las matemáticas y a la astronomía, desentendiéndose. Pero Bernardo, valiente, recordando a la monja que su lugar era el claustro. Reiteradamente conflictiva la monja, provocativa, rebelde. Por su culpa discutiéndose jurisdicción los obispados de Maguncia y Hildesheim, recurrente el primero a Roma.

Bernardo, molesto y antipático. En el 992 el obispo Gerdag dejó huérfana la diócesis de Hildesheim. Una ocasión no buscada, magnífica para alejar, premiándole, al capellán imperial. Cuyas meritorias dotes humanas y virtud le convertían en candidato ideal para llenar el hueco eclesiástico de referencia.

Bernardo recibió la dignidad episcopal en fecha 15 de enero del 993. Consagrado por el metropolitano Willigis, con quien sin tardanza estrenaría situación conflictiva.

Nuevamente la monja Sofía —reintegrada al convento— de por medio, provocadora. Por cuestiones jurisdiccionales sobre

el monasterio de Gandersheim, en disputa Hildesheim y Maguncia. Terca y rebelde la monja, haciendo necesario el recurso a Roma.

Problemas aparte, Bernardo estrenaba andadura. Obispo y señor. Responsable del cuidado y de la protección, espiritual y temporal, de la grey a su mando. Vida nueva. Aunque personalmente poca variación.

Leamos a Pérez de Urbel que borda la supuesta diaria jornada del prelado:

> «Leía hasta el canto del gallo, rezaba hasta el amanecer y después dormía tres o cuatro horas. Como en otras muchas catedrales de aquel tiempo, también en la de Hildesheim el clero vivía monásticamente y, en cuanto le era posible, Bernardo seguía el horario de la comunidad. Por la mañana se reunía en capítulo con los hermanos, hacía leer los nombres de los monjes difuntos y rezaba por ellos. Después de misa comenzaba sus tareas episcopales: recibía visitas, examinaba y resolvía con rapidez los litigios que el pueblo le presentaba; repartía la limosna a los pobres delante de la basílica, daba su bendición a los enfermos, recorría la sala de los copistas y los pintores, visitaba a los orfebres, entraba en los talleres de fundición, examinaba las obras y objetos artísticos, daba las órdenes necesarias y, a eso de las tres de la tarde, volvía al monasterio, donde le aguardaba una comida frugal pero sabrosa, según él solía decir, porque tenía como compañeros el silencio y la lectura».

Es verdad. Bernardo fue un obispo verdaderamente apasionado por el arte. Fundador, en consecuencia, de una escuela de arte. La *Hildesheimer Werkstatten.*

Pero, eso sí, el arte como púlpito. Como medio. Como instrumento de evangelización; predicando personalmente con el hierro, con el bronce, con la plata... Famosos, entre otras insignes joyas, la puerta catedralicia de Hildesheim con reproducciones metálicas evangélicas; el gigantesco y artístico candelero pascual, conocido como *columna de Bernardo;* la miniatura de *Kostbares Evangeliar,* auténtica obra maestra.

Primordialmente desviviéndose por la virtud, la cultura y la paz del pueblo. Laicos y clero. Y, a tal efecto, promovió y encauzó vocaciones a la abadía de San Miguel que, en el 1001, fundó en la capital del obispado. Y hacia los también nacidos monasterios masculino de Oelburg y femeninos de Heiningen y de Steterburg.

De tanto en tanto, cuando las incursiones piratas de eslavos y normandos perturbaban la paz popular, no quedaba otro remedio que prescindir del báculo y del cincel y empuñar la espada. El obispo artista se tornaba guerrero. Sin motivo para el escándalo. Todo muy normal en la idiosincrasia de la época.

Bernardo levantaba fortalezas —Hildesheim, Mundburg y Warenholz—, armaba a los mozos y a los hombres y los enviaba a guerrear.

Contra los sublevados del Elba, entre el 994 y 995. En apoyo de Otón III en la pacificación de Tívoli, seis años después, y contra la insurrección de Roma. A favor de Enrique II, metido en discusiones sucesorias. Enrolado en la expedición imperial, otra media docena de años más tarde, contra los franceses, coronada con la doble peregrinación: al sepulcro de San Martín de Tours y a San Daniel, en París.

No es raro que su intensa dedicación terrena provocara antipatías, envidias y hostilidades al titular de la sede de Hildesheim. Y, a mayor abundancia, tirando leña al fuego, el valiente compromiso de Bernardo en favor de los campesinos; particularmente los que vivían de su sudor sobre las propiedades agrícolas eclesiásticas.

Obispo sabio, estudioso, que se hizo con una rica biblioteca de títulos religiosos y profanos. Obispo artista, con la gubia y el cincel en las manos, promotor y mecenas. Obispo príncipe, fiel a la casa reinante, sensible a las circunstancias y a las necesidades materiales de su pueblo, que empuñaba la espada cuando se trataba de defenderle. Obispo espiritual y santo, que predicaba y vivía el amor y la justicia.

Quiso acabar sus días en la paz monástica de San Miguel, la construcción que había dado a la capital de la diócesis y le dejaría en monumental recuerdo. Y allá que se retiró, compartiendo hábito, mesa y techo con la comunidad. Donde pasó a mejor vida el 20 de noviembre de 1022. Y donde recibió sepultura. Repartidas ahora sus reliquias entre la catedral y el templo de Santa María Magdalena de Hildesheim, que guardan, respectivamente la cabeza y el resto de los despojos mortales.

Por voluntad del finado, la inscripción en el primitivo sarcófago de piedra, en la iglesia cenobítica, pregona:

> «Fui la parte corruptible de un hombre que se llamó Bernardo; ahora, dentro de este frío sarcófago, soy vil ceniza. Aunque negligente, ¡ay!, en mi alta dignidad, pido paz para mi alma y tú, que lees, añade: "Amén"».

El concilio de Erfurt, en 1150, autorizaría el culto en la liturgia monástica de San Miguel. Una bula pontificia de Celestino III, fechada el 8 de enero de 1193, universalizaría la veneración al proclamado santo. Y, finalmente, el papa Benedicto XIV, en el 1748, inscribiría a Bernardo de Hildesheim en la lista oficial eclesiástica de cristianos modélicos, imitables.

San Bernardo es el primer sajón distinguido con el honor de los altares. Patrono de la diócesis de origen y de los orfebres.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

LEONARDI, C. - RICCARDI, A. - ZARRI, G. (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000).
PÉREZ DE URBEL, J., *Año cristiano* (Madrid ⁴1956).
SCHAUBER, V. - SCHINDLER, H. M., *Diccionario ilustrado de los santos* (Barcelona 2001).

BEATA MARÍA FORTUNATA (ANA FELISA) VTII
Virgen († 1922)

Nadie lo hubiese creído aquel frío día de noviembre de 1922, cuando sólo tres personas, el capellán, el monaguillo y el enterrador, condujeron el sencillo féretro de madera al camposanto de Veroli, desde el monasterio de las «monjas buenas» como así llamaban a las benedictinas de aquel lugar no muy distante de la ciudad de Frosinone. Se trataba de una sencilla monja conversa, nada menos que de noventa y seis años, de la que ya hacía mucho tiempo que nadie se acordaba. Y nadie lo diría, porque, pasados sólo trece años, serían más de veinte mil personas las que el día de San Benito, el 21 de marzo de 1935, la acompañarían para devolverla con honor y veneración a su monasterio para ser allí custodiada hasta que la Iglesia dispusiese su elevación a los altares.

Los comienzos de la vida de María Fortunata (bautizada como Ana Felisa) tienen mucho de triste novela del siglo XIX.

Nacida como la mayor de una prolífica familia de nueve hermanos, tuvo la tristeza de ver morir pronto a su madre, teniendo que ser ella la responsable de todos ellos a sus catorce años de edad. Su padre, un rico terrateniente de Ciociaria, entre Veroli y Frosinone, llegó a perder su fortuna por el vicio del juego, dejando a sus pobres huérfanos prácticamente en la miseria.

El hambre enseñó sus afilados dientes a la familia Bono ya en la cuesta de la miseria, y ni las mismas limosnas que alguna vez llegaron de las mismas benedictinas de Veroli eran suficientes para paliar tanta necesidad. Ana Felisa se vio obligada como tantas muchachas pobres de su tiempo a ponerse a servir. Encontró una buena familia, los Móbili, que poseían el palacio castillo que había pertenecido a los Aquino y donde había sido encerrado el joven Tomás para que no se hiciera dominico. Con los Móbili, en cuya familia dejó un grato recuerdo, pasó tres años cuidando a los hijos de la noble familia, para así garantizar con su sueldo la comida de sus hermanos y de su mismo padre, a quien, a pesar de su vicio, ella siempre respetó y amó.

Cuando volvió a casa ya tenía tomada una determinación: se haría monja benedictina en Montecorvo; esperó un año más, para ver que todos sus hermanos se colocaban decentemente, y a sus veinticuatro años ya estaba preparada. En el entretanto ella misma se había hecho el ajuar para entrar en el monasterio; y no sólo eso: meditándolo mejor, se decidió por ingresar, en lugar de Montecorvo, en el monasterio de su ciudad natal, en Veroli.

Se cuenta que Feliseta, como la llamaban familiarmente, era alta, delgada y fina, de cabellos dorados y guapísima; durante su estancia entre los Móbili, un joven de rica familia de Alatri la había pretendido; quizá fue por eso por lo que cambió Montecorvo por su ciudad natal. El caso es que su vocación y su deseo de entrega a Dios era lo más importante en su vida. Ingresó en el monasterio de «las buenas monjas» el 21 de marzo de 1851, en aquel entonces solemnidad del Tránsito de San Benito.

Cuando después del postulantado tomó el hábito le impusieron el nombre por el que hoy la conocemos: María Fortuna-

ta. Fue aceptada como hermana lega o conversa, pues ni tenía dote pecuniaria que presentar ni su instrucción era la adecuada, ya que nunca había podido dedicarse al estudio. Sabía leer y escribir, pero de lo que más sabía era trabajar con amor y dedicación, y eso iba a ser el centro y motor de su vida ofrecida en holocausto al Señor por el bien de sus hermanas. Con el tiempo los superiores quisieron que pasase a ser monja de coro, pero ella siempre quiso permanecer como hermana lega, ligada al trabajo cotidiano, en el que encontraba el mejor medio para estar junto a Dios.

Cuando profesó había escrito en un cuadernillo: «Ya que tengo la buena suerte (Fortunata) de hacerme santa, quiero santificarme; porque si me equivoco me equivoco para siempre». Estamos en el siglo XIX, un siglo repleto de devociones. La espiritualidad cristiana se encontraba a rebosar de pequeñas devociones. María Fortunata no escapa a su entorno pero sabe encontrar los puntos claves. La fe en la Trinidad, devoción heredada de su madre, y el cristocentrismo propio de la Regla de San Benito que ella resumía en una jaculatoria o frase que no se desprendía nunca de sus labios: «Poder y caridad de Dios».

La pasión de Cristo era también un punto fuerte entre las monjas de Veroli, dirigidas afectuosamente por el pasionista Beato Domingo de la Madre de Dios, gran misionero de Inglaterra que había participado en la conversión al catolicismo del futuro cardenal Newman. El Beato pasionista había llegado a comprometer a las benedictinas de Veroli para que fuesen sus auxiliares ante Dios para lograr la vuelta al catolicismo de la anglicana Inglaterra. El amor a Cristo crucificado señalará hitos importantes en su oración y en su vida interior y existen suficientes indicios entre los testigos de la causa de canonización para pensar que Dios la otorgó participar incluso físicamente en los dolores de Cristo en su pasión. Tan absorta quedaba ante Cristo crucificado que ni sintió ni se movió de su oración en el terrible terremoto que asoló aquella región italiana en 1915. Y en otra ocasión la hallaron sus hermanas desvanecida ante el crucifijo y, al ponerla en la cama y quitarle la túnica, vieron señales inequívocas en la espalda del que ha recibido golpes o lati-

gazos. Ella sólo dijo: «hoy he meditado con Cristo atado a la columna».

Ni que decir tiene que la Eucaristía era su mejor alimento y María Santísima, especialmente contemplada junto a la cruz de su Hijo, el ejemplo a imitar y seguir con valentía y decisión.

Como hermana conversa participó en una intensa vida de trabajo comunitario. Trabajaba por tres, como decían las monjas. Fue la encargada de la ropería durante más de setenta años y sólo tres enfermera. Pasó su vida zurciendo, remendando y cuidando los hábitos de sus hermanas. Hilaba con la rueca y el huso y producía un hilo tan fino que sus hermanas lo destinaban para confeccionar los más sutiles encajes. Era casi milagroso cómo iba siempre limpísima con un hábito finamente remendado de muchos años. Cuando llegó a vieja y la vista o las fuerzas le faltaban, encontró un simpático sistema en el que ella confiaba con fe ciega: pedía al confesor que bendijera sus manos, sus brazos y sus ojos; así trabajaba doblemente con alegría y el consuelo de servir a sus hermanas; de esta fe en la bendición sacerdotal dijo una vez su abadesa, la Madre Bisleti: «Hay más fe en el corazón de sor María Fortunata que en toda la diócesis de Veroli». No perdía tiempo en el locutorio, pues muy pocos la conocían, pero corría a la reja si era cuestión de dar una limosna a un pobre. Cuentan que sintió predilección por un pobre deshollinador que cada año venía a limpiar las chimeneas del monasterio. No perdía ocasión de llevarle un buen plato de sopa y un buen vaso de vino cuando había concluido con su trabajo. En él, negra la cara por el hollín, veía especialmente el rostro esplendoroso de Cristo, como recuerda la regla benedictina.

Siendo una monja humilde y apenas conocida, la irradiación de sus virtudes fue reducida pero no menos radiante. Brilló en su pureza virginal, en su modestia, en su sencillez, en su humildad y recogimiento. Las chicas educandas que estudiaban en el monasterio decían: «Todas las monjas son buenas, pero Sor María Fortunata es distinta, es otra». Otra peculiaridad de María Fortunata era su amor a la naturaleza y a los pequeños animales del jardín o la huerta monástica. No osaba pisar las filas de las hormigas; dejaba migas para los pajarillos

en invierno; hizo amistad con un gorrión solitario y preparaba copos de lana para que los pajarillos hicieran sus nidos; la confianza de éstos era palpable: cuando sor María trabajaba en el jardín saltaban de gozo a su alrededor, posándose en sus manos y en sus hombros.

Mas en la jerarquía de valores estaba el amor por sus hermanas, a quienes servía generosa e intensamente, especialmente a la que más sufría o a aquella que podía ser más arisca o antipática, teniendo detalles de amor y celo fraterno que llegaba a conmover a todas. Pero su amor y su caridad sabía vencer los muros de la clausura para extenderse en su oración por todo el mundo: por las misiones, por los sacerdotes en dificultades, por los alejados de Dios, por los pecadores y por los no creyentes; todos cabían en su corazón preocupado porque el amor y la sangre derramada por Cristo en la Cruz obtuviesen frutos abundantes de redención y salvación.

Los carismas extraordinarios no son necesarios para la santidad; sin embargo, a veces Dios se complace en dotar la vida de sus amigos con una participación especial en la visión que él tiene del cielo y de la tierra. Se sabe de sor Fortunata que hablaba con seguridad de hechos por venir, de la suerte de sus hermanas y que intuía en los corazones su fidelidad a Dios, como en el caso de varios sacerdotes que sólo con verles decir misa sabía de su infidelidad a Dios. Otras veces Dios se complacía en aprobar sus alabanzas, como cuando ante una bombilla recién colocada en un pasillo y todavía no conectada a la red eléctrica dijo: «Te saludo, oh luz de Dios», y la bombilla se iluminó durante largo rato ante el asombro de todas las hermanas. También se cuenta de ella que gozaba de la certeza de su ángel de la guarda a quien con toda confianza encargaba la guarda de las enfermas graves si por un instante tenía que ausentarse; del mismo modo parece que también sabía y percibía la presencia del maligno que más de una vez le dio disgustos con sus angustias y tentaciones, cosa que causó incluso preocupación entre sus superiores y confesores.

En una cosa se especializó: en rogar por los pecadores notorios en peligro de muerte. Hasta las monjas acudían a ella para rogarle que se interesase por éste o por aquél. Con sus ora-

ciones y súplicas, y también con sus ayunos y mortificaciones, se sabe que siempre hubo éxito en estas ocasiones. De sus actos de sacrificio se sabe poco, incluso se comenta que más de una vez avisó a sus hermanas que no hiciesen en esto nada sin permiso de la abadesa, como manda la discreción de la Regla de San Benito. Ella por supuesto así lo haría, pero después de su muerte se halló una caja bajo su lecho con tales artilugios penitenciales que la abadesa los mandó echar al fuego para que nadie cayese en la tentación de imitarla en esto.

Larga fue la vida de María Fortunata; llegó a los noventa y seis años, habiendo permanecido en el monasterio durante setenta y uno. Como es natural, sus fuerzas fueron decayendo con los años y sus sentidos apagándose hasta quedar medio ciega y sorda, aunque pedía a sus hermanas que la avisasen para acudir sin demora a los actos de comunidad. El espíritu siempre estuvo pronto, pero la carne fue debilitándose hasta quedar postrada en cama tres días antes de su partida. Hizo su último acto de obediencia aceptando ser trasladada a una celda solitaria, dejando el dormitorio común donde había pasado tan largos años de su vida entre las hermanas en una estrecha vida cenobítica. Lo había mandado la abadesa y no había más que hablar. De vez en cuando dormitaba durante su anhelante espera del Esposo, hasta que en un momento dado abrió los ojos y exclamó: «Eterno gozar. Por los siglos de los siglos», y dulcemente expiró.

Las hermanas velaron y amortajaron el cadáver con amor, colocándole un lirio entre sus manos, pero no pudieron acompañarla hasta su última morada después de los sufragios acostumbrados. Amontonadas a la puerta de la clausura vieron cómo se llevaban el pobre féretro con la pobre compañía de un capellán, un monaguillo y el conductor del carro. Las monjas no tenían cementerio propio y se enterraban en el de la población en una fosa común que tenían las religiosas. No era costumbre, pero el capellán quiso que a sor María Fortunata no le faltase una cruz particular y una placa con su nombre en el lugar donde había sido enterrada. Era un presentimiento.

A pesar de la vida tan ejemplar nadie pensó en el monasterio en causa de beatificación. Fue la gracia del cielo la que hizo que empezasen a florecer las gracias alrededor de aquella sen-

cilla tumba. Alguno recordó después que había dicho: «Aun cuando esté en el paraíso no descansaré, porque quiero pedir mucho por el bien del prójimo». Y cumplió. Devueltos sus restos al monasterio en 1935 e introducida su causa, fue declarada beata por Pablo VI el segundo domingo de octubre de 1967.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

SARRA, A., *La Beata sor María Fortunata Viti* (Santander 1970).

BEATA ÁNGELES DE SAN JOSÉ (FRANCISCA) LLORET MARTÍ Y COMPAÑERAS DE LA DOCTRINA CRISTIANA

Corazón de Jesús (María de la Purificación) Gómez Vives, Ignacia del Santísimo Sacramento (Josefa) Pascual Pallardó, Isabel Ferrer Sabriá, Marcela de Santo Tomás (Áurea) Navarro, María de la Gracia (Paula) de San Antonio, María de la Asunción (Josefa) Mongoche Homs, María de la Concepción (Emilia) Martí Lacal, María de la Paz (María Isabel) López García, María de los Dolores (Gertrudis) Surís Brusola, María de Montserrat (Dolores) Llimona Planas, María del Rosario (Catalina) Calpe Ibáñez, María del Socorro (Teresa) Jiménez Baldoví, María del Sufragio (Antonia María) Orts Baldó, Teresa de San José (Ascensión) Duart Roig

Vírgenes y mártires († 1936)

La madre Micaela Grau funda la Congregación de Hermanas de la Doctrina Cristiana el año 1880 en Vilanova i la Geltrú (Barcelona), para dedicarse a la enseñanza de las niñas, formación catequética y atención a los enfermos. En 1885 se establecen en Carlet (Valencia) y en 1891 abren casa en Mislata (Valencia), población en donde establecerán, definitivamente, la casa madre, en atención a las numerosas vocaciones de esta provincia.

En el mes de febrero de 1936 y en previsión de un posible asalto, la madre general, sor Ángeles de San José, dispone que las novicias vistan de paisano y se trasladen a Valencia. En la ca-

lle del Maestro Chapí n.º 9 queda instalado el noviciado, y por consejo de don Prudencio Melo y Alcalde, arzobispo de la diócesis, algunas novicias se matriculan en la Escuela de Enfermeras, como medida preventiva en caso de que tengan que dispersarse. Todas las casas de la congregación quedan en la llamada zona republicana, por lo que tienen que abandonarlas a partir del 18 de julio de 1936 y quedan en poder de las autoridades locales. Algunas religiosas se refugiaron entre sus familiares o en domicilios donde las acogieron, pero otras permanecieron junto a la madre general, quien, al salir de la casa de Mislata, fija la mirada en la imagen del Sagrado Corazón que preside el amplio patio y repite con los ojos llenos de lágrimas: «¡Sagrado Corazón de Jesús, salvad a España, que en Vos confía!».

En número de once, las religiosas pasan el día 19 de julio a ocupar el piso donde se hallaban las novicias, y en fechas posteriores también se les unieron dos hermanas del colegio de Turís y otras dos del colegio de Sollana:

> «Aquella casa se convirtió en... un verdadero convento donde se oían misas diariamente, porque eran varios los sacerdotes que acudían a celebrar, se escuchaban pláticas y se hacían todos los ejercicios de comunidad a su debido tiempo. No faltaban tampoco las asiduas visitas de los milicianos e interrogatorios propios del tiempo. En una de estas visitas, se ofrecieron a trabajar desinteresadamente por los combatientes. Se aceptó, y con la lana requisada que les trajeron pudieron confeccionar jerseys en número de veinte. Los enemigos de la religión no ahorraron agravios ni insultos a las religiosas, les obligaron a entregarles sus ahorros y tuvieron que soportar reiterados registros».

Otra historia acontecía mientras tanto en Carlet, donde las hermanas se instalaron por primera vez en esta diócesis. La madre Amparo Rosat, superiora de aquella casa, afrontó con entereza la prueba y la vesania llevadas contra ella por las autoridades, por su valiente defensa de la fe y decidida actuación educativa. Le acompaña en estos momentos la hermana Calvario Romero. Según los testimonios conocidos no es posible precisar el lugar, día y hora en que ocurrió el martirio de estas dos hermanas de la Doctrina Cristiana, aunque las referencias fidedignas de los testigos señalan el día 27 de septiembre como el más probable.

La madre general Ángeles de San José procuró, mientras estuvieron en el piso de la capital del Turia, que la predicación que diversos sacerdotes realizaron a las hermanas en este tiempo mantuviera fuerte la fe de la comunidad, lográndose una seguridad que admiraba a todos. El corazón de las religiosas se halla repleto de humildad, y la oración y la presencia divina llenan el corazón de estas monjas. ¿Qué ocurrió el 20 de noviembre de 1936 a las hermanas de la Doctrina Cristiana, reunidas en la calle del Maestro Chapí de Valencia? Poco es lo que se sabe, pero de forma sucinta, así lo refiere un relato:

> «Ellas ya preveían el final, pero estaban muy dispuestas a dar sus vidas por la fe y por la patria. Efectivamente, el día 20 de noviembre, a las ocho de la noche, se las llevaron en un coche, haciéndolas subir a empujones, sin respetar la ancianidad de algunas de ellas, pues había una, la madre Isabel, que era cofundadora de la congregación. Las condujeron al "Picadero" de Paterna, y allí las fusilaron. Estaba lloviendo a la hora que las mataron, y sus cuerpos quedaron en el suelo a la intemperie, recibiendo la lluvia, por eso cuando las llevaron al cementerio de Valencia al cabo de dos días para enterrarlas, estaban todas hinchadas, como puede verse en las fotografías al momento de enterrarlas, cuyas copias tenemos en nuestro poder».

Varios testigos en su deposición aclaran algunos extremos, describiendo este dramático momento del siguiente modo:

> «Al atardecer del día 20 de noviembre de 1936, entre las 7 y 8 de la tarde, se presentaron en la casa donde se hallaban las hermanas de la Doctrina Cristiana un grupo de milicianos a bordo de un coche, especie de microbús, invitándolas a asearse y luego las obligaron a subir al mencionado vehículo, obedeciendo todas, imitando el ejemplo de la madre general, sin oponer resistencia. El autobús se dirigió rápidamente a Paterna, siendo alentadas en el trayecto por las palabras y los rezos de la madre Sufragio Orts, que admiraron a las víctimas y asombraron a los verdugos. Esta valentía debió enfurecer a algunos milicianos, pues dicha monja fue la última en sufrir el martirio, recibiendo diversas ráfagas de balas en su rostro, como demuestra la fotografía obtenida en el cementerio de Valencia. Allí fueron identificados los cadáveres por María "la de Rufino", portera de la casa donde habían residido las hermanas de la Doctrina Cristiana».

Los restos de las mártires recibieron sepultura en una fosa común del cementerio de la capital del Turia donde permane-

cieron hasta el 1 de mayo de 1940, en que fueron trasladados al cementerio de Mislata, en cuya población se halla la casa madre del Instituto. Éstos son sus nombres:

ÁNGELES DE SAN JOSÉ LLORET MARTÍ (1875, Villajoyosa, Alicante). Entró en la congregación en 1903; fue secretaria general, superiora local y superiora general.

MARÍA DEL SUFRAGIO ORTS BALDÓ (1888, Altea, Alicante). En 1922 ingresó en la congregación; fue superiora local, vicaria general y maestra de novicias.

MARÍA DE MONTSERRAT LLIMONA PLANAS (1860, Molíns de Rei, Barcelona). Entró en la congregación en 1882, y la recibió la misma fundadora, M. Micaela Grau; fue superiora general durante treinta y tres años.

TERESA DE SAN JOSÉ DUART ROIG (1876, Denifaid, Valencia). Ingresó en el Instituto en 1899; fue maestra de novicias y superiora local.

ISABEL FERRER SABRIÁ (1852, Vilanova i la Geltrú, Barcelona). Fue una de las primeras religiosas de la congregación, en la que entró en 1880. Fue superiora local.

MARÍA DE LA ASUNCIÓN MONGOCHE HOMS (1859, Ulldecona, Tarragona). Entró en la congregación en 1885; fue superiora de varias casas del Instituto.

MARÍA DE LA CONCEPCIÓN MARTÍ LACAL (1861, Carlet, Valencia). Ingresó en la congregación en 1885; estuvo en varias casas, pero la mayor parte de su vida la pasó en la casa de Sollana.

MARÍA DE LA GRACIA DE SAN ANTONIO (1869, Valencia). Entró en el Instituto en 1900; fue maestra y pasó gran parte de su vida en el colegio de Turís.

CORAZÓN DE JESÚS GÓMEZ VIVES (1881, Valencia). Entró en el Instituto en 1906; fue directora del colegio de Molíns de Rey, en Barcelona; dedicó toda su vida a la enseñanza.

MARÍA DEL SOCORRO JIMÉNEZ BALDOVÍ (1885, Sant Martí de Provensals, Barcelona). Entró en la congregación en 1907; se dedicaba fundamentalmente a ayudar en las clases de párvulos.

MARÍA DE LOS DOLORES SURÍS BRUSOLA (1899, Barcelona). Entró en el Instituto en 1918; era humilde, obediente y caritativa; y trabajó con gran interés en las clases.

MARÍA DEL ROSARIO CALPE IBÁÑEZ (1855, Sueca, Valencia). Entró en la congregación en 1893; pasó gran parte de su vida consagrada a la comunidad de Valencia como cocinera; de carácter serio, reflexivo y amable, fue muy querida por todos.

IGNACIA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO PASCUAL PALLARDÓ (1862, Valencia). Entró en el Instituto en 1889; pasó toda su vida como cocinera de la comunidad de Sollana.

MARÍA DE LA PAZ LÓPEZ GARCÍA (1885, Turís, Valencia). Entró en la congregación en 1911; fue enfermera de la comunidad.

MARCELA DE SANTO TOMÁS NAVARRO. Procedía de la provincia de Albacete y se desconoce la fecha de su nacimiento por haberse perdido toda la documentación sobre ella. Entró en la congregación ya mayor, cuando tenía 45 años, en 1934. Cuando murió aún era novicia.

Además de estas quince religiosas de la comunidad de Mislata, también fueron martirizadas otras dos, de esta misma congregación, que pertenecían a la comunidad del colegio de Carlet (Valencia). Ambas habían sido arrestadas el 19 de septiembre de 1936 y martirizadas entre el 26 y 27 de ese mismo mes. Eran: MARÍA DEL AMPARO ROSAT BALASCH (1873, Mislata, Valencia), que entró en el Instituto en 1896 y fue superiora de varias casas; y MARÍA DEL CALVARIO ROMERO CLARIANA (1871, Carlet, Valencia), que ingresó en el Instituto en 1892, y desempeñó el oficio de cocinera en varias casas de la congregación (cf. *Año cristiano. Septiembre,* p.801-802).

Con su entrega total e incondicional a Dios y a los hombres, estas religiosas buscaban el bien del prójimo y se santificaban en el amor. El camino de santidad de todas ellas comenzaba con la educación de las jóvenes, atención a los enfermos y la participación en la vida parroquial, especialmente en la catequesis. Éstas eran las ocupaciones del grupo formado por la madre Ángeles de San José, y compañeras. Un grupo de mártires que se dedicaba a los más pobres en la enseñanza, la catequesis y la propagación de la fe. En ellas triunfó la civilización del amor hasta el extremo de entregar su vida.

El 5 de julio del año 1965 se celebró en el Palacio arzobispal de Valencia la apertura del proceso diocesano de declaración de

martirio de la superiora general de la Congregación de la Doctrina Cristiana, María Ángeles de San José, y dieciséis religiosas más de la misma congregación, que ofrendaron su vida en testimonio de la fe. Tres años más tarde (1968), se exhumaron los restos de las mártires del cementerio de Mislata, siendo trasladados a la iglesia de la casa madre, donde se colocaron en un panteón situado en la nave lateral derecha. Presidió este acto don Rafael González Moralejo, obispo vicario capitular en sede vacante. El 13 de junio de 1969, y bajo la presidencia del mismo prelado, quedó clausurado el proceso de beatificación de las 17 hermanas de la Congregación de la Doctrina Cristiana. Después de un intervalo recomendado por el papa Pablo VI para dejar en suspenso las causas de martirio, el año 1983 el Santo Padre Juan Pablo II autorizó la reanudación de las causas de beatificación y canonización de los obispos, sacerdotes, religiosos de ambos sexos y seglares que testimoniaron en 1936 en España su fe con el martirio. Con esta oportunidad el padre Fr. Ambrogio Eszer, OP, presentó en 1990 oficialmente la *positio super martirio* de la sierva de Dios Ángeles de San José Lloret Martí y 16 compañeras mártires de la Congregación de Hermanas de la Doctrina Cristiana, último requisito para el reconocimiento oficial, que tuvo lugar el día 6 de julio de 1993 en que el Papa, ante el prefecto de la Causa de los Santos, firma el decreto de martirio de las 17 religiosas, paso previo para la solemne beatificación, que efectuó Su Santidad Juan Pablo II el día 1 de octubre de 1995.

En este acto memorable pronunció estas emotivas palabras:

> «[...] Vivieron su vocación religiosa en la enseñanza del catecismo a los niños y adultos, mostrando con esmero el contenido y la coherencia admirable de la fe católica, y manifestando con la sencillez alegre de su femineidad consagrada el rostro materno de la Iglesia, de la que fueron fieles hijas [...] Que sus admirables ejemplos sean para su familia religiosa estímulo para mantener siempre la fidelidad a la Iglesia».

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

CARCEL ORTÍ, V., *Mártires españoles del siglo XX* (Madrid 1995) 565-604.
CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM. P.N. 1167. *Valentina. Beatificationis seu Declarationis martyrii Servarum. Dei Angelae a Sancto Joseph Lloret Martí et XVI Sociarum e Congregatione Doctrinae Christianae († 1936). Positio super martyrio* (Roma 1990).
GIL DE MURO, E. T., *Con la palma ante el pecho. Crónica de amor y testimonio* (Burgos 1995).
L'Osservatore Romano (ed. en español) (6-10-1995).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CRISPÍN DE ÉCIJA

Obispo y mártir († s. III)

El anterior *Martirologio romano* especificaba que este santo alcanzó el martirio por decapitación. El actual se limita a llamarlo obispo y mártir y situar su martirio en la ciudad de Écija. Se encuentra su memoria desde antiguo en la Liturgia mozárabe, en la cual se conserva un himno que es testigo de la antigua tradición según la cual padeció varios tormentos antes de ser decapitado. Su sepulcro se conservó en Écija hasta que se extinguió el cristianismo con la entrada de los almohades (siglo XII) y hubo en esa ciudad un obispado a lo largo de las épocas visigoda y mozárabe que se supone encabezado en la época de las persecuciones romanas por este San Crispín. El elogio del *Martirologio de Adón* lo conmemora así: «San Crispín, obispo y mártir en la ciudad astiagense, el cual, siendo prelado de aquella iglesia y predicando la fe cristiana, fue preso por los gentiles y, conminado a que sacrificase a los ídolos, como de ningún modo cedía, alcanzó la corona del martirio, siendo decapitado el 19 de noviembre». La archidiócesis de Sevilla, a la que ahora pertenece Écija, cuyo obispado no fue restaurado cuando la reconquista castellana del siglo XIII, celebra la memoria de este santo en este día.

SAN EDMUNDO
Rey y mártir († 869)

Nace de familia sajona el 841 y cuando en Navidad del 855 renuncia al trono el rey Offa, el reino de la Inglaterra oriental recae sobre el jovencísimo Edmundo, que fue coronado en Burum por el obispo Humberto de Elman. Su limpia conducta llenó de admiración el reino, pues mostró un clarísimo sentido de la justicia, una enorme equidad y responsabilidad en todas sus decisiones al tiempo que una sólida piedad cristiana, que le llevó a pasar una larga temporada en Hunstanton para aprenderse el salterio. Los daneses, con los que había firmado un tratado, lo rompieron y atacaron el reino. Sorprendido Edmundo y viendo que no podía hacer frente a sus enemigos, para evitar el derramamiento de sangre, licenció el ejército. Capturado en Hoxne in Suffolk, se le pidió que firmara un tratado que era contrario a la justicia y a la religión. Él se negó y entonces fue decapitado (20 de noviembre de 869). Llevados sus restos a Bury St. Edmund's, allí se le construyó una iglesia. El rey Canuto, para reparar el daño hecho por su padre, levantó allí mismo una abadía. Su culto se extendió por toda Inglaterra y en el concilio de Oxford de 1222 fue declarada su fiesta día de precepto.

SAN CIPRIANO DE CALAMIZZI
Abad († 1190)

Nace en Reggio Calabria hacia el año 1100 y era hijo de un médico. Al llegar a la juventud eligió la misma profesión que su padre y ejerció durante un tiempo la medicina. Pero se sintió llamado a la vida religiosa e ingresó en el monasterio del Salvador, de Calomeno, abadía de rito griego, en la archidiócesis de Reggio. Dentro del monasterio llevó una vida austerísima, alimentándose solamente de verduras y legumbres, y dedicado con gran entrega a la contemplación de las cosas divinas. Acreditado entre los monjes por su vida santa, fue elegido abad del monasterio de San Nicolás en Calamizzi. Como tal abad procuró la observancia más estrecha de la regla, al tiempo que arreglaba la iglesia, el monasterio y los enseres del mismo, como li-

bros, ornamentos, etc. Como su fama de santidad se extendió por toda Calabria y Sicilia, comenzaron a llegar numerosos fieles que querían consultarle y oírle y que imploraban su ayuda en sus problemas y necesidades. Muy abierto a las necesidades de los pobres, los socorría ampliamente y acogía para procurar su curación a muchos enfermos, algunos de los cuales se decían curados por sus oraciones. Lleno de virtudes y méritos murió en su monasterio el 20 de noviembre de 1190, siendo sepultado en la iglesia del cenobio.

SAN FRANCISCO JAVIER CAN
Mártir († 1837)

Este santo mártir vietnamita nació en Son-Mieng el año 1803. Era persona culta, estaba casado, y se ofreció para catequista, siéndole encargada la catequesis de la comunidad cristiana de Ké-Vinh. Su martirio se produjo al aceptar el encargo del vicario apostólico, mons. Pedro Andrés Retord, de llevar una carta a la comunidad cristiana de Ké-Vac, que tenía problemas por el odio que le profesaba la parte pagana de la población. No hizo más que llegar cuando el jefe del grupo pagano lo arrestó, lo tuvo dos días preso y lo llevó luego al mandarín de Thanh-Dai. Éste le mostró varios objetos religiosos cristianos y le dijo que los reconociese como suyos, pero como no lo eran se negó a hacerlo. Entonces lo desnudaron, le pusieron una canga y, tendido en el suelo, le dieron una fuerte paliza con cañas de bambú. Recibida la paliza, el mandarín lo invitó a que pisoteara los objetos religiosos como señal de apostasía del cristianismo y lo dejaría en libertad, pero el mártir se negó. Fue enviado entonces a Hanoi, donde se le insistió a la apostasía. Su propia mujer fue a pedirle que apostatara para salvarse. Pero él perseveró firme en la confesión de fe. Se le condenó a muerte y se sometió al rey la confirmación de la sentencia. Mientras tanto fue dejado en la cárcel, padeciendo muchísimo y llevándolo él con mucha paciencia. Llegada la confirmación, el mandarín le propuso que pisoteara una cruz en forma de aspa y sin crucifijo como modo de salvarse, pero él dijo que su gesto sería tomado y presentado como apostasía y que no podía hacerlo. El manda-

rín admiró y elogió la fidelidad del mártir. Estaba ya en el cepo con el lazo al cuello cuando habló para pedir a los fieles presentes que lo encomendasen al Señor y que fueran firmes en la fe. Una vez más se le invitó a salvarse pisando la cruz, pero él dijo que no. Entonces fue estrangulado y decapitado. Su martirio tuvo lugar el 20 de noviembre de 1837.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745 y 1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATA MARÍA DE LOS MILAGROS ORTELLS GIMENO

Virgen y mártir († 1936)

Nace en la ciudad de Valencia el 29 de noviembre de 1882, tercera y última hija de sus padres, y es bautizada al día siguiente en la parroquia de San Juan Bautista. Siendo muy devoto el ambiente en el que se educó, ella fue abierta a esta educación cristiana y desde pequeña mostró una gran inclinación a la religiosidad. Llegada a la juventud manifestó a su madre el deseo de ser capuchina, pero la madre la invitaba a entrar en una congregación de vida activa, a lo que Milagros respondió que deseaba ser capuchina por la estrechez y austeridad de su regla. Entró en el monasterio de las capuchinas de Valencia el 9 de octubre de 1902 a punto de cumplir los 20 años. Se sintió muy entusiasmada cuando se vio dentro de los muros del convento. Hizo el noviciado y la profesión religiosa y se dispuso a ser una monja modelo. En el monasterio tuvo los oficios de enfermera, encargada del comedor, tornera, sacristana y maestra de novicias, y ella puso mucho empeño en hacer bien todos los encargos que recibía de la comunidad. Era muy caritativa y se prestaba a cualquier servicio que se necesitaba de ella. Tenía una piedad sólida, basada en una intensa vida de oración, y edificaba mucho a sus hermanas de comunidad. Sus devociones predilectas eran la Eucaristía y la Inmaculada. Era muy humilde y se sentía muy indigna de recibir la Eucaristía, así como de desempeñar los cargos que la comunidad le encomendaba. Llegado el

18 de julio de 1936 hubo de abandonar el monasterio y se refugió en casa de su hermana María, en Valencia. Aquí llevó vida recogida, entregada por completo a la oración. Luego se marchó a una casa de la calle Maestro Chapí donde estaban refugiadas las religiosas de la Doctrina Cristiana. Allí fue arrestada por un grupo de milicianos con las otras religiosas y llevada al Picadero de Paterna donde fue fusilada el 20 de noviembre de 1936. En 1940 sus restos mortales fueron llevados a su monasterio.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

21 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de la Presentación de la Bienaventurada Virgen María **.
2. La conmemoración de San Rufo, elegido del Señor, según San Pablo.
3. En Parenzo (Istria), San Mauro († 303), obispo y mártir.
4. En Cesarea de Palestina, San Agapio († 306), mártir *.
5. En Roma, San Gelasio I († 496), papa **.
6. En Cesena (Flaminia), San Mauro († 946), obispo *.
7. En Roma, Beata María de Jesús Buen Pastor (Francisca) de Siedliska († 1902), virgen, fundadora del Instituto de Hermanas de la Santa Familia de Nazaret **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

PRESENTACIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

La presentación de Nuestra Señora suele confundirse a veces con la presentación del Niño Jesús en el Templo, fiesta que se celebra el día 2 de febrero en conmemoración de un hecho ampliamente descrito en los evangelios y que corresponde a la

ley judía, que obligaba a los israelitas a ofrecer sus primogénitos a Dios.

La presentación de Nuestra Señora no se narra en los evangelios. Es una tradición piadosa muy antigua, que ha tenido amplia repercusión en toda la Iglesia universal.

Dice esta tradición que Joaquín y Ana, piadosos israelitas, después de varios años de matrimonio, habían llegado a una avanzada edad sin lograr descendencia. Sobre ellos pesaba el terrible oprobio de la esterilidad, que para los israelitas era doblemente doloroso, porque significaba la exclusión de la familia de las promesas del Señor, tanto más cuanto, como en el caso de Joaquín y Ana, se trataba de personas que pertenecían a la casa de David, de la que en su día había de nacer el Mesías.

En su angustia, Ana hizo una oración fervorosa, prometiendo al Señor ofrecerle el fruto de sus entrañas si se dignaba concederle descendencia. El nacimiento de la Santísima Virgen fue el resultado de esta oración y esta promesa. Joaquín y Ana, fieles a su voto, presentaron a la niña en el templo a la edad de tres años, y allí permaneció en compañía de otras doncellas y piadosas mujeres, hasta sus desposorios con San José, dedicada a la oración y al servicio del templo.

Varias referencias bíblicas parecen aludir a la existencia de una comunidad femenina dentro del recinto sagrado. El Antiguo Testamento habla de «las mujeres que velaban en la entrada del tabernáculo de la reunión», aunque no se sabe cuál era su misión ni si vivían ciertamente dentro de la casa de Dios. Por otra parte, San Lucas dice en su evangelio que la profetisa Ana «no se apartaba del templo, sirviendo con ayunos y oraciones de noche y de día».

«Que había habitaciones en el templo para los sacerdotes, las personas consagradas y los servidores del mismo», dice el padre Muñana, lo sabemos por la historia del niño Samuel y del sacerdote Helí. Además, allí estuvo escondido Joás durante seis años cuando Atalía quería acabar con los descendientes de Ococías. La Biblia relata así el suceso:

> «Josaba, hija del rey, cogió a Joás, hijo de Ococías, y le arrebató de en medio de los hijos del rey cuando los mataba, escondiéndole a él y a su nodriza en el dormitorio. Así Josaba, hija del rey Joram, mujer del sacerdote Joyada y hermana de Ococías, le escondió de

> Atalía, que no pudo matarle. Seis años estuvo escondido con ellos en la casa de Dios».

Sin embargo, no tenemos ninguna referencia bíblica de que hubiera nunca niñas en el templo de Jerusalén. Francisco William escribe en su *Vida de María, la Madre de Jesús:*

> «La leyenda popular dice que María se educó en el templo. Si así fue, influiría para ello su parentesco con Zacarías, el cual podía hacer valer sus derechos. El voto de los padres de la Virgen y la ofrenda de Nuestra Señora en el templo encaja perfectamente dentro del ambiente religioso y psicológico del pueblo de Israel. La esterilidad era un oprobio para los hebreos, y frecuentemente los israelitas ofrecían votos al Señor pidiéndole hijos a cambio de ofrecérselos a Él. La ley autorizaba a rescatar a las personas así consagradas, y la forma de hacerlo se establece minuciosamente en los libros sagrados; pero sabemos que a veces no se ejercía ese derecho, como en el caso del pequeño Samuel, que quedó en el templo desde su infancia».

Los datos sobre la presentación de Nuestra Señora se incorporaron a la tradición cristiana a través de los evangelios apócrifos, que a su vez deben apoyarse en un relato más antiguo. A partir del siglo V los Santos Padres hacen referencia a este acontecimiento, y después los teólogos, santos y oradores sagrados la han comentado de muchas maneras.

El pueblo cristiano pronto hizo suya esta fiesta. En Oriente parece que se conmemoraba desde el siglo VI en algunos puntos de forma particular, hasta que en 1143, Miguel Comneno la declaró obligatoria para todo su imperio. En Occidente fue introduciéndose por diferentes vías. Se sabe que en el siglo XII ya se celebraba en el sur de Italia y en algunas partes de Inglaterra. En 1372, un gentilhombre francés, canciller de la corte del rey de Chipre, fue enviado a Aviñón como embajador ante el papa Gregorio XI y contó a éste la magnificencia con que en Grecia se celebraba esta fiesta el 21 de noviembre. El Papa entonces la introdujo en Aviñón. En España fue implantada por el cardenal Cisneros. San Pío V mandó suprimirla al hacer la reforma del calendario, pero fue restablecida por Sixto V en vista de las pruebas que sobre su antigüedad presentó el jesuita español padre Francisco Torres.

Los artistas han contribuido a hacer esta fiesta más popular, representándola gráficamente en imágenes. La más antigua que

se conoce actualmente está en un manuscrito del siglo XI que se conserva en la Biblioteca Nacional de París. Los primitivos italianos fijaron definitivamente la escena, que luego repitieron, cada vez en un ambiente más fastuoso, los pintores más famosos del Renacimiento. La Virgen niña sube decidida y rápidamente los escalones del templo, a lo alto de los cuales el sumo sacerdote, revestido con ornamentos de gran ceremonia, recibe la ofrenda. Al pie de la escalinata, respetuosamente distanciados, los padres de María contemplan el acto de la presentación.

Los artistas, como los apócrifos, han añadido detalles ciertamente poco verosímiles, pero esto no quita ni pone al fondo del asunto. La *Enciclopedia católica vaticana* decide el problema de una vez para siempre con estas palabras:

> «Aunque en tiempo reciente se han levantado de cuando en cuando algunas voces reclamando la supresión (de la fiesta) por apócrifa, otros, por el contrario, quisieran conservarla, no como celebración de la "presentación de María a los tres años"; sino en obsequio al concepto más general y teológicamente seguro de la "oblación" o "consagración" de la Santísima Virgen a Dios, porque ella, como ninguna otra criatura humana, estaba totalmente dedicada al Señor».

Esto es ciertamente lo más importante y lo que es necesario destacar en esta fiesta: la consagración de la Virgen al Señor desde su infancia. «Mis obras son para el Rey», dice el introito de la misa de este día. Todas las obras de Nuestra Señora fueron siempre para el Rey, puesto que sabemos que desde el primer instante de su concepción inmaculada estaba llena de gracia. Y todos estos años de su vida, hasta el momento de su matrimonio con José, fueron una preparación, en la soledad y el recogimiento, para algo que ella aún no sabía, pero que Dios tenía preparado desde toda la eternidad. María amaba el silencio, como sabemos por el testimonio de San Lucas («guardaba todas las cosas en su corazón»), y durante este tiempo dispuso silenciosamente su alma para cumplir siempre la voluntad del Señor.

> «María se consagró a Dios —escribe F. William— porque su vida en Dios despertaba en su alma un anhelo que se apoderaba de ella por completo: el de pertenecer a Dios de tal manera que no quedase libre ni un átomo de su ser. Este anhelo, que ya se prendió en su alma cuando empezó a ser consciente, se fue desarrollando con más rapidez que ella misma. Como el murmurar de una fuente

es siempre el mismo, y el mismo el silbido del viento, como el fuego lanza su llama sin cesar a las alturas, así los sentimientos y aspiraciones de María eran siempre los mismos y estaban dirigidos a Dios únicamente».

María se presentó ciertamente a Dios en su niñez, y ante su acatamiento puso su alma en la postura de humilde disponibilidad, que fue la característica constante de su vida, y que ella misma resumió en una frase cuyo contenido no se agotará jamás por mucho que se medite: «He aquí la esclava del Señor».

Por ser éste el sentido de la fiesta de la presentación de Nuestra Señora, se considera especialmente dedicada a las almas consagradas a Dios en la vida religiosa, y muchas órdenes renuevan sus votos en este día.

Sin embargo, debe ser también la fiesta de todos los cristianos, porque ninguno, si quiere serlo de veras, podrá escaparse a la obligación de presentarse ante Dios humildemente y ponerse en sus manos para que Él disponga de su vida libremente.

La presentación de Nuestra Señora es la fiesta de la entrega voluntaria a Dios, es la fiesta de los que aspiran de verdad a renunciar a su voluntad para hacer solamente la del Señor.

MARY SALAS

Bibliografía

BEISSEL, S., *Geschichte Verehrung Marias in Deutschland während des Mittelalters* (Friburgo 1909) t.1, p.306; t.2, p.281.
CAMPANA, E., *Maria nel culto cattolico,* I (Roma 1943) 207-214.
KISHPAUGH, M. J., *The Feast of the Presentation of the Virgin Mary in the Temple. An historical and literary study* (Washington 1941).
SCHUSTER, A. I., *Liber sacramentorum,* IX (Turín 1948) 211-213.
ZALAN, M., art. en *Ephemerides Liturgicae* 41 (1927) 188-189.
• Actualización:
WILLIAM, F. M., *Vida de María, la Madre de Jesús* (Barcelona 2002).

SAN GELASIO I

Papa († 496)

En el siglo V, en un período de controversias cristológicas y de tensiones eclesiales, la Sede de Pedro fue consolidando su primacía y su servicio de «confirmar en la fe a los hermanos»

(Lc 22,31). Fue tarea con frecuencia harto difícil, sobre todo porque iban endureciéndose las diferencias y discrepancias, doctrinales y jurisdiccionales, entre la antigua Roma de Pedro y Pablo y la nueva Roma, levantada en Bizancio por el emperador que dio la paz política a la Iglesia pero que, con su poder y prestigio, elevó las pretensiones y el prestigio en Oriente de la sede constantinopolitana, la cual en consecuencia, se irguió en más de una ocasión frente a la sede primada de Occidente y de la universal Iglesia. El siglo V, que casi concluyó con el pontificado de Gelasio I, fue fecundo por la solicitud pastoral y la doctrina de muchos santos Padres, por la clarificación —no exenta de controversias— de la personalidad de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, pero, desgraciadamente, por debilidades, incomprensiones y recelos mutuos, llevó en su corriente el virus del gran cisma que escindiría en dos la túnica inconsútil del Señor. La ruptura entre Roma y Constantinopla, que tuvo que deplorar la Cristiandad en 1054, llevaba ya siglos fraguándose en contra de la plegaria de Jesús en la última cena: «Que todos sean uno» (Jn 17,21).

Los cuatro años y ocho meses del pontificado de Gelasio I transcurrieron en medio de estas tensiones, mientras este Papa, con tesón y celo por la integridad de la fe y el buen testimonio de los eclesiásticos, llevaba el timón de la barca de Pedro. A pesar de la brevedad de su servicio pontifical, fue uno de los más significativos del siglo V por la firmeza de su postura como pastor universal y por el vigor de su enseñanza teológica, que nos ha llegado en múltiples obras.

El *Liber pontificalis* escribe que era africano, pero él se confesaba romano. Lo afirmó en carta al emperador Anastasio: «Nací romano, y amo, venero y acepto al príncipe de los romanos». Si su cuna estuvo en el norte de África, nació sin duda bajo el imperio romano, que había colonizado esta parte del continente al otro lado del Mediterráneo.

Ningún documento fiable nos informa de su rango clerical antes de ser elegido Papa. Alguien lo ha creído secretario de sus antecesores Simplicio y Félix III. Éste falleció el 25 de febrero de 492 y el siguiente 1 de marzo Gelasio fue elegido obispo de Roma.

Cuando Gelasio inició su pontificado, la Iglesia oriental llevaba ocho años separada de Roma. El iniciador del cisma había sido el patriarca de Constantinopla, Acacio (m. 489), que fue condenado por un concilio romano en julio de 484. En aquella ocasión Félix III lamentó que la túnica de Cristo hubiera sido rasgada. El emperador de los romanos, desde la muerte de Zenón en 491, era Anastasio I, simpatizante con las doctrinas monofisitas. Las mayores preocupaciones de Gelasio procedían de la «nueva Roma» y, en concreto, del cisma monofisita de Acacio. Gelasio, consciente del primado de Roma, reivindicaba su función de guardián de la fe. Se mostraba como el más firme defensor de la doctrina de Calcedonia que, en comunión con la sede de Pedro, había condenado a Eutiques y había proclamado las dos naturalezas de Cristo en una sola persona. Las decisiones conciliares tienen valor general —reclamaba—, no es necesario reiterarlas ni pueden ser retractadas. Por otra parte, la sede romana ejerce su jurisdicción universal: tiene el derecho de juzgar sobre toda la Iglesia, de deponer a obispos con su sola autoridad, de acoger cualquier apelación.

Gelasio no acepta las pretensiones de la sede constantinopolitana y al que la ocupó enfrentándose a Roma, Acacio. En sus orígenes, Bizancio —afirma— fue una parroquia de Heraclea de Tracia. Es la ciudad imperial, pero lo fueron también Milán, Ravena, Sirmium y Tréveris; su poder es simplemente secular. Acacio fue citado a un juicio legítimo y fue condenado justamente por su oposición a Calcedonia, de lo que no se arrepintió.

Así, pues, para restablecer la comunión, Gelasio exigía que los nombres de Acacio y de los otros obispos monofisitas fueran borrados de los dípticos de la divina liturgia. El patriarca Eufemio de Constantinopla, se había mostrado afable, en principio, con el nuevo Papa de Roma, dirigiéndole una carta de felicitación por su elección y manifestando su adhesión a la comunión católica, su adhesión al Concilio de Calcedonia, pero le rogó que fuera condescendiente con las Iglesias de Oriente; él mismo no estaba dispuesto a borrar de los dípticos el nombre de Acacio que —según su opinión— no había sido hereje; temía, por otra parte, la reacción del pueblo ante tal supresión.

Gelasio refutó con contundencia la postura de Eufemio: él mismo había mostrado su condescendencia con Acacio reconociendo la validez de los bautismos y de las ordenaciones conferidas, pero no podía consentir que su nombre y el de los otros herejes, condenados por Calcedonia, fueran recitados en los dípticos sin hacerse partícipe de sus errores.

Las actitudes del patriarca y del emperador frente a Roma y la firmeza, no muy diplomática del Papa, en nada favorecieron el clima de distensión propicio para restablecer la comunión entre las Iglesias de Oriente y Occidente. Gelasio defendió y explicó la doctrina católica en su obra *Sobre las dos naturalezas en Cristo contra Eutiques y Flaviano.* Cristo —afirma— es Dios-hombre; es uno: enteramente Dios-hombre y enteramente hombre-Dios. Gelasio advirtió asimismo a los obispos y fieles de Iliria que se mantuvieran inmunes del monofisismo latente en los medios griegos.

Cabe recordar aquí la doctrina expuesta por San Gelasio, en una carta de 494, al emperador Anastasio I:

> «Hay dos principios, augusto emperador, que rigen el mundo principalmente: la sagrada autoridad de los obispos y el poder regio... Atendiendo a la debilidad humana, Cristo ha delimitado las funciones de estos dos poderes considerando las acciones propias y las dignidades de cada uno, de manera que los emperadores cristianos tengan necesidad de los obispos en orden a la vida eterna y que los obispos utilicen las directrices imperiales para el gobierno de las cosas temporales; el peso del sacerdocio es tanto más grande por cuanto, según el juicio divino, éste debe rendir cuentas también sobre el rey de los hombres. Tú sabes en efecto que reinas sobre el género humano e inclinas con devoción la cabeza ante quienes están al frente de las realidades divinas».

Tal doctrina, inspirada en San Ambrosio y en San León Magno, fue desarrollada por los canonistas y los Papas en la edad media. Será luego conocida como la teoría de las dos espadas, estando la secular sujeta a la espiritual, la de la Iglesia. La carta de Gelasio contenía expresiones de afecto hacia el emperador, pero éste no se dignó contestarle.

Por otra parte, en Occidente se había creado una nueva situación al separarse los reinos bárbaros después de 476 del Imperio. En Italia se enfrentaban dos reyes germánicos, Odoacro de Ravena y Teodorico. Éste, tras vencer a su rival,

se proclamó rey de Italia el 493. Los ostrogodos del rey Teodorico mantenían el arrianismo, aunque el nuevo rey de Italia era tolerante con los católicos. No obstante, la situación política y religiosa en Italia también creaba dificultades al Papa, pues debía mantenerse en equilibrio entre el poder —cada día más teórico en Occidente— de los emperadores bizantinos y el de los nuevos amos de buena parte de la península itálica. Gelasio supo mantener buenas relaciones con Teodorico y logró que éste no interfiriese en los asuntos de la Iglesia. Gelasio se valió de los buenos oficios de la madre del rey, Ereleuva, que era católica.

Descartada una solución del cisma entre Roma y Constantinopla, fue motivo de consuelo para Gelasio la adhesión a la sede apostólica de las Iglesias de Italia y de Occidente. Gelasio vigiló para que restos de pelagianismo no persistieran infectando las diócesis de Dalmacia y del Piceno; en Roma desplegó su celo contra la tentativa de reavivar las fiestas de los Lupercales, prohibiendo que bautizados y catecúmenos participaran en las mismas. En el sínodo de la primavera de 494, dictó normas, que luego envió a los obispos en forma de decretales, sobre el estado eclesiástico: los intersticios que debían mediar entre las ordenaciones para evitar que éstas fueran precipitadas, competencias de los presbíteros y de los diáconos, irregularidades e impedimentos que vedaban el acceso al clero, consagración de iglesias, administración del patrimonio de la Iglesia, etc. Gelasio se había fijado como objetivo pastoral restablecer el orden, la disciplina y el derecho, deteriorados a causa de los acontecimientos políticos. Otra de sus preocupaciones fue la solicitud hacia los débiles: huérfanos, viudas y desamparados. Llegó a afirmar en carta a tres obispos que nada está más de acuerdo con el oficio sacerdotal que prestar ayuda a una viuda.

San Gelasio I fue un escritor fecundo. Nos han llegado unas sesenta cartas completas y fragmentos de otras cincuenta, seis tratados teológicos, cuatro contra el monofisismo y relativos a la controversia entre Roma y Bizancio, uno contra el pelagianismo y uno contra las fiestas lupercales, que el senador Andrómaco intentaba restaurar.

El *Liber pontificalis* afirma que este santo Papa compuso himnos a la manera de San Ambrosio, perdidos actualmente. La misma fuente afirma que «compuso prefacios y oraciones» (alocuciones para la misa y plegarias). Otro documento habla de la autoría de «tratados de diversas Escrituras y sacramentos» (probablemente sermones sobre la Biblia y las celebraciones). Estos textos indujeron en algunos la opinión de que el papa San Gelasio fuera el autor de un sacramentario romano, el que tradicionalmente ha llevado su nombre: el *Gelasiano,* del cual se conservan varias recensiones. A partir del siglo IX, algunos autores hablan de un *sacramentario gelasiano,* para designar una de las formas de sacramentarios que estaban en uso entonces. En 1680 publicó un *Liber sacramentorum* en Roma el gran investigador de la liturgia, y cardenal, San José M.ª Tomasi. Éste atribuyó el sacramentario que editaba al papa Gelasio; el apelativo de *gelasiano* ha persistido hasta el día de hoy, aunque investigaciones posteriores hayan demostrado que, como los otros sacramentarios romanos de la época: *Leoniano, Gregoriano,* no fueron escritos por un solo autor. El Gelasiano parece que es una colección del siglo VII de textos litúrgicos para el sacerdote celebrante, en uso en los títulos de Roma, y que luego se difundió mucho por las Galias. A San Gelasio I se le atribuyen actualmente 18 formularios de misas del sacramentario *leoniano* (o veronense), compuestas probablemente el 495 en ocasión de la controversia sobre las fiestas lupercales.

No son obras auténticas el llamado *Decreto de Gelasio,* ni la *Deprecación de Gelasio* (formulario de la oración de los fieles).

El citado *Liber pontificalis* califica a San Gelasio de *amator pauperum,* enaltece su amor a los desvalidos y necesitados; tal celo liberó a Roma del hambre que padeció la ciudad.

El escritor Dionisio el Exiguo, en el proemio de su compilación de las decretales gelasianas, alabó así el pontificado de este santo Papa:

> «Elevado por voluntad de Dios y para bien de muchos al gobierno de la Iglesia, Gelasio lo aceptó más para servir que para dominar; juntó a la pureza de su vida una sabiduría especial. Su ocupación ordinaria era la oración y el estudio y, según las necesidades, redactaba sus escritos. Procurábale gran alegría tratar con los monjes y, en tales conversaciones, se inflamaba de santo amor. Superó

todas las dificultades de la vida gracias a su prudencia y constancia: prefería el ayuno a los deleites, vencía la soberbia con la humildad y tanto practicó la misericordia y la generosidad que murió pobre después de haber ayudado a muchísimos pobres. Adornado con tan grandes virtudes, estimó su alta dignidad como un peso, considerando la más pequeña negligencia del obispo como un grave daño para las almas; nunca se entregó al ocio ni participó en festines suntuosos. Este pastor, imitando el ejemplo del Buen Pastor, fue cabeza insigne de la Sede Apostólica, observando y enseñando los divinos preceptos».

Dionisio confiaba que Gelasio I, en el cielo, había recibido su corona entre los grandes santos.

Murió en Roma el 21 de noviembre de 496 y fue enterrado en San Pedro del Vaticano. Su nombre entró en el martirologio romano, como el de sus predecesores, y fue inscrito el día de su natalicio.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. VI: *Galena-Giustiniani* (Roma 1965) cols.90-93.
Collectio Avellana, Epistolae, en CSEL *(Corpus scriptorum ecclesiasticorum latinorum,* XXXV (Viena 1866s) 357-468.
Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique. XX: *Gatianensis-Giry* (París 1984) cols.283-294.
DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis,* I (París 1981) p.255s.
LONGO, U., «Gelasio I», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los santos,* I (Madrid 2000) 918-920.
PAREDES, J., *Diccionario de los Papas y Concilios* (Barcelona 1998) 53-54.
PIETRI, L. (dir.), *Histoire du christianisme,* III (Bilbao 1998) 171-175.
POMARÉS, G., *Gélase I. Lettre contre les Lupercales et dix-huit messes du Sacramentaire Léonien* (SC 65; París 1959).
ROUX, A., *Le pape S. Gélase I* (París 1880).
SOTINEL, C., en P. LEVILLAIN, *Dictionnaire de la papauté* (París 1994) 720-723.
VACANT, A. - MANGENOT, E. - AMANN, E. *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique,* XI (París 1930) 1179s.

BEATA MARÍA DE JESÚS BUEN PASTOR (FRANCISCA) DE SIEDLISKA

Virgen († 1902)

Hija de la tierra de Mazovia (Polonia), Francisca Ana Josefina Siedliska nació el 12 de noviembre de 1842 en el castillo de

Roszkowa, junto a Varsovia. De familia noble pero muy fría espiritualmente, sus padres, Adolfo Siedliska y Cecilia Morawa, no tan preocupados de la formación religiosa de su hija cuanto de su débil salud y de su preparación social, la educarían culturalmente según los cánones principescos, en un ambiente poco propenso a profundos intereses religiosos.

Recibió el bautismo, a los ocho días de nacer, en la iglesia de San Andrés de Varsovia. De temperamento vivaz e impulsivo, la pequeña *Frania* (así la llamaban en familia) tenía muchos arranques de genio. Ella titulará su Autobiografía, escrita por orden de su confesor, el padre Antonio Lechert: *Obra de la misericordia de Dios con una pecadora.*

Las relaciones con su padre no eran siempre serenas, dado el carácter fuerte y austero de éste.

> «Nos queríamos mucho —confiesa Frania—, mas cuando chocaban nuestras opiniones personales o diferentes pareceres, entonces tenían lugar escenas borrascosas, difíciles de amainar».

Intelectualmente estaba muy dotada: poseía una mente clara y una inteligencia superior, era generosa pero enérgica, delicada y sensible sin dejar de ser fuerte. Desde la infancia tuvo el presentimiento de que Dios le reservaba un porvenir muy singular. Escribió en su diario que *sentía* «un deseo infinito, como una inmensa nostalgia». El objeto de aquel anhelo inapagable era Dios...

La primera institutriz que comenzó a iniciar a Frania en la fe murió de improviso, lo cual privó a la pequeña de su apoyo espiritual. Fue sustituida por una alemana, no católica. La tercera institutriz, por fin, fue una persona providencial para Frania, en cuya tierna alma empezó a crecer una particular devoción a la Santísima Virgen. Sobre ello hay un episodio significativo ligado a la salud de su madre, con quien la niña había ido a Zadzary. Allí, en su habitación encontró un icono de la Virgen de Czestochowa. La mamá cayó tan gravemente enferma que se temía por su vida. Francisca, angustiada, rezó con toda su fe a la Virgen por la curación de su madre, pidiendo, al mismo tiempo, a la Señora que también Ella fuera su mamá. La madre curó, y Francisca tuvo el consuelo de que, además, desde enton-

ces se entregó a cultivar la espiritualidad, de la que antes no se preocupaba.

El 1.º de mayo de 1855 fue admitida a la primera comunión, y el 8 de junio siguiente, a la confirmación. Para recibir ambos sacramentos la preparó el padre capuchino Leandro Lendzian, de origen lituano. En su *Diario,* Francisca escribió:

> «Vino gente a casa, pero mi mente y mi corazón estaban con Jesús. Pensaba que él estaba en mí, le adoraba, hablaba con él, me ofrecía a él, no quería pertenecer a nadie más que a él». Aquel día de su primera comunión iba a ser decisivo para el futuro de Francisca...

En 1860 marchó con su familia al extranjero. Los Siedliski viajaron al Tirol, a Suiza, a Alemania y a Francia. Francisca comenzó a acusar los síntomas de una grave enfermedad. Los médicos le aconsejaron el clima suave, primero, de Merano, después, de otras poblaciones. Durante cinco años sufriría mucho. Así lo consigna en su *Diario:*

> «A veces los dolores eran tan atroces que me hacían retorcerme, pero Jesús dulcificaba el dolor con su gracia, y yo soportaba el sufrimiento con paciencia, e incluso con alegría, uniéndome a su Pasión».

En 1863 Francisca estaba en Cannes. En una conversación con su padre, mientras éste le manifestaba su preocupación por sus bienes, ella le reveló su proyecto de vida:

> «Ante mi declaración, tan firme —refiere en su *Diario*—, papá no montó en cólera ni me gritó, sino que comenzó a llorar y a decirme que para él no había mayor disgusto que saber que una hija suya había escogido un tal estado. Pero añadió: Pues que tu resolución es irrevocable, y ésa parece la Voluntad de Dios, sea».

El padre moriría en 1870, tras una larga enfermedad. Francisca ya tenía cerca de 30 años, y era consciente de que había llegado el momento de responder a la llamada del Señor. Pero, ¿cómo? Su confesor, el capuchino Padre Leandro, le dijo entonces que era voluntad de Dios que iniciase la fundación de una nueva familia religiosa. Su reacción la narra ella así:

> «Terriblemente invadida de temor e inseguridad, tomé el Crucifijo entre las manos e imploré la fuerza para cumplir su Voluntad... Fortalecida con la ayuda de mi Dios, me entregué a todo lo que él me pidiese».

Para comenzar la obra contaba con su propia madre y dos ancianas terciarias franciscanas sobrevivientes de una comunidad extinta de Lublino, dedicada a la adoración del Santísimo Sacramento, a la imitación de la vida de la Virgen en Nazaret y a la educación catequística de las niñas. Se le presentaban ahora cuatro grandes metas: obtener la bendición papal, encontrar un lugar para la casa madre, dar unas constituciones a la congregación, y difundir su espíritu.

Desde entonces la actividad de Francisca no se interrumpiría, ni siquiera por la enfermedad que poco a poco la iría debilitando. La búsqueda de una ciudad en que establecer la casa madre la llevó a Roma, a París, a Lourdes, a Cracovia y de nuevo a Roma, donde, en 1866, tras varios cambios de domicilio, la casa fue fijada definitivamente en Via Macchiavelli, junto a la Basílica de Santa María la Mayor.

En 1873, Francisca, con sus compañeras, emitió la profesión religiosa, escogiendo para sí el nombre de María de Jesús Buen Pastor. El 1.° de octubre del mismo año, el Beato Pío IX bendijo aquella Obra, nueva Congregación que tenía como carisma la reproducción de la vida escondida y las virtudes de la Sagrada Familia de Nazaret.

La madre María dio al nuevo Instituto una estructura estable y un espíritu auténticamente evangélico. En Roma recibió a las tres primeras novicias de la congregación, las hermanas polacas Wanda, Laura y Felicidad Lubowidzki. En 1881 fundará la casa de Cracovia, como centro para las vocaciones polacas. Mientras trabajaba en la redacción de las constituciones, en diciembre de 1884, María fue elegida por unanimidad superiora general. En 1885, el Instituto ya estaba en condiciones de afrontar la fundación en América del Norte: fueron abiertas tres casas en Chicago. Desde ese año hasta la muerte de la fundadora, registró un rápido desarrollo en Estados Unidos y en Europa. La casa de París se inauguró en 1892. En 1895 la congregación se estableció en Inglaterra con la fundación en Londres de una primera casa, a la que seguirían otras. Sólo en 1923, tras la muerte de la fundadora, serían aprobadas definitivamente las constituciones por la Santa Sede.

La madre María dirigió su comunidad hacia la actividad a favor de las familias, con el trabajo que hoy se desarrolla en los

asilos, colegios o guarderías, en la educación y en la catequesis. El programa de la comunidad «nazarena», empapado de espíritu evangélico, debía ser experimentado como una llamada a unir todas las fuerzas de la generosidad humana contra todo aquello que destruye a los hombres, desde el punto de vista físico o moral.

La fundadora no quería limitar el acceso a su congregación a hermanas de una sola nación, ni la actividad del Instituto a un solo país. Al contrario, estaba pronta a acudir a cualquier lugar donde hubiera personas necesitadas.

Al cumplirse el centenario de su fundación, el Instituto estaba extendido en Estados Unidos, Polonia, Gran Bretaña, Australia, Italia, Francia, Irak, Irlanda, Filipinas y Puerto Rico, con casi 2.500 religiosas. Su fuerza estribaba en su carisma netamente evangélico: espíritu de oración y reparación, adoración eucarística, fidelidad a la Iglesia, adhesión al Papa, amor a Dios y a los hermanos.

Cuando en 1880 la pequeña Comunidad romana de las Hermanas de la Sagrada Familia se estableció en la casa de la Via Ferruccio, la Fundadora anotó en su *Diario:*

> «Hoy Nuestro Señor se ha dignado venir a habitar entre nosotras. ¡Oh, qué dulce y hermoso es estar con él! ¡El Señor con nosotras y nosotras cerca, tan cerca de él! Que quiera habitar en nuestras almas y quiera reinar en su Nazaret y en todas las almas consagradas a él [...] Que cada una de nosotras sea su templo, su morada [...] Durante todo el día de hoy mi alma está penetrada del amor de Dios en el Santísimo Sacramento. ¡Oh, qué grande es el secreto del amor de Jesús! Pocos instantes antes el Tabernáculo estaba vacío, tan vacío, tan triste; hasta los cuadros de la pieza destinada a ser capilla me parecían tristes, sin vida, sin alma; y ahora, por la palabra del sacerdote, *Hoc est Corpus meum,* el Señor ha descendido y todo toma vida, todo alienta, todo se vuelve bello».

A propósito de la comunión eucarística y de la mística unión de la madre María con su Divino Esposo podemos leer esta preciosa carta dirigida al padre Lechert, su confesor y director espiritual:

> «¿Qué le diré de la comunión de hoy? Padre mío, mi lengua no acierta a describirlo [...] Mi Amor ha descendido hasta mí y con su gracia ha hecho que mi miseria no me impidiese sentirlo y perma-

necer a sus pies. Con su poder ha cautivado mi mente, y me he visto como polvo, como un átomo a los pies de mi Señor: arrebatada por él, no viendo ni sintiendo más que a él, escuchándole sólo a él. Padre mío, ha sido, si es lícito hablar así, un encuentro, una unión, un abrazo del alma con Dios».

Esta aventura espiritual de fe y amor de María con Jesús escondido en la eucaristía había comenzado años atrás, con aquella primera comunión del 1.° de mayo de 1855. La presencia viva, real, sustancial, corporal, de Jesús en el Santísimo Sacramento la llama a una continua adoración, como testimonia sor M. Gemma Laudando: el Santísimo Sacramento era para ella fuerza, alimento que la transformaba en Él y la colmaba de dones sobrenaturales.

«Señor, Dios mío —escribía—, ¿cómo podré expresar tu infinita misericordia para conmigo, en particular cuando me postro ante Ti en el Santísimo Sacramento del Amor? Tú atraes hacia Ti toda mi alma, todo mi ser, pensamientos y sentimientos. Me enseñas cuál es esa vida de ocultamiento, de alabanza y de amor que ofreces al Padre celeste en tu Sacramento de amor».

Al Padre Lechert, la Madre escribía:

«Me siento irresistiblemente atraída hacia la capilla, allí está Jesús Eucaristía y allá corre mi pensamiento, mi corazón; allí encuentro al mismo Jesús amado y servido en Nazaret por la Santísima Virgen y San José. Así deberemos nosotras, hijas de la Sagrada Familia, amar, adorar y servir a Jesús».

Y en su *Diario* se lee:

«¡Si pudiera pasar toda mi vida ante el Santísimo Sacramento y ante Él morir! ¡Pasar de la alabanza terrena a la celestial...!».

Por eso, como subraya la madre Loreta Lubowidka, la fundadora

«[...] Quería que nuestras iglesias estuvieran ricamente ornamentadas, y decía que nosotras debíamos ser pobres, y privarnos hasta de lo necesario, pero no escatimar en todo lo que toca al culto divino, en especial, a lo relacionado con el Santísimo Sacramento. Ante el Santísimo era fervorosísima. Empleaba todo su tiempo libre en estar ante Jesús Sacramentado, y recomendaba a las Hermanas que hiciesen lo mismo. Se levantaba a comulgar aunque estuviese con fiebre. En los viajes, permanecía en ayunas largas horas con tal de poder recibir a Jesús Sacramentado».

La madre María escribía en su *Diario:*

> «El amor al Santísimo Sacramento debe ser un amor práctico, no de puro sentimiento, sino un amor activo, que se demuestra con una unión vital con Jesús oculto. Debe ser un amor capaz de sacrificarse, sufriendo con Él, viviendo su misma Vida de adoración, de oración, de súplica y de ofrecimiento de Sí mismo. Éste debe ser el espíritu del que se penetren nuestras hermanas. Mas para ello es necesaria la fe. Pidamos fe viva, para que desaparezca de nosotros todo lo que no es Dios. ¡Oh, que Dios sea en todo nuestro único Amor!».

Así como San Benito confió a sus seguidores el lema *Ora et labora,* así la madre María de Jesús Buen Pastor, Francisca Siedliska, centró el programa de su vida y de las hermanas de su congregación en el mismo lema: *Ora et labora,* a ejemplo de la Sagrada Familia de Nazaret.

Así transmiten las primeras religiosas la dedicación de su madre fundadora:

> «Grande era la alegría de la madre cuando podía servir a las hermanas; sacrificaba todo su tiempo para satisfacer nuestras necesidades. Quería ser la madre en cuyo corazón las hermanas encontrasen siempre amor y comprensión. Incluso cuando pudiera usar de una cierta severidad, lo hacía con mucha caridad, buscando únicamente el bien de las almas. Miraba a las hermanas con ojos de fe, y por esto era comprensiva para con todas y sabía guiar a cada una por su camino».

Francisca no ocultaba su amor por las hermanas.

> «El Señor —escribía a sor Rafaela en Cracovia— me concede cada vez más amaros con corazón de madre, con la gracia de Dios; daría mi vida por cualquiera de vosotras, con tal de conquistar vuestras almas para Cristo».

Solía repetirles con frecuencia: «Como religiosas estáis obligadas a tender a la perfección del amor, sacrificando el propio yo». A las superioras les recomendaba ejercer la autoridad como «autoridad de amor». Con particular afecto cuidaba de las hermanas enfermas. Las servía, las velaba cuando estaban graves. Trabajaba hasta bien entrada la noche y estaba presente a todos los ejercicios de la Comunidad. No obstante su frágil salud, no se dispensaba de nada.

Solía definir la Encarnación del Hijo de Dios y la vida escondida de Jesús en el misterio de la Sagrada Familia como el reino del amor divino. Formando una comunidad religiosa de amor, quiso ayudar al prójimo a oponerse a la mayor tentación: el rechazo del Dios del amor, ayudándolas a abrirse a Cristo, encontrando en la Familia de Nazaret el modelo de su vida y de su conducta.

Tras dos capítulos generales en Sèvres, en 1895 y 1899, el que se verificó en junio de 1902 debilitó grandemente la salud de la madre, ya tan quebrantada por las múltiples preocupaciones, cansancios y enfermedades. Cediendo al fin a los consejos de su confesor y su médico, fue a pasar un tiempo de reposo a las benedictinas de Subiaco. Transcurrido el verano, volvió a Roma el 16 de octubre. El 14 de noviembre dirigió su última conferencia a la comunidad, encargándolas mucho vivir siempre su misión con espíritu de caridad, el único que podía mantener viva la congregación. La tarde del 15 se vio obligada a postrarse en el lecho por una peritonitis aguda. Más llena de méritos que de años, el 21 de noviembre de 1902 fue llamada por Dios al Reino de su gloria. Inmediatamente después de su muerte, se extendió su fama de santidad.

El padre Jacinto Cormier, promotor de la causa de canonización, emitió este juicio el mismo día de la muerte de la madre: «Su bondad era rebosante». Al P. Cormier le haría eco el P. van Rossum, después cardenal: «Fue ciertamente un alma muy bella, de grandes aspiraciones, con un hambre insaciable de Dios; deseaba amar al buen Dios con todo su corazón y servirlo con todas sus fuerzas».

El proceso ordinario informativo para su canonización fue instruido en Roma entre los años 1922 y 1927. La causa pasó a la competencia de la Sede Apostólica en 1940. Los restos mortales de la madre fueron trasladados en 1964 a la nueva casa generalicia en Via Nazareth, 400, Roma. El 29 de abril de 1980, Juan Pablo II promulgó el decreto sobre la heroicidad de las virtudes de la sierva de Dios, declarándola venerable.

El proceso sobre el milagro de la curación prodigiosa de la señora Marianna Rataj, fue instruido en Varsovia en 1986, y en Roma en 1987 y 1988. Juan Pablo II ordenó la promulgación del relativo decreto el 1 de septiembre de 1988.

El mismo Sumo Pontífice beatificó a la madre María de Jesús Buen Pastor el día 23 de abril de 1989 en la Plaza de San Pedro del Vaticano. En aquella ocasión, habló así en polaco de la nueva beata:

«En medio de todas las contrariedades de su tiempo y del ambiente, marcada por la cruz de diversos sufrimientos, caminó infatigablemente "por la vía de la fe viva, que enciende la esperanza y actúa por medio de la caridad", en virtud de aquella caridad "con la cual Dios ha amado al mundo" (cf. LG 41).

Creció en una casa de la que ella misma escribió que Dios no era el Señor (cf. Wardi, *La vita...,* p.24), pero desde su primera infancia tuvo en su corazón una profunda nostalgia del amor absoluto. Lo encontró en la primera comunión, y desde entonces permaneció unida para siempre con Cristo mediante el vínculo del amor esponsal. "Él es la única finalidad, el único objeto de todo nuestro amor", escribía en su *Diario* (1844, p.32).

Durante toda su vida supo unir de modo equilibrado la oración con el apostolado activo, la iniciativa creadora con una obediencia concreta a la voluntad de Dios en la Iglesia. Descubrió de modo particular la necesidad de sostener el espíritu nacional y el renacimiento moral de la patria en una época de depresión general, durante la partición de Polonia. Fuente de inspiración y punto de referencia fue para ella y para sus hijas espirituales el modelo de la vida escondida de la Sagrada Familia de Nazaret.

En el estatuto de la congregación del año 1880, escribía entre otras cosas: "El modelo de nuestra vida religiosa es la vida escondida del Señor Jesús en Nazaret con María y José, que tratamos de imitar a través de la renuncia y la muerte total a nosotras mismas por la vida completamente escondida en Dios con Jesucristo".

Éste fue el tenor de la vida de la Madre Siedliska y el programa que dejó como testamento a sus hermanas. Salir al encuentro de la miseria humana moral y material. La solicitud por el hombre pobre, enfermo, probado por la vida, abandonado, minusválido. La solicitud por la educación de los niños descuidados, especialmente desde el punto de vista religioso, por las madres solas con sus niños, a favor de la salvación de la vida de los aún no nacidos. Por tanto: la escuela, el hospital, la calle.

Por el mismo motivo la Beata María de Jesús Buen Pastor reconoció en la familia cristiana sana la principal fuente del renacimiento espiritual. Contemplando la maternidad divina de María, se orientó hacia la tierra, hacia las tareas que en ella el hombre debe poner en práctica: hacia los deberes de los esposos y de los padres, hacia la dignidad del sacramento del matrimonio y hacia la grandeza de los padres católicos. Deseó servir al amor humano, por consiguiente, a la vida y a su desarrollo, a fin de que esta vida, este hombre que ha nacido de padres unidos a Dios, crezca y madure

en dicha unión, a fin de que la vida que proviene de Dios esté encaminada en su desarrollo hacia él, para que en él encuentre conscientemente a su Creador y Padre.

Éstos fueron la solicitud y el ideal de la renovación de la vida según el programa de sor Siedliska, que dejó en el testamento a su familia nazarena. Los mismos mandamientos de Dios obligan, en igual medida, a los padres, al padre y a la madre, e incluso a sus hijos, porque Dios ama con el mismo amor al marido, a la mujer y al fruto de su amor: los hijos.

Hablo hoy de ello con alegría y gratitud, puesto que éste es también el programa de la Iglesia: es una tarea importante que empeña —quizá de modo particular— a nuestro tiempo».

En el mismo sentido habló ampliamente el Papa el 24 de abril, día siguiente a la canonización, dirigiéndose a los numerosos fieles polacos, a los que dirigió una solemne felicitación, tomando las palabras de los apuntes de la beata:

> «Que tu corazón llegue a ser Nazaret mediante el perfeccionamiento de las cosas cotidianas. Que llegue a ser el Calvario mediante la aceptación de las pequeñas cruces. Que llegue a ser el Cenáculo mediante la fidelidad a las buenas inspiraciones. Que llegue a ser el cielo mediante el espíritu de adoración, veneración y gratitud».

Además de su fundadora, la congregación cuenta con once beatas mártires, fusiladas por los nazis, mientras rezaban el 1 de agosto de 1943, en Nowogródek, durante la Segunda Guerra Mundial. Dieron su vida por la liberación de algunos padres de familia residentes en aquella localidad: «Si hay necesidad de un sacrificio humano, acéptalo de nosotras, Señor, y haz que sean liberados los que tienen una familia». Juan Pablo II las elevó a la gloria de los altares el 5 de marzo de 2000, durante las celebraciones del Gran Jubileo.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

BURTON, K., *Where there is love. The life of Mother Mary Frances Siedliska of Jesus the Good Shepherd* (Nueva York 1951).

DÉCOULS, V., *La mère Marie de Jésus Bon Pasteur (1842-1902) et la Congrégation de la Sainte Famille de Nazareth* (Roma 1929).

L'Osservatore Romano (22 y 24/25-4-1989).

L'Osservatore Romano (ed. en español) (23 y 30-4-1989).

NARUSZEWICZ, P., «Maria di Gesù Buon Pastore», en *Bibliotheca sanctorum.* VIII: *Liadan-Marzi* (Roma 1966) 1009-1011.
SARDI, V. - SICA, C., *Vita della Serva di Dio Maria Francesca de Siedliska di Gesù Buon Pastore* (Grottaferrata 1921).
TOMKOWICZ, F. - RUTKOWSKA, N., «Zgromadzenie SS. Najsw. Rodziny z Nazaretu i jego wkld w dorobek polskiego Millennium», en *Sacrum Poloniae Millenium,* IV (Bruselas 1957).
Zywot Slugi Bozej Marji Franciszki siedliskiej od Pana Jezusa... (Cracovia 1924).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN AGAPIO
Mártir († 306)

Agapio fue mártir en Cesarea de Palestina, y es uno de aquellos admirables mártires que, desafiando los repetidos tormentos, mantuvieron de forma heroica y con increíble fortaleza la confesión de fe cristiana. Acusado de cristiano, fue tres veces a parar a la cárcel y mantuvo la fidelidad a Cristo con fe inquebrantable pese a interrogatorios y torturas. Arrestado de nuevo, fue encadenado a un asesino y llevado al anfiteatro para ser ofrecido a las fieras. Su compañero fue perdonado pero él debió pasar por las acometidas de un oso estando en el anfiteatro el propio emperador Máximo. No murió de los zarpazos de la fiera, aunque quedó muy maltrecho. Llevado a la cárcel nuevamente, al día siguiente le ataron pesadas piedras y lo tiraron al mar, donde se ahogó. Narra su martirio el historiador Eusebio de Cesarea.

SAN MAURO DE CESENA
Obispo († 946)

Mauro entra en la historia cuando su tío el papa Juan X lo elige obispo de Cesena hacia el año 915. Fue un obispo ejemplar y le gustaba dedicar tiempo al recogimiento y la plegaria, y para ello construyó una pequeña iglesia con una habitación adjunta en la que se recogía y vivía con absoluta austeridad y gran espíritu de penitencia. Murió hacia el 946 y fue enterrado en la habitación indicada, donde empezaron los fieles a acudir para

implorar su intercesión, atribuyéndosele enseguida milagros. Esto motivó que los obispos de la región decidieran cambiar la tumba a la iglesia y autorizar el culto público a su memoria. La iglesia hubo de ser agrandada y se hizo un monasterio benedictino adjunto a ella. En 1470 el cuerpo del santo fue trasladado a la catedral de Cesena, donde se conserva. Su memoria es el 21 de noviembre.

22 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de Santa Cecilia, virgen y mártir en Roma (fecha desconocida) **.
2. La conmemoración de San Filemón de Colosas, a quien San Pablo escribió su carta, y con él se venera a su esposa Santa Apia *.
3. En Arbele (Persia), San Ananías († 345), mártir.
4. En Milán (Liguria), San Benigno († 470), obispo.
5. En Autun (Galia Lugdunense), San Pragmacio († 517), obispo.
6. Junto al río Zihun, cerca de la ciudad turca de Marasc, beatos Salvador Lilli, presbítero, religioso franciscano, y sus compañeros, Juan, hijo de Baldji, Kadir, hijo de Xodianin, Cerun, hijo de Kurazi, Vardavar, hijo de Dimbalac, Pablo, hijo de Jeremías, David y Teodoro, hijos de David, hermanos († 1895), mártires **.
7. En Triora (Italia), Beato Tomás Reggio († 1901), arzobispo de Génova, fundador de la Congregación de Santa Marta **.
8. En Teocaltitlán (México), San Pedro Esqueda Ramírez († 1927), presbítero y mártir *.
9. En Paterna (Valencia), beatos Elías (Julián) Torrijo Sánchez y Bertrán (Francisco) Lahoz Moliner († 1936), Hermanos de las Escuelas Cristianas, mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA CECILIA

Virgen y mártir (fecha desconocida)

La segunda después de la Madre de Dios es, entre las vírgenes, Santa Cecilia: modelo de todas, pues guardó la virginidad

aun siendo desposada y la sublimó con su martirio glorioso. Así lo dice el obispo de la alta Edad Media Adhelmo en su libro *De virginitate,* que publicó la *Patrología* de Migne en su volumen 89.

Y este alto aprecio lo confirmó la liturgia, que pone a Santa Cecilia, con solas otras seis vírgenes, en el canon de la misa; y es la que más basílicas tuvo en Roma y quizá más templos en toda la cristiandad; la más ensalzada por pintores y escultores, y la más celebrada por los músicos, que la aclaman por su patrona celestial.

De ello, aparte de sus preciosas reliquias, cuya famosa historia es un monumento, nos han quedado las actas martiriales, *Passio Stae. Caeciliae,* cuya historicidad substancial proclaman los más sabios arqueólogos antiguos y modernos, como Baronio, Rossi, Duchesne, Allard, Guéranger, Wilpert, Kirsch, Marucchi.

En estas actas se inspiraron todos sus biógrafos y con sus episodios se hicieron sus oficios litúrgicos y se compusieron sus himnos hasta en las liturgias milanesa y mozárabe.

Y en realidad todo es ejemplar y bello en cuanto conocemos históricamente de la vida de Santa Cecilia.

Ya comienza su linaje y el de su esposo Valeriano por ser de los más ilustres de la nobleza romana. La *gens Caecilia,* o sea, el linaje de los Cecilios, en la rama de nuestra mártir es ya egregia desde el año 316 de la fundación de Roma —año 442 a.C.— en cónsules, pretores y senadores, emparentados con los nobles Metelos y Pomponios. Y antepasadas de Santa Cecilia fueron dos celebérrimas matronas: Caya Cecilia Tanaquil, mujer de Tarquinio Prisco, quedó en la historia como prototipo de esposa ejemplar. Tanto que en los matrimonios de jóvenes patricios se prometía la fidelidad con la fórmula: *Ubi tu Caius, ego Caia:* «Donde tú seas Cayo, seré yo Caya». Algo semejante a nuestro *Tanto monta* de los Reyes Católicos. En el Capitolio tenía Caya su estatua y en el templo de Sagus se guardaban, como símbolo de sus virtudes familiares, la rueca y el huso con que había hilado.

Otra de sus antepasadas, Cecilia Metela, esposa que fue del grande Pompeyo, mereció de Plutarco en sus *Vidas paralelas* esta etopeya, que, a falta de otros datos positivos, nos dará una idea de lo que sería nuestra santa en su formación humana:

«Tenía Cecilia Metela, además de su gran belleza, otras dotes para cautivar a los hombres. Era discretamente entendida en letras, tocaba muy bien la lira, estudió geometría y gustaba de proponer con talento y fruto cuestiones filosóficas. Pero lo principal era que no se le vio frivolidad ni afectado empaque y no era tan vanidosa como lo suelen ser las doncellas de tantas prendas y erudición».

En relación con España, un Cecilio, el Macedónico, hizo la campaña de Viriato; otro, Cecilio el Pío, acompañó a Pompeyo en la de Sertorio. Y dos ciudades llevan el nombre de su familia: Cáceres, que se llamó Castra Cecilia, y Medellín o Metellina, fundada por Cecilia Metelo.

No era menor la nobleza de su esposo Valeriano, pues pertenecía a la que nuestro excelso poeta Aurelio Prudencio Clemente llamó la *gens infulata Valeriorum,* linaje Valerio de muchas ínfulas o, como diríamos hoy, de muchos pergaminos y bastones de mando.

Un Valerio 500 años antes de Jesucristo vindicó la libertad de Roma contra la opresión de los dos Tarquinios. Su nieto rechazó a los volscos, que intentaron invadir la ciudad, y unió al pueblo y al senado con sus leyes horacio-valerias. Otro familiar, el célebre historiador Valerio Máximo, tropieza en sus historias patrióticas con grandes triunfadores Valerios. Recientes excavaciones arqueológicas han demostrado que el solar de la casa de Valeriano y Cecilia estaba junto a la plaza que llamaban *Statuae Valerianae.* Allí fue martirizada Santa Cecilia y aún hoy se levanta su basílica.

También los Valerios vinieron a España: en la Celtiberia fundaron una colonia que aún se llama Valeria la Vieja; y hay en Barcelona dos inscripciones de estas familias enlazadas: la de Valeria, esposa de Cacillo, y la de Cecilio Basso, esposo de Valeria.

Cecilia debió de quedar muy pronto huérfana, pues en la juventud de sus desposorios y martirio ya tenía la libre disposición de sus casas y fortuna.

Su manera de hablar y proceder nos demuestra que estaba, como correspondía a su prosapia, instruida por un *litterator* en leer, escribir y en las buenas artes, entre las que se encontraba la música.

A los trece años, edad de la emancipación, recibiría el bautismo, que en el siglo II solía retardarse hasta esa edad. Quizá fuera cristiana desde su nacimiento; en las inscripciones de los tiempos apostólicos hay lápidas de Cecilios y sus familias emparentadas ya cristianas.

Las actas nos revelan su trato con el obispo Urbano, que la instruiría en la fe: y estaba tan bien formada en ella, que «traía, dice su *Passio,* de continuo los evangelios junto al corazón escondidos en los pliegues de la túnica».

De su caridad nos certifica el detalle de que allá en la Via Appia, afueras de Roma, junto a la tumba de los Cecilios, reunía a los pobres para darles limosna; y a ellos envió a Valeriano para que le enseñaran el refugio del obispo Urbano, auxiliar del Papa, que le había de catequizar.

Su oración se deduce no sólo de la vieja inscripción que dice: «Ésta es la casa donde oraba Santa Cecilia», sino también de que pidió a Dios tiempo para consagrar como templo su domicilio antes de morir.

Y, en fin, su pureza era tal que la ofrendó a Dios con su voto secreto de perpetua virginidad. Tan secreto que ni sus tutores, cristianos o no, lo conocían, y por eso, como era costumbre, le buscaron, en linaje tan noble como era el suyo, un esposo, que había de ser el joven Valeriano; y, por añadidura, era todavía infiel.

Cecilia jurídicamente debía aceptar el compromiso matrimonial, pero en su oración había logrado del Señor que le enviara visiblemente al ángel de su guarda con la promesa de que defendería su virginidad.

La situación era comprometida, pues aunque entonces no eran raros los matrimonios de infieles y paganos, y bien sabría Cecilia que algunas mujeres convirtieron a sus esposos, con todo, en la vida íntima, no podría disimular la señal de la cruz, los ayunos, oraciones, asistencia a los sagrados ritos. Así es que, fiada en Dios y confortada por el ángel, decidió plantear inmediatamente la delicada situación.

Era, pues, el mismo día de la boda. Podemos describirla con el ceremonial usado entonces, y hasta confirmado en el traje nupcial con los vestidos que aún guardan sus reliquias.

La casa de los *Caecilii* en el Campo de Marte tenía el atrio, el impluvio y otros aposentos rebosantes de convidados. Dentro, en el *gyneceo,* las amigas de Cecilia la ayudaban en el adorno de su atuendo nupcial. Una túnica de lana blanca ceñida con una banda del mismo color, los cabellos cubiertos con el *flammeum,* fino velo de color de llama, que le cubría la frente y las seis trenzas de su peinado y caía sobre el vestido en pliegues elegantes.

Llega la hora y se abren las cortinas del *tablinum,* aparece Cecilia ante la expectación de los convidados radiante de hermosura y distinción. De antemano se habían firmado las capitulaciones matrimoniales.

Al resplandor de las antorchas que llevaban los convidados, avanza Cecilia acompañada de su tutor; lleva en las manos el huso y la rueca; delante dos niños *patrimi,* es decir, cuyos padres no habían muerto, sembraban de flores el camino. Un coro de tibícines y cantores animaba el cortejo. El pueblo bordeaba el trayecto de aclamaciones.

Llegados al solar de los Valerios, adornado de flores, colgaduras y cortinas de lana blanca, se detiene la comitiva en el umbral; los acompañantes claman: *Thallassio!*

Aparece Valeriano y, ritualmente, pregunta a Cecilia:

—¿Quién eres tú?

—Donde tú Cayo, seré yo Caya, dice la novia como su antepasada Cecilia Tanaquil.

Valeriano le presenta un vaso de cristal con agua límpida, una llave de casa y la invita a sentarse sobre un tapiz de lana con el huso y la rueca en las manos.

Hermoso simbolismo de las virtudes y ocupaciones familiares, muy semejante, a pesar de ser pagano, al del libro bíblico de los Proverbios, que comentó fray Luis de León en *La perfecta casada.*

Siguió el espléndido convite nupcial, se multiplicaban los plácemes, y los poetas entonaban los himnos y epitalamios al son de sus liras.

Y entretanto... Es el momento culminante que nos han guardado las actas:

Canentibus organis... Sonaban los instrumentos mientras Cecilia en su corazón cantaba al Señor solamente diciendo: «Hágase mi corazón inmaculado para que no quede confundida».

Cuando todos ya se habían marchado, Cecilia dijo a su esposo:

—Querido Valeriano: tengo un secreto que revelarte, si me juras guardar secreto.

Lo prometió y Cecilia prosiguió:

—Tengo un ángel de Dios que guarda mi virginidad: si te acercaras a mí con amor impuro, desenvainaría su espada y cortaría en flor tu vida; pero si me amas y respetas mi pureza, se hará tu amigo y nos colmará de bienes.

Inspirado por Dios Valeriano y trémulo de emoción le dijo:

—Para creer tus palabras tendría que ver al ángel y ver demostrado que no es otro hombre el que ocupa tu corazón. De ser así, los dos moriríais a mis manos. Cecilia replicó:

—Para ver al ángel tendrás que creer en un solo Dios y ser purificado. Vete al tercer miliario de la Via Appia; verás allí un grupo de mendigos que me conocen, salúdalos de mi parte, diles que te lleven al buen anciano Urbano y él te hará conocer a Dios, te dará un vestido de color de nieve, y luego, purificado, vuelve a casa y verás al ángel.

Apenas amanecido fue al *Pagus Triopius:* junto al llamado *locus trucidatorum,* por los cristianos allí sacrificados, estaban las catacumbas de Pretextato y encontró al obispo Urbano.

Las actas hablan de una visión celestial en la que se les apareció un anciano vestido de blanco con un libro en las manos que decía: «Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Señor, Padre de todos».

—¿Crees ya o dudas aún? —le dijo Urbano.

—Nada más verdadero bajo el firmamento —respondió el joven.

Y tras rápida catequesis le concedió el bautismo.

No hay razón para dudar, por ser sobrenatural, de esta visión, pues eran frecuentes en la primitiva Iglesia. Ni tampoco es increíble el que, vuelto a su casa, encontrara Valeriano a su Cecilia junto al ángel, que tenía en sus manos dos coronas de

fragantes rosas purpúreas, que ofreció a cada uno de los desposados, promesa y símbolo de su triunfo martirial.

—Pídeme, Valeriano, la gracia que más ansías —añadió el ángel.

—Nada quiero más en el mundo que a mi hermano Tiburcio. Concededme que él confiese como yo a Jesucristo. Llegó en esto Tiburcio y, sorprendido, exclamó:

—¿Qué aroma es este de rosas y de lirios?

Aquí las actas, con fundamento documental y recuerdos de la tradición, trenzan un bello diálogo redaccional con doctas catequesis de Cecilia, tomadas del libro *De pudicitia,* de Tertuliano. Con la conversión y bautismo de Tiburcio concluye la emocionada escena.

La corta vida matrimonial de los esposos pudiera describirse como por aquellos años lo hacía Tertuliano en su libro *Ad uxorem:* «Juntos oran, juntos se postran ante Dios, juntos ayunan y se instruyen, juntos van a la iglesia a recibir a Cristo. Comparten las alegrías y las preocupaciones. Ningún secreto, ninguna discusión, ningún disgusto. A ocultas van a repartir sus limosnas. Nada impide que hagan la señal de la cruz, sus devociones externas, sus oraciones. Juntos cantan los himnos y salmos; y sólo rivalizan en servir mejor a Jesucristo». Era el año 176.

Marzo del 177; aparece en escena un prefecto de la ciudad, Almaquio, que en realidad era sólo un pretor subalterno; Aamaquio o Amaquio, según Guéranger y Rossi.

Por denuncias de un colega llamado Tarquinio llamó Almaquio a su tribunal a los dos hermanos. Ante su confesión les ofrece un *libelo* o certificado de haber sacrificado a los dioses, sin haberlo hecho, por unos miles de sextercios. El diálogo parece copiado de las actas archivadas en los escrinios judiciales. Se negaron en absoluto aun a disimular su fe cristiana.

Manda Almaquio azotarlos; los entrega luego a Máximo con un pelotón de soldados con orden de ejecutarlos a la madrugada siguiente.

Aún pudo de noche visitarlos Cecilia, acompañada de Urbano. Nuevamente el ángel se apareció a todos; lo vio también Máximo, que se convirtió y fue con Valeriano y Tiburcio dego-

llado. El antiquísimo (siglo V) martirologio jeronimiano pone con Máximo también a otros compañeros.

Cecilia recogió los cadáveres, los embalsamó y, depositados en un sarcófago, los colocó en un *lóculo* de las catacumbas de Pretextato.

Poco duró la viudez de Cecilia. Sintetizan las actas estos meses en la expresiva frase: *Quasi apis argumentosa,* como una diligente abeja servía al Señor. Recientes excavaciones persuaden de que las catacumbas de Calixto fueron aquellos días iniciadas por Cecilia en terrenos familiares. En ellas preparó su sepultura, allí habían de tener sepulcro varios Papas y mártires celebrados en elegantes inscripciones poéticas del papa español San Dámaso, que delicadamente alude a Santa Cecilia, «la que ambicionó defender su pudor virginal».

Así fue; a los cinco meses, Almaquio vio la manera de confiscar los bienes de Cecilia y apoderarse de ellos. La llama a su tribunal, la ordena ofrendar incienso a los ídolos; hipócritamente, se duele de que tenga que marchitar su florida juventud y, tras una escena que patéticamente amplifica la *Passio,* decreta su muerte. La llevan a su casa, detenida bajo custodia, hasta que llegara el día de la ejecución, que se retrasó —para llevarla a cabo sin que en el pueblo pudiera haber protestas o alborotos— hasta los próximos días del 4 al 19 de noviembre, en que se celebraban los *Ludi Romani* en el Coliseo y el Circo Máximo.

Aprovechó aquella tregua Cecilia para catequizar a muchos —400 dicen las actas—, que se convirtieron por su ejemplo, y disponer de sus bienes en favor de los pobres y de la Iglesia.

Llegado su día, la mandan encerrar en el *caldarium* o cuarto de la calefacción, por donde pasaban los tubos del agua calentada en el *hipocaustum.* Allí tenía que morir asfixiada, como Octavia, la esposa de Nerón, y Fausta, la esposa de Constantino.

Alguien ha leído en viejos códices: *Candentibus organis; organa* se llamaban las tuberías. Y entonces se interpretaría que, estando al rojo los elementos de la calefacción, Cecilia seguía entonando sus cánticos al Señor.

Ello es que pasaba el tiempo y no moría. Llaman al lictor que la degüelle: le da tres tajos (vacilante quizá de temor la espada) y, como la ley no permitía un golpe más, la dejaron por muerta.

Aún vivió tres días, y al fin expiró con sonrisa angelical, con las manos enlazadas de manera que una mostrara el índice, tres dedos la otra, confesando la unidad de Dios y trinidad de personas.

Así, en blanquísimo mármol de Carrara, la representa Maderna en la bellísima estatua yacente de la basílica transtiberina.

JOSÉ ARTERO

Bibliografía

CABROL, F. - LECLERCQ, H. (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* II/2: *C-Césène* (París).
CORDEIRO, S. I., *Vida de Santa Cecilia* (Oporto 1916).
DELEHAYE, H., SI, Art. en *Analecta Bollandiana* 22 (1903); 24 (1905).
GUÉRANGER, P., *Sainte Cécile et la société romaine aux deux premiers siècles* (París 1878).
KIRSCH, A., *Die Heilige Cäcilia* (Ratisbona 1901).

BEATO SALVADOR LILLI Y COMPAÑEROS

Juan, hijo de Baldji; Kadir, hijo de Xodianin; Cerun, hijo de Kurazi; Vardavar, hijo de Dimbalac; Pablo, hijo de Jeremías; David y Teodoro, hijos de David
Mártires († 1895)

El día 19 de junio de 1853 el matrimonio formado por Vicente y Anunciada Lilli, a quien llamaban «Anunciada la santita» por su bondadoso corazón, fueron padres de su sexto y último hijo, un varón, a quien se le impuso el nombre de Salvador. Este ejemplar matrimonio vivía en Capadocia, una población de la provincia italiana de Aquila, donde lo cristianaron al día siguiente de su nacimiento. A todos sus hijos les dieron ejemplo admirable de vida familiar, educándolos en los mandamientos del Señor y permitiendo el arraigo de los sentimientos religiosos en su corazón.

El padre regentaba un próspero comercio en Nettuno, dedicado a transportar leña y carbón desde la región del Abruzzo a la ciudad de Roma, y esta situación le permitió que sus hijos recibieran una enseñanza escolar muy apropiada. El joven muchacho fue alumno de los Franciscanos Conventuales de Nettuno, de donde pasó a una escuela privada a cargo de un sacerdote de

Trevi, donde continuó su formación. El año 1869 fallece su progenitor, y queda bajo la autoridad de un ejemplar presbítero avecindado en Roma, frecuentando la escuela pública. Al año siguiente, contando dieciséis, ingresa en la Orden de Frailes Menores, iniciando el noviciado el 24 de julio de 1870 en el convento franciscano de Nazzano en la ciudad eterna, donde el 6 de agosto de 1871 emite la profesión simple. Prosigue sus estudios eclesiásticos en el convento de Castelgandolfo.

La supresión de las órdenes religiosas decretada por el Gobierno en 1872, obliga a los frailes a abandonar sus conventos, y él solicita permiso a sus superiores para marchar a Tierra Santa como misionero, donde los franciscanos custodian los santuarios católicos y atienden a los peregrinos. En el convento de Belén completa los estudios de Filosofía, y en el de Jerusalén los de Teología. El 6 de abril de 1878 recibe el orden presbiteral de manos del patriarca de Jerusalén, monseñor Braceo, y celebra su primera misa con íntima unción en la iglesia del Santo Sepulcro. Permanece aún dos meses en esta ciudad para profundizar en sus estudios. En el mes de agosto de 1880 es destinado a la misión de Marasc (Armenia Menor, Turquía), fundación franciscana muy reciente y difícil situada en una zona donde conviven diversos ritos cristianos, y de cuando en cuando se producen enfrentamientos entre grupos armados de distintas nacionalidades y credos. En Marasc aprende la lengua armena y la turca.

En el verano del año 1886 regresa a Italia para regularizar su situación militar. En Capadocia visita a sus familiares, y el 15 de agosto celebra en el templo parroquial una misa solemne, acompañado de sus hermanos y vecinos. Al día siguiente, se presenta un grupo de carabinieri en su casa con orden de llevarlo a prisión por haberse marchado a Tierra Santa sin cumplir con el servicio militar. Al escuchar sus razonamientos, le conceden una prórroga, prometiéndoles presentarse al día siguiente al superior militar de Avezano, como así hizo, quien le concedió la libertad. Pero el Ministerio Público de la provincia de Aquila le condena a tres meses de cárcel, que tampoco cumplirá al haber solicitado la gracia del perdón al rey Vittorio Emmanuele I que le fue concedida.

A pesar de las reiteradas insistencias de sus familiares para que permaneciese en Italia, en el verano de 1886 regresa a Tierra Santa, siendo destinado de nuevo como superior y párroco de Marasc. Durante ocho años el padre Lilli (1886-1894) lleva a cabo con energía y empeño diversas ayudas en favor de los cristianos, que sufren estrecheces económicas, soportan elevados impuestos y no encuentran trabajo.

La epidemia de cólera del año 1890 aún produce más adversidad entre estas buenas gentes, y él se multiplica, empeñándose en obras de caridad con gran celo, atendiendo a los enfermos y necesitados. Se prodiga tan extraordinariamente, que sus colaboradores lo juzgaron exagerado. En estas circunstancias escribe una carta a su hermana sor María, religiosa trinitaria: «Sentía una fuerza tal que ir a los afectados de cólera, socorrerlos, administrarles medicinas, etc., me parecían cosas normales». Su apostolado se ilumina de caridad heroica, convirtiéndose, al mismo tiempo, en sacerdote y médico. Sin hacer caso del posible contagio, va de casa en casa, asistiendo moral y materialmente a los enfermos. Lleno de fe en Dios, no teme los peligros y «corre a auxiliar al hermano menesteroso, que tantas veces se encuentra abandonado, incluso por las personas más queridas». Este joven misionero se entrega totalmente a aquella gente humilde, y en poco tiempo lleva a cabo una tarea que a otros les podría resultar impensable. Funda tres nuevas aldeas para reagrupar los numerosos núcleos familiares dispersos por aquella región, a fin de poder protegerlos e instruirlos mejor. Con grandes sacrificios, adquiere una gran extensión de terreno (1.255 hectáreas), tierras fértiles, para proporcionar un medio de trabajo para cada familia. En Italia encarga la mejor maquinaria agrícola para utilizarla en el cultivo de dichos campos. Da pan y trabajo a quienes no lo tenían y promueve con tenacidad la formación de los jóvenes, imprimiendo un intenso ritmo de vida religiosa a sus parroquianos, que se sienten atraídos por su ejemplo, piedad y generosidad.

Sabio consejero y diligente promotor de obras sociales, está siempre abierto a todos: católicos, ortodoxos y mahometanos. A todos atiende sonriendo, y por esto es esencialmente querido por sus fieles, estimado y respetado por los demás. Es el mo-

mento de poner en práctica las enseñanzas recibidas en su juventud, demostrando, además, sus grandes dotes intelectuales. Abre, también, una farmacia, donde se distribuyen medicinas a los enfermos, fueran de la creencia que fueran. Con todas estas iniciativas extendió el campo del apostolado, destacando por su admirable ejemplo de caridad.

En 1894 es destinado a la ciudad de Mujuk-Dresì, habitada por armenios desde el siglo XI, que se halla situada a siete horas de Marasc a caballo. La concordia y laboriosidad de todos, que fomentaba la unidad, permitían presagiar un prometedor futuro, pero ocurrió exactamente lo contrario. El día 23 de octubre de 1895 un musulmán fue herido gravemente en una calle de Marasc, y se culpó a los cristianos, siempre marginados y despreciados por su fidelidad a la religión cristiana. Al día siguiente el herido falleció, desatándose la cólera contra la minoría armenia, produciéndose una masacre y numerosas víctimas. El superior franciscano de Jenige-Kalé le envió recado para que abandonara de inmediato su misión, acompañado del mayor número de personal, pero él decide permanecer allí, junto a sus feligreses, estando dispuesto a entregar la vida por defenderlos. El 18 de noviembre, un batallón de soldados llega a Mujuk-Dresì, y al día siguiente el comandante Mazhar Bey se entrevista con él, ofreciéndole conservar la vida si reniega de la fe. Al negarse con valentía, los soldados le hieren en una pierna a golpes de bayoneta. Junto con otros armenios es aprisionado, acosándoles los musulmanes con halagos y amenazas, invitándoles a apostatar de la fe. A pesar de todos estos sufrimientos anima a todos a permanecer fieles a Cristo: «Hijitos míos, sed fuertes en la fe. El mundo es pasajero, y después del sufrimiento nos espera la gloria del Paraíso», les dice. Los mismos habitantes de la zona le insisten para que se ponga a salvo, pero su respuesta es serena y decidida: «No puedo abandonar mis ovejas; prefiero morir con ellos si fuera necesario».

Tres días más tarde, el religioso y once de sus parroquianos son conducidos por la tropa, caminando durante dos horas, se detienen cerca de un torrente, y el coronel les propone por última vez escoger entre la abjuración o la muerte: «Fuera de Cristo, no reconozco a nadie», dice el padre. No menos notable es

la respuesta de los compañeros armenios: «Matadnos, nosotros no renegaremos de nuestra religión». A todos ellos les había reunido en la iglesia de Marasc y confesado días antes. Mataron primero al padre Lilli, traspasándolo con las bayonetas de los soldados; inmediatamente después los otros siete corrieron la misma suerte. El religioso franciscano contaba con 42 años.

Un testigo turco, jefe de un poblado próximo, refirió a unos armenios cuanto había presenciado, y tiempo después, al ser llamado a declarar por el tribunal en Teherán, refirió lo ocurrido: «El sacerdote, con once hombres y una niña pequeña, llamada María Balgi, sobrina de uno de los mártires, fueron conducidos a un gran árbol donde se le propuso al religioso hacerse musulmán. Éste, alzando los brazos al cielo, gritó: "Yo no conozco a otro que a Cristo", y se puso a rezar. Los diez hombres que arrestaron con él se hallaban a unos diez pasos, y les dijeron: "Si no os hacéis musulmanes, os mataremos". Al oír esto, el religioso les gritó: "Obedeced a Cristo y rezad". Cuatro de los once renegaron de la fe, se hicieron musulmanes y les separaron. Los soldados le dicen al sacerdote y a los siete armenios: "Mirad, estos hombres se han salvado, pero vosotros si no os hacéis musulmanes, moriréis". Dijeron todos: "Nosotros somos cristianos". Al oír esto, el oficial ordenó: "Rápido, terminemos, porque debemos irnos"». Primero dieron muerte al sacerdote, y después a los siete compañeros. Pero desconfiando de los cuatro que habían hecho apostasía de la fe, los mataron también. Los cuerpos de todos fueron quemados y sus restos cubiertos con tierra.

Los siete compañeros de martirio eran: Baldji Oghlou Ohannes (Juan, hijo de Baldji), Khdianim Oghlou Kadir (Kadir, hijo de Xodianin), Konradji Oghlou Tzeroum (Cerun, hijo de Kurazi), Dimbalac Oghlou Wartavar (Vardavar, hijo de Dimbalac), Geremia Oghlou Boghos (Pablo, hijo de Jeremías), David Oghlou David (David, hijo de David) y Toros Oghlou David (Teodoro, hijo de David).

La niña mencionada, María Balgi, vio horrorizada el martirio pero fue apartada porque era intención del oficial destinarla a un harén; pero el policía al que la asignó la llevó a su casa para convertirla al Islam. Ella rehusó hacerse musulmana, y en cuan-

to pudo huyó, refugiándose entre los suyos. Cinco meses más tarde, el barón de Vialar llegó a este poblado presidiendo una comisión encargada de aclarar hechos. Interrogó a la joven, que aclaró este dramático suceso, y nombró a cada uno de los mártires.

El proceso ordinario para la declaración de martirio comenzó en 1930, incoándose la causa en la Sagrada Congregación de Ritos el año 1959. Finalmente, el 3 de octubre de 1982 el papa Juan Pablo II los proclamó beatos mártires por la fe en Cristo, como conclusión de los actos del octavo centenario del nacimiento de San Francisco de Asís. En esta ocasión pronunció el Santo Padre estas palabras:

> «Cuando las circunstancias de la vida nos ponen frente a frente opciones fundamentales, entre valores terrenos y valores eternos, los ocho beatos mártires nos enseñan cómo se vive el Evangelio, incluso en circunstancias difíciles [...] Su testimonio y la gracia que los sostuvo son para nosotros motivo de fuerza y de esperanza: ellos nos aseguran que es posible, ante las dificultades más arduas, seguir la ley de Dios y superar los obstáculos que pueden encontrarse al vivirla y ponerla en práctica [...] Sufrieron la muerte para dar heroico testimonio de Cristo ante el mundo: el Señor ha dado testimonio de ellos ante el Padre con la vida eterna».

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. VIII: *Liadan-Marzi* (Roma 1966) cols.52-53.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (3 y 10-10-1982).
RICH, A., *I beati di Giovanni Paolo II,* II (Ciudad del Vaticano 2000).

BEATO TOMÁS REGGIO

Obispo († 1901)

Arzobispo de Génova y fundador de las Hermanas de Santa Marta, fue hombre sencillo y humilde a pesar de pertenecer por origen familiar a la nobleza más selecta de la ciudad. Su padre era el Marqués Reggio y su madre era hija de los Marqueses de Pareto. Nació en Génova el 9 de enero de 1818 y pasó la infancia en el más selecto de los cuidados, en la más elegante de las viviendas y en la más pura tradición de la aristocracia. Pero en el

orden cultural y en los aspectos espirituales, tuvo la suerte de recibir los mejores ejemplos de sus padres, ya que eran singularmente piadosos, generosos en sus limosnas y sencillos en el trato con todas las personas con las que se relacionaban.

El niño recibió por lo tanto una cuidada educación cristiana. Y como respuesta a ese regalo singular, cuando estaba ya convertido en un joven distinguido y tenía las puertas de la sociedad y del mundo abiertas para grandes empresas, al cumplir los 20 años, avisó a los suyos que había decidido hacerse sacerdote y dedicar su vida a causas más elevadas que satisfacer a la aristocrática sociedad que le rodeaba. A quienes les rogaban que reflexionara y retrasara un poco su decisión les respondía: «Lo he reflexionado ya y he decidido hacerme santo con la oración y la penitencia».

Consentida la orientación por sus piadosos padres, asistió como alumno externo al seminario diocesano de la ciudad y siguió en él durante varios cursos los estudios de Teología. El 18 de septiembre de 1841 recibió la ordenación sacerdotal con la imposición de manos del cardenal Plácido M. Tadini. Ya consagrado plenamente a Dios y a la Iglesia, se integró durante algún tiempo en el grupo espiritual y apostólico del sacerdote José Frassineti, párroco de Santa Sabina, que luchaba por aquellos años en favor de la fe y contra las corrientes antieclesiales que promovía la masonería local. Gran animador de los sacerdotes diocesanos y promotor de obras de defensa de la Iglesia, Frassineti inició a Tomás en el apostolado de la pluma y de la prensa, en el que iba a brillar en breve.

Luego se integró en otro grupo muy dinámico, el de los Operarios evangélicos, alentado por el sacerdote Girolamo Franzoni, que reunía a sacerdotes en forma de sociedad secular para ayudar a los fieles en el proceso de la santidad y en la defensa de los intereses de la Iglesia. La actividad del joven Tomás fue muy intensa, apreciada y comprometida, entregado de lleno a sus tareas apostólicas, sobre todo en favor de los más necesitados. Fue consciente de que a los ataques a la fe de personas cultas había que responder con el mismo lenguaje de la cultura y trató de completar su formación en el contexto de las admirables iniciativas de Franzoni, entre las que sobresalían las confe-

rencias espirituales, la academia de las rúbricas, la misa solemne de cada semana, la academia de catequética y de oratoria, la academia de teología moral, dogmática y de Sagrada Escritura, la biblioteca bien nutrida que el benemérito y culto sacerdote puso a disposición de sus hermanos en el sacerdocio. El sacerdote Tomás estuvo presente en todas estas iniciativas con su fuego juvenil y con su admirable habilidad para hablar, para escribir y para pensar.

Bien formado con todo ese esfuerzo, tenía apenas veinticinco años cuando fue nombrado vicerrector del seminario de Génova, cargo en el que pasó dos cursos. Luego fue trasladado como rector del seminario de Chiávari, que entonces pertenecía a la diócesis de Génova. En este servicio se entregó con abnegación a la formación de los futuros sacerdotes para que, uniendo piedad y ciencia, fe y cultura, sabiduría y servicio, estuviesen dispuestos a comprometer la propia vida, sin recelos, por Dios y por la Iglesia.

Al tiempo que dirigía el seminario, inició una serie de actividades periodísticas y literarias que le habrían de distinguir en la sociedad genovesa y en la Iglesia italiana. Con todo lo que había adquirido en los años anteriores y con erudición que admiraba a sus conocidos, comenzó a trabajar con ilusión en el campo del periodismo. Sus tiempos libres se orientaron plenamente al apostolado selecto de la pluma. En 1848, junto al sacerdote Gaetano Alimonda, inició la vida del periódico *La Armonía,* el cual al año siguiente fue trasladado a Turín para que pudiera tener mejor distribución y hechura bajo la dirección de Santiago Margotti. En 1850 alentó y colaboró en el nacimiento de otro periódico, titulado *El Católico,* del cual fue el director asociado junto a su compañero Alimonda.

En 1851 fue designado abad de Santa María de Cariggiano, en Génova, y tuvo que dejar el seminario. En ese puesto permaneció 26 años y desde él realizó intensa actividad apostólica como periodista y como pastor de almas. Uno de sus frentes de acción siguió siendo siempre la prensa católica. Se mantuvo estrechamente vinculado al periódico *El Católico,* que en 1861 pasó a llamarse, por iniciativa suya, *El Estandarte Católico.* El paciente trabajo de cada día y el esfuerzo por hacer atractivas las

páginas escritas exigía una fidelidad absoluta y muchas horas de reflexión. Fue para él una fuente de santificación el ver que aumentaba la influencia de sus escritos y que muchos se guiaban por lo que se escribía. Decía que las páginas del periódico eran el mejor púlpito de los nuevos tiempos.

Al mismo tiempo que trabajaba en escribir y en orientar por escrito, cultivaba su vida espiritual con sentido profundo. Sabía hacer compatible su trabajo con largas horas de oración. Su admirable austeridad y su elevada sensibilidad eclesial contagiaban a los que trabajaban a su lado. Su amor a la Iglesia estaba por encima de todas las opiniones personales y afirmaba que un buen sacerdote siempre tiene un ojo puesto en el Evangelio y el otro en las consignas del Papa y del propio obispo. Tuvo ocasión de demostrar que esto no eran meras palabras con motivo del incidente que su periódico tuvo con la autoridad eclesial en 1865.

Durante una campaña electoral en Génova, y en medio de las luchas ideológicas del momento, *El Estandarte Católico,* que tenía por entonces amplia difusión, entró en la lucha para promover listas de candidatos católicos. Sugirió la creación de un partido católico que contrarrestara a los adversarios, los cuales se hallaban muy bien organizados. La idea era demasiado audaz para el momento, y los directivos del periódico recibieron un «non expedit» (un «no procede») de la autoridad de la Iglesia. Tomás Reggio fue el primero en sentirlo, pues comprendía que era necesario orientar a los cristianos ante la agresiva campaña de otros medios. Pero fue también el primero en someterse sin ninguna vacilación, a pesar de las discrepancias de sus compañeros, algunos de los cuales se retiraron de la redacción por motivo del incidente y otros se hicieron con la dirección del periódico.

En medio de las discusiones por la medida, él se apartó discretamente del periódico al no poder conseguir una adhesión total a las consignas eclesiales recibidas. Tal vez su ausencia fue la causa de que el periódico desde entonces fuera decayendo y terminara su vida en 1873, en que fue sustituido por *El Ciudadano.* Este nuevo periódico duraría un siglo entre la prensa genovesa. La postura prudente y obediente de Tomás mereció ala-

banzas de unos y decepciones por parte de otros. Pero su conciencia sacerdotal era clara: por encima de sus propias ideas y preferencias se hallaba su dependencia de la autoridad.

Su actitud fue uno de los factores que se tuvieron en cuenta en Roma para contar con él para otras responsabilidades. En 1877 fue consagrado obispo de Ventimiglia, diócesis muy pobre, en la cual estuvo como pastor durante 15 años. En estos años fue un pastor clarividente y verdadero guía espiritual de su rebaño. Activo como era, recorrió la diócesis entera varias veces. Todos los pueblos, por pequeños que fueran, merecían su atención. A todos los feligreses les ofrecía su amor y su palabra hábil y cautivadora. Lo mejor de su acción episcopal era su cercanía a las personas, de modo especial a los más débiles.

En medio de sus viajes y sus ocupaciones, sabía conservar y aumentar sus elevados niveles espirituales. Dejó las florituras de periodista y prefirió el lenguaje sencillo del Evangelio. Así lograba que todos entendieran sus explicaciones, homilías y consejos. Se hacía cercano, sobre todo, a los niños, a los enfermos y a los pobres. Los pobres campesinos de sus tierras rústicas miraban sorprendidos su llegada y lloraban emocionados a su partida.

Convocó durante su gobierno tres sínodos y creó nuevas parroquias. Renovó la liturgia y reclamó que los sacerdotes cuidaran el canto y la catequesis de los niños. Se esforzó por mantener el patrimonio artístico de los templos, el cual era elevado y valioso. De manera especial cuidó el Seminario, recordando los tiempos felices en los que, como animador de futuros sacerdotes, él había trabajado en su diócesis de origen.

Fue precisamente para cuidar su seminario diocesano por lo que pensó en hacer una congregación femenina que colaborara con los que trabajan por la formación de los seminaristas. En 1878 inició el Instituto de las Religiosas de Santa Marta. Tenían por finalidad «responder a las necesidades de todos los tiempos». Aunque las situó en su seminario, orientó su Instituto para que se abriera a todos los servicios de caridad que tuvieran como objetivo prioritario los más pobres entre los pobres. Les propuso como modelo a la santa figura del Evangelio que atendía a Jesús cuando pasaba por su Betania. Estas religiosas

aprendieron de su buen obispo y fundador el espíritu de servicio y, con espíritu de fe, con sentido de adoración y silencio, se fueron luego extendiendo por otras diócesis y haciendo un hermoso trabajo eclesial.

La caridad del obispo de Ventimiglia no tenía límites. Cuando, en 1887, un terremoto devastó la región de Liguria occidental, don Reggio, a pesar de su avanzada edad, se presentó inmediatamente junto a los afligidos por la catástrofe llevándoles la ayuda que pudo. Convocó a los párrocos pidiéndoles que le informasen sobre el estado de sus parroquias, a fin de buscar ayudas y encauzar las que muchas personas le enviaron ante su persistente y personal demanda de caridad y colaboración. Fue pródigo con sus propios bienes, pues todos los enajenó para socorrer a los afectados. Sólo se quedó con su sotana y un viejo reloj, que llevaba siempre consigo atado con una cuerda a su sotana remendada y pobre. Sobre todo intentó atender a los más débiles y a los huérfanos que el seísmo dejó como secuela. El asilo de huérfanos que creó con este motivo fue una de las obras más hermosas que confió a las religiosas por él fundadas.

Fueron también profundas y evangélicas las enseñanzas que ofrecía a sus feligreses en los fatigosos viajes que hacía por todas partes, instruyendo, confirmando, alentando a los sacerdotes, que siempre estuvieron en su corazón de manera preferente. Su plan de visita siempre se basaba en el trato con las personas y en el aliento espiritual a sus sacerdotes, que le estimaban por su cordial acogida en su casa, que no palacio, en la sede del arzobispado.

Sintiéndose ya viejo y cansado, pensó que había llegado la hora de renunciar a su puesto de mando y retirarse a lugar más humilde para orar por los que le habían sido confiados. En 1892 escribió al Papa: «Pido a Su Santidad que me exonere del cargo episcopal, a fin de poder ser un simple sacerdote, para que la diócesis no vaya a sufrir a causa de mi edad y se confíe a otro una tarea tan pesada». La respuesta del Santo Padre fue sorprendente. En mayo de ese mismo año, don Reggio fue nombrado arzobispo de Génova, a pesar de sus 74 años de edad y de las dificultades. No vaciló y, a pesar del desconcierto y del dolor que ello le originó pues tenía que pasar a una diócesis

más numerosa y más necesitada de un pastor dinámico, aceptó humildemente el cargo para cumplir la voluntad de Dios. Nuevas fuerzas espirituales y materiales le invadieron, dispuesto a cumplir hasta el final de su vida su tarea pastoral. En ella se mantuvo firme durante otros nueve años en que fue arzobispo de la venerable diócesis.

La situación de Génova era, en el momento en que él llegó, espiritualmente desoladora. Las tensiones entre los grupos se respiraban en el ambiente y las autoridades rivalizaban por obstruir la labor de la Iglesia o en ofender a sus representantes. Con su humildad sorprendente y sus signos externos de pobreza, que rayaba en la indigencia, lo mismo subía fatigoso las gradas de la alcaldía que se acercaba afectuoso a la sede de un partido político o al mostrador de un comerciante descreído. Al año de su llegada, nadie hablaba ya mal de la Iglesia y múltiples cuestiones debatidas le eran presentadas por los más inveterados rivales para que su juicio sereno inclinara la balanza de parte de lo justo y no de los intereses de grupo.

Fueron años en que muchos emigrantes desatendidos llegaban al puerto siempre activo de la ciudad. Fue el obispo al primero que se le vio en el puerto alentando a los más abandonados y desconcertados. Reclamó asistencia y ayuda para aquellos obligados a ser peregrinos y creó una red de asistencia que se extendió luego a otras diócesis. Eso le hizo simpático incluso a los más descreídos y a los círculos obreros, que se permitía visitar con su paso vacilante y sin ningún aviso previo. Los únicos que le miraban con reserva, y en ocasiones con temor por su influencia con los obreros, eran los patronos menos sensibles a la solidaridad y a la compasión. Y era porque pedía salarios justos, descanso dominical, horarios laborales humanos, respeto a los enfermos y sobre todo a las mujeres y a los jóvenes. En esos años había dejado ya de escribir y su doctrina social cristiana se había hecho más personal, cautivadora y persuasiva.

Resultaba inexplicable la energía que el obispo de la ciudad ajetreada de Génova manifestaba al llegar a los 80 años. Era casi un milagro que un marqués y de familia de marqueses, como lo era de origen, tuviera la cara arrugada de cualquier marinero llegado de lejanas tierras al puerto o las manos recias de cualquier

campesino de la zona rural. Debía de tener algún secreto para mantener su dinamismo. Evidentemente lo tenía: radicaba en las largas horas de oración que pasaba en la capilla episcopal de su residencia humilde. Allí reclamaba la ayuda divina ante sus impotencias humanas y allí soñaba con las ayudas humanas que al amanecer reclamaba por toda la ciudad.

Y es que su vida interior y espiritual se mantenía tan ilusionada como en sus años juveniles cuando quería ser santo. Hablaba con el Señor como el más ingenuo de los seminaristas, a los que él había enseñado a orar. Ahí estaba la fuente de su santidad y lo que le comunicaba el deje de alegría evangélica que sabía tan hábilmente infundir en los demás.

Cuando en 1900 la Italia católica decidió consagrar a Dios y a la Virgen el nuevo siglo, don Tomás Reggio pensó en situar una hermosa imagen en el monte más significativo de la región, en el Saccarelo. Llegada la fecha de la inauguración, invitó a todos los obispos de las cercanías a una gran peregrinación al santuario construido junto a la imagen. Él también partió desde Génova en un carruaje de tercera clase, con otros sacerdotes y muchos peregrinos. Llegó a Triora, pequeña localidad a los pies del monte. El deseo de proseguir a pie el itinerario de la peregrinación era muy fuerte, mas no le fue posible realizarlo, pues un malestar se lo impidió. Fue el inicio de la enfermedad que lo llevaría al término de su vida en el mismo lugar del santuario.

Pasó los últimos días en una intensa actitud de oración, consciente de que había llegado el momento del encuentro con el Dios que tanto había amado. Falleció en la tarde del 22 de noviembre de 1901, respondiendo a aquellos que se preguntaban si desearía alguna cosa: «¡Dios, sólo Dios, sólo Dios me basta!». La respuesta fue la expresión de eso que le movió siempre: «Hacer las cosas por Dios». Introducida su causa de beatificación en la diócesis de Génova, sólo un siglo después de su muerte fue beatificado por Juan Pablo II, era el 3 de septiembre del año 2000.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

GHILARDI, P., *Nobleza azul. Perfil biográfico de Tomás Reggio* (Rapallo 1952).
SANGUINETTI, L., *Monseñor Tomás, de los Marqueses de Reggio* (Pisa 1927).
SEMERIA, G., *Mons. Tommaso Reggio. Commemorazione letta all'associazione letterario-scientifica Cristoforo Colombo [in Genova] il 13 dicembre 1901* (Génova 1902).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN FILEMÓN DE COLOSAS

Discípulo de San Pablo († s. I)

Es el destinatario de la carta paulina, contenida en el Nuevo Testamento, dirigida a él. Convertido al cristianismo por el apóstol San Pablo, puede que en Éfeso, era persona de acomodada posición social y Onésimo era uno de sus esclavos. De su casa de Colosas escapa un día este esclavo y San Pablo lo convierte al cristianismo y se lo devuelve a su dueño, pero no sin advertirle la nueva relación que por la fe se ha establecido entre ellos. Pablo elogia la fe y el amor que Filemón tiene a Cristo Jesús y a todo el pueblo de Dios, de lo que es prueba la iglesia que se reunía en su casa. En la carta aparece también el nombre de Apia, a quien Pablo llama hermana, y que se la tiene por la esposa de Filemón, advirtiendo el *Martirologio* que también a ella se la tiene por santa y se le da culto. La carta paulina es una muestra de la confianza y buena relación existente entre el apóstol y Filemón de Colosas. Su memoria es el 22 de noviembre.

SAN PEDRO ESQUEDA RAMÍREZ

Presbítero y mártir († 1927)

Nace en San Juan de los Lagos, Jalisco, el 26 de abril de 1887 en el seno de una familia modesta y muy cristiana. Estudia y se forma en el Santuario y es miembro de su escolanía y del coro de acólitos. Llegado a la adolescencia, se coloca como zapatero pero al poco tiempo entra en el seminario auxiliar de su ciudad natal, y en 1908 pasa al seminario de Guadalajara. Era ya diácono cuando en 1914 éste fue clausurado. Ejerce el diaconado en su parroquia natal y se ordena sacerdote en Guadalaja-

ra el 19 de noviembre de 1916. Destinado a su propia parroquia natal como vicario coadjutor, éste sería su único cargo toda la vida. El párroco lo destinó a la catequesis de niños y la atención a los pobres. Organizó la Cruzada Eucarística y se cuidó mucho de la preparación de los niños a la primera comunión. Llegada la persecución, se quedó en el pueblo y trabajó clandestinamente en la atención a los fieles. Cuando vio que no podía seguir viviendo en la casa que lo acogía, se marchó a Jalostotitlán, Jalisco, a comienzos de noviembre de 1927. Pero echando de menos a sus feligreses volvió a su parroquia el 10 de noviembre. Sus hermanas le advertían que su vuelta era muy peligrosa, pero él sólo pensaba en las almas. El día 17 le avisaron que el peligro era inminente, pero como tenía programada una hora santa aquella noche se quedó. En la mañana del día 18 dijo la santa misa. A media mañana los soldados rodearon la casa. Intentó esconderse pero lo localizaron y lo sacaron a golpes. Lo llevaron a una casa y lo metieron en un cuarto oscuro. Ese día y los siguientes lo apalearon y azotaron. El día 22 lo sacaron a empellones y a consecuencia de ello cayó por las escaleras y se partió un brazo. Lo llevaron a las afueras de Teocaltitlán y quisieron que subiera a lo alto de un tapanco con la intención de quemarlo vivo, pero a cuenta de su brazo roto no pudo subir. Entonces el coronel sacó su pistola y lo mató de tres tiros. Los fieles recogieron el cadáver, lo velaron y le dieron piadosa sepultura. Fue canonizado el 21 de mayo de 2000 por el papa Juan Pablo II.

BEATOS ELÍAS (JULIÁN) TORRIJO SÁNCHEZ Y BERTRÁN (FRANCISCO) LAHOZ MOLINER

Religiosos y mártires († 1936)

Estos dos religiosos de las Escuelas Cristianas estaban destinados en Cambrils al iniciarse la contienda de 1936 en España. Ambos se encargaron de acompañar a sus casas a un grupo de jóvenes novicios y escolásticos de Aragón. Al llegar a Sagunto, los detuvieron, molestaron y maltrataron pero los dejaron seguir hasta Valencia. Aquí anduvieron errantes hasta que una señora les dio acogida en su casa. Pronto, y con gran esfuerzo,

lograron colocar a todos los jóvenes en casas de amigos y conocidos. Los visitaban, animaban y se interesaban por ellos. Y estaban desempeñando esta noble tarea cuando fueron detenidos y arrestados. Llevados primero a los calabozos del Gobierno Civil, de ahí pasaron a la Cárcel Modelo. Primero estuvieron con los demás presos pero luego los aislaron en celdas inhóspitas donde sufrieron mucho. El 22 de noviembre los llamaron a declarar por separado y ambos reconocieron su condición de religiosos y la tarea educativa a la que se dedicaban. Aquel mismo día los llevaron al Picadero de Paterna donde fueron fusilados, siendo enterrados en una fosa común en el cementerio de Valencia. Éstos son sus datos:

JULIÁN TORRIJO SÁNCHEZ nació en Torrijo del Campo (Teruel) el 17 de noviembre de 1900. Trabajó con su padre en el taller de carpintería hasta que a los 16 años decidió hacerse hermano de las Escuelas Cristianas. En 1917 vistió el santo hábito en Hostalets de Llers (Gerona) y tomó el nombre de hermano Elías Julián. Hecha la profesión y concluidos los estudios en 1920, le fue encargada la clase de párvulos en Santa Coloma de Farnés en ese mismo año. En 1925 fue enviado a Cambrils para que dirigiera los trabajos de carpintería del nuevo noviciado. En 1928 pasó al internado de Manlleu como ecónomo. En 1929 fue destinado como profesor a San Hipólito de Voltregá. En 1934 fue destinado a la Escuela del Carmen, de Barcelona. Por estar algo enfermo se le envió a Cambrils, y estando aquí comenzó la guerra y se ofreció para acompañar a los novicios y escolásticos a sus casas. Muy cumplidor de sus deberes como religioso, estaba entregado por completo a su vocación lasaliana. Amable, servicial y de carácter serio, era de una piedad profunda e íntima. Cuando hubieron de dejar la casa el día 20 de julio, se alojó con el director y varios hermanos ancianos en casa de unos amigos, pero luego se unió al hermano Bertrán en el acompañamiento a los novicios y aspirantes.

FRANCISCO LAHOZ MOLINER nace en Campos (Teruel) el 15 de octubre de 1912. Pierde muy pronto a su padre y a los 12 años obtiene licencia de su madre para entrar en la Congregación de las Escuelas Cristianas. Estudia en el noviciado menor de Monreal de Campo, de donde pasó a Cambrils en 1925. Vis-

tió el santo hábito el 2 de febrero de 1929 y tomó el nombre de hermano Bertrán Francisco. Hecha la profesión y terminados los estudios, en 1931 fue destinado como profesor al Noviciado menor y luego como catequista al Noviciado. Era un alma fervorosa y suave que nunca dejaba de seguir preparándose culturalmente y llevaba una gran vida interior. Su carácter era sereno y su temperamento carecía de cambios de humor. Era obediente y delicado. No gozaba de muy buena salud pero se entregaba con gran empeño a sus tareas. Era un excelente catequista, muy buen conocedor de la Sagrada Escritura. Vivía con mucho empeño sus votos religiosos. Llevó con mucha paciencia su detención y prisión, ofreciéndolo todo a Dios y tratando con caridad y afecto a sus compañeros de cárcel todo el tiempo que pudo tratar con ellos.

Fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

23 de noviembre

A) Martirologio

1. La deposición en Roma de San Clemente I, papa y mártir († s. I) **.
2. San Columbano († 615), abad, fundador de los monasterios de Luxeuil y Bobbio **.
3. En Roma, en la Via Salaria nueva, Santa Felicidad (fecha desconocida), mártir.
4. En Chiusi (Toscana), Santa Mustiola (fecha desconocida), mártir.
5. En Cízico, en el Helesponto, San Sisinio († 303), obispo y mártir.
6. En Metz (Galia), San Clemente, su primer obispo († s. IV).
7. En Mérida (Lusitania), Santa Lucrecia († s. IV), mártir *.
8. En Iconio (Licaonia), San Anfiloquio († 403), obispo *.
9. En París (Galia Lugdunense), San Severino († 540), recluso.
10. En Agrigento (Sicilia), San Gregorio († 603), obispo.
11. En St. Trond (Brabante), San Trudón († 695), abad.
12. En Alba (Italia), Beata Margarita de Saboya († 1464), viuda, religiosa dominica *.

13. En Seúl (Corea), Santa Cecilia Yu So-Sa († 1839), mártir *.
14. En Guadalupe, Zacatecas (México), Beato Miguel Agustín Pro († 1927), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir **.
15. En Madrid, Beata María Cecilia (María Felicidad) Cendoya Araquistain († 1936), virgen, de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN CLEMENTE I

Papa y mártir († s. I)

Después de la muerte de Nerón, la Iglesia gozó durante algún tiempo de paz y tranquilidad. Vespasiano y Tito, los más amables de los césares en expresión de San Agustín, trataron con mayor tolerancia a la religión cristiana y prescindieron en la práctica del principio de persecución establecido por Nerón.

Impulsado por el soplo divino y la fuerza misma de la verdad, el cristianismo penetró profundamente en los centros más vitales del Imperio romano; es más, en el mismo corazón del Imperio la nueva doctrina iba consiguiendo nuevas conquistas, no ya como hasta entonces, entre la gente sencilla y las clases humildes, sino también en la más alta sociedad aristocrática; en la misma corte se había abierto paso el Evangelio de Cristo.

La unidad de la Iglesia en el obispo de Roma, suprema autoridad como sucesor de San Pedro, era una realidad. La jerarquía se desarrollaba por medio de los obispos, presbíteros, diáconos, doctores, profetas... El culto, basado en la celebración de la llamada liturgia o fracción del pan y compuesto por lecturas del Antiguo y Nuevo Testamento, por homilías y oraciones, constituía el punto céntrico de las reuniones cristianas y servía de fuerza propulsora para el apostolado y constancia en la fe.

Sobre este horizonte lleno de luz y de sol asomaban nubes de tormenta; la escisión y el desorden empezaban a desgarrar a algunas comunidades cristianas. En la Iglesia de Corinto, por ejemplo, acababa de surgir un conflicto ruidoso.

Con su población mezcla de elementos muy heterogéneos, comerciantes, marinos, burgueses y esclavos, situada entre los

mares Egeo y Jónico, Corinto era en la antigüedad uno de los centros principales del comercio mediterráneo. Erigida en colonia romana, adquirió bien pronto un carácter cosmopolita; la ligereza de costumbres que encontramos en todo el paganismo helénico degeneraba en Corinto en un libertinaje que llegó a ser proverbial y que chocaba incluso a los mismos paganos. La comunidad cristiana, fundada por San Pablo y visitada por San Pedro, se encontraba a fines del siglo I en una situación religiosa moral bastante delicada. Los judíos, aunque convertidos, permanecían en todo momento muy vinculados a la ley mosaica. Los griegos, ligeros, charlatanes empedernidos y partidistas por temperamento, pronto dieron libre curso en la nueva comunidad a sus defectos naturales. Más peligrosos eran todavía los miembros que se creían en posesión de carismas o gracias extraordinarias, porque pretendían administrar y ordenar todo en su Iglesia.

Al abandonar San Pablo la ciudad de Corinto no confió a los carismáticos el gobierno de su comunidad; allí, como en otras partes, se había constituido un colegio de presbíteros que con prudencia ejercía sus funciones; pero el sentido práctico de estos pastores, su constante preocupación por evitar todo escollo, no agradaba a los audaces carismáticos, quienes no dudaron en desacreditarlos por todos los medios a su alcance; hubo alborotos, disputas; varios miembros del colegio presbiteral fueron depuestos, y, dada la situación geográfica de Corinto, el desorden podía propagarse a otras ciudades de Grecia. El espíritu helénico, particularista y muy pagado de sí mismo, se sometía con dificultad a la ley fundamental que establece la jerarquía como principio de doctrina y gobierno. Cuarenta años antes, San Pablo tuvo que amonestar vivamente a los corintios por su exclusivismo al manifestarse como seguidores de Pedro, Pablo o Apolo.

Para conjurar este peligro y aplastar el cisma en sus comienzos se necesitaba algo más que las exhortaciones de un doctor o un profeta; era necesaria la decisión de un jefe supremo y juez soberano. La Iglesia de Roma, con plena conciencia de su misión, se creyó en la obligación de intervenir, y así envió a la Iglesia de Corinto, por medio de Claudio Efebo, Valerio Brito y

Fortunato, una carta escrita en griego, lengua de la Iglesia en aquel tiempo, llena de sabiduría y suave autoridad, en la que recomendaba la caridad fraterna y el respeto y obediencia a los superiores.

Esta carta, este grande y admirable escrito, en frase de Eusebio de Cesarea; este documento precioso, que Orígenes cita con veneración y que los primeros cristianos equiparaban a las Sagradas Escrituras, no lleva, sin embargo, nombre de ningún autor; el documento se presenta en su solemne encabezamiento como escrito por la Iglesia de Dios que peregrina en Roma a la Iglesia de Dios que peregrina en Corinto. Sin embargo, una tradición muy firme y muy antigua, casi contemporánea a la misma carta, la atribuye al obispo de Roma más famoso del siglo I, Clemente, tercer sucesor de San Pedro, después de Lino y Anacleto: esto mismo se deduce de la lectura misma de la carta de los corintios. Sólo el obispo podía hablar de esa manera en nombre de su Iglesia.

El nombre de San Clemente es uno de los más ilustres y venerados de la antigüedad cristiana. Poco tiempo después de su muerte su figura aparece rodeada de una aureola maravillosa; mientras los fieles invocan su autoridad, los herejes buscan abrigo a la sombra de tan venerado nombre. Se le cita en el canon de la misa; aparece en los más antiguos calendarios; pero, como sucede con frecuencia, la celebridad le ha perjudicado al envolverle en las nubes de la leyenda, que nos impiden observar la fisonomía verdadera de su alma. Sus actas son una de aquellas novelas edificantes que tanto apasionaban en la Edad Media; pueden, sin embargo, recogerse en ellas rasgos auténticos que parecen eco de las tradiciones históricas. La antigua leyenda le emparentó con la familia imperial; modernamente se ha intentado identificarle con el célebre primo de Domiciano, el cónsul Tito Flavio Clemente, a quien el emperador mandó ejecutar por crimen de «ateísmo», es decir, cristianismo. Es muy posible que fuera un liberto o hijo de liberto de la casa Flavia. Muy probablemente no procedía del paganismo, sino del judaísmo, y tal vez se trate, en opinión de Orígenes, del Clemente a quien San Pablo cita en la carta a los filipenses como colaborador suyo.

Pero como, en expresión de fray Luis de León, «las escrituras que por los siglos duran nunca las dicta la boca, del alma salen», tenemos en nuestras manos su carta, esa admirable carta en la que podemos con absoluta confianza y seguridad contemplar al trasluz el alma grande de este tercer obispo de Roma, Clemente. Se descubre en esta carta un alma que vive de una fe cristiana muy profunda, que se apoya en la revelación divina del Antiguo y Nuevo Testamento, que recurre a la oración, en la que caldea su alma sedienta de Dios y la fortalece para las luchas que ha de sostener. Testigo del pensar y del sentir de su tiempo, acoge en su seno las aspiraciones literarias, artísticas y filosóficas más nobles de sus contemporáneos, y como no se arredra ante la naturaleza, obra de Dios, tampoco teme la especulación y el arte humano, que son, en su última raíz, tanteos del alma para encontrar y llegar a Dios. Frente al paganismo que le rodea, demuestra una comprensión simpáticamente acogedora por todo lo noble y bueno que en él existe. No sólo conoce la mitología, sino que llega a proponer a la imitación y admiración de los cristianos corintios los ejemplos de abnegación heroica de ilustres paganos.

En el pontífice que está a la cabeza de la Iglesia de Roma alienta la simpatía más verdadera, más noblemente humana, transformada y elevada por la fe cristiana. La lengua, acostumbrada a la oración, ha tomado un acento litúrgico. La admirable oración que cierra la epístola es uno de los documentos que nos dan a conocer mejor la antigua liturgia; en ella se oye la voz de un obispo que, al final de su exhortación, se vuelve hacia Dios, como acostumbraba al término de sus homilías. En efecto, este documento es una homilía. Clemente sabe que allá en Corinto la leerán en la asamblea de hermanos y se dirige a esos cristianos ausentes, como se dirigiría a sus cristianos de Roma exhortándoles, reprendiéndoles, pero al mismo tiempo llevándoles a orar a Dios con él.

Haciendo alusión a los desórdenes que reinan en Corinto y recordando la necesidad de someterse al orden establecido por Dios en todas las cosas, pero principalmente en su Iglesia, «es preciso, dice, someterse con humildad al orden establecido; hermanos, seamos humildes de espíritu, depongamos la sober-

bia y toda arrogancia, haciendo lo que es justo y recto». Lo que constituye la belleza de la creación, del «cosmos», y realza su hermosura es precisamente la armonía y el orden que existe en todas las cosas. «El océano tiene sus leyes, las estaciones se suceden unas a otras apaciblemente; el gran artífice, el obrero del mundo ha querido que todo sea ordenado en una conformidad perfecta». El mismo designio se observa en el funcionamiento del organismo humano: «la cabeza no es nada sin los pies, pero a su vez los pies serían inútiles sin la cabeza; los más pequeños miembros son necesarios o útiles al conjunto y todos conspiran y se ordenan de consuno a la conservación de todo el cuerpo». Recuerda que en el Antiguo Testamento, Dios, autor directo de la ley, había instituido una jerarquía compuesta de cuatro grados: laicos, levitas, sacerdotes y el sumo sacerdote, y que los apóstoles, habiendo recibido las instrucciones de Nuestro Señor Jesucristo, que hablaba de parte de Dios, su Padre, fueron a anunciar el Evangelio, y escogían los que habían sido primicias de su apostolado, y habiéndoles probado por el Espíritu Santo, los establecían obispos y diáconos de los que debían de creer.

El obispo de Roma no duda, en fin, en comparar la disciplina eclesiástica con la disciplina militar. Es verdad, dice Clemente, que la sociedad cristiana no es solamente un ejército, sino más bien un rebaño guiado por Cristo; más aún: es el mismo Cuerpo de Cristo.

> «El rebaño debe vivir en paz bajo la obediencia y tutela de los presbíteros y los miembros del Cuerpo de Cristo no deben estar separados de su cabeza. Abandonemos, pues, las investigaciones hueras y vanas y sigamos el canon venerable y glorioso de nuestra tradición».

Después de una bella oración termina Clemente su carta con estas palabras, reveladoras de su autoridad firme y serena: «Alegría y regocijo nos proporcionaréis si, obedeciendo a lo que os acabamos de escribir impulsados por el Espíritu Santo, cortáis de raíz la impía cólera de vuestra envidia conforme a la súplica que en esta carta hemos hecho por la paz y la concordia; y lo hemos hecho así para que sepáis que toda nuestra preocupación ha sido y sigue siendo que cuanto antes volváis a recobrar la paz».

En el mismo amanecer del cristianismo, el romano pontífice ha tenido conciencia de su autoridad, como sucesor de San Pedro, y al sentirse en posesión de ese derecho ha actuado, en virtud de su suprema jurisdicción, en la solución de uno de los primeros conflictos que surgieron en la naciente Iglesia. Esta actuación en la época y circunstancias concretas ha proporcionado a Clemente un lugar destacado en la historia de la Iglesia.

La carta del pontífice tuvo tan grata acogida que setenta años más tarde, según testimonio de Dionisio de Corinto, se leía los domingos en la asamblea de los fieles. Roma ordenó y fue obedecida.

La carta, sin fecha, fue escrita al término de una persecución, la de Domiciano, según se desprende de sus primeras frases: «Hemos estado afligidos por una serie de calamidades que han caído sobre nosotros de una manera imprevista». Nadie podía prever, en efecto, que la ambición del poder transformara tan violentamente a «uno de los más honrados gobernantes», como dice Suetonio, en un monstruo que hizo temblar a los cristianos. Asesinatos, deportaciones de toda clase de gentes fueron efectos de la persecución.

Clemente pudo salvar su vida en aquella tormenta, pero pronto la entregó en holocausto por su fe. El año 100 gobernaba el Imperio uno de los más grandes y mejores emperadores, Trajano. Soldado hijo de soldado de un patriotismo ardiente, pero estrecho, tenía un sentido tan vivo de las prerrogativas del Estado que consideraba la unidad del Imperio como una especie de divinidad a la que había que sacrificar todo. Como esta unidad descansaba sobre la unidad del culto religioso, fue fácil prever desde el comienzo de su reinado la amenaza de una nueva persecución.

Sin violencia, al amparo de una legislación ilógica, como hace notar Tertuliano, se hizo perseguidor de la Iglesia, y una de sus víctimas fue Clemente.

Según actas griegas del siglo IV de carácter muy legendario y de escaso valor histórico, a causa de una sedición popular fue desterrado al Quersoneso, la Crimea de nuestros días, y como se negase a sacrificar fue arrojado al mar con una áncora atada al cuello.

Ni San Ireneo, ni Eusebio, ni San Jerónimo, que hablan de este ilustre Papa, dicen nada de su martirio. Sin embargo, la tradición del martirio de San Clemente aparece sólidamente establecida desde fines del siglo IV en Roma.

La figura de San Clemente quedará a los ojos de la historia como la de un noble campeón de la unidad cristiana.

En un momento difícil y decisivo supo mantener enérgicamente los derechos de la primacía romana y cumplió su misión con la suavidad y dulzura del pastor de todo el rebaño de Cristo.

PEDRO ALCORTA MAÍZ

Bibliografía

DELEHAYE, H., *Étude sur le légendier romain. Les saints de novembre et de décembre* (Bruselas 1936) 90-116.
FLICHE, A. - MARTIN, V., *Histoire de l'Église.* I: *L'Église primitive* (París 1916).
FRANCHI DE CAVALIERI, P., *Note agiografiche: fascicolo 5.°* (Roma 1915) 3-40.
HEMMER, H., *Les Pères Apostoliques,* II (París 1909).
RUIZ BUENO, M. (ed.), *Padres apostólicos* (Madrid 1950).
• Actualización:
AYÁN CALVO, J. J., *Clemente de Roma. Carta a los Corintios. Homilía anónima (Secunda Clementis)* (Madrid 1994).
DI NOLA, G., *La dottrina eucaristica dei secoli I-IV.* I: *Clemente Romano, Atanasio* (Ciudad del Vaticano 1999).
RUIZ BUENO, D. (ed.), *Padres apostólicos y apologistas griegos (s. I)* (Madrid 2002) 97-302.
TREVIJANO ETCHEVERRÍA, R., *Patrología* (Madrid ^{2}2004) 15-23.

SAN COLUMBANO
Abad († 615)

San Columbano el Joven, monje irlandés de la segunda mitad del siglo VI y principios del VII, es indudablemente uno de los hombres a quienes más debe la cultura, civilización y espíritu cristiano, tan característicos de la Europa medieval. Es uno de los pioneros de aquellos ejércitos de monjes que, saliendo de los grandes monasterios fundados por San Patricio de Irlanda, entraron en el continente europeo y contribuyeron eficazmente a la cristianización del centro y del norte de Europa. Con su inflamado amor de Dios y del prójimo y su espíritu de sacrificio

llevado al más sublime heroísmo, realizaron una obra verdaderamente gigantesca, de la que difícilmente nos podemos hacer cargo en nuestros días.

Entre todos los monjes misioneros que, primero desde Irlanda y más tarde también desde la Gran Bretaña, pasaron al continente, sobresale de un modo especial San Columbano, en quien ponderan mucho sus contemporáneos sus dotes morales extraordinarias y aun sus fuerzas corporales, verdaderamente hercúleas.

Un rasgo transmitido por los historiadores nos indica bien a las claras la energía indomable del carácter de San Columbano, a la vez que sus fuerzas hercúleas. Teniendo ya setenta años, ayudaba con sus propias manos a los monjes en el cortar y transportar los troncos de los árboles que servían para la construcción del monasterio de Bobbio, en Italia. Igualmente contaban sus discípulos cómo algunas veces, atravesando a pie algunos bosques, entablaba luchas cuerpo a cuerpo con los osos salvajes hasta dominarlos y rendirlos a sus pies.

No conocemos exactamente el año del nacimiento de San Columbano, pero debió de tener lugar en torno al año de la muerte de San Benito, el 543, en la región occidental de Leinster, donde recibió una sólida educación cristiana. Es interesante un episodio que nos refieren algunos documentos antiguos sobre las primeras luchas que su naturaleza exuberante y fuerte tuvo que mantener contra las tentaciones de la carne. Efectivamente, habiendo sido tentado insistentemente por algunas mujeres, acudió angustiado en demanda de consejo a una virgen solitaria que desde hacía muchos años gozaba de gran prestigio de santidad, y ella le respondió que debía huir decididamente la tentación incluso abandonando el lugar de su nacimiento.

Pero de esta anécdota, de cuya autenticidad histórica no tenemos plena garantía, lo más provechoso y positivo es la razón que, según el biógrafo Jonás, le dio la virgen solitaria, y ha quedado desde entonces como norma práctica de la ascética cristiana frente a este género de tentaciones. Efectivamente, le dijo:

> «¿Piensas tú que podrás fácilmente resistir la tentación de esas mujeres? ¿Recuerdas a Eva tentando y a Adán cediendo? ¿No fue también Sansón débil frente a Dalila? ¿No perdió David su antigua

rectitud seducido por la hermosura de Betsabé? ¿No fue engañado el sabio Salomón por el amor a las mujeres? Así, pues, márchate lejos y apártate del río en el que tantos han caído».

Así, pues, Columbano abandonó de hecho a su madre y su tierra y se dirigió a Sinell, donde un experimentado solitario lo inició en la vida de consagración a Dios, y poco después al gran monasterio de Bangor, donde recibió la sólida educación ascética que entonces se estilaba. De carácter serio e inclinado a la rigidez, su grande alma lo inclinó bien pronto a emprender alguna hazaña extraordinaria. Vencida, no sin gran dificultad, la oposición de su abad, dirigióse con doce compañeros a tierras extrañas con el fin de trabajar por la colonización e instrucción de los pueblos bárbaros. A los pocos días de viaje aportaron en el continente y se internaron en el reino de los francos. Los nuevos huéspedes debieron de llamar notablemente la atención aun por su exterior. Mientras los monjes occidentales llevaban el pelo cortado, según la llamada tonsura de San Pedro, de modo que les quedaba en torno a la cabeza una corona de pelo algo más crecido, los monjes irlandeses dejaban crecer el pelo por la parte posterior de la cabeza, de modo que les caía por encima de la espalda. En sus manos llevaban unos bordones. Cruzados a la espalda y atados con correas, traían consigo sacos de piel, en donde guardaban sus más preciados tesoros: los libros litúrgicos.

Precisamente entonces se hallaba en notable decadencia aquel espíritu religioso que tan buen comienzo había tomado un siglo antes con Clodoveo. Describiendo la situación del país de los francos a fines del siglo VI, nos dice el biógrafo de San Columbano: «Allí, a causa de las frecuentes invasiones de los enemigos exteriores, o por la negligencia de los pastores, el espíritu religioso había casi desaparecido. Sólo quedaba en pie la fe cristiana». En estas circunstancias tan críticas, y como medio buscado por la Providencia, presentóse San Columbano en las Galias.

A pesar del rigorismo con que se presentaron él y sus compañeros, en todas partes les acompañó el éxito más lisonjero. El monasterio de Luxeuil, fundado por el santo, constituyóse en punto céntrico de cultura e influencia cristiana. Bien pronto siguieron otros monasterios en todo el centro de Europa. Los hi-

jos de los nobles que iban a esos monasterios a recibir la educación cristiana eran cada día más numerosos. A los monasterios de varones siguieron otros de mujeres. En realidad, gran parte de los fundados durante los siglos VII y VIII están relacionados con San Columbano. De más de cincuenta de todo el Continente se puede probar que estuvieron bajo el influjo de los monjes traídos por él. Por otro lado, precisamente ese plantel incomparable de monasterios fue en los siglos siguientes la base de todo lo que significa civilización.

En efecto, no era solamente la vida religiosa lo que en aquellos monasterios se cultivaba. Muchos de ellos, fundados en medio de los bosques y regiones baldías, anduvieron a la cabeza en el trabajo ímprobo de la roturación y cultivo de los campos. Gran parte de la región de las Galias, inculta hasta entonces, fue urbanizada por estos monjes. Tales son las tierras de las Ardenas, Flandes, el bajo Sena y la Champagne. Esta actividad cultural de los monasterios fundados por San Columbano, que puso el fundamento de innumerables poblaciones y grandes ciudades, continuóse después durante los siglos siguientes y constituye una de las glorias más legítimas de la Iglesia católica, uno de los frutos culturales de la civilización cristiana. Los monjes de San Columbano —dice acertadamente Schnürer— «sabían realizar el pesado trabajo del campo con la misma perfección con que escribían los delicados pergaminos de sus códices y se esforzaban en guiar las almas con su ardiente palabra».

Con todo, no hay que creer que toda está campaña de civilización cristiana fuera fácil a Columbano. A la dificultad que supone la lucha de la moral cristiana con todas las pasiones humanas, añadíase la rudeza y rigidez de carácter del santo, que no sabía ceder ni doblegarse a ninguna clase de exigencias. Es célebre la contienda que tuvo que mantener frente a Teuderico y su abuela Brunequilda. El antiguo reino de Clodoveo estaba dividido a la sazón en dos partes: Austrasia y Neustria. En Austrasia regía Teudeberto, y en Neustria su hermano Teuderico y su abuela Brunequilda. El monasterio de Luxeuil pertenecía al territorio de Teuderico. Entregados a toda clase de vicios, no tardaron los dos hermanos en hacerse mutuamente la guerra. Sobre todo, Teudeberto estaba enteramente entregado a la lujuria.

Casado con una princesa española, separóse bien pronto de ella. En estas circunstancias, pues, su hermano Teuderico tuvo que escuchar frecuentes reconvenciones de parte del celoso abad Columbano.

En cierta ocasión presentóse el abad en la villa real de Vitry, cerca de Arras, en donde Brunequilda se entretenía con unos nietecitos hijos legítimos del rey. Según costumbre del tiempo, envió a los niños al encuentro del abad para que les echara la bendición. Columbano se creyó en el deber de dar una muestra de su desagrado, y así se negó a dar la bendición a los niños, anunciando, además, que ninguno de ellos llegaría a empuñar el cetro. Poco después llegó de nuevo Columbano a la villa en que se hallaba el rey. Era de noche. Teuderico, deseoso de dar al abad las muestras debidas de respeto, ordenó a los criados que lo introdujeran en su presencia y que le ofrecieran comida y bebida. Mas el hombre de Dios lo rechazó con toda decisión, añadiendo que eran dádivas de un hombre impío. El monarca, junto con su abuela, se dirigió al día siguiente al abad y trataron de aplacarlo. Teuderico prometió mejorar su conducta, mas como no se mejorara recayó, por fin, sobre él la excomunión. Las cosas llegaron por fin al extremo de que por iniciativa del rey se desterró al molesto consejero.

Era el año 610. Después de más de treinta años empleados en la evangelización y colonización de las Galias, salía Columbano deportado a Irlanda con un buen número de sus compañeros. Desde Nantes, según parece, escribió una célebre carta a los monjes que dejaba en Luxeuil, de la que llega a decir Montalembert que contiene «algunas de las más finas y grandes ideas que ha inspirado el genio cristiano». Pero, una vez embarcado, vientos contrarios desviaron por completo la embarcación, y, de hecho, la primera noticia que tenemos es que se presentó poco después en Metz ante su amigo Teudeberto II, y con su consejo y apoyo se dirigió hacia la región ocupada actualmente por gran parte de Suiza, y que estaba entonces poblada por los alamanes.

Ante todo, pues, se estableció en Tuggen, junto al lago de Zúrich, con un grupo de discípulos venidos del monasterio de Luxeuil, entre los cuales sobresalía uno llamado Gallo. Pero el

celo exagerado de éste, que se dedicaba a quemar públicamente los ídolos de los paganos, le atrajo la enemistad de los habitantes de aquella región, por lo cual Columbano se vio forzado a emigrar hacia la parte oriental del lago Constanza, a un valle tranquilo y apacible rodeado de montañas. Era la región de la actual Bregenz, donde encontraron un viejo oratorio abandonado, y en él se acomodaron algunas celdas. Pero aquí de nuevo la vehemencia de los métodos empleados en su apostolado, particularmente de San Gallo, provocaron al pueblo contra él. Al mismo tiempo cambió inesperadamente la situación política. Habiendo estallado una guerra entre Austrasia y Neustria, fue vencido y muerto su protector Teudeberto. Puesto entonces Columbano a merced de Teuderico, se vio obligado a salir de aquel territorio donde se encontraba. Atravesó, pues, los Alpes, contando a la sazón setenta años de edad, y se dirigió al país de los lombardos y a su capital, Milán, donde fue objeto de una cariñosa acogida de parte de su rey arriano, Agilulfo, y su esposa católica, Teodelinda. Entretanto había quedado en Suiza su discípulo Gallo, quien posteriormente organizó allí el célebre monasterio de *Sant Gallen,* que tanta fama debía alcanzar en la posteridad.

Y con esto entramos en la última etapa de la vida de San Columbano, que se desarrolla al norte de Italia y se distingue, ante todo, por la fundación del gran monasterio de Bobbio. En efecto, conociendo Agilulfo la significación de San Columbano como padre de monjes, le entregó grandes terrenos en *Ebovium* o *Bobbio,* situado en un valle de los Apeninos entre Génova y Piacenza, donde inició él un monasterio dedicado a San Pedro. No obstante su avanzada edad, se sintió rejuvenecido al ver surgir el nuevo monasterio, que rápidamente fue tomando una extraordinaria significación. Columbano se sentía feliz al ver reproducirse en el monasterio de Bobbio la exuberante vida monástica de los monasterios de Luxeuil y los demás que él había fundado en Francia.

Pero al mismo tiempo, las circunstancias le obligaron a intervenir durante estos años en un asunto completamente diverso. Con ocasión de la querella denominada de los *Tres capítulos,* se había formado en el norte de Italia un cisma contra el roma-

no pontífice en protesta de su condenación de los llamados *Tres capítulos.* Mal informado Columbano por los partidarios del cisma e inducido por los reyes Agilulfo y Teodelinda, compuso un célebre escrito, en el que trataba de defender al partido lombardo, presentándolo como defensor del concilio de Calcedonia frente al romano pontífice.

Sin embargo, en esta misma carta, no obstante lo delicado de su posición al defender un partido cismático en su posición contra el Papa, aparece claramente su convicción de que sólo se trataba de una cuestión secundaria meramente disciplinar y, por otra parte, amontona las expresiones de estima y reverencia a la Sede Romana. En efecto, dice, «la columna de la Iglesia es siempre Roma». Por eso, añade, «nosotros, los irlandeses, viviendo en las partes más lejanas de la tierra, somos discípulos de San Pedro y San Pablo y de los discípulos que escribieron el Canon sagrado bajo la inspiración del Espíritu Santo. Nosotros no aceptamos más que la enseñanza evangélica y apostólica...». «Confieso —dice en otra parte— que siento la mala reputación en que se tiene en esta región a la Cátedra de Pedro. Todos estamos atados a esta Cátedra. Pues, aunque Roma es grande y renombrada, su grandeza y gloria delante de nosotros le viene solamente de la Cátedra de Pedro».

En realidad, el problema del *cisma lombardo,* que no debe confundirse con el de *Aquilea* o *Grado,* también ocasionado por los *Tres capítulos,* siguió su desarrollo normal hasta que poco después se extinguió. La intervención de San Columbano no tuvo en él ninguna importancia. Por otro lado, quiso polemizar contra los arrianos, lo cual le malquistó con los lombardos y su rey, Agilulfo, todo lo cual le obligó a retirarse definitivamente a la soledad del monasterio de Bobbio y aun de una celda solitaria que en él se hizo construir.

A los tres años de su estancia en Bobbio, cumplióse la profecía que él había hecho sobre Teuderico. Muerto Teuderico, la anciana Brunequilda había sido brutalmente asesinada. Acordándose Clotario, dueño ahora de Borgoña, de la profecía de Columbano, lo invitó a ir a Suiza y a las Galias. Pero entretanto había llegado éste a su fin. Rendido por la enfermedad y sintiendo próxima la muerte, le recomendó el monasterio de

Luxeuil y los demás de Francia, y el 23 de noviembre de 615 descansó en el Seriar.

Su recuerdo y el fruto extraordinario que hizo con sus fundaciones dieron bien pronto ocasión a que se iniciara su culto litúrgico, que se extendió principalmente a las numerosas regiones por él evangelizadas.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

BLANKE, F., *Columban und Gallus* (Zúrich 1940).
DUBOIS, M. M.ª, *Saint Colomban* (París 1950).
GOUGAUD, L., *Les saints irlandais hors d'Irlande* (Lovaina 1936) 51s.
JONÁS DE SUSA, *Vita,* en J. MABILLON - L. D'ACHERY, *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti,* II (París 1668) 5s; y en PL 87,1011s.
LEUX, J. J., *Der heilige Kolumban* (Friburgo 1919).
MARTIN, E., *S. Colomban* (París ³1921).
METLAKE, G., *The life and writings of Saint Columban* (Filadelfia 1914; ed. facs. 1993).
ROUSSEL, J., *Saint Colomban et l'épopée colombanienne,* 2 vols. (1941-1942).
TOMMASINI, A. M., *Irish Saints in Italy* (Londres 1937).
• Actualización:
DUBOIS, P., *Colomban, un aventurier de l'Europe* (París 1990).
LODI, E., *Los santos del calendario romano* (Madrid ²1993) 501-504.
O'FIAICH, T., *San Colombano attraverso le sue parole* (Seregno 2000).

BEATO MIGUEL AGUSTÍN PRO

Presbítero y mártir († 1927)

Poco después de las 10:30 de la mañana del 23 de noviembre de 1927 era fusilado en el patio de la Inspección de Policía de la Ciudad de México el padre Miguel Agustín Pro. Existe una escalofriante secuencia fotográfica del momento de su martirio. Se le puede ver, primero, arrodillado y rezando; después, de pie y con los brazos en cruz, mientras sostiene un crucifijo en su mano derecha y en la izquierda un rosario; más tarde, desplomándose tras recibir el primer disparo; y por último, ya caído en el suelo, cuando le están pegando el tiro de gracia. No se trata de una reconstrucción imaginada, son fotos reales, tomadas por un reportero gráfico del diario *Excelsior* de México a quien, junto a otros periodistas y testigos, se le permitió asistir a la ejecución. «¡Fusiladlo! Servirá de lección a los católicos», había dicho el presidente Plutarco Elías Calles en aquellos días de persecución religiosa.

Tenía entonces el padre Pro 37 años de edad. Sesenta años más tarde, el 25 de septiembre de 1988, lo beatificaba en la Plaza de San Pedro de Roma el papa Juan Pablo II. En esa misma ceremonia fueron también apuntados en el libro de los beatos el arzobispo José Benito Dusmet, el sacerdote Francisco Faà di Bruno, los franciscanos Junípero Serra y Federico Janssoone y la virgen seglar Josefa Naval Girbés.

Miguel Agustín Pro Juárez había nacido el 13 de enero de 1891 en Guadalupe, un pueblecito cercano a Zacatecas, donde su padre administraba unas explotaciones mineras. Fue bautizado cuatro días después de su nacimiento en su parroquia natal, y recibió los sacramentos de la confirmación y primera comunión, a los siete años, en Concepción del Oro. Tuvo como primera escuela su propia casa, pero cursó los estudios primarios en colegios públicos de México y de Saltillo. Sin embargo, antes de terminarlos comenzó a trabajar con su padre en las oficinas de la mina y a demostrar no sólo una gran habilidad para desempeñar este trabajo, sino a mantener un trato franco y distendido con los mineros. Conoció y se preocupó por sus problemas y gracias a sus dotes para la imitación aprendió a expresarse en su lenguaje, se hizo con su jerga y sus modismos, tan diferentes y distantes de la manera de hablar de su familia. Si a esto se añade la receptividad propia de su edad y sobre todo su sentido del humor, ya tenemos aquí enunciados los rasgos de carácter que marcarán su forma de actuar en el futuro.

Era chistoso, ocurrente, imitador consumado, bromista. En una palabra, simpático. Habilidoso para la música, se le daba muy bien tocar la guitarra y la mandolina. Casi se ajustaba al tópico del mexicano gracioso, cualidad que le sirvió para que su apostolado rindiera el ciento por uno, en el trato con la gente, en sus cartas e intervenciones públicas, en la sutileza con que supo bandearse en los días de más recia persecución.

Ya entonces empezaba a rondarle por la cabeza la idea de hacerse religioso, descubría signos inconfundibles de su vocación sacerdotal. Tendría unos dieciséis años cuando sintió un vuelco en su corazón después de asistir a una misión popular predicada por los jesuitas. De todas formas, para que no le quedaran dudas sobre sus sentimientos, fue invitado a hacer unos

ejercicios espirituales ignacianos, pero lo que realmente maduró su decisión de ingresar en la vida religiosa fue el empujón que le dieron sus hermanas mayores, también religiosas, María de la Concepción y María Luz.

Con veinte años cumplidos, el día 10 de agosto de 1911, entró en el noviciado que la Compañía de Jesús tenía en El Llano, cerca de Zamora de Hidalgo. Fueron dos años de prueba, al término de los cuales, el día de la Asunción de 1913, pronunció los votos religiosos. Un año más tarde, y obligados por la situación política de Venustiano Carranza, tuvieron que salir apresuradamente de El Llano él y sus condiscípulos. Primero van a Zamora, después pasan a Guadalajara y el 2 de octubre de 1914 se instalan en Los Gatos, California, donde el joven Pro recibió lecciones de literatura clásica.

Como las dificultades provocadas por la revolución mexicana iban en aumento, los superiores responsables decidieron enviarlo a Europa para que, sin sobresaltos, continuase los estudios eclesiásticos. Su primera estancia fue en Granada, la ciudad española, a la que llegó el 21 de junio de 1915 para cursar dos años de retórica y tres de filosofía. Tras este período, cruza de nuevo el Atlántico y permanece en otra Granada, la nicaragüense, donde ejerció un bienio de prácticas de magisterio en el colegio del Sagrado Corazón enseñando el catecismo a los empleados y personal de servicio. En 1922 lo tenemos de nuevo en Europa: en Barcelona estudió los dos primeros cursos de teología y en Einghien (Bélgica) el tercero y parte del último. Recibió la ordenación sacerdotal el 30 de agosto de 1925 de manos del obispo de Amiens, monseñor Lecompte, y al día siguiente celebró su primera misa.

Durante el año de su ordenación y el siguiente se deterioró seriamente su salud, de tal manera que necesitó someterse a tres operaciones de estómago en una clínica de Bruselas, y pasó largas temporadas de convalecencia en una casa de reposo en Hyères, cerca de Marsilia. De esta etapa se conocen anécdotas graciosas y alguna historieta ejemplar que define su original sentido evangelizador. En una ocasión, después de bajar a una mina en Charleroi, quiso viajar con los obreros en el mismo tren que los devolvía a casa para poder charlar distendidamente

de cuestiones sociales y religiosas. Uno de los mineros, poco acostumbrado a que alguien le hiciera caso, le preguntó al joven Pro si no le causaba ningún temor subir al departamento del tren con ellos. El padre Pro respondió diciendo que no, que él viajaba siempre armado. Y a continuación, mientras aún les duraba el desconcierto, sacó de su bolsillo su misteriosa arma, que era un crucifijo.

Volvió a Einghien a mediados de mayo de 1926, pero a los pocos días, a causa de su debilitada salud, los superiores decidieron que regresara a México y que allí concluyera los estudios. Su barco atracó en el puerto de Veracruz el 7 de julio. El padre Pro iba destinado a la residencia de los jesuitas de la calle Enrique Martínez de la ciudad de México. Asistió a las clases de teología que impartía el padre Méndez Medina, y pudo al fin terminar el curso y superar los exámenes airosamente.

México vivía por entonces en estado de gran tensión, sobre todo desde que entró en vigor, el 31 de julio de 1926, la ley del presidente Calles prohibiendo a los católicos la libertad religiosa. Se trataba de una persecución en toda regla que impedía el culto público y negaba a los sacerdotes vestir sotana y a los religiosos utilizar el hábito. Cuanto más se enfrentaba el pueblo cristiano a estos abusos, más endurecía el Gobierno su trato. El padre Pro tampoco se plegó a estas leyes, más aún, las desafió con desenvoltura desempeñando a escondidas su labor sacerdotal en casa de sus familiares y amigos y sirviéndose de estratagemas, simulaciones y disfraces, sorteando el seguimiento policial. Celebraba misa en las casas, predicaba a estudiantes, empleados, obreros, oficinistas, siempre en la clandestinidad, con tácticas de catacumba. Pero como todo se sabe o se sospecha, al final de octubre de aquel año se cursó una orden de detención contra el joven jesuita por considerarlo culpable de haber hecho propaganda religiosa y contravenido la ley. Su delito sólo consistía en ejercer su apostolado apasionadamente, con entrega y con alegría.

A principios de diciembre de 1926, con motivo de una fiesta popular, los católicos se atrevieron a soltar seiscientos globos de colores y a lanzar octavillas con mensajes religiosos. El propio Calles, que asistía a la fiesta, se entretenía viendo caer la llu-

via de papeles, pero le cambió el semblante cuando le presentaron uno de aquellos mensajes y lo leyó. Reaccionó con violencia y dio orden inmediata de arrestar a los culpables. En esa redada cayó el padre Pro, que contó después el episodio por escrito, con su inconfundible humor:

> «A las siete de la noche nos llevaron a la prisión entre dos hileras de soldados a siete tipos aprehendidos por causa de los globos. El teniente que nos recibió en el palacio de Santiago Tlaltelolco, al leer el oficio de Gobernación en que nos declaraban presos, nos dice riendo:
>
> —Mañana vamos a tener misa.
>
> —Malo —me dije—, ya me la olieron.
>
> —¿Misa? —preguntamos todos espantados.
>
> —Sí —nos responde—, porque entre vosotros viene un presbítero.
>
> —Malo, muy malo —seguí diciendo para mi capote—. Todos nos vimos de pies a cabeza para ver quién era el desventurado presbítero que nos acompañaba.
>
> —Es un Miguel Agustín —dice el teniente.
>
> —Alto ahí —dije en voz alta—, ese Miguel Agustín soy yo, pero así diré misa mañana como colchón voy a tener esta noche.
>
> —¿Y ese Presbítero qué se pone después de su nombre?
>
> —Es solamente mi apellido "Pro" y no "Pbro", que es la abreviación de presbítero».
>
> «La noche la pasaron todos al raso y recibiendo de los soldados el trato que recomendaba la orden de prisión: "Procúrese fastidiar a los aprehendidos". Y así lo hicieron entre el pitorreo de los guardias. A la mañana siguiente, a eso del mediodía, el padre Pro era puesto en libertad».

Pese a este contratiempo y sabiendo que le seguían los pasos, el padre Pro continuó desempeñando sus actividades apostólicas entre los feligreses de la Sagrada Familia. Pero sobre todo acudía a sus centros eucarísticos, conocidos sólo por los fieles, comulgaban a diario más de trescientas personas, que en los primeros viernes de mes pasaban de mil. El padre Pro usaba para moverse por la ciudad la bicicleta de un hermano suyo, salía «desbocado por esas calles de Dios» a administrar los sacramentos, pero también se ocupaba, y de modo preferente, de visitar a los enfermos de la parroquia, de frecuentar el trato con la gente más pobre, de ayudar a las madres solteras.

Se había creado en México por aquellas fechas de persecución una asociación conocida con el nombre de *Liga Nacional*

para la defensa de la libertad religiosa, y de su sección de conferencias fue nombrado responsable el padre Pro. Se entregó de lleno a esta causa, con el mayor entusiasmo, organizó con grupos de jóvenes eficaces campañas de propaganda que tuvieron mucho éxito, aunque las sucesivas detenciones de sus miembros acabaron por cortarles las alas. El padre Pro se multiplicaba dando charlas por las barriadas «a puritita gente de "pro"», y como él decía: «Hablaba, gritaba, berreaba ante aquel auditorio descamisado que sin temor a técnicos ni a gendarmes venía por cientos a nuestras conferencias».

En los momentos de mayor recrudecimiento policial, los superiores le recomendaron cautela, incluso le aconsejaron que se escondiera durante algunos meses. Hizo caso, se recluyó en su casa por obediencia, mas no por ello dejaba de pensar en las necesidades de su gente y en las noticias que le llegaban del desamparo espiritual en que muchos se encontraban. En un momento dado Pro expone a su Provincial el deseo de contribuir con su granito de arena, no como antes, que «sería muy expuesto», pero sí «con discreción y medida». Además, si pone en riesgo su vida —se pregunta— «¿no sería ganarla si la diera por mis hermanos?». Y concluye:

> «Yo sé que más hago por Dios hundido en un pobre cuarto, por obediencia, que en medio de la plaza por propia voluntad; pero tampoco es desobediencia el pedir a mi superior permiso para hacer algo, pudiéndolo hacer sin mucho peligro».

Reanudó, pues, su actividad pastoral con permiso del Provincial, dispuesto a obrar con la máxima prudencia. Pero la situación se enredaba de día en día, empeoraba a todas luces, se estrechaban los cercos con cualquier disculpa. Al padre Pro no le perdían de vista, y eso que procuraba con sus artes de simulación y los más inesperados disfraces zafarse de los controles. Pero ocurrió que el 13 de noviembre de 1927 cuatro personas lanzaron una bomba contra el general Álvaro Obregón, aunque resultó ileso. El coche usado por el comando era el mismo que la familia Pro venía utilizando para sus actividades de la *Liga,* pero pronto se averiguó que ese vehículo había sido comprado una semana antes por el ingeniero Segura, uno de los autores del atentado, detenido por la policía.

Este suceso movió al padre Miguel Pro y a sus hermanos Umberto y Roberto a ocultarse en casa de unos amigos, pero a los pocos días, el 18 de noviembre, en plena noche, la policía irrumpió en el edificio y arrestó a los tres hermanos, que acabaron en los calabozos de la Inspección de Policía de la ciudad de México. Las investigaciones nunca pudieron probar su responsabilidad en los hechos. El padre Miguel Agustín Pro, interrogado por la policía en presencia de numerosos periodistas, se declaró «absolutamente inocente» del crimen que se le imputaba, dio las gracias al Gobierno por el buen trato recibido en la cárcel y se mostró confiado en que sería puesto de inmediato en libertad. Pero no se iban a cumplir sus expectativas. Pese a la falta de pruebas y a que no había dudas sobre la inocencia de los hermanos, el presidente Calles y los generales Obregón y Cruz se reunieron en consejo y tomaron el acuerdo de dar un escarmiento ejemplar a los «subversivos». Sugirió el general Cruz que, al menos, la sentencia tomara una apariencia de legalidad, pero Calles se negó rotundamente.

Los hermanos Pro, encerrados en los sótanos de la Inspección, estaban convencidos de que terminarían en la calle. Mientras que Miguel y Umberto fueron ejecutados el 23 de noviembre, Roberto, el hermano menor, liberado poco después, dejó un testimonio escrito de aquellas horas amargas. Cuenta que su hermano Miguel pensaba que el asunto pasaría a un tribunal competente, pero que esta impresión se vino abajo cuando, hacia las nueve de la noche del 22 de noviembre, notaron un extraño movimiento de tropas y que cambiaban la vigilancia cada media hora. «Lo primero que hicimos, sin comunicarnos la inquietud que sentíamos —escribe—, fue rezar juntos el rosario». Casi a media noche convocaron a todos los detenidos para un reconocimiento visual en presencia del general Palomera, con fama de sanguinario, y para sacarles unas fotos que luego serían publicadas por la prensa. Tras esta inspección —añade Roberto— Miguel le dijo:

> «Ahora sí que la cosa se pone difícil. Quién sabe lo que querrán hacer estos señores, me temo que nada bueno. Pidámosle a Dios resignación y fuerza para lo que sea, y resignémonos a lo que venga. Recuerdo que después volvimos a rezar y Miguel me dio la absolución, luego que yo me confesé con él».

Aquella noche la habían pasado inquietos. Hacia las seis de la mañana el padre Pro confió a sus compañeros de prisión un presentimiento: «Algo nos va a suceder hoy».

> «A las 10:30 de la mañana —concluye Roberto Pro— se presentó el jefe de los agentes, llamado Mazcorro, y con voz de mando, llamó a mi hermano Miguel, que estaba conmigo en el sótano, como dije: estaba sin saco, y Mazcorro le dijo que se lo pusiese. En el momento de ponérselo, me tomó y me estrechó la mano, y luego salió acompañado de Mazcorro. Me asomé a una ventana pequeña, que estaba cerrada con tablas y daba al patio de la Inspección; vi pasar a Miguel acompañado de Mazcorro, de un oficial y de algunos soldados; después no pude ya ver más».

Quien sí pudo ver más fue un sacerdote mexicano, José de Jesús Olivares, también detenido en la Inspección, quien desde la ventana de su celda observó la ejecución. Explica lo que vio con estas palabras:

> «El día 23 de noviembre, vi desde una ventana de mi celda cómo llegaban al patio de tiro de la misma Inspección, soldados y personal de la Inspección y otras personas que iban a presenciar la ejecución [...] vi llegar al padre Pro al patio de tiro en medio de cuatro soldados que lo llevaron hasta el lugar de la ejecución. Allí noté que el comandante del pelotón de ejecución se acercó al padre Pro para hacerle una pregunta que no oí, por la distancia a que me encontraba, pero noté por los ademanes que el padre pedía unos momentos para orar. Entonces se arrodilló, sacó de su bolsa un rosario y un crucifijo que besó y permaneció en oración unos momentos, levantando los ojos al cielo. Poco después se levantó y volviéndose hacia el pelotón de ejecución, volvió a besar el Santo Cristo que tenía en la mano derecha, en la izquierda conservaba el rosario; abrió los brazos en forma de cruz y haciendo un ademán con la cabeza, se dispuso a recibir la descarga».

El pelotón de fusilamiento apuntó a su cuerpo y lo abatió. Cayó con los brazos en cruz. En seguida un soldado se acercó y le dio el tiro de gracia. Se sabe que durante el traslado del calabozo al patio, el agente Quintana pidió perdón al padre Pro, y que éste le contestó: «No sólo te perdono, sino que te doy las gracias». «Gracias» porque, como había manifestado alguna vez a sus amigos en los momentos más recios de persecución: «¡Ojalá me tocara la suerte de ser del número de los mártires!». Otro de sus amigos, el ingeniero Jorge Núñez, recordó que el padre Pro le había confesado cómo, en caso de ser fusilado, gri-

taría «¡Viva Cristo Rey!». Así dicen que dijo en el último instante. Ha quedado como testimonio visual de su ejecución una estremecedora secuencia de fotos que sirve como acta elocuente de su martirio.

Juan Pablo II en la homilía de su beatificación sintetizó su vida diciendo que ni los sufrimientos ni su agotadora actividad ejercida con riesgo pudieron sofocar nunca su alegría contagiosa, «que nacía de su amor a Cristo y que nadie le pudo quitar».

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

ADRO, X., *Temple ignaciano: perfil psicológico del Padre Pro* (México 1940).
ARROYO GAITÁN, R. A., *Calles, el conflicto religioso y el martirio del Padre Pro* (Zapopán 1988).
DRAGÓN, A., *Vida íntima del Padre Pro* (México 1990).
«Homilía en la beatificación»: *Ecclesia* (1988) n.2394, p.24-26.
L'Osservatore Romano (25-9-1988) 4; (26/27-9-1988) 4.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA LUCRECIA DE MÉRIDA

Virgen y mártir († s. IV)

Consta que ya en el siglo VI tenía una basílica dedicada en Mérida, y aunque el *Martirologio de Usuardo,* que es el primero que recoge su memoria, la llama simplemente virgen sin el apelativo de mártir, éste ha prevalecido posteriormente, suponiéndose que se trata de una mártir de la persecución de Diocleciano a principios del siglo IV. La fecha del 23 de noviembre ya la da Usuardo y la ha conservado el *Martirologio de Baronio* y el actual. Su memoria la celebra la diócesis de Mérida-Badajoz. Se carece de ulteriores noticias sobre su vida y martirio.

SAN ANFILOQUIO DE ICONIO
Obispo († 403)

Este insigne obispo había nacido en Cesarea de Capadocia hacia el año 345. Estudia en Antioquía, en la escuela de Libanio, y luego pasa a Constantinopla donde ejerce la abogacía y la profesión de rétor. Pero, tras algunos reveses, decide volver a su casa paterna. Su padre, ya muy mayor, vivía en Ozizala, una villa pobre de Capadocia a donde le tenía que mandar alimentos su primo San Gregorio Nazianceno. Amigo también de San Basilio, obispo de Cesarea, éste lo invitó a irse con él y en 373 le confirió las órdenes sagradas. Un año más tarde el mismo santo lo consagraba obispo de Iconio, la sede metropolitana de Licaonia. Fue consciente de su escasa preparación teológica y por ello acudía a aconsejarse en materia doctrinal con San Basilio, que le dedicó su *Tratado sobre el Espíritu Santo.* Anfiloquio difundió cuanto pudo el tratado de San Basilio como medio eficaz de oponerse a los macedonianos que negaban la verdadera divinidad del Espíritu Santo y contra los cuales Anfiloquio reunió un sínodo en Iconio el año 376. Basilio le envió otros escritos doctrinales y mantuvo con él estrecha amistad hasta su muerte en 379, siendo Anfiloquio el que hizo la oración fúnebre del gran obispo fallecido. El año 381 asistió al primer concilio ecuménico de Constantinopla, en donde se definió la divinidad del Espíritu Santo y se dio la formulación del símbolo de la fe. Se sabe que instó en 383 de manera eficaz al emperador Teodosio para que prohibiera las actividades de los arrianos. Ese mismo año presidió el sínodo de Side de Panfilia donde fueron condenados los mesalianos. Murió con posterioridad al 394 y ya no vivía cuando los problemas con San Juan Crisóstomo.

BEATA MARGARITA DE SABOYA
Religiosa († 1464)

Nace en Pinerolo, junto a Turín, hacia 1382, hija del príncipe Amadeo de Saboya y de Catalina de Ginebra. En su juventud y en su propio castillo tuvo oportunidad de conocer a San Vicente Ferrer, a cuya dirección espiritual se sometió, orientándo-

se desde entonces su espiritualidad hacia el dominicanismo. Muerto su padre en 1402, su tío la dio en matrimonio a Teodoro Paleólogo, marqués de Monferrato, aunque ella tenía inclinación a la vida religiosa, pero decidió someterse a la voluntad de su tío porque con ese matrimonio se hacían las paces entre las dos familias. Teodoro era un hombre ya mayor, viudo y con dos hijos adolescentes. Se dice además que era una persona ruda y de mal genio, y que su esposa se dedicó a endulzar el carácter del esposo mostrándole una bondad, obediencia y afecto extraordinarios, cuidando de la educación de los hijastros y sobresaliendo su caridad con motivo de la epidemia de peste desatada en Génova donde se hallaba su marido. Margarita sostuvo la causa del Concilio de Constanza con el afán de poner fin al cisma de Occidente. Muerto su esposo en 1418, Margarita ejerció la regencia del marquesado hasta que el hijastro mayor llegó a la mayoría de edad, y entonces se retiró con algunas damas de su corte a un castillo en las cercanías de Alba. Rechazó las pretensiones matrimoniales del duque Felipe María Visconti de Milán, y decidió vivir una vida retirada y penitente como terciaria de Santo Domingo, formalizando la constitución de su grupo como una comunidad de la Tercera Orden de Santo Domingo, siguiendo las huellas de Santa Catalina de Siena, a la que tenía una especial devoción. Hizo cuanto pudo por convencer a su primo el antipapa Félix V (Amadeo VIII de Saboya) a deponer su actitud y volver a la unidad de la Iglesia. Por fin en 1445 el papa Eugenio IV transformaba su casa en un verdadero monasterio de clausura de la Orden dominicana. Brilló en él por sus muchas virtudes. Se cuenta que el Señor se la apareció y le ofreció tres lanzas —la enfermedad, la persecución y la calumnia— y la invitó a que eligiera: ella eligió las tres. Murió en su convento de Alba el 23 de noviembre de 1464, recibiendo en seguida culto que fue confirmado por el papa Clemente X el 9 de octubre de 1669.

SANTA CECILIA YU SO-SA
Mártir († 1839)

Cecilia ha subido a los altares acompañada de sus dos hijos mártires: San Pablo Chong Ha-sang (cf. su biografía el 22 de septiembre) y Santa Isabel Chong Chong-hye (29 de diciembre). Había nacido en Seúl en 1761 y había casado con el viudo Agustín Yak-jong, uno de los primeros cristianos de Corea. Con él se fue a la capital y aquí recibió el sacramento del bautismo de manos del P. Chu Mun-mo, misionero chino en Corea. Martirizado su esposo en 1801 y también Carlos Chong Chol-sang, hijo del primer matrimonio de su marido, y habiendo ella sido arrestada y luego dejada libre, se le habían confiscado todos sus bienes, por lo que se vio viuda y pobre y volvió al pueblo de la familia de su marido, Majae, con sus hijos. Aquí su cuñado, enemigo del cristianismo, la recibió fríamente, y fue un amigo de su difunto esposo el que tuvo compasión de ella y le ofreció una casa donde residir. La frialdad de antiguas amistades y de los parientes la rodeó. Conoció la muerte de la viuda del hijo de su marido martirizado, Carlos, del hijo de este matrimonio y de su propia hija mayor. En medio de su desgracia Cecilia conservó la fe y la paciencia, y vista la hostilidad de que era objeto, guardó una conducta prudente, no haciendo alarde alguno de cristianismo, pero transmitiendo la doctrina cristiana a sus hijos en el seno del hogar. Cuando, al llegar su hijo Pablo a los 20 años, ella le sugirió el matrimonio, él le dijo que quería dedicarse a continuar la obra evangelizadora de su padre mártir, y por ello terminó por irse a la capital, dejando a su madre y hermana en Majae. Ella temía los peligros por los que su hijo pasaba en su afán de pilotar un resurgimiento del cristianismo y aceptaba con mansedumbre que su hijo no pudiera proporcionarle ayuda alguna. Pero el obispo de Pekín recriminó a Pablo que no prestara ayuda a su madre, y entonces éste en 1827 se la llevó consigo a la capital junto con su hermana Isabel. Aquí la vida le resultó muy difícil, tanto que ella decidió volver a Majae, pero luego se le ofreció hacerse cargo de la atención a los misioneros que por fin llegaban y entonces volvió a la capital. Ya muy mayor, dejó de atenderlos, pero pudo oír cada día la misa y ayudar a los católicos más pobres. Empezó nuevamente la persecución en

1839 y se le dijo que lo mejor que podía hacer era irse, pero ella dijo que siempre había deseado el martirio y que no iba a perder la oportunidad. Ella y su hija se dedicaron a prepararse para el martirio. El 1 de junio, estando su hijo ausente, fue arrestada. Cuando se le preguntó si era verdad que ella era católica contestó que sí, y cuando se la intimó a abandonar su religión y a delatar a los demás cristianos dijo que no y que estaba dispuesta a la muerte por la conservación de su fe, y dijo además que desconocía la dirección de los otros cristianos. Fue interrogada cinco veces y cada interrogatorio estuvo acompañado de cincuenta golpes de caña de bambú, que la dejaron muy maltrecha. Llevada a la cárcel y dejada allí, murió en ella el 23 de noviembre de 1839.

Fue canonizada el 6 de mayo de 1984 en Seúl por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de canonización de 103 mártires de Corea que sufrieron martirio entre 1839 y 1846.

BEATA MARÍA CECILIA (MARÍA FELÍCITAS) CENDOYA Y ARAQUISTAIN

Virgen y mártir († 1936)

María Felícitas Cendoya y Araquistain nace el 10 de enero de 1910 en el caserío Oranda Aundi, junto a Azpeitia, Guipúzcoa, a donde se trasladaría con su familia cuatro años más tarde. Tenía tres hermanas y era la suya una familia muy religiosa. Recibió la primera comunión el 6 de mayo de 1921, al día siguiente de haber sido confirmada. A los 14 años se colocó en una fábrica de tejidos. Joven muy piadosa, visitaba cada día el sagrario como miembro de la Asociación de las Marías de los Sagrarios-Calvarios y ya para entonces manifestó a sus hermanas su vocación religiosa. Como tenía el genio un poco vivo, la madre, al saber que quería ser monja, le dijo que tenía que sujetar su genio, y así lo hizo ella desde aquel día. Orientada por su director espiritual ingresó en el Primer monasterio de la Visitación de Madrid el 9 de octubre de 1930 y, en el noviciado, tomó el nombre de hermana María Cecilia. Cuando la quema de iglesias en Madrid en mayo de 1931 se negó a volver a su casa y lo mismo dijo a sus padres cuando fueron a visitarla. El 27 de septiembre

de 1932 hizo los primeros votos y en la misma fecha, tres años más tarde, hizo la profesión solemne.

Sencilla, humilde, alegre, abnegada, era una religiosa fiel y fervorosa. Cuando en 1936 hubo de abandonar el convento se fue con las demás hermanas a vivir al piso de la calle González Longoria. En la noche del 19 de noviembre las siete religiosas fueron sacadas del piso y las llevaron a unos solares de la calle López de Hoyos frente a la terminación de Velázquez. Las mandaron bajar, y según iban bajando del coche las fueron matando. La hermana María Cecilia bajó del coche de la mano de otra hermana y al notar que su compañera caía muerta, sin saber lo que hacía, echó a correr y corrió sin parar mucho tiempo, no siendo seguida por nadie. Entonces la encontraron dos milicianos a los que ella les dijo que era monjita. La tranquilizaron y la llevaron a un cuartel. La dieron una taza de tila y la retuvieron allí toda la noche. La preguntaron si tenía familia para llevarla, pero ella respondió que no conocía a nadie. Un guardia le propuso llevarla a casa con su mujer, pero ella no quiso, y le dijeron que de todos modos allí no podía quedarse y al día siguiente la llevaron a la checa de la calle Hermosilla. Aquí varias compañeras de calabozo quisieron animarla. Ella agradeció las atenciones y alentó a sus compañeras a sufrir por Dios. Llevaba sobre la blusa un crucifijo y encima un jersey y tenía la mano siempre metida agarrando el crucifijo y rezaba continuamente. Cuando sus compañeras fueron reclamadas para que salieran, ella quiso ir con ellas, pero no le fue permitido. Le dijeron sus compañeras que no dijera que era religiosa, pero ella dijo que quería el martirio como sus hermanas. Allí quedó, recibió luego otras compañeras, pero éstas fueron sacadas en las primeras horas de la tarde del día 22 de noviembre. Fue trasladada a la cárcel de Porlier, y así quedó consignado en el registro de la prisión. En la madrugada del 23 de noviembre de 1936 fue sacada de la cárcel y llevada a las tapias del cementerio de Vallecas donde fue fusilada y sepultada en una fosa común. Fue beatificada el 10 de mayo de 1998 por el papa Juan Pablo II.

24 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de los Santos Mártires de Vietnam (Tonkín, Annam y Cochinchina), Andrés Dung Lac, presbítero, y compañeros, ocho obispos, presbíteros y fieles seglares de ambos sexos en número de ciento diecisiete: Clemente Ignacio Delgado Cebrián, Domingo Henares, Jerónimo Hermosilla, José María Díaz Sanjurjo, Melchor García Sampedro, Pedro Dumoulin-Borie, Valentín Berrio-Ochoa, obispos; Agustín Schoeffler, Bernardo Vu Van Due, Domingo Câm, Domingo Nguyen Van (Doan) Xuyen, Domingo Nguyen Van Hanh (Dieu), Domingo Trach, Domingo Tuoc, Manuel Nguyen Van Trieu, Francisco Gil de Frederich, Francisco Jaccard, Jacinto Castañeda, Santiago Do Mai Nam, Juan Carlos Cornay, Juan Dat, Juan Doan Trinh Hoan, Juan Luis Bonnard, Juan Teófanes Vénard, José Dang Dinh (Nien) Vien, José Do Quang Hien, José Fernández, José Marchand, José Nguyen Dinh Nghi, José Tuan, Isidoro Gagelin, Lorenzo Nguyen Van Huong, Lucas Vu Van Loan, Martín Ta Duc Thinh, Mateo Alonso de Leziniana, Pablo Le Bao Thin, Pablo Le Van Loc, Pablo Nguyen Ngan, Pablo Pham Khac Khoan, Pedro Almató Ribeira, Pedro Thuan, Pedro Nguyen Van Luu, Pedro Nguyen Van Tu, Pedro Truong Van Thi, Felipe Phan Van Minh, Tomás Dinh Viet Du, Tomás Khuong, Vicente Do Yen, Vicente Le Quang Lien, y Vicente Nguyen The Diem, todos ellos presbíteros; Andrés Nguyen Kim Thong (Nam Thuong), Antonio Nguyen Huu (Nam) Quynh, Domingo Bui Van Uy, Francisco Javier Can, Francisco Javier Ha Trong Mau, Juan Bautista Dinh Van Than, José Nguyen Dinh Upen, José Nguyen Duy Khang, José Nguyen Van Luu, Mateo Nguyen Van Phuong, Pablo Nguyen Van My, Pedro Doan Van Van, Pedro Nguyen Khac Tu, Pedro Nguyen Van Hieu, Pedro Truong Van Duong, Pedro Vu Van Truat, y Tomás Toan, todos ellos seglares catequistas; Inés Le Thi Thanh (De), Andrés Tuong, Andrés Trang Van Trong, Antonio Pedro Nguyen Dich, Agustín Nguyen Van Moi, Agustín Phan Viet Huy, Domingo Huyen, Domingo Mao, Domingo (Lorenzo) Ngon, Domingo Nguyen, Domingo Nhi, Domingo Nicolás Dinh Dat, Domingo Ninh, Domingo Pham Trong (An) Kham, Domingo Toai, Manuel Le Van Phung, Manuel Phung, Francisco Minh Chieu, Francisco Phan Van Trung, Juan Bautista Con, José Hoang Luong Canh, José Le Dang Thi, José Pham Trong Cai Ta, José Tuan, José Tuc, Lucas Pham Trong Cai Thin, Martín Tho, Mateo Le Van Gam, Miguel Ho Dinh Hy, Miguel Nguyen Huy My, Nicolás Bui Duc The, Pablo Hanh, Pablo Tong Viet Buong, Pedro Da, Pedro Dong, Pedro Dung, Pedro Thuan, Pedro Vo Dang Khoa, Simón Phan Dac Hoa, Esteban Nguyen Van Vinh, Tomás Nguyen Van De, Tomás Tran Van Thien, Vicente Duong y Vicente Tuong, todos ellos seglares († 1745-1862) **.

2. En Aquileya (Véneto), la conmemoración de San Crisógono († s. IV), mártir *.

3. En Amelia (Umbría), Santa Firmina († 303), mártir.
4. En Milán (Liguria), San Protasio († 356), obispo.
5. En Blaye (Aquitania), San Román († 385), presbítero.
6. En Cloyne (Irlanda), San Colmán († 604), obispo *.
7. En territorio de Auvergne (Aquitania), San Porciano († 532), abad.
8. En Córdoba, santas Flora y María († 851), vírgenes y mártires **.
9. En Reims (Francia), San Alberto de Lovaina († 1192), obispo de Lieja, mártir.
10. En el monasterio de Cava (Campania), Beato Bálsamo († 1232), abad.
11. En Dong-Hoi (Annam), santos Pedro Dumoulin-Borie, obispo, de la Sociedad de Misiones de París, Pedro Vo Dang Khoa y Vicente Nguyen The Diem, presbíteros († 1838), mártires *.
12. En Milán (Italia), Beata María Ana Sala († 1891), virgen, de la Congregación de Hermanas de Santa Marcelina **.
13. En Picadero de Paterna (Valencia), beatas Niceta de Santa Prudencia Plaja Xifra, Paula de Santa Anastasia Isla Alonso, Antonia de San Timoteo Gosens Sáez de Ibarra, Daría de Santa Sofía Campillo Paniagua, Erundina de Nuestra Señora del Carmen Colino Vega, María Consuelo del Santísimo Sacramento Cuñado González, Concepción de San Ignacio Odriozola Zabala, Feliciana de Nuestra Señora del Carmen Uribe Orbe, Concepción de Santa Magdalena Rodríguez Fernández, Justa de María Inmaculada Maiza Goicoechea, Clara de Nuestra Señora de la Esperanza Ezcurra Urrutia y Cándida de Nuestra Señora de los Ángeles Cayuso González († 1936), vírgenes, de la Congregación de Hermanas Carmelitas de la Caridad, mártires *.

B) Biografías extensas

SANTOS MÁRTIRES DE VIETNAM
(† 1745-1862)

Indudablemente hay muchos detalles legendarios en las relaciones de los martirios de la primitiva Iglesia, según han llegado a nuestras manos. Al leer la multitud de tormentos y la brutal crueldad que en ellos se manifiesta, recibimos la impresión de que todo aquello es pura invención de los escritores medievales. Sin embargo, en los tiempos modernos y casi en nuestros días, comprobados con multitud de testimonios completamente seguros y verídicos, se han repetido innumerables excesos de crueldad en los mártires de Indochina, de mediados del siglo XIX.

De ello se deduce que los instintos de crueldad son ingénitos en la naturaleza humana, y en los momentos de apasionamiento salen al exterior en la forma más brutal y repugnante; recordemos, aún en nuestros días, los extremos de crueldad y barbarie cometidos por los comunistas con multitud de católicos. Indirectamente, esto prueba con toda suficiencia que no hay que rechazar tan fácilmente aquellas actas de mártires solamente por el motivo de lo inverosímil que resulta la multitud y la crueldad de los tormentos.

El día de hoy se celebra de un modo especial la conmemoración de los Beatos Jerónimo Hermosilla y sus dos compañeros mártires, pertenecientes a la Orden de Predicadores, sacrificados por Cristo en 1861 en la región del Tonkín. Pero, al mismo tiempo, se celebra la fiesta de otros mártires de Indochina que dieron su sangre por Cristo durante estos años de la más horrible persecución. Fueron beatificados en diversos momentos: en 1900 (64 personas por León XIII); en 1906 (8 personas por Pío X); en 1909 (20 personas por Pío XI), y otros veinticinco fueron elevados a los altares por Pío XII en 1951.

He aquí algunos datos más importantes de los principales entre ellos.

El Beato Jerónimo Hermosilla, insigne dominico y misionero español, era vicario apostólico en el oriente del Tonkín, y al estallar la persecución fue apresado por el mandarín Nguyen. Pero, habiendo logrado escapar de la prisión, continuó en secreto su actividad apostólica entre los naturales, hasta que, por la traición de un soldado, fue encarcelado de nuevo juntamente con otros dos misioneros dominicos, los Beatos Valentín Berrio-Ochoa, vicario general del Tonkín central, y Pedro Almató. Berrio-Ochoa era vasco de nacimiento y de noble familia; pero, habiendo ésta venido a menos, se dedicó algún tiempo al oficio de carpintero-ebanista hasta que ingresó en el seminario y luego en la Orden de Santo Domingo. En 1856 vio al fin realizadas sus ansias de ir a la Indochina, donde, nombrado bien pronto vicario general, llevaba una vida oculta en medio de los mayores peligros a causa de la persecución, cuando fue descubierto por un apóstata.

El padre Almató era catalán, y desde hacía seis años realizaba una ímproba labor en la misión dominicana del Tonkín, a

pesar del deplorable estado de su salud. El padre Hermosilla intentó pasar a la China juntamente con el padre Almató; pero era ya tarde.

Apresados, pues, los tres insignes misioneros de la Orden dominicana, dieron generosamente su sangre por Cristo, siendo decapitados. Es interesante, a este propósito, el plan que, según consta por muchos documentos fidedignos, seguían aquellos sanguinarios enemigos del cristianismo. Como se dice en una de sus proclamas:

> «Todos los cristianos deben ser concentrados en las poblaciones no cristianas, las mujeres separadas de sus esposos y los niños de sus padres. Los pueblos cristianos deben ser destruidos, y sus propiedades distribuidas entre otros. Todo cristiano debe ser marcado en su frente con la expresión *falsa religión*».

Entre los más insignes mártires de esta persecución, debe ser considerado el Beato Teófanes Vénard, de origen francés, quien ya en su juventud había soñado con el martirio, que al fin sufrió en Tonkín a los treinta y un años de edad, víctima, él y sus compañeros, de las más horribles crueldades, tan típicas de esta persecución. Ordenado subdiácono en 1850, entró en el colegio de las Misiones Extranjeras de París, y poco después escribía a una hermana suya estas conmovedoras palabras:

> «Conocía perfectamente el dolor que mi decisión causaría a toda mi familia y particularmente a ti, mi querida pequeña. ¿Pero no pensáis que también a mí me ha costado lágrimas de sangre el dar este paso y el causaros esta pena? ¿Quién ha tenido más cariño que yo a la casa paterna y a la vida familiar? Toda mi felicidad aquí abajo estaba concentrada en ella. Pero Dios, que nos ha unido a todos con los lazos del más tierno afecto, ha querido separarme para sí».

Su salud delicadísima retrasó su ordenación sacerdotal; pero, apenas realizada ésta en 1852, partió Teófanes para Hong-Kong, y después de dedicarse quince meses al aprendizaje de la lengua, pasó en 1854 al Tonkín. Más de cinco años trabajó con un celo incansable, luchando a la vez con su mala salud y con los horrores de la más implacable persecución. Hasta qué punto llegó la crueldad de los perseguidores, se expresa en estas palabras que escribía él mismo:

«Se ha dado la orden de aprisionar a todos los cristianos y de martirizarlos por el sistema denominado *lang-tri,* consistente en una tortura lenta, cortándoles primero los pies hasta los tobillos; luego hasta las rodillas; luego los dedos, luego hasta los antebrazos y siguiendo de este modo hasta que no les quede más que un tronco enteramente mutilado».

Son interesantes los datos que comunica sobre los sufrimientos a que se veían sometidos y la situación desesperada en que se encontraban, todo lo cual es la más elocuente prueba del elevado espíritu que a todos les animaba.

«Tres misioneros, dice, entre los cuales hay un obispo, yacen ya uno al lado de otro, día y noche, en un espacio de una vara y media cuadrada. No tenemos más luz ni más aire para respirar que tres agujeros del grosor de un dedo, practicados en la pared, que nuestra anciana sirvienta se ve obligada a ocultar por medio de unos manojos de leña tirados por fuera».

En noviembre de 1860 fue apresado y metido durante dos meses en una caja, semejante al calabozo descrito anteriormente. Pero él se industrió para escribir desde allí: «Estos días los he pasado tranquilamente. Todos los que me rodean son respetuosos conmigo y me quieren... No he sido sometido a tortura, como mis hermanos». Sin embargo, debido a la brutalidad del verdugo, al ser decapitado se cometió con él un espectáculo horripilante, después de lo cual, según lo describe uno de los testigos, «una gran turba de gente se abalanzó sobre el cadáver con el fin de empapar lienzos de lino y pañuelos de papel en la sangre del mártir». Esto sucedió el 2 de febrero de 1861.

En 1851 y 1852 fueron decapitados otros dos misioneros de las Misiones Extranjeras de París, los Beatos Augusto Schöffler y Juan Luis Bonnard. Schöffler, al estallar la persecución el año 1851, fue apresado y tuvo que sufrir horriblemente en la cárcel, con el gran marco de madera que le agarrotaba el cuello y los pesados grillos que apresaban sus miembros, además de la suciedad y de la compañía que lo rodeaba.

Entre los demás mártires de esta horrible persecución, citemos al Beato Esteban Teodoro Guénot, quien por su dignidad de obispo y sus relevantes méritos merece ser destacado de un modo especial.

Ingresado en el seminario de Misiones Extranjeras de París, llegó en 1829 a Annam. Dedicado de lleno al trabajo misionero, al estallar en este territorio la persecución en 1833, se refugió en Siam junto con algunos seminaristas indígenas; pero, no obstante todas las contrariedades que se sucedieron, se acreditó de tal modo por su intrepidez y abrasado celo, que en 1835 fue consagrado obispo auxiliar de monseñor Taberd. Entretanto continuaba la persecución devastando las cristiandades del Annam; sin embargo, monseñor Guénot se arriesgó a entrar en aquel territorio, procurando desde sus escondrijos sostener a los cristianos indígenas e instruir y alentar a los catequistas.

Quince años duró este trabajo agotador de monseñor Guénot, con el cual logró organizar tres vicariatos apostólicos separados en la Cochinchina, cada uno de los cuales servido por unos veinte sacerdotes, siendo así que al llegar no había más que una docena para todo el territorio. A los veinticinco años de episcopado, durante los cuales no había cesado la persecución, se desencadenó una nueva racha de fanatismo en la provincia de Binh-Dinh, que hasta entonces había gozado de una relativa paz.

En estas circunstancias, el obispo Guénot se ocultó en la casa de un cristiano, donde tuvo que sufrir horriblemente, hasta que, exhausto de fuerzas, fue apresado por los emisarios del mandarín. Arrojado en un estrecho calabozo, donde apenas podía respirar, fue conducido luego al lugar principal del distrito, donde al poco tiempo murió en la cárcel por efecto de tantos sufrimientos. Su muerte ocurrió el 14 de noviembre de 1862. Dos años antes habían sufrido el martirio otros dos obispos.

Los veinticinco mártires del Tonkín, beatificados en 1951 por el papa Pío XII, sufrieron el martirio entre 1857 y 1862 durante la persecución de Yu-Duk. A su cabeza van los obispos españoles Beatos José Sanjurjo y Melchor Sampedro. Poco antes de morir por Cristo, escribía el primero:

> «Estoy sin casa, sin libros, sin ropa. No tengo nada. Pero estoy tranquilo y soy feliz por verme digno de parecerme un poco a Nuestro Señor, que dijo que el Hijo del hombre no tenía dónde reclinar su cabeza».

Los demás martirizados eran indígenas indochinos, y excepto cuatro, todos eran laicos.

El ejemplo de tan heroicos mártires, tan próximos a nosotros, es particularmente apto para alentar a los cristianos de nuestros días en medio de los combates que nos exija el cumplimiento de nuestros deberes profesionales y religiosos.

Los mártires de Vietnam han sido canonizados en número de 117 por el Santo Padre Juan Pablo II en solemne ceremonia en la Plaza de San Pedro del Vaticano el 19 de junio de 1988, y posteriormente su memoria ha sido incorporada al misal romano y a la liturgia de las horas de este día 24 de noviembre, encabezando la lista de mártires San Andrés Dung Lac, presbítero, con los santos Tomás Tran Van Thien y Manuel Le Van Phung, laicos; los santos Jerónimo Hermosilla y Valentín Berrio-Ochoa, obispos; y Teófanes Vénard, presbítero.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Anales de la Propagación de la Fe (1852-1853 y 1862), sobre los padres Schöffler, Bonnard y Guénot, respectivamente.

BIANCONI, A. M., *Vita e martirio dei beati domenicani... decapitati per la fede cattolica nel Tonchino* (Florencia 1906).

CLEMENTI, G., *Gli otto martiri tonchinesi dell'Ordine di s. Domenico, solennemente beatificati da Pio papa X nell'anno 1906* (Roma 1906).

TROCHU, F., *Biografía completa del P. J. T. Vénard* (1929).

VÉNARD, E., *Vie et correspondance de J.-Théophane Vénard, prêtre de la Société des Missions Étrangères, décapité pour la foi au Tong-King, le 2 février 1861* (París 1864).

• Actualización:

BLOOMFIELD, B., *Martyrs of Vietnam* (Londres 1995).

OURY, G.-M., *Le Vietnam des martyrs et des saints* (París 1988).

PUEBLA PEDROSA, C. (dir.), *Testigos de la fe en oriente. Mártires dominicos de Japón, China y Vietnam* (Madrid 1987).

SANTAS FLORA Y MARÍA

Vírgenes y mártires († 851)

Así comienza el nunca bien elogiado San Eulogio de Córdoba la narración de la vida y martirio de las santas Flora y María, martirizadas en Córdoba el 24 de noviembre del año 851, luego de que otros confesores de la fe ya hubiesen regado con su sangre el suelo cordobés:

«Redundando en alabanza de Cristo el culto que se tributa a los mártires, resulta también para los fieles en remedio de sus almas todo cuanto se hace religiosamente en las fiestas de los bienaventurados, principalmente cuando por ello y por su patrocinio se adquiere el premio de los mártires y del supremo Redentor, en cuyo honor se recuerda el valor de los santos».

El año 851 había conocido la espontánea manifestación de fe terminada en martirio de los santos Isaac, monje; Sancho, seglar; Pedro, presbítero; Walabonso, diácono; Sabiniano, monje; Wistremundo, monje; Habencio, monje; Jeremías, monje; Sisenando, diácono; Pablo, diácono, y Teodomiro, monje. Estas confesiones espontáneas de fe enseguida tuvieron la contestación dentro y fuera del ámbito cristiano. No querían estas confesiones las autoridades cordobesas, que no veían otra respuesta legal posible que la muerte de los que blasfemaban del Islam, y no las quería un sector de la comunidad cristiana, que entendía la ponían en peligro a toda ella, y rompía un status quo en el que había sido posible vivir hasta entonces. Eulogio había salido abiertamente a favor de los mártires y de la legitimidad de su confesión, y por ello había ido a parar a la cárcel, donde encontró a las detenidas Flora y María.

FLORA es presentada por Eulogio como una virgen cristiana llena de gracia y hermosura, que había nacido en el seno de un matrimonio mixto. Su madre era cristiana y natural del lugar llamado Ausinianos, identificado con la población actual de Villa Rubia, y su padre era musulmán natural de Sevilla. Este matrimonio había sido desterrado a Córdoba, que no era por tanto el lugar donde dicho matrimonio se había constituido. La última de sus hijos era Flora. ¿Dónde nació Flora? San Eulogio no dice que Flora naciera en Córdoba, y no tienen por qué entenderse así sus palabras. Nada impide que hubiera nacido en Sevilla antes del destierro de su padre. Podría ser, pues, cordobesa o sevillana, y de todos modos evidentemente de origen sevillano, y ello justifica que la celebre en su *Propio de los santos* la archidiócesis hispalense. Falleció su padre, y Flora quedó bajo la tutela de su madre, la cual aprovechó la situación para educar a la hija en la fe cristiana. Esto no era legal. Los hijos de los matrimonios mixtos tenían que ser musulmanes. Para la ley, un hijo de matrimonio mixto que fuera

cristiano era un apóstata y merecía el castigo aplicable al crimen de apostasía.

Flora se mostró desde niña muy receptiva de la educación cristiana que le daba su madre, y concibió siendo muy joven la voluntad de consagrarse a Jesucristo, viviendo una vida de castidad y penitencia, y dando su comida a los pobres, para estar en todo tiempo espiritualmente entroncada con Cristo. Cuando San Eulogio, sucedido el martirio de Flora, fue a pedirle a la madre noticias de la infancia y adolescencia de la mártir, la madre de Flora le dio este testimonio:

> «En verdad te digo que mi hija, guardando en su pecho el amor a Cristo desde sus más tiernos años, despreció totalmente el cuidado y los placeres del mundo, y siempre procuró estar atenta en su corazón a las cosas que son de Dios y no dejó de cumplir siempre las buenas obras. Siendo niña, cuando yo en los días de Cuaresma tenía en cuenta su poca edad y le proporcionaba a la hora competente la comida necesaria para robustecer su frágil cuerpo, ella, teniendo puesta la confianza en el poder del Señor, daba su comida a los pobres y llevaba en secreto un bienaventurado ayuno. Actuando así cada día, se pasó la mayor parte del tiempo de la abstinencia, y apenas se supo por algunos indicios la secreta devoción de la chiquita. Y siendo ella tenaz en la guarda de estos deseos, para que no enfermase aquel debilísimo cuerpo ni se demacrase con la excesiva abstinencia, intenté convencerla de que comiera cada día. Pero no pude convencerla de que comiera sino por la tarde, y así la elegida esposa de Cristo con voluntad permanente pudo realizar su voto».

Vivía, pues, retirada y austera, consagrado su corazón al Señor, pero con una grave dificultad religiosa: no podía asistir al culto cristiano, porque tenía un hermano musulmán que se había olido que esta hermana era cristiana y la vigilaba estrechamente. La conciencia de Flora no estaba tranquila. Ella se preguntaba: ¿Está permitido ser un cristiano clandestino sin practicar públicamente la fe? Dice San Eulogio que ella consultó con personas prudentes y que le respondieron con el texto de Rom 10,10: «Con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para la salvación». Y el conocido texto de Mt 10,32-33 en el que dice Jesús que él negará a los que le negaren y confesará ante su Padre a los que le confiesen. Entonces tomó una resolución, que compartió con una hermana suya, y que fue la de huir de su casa. Salió secretamente de casa con su

hermana y se fue a vivir con cristianos en un sitio secreto, donde podía vivir como cristiana interna y externamente.

Pero no bien supo su hermano su huida, decidió buscarla intensamente, denunció a los clérigos que él creía responsables del suceso y logró fueran metidos en la cárcel, y se atrevió a instar a que fueran registrados los conventos de monjas por si estaba en alguno de ellos su hermana. Supo ésta lo que estaba padeciendo la comunidad cristiana por su causa y decidió poner fin a su retiro y volver de manera clara y descubierta a su casa, decidida a no ocultar más su condición de cristiana y a profesar en público la fe, le costara lo que le costara. Y al llegar a su casa dijo estas memorables palabras:

> «Yo, la que buscáis, me presento aquí en medio de vosotros, pues por mi causa estáis persiguiendo a los cristianos. Vengo llena de valor, como creyente en Cristo y seguidora de la religión católica, trayendo los estigmas de la cruz, y adherida a todo lo que constituye la verdadera piedad. Vosotros ahora, si es que podéis, arrancadme de esta fe; intentad vencerla con los más crueles tormentos, y pretended separarme de Cristo, lo que no sucederá jamás. Pues por su amor estoy dispuesta a soportar con todo gusto cuantos suplicios un juez cruel quiera aplicarme. Estoy segura de que comprobaréis que en medio de los tormentos confesaré a Jesucristo con mayor fuerza de lo que lo hago ahora».

Cuando su hermano oyó estas palabras y se convenció de que era verdad que su hermana era cristiana, se lanzó a la tarea de arrancarle la fe cristiana del corazón, empleando halagos y amenazas. Ella se mostró irreductible, y entonces su hermano decidió tomarla y llevarla ante el cadí, al que la acusó de haber practicado hasta entonces el islamismo y haberlo ahora abandonado para hacerse cristiana. Flora negó haber sido musulmana nunca. Le dijo al cadí que ella era cristiana desde pequeña, lo que nos lleva a pensar que su padre murió cuando ella aún no tenía uso de razón, y que por tanto ella no había abandonado el Islam: sencillamente no lo había practicado nunca. Pero esto ante la ley no le valía. Ella, como hija de musulmán, tenía que ser musulmana, y si desde niña no lo había sido, la solución no estaba en respetar su religión sino en que ahora se hiciera musulmana. Al decir que nunca había sido musulmana, Flora defendía a la comunidad cristiana, pues el juez podría ordenar se

investigara quién la había atraído al cristianismo. Flora añadió al juez que ella se había consagrado a Cristo con el voto de castidad. Se llenó de cólera el juez al oírla y mandó le extendiesen los brazos, como hicieron los satélites, y la golpeasen en la cabeza, lo que hicieron en la nuca hasta que apareció el hueso. Quedó la santa virgen medio muerta y así fue llevada a su casa, teniendo orden su hermano de convertirla al Islam o llevarla de nuevo ante el juez.

Devuelta a su casa, el hermano mandó la curaran y la puso bajo el cuidado de las mujeres de la casa. Mejoró Flora y en cuanto se vio capaz de valerse por sí misma ideó la forma de escaparse. Como la casa estaba rodeada de altas tapias, no temió su hermano que ella pudiera hacerlo. Pero encontró la forma de realizarlo subiendo a un chamizo del corral, desde allí a la tapia y desde la tapia al suelo de la plaza. Dice San Eulogio que la acompañó su ángel en la oscuridad hasta la casa de un cristiano que la acogió. Luego fue a esconderse con su hermana Baldegotona a un pueblo llamado Osaria, que hoy identifican con Torredonjimeno, cerca de Martos. Aquí estaría hasta que llegara la hora del martirio. San Eulogio tuvo la oportunidad de comprobar con sus manos las cicatrices del tormento y la falta de cabellera en aquel lugar de la cabeza. Pero para ir al martirio quedaba el providencial episodio de su encuentro con la que iba a ser su compañera de testimonio: Santa María.

MARÍA era una monja cristiana, hija de un cristiano de Elepla, ciudad a la que se identifica generalmente con Niebla, y de una mujer de raza árabe. Era el padre de clase acomodada, y al casarse con una musulmana, logró atraer al cristianismo a su mujer y por ello los dos hijos que nacieron del matrimonio, primero María y luego Walabonso, fueron educados en la religión cristiana. No pudiendo el matrimonio vivir en su propio lugar, cambió frecuentemente de residencia, hasta que, llevado por la providencia divina, vino a Froniano, un pueblo en la montaña de Córdoba, diez millas de la misma hacia el poniente. Aquí el matrimonio y sus hijos vivieron como pudieron y aquí tuvo lugar el óbito de la madre. El padre entregó a su hijo para que lo educara a un sacerdote llamado Salvador, del que dice San Eulogio que era de buena memoria, el cual gobernaba entonces el

Monasterio de San Félix, edificado allí mismo. Y la hija la consagró a Dios en el monasterio de Cuteclara, dedicado a la Virgen María, y que estaba gobernado por Artemia, mujer de suma santidad, madre de los santos Adolfo y Juan e igualmente de Santa Áurea. Artemia guió a María por la senda de la consagración a Dios y la vida religiosa. Murió el sacerdote Salvador y entonces el padre volvió a llevarse consigo a Walabonso, el cual eligió la carrera eclesiástica y llegó al diaconado. María y Walabonso se amaban tiernamente, compartiendo los dos sus sentimientos cristianos.

Pero el 6 de junio de 851 Walabonso con otros cinco confesores de la fe compareció ante el cadí y dio testimonio de la divinidad de Cristo, lo que le costó la vida, consumando su carrera con el martirio. María sintió muchísimo la ausencia de su querido hermano, llorando inconsolable y sin cesar su muerte. Una religiosa del mismo monasterio tuvo en sueños la aparición de Walabonso, el cual le encargó dijera a su hermana que dejase de llorar por él porque muy pronto ella iría a unirse con él. María, cuando supo esto, cambió sus sentimientos de pena por la muerte de su hermano en vehementes deseos de padecer ella misma el martirio.

Y se produjo el encuentro, propiciado por la Providencia, entre María y Flora que les llevó a concurrir juntas al martirio. Flora se había decidido a salir de su lugar de retiro y bajar a Córdoba cuando, estando en oración, sintió que Cristo el Señor le decía: «De nuevo vengo para ser crucificado». Entendió que era llegada la hora de su propio sacrificio y se dispuso a ir animosamente a su encuentro. Llegada a Córdoba entró en la iglesia de San Acisclo y allí enfervorizó su alma en la oración. Y en esto sucedió que María entró en la misma iglesia. Pues ella, deseosa igualmente del martirio, iba al encuentro del sacrificio cuando encontró la iglesia de San Acisclo y a fin de orar entró en ella. Al verse allí dentro las dos vírgenes, se saludan, se dan el beso de la paz y entran en conversación, sintiéndose ambas alentadas a sincerarse la una con la otra, contándose sus intentos y propósitos. Cuando comprobaron que las animaba a las dos un mismo deseo y un mismo espíritu y que su encuentro no podía sino ser providencial y que era Dios mismo quien las ha-

bía reunido, se juran ambas una amistad indisoluble y no separarse por ninguna causa hasta que se reunieran las dos en la patria celestial. Y toman la decisión de acudir las dos juntas y sin más dilación al cadí y confesar ante él a Jesucristo como Dios verdadero.

Fue dicho y hecho. Flora, naturalmente por haber sido llevada anteriormente al juez, sabía dónde se encontraba la sede del cadí, y guió por ello a su compañera hasta que ambas estuvieron a petición propia en presencia de la autoridad. Fue Flora la que primero habló y dijo:

> «Yo soy aquella que por haber nacido de padre musulmán y haberme sin embargo adherido a Cristo, fui castigada hace un tiempo por vosotros con duros azotes. Por lo débil que quedé, he tenido desde entonces que andar fugitiva y oculta. Pero ahora, confortada con la fuerza de Dios, y sin temer presentarme en vuestro tribunal, con la misma constancia que entonces confieso a Cristo como Dios verdadero y afirmo que vuestro malvado profeta es falso, adúltero, mago y maléfico».

Éste fue el testimonio dado por Flora, quien apenas calló fue sustituida en la palabra por María que, dirigiéndose a la autoridad, dijo:

> «Y yo, juez, que soy hermana de uno de los magníficos confesores que hace poco murieron por haber denostado a vuestro profeta, con similar audacia afirmo que Cristo es Dios verdadero y atestiguo que vuestra religión, con sus leyes y ceremonias, es obra del demonio».

El cadí Said-ben-Soleimán reaccionó lleno de ira a la confesión de las dos vírgenes cristianas. A grandes voces descalificó su acción y las llenó de amenazas, mandando finalmente que ambas fueran llevadas a la cárcel y mezcladas con las prostitutas.

Cuando ambas vírgenes se vieron aherrojadas en el oscuro calabozo se dieron cuenta de que había empezado para ellas el deseado martirio y, para hacerse dignas de consumarlo santamente, se dedicaron a la oración y el ayuno y emplearon su tiempo en la meditación de los himnos cristianos. Al principio las dos vírgenes perseveraban firmes en la confesión de la fe cristiana dispuestas a llegar hasta la muerte. Pero había sonado la hora de la tentación que pondría a prueba el alma de las dos.

San Eulogio pasa como sobre ascuas sobre este episodio pero no deja de señalarlo varias veces. Y es que algunas personas, innominadas en el texto del santo cordobés, se acercaron hasta las dos cautivas y les empezaron a dar razones para que se desdijeran de su confesión y consiguieran así la libertad perdida y no se vieran abocadas ni a la cárcel ni a la muerte. ¿Quiénes fueron estos tentadores? Ha tendido un tupido velo sobre ellos San Eulogio, solamente ha subrayado que estuvieron a punto de conseguir su propósito, pues debilitados los cuerpos por la detención en lóbrega cárcel, empezaron las dos a repensar su confesión y sintieron la debilidad de la carne.

La misericordia de Dios, que no permite que nadie sea tentado más allá de su capacidad de resistencia (1 Cor 10,13) y que sabe cómo sacar a los fieles de la tentación (1 Pe 2,9), dispuso que por entonces estuviera también en la cárcel San Eulogio, y que fuera consciente del peligro en que ambas vírgenes estaban. Y entonces, a finales de octubre del 851, escribió para ellas el «documento martirial». Sacado el santo del oscuro calabozo común a otro lugar dentro de la misma cárcel, donde tenía mayor libertad y podía con facilidad visitar a los demás presos, no dejó de prestar su auxilio espiritual a las dos mártires, animándolas con santas consideraciones. Por los temas tratados en este «documento martirial» podemos adivinar las consideraciones que se les habían hecho a las dos santas para que desistieran de su confesión. Y así les hace ver que no quedaría manchada el alma de quien padeciera contra su voluntad la violación de su cuerpo, e igualmente les hace considerar que ninguna mentira puede justificarse ni aun por la salvación de la propia vida, y que la defensa de la Iglesia debe dejarse en las manos de Dios y que la muerte por Cristo, aunque es una gran renuncia, pero es también la puerta de la patria celeste. Les pide que se animen con el ejemplo de las santas mujeres de la Biblia, que no se dejen seducir por los halagos del mundo, que no se asusten de las incomodidades de la cárcel, que no se turben de tener que convivir con personas deshonestas, pues también el Señor Jesús fue colocado entre malhechores, que no teman las amenazas del juez porque no les pasará nada que Dios no permita, y que no teman a los posibles tormentos corporales porque, como dijo el Señor,

no hay que temer a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma (Mt 10,28). Las exhorta a meditar en la Pasión del Señor y así no darán importancia a los tormentos temporales, que son ásperos y amargos pero pasan pronto, y purifican como el oro se purifica en el crisol, y las exhorta finalmente a recordar las exhortaciones de la Escritura y a insistir en la oración. Sería un suicidio espiritual, les dice, renegar ahora de la fe. Desvanece también el santo la objeción de quienes decían que por culpa de las confesiones espontáneas era perseguida la Iglesia y se había acabado el culto cristiano alegando que lo importante es el espíritu contrito y humillado (Sal 50) y que los que confían en Dios no serán confundidos (Dan 3,38). Y que son los cristianos relajados los que se hallan contentos bajo el yugo de los infieles. Y les dice:

> «Por tanto, hermanas mías, hay que ser firmes para que la batalla empezada la concluyáis con el auxilio divino en la paz de vuestras almas, y nosotros podamos gozar de una más válida intercesión vuestra desde el cielo. Porque si ahora el Señor no deja de escucharnos piadosos, cuánto más prontamente dará lo que le pidáis cuando estéis a su lado. Porque allí la virginidad inmaculada sigue con libres pasos al Señor, y la castidad limpia no se aparta de la unión con el Redentor, y vestida con la púrpura de la sangre lo acompaña a todas partes llevando su corona».

Dedicó párrafos especiales a cada una de las dos mártires y concluyó pidiéndoles intercedieran por él. Finalmente compuso una oración fervorosa para que la rezasen ambas vírgenes pidiéndole al Señor fortaleza y perseverancia y encomendando a toda la santa Iglesia.

El «documento martirial» obtuvo su objetivo, pues como el propio San Eulogio dirá en carta a su amigo Álvaro,

> «No en vano yo las fortalecí y las animé en su propósito cuando estaban a punto de caer; yo les ofrecí el Documento Martirial. Y aunque su vocación y santificación procedan del Padre desde el comienzo del mundo, pero la buena voluntad que yo puse en instruirla también recibirá su merced del Señor, pues ha prometido recompensar hasta un vaso de agua que se dé en su nombre».

Unos diez días antes del martirio, el juez llamó a Flora a su presencia a petición de su hermano, y ella volvió a repetir su confesión. Al saber que había sido llamada, San Eulogio acudió

luego a visitarla, y le preguntó por su entrevista con el juez. San Eulogio cuenta en su carta a Álvaro lo que Flora le había respondido:

> «Tenía ella el aspecto de un ángel, brillaba con la gracia de una claridad sobrenatural, con rostro alegre, con palabras pudorosas, y como si estuviera ya gozando de las alegrías del cielo, con una sonrisa me dijo: Cuando hoy, maestro mío, me llevaron ante el juez, estando enfrente y no muy lejos mi hermano, gran enemigo de nuestra fe, por cuya persecución vine a parar en esta cárcel, se me preguntó si lo conocía. Y yo dije que sí, que era mi hermano carnal. Y entonces el juez me dijo: ¿Cómo es que él es musulmán fervoroso y tú en cambio confiesas a Cristo? Respondí: Antes de los ocho años, oh juez, sometida a las tinieblas de la ignorancia hube de someterme a los mandatos paternos y estaba bajo el error gentil. Pero cuando me iluminó el autor de la piedad, elegí la fe de los cristianos, por la cual estoy dispuesta a luchar hasta la muerte. El juez le dijo: ¿Y cuál es hoy tu disposición respecto a aquello que hace un tiempo dijiste en mi presencia? Contesté —dije— entonces a tus preguntas detestando a tu profeta y llamándolo sin temor autor de una secta perversa. Y cuando salí de mi escondite, volviendo al martirio, me eché a la calle y busqué al juez. Pues ahora, oh juez, repito lo que inicialmente me oíste, y si vuelves a preguntarme, abundaré en lo que sobre tu profeta te dije. El cadí, lleno de rabia, me amenazó de muerte y me mandó volver a la cárcel».

Se inclinó ante ella San Eulogio, con el corazón confortado de oír estas palabras. Ambas fueron interrogadas por tres veces, y como perseveraban en la fe cristiana, fueron condenadas a muerte. Sacadas de la cárcel y conducidas al lugar del suplicio, en la fecha señalada, fueron ambas decapitadas, primero Flora y después María, luego de que las dos mártires se santiguaran. Sus cuerpos quedaron un día en el lugar de la ejecución, como para pasto de los perros y las fieras, y al día siguiente fueron echados al Guadalquivir. El cuerpo de Santa María apareció luego y fue enterrado en su monasterio de Cuteclara. Ambas cabezas vinieron a poder de los cristianos que las conservaron en la basílica de San Acisclo. Cinco días más tarde de su martirio, San Eulogio salió libre de la cárcel, cumpliéndose así la gracia que las mártires le habían prometido alcanzarle del Señor. Cuenta San Eulogio que cuando le comunicaron haberse consumado el martirio de las dos vírgenes de Cristo, todos se fueron a empuñar las armas de la oración y cantaron la hora de nona dando

gracias a Dios. Luego, entre transportes de alegría, ofició el santo las vísperas, los maitines y el sacrificio de la misa en honor y gloria de las dos Vírgenes, encomendándose a su patrocinio.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

COLBERT, E., *The martyrs of Cordoba* (Washington 1962).
EULOGIO DE CÓRDOBA (SAN), *Obras completas*. Ed. bilingüe (Córdoba 1959).
REPETTO BETES, J. L., *Andalucía, tierra de santos* (Jerez 1982).

BEATA MARÍA ANA SALA
Virgen († 1891)

Labor y mérito de numerosas Congregaciones católicas, y camino de santificación para educadoras, de lleno entregadas al carisma de su Instituto, ha sido la dedicación a la instrucción y formación de niñas y adolescentes, para que, en la familia y en la sociedad, pudieran desempeñar su misión cristiana de mujeres y de madres. La influencia de estas santas educadoras en la juventud ha sido enorme. La misma escuela fue semillero de vocaciones para la vida religiosa de muchas educandas, algunas de las cuales llegaron a la cima de la santidad ejerciendo la docencia en el seno de la comunidad religiosa en que habían crecido en la fe y habían dado el sí a Dios que las llamaba a consagrarse enteramente a él, entregándose también a la caridad auténtica hacia el prójimo.

Tal es el caso de la beata cuyo nacimiento para el cielo hoy celebramos. Educadora vocacional, encantadora por su afabilidad y amor a sus alumnas, religiosa enamorada de su misión apostólica, mujer trabajadora y humilde en su actividad incansable, encontró la vía de la santidad en una Congregación que daba sus primeros pasos en la antigua y preclara Iglesia de Milán.

María Ana Sala nació el 21 de abril de 1829 en Brivio (Lecco), en el término de la célebre archidiócesis de San Ambrosio. El mismo día recibió las aguas de la regeneración que la hicieron hija de Dios y la incorporaron a la Iglesia. Sus padres, de arraigadas convicciones cristianas, ejemplares en su conducta y

de holgada posición económica, educaron cristianamente a sus ocho hijos, entre los cuales María Ana era la cuarta.

Por su despierta inteligencia y su disposición a los estudios, a los once años, en 1840, entró en el colegio de las religiosas llamadas «Marcelinas», en el pueblo de Vimercate.

Este Instituto había sido fundado dos años antes por el siervo de Dios don Luigi Biraghi (1801-1879), sacerdote, de vasta cultura, especialmente puesto al día en los métodos pedagógicos modernos. Este celoso presbítero, para proveer a las necesidades de la educación católica de las muchachas, tras la supresión de numerosas congregaciones religiosas femeninas, por los gobiernos anticlericales de la época, reunió un grupo de mujeres para suplir esta deficiencia. Estas educadoras fueron llamadas, en principio, *Ursulinas de Santa Marcelina,* porque su misión coincidía con la de las ursulinas y por ser Santa Marcelina la virgen romana que educó a sus dos hermanos, San Ambrosio y San Sátiro. El objetivo de don Biraghi era el de ofrecer a la sociedad culta y activa de su tiempo, perturbado por un torbellino de ideologías, una formación de la mujer, basada en una fe firme y cimentada en una cultura adecuada, juntamente con una piedad alimentada por conocimientos teológicos seguros. La fundación de las marcelinas tuvo lugar el 1838 en el colegio de Cernusco. El fundador dedicó la nueva congregación a escuelas y convictorios, a la enseñanza del catecismo en las parroquias, a los oratorios festivos, y también a la asistencia de enfermos en los hospitales.

En 1841 el nuevo Instituto inauguró el colegio de Vimercate, en el que entraría, al año siguiente, María Ana como educanda interna. Como estudiante, destacó en la piedad y en el estudio, por su carácter amable, por su fuerza de voluntad y espíritu de sacrificio. El 16 de noviembre de 1846 obtuvo el diploma de maestra de primer grado. Regresó luego a su hogar, a su amada familia, en la que volvió a ser la alegría de la casa y el consuelo de todos, especialmente en el trance difícil del desplome económico del padre. Tal circunstancia no alteró la rectitud de las convicciones cristianas de los Sala. Con abnegación María Ana cuidó entonces a su madre enferma, se ocupó material y espiritualmente de sus hermanos, procuró darles una buena educa-

ción cristiana. Fuera del hogar, la joven llevaba a cabo su apostolado entre los muchachos de la parroquia; atendía también a los que sufrían y a los necesitados.

Pronto se despertó en ella la vocación de ser testigo de Cristo en la escuela, consagrándose enteramente a Dios. En su misma casa, vivía entonces ya como religiosa haciendo las veces de su madre en el hogar. Se dedicaba intensamente a la oración y, como hemos dicho, a obras de caridad y apostolado.

Tras vencer la resistencia del padre, que la quería retener en casa, María Ana, a los 20 años, entró como postulante de las marcelinas en el colegio de Vimercate, donde se había educado. Era el 23 de febrero de 1848. El nuevo Instituto avanzaba con paso firme y empezaba a dar sus frutos en la comunidad católica y en la sociedad. El carácter y la predisposición de la joven maestra se adaptaba plenamente a la finalidad y al estilo de vida de la congregación. El 12 de abril del año siguiente vistió el hábito religioso y comenzó su noviciado. Emitió sus votos perpetuos, también en Vimercate, el 13 de septiembre de 1852 ante el arzobispo de Milán, mons. Romilli, que había aprobado canónicamente aquel mismo año la congregación; era aquélla la primera profesión pública de las marcelinas.

Luego fue destinada como profesora elemental y de música al colegio de Cernusco sul Naviglio, de donde pasó a la casa de Milán. Se comportaba de tal modo en su tarea de educación y en la vida religiosa que era considerada como la «Regla viviente» y las alumnas la apreciaban como «madre de las almas». En la casa de Via Quadronno de Milán ejerció el cargo de superiora; asistió también a los contagiados por el cólera de 1855 y, en el hospital militar de San Lucas, a los heridos de la segunda guerra de la independencia de 1859. Obtuvo también, en 1865, el título civil superior de magisterio tras duros exámenes, exigidos por el nuevo gobierno italiano. Brillaron entonces las dotes de inteligencia y la vasta cultura de la humilde religiosa. En el colegio de Via Amadei de la capital lombarda empezó a impartir sus clases en la enzeñanza superior.

En 1868 pasó de Milán a Génova para ejercer, en la nueva casa, el cargo de superiora; fue maestra también en las clases superiores. Tras diez años, regresó a Milán donde fue elegida

primera asistente de la superiora general, la madre Marina Videmari, fundadora de las marcelinas con don Biraghi. Continuó en Milán su enseñanza en las clases superiores y fue maestra de novicias, encargada asimismo de la biblioteca y de la secretaría de la casa general de la congregación.

En los últimos años de su vida, tuvo la oportunidad y la gracia de ejercitarse heroicamente en la obediencia y en la paciencia. Tuvo que disminuir su múltiple actividad a causa de un cáncer en el cuello que la llevó a la muerte. Se durmió plácidamente en el Señor el 24 de noviembre de 1891. La fama de santidad de que se vio rodeada enseguida se unió a la herencia dejada en tantas obras de apostolado y de cristiana educación.

> «Fue y es eximia la fama de las virtudes heroicas practicadas por la sierva de Dios; a la que debemos añadir la gran alabanza por su obra magnífica de educación de las jóvenes, por la razón ciertamente de que ella presagió las necesidades de la escuela católica actual. María Ana Sala fue una educadora perfecta: vivió casi cuarenta años entre sus alumnas, dedicada a ellas enteramente, formando con fortaleza y suavidad su espíritu. Ella las amaba tiernamente y respetaba sus personas; por ello, con natural impulso, ellas la obedecían», escribió Juan Pablo II en el breve de beatificación.

Entre sus alumnas se contaba la madre del futuro Pablo VI, la señora Judit Alghisi de Montini, que fue testigo de singular clarividencia e importancia en el proceso informativo de beatificación que el Beato cardenal Schuster abrió en la curia mediolanense en 1931.

Concluida esta fase, en 1959 el Beato Juan XXIII constituyó la comisión introductoria de la causa de beatificación. El proceso apostólico transcurrió entre 1962 y 1964. Pablo VI firmó el decreto reconociendo la heroicidad de sus virtudes el 20 de enero de 1977. Juan Pablo II aprobó el milagro para la beatificación el 13 de julio de 1979, y celebró el 26 de octubre de 1980 la proclamación de la nueva beata en la Plaza de San Pedro del Vaticano, al final de la VI Asamblea del Sínodo de los obispos.

En la homilía, predicó el Papa:

> «Sor María Ana fue sencilla y totalmente fiel al carisma fundamental de su congregación. Tres grandes enseñanzas brotan de su vida y de su ejemplo: la necesidad de la formación y de poseer un carácter bueno, firme, sensible, equilibrado; el valor santificante del compromiso en el deber asignado por la obediencia y la impor-

tancia esencial del trabajo pedagógico. Sor María Ana quiso adquirir virtudes de capacidad en máximo grado, convencida de que se da en tanto en cuanto se posee; y se apasionó por su cargo de maestra, santificándose en el cumplimiento del propio trabajo cotidiano [...] Aprendan de la nueva beata, sobre todo las religiosas, a ser alegres y generosas en su trabajo, aun cuando sea oculto, monótono, humilde. Aprendan todos los que se dedican a la tarea educativa a no asustarse jamás ante las dificultades de los tiempos, sino a comprometerse con amor, paciencia y preparación en su misión tan importante, formando y elevando los espíritus a los supremos valores transcendentes. Particularmente hoy la escuela necesita educadores sabios, serios, preparados, sensibles y responsables».

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 73 (1981) 532-534.
Bibliotheca sanctorum. XI: *Ragenfreda-Stefano* (Roma 1968) cols.570-571.
FERRAGATTA, M., *Visse per le anime. Un'educatrice modello* (Milán 1963).
— (ed.), *Fiori sul cammino. Parole della sierva di Dio Suor Maria Anna Sala delle suore di S. Marcellina* (Milán 1964).
L'Osservatore Romano (ed. en español) (2-11-1980).
PORTALUPPI, A., *Vita della serva di Dio suor Maria Anna Sala delle Marcelline* (Milán 1931).
S.M.F., *Vita della serva di Dio, suor Maria Anna Sala, religiosa Marcellina* (Milán 1947).
VIDEMARI, M., *Alla prima fonte. Origine e sviluppo delle suore Marcelline* (Milán 1938).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CRISÓGONO

Mártir († s. IV)

Crisógono es un mártir de Aquileya, donde tuvo su tumba y donde comenzó su culto. Pero, como señala el *Martirologio romano,* este culto pasó luego a Roma, donde se le dedicó una iglesia o título en el Trastévere, que no debe dar pie a pensar que hubiera otro mártir romano de idéntico nombre. Su memoria aparece ya en el *Martirologio jeronimiano.* Existe una *Passio* de tipo legendario, cuyo contenido no ofrece garantía histórica. El tiempo de su martirio lo probable es que sea la persecución de Diocleciano a comienzos del siglo IV. Su memoria desde el principio está fijada el 24 de noviembre.

SAN COLMÁN DE CLOYNE
Obispo († 604)

Colmán nace en Muskerry, en el condado de Cork, Irlanda, hacia el año 522. Pertenecía a la familia del rey Mogh Nuadhat, de Munster. Su familia era pagana, y él al llegar a la adolescencia ejerció la profesión de bardo en la corte del rey de Cashel. Ésta fue su profesión hasta los 40 años. A esa edad conoce y abraza el cristianismo cuando entra en contacto con San Brendan de Clonfert, al que ayuda a encontrar la tumba con las reliquias de San Ailbeo de Emly. Ya cristiano frecuenta la escuela de San Jarlath de Tuam en Conflois. Y una vez bien instruido en el cristianismo, predica el evangelio a la gente de Limerick. Fue consagrado obispo y tuvo su sede en Cloyne, comenzando él la serie de obispos de esta sede. Dejó varios escritos. Murió el año 604 y su fiesta desde antiguo se celebra en Irlanda el 24 de noviembre.

SANTOS PEDRO DUMOULIN-BORIE, VICENTE NGUYEN THE DIEM, PEDRO VO DANG KHOA
Mártires († 1838)

Un joven obispo misionero y dos fervorosos sacerdotes nativos vietnamitas fueron martirizados en Dong-Hoi el 24 de noviembre de 1838, culminando así su carrera de entrega a Dios y a la salvación de las almas y habiendo dado testimonio insigne de fidelidad a Cristo y al sacerdocio que por amor a él habían recibido y ejercido. Éstos son sus datos:

PEDRO ROSA ÚRSULA DUMOULIN-BORIE nació en Beynat, Francia, el 20 de febrero de 1808, hijo de unos molineros, de donde vino que le llamaran Pedro du Moulin, Pedro del Molino. Su apellido era Borie. Ingresó en el seminario y la lectura de los Anales de la Propagación de la Fe despertó en él la vocación misionera, y ordenado ya de subdiácono ingresó en el Seminario de Misiones Extranjeras de París, donde se ordena sacerdote. Parte en noviembre de 1830 para el Tonkín, pero hubo de esperar muchos meses en Macao, no siendo hasta mayo de 1832 cuando puede por fin llegar a su destino misional. Tiene que

trabajar en la clandestinidad porque estaba el país en plena persecución anticristiana y se le encarga de la zona meridional del Vicariato, donde había cincuenta mil cristianos, treinta sacerdotes y muchos seminaristas. Se adapta a la lengua y las costumbres del país y logra imprimir un fuerte dinamismo a la comunidad, funda dos conventos y varios seminarios menores. En 1836 el vicario apostólico, mons. Havard, lo presenta a Roma como su sucesor y en julio de 1838 se expiden las bulas de nombramiento episcopal como Vicario Apostólico y obispo titular de Acanto. Havard había muerto y Pedro estaba ya en prisión, por lo que no pudo consagrarse obispo. En efecto, el 31 de julio es denunciado y arrestado y toma desde la prisión las medidas necesarias para el gobierno de la comunidad cristiana. Invitado a apostatar se negó firmemente, dio en todo momento testimonio firme de su fe y viendo venir la muerte se dedicó a prepararse a ella con serenidad y paz. No tenía más que 30 años cuando fue decapitado.

PEDRO VO DANG KHOA nace en Thuong-Nai en 1790 y se ordena sacerdote a los 30 años. Trabaja pastoralmente en Bach-Bati, Chang-Chuong y en Bo-Chim, donde tuvo como párroco a San Vicente Diem que será compañero suyo de martirio. Enviado como párroco a Con-dua, fue arrestado en el poblado de Le-son y llevado a la cárcel de la capital de la provincia, donde halló a sus compañeros de martirio. Con ellos se preparó a dar un limpio y coherente testimonio de Cristo. Fue martirizado por estrangulamiento.

VICENTE NGUYEN THE DIEM nace en An-Do en el seno de una familia cristiana. Seminarista desde niño, una vez ordenado sacerdote ejerce su ministerio como párroco en Bo-Chim y en Con-Nam, atendiendo con gran celo a los fieles y cuidando mucho de los pobres. Forma con mucho cuidado a los catequistas y logra aumentar el número de fieles de su comunidad. Cuando en 1838 se hace muy firme la persecución, se ve obligado a retirarse de la parroquia, pero en el camino hacia An-Bai es arrestado por la denuncia de un apóstata. Conducido a la prisión de Dong-Hoi, confesó la fe pero fue poco prudente en los interrogatorios y pudo saberse por él el nombre de los cristianos que habían albergado sacerdotes, lo que trajo consigo su arresto. El

obispo Borie se lo reprochó y él reconoció su fallo y pidió al tribunal dejara libres a las personas arrestadas por su culpa. Volvió a dar testimonio público de su fe y se negó a apostatar, siendo estrangulado.

Los tres mártires fueron canonizados el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATAS NICETA DE SANTA PRUDENCIA PLAJA XIFRA Y COMPAÑERAS DE LA CONGREGACIÓN DE HERMANAS CARMELITAS DE LA CARIDAD

Religiosas y mártires († 1936)

El martirio y los datos personales de estas religiosas Carmelitas de la Caridad, sacrificadas en el Picadero de Paterna tal día como hoy de 1936, los tiene el lector en la biografía de Elvira Torrentalle y compañeras de la Congregación Carmelitas de la Caridad el día 19 de agosto: cf. *Año cristiano. Agosto,* p.684-699. Allí remitimos.

25 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. Santa Catalina, de la que se cuenta ser una virgen alejandrina y mártir, y cuyo cuerpo se venera en el Monte Sinaí (fecha desconocida) **.
2. En Cesarea de Capadocia, San Mercurio (fecha desconocida), mártir.
3. En Roma, San Moisés († 251), presbítero y mártir *.
4. En Alejandría de Egipto, San Pedro, obispo y mártir. Con él se conmemoran santos Hesiquio, Pacomio y Teodoro, obispos, y otros muchos también martirizados en la persecución de Galerio Maximiano (305-311) *.
5. En Numidia, San Márculo († 347), obispo y mártir.
6. En territorio de Agen (Aquitania), San Maurino († s. VI), mártir.
7. En territorio de Valence (Francia), Beata Beatriz de Ornacieux († 1309), monja cartuja, fundadora del monasterio de Eymeu **.

8. En Reuthe (Suabia), Beata Isabel Achlin, llamada la Buena († 1420), virgen, religiosa terciaria franciscana *.

9. En Seúl (Corea), San Pedro Yi Ho-yong († 1838), primero de los mártires vietnamitas canonizados **.

10. En La Puebla de Híjar, junto a Teruel, Beato Jacinto Serrano López († 1936), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir. Con él se conmemora al Beato Jaime Meseguer Burillo († 1936), presbítero de la misma Orden, martirizado en Barcelona *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA CATALINA DE ALEJANDRÍA

Virgen y mártir (fecha desconocida)

Los hombres no nacen santos. Ni santificados. Excepción hecha de la Virgen nuestra Madre, por sin igual privilegio concebida sin mancha, y de Juan Bautista, santificado en el seno de su madre, todos los mortales, después de Adán, arribamos a la vida por el puerto del pecado. De ahí que la historia de los santos ha descuidado con frecuencia la conservación de esta fecha. Los santorales, las monografías de los héroes del cristianismo cuando éste empezaba a ser, suelen consignar el año de su nacimiento seguido de un interrogante de duda, cuando no lo silencian por completo. Y si lo consignan con certeza, son todas las circunstancias que nos ha guardado este dato, que en ningún caso (exceptuado Cristo) tiene razón de acontecimiento para la historia.

Todos los hombres nacemos, y el nacimiento no nos diferencia ni nos condiciona sin remedio. Los santos se han hecho y se hacen en una época, en un ambiente, en una familia que pueden haber facilitado su santificación, en muchos casos a pesar y precisamente por las dificultades que la época, el ambiente o la familia les brindaran.

Por el mero hecho de haber nacido, Dios nos llama a la santidad. Nos toca colaborar en el perfeccionamiento de nuestro ser en todas sus dimensiones.

De Catalina (en latín *Catharina; Aecatharina* en griego) no sabemos la fecha exacta de su nacimiento. Pero, a lo largo de los

siglos, la leyenda se ha encargado de llenar piadosamente las lagunas de la historia.

A una de las desembocaduras del fertilizante Nilo, cuna de la historia, llegó un día vestido de laurel el poderoso dominador Alejandro Magno. Venía satisfecho de sus correrías triunfales por Siria y Palestina. Traía el recuerdo vivo de la majestuosa ciudad judía con el fastuoso templo de Yahvé. El brillo deslumbrante de los rabinos que enseñaban en las sinagogas, sólo comparable con la sabiduría abstracta de los filósofos atenienses, que la prodigaban en el Partenón y en las ágoras, le hizo concebir la idea de fundar una nueva ciudad —ángulo entre Atenas y Jerusalén— que perpetuara su nombre en el mundo de las letras: Alejandría, 332 a.C.

Pocos años más tarde Tolomeo I Soter trasladará allí la capital del país y empezará a ser sede de las viejas culturas, «foco principal de la ciencia y del comercio de todo el Mediterráneo», lo mismo que Egipto (allí está emplazada) lo es de todas las civilizaciones: bastarían los 700.000 volúmenes de su biblioteca y sus 14.000 estudiantes simultáneos para justificar el renombre de su famosa Universidad *(Museum* en sus días y en los nuestros).

Atraídos por su doble fama, puerto y *Museum* sobre un suelo fecundo, no tardaron en establecerse allí los nómadas de todos los pueblos. Los judíos, linces en la especulación y avaros de la ciencia, no fueron los últimos en llegar. Colonias de la Diáspora esparcidas por toda la nación, que habían quedado de los distintos cautiverios, fijaron aquí su residencia. Fieles a sus tradiciones y lectores asiduos de los Libros Sagrados, tenían en sus manos los elementos más puros de la verdadera filosofía. En esta tierra de momias y de pirámides, eminentemente religiosa, que cae de rodillas ante Osiris, dios de los muertos, y que presiente la inmortalidad de las almas; donde Jehová hablara a Moisés y condujera a su pueblo a través del desierto, no les sería difícil a los judíos ganar numerosos prosélitos.

Simpatizante al menos llegó a ser Tolomeo II, que hizo florecer el reino, influenciado desde sus principios por el pensamiento helenista, y mandó que setenta intérpretes tradujeran el Antiguo Testamento.

Aquí surgieron los auténticos representantes de la filosofía greco-judaica: Aristóbulo y Filón, empeñados en concordar la filosofía pagana con el Antiguo Testamento, presumieron ver en éste «la única fuente primordial de la ciencia y mitología griegas».

Por aquí pasó el neoplatónico Plotino con «su fuego de espiritualismo, sus concepciones abstrusas y su panteísmo emanatista». El que, en frase de Fouillé, «describe su Trinidad como si hubiera vivido en el cielo».

Ésta es la patria histórica de Catalina. Éste el origen sucesivo de Alejandría, rica y bella ciudad, faro potente y hermoso del Mediterráneo.

El año 30 a.C., con el Imperio más poderoso que han conocido los siglos, pasa Egipto, como tantos otros pueblos, a ser provincia romana.

Y provincia romana seguía siendo cuando a finales del siglo III de la era cristiana paseaba sus calles abiertas una joven elegante, de sangre azul.

Estirpe real. La historia, la tradición, el arte y la leyenda están de acuerdo en transmitirnos este dato, como lo están en silenciar el nombre de sus progenitores.

Catalina frecuenta el *Didascaleo,* digno sucesor del antiguo *Museum.* Bebe allí las páginas eruditas de los viejos pergaminos. Aristóbulo, Filón, Plotino, son admirables y es elogioso su intento. No le convencen.

Ahora Alejandría está imbuida de cristianismo. No sabemos quién fuera su primer evangelizador. Según una tradición antigua, la Iglesia de Alejandría fue fundada por San Marcos.

Clemente presidió el *Didascaleo,* la escuela catequística más importante desde finales del siglo II. Allí sentó cátedra el polígrafo Orígenes, «el hombre de diamante con siete taquígrafos», según frase de Eusebio. Clemente y Orígenes habían proseguido la trayectoria tradicional de Alejandría: armonizar. Ahora armonizar el cristianismo con la filosofía clásica, procurando dar a la doctrina de la Iglesia una base científica.

La rudimentaria escuela de catecúmenos se había convertido en una verdadera escuela de teología cuando tomara la dirección de ella San Panteno.

San Dionisio de Alejandría había dado un carácter de palestra abierta al Didascaleo con sus actividades y discusiones públicas y sus luchas intelectuales frente a las persecuciones de Decio y Valeriano, que tanto le hicieron sufrir.

En este ambiente se desenvuelve la vida breve, pero pletórica de ilusión, de Catalina. Ella reflexiona, medita, compara, discute y se ilumina. Osiris y el buey Apis, toda la legendaria mitología egipcia arranca de sus labios sonrisas compasivas, cuando no irónicas, las más de las veces tristes. No puede creer en las almas muertas pegadas a cuerpos momificados. ¿Dónde está el poder de aquellos dioses, tan multiplicados como las aberraciones humanas y reducidos a simples figuras de piedra o a elementos sin vida de la naturaleza? ¿Dónde su fuerza y su virtud?

Le fascinan las ideas elevadas de Platón, que analiza a la luz de la razón en su inteligencia penetrante. No la satisfacen. Catalina es cristiana de corazón antes de recibir el bautismo. Tal vez está fresca todavía la impresión causada por Atanasio en el sínodo de la ciudad. En la escuela catequética oye las enseñanzas del obispo Pedro. Rechaza de plano la amarga ideología pagana. El Sermón de la Montaña cautiva su corazón delicado. Las parábolas del Evangelio son el encanto de su lozana juventud. Los milagros de Jesús y su testimonio incomparable la enardecen y entusiasman. Venera el ejemplo y heroísmo de los mártires del cristianismo, que fecunda y fertiliza la Iglesia viva de sus días y de todos los días. Y pese a la amenaza cobarde de emperadores lascivos y gobernantes verdugos, Catalina se hace bautizar.

Están en boga todavía las debatidas cuestiones escriturísticas y litúrgicas planteadas por Anmonio de Sacas y Anatalio, obispo de Laodicea. Célebres son las controversias alejandrinas. Catalina, asidua discípula y maestra en ciernes, se permite sin duda opinar sobre las cuestiones que están en el tablero de los cristianos:

> «¿En qué días se debe celebrar la Pascua? ¿Cuánto debe durar el ayuno pascual? ¿La conmemoración de la muerte de Cristo ha de ser motivo de duelo o de regocijo? ¿Comió Jesucristo el cordero pascual el 14 de Nisán, como todos los demás judíos, o el 13 por anticipación? ¿Qué día y a qué hora resucitó el Señor?».

Algunas de estas preguntas no han recibido todavía más que respuestas de opinión.

La ciencia, cuando lo es de verdad, no conoce la hora del exhibicionismo, ni los sabios tienen su tiempo para eso, sino para saber y para que los demás vivan de su ciencia. ¿Qué le importa a Catalina ni su fascinadora belleza física, ni su juventud deslumbrante, ni el oro de que se viste, ni la aristocracia regia de que puede presumir, ni siquiera su profunda filosofía, si no es para vencerse a sí misma y convencer a los que la halagan o persiguen? Ella no pretende ser otra cosa más que un resumen, una síntesis, una personificación de todas las armonías. Para eso se conserva virgen, con todas las renuncias que ello supone. Por eso y para eso renuncia a todas las satisfacciones que en bandeja de plata le brinda su sociedad y su alcurnia. Por eso y para eso renunciará si es preciso hasta al placer de vivir. ¿Pero es que acaso Cristo, maestro y esposo virginal, pudo hacer cosa más sublime que armonizar lo humano y lo divino? ¿Y no es precisamente Él la armonía más perfecta y más armónica del universo? Y esto a golpes de la más absoluta renuncia.

La política de todos los tiempos siempre estuvo en desacuerdo con la política de todos los santos. Máxime entonces, edad fastuosa y apoteósica de Roma, con emperadores brutales, dominadores por la fuerza, creadora de leyes absurdas. Hombres voluptuosos, sentinas de la lujuria más descarada al amparo del oro, que ciega corazones, y de la espada, que rinde voluntades.

Al ocupar la silla imperial, Diocleciano, amante de la «filosofía» y más amante de la comodidad, concibió la idea de desmembrar el Imperio: Oriente y Occidente, para aumentar su esplendor. En teoría, más fácil de gobernar. A la larga, una de las causas indiscutibles del derrumbamiento de Roma. Como coemperador con dominio en Occidente, tomó por socio a Maximiano. Constituía a la vez un doble jefe de Gobierno (en terminología actual): Galerio para Oriente a su lado. Constancio Cloro para Occidente. Ambos con el título de César. La autoridad quedaba prácticamente cuatripartida. Dos emperadores augustos, que, por ser dos, dejaban de serlo, y dos césares asociados.

Los primeros días fueron un respiro de paz para la Iglesia después de la larga época aciaga de sucesivas persecuciones. El veneno anticristiano había contagiado también a Galerio, y Galerio convenció a Diocleciano con argumentos sofísticos y pruebas falsificadas del mal que los cristianos ocasionaban a la unidad del Imperio. Galerio publica sucesivamente sus edictos de persecución (303-304), que exigen desde la entrega de libros sagrados, negación de derechos civiles a los cristianos y persecución del clero, hasta la condenación de todos los que no se postren ante los ídolos.

Así las cosas, Catalina anima, asiste, fortalece, conforta a los hermanos en la fe. Defiende en público y en privado la doctrina que profesa, envidia a los que han sido hallados dignos de padecer por Cristo y se siente orgullosa de llamarse y de ser cristiana.

Triunfaban entonces la virgen Inés, Marceliano y el papa Marcelino, y a su lado el artífice de su conversión, Pedro de Alejandría.

También España daba frutos sazonados. Bajo la mano extendida de Maximiano se doblaban —espigas maduras— el soldado Marcelo, Emeterio y Celedonio, Vicente, Fructuoso de Calahorra y Eulalia de Mérida.

Diocleciano y Maximiano abdican al mismo tiempo. Corre el año 305 y la sangre no ha dejado de correr. Maximino Daia gobierna ahora Siria y Egipto con los honores de César. Más tarde (308) ostentará los de Augusto.

Daia es una bestia cebada. Mujeres y sangre es su lema. Con tal de profanar doncellas no repara en crueldades. Corta orejas, narices, manos y otros miembros, y hasta saca los ojos.

Obispos, anacoretas, funcionarios públicos y sobre todo vírgenes son sus víctimas de cada hora.

El padre Urbel dice de él que «era un hombre semibárbaro, una fiera salvaje del Danubio que habían soltado en las cultas ciudades del Oriente».

No se le podía definir con más exactitud. Según Lactancio, el mundo era para él un juguete. Encaprichado en que todos sus súbditos sacrificaran a los ídolos, y todas las vírgenes y nobles matronas se rindieran a sus torpes pretensiones, abusa de los tormentos más crueles y refinados para salir con su empeño.

Unos son arrojados al fuego devorador, otros sujetos con clavos que taladran y desgarran; quiénes se ven obligados a resistir las acometidas de las fieras hambrientas; algunos son violentamente precipitados al mar; muchos terminan en los calabozos, después de ser bárbaramente mutilados: Cyr, médico de Alejandría; Juan, soldado de Edesa; Atanasia con sus tres hijos, Teotiste, Teodosia y Eudoxia, trascienden las puertas celestiales ostentando la palma de la victoria.

Solamente Dorotea (algunos la han identificado con Catalina) supo resistir y superar el doble fuego de la brutalidad de Maximino. Cobarde en su excéntrica crueldad, ebrio de lascivia, le arrebata sus bienes y la condena al destierro.

Catalina, testigo mudo de tan sanguinaria iniquidad, no puede aguantar más. Ha ofrecido mil veces su sangre al Crucificado y no teme presentarse —carne limpia— ante la bestia devoradora. Tal vez ella, modesta y estudiosa, ha pasado inadvertida a las miradas lascivas del arrogante césar. Tal vez éste se ha visto derrotado por el porte noble y el aire aristocrático de la doncella. Acaso la fama de filósofo que aureola a Catalina haya contenido los ímpetus groseros del vampiro Daia.

Lo cierto es que, en un gesto victorioso de superación cristiana, Catalina se ha enfrentado con el césar, no sin antes invocar a la Reina de las vírgenes, paloma blanca de sus ensueños. Las puertas de palacio se abren a la que es descendiente de reyes. ¿Qué pasó allí?

Sin duda le puso en evidencia con argumentos claros de sana filosofía la falsedad de sus ídolos inconsistentes. Sin duda también le echó en cara la injusticia manifiesta de sus crímenes absurdos.

Maximino escucha sin palabras la elocuencia concentrada de Catalina, que se hace lenguas sobre la verdad única del único cristianismo.

Por primera vez ha bajado la vista humillada y ha refrenado sus garras la pantera indómita del imperio oriental. Las razones obvias, contundentes, la majestuosidad impávida de la filósofo, han derrocado su ignorante altanería. «Me gustaría ver cómo te defiendes ante los sabios imperiales».

Catalina estaba preparada para el combate y acepta imperturbable el reto del césar. De sobra conocía ella la superfi-

cialidad de sus contrincantes, las sutilezas de sus argumentos, la inconsistencia del «Logos» de Filón y las falacias del pseudomisticismo de Porfirio. Una leyenda piadosa refiere que un ángel la anima a discutir. Uno a uno, derrota a los cincuenta filósofos de la corte, deshace sus sofismas. Ellos, más elocuentes que su señor, se rinden a la evidencia luminosa de las pruebas irrefutables que presenta Catalina y se convierten unánimes al cristianismo.

Las actas de los mártires nos la presentan desde este momento en el calabozo. Dios endureció el corazón de Maximino, si es que aún podía endurecerse. Según una tradición reproducida en unas tablas de la escuela de Valladolid, del siglo XVI, Catalina sale de la cárcel y comparece ante el juez, con quien disputa sobre la unidad y trinidad en Dios.

Comprobada la invencible consistencia de sus fundamentadas convicciones, es condenada al suplicio de una rueda de cuchillos. Inútilmente. La fuerza inquebrantable de la fe hace saltar en pedazos las afiladas navajas, que hieren de muerte a los propios verdugos. Atestigua la tradición que la misma emperatriz, seguida de Porfirio, coronel del ejército, y de doscientos soldados, abrazaba entonces la fe para morir al filo de la espada.

El instinto brutal y ciego de Daia se desorbita. No tolera la existencia de su serena vencedora. Un hachazo de rabia secciona la cerviz de la filósofo. Catalina recaba definitivamente la victoria. No falta la leyenda que haga fluir leche de su cabeza en lugar de sangre. El amor no entiende de colores.

El artista de Valladolid en el magnífico retablo de Palencia de Negrilla (Salamanca) hace bajar a la Virgen para velar su cadáver.

Sus restos se guardan y veneran en el monte Sinaí. El *Martirologio romano* refiere que fueron los ángeles quienes la llevaron en triunfo.

Oriente y Occidente invocan su valiosa protección. Los aficionados a saber la aclaman como patrona. Bélgica le levanta templos y le dedica altares. También España venera su imagen.

JOAQUÍN GONZÁLEZ VILLANUEVA

Bibliografía

Analecta Bollandiana 26 (1907) 13-32; 22 (1903) 426-438.

BREMOND, H., *Sainte Catherine d'Alexandrie* (París 1926).

DELEHAYE, H., *Les passions des martyrs et les genres littéraires* (Bruselas 1921).

— *Les légendes hagiographiques* (Bruselas 1927).

Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques. XI: *Caabeiro-Catulensis* (Roma 1949) cols.1503-1505.

VARNAGEN, H., *Zur Geschichte der Legende der Katherina von Alexaindrien* (Erlangen 1891).

• Actualización:

BRANDI, M. V., «Caterina di Alessandria», en *Enciclopedia dei santi. Bibliotheca sanctorum,* III (Roma ^{4}1998) cols.954-978.

GIAMBERARDINI, G., *S. Caterina di Alessandria* (Jerusalén 1978).

BEATA BEATRIZ DE ORNACIEUX

Virgen († 1309)

Afirma el Concilio Vaticano II que Cristo el Señor realizó la obra de la redención humana y de la perfecta glorificación de Dios «principalmente por el misterio pascual de su bienaventurada pasión, resurrección de entre los muertos y gloriosa ascensión» (SC 5), y que «por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad» (GS 22). Asertos uno y otro que permiten al lector, incluso al medianamente avisado, diría yo, llegarse de puntillas hasta el dintel mismo del carisma cartujano, todo él marcado por la austeridad monástica en la penitencia, por las tendencias místicas y prácticas en la vida solitaria, por la mortificación y el recuerdo de las ultimidades *(memento mori)* en las tradiciones y usos de una eremítica convivencia plasmada por Guido I en sus *Consuetudines carthusienses.*

Carisma, por otra parte, sencillo y austero, desnudo de elementos decorativos y musicales como su liturgia, que San Bruno hizo suyo cuando, en busca de algo más riguroso y yermo que lo exigido por la regla cisterciense, resolvió retirarse con seis compañeros a un valle circuido de peñascales denominado la *Chartreuse* (Cartuja), a tres horas de Grenoble, en las abruptas montañas del Delfinado. Una y otra cita, en fin, con los topónimos que aquí menciono, son el contexto ideal para comprender en sus justos términos espirituales y geográfi-

cos a la Beata Beatriz de Ornacieux (u Ornacieu, según algunas fuentes).

Parménie, es una pequeña colina distante del castillo de Ornacieux unos 25 kilómetros y perteneciente al Delfinado, de origen glaciar y 748 metros de altitud, situada sobre el municipio de Beaucroissant y cerca de Tullins. Ya en el período neolítico, se reunían sobre aquella cumbre hombres alrededor de un altar druídico. En la época de los Césares, una plaza fuerte *(oppidum)* coronaba la cima y vigilaba las vías romanas. La era cristiana vio a Parménie transformarse en priorato fortificado donde más de una vez y de dos hallaron refugio los obispos de Viena y de Grenoble. En el siglo VII se alzó allí un santuario dedicado a la Santa Cruz, propiedad de los obispos de Grenoble, quienes establecieron en el lugar una colegiata de canónigos regulares de San Agustín. Parménie no tardó en convertirse así en centro de peregrinaciones, sobre todo a raíz de la catastrófica inundación que Grenoble sufrió en 1219. La célebre feria de Beaucroissant mismamente debe su origen a esta peregrinación.

Consta de igual modo que a mediados del siglo XIII Parménie abrigó en su recinto una cartuja de monjas, dentro de cuyos muros venerandos, y con el correr del tiempo, habría de brillar con mirífico esplendor una de ellas, Beatriz de Ornacieux, nuestra Beata, la cual dejará, con su vida y con sus obras, imperecedero recuerdo en el país. En efecto: corría 1252 cuando el obispo Falcaz trasladó los antedichos canónigos a Villard-Benoît, y el 13 de noviembre de 1259 donó Parménie a las Monjas Cartujas de Prémol para que se establecieran allí. En esta recién fundada cartuja de Parménie, cerca de Renace, no lejos de Tullins, ingresó Beatriz en 1273, es decir, a sus trece años, poco más que una cría como quien dice, pero llamada un día a coronar la cima donde la luz de Dios se desparrama, donde no existe tierra que te oprima, donde todo es amor y amor reclama. Hasta su nombre de pila ganó inusitada fama a finales de la Edad Media: lo llevó con donosura y gracia, entre otras jóvenes de renombre, la joven hija a quien Dante amó y que, por ello, el poeta florentino decidió inmortalizar a justo título.

Beatriz, en efecto, monja de la Orden de la Cartuja, vio la luz de este mundo en la villa-castillo de Ornacieux, en

Isère (Delfinado), cerca de La Côte-Saint-André, provincia de la Drôme provenzal, región histórica de la Francia sur-oriental, con capital en Grenoble, hacia el año 1260. Su padre se apellidaba La Chambre y estaba emparentado con la familia de los Saboya. Era señor de Ornacieux, feudo situado al sur de Francia, entre el Delfinado y Saboya. Nada sabemos de los años que vivió con su familia en el castillo. Sólo tenemos noticia de dos hermanos suyos: el mayor, Juan, que sucedió al padre en el señorío de Ornacieux; y Pedro, que fue obispo de Isère.

Una Orden ésta de la Cartuja, según algunos especialistas, a medio camino entre las reglas eremítica y cenobítica, que San Bruno fundó en 1084 cargando el acento, según dije antes, en la austeridad, en la soledad, en la penitencia y en el misticismo. Concuerdan los biógrafos, y afirman ampararse para ello en los antiguos textos, en que la vida de Beatriz, ya desde los años jóvenes de Parménie, se distinguió por la devoción a la pasión de Cristo. De esta piadosa devoción salió su acendrada ternura hacia los sufrimientos, soportados/amados como el camino ideal, el mejor, para identificarse de lleno con Jesucristo en su pasión y muerte. Beatriz se abrazó a ellos cada día, segura de hacerse con ellos el camino más fácil para identificarse radicalmente con Cristo en la Cruz, y lo hizo, dicen, como sólo los santos saben hacerlo, esto es: transformando ese bagaje espiritual y doliente que a diario las criaturas, las que sean, suministran, en instrumento propicio de redención y ascesis para vivir en Dios.

Beatriz debió de acordarse muchas veces de la carta que su santo Padre Bruno, el de la Gran Cartuja, había escrito en su día a sus hijos cartujos, glosando palabras propias del *Magníficat,* o sea, «y mi espíritu *se alegra en Dios mi salvador*» (Lc 1,47):

> «Alegraos, pues, hermanos míos muy amados, por vuestro feliz destino y por la liberalidad de la gracia divina para con vosotros. Alegraos, porque habéis escapado de los múltiples peligros y naufragios de este mundo tan agitado. Alegraos, porque habéis llegado a este puerto escondido, lugar de seguridad y de calma, al cual son muchos los que desean venir, muchos los que incluso llegan a intentarlo, pero sin llegar a él. Muchos también, después de haberlo conseguido, han sido excluidos de él, porque a ninguno de ellos le había sido concedida esta gracia desde lo alto» *(Núms.,* 1s: SC 88, 82s).

También Beatriz había sabido alegrarse desde muy joven en la cartuja de Parménie. También ella había sabido hacer de aquellos muros monacales, desde sus primeras horas de postulante y novicia, «puerto escondido, lugar de seguridad y de calma». Porque la cosa no iba a parar en aquellas piedras de cuando su ingreso en la vida monástica. Es más, pronto tendría que dejar el sitio. La Orden de la Cartuja había puesto sus ojos en nuestra joven para hacerla su instrumento providencial en la búsqueda de nuevos puertos de seguridad y de calma, es decir, para fundar nuevas cartujas. Y así fue.

La comunidad de Parménie poseía un hospital a unos 20 kilómetros del monasterio. Al no poder regir ese hospital lo cedieron a los benedictinos de San Roberto, recibiendo a cambio el priorato de Eymeu, situado en la Drôme, cerca de Romans, en la diócesis de Valence, donde Parménie esperaba establecer una nueva Cartuja. En el acta del cambio, firmada con fecha de 1300 por dieciocho profesas de Parménie, figura en quinto lugar el nombre de Beatriz de Ornacieux, a quien se puso a la cabeza de las fundadoras en calidad de priora. Tenía Beatriz entonces alrededor de 40 años.

Pero el mal estado de los edificios de Eymeu unido al rigor del clima y a la pobreza del lugar hizo muy dura la vida de aquel inicio fundacional: las monjas carecían a veces de lo más necesario. Algunas optaron por regresar a Parménie. Sólo se quedaron Beatriz con Luisa Alleman de Grésivaudan y Margarita de Sassenague, ambas pertenecientes a distinguidas familias del Delfinado. Si en pos de San Bruno habían seguido al retiro de la Gran Cartuja seis compañeros, Beatriz tuvo el consuelo de sentirse también acompañada en Eymeu al menos por dos generosas mujeres, a las que pronto habrían de seguir otras jóvenes no menos dispuestas a vivir sin arredrarse la dura vida de aquella consagración. De allí voló al cielo Beatriz pocos años después, probablemente el 25 de noviembre de 1309, rodeada de sus monjas, algo comprensible dada su condición de abadesa. Se había distinguido por un purísimo seguimiento de la pasión de Cristo, para lo cual parece, no es seguro como luego veremos, le ayudaba un clavo que llevaba consigo.

Muertas también algún tiempo después sus dos compañeras monjas, los tres cuerpos descansaron al principio en una misma

tumba del monasterio de Eymeu. Pero el año 1309 fueron trasladados a Parménie, en cuyo restaurado santuario, que a la sazón pertenecía a los benedictinos olivetanos, fueron objeto de solícita custodia hasta el año 1901. Abandonada Parménie a causa de la revolución de los Albigenses, que llegaron a incendiar el monasterio, las reliquias quedaron ocultas bajo los escombros, aunque no se perdió su culto, principalmente en la Orden de la Cartuja, en cuyas iglesias continuó honrándosela según consta por la abundante iconografía de sus diversas casas.

Destruida Parménie en 1391, una pobre pastora de los contornos, Luisa Hours, emprendió a finales del XVII la restauración de su antigua capilla y creó sobre la colina un centro de retiros: acuciada en 1697 por un manuscrito de la vida de la beata que providencialmente vino a sus manos, buscó y encontró los sagrados restos, autenticados luego por el cardenal Le Camus, obispo-príncipe de Grenoble. Reconstruida la iglesia de Parménie, y colocados aquéllos en sitio decoroso, se renovó el fervor popular y empezaron las peregrinaciones. Parménie fue ocupada y vendida por la Revolución en 1790, y no volvió al culto católico hasta 1839, en que la adquirió el obispo de Grenoble, autorizando a abrir la sepultura, donde se guardaban intactos los sellos que en su día le pusiera el cardenal Le Camus. La mitad de aquellas reliquias fueron de nuevo colocadas en la capilla de Parménie, y la otra mitad fueron cedidas a la Cartuja femenina de Beauregard en 1840.

Providencial circunstancia que no dejó de aprovechar la Orden de la Cartuja para solicitar de la Santa Sede, por medio del obispo de Grenoble, la beatificación «equipolente» de Beatriz, o sea, la confirmación del culto popular que se la venía tributando. Urbano VIII decretó el 20 de marzo de 1869 que podía gozar del culto que se le dispensaba con el título de beata, y Pío IX, por decreto del 13 de mayo de 1870, concedió a la Orden celebrar su fiesta, con 12 lecciones, el 13 de febrero de cada año. La revisión litúrgica del Vaticano II fijó la fiesta en el 25 de noviembre, fecha de su tránsito, y en tal día la celebran hoy los cartujos. Una capilla perpetúa en Eymeu su recuerdo.

A finales del XIX, Rosalía Dupont volvió a levantar el santuario de Parménie. Se instaló allí un monasterio benedictino

olivetano, el cual, abandonado más tarde, sirvió de refugio a los guerrilleros durante la II Guerra Mundial y terminó incendiado por los alemanes en enero de 1944. Restaurado por los Hermanos de La Salle, Parménie es hoy un centro de espiritualidad. La capilla conserva su primitivo aspecto monástico y los edificios colindantes que la rodean han sido adaptados a sus funciones actuales. Pero los peregrinos pueden recogerse y orar ante las reliquias de la Beata Beatriz allí presentes.

La vida de la Beata Beatriz transcurrió toda en el silencio y la soledad de su celda. De ahí las pocas noticias que los mismos cartujos recogieron sobre su monja. Pese a lo cual, fue una excepción, y hemos de agradecérselo, la venerable Margarita d'Oingt, priora de la cartuja de Poleteins (1286-1311), con la vida escrita poco después de morir la Beata para dar a conocer así los dones que Dios le había otorgado. De Margarita d'Oingt, cuarta priora de la Cartuja de Poleteins, junto a Lyón, sabemos que ya en 1288 era priora y lo sería hasta su muerte, el 11 de febrero de 1310. Venerada como «beata», este culto privado desapareció con la Revolución Francesa. Debió de pasar algunas temporadas en Parménie, pues su *Vida* de la Beata Beatriz está muy bien documentada.

Algunos breves escritos que de ella poseemos, en latín y en franco-provenzal, reflejan intensa experiencia mística. El manuscrito más antiguo responde al siglo XIV y fue redactado en la Gran Cartuja. Hoy se encuentra en la biblioteca comunal de Grenoble, con el número 5785 R y consta de 73 páginas. Comprende: a) *Pagina meditationum* (p.1-24), la obra teológicamente más relevante; b) *Speculum sanctae Margarete* (p.25-34), donde describe tres visiones; c) *Li via Seiti Biatrix Virgina de Ornaciu* (p.34-57), es decir, la vida en nueve capítulos de sor Beatriz de Ornacieux († 1309): realizada al hilo de un relato milagroso, sin título, a colocar como su apéndice (p.58-60); d) Cinco cartas a destinatarios cuyo nombre desconocemos (p.60-70); e) Tres relatos de hechos milagrosos, en fin, atribuidos a Margarita después de su muerte (p.70-73), obviamente no cosecha suya. Largo tiempo inéditos, estos escritos vieron la luz por primera vez en 1877 gracias a E. Philippon. La segunda excelente edición, de 1965, es trabajo conjunto de A. Duraffour, P. Gardette

y P. Durdilly. Sólo recientemente ha salido, bajo los cuidados de G. Gioia, la traducción italiana con el título de *Escritos espirituales.*

La Beata Beatriz empezó a ser efigiada en 1629 bajo el rótulo de *Santa Beatriz Monja.* La beatificación, en realidad, llegó de manera oficial ya en el XIX, pero su caso prueba toda la libertad ritual de que gozaba la Cartuja, que no pretendió, ciertamente, un culto contrario a las prescripciones de la Santa Sede, puesto que los cartujos, lejos de venerar la figura de la monja, adoraban más bien a Cristo en ella. Daniel Crespi la representa en sus frescos con dos clavos y un martillo entre las manos, y es que el monje cartujo del XVIII, Benedicto Tromba, recuerda que se clavaba dos gruesos clavos en las manos y que, a pesar del dolor y de la pérdida de sangre, repetía cada viernes para recordar a Jesús en la Cruz: escondiendo luego, claro es, dichos signos en las grandes mangas del hábito monástico. Sea ello cierto o no, responda más a historia legendaria que a una suerte de lo que algunos interpretarán en clave masoquista, y otros en la de estigmatización mística, consta seguro, eso sí, que su culto a la pasión y muerte del Señor se difundió en muchas cartujas, y en la de Milán no sólo fue retratada en los frescos de Crespi, sino que se le dedicó un frontal de altar realizado en escayola por Solari en el siglo XVII.

Refiere Margarita d'Oingt las virtudes y carismas de la beata y dice, entre otras cosas, que era humildísima de corazón, caritativa y sufrida, en extremo obediente y perseverante orando, con el don de abundantes lágrimas, siempre recogida y ejemplar, devotísima de la Eucaristía, en extremo penitente y llevada de un fervoroso amor al Crucificado, cuyas llagas tenía, ya impresas en su espíritu, ya en sus manos de la manera dicha. En su completo abandono a Dios, oyó una vez al día la diaria y misteriosa voz que le decía: «Recibe las consolaciones que te doy y no rehúses los sufrimientos que te envíe». La Beata Beatriz de Ornacieux, en resumen, pertenece a la más alta escuela de santidad, la del misticismo de la Cruz, practicada desde el más riguroso método ascético, el del carisma cartujano.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AIGRAIN, R., Art. en *Catholicisme.* I: *A-Béthel* (París 1948) col.1355.
BATAILLE, G., «Beatrice di Ornacieu», en *Bibliotheca sanctorum.* II: *Ans-Bern* (1962) c.994.
«Beatriz de Ornacieu», en *Enciclopedia Espasa,* t.7, p.1349.
BELLANGER, T., *La bienheureuse Béatrice d'Ornacieu* (Grenoble 1886).
FARCONET, P. DE, «Beatriz d'Ornacieu (Bienheureuse)», en *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques.* VII: *Bavière-Benoist* (París 1934) col.113.
LE COUTEULX, CH., *Annales Ordinis Cartusiensis ab anno 1084 ad annum 1429* (Montreuil-sur-Mer 1889) t.IV, p.215; t.V, p.5, 31.
LE VASSEUR, L., *Ephemerides Ordinis Cartusiensis* (Montreuil-sur-Mer 1892) t.IV, p.419s.
Martyrologium romanum, o.c., 607, n.7*; 673.
TROMBY, D., *Storia critico-cronologica diplomatica del patriarca S. Brunone e del suo ordine cartusiano* (Neapel 1777) t.VI, p.43, 91.
TURCK, F., «Beatriz v. Ornacieu»: *Lexikon für Theologie und Kirche* 2 (1958) c.86.
NB: Quiero dejar constancia aquí y ahora de mi gratitud a la Cartuja Santa María Benifasar, de Puebla de Benifasar, Castellón de la Plana *(Vinaroz)*, España, por las notas inéditas que sobre la Beata Beatriz amablemente me suministró el 19 de febrero de 2005.

SAN PEDRO YI HO-YONG
Mártir († 1838)

Con gran gozo e ilusión viajó el papa Juan Pablo II a Corea en mayo de 1984 para canonizar en Seúl a los ciento tres mártires de las persecuciones de 1839-1846 y 1866-1867 cuyos martirios habían podido quedar bien estudiados y comprobados y se podía pasar por ello, luego de que fueran beatificados en dos grupos el 5 de julio de 1925 y el 6 de octubre de 1968, a su canonización. Y se ha puesto como fecha inicial de la primera de estas dos persecuciones la de 1839 pero la verdad es que el primero cronológicamente de los mártires canonizados aquel día murió en la cárcel de Seúl el año antes, concretamente el 25 de noviembre de 1838. Luego de que en este *Año cristiano* nos hayamos ocupado repetidamente de este escogido plantel de testigos de Jesucristo, ahora queremos dedicarle una biografía extensa al primero de los miembros de la Iglesia de Corea que, tras morir por Jesucristo, alcanza con sus compañeros la suprema gloria de los altares.

Este mártir es San Pedro Yi Ho-yong, seglar y catequista, de 35 años, cuya vida y martirio vamos a esbozar en estas páginas. Su lugar de nacimiento fue Ichon, en la provincia de Kyonggi, y

su fecha de nacimiento el año 1803, y por tanto cuando ya se habían producido numerosos martirios, que sin embargo aún no han sido sancionados por la Iglesia con la beatificación de sus protagonistas. Cuando él nace en el seno de la familia Yi, sus padres tenían ya una hija de 18 años, que tendría el nombre cristiano de Águeda y sería mártir también, y que para entonces estaba casada con un joven de su edad. A la hermana le sentó muy bien el nacimiento de este hermano, que podía ser su hijo. Y cuando un año más tarde muere el padre de ambos y el esposo de ella, Águeda, triste y sola, se vuelca en este hermano pequeño, obteniendo licencia para dejar la casa de sus suegros y volver a su casa paterna. Aquí se entera de que su madre, que había sido catecúmena católica, pero que no venía practicando la religión, había bautizado a su padre en el trance de la muerte; a ella le pareció muy bien la conducta de su madre, porque con el bautismo su padre había tenido una muerte en paz. Ella empezó a estudiar la doctrina católica y en cuanto su hermanito se abrió a la vida, ella se la inculcó. Por otro lado, ella tuvo que trabajar para sostener a su madre y a su hermano, ya que su padre había dejado una muy escasa fortuna. Afrontando su pobreza, la familia daba ejemplo de verdaderos sentimientos cristianos. Es un hecho que ambos hermanos fueron bautizados y recibieron los nombres de Águeda y Pedro, pero se ignora qué catequista los bautizó. No había sacerdotes en Corea desde el martirio en 1801 del P. Chu Mun-mo. Tampoco se sabe cuándo y por qué la familia se fue desde su pueblo natal a la capital del país. Pero es un hecho seguro que lo hizo. Se establecieron en un barrio pobre y allí vivieron con su habitual modestia. Pedro empezó a frecuentar el trato de Pablo Yi Kyong-on que se convirtió en su maestro de vida cristiana hasta su arresto años más tarde. Su martirio le sirvió a Pedro para afianzarse en su religión y decidir perseverar en ella hasta la muerte.

La historia del matrimonio de Pedro no deja de ser curiosa. En 1832 contrajo matrimonio con una chica que, siendo ella pagana, se la habían llevado algunos católicos pensando que estaba poseída del demonio y que Pedro con sus oraciones podía librarla. Pedro oró mucho por ella, le enseñó la doctrina cristiana, y ella, a medida que aprendía el catecismo y practicaba

los mandamientos, iba calmándose e iban desapareciendo los aparentes signos de posesión diabólica. La chica deseó quedarse a vivir con la familia Yi y fue entonces cuando Pedro decidió hacerla su esposa. Ambos se esforzaron en llevar una vida sinceramente cristiana.

En 1834, Pedro, como los demás católicos de Corea, tuvo la dicha de que llegara a Seúl un sacerdote católico procedente de China, el P. Yu Pang-che, el cual pudo dar la primera comunión a montones de fieles, bautizados por los catequistas los años anteriores y que no habían tenido nunca la oportunidad de recibir la sagrada eucaristía. Pudo, pues, Pedro confesar y comulgar por primera vez. El sacerdote eligió a Pedro para catequista, pese a ser todavía joven, y Pedro desempeñó este encargo con gran celo.

En febrero de 1835 él tuvo un extraño sueño, que interpretó como un anuncio de su futuro martirio, y así lo comunicó a algunas personas, sucediendo que pocos días más tarde al llegar a su casa se encontró con que la policía lo estaba esperando y, sin poder escapar de ninguna forma, cayó en sus manos. Fue arrestada también su hermana Águeda, y su madre se desvaneció al ver a sus hijos presos. La policía, no obstante, tomaba también presa a la esposa de Pedro y él suplicó que la dejaran libre para que cuidara de la pobre anciana, lo que se consiguió. Al día siguiente fue interrogado y torturado, lo mismo que su hermana. Ambos reconocieron ser católicos, y entonces se les pidió que abjuraran de la fe y que dieran los nombres de los otros cristianos. Ellos se negaron firmemente y por ello fueron torturados bárbaramente, pero ni una palabra salió de sus labios. Pedro confortó a su hermana para que resistiera en medio de los terribles dolores y ella lo llenó de gozo con su heroica perseverancia. Viendo la tenacidad de Pedro se le invitó a hacer una abjuración disimulada, pero Pedro se negó. Volvieron a torturarle y él indicó que si gritaba mientras lo torturaban, ello no era de ningún modo signo de apostasía. Pero no gritó. Entonces se decidió mandar a ambos hermanos a juicio.

Era el mediodía cuando ambos hermanos comparecieron ante el tribunal. El juez les dijo que cómo era que se habían adherido a un camino del demonio. Ellos respondieron que no

era del demonio el camino que habían tomado, pues la persona que obedece los Diez Mandamientos honra al rey, obedece a sus padres y ama a los demás como a sí mismo. Y en todo ello no hay nada contra la verdadera piedad. Le preguntaron a Pedro si sabía leer en chino y dijo que no. Le insistieron en que entonces cómo había aprendido la doctrina cristiana. Y Pedro dijo que la enseñanza cristiana estaba traducida al coreano y que los caracteres de esta lengua sí los sabía leer. Se le dijo que negándose a ofrecer sacrificios a sus padres y antepasados se portaba como un perro o un cerdo y que si iba a preferir morir antes que renegar del cristianismo. Pedro dijo que los sacrificios de que el juez hablaba estaban faltos de sentido y que apartarse de ellos era seguir el camino de la verdad. Les habló de la inanidad de los sacrificios paganos y de la espiritualidad del alma, y que de la misma manera que no es traidor el que da la vida por su rey, así no es traidor el que da la vida por su Creador, que es el Rey de reyes y Padre de todos. Se le replicó que de todas formas la religión cristiana estaba prohibida y que parecía insensato negar sacrificios a los padres y antepasados. A ello replicó Pedro que siendo Dios el único todopoderoso, es a Dios a quien hay que ofrecer sacrificios, y que los católicos ofrecen el sacrificio por los difuntos pero no a los difuntos. Se le preguntó quién le había enseñado la doctrina cristiana y él dio el nombre de su maestro Yi, ya para entonces martirizado. Y se negó firmemente a cambiar de resolución. Se le dijo que iba a morir pero que antes sería nuevamente torturado, y así sucedió, quedando su cuerpo muy maltrecho. Todavía otras dos veces debió comparecer a juicio antes de que fuera finalmente condenado a muerte. Se le pidió que suscribiera la sentencia como justa, y él dijo que no la firmaba porque contenía insultos a la religión cristiana, pero por orden del juez los guardias le cogieron la mano y lo forzaron a poner su signo al final de la sentencia.

Mientras la sentencia era enviada al rey para ser confirmada, Pedro fue retenido en la cárcel. Se dedicó a la oración y se mostró siempre manso, humilde y lleno de dignidad. Su conducta impresionó de tal modo a su compañero de celda que éste se sintió atraído al cristianismo y Pedro aprovechó los días de su detención para prepararlo al bautismo. Gracias a un cristiano

llamado Ho Tae-bok, que tenía alguna influencia, pudo contactar con su hermana y con el mundo exterior. Pudo escribir una carta de cuyo contenido se conserva un fragmento y obtuvo de los guardas en más ocasiones encontrarse con su hermana. Ambos deseaban ser martirizados el mismo día. Pero los designios de Dios eran otros.

Pedro enfermó en la cárcel. Las miserias y dolores de los años de la prisión arruinaron su salud. Él se vio enfermo y caminando hacia la muerte. Hubiera deseado morir a espada pero dijo que se conformaba con la voluntad de Dios, y así vino a morir de agotamiento el 25 de noviembre de 1838. Su hermana Águeda sería decapitada el 24 de mayo del siguiente año 1839 (cf. su biografía en dicha fecha). Los dos han sido canonizados y brillan en el cielo de la Iglesia como estrellas de la mejor y más verdadera fraternidad.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 17 (1925) 262-263; 80 (1988) 1375-1381.
Bibliotheca sanctorum. IV: *Ciro-Erifrido* (Roma 1964) cols.176-178.
The Korean Martyr Saints, Founders of a Church (Seúl 1989).
Revue d'Histoire des Missions 2 (1925) 481-506.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN MOISÉS DE ROMA
Presbítero y mártir († 251)

Moisés era presbítero de la Iglesia romana y, a la muerte del papa San Fabián el 20 de enero de 250, quedó con Novaciano al frente de la comunidad cristiana, y por eso él firma la correspondencia con la Iglesia de Cartago. Encarcelado poco después con otros clérigos, escribió a San Cipriano de Cartago. Éste le contesta a él y a Máximo, otro presbítero preso, diciéndoles que «la gloria de vuestra fidelidad y fortaleza, fortísimos y beatísimos mártires, hace tiempo que la conocía por la fama... Vosotros, en efecto, convertidos en avanzada y capitanes de la guerra que ha estallado en nuestro tiempo, habéis enarbolado las ban-

deras de la celeste milicia. Vosotros, con vuestros actos de valor iniciasteis este espiritual combate que Dios ha querido se dé ahora. Vosotros, con inconmovible fuerza, con inquebrantable fortaleza, aguantasteis las primeras acometidas de la guerra incipiente. De ahí vinieron los felices principios de la lucha. De ahí comenzaron los auspicios de la victoria...».

Por su parte Moisés y los demás confesores de la fe se dirigieron a San Cipriano y le dijeron que su carta «nos ha llegado como señalado consuelo que nos ha levantado el ánimo y procurado alivio a nuestro dolor. Por donde ya podemos entender que no por otra causa ha querido la gracia de la Providencia tenernos tanto tiempo encerrados en la cárcel sino para que, instruidos y más fuertemente armados con tu carta, llegáramos con más ferviente deseo a la corona que nos está destinada».

En la carta se muestran de acuerdo en que los lapsos, es decir aquellos que habían sacrificado por debilidad a los ídolos, ahora pudieran reconciliarse pero haciendo una conveniente penitencia. San Cipriano respondió a esta carta con una misiva llena de sabiduría y caridad, animándolos y elogiándolos.

Modernamente se ha querido fijar el martirio de San Moisés a comienzos del 251 pero por otro lado se dice que permaneció fiel al papa San Cornelio y no se dejó arrastrar por el cisma de Novaciano. Ahora bien: la elección de San Cornelio fue en marzo del 251, y por ello, si hubiera muerto en enero, San Moisés no habría conocido a Cornelio como Papa. También se ha hecho notar que su nombre falta en los martirologios antiguos. La fecha de su memoria es el 25 de noviembre.

SAN PEDRO DE ALEJANDRÍA

Obispo y mártir († 311)

Pedro fue elegido obispo de Alejandría el año 300 como sucesor de Teonás y rigió santamente la Iglesia alejandrina hasta su martirio el 25 de noviembre del 311. Era el 16.° sucesor de San Marcos en la sede alejandrina. Los tres primeros años de su episcopado disfrutó de paz, pero en 303 empezó la persecución, y Pedro decidió no ocultarse sino permanecer en su puesto al frente de los fieles, adoctrinándolos con la sana doctrina,

oponiéndose al cisma de Melecio de Licópolis, y tomando una posición equilibrada en el asunto de los lapsos. Con su vida santa y ascética alentaba a los fieles a perseverar en la fe y a ser fieles a Cristo. Su autoridad doctrinal fue grande y posteriormente se apelará a sus escritos como fuentes de la verdadera fe. Se cuenta de él que en la cárcel tuvo la visión del niño Jesús con la túnica rota y que, al preguntarle qué significaba aquello, se le dijo que había sido Arrio el que había roto la túnica de Jesús y que por ello no debía ser admitido a la comunión de la Iglesia. Pedro murió mártir en el año noveno de la persecución siendo decapitado. Su culto es muy antiguo. Se conmemoran con él otros tres obispos egipcios, Hesiquio, Pacomio y Teodoro, y otros muchos mártires de aquel tiempo.

BEATA ISABEL ACHLIN

Virgen († 1420)

Nace en Waldsee, Würtenberg, el 25 de noviembre de 1386 en el seno de una modesta familia. Educada cristianamente por sus padres, su bondad hizo que empezaran a llamarla Isabel la buena. A los 14 años y por consejo de su director espiritual, el P. Conrado Kügelin, canónigo regular de San Agustín, viste el hábito de las terciarias franciscanas, y para que pueda mejor servir a Dios se la recomienda a una terciaria, que era tejedora, la cual la lleva consigo a su casa y viven las dos una vida de oración, trabajo, austeridad y buenas obras. Por fin decide ingresar en el monasterio de terciarias regulares franciscanas de Reuthe. En el claustro vive la vida religiosa con gran entrega y rigor, practicando austerísimas penitencias y meditando asiduamente en la pasión del Señor y teniendo una gran vida interior. Padece con gran paciencia una enfermedad corporal parecida a la lepra y se cuenta de ella que recibió el carisma de la estigmatización. Se le atribuye el don de milagros, el de leer los corazones y el de predecir el futuro. Concretamente, se le atribuye haber anunciado el fin del cisma de Occidente en el Concilio de Constanza y la elección de Martín V. Llena de virtudes y méritos pasó al Padre el 25 de noviembre de 1420. Su culto fue confirmado el 19 de julio de 1788 por el papa Clemente XIII.

BEATOS JACINTO SERRANO LÓPEZ Y JAIME MESEGUER BURILLO

Presbíteros y mártires († 1936)

JACINTO SERRANO LÓPEZ nace en Urrea de Gaén, provincia de Teruel y arzobispado de Zaragoza, el 10 de julio de 1901. Huérfano de madre a poco de nacer y de padre a los seis años, opta a los doce por la vida religiosa e ingresa en la escuela apostólica de la Orden de Predicadores en Solsona. De ahí pasará al noviciado y pronunciará los votos religiosos en 1917; haciendo la profesión solemne en 1920 y ordenándose sacerdote el 5 de abril de 1924. Es llamado a ejercer la docencia en el seminario menor dominicano de Calanda y en el Estudio general de Valencia. Estudia en la Universidad y se licencia en Física y Química. Proyecta su apostolado en el ejercicio del ministerio como predicador, dando conferencias apologéticas, tan oportunas entonces. Dirige la revista *Rosas y Espinas.* Colabora en la *Revista Contemporánea,* y se le confía la dirección de la Asociación de la Beata Imelda. En esta asociación se hacía una magnífica obra de catequización y ayuda a los niños más pobres, a cargo de las señoritas miembros de la misma. Es elegido vicario provincial. Llegada la revolución de julio de 1936 se ocupa de la evacuación a Francia de los religiosos, pero él permanece en Barcelona atento a las vicisitudes del resto de los religiosos. Por fin es arrestado a mediados de noviembre de aquel año por unos paisanos suyos que se desplazaron desde Urrea. Es encerrado unos días en el castillo de Montjuich; luego es trasladado a La Puebla de Híjar, encarcelado y sometido a interrogatorio. Llevado a fusilar se volvió a quienes le iban a matar y gritó con mucha fuerza: «Viva Cristo Rey».

JAIME MESEGUER BURILLO nace en Híjar, Teruel, el 1 de mayo de 1885. Ingresa en el convento de la Orden de Predicadores en Corias (Asturias) y en 1905 es ordenado presbítero en Salamanca. Se encontraba en Barcelona cuando empezó la revolución. Se esconde durante casi cuatro meses en casas de amigos. A finales de noviembre es asesinado con otros detenidos en la cárcel de El Clot.

Fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

26 de noviembre

A) Martirologio

1. En Roma, en la Via Salaria nueva, San Siricio († 399), papa *.
2. En Adrianópolis (Paflagonia), San Alipio († ca. 610), diácono y estilita.
3. En Constanza (Suiza), San Conrado († 975), obispo *.
4. En Lacedemonia (Peloponeso), San Nicón († 998), monje.
5. En Villafratta (Véneto), San Belino († 1147), obispo de Padua, mártir *.
6. En el monasterio de canónigos regulares de Sixt (Saboya), San Poncio de Faucigny († 1178), un tiempo abad de Abondance *.
7. Junto a Fabriano del Piceno (Italia), San Silvestre Guzzolini († 1267), abad, fundador de la Congregación de Monjes Silvestrinos **.
8. En Apt (Provenza), Beata Delfina († ca. 1360), esposa de San Elzear de Sabrán *.
9. En York (Inglaterra), beatos Hugo Taylor, presbítero, y Mamarduco Bowes († 1585), mártires en el reinado de Isabel I *.
10. En Bisignano (Calabria), Beato Humilde (Lucas Antonio) Pirozzo († 1637), religioso franciscano *.
11. En Roma, San Leonardo de Porto Mauricio († 1751), presbítero, religioso franciscano **.
12. En Nam-Dinh (Tonkín), santos Tomás Dinh Viet Du y Domingo Nguyen Van (Doan) Xuyen († 1839), presbíteros, de la Orden de Predicadores, mártires *.
13. En Bassano del Grappa (Italia), Beata Cayetana Sterni († 1889), viuda, fundadora de la Congregación de Hermanas de la Divina Voluntad **.
14. En Roma, Beato Santiago Alberione († 1971), presbítero, fundador de la Pía Sociedad de San Pablo **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN SILVESTRE GUZZOLINI
Abad († 1267)

En los inicios del siglo XIII la Iglesia asistió a un nuevo renacer de las órdenes religiosas, especialmente dedicadas al bien de los hombres, mediante la creación por parte de Santo Domingo de Guzmán y Francisco de Asís de sus entusiastas hermandades. Y podría preguntarse si se había agotado ya la savia que durante tantos siglos había hecho renacer una y otra vez la estirpe de los monjes cenobitas. Quizá podría haber algo de verdad en esto; pero un animador como San Silvestre, en las Marcas, supo galvanizar y renovar vigorosamente una nueva familia monástica enraizándola en sus orígenes.

Nació Silvestre hacia 1177 en Ósimo, cerca de Loreto y Ancona. Su padre, Guislerio de Jacopo, era jurisconsulto y su madre se llamaba Blanca Guislieri. Pertenecía a una antigua familia noble llamada «Guzzolini». Su padre lo envió a Bolonia y a Padua para seguir la carrera de leyes. Sin embargo no era ésta la afición de Silvestre, que se sentía sin ánimos de aprender el Derecho y en cambio se embarcaba en largas horas de lectura y estudio de la Sagrada Escritura y de la Teología. El sentido de lo sagrado, el interés por la ciencia de Dios, y el deseo de transmitir lo que aprendía en los libros lo impulsaron a tomar el estado eclesiástico, lo que suscitó la cólera paterna que rompió con el hijo que, según sus deseos, tan inoportunamente eludía continuar la tradición familiar.

Silvestre ingresó entonces en el cabildo de la catedral de Ósimo para dedicarse especialmente a la predicación. Carácter íntegro, no siendo precisamente época en que la jerarquía diese sus mejores muestras de dedicación y santidad ante el pueblo, llegó el momento en que tuvo que enfrentarse con su obispo por haber tenido que reprender su conducta desde el púlpito. En este caso no hay que descartar tampoco el elemento de las facciones políticas propias de la época dentro de la ciudad de Ósimo; el caso es que Sinibaldo, el prelado local, le mostró su animadversión. Estos problemas «terrenos», amén de una visión espiritual en la que Silvestre echaba de menos la considera-

ción de la superioridad de lo divino sobre lo humano, de lo celestial sobre lo terrestre, y la sobreabundancia de la vanidad y la ambición sobre la pobreza y la humildad, le hicieron entrar en sí y preguntarse si valía la pena enfrentarse en continuas polémicas y en quehaceres que superaban su saber. Sintió que Dios le llamaba a una forma de vida más interior, a la soledad, al desierto, como a los antiguos monjes anacoretas. Tomada la resolución, algunos cuentan que ante la vista de un cadáver, huyó de Ósimo un día del año 1227 a sus cincuenta años de edad.

Su primer lugar de retiro fue Gola de Rossa en el pre-apenino de las Marcas; allí llevó una vida de asidua oración y ásperas penitencias, reduciendo el alimento a lo mínimo posible. Y siempre en busca de una soledad más remota se trasladaba de gruta en gruta cada vez más inaccesibles; la última de ellas fue la de Grottafucile, donde con el tiempo levantaría un pequeño monasterio hoy prácticamente desaparecido. En 1228 recibió la visita de dos legados de Gregorio IX en visita apostólica por las iglesias vecinas, los dominicos Ricardo y Bonaparte, que le invitaron a adherirse a una de las órdenes ya aprobadas; ellos mismos le enviaron su primer discípulo, Felipe de Recanati. Silvestre optó por la Regla de San Benito. Esta elección fue el resultado de una búsqueda intensa y espiritual en la que, al final, según se cuenta, tuvo una visión en la que el mismo San Benito le animó y consoló en sus afanes de alcanzar la perfección. Pero, aun aceptando la Regla benedictina, el monacato de Silvestre hizo hincapié en una más acentuada vida de soledad, sencillez y austeridad en relación con la pobreza y simplicidad de la población que circundaba el monasterio. Silvestre fue, por lo tanto, hijo de San Benito, y la más antigua imagen que de él se conoce es una en la que se le representa al lado del Patriarca de Montecasino en el tríptico de Segna, hoy en el museo Metropolitan de Nueva York. La rama silvestrina formará una congregación llamada «Orden de San Benito de Montefano» aprobada por Inocencio IV en 1248.

En 1231 Silvestre deja Grottafucile y encuentra un lugar más apropiado para edificar un monasterio mayor en Monte Fano cerca de Fabriano. Lo levanta en unos terrenos ofrecidos para ello por unos devotos paisanos del entorno, cerca de una

fuente (o riachuelo) llamada Vembrici. Pronto el monasterio empieza a recibir más y más vocaciones para ser educadas en el camino de oración, de la lectio divina, del trabajo y de la acogida de los huéspedes y peregrinos, convirtiéndose para todos en padre espiritual y maestro de vida. Muchos de sus discípulos alcanzaron un alto nivel de vida espiritual e incluso son venerados como beatos en la Iglesia, como Juan del Bastone y Hugo de Atti, patrono de Sassoferrato.

Tras la aprobación pontificia la congregación se difunde rápidamente y en pocos años ya están fundados y consolidados más de diez monasterios. Con todo, Silvestre, a pesar de su amor a la soledad, no olvida su deseo de catequizar e instruir al pueblo, tan necesitado de buenos predicadores que iluminen el camino de la salvación por las sendas del Evangelio. Predica en las iglesias vecinas de Fabriano y la gente corre a oír al hombre de Dios y a pedirle que les encomiende al Señor en sus oraciones. En estas ocasiones más de una vez ocurren hechos milagrosos, signos siempre de su compasión y de su caridad para con los más necesitados: curación de ciegos y cojos, extinciones de fuegos, conversión del agua en vino, liberación de los malos espíritus, y hasta tiene tiempo para alargar milagrosamente una viga que había sido mal cortada y que había que colocar en un techo del monasterio.

Silvestre es un testigo ejemplar de la espiritualidad del siglo XIII. Nutrido espiritualmente con la Palabra de Dios, medita frecuentemente la Pasión de Cristo hasta llegar a sentirse trasladado en espíritu a Jerusalén junto al sepulcro del Señor. Sobresale también por su devoción a la Eucaristía y a la Madre de Dios en la que siempre confía como «Reina de la misericordia». María lo colma de gracias singulares: le ayuda a levantarse cuando cae por las escaleras y lo lleva en un instante a su celda; o cuando, estando solo y enfermo, es la misma Madre de Dios la que le trae la comunión a su lecho, escena que fue plasmada maravillosamente en lienzo por Claudio Ridolfi en 1632.

Tras una larga vida entregada a Dios, su vuelta definitiva a la casa paterna le llega en el atardecer del 26 de noviembre de 1267, a los pocos días de haber padecido unas fuertes fiebres. Un ermitaño que vivía en un monte no muy lejano lo ve subir a los cielos entre coros de ángeles. Otros discípulos suyos que es-

taban en monasterios lejanos vieron el Monte Fano completamente iluminado en aquella misma hora en que Silvestre partía para el cielo. Desde entonces el sepulcro de Silvestre es objeto de gran veneración, pues allí encuentran los fieles gracias y ayudas sin cuenta para todas sus necesidades.

La obra de Silvestre continúa hoy en sus hijos que viven repartidos por todo el mundo. Juntos forman la congregación benedictina silvestrina, bajo un abad general que es considerado el sucesor de San Silvestre. Del Monte Fano e Italia sus hijos han saltado a Skri Lanka, Australia, Filipinas y Estados Unidos de América del Norte. A todos ellos Silvestre les recuerda que han de vivir como hijos de Benito en una búsqueda apasionada de Dios, no anteponiendo nada al amor de Cristo, en la oración, en la lectura de la Escritura sagrada, en el trabajo y en la caridad fraterna.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* XI: *Novembre* (París) 900-902.

PELLICCIA, G. - ROCCA, G. (dirs.), *Dizionario degli istituti di perfezione,* VIII (Roma 1988) 1520-1523.

PÉREZ DE URBEL, J., *Año cristiano,* IV (Madrid 1940).

SAN LEONARDO DE PORTO MAURICIO

Presbítero († 1751)

El 17 de marzo de 1923 Pío XI nombraba celestial patrono de los sacerdotes que se dedican a las misiones populares a San Leonardo de Porto Mauricio, «solícito y valiente pregonero de la divina palabra, escogidísimo obrero en la viña del Señor». Émulo de San Vicente Ferrer, protector de sus misiones, fue puesto por la divina Providencia en aquel siglo XVIII racionalista, frívolo y decadente, «el más bajo de los siglos», para predicar a Jesús crucificado y renovar la piedad, atenazada por el jansenismo hipócrita y frío.

Nació en Porto Mauricio (hoy Imperia), en la azul Riviera italiana, el 20 de diciembre de 1676 en un hogar de honrados

marinos. Niño serio y piadoso, fue enviado a los trece años a Roma, cursando los estudios de humanidades, retórica y filosofía en el célebre colegio romano, al mismo tiempo que, como congregante de los oratorios filipinos y del padre Caravita, adquiría una sólida formación espiritual. A los veintiún años, sin titubeo alguno, siguió la voz del Señor, que le llamaba al estado religioso, vistiendo el hábito franciscano el 2 de octubre de 1697 en la provincia reformada romana. Ordenado sacerdote el 23 de septiembre de 1702 y destinado a la enseñanza de la filosofía, cayó enfermo de una grave afección pulmonar, cuya curación, cinco años más tarde en su país natal, atribuyó a la Santísima Virgen, dedicándose inmediatamente de lleno al ministerio de la predicación. Trasladado en 1709 al convento de San Francisco al Monte, de Florencia, trabajó incansable en el establecimiento y organización de los conventos-retiros de la Orden, donde una selección de religiosos, observantísimos entre los observantes, vivían la pureza de la regla franciscana en un intransigente aislamiento del mundo. Nombrado guardián del retiro de San Francisco al Monte, que gobernó nueve años, logró fundar en 1717 un «super-retiro» en la cercana colina del Incontro, dotándole de unos estatutos calcados en el austerísimo espíritu de San Pedro de Alcántara y del Beato Buenaventura de Barcelona.

En este eremitorio, que llevaba el sugestivo nombre de «la Soledad del Encuentro», San Leonardo redactó aquel mismo año sus *Propósitos,* férreo programa detallado y razonado de su lucha por la perfección, que define «trato íntimo y comercio interior con Dios Uno y Trino». Poniendo como fundamento la desconfianza en sí mismo, se crea una inaccesible zona de seguridad, «una soledad mental llamada por mí País de la Fe, donde en olvido de todas las criaturas hablaré y conversaré con Dios». Armazón del edificio espiritual son las tres obras principales del día: la santa misa, precedida de la confesión y celebrada siempre con cilicio; el oficio divino, meditando la pasión del Señor; la oración mental, «mi pan cotidiano», que extendía a todas las horas libres de la jornada. Con el «cuchillo de la mortificación» a la mano, San Leonardo fija el método ascético de adquisición y ejercicio de las virtudes teologales, votos monásticos y virtudes

de religión, humildad, caridad con el prójimo y modestia; detalla las prácticas piadosas del día y las especiales de cada semana y mes, y reglamenta sus devociones predilectas: la pasión del Señor, que «meditaré día y noche»; el ejercicio del vía crucis, «que introduciré sin perdonar fatiga y aun lo impondré frecuentemente por penitencia»; la devoción a la Santísima Virgen, «cuyo sermón predicaré con especial fervor», llevando además por toda la vida, en memoria de sus siete dolores, una cruz con siete puntas sobre el pecho. Cada obra ha de llevar la etiqueta de la pureza de intención, la «nata del amor de Dios»; cada transgresión será castigada con el rezo del «Miserere» o una cruz en tierra con la lengua. Para la renovación de la pureza de intención y petición de la ayuda divina se propone la jaculatoria «Jesús mío, misericordia», que repetía millares de veces al día y recomendaba insistentemente a sus dirigidos y misionados. «El sello de todos estos mis propósitos —termina— será la presencia continua de Dios», para lo cual se ayudará de la mencionada jaculatoria y de un ingenioso recurso nemotécnico a los dedos de la mano.

No se trata del cuaderno de un novicio fervoroso; estos 66 propósitos eran la experiencia y ejercicio de veinte años de religioso perfecto. Cinco veces los revisó y copió, poniéndolos a la firma del confesor para tener el mérito de la obediencia. La última ratificación y copia en 1745, a los sesenta y nueve años de edad, testifican la plena validez y eficacia de este manualito privado de ascética y mística, cuya observancia, minuto a minuto, llevó a nuestro santo a las más altas cumbres de la santidad.

La fórmula de la espiritualidad de San Leonardo consistió en la equilibrada combinación de contemplación y acción. O como decía él mismo al definir su vocación: «Misión, estando siempre ocupado por Dios; soledad, estando siempre ocupado en Dios». Eterno ermitaño en su corazón, abandonaba la paz conventual para «la campaña contra el infierno», como llamaba a las misiones populares, el género predilecto de su apostolado, comenzado ya en 1708. Compuestos al principio su *Cuaresma* y los *Sermones de misión,* no se cuidó de renovarlos, y repitiéndolos apenas retocados en los mismos lugares —en Roma cerca de

veinte veces—, los efectos fueron siempre maravillosos. Con un lenguaje sencillo y directo —una perla rara en aquella época del ridículo y huero barroquismo oratorio—, exponía los novísimos, la gravedad del pecado, los males del escándalo, atacando con especial vehemencia e ironía al chichisbeo, el típico y pecaminoso galanteo de aquel siglo sensual y morboso. Personalmente con los pecadores era sereno, jovial y benigno, poniendo en una buena confesión el fin principal de las misiones.

Práctico y organizador, como auténtico genovés, compuso en 1712 el reglamento de misiones, que substancialmente, y aun en muchos detalles, coincide con el método corriente de las actuales misiones populares. Cada misión solía durar de quince a dieciocho días, comenzándose con la entrega del gran crucifijo, que plantaba en el palco o púlpito y señalaba patéticamente al pueblo: «He aquí el compendio de cuanto os vamos a predicar en estos santos días: Jesús crucificado». No se desdeñaba de hacer un moderado uso de piadosos recursos externos para crear y mantener el clima de misión, como tomar la disciplina interrumpiendo el sermón, la procesión de penitencia con el impresionante cuadro del «condenado», las procesiones del entierro de Jesús y de Nuestra Señora del Bello Amor, el lúgubre toque de la «campana del pecador» a las nueve de la noche. La misión terminaba con la solemne erección del vía crucis, «gran batería contra el infierno», de los que erigió 576. En días sucesivos daba pláticas al clero y ejercicios espirituales a las religiosas, forma de apostolado que, como igualmente la dirección espiritual, cultivó con abnegación y esmero. Sigilosamente se retiraba después al retiro más cercano «a predicar la misión a fray Leonardo», es decir, a intensificar su vida de penitencia y de unión con Dios.

Es imposible seguir el itinerario de sus cuarenta y cuatro años de misionero, en los que recorrió con los pies descalzos, sin sandalias, todos los caminos de la Italia del norte y central, dando 339 misiones, reseñadas en el diario de su inseparable compañero fray Diego de Florencia con la anotación de los prodigios obrados en ellas. Particularmente intensas y fructuosas fueron las misiones predicadas en Roma en el jubileo extraordinario de 1740, y, más tarde, en la preparación del Año

Santo de 1750, terminado con la solemne inauguración de las estaciones del vía crucis en el Coliseo el 27 de diciembre. Muy curiosas y accidentadas, pero plenamente logradas, las misiones de Córcega en 1744 ante auditorios frecuentemente armados de punta en blanco.

«Deseo morir en misión con la espada en la mano contra el infierno» —dice uno de sus propósitos—. Y así fue literalmente. Acabó su última misión el 24 de octubre de 1751 en las montañas de Bolonia; el 26 de noviembre, próximo a cumplir setenta y cinco años, moría en su amado retiro de San Buenaventura de Roma este «gran cazador del paraíso», como le llamaba su amigo Benedicto XIV. Anticipándose en más de un siglo a la «lluvia de rosas» de Santa Teresita, había escrito con fuerte estilo misional: «Cuando muera revolucionaré el paraíso y obligaré a los ángeles, a los apóstoles, a todos los santos, a que hagan una santa violencia a la Santísima Trinidad para que mande hombres apostólicos y llueva un diluvio de gracias eficacísimas que conviertan la tierra en cielo».

Fue beatificado el 19 de junio de 1796 y canonizado el 29 de junio de 1867. La iconografía le muestra con el crucifijo misionero en el pecho o en el acto de mostrarlo al auditorio, emblema merecidísimo de este gran propagador del vía crucis y predicador incansable de Jesús crucificado, «principio y fin de toda nuestra obra».

ISIDORO DE VILLAPADIERNA, OFMCap

Bibliografía

GUASTI, C., *Vita di San Leonardo da Porto Maurizio* (Milán 1951).

LEONARDO DA PORTO MAURICIO (SAN), *Opere complete,* 13 vols. (Roma 1853-1854); (Venecia 1868-1869, 5 vols.); completados con tres nuevos volúmenes de inéditos editados por B. INNOCENTI, OFM: Quaracchi 1915, Arezzo 1925 y 1929.

— *Discurso sobre el vía crucis* (Murcia 1915).

— *Una misa más o menos ¿poco importa?* (Barcelona 1898).

— *Propósitos* (Tournai 1907).

— *El Tesoro escondido ó Breve instrucción sobre la Santa Misa* (Einsiedeln 1903).

MASSERANO, G. M., OFM, *Vita di San Leonardo da Porto Maurizio, missionario apostolico dei Minori riformati del ritiro di San Bonaventura di Roma...* (Roma 1867).

RAFFAELE DA ROMA, OFMR, *Vita del servo di Dio padre Leonardo da Porto Maurizio...* (Roma 1754).

— *Vita del b. Leonardo da Porto Maurizio missionario apostolico dei Minori Riformati del ritiro di S. Bonaventura di Roma* (Roma 1853).

SCHMIDT, I., OFM, «Bibliografia di S. Leonardo da Porto Maurizio»: *Archivum Franciscanum Historicum* 40 (1947) 208-275.
Studi Francescani 24 (1952), monográfico sobre la espiritualidad y apostolado de San Leonardo da Porto.

BEATA CAYETANA STERNI
Virgen († 1889)

Atestigua la carta a los Hebreos que el Hijo de Dios, en entrando en este mundo, se dirigió desde su humanidad al Padre para decirle que venía dispuesto a hacer la divina voluntad (Heb 10,10). Y asegura que en virtud de esa voluntad humana de Cristo que se adhiere de forma perfecta a la voluntad divina nosotros somos santificados. Éste fue el ideal de Cristo a lo largo de toda su vida terrena, hasta el punto de manifestar que hacer la voluntad del Padre era su verdadero alimento (Jn 4,34), y por ello subrayó que había bajado del cielo no para hacer su voluntad sino la voluntad del Padre que lo había enviado (Jn 6,38), y así lo dejó totalmente de manifiesto cuando, enfrentado a su dolorosa pasión, la eligió porque ésa era la voluntad del Padre: «No se haga mi voluntad sino la tuya» (Lc 22,42). Por eso, al enseñar a orar a sus discípulos, les invitó a decir: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo» (Mt 6,10).

Seguidora heroica de la enseñanza y del ejemplo de Jesucristo anduvo por la senda de la voluntad divina la Beata Cayetana Sterni, fundadora de las Hermanas de la Divina Voluntad. Había nacido a este mundo en Cassola, de la diócesis de Padua, en Italia, el 16 de junio de 1827. Eran sus padres Giovanni Battista Sterni y Giovanna Chiuppani. Su padre administraba las fincas de la familia Mora, y allí el matrimonio podía vivir con bastante holgura criando cristianamente a los seis hijos con que Dios lo había bendecido. Al día siguiente de su nacimiento la niña Cayetana fue llevada a la parroquia local donde recibió el sacramento del bautismo. La primera educación la recibe en el seno de su casa, una educación plenamente imbuida de espíritu cristiano. Aprende a conocer y a amar a Dios nuestro Padre y a dirigir a él cada día su corazón.

La bonanza económica sin embargo duraría poco. Pues la familia se traslada en 1835 a Bassano del Grappa, en la diócesis

de Vincenza, y a poco sus condiciones económicas cambian radicalmente, comenzando a experimentar fuertes dificultades. Desde los 8 años Cayetana se ve obligada a echar una mano firme cada día en los trabajos domésticos, y ya desde tan tierna edad lo hace con voluntad y entrega. Les esperaban a los Sterni dolorosas experiencias, de las que hubo de participar Cayetana en la adolescencia. Su hermana mayor, Margarita, fallece con sólo 18 años y, poco después, es el padre el que fallece, dejando a la familia en una difícil situación. Su hermano Francisco, que podía haber aportado un sueldo a la familia, decide alejarse en seguimiento de su vocación artística. Cayetana se une a su madre estrechamente para aliviar con su cariño el dolor de la buena mujer. Muy pronto, con sólo 15 años, es una chica inteligente, sensible y madura, abierta a la vida. Guiada por su madre ha aprendido el valor de la oración y la frecuencia de los sacramentos. Llena de buen sentido y de una delicada feminidad, era muy apreciada en su hogar y la gente de su pueblo reconocía las buenas cualidades de la jovencita.

Y entonces llegó el amor. Como se ha dicho, era muy sensible y madura. Y un joven viudo se fijó en ella. Se llamaba Liberale Conte. Era un joven emprendedor y de muy buenas cualidades que, tras un feliz matrimonio en el que había tenido tres hijos, había pasado por la desgracia de quedarse viudo. Es verdad que necesitaba una nueva madre para sus hijos, pero se acercó a Cayetana movido por el amor que la joven le inspiraba. Cayetana se enamoró de él, se enamoró profundamente. Valoró su hombría de bien, el cariño que tenía a sus hijos, su trato delicado y afable, y decidió contraer matrimonio con él. El pariente que hacía de tutor de ella y de sus hermanos huérfanos no estaba de acuerdo, pero Cayetana venció su resistencia y, con licencia de su madre, el 7 de noviembre de 1842 contrajo matrimonio con Liberale. Desde el principio el matrimonio fue feliz, pues Liberale y Cayetana se amaban intensamente y ella supo ser enseguida una madre para los tres hijos de su marido. Ella llena el hogar de vitalidad, serenidad y alegría. Para colmo de felicidad Cayetana se da cuenta de que está esperando un hijo. Su marido y ella rebosan de alegría. Y un día, estando Cayetana haciendo su oración, como acostumbraba, tiene el presenti-

miento de que su felicidad humana durará poco y de que el Señor llamaría a sí a sus prendas más queridas. En un primer momento asoma por su alma un sentimiento como de desesperación, pero siente al mismo tiempo una fuerza misteriosa que la lleva a aceptar y a abrazarse a la voluntad de Dios. Y dice con convicción: «Sea lo que Dios quiera». Su presentimiento se cumplió: su queridísimo esposo fallecía de forma inesperada al poco tiempo, y ella quedó en la desolación. Se miraba a sí misma esperando un hijo y miraba el dolor de los tres pequeños de su marido, y se ofrece para seguir haciendo con ellos de madre. De momento siguen junto a ella, compartiendo todos el dolor por la ausencia del padre y esposo querido, pero la familia del marido no se resigna a que los pequeños queden para siempre con Cayetana. Empiezan las sospechas, las incomprensiones, las calumnias. Para colmo de dolor, el hijo que tiene Cayetana ya huérfano de padre fallece a los pocos meses de su nacimiento. A Cayetana todos los dolores la maduraban porque los recibía en la fe y en medio de ellos solicitaba conocer para poder abrazarse a la voluntad de Dios. Por fin Cayetana se ve obligada a entregar los niños a la familia de su marido, y decide regresar a la casa de su madre. Tenía entonces 19 años. Cayetana no guarda rencor. Se muestra llena de caridad y logrará la reconciliación con todos los familiares.

¿Qué hará Cayetana, tan joven y viuda? Les pareció a muchos que lo propio era que esperara una segunda oportunidad en la vida y estuviera abierta a contraer un nuevo matrimonio. Ella se hizo más asidua a la oración y su pregunta era siempre la misma: cuál era la voluntad de Dios con ella. Consultaba el estado del espíritu con su confesor y éste la animaba a estar disponible a lo que Dios quisiera. Y estaba en la oración cuando siente que Dios le dice que él será en adelante su único esposo. Admirada de este sentimiento lo consulta con su confesor, el cual le dice que entiende que viene de Dios, y que su vocación es la vida religiosa. Se llena de alegría interior al pensar que es Dios quien la quiere por esposa y resuelve ingresar en el convento de las canosianas allí en el pueblo donde vive. Es admitida y comienza el postulantado. Cinco meses de nueva felicidad: se sentía feliz en el convento. Pero su felicidad se trunca de

nuevo. Muere su madre y ella debe volver al hogar para hacerse cargo de sus hermanos pequeños.

Cayetana pasará ahora años en su casa cuidando de sus hermanos hasta que éstos puedan valerse por sí mismos. Pero ella estaba segura de que su situación en su casa materna era provisional, pues una voz interior, sentida ya en el postulantado, la avisaba de que lo que Dios quería definitivamente de ella era que se dedicara a los pobres del hospicio, una institución existente en aquella población y dedicada a acoger un centenar de víctimas de la vida desordenada y del vicio en su gran mayoría. Su confesor no termina de ver que ésta sea su verdadera vocación, pero ella la madura en la oración y logra que su confesor también lo vea. Por eso, en cuanto puede, deja su casa y se va al hospicio para vivir en él dedicada a su servicio. Era el 20 de septiembre del año 1853. Tenía Cayetana 26 años. Se entrega completamente al servicio de los pobres con infatigable caridad. En las noches vela junto al lecho de los moribundos, se ocupa en los servicios más humildes a los ancianos y enfermos, y su vida resplandece por la abnegación, la dulzura, la suavidad y la ternura, movida por la firme convicción de que servía a Dios mismo en cada pobre y necesitado.

El ejemplo de Cayetana cunde. Otras jóvenes desean unirse a ella en el servicio a los humildes. A los 33 años, con la aprobación de su confesor, Don Simonetti, ella hace el voto de donación de sí misma. Y comienza a ver cada día con más claridad que Dios la quiere fundadora de un nuevo instituto religioso que sirva a los pobres del Hospicio con el mérito de la vida religiosa. Se inspira en la doctrina y el ejemplo de San Francisco de Sales, a quien profesaba especial devoción, y con consentimiento de la superioridad eclesiástica empieza la vida común en 1865. Quiere que la congregación se llame de Hijas de la Divina Voluntad. El 29 de enero de 1872, fiesta de San Francisco de Sales, Cayetana con las primeras religiosas hace el acto de consagración a la Divina Voluntad. Queda ella como superioridad de la nueva institución religiosa. El obispo de Vincenza aprobó oficialmente las reglas de la congregación el año 1875.

Permitió el Señor que Cayetana pasara por una larga noche oscura del espíritu a lo largo de 17 años, lo que la llevó a una

perfecta abnegación de sí misma, y la preparó para hacer en 20 de enero de 1884 el voto de perfectísimo obsequio a la voluntad divina.

Cuando le llegó la hora de la muerte, Cayetana había consolidado su institución, que posteriormente se ha difundido por Europa, América y África. Sus hijas la amaban tiernamente como a una madre y la cuidaron en su dolorosa enfermedad, entregando su espíritu al Señor en Bassano del Grappa el 26 de noviembre de 1889.

Su fama de santidad provocó la apertura del proceso informativo diocesano, que se llevó adelante en Vincenza entre 1960-1964. Pasó el proceso a Roma y sus virtudes fueron declaradas heroicas el 22 de enero de 1991. El milagro se produjo en la persona de Arcángela de Ruggiero, la cual estaba moribunda a causa de una apendicitis gangrenosa, y fue curada por la intercesión celestial de Cayetana en octubre de 1963. Aprobado el milagro el 24 de abril de 2001, ese mismo año el 4 de noviembre procedió el Santo Padre Juan Pablo II a su beatificación.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 83 (1991) 615s; 94 (2002) 241s.

CAYETANA STERNI (SANTA), *Autobiografia di Madre Gaetana Sterni, fondatrice delle Suore della Divina Volontà* (Vincenza 1978).

http://www.vatican.va/news_services/liturgy/sai.../ns_lit_doc 200011104_beat-sterni

BEATO SANTIAGO ALBERIONE

Presbítero († 1971)

El fundador de la plural y fecunda Familia Paulina nació en San Lorenzo di Fossano (Cuneo, Italia) el 4 de abril de 1884. Su padre era Michele y su madre Teresa Alloco, pertenecientes a la clase social campesina, y tuvieron seis hijos, a los que decidieron educar en el santo temor de Dios, enseñándoles desde pequeños a amar y servir a Dios Nuestro Señor. Al día siguiente del nacimiento de Santiago lo llevaron a bautizar a la iglesia

parroquial del pueblo. Aquél era el cuarto de los hijos con que Dios bendecía su hogar.

En el clima de su hogar cristiano brotó muy pronto en el corazón del niño la semilla de la vocación sacerdotal que Dios depositaba en él. Luego de la enseñanza primaria, con solos doce años ingresa en el seminario de Bra, en el que estaría desde 1896 a 1900 y en el que demostraría una excelente conducta, que avaló su paso al seminario de Alba cuando ya contaba dieciséis años en 1900. Aquel año era Año Santo, proclamado por el papa León XIII, que había dirigido a la comunidad católica la encíclica —que impactó a Santiago— *Tametsi futura* y había de muchos modos iluminado el sendero por donde debía circular la Iglesia en su paso por el mundo. Era aquel año el último del siglo XIX, un siglo en el que la Iglesia había sufrido numerosas persecuciones y afrontado gravísimos problemas, y se veía la Cátedra de Pedro y con ella la Iglesia frente a un nuevo siglo, que había que abordar con responsabilidad y esperanza. Para muchas almas el último día del siglo viejo y el primero del siglo nuevo era un tiempo de oración, de plegaria, de reflexión ardiente, de acudir a Dios con confianza en su infinita misericordia para solicitar su ayuda imprescindible en medio de toda la problemática del tiempo. Aquélla fue la oportunidad en que el Señor hizo entrar a Santiago en la experiencia determinante de su vida. Oró cuatro horas seguidas ante el Santísimo Sacramento y proyectó a la luz de Dios su futuro. De la Sagrada Forma le vino una luz especial, sintiéndose profundamente obligado a prepararse para hacer algo por el Señor y por los hombres del nuevo siglo, y este algo consistiría en servir a la Iglesia con los nuevos medios que el ingenio humano estaba creando. Esta experiencia religiosa jamás la olvidaría Santiago Alberione que les diría muchas veces a sus hijos espirituales: «Habéis nacido de la Hostia, del Sagrario».

Santiago, a fin de prepararse adecuadamente al sacerdocio, se entregó con gran espíritu a sus estudios. Estudió filosofía los años 1900-1902, estudió teología dogmática los años 1902-1906 y luego estudió la teología moral de 1906 a 1908. Casi al final de estos estudios recibió el orden sagrado del presbiterado el 28 de junio de 1907. Llegó al sacerdocio con el alma llena de una vo-

luntad firme de dedicarse por entero a Cristo y a su causa y de hacer el mayor bien posible a toda la comunidad cristiana. Terminados sus estudios de teología moral, le fue indicado por los superiores que era conveniente se licenciase por la Facultad Teológica de Santo Tomás de Aquino, de Génova, como así hizo, y recibió en marzo de 1908 su primer destino sacerdotal. Fue nombrado vicepárroco en la parroquia de San Bernardo en Narzole. Fue su primer contacto con el servicio a las almas y lo llevó adelante con gran entrega e ilusión, pero el cargo le duró poco, porque su obispo, monseñor Giuseppe Francesco Re († 1933), en octubre de aquel año lo destinó al seminario diocesano con el cargo de director espiritual. Era un sacerdote muy joven, y el cargo muy delicado, pero el obispo estaba seguro de la espiritualidad del joven sacerdote y se lo encomendó. Lo mantendría hasta 1920, cuando Santiago obtiene de su prelado la gracia de dedicarse por entero al instituto que en 1914 había fundado y que reclamaba la totalidad de su tiempo. De todos modos, de su paso por Narzole él sacó además la compañía del futuro beato Timoteo Giaccardo, llamado entonces José, y que sería verdaderamente para él un colaborador magnífico. También sacó de su experiencia parroquial la convicción del papel activo que las mujeres deben tener en la vida de la Iglesia.

Santiago, además de desempeñar su cargo de director espiritual del seminario de Alba, llevaba adelante un intenso y fecundo apostolado. Predicaba en muchos sitios con mucho espíritu, daba catequesis en varias iglesias y pronunciaba conferencias en diversas parroquias de la diócesis. Y en medio de este apostolado activo, basado sobre todo en la transmisión de la palabra divina, llegó a la conclusión de que aquel algo que el Señor quería de él, y que sería su peculiar carisma y llamada, consistía en predicar el evangelio a todos los hombres con el espíritu del apóstol San Pablo, utilizando los medios modernos de comunicación. Atestiguan tal orientación dos libros suyos: *Apuntes de teología pastoral* (1912) y *La mujer asociada al celo sacerdotal* (1915).

Esta misión tomaría forma de grupo humano con la creación de la familia paulina, que tuvo su comienzo en 1914, cuando moría el papa San Pío X y comenzaba la I Guerra Mundial. La Pía Sociedad de San Pablo tuvo un pobre comienzo, pues

como comentará Alberione, las obras de Dios empiezan en el pesebre y ésa es la pedagogía divina. La familia religiosa creada por el P. Alberione se compone de hombres y mujeres. La primera mujer que siguió a Santiago fue la joven Teresa Merlo. Con su colaboración, Santiago dio comienzo a la Congregación de Hijas de San Pablo (1915), desarrollándose así la familia paulina, acudiendo siempre en mayor número vocaciones masculinas y femeninas, y de esta forma delineándose y tomando forma el apostolado.

Las Hijas de San Pablo en 1918 abrirían nueva casa en Susa (Turín), dando principio a una intrépida historia de fe e iniciativas, que dio lugar a un estilo denominado a la paulina. En 1923 Alberione cayó gravemente enfermo y pareció que su mal no tenía cura, por lo que se difundió la preocupación por el futuro de su obra, aún en fase de consolidación. Pero la intercesión gloriosa del apóstol San Pablo curó al enfermo, y así la familia paulina siguió adelante. Al año siguiente nació la segunda congregación femenina, denominada Pías Discípulas del Divino Maestro, dedicadas al apostolado eucarístico, sacerdotal y litúrgico. Como guía de ellas estableció el P. Alberione a la joven hermana María Escolástica Rivata, que no moriría hasta los noventa años y en olor de santidad.

Para entonces el P. Alberione estaba seguro de que era necesario un enérgico apostolado de la prensa, y se dedicó a ello. Apareció primero la revista *Vida pastoral* dedicada a los párrocos (1912). En 1921 saldría la hojita semanal *El domingo* con la intención de llevar a los fieles la estima por el día del Señor. Vino luego la revista semanal *Familia cristiana* (1931) para fomentar los valores de los hogares cristianos. En 1933 aparecerá *La Madre de Dios,* revista que exaltaba los valores de la figura de la Virgen María y la utilidad de su devoción. En 1937, y dirigida al clero, sale la revista *Pastor bonus,* editada en lengua latina; en 1952, la revista mensual *Camino, verdad y vida,* con finalidad catequética. Y ese mismo año la revista *La vida en Cristo y en la Iglesia,* para fomento de la espiritualidad litúrgica. Y en 1924 se había dirigido a los niños con la revista infantil *Il Giornalino.*

Todo ello mostró que Santiago era capaz de grandes obras. Y así empezó la construcción de la iglesia de San Pablo en Alba,

para continuar con las dos dedicadas a Jesús Maestro en Alba y Roma. En la propia Roma edificaría el santuario dedicado a la Virgen con el título de Reina de los Apóstoles.

Su obra crecía y se consolidaba, y empezaría a extenderse por toda Italia y por otras naciones, de forma que cada vez el apostolado paulino estaba presente con su aire activo y su sana modernidad en muchas partes.

Nace en octubre de 1938 una tercera congregación femenina: Hermanas de Jesús Buen Pastor, cuya finalidad es el apostolado pastoral directo en colaboración y ayuda con los pastores de la Iglesia.

Santiago cuidaba de la vida espiritual de todos los miembros de sus congregaciones, siendo para él lo más importante que todo apostolado se hiciera desde una vida interior intensa como la que él personalmente llevaba. Dictaba meditaciones, daba criterios apostólicos y orientaciones precisas, predicaba para sus religiosos y religiosas ejercicios y retiros espirituales, y muchas de estas reflexiones quedaron recogidas en los llamados *Cuadernillos espirituales.*

Esta tan abundante vida interior, cultivada con tanto afán, produjo nuevas instituciones religiosas: el Instituto Regina Apostolorum o de las Apostolinas, dedicado al gran tema vocacional, y los institutos de vida secular consagrada: San Gabriel Arcángel, Virgen de la Anunciación, Jesús Sacerdote y Sagrada Familia, a los que hay que unir los Cooperadores Paulinos, y se forma así una cadena de diez instituciones con una espiritualidad común y un ideal apostólico que da aliento a todas.

Santiago Alberione vivió con mucha intensidad el gran acontecimiento eclesial del Concilio Vaticano II. Vivía en Roma y acudió cada día a sus sesiones para estar al tanto de las grandes corrientes de pensamiento y acción apostólica que el Concilio puso en marcha. Pero no hizo comentarios. Atendía, escuchaba, recibía sus documentos con obediencia y alegría y mostraba en todo momento su sintonía con la Iglesia y su comunión perfecta con el Papa. Es de lógica que una familia espiritual tan grande y variada significaba para él un trabajo continuo, una preocupación constante, una fuente ciertamente de satisfacciones pero también de sufrimientos. Su vida interior, su

piedad eucarística, su oración permanente fueron la fuente de su energía y de su actividad apostólica continua. Sobrellevó también la enfermedad que le acompañaría hasta el final, y que no disminuiría los años de su vida —vivió 87 años— pero sí lo mortificó y unió a la cruz de Cristo. El papa Pablo VI, que tanto sintonizaba con él en los ideales paulinos, lo estimaba en gran manera. Cuando supo que Santiago estaba ya muy enfermo le fue a visitar y le dio personalmente su bendición apostólica, lo que sirvió de gran consuelo a este gran corazón católico que era Santiago Alberione.

Su muerte tuvo lugar el 26 de noviembre de 1971 en Roma. Había dado un mensaje claro: hay que evangelizar con todos los medios que el mundo moderno pone a disposición de los creyentes, nuevos medios de comunicación que si por un lado pueden ser utilizados en contra de la religión, pueden también, y ahí tiene que estar la sabiduría cristiana, ser puestos al servicio de la causa del reino de Dios en el mundo, al servicio del anuncio misionero de Cristo, el único Redentor. En definitiva, el ideal de Pablo era que Cristo fuera anunciado por cualquier medio, con tal de que lo fuera (Flp 1,18), y ese ideal había sido el que alentó la vida de Santiago Alberione. La fama de santidad ya le acompañaba en vida. Continuó después de su muerte. Y por ello se llegó al decreto de licencia para la introducción de su causa el 4 de mayo de 1981. Sus virtudes fueron declaradas heroicas el 25 de junio de 1996. Un milagro efectuado por su intercesión fue aceptado el 20 de diciembre de 2002 y su beatificación la ofició el papa Juan Pablo II el 27 de abril de 2003.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.27-31.
BORTOLINI, J., *Un profeta de la comunicación social, P. Santiago Alberione* (Madrid 1983).
L'Osservatore Romano (ed. en español) (25-4-2003) 13 225.
ROLFO, L., *Don Alberione. Appunti per una biografia* (Alba 1974).
SALA, R., *El P. Santiago Alberione: fundador de la Familia Paulina (1884-1971)* (Madrid 2003).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SIRICIO
Papa († 399)

Romano de nacimiento y miembro desde joven del clero romano, del que fue primero lector y luego diácono, a la muerte del papa San Dámaso (11 de diciembre de 384) fue elegido para sucederle por unanimidad. Aunque San Jerónimo, que con la muerte de Dámaso perdió su puesto de consejero papal, llama a Siricio persona simple e insignificante, la historia no ha estado de acuerdo con este severo juicio, pues los quince años de su pontificado demostraron que era una persona muy digna y muy capaz de ocupar la sede romana.

Su decretal dirigida a Himerio, fechada el 15 de febrero de 385, muestra su alto concepto de la disciplina eclesiástica. En ella responde a las preguntas que el obispo tarraconense había dirigido al Papa anterior. En ella muestra una clara conciencia del primado de la sede romana y de su deber por velar por el buen orden en toda la Iglesia. Encarga a Himerio que dé a conocer sus normas a los obispos de las regiones vecinas puesto que sus decisiones tienen valor universal. En el año 386 celebró un sínodo en el que se compusieron nuevos cánones referentes a diferentes asuntos canónicos y se los envió a obispos de diferentes regiones pidiendo su exacta observancia. En otro sínodo del año 390 condenó a Joviniano, sus prácticas ascéticas y su doctrina, en la que se incluía la negación de la perpetua virginidad de María. Reforzó el vicariato romano en el Ilírico y desaprobó la condena a muerte de Prisciliano por parte del usurpador Máximo, preocupándose para que el priscilianismo fuera combatido en España. En su tiempo se ampliaron varios títulos romanos y se hizo una nueva basílica de San Pablo Extramuros. Murió el 26 de noviembre del 399.

SAN CONRADO DE CONSTANZA
Obispo († 975)

Hijo del conde Enrique de Altdorf, perteneciente al partido güelfo, fue educado en la escuela catedralicia de Constanza y entró en el clero de esta diócesis. Era amigo de San Ulrico, obispo de Augsburgo, y en presencia del mismo fue elegido obispo de Constanza. Procuró ser un buen pastor de su rebaño, celoso en la predicación y la administración de los sacramentos. Erigió varias iglesias para el mejor servicio de los fieles, y a favor de los pobres abrió diversos hospitales. Ajeno a la actividad política pero amigo del emperador Otón I, acudió con él a Roma para su coronación imperial (964). Se cuenta de él que peregrinó devotamente a Tierra Santa. Murió el 26 de noviembre de 975 y fue enterrado en la iglesia catedral. Su canonización le fue pedida al papa Calixto II por el obispo Ulrico de Constanza († 1127), y el Papa envió una bula fechada el 28 de marzo de 1123 en la que declaraba santo a Conrado, procediéndose entonces al solemne levantamiento de sus reliquias. Éstas serían arrojadas al lago de Constanza cuando la reforma protestante del siglo XVI.

SAN BELINO DE PADUA
Obispo y mártir († 1147)

Belino Bertaldi había nacido en Padua los últimos años del siglo XI y habiendo optado por la vida clerical era en 1107 canónigo presbítero en la catedral paduana. Le tocó vivir años difíciles. El obispo de Padua, Milón, se había adherido al partido imperial y había aceptado al antipapa Clemente III. Habiendo excomulgado Pascual II al sucesor de Milón, el arcediano Pedro, y puesto en su lugar al obispo Sinibaldo, Belino se decantó siempre por la autoridad del verdadero Papa y, cuando vino a Italia el emperador Enrique V y levantaron cabeza los imperiales, hubo de retirarse con su obispo al marquesado de Este. Belino consiguió la sumisión de Pedro y se dedicó a la reconstrucción de la catedral, dañada en un terremoto, y a la reforma de los canónigos. Cuando volvió en 1120 Sinibaldo a su diócesis

halló en Belino su mejor colaborador y ayudante para los planes de reforma pastoral necesarios. Exactamente no se sabe cuándo sucedió Belino a Sinibaldo pero se sabe que en octubre de 1126 aún era canónigo arcipreste y el 10 de diciembre de 1128 ya era obispo de Padua. Rodeado de gran prestigio por la santidad de su vida, el ideal de Belino fue implantar en la diócesis el programa de la reforma gregoriana. Logró rescatar los bienes de iglesias y monasterios perdidos en la lucha pasada, logró poner bajo la autoridad de la mitra episcopal toda iglesia que tuviera aneja la cura de almas, reorganizó las parroquias de la ciudad, procuró la unidad pastoral y espiritual de los sacerdotes, multiplicó las escuelas elementales para niños y procuró que Padua fuera sede de las debidas libertades ciudadanas. Se mostró enérgico y decidido y no tuvo respeto humano ni miedo a lesionar intereses bastardos de algunos poderosos. Y ésta fue la causa de su muerte martirial. El 26 de noviembre de 1147 se dirigía al monasterio de Vangadizza cuando fue asaltado por unos malvados, asalariados de la familia paduana de Capodivacca, y asesinado. Se dijo que lo había canonizado Eugenio IV en el siglo XV, pero esto no parece históricamente seguro. La iglesia de San Belino fue elevada por Clemente XIII en 1774 a la categoría de basílica.

SAN PONCIO DE FAUCIGNY

Abad († 1178)

Era la suya una noble familia saboyana, de la que él nace hacia 1100. Muy joven profesa en la abadía de Abondance, de canónigos regulares, y por influencia suya se revisan las constituciones para ponerlas más de acuerdo con la regla de San Agustín. En 1144 es elegido para la fundación de una nueva abadía en Sixt, consiguiéndose, en efecto, en 1155 que el papa Adriano IV le concediera el título de abadía. Poncio fue elegido su primer abad y gozó de autonomía con respecto a la de Abondance, pero Poncio se mantuvo en continuo contacto con ésta. En 1154 logró que también el priorato de Entremont, dependiente de Sixt, fuera elevado a la categoría de abadía. Su crédito como abad diligente, prudente y santo lo rodeó en todos

estos años, y eso hizo que en 1172 su antigua abadía de Abondance lo eligiera abad y la rigiera santamente. Pero se sentía mayor y pidió se le permitiera prepararse a la muerte en el recogimiento y la oración. Renunció a su cargo de abad y volvió como simple religioso a Sixt, donde murió el 26 de noviembre de 1178. Era muy devoto suyo San Francisco de Sales, que el 14 de noviembre de 1620 abrió la tumba y recogió algunas reliquias. La diócesis de Annecy pidió la confirmación de su culto y la obtuvo de León XIII el 15 de diciembre de 1896.

BEATA DELFINA

Viuda († ca. 1360)

La biografía de esta bienaventurada, a veces llamada santa, está contada junto con la de su esposo el 27 de septiembre, a donde remitimos al lector.

BEATOS HUGO TAYLOR Y MAMARDUCO BOWES

Mártires († 1585)

A quienes primero se aplicó el estatuto 27 de Isabel, por el cual se declaraba traición ordenarse sacerdote en el extranjero y volver a Inglaterra, y felonía el acoger a cualquiera de los así ordenados sacerdotes, fueron este sacerdote, Hugo Taylor, y este seglar, Mamarduco Bowes, martirizados el 26 de noviembre de 1585 o, como quieren otras fuentes, sacrificado el sacerdote el viernes 25 y el seglar el sábado 26. De todos modos el *Martirologio* los conmemora juntos. Fueron ahorcados, destripados y descuartizados en York en la fecha indicada.

HUGO TAYLOR se sabe que era natural de Durham pero no se tienen noticias de su familia y juventud. Luego de hacer los estudios en el colegio inglés, se había ordenado sacerdote en 1584 y había vuelto a Inglaterra donde ejercía su ministerio cuando fue arrestado por orden de Lord Envers en 1585 y fue juzgado el 24 de noviembre de ese año, estando preso en el castillo de York. Se le aplicó el estatuto 27 de Isabel y fue condenado a muerte por traidor. Al día siguiente de su condena pudo

decir misa y en ella se ofreció al Señor pidiéndole la gracia de morir un viernes como el Redentor.

MAMARDUCO BOWES era natural de Angram Grange, cerca de Appleton, en Cleveland, era un rico terrateniente, estaba casado y tenía varios hijos. Sus vecinos lo estimaban por sus buenas cualidades. Era católico de corazón, aunque para evitar las consecuencias tremendas de confiscación de sus bienes disimulaba su catolicismo y aparecía como protestante. Pero tenía para sus hijos un maestro católico y albergaba sacerdotes en su casa. El maestro apostató y denunció a Mamarduco. Arrestado y llevado ante el tribunal, confesó la fe, se arrepintió de haberla disimulado y ofreció su muerte como satisfacción por este disimulo. Murió con tranquilidad y paz confesando la fe católica.

Ambos fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987 por el papa Juan Pablo II.

SAN HUMILDE DE BISIGNANO

Religioso († 1637)

Lucas Antonio Pirozzo nace en Bisignano el 26 de agosto de 1582. A los 27 años opta por la vida religiosa en la Orden franciscana y al comenzar el noviciado toma el nombre de Humilde Bisignano. Hace su formación como religioso en los conventos de Dipignano y Mesoraca, y es destinado a los humildes trabajos propios de su condición de hermano: portero, sacristán, cocinero, hortelano y limosnero, cargos todos que realizó con enorme espíritu de humildad y verdadera religiosidad. Manifestó un continuo acatamiento a las órdenes de los superiores y una continua mortificación y penitencia en todo su trabajo asiduo y humilde. Gran amante de la Eucaristía y de la Pasión de Cristo, invitaba a todos a padecer por amor de Jesucristo y a ofrecer los trabajos y dolores en reparación de los pecados. Igualmente tenía una exquisita devoción a la Santísima Virgen, a la que siempre llamaba la Inmaculada, insistiendo en el misterio de su concepción sin mancha. El Señor lo adornó de carismas místicos como los éxtasis y el don de milagros, siendo interrogado por la autoridad de la Iglesia en repetidas ocasiones para cerciorarse de la ortodoxia de sus palabras y de la verdad

de sus carismas. Los papas Gregorio XV y Urbano VIII le llamaron a Roma porque querían conocerlo personalmente y no dudaron en someter a su juicio algunos graves asuntos de la Iglesia, respondiendo él a las consultas con la misma humildad y sinceridad con que procedía en todas sus cosas. Luego de pasar una temporada en Roma para estar cerca del papa, pudo volver a su convento de Bisignano donde vino a morir con la muerte de los justos el 26 de noviembre de 1637 a la edad de 55 años. El papa Pío VI proclamó sus virtudes heroicas el 4 de octubre de 1780, el papa León XIII lo beatificó el 29 de enero de 1892 y el papa Juan Pablo II procedió a canonizarlo el 19 de mayo de 2002.

SANTOS TOMÁS DINH VIET DU Y DOMINGO NGUYEN VAN (DOAN) XUYEN

Presbíteros y mártires († 1839)

El 26 de noviembre de 1839 en Nam-Dinh, en el llamado Campo de las Siete Yugadas, fueron decapitados dos sacerdotes católicos, que eran además religiosos dominicos, y que se habían negado firmemente a apostatar de su fe cristiana.

TOMÁS DINH VIET DU había nacido en Phu-Nhai en 1783. Siguió la vocación sacerdotal y se ordenó sacerdote, ingresando a continuación en la Orden de Predicadores en la que profesó en 1814. Llevó adelante su trabajo apostólico hasta que en 1839 la persecución se hizo más fuerte y en mayo de ese año un espía denunció su presencia. Rodeado el pueblo de Sien-Die por los soldados en la madrugada y despertada la población, se procedió al registro de la casa. Él se vistió de labrador y se puso a trabajar en el huerto, pero el espía lo reconoció y fue arrestado. Una vez reconocido ante el gobernador su sacerdocio, fue brutalmente apaleado. Luego fue llevado a la prisión de Nam-Dinh y aquí se le torturó de todos los modos posibles para lograr su apostasía. Perseveró en la fe y animaba a hacer lo mismo a todos los que le visitaban. El 7 de noviembre de aquel año se lanzó contra él sentencia de muerte, que fue posteriormente confirmada y ejecutada, como queda dicho.

DOMINGO NGUYEN VAN (DOAN) XUYEN nació en Hung-Cap, cerca de Nam-Dinh. El santo obispo Clemente Ignacio Delgado lo recibió cuando era niño en la Casa de Dios y lo preparó al sacerdocio, que recibió en 1819 cuando tenía 33 años de edad. Poco después —el 20 de abril de 1820— hizo la profesión en la Orden de Predicadores. Celoso e infatigable, recorrió su distrito ejerciendo su ministerio, atendiendo con gran amor a los pobres. Se le encargó la parroquia de Ke-men, donde convirtió a muchos a la fe cristiana. Cuatro años después pasó a Dong-Xuyen, donde trabajó con fruto durante 13 años. Posteriormente fue enviado al seminario de Ninh-Cuong como ayudante de San José Fernández, y año y medio más tarde el citado San Clemente Ignacio Delgado se lo llevó como secretario y lo sustituyó en la parroquia de Kien-lao. Una vez arrestado el vicario apostólico en mayo de 1838, entonces se fue a por él, siendo arrestado en Ha-linh. El 18 de agosto de 1839 compareció ante el mandarín de Xuan Truong que lo envió a Nam-Dinh al gobernador de la provincia. Fue severamente atormentado. Llevado ante una cruz para que la pisoteara, se arrodilló ante ella. Llegó a echar sangre por la boca a causa de las palizas y perdió el conocimiento en medio de las torturas, pero se mostró firme y mantuvo la fe. El 25 de octubre de 1839 fue condenado a muerte y, una vez confirmada la sentencia, fue ejecutado.

Fueron canonizados el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

27 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. Junto al río Cea, Galicia, santos Facundo y Primitivo († s. IV), mártires **.
2. En Grumencio (Lucania), San Laverio († s. IV), mártir.
3. En Aquileya (Véneto), San Valeriano († 388), obispo.

4. En Persia, Santiago el Interciso († 420), mártir *.
5. En Riez (Provenza), San Máximo († ca. 455), obispo.
6. En territorio de Blois (Galia), San Eusicio († 542), ermitaño.
7. En Carpentras (Provenza), San Sifrido o Syffroy († 660), obispo.
8. En Noyon (Francia), San Acario († 640), antes monje de Luxeuil y luego obispo de Noyon-Tournai.
9. En Mainz (Renania), Santa Bilide († s. VIII), virgen y monja.
10. En Escocia, San Fergusto († ca. 721), obispo.
11. En Salzburgo, San Virgilio († 784), obispo **.
12. En Beauvoir-sur-Mer (Bretaña Menor), San Gulstano († 1040), monje del monasterio de Rhuys *.
13. En Aquila (Italia), Beato Bernardino de Fossa († 1503), presbítero, de la Orden de Menores *.
14. En Nagasaki, Japón, beatos Tomás Kotęda Kiuni, Bartolomé Seki, Antonio Kimura, Juan Iwanaga, Alejo Nakamura, León Nakanishi, Miguel Takeshita, Matías Kosaka, Román Matsuoka Miota, Matías Nakano y Juan Motoyama († 1619), mártires *.
15. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Bronislao Kostowski († 1942), seminarista y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS FACUNDO Y PRIMITIVO

Mártires († s. IV)

Para los santos mártires Facundo y Primitivo, bueno será precisar, ya de entrada, que una cosa es la realidad histórica de su martirio, otra la fecha del mismo, y otra el culto tributado a estos mártires y a sus reliquias. Son problemas distintos, que requieren tratamientos y enjuiciamientos diferentes. Contamos para ellos con la correspondiente *passio,* bastante rica en pormenores. Nos los ubica en la *Gallaecia* romana que, como es sabido, desbordaba con mucho los límites de la Galicia actual, centrándose, además, en la región de un río Cea. Su martirio sucedió «sub Attico et Pretextato consulibus», siendo cónsules Ático y Pretextato, resultándonos aquí un tanto ambigua la palabra *cónsul.* Siempre según la *passio,* el supuesto Ático ordenó que todos los hombres adorasen una imagen pagana levantada junto al río. Facundo y Primitivo se resistieron, y fueron acusados de desobediencia. En el proceso instruido se suceden

los interrogatorios, los tormentos, las promesas y los halagos: todo inútil. Al fin, fueron decapitados.

¿Cuál es el núcleo salvable de esta *passio,* de carácter abiertamente legendario? Su redacción no es anterior a muy entrado el siglo X. Más aún, los estudiosos tienen comprobado su dependencia de las *passiones* de otros mártires hispanos: santos Justo y Pastor, Emeterio y Celedonio, Vicente y, sobre todo, Félix de Gerona, hasta el punto de depender claramente del himno de San Félix el compuesto para los mártires Facundo y Primitivo.

¿Cabe datar el martirio dentro de alguna de las persecuciones protagonizadas por emperadores romanos? El *Breviario de Sahagún,* muy posterior a la *passio,* cita al emperador Antonino, bajo cuyo mandato «se levantó contra los cristianos la cuarta persecución, que habiendo empezado en Asia, se propagó furiosamente por todo el orbe cristiano». El dato se acompaña de extremos legendarios, hasta convertir a Facundo y Primitivo en los mayores de los doce hijos del centurión San Marcelo, tan venerado en la ciudad de León. Además, las contradicciones en que incurren los documentos tardíos son tales que ni siquiera podemos situar a los cónsules Ático y Pretextato bajo el mandato de un emperador preciso. La fecha exacta del martirio es así una incógnita para nosotros.

La primera referencia cultual es del 652, año en que sus reliquias fueron depositadas en Acci (Guadix). Pero el arraigo y acrecentamiento del culto y devoción se produce en la actual localidad de Sahagún, palabra contraída de *Sanctus Facundus.* Aquí, Alfonso III el Magno reconstruyó el año 872 una antigua basílica en ruinas, dedicada a los santos Facundo y Primitivo, confiándola a una comunidad monacal, huida del monasterio de San Cristóbal de Córdoba cuando la persecución musulmana. Pocos años después, en el 883, los sarracenos la destruyeron en una de sus incursiones. La protección de los santos mártires se dejó sentir, y el 3 de noviembre del 905 podía inaugurarse nueva iglesia con su monasterio anexo, por obra del mismo Alfonso III. Fue un monasterio especialmente mimado por los sucesivos reyes de León, hasta convertirse con Alfonso VI en el centro principal de la reforma cluniacense en España.

Desaparecida la famosa abadía y convertida su iglesia en templo parroquial, allí siguen las reliquias de San Facundo y San Primitivo, que son los patrones de Sahagún. Al abrirse por última vez el arca-relicario, a mediados del siglo XX, aparecieron con los huesos algunos pergaminos que han sido objeto de estudio reciente. El más importante es una copia del siglo XV que imita la letra minúscula visigótico-carolina. En él se dan una serie de datos de importancia, no tanto porque nos lleven a una cronología cierta sobre su martirio, sino porque en ellos vemos reflejadas unas creencias comunes fruto de la evolución de un texto hagiográfico basado en una leyenda histórica. En definitiva quedan a salvo los nombres de los mártires y su culto basado en unas reliquias. Curiosamente el mismo Baronio, al incluir a estos santos en su Martirologio, no peca de hipercriticismo, al considerarlos hijos del mártir San Marcelo.

Se ha querido por algunos identificar a la región del Cea, mentada en la *passio,* con la que lleva este nombre en la provincia de Orense, convirtiendo así a los mártires Facundo y Primitivo en gallegos hijos de este lugar. Aparte de los precedentes que en Orense pudieron obrar para el caso, se aviva aquí su devoción en el siglo XVIII, tras los empeños hagiográficos del obispo Juan Muñoz de la Cueva por difundir sus biografías. Aún hoy, en la catedral de Orense está a la vista la arqueta que se dice contener sus reliquias, buen reclamo para la devoción a estos santos fuera de su lugar privilegiado de Sahagún.

JOSÉ M.ª DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

FÁBREGA GRAU, A., *Pasionario hispánico. Siglos VII-XI* (Madrid 1953-1955) t.I, p.64-67; t.II, p.46-56.

FERNÁNDEZ CATÓN, J. M., «Datos para la historia del martirio y del culto de las reliquias de los mártires leoneses Facundo y Primitivo», en *Bivium. Homenaje a Manuel Cecilio Díaz y Díaz* (Madrid 1983) 67-80.

SILVA VERÁSTEGUI, M.ª S., «Un ciclo inédito del martirio de los santos Facundo y Primitivo, patronos del monasterio de Sahagún, en un leccionario del siglo XII»: *Archivos Leoneses* 91/92 (1992) 391-398.

SAN VIRGILIO DE SALZBURGO
Obispo († 784)

Según diversos historiadores, la vida de San Virgilio se puede resumir así:

1. Era irlandés, se hizo monje y peregrinó a Tierra Santa.
2. Al volver, evangelizó Baviera y fue elegido obispo de Salisbury o Salzburgo, a petición del rey Pipino.
3. Inició su catedral, dedicada a San Ruperto, que inauguró él mismo en 774.
4. Luego evangelizó Carintia, Estiria y Panonia.
5. Era un hombre muy culto y le llamaban el geómetra; defendía que la Tierra es redonda.
6. Murió el 27 de noviembre de 784. Fue sepultado en su catedral y canonizado en 1223.

Virgilio perteneció a esa clase de misioneros que evangelizaron Europa a raíz de la invasión de los bárbaros. Éstos se fueron extendiendo por todas las zonas del viejo imperio romano. Había que ir ganando para Cristo a aquellos ciudadanos que habían venido de fuera, con sus costumbres y religiones extrañas. Había que cristianizar Europa.

Esta extensión de la fe cristiana en los pueblos bárbaros tuvo unas características comunes a todos los misioneros como Virgilio.

A las conversiones de tipo personal que habían sucedido en la Edad Antigua, vienen ahora conversiones en masa. Son pueblos enteros los que se convierten a Cristo.

Los misioneros eran monjes, como Virgilio, que se lanzaron al corazón de los pueblos nuevos y los fueron conquistando para Cristo con el ejemplo de su vida, con la sabiduría que sobrepasa todo lo conocido, con la generosidad de su caridad ardiente, con su preocupación en cuestiones que hoy llamamos sociales.

Solían colocarse en lugares pintorescos, en el campo más hermoso, donde levantaban monasterios que eran centros de irradiación cultural para toda la comarca. Europa, diga lo que se diga hoy, tiene unas raíces que le han nacido en la vida cristiana más pura.

Muchos de esos misioneros eran obispos, como Virgilio. Algunos habían ido a Tierra Santa, en viaje de peregrinación y este viaje los había convertido en auténticos misioneros. Al pasar por Roma, el Papa les entregaba una misión concreta: evangelizar unos pueblos que estaban esperando la palabra de Dios. Salían de Roma con el encargo de formar nuevas iglesias, nuevas diócesis.

Es característico de esta época que el Papa sea el promotor principal de este movimiento misionero. Él promueve estas misiones, y él está siempre atento a la marcha de todas estas labores evangelizadoras. Trabajar en la evangelización de aquellas tierras era estar unidos entrañablemente al obispo de Roma.

Causa admiración comprobar la cantidad de monjes irlandeses, como Virgilio, que se lanzaron a Europa a evangelizar unos pueblos de donde muchas veces habían salido sus progenitores.

Naturalmente, esta evangelización en masa llevaba consigo dificultades sin cuento. Los misioneros iban protegidos por príncipes cristianos, como Virgilio lo fue de Pipino el Breve. Este hecho llevaba consigo el miedo a la represalia por parte del príncipe si es que el pueblo se resistía a la conversión. El miedo a las armas formaba parte del motivo de la conversión.

También podemos observar que la conversión de estos pueblos solía resistirse hasta que el príncipe pedía el bautismo. Entonces, todo el pueblo le seguía y pedía la fe. No cabe duda de que en este hecho había motivaciones políticas.

También parece curioso que no tengamos datos de la predicación misionera directa a los paganos. Eran más bien el trabajo de los misioneros, su vida ejemplar, su preeminencia intelectual los motivos que minaban las resistencias para la conversión. Sí que se predicaba a los pueblos, pero menos de lo que pudiéramos imaginar.

Tampoco tenemos noticias del catecumenado que se daba a los neófitos. El trabajo se ejercía más bien después del bautismo. Se les bautizaba con el compromiso de recibir después una más amplia catequesis cristiana.

Se les preguntaba por el contenido de su fe. Con creer en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, casi bastaba. La otra pre-

gunta era si renunciaban a las obras del diablo. Con eso, se les bautizaba sin más.

Lo más característico de aquella época misional era la adaptación de los misioneros a la vida de los nuevos pueblos. A éstos, a no ser que se tratara de costumbres idolátricas o supersticiosas, se les permitía seguir siendo como eran. La norma era: «Un hombre puede ser atraído a la fe, mas no forzado».

Para describir la evangelización en que intervino San Virgilio, podemos colocar aquellos hechos en cinco etapas.

Primera etapa: Irlanda. El verdadero apóstol de Irlanda fue San Patricio, el cual había nacido en Gran Bretaña el año 389. Cuando contaba 16 años fue apresado por los piratas y conducido al norte de Irlanda, donde hubo de cuidar el ganado. Habiendo logrado escaparse, se dirigió al Continente, y aquí recibió sólida instrucción cristiana en diversos monasterios, en particular bajo la dirección del obispo Germán de Auxerre. Su primer viaje a Inglaterra lo hizo acompañado de Germán en 429, pero a su vuelta se dirigió a Roma, de donde partió con poderes especiales para la evangelización de Irlanda. Antes de entrar en ella recibió la consagración episcopal el año 432.

Segunda etapa: Inglaterra. En Inglaterra, el cristianismo había penetrado en el siglo IV, pero cuando en 402 se retiraron las guarniciones romanas, los anglosajones invasores desarraigaron la fe del país, excepto en Gales que quedó habitado por los britanos. Éstos no cuidaron de comunicar su fe a los invasores, dejando esta obra a los irlandeses y al papa San Gregorio Magno, quien envió allá al abad Agustín (506) con 39 monjes.

Tercera etapa: Alemania. No se puede entender la actividad misionera de Virgilio sin enlazarla con el movimiento misionero nacido en Inglaterra para evangelizar Alemania. Su líder se llamaba Bonifacio, San Bonifacio (675-755), cuya trayectoria se puede estructurar en tres etapas: tentativas infructuosas (716-722); misiones felices (722-738); organización (738-754).

Hacía ya un siglo que Inglaterra había sido evangelizada por San Agustín de Canterbury y estaba preparada para sacar misioneros más allá de sus fronteras. Uno de ellos fue Bonifacio. Nacido en el reino de Wessex, se había criado en el monasterio benedictino de Nutscell. A los 20 años era ya un maestro famoso.

A los 40, cuando le quieren hacer abad, comprende que ha llegado la hora de evangelizar en serio. Atraviesa Francia y se presenta en Roma para contarle al papa Gregorio II sus proyectos. Éste le encarga misionar todas las tierras por donde pase. Y se lanza a Alemania para conquistarla a la fe de Cristo.

Cuando tenía 68 años, de nuevo visita al Papa, quien le nombra obispo de todas aquellas tierras misionadas. Y vuelve a trabajar. El número de cristianos aumenta al paso de su predicación, crecen los catecúmenos y seguidores. Entonces, escribe a Inglaterra pidiendo nuevos misioneros. Sus hermanos le mandan toda clase de apoyo personal y económico. Es en este momento donde podemos situar la vocación misionera de Virgilio. Esta ayuda le da a Bonifacio nuevas fuerzas para seguir trabajando. Funda famosos monasterios, organiza centros misionales, desarrolla una labor inmensa. Vuelve de nuevo a Roma y, a la salida, organiza una tercera fase misionera. Crea nuevas provincias eclesiásticas.

A sus 80 años, cuando se disponía a celebrar una concurrida ceremonia religiosa, aparecieron unos hombres armados de lanzas y escudos, que se arrojaron sobre él y lo mataron. Era el año 755. Virgilio estaba en lo mejor de sus trabajos misioneros.

Cuarta etapa: Salzburgo. Los monjes irlandeses fundaron monasterios que fueron sedes episcopales, pero como apóstol de Baviera se mira a San Ruperto, obispo de Worms (s. VII), quien fundó en Salzburgo el monasterio de San Pedro y organizó el gobierno eclesiástico.

Baviera y Austria. El movimiento de conversión de las masas se inició en el siglo VII. Se debe principalmente a San Ruperto de Worms, llamado el apóstol de Baviera, el cual fundó en Salzburgo una iglesia y un monasterio dedicados a San Pedro.

Aquí llegó Virgilio como obispo y aquí construyó la catedral dedicada a San Ruperto. La inauguró el año 744.

Quinta etapa: Eslovenia. Eslavos del Sur. Predicadores romanos convirtieron en 780 a los croacios con su príncipe Porga y el resto de la población quedó cristianizada a principios del siglo IX. Los eslovenos que ocuparon la Estiria, Carintia y Carniola fueron convertidos en tiempos de Carlomagno por misioneros que les enviaron los obispos de Salzburgo (Virgilio

y Arno). El haber evangelizado Eslovenia fue una de las glorias de este obispo santo.

Virgilio fue canonizado el año 1223.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año. Noviembre* (Madrid 1867).
http://www.iglesiapotosina.org.
LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI, *Historia de la Iglesia católica,* II (Madrid 1953) 36-51.
MARTÍNEZ PUCHE, A. (dir.), *Nuevo año cristiano. Noviembre* (Madrid 2001) 487s.
MARX, J. - RUIZ AMADO, P., SJ, *Compendio de historia de la Iglesia* (Barcelona 1959) 210-223.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTIAGO EL INTERCISO

Mártir († 420)

El 27 de noviembre de 420, bajo el reinado de Vahram V, fue martirizado en Persia Santiago. Cristiano él y cristiana su esposa, como tenía un cargo en la corte, apostató del cristianismo a fin de conservarlo. Pero, enteradas su madre y su esposa, le enviaron una carta en la que le reprochaban su debilidad y cobardía y le hacían ver que la fe vale más que todas las otras cosas de la vida. La carta le impactó fuertemente y decidió volver a la fe y reinstalar a Cristo en su corazón. Para robustecer su fe leía las sagradas Escrituras, y sucedió que fue sorprendido mientras lo hacía, y esto le valió ser denunciado al rey. Fue interrogado y conminado a apostatar, pero él se mantuvo firme. A ver si se conseguía su apostasía se le fueron amputando las manos, los pies, los brazos y las piernas, lo que le valió el sobrenombre de *Interciso* o descuartizado. Santiago invocaba al Señor y recitaba versículos de la Biblia. Finalmente fue decapitado. Éste parece ser el fondo histórico de este martirio, tras un examen de las distintas versiones en que se ha transmitido su *Passio.*

SAN GULSTANO
Monje († 1040)

Gulstano o Goustan fue monje en el monasterio de St. Gildas en Rhuys, en la costa del Morbihan. Había sido capturado en Gran Bretaña, su patria, por los piratas y desembarcado, luego de muchos años de esclavitud, en la isla de Ouessant por tener deformado un pie. El ermitaño San Félix lo acogió y luego ingresó en el monasterio de St. Gildas, cuya reconstrucción llevaba a cabo San Félix. Aunque analfabeto se aprendió de memoria el salterio, que cantaba con fervor. Estaba en un viaje por asuntos del monasterio cuando murió en Beauvoir-sur-Mer, en La Vendée, en el priorato de St.-Pierre-des-Champs el 27 de noviembre de 1040. Se celebra su memoria en varias diócesis. Es invocado por los marineros de la región.

BEATO BERNARDINO DE FOSSA
Presbítero († 1503)

Bernardino Amici nace en Fossa, en los Abruzos, el año 1420. Tras estudiar en Aquila, pasó a Perugia para estudiar leyes. Durante la cuaresma oyó predicar a San Jacobo de la Marca y se sintió llamado a la vida religiosa, recibiendo el hábito franciscano en la citada Perugia en 1445. Una vez ordenado presbítero es dedicado por los superiores a la predicación, para la que estaba dotado, y que realizó con gran espíritu y fervor. Por dos veces (1454-1460 y 1472-1475) fue provincial de su Orden. En 1464 fue a poner paz y unión entre los frailes de su Orden en Dalmacia y Bosnia. Logró unirlos a todos en una sola provincia. Su crédito llevó a la Santa Sede a querer elegirlo obispo, pero él logró esquivar un ministerio para el que no se sentía llamado. Continuó la predicación y pudo también tomar la pluma y dejar algunos escritos, como la *Vida de San Bernardino de Siena* y también la *Crónica de los Franciscanos Observantes.* Lleno de méritos y virtudes vino a morir en el convento de San Giuliano, cerca de Aquila, el 27 de noviembre de 1503. Tenido enseguida por santo, su culto fue confirmado el 26 de marzo de 1828.

BEATOS TOMÁS KOTEDA KIUNI, BARTOLOMÉ SEKI, ANTONIO KIMURA, JUAN IWANAGA, ALEJO NAKAMURA, LEÓN NAKANISHI, MIGUEL TAKESHITA, MATÍAS KOSAKA, ROMÁN MATSUOKA MIOTA, MATÍAS NAKANO, JUAN MOTOYAMA

Mártires († 1619)

El 27 de noviembre de 1619 fueron decapitados en la Colina de los Mártires, de Nagasaki, once cristianos japoneses, de familias distinguidas, los más de ellos miembros de la familia real de Firando. Hacía varios años que habían sido arrestados como sospechosos de haber hospedado a los misioneros o por haberse encontrado misioneros en sus casas, y desde luego como cristianos y como personas que no habían denunciado la presencia de misioneros pese a conocerla, en contra de lo que mandaban las leyes. Además de perder la libertad se les confiscaron sus bienes y se les prometió la libertad, la vida y la prosperidad si apostataban del cristianismo. La detención de dos años no fue suficiente para conseguir la deseada apostasía. Y esto les llevó a la pena de muerte. Desde la cárcel escribieron al provincial de los jesuitas una bella carta en la que le aseguraban que serían fieles a Cristo hasta el final. Muchos de ellos pertenecían a la Cofradía del Rosario. Estos son sus datos:

TOMÁS KOTEDA KIUNI era natural de Firando y perteneciente a una familia noble y rica, que ya era de antiguo cristiana. Se educó con los jesuitas en la casa de formación que los religiosos abrieron para los jóvenes de la clase alta. Desde que empezó la persecución en 1614 se fue a vivir a Nagasaki y se entregó a la oración y la penitencia, pasando noches enteras delante del sagrario. Lamentó no ser atormentado como los otros mártires sino ser sólo condenado a la decapitación. Vistió sus mejores galas para ir al martirio. Era cofrade del Rosario.

BARTOLOMÉ SEKI había nacido en Usuki, del reino de Bungo, y se había trasladado a vivir en Nagasaki. Había dado hospedaje a los sacerdotes. Cristiano fervoroso y cofrade del Rosario, se vistió sus mejores ropas para ir al martirio.

ANTONIO KIMURA, pariente del Beato Leonardo Kimura, era de la familia real de Firando, y en su familia abundaban los cristianos. Tenía 23 años. Pariente del apóstata Feizó, su firme-

za en sostener la religión hizo inevitable su condena a muerte. Al llegar al sitio del suplicio, preguntó al verdugo dónde había muerto su pariente Leonardo, y se dirigió allí, se arrodilló y lo besó devotamente. Hospedaba en su casa a los misioneros y era cofrade del Rosario.

JUAN IWANAGA era de Kinjiwa y tenía ya sesenta años. Cofrade del Rosario, había alojado misioneros, pero esto no se le pudo probar.

ALEJO NAKAMURA era del reino de Fingen y vecino de Nagasaki. Cofrade del Rosario y hospedador de misioneros, él fue quien escribió la carta citada de los mártires al provincial de los jesuitas. También se puso sus mejores vestidos para ir al martirio.

LEÓN NAKANISHI era originario de Amanguchi, pertenecía a la familia real de Firando y tenía 43 años. Se le acusó de no haber delatado la presencia de misioneros. Era cofrade del Rosario y había hospedado misioneros en su casa.

MIGUEL TAKESHITA era natural de Nagasaki y tenía 25 años. Cristiano intachable y bondadoso, se le acusó de no haber delatado a los misioneros. Su cuerpo fue arrojado al mar y recuperado por los cristianos.

MATÍAS KOSAKA era natural de Omura. Vistió él también sus mejores galas para el martirio.

ROMÁN MATSUOKA MIOTA era natural de Omura. Cofrade del Rosario, se le achacó haber guardado silencio ante la presencia de misioneros en su vecindad, no habiéndosele podido probar que había hospedado a los sacerdotes. Su cuerpo también pudo ser recuperado.

MATÍAS NAKANO era natural de Omura, fervoroso cristiano que, llegado el día del martirio, manifestó su alegría poniéndose su mejor traje.

JUAN MOTOYAMA era del reino de Fingen. Era cofrade del Rosario y dio albergue en su casa a los misioneros. También su cuerpo, arrojado al mar, pudo ser recuperado por los cristianos.

Fueron beatificados por el papa Beato Pío IX el 7 de julio de 1867.

BEATO BRONISLAO KOSTOWSKI
Mártir († 1942)

Nacido el 11 de marzo de 1915 en Slupsk y educado cristianamente, ingresó en el seminario de Wloclawek en orden a ser sacerdote. Había completado el cuarto curso de estudios cuando, el 7 de noviembre de 1939, fue arrestado con los profesores del seminario y enviado al campo de concentración de Dachau. Seguía deseando poder ser sacerdote pero aceptó la voluntad de Dios y se dedicó a hacer el bien a sus compañeros de prisión. Contrajo la tuberculosis debido a las pésimas condiciones del campo y murió de ella el 27 de noviembre de 1942. Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

28 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Sebaste (Armenia), San Irenarco († s. IV).
2. En África, santos Papiniano, obispo vitense, y Mansueto, obispo urusitano, mártires en la persecución de Genserico. Y con ellos se conmemora a otros prelados desterrados en la misma persecución: Urbano, obispo girbitano, Crescente, obispo byzaciense, Habetdeus, obispo teudalense, Eustracio, obispo sufetano, Cresconio, obispo oense, Vicos, obispo sabratense, Félix, obispo hadrumetano, y a los que lo fueron en el reinado de Hunerico, hijo de Genserico: Hortulano, obispo benefense, y Florenciano, obispo midilense, todos los cuales en el destierro permanecieron en la confesión de la fe († 453-460) *.
3. En Constantinopla, San Esteban el Joven († 764), monje, martirizado por la defensa de las sagradas imágenes *.
4. En Nápoles (Campania), la deposición de San Jaime de la Marca († 1476), presbítero, de la Orden de Menores **.
5. En York (Inglaterra), Beato Santiago Thomson († 1582), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I *.
6. En Kham-Duong (Annam), San Andrés Trang Van Trong († 1835), mártir *.
7. En Paracuellos del Jarama (Madrid), España, beatos Juan Jesús (Mariano) Adradas Gonzalo, presbítero, y sus compañeros: Guillermo (Vicente) Llop Gayá, Clemente Díez Sahagún, Lázaro (Juan María) Múgica Goiburu, Martiniano (Antonio) Meléndez Sánchez, Pedro María Alcal-

de Negredo, Julián Plazaola Artola, Hilario (Antonio) Delgado Vílchez, todos ellos religiosos profesos de la Orden de San Juan de Dios, y los novicios de la misma Orden: Pedro de Alcántara Bernalte Calzado, Juan Alcalde y Alcalde, Isidoro Martínez Izquierdo y Ángel Sastre Corporales; y con ellos el postulante José Mora Velasco, presbítero, y José Ruiz Cuesta, también postulante, y Eduardo Bautista Jiménez, aspirante, todos ellos mártires en 1936 **.

8. En el Picadero de Paterna (Valencia), Beato Luis Campos Górriz († 1936), mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JAIME DE LA MARCA
Presbítero († 1476)

Fue un sacerdote de la primera Orden franciscana, que nació en 1391 y murió en 1476 después de una vida intensa de fe y de heroica disponibilidad para los servicios de la Iglesia. Fue una de las figuras históricas que reavivaron el espíritu franciscano de los primeros tiempos, por encima de grupos y de opiniones, de movimientos y de renovaciones, cuando llegaron los tiempos revueltos de la Edad Moderna. Se le suele considerar como una de las cuatro columnas del franciscanismo auténtico del siglo XV, junto con San Juan de Capistrano, San Bernardino de Siena y el Beato Alberto de Sarteano. Los cuatro sostuvieron el verdadero estilo de Francisco de Asís al atravesar la nave de la Iglesia las olas espumosas e individualistas del Humanismo y del Renacimiento.

Este hombre de Dios, humilde y culto, espiritual y político, pobre en bienes de la tierra y muy rico en los del espíritu, propuso de nuevo el proyecto innegociable de la pobreza evangélica, de la caridad fraterna y del servicio apostólico al estilo del Evangelio, que fueron los rasgos originales de San Francisco. Pidió a los franciscanos de todas las ramas que fueran dechados de vida sencilla y cercana a los hombres, que es el distintivo de los espíritus que viven con la ilusión de imitar a Cristo.

Nació en 1391 en Monteprandone, Piceno, en la Marca de Ancona. Sus padres eran pobres y sencillos. Fue el benjamín del hogar, que contó con varios hermanos. Se llamaba el progenitor

Antonio Gangalli. La madre, de nombre Antonia, era muy piadosa, valor que infundió en su hijo con tal profundidad que el sello materno le acompañaría a lo largo de toda su existencia terrena. Fue bautizado con el nombre de Domingo. Pero, al tomar el hábito franciscano, recibió la denominación de Jacobo, Santiago o Jaime. Con este último se le suele recordar en los santorales o libros escritos en castellano.

Ya en la infancia llevó la vida humilde y trabajosa de los niños de modestos hogares en la región: colaboraciones en el trabajo del campo, pobreza de medios, humildad de estilo de vida. Con todo, él pronto comenzó a estudiar en Offida con un tío que tenía sacerdote, el cual se prendó de las cualidades espirituales e intelectuales del sobrino. Fue él quien lo colocó pronto en la escuela en Ascoli y quien luego le envió a la Universidad de Perugia, en donde alcanzó el grado de Doctor en Leyes Civiles.

Para sufragarse sus estudios y poder hacer limosnas, trabajó como preceptor de la familia de un profesor universitario mientras estaba en Perugia. Luego tuvo una breve estancia en Florencia, actuando como secretario en el Ayuntamiento y ejerciendo también como tutor en una noble familia. Desde sus años de preceptor hogareño tuvo especial preferencia por los temas relacionados con la educación de los niños. Siempre lo manifestó en sus abundantes escritos y parece que su amor a la educación estuvo estrechamente ligado al recuerdo de su madre, que tanto había hecho por la educación piadosa de su hijo más pequeño.

En uno de sus sermones decía:

> «Hay que dar amor a los hijos, ante todo enseñándoles a conocer a Dios; ayudándoles a aprender la oración del padrenuestro y las verdades de la fe; exhortándolos a confesarse, a comulgar, a celebrar las fiestas y a participar en la misa; educándolos en las buenas costumbres y enseñándoles a hablar y actuar honradamente, tanto en su casa como fuera de ella» (Serm. dom. 12, *De reverentia et honore parentum).*

Fue designado en Bibbiena juez de hechiceros y adivinos, pues existían en abundancia en la región y abusaban grandemente del espíritu supersticioso y de la ignorancia de las gentes del lugar. Este cargo ejercía cuando, decepcionado del mundo

ante la corrupción de las clases sociales más elevadas, intentó entrar en la Cartuja para huir del mundo que tantos abusos provocaba.

Camino de cumplir su propósito pasó, el 25 de julio de 1416, por La Porciúncula y, al conocer la vida franciscana, solicitó y consiguió ser admitido a tomar el hábito franciscano entre los Hermanos Menores del eremitorio de Las Cárceles, cerca de Asís. Desde los primeros días de su vida religiosa, fue muy amante de la oración y de la mortificación. Esta actitud le duró toda su vida, aunque se moderó algo en sus austeridades por el consejo de su mismo maestro de teología y de vida espiritual, San Bernardino de Siena, que le invitó a reservar sus juveniles energías para la predicación evangélica, actividad para la que se hallaba sorprendentemente dotado.

Finalizó su noviciado en Las Cárceles y fue enviado a estudiar teología a Fiésole, cerca de Florencia, también bajo San Bernardino de Siena. El 13 de junio de 1420 fue ordenado sacerdote. Y fue destinado de inmediato al apostolado activo. Su claridad de voz y sobre todo de ideas rectas y serenas fueron la palanca que le proyectó hacia una vida de continuas predicaciones, primero en la Toscana y luego en multitud de localidades de Las Marcas y de Umbría. Esa actividad nunca la dejó, ni siquiera en los tiempos en que se le confiaron delicadas misiones diplomáticas por el Santo Padre.

Desde 1427, este hombre humilde y cautivador predicó sermones, animó fiestas, fomentó devociones, asistió a encuentros con obispos y cardenales y con el mismo pontífice. Y siempre adoptó posturas de moderación y reclamó la sinceridad en las intenciones, aunque simpatizaba grandemente con los afanes de reforma de la época.

Cuando predicaba era escuchado, admirado y seguido por grandes cantidades de fieles, que se sentían deslumbrados por sus palabras y, en ocasiones, por los milagros sorprendentes que hacía casi sin darse cuenta. Era sobre todo en el orden de la conversión de pecadores donde su fuerza persuasiva hacía maravillas.

El papa Eugenio IV le encomendó en 1431 combatir a los herejes de Bosnia y le nombró visitador y vicario apostólico. En 1436 fue designado Inquisidor en Hungría, Austria y Praga.

En 1439 regresó de nuevo a Italia, predicando por diversas ciudades. Siempre tenía tiempo y oyentes para anunciar con ilusión el Reino de Dios. Más de medio siglo mantuvo esa vida de predicaciones y de servicios sacramentales.

Su prestigio era tal que desde la curia romana se le llamaba para consultarle en graves problemas. Sus viajes por Europa los realizó bajo la obediencia de los papas Eugenio IV, Nicolás V y Calixto III. Su experiencia de los viajes y misiones realizados como Delegado pontificio en Alemania, Austria, Suecia, Dinamarca, Bohemia, Polonia, Hungría y Bosnia daba un peso singular a sus opiniones. En el ambiente romano tenía gran prestigio como hombre práctico y como hombre místico. Por eso se le confiaban las misiones más comprometidas.

Y también se le miraba con respeto como hombre muy unido a Dios. Muchos le consultaban difíciles cuestiones de mística y dudosos problemas de visionarios o de engañados por falsas visiones. Su saber, su experiencia, su sencillez le convertían en consejero natural de las mismas autoridades eclesiásticas que le consultaban sobre estos temas. Predijo la elección como Papa a Sixto IV (Francisco de Savona) cuando era cardenal, lo que le granjeó gran simpatía ante el nuevo pontífice.

Trabajó siempre por mantener la unidad en la Orden franciscana, intención que le movió a redactar «Los 12 artículos para la concordia entre conventuales y observantes», que preparó y divulgó en 1455. Aunque no logró terminar con las divisiones, hizo reflexionar a todos sobre el verdadero espíritu de San Francisco y a él se deben los vínculos fraternos que se extendieron entre las diversas facciones y que se conocerían luego con el nombre de «Observancia franciscana», estilo de vida pobre, fraterno y espiritual que sería la nota común de todas las comunidades de los Hermanos Menores.

Intelectual y estudioso como era, formó en su convento una excelente y abundante biblioteca para el estudio y documentación de las diversas cuestiones morales y doctrinales. Hasta obtuvo del papa Pío II una bula de excomunión para los que se llevaran libros, bula que luego exhibiría en otras bibliotecas.

Al celebrarse el concilio de Basilea, trabajó y casi consiguió la unión de los husitas moderados con la Iglesia. También atrajo

y cautivó a grupos de griegos ortodoxos en el concilio de Ferrara-Florencia. Si de él hubiera dependido, el Cisma de Oriente se hubiera fácilmente acabado. Pero intereses políticos de otro tipo en Roma y en Grecia impidieron tal bendición, aunque hubo diversos delegados que lograron luego de algunos grupos orientales la aceptación de la primacía del obispo de Roma como digno sucesor de San Pedro.

Predicó en varias cruzadas contra los turcos, sobre todo en la que animó San Juan Capistrano, en 1456, de quien fue celoso y persuasivo compañero. Fray Jaime de la Marca fue luego enviado a Hungría como su sucesor en nombre del pontífice. Su misión fue difícil, pero suficientemente bendecida para que el pontífice quedara satisfecho de los resultados.

Sus triunfos diplomáticos estuvieron a veces amortiguados por las muchas calumnias que algunos adversarios elevaron contra sus acciones e intenciones. Él no se inmutaba ante las adversidades. Siempre sobresalió por su actitud de perdón para con sus enemigos.

Él mismo proclamaba su generoso espíritu en palabras evangélicas como las que pronunciaba en un sermón:

> «En el mundo no hay nada más grande que perdonar una ofensa y amar al enemigo. No es digno de honor el que somete muchas ciudades o regiones, cosa que saben hacer hombres armados que tienen muchos vicios. Del mismo modo, tampoco se debe rendir honor al hombre pendenciero, iracundo y violento. Sólo la persona pacífica y mansa es la que merece ser honrada porque sabe sufrir, callar y perdonar.
>
> El perdón es un gesto de honrada venganza, realizada por Cristo y sus santos. Por tanto, tú no eres el primero ni el último en obrar así. Créeme, y no pienses que yo no ofendo a nadie; pero, con gran esfuerzo, trato de hacer el bien a todos, a pesar de que muchos a menudo me calumnian y me persiguen. Entonces, revestido con todas las armas de los ornamentos litúrgicos, voy al campo de batalla y, mientras elevo el Cuerpo de Cristo, digo: Padre clementísimo, perdona a mis perseguidores en el cielo, como yo los perdono aquí en la tierra» (Serm. dom., *De pace et remissione iniuriarum).*

En Italia tuvo que orientar y aclarar la situación social y eclesial de los llamados «fraticelli», grupo nacido en el siglo anterior y cuyo error, cercano a la herejía, fue condenado ya por el

papa Juan XXII en la constitución *Gloriosam Ecclesiam,* del 26 de enero de 1318. Pero el estilo y las proclamas de aquellos que se llamaban a sí mismos «espirituales», se mantenía en vigor en algunos lugares. Proclamaban esos extremistas espirituales la forma más estricta de la pobreza absoluta en los religiosos, incluso en los simples cristianos.

Tal postura tuvo que ser combatida por los hombres de Iglesia, que recordaban la doctrina recta de la Iglesia al mirar la caridad por encima del desprendimiento de bienes terrenos y al enseñar que el carecer de todo para vivir a cuenta de los demás no deja de ser un desorden. Fray Jaime de la Marca supo intervenir con prudencia y con suavidad para evitar posturas agresivas de ruptura o benévolas de aprobación. No siempre consiguió que todos le entendieran y aceptaran la postura que defendía el Papa. Pero, con su prestigio, suavizó hábilmente a los grupos franciscanos que en muchas partes se habían radicalizado y evitó nuevas condenas tajantes.

En su familia religiosa franciscana, él perteneció a la rama de los «observantes», dentro de los Frailes Menores. Sus consignas y sus medidas, que, con ayuda del pontífice, les fue imprimiendo, lograron que la Orden se incrementara grandemente durante su dilatada existencia. Bajo Calixto III, en 1455, se le nombró árbitro en las discusiones de los problemas entre conventuales y observantes. Su decisión fue publicada el 2 de febrero de 1456, en una bula papal, que no dejó satisfechos ni a sus Hermanos de Observancia ni a los otros grupos que se le oponían.

Los temas de su predicación eran los mismos de San Bernardino. En las cuestiones morales Jaime de la Marca insistía en el rechazo de la avaricia y de la usura, que tanto abundaban en el mundo mercantil italiano de la época. Para combatir la usura, ideó los Montes de Piedad. En ellos los pobres podían empeñar sus cosas por un precio justo y recuperarlas con facilidad. Por eso no eran bien mirados por los usureros que veían así esfumarse muchas de sus ganancias. Esa iniciativa estuvo dirigida a ayudar a los más necesitados, pues en los «Montes de Piedad» por él inspirados además se ofrecían préstamos a los indigentes o a las gentes humildes cuando llegaban a situaciones difíciles por la enfermedad o por las malas cosechas.

Algunas de sus predicaciones, en ciudades tan importantes como Milán o la misma Roma, provocaron la admiración de muchos fieles y de las autoridades. En Milán le ofrecieron el arzobispado, cosa que él rechazó por humildad y para tener más libertad para seguir su ideal de predicador apostólico. Con todo, estuvieron a punto de detenerlo y obligarle por la fuerza a aceptar el episcopado, como en ocasiones había acontecido en la ciudad desde San Ambrosio, quien ya fue forzado a ser obispo cuando era sólo catecúmeno y prefecto de la ciudad. Por eso se escapó por la noche y estuvo escondido varios días para evitar la elección.

Pocos años después, el lunes de Pascua de 1462, San Jaime, predicando en Brescia, expresó la opinión de algunos teólogos de que la Preciosísima Sangre derramada durante la Pasión no estaba unida a la divinidad de Cristo durante los tres días de su entierro. Enterado de esa opinión, el inquisidor, que lo era el dominico Jaime de Brescia, lo citó inmediatamente ante el tribunal. Jaime rehusó comparecer y apeló a la Santa Sede. Esta cuestión fue discutida en Roma en Navidad de 1462, ante Pío II y los cardenales, pero no se llegó a una decisión. El Papa entonces publicó la bula *Ineffabilis summi Providentia,* por la que ordenó que no se discutiera más sobre este tema, ni por los Menores (franciscanos) ni por los Predicadores (dominicos), hasta tanto que la Santa Sede no determinara una postura definitiva al respecto.

Su amor a la Iglesia y su obediencia al pontífice eran tales que siempre estaba disponible para todo lo que le ordenara el Papa. El día que le llegó la orden de ir a Hungría estaba comiendo y, al recibirla, se levantó sin siquiera terminar la bebida y se dispuso a salir de inmediato. Interpretaba la obediencia en la forma más sencilla y humilde. Después pedía instrucciones para armonizar las exigencias del Evangelio, que eran muy sencillas de entender, y las consignas de la autoridad renacentista que estaban con frecuencia mezcladas con planteamientos políticos y diplomáticos impuestos por el trato con los príncipes y sus intereses materiales.

Con los príncipes era prudente, con los obispos era obediente, con sus Hermanos de Orden era abnegado o cordial.

Pero era con los pecadores con quienes extremaba su compasión y dulzura en el trato. Decía en un sermón:

> «He visto durante el sermón algunos soldados sexagenarios llorar mucho por sus pecados y la pasión de Cristo; y me confesaron que, durante su vida, jamás habían derramado una lágrima» (Serm. dom. 46, *De magnifica virtute Verbi Dei).*

A su regreso definitivo a Italia por orden de Pío II, prosiguió su trabajo misionero por diversas regiones. Más que sus predicaciones, era su estilo de vida lo que cautivaba a las gentes. Vivía de forma intensa la penitencia. Hacía siete cuaresmas al año y de ordinario su alimento era una escudilla de habas cocidas en agua.

De él decían sus hermanos que no era imitable. Castísimo, al ser atormentado por tentaciones, se disciplinaba durante la noche. En ocasiones cayó enfermo en sus viajes y debido a los trabajos que se tomaba o su frecuente descuido de los alimentos y del sueño. Seis veces recibió la unción de los enfermos. Sin embargo resistió hasta los 80 años en la fatigosa vida de predicador, lleno de méritos y de virtudes.

Este venerable franciscano observante pasó los últimos tres años de su vida en Nápoles, que le considera protector celeste contra las erupciones del Vesubio y cree popularmente que libró a la ciudad con sus plegarias en las diversas ocasiones en que el cercano volcán amenazó a los habitantes de la urbe. Así parece que aconteció en la violenta convulsión volcánica acaecida en 1631.

En esos años finales de su vida se dedicó a la oración y a la predicación, en la medida en que sus ya limitadas fuerzas se lo permitían. Hasta sus últimos días acudían a sus plantas muchos penitentes que le pedían consejo, perdón y plegarias para volver al buen camino. Tuvo tiempo para recopilar sus propios Sermones y escribirlos con bello estilo y de forma profunda. Apasionado estudioso, transcribió muchas obras y compuso muchas otras de su propia mano. Son las que hoy permiten profundizar en el conocimiento de su vida, de su espiritualidad y de su acción apostólica. En los Sermones es donde consignaba con admirable sentido práctico su recta doctrina y su espiritualidad evangélica. Y en las plegarias, a las que era muy dado, ence-

rraba los elevados y místicos impulsos que embargaban su alma contemplativa.

El amor a la Escritura brillaba siempre en ellos de manera admirable. En uno de los sermones dice palabras tan cautivadoras como éstas:

> «Oh augusta y regalada Palabra de Dios. Tú iluminas los corazones de los fieles. Tú consuelas a los tristes. Tú colmas de bondad a las almas y desarrollas en ellas todas las virtudes. Tú arrebatas de las fauces de los enemigos a los pecadores, justificas a los impíos y a los mundanos haces santos».

Y en todas las ocasiones hizo lo posible para que sus hermanos en religión cuidasen al máximo la predicación, ya que el anuncio del mensaje cristiano es la llave que abre el camino del cielo a las multitudes que, sin formación y sin sentimientos religiosos, se desvían por el camino del mal. La palabra de este santo varón, unida al testimonio de su vida, era tan fuerte que penetraba en los corazones de quienes la escuchaban y los arrastraba hacia el Señor. Porque creía firmemente en la fuerza de la predicación.

En una de sus explicaciones afirmaba:

> «¿Cómo cambiaste tus caminos y ganaste tu alma para el bien, cuando estaba a punto de dirigirse por el camino del mal? Escuchando la predicación. ¿Cómo adquiriste el conocimiento de Dios y de las cosas de Dios? Por la predicación. ¿Por qué se mantiene la fe en el pueblo? Por la predicación. ¿Qué medio es el que extermina la herejía y destierra los errores? La predicación. ¿Quién siembra la gracia de Dios y la virtud en las almas? La predicación. ¡Oh celestial palabra de Dios, más preciosa que el oro! Tú eres el sol que alumbra toda la tierra».

Murió en Nápoles el 28 de noviembre de 1476 y fue enterrado allí, en la iglesia franciscana de Santa María la Nueva, donde todavía hoy se venera su cuerpo. Tenía 85 años de edad. Y su fecunda vida dejó recuerdos imborrables en cuantos le conocieron y devoción creciente en quienes oyeron luego hablar de sus virtudes. Fue un verdadero desafío el que pasaran los siglos y su devoción se conservara en el pueblo fiel.

Fue beatificado por Urbano VIII en 1624 y canonizado por Benedicto XIII en 1726. Nápoles lo venera como uno de sus santos patronos y el mundo franciscano le recuerda como una

de sus más significativas figuras. La Iglesia lo admira por su fe y su fidelidad.

En 1993, el papa Juan Pablo II mandó una carta al obispo de San Benedetto del Tronto-Ripatransone-Montalto, con motivo del VI centenario del nacimiento de San Jaime de la Marca. En ella decía:

> «Ardía de caridad hacia Dios y hacia los hombres, y, por esta razón, sabía transmitir a los demás todo lo que colmaba su corazón, a saber, el amor de Cristo que lo impulsaba, como al apóstol Pablo, hacia sus hermanos...
>
> El Señor le concedió la gracia de ver a muchos pecadores arrepentidos. Él mismo decía: La palabra de Dios tiene el poder de ablandar los corazones duros como la piedra, haciéndolos capaces de recibir el sello de la voluntad divina. Muchos pecadores desesperados vinieron a mí convencidos de estar destinados a la condenación, pero, tras escuchar la palabra, se fueron con la mayor confianza en Dios» (Serm. dom. 46 *cit.).*

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

«La figura de San Jaime de la Marca»: *L'Osservatore Romano* (22-10-1993), ed. especial.
Mistici francescani, III (Milán 1999).
Santos franciscanos para cada día (Asís 2000).

BEATOS JUAN JESÚS (MARIANO) ADRADAS Y MÁRTIRES HOSPITALARIOS DE CIEMPOZUELOS (MADRID)

Guillermo (Vicente) Llop Gayá, Clemente Díez Sahagún, Lázaro (Juan María) Múgica Goiburu, Martiniano (Antonio) Meléndez Sánchez, Pedro María Alcalde Negredo, Julián Plazaola Artola, Hilario (Antonio) Delgado Vílchez, Pedro de Alcántara Bernalte Calzado, Juan Alcalde y Alcalde, Isidoro Martínez Izquierdo y Ángel Sastre Corporales; José Mora Velasco, José Ruiz Cuesta y Eduardo Bautista Jiménez

Religiosos y mártires († 1936)

Paracuellos de Jarama es una población cercana a Madrid. Su nombre corrió de boca en boca cuando en 1936 se convirtió

en un lugar de muerte y exterminio. En efecto, en su término numerosas personas fueron fusiladas en el curso de la guerra española. Entre esas personas allí asesinadas estaban los hermanos de San Juan de Dios que conmemoramos hoy. No los traemos aquí para denostar a los verdugos ni para abrir viejas heridas sino para alabar a los mártires, para exaltar la heroica paciencia de quienes dieron la vida por sus convicciones religiosas, por su conducta y su fe cristianas.

Los hermanos hospitalarios fusilados el 28 de noviembre de 1936 en Paracuellos de Jarama fueron quince; a los dos días otros seis hermanos dieron en el mismo lugar la vida por Cristo. De ellos nos ocupamos el día 30. En esta biografía nos centramos en los quince mártires que glorificaron a Dios con su santa muerte en esta fecha, que su martirio ha hecho gloriosa. Ellos actualizaron la vieja saga martirial cristiana que viene desde el Calvario, desde San Esteban. Todos ellos pertenecían a la comunidad del Sanatorio de San José en Ciempozuelos (Madrid). Diremos algo ante todo de esta casa, centro de beneficencia y caridad que había acogido desde su fundación a cientos de enfermos psíquicos, a los que brindaba la mejor atención que los hermanos sabían y podían.

La casa era fundación de San Benito Menni († 1914), el cual fue el restaurador de la Orden Hospitalaria en España. Buscaba abrir un establecimiento para enfermos mentales en Madrid o en sus alrededores, y gracias a la ayuda de buenos cristianos logró hacerse con un predio de bastante extensión en Ciempozuelos, situado a la entrada de la población y cercano a la estación, con una casa amplia, de tres plantas, con huerta y abundante agua. Con los debidos permisos civil y eclesiástico se establecieron en ella los hermanos el 1 de enero de 1877 y el 13 de mayo de aquel año admitían al primer enfermo mental al que cuidar. Igualmente, y con la debida licencia, el noviciado de la Orden en España se trasladó de Barcelona a Ciempozuelos. Llegaron las vocaciones. Llegaron los enfermos. Y la Orden empezó allí su labor de misericordia. San Benito Menni decía cómo quería la conducta de los hermanos con los enfermos mentales: «Tratadlos como a niños, pero respetadlos como a hombres». A la casa original se añadieron pronto nuevos pabe-

llones y la obra se desenvolvió muy bien con la ayuda de Dios. Diez años después de fundada tenía cerca de 300 enfermos, y en 1914 rondaban el millar. En 1936, cuando tuvo lugar el martirio de los hermanos, la casa constaba de 16 pabellones, más los talleres, establos, granja avícola y demás dependencias, con amplísimos parques, patios y huertas de más de 60 hectáreas, donde era posible la distracción y el recreo de los residentes. Había en 1936 en la casa 1.100 enfermos, organizados en tres secciones: la de beneficencia, la de particulares y la de militares, contratada esta sección con el Ministerio de Guerra, contrato que fue respetado por la II República y ratificado por Azaña (29 de junio de 1933). El sanatorio contaba con una completa sección de clínica, montada con toda suerte de aparatos, rayos X, lámparas de cuarzo, de odontología, de oftalmología... La casa había tenido una muy favorable repercusión en la vida de la villa de Ciempozuelos. Los empleados del Sanatorio eran 120. El cuerpo facultativo estaba compuesto de miembros especialistas en las diversas ramas de la medicina, todo ello puesto al servicio de la salud de los residentes. Era director médico del centro don Antonio Vallejo Nájera.

Este sanatorio era la casa metropolitana de la Orden Hospitalaria en España. Hasta que en 1934 se dividió en tres la Provincia española de la Orden, la casa de Ciempozuelos fue la residencia del Provincial. Al hacerse la división, la casa quedó encuadrada en la Provincia de Nuestra Señora de la Paz o Bética, y quedó como sede del Provincial y de su Consejo. El noviciado de la Provincia española que dijimos se trasladó a Ciempozuelos en 1877, pasó en 1899 a Carabanchel Alto, pero al hacerse la división el noviciado de la provincia Bética se estableció en Ciempozuelos. La comunidad que había en 1936 en la casa constaba de 82 religiosos, de los que 52 eran religiosos profesos y el resto novicios y postulantes. Era provincial el P. Bonifacio Murillo, que no pereció; era prior de la casa el Beato Guillermo Llop; era maestro de novicios el Beato Juan Jesús Adradas. Con estos dos últimos hemos encabezado esta biografía.

Desde la proclamación de la II República conoció la villa de Ciempozuelos diferentes muestras de hostilidad a la religión, de

las que, aparte los ataques a las cruces y símbolos religiosos, son de mención los alborotos para impedir la catequesis de niños en la parroquia, y el cierre violento de las escuelas católicas de los Cruzados de la Enseñanza en febrero de 1936. Tras las elecciones de este mes, los hermanos ven que la hostilidad ha crecido de forma notable y en mayo se pone dentro del sanatorio una escolta militar como protección. Aparte otras molestias que padeció la comunidad y que no fueron trágicas, hubo un registro porque alguien había denunciado la existencia de armas, que no aparecieron por ninguna parte. Llegado el 18 de julio de ese año se constituye un Comité Revolucionario, compuesto por 32 personas, que tomó todo el poder y responsabilidad en la villa. Y se organizaron las milicias. La iglesia parroquial fue profanada y convertida en prisión. Algunos dependientes del Sanatorio se refugiaron en él con sus respectivas familias, pensando que estarían en él a salvo, pero el comité los obligó al poco a volver a sus casas y algunos fueron detenidos. Se constituyó una checa o tribunal popular y comenzaron los fusilamientos. Entre los así sacrificados estuvieron varios sacerdotes y un seminarista. El culto católico quedó totalmente interrumpido. Sólo era posible la oración en el interior de los hogares. El 13 de septiembre, fiesta de la Virgen del Consuelo, patrona de la villa, la imagen de la Virgen fue llevada ante el ayuntamiento y en medio de acciones soeces y blasfemas, junto con otras muchas imágenes, fue quemada. Todas las iglesias y ermitas del pueblo fueron profanadas. La tumba del hoy San Benito Menni se salvó al alegarse que aún no era un santo, que aún no estaba canonizado. La superioridad de la Orden, temiendo que algún día los hermanos hubieran de abandonar la casa, procuró para todos los oportunos pasaportes y se señalaron los lugares adonde podrían ir.

El 19 de julio de 1936, milicianos armados cercaron el sanatorio y a ellos se unieron los soldados que estaban dentro como protección militar. El objetivo era impedir la huida de los religiosos, pues se rumoreaba que querían dejar el centro. Los hermanos conservaron su hábito hasta el 25 de julio. El P. Guillermo llamó a los religiosos uno a uno y les dio entera libertad para que cada uno marchase donde quisiese, entregando a cada uno una cantidad de dinero. Pero todos, unánimemente, ancia-

nos y jóvenes, decidieron permanecer unidos en la comunidad y correr juntos la misma suerte. Por su parte el P. Juan Jesús, como maestro de novicios, escribía a las familias de éstos para que vinieran por ellos, y de esta forma algunos se marcharon. Dos hermanos fueron reclamados por Sanidad Militar y hubieron de acudir. A finales de mes les llegó la noticia del martirio de varios hermanos en Talavera de la Reina. Esto no desanimó a los hermanos, que más bien se dispusieron todos al martirio si ésa era la voluntad de Dios.

El día 31 de julio el gobernador civil de Madrid mandaba al P. prior hacer entrega del sanatorio y de sus cuentas a un administrador civil nombrado por él y se hacía nombramiento de un nuevo director facultativo. Se retiraron del Sanatorio todos los objetos religiosos y se dio orden de cerrar la iglesia, quedando prohibidos los rezos públicos y cualquier acto de culto. Los hermanos hubieron de usar la capilla de la enfermería de clausura y la del noviciado. Se abrieron listas de reclutamiento de enfermeros que sustituyeran a los hermanos. Los hermanos se mantuvieron de momento en sus puestos pero se veían vigilados y asediados por todas partes. Tuvieron que soportar blasfemias, obscenidades y vejámenes. El día 1 de agosto fue a Madrid a algunas diligencias el hermano Gaudencio Íñiguez de Heredia y no volvió: había sido asesinado. Ahora se tramita su causa de beatificación. Pocos días más tarde hubo un nuevo registro y se obtuvo el desenterramiento de ciertas armas viejas e inutilizadas que habían servido para la instrucción de los hermanos militarizados, y cuya existencia en su momento se le había indicado al alcalde. El registro causó una gran conmoción.

En la mañana del 7 de agosto, tras la celebración de la misa muy temprano, el P. superior reunió a la comunidad en el refectorio y hubo de hablarles a los hermanos con la mayor claridad. Les dijo, según se ha podido reconstruir:

> «Hermanos, ha llegado la hora de sufrir persecución. El Señor, sin duda, quiere hacernos dignos de esta merced. Procuremos corresponder a esta gracia de Dios, y arrostremos con espíritu varonil todo lo que de adverso nos viniere. De un momento a otro, a nosotros, los superiores, nos separarán definitivamente, quizás hasta la eternidad; allá en el cielo nos veremos. Ahora, pues, démo-

nos el último abrazo, y unos por otros debemos rogar, que es lo que de veras les recomiendo».

Los hermanos, con los ojos anegados en lágrimas, se dieron el abrazo que pedía el P. prior y cada cual lleno de tristeza se retiró a su empleo a la expectativa de lo que pudiera suceder. Y es que el P. Llop estaba seguro de que por lo de las armas iba a ser fusilado. Mediada la mañana se dio entrada a los nuevos enfermeros que iban a suplir a los hermanos. Eran personas que hasta entonces habían trabajado en el campo y que no tenían práctica en el cuidado de enfermos mentales. A las 3 de la tarde, milicianos enviados por el comité entraron por todo el establecimiento y procedieron a la detención de todos los hermanos, detención acompañada de insultos y groserías. Fueron todos registrados y despojados de todos sus objetos religiosos, como crucifijos, medallas, escapularios, etc. Y se les quitó el dinero que habían recibido del superior. Fueron concentrados en la sala de visitas y estrechamente vigilados. El P. Juan Jesús Adradas, que estaba en su cuarto, no fue requerido al registro por los milicianos, que no lo vieron. A las 6 de la tarde bajó y al no ver ningún hermano, preguntó y le dijeron dónde estaban todos. Y entonces dijo: «Pues yo voy donde están los hermanos», y se fue a la sala de visitas. Pasaron allí la noche y el día siguiente hasta media tarde, saliendo solamente para cenar ya muy tarde. No todos los hermanos fueron detenidos, o por ser muy ancianos o por ser muy jóvenes, o porque siguieran en el empleo que tenían. Pero se fueron presentando los más de ellos en la portería y agregándose a los demás hermanos. Entre ellos se animaban mutuamente a perseverar en la vida religiosa y a llegar si fuere preciso al martirio. El día 8 el P. prior, que estaba incomunicado, fue agregado a los detenidos. El P. prior procuró salvar a los hermanos en la medida de sus fuerzas y logró ir a Madrid acompañado de un empleado de la casa, afín a los milicianos, y pidió en la Dirección General de Seguridad que acudiesen en socorro de los hermanos detenidos. Así se lo prometieron y así lo comunicó al llegar a Ciempozuelos. A las 3 de la tarde de ese día, 8 de agosto, llegaron de Madrid varios camiones con guardias de asalto para recoger a los hermanos. Les permitieron coger sus maletas y un par de mudas. Los religiosos permanecieron serenos. Se congregó mucha gente para ver salir a los

hermanos. Éstos salieron en fila y fueron subiendo a los camiones entre insultos, risotadas y burlas. Partieron los coches y pudieron ver los hermanos al pasar por el Cerro de los Ángeles que ya no estaba la estatua del Sagrado Corazón, que había sido derribada. Llegaron a la Dirección General de Seguridad, les sacaron ficha según entraban y los destinaron a los calabozos. Les dieron un plato de lentejas como cena y descansaron en el duro suelo. Al día siguiente, a las 7 de la tarde, los 54 religiosos ingresaban en el antiguo colegio de San Antón, de los Padres Escolapios, en la calle Hortaleza, convertido en cárcel. Eran 19 profesos solemnes; 12 profesos temporales; 12 novicios; 4 donados; 2 perseverantes; y 5 postulantes.

A los hermanos se les encierra en las antiguas clases en las que aún estaban los pupitres, que fueron sacados al pasillo para dejar espacio a los presos. A las 7 de la mañana debían levantarse los presos, se hacía su recuento, se les servía un cazo de café y un trozo de pan. Comprobaron enseguida que en la cárcel había otros hermanos de su misma Orden y mucha gente buena detenida. Está prohibido rezar en voz alta o hacer cualquier acto de culto. Se encuentran allí miembros de todas las órdenes religiosas y alguna persona conocida en el mundo de las letras, como don Pedro Muñoz Seca, el comediógrafo portuense. Al frente de la cárcel está el personal del Cuerpo de Prisiones, que trató siempre a los presos con toda consideración, y los milicianos, que no ahorraron burlas, insultos y obscenidades. En cada sala se nombraban dos presos al frente de la misma y que debían distribuir los servicios: limpiar la sala y los inodoros, los utensilios y platos, traer agua, repartir la comida, etc. Se pasaba lista dos veces al día, y para ello debían los presos formar y responder a un oficial y a los milicianos de guardia. A las 6:30 de la mañana se levantaban, bajaban a los lavabos a asearse, luego se hacía el recuento, se daba el desayuno y les permitían bajar al patio hasta la una de la tarde. A esa hora servían la comida, consistente en sopa, potaje y pan, y por la noche un plato de alubias o lentejas. Al principio no había colchones, luego hubo uno para tres. Había en la cárcel más de mil presos y en ella hallaron los hermanos un amplio campo para ejercitarse en múltiples servicios humildes, pues sobre todo los hermanos jóvenes se

prestaban a suplir a los presos ancianos en la prestación de limpieza de suelos, fregado de ollas, monda de patatas, lavado de lentejas, etc. Los oficiales de la cárcel, señores Bolinche, Yagüe y Aznar, encomendaban a los hermanos el lavado de sus mudas y tomaron a dos de ellos como ordenanzas y les confiaron el aseo y orden de sus habitaciones y dependencias de oficinas. Los hermanos hicieron de enfermeros con los presos y con los oficiales enfermos, velándolos de noche, haciéndoles las camas y ejercitando con ellos cuantos servicios podían, fieles a su vocación hospitalaria. Se ofrecieron para hacer de enfermeros en los hospitales militares pero su solicitud no fue contestada. Lejos de entibiar el espíritu de la comunidad, la prisión avivó el fervor religioso de los hermanos, distinguiéndose por su espíritu de sacrificio y unión fraterna. Hacían sus oraciones en voz muy baja, y hasta sus días de retiro, paseando como si fueran hablando de cosas indiferentes pero en realidad transmitiéndose pensamientos religiosos. No podían comulgar pero sí confesar con los sacerdotes, todo con el mayor disimulo. Uno de los hermanos renovó en la cárcel sus votos. Los tres superiores, a saber, el P. provincial, el P. prior y el P. maestro, se las ingeniaron para transmitir continuamente ánimo y consuelo a todos. Se prestaban mutuamente todos cuantos servicios de caridad podían. Por parte de los milicianos recibieron muchas molestias, vejaciones y malos tratos, instándolos a renegar de su condición de religiosos y, sobre todo, a blasfemar. Todos los hermanos hubieron de comparecer ante la checa o tribunal popular, donde a los hermanos jóvenes se les preguntaba si estaban dispuestos a defender la República con las armas o quién querían que ganara la guerra. Quedaban así claramente identificados y perfilada su personalidad como religiosos.

A primeros de noviembre comenzaron en la cárcel de San Antón las sacas en masa de presos para ser fusilados, siendo los primeros los militares y comenzando los fusilamientos en Paracuellos de Jarama el día 7 de ese mes. La natural ansiedad se adueñaba de los presos y todos pensaban en cuándo les tocaría a cada uno. A nuestros mártires les tocó el día 28 de noviembre en dos sacas, cinco en la primera y diez en la segunda. En la primera iba el P. Guillermo Llop atado junto con don Pedro

Muñoz Seca. No les habían dejado en la portería de la cárcel más que la ropa puesta. Para la Orden de San Juan de Dios ya era entonces el 28 de noviembre una fecha memorable pues en tal día de 1664 accedieron por fin los religiosos mínimos de Granada a entregar a la Orden Hospitalaria los sagrados despojos de San Juan de Dios, enterrado en el convento mínimo granadino de la Victoria, y a causa de ello la Orden celebra el 28 de noviembre como la Traslación de las Reliquias de San Juan de Dios. La primera expedición llegó a Paracuellos de Jarama a media mañana. Los presos fueron alineados al borde de una fosa y allí recibieron la descarga que acabó con sus vidas. La segunda salió a las once de la mañana e iban en ella once grandes ómnibus de dos pisos atestados de presos. Los presos despedían la vida dando vivas a Cristo Rey y vivas a España. A los fusilados que no habían muerto se les remataba con el tiro de gracia. Y así desde Paracuellos, asesinados por el solo delito de ser religiosos, los quince hospitalarios de San Juan de Dios pasaron de este mundo al cielo. Se habían despedido en la cárcel de sus hermanos diciéndoles precisamente esto: «Hasta el cielo».

Demos ahora brevemente los datos personales de los quince mártires:

JUAN JESÚS (MARIANO) ADRADAS GONZALO nace en Conquezuela (Soria) el 15 de agosto de 1878 y es bautizado con el nombre de Mariano. Educado cristianamente por su madre viuda, eligió la carrera sacerdotal y estudió en el Seminario de Sigüenza, ordenándose sacerdote el 19 de septiembre de 1903. Enviado a Zaragoza para hacer estudios superiores de teología, fue capellán del manicomio provincial regentado por los hermanos de San Juan de Dios y de ahí le vino su vocación hospitalaria, emitiendo el 30 de junio de 1905 los votos temporales y el 24 de noviembre de 1908 los solemnes. Estuvo de capellán en Palencia, San Baudilio de Llobregat y Ciempozuelos, desplegando un gran celo sacerdotal. Estuvo al frente de los hermanos neoprofesos, colaboró en la fundación de la escolanía hospitalaria y en 1911 fue nombrado maestro de novicios al mismo tiempo que director de la escolanía. En 1914 ésta se trasladó a Ciempozuelos y allí fue el P. Juan Jesús como director de la misma. Entre 1919 y 1925 fue por dos trienios provincial de la

Orden en España, abriéndose en su tiempo ocho casas en España e Iberoamérica y una en la isla de Madera. Terminado su provincialato pasó por varias capellanías, hasta que en 1934 fue elegido maestro de novicios de la nueva provincia Bética. Espléndido educador de religiosos y hombre de sólida cultura religiosa y de insigne piedad, sufrió mucho cuando vio la destrucción de la comunidad y manifestó gran paciencia y entereza ante la adversidad.

GUILLERMO (VICENTE) LLOP GAYÁ había nacido en Villarreal (Castellón de la Plana) el 10 de noviembre de 1880, recibiendo en el bautismo el nombre de Vicente. Educado cristianamente, a los 18 años optó por la vida religiosa e ingresó en la Orden Hospitalaria, en la que hizo los primeros votos el 5 de noviembre de 1899 y los solemnes el 20 de diciembre de 1903, tomando el nombre religioso de fray Guillermo. Estuvo un tiempo destinado en la Provincia Romana (1911-1922), atendiendo a los heridos de la I Guerra Mundial. Luego marchó a Chile, donde estuvo hasta 1928. Ese año fue elegido provincial de la provincia española y reelegido en 1931. En su tiempo se abrieron varias casas en España y Chile. Llegada la II República intentó por el bien de las casas de la Orden el mejor contacto con las autoridades y al suprimirse la Compañía de Jesús abrió los hospitales y residencias de la Orden a los religiosos jesuitas ancianos o enfermos. Preparó la división de la provincia española en tres, y así se aprobó en el capítulo general de 1934. Hecha la división, quedó adscrito a la provincia Bética y se le nombró prior de la casa de Ciempozuelos, cargo que desempeñaba al tiempo de su martirio. Religioso dotado de grandes cualidades, sobresalía por su piedad, suavidad y prudencia.

CLEMENTE DÍEZ SAHAGÚN había nacido en Fuentes de Nava (Palencia) el 23 de noviembre de 1861 y se le puso en el bautismo el nombre de Clemente, por el santo del día. Ingresa en la Orden Hospitalaria a los 25 años, haciendo los votos temporales el 1 de octubre de 1887 y los solemnes el 24 de diciembre de 1893. Había estado destinado 20 años en el manicomio de Zaragoza.

LÁZARO (JUAN MARÍA) MÚGICA GOIBURU había nacido en Idiazábal (Guipúzcoa) el 5 de abril de 1867, recibiendo en el

bautismo el nombre de Juan María. Ingresó en la Orden Hospitalaria con 19 años, emitiendo la profesión temporal el 27 de diciembre de 1887 y la solemne el 24 de octubre de 1893, tomando el nombre religioso de fray Lázaro. En las varias casas en que residió tuvo a su cargo la cocina y la granja.

MARTINIANO (ANTONIO) MELÉNDEZ SÁNCHEZ había nacido en Málaga el 15 de enero de 1878 y recibió en el bautismo el nombre de Antonio. Luego de haber estado acogido en el asilo de San Bartolomé, regentado por la Orden, entró en ella a los 15 años. Emitió la profesión simple el 14 de mayo de 1896 y la solemne el 28 de noviembre de 1902, tomando el nombre de Martiniano. Durante muchos años tuvo a su cargo la portería de Ciempozuelos.

PEDRO MARÍA ALCALDE NEGREDO había nacido en Ledesma (Soria) el 26 de noviembre de 1878. Alos 27 años ingresó en la Orden Hospitalaria, en la que hizo la profesión simple el 24 de octubre de 1907 y la solemne el 29 de junio de 1914. Fue limosnero y cocinero en diversas comunidades.

JULIÁN PLAZAOLA ARTOLA había nacido en San Sebastián el 1 de septiembre de 1915. Se educó en el Colegio de La Salle. Ingresó en la Orden Hospitalaria el 30 de mayo de 1934 y emitió la profesión simple el 8 de septiembre de 1935. Estaba destinado en Ciempozuelos. Para que blasfemara le hicieron el simulacro de fusilarlo pero no blasfemó.

HILARIO (ANTONIO) DELGADO VÍLCHEZ había nacido en Cáñar (Granada) el 18 de abril de 1918, recibiendo el nombre de Antonio en el bautismo. Ingresó en la Orden Hospitalaria con 16 años, e hizo la profesión temporal el 3 de junio de 1936, tomando el nombre de fray Hilario. No detenido el 7 de agosto, se agregó voluntariamente a los hermanos.

PEDRO DE ALCÁNTARA BERNALTE CALZADO había nacido en Moral de la Mata (Ciudad Real) el 4 de agosto de 1910. Ingresó en la Orden Hospitalaria en el verano de 1935 y entró en el noviciado el 7 de septiembre del mismo año, no habiendo llegado a hacer la profesión religiosa cuando fue martirizado.

JUAN ALCALDE Y ALCALDE había nacido en Zuzones (Burgos) el 20 de octubre de 1911. Tras haber servido como hortelano a los PP. Agustinos de Uclés, ingresó en Ciempozuelos en otoño de 1935 y empezó el noviciado el 7 de marzo de 1936.

Sorprendido en la cárcel leyendo el libro *Las Glorias de María* pasó como castigo una noche en el calabozo.

ISIDORO MARTÍNEZ IZQUIERDO nació en Madrid el 9 de abril de 1918. Tras ingresar en la Orden en junio de 1935, el 7 de septiembre de aquel año comenzó el noviciado.

ÁNGEL SASTRE CORPORALES nació en Villaralbo del Vino (Zamora). Al quedar huérfano se educó en el hospicio de Zamora. Ingresó en Ciempozuelos el 12 de marzo de 1936 y el 2 de junio siguiente empezó el noviciado.

JOSÉ MORA VELASCO nació en Córdoba el 18 de agosto de 1886. Pasó con su familia a vivir en Talavera de la Reina e hizo los estudios sacerdotales en el seminario de Toledo, ordenándose sacerdote el 12 de marzo de 1910. Luego de haber ejercido el ministerio en varios pueblos de la archidiócesis toledana, estaba de capellán en el asilo de Hermanitas de los Pobres cuando conoció la Orden Hospitalaria y se decidió a ingresar en ella. Llegó a Ciempozuelos como aspirante el 9 de julio de 1936, siendo detenido días más tarde con los demás hermanos.

JOSÉ RUIZ CUESTA había nacido en Dílar (Granada) el 6 de noviembre de 1906. Ingresó como aspirante en la Orden el 14 de junio de 1936.

EDUARDO BAUTISTA JIMÉNEZ había nacido en La Gineta (Albacete) el 5 de enero de 1885. Tenía ya 50 años cuando pidió ingreso en la Orden y se le dio de momento el hábito de devoción o donado, era el 7 de diciembre de 1935.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

LIZASO, F., *Braulio M.ª Corres, Federico Rubio y compañeros mártires, Hospitalarios de San Juan de Dios* (Madrid 1992).
— *Hospitalidad y santidad* (Roma 2002).
MARCOS, O., *Testimonio martirial de los Hermanos de San Juan de Dios en los días de la persecución religiosa española* (Madrid 1980).
Recordando una vida, una obra, un martirio, en el P. Juan Jesús Adradas Pbro. O.H. (Madrid 1960).
SAUCEDO CABANILLAS, R. M., *Vida del padre Juan Jesús Adradas, pbro. O.H.* (Madrid 1960).

BEATO LUIS CAMPOS GÓRRIZ

Mártir († 1936)

Vamos a ver lo que Dios quiere de nosotros.

En marcha...

En marcha el impulso creador del padre Ángel Ayala, que así había estimulado.

Nacía la andadura de la actual Asociación Católica de Propagandistas.

La mañana festiva del tercer domingo de noviembre de 1908.

Entre las flamantes paredes del madrileño colegio jesuítico de Areneros, que aún levantaba paredes.

Adelante un puñado de muchachos, posteriormente conocidos como los ocho de la fama. Bravos. Inicialmente sólo compartiendo semanalmente las inquietudes de una acción católica en la vida pública. Pero sin tardanza lanzados apostólicamente a la calle...

Al año, el 3 de diciembre de 1909, fue la puesta de largo. La presentación oficial: docena y media de paladines católicos capitaneados por Ángel Herrera Oria, el clarividente laico santanderino, el forjador de mentes y conciencias, el sacerdote y obispo de vida fecunda y fecundadora —como alguien le ha descrito—, cuya talla histórica, humana y religiosa nutre la documentada biografía *De periodista a cardenal,* firmada por José María Escudero.

Dos años después la voz, el ideario de aquellos chicos llegaba a los kioscos. A través de *El Debate,* un gran diario moderno, punta de lanza y tribuna del catolicismo social español del momento; mentor de la Editorial Católica, madre de conocidas publicaciones nacionales y regionales diarias: *Ya; Ideal de Granada; Hoy; El ideal gallego; La verdad...*

En 1926 la Asociación Católica de Propagandistas enrolaría a Luis Campos Górriz.

Campos Górriz era un valenciano recién llegado a Madrid, cargado con el bagaje cultural de una doble carrera universitaria: Derecho y Filosofía.

Había venido al mundo en la intimidad hogareña del número 14 de la calle del Milagro, en la ciudad del Turia, el día 30 de junio de 1905.

Nacido en el seno de una acomodada y cristianísima familia que, fiel a la típica tradición local, escogió para el bautismo el templo parroquial de San Esteban; en la misma pila que regeneró la chiquitina vida de San Vicente Ferrer. Y, con dos años, inscribió a su hijo en la Congregación Menor de la Inmaculada y San Estanislao de Kotska...

El oratorio privado familiar, donde ya servía al altar, enmarcó, en la Nochebuena de 1912, la primera comunión de Luis. Una celebración íntima, emotiva, piadosa, sin oropeles.

Y, en enero siguiente, alumno de los jesuitas. Medio pensionista del Colegio de San José. Donde cursará las enseñanzas primaria y media. Premiado doblemente cada año por aplicación y por conducta.

Tan modélico que el rector del colegio, en conversación con su padre, elogió: «No sé qué más, a su edad, tendría San Luis»...

En su momento pasó a la universidad. Con ánimos y aptitud para simultanear los consabidos estudios de Derecho y de Filosofía y Letras.

Las aulas superiores valencianas moldearán al profesional. Al tiempo que el ambiente universitario dará vida al apóstol.

Apóstol que nace y desborda energías e ilusión en el fomento y desarrollo de las Congregaciones marianas, de la Federación de Estudiantes Católicos, de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, de la Juventud Católica. Todos estos movimientos le enrolan y en todos militante con funciones de responsabilidad...

Coronada con brillantez la vida académica valenciana, flamante abogado, es cuando pasa a Madrid, persiguiendo el doctorado en Leyes.

Su estrenada estancia en la capital de España coincide con el I Congreso Nacional de Juventudes Católicas, cuya organización le fue encomendada. Encargado también de la puesta en marcha de no pocas fundaciones apostólicas a lo largo y ancho de la geografía nacional. Transcurrió la asamblea juvenil...

Obtuvo la graduación académica que pretendía en la Universidad Central de Madrid. Ya no tenía razón de ser su presencia en la capital, interesado como estaba el flamante doctor por el ejercicio profesional en la ciudad de origen.

En Valencia abrirá bufete de abogado, recuperará militancia cristiana activa y vivirá renovada ilusión apostólica, convirtiéndose en presidente de la Junta Diocesana de Acción Católica. En los religiosamente difíciles años treinta del siglo último...

Se enamorará y, en 1933, estrenará matrimonio con Carmen de Arteche, de familia vasca muy enraizada en la fe, con quien compartió bendición nupcial en la iglesia jesuítica de Loyola, exteriorizando una vez más sus simpatías a la Compañía de Jesús.

Y recibirá llamadas y ofrecimientos. Durante dos años.

Insistente don Ángel Herrera que vaya a su lado. Que le necesita en *El Debate,* del que es director. Que cubrirá responsabilidades en los cuadros nacionales de la Acción Católica, cuya Junta Central preside...

Tanta insistencia que finalmente cedió y, en diciembre de 1935, la pareja fijó residencia en Madrid. Sólo meses disfrutarían el domicilio castellano. Que, en el inmediato abril, Carmen, que le había hecho padre de una niña, le enviudó. Tras rápida enfermedad, circunstancialmente en la capital levantina, donde les habían hecho presentes las elecciones del 16 de febrero de 1936.

Tremendo desgarrón... Aunque peor le aguardaba a Campos Górriz...

El furibundo estallido revolucionario, en el verano de 1936, le sorprendió en la Villa y Corte. Y voló al lado de su padre y hermana y de la hijita, que ellos cuidaban.

Voló al campo valenciano, a Torrent, donde su padre, que había enfermado, ejercía de Registrador de la propiedad. Donde a los seres queridos les sorprendió la barbarie desatada sobre la piel de toro...

En Madrid, adonde infructuosamente intentó retornar, se cebó singularmente sobre los propagandistas católicos. Como terrible sería la represión en todas las provincias donde hubo fracaso del movimiento militar.

Ninguna otra institución tan masacrada: saqueos y destrozo de locales; hostigamiento; persecución, cárcel, torturas, muerte... Una cuota martirial global que sumaría sangre de casi un centenar de víctimas. Mártires, más o menos, una de cada seis

militantes cristianos. Abogados, ingenieros, militares, catedráticos, periodistas, obreros, médicos y políticos de variada significación...

Violenta igualmente la persecución en Levante... Aunque el abogado Luis Campos, secretario nacional de los propagandistas católicos, en su refugio familiar de Torrent vivió sin sobresaltos y con relativa tranquilidad los iniciales meses revolucionarios. Consciente, eso sí, del riesgo. Y, en cierto modo, deseoso de que su fe fuera puesta a prueba.

De ahí la reflexión domiciliaria en voz alta: ¡Qué vergüenza si no nos pasa nada!...

Algo pasó. Demasiado. Los milicianos llevaban dos días rondando la casa. Pero medios influyentes, contrariamente a su voluntad —ya de niño llevaba en la cabeza que quería morir de algo grande—, frenaban la operación. Pasó que, mediada la tarde del 28 de noviembre de 1936, llamaron a la puerta. Eran hombres armados, llegados en automóvil, interesándose por la tía materna de Luis, una señora anciana y muy piadosa.

Durante el registro domiciliario descubrieron e identificaron al secretario general de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y alma de la implantación militante juvenil en no pocas ciudades y pueblos de España. Tía y sobrino fueron detenidos.

Luis —treinta y un años— salió de casa impresionantemente sereno. Más que tranquilo; irradiando satisfacción. Desbordante de alegría y santamente orgulloso de sufrir persecución a causa de sus creencias y de sus ideales. La anciana, también sin visible alteración sentimental, ofreciendo gustosa su vida a Dios. Ambos murieron con el rosario en las manos. Acribillados a balazos, en el cementerio de Paterna, cuando la oscuridad se engullía el día...

Luis Campos Górriz, laico siempre en vanguardia apostólica, comprometido con su fe y su tiempo, es el primer propagandista católico distinguido con el honor de los altares. Beatificado por el papa Juan Pablo II, compartiendo glorificación canónica con otros doscientos treinta y tantos mártires de la persecución religiosa española. En solemnísima ceremonia, enmarcada en la Plaza de San Pedro, el 11 de marzo del año 2000.

La militancia católica española paladea el júbilo que, en 1961, soñara Fernando Martín-Sánchez Juliá:

> «Luis Campos fue universal. Siempre trabajó con el lema de "unión de todos los católicos". Perteneció y presidió a aquella muchachada de vanguardia que fueron los estudiantes católicos. Si el apostolado seglar, entendido al modo contemporáneo, consigue en Luis Campos un santo ejemplar e imitable, viviremos días de júbilo, no sólo los que fuimos sus amigos, que esto sería poco y mezquino, sino todos los que ahora y en los tiempos venideros quieren servir a Dios, extendiendo su reinado en el mundo donde ellos viven como apóstoles seglares».

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

BARREIRO GORDILLO, C., *Acción Católica Nacional de Propagandistas y represión durante la guerra civil: Arbil* (2004) n.85.

CÁRCEL ORTÍ, V. - FITA REVERT, R., *Mártires valencianos del siglo XX* (Valencia 1998).

SERRANO, J. F.: «XC Aniversario de la Asociación Católica de Propagandistas: "Vamos a ver lo que Dios quiere de nosotros"»: *Alfa y Omega* (2000) n.196.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS PAPINIANO, MANSUETO, URBANO, CRESCENTE, HABETDEUS, EUSTRACIO, CRESCONIO, VICOS, FÉLIX, HORTULANO, FLORENCIANO

Obispos y mártires († 453-460)

El *Martirologio romano* celebra hoy la buena memoria de un grupo de obispos que en la invasión de los vándalos en África en el siglo V padecieron muerte o destierro por su condición de pastores de la Iglesia y sobrellevaron con paciencia y fe las penalidades que hubieron de padecer. No todos ellos murieron violentamente, pero a todos ellos los conmemora la Iglesia porque se mira en su ejemplo de perseverancia y fidelidad. No pertenecen a un mismo lugar ni a un mismo año sino a una misma persecución.

Genserico, cuando desembarcó en África en el año 429, emprendió una campaña de violencias, devastaciones, muertes y

desolación en la que las iglesias no fueron excepción ni los pastores de la Iglesia tampoco. Papiniano, obispo de Vita, y Mansueto, obispo de Uruci, fueron quemados vivos. Y de ese tiempo se conmemora a Urbano, obispo girbitano, a Crescente, obispo byzaciense, a Habetdeus, obispo teudalense, a Eustracio, obispo sufetano, a Cresconio, obispo oense, a Vicos, obispo sabratense, y a Félix, obispo hadrumetano. Y del tiempo de Hunerico, que persiguió con saña a la Iglesia católica por su apoyo al arrianismo, se conmemora a Hortulano, obispo benefense, y a Florenciano, obispo midilense. Las comunidades cristianas quedaron privadas de pastor al ser todos estos pastores exiliados mientras ellos no dejaban de confesar la fe.

SAN ESTEBAN EL JOVEN

Monje y mártir († 764)

Este ilustre monje se distinguió por la defensa de la licitud del culto a las sagradas imágenes, defensa que le costó la vida y le atrajo la corona del martirio. Nace en Constantinopla a comienzos del siglo VIII y a los quince años se coloca como criado del monasterio de San Auxencio, en Calcedonia. Muerto su padre, volvió a Constantinopla, vendió sus bienes, los dio a los pobres y con su madre y hermana optó por la vida monástica. Tenía solamente 30 años cuando fue elegido hegúmeno de su monasterio. Pero al cabo de doce años dimite y prefiere la vida de anacoreta en una cueva, viviendo una vida santa que hizo subir aún más su amplio crédito como persona santa. Llegada la persecución iconoclasta de Constantino V Coprónimo, se le presionó para que suscribiera el decreto de los obispos del 754 contra las sagradas imágenes. Al negarse fue arrestado, siendo vanos los intentos por que se sometiera a la iconoclastia. Se intentó desacreditarlo con falsas acusaciones pero el monje permaneció firme. Entonces se le desterró a la isla de Proconeso en la Propóntide. Al cabo de dos años fue trasladado a una cárcel de Constantinopla, donde se encontraban otros muchos monjes opuestos a la iconoclastia, y se le hizo comparecer ante el emperador que le pidió cuentas de su veneración a las imágenes sagradas. Esteban respondió que si al emperador no le po-

día parecer bien que se despreciaran las estatuas del monarca, por qué sí podía estar bien despreciar los iconos de Cristo. Mandó el emperador que lo azotaran y el monje sobrevivió a los azotes. Con motivo de los festejos en honor de la emperatriz Eudoxia, algunos oficiales, sin licencia expresa del emperador, lo llevaron por las calles a un sitio donde lo remataron con golpes de garrote. Era el 28 de noviembre de 764.

BEATO SANTIAGO THOMPSON

Presbítero y mártir († 1582)

Nace en York hacia el año 1540. En 1580 se decidió por el sacerdocio y marchó a Reims para hacer los estudios, y al verse obligado a regresar a Inglaterra por su mala salud, los superiores decidieron dispensarle del resto de sus estudios y ordenarlo sacerdote, ya que lo consideraban suficientemente preparado. Así pues, en 1581, ya ordenado, volvió a su país. Cambió de apellido para pasar más inadvertido y usó el alias de Hudson y trabajó apostólicamente durante un año, al cabo del cual fue arrestado. Como reconoció que era sacerdote, se le encausó bajo la acusación de traición. Se le preguntó qué haría si el Papa invadía Inglaterra, y dijo que él se comportaría como patriota, y se le preguntó si dispararía contra el Papa, y dijo que no. Lo tuvieron tres meses en la cárcel, cargado de cadenas y con los presos comunes hasta que en Knaveshire, York, fue ahorcado, destripado y descuartizado el 28 de noviembre de 1582. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por Pío XI.

SAN ANDRÉS TRANG VAN TRONG

Mártir († 1835)

Nace en el seno de una antigua familia cristiana en Kim-Long el año 1810 y lo educa con esmero en la fe su religiosa madre. Ingresa en su juventud en la Compañía real de tejedores de seda (1834), pero como al año siguiente se da la orden de que todos los tejedores pisen la cruz, él se negó reconociendo que era cristiano. Sus compañeros cristianos pisaron la cruz,

pero él siguió negándose pese a los varios suplicios padecidos. Llevado a rastras para que pisara la cruz, se agarró al cuello de un soldado y encogió las piernas, de manera que no cometió ni siquiera materialmente el acto de apostasía. Llevado a la prisión de Tran-Phu entre delincuentes comunes, resistió las presiones de éstos, para que apostatara. Lo trasladaron a otra cárcel en Kham-Duong y se portó con tal mansedumbre y bondad que los guardias le dieron licencia para poder visitar a su madre y recibir el sacramento de la penitencia. Vuelto a la cárcel, recibe la sentencia de muerte. El día 28 de noviembre de 1835 salió de la prisión para ir al sitio de la ejecución. Lo acompañaron su madre y sus familiares que lo animaron y le pidieron oraciones por ellos cuando estuviera en el cielo. Una vez decapitado, su madre solicitó del verdugo la cabeza de su hijo y se la llevó consigo envuelta en su falda. Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II.

29 de noviembre

A) Martirologio

1. En Roma, San Saturnino de Cartago († 250), mártir *.
2. En Toulouse (Galia Narbonense), la conmemoración de San Saturnino († 250), obispo y mártir **.
3. En Ancira, Galacia, San Filomeno († s. III), mártir.
4. En Todi (Umbría), Santa Iluminada († s. IV), virgen.
5. En Batnan-Sarug, Santiago († 521), obispo, que en la Iglesia siria es honrado como doctor.
6. En Deventer (Frisia), la traslación de San Radbodo († 918), obispo de Utrecht.
7. En York (Inglaterra), Beato Eduardo Burden († 1588), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I *.
8. En la misma ciudad, beatos Jorge Errington, Guillermo Gibson y Guillermo Knight († 1596), mártires bajo el reinado de Isabel I *.
9. En Achén, isla de Sumatra, beatos Dionisio de la Natividad (Pedro) Berthelot, presbítero, y Redento de la Cruz (Tomás) Rodríguez, religioso carmelita descalzo († 1638), mártires **.
10. En Lucera (Apulia), San Francisco Antonio Fasani († 1742), presbítero, de la Orden de Menores Conventuales **.
11. En El Saler (Valencia), Beato Alfredo Simón Colomina († 1936), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN SATURNINO DE TOLOSA

Obispo y mártir († 250)

El *Martirologio romano* reza en este día lo siguiente:

> «En Tolosa, en tiempo de Decio, San Saturnino, obispo; fue detenido por los paganos en el Capitolio de esta villa y arrojado desde lo alto de las gradas. Así, rota su cabeza, esparcido el cerebro, magullado el cuerpo, entregó su digna alma a Cristo».

Históricamente apenas se sabe nada sobre el primer arzobispo de Tolosa, pero la historia de su época y de su país y numerosos testimonios relativos a su culto nos ayudan a tener de él un conocimiento más completo.

Los orígenes de la ciudad de Tolosa se remontan a las migraciones de los pueblos celtas en el siglo IV antes de nuestra era. Bajo la conquista romana —128 a.C.-52 d.C.—, la Galia céltica asimiló la civilización de los que la ocuparon, guardando su espíritu propio. De esta manera, Tolosa, renovada por las instituciones romanas, era en el siglo IV la ciudad más floreciente de la Narbonense. Así, Saturnino, el fundador de la iglesia de Tolosa, entró en el siglo III en una brillante ciudad galo-romana. Su figura destaca gloriosamente en la antigüedad cristiana de los países occidentales.

Su nombre —diminutivo del dios Saturno— es tan común en latín que no indica nada del personaje, de quien, por otra parte, se desconoce todo lo anterior a su episcopado tolosano, a pesar de que leyendas posteriores le hacen venir de Roma o de Oriente.

Cuando Saturnino llegó a Tolosa no debió de encontrar allí más que un grupo pequeño de cristianos. Gracias a su celo apostólico se desarrolló rápidamente esta comunidad joven, que él organizó y a la que gobernó como buen pastor.

Si no se sabe nada cierto sobre su vida y apostolado, estamos mejor informados sobre su muerte: en el año 250 aparecieron en la Galia los edictos de Decio que obligaban a todos los cristianos a hacer acto público de idolatría. Durante esta persecución, la más terrible que tuvo lugar en la Galia, los sacerdotes

paganos de Tolosa atribuyeron a la presencia de Saturnino en su ciudad el mutismo de sus ídolos, que no emitían oráculos. Un día, los sacerdotes paganos excitaron a la muchedumbre contra el obispo cuando pasaba ante el templo de Júpiter Capitolino. Quisieron obligarle a sacrificar a los dioses. Los paganos, exasperados ante su enérgica negativa, no quisieron esperar el final de un proceso regular. La muchedumbre, con la complicidad tácita de los magistrados, se apoderó de Saturnino y le ató con una cuerda a un toro que iba a ser inmolado y que huyó furioso. Rota la cabeza y despedazado el cuerpo, Saturnino encontró así una muerte heroica causada por el motín popular.

Su comunidad, fortificada en su fe, pero consternada por ese fin trágico, no se atrevía a tocar el cuerpo del mártir, porque la persecución exigía prudencia. Sin embargo, dos mujeres valerosas recogieron piadosamente el cuerpo, que quedó en el sitio donde la cuerda se había roto, y lo sepultaron dignamente cerca de allí, al norte de la ciudad, a la orilla de la gran ruta de Aquitania.

Un siglo más tarde, el obispo Hilario hizo construir sobre la tumba de su predecesor una bóveda de ladrillo y una basílica pequeña en madera. El obispo Silvio, que posiblemente fue el sucesor de Hilario, empezó la construcción de una nueva basílica, terminada por Exuperio en el siglo V y destruida por los sarracenos en 711.

La fiesta del mártir no fue celebrada litúrgicamente, y por eso debió olvidarse muy pronto; más tarde, cuando la memoria del mártir fue restablecida, se le asignó la fecha de 29 de noviembre, día ya insigne, porque era la fecha de su homónimo el mártir romano Saturnino, muerto hacia el año 250, y al que no hay que confundir con Saturnino de Cartago.

Dos siglos después del martirio, cuando su culto estaba ya bien establecido, un clérigo tolosano compuso en su honor un panegírico, que sigue siendo la mejor fuente de información. Es un sermón hecho para la fiesta del mártir; el estilo es el de los elogios que por la misma época pronunciaban Agustín y Juan Crisóstomo.

Hacia el año 530 San Cesáreo de Arlés, narrando con candor la evangelización de la Galia, pondrá al primer obispo de

Tolosa entre el número de los discípulos de los apóstoles, haciéndole así compañero de San Trófimo de Arlés. Los siglos siguientes lo encarecerán más aún, y la «pasión» de San Saturnino, tomada y reformada sin cesar, hará nacer una literatura legendaria.

Damos a continuación el resumen tal como aparece la «vida» del santo en los relatos más cuidados:

San Saturnino nació en Patrás, hijo del rey Egeo de Acaya y de la reina Casandra, hija de Tolomeo. Marchó a Palestina para ver a San Juan Bautista, quien le bautizó y le encaminó hacia Cristo. Asistió a la multiplicación de los panes, a la santa cena, y cuando Jesús apareció resucitado fue él quien le llevó pescado asado y un panal de miel. Asistió a la última pesca milagrosa y estuvo presente en el Cenáculo el día de Pentecostés. Siguió a San Pedro, quien, después de haberle enviado en misión a la Pentápolis y a Persia, le condujo a Roma, donde le consagró obispo. Después le envió a Tolosa, acompañado de San Papoul. En Nimes convirtió a San Honesto y se lo asoció. Los dos fueron aprisionados en Carcasona y salvados milagrosamente. En Tolosa, Saturnino curó de lepra a una dama noble; después envió a Honesto a España; éste, cumplida su misión, volvió a buscarle. Saturnino bautizó en Pamplona a cuarenta mil personas (!), después recorrió Galicia, siempre con el mismo éxito, y llegó hasta Toledo; volvió a Francia por Comminges. Poco después de su vuelta a Tolosa sufrió el martirio atado a un toro.

Una iglesia regional no es un campo cerrado; es una familia que da y que recibe. Quedan muchos testimonios de este dar y recibir: los tolosanos celebran santos que han vivido entre sus vecinos los españoles, como San Acisclo —17 de noviembre—, y la Iglesia española no deja de celebrar al primer obispo de Tolosa. Su culto atravesó los Pirineos en el siglo V; lo favoreció el que el reino visigótico se extendiera también por el otro lado de las montañas. En el siglo IX, a partir de la Reconquista, San Saturnino, a quien los españoles no habían olvidado nunca, gozó de gran popularidad gracias a los cruzados franceses. En efecto, se acordaban de que San Sernin de Tolosa había sido una de sus más gloriosas etapas en la larga peregrinación a Santiago.

Gracias, pues, a Santiago de Compostela, se hizo, en sentido inverso, la propagación del culto a San Saturnino. Etapa obligada en el camino de Santiago, San Sernin era frecuentada por multitud de peregrinos que desde Tolosa llevaban a sus países la devoción al gran obispo mártir. También su culto se extendió rápidamente en todo el país entre el Loira y el Rin, donde muchos lugares están bajo su patrocinio con nombre deformado: Sernin, Sornin, Sorlin y otros.

En Tolosa los peregrinos de Compostela encontraban la basílica que había reemplazado a la de Exuperio, y que, edificada lentamente a fines del siglo XI, había sido consagrada en 1096 por el papa Urbano II. El 6 de septiembre de 1258 el obispo Raimundo de Falgar procedió a la elevación de los restos de San Saturnino y los hizo depositar en el coro. San Saturnino es una de las más hermosas iglesias románicas, notable por sus cinco naves de once bovedillas, su vasto crucero y su coro de deambulatorio, guarnecido por capillas radiadas. En cuanto a la iglesia de Taur, se dice que se alza sobre el emplazamiento del antiguo Capitolio pagano (que no tiene nada que ver con el Ayuntamiento, donde en la Edad Media se tenían las sesiones capitulares), y que recuerda el lugar del martirio.

Al recuerdo de San Saturnino hay que asociar el de las dos santas mujeres que tuvieron la valentía de levantar el cuerpo del mártir mutilado horriblemente para enterrarle cerca del lugar donde el toro furioso se había detenido. La liturgia las celebra en la diócesis de Tolosa el día 17 de octubre con el nombre de «Santas Doncellas». La «pasión», escrita en el siglo V, precisa que ellas fueron apresadas por los paganos, azotadas con varas y arrojadas despiadadamente de la ciudad. Una leyenda posterior añade que San Saturnino en un viaje a España había encontrado a estas dos jóvenes, hijas del rey de Huesca, que las había convertido y las había llevado con él a su ciudad episcopal. Después del martirio del obispo y cuando fueron expulsadas de la ciudad, posiblemente se refugiarían en Ricaud, donde vivieron con santidad. Fueron enterradas a algunos kilómetros al oeste de Castelnaudary (Aude), en una aldea que desde entonces se llamó Mas-Saintes-Puelles, y que llegó a ser el centro del culto a estas mujeres humildes y devotas.

Toda la gloria del primer obispo de Tolosa, gloria que ha atravesado los siglos y las fronteras, tiene sus fuentes en el hecho de que se relaciona con él la evangelización primera de una región cuya influencia se extendió muy lejos, hasta las orillas del Mediterráneo y por encima de los Pirineos.

La Iglesia se planta como un árbol que vive. Como una casa, se la levanta aquí y allí donde no está; en este lugar ésta es la primera manifestación, la realización visible del misterio redentor. Así, San Saturnino, antes de ser un mártir, es el fundador de la iglesia local. Su tumba es un signo de apostolicidad, de enraizamiento en la misión primera de los apóstoles; el espíritu de Cristo los empujaba a la conquista del mundo. A nuestros padres, penetrados del sentido cristiano de la misión evangélica, les gustaba ver en Saturnino un discípulo de los apóstoles. Así, la leyenda de que hemos hablado es una manera de expresar que toda fundación de una iglesia local, todo trabajo de evangelización procede de la misión que Cristo dio a los apóstoles, transmitida sólo por ellos. Y, como ellos, Saturnino plantó la Iglesia de Cristo en su sangre.

Sus hijos celebran una misa especial en su honor. La colecta y el hermoso prefacio son éstos:

> *Oración de San Saturnino:* «¡Oh Dios!, por la predicación del santo obispo Saturnino, vuestro mártir, nos habéis llamado a la admirable luz del Evangelio desde las tinieblas de la incredulidad. Haced, por su intercesión, que crezcamos en la gracia y en el conocimiento de Cristo, vuestro Hijo. Así sea».
>
> *Prefacio de San Saturnino:* «¡Oh Padre Eterno!, es justo pediros con confianza que no abandonéis a vuestros hijos. San Saturnino los ha engendrado por sus trabajos apostólicos, los ha nutrido con la palabra de salvación y los ha hecho firmes por la fidelidad de su martirio. Conservadnos, pues, por vuestro poder, para que, santificados en la verdad, perfectos en la unidad, os dignéis contarnos en la gloria, por Cristo Señor nuestro».

ANTOINE DUMAS, OSB

Bibliografía

GRIFFE, E., «La date du martyre de Saint Saturnin de Toulouse»: *Bulletin de Littérature Ecclésiastique* 51 (1950) 129-135.

— «Le véritable emplacement du Capitole romain de Toulouse»: *Bulletin de Littérature Ecclésiastique* 49 (1948) 32-41.

— «Une messe du V^e^ siècle en l'honneur de Saint Saturnin de Toulouse»: *Revue du Moyen Âge Latin* 7 (1951) 5-18.

«Pasión de San Saturnino» *(Bibliotheca hagiographica latina,* n.7495-7496), en T. RUINART, *Acta primorum martyrium sincera* (París 1689) 109-113.

«Pasión legendaria» *(Bibliotheca hagiographica latina,* n.7497), en M. J. MACEDA, SJ, *Actas sinceras nuevamente descubiertas de los santos Saturnino, Honesto y Fermín, apóstoles de la antigua Vasconia...* (Madrid 1798) 243-269.

• Actualización:

GARRIGUES, M.-O., «Saturnino di Tolosa», en *Enciclopedia dei santi. Bibliotheca sanctorum.* XI: *Ragen-Stefa* (Roma ²1990) cols.673-681.

BEATOS DIONISIO DE LA NATIVIDAD (PEDRO) BERTHELOT Y REDENTO DE LA CRUZ (TOMÁS) RODRÍGUEZ

Religiosos y mártires († 1638)

El primero era francés y sacerdote, el segundo portugués, fraile lego o donado de la Orden del Carmen Descalzo. Fueron martirizados juntos.

Dionisio, cuyo nombre seglar era Pedro Berthelot, había nacido en Honfleur (Calvados), en la Normandía marítima, el 12 de diciembre de 1600. Su madre se llamaba Florida Morin; y su padre, don Pedro, «se convirtió de furibundo calvinista en católico fervoroso, y con su esposa logró formar un hogar muy cristiano, alegrado con diez hijos». Bautizaron al niño el mismo día de su nacimiento. En su juventud le gustaba subir con frecuencia al santuario de Nuestra Señora de Gracia en su ciudad natal, donde los hombres del mar rendían homenaje a la Señora y desde donde se disfrutaban unos paisajes espléndidos. Hombre de mar, emprendería diversos viajes a España, Inglaterra y a las Indias Orientales, consagrándose como experto marino. En uno de esos viajes en septiembre de 1619, en plena juventud, zarpó para las Indias Orientales. Después de muchos peligros en la travesía llegaron, al mando del capitán Du Pont Gravei, a la isla de Sumatra. Berthelot se había destacado en viaje tan comprometido y muy pronto ocupó el puesto de primer piloto. En otro viaje a las Molucas, fue apresado con sus compañeros en el estrecho de Malaca por los enemigos de la fe católica. Sometido a malos tratos, al fin, fue liberado y regresó a Francia. Más tarde estuvo al servicio de los holandeses durante tres años

en la isla de Java. A continuación se puso al servicio de los portugueses en Malaca, donde le recibió con todos los honores el gobernador y capitán general de la isla. En enero de 1629 salió para Cochín y Goa, en la costa malabárica. Habiendo puesto asedio el rey de Aquén (Sumatra) a Malaca, los portugueses prepararon una gran flota para la liberación de Malaca. Piloto primero fue nuestro Berthelot. Navegaron desde el 29 de septiembre hasta el 21 de octubre, cuando llegaron a Malaca. La victoria de los portugueses fue total, capturando al almirante enemigo, que fue enviado a Goa. A su vuelta a Goa, Berthelot fue nombrado piloto y cosmógrafo de las Indias, habiéndose distinguido «por su valor y por su ingenio, como lo demuestran sus *Tabulae maritimae* delineadas con suma pericia, que se conservan en el British Museum» (mss. Sloan 197).

Desde 1620 tenían los carmelitas descalzos un convento en Goa; desde 1632 o así comenzó Pedro Berthelot a tratar con los religiosos, siendo su director espiritual el que más tarde sería General de la Orden, Felipe de la Trinidad. Pedro Berthelot entró en la Orden en 1635 allí mismo en Goa. Felipe de la Santísima Trinidad, que le había recibido en la Orden y que fue su formador, dejó el siguiente testimonio acerca de él:

> «No habiéndose nuestro bienaventurado Dionisio hecho religioso por ligereza de ánimo o por otros motivos humanos, sino únicamente por servir a Dios y salvar su alma, comenzó enseguida con grande fervor de espíritu, a correr los caminos de la perfección. Consideraba a menudo que había venido a la Religión en edad más adelantada que sus connovicios y debía esforzarse mucho más que ellos para alcanzar las virtudes en aquel grado de perfección que él, por su humildad, creía vivían todos. Por eso no se contentaba con las penitencias ordinarias de la religión [...] sino que a todas éstas añadía otras muchas, y con tal fervor que era estimado de todos como hombre de vida purísima, así es que en los mismos Capítulos, ordenados precisamente a la corrección de las faltas, no fue jamás reprendido de nadie por defecto alguno, sino más bien encomiado de todos».

Terminado el tiempo de prueba del noviciado, hizo su profesión el 25 de diciembre de 1636 con el nombre de Dionisio de la Natividad. El mismo padre Felipe dice todo contento:

> «Siendo yo en su toma de hábito y profesión superior del convento, puedo gloriarme con entera razón de haber espiritualmente

engendrado para nuestra santa Reforma a un hijo tan virtuoso y perfecto».

Terminado el tiempo de sus estudios se ordenó sacerdote el 24 de agosto de 1638, cantando su Misa solemne el 8 de septiembre asistido por el padre Felipe. Ese mismo año 1638 el virrey Pedro de Silva se aprestó a enviar embajador suyo a Francisco de Souza de Castro ante el sultán de Achén (Sumatra). El embajador designado pidió que le acompañara el padre Dionisio como «experto en cosas del mar y en la lengua malaya». La comunidad carmelitana se resistió a la petición, pero al fin cedió, por la imposición del virrey. Dionisio llevó como compañero a Tomás Rodríguez da Cunha. Nacido en Paredes, Portugal, y bautizado el 15 de marzo de 1598.

Buscando fortuna y aventuras se fue a las Indias Orientales y llegó a Goa. Enrolado en varias acciones navales, fue un fenómeno de valentía y ascendió a cabo de escuadra.

Era buen cumplidor de sus obligaciones religiosas y comenzó a rondarle la idea de hacerse religioso. Tuvo que pasar a Tatta, en el antiguo imperio del Gran Mogol, donde había un convento de carmelitas descalzos. Atraído por aquel género de vida, pidió ser admitido en la comunidad en calidad de hermano lego o converso. Vistió el hábito, llamándose fray Redento de la Cruz. De Tatta pasó a Camboya y allí le dieron la profesión. En 1631 ya se hallaba en el convento de Goa. Se hacía notar por su devoción, mansedumbre, sencillez, espíritu de obediencia y laboriosidad. Un morador de Goa declaró en el proceso de beatificación:

> «Se le tenía en Goa en opinión de santo; y esta fama, en el tiempo que yo he permanecido allí, ha sido siempre constante, y tal la he hallado en todos los lugares donde he estado, siendo en todas partes pública y notoria».

En Goa ejercía el oficio de sacristán. Cuando la gente venía a pedirle estampas, que llamaban «verónicas», les decía sonriendo y bromeando y apuntando a su rostro: «¿No os parece ésta una bella verónica? Quizá algún día la tendréis en veneración». Le pedían también reliquias y él, siempre de buen humor, les señalaba su hábito. La gente lo celebraba y él respondía: «Esperad un poquito, que tal vez admiraréis eso mismo de que ahora reís

tan a gusto». Al despedirse de la comunidad para el viaje a Sumatra dijo, todo gozoso: «Si yo llego a ser mártir, haced que me pinten con los pies fuera del hábito, a fin de que por las sandalias y por los pies desnudos se me conozca por carmelita descalzo».

La embajada en la que iban los dos descalzos partió de Goa el 27 de septiembre de 1638. La travesía fue feliz y todos admiraban la bondad de los religiosos. Estando ya en el puerto de Achén tuvieron que vérselas con unos navíos holandeses que les atacaron. Pudieron desentenderse de los agresores, que «intrigaron con el nuevo Rey, haciéndole ver que la amistad con que Portugal le brindaba no era tal, sino más bien la de convertir la isla al catolicismo y de esta manera ganarla para el rey portugués». El rey, mahometano convencido, amenazó con represalias y tormentos para los que habían llegado. Simulando amistad, envió un representante suyo que les manifestara grandes muestras de estima, anunciándoles los grandes festejos que se preparaban para recibirlos. La embajada no se dio cuenta de la trampa que le tendía el soberano y desembarcó. Caminando hacia el palacio real se vio rodeada de gente armada que les hizo prisioneros, y les ataron las manos a la espalda a los sesenta que componían la expedición. Empeñados los captores en hacerles renegar de la fe católica y pasarse a la religión musulmana, encerraron al P. Dionisio en algo así como una cloaca y le aplicaron tormentos refinados, pero no pudieron quebrantar su fe. Al hermano Redento le cargaron de grillos, entregándole a un amo cruel que le vejaba ignominiosamente.

La sentencia de muerte llegó para los sesenta prisioneros, que se mantuvieron firmes en la fe católica. El primero en ser ejecutado fue fray Redento. Los tormentos a que les sometieron eran de tres clases: primero, doce verdugos les asaeteaban; las saetas no producían la muerte. A continuación les alanceaban y, finalmente, les traspasaban de parte a parte con unas espadas envenenadas. El padre Dionisio pidió ser martirizado el último, y así estuvo todo el tiempo animando y confortando a los demás en la prueba.

Cuando llegó su hora besó la tierra empapada con la sangre de sus compañeros. Las saetas que lanzaron contra él no llega-

ban a herirle. Los verdugos, asustados por el caso, se negaban a seguir asaeteándole. Se le hizo saber al rey, que, enfurecido, «se obstinó más en su crueldad y ordenó se le aplicase el suplicio llamado "de los elefantes", que consistía en poner al mártir boca arriba y hacer pasar al animal por encima para que le aplastara e hiciera saltar los ojos de sus órbitas y desparramar por el suelo las entrañas de la víctima. Hasta quedar exánime continuó confesando su fe». Al mismo tiempo le infligían otros tormentos. Todavía tuvo fuerza el mártir para llevar el crucifijo a sus labios, besarlo y pronunciar los nombres de Jesús y María.

De matanza tan cruel se libró el embajador, al que tuvieron encerrado en una jaula de hierro tres años, y un criado de éste que logró evadirse. Por carta del embajador se supo en Goa lo ocurrido y para, desde la fe, celebrarlo, se lanzaron las campanas al vuelo y se cantó un *Te Deum* en acción de gracias.

Al tratar de abrir el proceso de beatificación de martirio ayudó una carta del embajador del 3 de marzo de 1643. La carta va dirigida al P. general de la Orden de los carmelitas descalzos y en ella le cuenta lo que le tocó padecer por Cristo durante los tres años continuos que le tuvieron preso y añade:

> «[...] Esto fue siempre con gran consuelo de mi alma, por el buen ejemplo que me dieron en sufrir el martirio sesenta portugueses, compañeros míos, que yo llevé conmigo al reino de Aquén cuando fui allá en calidad de embajador; pero particularmente el venerable padre Dionisio de la Natividad, mi confesor, y el venerable hermano Fr. Redento, súbditos ambos de Vuestra Paternidad Reverendísima. El primero de los cuales, no contento con dar su propia vida por la confesión de nuestra santísima fe, mostró cuán poco temía los tormentos, aunque fierísimos, en los cuales perseveró hasta lo último oyendo las confesiones, animando a los compañeros y exhortándoles a soportar los trabajos por Dios y por la confesión de la santa fe...».

Ya en 1642 se hicieron «informaciones» en Goa, y más tarde en Roma donde se encontraban algunos testigos muy bien informados de lo sucedido. En 1675 el papa Clemente X autorizó la apertura de la causa, y más tarde, en 1701, se hizo la pregunta oficial de si constaba de la fama de santidad y del martirio de los dos siervos de Dios. La causa, por dificultades de comunicación y otros imponderables, quedó como suspendida hasta que en 1876 la Orden volvió a reanudarla. Así se llegó a buen

puerto. En la instancia del subpromotor de la fe presentada a León XIII se afirma que los venerables Dionisio de la Natividad y Redento de la Cruz «se prepararon de tal manera para el martirio, con el ejemplo de heroicas virtudes, que, a juicio de hombres gravísimos, aunque no lo hubieran sufrido, por sola la santidad de su vida hubieran merecido los honores de los santos». Estos protomártires del Carmen Descalzo fueron beatificados por León XIII el 10 de junio de 1900, celebrando todo el Carmelo su fiesta el 29 de noviembre.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

BONIFACIO DE LA SAGRADA FAMILIA, «Los nuevos beatos Dionisio de la Natividad y Redento de la Cruz»: *Monte Carmelo* 1 (1900) 103-106.

«Decreto de beatificación de los BB. Dionisio de la Natividad y Redento de la Cruz»: en *Monte Carmelo* 1 (1900) 99-102, 135-136, 238-240, 270.

JUAN DEL SACRAMENTO, *Crónica de Carmelitas Descalços, particular do Reyno de Portugal...*, II (Lisboa 1721) 798-813.

MACCA, V., «Dionisio de la Natividad (Pedro Berthelot), Redento de la Cruz (Tomás Rodrigues)», en L. SAGGI, *Santos del Carmelo* (Madrid 1982) 383-384. Como dice muy bien V. Macca, «el testigo más calificado que trabajó incluso en los procesos canónicos es el ven. P. Felipe de la Sma. Trinidad (1603-1671), el cual conoció muy a fondo como superior en Goa al B. Dionisio y promovió su causa». Entre las obras en las cuales habla del beato, véanse sobre todo: *Itinerarium orientale* (Lyón 1649); *Historia carmelitani ordinis* (Lyón 1656); *Summa theologiae mysticae* (Lyón 1656); *Theologiae carmelitana* (Roma 1665).

Positio beatificationis seu declarationis martyrii (Roma 1900).

SILVERIO DE SANTA TERESA, *Historia del Carmen descalzo en España, Portugal y América*, IX (Burgos 1940) 352-367.

SPIRIDIONE DELLA IMMACOLATA, *Vita* (Milán 1900). Esta vida de los dos beatos fue traducida al español por Justo de San José (Madrid 1900).

SAN FRANCISCO ANTONIO FASANI
Presbítero († 1742)

Donato Antonio Juan Nicolás Fasani nació el 6 de agosto de 1681 en Lucera, junto a Foggia (en la Apulia septentrional). Lucera es una antigua ciudad «puesta sobre un monte», a un paso del «Promontorio del Gargano» que se adentra —como un cabo notable— al sureste de la península italiana sobre el mar Adriático. Sus padres, José Fasani e Isabel La Monaca, eran

trabajadores modestos. A los cuatro días fue bautizado con esos cuatro nombres, aunque en casa siempre le llamarían Juanito.

Quedó muy pronto huérfano de padre y al cuidado de la educación cristiana de su madre. A los diez años ya era monaguillo y con tanta afición que luego, entre sus juegos preferidos, jugaba a decir misa.

De niño y adolescente cursó sus primeros estudios en el convento de su ciudad natal de la Orden de los Hermanos Menores Conventuales de San Francisco, dando testimonio de inocencia, sacrificio, pobreza y de ardor apostólico dentro de la espiritualidad franciscana que allí se vivía, y, al calor de ese mismo convento, mostró los primeros indicios de su vocación religiosa y sacerdotal.

A los quince años fue admitido en la orden, recibiendo el hábito y tomando el nombre de Francisco Antonio por su devoción a esos dos santos franciscanos; hizo su noviciado en el convento llamado de «Monte Sant'Angelo» y en él emitió su primera profesión el 23 de agosto de 1696. Después realizó sus estudios eclesiásticos en distintos conventos de su provincia religiosa y de la vecina provincia napolitana: Venafro, Agnone, Montella y Aversa. Quiso concluir el ciclo teológico en el convento de Asís, junto al sepulcro de San Francisco, adonde fue enviado en 1703 y donde fue ordenado sacerdote el 19 de septiembre de 1705.

En Roma y en el Estudio de San Buenaventura, junto al templo de los Doce Apóstoles, cursó los estudios del doctorado en teología y se le confirió el título académico de «Maestro en Teología». Por eso, y por el ejercicio de ese magisterio espiritual, en su pueblo lo comenzaron a llamar el «Padre Maestro». Vuelto a Asís, se dedicó a la predicación popular por toda la redonda hasta el año 1707 en que regresó a Lucera, y ya desde entonces permanecerá definitivamente en su ciudad.

Fue profesor de filosofía en el mismo convento de Lucera y luego regente de estudios. Pidió retirarse al vecino «desierto» de Alberona, a menos de veinte kilómetros de Lucera, donde permaneció durante tres años dedicado a la oración y al estudio de la teología espiritual —hasta el año 1712— antes de dedicarse al pleno ejercicio de su ministerio sacerdotal. Permanecía en él

siempre un deseo de esconderse y anonadarse, buscando la sombra del silencio para sumergirse únicamente en Dios. Después fue nombrado guardián de convento y maestro de novicios. En 1721 fue designado por breve del papa Clemente XI ministro provincial de la provincia franciscana de los franciscanos conventuales de Sant'Angelo en la Apulia, durante tres años. Por su ejemplo y testimonio imbuyó en sus hermanos la espiritualidad franciscana de tal modo que hasta sus compaisanos veían en él la imagen de San Francisco «redivivo». «Quien quiera ver a San Francisco no tiene más que mirar al "Padre Maestro"», decían.

En la vivencia de sus votos religiosos de castidad, pobreza y obediencia y en su unión con Dios tuvo una experiencia mística de unión con el «sumo amor, inmenso amor, infinito amor, eterno amor». Era especialmente sensible a la pasión del Señor y a la sagrada Eucaristía, asociándose al sacrificio de Cristo con una rigurosa vida penitente. Para alcanzar el amor a Dios estimaba que el mejor camino era la devoción a la Madre y Virgen María, Inmaculada, porque ella congregó a los hombres en una sola familia de hijos del Padre de tal forma que se amen como verdaderos hermanos en Cristo. Su devoción a la Virgen y su defensa de la Inmaculada Concepción teñirían de arriba abajo toda su espiritualidad franciscana.

Llamaba la atención su modo de celebrar el santo sacrificio de la Misa de tal modo que muchos acudían a participar en su celebración atraídos precisamente por su modo de celebrar. Desarrolló un fecundo apostolado en la predicación recorriendo los pueblos de los Apeninos napolitanos y localidades limítrofes, en la Daunia, Apulia y Molisa, hasta el punto de ser llamado «apóstol» de su tierra. Predicaba los domingos y fiestas con sermones bien preparados, organizaba misiones populares, ejercicios espirituales y septenarios dedicados a la Virgen María. También dedicaba muchas horas de su ministerio al sacramento de la Reconciliación, presentando a los penitentes la misericordia de Dios con su acostumbrada invocación: *Deus misericordia salvans,* para que comprendieran que Dios nos salva por su misericordia.

Escribió libros de predicación, un cuaresmal y un marial, un comentario sobre el Padrenuestro, otro sobre el Magnificat y

varios sermones. Su modo de predicar era tan sencillo y a la vez tan profundo —con referencias continuas a la Sagrada Escritura y a los Santos Padres— que podía llegar a todos, de modo singular a los más sencillos.

Tenía una gran caridad con los pobres y enfermos. Entre distintas iniciativas promovió la costumbre antigua de recoger paquetes de regalos para distribuirlos entre los necesitados con ocasión de la Navidad. Se dedicó de modo especial a la atención de los encarcelados y condenados, acompañándolos personalmente hasta el lugar del suplicio, confortándolos hasta en los últimos momentos. Hizo restaurar el templo de San Francisco en Lucera, que fue el centro de su apostolado durante treinta y cinco años de incansable trabajo pastoral. Como apasionado de la Inmaculada Concepción, a las personas a las que dirigía espiritualmente o confesaba las encaminaba a la meditación de las virtudes de la Virgen y a ofrecer la vida en obsequio a Santa María como verdadera Madre. Todavía hoy permanece en la iglesia la imagen de la Inmaculada que hizo traer desde Nápoles y aún se canta una canción mariana compuesta por él.

Predijo su muerte, estando todavía bien de salud, y la de un compañero, el padre Luis Giocca, a quien no le hacía ninguna gracia esa predicción, pues le respondió: «Padre Maestro, si usted quiere morir, está en todo su derecho, pero yo no tengo ninguna prisa». «Los dos vamos a hacer el mismo viaje: yo antes y usted después», le insistió. De hecho, el padre Giocca murió dos meses después que él.

Cuando en 1742 Fasani cayó en grave enfermedad y fue consciente de que su vida estaba por concluir, se llenó de la "perfecta alegría" —por la cercana «hermana muerte»— de tanto que anhelaba llegar a la verdadera patria. Murió en Lucera, habiendo recibido los santos sacramentos e invocando a la Inmaculada Virgen María, el 29 de noviembre de 1742, primer día de la novena de la Inmaculada, y fue enterrado en la misma iglesia de San Francisco con la afluencia de toda Lucera.

Su fama de santidad, que ya se había difundido en vida, se extendió todavía más por toda la región después de su muerte, de tal forma que, a tan sólo cuatro años, el obispo de Lucera abrió el proceso informativo en 1746 como primer paso de la

causa de beatificación y de canonización del Siervo de Dios que inició en 1832 Gregorio XVI en Roma. León XIII reconoció sus virtudes heroicas el 21 de junio de 1891. Después del proceso canónico sobre dos milagros atribuidos a Francisco Antonio, fue beatificado por Pío XII el 15 de abril de 1951.

Durante su discurso con ocasión de la beatificación, dijo el Papa:

> «Hablando de la acogida que se le había hecho en Nazaret, Jesús decía con acento de tristeza: "en su tierra y en su casa desprecian a un profeta" (Mt 13,57). Él mismo quiso, para alentar a sus discípulos, experimentar la verdad dolorosa de este dicho, no desmentida sino en rarísimos casos. El beato Francisco Antonio Fasani ha sido una de estas excepciones».

Después de otro proceso canónico sobre otro milagro, Juan Pablo II decretó el 21 de marzo de 1985 que constaba la curación milagrosa, total y rapidísima, por intercesión del Beato Francisco Antonio Fasani, en la señora María Stratagemma sanada de una «estenosis recto-sigmoidea, de índole probablemente inflamatoria, crónica». Después del Consistorio celebrado el 24 de febrero de 1986, el mismo Papa estableció que el 13 de abril siguiente sería inscrito en el catálogo de los santos.

Fue, pues, canonizado el 13 de abril de 1986, por el papa Juan Pablo II en la patriarcal Basílica Vaticana de San Pedro, con la participación de numerosos fieles venidos desde la Apulia y de otras regiones de Italia y del mundo.

En la homilía de la misa de canonización, Juan Pablo II dijo de San Francisco Antonio Fasani:

> «Como religioso, fue un verdadero "ministro" en el sentido franciscano, es decir, el servidor de sus hermanos: caritativo y comprensivo, pero santamente exigente de la observancia de la regla, y de la práctica de la pobreza, dando él mismo ejemplo irreprensible de observancia regular y de auténtica santidad de vida».

Sus reliquias permanecen visibles bajo el altar mayor del santuario de San Francisco en Lucera.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

JUAN PABLO II, «Litterae decretales, Beatus Franciscus Antonius Fasani, sacerdos professus Ordinis Fratrum Minorum conventualium, Sanctus esse decernitur et definitur»: *AAS* 89 (1987) 1425-1432.

PÍO XII, «Venerabilis Dei famulus Franciscus Antonius Fasani, sacerdos, ex ordine Fratrum Minorum conventualium, Beatus renuntiatur»: *AAS* 43 (1951) 270-274.

STANO, G., «Fasani, Francesco Antonio, Beato», en *Bibliotheca sanctorum*. V: *Erizzo-Galdino* (Roma 1964) cols.468-470.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SATURNINO DE CARTAGO

Mártir († 250)

Aunque luego la leyenda se apoderara de su nombre y le diera como compañero fabuloso a San Sisinio, la verdad histórica ha sido restaurada por el nuevo *Martirologio romano.* Dejando a un lado la leyenda de Sisinio, hay constancia de la existencia del mártir Saturnino, recordado ya en la *Depositio martyrum* el 29 de noviembre, estando inserto su nombre en el *Martirologio jeronimiano* y asimismo celebrado en los sacramentarios Gelasiano y Gregoriano así como en el Calendario marmóreo de Nápoles. Y lo conmemoraba asimismo el *Misal romano* preconciliar. Se trata, pues, de un auténtico mártir romano. De él podemos decir que era cartaginense y que en su patria confesó la fe y fue torturado, manteniéndose firme en la confesión de Cristo. Enviado luego a Roma, volvió a sufrir nuevas torturas, pero no sólo no apostató sino que convirtió al prefecto Graciano y fue finalmente decapitado. Era en la persecución de Decio, año 250. Sus reliquias se conservaron en el cementerio de Trasón, en la Via Salaria nueva.

BEATO EDUARDO BURDEN

Presbítero y mártir († 1588)

Era natural del condado de Durham y había nacido en 1544. Estudió en el Colegio *Corpus Christi* de Oxford y consiguió el magisterio en Artes. Decidido por el sacerdocio, marchó a

Reims y se ordenó sacerdote en 1584. Como tenía poca salud hubo de quedarse todavía dos años en Reims y en 1586 marchó a la misión inglesa, trabajando en el Yorkshire. Se dijo de él que era «hombre manso y dotado de una maravillosa sagacidad para curar las enfermedades espirituales, especialmente en las confesiones, y estaba también dotado de una admirable prudencia para consolar las almas heridas. Por sistema viajaba a pie, pues, aunque débil y enfermo, pero el vigor de su voluntad daba fuerza a su debilidad, y cuando iba a confortar algún alma parecía volar más bien que caminar».

Capturado y llevado a juicio, fue condenado a muerte. Pero cuando vio que algún compañero suyo de prisión se le adelantaba en el martirio se lamentaba diciendo: «¿Deberé siempre permanecer aquí encerrado como un animal mientras un hermano mío tiene tan pronto su recompensa? La verdad es que yo me siento indigno de esta gloria de sufrir por Cristo». Su enfermedad y debilidad no le impidieron acudir al tribunal y al suplicio con alegría. Fue ahorcado, destripado y descuartizado en York el 29 de noviembre de 1588. Fue beatificado el 22 de noviembre de 1987 por el papa Juan Pablo II.

BEATOS JORGE ERRINGTON, GUILLERMO GIBSON Y GUILLERMO KNIGHT

Mártires († 1596)

El año 1596 fue el primer año desde 1580 en que no fue martirizado ningún sacerdote en Inglaterra pero sí lo fueron estos tres seglares que el *Martirologio romano* conmemora hoy, ya que dieron la vida por la fe el 29 de noviembre de 1596 en la ciudad de York. Los tres confesaron que cada uno, según la propia capacidad, había explicado al que los delató la fe católica y su necesidad para la salvación del alma y que lo habían exhortado a velar por sí mismo y a cambiar de vida, pero que no habían usado otro medio que no fuera la persuasión más delicada y respetuosa. Se les acusó por esto de haber intentado persuadirlo para que se reconciliara con la Iglesia católica y que esto era delito de alta traición. Este que puso la delación que les llevó a la muerte era un ministro protestante que por alguna causa

se hallaba preso y se había dirigido a los presos católicos diciéndoles que quería enmendarse de sus yerros y conocer bien la doctrina católica. Los tres, a su vez, habían llegado a ella acusados de ser católicos. Éstos son sus datos:

JORGE ERRINGTON era natural de Herst en Northumberland. Antes de su último proceso había tenido experiencia de la persecución. A comienzos de junio de 1585 fue arrestado y llevado a la Torre de Londres. Se le interrogó el 30 de agosto y él reconoció ser católico, pero dijo que rezaba por la reina y que la servía lealmente pero que su conciencia no le permitía ir a la iglesia protestante. En noviembre, según parece, se le puso en libertad. En 1591 fue nuevamente arrestado y esta vez detenido en York. En mayo de ese año pasó por tres interrogatorios. Pudo escaparse luego del castillo de York. En otoño de 1593 fue nuevamente arrestado y en julio de 1594 enviado, junto con San Juan Boste, a Durham, pero al no ser procesado fue enviado al castillo de York. Aquí encontró al ministro protestante al que él y sus compañeros explicaron la doctrina católica, y los denunció, como queda dicho.

GUILLERMO GIBSON era un rico labrador, natural de Ripon. Se sabe de él que estuvo muchos años preso en el castillo de York, y todos debieron admirar en él su bondad y su paciencia. La denuncia del citado ministro protestante lo llevó a la muerte.

GUILLERMO KNIGHT, joven de 23 años, era hijo de Leonardo Knight, labrador de South Duffield. Al llegar a la mayoría de edad le pidió a un tío suyo que le diera su herencia, y el tío para evitar dársela lo acusó de católico y consiguió que lo mandaran al castillo de York, donde consta que ya estaba el 5 de octubre de 1593. A los cinco días de estar con los presos comunes pidió poder estar con los presos católicos. Pasó tres años en la cárcel hasta la acusación del citado ministro protestante.

Fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987 por el papa Juan Pablo II.

BEATO ALFREDO SIMÓN COLOMINA

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Valencia el 8 de marzo de 1877. Estudió bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza, de Valencia, y obtuvo en sus estudios muy buenas calificaciones. Era un joven piadoso y se inscribió en la Congregación Mariana que dirigía el P. Mariano Garín. Una vez acabado el bachillerato, pasó a la universidad, pero maduró su vocación religiosa e ingresó el 18 de diciembre de 1895 en el noviciado de la Compañía de Jesús, de Gandía. Dos años más tarde emitió los votos religiosos. Pasó cuatro años en Veruela y luego un año en Tortosa, donde terminó los estudios de filosofía. Hizo el magisterio en el colegio del Sagrado Corazón de Barcelona, e hizo al mismo tiempo los estudios de Filosofía y Letras, obteniendo la licenciatura. Pasó a Tortosa a hacer Teología y luego hizo la tercera probación en Manresa. Terminada ésta, en 1913 pasó al colegio de San José como prefecto de estudios, y fue admitido a la profesión solemne de cuatro votos el 2 de febrero de dicho año. El 8 de agosto de aquel mismo año es nombrado rector del colegio y con este mismo cargo estará también en Barcelona y varias veces en Valencia. Tenía grandes cualidades de gobierno.

Estaba de rector en San José cuando llegó la República, y el 12 de mayo de 1931 su colegio fue asaltado por la turba con gran desastre vandálico que obligó a cerrar el colegio varios meses. Cuando la República disolvió la Compañía y el P. Simón volvió de Roma se integró en alguno de los «coetus» en que vivían los jesuitas disueltos. Hizo el apostolado que pudo, especialmente confesando y llevando la comunión. La razón de que lo detuvieran fue que un miliciano lo reconoció como sacerdote que confesaba y decía misa. Llegada la revolución de julio de 1936 pasó de un refugio a otro, hasta que a finales de agosto lo detuvieron y lo llevaron a Las Torres de Cuarte. Sencillo y animoso, alentaba a los demás presos y trataba con afecto a los propios carceleros. Con los detenidos rezaba el rosario y confortaba a todos. Pudo salir de Las Torres, pero no muchos días después, el 27 de noviembre, fue detenido de nuevo y llevado a la checa del Seminario. El día 29 fue llevado a El Saler y cuando iban a fusilar al grupo, el P. Simón pidió permiso a los verdugos

para darles a todos la absolución, como así hizo exhortándolos a hacer un acto de contrición. Seguidamente fue fusilado. Enterrado en el cementerio de Valencia, el 25 de marzo de 1940 fueron llevados sus restos al panteón de la Compañía de Jesús.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

30 de noviembre

A) Martirologio

1. Fiesta de San Andrés, apóstol, hermano de San Pedro, patrono de la Iglesia de Constantinopla **.

2. En Milán (Liguria), San Mirocletes († ca. 314), obispo.

3. En Bretaña Menor, San Tugdualu Pabu († s. VI), abad y obispo.

4. En el Monte Siepi (Etruria), San Galgano Guidotti († 1181), ermitaño *.

5. En Montpellier (Provenza), Beato Juan de Vercelli († 1283), presbítero, Maestro general de la Orden de Predicadores **.

6. En Ratisbona (Baviera), Beato Federico († 1329), religioso de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.

7. En Launceston (Inglaterra), San Cutberto Mayne († 1577), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I **.

8. En York (Inglaterra), Beato Alejandro Crow († 1587), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I *.

9. En Quxian (China), San Tadeo Liu Ruiting († 1823), presbítero y mártir *.

10. En Hué (Annam), San José Marchand († 1835), presbítero, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, mártir *.

11. En Paracuellos de Jarama (Madrid), beatos Miguel (Francisco) Rueda Mejías, Diego de Cádiz (Santiago) García Molina, Nicéforo Salvador del Río, Román (Rafael) Touceda Fernández, religiosos profesos, Arturo Donoso Murillo, Jesús Gesta de Piquer y Antonio Martínez Gil-Leonís, novicios, todos ellos de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, mártires en 1936 *.

12. En Valencia, Beato José Otín Aquilé († 1936), presbítero, de la Sociedad Salesiana, mártir *.

13. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Luis Roque Gientyngier († 1941), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ANDRÉS
Apóstol († s. I)

La liturgia griega distingue a San Andrés con el título de «protocletos», «el primer llamado»; pero, en rigor, este título ha de compartirlo con el apóstol Juan; ellos fueron los primeros que, en una tarde inolvidable, escucharon las palabras, nuevas para el mundo, de Jesús. Este recuerdo, siempre fresco en la memoria de Juan, ha quedado esculpido en su Evangelio.

Juan Bautista, austero y centelleante, había encendido los ánimos y alentado la esperanza del pueblo judío, que ansiaba al Redentor. Jesús en Nazaret cuelga las herramientas de carpintero —su Madre lo mira expectante— y, envuelto entre los peregrinos, se hace bautizar por Juan en el Jordán. Iba a empezar su vida pública. Una de aquellas tardes, el Bautista se encuentra dialogando con sus discípulos y a corta distancia pasa Jesús. El Bautista exclama, con voz y mirada de profeta: «He ahí el Cordero de Dios». Juan y Andrés se miraron con ojos encendidos; atónitos, siguen a Jesús de cerca. Atrás queda el Bautista. El mundo da aquí el primer paso hacia Jesús. Jesús acepta y agradece su gesto al decirles: «¿Qué buscáis?». Quieren saber dónde vive para dialogar en la intimidad y en el secreto del hogar. Hay por medio un misterio que no se puede decir en la calle. «Rabbí, que quiere decir Maestro, ¿dónde habitas?». «Venid y ved», les dijo Jesús. Le acompañaron a su morada. Una de tantas cabañas para guardianes de campos que aún hoy se conservan. Allí pasaron con Jesús desde las cuatro de la tarde hasta el anochecer.

Nos conmueve pensar en el diálogo de aquella tarde entre Jesús y los dos discípulos del Bautista. Aquellas palabras de Jesús, que inicia su vida pública de una forma tan sencilla, debieron de ser como las primeras flores intactas de una rica primavera o como el agua primera de una fuente. El mundo no había hollado esas palabras ni los hombres habían adulterado su contenido. Palabras recién estrenadas para un mundo que debía encontrar en ellas su salvación. Alborea alegre la era de la gracia. Las palabras de Jesús iban horadando los corazones de aquellos pescadores sencillos, ya preparados por la predicación

de Juan. Aquel gozo espiritual, aquel descubrimiento insospechado, llenó de un entusiasmo sin doblez el corazón de Andrés. Al llegar a casa con la impresión de la entrevista, dijo a su hermano Pedro: «Hemos hallado al Mesías». Y Pedro, contagiado por la fe de su hermano, corre a Jesús, y en Él encuentra la hora inicial de una singular grandeza. Empieza a granar el mensaje de Jesús en los pobres. No fue ésta, sin embargo, la llamada definitiva. Andrés volvió a mojar sus pies en el lago de Genesaret, a echar las redes y a sufrir los encantos y desencantos anejos al duro oficio de pescador.

Las barcas se alinean junto a la costa; los pescadores, descalzos, preparan sus redes o hacen el recuento de la pesca recogida; cae el sol lenta, majestuosamente; hay alegría y esperanza. Pasa Jesús y junto a aquellos pescadores en faena lanza la red de su llamada: «Venid y os haré pescadores de hombres». Allí quedó todo: el mar y la barca, peces y redes, y se fueron en pos de Jesús. Eran Andrés y Pedro. Después Santiago y Juan.

Durante los tres años de la vida pública, la vida de San Andrés se hunde en el anonimato. Rápidos destellos fulgurantes nos descubren apenas la contextura espiritual del apóstol. Una vida andariega, azarosa, junto al Maestro, oyendo y empapándose del embrujo desconcertante de sus enseñanzas y de su vida. Privaciones, sufrimientos y la amargura final de una decepción cruel a la muerte de Jesús.

Pocas veces nos citan su nombre los evangelios. En la multiplicación de los panes se hace cargo de la imposibilidad de dar de comer a la multitud con cinco panes y dos peces. «Señor, aquí hay un joven que tiene cinco panes y dos peces. Pero ¿qué es esto para tanta gente?». También con Felipe sirvió de intermediario entre Jesús y unos griegos llegados para la fiesta de la Pascua que querían verle, asombrados por el ardor de la gente que seguía al Maestro. Su nombre aparece, por excepción, entre los tres discípulos predilectos —Pedro, Juan y Santiago— cuando éstos pedían explicaciones a Jesús sobre los acontecimientos del fin de Jerusalén y sobre la predicción sombría del fin del mundo. A esto se reducen los relatos evangélicos.

De ellos se deduce que era natural de Betsaida. Ciudad situada junto al lago de Genesaret, visitada frecuentemente por

Jesús y favorecida con multitud de milagros, no supo corresponder a esta predilección de Cristo, por lo cual fue duramente maldecida por él. De allí salieron Santiago, Juan y Felipe, además de Pedro.

De oficio era pescador, por lo que su vida se desarrollaba en el lago y sus alrededores. Participaba de los vicios y virtudes de los de su clase, sometidos a una vida y un paisaje que influía hondamente en sus caracteres.

> «Los pescadores son gentes, por lo general, sencillas y poco cultas. Estos hombres enjutos, curtidos al sol y al viento, viven entregados totalmente a su oficio, tienen que pasar noches enteras sin dormir, en maniobras ininterrumpidas con las redes» (William).

En esta vida dura y áspera, con sus muchos fracasos y escasas alegrías, fue donde se forjó la firme vocación del apóstol. La intrepidez y la constancia, alentadas por la fuerza del Espíritu, hicieron de él un apóstol decidido.

Vivía, aunque mayor, con su hermano Pedro. Con éste se trasladó desde Betsaida a Cafarnaún cuando Jesús hizo a esta ciudad centro de sus operaciones apostólicas.

No sabemos con seguridad si estaba casado, como Pedro, o soltero. Ni el Evangelio ni la tradición posterior nos dicen nada claro sobre esta materia. Las opiniones de los Santos Padres y escritores antiguos se dividen y no es posible encontrar una solución clara. La opinión más común es que todos los apóstoles, excepto Juan, estuvieron casados. También podría ser que los dos primeros apóstoles que hablaron con Jesús fueran vírgenes. De cualquier modo, todo lo dejó por seguir a Cristo.

Aparece San Andrés como hombre de índole calmada y serena, opuesto a la impetuosidad característica de su hermano Pedro. De corazón noble y abierto, inspiraba simpatía y confianza. De carácter sensible, era fácil al entusiasmo sencillo cuando una gran idea le dominaba. Aunque participó en las pequeñas rivalidades de los apóstoles sobre quién sería el mayor y podía presentar el título de «primer llamado», no parece, sin embargo, apetecer grandes cosas. Le vencían en atrevimiento y en arrojo los hijos del Zebedeo, y sobre todo su hermano Pedro. Más sensato y prudente, Andrés; más pagado de sí mismo, y por lo tanto sujeto a más imprudencias, Pedro; los dos de

espíritu leal y constante, sano y abierto. Si alguna virtud ha de calificarle, sería la sencillez.

Todo esto se deduce de las referencias bíblicas y también de las noticias que nos dan los Santos Padres y los escritores eclesiásticos. En cuanto a éstas, que recogen la tradición en torno al santo apóstol, no todas son igualmente ciertas, y por eso es conveniente distinguir lo cierto de lo dudoso.

Entre los documentos más antiguos que hablan de San Andrés, es importantísima la carta de los presbíteros de la iglesia de Acaya dirigida a toda la Iglesia. En ella, cariñosa y largamente, se narra el martirio de San Andrés en la ciudad de Acaya. De esta carta proceden la mayor y mejor parte de las noticias que nos da la antigüedad cristiana. Además, cada día los eruditos que han estudiado este documento, se inclinan a darle más valor histórico, si no en las circunstancias, sí en lo substancial del relato. En ella nos vamos a apoyar para lo que sigue.

Es tradición que después de la venida del Espíritu Santo le correspondió a San Andrés evangelizar la Escitia, cuna de pueblos bárbaros y feroces, en la parte sur de la Rusia actual, junto al mar Negro. Mas, como los demás apóstoles, no se limitaría a una sola región. La tradición recogida por los escritores antiguos nos da noticias de otras tierras evangelizadas: Asia Menor, Peloponeso, Tracia, Capadocia, Bitinia, Epiro. Traspasaría el Cáucaso y penetraría en las fronteras del Imperio romano. Estas tierras vendrían a ocupar en el mapa moderno, al menos en parte, las regiones de Grecia, Turquía, Bulgaria, Albania, Yugoslavia, Rumania, Ucrania y, sobre todo, las ciudades junto al mar Negro.

A San Andrés atribuye Nicéforo, en su catálogo de obispos de la Iglesia de Bizancio, la creación de esta sede, tan importante en el Oriente por su esplendor político y religioso frente a Roma. Dice Nicéforo: «El apóstol Andrés fue el predicador del Evangelio en Bizancio. Construyó un templo, donde se rogaba a Dios con santas oraciones, y ordenó obispo a su sucesor». Evangelizó, pues, según esta tradición, la ancha zona de contacto entre Europa y Asia habitada por gentes refinadamente cultas, degradadas en sus cultos misteriosos y en sus costumbres corrompidas, o por gentes de instintos salvajes y bárbaros que amenazaban la seguridad del pueblo romano.

San Isidoro de Sevilla recoge la tradición que dice que el apóstol Andrés predicó a los etíopes.

Más explícita es en cuanto al martirio la narración de los presbíteros de Acaya. No se puede dudar, a la luz de tantos y tan graves testimonios, que murió en Patrás, ciudad de la región de Acaya, en la península de Crimea. Ciudad helénica que debe su celebridad precisamente al martirio de San Andrés.

El martirio consistió en ser colgado en una cruz aspada en forma de equis. La tradición la llama cruz de San Andrés y es el símbolo tradicional para distinguir a este apóstol. El arte la ha consagrado así. Cruz distinta en su forma a la de Jesús y Pedro. Tampoco fue clavado en ella, sino atado con fuertes cordeles por las extremidades, a fin de prolongar su agonía y hacer su muerte más dolorosa. Jesús y los dos hermanos —Pedro y Andrés— fueron crucificados, aunque cada uno de forma diferente. Cristo les reservó una muerte semejante, como un lazo que los une en la vida y en la muerte, en la fidelidad a la misión evangelizadora, en el testimonio último de la sangre. Asemejarse a Jesús hasta en la muerte es una gracia que Dios otorgó a los dos pescadores de Galilea.

Éstas son las circunstancias de su martirio. Llega Andrés a Patrás de Acaya, y su predicación es tan bien recibida por los paganos, que en poco tiempo son muchos los que creen en la predicación y en los milagros del discípulo de Cristo. En Roma se perseguía ya a los cristianos. Por los caminos del Imperio, hollados pacíficamente por los apóstoles, corrían las noticias de que en la Urbe no era grata la secta de los cristianos. Egeas, procónsul romano en Acaya, temió la rápida eficacia de la predicación de Andrés, y por fidelidad a Roma inició la persecución. No se dirige directamente al apóstol, sino a sus discípulos. Y aquél, superando los momentos de turbación, se presenta directamente a Egeas. Va a jugar su última batalla. Quiere atraerle dulce o severamente a la verdad o morir en testimonio de esa verdad que predica.

Frente a frente Andrés y Egeas, van a discutir de los altos misterios del cristianismo. Andrés predica la salvación por la cruz de Cristo: pero Egeas, pagano, que sabe que la cruz es el castigo infamante propio de esclavos, afrenta suprema entre

gentiles, se mofa de la muerte ignominiosa de Cristo en la cruz. El santo, encendido en celo y en santa ira, hace un elogio lleno de vida de la cruz y de su poder salvador en Cristo. Se le escapan dos lágrimas, que denotan, no dolor, sino el ansia de morir en la cruz, de imitar al Maestro hasta en la muerte.

«Las almas perdidas —dice el apóstol— hay que rescatarlas por el misterio de la cruz». El corazón de Egeas se endurece. Un romano nunca podrá esperar la salvación de un crucificado. Intenta disuadir al santo de sus propósitos, pero todo es inútil: la obsesión santa de la cruz le hace desear en su corazón tal género de martirio, y la maldad endurecida del procónsul no tiene inconveniente en dar este suplicio refinado a aquel hombre que le predica una verdad absurda, que no comprende. Una vez más, la verdad clara de Cristo luchando con las tinieblas paganas hasta hacer correr la sangre de los que llevan la antorcha de la luz.

Antes de colgarlo en la cruz aspada manda azotarlo bárbaramente. El deseo de la cruz lo devora, y es más tardo el verdugo para ponérsela en los hombros que el santo para abrazarse con ella. Al verla arde su corazón en un monólogo íntimo y expresivo, una cordial bienvenida al ser deseado largamente. Como al niño a quien su sueño más bonito se le convirtiera en una realidad. Éste es el saludo:

> «Me acerco a ti, ¡oh cruz!, seguro y alegre; recíbeme tú también con alegría. Acuérdate que soy discípulo de Aquel que pendió de ti. Siempre me has guardado fidelidad y yo ardo en deseos de abrazarte. ¡Oh cruz, llena de bienes!, tú has robado la belleza y esplendor de los miembros del Señor, que eran las piedras preciosas que te adornaban. ¡Cuánto tiempo te he deseado, con qué ansiedad y constancia te he buscado, y por fin mi espíritu, que te añoraba dulcemente, te ve delante de mí! Líbrame de los hombres y llévame a mi Maestro, para que de tus brazos me reciba quien en tus brazos me salvó».

En esta cruz tan ardientemente apetecida estuvo cuatro días y cuatro noches, explicando las últimas lecciones, y las más hermosas, a los discípulos, que no se quitaban de su lado. Los confortaba, los animaba a sufrir y a esperar. Aquella lenta agonía le hacía gustar con más fruición el fin de sus días, la inmolación por el Maestro. Poder testimoniar y rubricar con la propia

sangre lo que fue semilla de verdad por los caminos del mundo. La misión de apóstol estaba cumplida, y de los ásperos brazos de la cruz voló a los brazos calientes de Jesús. Su cuerpo, recogido con cariño por los discípulos, fue enterrado por una noble matrona.

Hasta aquí el relato resumido, del cual bien podemos tener por cierto la sustancia del hecho, envuelto en unas circunstancias que lo hacen más jugoso y admirable.

Andrés ha sido un apóstol, ha coronado felizmente su carrera apostólica. El apóstol da testimonio de la verdad del que le envía. La llamada de Jesús le ha conferido un sello imborrable y le ha confiado una misión. El apóstol es el enviado de Jesús, y aquí está su grandeza. No en sus dotes personales, en sus valores humanos, en su actividad, en su influencia; la magnitud de su personalidad reside en que un día Jesús puso en él sus ojos, comprendió la mirada penetrante, aceptó la misión que se le encomendaba y fue fiel hasta la muerte al mensaje recibido de Jesús, sin arredrarse ante la muerte ni ante los poderes humanos. Ser apóstol es orientar la vida y la obra hacia Jesús y hacia los hombres: recibir de Jesús palabra y vida y dar a los hombres, sin adulterarla, sin cambiarla, esa vida y esa palabra. El don del apostolado lleva a esto, a dar la vida, a sellar la palabra recibida con la muerte si así lo quiere Jesús. Y esto con fe, con alegría y con amor. Ser apóstol es dar testimonio de Jesús hasta lo último.

Entre las virtudes de San Andrés destacan la mansedumbre y la humildad, la sencillez e ingenuidad de su alma, el entusiasmo sincero por aquel Jesús a quien conoció una tarde inolvidable junto a las aguas del Jordán. El «primer llamado» demostró una gran constancia en la predicación y una paciencia inquebrantable en el dolor, dice el breviario godo.

El amor a la cruz, fuente de vida, deseo de redención, forma la aureola mística de nuestro santo. Los cristianos encuentran en este testigo del Evangelio no sólo la aceptación resignada, sino el afecto gozoso a este bárbaro instrumento de suplicio. Nos enseña a cargar con la cruz de cada día, como Jesús quiere de nosotros. «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y me siga».

Las crónicas antiguas nos refieren multitud de milagros de San Andrés. Este poder asombroso de hacer milagros era una prerrogativa apostólica, un poder singular que Cristo concedió a sus apóstoles para facilitarles su predicación y en testimonio de ella. Sin embargo, aunque hizo muchos milagros, no nos consta que los que se nos cuentan sean auténticos.

El culto de San Andrés se extendió por toda la Iglesia, tanto oriental como occidental. Varias iglesias se disputan la gracia de poseer sus sagradas reliquias.

En las artes, la escultura y principalmente la pintura han dedicado una atención, artísticamente lograda, a San Andrés, sobre todo en la escena de su martirio. Entre los españoles destacan Murillo y Ribera, «el Españoleto»: éste pintó más de un cuadro del santo. Entre los extranjeros, Miguel Ángel y Rubens. Todos han intentado plasmar la dulzura y serenidad de San Andrés en el suplicio de la cruz. Así el arte sirve a las narraciones históricas.

ANDRÉS FUENTES

Bibliografía

Analecta Bollandiana 13 (1885) 374-378.
Carta de los presbíteros de Acaya: PG 11,1217-1248.
DELEHAYE, H., *Les origines du culte des martyrs* (Bruselas 1933).
FLAMION, J., *Les actes apocryphes de l'apôtre André* (Lovaina 1911).
PASCHINI, P. (dir.), *Enciclopedia Cattolica,* I (Ciudad del Vaticano 1948) cols.1183-1188.

BEATO JUAN DE VERCELLI

Presbítero († 1283)

La Orden dominicana, cuyo rumbo desde el principio fue la contemplación y el estudio en aras del apostolado —de hecho su lema es *contemplata aliis tradere*—, presenta entre las características más señaladas de su espiritualidad el estudio serio y profundo de la verdad sagrada y el no menos alto y especulativo de la teología según el Aquinatense; la doctrina agustiniana de la gracia sometiendo al hombre, por una parte, a la moción divina y exigiendo de él, por otra, la práctica de las virtudes —los nue-

vos frailes eligieron la *Regla de San Agustín* como norma de vida—; y, en definitiva también, el apostolado doctrinal, bien a través de la enseñanza de la teología, bien por la predicación, tanto especializada como popular. Fundada por Santo Domingo de Guzmán (1170-1221), nacido en Caleruega (Burgos, España) y patriarca de los predicadores, la Orden de este mismo nombre alcanzó con los primeros Maestros generales espectacular dinamismo y prodigiosa difusión.

De modo especial, si se quiere, con el primero en recoger el testigo del santo burgalés, el gran Jordán de Sajonia († 1237), bajo cuyo gobierno la Orden alcanzó podemos decir que la mayoría de edad. Entre las figuras ganadas para la Orden gracias a su valimiento y buenos oficios destacan el venerable Humberto de Romanis, V Maestro general; nuestro Beato Juan de Vercelli, VI Maestro general; Hugo de San Caro; Pedro de Tarantasia, futuro Inocencio V; y el mayor de todos, San Alberto Magno, maestro de Santo Tomás de Aquino. El decisivo impulso dado a la Obra del santo de Caleruega, en general, y este florido ramillete de figuras ilustres ganadas para la causa dominicana, en particular, hicieron al Beato Jordán de Sajonia, según los especialistas, acreedor al glorioso apelativo de «ganador de voluntades». He aquí, pues, el contexto biográfico ideal para entender en sus justos límites al Beato Juan de Vercelli.

Porque las primeras pinceladas de la semblanza quedan un tanto difuminadas ante la escasez de noticias de su infancia y primera juventud. Sabemos que el presbítero dominico Juan de Vercelli nació de la familia Garbella en Mosso Santa Maria, entonces provincia de Vercelli, hoy de Biella, a principios del siglo XIII, alrededor del año 1205 sobre poco más o menos. Conseguida brillantemente la láurea en derecho romano y canónico en París, enseñó en aquella misma ciudad cosmopolita y luego en Pavía y en Vercelli, donde, corriendo el año 1229, entró en la Orden bajo el consejo y la persuasiva elocuencia del citado Beato Jordán de Sajonia, fundando allí mismo, en 1234, un convento del que fue prior. Cuando la historia habla de él por primera vez, ya nuestro hombre tiene cuarenta años y es prior de los dominicos de Vercelli.

Si en París había recibido su vasta y profunda formación en las ciencias humanas y divinas, la religiosa propiamente dicha

fue adquirida en el convento de Bolonia, bebiendo sobre la tumba del glorioso Patriarca aquel indomable celo religioso y aquella robusta santidad de vida que hicieron de él una de las más bellas y características figuras de los Hermanos Predicadores. La prudencia y la firmeza, por un lado, la energía y la más amable moderación, por otro, así como el amor ardentísimo a Dios y a las almas, adaptaron admirablemente su espíritu a las más delicadas y difíciles misiones y encomiendas dentro y fuera de la Orden. El papa Inocencio IV y sus sucesores depositaron en su bondadosa persona ilimitada confianza, y hasta la más tardía edad le fueron encomendados importantísimos y espinosos encargos.

Primero vicario en Hungría y a partir del 1254 prior en Bolonia, y de 1257-1264 provincial de Lombardía, el año 1264, tras haber dado pruebas de su fuerza de carácter y de sus habilidades no comunes en el desempeño de los citados cargos y misiones, fue elegido en el Capítulo general de París VI Maestro general de la Orden de Predicadores, oficio que desempeñó de forma muy distinguida durante diecinueve años (1264-1283). Juan era de estatura más bien baja. De hecho, en la primera carta a sus hermanos se llama a sí mismo «pobre hombrecito». Asimismo, era de rostro tan alegre que, según se dice, exigía que su ayudante fuese siempre un fraile de aspecto severo e imponente.

La energía de la que andaba sobrado, sin embargo, suplía con creces su baja estatura. Visitó, en efecto, y reformó incansablemente los conventos de su Orden en toda Europa, sin dispensarse nunca en sus viajes ni de los ayunos eclesiásticos ni de las disciplinas constitucionales. Poco después de su elección al pontificado, Gregorio X confió a Juan y a sus dominicos la tarea de hacer la paz entre los estados italianos. Tres años más tarde, volvió el Papa pidiéndole que redactase un «esquema» para el II concilio ecuménico de Lyón, en el que Juan pudo conocer a Jerónimo de Ascoli, más tarde Nicolás IV, quien había sucedido el 20 de mayo de 1274 a San Buenaventura en el cargo de general de los franciscanos. Ambos escribieron juntos una carta a sus súbditos. Más tarde, la Santa Sede los envió como mediadores entre Felipe III de Francia y Alfonso X de Castilla.

Lo cual no fue sino continuación del oficio de pacificación en el que Juan de Vercelli tanto brillaba.

Fue Juan de Vercelli, en efecto, embajador en Venecia, Génova, Pisa, Florencia, Bolonia, legado pontificio a las cortes de Francia y Castilla, consejero del papa Clemente IV, gran pacificador entre las repúblicas italianas y los príncipes de Europa y uno de los más activos organizadores de la Cruzada. Poco faltó para que fuera elegido al supremo pontificado: tanta era la consideración en que se le tenía. Mantuvo el esplendor de su Orden y consolidó el buen hacer de sus predecesores. Visitó a menudo las más lejanas provincias y sus interminables viajes a pie se hicieron legendarios. Monumento imperecedero de su sabiduría son, por ejemplo, las 21 cartas encíclicas conservadas en las *Actas de los Capítulos generales.*

Nuestro beato guarda también relación con el Nombre de Jesús. La historia de la devoción al Dulce Nombre de Jesús tiene que ver con el II concilio de Lyón, cuyo canon 25 habla de «restaurar la devoción del Dulce Nombre de Jesús, intensamente practicada en siglos pasados». El 20 de septiembre de 1274, es bien cierto, el papa Gregorio X (1271-1276) promulgó una bula en desagravio de las ofensas que se inferían contra el Nombre de Jesús. Las órdenes de los dominicos y de los franciscanos fueron encargadas de custodiar y extender esta devoción por toda Europa. Así, Gregorio X escribió una carta a Juan de Vercelli, siendo éste a la sazón Maestro general de la Orden de Predicadores, encargándole que los dominicos procurasen difundir y predicar el poder y la dulzura del Santo Nombre de Jesús: «Nos, hemos prescrito a los fieles... reverenciar de una manera particular ese Nombre que está por encima de todos los nombres...».

También les indicó el Papa a los frailes dominicos que en sus predicaciones, cuando el Santo Nombre de Jesús fuese pronunciado, inclinaran la cabeza en señal de que su corazón hacía lo mismo. Respondía esta exigencia de predicar el Nombre de Jesús a que durante esta época había personas blasfemas, especialmente los albigenses, que profanaban el Nombre de Jesús y era preciso contrarrestar tan detestable costumbre. El beato escribió acto seguido a todos los provinciales de la Orden y deci-

dió que en todas las iglesias dominicanas hubiese un altar dedicado al Santo Nombre de Jesús y que se formasen cofradías contra la blasfemia. Así es como nace la Sociedad del Santo Nombre en la Edad Media, cuyo fundador suele considerarse al Beato Juan de Vercelli, aunque no ha de ser hasta el XVI cuando dicha sociedad se establezca de forma canónica.

Dicen al respecto los entendidos, y no cesan de repetirlo biógrafos de solvencia, que el Nombre de Jesús estaba en la boca de San Francisco «como la miel en el panal» y que el mismo *Poverello* en persona llegó a escribir: «Ningún hombre es digno de decir tu Nombre». Luego, San Bernardo escribiría sermones enteros sobre tan bendito y adorable Nombre, insistiendo en que «Jesús es miel en la boca, melodía en el oído, un canto de delicia en el corazón». San Buenaventura, por su parte, solía exclamar: «Oh, alma, si escribes, lees, enseñas, o haces cualquier otra cosa, que nada tenga sabor alguno para ti, que nada te agrade excepto el Nombre de Jesús». En *Los Nombres de Cristo,* el príncipe de la lírica española, el agustino Fray Luis de León, tiene páginas inmortales sobre Jesús.

En otro orden de cosas, también atingentes al Beato Juan, es de notar que la comprobación de que la perspectiva que los dominicos tenían sobre la pobreza era distinta de la propuesta por los franciscanos, o, más bien, algunos de los franciscanos, consta entre otros datos porque el Beato Juan de Vercelli, en una carta dirigida a toda la Orden, prohibió a los dominicos discutir el tema con los Menores.

El IV Maestro general, el alemán Venerable Juan de Wildeshausen (1241-1252), escribe el año 1246:

> «Esforzaos en llenar para poder derramar» (MOPH, V, 9). El Maestro general de la Orden, Beato Juan de Vercelli, por su parte, exhortaba a los frailes el año 1266 «al celo de las almas y al vuelo de la contemplación». Y añadía: «El predicador para ser fecundo debe velar de día y de noche en la meditación de la ley del Señor... y beber copiosamente de las aguas fecundas de las Sagradas Escrituras... para que tomando las aguas fecundas de las fuentes del Salvador, podamos luego verterlas eficazmente para regar los corazones de los hombres» (MOPH, V, 88, n.22; 12, n.33; 124, n.34). Y el sucesor de nuestro Beato, el español fray Munio de Zamora, repetía el año 1285: «para poder derramar, rellenad; para poder esparcir, recoged; llenad de agudas flechas vuestras aljabas para

poder herir saludablemente los corazones de los oyentes. Manifiéstese a todos vuestros oyentes vuestra ciencia de las cosas celestes adquirida por vosotros en el estudio e infundida en vosotros por la gracia» (MOPH, V, 146, n.40).

Otro argumento merecedor de relacionarse con el Beato Juan es el iconográfico de Santo Domingo. La Provincia Romana abre camino a una iconografía doméstica o de imágenes «caseras» según serán denominadas en el Capítulo de 1247. Siete años más tarde, el Capítulo general de Bolonia proclama ya la apertura definitiva a la iconografía del santo fundador permitiendo y promoviendo la incorporación de su imagen en pinturas para las iglesias conventuales, lo que ratifica el Capítulo de París en 1256. ¿Qué imagen de Santo Domingo ha de permitirse que esté más en consonancia con lo que Santo Domingo fue? Las posibilidades son muchas: retrato físico, personalidad de Domingo, imagen espiritual, imagen evocacional o recuerdo representativo. Los llamados a determinar el prototipo iconográfico van en un reducido grupo de estrechos seguidores del Santo Patriarca.

Fueron, en concreto, Gregorio IX, Jordán de Sajonia y Juan de Vercelli quienes encargaron a Niccolò Pisano que materializase esta inquietud en el diseño y elaboración del primer monumento escultórico en honor de Santo Domingo de Guzmán: el Arca de mármol para su tumba. De ahí que no sea casualidad que el arquetipo del *Homo Orans* en la iconografía nazca precisamente en su tumba, en el lugar de su muerte y, por qué no decirlo, de su nacimiento para el mundo de los Predicadores. De hecho, el cuerpo de Santo Domingo, sepultado —como había sido su deseo— en el coro de *San Niccolò delle Vigne* «bajo los pies de sus hermanos», fue exhumado y transferido por el Beato Jordán de Sajonia el 24 de mayo de 1233 a un sarcófago de mármol. En calidad de Maestro general, Juan de Vercelli ordenó años más tarde la construcción de otra más digna en la que depuso el 5 de junio de 1267 las reliquias del Santo Patriarca.

El espléndido sepulcro conseguido por Niccolò Pisano, completado más tarde por Niccolò di Bari, fue abierto el 15 de febrero de 1383 —durante el generalato del Beato Raimundo de Capua— para la extracción de la cabeza: fue la última vez que los huesos del santo fundador salieron a la luz. Las trasla-

ciones sucesivas (11-11-1411: a una capilla especial, 25-4-1605: al lugar en que hoy reposan) se hicieron sin abrir la caja. El 17 de abril de 1943, para conjurar la amenaza de las incursiones aéreas, los preciosos restos fueron digna y decorosamente repuestos en un refugio blindado, del que fueron retirados el 23 de agosto de 1946: tras cuidadoso reconocimiento radiológico y solemnes celebraciones, el 15 de septiembre de ese mismo año, en la presencia del Cardenal legado, del Maestro general Estanislao Gillet (1929-1946) y del Capítulo electivo de la Orden, fueron recolocados en el arca de mármol blanco de la actualidad.

Unido por una profunda amistad con Santo Tomás de Aquino, de cuya memoria se hizo valedor y cuya doctrina procuró difundir siempre y por doquier, fue él, de hecho, quien reclamó en 1268 al Doctor Angélico para que reasumiese en París la cátedra dominicana de teología, ya que San Alberto Magno no la había querido aceptar. Y en 1278 envió a un visitador a Inglaterra, donde algunos frailes habían atacado la doctrina del Aquinatense, muerto hacía poco. Dos años más tarde, él mismo asistió a un capítulo general en Oxford. Como su predecesor, Humberto de Romanis, rehusó aceptar la dignidad episcopal y un cargo en la curia romana. También registran sus biografías que renunció al cargo de general de la Orden, pero su renuncia no fue aceptada y ejerció ese oficio hasta su muerte.

Pacificador entre las ciudades italianas, legado papal en Francia y en Castilla, consejero de Clemente IV, religioso austero y al propio tiempo bondadoso y paternal, confió en conseguir bajo su mandato mayor difusión y solidez aún de la Orden, si cabe, que en los generalatos anteriores. Sereno siempre ante las dificultades de la vida, convencido de que Dios es omnipotente, Padre misericordioso y siempre amigo, murió lleno de méritos en el convento de Montpellier el 29/30 de noviembre de 1283. Sus reliquias, depuestas en la iglesia local de los dominicos, fueron profanadas y esparcidas en el siglo XVI por los herejes. Confirmó su culto San Pío X el 7 de septiembre de 1903.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. VI: *Galena-Giustiniani* (Roma 1965) col.918.

DONNA D'OLDENICO, G., «Dei Rapporti tra Giovanni Garbella da Vercelli VI.° Maestro generale dei Domenicani con Giovanni Gersen Abate di S. Stefano di Vercelli nei riguardi della imitazione di Cristo»: *Mémoire Domenicaine* 68 (1951) 201-211.

— «B. Giovanni Garbella da Vercelli VI.° Maestro generale»: *Mémoire Domenicaine* 69 (1952) 259-265.

Enciclopedia cattolica (Ciudad del Vaticano 1951) col.612.

KAEPPELI, TH., *Scriptores Ordinis Praedicatorum Medii Aevi,* III (Roma 1980) 42 f.

Lexikon für Theologie und Kirche, V (Friburgo 1960) col.1094.

LOHRUM, M., «Johannes Vercelli», en F. W. BAUTZ (ed.), *Biographisch-bibliographisches Kirchenlexikon,* III (Herzberg 1992) cols.605-606.

Martyrologium romanum, o.c., 615, n.4*; 711.

MORTIER, A., *Histoire des Maîtres Généraux de l'Ordre des Frères Prêcheurs,* II (París 1905) 1-170 [más breve, aunque no menos cuidado, el estudio de M. DE WARESQUIEL, *Le bx. Jean de Verceil* (1903)].

MOTHON, J. P., *Vita del Beato Giovanni da Vercelli sesto maestro generale dell'ordine dei Predicatori* (Vercelli 1903).

New catholic encyclopedia, VII (Nueva York 1967) 1076.

PIO FRA GIUSEPPE, M., *Compendio della vita del beato Giovanni da Vercelli della famiglia Garbella di Mosso Santa Maria* (Befani 1904).

QUÉTIF, J. - ECHARD, J., *Scriptores Ordinis Praedicatorum Medii Aevi,* I (Roma 1978) 210-212.

REGINALDO, F., *Chi era il beato Giovanni da Vercelli. Biografia del VI. Maestro generale dei Domenicani* (Turín 1983).

SAN CUTBERTO MAYNE

Presbítero y mártir († 1577)

Cutberto es nombre que proviene del anglosajón *Cuthbert,* cuyo significado no parece ser otro que esplendor. Nuestro personaje San Cutberto Mayne, nacido en Youlston (Cornovaglia, Gran Bretaña), año de 1544, y muerto de muerte cruenta en Launceston el 30 de noviembre de 1577, es el primer mártir de los 140 sacerdotes que, habiendo estudiado en los seminarios de Douai, Roma, Valladolid, dieron su vida por la fe en Inglaterra, y fue canonizado por el papa Pablo VI el 25 de octubre de 1970 junto a los *Cuarenta mártires de Inglaterra y Gales.* Estudiante del colegio inglés de Douai, cuya fundación data del año 1568, en los primeros años de la persecución, las autoridades de Inglaterra solían distinguir entre los sacerdotes ordenados en ese u otros seminarios del extranjero y los «sacerdotes marianos» ordenados en Inglaterra. Él fue, como digo, el primer

sacerdote del mencionado seminario que pagó con su vida la misión en Inglaterra.

Había sido Guillermo Allen, más tarde cardenal, el fundador en 1568 del colegio inglés de Douai. Lo había hecho con la inicial finalidad de preparar sacerdotes para Inglaterra al objeto de restablecer allí la fe católica. De modo que los primeros misioneros de Douai, a quienes la legislación perseguía bajo el nombre de «sacerdotes del seminario», llegaron a la Gran Bretaña en 1574. Muy pronto iban a recogerse los primeros frutos de tan singular sembradura. Habrían de ser, además, muy copiosos. De hecho, ya el 29 de noviembre de 1577 muere en Launceston, convirtiéndose en el primer mártir del colegio, nuestro beato, y en los siguientes cien años llegaron a sufrir igualmente el martirio en Inglaterra más de 160 exalumnos del mismo colegio, el cual, por cierto, desde 1578 hasta 1594 sería trasladado a Reims. Hasta la fecha, más de 80 de los susodichos mártires han sido ya beatificados.

Se cuenta que cuando San Carlos Borromeo, una vez se hubo establecido en Milán, llevado de su gran sentido del desprendimiento y de la pobreza vendió la vajilla de plata y otros objetos preciosos en 30.000 coronas, suma consagrada íntegramente a petición suya para socorrer a las familias menesterosas, tenía orden su limosnero de repartir entre los pobres 200 coronas mensuales, sin contar las limosnas extraordinarias, muy abundantes ellas. El hecho es que la generosidad del santo obispo de Milán dejó un recuerdo imperecedero incluso para cuanto concierne al argumento que aquí nos ocupa, ya que, justo por lo que a él atañe, tan liberalmente supo ayudar al citado Colegio Inglés de Douai, que el cardenal Guillermo Allen solía llamar a San Carlos fundador de la institución de Douai.

Los santos mártires ingleses y galeses de los siglos XVI y XVII, a cuyo grupo nuestro San Cutberto pertenece, fueron canonizados por haber perseverado en la fe hasta sufrir incluso el martirio durante las persecuciones decretadas por varios monarcas, la reina Isabel I sobre todo, desde que Enrique VIII se separó de la obediencia de Roma. Hay entre ellos madres de familia como Margaret Clitherow, viudas como Ann Line, nobles como Philip Howard, conde de Surrey, seglares de a pie como

el maestro galés Richard Gwyn, y brillantes sacerdotes como nuestro Beato Cutberto Mayne, John Payne y John Almond. Luego tenemos una larga lista de religiosos cartujos, agustinos, benedictinos, franciscanos y jesuitas, entre los que se encuentran Robert Southwell, Henry Walpole, Nicolás Owen, Thomas Garnet, Henry Morse y el más célebre de todos, Edmundo Champion, cuya vida escribió Evelyn Waugh.

Había nacido Cutberto, según arriba queda referido, en Youlston, cerca de Barnstaple, corriendo el año 1544. Es el tiempo de la crisis que bajo Enrique VIII Tudor (1509-1547) separa a Inglaterra de la Iglesia de Roma, dando vida a una suerte de «catolicismo autónomo», que tiene por cabeza al rey. Quien no le obedece, incluso en materia religiosa, se vuelve, lo quiera o no, un traidor. Y de hecho, con esta acusación van al suplicio sacerdotes, religiosos y laicos eminentes como Tomás Moro, canciller de la corona. Muerto Enrique VIII, y después de un lustro de reino nominal de su hijo Eduardo VI todavía menor de edad, sube al trono su primera hija, María (1553-58), dicha «la Católica», que transforma la política del padre, restableciendo la situación anterior. Sólo que, desdichadamente, copia la brutalidad de Enrique VIII: de tal suerte se empeña por reavivar la fe usando los patíbulos que se ganará a pulso el sobrenombre de «Sanguinaria».

Cutberto Mayne tiene un tío sacerdote que lo lleva muy pronto a la escuela, con el secreto y bien estudiado propósito de hacer de él un sacerdote, para, de ese modo, tenerlo luego como su colaborador y sucesor. Cutberto, por tanto, estudia en la escuela de Barnstaple. Cuando frisa ya los 14 años, he aquí que se produce otro cambio notable en Inglaterra: Isabel I, que había sucedido a la hermanastra María en el 1558, retoma la política de Enrique VIII y la lleva a sus extremas consecuencias: no sólo alejamiento completo de la sede romana, sino el repudio total del catolicismo en la doctrina, en el culto, en la ordenación del clero. Impone, además, la severa obligación del juramento de fidelidad a la Corona. Gran trabajo, pues, para el verdugo: vuelven recrudecidos los tiempos de Enrique VIII y los de María. Al tío de Cutberto no se le molesta lo más mínimo ni se le remueve del puesto. Visto el panorama, ha sabido reaccionar a

tiempo apresurándose a jurar: en una palabra, se hace «anglicano». Este tío suyo, pues, sacerdote cismático, se encarga de educar al sobrino Cutberto en el protestantismo.

En pos de los torcidos pasos del tío, el sobrino es ordenado ministro a los dieciocho o diecinueve de edad, sin sentir inclinación alguna ni tener preparación de fundamento. Pero no importa. Su tío entonces lo envía al Colegio de San Juan de Oxford, donde la gracia le aguarda con su torrentera de luz interior. Allí, efectivamente, el joven conoce al Dr. Gregorio Martin y al Beato Edmundo Champion, todavía éste protestante. En Oxford además traba contacto con gente nueva: mayormente católicos clandestinos. Quedan de éstos todavía algunas decenas de millares en el reino de Inglaterra, pocos, ciertamente, pero activísimos. Se trata de sacerdotes que improvisan actividad misionera en la cárcel; o también de laicos que organizan redes de escondites para los que son buscados, así como tipografías clandestinas y contrabando de misales. Comprende Cutberto muy pronto que la verdad está en el catolicismo, pero no se atreve a dar el paso y abandonar el protestantismo por miedo a perder la bicoca de cuanto posee y quedarse en la miseria total, aparte naturalmente de jugarse la cabeza. Pero Martin y Champion se largan un buen día para acogerse a las aulas del Colegio Inglés de Douai y desde allí escriben varias veces a Cutberto para invitarle a reunirse con ellos.

En Francia, Douai para ser preciso, había surgido, efectivamente, un seminario para los jóvenes ingleses que, en medio de tan enrarecido clima, o precisamente por él, quisieran hacerse sacerdotes católicos. De las amistades personales dichas, después, le vino un creciente empuje hacia la fe católica. Poco después de haber obtenido Cutberto la licenciatura, en 1570, una de esas cartas cayó en manos del obispo de Londres, a quien faltó tiempo para mandar arrestar a todos los estudiantes de Oxford cuyos nombres figuraban en el papel. Cutberto entonces estaba fuera, y eso le valió: pudo librarse de la prisión casi milagrosamente. Pero el incidente venció sus últimas resistencias y acabó por convencerle sobre la imperiosa necesidad de abjurar cuanto antes del protestantismo. Abandona Oxford, se acoge a la clandestinidad, consigue dejar Inglaterra, alcanza Douai, y a continuación el ingreso en el seminario.

Así es como, en 1573, ingresa en el colegio de Douai. Dos años después recibe la ordenación sacerdotal y obtiene el título de bachiller en teología. En abril de 1576, parte hacia Inglaterra con el Beato Juan Payne. Con él son 15 los sacerdotes de Douai que envían a las Islas. Un colegio, el de Douai, del que se han publicado todos los volúmenes del diario, excepto el 6, hoy perdido. Los dos primeros aparecieron con el título *Records of the english catholics under the penal laws,* 1 (Londres 1878), y como editor el P. T. F. Knox. Cubren los años de 1568-1593. Los tomos 3, 4, 5 y 7 del diario se hallan en los vols. X, XI y XXVIII de las publicaciones de la *Catholic Record Society.*

En 1576 se afinca, pues, de forma clandestina en Cornovaglia, estableciendo su residencia en casa de Francisco Tregian, en Golden de Cornwall, donde se hace pasar por un criado: oficialmente es quien dirige una factoría; de hecho, en realidad, es el párroco clandestino de los católicos del lugar. Muy breve ministerio el suyo, por cierto, y muy poco conocido en esta época. Consta, eso sí, que su presencia no tardó en despertar sospechas puesto que un año después, 1577, el alcalde mayor Ricardo Grenville recorrió palmo a palmo la casa de Tregian y nuestro padre Mayne fue arrestado por llevar al cuello un «Agnus Dei». También el señor Tregian fue detenido. El alcalde arrastró a Cutberto de la casa de un noble a otro. Finalmente, en Launceston lo encerró en una horrible mazmorra y lo encadenó a un poste del camastro. Lo demás sigue de suyo como las cerezas, una detrás de otra, y está ya todo escrito: su obra de sacerdote oculto de pronto descubierto constituye alta traición y conlleva la muerte.

Hacia el día de la fiesta de San Miguel, el padre Mayne fue juzgado por varios crímenes. Los cargos que se le imputaban fueron: por haber obtenido de Roma y publicado en Golden «una facultad de absolver» a los súbditos de la reina (en realidad se trataba de un ejemplar de la indulgencia del jubileo de 1575); por haber enseñado en la cárcel de Launceston que el obispo de Roma conserva el poder espiritual sobre Inglaterra; por haber dado el señor Tregian «un objeto vano y supersticioso, vulgarmente llamado *Agnus Dei*» (de lo cual no se adujo prueba alguna); y por haber celebrado la misa (pues se habían descubierto en Golden un misal, un cáliz y unos ornamentos sacerdotales).

Todo ello era contrario a los estatutos de la reina. Lo cual probado, constituía inmediato arresto, juicio y pena capital.

El jurado dirigido por el fiscal Manwood, tras hablar muy largamente con el alcalde Grenville, declaró culpable al acusado, que fue, en consecuencia, condenado a muerte. Tres de los cuatro señores y los tres administradores de sus fincas fueron condenados a prisión perpetua y a la confiscación de sus bienes por haber prestado ayuda al culpable. Pero el segundo juez, que se llamaba Jeffrey, descontento de la forma en que se había llevado el proceso, consideró que el caso se debía reabrir y estudiarlo nuevamente todo el cuerpo judicial en Serjeants' Inn. Los jueces no lograron ponerse de acuerdo; pero, aunque la mayoría opinaban como Jeffrey, el Consejo Privado determinó que se ejecutase la sentencia para que sirviese de escarmiento a los sacerdotes que pasaban del continente a Inglaterra.

La víspera de la ejecución, se ofreció la libertad al padre Mayne, a condición de que jurase la supremacía espiritual de la reina. El beato pidió una Biblia, la besó y dijo: «La reina no ha sido ni será nunca la cabeza de la Iglesia en Inglaterra». Fue conducido en un trineo al sitio de la ejecución y no se le permitió dirigir la palabra a la multitud desde el patíbulo. Como las autoridades tratasen de arrancarle una confesión contra el señor Tregian y su cuñado, sir John Arundell, el padre Mayne declaró: «Lo único que sé sobre ellos es que son hombres buenos y piadosos. El único que estaba al tanto de mi ministerio sacerdotal era yo mismo». Cutberto Mayne fue descuartizado, después de haber sido previamente ahorcado. Tal vez él ni llegase a sufrir en el momento final, porque cayó y se desvaneció subiendo al patíbulo. Y así, privado de sentidos, fue colgado en la horca.

A Francisco Tregian, por su parte, se le desposeyó de sus bienes y confinó en diversas prisiones durante casi treinta años. Acabó sus días en Lisboa en 1608 y a sus reliquias se atribuyeron varios milagros.

> «Es de notar —puntualizan algunas fuentes— que ninguno de aquellos a los que el Padre Mayne reconcilió con la Iglesia, apostató de la fe católica, sin duda porque la habían conocido gracias a tan excelente maestro».

Las carmelitas de Lanherne poseen una importante reliquia del cráneo del Beato; procede de Launceston, donde la cabeza fue expuesta después de la ejecución. León XII decretó su beatificación. Y en 1970 Pablo VI, en aquel valiente gesto que fue la canonización de los *Cuarenta mártires de Inglaterra y Gales,* lo inscribió en el catálogo de los santos.

Cuando la Revolución Francesa impidió en 1794 la existencia del colegio inglés en Francia, éste fue trasladado a St Edmund's, en Old Hall Green (hacia el sur de Inglaterra) y a Crook Hall, en Durham (para el norte). En 1808, este último colegio se cambió a St Cuthbert's de Ushaw, Durham, en Inglaterra, en cuyas aulas cursó estudios de joven, vistió el hábito eclesiástico y recibió en 1885 las órdenes menores el cardenal Rafael Merry del Val, Secretario de Estado de San Pío X. Fundaciones todas que han contribuido grandemente al esplendor de la Iglesia católica en Inglaterra, de la que San Cutberto Mayne, para gloria de Dios, es una de sus más grandes y cualificadas figuras.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Butler's lives of Saints, IV (Londres 1964).
CENCI, P., *Il cardinale Raffaele Merry del Val* (Roma 1933).
CHALLONER, R., *Martyrs to the catholic faith memoirs of missionary priests,* II (Londres 1878) n.117.
Chatham Society's Publications 81 (1870) 74.
Martyrologium romanum, o.c., 615, n.6; 682.
PABLO VI, «El mundo actual necesita el testimonio heroico de los santos. Pueda la sangre de estos mártires acelerar la unión de la Iglesia anglicana con la Iglesia de Roma. Homilía durante la canonización de los 40 mártires ingleses»: *Ecclesia* (1970) n.1516, p.2039-2041.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GALGANO GUIDOTTI

Ermitaño († 1181)

Galgano Guidotti fue un ermitaño que nace en la segunda mitad del siglo XII en Chiusino, diócesis de Volterra. Se sintió llamado a la vida eremítica siendo muy joven y cuando ya había

quedado, desde niño, huérfano de padre. Galgano vio en aquella vehemente inclinación a la vida eremítica una voz divina a la que no debía desobedecer. En la vigilia de Navidad de 1180 se interna en el monte Siepi y allí empieza la construcción de una celda o ermita que fuera en adelante su casa. Visitó a los ermitaños de San Guillermo de Malavalle y les propuso lo admitieran como uno de los suyos pero permitiéndole vivir en la celda misma que se había construido. Su condición no fue aceptada. Pero no por eso dejó él de frecuentar el eremitorio de los guillermitas cuando deseaba recibir los sacramentos. También peregrinó a Roma donde fue recibido por el papa Alejandro III, que lo confirmó en sus deseos de ser solitario. Vuelve a su ermita y el Señor lo llama a la vida eterna apenas un año después de su entrega al eremitismo. Aunque el Martirologio señalaba su memoria el día 3 de diciembre, a otros les parece que el día verdadero de su muerte fue el 30 de noviembre de 1181.

BEATO FEDERICO DE RATISBONA

Religioso († 1329)

Federico era natural de la ciudad de Ratisbona o Regensburg donde nace a mediados del siglo XIII en el seno de una familia modesta. En su juventud decide su vocación religiosa e ingresa en la Orden de San Agustín, en la que profesa en calidad de hermano lego. Se le dio el encargo de carpintero y se dedicó a hacer para la comunidad todos los muebles y enseres propios de este oficio: puertas, ventanas, bancos, mesas, sillas, etc. Pero también incluía su oficio el proveer continuamente de leña para que la comunidad pudiera tener fuego en la cocina para hacer comida y en las salas para calentar a la comunidad en las frías jornadas del invierno bávaro. Se mostró un religioso ejemplar, lleno de religiosidad y vida interior, humilde, obediente y exacto en el cumplimiento de la Regla. Se contaron de él hechos milagrosos que, se dice, amplió luego la leyenda, narrándose cómo en una ocasión en que por estar en el bosque cortando leña no pudo asistir a la misa, un ángel le llevó hasta el bosque la hostia consagrada y así no se quedó sin comulgar. Murió santamente el 30 de noviembre de 1329 en su convento de Ratisbona. Su

memoria como santo perseveró en Ratisbona y en la Orden. El P. Pío Keller († 1904) —cuya causa de beatificación se introdujo en 1982— trabajó para que su culto fuera confirmado. No lo vio él pero sí se logró el objetivo: el 12 de mayo de 1909 el papa San Pío X concedía la confirmación del culto. Sus restos mortales se hallan expuestos en Ratisbona en la parroquia de Santa Cecilia.

BEATO ALEJANDRO CROW

Presbítero y mártir († 1587)

Nació al parecer en South Duffield, en Yorkshire, hacia 1551 en una familia modesta. De joven se ganó la vida como zapatero y se colocó luego de criado en el Colegio Inglés de Reims, prestando humildes servicios como zapatero, portero y cocinero. Pero por su virtud, su humildad y su paciencia obtuvo la licencia para estudiar para el sacerdocio, que finalmente alcanzó. Vuelto a Inglaterra ejerció su ministerio hasta que fue arrestado en South Duffield cuando iba camino de bautizar a un niño. Fue llevado a York y acusado de alta traición. Al ser condenado a muerte manifestó su alegría por la gracia del martirio y pensando que sería ajusticiado al día siguiente, se pasó toda la noche en oración. Estaba muy enfermo cuando el día de San Andrés, 30 de noviembre, no se sabe bien si en 1586 o 1587, fue llevado a ejecutar. Debido a su debilidad cayó de la escalera cuando subía y le inventaron la calumnia de que había querido suicidarse, pero subió de nuevo a la escalera y dijo: «No es como pensáis, hermanos, que yo haya tenido jamás la intención de matarme, sino que era el común enemigo que quería privarme de esta gloriosa muerte y por envidia me tiró de la escalera, y no es la primera vez, pues ha intentado privarme de la corona del martirio que Dios me concede, y es Dios quien le ha permitido que me haga esto en vuestra presencia para que se vea lo poco que puede hacer. Pero aunque lo haya procurado no me ha dañado ni en el alma ni en el cuerpo, ni puede hacerles daño alguno a los siervos de Dios más de lo que el Señor mismo quiera permitirle para el mayor bien de ellos». Terminó de subir y fue ahorcado, pero por poco tiempo, pues aún estaba

vivo cuando le bajaron y se le empezó a destripar y descuartizar. Fue beatificado el 22 de noviembre de 1987 por el papa Juan Pablo II.

SAN TADEO LIU RUITING

Presbítero y mártir († 1823)

Tadeo Liu o Lieou Ruiting nace en Ku-Hien, China, hacia 1780, y habiendo llegado a la fe cristiana se ordenó sacerdote con 33 años y trabajó apostólicamente con gran celo en los distritos misionales que le fueron asignados. Un cristiano fue corregido por otro cristiano, y éste, para vengarse, denunció al sacerdote, que fue arrestado en mayo de 1821. Se le tuvo primero encadenado y al sol todo el día y luego se le dejó varios meses en la cárcel sin que se viera su causa. Finalmente, fue conducido a la ciudad de Tcheou-Tou, capital de la provincia, donde tuvo lugar el juicio. Fue condenado a muerte por profesar una religión que estaba prohibida en el Imperio. Se le envió al lugar de su procedencia y allí debía esperar la confirmación por el emperador de la sentencia de muerte. Pasó así dos años en la cárcel, y los pasó en la oración y la paciencia, entregándose a la voluntad de Dios y mostrándose dispuesto a lo que Dios quisiera. Llegada la confirmación de la sentencia, fue llevado junto al templo de Kue-Hien y allí estrangulado el 30 de noviembre de 1823.

Fue canonizado el 1 de octubre de 2000 por el papa Juan Pablo II, junto con otras víctimas de varias persecuciones en China entre los años 1648 y 1830. La memoria litúrgica de todos se celebra el 9 de julio.

SAN JOSÉ MARCHAND

Presbítero y mártir († 1835)

Nace en Passavant (Francia) el 17 de agosto de 1803. Decidida su vocación sacerdotal ingresa en el seminario diocesano de Besançon, donde hace los estudios. Estaba a punto de concluirlos cuando siente que su verdadera vocación es la de misio-

nero e ingresa en la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, ordenándose sacerdote el 4 de abril de 1828 y partiendo para Annam el 12 de mayo siguiente. Llegado a la misión, se le asigna un distrito en la provincia de Binh-Tuan, que comprendía veinticinco pueblos, en los que estaban distribuidos los siete mil cristianos que componían la comunidad que se le encomendaba. Los atendió con total entrega. Cuando llegó la persecución de 1833 debió abandonar su distrito y vivir ocultamente y huidizo, llegando a no tener otro refugio que la propia selva y no pudiendo alimentarse sino de hierbas. Descubierto por el ejército rebelde de Koi, lo obligan a ir a la capital Saigón y estar presente en la dura lucha contra las tropas del rey a lo largo de dieciocho meses. El jefe rebelde intentó utilizar al misionero y le pidió insistentemente que escribiera cartas a los católicos invitándolos a unirse a la rebelión, pero él se negó firmemente. Cuando la rebelión fue vencida en 1835 le achacaron haberla apoyado y fue llevado a Hué con otros cristianos. Los interrogatorios dejaron en claro la verdadera actitud del P. Marchand pero no se le quiso liberar sin que pisase la cruz. Al negarse se le torturó con tenazas incandescentes, pero fue en vano. Se acudió entonces al tormento de las cien llagas. El 30 de noviembre de 1835 y en público lo insultaban al tiempo que le hacían heridas y mutilaciones, hasta que exhausto del dolor cayó al suelo confesando a Cristo. Le cortaron la cabeza, que sería luego arrojada al mar.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATOS MIGUEL (FRANCISCO) RUEDA MEJÍAS Y MÁRTIRES HOSPITALARIOS DE CIEMPOZUELOS (MADRID)

Diego de Cádiz (Santiago) García Molina, Nicéforo Salvador del Río, Román (Rafael) Touceda Fernández, Arturo Donoso Murillo, Jesús Gesta de Piquer y Antonio Martínez Gil-Leonís
Religiosos y mártires († 1936)

El día 30 de noviembre de 1936 fueron fusilados en Paracuellos de Jarama siete hermanos de San Juan de Dios procedentes de la cárcel del excolegio de San Antón, de Madrid, y que se unieron a los otros hermanos hospitalarios fusilados el día 28 de este mes —y a los que hemos dedicado una biografía extensa, a la que remitimos al lector—. Fueron beatificados el 25 de octubre de 1992 por el papa Juan Pablo II en el grupo de 71 Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios muertos durante los días de la revolución española. Los datos de los mártires de hoy son:

MIGUEL RUEDA MEJÍAS, nacido en Motril (Granada) el 19 de enero de 1902 en una modesta y cristiana familia, fue alumno del Colegio de Santo Domingo de su pueblo natal. Halló oposición familiar a su vocación religiosa, pero por fin pudo ingresar en la Orden Hospitalaria en diciembre de 1922. Hecha la profesión pasó por varias casas de su Orden, sirviendo siempre a los enfermos con mucha entrega y voluntad, y siendo destinado últimamente a la casa de Ciempozuelos. Allí fue detenido con los demás hermanos el 7 de agosto de 1936 y llevado dos días más tarde a la citada cárcel de San Antón, cuyas penalidades soportó con paciencia. Fue a la muerte con admirable fortaleza espiritual.

DIEGO DE CÁDIZ GARCÍA MOLINA, llamado inicialmente Santiago, nace en Moral de Calatrava (Ciudad Real) el 14 de diciembre de 1892. Ingresa a los 18 años en la Orden Hospitalaria y pasó por varias casas de España, estando en Colombia entre 1920 y 1928. Vuelto a España, era definidor y secretario provincial cuando fue arrestado el 7 de agosto de 1936 y llevado dos días más tarde a la cárcel de San Antón. Viendo el peligro de muerte por el fusilamiento habido el día 28 de noviembre dio la

profesión religiosa a los novicios detenidos con él. Con gran serenidad de ánimo salió para el martirio.

NICÉFORO SALVADOR DEL RÍO, natural de Villamorico (Palencia), donde nace el 9 de febrero de 1913, ingresa a los 14 años en la Orden Hospitalaria y profesa en ella el 7 de marzo de 1931. Luego de pasar por varias casas estaba destinado últimamente en la de San Rafael, de Madrid, pasando el 26 de julio de 1936 a la Primera Comandancia de Sanidad de Madrid, de donde luego fue llevado a la cárcel de San Antón y de ahí sacado el 30 de noviembre para ser fusilado.

ROMÁN TOUCEDA FERNÁNDEZ, llamado inicialmente Rafael, había nacido en Madrid el 22 de enero de 1904 y en su juventud tuvo como director espiritual a San José María Rubio. A los 24 años ingresa en la Orden de San Juan de Dios, pasando casi toda su vida religiosa en la casa de Ciempozuelos, de la que era vicesuperior cuando llegó la guerra española. Se negó a separarse de sus hermanos religiosos y por ello fue en agosto de 1936 a la cárcel de San Antón. Sobresalía por su espíritu de oración y alta espiritualidad.

ARTURO DONOSO MURILLO, nacido en Puebla de Alcocer (Badajoz) el 31 de marzo de 1917, se educó en un colegio salesiano, e ingresó en la Orden Hospitalaria el 7 de diciembre de 1934. Destinado a la casa de Ciempozuelos, con los hermanos fue arrestado y encarcelado hasta que fue sacado para ser fusilado, luego de haber dado ejemplo de paciencia y vida interior.

JESÚS GESTA DE PIQUER nace en Madrid en el seno de una familia de raigambre militar. Fue alumno de los Hermanos Maristas y militante de Acción Católica, frecuentando los suburbios en su apostolado. Ingresa en la Orden Hospitalaria el 24 de noviembre de 1934 y era aún novicio cuando fue arrestado y encarcelado con los demás hermanos. Visitado por el embajador de Chile en la cárcel se negó a que se hicieran gestiones por su liberación que no incluyeran a los demás hermanos religiosos. Se negó a blasfemar en la cárcel aunque le amenazaban con un fusil.

ANTONIO MARTÍNEZ GIL-LEONÍS nace en Montellano (Sevilla) el 2 de noviembre de 1916 en una familia de posición acomodada y poco religiosa. Tras estudiar en el colegio salesiano de Morón de la Frontera, ingresó en la Orden Hospitalaria en julio de 1935 y estaba haciendo el noviciado cuando fue arrestado y

encarcelado, haciendo la profesión religiosa en la cárcel el día anterior a su martirio. Antes de ser arrestado lo visitó su madre pidiéndole dejara la Orden, pero él se mantuvo en su vocación. Invitado a blasfemar, se negó categóricamente pese a las amenazas.

BEATO JOSÉ OTÍN AQUILÉ

Presbítero y mártir († 1936)

Había nacido en Huesca el 22 de diciembre de 1901. Se educó en el colegio salesiano de su ciudad natal y de ahí le vino su vocación religiosa, optando por la congregación salesiana. Hizo en ella los votos religiosos en 1920 y prosiguió los estudios eclesiásticos, ordenándose sacerdote en 1928. Destinado, como es el carisma de su congregación, a la educación de la juventud, fue un excelente pedagogo por su carácter abierto y jovial, que le granjeaba la simpatía de los muchachos. En 1936 estaba destinado en el colegio salesiano de Alcoy, de cuya dirección estaba encargado el 18 de julio al estar el director ausente. Los días 20, 21 y 22 hubo de sufrir sendos registros por parte de los milicianos, alegando que iban en busca de armas y de fascistas escondidos. No hallaron nada, pero aun así decidieron el arresto de la comunidad religiosa y se incautaron de la casa. Llevados los salesianos a la sede del Comité y luego al ayuntamiento, al saber el alcalde que nada se había hallado de armas en el colegio mandó se les diera salvoconducto. Una vez libres, los salesianos se acogieron al refugio que les dieron los dueños del Hotel Continental, dispersándose el día 23. Don José Otín marchó a Valencia y se refugió en la casa de otro salesiano, donde llevó vida de oración, oía confesiones y vivía en paz en cuanto era posible. A finales de noviembre, sin embargo, el salesiano que lo albergaba es detenido y don José decide entonces buscar otro refugio. Lo busca en una fonda. Aquí es reconocido por alguien que lo denuncia y entonces es detenido, desapareciendo a continuación. Su memoria la ha fijado el *Martirologio* el día 30 de noviembre.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO LUIS ROQUE GIENTYNGIER

Presbítero y mártir († 1941)

Este sacerdote y mártir polaco había nacido en Zarki el 16 de agosto de 1904. Hizo los estudios primarios en Czestochowa y en 1922 ingresó en el seminario mayor de Kielce, y cuando se creó la diócesis de Czestochowa se incardinó en ella. Ordenado sacerdote el 25 de junio de 1927, fue enviado como vicario cooperador a la parroquia de Strzenieszyce al tiempo que continuaba sus estudios en la Universidad Jagellónica de Cracovia en la que se gradúa en 1929. Destinado a la enseñanza de la religión en las escuelas de su diócesis, tenía el nombramiento de presidente del Instituto Diocesano de Wielun. Pero el día en que iba a empezar su trabajo sucede la invasión de Polonia con la consiguiente política antipolaca de los ocupantes. Sigue de momento en Wielun pero al poco tiempo es enviado a la parroquia de Raczyn. Allí desempeña las funciones de párroco hasta que el 6 de octubre de 1941 es arrestado y llevado al campo de concentración de Konstantynow, y al mes siguiente es llevado al de Dachau. Fue asesinado por los guardias del campo el 30 de noviembre de aquel mismo año 1941. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

FIESTAS MOVIBLES

Domingo XXXIV del Tiempo Ordinario

JESUCRISTO, REY UNIVERSAL

El iluminado argumento del Evangelio de Jesús gira sobre el gozne del Reino de Dios. Los protagonistas del Evangelio son el Rey Jesús y sus vasallos. El escenario del Evangelio es el destierro de este valle de lágrimas y el definitivo Reino de Dios. Los preceptos del Evangelio son los medios de consecución del Reino, a cuya glosa y exposición convergen los discursos del Salvador. Hasta la finalidad primaria de su encarnación se puntualiza en la gloria de la Trinidad augusta, mediante la conducción del hombre al Reino.

Todas las varias realidades de la existencia de Jesús, todos sus desvelos, la integridad toda de sus sacrificios tienden al establecimiento del Reino de Dios. Y, al puntualizar la jerarquía de los valores humanos, establece el primado de las intenciones en el hombre, casi en exclusiva: «Buscad, ante todo, el Reino de Dios. Todo lo demás que necesitéis se os dará por añadidura» (Lc 12,31).

El Reino de Dios y su logro dan unidad poemática a las desconcertantes enseñanzas y a las sorprendentes realizaciones de Jesús. A la luz de su consecución y de su disfrute eterno se autorizan las serias exigencias de Jesús a sus seguidores, extrañas y atrevidas exigencias para una humanidad fatalmente escorada hacia el pecado.

La acusación fundamental que da lugar a la condenación de Jesús es su anhelo de reinar. Y, en la hora suprema de la definición de su misión, cuando autodeclara su postura ante la historia, confirma su aspiración al Reino, aunque rubrique su propia sentencia de muerte.

Los cuatro evangelistas se han aferrado al breve diálogo entre Jesús y Pilato. Lacónica confesión: «Tú has dicho que soy rey. Para esto he venido, para dar testimonio de la verdad. Todo el que la oye, oye mi voz». Interesaba sumamente a Pilato averiguar la postura de Jesús, razón que le incita a exigirle una segunda idéntica confesión. A Jesús también interesaba señalar la autenticidad de su realeza, como argumento y finalidad supremos de su actividad.

Y nos regala con la abierta y repetida confesión de su realeza: «Mi Reino no es de este mundo», pero se proclama Rey auténtico, con pretensiones de ejercer su realeza, con ilusiones de abarcar al mundo entero bajo su cetro.

Así despeja los temores egoístas de Pilato y aumenta las suspicacias de los envidiosos judíos.

Es desconcertante el Reino de Jesús: No es de este mundo, pero se conquista en este mundo para disfrutarlo en el futuro.

El enrolamiento definitivo para la navegación por las playas del Reino se efectúa en este valle de lágrimas. Aquí es la voluntaria elección del Reino de Jesús o del de Satán. Aquí el aprecio de la doctrina del Maestro o su abandono. Aquí la prueba de que estimamos los supremos valores espirituales y pretendemos adquirirlos, o la desdeñosa respuesta a la amorosa invitación del Salvador.

El Reino de Jesús no es terrestre, mundano, material, cultural, económico, como los reinos del mundo. Es el Reino del espíritu, de la *verdad* sin ambages, del *amor* sin taras sensuales, de la *justicia* sin presiones, de la *fe* en las sublimes creaciones divinas.

La primera etapa del Reino se desarrolla en los reinos de la materia. Así cupo al Creador, una vez que la criatura mezquina desbarató sus planes de pacífica convivencia iniciados en el paraíso terrenal. Todo mortal, aspirante a la gloriosa inmortalidad del Reino, ha de demostrar su pericia de soldado de Cristo en el perspicaz uso de las armas espirituales de la santificación, en el sutil conocimiento de los ardides de las huestes enemigas patrocinadas por Luzbel, en el aliento experimental para la lucha. Sin este noviciado, en pleno desarrollo a la hora de la muerte, ninguno puede ser admitido al ejército celestial. Jesús en persona realizará la inapelable segregación para su Reino: «¡Venid, benditos de mi Padre!...», «¡Id, malditos, al fuego eterno!...».

Benditos son los que conquistaron el título de hijos del Reino eterno de Jesús en su amaestramiento del mundo. Malditos quienes desdeñaron la aplicación a la divina asignatura del Evangelio y no la constituyeron en norma práctica de actuación humana.

Todo el éxito humano consistirá en la elección personal para el Reino de Dios. Toda la hondura del fracaso consistirá en ser desechado del disfrute del Reino. Los méritos humanos y cívicos serán cantados por los panegiristas civiles, pero no influyen en los anales del Reino, ni los deméritos suponen fracaso. Sólo se estima como valor auténtico la adhesión práctica y cordial a la doctrina y a la vida de Jesucristo.

La afirmación de Jesús de que su Reino no es de este mundo no predice que Jesús no será Rey hasta la definitiva disolución de la Creación, por el retorno al Padre de todas las criaturas racionales.

Es Rey desde su aparición en el mundo de las estrellas. Rey de todos los hombres, a quienes ha de juzgar. Rey desde que nacen, puesto que el justo juicio consistirá en exigir la razón del empleo del tiempo y de las facultades durante la estancia en el concreto mundo de las montañas, de los ríos y de las ciudades. Rey también de los aborígenes de los bosques del Perú, que siguen viviendo sus ancestrales ritos de víctimas humanas para la oscura divinidad. Rey de todos los adheridos a religiones extrañas y a sectas cristianas, a todos los que exigirá cuentas de su sinceridad respecto a la Verdad.

Jesús es Rey legítimo, con todas las exigencias de un auténtico reinado. Las típicas potestades del legislador, de juzgar y de castigar, le pertenecen por su sublime misión redentora y las ejerce con la plenitud de autoridad y de dominio.

Legisló audazmente, enfrentándose con la más autorizada legislación religiosa de la historia del mundo, la mosaica. Aceptó cuanto llevaba de permanente, y la rectificó en puntos esenciales. Sobre todo, la impregnó de una característica desconocida en anteriores legislaciones: el genuino amor humano universal, elemento constitutivo primero de su decálogo. Promulgó su legislación para todos los continentes, despachó a sus apóstoles a que la divulgaran en los más exóticos rincones

del orbe, y fundó su Iglesia con el designio de que ofreciese a la sucesión de diversas generaciones los supremos beneficios de sus mandatos, aclarándolos y adaptándolos —dentro de su sustancial inmutabilidad— a las condiciones de las personas y a las circunstancias de los tiempos y lugares.

Ejerce su potestad judicial interna en el insobornable tribunal de la confesión, por medio de los sacerdotes, sus jueces delegados. La efectúa en los procesos jurídicos por delitos eclesiásticos. La ejecuta en las sentencias de sus congregaciones romanas. La practica en el definitivo juicio sobre la heroica santidad de sus seguidores en las causas de beatificación y de canonización. La verifica en el supremo lance del paso a la eternidad, con el juicio particular. Y la consumará, con inusitada solemnidad, en la asamblea universal del juicio final, entre el alarido de las trompetas de los ángeles y el atónito silencio de toda la humanidad.

Gusta de la potestad coactiva para impeler a los hombres a la observancia de sus preceptos. Impone penitencias y castigos en el sacramento de la confesión. Lleva de las bridas de la penitencia a los cuerpos rebeldes a la exigencia del espíritu. Disgrega de la unidad de la Iglesia, con la excomunión, a los recalcitrantes. Quiebra su armonía de colaboración con los gobernantes civiles que dan espaldas a la ley natural y al derecho positivo de la Iglesia. Y reserva la suprema sentencia de liberación o de prisión eternas para el inapelable juicio público del Valle de Josafat.

Rey auténtico, entregado a su pueblo, con desprendimiento personal. Rey que defiende a sus súbditos mediante el personal sacrificio de la vida. Rey que exige a sus seguidores la siembra del amor en los surcos de los corazones humanos, sin distinción de ideologías. Rey que no persigue a enemigo alguno de buena voluntad, sino que trata de conquistarle, de beneficiarle, de obsequiarle.

Gobierna a sus súbditos con un único anhelo: dirigirles a su Reino definitivo, evitando que ofrezcan los jirones de su vida maltrecha a los expoliadores infernales.

En la singular y maravillosa unión entre Dios y el hombre que forma la persona de Jesús recae la dignidad regia.

> «Solamente en cuanto hombre se puede decir que Jesús ha recibido del Padre la potestad y el honor del Reino, porque como Verbo de Dios, siendo de la misma sustancia del Padre, forzosamente debe tener de común con Él lo que es propio de la Divinidad, y, por consiguiente, tiene sobre todas las cosas creadas sumo y absolutísimo imperio» (Pío XI).

Adquirió con suma legitimidad su imperio. Su persona representa los derechos de creación, conservación y destinación de los hombres, derechos supremos e inalienables. A tan innegables derechos añade Jesús el título de conquista, mediante la redención, liberando con su propia sangre a todos los hombres, perdidos por el pecado original. Títulos que le regalan tan excelsa dignidad regia sobre todos los ángeles y sobre todos los hombres.

Y sobre el hombre completo. No puede contentarse con una sumisión periférica del hombre. Trata de hacerse Rey de las mentes humanas, imponiéndoles su verdad; Rey de las voluntades, iluminándolas con las consignas de su ecuánime beneplácito e inflamándonos con sus más nobles inspiraciones; Rey de los corazones, al avasallar amorosamente a todo recto corazón con su mansedumbre, su benignidad y su altísima bondad.

Nada ni nadie puede sustraerse al reinado de Jesús. Las almas son su primario objetivo y solamente bajo su cetro podrán alcanzar su fin glorioso. Todos los objetos y todas las criaturas son dominio suyo; no ejerce autoridad temporal, porque la puso en manos de los reyes civiles, meros ejercitantes de la autoridad de Jesús.

Las calidades internas del Reino de Jesús han sido deliciosamente cantadas por la liturgia: es un «Reino de verdad y de vida, Reino de santidad y de gracia, Reino de justicia, de amor y paz», calidades que son las íntimas aspiraciones de toda criatura, y que las resume el Reino de Dios al conseguir la plena armonía entre las potencias anímicas y los sentidos externos, entre las ambiciones de placer temporal y corporal y las aspiraciones de meta sobrenatural.

El poema temporal de Jesús, Dios-Hombre, finaliza en la Ascensión. Cumplió perfectamente su misión de Maestro, de Redentor y de Legislador. Regresa al seno del Padre, del que sa-

lió como Dios, y a él arriba convertido en Hombre-Dios, dominador de todas las criaturas por la Redención.

Y «está sentado a la diestra de Dios Padre» en calidad de triunfador, de supremo y universal Juez, de Rey absoluto. Si su reinado comenzó con el nacimiento de la Iglesia, su perfecta realeza la ejerce en la diestra del Padre, y será ultimada cuando regresen al seno de Dios todas las criaturas que han salido y seguirán saliendo de sus manos.

La realeza de Jesús impone una inmediata obligación a sus seguidores:

> «Este Reino es opuesto únicamente al reino de Satanás y a la potestad de las tinieblas, y exige de sus súbditos no solamente un ánimo despegado de las riquezas y de las cosas terrenas, la dulzura de las costumbres y el hambre de la justicia, sino también que se nieguen a sí mismos y tomen su cruz» (Pío XI).

Jesús es Rey indudable. Seamos sus indudables vasallos.

PEDRO DE ANASÁTEGUI URRUTIA, OFM

Bibliografía

ORDÓÑEZ MÁRQUEZ, J., *Teología y espiritualidad del año litúrgico* (Madrid 1978) 352-359.
PIO XII, Encíclica *Quas primas,* de 11 de diciembre de 1925, en *El magisterio pontificio contemporáneo,* I (Madrid 1996) 185-196.
SCHMAUS, M., *Teología dogmática,* III (Madrid 1959) 411-424, 497-498.

APÉNDICE

5 de noviembre

FIESTA DE LAS SANTAS RELIQUIAS

El mismo culto a la Santísima Virgen no puede ofrecer testimonios más antiguos ni más autorizados que el culto a los restos de los mártires. Cuando aparece en las catacumbas de Priscila la Virgen llamada de Isaías, tenemos ya la descripción del martirio de San Policarpo. A instigación de los judíos, el centurión manda quemar el cuerpo del santo obispo para que no lo recobraran los cristianos. Pero éstos hallaron modo de recoger sus restos: «Nosotros recogimos sus huesos, como oro y perlas preciosas, y les dimos sepultura». Y añaden: «Luego celebramos alegremente nuestra reunión, como mandó el Señor, para celebrar el día natalicio de su martirio».

San Cipriano recomienda a su clero que tome nota de todos los que mueren por la fe, a fin de celebrar su memoria como la de los demás mártires. San Agustín habla asimismo de las sinaxis y del sacrificio celebrado *in mensa Cypriani,* es decir, en el lugar de su martirio.

En este respeto a las reliquias y en la celebración del aniversario del martirio es donde mejor se manifiesta la devoción de los fieles a los mártires desde el siglo II hasta la paz constantiniana. Los textos a este respecto son tan numerosos como bellos. En Cesarea el senador Astirio, que había presenciado el martirio del soldado Marino, según nos dice Eusebio, «se colocó el cadáver sobre sus espaldas, lo envolvió con un vestido riquísimo cuajado de piedras preciosas y con una pompa magnífica lo colocó en una tumba». En Cartago el cuerpo de San Cipriano fue sustraído por los fieles durante la noche a la curiosidad de los paganos, «y en solemne cortejo y a la luz de cirios y hachas y con plegarias continuas fue acompañado al sepulcro».

Los fieles de Tarragona son avisados en sueños para que coloquen en un solo lugar los restos de su obispo Fructuoso y de los diáconos Augurio y Eulogio, que subrepticiamente habían recogido, «llevados de su caridad». Los grandes mártires de la persecución de Valeriano: Sixto de Roma, Cipriano de Cartago y Fructuoso de Tarragona, ya mueren aureolados con la afección y veneración más profunda de sus fieles. Cipriano y Fructuoso, camino del martirio, anticipan en vida los grandes cortejos de las futuras traslaciones.

Uno de los testimonios más emocionantes de la memoria sobre el sepulcro del mártir nos lo proporciona la *triclia apostolorum,* en las catacumbas de San Sebastián. Allí se leen los grafitos de fieles llegados de todas las partes del mundo: de la Frigia, Dalmacia, Partenia... que invocan a los príncipes de los apóstoles, cuyos cuerpos habrían sido trasladados allí: «Pedro y Pablo, rogad por nosotros... Por mí, el más pecador...», etc. «Pedro y Pablo, y vosotros que leéis esto, rogad por mí», etc. ¡Estamos en el año 258, en plena persecución de Valeriano!

El culto de los mártires empieza por ser un culto estrictamente local. Se honra al mártir cuyo sepulcro se posee. Pero ya desde la primera mitad del siglo IV encontramos intercambios de memorias entre las diversas iglesias. En la *Depositio martyrum* de Roma se hallan los santos africanos Perpetua, Felicidad y Cipriano; y en el calendario de Cartago muchos mártires romanos.

Después de la paz de la Iglesia, aquel contenido sentimiento de piedad se desborda con el mayor entusiasmo. «Se puede decir sin exageración —dice Delehaye— que los Santos Padres han agotado las fórmulas para exaltar a los mártires y celebrar sus triunfos». Surgen las grandes basílicas en su honor, los poetas cantan sus gestas, sobre todo el príncipe de todos ellos, el español Prudencio, y un Papa adorna sus criptas con sonoras inscripciones.

Pero fueron dos factores, sobre todo, los que contribuyeron a que su culto, de local, pasara a ser universal: la división y distribución de sus reliquias y la invención o traslación de sus cuerpos.

El cristianismo todavía reforzó, si cabe, la antigua ley romana de la inviolabilidad del sepulcro y del cadáver. Intentar sola-

mente tocarlos era reputado por sacrilegio nefando. Mientras, ya desde el siglo IV el Oriente empieza a distribuir reliquias; todavía a fines del siglo VI San Gregorio se niega decididamente a complacer a la emperatriz Constantina, que le pedía el cráneo u otra reliquia de San Pablo para colocarla en la iglesia de su palacio, dedicada al apóstol. Dícele San Gregorio que no puede ni osa hacerlo, «pues no es costumbre entre los romanos al dar reliquias atreverse a tocar el cuerpo», sino que dan algo puesto en contacto con el sepulcro, que al fin y al cabo, añade el Pontífice, tiene la misma virtud.

En Roma no se trasladaban reliquias para edificar nuevos templos, sino que los templos se edificaban precisamente donde estaban las reliquias. Las basílicas de San Pedro, San Pablo, San Lorenzo, San Pancracio... están edificadas donde yacían los mártires, aunque para ello fuera necesario allanar una colina, como en el Vaticano, o descentrar algo la iglesia respecto del cuerpo, como en San Pancracio.

En Oriente, por el contrario, desde el siglo IV encontramos traslaciones y distribuciones de reliquias en abundancia. Gallus hizo trasladar a Daphé el cuerpo de San Babilas, al que había erigido una iglesia hacia el 352. Pero sobre todo es a partir de Constancio cuando los emperadores bizantinos se propusieron enriquecer a la nueva Roma con cuerpos de mártires, de los que tan rica era la antigua. Y así empezaron aquellas traslaciones triunfales de cuerpos santos de que nos hablan San Paulino de Nola, San Juan Crisóstomo, San Jerónimo, Sozomeno y otros escritores eclesiásticos.

Este ejemplo no solamente fue imitado en Oriente, sino también en Occidente. Son conocidas y célebres las solemnes traslaciones de los cuerpos de San Gervasio y San Protasio, de Santos Vital y Agrícola en Milán por San Ambrosio, o los de Santos Nazario y Celso en Bolonia, y en su presencia. El pueblo de Milán pedía a San Ambrosio que dedicara la iglesia que acababa de construir al modo de la basílica romana. El santo dijo: «Lo haré si encuentro reliquias de mártires». Una vez hallados, dedicó la basílica ambrosiana, colocando los sagrados cuerpos a la derecha debajo del altar, pero reservándose la izquierda para sí, pues, como escribe a su hermana, «es muy justo que el sacerdote descanse allí donde acostumbraba sacrificar».

Estas traslaciones, o el ser quemado o profanado el cuerpo del mártir, fueron la causa de la distribución y división de reliquias. Se encuentran reliquias de los mártires de Milán o de Bolonia en diversos lugares. Pero fue sobre todo con los restos de los cuarenta mártires cuando empezó en Oriente, de un modo general, esta práctica, que luego imitaron todas las demás iglesias. El intercambio de reliquias y de memorias de mártires era ya tan extendido a principios del siglo VII en Occidente, que el papa Bonifacio IV, al convertir el Panteón de Agripa en basílica cristiana, colocó en la misma muchas reliquias de mártires y la dedicó a la Santísima Virgen y a todos los mártires, el día 13 de mayo del 610; basílica que fue llamada en adelante «Santa María de los Mártires».

En Oriente encontramos una fiesta común de los mártires en el siglo IV en Siria, y algo después en las iglesias bizantinas. Los primeros la celebraban dentro de la semana pascual; los bizantinos, el domingo después de Pentecostés, costumbre que también se introdujo, aunque por poco tiempo, en Roma.

A la memoria de los mártires se empezó a unir pronto la de aquellos que, sin haber derramado la sangre por Cristo, le habían consagrado su vida: los grandes pontífices y los ascetas. Si en Oriente ya en el siglo IV eran equiparados a los mártires los ascetas, en Occidente los primeros santos confesores venerados fueron los pontífices San Silvestre y San Martín. Así vemos que Gregorio III (731-741) consagró en San Pedro un oratorio «al Salvador, a su Madre, a todos los apóstoles, mártires y confesores y a todos los justos fallecidos en el orbe entero». De aquí a la fiesta de Todos los Santos sólo faltaba un paso, que lo dio Gregorio IV en la primera mitad del siglo IX, al establecer esta fiesta el primero de noviembre. Así, del culto al mártir y a su sepulcro vino el culto a las reliquias, a todos los mártires y a todos los santos.

Celebrada la fiesta de Todos los Santos, casi todas las órdenes religiosas celebran la fiesta de sus propios santos. Muchas diócesis han querido también celebrar los suyos o aquellos cuyas reliquias poseen sus iglesias. El día más apto y tradicional para esta conmemoración sería sin duda el 13 de mayo, aniversario de la dedicación del Panteón de Roma —como la celebra

en este día la Orden benedictina—, pero de hecho cada diócesis escogió el día que mejor le pareció, como se ve en los misales del siglo pasado, hasta que se ha generalizado celebrarla el 5 de noviembre por su proximidad con la fiesta de Todos los Santos.

Fiesta moderna, a la verdad, en el modo de celebrarla, pero que nos pone en contacto con el espíritu de la Iglesia de los mártires, con el triunfo de la paz constantiniana, con la devoción de aquellos siglos medios que consideraban como el mejor tesoro la posesión de los venerables despojos de sus santos; y en contacto asimismo con el sentido constante de la Iglesia, que, en sus altares, en sus relicarios y en sus procesiones, presenta al Señor los trofeos de la victoria de Cristo en sus miembros para su gloria y para nuestra intercesión.

Pero esta fiesta, además, nos hace vivir de un modo particular la doctrina del Cuerpo místico en el sacrificio del Señor.

En Roma, en Milán, en Cartago, en Tarragona... es con el sacrificio eucarístico como se conmemora el aniversario de sus mártires, sobre o cabe su sepulcro.

De este modo la idea de altar y sepulcro llegó a identificarse de tal forma que el altar se convirtió naturalmente en sepulcro. Más grande o más pequeño, hoy todo altar debe poseer su sepulcro. La traslación de las reliquias y su colocación es una de las más bellas ceremonias de la consagración de un altar y que, en cierto modo, perpetúa aquellas emocionantes ceremonias de la antigüedad.

A la idea altar-sepulcro corresponde la de Cristo-Iglesia. Según toda la tradición, el altar es símbolo de Cristo; pero una tradición igualmente constante nos enseña que es asimismo símbolo de la Iglesia, y esto último, sobre todo por las reliquias en él depositadas. «El unir en los altares las reliquias de los mártires al cuerpo del Señor —a veces juntamente con las reliquias se colocaba una partícula de la Sagrada Eucaristía— significa la unión de la Iglesia con su Redentor. Así, en el tálamo del altar se encuentra el Esposo con la Esposa», dice San Pedro Damiano.

Esta unión simbolizada en el altar se realiza perfectamente en el sacrificio de Cristo que sobre el mismo se celebra. En él la Iglesia triunfante, purgante y militante se encuentra en la fuente

y causa de su unidad. Es allí donde entramos en verdadera comunión con los santos —*comunicantes*— y donde su gracia y santidad se renuevan, actualizan y se nos comunican —*partem aliquam et societatem donare digneris*— al beberlas en la misma fuente, ya que es de aquel sacrificio «del que tomó principio y valor todo martirio», como dice la Secreta del jueves de la tercera semana de Cuaresma.

Debajo de aquel misterioso altar de la gloria, San Juan contempló las almas de los sacrificados y oyó su potente voz clamando hacia el Señor. De todos los altares de la tierra se levanta hacia el cielo la voz de Cristo, de sus mártires, de sus santos y de toda la Iglesia clamando misericordia y gracia.

ADALBERTO M. FRANQUESA, OSB

Bibliografía

DELEHAYE, H., *Les origines du culte des martyrs* (Bruselas ^{2}1933).
DUCHESNE, L., *Origines du culte chrétien. Étude sur la liturgie latine avant Charlemagne* (París 1889).
KELLNER, E., *El año eclesiástico y las fiestas de los Santos* (Barcelona 1910).
«Martirio e martire», en *Enciclopedia Católica,* VIII (Ciudad del Vaticano 1952).
«Martyr», en F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* X/2: *Mans-Maximin* (París).
«Reliques et reliquaires», en H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* XIV/2: *Portier-Rome* (París).
SCHUSTER, A. I., *Liber sacramentorum* (Turín) 13 de mayo y 1 de noviembre.

9 de noviembre

NUESTRA SEÑORA DE LA ALMUDENA

Esta antigua y venerada imagen, a la que se rendía culto anteriormente en la basílica de San Isidro, de Madrid, y desde junio de 1993 en la catedral de Santa María la Real de la Almudena, es considerada, no sin controversia, la Patrona de la ciudad.

La capital de España tiene una recia tradición mariana. En el siglo XVII, siendo ya una población importante, como atestiguan sus diez parroquias intramuros, su parroquia mayor llevaba ya el sencillo nombre de Santa María. En esta iglesia, demoli-

da en 1869 y hoy actual catedral, se ha rendido culto durante siglos a la venerada imagen de la patrona, y no es por eso de extrañar que al cabo de los años, confundida la advocación primitiva con una devoción no menos antigua, haya venido a llamarse la parroquia Santa María la Real de la Almudena. Tal vez por este motivo le fue dada a una parroquia de un suburbio, creada en 1940, el nombre de Santa María la Mayor, resucitando el viejo título de la iglesia matriz.

No podemos dejar de señalar, como hecho curioso, el descubrimiento de otra antigua y venerable imagen, no por ello muy conocida de los madrileños. En el año 1624, con motivo de la proximidad del alumbramiento de la reina Doña Isabel de Borbón, se organizaron tan solemnes cultos en el templo de Santa María, que hubo necesidad de hacer obra y reforma en el altar mayor, retirándose algunas piezas del retablo y descubriéndose una imagen de la Santísima Virgen con su Hijo en los brazos, sentada, de rostro moreno y aguileño, cabellos largos, sujetos con una diadema, y en la mano un lirio, por lo que se la empezó a llamar por el nombre de Nuestra Señora de la Flor de Lis. Es muy probable que esta imagen, cuya fiesta se celebra el día 2 de febrero, que recibe culto en la catedral de Madrid, sea la más primitiva representación madrileña de la Virgen Santísima que se conserva expuesta a la veneración del pueblo en la iglesia matriz.

La escasa repercusión de este hallazgo se explica fácilmente por la enorme devoción de que ya en aquella época gozaba la imagen de la Almudena. Se la rendía culto desde tiempo inmemorial, y una tradición constante y generalmente admitida la suponía milagrosamente encontrada a poco de la Reconquista. Sería, según algunos, anterior a la invasión musulmana y, como en tantos otros sitios de España se cuenta haber ocurrido, habría sido cuidadosamente escondida a la llegada de los musulmanes.

Se dice que en los primeros años de la Reconquista, conservado su recuerdo, se buscó incesantemente, sin conseguir hallarla, hasta que, organizándose grandes rogativas, la misma noche del día en que éstas se celebraron se derrumbó parte del cubo en que se escondía, dejándola al descubierto, comenzando

en ese mismo momento una nueva y más esplendorosa época en la historia de su devoción.

Se supone que estos hechos ocurrieron el año 1085, y mientras existió la muralla madrileña se señalaba el lugar exacto de la aparición. Hoy, en el sitio más próximo adonde estuvo el cubo, el hecho es recordado por una lápida, en el muro que circunda al mediodía el emplazamiento de la nueva catedral.

En lo que no están tan de acuerdo los autores es en el origen del nombre. Para unos viene de *almud,* por una piedra de esta forma que allí existía. Para otros, de *almudín* o *almudén,* que es lo mismo que *alholí* o *alhóndiga,* edificio que allí cerca estaba. También podría ser su origen la *almudaina* o ciudadela en donde se veneró.

La imagen fue pronto trasladada, como hemos dicho, a la iglesia de Santa María, fabricándole un rico retablo.

San Isidro, el famoso labrador y más insigne santo del Madrid medieval, fue, según se cuenta en su vida, gran devoto de ella, así como su esposa, Santa María de la Cabeza. Cuéntase que por intercesión de la Santísima Virgen en esta venerable figura fue como se salvó un hijo de San Isidro de morir ahogado.

La Virgen de la Almudena fue invocada en las luchas que en los primeros años de la Reconquista hubieron de mantener los conquistadores castellanos contra almorávides y almohades, y en una y otra ocasión se pudo experimentar su patrocinio, así como en otros muchos sucesos particulares, siendo considerable el número de los milagros que se le atribuyen.

El concejo de la Villa hizo voto hacia 1438 de guardar su fiesta, ayunar la víspera y hacer procesión en la octava. A fines del siglo XVI empezó a usar esta imagen en las armas de la Villa y en 1621, el 18 de diciembre, profesó ante ella el concejo el voto concepcionista. Por fin, en 1646, el 8 de septiembre, el municipio votó asistir perpetuamente, «para siempre jamás», a su festividad. El 10 de noviembre de 1948 se llevó a cabo la coronación de la imagen.

Réstanos decir que la actual imagen, que forzosamente hemos de considerar más reciente, representa a la Santísima Virgen de pie, vestida, de cabellos rubios, el rostro y cuello despejados, y el Niño desnudo, graciosamente apoyado sobre su brazo izquierdo y sostenido por el derecho.

Durante muchos años, y muy particularmente durante el siglo XVII, disputó a ésta el patronato de Madrid otra imagen no menos antigua y venerada: Nuestra Señora de Atocha, que recibía culto en el santuario de su nombre, situado a la izquierda del camino de Vallecas, durante varios siglos ermita u oratorio, convertido en 1525 en convento de frailes predicadores bajo la advocación de Nuestra Señora de Atocha.

Tampoco el nombre de Atocha es fácil de descifrar. Para unos es la poco probable corrupción del vocablo griego *Theotocos,* que significa Madre de Dios. Para otros, que la suponen procedente de Antioquía, es esta ciudad la que le ha dado el nombre. Finalmente, parece más probable que el nombre de Atocha sea un topónimo, ya que atocha es tanto como esparto, y el sitio donde antiguamente estuvo fue entonces atochal o espartal.

Venerada también desde tiempo inmemorial, quieren muchos autores que su culto se remonte a antes de la invasión musulmana y que, incluso, persistiera durante ésta gracias al celo de los mozárabes. Una vez reconquistado Madrid, se hace cada vez más intenso. También San Isidro oró a los pies de esta imagen y la puso como intercesora en algunos de sus milagros. Éstos se sucedieron con notable frecuencia. Los madrileños fueron muy devotos de esta imagen y la invocaron a menudo en sus necesidades tanto privadas como públicas. Muy particularmente los reyes la hicieron objeto de especial veneración, tanto que muchos autores, queriendo zanjar el pleito sobre el patronazgo de Madrid de forma salomónica, han hablado de la Virgen de la Almudena como patrona de la villa y de la Virgen de Atocha como patrona de la corte.

A partir de la creación del convento y consiguiente ampliación y enriquecimiento del templo en la época del emperador Carlos V, los monarcas españoles han hecho siempre ofrenda a la Virgen de todos sus éxitos y mediadora de todas sus empresas. Los Austrias, al igual que los Borbones, y de éstos tanto los primeros como los últimos, ligaron a la Virgen de Atocha todos los actos trascendentales de su vida.

La imagen es pequeña, vestida con un manto pintado de flores, sentada en un trono, coronada, lleva al Niño en el lado izquierdo, y con la mano derecha le ofrece una manzana. El

Niño, mirando al frente, en actitud de bendecir con sólo dos dedos. El rostro es moreno, casi negro, toda ella de madera, incluso la corona; el Niño formando una sola pieza con el resto de la imagen. Hasta hace pocos años, y siguiendo la tradicional costumbre, la imagen aparecía vestida y enjoyada.

Siendo el patronazgo de Madrid, como hemos visto, tan disputado por estas dos insignes imágenes, aún hemos de prolongar esta reseña refiriéndonos a otras tres. Dos epónimas de la villa; la otra tan popular y conocida, que es para muchos la más representativa de los fervores populares.

La primera es casi totalmente desconocida, entre otras razones porque se conserva en clausura, en el convento de Santo Domingo el Real, donde se alberga una de las más antiguas comunidades religiosas de Madrid. Un convento de dominicas, a las que el fundador dedicó una carta, uno de los poquísimos escritos auténticos del santo que se conservan.

Esta imagen, gótica, sentada en un trono, vestida, coronada, con un rostro grande, ojos rasgados y bellas facciones, con un Niño en el regazo, al que sujeta con la mano izquierda, mientras con la derecha sostiene un lirio, recibe los nombres de Santa María de Madrid o la Madona de Madrid.

La segunda se celebra en la festividad de la Purificación de Nuestra Señora. Se venera en la capilla del antiguo Hospital General de Madrid (ahora Gregorio Marañón), y su historia romántica y misteriosa no va más allá del siglo XVII. Es una escultura que estuvo en poder de unas mujeres de «mala vida» hasta que el venerable Bernardino de Obregón consiguió para ella más decente acomodo en el sitio en que actualmente se venera.

Por un raro destino, también esta imagen, que, como su homónima, tomó el nombre de la población donde había de venerarse, permanece, sin embargo, ignorada y escondida, sin que sea siquiera un atractivo para los devotos la singular elegancia de su porte.

Aún más moderna es la devoción a la Virgen de la Paloma, cuya fiesta se celebra el 15 de agosto, y que se venera en santuario propio, convertido, por necesidades pastorales, en parroquia de San Pedro el Real a fines del siglo XIX. El templo actual, erigido en 1913, no con excesivo gusto arquitectónico, ha subsistido hasta la fecha pese a los avatares posteriores.

A diferencia de las imágenes anteriores, se trata de un lienzo pintado al óleo representando a la Santísima Virgen en el misterio de la Soledad, de medio cuerpo para arriba. Viste la Virgen tocas de viuda, al uso del siglo XVII, época en que fue probablemente pintada. Su rostro y sus manos, enormemente expresivas, son de una serena belleza. Nos hacen partícipes de una desolación profunda y un dolor sereno. No es extraño que el pueblo sensible busque consuelo en la contemplación de esta imagen, que de manera tan acertada nos expresa a la vez el desamparo y la esperanza.

Ignoramos cuándo y cómo se pintó este cuadro y quién fue el artista afortunado. No deja de haber, sin embargo, quien nos relate que el cuadro procede de un convento de religiosas de Burgos y que la modelo fue una novicia muerta, después de profesa, en olor de santidad.

Su historia empieza un día en que una mujer del pueblo llamada Andrea Isabel Tintero encontró a unos niños que jugaban con él y estaban a punto de destruirlo. Movida por un sentimiento de piedad, se lo llevó a su casa y lo colocó en el portal, en donde empezó a ser venerado por la vecindad.

Quiso Dios que la devoción creciera, y con sólo las limosnas de aquella pobre gente surgió un pequeño oratorio en la calle de la Paloma, frente a la de la Solana. Ocurría esto en 1795. Desde entonces hasta nuestros días, el pueblo no ha dejado de acudir a esta imagen, que por el sitio donde se veneraba empezó a llamarse de la Paloma.

La vida política de España y las transformaciones profundas que desde 1808 sufrió la sociedad española hicieron que el pueblo de Madrid olvidase las más antiguas y venerables imágenes de que antes hemos hablado, mientras, por un misterioso designio de la Providencia, el pueblo venía a ser cada vez más devoto de esta imagen, mucho más humilde que las otras.

Poco a poco fue teniendo su historia y también su leyenda. Hubo milagros y conversiones, fiestas religiosas y profanas, respeto y entusiasmo, de tal forma que muchos llegaron a creer que era la Virgen de la Paloma la patrona de Madrid.

No se acaba aquí cuanto pudiéramos decir del culto y veneración que a la Santísima Virgen ha tributado el pueblo de

Madrid a todo lo largo de su historia; otras muchas imágenes han atraído el culto popular, y, hoy más que nunca, a ella están dedicadas casi la mitad de sus parroquias, y de sus numerosísimos templos son la mayoría los que ofrecen a sus fieles en lugar preferente una imagen de la Santísima Virgen.

ENRIQUE PASTOR MATEOS

Bibliografía

ARQUERO SORIA, F., *La Virgen de Atocha* (Madrid 1954).
CEPEDA, G., *Historia de la milagrosa y venerable imagen de Nuestra Señora de Atocha* (Madrid 1670).
FRADEJAS LEBRERO, J., *La Virgen de la Almudena* (Madrid 1959).
HUARTE, A., «Nuestra Señora de Madrid»: *Revista de Bibliotecas, Archivos y Museos* 1 (1924) n.3 p.362.
MESONERO ROMANOS, R., *El antiguo Madrid* (Madrid 1861).
QUINTANA, J. DE, *Origen, antigüedad y milagros de Nuestra Señora de Atocha* (Madrid 1637).
VELASCO ZAZO, A., *Recintos sagrados de Madrid* (Madrid 1951).
VERA TASSIS Y VILLARROEL, J., *Historia del orden, invención y milagros de la sagrada imagen de Nuestra Señora de la Almudena, antigüedades y excelencias de Madrid* (Madrid 1692).
• Actualización:
ARADILLAS, A. - ÍÑIGO, J. M.ª, *Vírgenes de Madrid. Devoción, historia, mito y leyendas* (Madrid 1999).
BRAVO NAVARRO, M. - SANCHO RODA, J., *La Almudena. Historia de la Iglesia de Santa María la Real y de sus imágenes* (Madrid 1993).
SENDÍN BLÁZQUEZ, J., *Enigmas, historias y leyendas religiosas* (Madrid 2004).
URRUTIA, J. L. DE, *Las vírgenes de Madrid: Atocha, Almudena, Paloma, Maravillas, Buen Suceso, Buen Consejo, Puerto, Olvido, Triunfo y Misericordias, y otras quince* (Madrid 1995).

DEDICACIÓN DEL SANTO SEPULCRO

Los fieles de todo el mundo sueñan con visitar un día aquel sagrado lugar donde descansó el cuerpo difunto del Salvador. A los que han tenido la dicha de haber acercado sus labios al frío mármol que recubre el Santo Sepulcro, les acompaña, a lo largo de su vida, el recuerdo de aquellos minutos inenarrables en que surgía espontánea la exclamación de San Pedro a propósito de la transfiguración de Cristo sobre el Tabor: «Señor, ¡qué bien se está aquí!» (Mt 17,4). Aunque el cuerpo de Cristo no esté ya en el sepulcro, porque al tercer día resucitó de entre los muertos, sin embargo, junto a él siéntese todavía su presencia, y el lugar

habla sin misterios al alma religiosa que se acerca a venerarle. Trasladémonos allá nosotros, aunque sólo sea con la imaginación. Jerusalén, y en particular el Santo Sepulcro, serán por unos instantes la meta de nuestra peregrinación espiritual.

Llegados a Jerusalén, nos dirigimos a través de sus estrechas calles hacia el Santo Sepulcro. Una vez traspasado el umbral de la actual basílica, divisamos, a la derecha, una escalera empinada que conduce al Calvario. Debajo del mismo se encuentra la capilla de Adán, donde, según una antigua leyenda cargada de simbolismo teológico, está sepultado nuestro primer padre, cuyo cráneo fue regado con la sangre redentora que fluía de las llagas de Cristo en la cruz. Avanzando y torciendo a la izquierda, nos cierra el paso una losa jaspeada colocada sobre el sitio donde fue embalsamado el cuerpo muerto de Cristo. Esta escena contemplaban unas piadosas mujeres que, desde lejos, habían sido testigos oculares de la crucifixión y muerte de su amado Jesús. Dejando este lugar, se llega, a los pocos pasos de andar, al edificio central, consistente en una rotonda, en medio de la cual se levanta el edificio que encierra el santo sepulcro de Cristo.

Al llegar a este punto se siente el alma embargada de emoción. Una voz interior parece apuntar al oído del peregrino las palabras: «Descálzate, ¡oh cristiano!, porque el lugar en que estás tierra santa es». Parémonos a meditar. Los evangelistas han descrito con sobriedad el lugar y la escena de la sepultura de Cristo. Dice San Juan: «Tomaron el cuerpo de Jesús y lo fajaron con bandas y aromas, según es costumbre sepultar entre los judíos. Había cerca del sitio donde fue crucificado un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual nadie aún había sido depositado. Allí, pues, a causa de la Parasceve de los judíos, porque el sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús» (Jn 19,40-42). Los otros evangelistas completan este relato diciendo que José de Arimatea depositó el cuerpo de Jesús «en su propio sepulcro, del todo nuevo, que había sido excavado en la peña, y, corriendo una piedra grande a la puerta del sepulcro, se fue» (Mt 27,60; Mc 15,46; Lc 23,53). Resumiendo los datos de los evangelistas y de la arqueología palestinense, se concluye que el sepulcro de Cristo estaba excavado en la roca. Al sepulcro se llegaba a tra-

vés de una abertura practicada en la peña, que se cerraba con una grande piedra redonda, a modo de muela molinera, que giraba sobre sí misma. Entre esta entrada y el sepulcro propiamente dicho había una pequeña estancia en la que se reunían los familiares para llorar al difunto. Por un boquete se daba acceso a la cámara sepulcral donde reposaba el cadáver. El edículo actual conserva, en líneas generales, esta misma disposición.

Por echarse encima la Parasceve de los judíos se procedió precipitadamente a la sepultura de Jesús. Los enemigos de Cristo creyeron que este acto rubricaba el fracaso de su anunciada obra mesiánica. Dentro de unas horas, pensaban ellos, su cuerpo empezaría a descomponerse para quedar reducido a polvo, como el de cualquier otro mortal. Sin embargo, para ahuyentar toda sorpresa desagradable, fuéronse a Pilato y le dijeron: «Recordamos que este impostor, vivo aún, dijo: "Después de tres días resucitaré". Manda, pues, guardar el sepulcro hasta el día tercero, no sea que vengan sus discípulos, lo roben y digan al pueblo: "Ha resucitado de entre los muertos". Y será la última impostura peor que la primera. Díjoles Pilato: "Ahí tenéis la guardia, id y guardadlo como vosotros sabéis". Ellos fueron y pusieron guardia al sepulcro después de haber sellado la piedra» (Mt 27,63-66).

Estos guardias y este sello debían convertirse en valioso testimonio de la resurrección de Cristo. Los familiares podían acercarse al sepulcro, pero les estaba vedado romper el sello con que se había estampillado la grande piedra que obstruía la entrada. «¿Quién hará rodar la piedra que cierra la puerta del monumento?», se preguntaban las piadosas mujeres. Se encargarían los guardias de controlar todo manejo en torno al sepulcro. De esta manera se excluía todo posible fraude. Pero al alborear el domingo, «Dios, rotas las ataduras de la muerte, resucitó a Jesús, por cuanto no era posible que fuera dominado por la muerte» (Hch 2,24). El sepulcro apareció vacío; únicamente en la cámara sepulcral quedaban los lienzos con que se envolvió su cuerpo y el sudario que estuvo sobre su cabeza. Cristo no estaba allí; había resucitado, como había predicho. San Pedro señalaba el sepulcro vacío, en contraste con el de David, como argumento de que Cristo había resucitado, sin que ninguno de los

presentes rectificara su aserto. Por toda Jerusalén habíase esparcido la noticia de que las autoridades habían sobornado a los guardias del sepulcro, entregándoles una cantidad a cambio de propalar el rumor de que, mientras ellos estaban dormidos, vinieron de noche los discípulos y robaron el cuerpo de Cristo. La burda estratagema no prosperó; el pueblo supo la verdad de lo acontecido. De ahí que pudo afirmar San Pedro, sin miedo a que nadie le contradijera: «A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos» (Hch 2,32).

Los apóstoles y la primera comunidad cristiana veneraron este santo lugar, y es de creer que allí peregrinaban los nuevos prosélitos para robustecer su fe en Cristo, vencedor de la muerte. Si Cristo no ha resucitado, escribía San Pablo, vana es nuestra fe. Pero no, añade decidido, Cristo ha resucitado de entre los muertos. Además de aparecerse a muchos, «después de todos, como a un aborto, se apareció también a mí» (1 Cor 15,8).

Quiso el emperador Adriano terminar con el recuerdo del Santo Sepulcro. A este fin rebajó la colina del Calvario y rellenó con la tierra removida el valle que existía entre el Gólgota y el montículo, en cuya falda se encontraba el sepulcro de Cristo. Sobre la nueva explanada plantóse un bosquecillo en honor de Júpiter y de Venus. Fue providencial esta profanación, porque facilitó más tarde la localización del Santo Sepulcro y del Calvario. A ciento noventa años de distancia bastó a Santa Elena remover la tierra movediza sobrepuesta para llegar al suelo firme y descubrir el Santo Sepulcro. Por orden de Constantino se procedió a levantar sobre el mismo un grandioso monumento, «digno del lugar más santo del mundo», como escribía el emperador a San Macario. El ejército de Cosroes, el año 614, destruyó el edificio constantiniano, que reparó, penosamente, Modesto, abad de San Teodosio, por ausencia del patriarca Zacarías, prisionero en Persia. Al llegar los cruzados a Palestina determinaron construir un edificio más en consonancia con la santidad del lugar. De acuerdo con los planos del arquitecto Jourdain, el edificio de los cruzados fue terminado el año 1149, conservándose, con algunos arreglos y retoques posteriores (años 1244, 1300, 1400, 1719, 1808), hasta nuestros días.

Fue Occidente el que se interesó por el mantenimiento y decoro del Santo Sepulcro, enviando cuantiosas limosnas y

sufragando los trabajos de construcción del edificio. Obligados los cruzados a retirarse de Palestina, les sucedieron los religiosos franciscanos, que heredaron de ellos sus derechos sobre el Santo Sepulcro y otros santuarios de Palestina. San Francisco mandó a algunos de sus hijos a Oriente el año 1217. Dos años más tarde fue él en persona, obteniendo del sultán de Egipto Melek-el-Kamel el derecho de permanecer en Palestina y de ir sin impedimento al Santo Sepulcro. Con la ayuda de los reyes de Europa, se obtuvieron en años sucesivos decretos ventajosos para los franciscanos, que les autorizaban a permanecer en el Santo Sepulcro. Aún más. El sultán El-Mozaffar Bibars II ordenaba en 1309 que no se establecieran en el Santo Sepulcro otros religiosos que «los frailes de la cuerda», como se llama cariñosamente a los franciscanos en Oriente. En 1333, el sultán Melek-el-Nasser-Mohamed, por un tratado definitivo y perpetuo con los soberanos de Nápoles, concedió a los franciscanos el derecho de permanencia, de uso y del culto de los santuarios de Jerusalén. El sumo pontífice Clemente VI, con las bulas *Gratias agimus* y *Nuper carissime,* del 22 de noviembre de 1342, anunciaba al mundo católico los mencionados acuerdos, y confirmaba a los franciscanos como custodios oficiales de los Santos Lugares, en nombre y representación de la catolicidad.

Pero esta ocupación pacífica del Santo Sepulcro fue turbada hacia la mitad del siglo XVI, en que toma fuerza y prepotencia el clero griego. Los turcos se apoderaron de Palestina en 1517. En su gobierno tenían numerosos funcionarios griegos, a los cuales se confiaron cargos importantes y delicados. Con el apoyo del Gobierno otomano se creó el patriarcado griego de Jerusalén en 1534, concediéndosele reconocimiento oficial. Desde entonces empezaron las intrigas palaciegas para despojar a los franciscanos de sus derechos sobre el Santo Sepulcro. El dinero y la lujuria jugaron un papel a veces decisivo. Una pretendida usurpación de tales derechos se intentó el año 1633, pero las potencias católicas obligaron a que se revocara el decreto del sultán otomano. De nuevo, en 1675, el patriarca griego Dositeo logró del Gobierno turco un rescripto con el cual se concedía a los griegos disidentes la posesión exclusiva del Santo Sepulcro. Las gestiones del Papa y la enérgica intervención de las potencias

católicas de Europa obligaron a la Sublime Puerta a que se devolvieran a los franciscanos sus derechos. Ante la documentación presentada en nombre de la Iglesia católica por los franciscanos el año 1690, el Gobierno otomano los declaró legítimos propietarios de los Santos Lugares, devolviéndoseles todos sus derechos.

A medida que el apoyo de la catolicidad disminuía, arreciaba la agresividad de los griegos, amparados por Grecia y Rusia. A consecuencia de un acto de salvajismo de las turbas en la primavera del año 1757, preparado por el clero griego y el gran visir, se concedió a los griegos disidentes la copropiedad con los latinos del edículo y de la Piedra de la Unción en la basílica del Santo Sepulcro. A pesar de todas las protestas de la Santa Sede y de los gobiernos europeos, el rescripto del sultán está todavía en vigencia. Pronto la cuestión de los Santos Lugares se desplazó hacia el terreno político. Francia se declaró protectora de los católicos; Rusia asumió la protección de los griegos disidentes. La Cancillería rusa mostróse más activa que su rival, y, en 1853, exige y obtiene de la Sublime Puerta un firmón por el cual se concede al patriarca griego de Jerusalén el derecho exclusivo de reconstruir la cúpula del Santo Sepulcro. La cuestión de los Santos Lugares fue presentada al Consejo de la Sociedad de Naciones inmediatamente después de la guerra de 1914-1918. Las propuestas de la Santa Sede fueron torpedeadas en la Conferencia de la Paz, quedando la cuestión del Santo Sepulcro y de los otros santuarios en el *statu quo* que existía en tiempos de la conferencia de Berlín, 13 de julio de 1878. En virtud de este fatídico *statu quo,* tres son los ritos que comparten la propiedad del Santo Sepulcro: los latinos o católicos, los griegos y los armenios. Además, en la extremidad del ábside del edículo que recubre el Santo Sepulcro, disponen los coptos de una pequeña capilla donde tienen sus cultos. Detrás de ellos, por una puerta que se abre en la rotonda, se entra a una pequeña capilla perteneciente a los sirios jacobitas.

La presencia de ritos tan dispares en el Santo Sepulcro crea muchas veces una situación muy tensa. Centenares de franciscanos han regado con su sangre el pavimento de la basílica en defensa de los derechos de los católicos sobre el Santo Sepulcro.

Muchos peregrinos recuerdan los atropellos de que fueron objeto en este recinto sagrado. No siempre les está permitido el acceso a la tumba de Cristo. Del techo de la cámara sepulcral, que mide 2,02 metros de largo por 1,94 de ancho, penden numerosas lámparas pertenecientes a diversos ritos, y que no pocas veces dan origen a conflictos aun diplomáticos. La llamada copropiedad dificulta el aseo del lugar, la modernización de sus instalaciones ornamentales y la abolición de ceremonias y actos que repugnan a la santidad del recinto. Por una ironía de la vida, familias musulmanas retienen el derecho de abrir y cerrar las puertas de la basílica del Santo Sepulcro, cobrando una cantidad a toda persona que entra en la misma. Una vez traspasado el umbral, y enfrente de la escalera que conduce al Calvario, se presenta al peregrino la visión vergonzosa de unos musulmanes tumbados en sus divanes y fumando su *narghilé.*

Es poco conocida la situación real de la basílica del Santo Sepulcro de Cristo. El lugar más sagrado del universo se encuentra en estado deplorable. Un hermoso proyecto de cambiar el edificio actual por otro más suntuoso y artístico ha sido rechazado por las comunidades disidentes copropietarias. El porvenir del Santo Sepulcro está cada día más ligado a la situación política del Próximo Oriente. Si la ideología marxista y anticristiana se adueña de Jerusalén, corre peligro de desaparecer este lugar santísimo hacia el cual convergen las miradas de los cristianos del mundo entero. Por consiguiente, debemos rogar a Dios a fin de que se abrevien los días de la prueba; que se reconozcan los derechos de los católicos sobre el Santo Sepulcro y que no permita que este lugar sagrado caiga en manos de los enemigos de Cristo.

LUIS ARNALDICH, OFM

Bibliografía

BEKAERT, M., *Les Gardiens du Saint Sépulcre* (Bruselas 1926).
GASSIR, A., *Contributo alla soluzione della questione dei Luoghi Santi* (Jerusalén 1935).
Il Santo Sepolcro. Splendori, miserie, speranze (Bérgamo 1949).
Memorial sobre los Santos Lugares (Madrid 1945).

15 de noviembre

SAN EUGENIO DE TOLEDO
Obispo († s. I)

Entre las noticias santorales registradas por el *Martirologio romano* para la fecha de hoy, se lee aquella que dice: «En Toledo, de España, la conmemoración de San Eugenio, obispo, que, consumado en las cercanías de París el curso de su vida, obtuvo la corona de la gloria».

La única fuente informativa sobre la vida y pasión de San Eugenio es el relato martirial compuesto a mediados del siglo IX por un autor anónimo, seguramente el presbítero encargado del santuario de Deuil, lugar donde reposaron los restos eugenianos. Dos recensiones, una larga y otra breve, existen del mencionado relato. La más conocida es la breve; la más extensa, que es la primera, se conserva en algunos manuscritos de las bibliotecas de Bruselas, La Haya y París. De la edición crítica de ésta nos hemos cuidado en otro lugar, y su contenido vamos a darlo aquí; creemos que por primera vez se da a conocer el extracto de lo que se narra en los mencionados manuscritos, elemento imprescindible para adentrarse en el arduo problema hagiográfico que presenta este San Eugenio del 15 de noviembre.

En la primera parte el relato eugeniano cabalga sobre la «pasión de San Dionisio», compuesta en el 836 por Hilduino, abad de Saint-Denis.

En ambas narraciones se refiere que San Pablo, estando en Roma, mandó al areopagita Dionisio, por él convertido y a la sazón obispo de Atenas, que se reuniese en Roma con él. Mas, cuando Dionisio pudo llegar a la capital del Imperio, ya los apóstoles Pedro y Pablo habían sido martirizados.

Regía la Cátedra romana el papa San Clemente, quien, en cumplimiento de las consignas paulinas, señaló a Dionisio como futuro campo de apostolado las regiones occidentales, para que en ellas sometiera al suave yugo de Cristo los territorios que eran posesión del paganismo.

Mas no se limitó el Papa a asignar al Areopagita el campo de misión, sino que le dotó además de un equipo de misioneros que

le ayudaran en la empresa evangelizadora. Entre los designados descollaba Eugenio, ciudadano romano, compañero del ateniense desde la llegada de éste a Roma. La narración subraya que ambos personajes constituían una admirable pareja, pues si el entrenamiento ático había adiestrado a Dionisio, la pericia romana había educado a Eugenio. Ambos se complementaban maravillosamente y la gracia de Dios fecundaba sus trabajos apostólicos.

En compañía de sus cooperadores misionó San Dionisio por los caminos y ciudades hasta llegar a Arlés. Es el momento solemne de las decisiones y de las despedidas. Marcial, Saturnino, Marcelo, Régulo y Eugenio, compañeros hasta entonces del Areopagita, deben separarse de su maestro para dirigirse a las parcelas misionarias que les han sido asignadas. Dispersos como el varillaje de un abanico, se asientan respectivamente los cuatro primeros en las ciudades de Toulouse, Bourges, Senlis y Limoges. Y mientras San Dionisio se ha reservado para su inmediata ayuda a los clérigos Rústico y Eleuterio, San Eugenio es enviado a Toledo.

Con manifiesta ingenuidad el narrador habla de Toledo, de su río Tajo, abundante de pesca; de sus campos feraces, sembrados de vides y de olivos; de sus altas montañas. Es el escenario geográfico en el que intrépido penetra Eugenio, portador del mensaje evangélico, y allí, en medio de un pueblo sumido en la idolatría, habla de Jesucristo, autor de la vida y de la muerte, salvador y redentor del mundo.

Los milagros avalan con su fuerza sobrenatural las predicaciones del misionero, que ve poco a poco surgir una comunidad cristiana en el territorio toledano. En él erige templos, enseña a rezar, orienta a las almas hacia la vida eterna y se elige discípulos, a quienes consagra y envía a predicar. Eugenio ha implantado los comienzos de la iglesia toledana.

Pero, a pesar de su inmensa alegría pastoral, el obispo misionero siente una profunda nostalgia, motivada por la prolongada ausencia de su inolvidable maestro Dionisio; desea verle, conversar con él, tratarle y exponerle sus gozos y sus preocupaciones.

Tras un arduo caminar ha llegado Eugenio hasta las cercanías de París. Son los últimos años del siglo I. Impera Domi-

ciano, «heredero de la crueldad de Nerón», como escribiría después Lactancio, «bestia ferocísima», según se le designa en el relato que extractamos.

Para descuajar el naciente cristianismo galo el emperador había enviado a París al prefecto Fescennino Sisinio, que acababa de dar muerte a San Dionisio cuando San Eugenio llegaba en su busca. Éste, que ha venido predicando la palabra divina, en el cuarto miliario antes de llegar a París recibe la noticia de que su maestro ha sido martirizado.

Repuesto de la inmensa emoción producida por el tristísimo anuncio, el toledano, con los ojos cargados de lágrimas, prorrumpe ante los fieles huérfanos en alabanzas de San Dionisio, cuya santidad y virtudes exalta. Para remediar la orfandad de la iglesia parisina, San Eugenio atiende a aquellos cristianos, cuya fe se encuentra expuesta a los mayores peligros; pero en seguida la presencia del obispo de Toledo ha llegado a oídos del prefecto perseguidor, que manda a sus satélites apoderarse de Eugenio, cuya figura venerable se les impone.

En vano pretenden hacerle apostatar; las amenazas y los castigos son ineficaces. Se le conmina con la muerte, y entonces el arzobispo de Toledo se dirige al cielo con acentos llenos de dramática ternura:

> «Jesús, Señor, te consagro este combate final de la guerra en que se triunfa. Te lo consagro a ti, que eres el Señor de la inmortalidad; a ti, que eres la fuerza y la sabiduría del Padre; a ti, que permites que los enemigos de tu santo nombre se impongan sobre tus mártires, para que éstos, tras haber padecido, puedan conseguir la inmarchitable corona de la vida eterna. A ti, Señor, desde lo más profundo de mi corazón, yo te pido que en este último momento de mi combate estés a mi lado con tu consoladora presencia; te lo pido, ya que desde mis primeros años has querido tenerme junto a ti y que fuera adoctrinado por los más católicos maestros para que, instruido en sus enseñanzas, que eran las tuyas, penetrase en los tesoros de la sabiduría divina, que luego como pastor fiel había de transmitir a las almas que pusieras a mi lado. Te pido, Señor, tus consuelos en este postrer instante para que mi vida se acabe en la alabanza de tu santo nombre».

San Eugenio ha terminado su oración. Después se ha entregado en las manos de los lictores y ha puesto su cabeza sobre el tajo. Un tremendo golpe de hacha y su alma penetra en el cielo,

mientras en la tierra queda su cuerpo ungido, consagrado con su preciosa sangre.

Para impedir que los cristianos se adueñasen del cuerpo del mártir y le diesen culto, el cadáver es arrojado al lago Marchais. Por espacio de siglos providencialmente las aguas del lago guardan incorrupto el cuerpo de Eugenio, hasta que, por inspiración celestial, el poderoso Ercoldo, avisado de su presencia en el fondo de las aguas, extrae de ellas el cuerpo del bienaventurado Eugenio tan fresco como si acabase de ser martirizado.

Con todos los medios a su alcance se dispone a trasladar tan preciosos restos a la iglesia abacial de Saint-Denis para que en ella recibiese condigna sepultura. Pero no era ésta, al menos por entonces, la voluntad de Dios, que quiso que el santo cuerpo se venerara en Deuil, heredad de que era propietario el mencionado merovingio Ercoldo.

Allí se construyó un santuario, y un diligente presbítero que del culto creciente de San Eugenio cuidaba, nos ha dejado el relato de los numerosos prodigios realizados por la intervención de tan poderoso santo.

Sin embargo, la permanencia del cuerpo en Deuil no iba a ser muy duradera. Las repetidas invasiones de los normandos en París y sus cercanías, que depredaban cuanto hallaban a su paso ansiosos de botín y de dinero, hicieron que, para mayor seguridad, los restos de San Eugenio fueran trasladados a la abadía sandionisiana, de donde eran sacados, para ser puestos a buen recaudo, siempre que alguna nueva invasión amenazaba. Terminado el peligro normando, el cuerpo de San Eugenio, muy codiciado por los monjes, quedó definitivamente instalado en la célebre abadía de Saint-Denis. Aquí le encontró, a mediados del siglo XII, el arzobispo de Toledo don Raimundo, con ocasión de asistir al concilio de Reims del 1148.

Hasta esta fecha nada se sabía en España de la existencia ni del enterramiento de este primer arzobispo de Toledo. Pero, a partir de entonces, se despertó el vehemente deseo de poseer en la ciudad de su cátedra episcopal reliquias de tan venerable prelado. Merced a la postulación de Alfonso VII el Emperador, se consiguió que el yerno de éste, Luis VII de Francia, obtuviera de los monjes sandionisianos la concesión a Toledo del brazo

derecho del santo «para que la iglesia toledana entrase de nuevo en posesión de aquella parte del santo cuerpo de donde, principalmente, en otros tiempos habían procedido para ella los grandes beneficios de consagraciones y bendiciones...». En los primeros días del 1156 era entregada la preciada reliquia a Alfonso VII, que se dirigió solemnemente a Toledo, paseándola triunfalmente en procesión por la Castilla del siglo XII. En el suntuoso cortejo portador de la arqueta formaban parte con el emperador los reales infantes Sancho y Fernando, ya asociados por su padre al gobierno del reino; las reinas de Francia y Navarra, el arzobispo de Toledo con gran número de prelados, la curia real y el copioso séquito de que Alfonso VII sabía rodearse. El 12 de febrero se verificó la entrada de la reliquia en la catedral de Toledo, llevada en hombros, en el momento de penetrar en el sagrado recinto, por el monarca, sus dos hijos y un príncipe de sangre real.

Pero la sola reliquia del brazo de San Eugenio no satisfacía los deseos de la iglesia de Toledo, que consideraba al santo como el fundador y primer obispo de ella. Las gestiones para obtener la donación de las restantes reliquias fueron larguísimas y costosas. Hubo que derrochar habilidades diplomáticas y vencer múltiples resistencias. Monarcas y grandes prelados estaban interesados en unas y otras. Fue solamente la inmensa potencia de Felipe II, casado a la sazón con la hermana del rey de Francia, la que doblegó todas las dificultades. Por fin, esquivando el peligro de los hugonotes y la piadosa oposición de quienes querían retener en Francia el cuerpo de San Eugenio, el canónigo toledano don Pedro Manrique de Padilla y su fiel secretario Antonio de Ribera pudieron trasladarle a España. Desde Torrelaguna los honores rendidos por doquier fueron desbordantes. Su paso por las regiones todas adquirió caracteres de fausto acontecimiento nacional. A su intercesión valiosa se atribuyó el nacimiento de la infanta Isabel Clara, llamada también Eugenia en memoria de tan singular favor.

Con una solemnidad que recordaba la del traslado del brazo en el siglo XII, el 18 de noviembre de 1565 descansaron en la catedral de Toledo los restos de San Eugenio, introducidos en ella por Felipe II y los príncipes Ernesto y Rodolfo, seguidos por

los prelados asistentes al concilio provincial, que a la sazón se celebraba en Toledo.

Hoy tan veneradas reliquias se guardan celosamente en el relicario del templo primado, dentro de una magnífica urna de plata, trabajada por los plateros Nicolás de Vergara y Francisco Merino y terminada en el 1569. La urna pesa cincuenta y siete kilogramos, va decorada con escenas de la vida del santo y reposa sobre un pedestal de bronce, jaspe y marfil que para ella hizo en el 1574 el italiano Pompeo Leoni.

JUAN FRANCISCO RIVERA RECIO

Bibliografía

BEAUPRÉ, B. DE, *Vie et culte de S. Eugène, archevêque de Tolède...* (París 1856).
RAZY, E., *Histoire de Saint Eugène et de son époque* (París 1895).
RIVERA RECIO, J. F., *Estudio hagiográfico sobre San Eugenio I de Toledo. Textos, crítica, culto* (inédito).
TESSIER, E., *Saint Eugène. Le culte de ses reliques à travers les siècles* (París 1912).

27 de noviembre

BEATO RAIMUNDO LULIO
(† 1315)

En la isla de Mallorca, con las alas mayores que el nido, nació Ramón Llull *(Raimundo Lulio),* en año incierto del primer tercio del siglo XIII. Hijo de la primera generación de los conquistadores, acaudillados por don Jaime I, pudo identificarse ante el tribunal de la Sorbona, en París, y en un trance ambiguo, como *catalán de Mallorca.* No consiguió retenerle el sortilegio de su tierra natal y se hurtó al abrazo avaro de las costas mallorquinas. Tiempos hubo en que su nombre fue signo de contradicción y bandera de combate. Una anécdota falsa de su vida, la de un amor pecaminoso por una dama, cuyo pecho roía un cáncer con su diente asiduo, le aureoló con una celebridad romántica. Raimundo Lulio, para su gloria, no ha menester ninguna mentira.

Fue *varón de deseos,* como dijo el arcángel Gabriel del profeta antiguo; pero lanzóse a la acción con ímpetu de arma arrojadiza. En su pecho, molido por la contrición, en el momento de su crisis espiritual, germinó un triple deseo, tan vasto, que su desmedida ambición predestinábale a un fracaso previsible. Quería la iluminación y enderezamiento de toda la infidelidad, desparramada por el universo mundo. Quería conquistar todas las mentes con el imperio apodíctico de la verdad; e inventó un sistema científico, a su parecer irrebatible. Quería coronar esta total dedicación suya con el derramamiento de su sangre, sellándola con una roja rúbrica final.

Centrada y substanciada así la vida de Raimundo Lulio, todo lo demás en ella es lateral y adjetivo. Son armas de combate al servicio de aquel deseo triple; y las abandona tan pronto como se convence de que no le sirven para la consecución de su ideal inmediato. A la Sorbona de París llevó su sistema filosófico, su *Arte Magna,* en la que tenía una fe tan ciega, que creíala recibida de Dios, por iluminación, como un don intelectual. No la entienden ni los graves doctores ni los leves escolares, que la conceptúan *demasiado sutil de comprender.* Raimundo sufre un inenarrable desencanto. Va a mitigar su duelo acerbísimo en las afueras de París, en una bella selva poblada de árboles, abundosa de fuentes, de verdes prados, de hierbas en flor y de aves canoras. Fracasado, como él mismo reconoce, *por manera de saber,* arrumba su *Arte Magna,* y sale de nuevo a la palestra a ver si triunfará por *manera de amor.* Fruto de esta crisis y de esta derrota, es su bellísimo y ameno *Árbol de filosofía de amor,* con el que se lanza a un camino nuevo.

En vaso infrangible lleva el tesoro del apostolado. Apóstol es, y apóstol incomparable que descuella en su multiforme y proteica personalidad. Apóstol cuando se sienta en los bancos o en la cátedra de la Universidad parisina donde se le apoda *Ramón Barbaflorida.* Apóstol es cuando sueña, con antelación de doscientos años, a Santo Tomás Moro, una suerte de cristianísima utopía, porque utopía es aquel delicioso libro de *Blanquerna* por el cual quiere atraer sobre el mundo el reino de la justicia, del amor y de la paz de Cristo. Apóstol cuando rima los versos anfractuosos y abruptos de los *Cien nombres de Dios.*

Apóstol cuando compone el rústico, digámosle, *romancerillo* en prosa suelta, del *Amigo y del Amado* con tantos versículos como tiene el año, y dice al avecita cantora en la repuesta enramada de Miramar con un infinito amor franciscano: *Si no nos entendemos por lenguaje, entendámonos por amor.* Apóstol, más que nunca, cuando con el favor de Jaime II de Mallorca, y anticipándose en cientos de años al *Colegio de Propaganda Fide,* funda el colegio de lenguas orientales, cuyo acabamiento y dilapidación hubo de ver con sus ojos mortales que derramaron las más amargas lágrimas de su vida, en el cáliz de ajenjo de su obra rimada: *Desconsuelo.* Apóstol cuando acude a la corte del rey de Francia, Felipe *le bel;* y a la corte del rey de Aragón, Jaime II, y dedica el libro *De oración* a su esposa, la dulce doña Blanca de Anjou, *reina blanca de blanca paz.* Apóstol cuando acude a la corte de Roma, infructuosamente; y con sus ochenta años a cuestas, camina hacia el concilio de Viena, sobre el Ródano, durante la cautividad de Aviñón, y emplaza ante el tribunal de Cristo al papa Clemente V, de quien promete ser testigo de cargo, si el concilio se malogra. Apóstol cuando acude a los capítulos generales de las grandes órdenes religiosas de su tiempo. Apóstol cuando en su opúsculo *De fine,* sólo conocido por su versión latina, excogita y ofrece planes para la conquista del norte de África, pasando por Málaga y Granada, camino el más rápido y seguro y primer paso para la redención del Santo Sepulcro de Jerusalén. Apóstol en sus proyectos de evangelización del universo mundo, no por violencia de armas materiales, sino con el sistema con que la cristianizaron los apóstoles, con predicación evangélica persuasiva y con derramamiento de lágrimas y de sangre. Apóstol siempre Raimundo Lulio y fiel a sus tres deseos originales, que fueron el poderoso motor de su vida; ¿consiguió el supremo galardón y la paga del apóstol, que es el martirio?

Ésta es la angustiosa incógnita de nuestros días y el más agudo tormento de sus biógrafos y de sus devotos. Por largos años y generaciones se creyó así. Hasta se fijó una fecha: la que corre desde los postreros días de junio de 1314 al 2 de julio, día de su triunfal arribo a su isla natal, efemérides honrada con la celebridad de su fiesta litúrgica y popular *Nihil prius fide.* El documento en que se basaba, parece amañado. Documentos

auténticos, custodiados en el archivo de la corona de Aragón, atestiguan fechas de cuatro meses y aun más posteriores a aquella data. Su martirio, si fue, es fuerza que sea posterior, pero no nos lo dice la silenciosa historia; siempre queda, fuera de toda posible duda, que si no recibió el bautismo de sangre, durante los ochenta años rebasados de su vida mortal sufrió a la continua el aguijón urente del bautismo de fuego.

Raimundo Lulio, en el generoso ímpetu de su conversión, en su grandiosa y quizá primogénita obra del *Libro de contemplación,* escribió estas palabras grávidas de fogoso deseo y llenas, tal vez, de clarividente presagio:

> «Bienaventurados son, Señor, aquellos que en este mundo se visten de rojo color y de vestiduras bermejas, semejantes a las que vestisteis Vos el día de vuestra muerte. Esta bienaventuranza y esta gracia espera vuestro siervo, todos los días, de Vos; que sus vestidos sean tintos en sangre y mojados de lágrimas el día de su muerte, si es que a Vos pluguiere que él muera por amor vuestro y por amor de aquellos que os aman».

Y aun, a veces, con golosa anticipación, deléitase saboreando el cáliz embriagante del martirio entrañablemente deseado y con ardientes votos que merecieron ser oídos de Dios:

> «Tanto se dilata, Señor, el día en que yo tome martirio en medio del pueblo, confesando la santa fe cristiana, que todo me siento desfallecer y morir de deseo y añoranza porque no llegue a aquel día en que esté en medio del pueblo, acosado como león u otra salvaje alimaña, rodeada de cazadores que la matan y la despedazan».

La pesadumbre de más de dieciséis lustros gravitaba en sus hombros; su barba, que en sus días de París era florida, ahora pendía cuajada en larga nieve sobre su pecho; y su cabeza blanqueaba con los rayos fríos de una aurora polar. Era llegada la hora de disponer de aquellas cosas que el Amado le diera en comanda. La avara antigüedad nos ha conservado el testamento postrero. Raimundo, como el protagonista de su *Árbol de filosofía de amor,* dejó su cuerpo al polvo de la tierra para que lo dispersase ante la faz del viento. Distribuyó su rica pobreza entre los dos hijos de su carne, Domingo y Magdalena, esposa del prócer barcelonés Pedro de Sentmenat; los frailes predicadores, los frailes franciscanos; las monjas de Santa Clara y las de Santa

Margarita y las de la Penitencia y los niños huérfanos de la ciudad de Mallorca, y la obra de la bienaventurada Virgen María de la Seo, comenzada por el rey don Jaime I. Mayor preocupación le merecen sus obras seniles.

«Quiero y mando que copien sobre pergamino los libros en romance y en latín, que, mediante la divina gracia, compilé». Quiere con voluntad muy firme que de todas sus obras de su invierno que saben a enjutez de tronco, pero amadas con una ternura especial, como son amados los benjamines, que se envíen ejemplares a la cartuja de París y que uno, en pergamino, se envíe a Micer Percival Spínola, en Génova, que había de ser la última tierra cristiana que pisó, en saliendo para el supremo apostolado africano.

¿Cuándo volvió a Mallorca, vivo o muerto? No se sabe. *O vetustatis silentis obsoleta oblivo! Invidentur ista nobis...* ¡Oh herrumbroso olvido de la silente antigüedad! Nos lo ocultó, por envidia, la callada vetustez con un dedo sobre la boca.

Raimundo Lulio, de quien se esperaba que pronto sería canonizado, fue sepultado, provisionalmente, en la sacristía de San Francisco de Asís. Posteriormente, fue depositado el autor del dulcísimo *Libro de Santa María,* todo leche y miel, en la capilla de Nuestra Señora de la Consolación, del mismo templo, su coetáneo, en donde espera la resurrección de la carne. El sepulcro es bello y solemne, lleno de alegorías, construido por los Jurados de Mallorca, en el declivio del siglo XV. Es imposible acercarse al monumento sepulcral sin que a través del alabastro yerto el devoto no se imagine que va a oír los recios golpes de ala de un huracán aprisionado, o el crepitar del incendio de los huesos abrasados de aquel incendio que los abrasó en vida.Y como de la boca de un oráculo parécele que va a oír aquellas ardientes palabras que el mismo Raimundo escribió en el *Amigo y el Amado:*

> «Si vosotros, amadores, queréis agua, venid a mis ojos, que son fuentes de lágrimas; y si queréis fuego, venid a mi corazón y encended en él vuestras antorchas».

LORENZO RIBER

Bibliografía

ALLISON PEERS, E., *Ramón Lull. A biography* (Londres 1929).
BATLLORI, M., *Introducción bibliográfica a los estudios lulianos* (Palma de Mallorca 1945).
RAMÓN LLULL (BTO.), *Obras literarias* (Madrid 1948).
RIBER, L., *Raimundo Lulio (Ramón Llull)* (Barcelona 1935).
SUREDA BLANES, F., *El beato Ramón Llull. Su época, su vida, sus obras* (Madrid 1934).
• Actualización:
CANALEJAS, F. DE P., *Las doctrinas del doctor iluminado Raimundo Lulio, 1270-1315*. Ed. facs. (Valladolid 2001).
LLINARES, A., *Ramón Llull* (Palma de Mallorca 1990).
PRING-MILL, R. D. F., *Estudis sobre Ramon Llull: (1956-1978)* (Barcelona 1991).
RAMÓN LLULL (BTO.), *Autobiografía* y *Libro del amigo y del amado* (Madrid 1987).

DEL SANTORAL DE LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

3 de noviembre

SAN GAUDIOSO

Obispo († s. VI)

Ni el antiguo *Martirologio romano* ni el actual registran su memoria. Ésta, sin embargo, se celebra con rango de obligatoria tanto en el obispado de Tarazona como en el de Barbastro-Monzón el día 3 de noviembre.

El fundamento es una tradición medieval recogida en el *Breviario* de Tarazona que se imprime en 1541, y se apela igualmente al elogio del santo que se encontró junto a su cuerpo en 1573. Según esta tradición era hijo de padres nobles, llamados Guntán y Neumacia, siendo su padre cortesano del rey Teodorico en el primer cuarto del s. VI. Los padres lo confiaron a San Victorián, el abad fundador del Monasterio de Asán, en los Pirineos aragoneses, diócesis de Barbastro, y una vez recibida la oportuna formación decide hacerse monje en el mismo monasterio. Allí estaba llevando vida ejemplar cuando fue elegido obispo de Tarazona, diócesis que gobernó santamente. No olvidando su antiguo monasterio, lo hizo destino de generosas donaciones. Tras su muerte, sus reliquias se conservaron en el citado monasterio, del que fueron llevadas en 1573 a la catedral de Tarazona para recibir allí culto por parte del pueblo de Dios.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Novembris, t.1 p.664-665.

BENEDICTINE MONKS OF ST. AGUSTINE'S ABBEY, Ramgate, *The Book of the Saints* (Londres 1989).

FERNÁNDEZ ALONSO, J., Art. en *Bibliotheca sanctorum.* VI: *Galena-Giustiniani* (Roma 1965) col.69.

TODOS LOS SANTOS HISPALENSES

Andalucía es tierra de santos, y dentro de ella no podía ser que una iglesia tan ilustre y tan antigua como la sevillana no tuviera muchos santos. Por otra parte en el territorio de la hoy archidiócesis hispalense existieron en otros tiempos otras dos diócesis más: la diócesis de Écija (Ástigis) y la de Itálica, y tiene lógica por ello que la Archidiócesis Hispalense celebre también a los santos de estas antiguas diócesis.

Cuando en el pontificado de Pablo VI se pidió que se rehicieran los *Propios de los santos* de las diócesis, en Sevilla, con gran lealtad al espíritu con que dicha revisión se mandaba, se prescindió de antiguas leyendas y fueron suprimidas aquellas memorias que, admitidas con la escasa crítica histórica que se usó en España en materia hagiográfica en el siglo XVII, no respondían a la verdad histórica. Más aún, al comprobar que de algunos santos sólo se conservaba la memoria pero no otros datos biográficos, se prefirió prescindir de asignarles memoria concreta y se pensó en esta memoria colectiva de Todos los Santos Hispalenses que fue aceptada por la Sagrada Congregación correspondiente. La única objeción que se le ha hecho a aquella selección ha sido la de conservar la memoria de San Laureano, cuyo episcopado hispalense no se apoya en verdadero fundamento histórico. Pero ya respondimos quienes tuvimos a nuestro cargo aquella selección que el motivo de conservar la memoria de San Laureano no fue ante todo la tradición de que fuera metropolitano de Sevilla sino el antiguo culto que en Sevilla se le tributó, especialmente en la catedral, en cuya construcción se le dedicó la primera capilla y donde se guarda una reliquia que se dice ser de él. Los encargados fuimos D. Miguel Artillo, canónigo prefecto de liturgia, de tan buena memoria, y el que escribe estas líneas. El entonces prelado, el cardenal-arzobispo Dr. José María Bueno Monreal, nos pidió que hiciéramos una justicia plena, en la medida en que pudiéramos, a la historia.

La historia santoral de Sevilla se abre con las santas vírgenes y mártires Justa y Rufina (17 de julio), patronas de la ciudad de Sevilla, veneradas luego no sólo en Sevilla sino en otros muchos sitios de España, como Orihuela, Toledo, etc., memoria conser-

vada por la Iglesia mozárabe a lo largo de los siglos de su difícil existencia. Por su parte la historia religiosa de Itálica se abre con la memoria de San Geroncio (25 de agosto) y la de Écija con la de San Crispín (19 de noviembre), ambos obispos y mártires. Pueden pertenecer a este tiempo los mártires Félix, diácono, y Pedro, ambos hispalenses.

Del período visigodo tenemos en primer lugar a San Florencio, del que se desconocía todo hasta que a comienzos del siglo XV, cuando se empezaba a levantar la nueva catedral sevillana, se halló su sepultura con un epitafio que lo calificaba de varón santo. Sus huesos fueron recogidos como reliquias de santo y como tales tratadas en la catedral y en 1895 León XIII accedió a que tuviera memoria litúrgica el 23 de febrero en el *Propio de los santos hispalenses.* A este período pertenece también San Laureano, de quien nos hemos ocupado más arriba. Muy ligado estuvo a Sevilla en este tiempo San Hermenegildo, que figuraba en el anterior *Martirologio romano* como martirizado en Sevilla, pero el nuevo *Martirologio* asigna su martirio a Tarragona, lo que parece más conforme con los datos de la historia. De todos modos fueron netas las relaciones del santo mártir con Sevilla. Y no son menos claras las relaciones de los cuatro santos hermanos Leandro, Florentina, Fulgencio e Isidoro. El primero, natural de Cartagena, como Florentina y Fulgencio, fue arzobispo de Sevilla (578-599); el segundo fue obispo de Écija; de Santa Florentina tanto el *Martirologio romano* anterior como el actual señalan su tránsito en Sevilla, bien que la tradición local de Écija la hace monja en un monasterio de dicha ciudad; y San Isidoro, que no nace en Cartagena, es probablemente sevillano de nacimiento y sucede a su hermano en la sede metropolitana hispalense (599-636), en la que brilla como pastor celosísimo y como doctor eximio de la Iglesia Universal. El 23 de julio de 1868 el papa Beato Pío IX lo nombró patrono de la Archidiócesis de Sevilla, habiéndose logrado que su memoria se celebre como solemnidad y ello pese al patronato posterior de la Virgen de los Reyes.

De la época mozárabe son sevillanos o de origen sevillano varios santos: los mártires Adolfo y Juan (825), martirizados en Córdoba y hermanos entre sí; San Teodomiro o Teodemiro

(851), joven monje carmonense; Santa Flora (851), virgen y mártir; Santa Áurea (856), virgen y mártir, hermana de los santos Adolfo y Juan, todos ellos igualmente martirizados en Córdoba. De la diócesis de Écija eran los santos Pedro, presbítero, y Wistremundo, monje, ambos martirizados en 851. Fama de santo ha tenido, aunque no culto litúrgico, el metropolitano Juan, llamado Cayed Almitrán o principal sacerdote, al que se atribuyeron milagros (s. X). Ya en postrimerías del período mozárabe se hicieron presentes en Sevilla con la intención abierta de predicar el evangelio a sus habitantes los santos Berardo, Otón, Pedro, Ayuto y Acursio, religiosos franciscanos a quienes el propio San Francisco había enviado a evangelizar a los habitantes de Al-Ándalus. Dieron su testimonio en Sevilla y fueron encarcelados y expulsados luego de la ciudad. Morirían mártires en Marrakech. La archidiócesis celebra con toda justicia su memoria.

Devuelta Sevilla al cristianismo el 23 de noviembre de 1248, el propio artífice de la reconquista, el rey Fernando III el Santo de Castilla y León, permaneció en la ciudad, donde murió el 30 de mayo de 1252 y donde se conserva su cuerpo incorrupto y recibe culto en la iglesia-catedral. Del arzobispado de Sevilla, concretamente de San Nicolás del Puerto, era San Diego, llamado de Alcalá, religioso franciscano, muerto el 12 de noviembre de 1463 y canonizado en 1588. Muy relacionado con Sevilla está el Santo Maestro Juan de Ávila, que en Sevilla decidió que «Andalucía serían sus Indias» y se convirtió en el apóstol de Andalucía. La archidiócesis lo celebra con rango de fiesta. Natural del arzobispado fue también San Juan Grande, religioso hospitalario de San Juan de Dios, nacido en Carmona y muerto en Jerez de la Frontera (entonces arzobispado de Sevilla) el 3 de junio de 1600, y ahora patrono de la diócesis de Jerez. Sevillano de nacimiento era San Juan de Ribera, obispo de Badajoz primero y luego arzobispo de Valencia, donde murió el 6 de enero de 1611, tras haber fundado el famoso colegio de Corpus Christi. Sevillano era también el misionero agustino Beato Pedro de Zúñiga, hijo de una familia de la primera nobleza, y que murió mártir en Japón el 19 de agosto de 1622. Sevillano era también el Beato Luis de Sotelo, religioso franciscano, misionero y mártir en Japón, que, electo obispo, murió el 24 de agosto

de 1624 sin llegar a consagrarse. Muy unido a Sevilla y a su movimiento inmaculista estuvo el Beato Juan de Prado, leonés, que vivió en el arzobispado algunos años, y, religioso franciscano descalzo, murió mártir en Marrakech el 24 de mayo de 1631. Natural del arzobispado era San Francisco Díaz Rincón, natural de Écija, misionero dominico martirizado en China el 28 de octubre de 1748. Mucha relación tuvo con el arzobispado el Beato Diego José de Cádiz, misionero popular capuchino, que predicó por toda la archidiócesis y fue admitido entre sus miembros por los cabildos catedral de Sevilla y colegial de Jerez. Murió en Ronda el 24 de marzo de 1801. La archidiócesis celebra su memoria el 14 de junio, día siguiente al 13 de junio que fue el de su ordenación sacerdotal en Carmona. Sevillana era Santa Ángela de la Cruz, que fundó en Sevilla la Compañía de Hermanas de la Cruz y en Sevilla murió el 2 de marzo de 1932 y dio ejemplo tan eximio de caridad cristiana. El Santo Padre Juan Pablo II vino a Sevilla para beatificarla el 5 de noviembre de 1982. Arzobispo de Sevilla fue el insigne cardenal Marcelo Spínola y Maestre, el llamado *arzobispo mendigo* por haber salido a las calles a pedir para los pobres, y que murió en Sevilla el 19 de enero de 1906 y fue beatificado el 29 de marzo de 1987. De los beatos del tiempo de la guerra española mencionemos a la Beata Victoria Díez Bustos de Molina, sevillana, maestra, de la Institución Teresiana, martirizada el 12 de agosto de 1936, así como el Beato Antonio Martínez Gil-Leonís, religioso de la Orden de San Juan de Dios, natural de Montellano (Sevilla), fusilado en Paracuellos de Jarama el 30 de noviembre de 1936 con 20 años de edad. De Dos Hermanas (Sevilla) era el Beato Bienvenido de Dos Hermanas, en el siglo José de Miguel Arahal, presbítero de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, martirizado en Madrid el 31 de julio de 1936. Natural de Sevilla era el Beato Ángel Ramos Velázquez, religioso salesiano, martirizado en Barcelona el 11 de octubre de 1936. Y redondearemos esta lista tan nutrida de santos con la figura eximia del Beato Manuel González García, el gran apóstol de la Eucaristía, nacido en Sevilla el 25 de febrero de 1877 y que en su niñez fue seise de la catedral; ya sacerdote, fue arcipreste de Huelva, donde fundó las «Marías de los Sagrarios», y luego fue obispo de Málaga y Palencia sucesivamente, fundando la

Congregación de Hermanas de Nazaret. Murió en Madrid el 4 de junio de 1940.

Es evidente que Sevilla tiene muchos motivos para tener una memoria litúrgica titulada *Todos los Santos Hispalenses.*

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

ALONSO MORGADO, J., *Santoral hispalense* (Sevilla 1907).
Officia Propria Archidioecesis Hispalensis ex concessione Apostolica, 4 vols. (Barcelona 1952). Sucesivas ediciones revisadas y actualizadas.
REPETTO BETES, J. L., *Andalucía, tierra de santos* (Jerez 1982).

25 de noviembre

SAN GARCÍA
Abad († 1073)

Nació en Quintanilla (Burgos), entre Briviesca y Belorado, pueblecito que ya existía según algunos historiadores antes de la dominación romana. Por el recuerdo de su ilustre hijo, hoy se apellida «Quintanilla de San García».

Este nombre, que hoy suele ser más bien apellido, por aquellos días de su nacimiento a finales del siglo X o principios del XI, era corriente, pues lo llevaron los condes de Castilla García Fernández (970-995), García Sánchez (1017-1029) y el rey García (1065-1071).

Atraído nuestro santo por la vida monástica, ingresó muy joven en el cenobio benedictino de San Pedro de Arlanza, cuyas gloriosas ruinas, el torreón, la iglesia y el claustro, nos hablan de su antigua grandeza tan ligada a Fernán González (930?-970) y al nacimiento de Castilla.

La fama de virtud de nuestro monje en la observancia regular, con sus dos vertientes inseparables del «ora et labora», trabajo y oración, la conocemos por el hecho de que aparece como abad del monasterio entre los años 1039-1073, aunque no nos consta que lo fuera sin intermedio de otros abades.

Poco después de su muerte, que acaeció en 1073, lleno de días, pero más de méritos que de años, el cluniacense Grimaldo, a fines ya del siglo XI, en la Vida de Santo Domingo de Silos, lo elogia como «varón de vida digna de toda veneración y hombre memorable por su feliz perseverancia».

En constelación con otros tres santos abades contemporáneos, Domingo de Silos, Íñigo de Oña y Sisebuto de Cardeña, fue consejero del rey Fernando I que visitaba con frecuencia el monasterio de Arlanza y fue quien hizo que le eligieran abad. Juntamente con los tres abades, coetáneos y vecinos, aparece firmando donaciones y otros documentos y tomando parte en los principales acontecimientos de la época.

Interviene en el concilio de Coyanza (hacia 1050) y tomó parte en la batalla de Atapuerca (hacia 1054) con la victoria de Fernando I sobre García de Navarra, su hermano. Sin duda, conoció personalmente en la corte de Sancho II a muchos de los caballeros castellanos, entre los cuales estaba Rodrigo Díaz de Vivar; y probablemente, asistió al histórico juramento de Santa Gadea, cuando el Cid Campeador exigió a Alfonso VI el juramento de no haber tenido parte en la muerte de Don Sancho.

Tanto como en los campos de batalla de la cruzada contra los moros invasores, en los monasterios cristianos, con la oración y la liturgia, con el estudio y el trabajo del campo, se fueron reconstruyendo los reinos cristianos.

Las cuatro abadías burgalesas, relativamente cercanas, sintonizaban sus tareas comunes, especialmente Silos. Santo Domingo y San García fueron íntimos amigos y ni siquiera la muerte pudo separarlos, pues fallecieron los dos en el mismo año 1073.

Gonzalo de Berceo canta, con su ingenua y cristalina voz en la *Vida de Santo Domingo de Silos,* las alabanzas de San García:

> «Avia un abbad santo, servo del Criador
> Don García por nombre, de bondad amador,
> Era del monesterio cabdiello sennor,
> La grey demostraba qual era el pastor»...

La tradición le atribuye el gran milagro de convertir el agua en vino un Viernes Santo en el refectorio del monasterio. Esa tradición quedó consignada en un epitafio del siglo XVI. En esas fechas se fundó una cofradía en honor de los santos abulenses

Vicente, Sabina y Cristeta a quienes estaba unido el nombre de San García, tal vez por su contribución al hallazgo de las reliquias. Fue aprobada por el papa Clemente VIII en 1601.

Según afirma Sandoval, el epitafio rezaba así:

> «Aquí está sepultado el cuerpo del glorioso San García, Abad que fue de esta casa; y entre muchos testimonios que ay de su santidad, uno es, que un Viernes Santo, comiendo pan y agua con sus Monges, echando la bendición, convirtió el agua en vino. También le fue revelado dónde estaban los gloriosos mártires San Vicente, Santa Sabina y Cristeta, sus hermanas: y consultándolo con Sto. Domingo de Silos, de común parecer fueron a dar parte al rey don Fernando el Primero, el qual acompañado de muchos obispos y grandes de su Reyno, fue a Ávila, y de allí con este santo y Real acompañamiento los trasladó a esta Casa por intercesión de este Santo, el qual murió año de MLXXIII».

El culto a San García tiene una fecha estelar, el año 1620, cuando el papa Paulo V, a petición del rey Felipe III, ordenó que se trasladaran los restos de San García desde su sepulcro a la cripta de los mártires para que fueran venerados por su fama de santidad. Las reliquias se colocaron en una arqueta. Un pergamino de la misma época relataba en latín todos los detalles del solemne traslado.

Años más tarde, en el siglo XVIII, a petición de sus paisanos de Quintanilla donde la devoción al santo iba creciendo, obtenidos los debidos permisos del nuncio, Alejandro Aldobrandini (4 de abril de 1724), y del general de la Orden benedictina, Fr. Antonio Sarmiento (16 de enero de 1725), en medio de gran regocijo popular llegaba una preciada reliquia —el hueso grande de la cadera derecha— al pueblo natal de San García. Venía envuelta en algodones y cubierta con un cendal azul, dentro de una arqueta dorada cerrada con dos llaves, en manos de Don Pedro de Vesga, cura y beneficiado de la parroquia.

El P. Flórez anota que «al punto que llegó la sagrada reliquia a Quintanilla, empezó a difundir favores sobre los enfermos que imploraban su patrocinio».

Otro signo elocuente de veneración era la costumbre de los monjes de Arlanza que llevaban a los enfermos el así llamado «anillo de San García».

El 28 de octubre de 1734, con gran solemnidad se trasladaron de nuevo las reliquias, de la antigua arqueta a otra nueva de madera de ébano, con filigranas de plata, que es la actual.

Cuando se extinguió el monasterio de Arlanza los restos de San García, con los de otros santos, mártires y monjes, se llevaron el 1835 a la Colegiata de Covarrubias. Y el anillo abacial al monasterio de Silos.

En 1973, celebrando el IX centenario de San García, se llevó a su pueblo natal la arqueta de sus reliquias y su anillo de bronce y piedra de cornalina.

Los calendarios benedictinos hacen su memoria el 5 de noviembre. No está incluido en el *Martirologio romano,* pero sí en el calendario litúrgico de la archidiócesis burgense, el 25 de noviembre.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

FERNÁNDEZ ALONSO, J., «Garcia», en *Bibliotheca sanctorum.* VI: *Galena-Giustiniani* (Roma 1965) col.36.

FLÓREZ, E., *España Sagrada,* XXXVII, p.65-73.

RODRÍGUEZ VELASCO, J. J., «García», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los santos,* I (Madrid 2000) 906-909.

SERRANO, L., *Cartulario de San Pedro de Arlanza* (Madrid 1925) XI-XII; 97-153.

URQUIZA RUIZ, J. A., «Rasgos biográficos de San García, abad de Arlanza»: *Boletín del Arzobispado de Burgos* (1973) 422-426.

26 de noviembre

INVENCIÓN DE LAS SAGRADAS RELIQUIAS DE LOS MÁRTIRES DE CÓRDOBA

Córdoba produjo santos ya en la antigüedad cristiana. Su tierra se vio regada por la sangre generosa de mártires, de algunos de los cuales nos consta el nombre y la fecha del martirio. Así San Acisclo (17 de noviembre), patrono de la ciudad, los santos Fausto, Jenaro y Marcial (13 de octubre), San Zoilo (27 de junio), seguramente también San Secundino (21 de mayo), y

San Sándalo (3 de septiembre). Córdoba desde esa época tuvo sede episcopal, la que ocupó en la primera mitad del siglo IV el insigne obispo Osio, consejero del emperador Constantino, y que tanta parte tuvo en la controversia arriana.

De la época visigoda no conservamos el nombre de ningún santo, pero sí nos consta que se veneraban allí los antiguos mártires, y así se recibió con gozo la invención de las reliquias de San Zoilo, sucedida en tiempos del piadoso obispo Agapio (siglo VII).

Pero en cuanto llegó la época islámica comenzó de nuevo Córdoba a producir mártires, y por tales se tuvieron a quienes se refugiaron en la basílica de San Acisclo cuando la toma islámica de la ciudad el año 711 y que fueron sacrificados por fuego, siendo por ello llamada aquella iglesia Canisatalharca, es decir la de los Quemados. Hacia el 825, en los comienzos del reinado de Abderramán II, se produjo el martirio de los santos Adolfo y Juan, dos jóvenes hermanos que, como hijos de un musulmán, debían haber profesado esta religión pero ellos prefirieron la religión cristiana de su madre, lo que les costó la vida. Su madre, Artemia, sería luego abadesa del monasterio cordobés de Cuteclara. Cantó sus glorias el abad Esperaindeo, pero su obra se ha perdido. Eran de origen hispalense. El 18 de abril de 850 fue decapitado el sacerdote San Perfecto, cordobés de nacimiento. El 3 de junio de 851 confesó intrépidamente la fe y por ello fue decapitado el joven monje Isaac, cordobés de nacimiento. El día 5 del mismo mes y año se produjo el martirio de San Sancho, joven militar cristiano procedente de Albi. Dos días más tarde fue el martirio de los santos Pedro, sacerdote ecijano, Walabonso, diácono, natural de Elepla, Sabiniano, anciano monje natural de Froniano, Wistremundo, monje ecijano, Habencio, anciano monje cordobés, y Jeremías, fundador con su esposa Isabel del doble monasterio de Tábanos. El día 16 de julio de ese mismo año fue sacrificado el diácono Sisenando, pacense, y el día 20 el diácono cordobés Pablo. El día 25 de ese mes era martirizado San Teodomiro o Teodemiro, joven monje carmonés. Aquel año, pero ya el 24 de noviembre, fueron también sacrificadas Flora y María, vírgenes ambas, aquélla de origen hispalense y ésta hermana de San Walabonso, y por ello de Elepla. El 13 de enero de 852 fueron martirizados el sacerdote

toledano Gumesindo y el monje Abdallah o Servideo. El 27 de julio de ese año fueron martirizados los santos Jorge, monje procedente de Belén de Judá, y los matrimonios Aurelio y Natalia, Félix y Liliosa, cordobeses y conversos del Islam, lo que fue la causa de su muerte. El 20 de agosto de ese año fue el martirio de los monjes Cristóbal, cordobés, y Leovigildo, de Elvira. El 15 de septiembre siguiente tuvo lugar el martirio de dos jóvenes: el diácono Émila y el monje Jeremías, ambos cordobeses. El día siguiente fue el martirio de los santos Rogelio y Servideo o Abdallah, ambos monjes, el uno granadino y el otro de Oriente. Ya en el reinado de Mohamed I, el 13 de junio de 853 fue sacrificado San Fándila, presbítero, natural de Guadix, y al día siguiente los santos Anastasio, presbítero, y Félix, monje, el primero cordobés, el segundo complutense. Y ese mismo día fue martirizada la virgen Santa Digna, monja del monasterio de Tábanos. Al día siguiente padeció por la fe la santa mujer Benilde, y el día 17 la distinguida religiosa Santa Columba, del monasterio de Tábanos. Dos días más tarde era decapitada Santa Pomposa, monja de Peñamelaria. El 11 de julio de 854 fue sacrificado el párroco de un pueblo de la serranía cordobesa, Analelos. Se llamaba Abundio. El 30 de abril de 855 se produjo el martirio de Amador, sacerdote de Martos, Pedro, monje, y Luis, seglar, hermano del diácono San Pablo, y cordobeses ambos. En fecha desconocida murió mártir el anciano seglar San Witesindo, de la diócesis de Cabra. El 17 de abril de 856 murieron mártires los santos Elías, presbítero, Pablo e Isidoro, monjes. El primero era lusitano y ya anciano; los otros dos eran jóvenes. El 28 de junio de ese año fue martirizado el monje Argimiro, converso del Islam, natural de Cabra. El 19 de julio de ese año dio la vida por la fe Santa Áurea, monja de Cuteclara, hermana de los santos Adolfo y Juan. El 13 de marzo de 857 murieron por la fe el sacerdote Rodrigo, de la diócesis de Cabra, y el seglar Salomón. El 11 de marzo de 859 fue el martirio del presbítero San Eulogio, el gran sostenedor de los mártires, y el día 14 siguiente el de Santa Leocricia, virgen conversa del Islam. Muchos años más tarde murió San Pelayo, el joven gallego que llega a Córdoba como rehén y que muere por defender su fe y su pureza el 26 de junio de 925. Conocemos los nombres de otros mártires como Eugenia, Dulce o Dabba, Martín Arias de Soure, Domin-

go Yáñez, Wulfura y Argéntea..., lo que nos asegura que siguió habiendo martirios luego de la época de San Eulogio, pero no hubo cronistas que nos relataran sus gestas, como sí lo hubo para los de su tiempo en el grande y nunca bien alabado San Eulogio.

De todos estos mártires consta que la comunidad cristiana cordobesa recogía con gran piedad y respeto y en la medida en que le era posible los sagrados despojos y que en las basílicas de la ciudad les daba honrosa y conveniente sepultura, de modo que las iglesias de la ciudad quedaron convertidas en santuarios martiriales, donde se guardaban y veneraban las reliquias de los santos mártires, así antiguos como recientes.

Pero es bien sabido que con la llegada de los almorávides y los almohades la tolerancia religiosa con los cristianos desapareció, y que la comunidad cristiana malsobrevivió a esta dura persecución. Cada vez más reducida, no es de extrañar que la comunidad cristiana trasladase a las pocas iglesias que le iban quedando las reliquias de los mártires, siendo algunas de ellas pedidas por los países cristianos y sacadas por ello de Córdoba. No es de extrañar que en un determinado momento se tomaran reliquias de muchos de estos santos y se guardaran todas juntas en un sepulcro. Luego se perdió la memoria detallada de esta traslación.

Se conservaba en Córdoba la tradición de que en el templo ahora dedicado a San Pedro se guardaban reliquias de los Santos Mártires cordobeses. Se hablaba de que a veces se habían visto luces celestiales sobre el presunto sitio del ocultamiento de las reliquias. Don Pedro de Córdoba, marqués de Priego, don Alonso Manrique y fray Juan de Toledo, estos dos obispos de Córdoba, habían tenido voluntad de hacer las obras precisas para buscarlas pero el temor de que las obras pudieran arruinar una iglesia tan antigua los detuvo. Pero en 1575 hubo que descubrir los cimientos del arco toral, que había flaqueado, y entonces se descubrió un sepulcro el lunes 21 de noviembre de dicho año, en el interior del cual había huesos de muchas personas. En cuanto regresó de su viaje acudió el obispo, fray Bernardo de Fresneda (día 25 de ese mes), y sin descansar se dirigió derechamente a la iglesia de San Pedro a ver y reconocer las reli-

quias. Se le dio noticia al rey Felipe II, y éste mandó acudir al Maestro Ambrosio de Morales, que acababa de dirigir la publicación de las obras de San Eulogio, y estuvo presentes en las diligencias que se hicieron. El obispo, luego de celebrar la santa misa, hizo en el mes de abril siguiente que se revisasen todos los huesos contenidos en el sepulcro en presencia de los prebendados, religiosos y caballeros de la ciudad, estando también presentes los inquisidores y los médicos. Se hallaron nueve cabezas casi enteras y otras nueve en pedazos diversos que indicaban ser de distintas personas, y los huesos se calcularon que correspondían a dieciocho personas, habiendo sido pasto del fuego algunos de los huesos. El obispo reconoció el sepulcro y el mármol con la inscripción que tenía y tras concluir la información mandó levantar un acta, fechada el 13 de septiembre de 1577, en donde se dice que habiéndose visto la probanza e información y diligencias hechas por los licenciados Montano de Salazar y Francisco Velarde de la Concha y sus oficiales, teniendo en cuenta la antigua tradición de que en aquel templo estaban enterrados huesos de santos mártires, considerando la antigüedad de aquel templo y constando que la antigua comunidad cristiana cordobesa recogía los cuerpos de los santos y los enterraba en sus iglesias, dio el obispo su parecer de que aquellos huesos encontrados eran huesos de mártires cordobeses y mandó que los mismos estuviesen puestos en fiel custodia, pero que no se venerasen ni reverenciasen hasta que el Santo Padre Gregorio XIII diera licencia para ello, pues a Su Santidad y a sus sucesores remitía este asunto y que por ello el clero de la iglesia de San Pedro remita a Roma los informes de este asunto. El citado Papa aprobó lo hecho por el obispo, y sobre dar culto a los huesos encontrados remitió el asunto al Concilio Provincial pero mandando que los dichos huesos estuviesen elevados en un arca decente con reja para poderlos ver los fieles y concedió indulgencia plenaria a cuantos visitasen con devoción el sepulcro en el día de su invención.

Esta decisión papal era ya una puerta abierta al culto de los sagrados huesos de los mártires, pero quedaba someter al Concilio Provincial el que este culto fuese oficial y solemne. Se reunió dicho concilio en Toledo, metrópolis a la que entonces per-

tenecía Córdoba, y el 22 de enero de 1583 pronunció sentencia al respecto. Estaban presentes el cardenal arzobispo de Toledo, don Gaspar de Quiroga, y los obispos de Palencia, Córdoba —para entonces ya don Antonio de Pazos—, de Jaén, de Cuenca, de Osma, de Sigüenza, de Segovia y el abad de Valladolid, y se determinó que, vistos los autos, se tuviesen los dichos huesos por verdaderas reliquias de los santos Fausto, Jenaro y Marcial y de otros mártires, y que a dichas reliquias, sitas en la capilla de Santa Lucía, de la parroquia de San Pedro, de Córdoba, se las diera veneración por parte de todos los fieles cristianos como a reliquias de santos que reinan con Dios en el cielo. Y se mandó dar custodia decente a los mismos con el parecer del obispo de Córdoba.

En la inscripción hallada se mencionaba a los santos Fausto, Jenaro, Marcial, Zoilo y Acisclo, siendo dudosa la lectura de otros nombres.

A estos datos se unieron las revelaciones que dijo haber recibido el venerable Andrés de las Roelas.

El obispo don Antonio de Pazos mandó adornar la antigua capilla de Santa Lucía y labrar un hermoso altar de mármol rojo con su escudo de armas en la parte superior, en el cual se colocó un arca conteniendo las sagradas reliquias y a la entrada de la capilla se colocó una reja de hierro. En julio de 1602 fue la primera vez que la urna con los sagrados huesos de los Santos procesionó por las calles de la ciudad. En 1673 se renovó una antigua cofradía en honor de los Santos Mártires, unida en 1741 a la cofradía del Santísimo Sacramento, y en 1757 se pasaron las reliquias a nueva arca y asimismo se concluye aquel año la construcción de una nueva capilla. Posteriormente se labró otra urna, concluida el 26 de noviembre de 1790, a la que se trasladaron el 4 de mayo de 1791. La Iglesia de Córdoba comenzó celebrando la invención de las reliquias el 21 de noviembre, pero al estar este día ocupado por la memoria de la Presentación de Nuestra Señora, se trasladó al 26 de noviembre, día en que se sigue celebrando con rango de memoria obligatoria. El papa Pío XI concedió el 17 de junio de 1923 indulgencia plenaria a los que visitasen la catedral y otras iglesias de Córdoba en las diferentes fiestas de los Santos Mártires.

La Iglesia de Córdoba, ataviada con la púrpura de la sangre de tantos mártires, celebra ese día el gozo de conservar tras tantas vicisitudes algunos de sus sagrados huesos.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

GÓMEZ BRAVO, J., *Catálogo de los obispos de Córdoba y breve noticia histórica de su iglesia-catedral y obispado* (Córdoba 1778).

MOYANO RUIZ, A., *Opúsculo martirial en honor de las reliquias de los santos mártires de Córdoba* (Córdoba 1959).

28 de noviembre

SAN HONESTO DE NIMES

Presbítero († 270)

Ni el anterior *Martirologio romano* ni el actual incluyen la memoria de San Honesto de Nimes, presbítero, al que veneran con memoria litúrgica de carácter libre las diócesis de Pamplona y Tudela. Su recuerdo está unido al de San Fermín y depende de sus *Actas,* cuyo valor histórico no está acreditado.

Según la tradición recogida en esas *Actas,* Honesto era natural de Nimes y fue atraído a la fe cristiana por el obispo y mártir San Saturnino de Toulouse. Ordenado sacerdote por este santo, fue enviado a predicar el evangelio al sur de los Pirineos. En esta correría apostólica llegó a Pamplona, donde su predicación impactó al senador Firmo, que le pidió llamara al obispo Saturnino para que personalmente evangelizara la ciudad. Así lo hizo San Saturnino, acudiendo a Pamplona y teniendo un resonante éxito, pues se bautizaron cuarenta mil personas, entre ellas Firmo y su hijo, el futuro San Fermín. Vuelto a Toulouse el obispo Saturnino, quedó Honesto al frente de la cristiandad navarra, encargándose de la formación religiosa de San Fermín, al que enviaría a Francia, donde se le ordenó obispo. Honesto finalmente volvió a Toulouse y aquí concluyó su vida, según unos como confesor y según otros como mártir. Las diócesis de

Pamplona y Tudela lo veneran como presbítero sin el apelativo de mártir, martirio que algunos lo señalan en la propia Pamplona. Se le celebraba anteriormente el 16 de febrero.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

BENEDICTINE MONKS OF ST. AGUSTINE'S ABBEY, Ramgate, *The Book of the Saints* (Londres 1989).

El santo de cada día, II (Zaragoza 1946) 482.

LEONARDI, C. - RICCARDI, A. - ZARRI, G. (dirs.), *Diccionario de los santos,* 2 vols. (Madrid 2000).

MACIENA, J. M., *Actas sinceras nuevamente descubiertas de los santos Saturnino, Honesto y Fermín* (Madrid 1798).

CALENDARIO ESPAÑOL

MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

Día 3	En Urgel y Solsona, San Armengol, obispo.
	En Barbastro-Monzón y Tarazona, San Gaudioso, obispo.
	En Sevilla, Todos los Santos Hispalenses.
	En Zaragoza, Santa Engracia y los protomártires.
	En Vich, San Pedro Almató, presbítero y mártir.
Día 4	En Toledo y Astorga, las Santas Reliquias.
	En León, los Santos Mártires de la Diócesis.
	En Pamplona y Tudela, Todos los Santos de Navarra.
	En Sevilla y Asidonia-Jerez, Santa Ángela de la Cruz, virgen.
Día 6	En Barcelona, San Severo, obispo y mártir.
	En Valencia, Beata Josefa Narval Girbés, virgen.
Día 7	En Lérida, Mallorca e Ibiza, Beato Francisco de Jesús, María y José Palau, presbítero.
Día 9	En Madrid y Alcalá, Nuestra Señora de la Almudena.
Día 10	En Burgos, Santa Victoria, virgen y mártir.
	En Tarazona, San Millán, presbítero.
Día 12	En Calahorra-La Calzada-Logroño, San Millán, presbítero.
Día 13	En España, San Leandro, obispo.
	En Alcalá y Madrid, San Diego de Alcalá, religioso.
	En Salamanca, San Arcadio y compañeros, mártires.
Día 14	En Sevilla, San Diego de Alcalá, religioso.
	En Sigüenza-Guadalajara, Beata María de Jesús López, virgen.
	En Zaragoza, San José Pignatelli, presbítero.
Día 15	En Toledo, San Eugenio, obispo.
Día 16	En Zamora, San Alfonso Rodríguez, presbítero y mártir.
	En Valladolid, Beato Edmigio Primo Rodríguez, religioso y mártir.
	En Almería, beatos Aurelio María y compañeros, religiosos y mártires.
Día 17	En Córdoba, santos Acisclo y Victoria, mártires.
	En Cuenca, San Juan del Castillo y compañeros, presbíteros y mártires.
Día 19	En Sevilla, San Crispín de Écija, obispo y mártir.

Día 20	En Orihuela-Alicante, beatas Ángeles de San José y María del Sufragio, vírgenes y mártires. En Palencia, Beatos Mártires Palentinos. En Valencia, beatas Ángeles Lloret Martí y compañeras, mártires.
Día 23	En Sevilla, San Clemente, papa y mártir.
Día 24	En Sevilla, Santa Flora, virgen y mártir. En Valladolid, santos Mateo Alonso de Leciniana y José Fernández, presbíteros y mártires.
Día 25	En Jaén, Santa Catalina, virgen y mártir. En Burgos, San García, abad.
Día 26	En Córdoba, la Invención de las Reliquias de los Santos Mártires.
Día 27	En Mallorca y Menorca, Beato Ramón Llull, mártir. En Córdoba y Huelva, santas Flora y María, vírgenes y mártires. En León, santos Facundo y Primitivo, mártires. En Asidonia-Jerez, Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa.
Día 28	En Albacete, Beato Eduardo Bautista Jiménez, mártir. En Pamplona y Tudela, San Honesto, presbítero.
Día 29	En Pamplona, Tudela, Bilbao y San Sebastián, San Saturnino, obispo y mártir. En Alcalá, Beato Diego de Cádiz García y compañeros, mártires.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

1. **Santos y beatos**

Abdías (profeta), San, día 19, 472-478.

Abón de Fleury, San († 1004), día 13, 327.

Acisclo de Córdoba, San († s. IV), día 17, 431.

Acisclo Piña Piazuelo, Bto. († 1936), día 10, 223-224.

Agapio, San († 306), día 21, 526.

Agrícola (de Bolonia), San († 304), día 4, 98.

Agustín Nguyen Van Moi, San († 1839), día 24 (memoria), 580-585.

Agustín Phan Viet Huy, San († 1839), día 24 (memoria), 580-585.

Agustín Schoeffler, San († 1851), día 24 (memoria), 580-585.

Agustina (Livia) Pietrantoni, Sta. († 1894), día 13, 305-311.

Alberto Magno, San († 1280), día 15, 354-357.

Alejandro Crow, Bto. († 1587), día 30, 735-736.

Alejandro Planas Saurí, Bto. († 1936), día 19, 483-484.

Alejo Nakamura, Bto. († 1619), día 27, 661-662.

Alfredo Simón Colomina, Bto. († 1936), día 29, 711-712.

Alicia Kotowska, Bta. († 1939), día 11, 257.

Alonso Rodríguez, San († 1628), día 15, 360-364.

Andrés (apóstol), San († s. I), día 30, 713-720.

Andrés Avelino, San († 1608), día 10, 214-222.

Andrés Dung Lac, San († 1839), día 24 (memoria), 580-585.

Andrés Murayama Tokuan, Bto. († 1619), día 18, 467-468.

Andrés Nguyen Kim Thong (Nam Thuong), San († 1855), día 24 (memoria), 580-585.

Andrés Trang Van Trong, San († 1835), día 28, 691-692; (memoria: día 24, 580-585).

Andrés Tuong, San († 1862), día 24 (memoria), 580-585.

Anfiloquio de Iconio, San († 403), día 23, 574.

Ángel Sastre Corporales, Bto. († 1936), día 28, 673-684.

Ángeles de San José (Francisca) Lloret Martí, Bta. († 1936), día 20, 496-502.

Antonia de San Timoteo Gosens Saez de Ibarra, Bta. († 1936), día 24, 602.

Antonio Baldinucci, Bto. († 1717), día 7, 145-151.

Antonio Kimura, Bto. († 1619), día 27, 661-662.

Antonio Martínez Gil-Leonís, Bto. († 1936), día 30, 738-740.

Antonio Nguyen Huu (Nam) Quynh, San († 1840), día 24 (memoria), 580-585.

Antonio Pedro Nguyen Dich, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.

Arcadio, San († 473), día 13, 326.

Armengol de Urgel, San († 1035), día 3, 74-81.

Arturo Donoso Murillo, Bto. († 1936), día 30, 738-740.
Atenodoro, San († 304), día 7, 156.
Auxencio, San († 307), día 5, 122.

Barlaam, San († 303), día 19, 482.
Bartolomé de Grottaferrata, Bto. († 1065), día 11, 256-257.
Bartolomé Seki, Bto. († 1619), día 27, 661-662.
Beatriz de Ornacieux, Bta. († 1309), día 25, 611-618.
Belino de Padua, San († 1147), día 26, 646-647.
Benigno de Dijon, San (fecha desconocida), día 1, 25.
Benito (de Casimierz), San († 1003), día 12, 282-283.
Berardo, San († 1130), día 3, 82-83.
Bernardino de Fossa, Bto. († 1503), día 27, 660.
Bernardo, San († 1022), día 20, 485-490.
Bernardo Lichtenberg, Bto. († 1943), día 5, 116-122.
Bernardo Vu Van Due, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Bertrán (Francisco) Lahoz Moliner, Bto. († 1936), día 22, 549-551.
Bricio, San († 444), día 13, 325-326.
Bronislao Kostowski, Bto. († 1942), día 27, 663.

Cándida de Nuestra Señora de los Ángeles Cayuso González, Bta. († 1936), día 24, 602.
Carlos Borromeo, San († 1584), día 4 (memoria; tránsito: día 3), 85-90.
Carolina Kózka, Bta. († 1914), día 18, 470-471.
Catalina de Alejandría, Sta. (fecha desconocida), día 25, 603-611.
Cayetana Sterni, Bta. († 1889), día 26, 635-639.
Cayo Coreano, Bto. († 1627), día 15, 385.
Cecilia, Sta. (fecha desconocida), día 22, 527-535.
Cecilia Yu So-Sa, Sta. († 1839), día 23, 576-577.
Cerun, hijo de Kurazi, Bto. († 1895), día 22, 535-540.
Cipriano de Calamizzi, San († 1190), día 20, 503-504.
Clara de Nuestra Señora de la Esperanza Ezcurra Urrutia, Bta. († 1936), día 24, 602.
Claro, San († 396), día 8, 176-177.
Clemente Díez Sahagún, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
Clemente I (papa), San († s. I), día 23, 552-558.
Clemente Ignacio Delgado Cebrián, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Clemente Kiuyemon, Bto. († 1622), día 1, 27-29.
Colmán de Cloyne, San († 604), día 24, 600.
Columbano, San († 615), día 23, 558-565.
Concepción de San Ignacio Odriozola Zabala, Bta. († 1936), día 24, 602.
Concepción de Santa Magdalena Rodríguez Fernández, Bta. († 1936), día 24, 602.
Conrado de Constanza, San († 975), día 26, 646.
Corazón de Jesús (María de la Purificación) Gómez Vives, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
Cosme de Carboniano, Bto., cf. Gomisdas Keumurgian.
Cosme Takeya, Bto. († 1619), día 18, 467-468.
Crescente, San († 453-460), día 28, 689-690.
Cresconio, San († 453-460), día 28, 689-690.
Crisógono, San († s. IV), día 24, 599.

Crispín de Écija, San († s. III), día 20, 502.
Cristián (de Casimierz), San († 1003), día 12, 282-283.
Cristina de Stommeln, Bta. († 1312), día 6, 136-137.
Cuniberto de Colonia, San († 663), día 12, 281-282.
Cutberto Mayne, San († 1577), día 30, 727-733.

Daría de Santa Sofía Campillo Paniagua, Bta. († 1936), día 24, 602.
David, hijo de David, Bto. († 1895), día 22, 535-540.
Dedicación de la Basílica de Letrán en honor de Cristo Salvador, día 9, 182-185.
Dedicación de las basílicas romanas de los santos Pedro y Pablo, día 18, 438-443.
Dedicación del Santo Sepulcro, día 9, 760-766.
Delfina, Bta. († ca. 1360), día 26, 648.
Deodato Aribert, San († 1391), día 14, 336-342.
Diego de Cádiz (Santiago) García Molina, Bto. († 1936), día 30, 738-740.
Diego de San Nicolás, San († 1463), día 12, 276-281.
Dionisio de la Natividad (Pedro) Berthelot, Bto. († 1638), día 29, 698-703.
Dionisio Fujishima, Bto. († 1622), día 1, 27-29.
Diosdado I (papa), San († 618), día 8, 177-178.
Domingo Bui Van Uy, San († 1839), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Câm, Sto. († 1859), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Henares, Sto. († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Huyen, Sto. († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Jorge, Bto. († 1619), día 18, 467-468.
Domingo (Lorenzo) Ngon, Sto. († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Mau, San († 1858), día 5, 123; (memoria: día 24, 580-585).
Domingo Nguyen, Sto. († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Nguyen Van (Doan) Xuyen, San († 1839), día 26, 650-651; (memoria: día 24, 580-585).
Domingo Nguyen Van Hanh (Dieu), San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Nhi, Sto. († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Nicolás Dinh Dat, Sto. († 1839), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Ninh, Sto. († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Pham Trong Am Kham, San († 1859), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Toai, Sto. († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Trach, Sto. († 1840), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Tuoc, Sto. († 1839), día 24 (memoria), 580-585.
Domnino, San († 307), día 5, 122.

Edmundo (Rich) de Canterbury, San († 1240), día 16, 393-400.
Edmundo, San († 869), día 20, 503.
Eduardo Bautista Jiménez, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
Eduardo Burden, Bto. († 1588), día 29, 708-709.
Eduardo Osbaldeston, Bto. († 1594), día 16, 406.
Elena Enselmini, Bta. († 1242), día 4, 100.
Elías (Julián) Torrijo Sánchez, Bto. († 1936), día 22, 549-551.

Eliseo García García, Bto. († 1936), día 19, 483-484.
Emerico, San († 1031), día 4, 99.
Engelberto de Colonia, San († 1225), día 7, 142-145.
Enrique Hlebowicz, Bto. († 1941), día 9, 206.
Erundina de Nuestra Señora del Carmen Colino Vega, Bta. († 1936), día 24, 602.
Esteban de Cúneo, San († 1391), día 14, 336-342.
Esteban el Joven, San († 764), día 28, 690-691.
Esteban Nguyen Van Vinh, San († 1839), día 24 (memoria), 580-585.
Esteban Teodoro Cuenot, San († 1861), día 14, 342-351.
Eugenio de Toledo, San († 657), día 13, 290-295.
Eugenio de Toledo, San († s. I), día 15, 767-772.
Eustracio, San († 453-460), día 28, 689-690.
Eutiquiano, San († 473), día 13, 326.

Facundo, San († s. IV), día 27, 652-654.
Federico de Ratisbona, Bto. († 1329), día 30, 734-735.
Feliciana de Nuestra Señora del Carmen Uribe Orbe, Bta. († 1936), día 24, 602.
Felipe Phan Van Minh, San († 1853), día 24 (memoria), 580-585.
Félix, San († 453-460), día 28, 689-690.
Félix de Nola, San († s. IV/V), día 15, 383.
Félix de Valois, San († 1212), día 4, 90-96.
Filemón de Colosas, San († s. I), día 22, 548.
Filipina Rosa Duchesne, Sta. († 1852), día 18, 447-453.
Filoteo, San († 307), día 5, 122.
Flora (de Córdoba), Sta. († 851), día 24, 585-595.
Florenciano, San († 453-460), día 28, 689-690.
Francisca de Amboise, Bta. († 1485), día 4, 96-97.
Francisco Antonio Fasani, San († 1742), día 29, 703-708.
Francisco Gil de Federich, San († 1765), día 24 (memoria), 580-585.
Francisco Jaccard, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Francisco Javier Can, San († 1837), día 20, 504-505.
Francisco Javier Can, San († 1837), día 24 (memoria), 580-585.
Francisco Javier Ha Trong Mau, San († 1839), día 24 (memoria), 580-585.
Francisco Minh Chieu, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Francisco Phan Van Trung, San († 1858), día 24 (memoria), 580-585.

Gabriel Ferretti, Bto. († 1456), día 9, 202-203.
Galgano Guidotti, San († 1181), día 30, 733-734.
García, San († 1073), día 25, 784-787.
Gaudioso, San († s. VI), día 3, 779.
Gelasio I (papa), San († 496), día 21, 510-516.
Gertrudis la Magna, Sta. († 1302), día 19 (memoria; tránsito: día 17), 478-482.
Godofredo, San († 1115), día 8, 179.
Gomidas Keumurgian, Bto. († 1707), día 5, 101-111.
Gracia de Cátaro, Bto. († 1508), día 9, 204-205.
Gregorio de Tours, San († 594), día 17, 417-420.

Gregorio el Taumaturgo, San († 270), día 17, 412-417.
Gregorio Lakota, Bto. († 1950), día 5, 125.
Grimoaldo de la Purificación (Fernando) Santamaría, Bto. († 1902), día 18, 469-470.
Guido María Conforti, Bto. († 1931), día 5, 111-116.
Guillermo Gibson, Bto. († 1596), día 29, 709-710.
Guillermo Knight, Bto. († 1596), día 29, 709-710.
Guillermo (Vicente) Llop Gayá, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
Gulstano, San († 1040), día 27, 660.

Habetdeus, San († 453-460), día 28, 689-690.
Hesiquio de Vienne, San († 490), día 12, 281.
Hilario (Antonio) Delgado Vílchez, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
Hilda, Sta. († 680), día 17, 431-432.
Homobono de Cremona, San († 1097), día 13, 302-304.
Honesto de Nimes, San († 270), día 28, 793-794.
Hortulano, San († 453-460), día 28, 689-690.
Hugo de Lincoln, San († 1200), día 17, 424-430.
Hugo de Novara, San († 1180), día 17, 432.
Hugo Faringdon, Bto. († 1539), día 15, 358-360.
Hugo Taylor, Bto. († 1585), día 26, 648-649.
Humilde de Bisignano, San († 1637), día 26, 649-650.

Ignacia del Santísimo Sacramento (Josefa) Pascual Pallardó, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
Inés de Asís, Sta. († 1253), día 16, 401-404.
Inés Le Thi Thanh De, Sta. († 1841), día 24 (memoria), 580-585.
Invención de las Reliquias de los Mártires de Córdoba, día 26, 787-793.
Isaac (de Casimierz), San († 1003), día 12, 282-283.
Isabel Achlin, Bta. († 1420), día 25, 624.
Isabel de Hungría, Sta. († 1231), día 17, 407-412.
Isabel de la Santísima Trinidad Catez, Bta. († 1906), día 9, 186-192.
Isabel Ferrer Sabriá, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
Isidoro Martínez Izquierdo, Bto. († 1936), día 28, 673-684.

Jacinto Castañeda, San († 1773), día 7, 157-160; (memoria: día 24, 580-585).
Jacinto Serrano López, Bto. († 1936), día 25, 625-626.
Jaime de la Marca, San († 1476), día 28, 664-673.
Jaime Meseguer Burillo, Bto. († 1936), día 25, 625-626.
Jerónimo Hermosilla, San († 1861), día 1, 13-19.
Jerónimo Hermosilla, San († 1861), día 24 (memoria), 580-585.
Jesucristo, Rey Universal, 743-748.
Jesús Gesta de Piquer, Bto. († 1936), día 30, 738-740.
Joanicio, San († 846), día 3, 81-82.
Jordán de San Esteban (Jacinto) Ansalone, San († 1634), día 17, 434-436.
Jorge Errington, Bto. († 1596), día 29, 709-710.
Jorge Napper, Bto. († 1610), día 9, 205-206.
Josafat Kocylovsky, Bto. († 1947), día 17, 437.
Josafat (Juan) Kuncewicz, San († 1623), día 12, 258-267.

Josafat (Roberto Mateo) Siskov, Bto. († 1952), día 13, 320-325.
José (de Persia), San († 343), día 10, 222.
José Dang Dinh (Nien) Vien, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
José Do Quang Hien, San († 1840), día 24 (memoria), 580-585.
José Fernández, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
José Hoang Luong Canh, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
José Le Dang Thi, San († 1860), día 24 (memoria), 580-585.
José Marchand, San († 1835), día 30, 736-737; (memoria: día 24, 580-585).
José María Díaz Sanjurjo, San († 1857), día 24 (memoria), 580-585.
José Medes Ferri, Bto. († 1936), día 12, 284-285.
José Mkasa Balikuddembé, San († 1885), día 15, 386.
José Mora Velasco, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
José Nguyen Dinh Nghi, San († 1840), día 8, 180-181; (memoria: día 24, 580-585).
José Nguyen Dinh Upen, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
José Nguyen Duy Khang, San († 1861), día 24 (memoria), 580-585.
José Nguyen Van Luu, San († 1854), día 24 (memoria), 580-585.
José Otín Aquilé, Bto. († 1936), día 30, 740.
José Pham Trong Cai Ta, San († 1859), día 24 (memoria), 580-585.
José Pignatelli, San († 1811), día 15, 364-369.
José Ruiz Cuesta, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
José Tuan, San († 1861), día 24 (memoria), 580-585.
José Tuc, San († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Josefa María Barrera Izaguirre, Bta. († 1936), día 18, 454-465.
Juan Alcalde y Alcalde, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
Juan Antonio Burró Mas, Bto. († 1936), día 5, 123-124.
Juan Bautista Con, San († 1840), día 8, 180-181; (memoria: día 24, 580-585).
Juan Bautista Dinh Van Than, San († 1840), día 24 (memoria), 580-585.
Juan Bodey, Bto. († 1583), día 2, 58.
Juan Carlos Cornay, San († 1837), día 24 (memoria), 580-585.
Juan Cini de la Paz, Bto. († 1453), día 12, 283.
Juan Dat, San († 1798), día 24 (memoria), 580-585.
Juan (de Casimierz), San († 1003), día 12, 282-283.
Juan de Vercelli, Bto. († 1283), día 30, 720-727.
Juan del Castillo, San († 1628), día 17, 433-434.
Juan Doan Trinh Hoan, San († 1861), día 24 (memoria), 580-585.
Juan Duns Escoto, Bto. († 1308), día 8, 162-168.
Juan el Limosnero, San († 620), día 11, 234-240.
Juan Eynon, Bto. († 1539), día 15, 358-360.
Juan Gonga Martínez, Bto. († 1936), día 13, 328-329.
Juan, hijo de Baldji, Bto. († 1895), día 22, 535-540.
Juan Iwanaga, Bto. († 1619), día 27, 661-662.

Juan Jesús (Mariano) Adradas Gonzalo, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
Juan Liccio, Bto. († 1511), día 14, 352.
Juan Luis Bonnard, San († 1852), día 24 (memoria), 580-585.
Juan Motoyama, Bto. († 1619), día 27, 661-662.
Juan Rugg, Bto. († 1539), día 15, 358-360.
Juan Teófanes Vénard, San († 1861), día 24 (memoria), 580-585.
Juan Thorne, Bto. († 1539), día 15, 358-360.
Juan Yoshida Shoun, Bto. († 1619), día 18, 467-468.
Juana de Signa, Bta. († 1307), día 9, 202.
Julián Plazaola Artola, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
Justa de María Inmaculada Maiza Goicoechea, Bta. († 1936), día 24, 602.
Justo de Canterbury, San († 627), día 10, 223.

Kadir, hijo de Xodianin, Bto. († 1895), día 22, 535-540.

Lázaro, San († 867), día 17, 421-423.
Lázaro (el estilita), San († 1054), día 7, 156-157.
Lázaro (Juan María) Múgica Goiburu, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
Leandro de Sevilla, San († 600), día 13, 286-290.
Leocadio, San († s. IV), día 16, 404-405.
León I Magno (papa), San († 461), día 10, 207-214.
León Nakanishi, Bto. († 1619), día 27, 661-662.
Leonardo, San († s. VI), día 6, 134-135.
Leonardo de Porto Mauricio, San († 1751), día 26, 630-635.
Leonardo Kimura, Bto. († 1619), día 18, 467-468.
Leopoldo, San († 1136), día 15, 384.
Lope Sebastián Hunot, Bto. († 1794), día 17, 436-437.
Lorenzo Nguyen Van Huong, San († 1856), día 24 (memoria), 580-585.
Lorenzo O'Toole, San († 1180), día 14, 330-332.
Lucas Pham Trong Cai Thin, San († 1859), día 24 (memoria), 580-585.
Lucas Vu Van Loan, San († 1840), día 24 (memoria), 580-585.
Lucía Broccadelli, Bta. († 1544), día 15, 384-385.
Lucrecia de Mérida, Sta. († s. IV), día 23, 573.
Luis Beltrame Quatrocchi, Bto. († 1951), día 9, 192-202.
Luis Campos Górriz, Bto. († 1936), día 28, 685-689.
Luis Morbioli, Bto. († 1485), día 9, 203-204.
Luis Roque Gientyngier, Bto. († 1941), día 30, 741.
Lusor, San († s. IV), día 16, 404-405.

Malaquías, San († 1148), día 2, 41-50.
Mamarduco Bowes, Bto. († 1585), día 26, 648-649.
Mansueto, San († 453-460), día 28, 689-690.
Manuel Le Van Phung, San († 1859), día 24 (memoria), 580-585.
Manuel Nguyen Van Trieu, San († 1798), día 24 (memoria), 580-585.
Marcela de Santo Tomás (Áurea) Navarro, Bta. († 1936), día 20, 496-502.

Margarita (reina), Sta. († 1093), día 16, 387-392.
Margarita de Lorena, Bta. († 1521), día 2, 57-58.
Margarita de Saboya, Bta. († 1464), día 23, 574-575.
Margarito Flores García, San († 1927), día 12, 284.
María Ana Sala, Bta. († 1891), día 24, 595-599.
María Ángeles Olaizola Garazarga, Bta. († 1936), día 18, 454-465.
María Cecilia (María Felícitas) Cendoya y Araquistain, Bta. († 1936), día 23, 577-578.
María Cecilia Cendoya Araquistain, Bta. († 1936), día 18, 454-465.
María Consuelo del Santísimo Sacramento Cuñado González, Bta. († 1936), día 24, 602.
María Corsini Beltrame Quatrocchi, Bta. († 1965), día 9, 192-202.
María Crucificada (Isabel María) Satellico, Bta. († 1745), día 8, 168-178.
María (de Córdoba), Sta. († 851), día 24, 585-595.
María de Jesús Buen Pastor (Francisca) de Siedliska, Bta. († 1902), día 21, 516-526.
María de Montserrat (Dolores) Llimona Planas, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
María de la Asunción (Josefa) Mongoche Homs, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
María de la Concepción (Emilia) Martí Lacal, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
María de la Gracia (Paula) de San Antonio, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
María de la Pasión (Elena) de Chappotin de Neuville, Bta. († 1904), día 15, 369-376.
María de la Paz (María Isabel) López García, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
María de los Dolores (Gertrudis) Surís Brusola, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
María de los Milagros Ortells Gimeno, Bta. († 1936), día 20, 505-506.
María del Carmen Viel Ferrando, Bta. († 1936), día 5, 124-125.
María del Rosario (Catalina) Calpe Ibáñez, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
María del Socorro (Teresa) Jiménez Baldoví, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
María del Sufragio (Antonia María) Orts Baldó, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
María Engracia Lecuona Arámburu, Bta. († 1936), día 18, 454-465.
María Fortunata (Ana Felisa) Viti, Bta. († 1922), día 20, 490-496.
María Gabriela Hinojosa Naveros, Bta. († 1936), día 18, 454-465.
María Inés Zudaire Galdeano, Bta. († 1936), día 18, 454-465.
María Patrocinio de San Juan Giner Gomis, Bta. († 1936), día 13, 311-320.
Marina de Omura, Sta. († 1634), día 11, 243-250.
Martín de Porres, San († 1639), día 3, 59-74.
Martín de Tours, San († 397), día 11, 225-234.
Martín Ta Duc, San († 1840), día 8, 180-181; (memoria: día 24, 580-585).
Martín Tho, San († 1840), día 8, 180-181; (memoria: día 24, 580-585).
Martiniano (Antonio) Meléndez Sánchez, Bto. († 1936), día 28, 673-684.

Mártires de Vietnam, Stos. († 1745-1862), día 24 (memoria), 580-585.
Mártires Hospitalarios de Ciempozuelos (Madrid), Btos. († 1936), días 28 y 30, 673-684; 738-740.
Mateo Alonso Leziniana, San († 1745), día 24 (memoria), 580-585.
Mateo (de Casimierz), San († 1003), día 12, 282-283.
Mateo Le Van Gam, San († 1847), día 24 (memoria), 580-585.
Mateo Nguyen Van Phuong, San († 1861), día 24 (memoria), 580-585.
Matías Kosaka, Bto. († 1619), día 27, 661-662.
Matías Nakano, Bto. († 1619), día 27, 661-662.
Matilde de Helfta, Sta. († 1298), día 19, 478-482.
Mauro de Cesena, San († 946), día 21, 526-527.
Melchor García Sampedro, San († 1858), día 24 (memoria), 580-585.
Menas, San († 295), día 11, 255.
Miguel Agustín Pro, Bto. († 1927), día 23, 565-573.
Miguel (Francisco) Rueda Mejías, Bto. († 1936), día 30, 738-740.
Miguel Ho Dinh Hy, San († 1857), día 24 (memoria), 580-585.
Miguel Nguyen Huy My, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Miguel Takeshita, Bto. († 1619), día 27, 661-662.
Millán de la Cogolla, San († 574), día 12, 267-276.
Moisés de Roma, San († 251), día 25, 622-623.

Narsés, San († 343), día 10, 222.
Nicéforo Salvador del Río, Bto. († 1936), día 30, 738-740.
Niceta de Santa Prudencia Plaja Xifra, Bta. († 1936), día 24, 602.
Nicolás Bui Duc The, San († 1839), día 24 (memoria), 580-585.
Nicolás I el Grande (papa), San († 867), día 13, 295-302.
Nicolás Tavelic, San († 1391), día 14, 336-342.
Nuestra Señora de la Almudena, día 9, 754-760.
Nuño Alvares Pereira, Bto. († 1431), día 1, 26-27.

Odón de Cluny, San († 942), día 18, 443-447.
Otmaro, San († 759), día 16, 405.

Pablo Hanh, San († 1859), día 24 (memoria), 580-585.
Pablo, hijo de Jeremías, Bto. († 1895), día 22, 535-540.
Pablo I de Constantinopla, San († 351), día 6, 126-129.
Pablo (José) Dzidzov, Bto. († 1952), día 13, 320-325.
Pablo Le Bao Thin, San († 1857), día 24 (memoria), 580-585.
Pablo Le Van Loc, San († 1859), día 24 (memoria), 580-585.
Pablo Nguyen Ngan, San († 1840), día 8, 580-585.
Pablo Nguyen Ngan, San († 1840), día 24 (memoria), 580-585.
Pablo Nguyen Van My, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Pablo Pham Khac Khoan, San († 1840), día 24 (memoria), 580-585.
Pablo Tong Viet Buong, San († 1833), día 24 (memoria), 580-585.
Papiniano, San († 453-460), día 28, 689-690.
Pascasio, San († 473), día 13, 326.
Paula de Santa Anastasia Isla Alonso, Bta. († 1936), día 24, 602.

Pedro Almató, San († 1861), día 1, 13-19.
Pedro Almató, San († 1861), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro Da, San († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro de Alcántara Bernalte Calzado, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
Pedro de Alejandría, San († 311), día 25, 623-624.
Pedro de Narbona, San († 1391), día 14, 336-342.
Pedro Doan Van Van, San († 1857), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro Dong, San († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro Dumoulin-Borie, San († 1838), día 24 (pasión y memoria), 600-602.
Pedro Dung, San († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro Esqueda Ramírez, San († 1927), día 22, 548-549.
Pedro Francisco Néron, San († 1860), día 3, 83-84.
Pedro María Alcalde Negredo, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
Pedro Nguyen Khac Tu, San († 1840), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro Nguyen Van Hieu, San († 1840), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro Nguyen Van Luu, San († 1861), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro Nguyen Van Tu, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro Onizuka Sandayu, Bto. († 1622), día 1, 27-29.
Pedro Pablo Navarro, Bto. († 1622), día 1, 27-29.
Pedro Thuan, San († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro Truong Van Duong, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro Truong Van Thi, San († 1839), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro Vicev, Bto. († 1952), día 13, 320-325.
Pedro Vo Dang Khoa, San († 1838), día 24 (pasión y memoria), 600-602.
Pedro Vu Van Truat, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro Wu Guosheng, San († 1814), día 7, 160-161.
Pedro Yi Ho-yong, San († 1838), día 25, 618-622.
Pierio, San († s. IV), día 4, 98-99.
Pío de San Luis Campidelli, Bto. († 1889), día 2, 50-57.
Poncio de Faucigny, San († 1178), día 26, 647-648.
Presentación de la Bienaventurada Virgen María, día 21, 506-510.
Primitivo, San († s. IV), día 27, 652-654.
Probo, San († 473), día 13, 326.

Rafael de San José Kalinowski, San († 1907), día 15, 376-382.
Raimundo Lulio, Bto. († 1315), día 27, 772-777.
Rainiero de Arezzo, Bto. († 1304), día 1, 25-26.
Redento de la Cruz (Tomás) Rodríguez, Bto. († 1638), día 29, 698-703.
Ricardo Whiting, Bto. († 1539), día 15, 358-360.
Rogerio James, Bto. († 1539), día 15, 358-360.
Román, San († 303), día 18, 466.
Román Matsuoka Miota, Bto. († 1619), día 27, 661-662.
Román (Rafael) Touceda Fernández, Bto. († 1936), día 30, 738-740.

Roque González, San († 1628), día 15, 360-364.
Ruperto Mayer, Bto. († 1945), día 1, 19-24.

Salomé de Cracovia, Bta. († 1268), día 17, 432-433.
Salvador Lilli, Bto. († 1895), día 22, 535-540.
Santas Reliquias, día 5, 749-754.
Santiago Alberione, Bto. († 1971), día 26, 639-644.
Santiago Benfatti, Bto. († 1332), día 19, 482-483.
Santiago Do Mai Nam, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Santiago el Interciso, San († 420), día 27, 659.
Santiago Thompson, San († 1582), día 28, 691.
Saturnino de Cartago, San († 250), día 29, 708.
Saturnino de Tolosa, San († 250), día 29, 693-698.
Serapio, San († 1240), día 14, 332-336.
Severo (de Barcelona), San († s. IV), día 6, 130-134.
Siardo de Mariëngarde, San († 1230), día 14, 351-352.
Sidonio, San († d. 684), día 15, 384.
Silvestre Guzzolini, San († 1267), día 26, 627-630.
Silvia, Sta. († s. VI), día 3, 81.
Simón Balacchi, Bto. († 1319), día 3, 83.
Simón Phan Dac Hoa, San († 1840), día 24 (memoria), 580-585.
Siricio (papa), San († 399), día 26, 645.

Tadeo Liu Ruiting, San († 1823), día 30, 733.
Teobaldo de Dorat, San († 1070), día 6, 136.
Teodoro Estudita, San († 826), día 11, 240-243.
Teodoro, hijo de David, Bto. († 1895), día 22, 535-540.
Teodoro Jorge Romzsa, Bto. († 1947), día 1, 29-30.
Teótimo, San († 307), día 5, 122.
Teresa de San José (Ascensión) Duart Roig, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
Teresa María Cavestany Anduaga, Bta. († 1936), día 18, 454-465.
Timoteo (de Cesarea), San († 307), día 5, 122.
Todos los fieles difuntos, día 2, 31-41.
Todos los Santos, día 1, 4-13.
Todos los Santos Hispalenses, día 3, 780-784.
Tomás Dinh Viet Du, San († 1839), día 26, 650-651; (memoria: día 24, 580-585).
Tomás Hioji Rokuzayemon Nishi, San († 1634), día 17, 434-436.
Tomás Khuong, Sto. († 1860), día 24 (memoria), 580-585.
Tomás Koteda Kiuni, Bto. († 1619), día 27, 661-662.
Tomás Nguyen Van De, San († 1839), día 24 (memoria), 580-585.
Tomás Reggio, Bto. († 1901), día 22, 540-548.
Tomás Toan, Sto. († 1840), día 24 (memoria), 580-585.
Tomás Tran Van Thien, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.

Urbano, San († 453-460), día 28, 689-690.

Valentín Berriochoa, San († 1861), día 1, 13-19.
Valentín Berriochoa, San († 1861), día 24 (memoria), 580-585.
Vardavar, hijo de Dimbalac, Bto. († 1895), día 22, 535-540.

Varmundo de Arboreis, San († 1010), día 13, 328.
Verano de Vence, San († s. V), día 11, 255-256.
Vicente Do Yen, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Vicente Duong, San († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Vicente Eugenio Bossilkov, Bto. († 1952), día 11, 250-255.
Vicente Grossi, Bto. († 1917), día 7, 151-155.
Vicente Le Quang Lien, San († 1773), día 7, 157-160; (memoria: día 24, 580-585).
Vicente Nguyen The Diem, San († 1838), día 24 (pasión y memoria), 600-602.
Vicente Tuong, San († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Vicos, San († 453-460), día 28, 689-690.
Vidal (de Bolonia), San († 304), día 4, 98.
Virgilio, San († 784), día 27, 655-659.

Wilehado, San († 789), día 8, 178-179.
Wilibrordo, San († 739), día 7, 138-142.
Winoco, San († 716), día 6, 135.

2. Colaboradores

Aisa, M.ª A. 478-481.
Alcorta Maíz, P. 552-558.
Anasátegui Urrutia, P. de 743-748.
Arnaldich, L. 760-766.
Artero, J. 207-213 527-535.

Batllori, M. 364-369.

Carro Celada, J. A. 19-24 305-310 565-573.
Chico González, P. 145-150 311-319 540-547 664-673.
Colombás, G. M. 138-142.

Díaz Fernández, J. M.ª 142-144 330-332 401-404 652-654.
Dumas, A. 693-697.

Echeverría, L. de 85-90 225-234.
Esteban Romero, A.-A. 276-280.

Ferrando Roig, J. 438-443.
Ferri Chulio, A. de S. 332-336 369-376 496-501 535-540.
Franquesa, A. M. 749-754.
Fuentes, A. 713-720.
Furlong, G. 360-364.

García Figar, A. 59-74.
González Chaves, A. J. 168-176 516-525.
González Rodríguez, M.ª E. 192-201 320-325 447-453 454-465.
González Ruiz, N. 267-276.
González Villanueva, J. 603-610.
Greenstock, D. L. 393-400.

Langa, P. 50-56 243-249 611-617 720-726 727-733.
Llabrés y Martorell, P.-J. 90-95 151-155 510-516 595-599.
Llorca, B. 130-134 558-565 580-585.
López Melús, R. M.ª 214-222.

Martín Abad, J. 13-18 162-168 703-707.
Martín Artajo, J. 407-412.
Morillo, S. 258-267.
Munera, J. 387-392.

Navarro de la Peña, M.ª P. 182-185.
Núñez Uribe, F. 111-116 116-121 250-254 655-659.

Pastor Mateos, E. 754-760.
Peraire Ferrer, J. 74-80 336-342 485-490 685-689.
Pérez Suárez, L. M. 41-50 234-240 358-360 424-430 490-496 627-630.

Repetto Betes, J. L. 25-30 57-58 81-84 98-100 101-111 122-125 126-129 134-137 156-161 176-181 202-206 222-224 255-257 281-285 325-329 342-351 351-352 383-386 404-406 431-438 466-471 482-484 502-506 526-527 548-551 573-578 585-595 599-602 618-622 622-625 635-639 639-644 645-651 659-663 673-684 689-692 708-712 733-741 779 780-784 787-793 793-794.
Riber, L. 772-776.
Rivera Recio, J. F. 767-772.
Rodríguez, J. V. 96-97 186-191 376-382 698-703.

Salas, M. 506-510.
Sánchez Aliseda, C. 31-41.
Sánchez Gómez, J. M. 286-290.
Sauras, E. 354-357.
Sendín Blázquez, J. 240-243 302-304 412-417 417-420.
Serdá, L. 443-447.

Velado Graña, B. 290-295 295-302 421-423 472-478 784-787.
Villapadierna, I. de 630-634.

Yzurdiaga Lorca, F. 4-12.